NUESTRO TIEMPO

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES POLÍTICA Y HACIENDA

DIRECTOR

SALVADOR CANALS

1905

I

DE ENERO A JUNIO



MADRID
Oficinas: FUENCARRAL, 114
IMP. DE AMBROSIO PÉREZ Y C.ª — PIZARRO, 16
Teléfono 1,069.

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | Enero de 1905. | NUM. 49.

SUMARIO

El mes pasado, por Salvador Canals.................. 1
Un programa para la Enseñanza primaria en España, por Antonio García Pérez. 21
El homenaje á Codera y el «Averroísmo de Santo Tomás», por Severino Aznar.. 37
Crónica Científico-Filosófica, por Edmundo González-Blanco.................. 48
La Vida Literaria, por Andrés González-Blanco.................. 59
Vida y escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana.................. 75
El problema de la Marina, por Salvador Canals.................. 107
La Novela de una joven Esquimal, novela de Mark Twain, traducida especialmente para Nuestro Tiempo.................. 127
Revista de Revistas.................. 140
Revista Bibliográfica: Libros de Bazalgette, Pillado, James y Rodríguez Navas... 152

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.................. 12 pesetas.
América, íd.................. 15 »
Demás países, íd.................. 12 francos.

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114.—MADRID

(De 8 á 10 de la mañana y de 2 á 4 de la tarde).

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES **POLÍTICA Y HACIENDA**

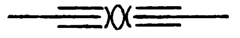
DIRECTOR

SALVADOR CANALS

—(1905)—

V

DE ENERO A MARZO



MADRID

OFICINAS: FUENCARRAL, 114

IMPRENTA DE TOMÁS REY.

Pizarro, 16, bajo.

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V	*MADRID.—ENERO, 1905.*	*NÚM. 49.*

EL MES PASADO

UNA CRISIS TRANSCENDENTAL

1 Enero de 1905.

Se dice que á D. Alfonso XIII inspira ya verdadero terror el mes de Diciembre. Tres años lleva de efectividad en el ejercicio del Poder moderador, y en 1902, en 1903 y en 1904 el mes de Diciembre se ha señalado en su memoria por una crisis ministerial de indudable importancia. Cayó en la primera el Sr. Sagasta; salió del poder en la segunda el Sr. Villaverde; ha caído en esta tercera, sin duda la más transcendental, el Sr. D. Antonio Maura.

Parecía á todos, incluso á los que decían lo contrario, que el Sr. Maura hallábase en la plenitud del poder. Con la mayor parte de su programa pendiente de la labor de las Cortes, con una gran fuerza en éstas, con indudables simpatías en la parte sana del país, ni aun aquellos que se sublevaban al oirle recordar á cada paso los quinquenios dudaban de que le quedaba aún no poco tiempo de dominación. Sólo de su voluntad, de un desmayo en ella, se esperaba por los unos y se temía por los otros su caída. Tanto era así, que los más interesados en ésta habían resuelto cambiar de táctica, y en vez de empeñar grandes combates contra el Gobierno dedicábanse á combatir individual y separadamente á los ministros y á embarullar toda la labor parlamentaria, á ver si á fuerza de escándalos y provocando crisis parciales lograban cansar al presidente del Consejo.

Labor pendiente.

Por lo que al programa se refiere, el Sr. Maura tenía pendientes en las Cámaras:

1.º El proyecto de presupuestos para 1905, que, además de significar la interrupción de la corruptela constitucional de los presupuestos bienales, contenía reformas del mayor interés, que ahora ponderan los mismos que antes consideraban insignificante y despreciable aquel proyecto de ley: mejora de los servicios de Agricultura, Instrucción Pública, Obras Públicas, Comunicaciones, Seguridad, Marina, etc., y alivio de impuestos para las clases más necesitadas del Estado;

2.º La reforma de la Administración local, ya aprobada por el Senado, y á la cual van siempre á parar, como condición precisa, cuantas iniciativas se discurren para el mejoramiento moral y material del país;

3.º La reforma del procedimiento electoral, aprobada también por el Senado, sobre la base de moralizar esa función, adecentando y saneando los orígenes de la vida pública;

4.º El proyecto de ley de procedimiento contra diputados y senadores al objeto de poner término á la intolerable impunidad de los representantes en Cortes;

5.º La reforma del Concordato, aprobada ya por el Senado, encaminada á acabar con el equívoco sobre las congregaciones religiosas, que tanto se ha explotado por los agitadores anticlericales;

6.º La reorganización de los servicios de Marina con los métodos y las bases para la creación de Escuadra, y la urgentísima protección á la Marina mercante;

7.º La modificación de la ley de reclutamiento en el sentido del servicio militar obligatorio, aprobada ya por el Congreso;

8.º La ley de represión del anarquismo y del antiespañolismo, gérmenes gravísimos y notorios de disolución que hoy afligen á la sociedad en España, votada ya por el Senado; y

9.º Otras cuantas leyes, ya formuladas y aprobadas algunas por una de las Cámaras, como la de pósitos y crédito agrícola, como la de jurados mixtos, como la de huelgas, sin contar las ya preparadas, tan transcendental alguna como la de revisión de los aranceles, ni contar tampoco con la implantación de otras anteriormente sancionadas por la Corona.

Situación parlamentaria.

Podíase esperar que no había de faltar para ello el instrumento parlamentario, á pesar de las dificultades, genéricas las unas, específicas las otras, que sería inútil desconocer y ocioso negar, pues á la vista estaban para todo espíritu observador. Caracterízase la actual mayoría por un hecho que es á la vez una ventaja y un inconveniente, á saber: el constituirse su parte principal por diputados provincianos, residentes de ordinario en las provincias. Es ello una ventaja en cuanto que hay la seguridad de que ese núcleo de dipu-

tados adictos no sienten ni poco ni mucho la influencia maléfica de las concupiscencias imperantes en la política cortesana, y porque son, además, esos diputados un vínculo de relacion constante y directa entre el Gobierno y el País; pero hay, al lado ó enfrente de esas ventajas, el inconveniente de que es muy difícil á esos diputados provincianos la permanencia constante en Madrid, para contrarrestar en todo momento las conjuras y las pequeñas habilidades á que ambiciones que no saben esperar, ni siquiera cuando son más injustificadas, suelen empujar á algunos de los otros diputados, de los que en Madrid están constantemente al acecho, con frecuencia angustioso, del propio medro.

Añádase á esto la especialísima composición de la situación actual. Retirado el Sr. Silvela; notoriamente fracasado, aunque todavía inconfeso, el Sr. Villaverde; con justísimo relieve el Sr. Dato; con ambiciones, tanto más vehementes, cuanto más se retrasa la verosimilitud misma de su triunfo, el Sr. Romero Robledo; y refractario el Sr. Maura á aquellos recursos habilidosos, acaso ilícitos, pero de seguro éxito en nuestra política para la atracción de partidarios, sería pueril negar que no formaba la mayoría un partido sólido y compacto, inmune en absoluto para aquellas maniobras generatrices de disidencias y excisiones que más de una vez vibraron en su fondo.

Cuéntese también con el estado de ánimo en que las oposiciones asistían á la obra parlamentaria. Los republicanos, aquellos republicanos que al llegar tan numerosos á las Cortes parecieron un peligro, y que frente al Gobierno del Sr. Maura llegaron á tales extremos de impotencia, que públicamente se les ha acusado, con iniquidad manifiesta, de vendidos ó rendidos al presidente del Consejo, necesitaban desquitarse de ese fracaso y volver por el buen nombre caído entorpeciendo con menudas escaramuzas la labor legislativa. Los liberales, divididos en dos grandes grupos y en tantos subgrupos como caudillos, incapaces de una campaña fecunda, en nombre de un programa concreto de soluciones definidas, contra la política del Gobierno, no osaban tampoco arrostrar los ataques ni las burlas de los periódicos que reciamente los acusaban de contubernios vitandos, apenas dejaban pasar un día sin suscitar alguna dificultad.

En tal ambiente, no es extraño que se formase ese grupo que en *La Época* bauticé con el nombre por todos aceptado de «los cadetes de la Gascuña», que en la presente legislatura ha tenido indudable importancia. Formada, como nuestras clásicas estudiantinas, con gentes de toda clase y condición, entre los *cadetes* había tres vínculos poderosos: el inquieto afán de medrar, la asténica repugnancia de toda disciplina—y ninguna tan molesta como el Sr. Maura,—y cierta ingénita propensión al ruido y á la algazara que [illegible]rantía de la notoriedad. Hombres de positivo ingenio como Burell, Eugenio Silvela, como Lombardero, ó de tan expeditas despachaderas [illegible]Rodrigo Soriano, arquetipo del *enfant terrible* transportado á la vida [illegible]taria, seguros de ambiente propicio para sus pequeñas rebeldías

dentro de la Cámara y de toda la resonancia que pueden dar las rotativas fuera de ella, claro es que no habrían de pasar inadvertidos, y no es maravilla que ellos hayan «dado el tono» en la temporada, y no hay en reconocerlo tanto de halago para ellos cuanto de vituperio para los demás, para todos los que, por acción ó por omisión, se han complicado en las *cadetadas* triunfantes.

Y se agrandaba la dificultad que esa situación de las cosas creaba, no tanto por la amplitud verdaderamente relajadora que á la iniciativa de los diputados deja el reglamento del Congreso, como por la visible tibieza del señor Romero Robledo en la represión de aquellas licencias desde la Presidencia de la Cámara. Hecho nuestro reglamento, como todo nuestro derecho político, sobre la base de la desconfianza respecto de las intenciones de los gobernantes, que siempre se suponen inclinadas al atropello del enemigo, se han acumulado en él garantías que, si en épocas de reacción son amparo necesario de libertades imprescindibles, hácense en nuestros días de demagogia baluarte fortísimo y salvoconducto eficaz de toda anarquía. Así y todo, un presidente resuelto é identificado con la mayoría, singularmente al asistirle la razón, hallaría en ese reglamento medios suficientes para reprimir semejantes desafueros. No era el Sr. Romero Robledo el hombre á propósito para empresa semejante, primero, porque el Sr. Romero Robledo, por su temperamento y por su historia, será siempre nuestro primer cadete; y segundo, porque distaba mucho el presidente del Congreso de estar identificado con la mayoría ni con el Gobierno. La antítesis de Romero Robledo es Maura. No hay en el espíritu de éste una sola cosa que no sea precisamente la contradicción de otra en el espíritu del Sr. Romero Robledo. Creo haber dicho ya, y fuerza será repetirlo cuando de igual manera sigo pensándolo, que aquella revolución desde arriba de que hablaba Maura, y cuyo desarrollo ha constituído la labor de su gobierno, podría definirse, para los que estén al tanto de nuestra historia, en estos términos: deshacer todo lo hecho por el Sr. Romero Robledo y sus semejantes. ¿Qué identificación podría nunca haber, aunque otras muchas cosas no los separasen, entre esos dos hombres?

Á pesar de todo esto, con lucha más ó menos viva, con mayores ó menores dificultades, es seguro que el Sr. Maura hubiera seguido venciéndolas en las Cortes como hasta aquí había triunfado. El tener razón es la mejor arma, y hasta ahora no le había faltado ella al Sr. Maura en empresa alguna. ¿Qué será cuando la razón dispone de las armas avasalladoras de la elocuencia del Sr. Maura, que aun sobre sus enemigos, cuando no logra fascinarlos, logra desarmarlos por la fascinación visible del auditorio?

Y en cuanto al país, ¿cómo negar que el Sr. Maura había formado una opinión de respeto á su persona, de simpatía para su obra, opinión no organizada quizás todavía, pero capaz de recibir esa organización que la hiciera entrar como factor decisivo en nuestra vida pública? Eso no hay quien lo niegue en privado, y aun públicamente lo confiesan todos aquellos que, como

injuria, dicen cada día al Sr. Maura que en él han encontrado su verbo grandes y poderosas clases de la sociedad española retraídas hasta ahora de toda función política.

La confianza de la Corona.

Había, pues, programa de gobierno en vías de realización, había mayoría en las Cámaras, había prestigio ante el país, no había enemigos capacitados para substituirlo; pero ¿había también la confianza de la Corona? Todo el mundo creía que sí. Para los que frecuentan el trato de las personas reales, no obstante algunos rumores que al final del verano circularon, el Sr. Maura se hallaba en posesión de todo un vastísimo continente de confianza regia. Así lo afirmaba dos ó tres días antes de la crisis un personaje ilustre, después de una detenida visita á los Reyes.

No parecía tampoco razonable que fuera de otra suerte. La Constitución establece que el Rey nombra y separa libremente á sus ministros; pero claro es que esa libertad no es — como no puede serlo ninguna libertad humana — la facultad de proceder á capricho, por movimientos de voluntariedad impresionable, sino el atributo que la Constitución proclama en el Rey para que sea su voluntad, alumbrada por su inteligencia orientada en las manifestaciones de la opinión nacional, reina y soberana de todos, quien decida en qué personas ha de depositar, con su confianza augusta, la responsabilidad íntegra de sus actos.

Es evidente que en país de vida pública tan anémica y tan desorganizada como la de España aparece muy difícil esa orientación del Rey. Una larga experiencia enseña que no se puede ver en el Parlamento una íntegra y auténtica representación de aquel sentir público. Ciego será ó hablará de mala fe quien no confiese que la Prensa, fuente de opinión en otras partes, no es en España más que el reflejo del personalísimo pensar y querer de los hombres políticos que subjetivamente manejan los periódicos. Las clases directoras de la sociedad, ó están de espaldas á la política, ó sólo intervienen en ella con notorias miras particularistas, que no permiten tomar lo que hacen ni lo que dicen por una afirmación terminante de sentimiento alguno colectivo. Las masas, las pobres masas incultas ó ineducadas, ó se van gregariamente á arrojar piedras, ó se enardecen por un momento sin segundo escuchando á los agitadores que las cultivan, ó se aislan también de la política en ese despego ingénito en todos los españoles para cuanto sea vida é interés común.

Difícilmente, pues, podrá un Rey español decir que sabe lo que España ...te y quiere, y que á ello atempera sus decisiones soberanas; pero eso mis... crea, á mi entender, la necesidad de una gran parsimonia en el ejercicio ... las funciones características del Poder moderador. No se le podrá con ra... plena decir en ningún caso que ha contrariado el total sentir de la na...n, poniéndose enfrente de ésta; pero tampoco podrá en caso alguno po-

seer él una seguridad relativa de que con él esté aquella voluntad nacional con que ha de compartir la soberanía. Y, en circunstancias tales, lo mejor es ahorrar cuanto se pueda las ocasiones de que aparezca en litigio el acierto en la interpretación de la opinión al ejercer la regia prerrogativa de nombrar y separar á los ministros, aun dando todo su valor al principio constitucional que quiere que los investidos de la confianza regia sean, en definitiva, los únicos responsables del yerro que se cometiera, cuándo se cometiese, al tomar una resolución que sólo á ellos aprovechara.

Y ahora ¿no era muy fácil tomar en cuenta tal conveniente parsimonia? El gobierno del Sr. Maura se ve combatido, es cierto, con inusitada vehemencia por los periódicos de mayor circulación y por todas las oposiciones liberales. Los monárquicos no se han puesto á su lado ni aun en aquellas cuestiones que afectan á cuanto para todos habría de ser común por ser fundamental. Pero ¿era posible ver en eso al país? Después de las borrascas callejeras de 1900 á 1903, ¿no es significativa por todo extremo la tranquilidad pública mantenida durante todo el año de 1904, con sólo dos ó tres chispazos aislados apenas vistos, sin que se haya interrumpido en parte alguna la normalidad constitucional, á pesar de existir en el seno del país una inquietud económica angustiosísima en que, como en haces secos, pudieron prender y levantar incendios aquellas chispas y aquellas siempre flameantes antorchas de periódicos y oradores de oposición?

Niéguese, si se quiere, lo que yo afirmo respecto á una opinión inorganizada, pero cierta, en favor del Sr. Maura; mas no se podrá por nadie probar con hechos que exista en contra suya otra opinión que la de los periódicos y los gremios políticos, cuya vanidad y cuyo aislamiento ha podido tocar por sí mismo el Rey en casos tan flagrantes como el viaje de S. M. á Barcelona. Los éxitos alcanzados por D. Alfonso cuantas veces se ha puesto en contacto con el país; la tranquilidad en que durante un año ha vivido respecto á todo eso que se llama el orden público; los testimonios de cuánto ha mejorado en el extranjero el prestigio de España después del concierto felicísimo de nuestro tratado con Francia, para el Rey más notorios y eficaces que para nadie; la importancia indudable de toda la obra pendiente; el recuerdo de las inquietudes padecidas en las últimas jornadas electorales por la pujanza que en ellas mostraron los republicanos, con la consiguiente ventaja de aplazar cuanto fuera posible consultas análogas al sufragio, en tanto que un gobierno monárquico no hubiese podido quebrantar fundamentalmente los pesimismos que fueron factor principalísimo de tal pujanza, ¿no aconsejaban ahora más que nunca aquella parsimonia en el ejercicio de la facultad expresada en el párrafo noveno del artículo 54 de la Constitución?

No se ha entendido así, sin embargo, y el día 14 de Diciembre resolvió la Corona, bajo la responsabilidad del Gabinete Azcárraga constituído el día 17, la cesación del Sr. Maura en los Consejos del Rey, aceptándole la dimisión.

Origen de la crisis.

Las causas de esta crisis no han sido un misterio. Desde el momento mismo de producirse fueron ellas del dominio público, y todos los testimonios aseguran que no será el Sr. Maura quien escamotee la terminante explicación. Acaso entienda el ex-presidente del Consejo que en esas cosas el riesgo está solamente en los equívocos que lo inexplicado deja en el ánimo de las gentes. Lo que no se quiere explicar pasa siempre por inexplicable, y esto es lo que daña á las instituciones y á las personas.

Es verdad que no es esto lo corriente en España. Dentro de la Constitución, los ministerios mueren, ó por falta de confianza en la Corona, ó por falta de mayoría en las Cámaras, ó por la confesión de la propia incapacidad para ejercer funciones de gobierno hecha por los ministros mismos. Yo no recuerdo, desde la crisis de 1881, ninguna que oficialmente se haya declarado producida por un disentimiento con la Corona. Y es indudable que de iniciativa de la Corona, bajo la responsabilidad siempre de los nuevos ministros, han sido algunas de las ocurridas en los últimos años, como la de 1890, como la de 1897, como la de 1901, como la de Julio de 1903. En todas ellas apareció otra causa predominante en el cambio de política, verdadera sin duda, pero sólo como era verdad lo que decía el fraile que se llevaba la mano á las mangas de su hábito al asegurar que por allí no había pasado nadie. Á pesar de esas piadosas explicaciones, ¿pudo á nadie ocultarse la verdad? ¿Se dejó de hablar de corazonadas, de prejuicios hostiles ni de misterios en alguno de esos casos? ¿No hubiera sido mejor para la Corona y más respetuoso para el país la confesión de la verdad? ¡Demócratas muy caracterizados son, sin embargo, los que ahora han censurado más la no ocultación de la verdad!

Atando cabos y reconstituyendo sobre hechos y dichos del dominio público la historia de las cosas, teniendo siempre en cuenta la manera de ser de las personas que han intervenido en el suceso, se puede imaginar cómo se ha producido tan importante acontecimiento.

Unos quince ó veinte días antes de producirse la crisis dijo claramente un periódico (1), muy fidedigno en este caso especial por razón de sus vínculos notorios con una de las partes interesadas, que al nombrarse jefe del Estado

---

En su número del 25 de Noviembre decía *El Imparcial* lo que sigue:

ırcularon ayer tarde extraños rumores respecto á dificultades surgidas al fir- ɔ. M. el Rey los decretos que el general Linares le presentó sobre combinación .ltos mandos del Ejército.

'iénese por cierto que no todos los decretos fueron firmados. Según los amigos ɘneral Linares, no habían sido firmadas todas las órdenes porque eran muchas

Mayor Central, recientemente creado con autorización legislativa por el ministro de la Guerra, tropezaría éste en una dificultad, por no ser su candidato para ese puesto grato al Rey, que ya tenía hecha la elección del teniente general que había de ocupar tan importantísima posición. Y se añadía que el general Linares había ya recibido indicaciones expresivas á ese propósito. Es

---

y no dispuso el Monarca de tiempo bastante ayer para autorizarlas con su nombre. Decían otros que algunos de los nombramientos no habían sido aceptados por Su Majestad. Y añadíase, por fin, que la principal dificultad estaba en la provisión de la Jefatura del Estado Mayor Central».

El 2 de Diciembre insistió ese periódico con estas palabras:

«De ser ciertos los rumores que se comentaban anoche en los círculos políticos por personas que suelen estar bien informadas de lo que ocurre en altas esferas, el Gobierno lucha en los actuales momentos con dificultades mucho mayores que las que le presentan los debates parlamentarios, con ser éstas de tan extrema gravedad».

El 6 de Diciembre fué *El Imparcial*, ayudándose con el *Diario Universal*, dirigido por un íntimo amigo y antiguo secretario del general Polavieja, bastante más explícito:

«Aunque otra cosa afirmen los periodistas ministeriales y los íntimos del general Linares, á medida que se aproxima el momento en que, después de firmarse el decreto creando el Estayo Mayor Central, hay que designar jefe para este nuevo organismo, aumentan las dificultades para la situación que se ha creado el actual ministro de la Guerra.

»*Parece ser que sigue no creyéndose en elevadas esferas que la persona que ocupe aquel alto cargo militar sea el candidato que tan decididamente, hasta ahora, ha patrocinado el general Linares. Y no es que se entiende carece de méritos ni de prestigios el distinguido é ilustrado general que el ministro quiere que sea jefe del Estado Mayor Central, no: es que hay el propósito, muy laudable, de que ese nuevo Centro tenga toda la independencia debida, y vaya con ella remediando, lo antes posible, los desastrosos efectos de la nefasta reorganización que el Sr. Linares ha dado al Ejército.* Y esta labor no es lógico que la encomiende á íntimos é inseparables amigos de quien actualmente se halle al frente del Ministerio de la Guerra.

»Refiriéndose á nuevos rumores de crisis que circularon ayer, y aludiendo á esta cuestión de la Jefatura del Estado Mayor Central, dice nuestro estimado colega *Diario Universal* en su número de anoche:

«Sin embargo, nuestros informes hoy son que esa modificación anunciada no va por el lado de Guerra, aunque otra cosa era de creer, porque el ministro parece dispuesto á sacrificar su amor propio y no hacer cuestión de Gabinete la realización de ciertos empeños en lo que respecta á la aplicación de la última parte, no ciertamente la menos principal de sus reformas».

Bueno será consignar de pasada que el ministro de la Guerra no hizo cuestión cerrada de ningún candidato determinado, y no será malo que el lector se fije en que, según *El Imparcial*, se deseaba en *elevadas esferas* que el Estado Mayor «fuese remediando, lo antes posible, los desastrosos efectos de la nefasta reorganización

evidente que, si así fué, el ministro de la Guerra lo comunicaría al presidente del Consejo, y que éste plantearía el tema en su despacho diario con Su Majestad, aunque, como es natural, no haya transcendido de ello ni el más leve rumor.

---

que el general Linares ha dado al Ejército». Tal era para *El Imparcial* la intención de la candidatura sostenida en elevadas esferas.

Y el día 14, el día mismo de la crisis, antes de estallar ésta, *El Imparcial* publicaba lo siguiente:

«Á juzgar por los rumores que hasta nosotros llegan, cada vez presenta caracteres más graves la provisión de la Jefatura del Estado Mayor Central del Ejército, y los íntimos del Gobierno congratúlanse de que la atención pública se fije en estos días, más que en tan transcendental cuestión, en los vehementes debates del Parlamento. No hay mal que por bien no venga.

»Según oímos decir ayer, *parece ser que elevadísima persona que se halla dispuesta á que el Estado Mayor Central no sea un gabinete particular del ministro de la Guerra, no ha modificado sus propósitos con respecto á la Jefatura de aquel Centro*, propósitos que no está dispuesto á secundar, en manera alguna, quien puede proponer, pero no nombrar, al futuro jefe del nuevo organismo.

»Ante tan difícil situación, dícese que al Sr. Maura, haciendo cuestión de amor propio el que no resulte desairada la situación de un consejero de la Corona, se le ha ocurrido que todo puede quedar arreglado contrarrestando y anulando por igual *las fundadas y altas iniciativas y los pasionales afanes de un ministro*, lo cual se conseguirá, á juicio del presidente del Consejo, con llevar á la Jefatura del Estado Mayor Central á un teniente general cuyo nombre no haya sonado hasta ahora, y á quien nadie patrocine para tal cargo.

»Ésta es una solución increíble. El admitirla como posible sería, á nuestro modo de ver, inferir injustificada ofensa á los indiscutibles sentimientos monárquicos del Sr. Maura y al respeto profundo que el presidente del Consejo ha guardado y guardará siempre, seguramente, á aquello que en altas esferas debe colocarse en todo momento por encima de las contiendas políticas y de los personalismos de las luchas individuales.

»Guardar como sagrado depósito, como intangible tesoro, elevados prestigios, no cercenándolos con actos de incalificable locura, es el primero y más elemental de los deberes de un gobernante. Proceder de otro modo es socavar el pedestal de lo que, ante todo y sobre todo, es preciso afianzar y robustecer; y es también ofrecer armas á los enemigos, que no perdonan ocasión para atacar ni medio para destruir.

»*Á lo último, á lo que se podría llegar en este país*, sembrando el estupor de fronteras adentro y de fronteras afuera, *sería á equiparar, á medir por el mismo rasero las s iniciativas que nacen en altas esferas y las que brotan de donde no puede desprenel recuerdo de tremendos fracasos*, de rendiciones que, como losas de plomo, peún y pesarán eternamente sobre el alma nacional».

iréceme que no perderá nada el lector con recordar y analizar estos recortes, vidando que son de *El Imparcial*, órgano un día del movimiento político preido por el general Polavieja.

Si fuera cierto que entre los treinta y tantos tenientes generales españoles, sólo uno, precisamente uno, indiscutiblemente uno, como de esas informaciones de *El Imparcial* se desprende, mereciera en este caso el agrado del Rey, podría parecer que volvíamos á épocas de preferencias y predilecciones funestas, y claro es que ello habría de preocupar seriamente á los gobernantes. Las camarillas militares produjeron en el reinado de Doña Isabel II, tanto en su minoridad como en su mayor edad, gravísimos contratiempos. De buena fe otorgaban las personas reales su predilección á determinados generales, creyendo que en ellos estaba el sostén más firme de la Corona en consorcio con el país, y los generales españoles pasaban de la privanza regia al pronunciamiento cuartelero, y del pronunciamiento á las cámaras de Palacio. Tuvo la Restauración la gloria de acabar con aquello y se cambiaron las relaciones entre el Rey y el Generalato, siendo todos los individuos de éste iguales para la Corona y para los gobiernos. El general Martínez Campos que, por su patriótico consejo, por su nobilísimo carácter y por su especialísima significación en la restauración del trono, fué siempre una de las figuras conspicuas de la Monarquía, observó y mantuvo constantemente una discreción suma que alejó de él hasta las sospechas de los más maliciosos en cuanto se refería á la alta dirección del Ejército, fuese cual fuese su posición en la política.

Lo cierto parece ser que el día 14, al despachar el ministro de la Guerra con el Rey, solicitó de S. M. el general Linares una hora especial para estudiar la propuesta que se le había de hacer de los jefes del Estado Mayor, y que D. Alfonso insistió entonces de una manera rotunda en su deseo de que se nombrara para el primer puesto al general de su cuarto militar señor marqués de Polavieja; que el ministro de la Guerra hubo de alegar las razones que á él impedían refrendar ese nombramiento, por ser precisamente el general Polavieja el único teniente general que debía considerar incompatible con sus reformas; que á pesar de esto insistió S. M..... y que quedó aceptada la dimisión del ministro de la Guerra.

La estrechísima solidaridad de gobierno en que el Ministerio presidido por el Sr. Maura vivió siempre imponía necesariamente que con la dimisión del ministro de la Guerra quedase presentada, no formalmente, sino de un modo irrevocable, la de todos los ministros, tanto más cuanto que se trataba de una verdadera cuestión de gobierno y en la que es de suponer que el criterio del jefe de éste fuese conocido por el Rey con anterioridad al despacho del ministro de la Guerra en que se produjo la crisis por una evidente discrepancia entre la Corona y aquel su consejero responsable.

La crisis se tramitó con rapidez en cuanto á la base de su solución, pu por la noche del mismo día quedó encargado de formar Gobierno el Sr. Gen ral Azcárraga, presidente del Senado. Dos días invirtió en constituir Gabinet el ilustre prócer, activamente ayudado por el mayordomo mayor de Palaci Sr. Duque de Sotomayor, en la solicitación y conquista de las personas

quienes se quería hacer ministros, si son ciertas las idas y venidas que á este respetable personaje atribuyeron los periódicos. Juraron los nuevos ministros el día 17, y el 23 acordaron proponer al Rey el nombramiento del general Polavieja para jefe del Estado Mayor, y el nombramiento fué firmado el día 24, recibiendo el héroe de Parañaque, como aguinaldo espléndido, ese premio á sus afanes y á sus estudios.

Ni oficial ni oficiosamente dieron los ministros del Gabinete anterior la explicación de la crisis; pero claro es que ella había de transcender con caracteres de autenticidad, puesto que aquellos ministros en su reunión de dimisionarios, si no acordaron publicarla de un modo oficial, tampoco acordaron ocultarla ni disfrazarla, y por unas y otras referencias se puede asegurar que cuando de la crisis se trate en el Parlamento se le dirá al país, sin acrimonias de ninguna especie que serían hasta de mal gusto, toda la verdad. El no haberla ocultado en las conversaciones privadas, y el propósito de declararla en público, cuándo y en la medida de que en la declaración se ponga la responsabilidad, bastó para sublevar en los primeros momentos no sólo á los espíritus pacatos y á los cortesanos impenitentes, sino aun á aquellos liberales y demócratas que se han pasado dos años descargando sobre el reaccionarismo del Sr. Maura todo vituperio.

Tratárase de uno de aquellos políticos nuestros en los que es notorio que el *loyalisme* se halla en razón directa del trato que reciban de Palacio, y podría sospecharse que el Sr. Maura, al confesar la verdad de lo sucedido, buscaba un quebranto y un daño para la Corona; pero nadie que lo conozca puede creer eso del ex-presidente del Consejo. Sería capaz el Sr. Maura, si su conciencia se lo aconsejara, de no volver á gobernar; pero nunca de volverse en contra de la Monarquía, á la que ha servido fidelísimamente.

Si lo sucedido en esta crisis es lo normal en una Monarquía constitucional, el ejercicio de la facultad que al Rey con unos ministros corresponde de separar libremente á otros, ¿qué inconveniente hay en decirlo, en vez de inventar un disentimiento entre los ministros ó una dificultad insuperable para éstos en el Parlamento? Si se estima, por el contrario, que aun siendo eso perfectamente lícito é irreprochable desde el punto de vista constitucional, es grave y puede tener transcendencia funesta la falsa especie de la vuelta á preferencias en materia de cargos militares, no dejando esto, como todo, á la iniciativa, dentro de las leyes, de los ministros responsables, ¿se cree que el daño y la gravedad están en que la cosa se diga ó en que la cosa suceda? Dígase ó se calle, ¿desaparececerá el hecho ni perderá su significación?

En 1839, recién comenzado el reinado de la reina Victoria, fracasados en [illegible]ierno los liberales, la soberana inglesa confió el poder á Roberto Peel, [illegible]so como condición que S. M. se separase de las damas que la rodea[illegible]e, por su parentesco con los personajes liberales, parecían á aquel [illegible] estadista un peligro de chismes y de intrigas incompatibles con una [illegible] de gobierno. La Reina se negó, y Roberto Peel rechazó el poder, sin

que le ocurriera á él ni á nadie engañar á la opinión ni privar á la joven soberana de aquella lección de severo constitucionalismo. La «cuestión de las damas» fué una sombra en los comienzos de aquel reinado glorioso, de grandísimas prosperidades para la Gran Bretaña, y la lección fué tan provechosa en el ánimo augusto de Victoria de Inglaterra, que antes del año y medio las damas fueron despedidas y Roberto Peel llamado al poder, que ocupò durante cinco años, asistido tan leal y completamente de la confianza de la Reina, que bajo aquel gobierno comenzaron las grandes venturas que para la Gran Bretaña van unidas al nombre de la reina Victoria, y ésta explicaba graciosamente después la famosa «cuestión» como una locura de la juventud inexperta.

Ni Roberto Peel dejó de ser por aquel acto uno de los más robustos paladines de la Corona inglesa, ni fué daño, sino bien grandísimo para la Monarquia y para la Reina, la opinión que se formara acerca de la actitud del jefe conservador inglés en 1839, con la que tiene no poca analogía la mantenida ahora por D. Antonio Maura.

Consecuencias de la crisis.

Cuéntase que en cierta ocasión propuso á D. Alfonso XII el ministro de Estado de un gobierno presidido por D. Antonio Cánovas la concesión de una gran cruz á un D. Fulano de Tal, título del Reino, que á aquél prestaba excelentes servicios, pero que no era grato en Palacio. El Rey se negó á firmar. Súpolo el Sr. Cánovas, y en el acto dimitió, siendo fama que D. Alfonso XII replicó en seguida á su primer ministro:

—Eso no, Cánovas. Venga esa gran cruz y todas las que usted quiera para todos los..... Fulanos de Tal que haya en España; pero usted no se puede ir del gobierno.

Y á ese rasgo del Rey respondió el Sr. Cánovas renunciando á *crucificar* á su amigo, y continuó en el poder para gloria y robustecimiento de la Monarquía.

El Sr. Maura había acometido una empresa de grandísima dificultad. Tenía por objeto la revolución desde arriba el traer á la vida y á la acción del Estado, para hacerla eficaz en el bien del país, la cooperación constante del pueblo, los alientos y la fuerza de la opinión. Capital enemigo de esa obra eran los que el propio Sr. Maura llamó «gremios políticos» que á modo de muralla se interponían entre el Estado y el País, amparando todo caciquismo y todo particularismo de clase. Imponíasele, pues, como primera necesidad de su política, enfrenar á los consabidos gremios, los señores feudales de nuestra democracia, y solicitar con hechos á aquellas clases de la sociedad á las cuales incumbe más de cerca la dirección del pueblo. No se podía ni se quería realizar ni acometer eso por medios de dictadura, sino dentro de la legislación liberal y democrática vigente en España, es decir, por las Cortes

con el Rey, en el propio medio donde imperaban los enemigos á que era preciso vencer. Esto significa cómo la empresa había de ser larga, por el tiempo que sería preciso perder en cuestiones incidentales antes de resolver las que eran fundamento y substancia de la campaña toda. Un mal creado y sostenido durante muchos, muchísimos años, no era remediable en pocos meses. Se puso mano al remedio apenas se llegó al poder. En la conducta se señaló desde el primer día el propósito de la enmienda: en la designación de gobernadores; en la vigilancia de sus procederes por lo que al caciquismo se refería; en la abstención de toda suerte echada sobre la voluntad electoral, aunque ello favoreciera á las oposiciones, y molestara á los amigos, y enajenara desde el primer momento al Gobierno hasta el escrúpulo en las referencias de los grandes periódicos; en la manera de tratar las cuestiones de orden público, velando por el prestigio de la autoridad con toda energía, pero sin alterar la normalidad constitucional del país ni confundir con aquella obligación el amparo de cuantos yerros cometiesen los delegados del Gobierno; en todo ello y en otras al parecer menudas incumbencias de orden interior—inversión de los fondos secretos de Gobernación, aplicación de la partida para gastos de material, tramitación de expedientes, etc.,—se procuró acreditar aquella resolución. La discusión de las actas en el Congreso y los debates políticos mantenidos en ambas Cámaras pueden ser invocados como testimonio de lo que se había hecho. Aquella mayoría formada con tan poco favor ministerial dió desde el primer instante la medida de su cohesión y de su entusiasmo, y aquella minoría republicana tan numerosa, y de que tanto se asustaron algunos, sólo sirvió para dar unos cuantos vivas á la República.

La obra se interrumpió durante cuatro meses. Se alejó del poder el señor Maura, y las Cortes, los aplausos de la mayoría, el respeto de las oposiciones, volvieron á elevarlo al Gobierno. Enumeraba antes las leyes que se han quedado en el camino. Á la vista de todos se han desarrollado los sucesos que han impedido una más rápida tramitación de las mismas. No ha sido culpa del Gobierno que ha estado en el Poder 375 días, y de ellos 205 en las Cortes. Á ver si hay ó ha habido otro en los últimos años que presente mejor estadística. En cuanto á lo hecho, yo no he de enumerarlo todo; pero no hay quien no sepa que han pasado por el Gobierno de España muchos hombres deseosos de hacer y comprometidos á hacer, sin lograrlo, una ley de alcoholes, una ley de descanso dominical, una ley de caminos vecinales, una ley de ferrocarriles secundarios, una ley de riegos, una ley de organización militar, una ley de empleados, y que este Gobierno las ha hecho, y ha hecho, además, entre otras de menor importancia, pero cuya utilidad se ha tocado ó se rá tocar en cuanto quieran usarlas los interesados en ellas, una ley de ressabilidad civil de los funcionarios públicos, que si la aprovechasen los dadanos—y ya se ve que los directores de la vida pública han procurado notearla más que organizar su ejercicio,—constituiría por sí sola una ción de la Administración española.

En otros órdenes de la acción gubernamental, la conducta del Sr. Maura no ha desmentido sus promesas. La crisis económica del país ha revestido este año caracteres más graves que en los anteriores, y claro está que nadie que esté á bien con la justicia podrá imputar eso al Gobierno, y la tranquilidad del país no se ha perturbado en ninguna parte de manera apreciable. Se ha salido de los más graves conflictos sin otro esfuerzo que el de la autoridad regularmente ejercida, y nadie podrá negar que aquellos sus prestigios y resortes que tan relajados parecían han sido restablecidos y fortificados. Los pocos gobernadores que durante ese año han tenido que recibir una sanción correctora de desaciertos ó de imprevisiones, del Gobierno que los nombró la recibieron. No se ha producido una sola denuncia, comprobada y atendible, contra un funcionario público, que se haya perdido en el vacío. La sanción ha seguido de cerca á la acusación revestida de la necesaria autoridad. Crueldad sería puntualizar los casos.

En la política exterior, antes he aludido al mejoramiento indudable de la situación de España. La conducta de los liberales en la cuestión de Marruecos, sus fantásticas conquistas del Gabinete francés, habíannos dejado en muy equívoca posición con Inglaterra. El rey Eduardo había pasado por nuestras costas huyendo de ponerse en contacto con la tierra española. Pues hemos subscrito un tratado ventajosísimo con Francia, respecto á Marruecos, eficazmente ayudados por Inglaterra, con cuyo soberano se halla el nuestro en las más cordiales relaciones. Para restablecerlas con el Vaticano hubo de llegar el Gobierno del Sr. Sagasta á subscribir un *modus vivendi* por el cual el Gobierno español se abría incautamente al establecimiento de cuantas órdenes religiosas quisieran aquí instalarse, y el Sr. Maura ha recabado de la Santa Sede esa reforma del Concordato, que cierra las puertas y pone en ellas un candado, cuya llave se entrega al Consejo de Ministros en pleno, con la firma del Rey, para que las congregaciones no puedan á su gusto multiplicarse en nuestro país.

La obra, pues, estaba en marcha, pero apenas en los comienzos venturosos. En aquellas regiones donde la vida pública no había caído en absoluta postración, era notorio que el país respondía. Á fuerza de perseverancia hubiese respondido en todas. Barcelona, en pocos meses, contestó de tal modo, que en ninguna parte ha tenido el Rey mejor acogimiento que en aquella ciudad que muchos imaginaban perdida para la Monarquía y para la Patria, y el Sr. Lerroux, en sus últimos discursos, mostrábase animado de un espíritu gubernamental que claramente enseña cómo estaban vencidos en Barcelona los radicalismos libertarios que forjaron la personalidad de aquel inteligentísimo agitador de las masas catalanas. En Valencia, por ejemplo, la obra no podía ser tan rápida. Las derechas sociales se hallan mucho más postradas que las de Barcelona. La conciencia misma ha de recordarles cuánta culpa tienen en aquella dominación radical, cómo por sus luchas de mandarinatos conservadores y liberales contribuyeron á forjar la fuerza de Blasco

Ibáñez, y cómo recientemente pretendieron repetir lo mismo en beneficio de Rodrigo Soriano contra aquél. Pero con el tiempo y la perseverancia ello se hubiera logrado, y también Valencia se habría redimido de la anarquía.

Todo ello se ha interrumpido con daño incalculable para la obra. Se arriesga tanto en ella—y los atentados de Barcelona y de Alicante y las feroces injurias de toda hora y en todas partes contra el Sr. Maura lo prueban,—que no habrá seguramente quien se decida á acometerla sabiendo que puede venir á cortarla y anularla una discrepancia constitucional sobre el nombramiento del jefe fantástico de un Estado Mayor quimérico en un Ejército de imaginación. Y de lo hecho en este año, ¿qué quedará á la vuelta de pocos meses, si acaso ya no quede nada á estas horas? Y de las confianzas que comenzaban á despertar, ¿qué quedará en pie?

El Jefe del Estado Mayor.

Porque supongamos que el general Linares fuese en el Ministerio de la Guerra una gran calamidad nacional, como dicen los sueltos de *El Imparcial* que quedan reproducidos, y supongamos que el general Polavieja fuese, por el contrario, un hombre providencial venido á la tierra para ser primer jefe del primer Estado Mayor que..... por aquel mismo calamitoso general Linares se creara. ¿Y qué? ¿Hay Ejército en España? ¿Hay posibilidad de disponer por ahora del dinero necesario para ponerlo en condiciones de eficacia? ¿Es que no podía esperar la llegada de ese hombre providencial, por el Gabinete Azcárraga elevado á la Jefatura del Estado Mayor, el tiempo que fuese menester para que aquella otra obra emprendida no se interrumpiera? No hay Ejército en España: hay unas clases del Estado que absorben una gran parte del Presupuesto, que usan armas á toda hora y que se llaman militares y que, en su mayoría, hasta sienten el más generoso entusiasmo por su nobilísimo oficio; pero no hay más; y como es absolutamente preciso que lo haya, y como para que lo haya es lo primero que haya alma de Ejército, ¿cómo creer que se trabaja por él y que se le sirve cuando de todo este aparato político viene rodeada la designación del jefe de lo que se crea con la intención saludable de formar el cerebro del Ejército? Muchas cosas tristes ha enseñado la implantación de estas reformas militares. El general Linares tuvo que hacerse unas cartas impresas para contestar á las recomendaciones de traslados de jefes y oficiales. ¿Habrá Ejército en un país donde es preciso hacer eso, porque son innumerables los jefes y los oficiales que creen lícito [illegible]r, y encuentran quien en la pretensión los ampare, determinado destino [illegible] terminada residencia? Léase cuanto la Prensa ha escrito contra esas re[illegible]s, y se verá predominando un solo argumento: se perjudica á los jefes [illegible]ales obligándolos á cambiar de residencia. ¡Si temblaron las esferas y [illegible]dió el firmamento porque un regimiento fué trasladado de un cuartel

ruinoso de Madrid á un cuartel nuevo de Jetafe! ¿Viene á remediar eso el ambiente en que llega el general Polavieja á la Jefatura del Estado Mayor?

El nombramiento del general Polavieja, además, del que es único responsable el Gobierno del general Azcárraga, no es en sí mismo suceso que deban mirar con indiferencia los gobernantes de la Monarquía. El general Polavieja tiene en materia de organización militar un pensamiento conocido. Él provocó una crisis ministerial, cuando fué ministro de la Guerra en el Gabinete Silvela de 1899, por defender aquél su personal criterio. No es un general cualquiera que al frente del Estado Mayor va á desarrollar el pensamiento de los sucesivos ministerios que pasen por el Gobierno, dentro de la unidad indispensable para la defensa de la patria, sino un general que ha sido ministro de la Guerra y que ha mantenido un criterio tan personalmente suyo, que por él salió del Gobierno y se separó del partido en unión al cual había llegado al poder. Pues una de tres: ó el Sr. Marqués de Polavieja se desdibuja, perdiendo su personalidad militar, para secundar el pensamiento de los gobiernos, ó no podrá formarse ninguno que no acepte el del general Polavieja en materia militar, ó el conflicto de ahora podrá repetirse tantas cuantas veces se desee mantener en ese puesto al ilustre excapitán general de las colonias perdidas, cuya exaltación de ahora por el Gabinete Azcárraga á costa de un Gobierno presidido por el único hombre que desde las filas de la Monarquía propuso un régimen que pudo ser de salvación para aquel imperio, acaso sea la explicación de muchas cosas tristes que pasaron.

No. Si el Estado Mayor del Ejército va á ser un organismo de salvación para éste, su inteligencia directora, es menester rodearlo de una atmósfera de prestigio, de independencia que lo haga en cierto modo impersonal. Su jefe no ha de ser el general tal ni el general cual. Ha de ser, para el país y para el Ejército, «El Jefe del Estado Mayor», alguien alejado hasta en la sospecha de todos aquellos fulanismos que tan grandes estragos producen en la vida de España.

Salvador CANALS.



UN PROGRAMA PARA LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN ESPAÑA

Trabajo inédito, premiado en los Juegos Florales de 1904 en Sevilla.

I

La educación es la mejor riqueza de los pueblos; y es riqueza, porque la civilización contemporánea la ha erigido en idea-madre, en idea-fuerza, que preside el movimiento económico de los pueblos, y en pensamiento matriz de la actual revolución escolar.

Tres tendencias marca el desenvolvimiento educativo moderno: la alemana, que desarrolla la riqueza á expensas de un mayor poder intelectual y moral basándose en fines ideales (el progreso) y aspirando á un fin material (la riqueza); la francesa, que fundamenta sus doctrinas en el positivismo y busca el aumento de la riqueza en la moral y en la ciencia; y la inglesa, que hermana el aumento material del comercio y de las industrias con el adelanto ideal de la ciencia, el arte, la moral y la religión.

Las ideas-bases del movimiento alemán pueden sintetizarse así: «El futuro de un pueblo depende del propio desenvolvimiento y de las fuerzas de su poder productivo, el capital, en posesión del cual queda asegurada su independencia económico-política. Todo aquel que desee de corazón el progreso de su patria, debe dirigir su acción hacia el aumento del capital nacional. En él, dos elementos se comprenden, el ideal y el material; á la capacidad productora de una nación son concernientes, por una parte, la elevación é intensidad de las actividades del espíritu, realizadas en arte, ciencia, moral y religión; por otra parte, el incremento y extensión de su caudal material, en la esfera de la agricultura, la manufactura y el comercio. Lo último lo promueve el Estado por su política financiera; lo primero, por su ..ema educatorio. Aunque media una extensa separación entre ambas fases '.. vida nacional, existe entre ellas una conexión interna».

..s ideas pedagógicas dicen en Francia: «Los males de la Francia actual ..en, en parte, á ciertas deficiencias de su sistema educatorio, en cuyo ..na se cometen dos errores fundamentales: según el uno, no se da una ..nte independencia al educando para que éste pueda luego desenvolver

libremente su acción en las luchas de la vida; según el otro, no se le inculcan convencimientos ó ideas prácticas que favorezcan el desarrollo de la industria y el comercio nacionales».

Los ingleses raciocinan así: «Es un error de la educación británica el dedicar toda la niñez de las clases dirigentes al estudio de las lenguas clásicas y descuidar las modernas y otras materias que serían más útiles para el desenvolvimiento de la riqueza nacional: el comercio necesita ciertos conocimientos de aplicación más inmediata».

Resulta, por consiguiente, que: en Alemania, el sistema educativo es un resultado de la evolución del pasado y un elemento para la evolución del porvenir; en Francia, una mezcla confusa del afán de reformas radicales, de la uniformidad forzada y del espíritu ático; y en Inglaterra, una resultante de dos fuerzas paralelas dirigidas en un mismo sentido, el individualismo y el utilitarismo.

Las dos cualidades primordiales de la educación alemana son: el enciclopedismo y el nacionalismo. Pero, no obstante las grandes ventajas de este sistema, existe un serio inconveniente, y es que se forma el hombre, miembro de la sociedad, no el ciudadano, miembro del Estado. Y este detalle, apuntado por Goethe cuando en 1828 decía que la pesantez de una educación demasiado profunda forma esos soñadores, inútiles para el progreso por falta de genio é inútiles para la patria por falta de iniciativas y energías físicas y morales, parece entronizarse hoy en la educación alemana; por esto, y por el peligro nacional á que podría conducir, no ha vacilado en manifestar el emperador Guillermo en su discurso de 1896 que «la escuela alemana no está á la altura que debiera, porque no sabe formar el ciudadano».

Puede formularse contra la educación alemana una severa crítica: que instruye, pero que no educa. Es decir: que sacrifica el carácter y la voluntad en aras de múltiples conocimientos positivos; que crea hombres que por falta de iniciativa nunca producen en relación á lo que saben; y que engendra lo que llama Max Nordan «mal del siglo». Por todos estos inconvenientes, resulta muy inferior la educación alemana á la inglesa, que, sin enfermar el cerebro ni debilitar el carácter, educa mejor de lo que instruye.

En la educación privada, el niño inglés aprende á amar su individualismo como palanca para las luchas sociales; en la educación pública alternan la ética, la economía y los ejercicios físicos como base del hombre honesto, rico y vigoroso.

Una de las características de la pedagogía inglesa es la prudencia, que el maestro conduce *cristianamente* á la ética y á la religión, y, *positivamente*, á las ciencias físicas y políticas. Espíritus positivos y tranquilos, templan lo ímpetus de la ira con los juegos atléticos, encauzan los bríos del sentimentalismo con el método positivo aplicado á las ciencias morales, y cultivan la moderación en los *high schools* y en las innumerables *debating societies*. La pedagogía inglesa estimula igualmente los ideales imaginativos del niño ha

ciendo que palpiten en su corazón cual fibras secretas, que sólo se pongan en acción con fines útiles é inmediatos.

He aquí cómo nos habla Taine de la educación inglesa: «Al salir el niño de la escuela encontró su camino hecho; no tuvo que rebelarse contra la Iglesia, que es bastante razonable, ni contra la Constitución, que es bastante liberal; la fe y la ley que le ofrecen son buenas, útiles, morales, bastante amplias para dar lugar y abrigo á todas las necesidades de los espíritus sinceros; sabe lo que debe creer y lo que debe hacer. No se deja arrastrar por la teoría, ni entorpecer por la inercia, ni detener por las contradicciones. Disfruta de los halagos del amor propio y de las satisfacciones de la conciencia. Sabe que tiene autoridad y usa de ella lealmente para el bien ajeno. Y ese buen estado de espíritu es alimentado por una vida sana.....»

Con la ley Gladstone, que respetando las *Voluntary Schools* creó un sistema de escuelas comunales dirigidas por las *Schools-Boards*, la enseñanza inglesa adquirió rápido desarrollo; pero la competencia de alemanes y norteamericanos á la industria británica, dando lugar á profundos estudios, hizo ver que la causa era la deficiencia en los métodos escolares; en su consecuencia, modificóse la instrucción primaria concluída la guerra con los boers, y hoy la educación inglesa responde al alto concepto de la ley de 1903. Bien quisiéramos reproducirla; pero nos abstenemos de este propósito, limitándonos únicamente á citar el sistema escolar más adecuado á la época en que vivimos y al porvenir que se vislumbra (1).

Penetrados los norteamericanos de que la educación es la introducción en el mundo y en la vida, han fundado sus teorías escolares en que la finalidad de la escuela debe ser el desarrollo del esfuerzo individual y personal del discípulo. La escuela norteamericana, expresión de la voluntad del niño, además de revestir un carácter esencialmente democrático, responde á un espíritu de comunidad basado en la conformidad, en la cooperación y en la inspección.

La vida en la escuela norteamericana es para el niño una parte de su propia vida natural, que completa y ensancha á virtud de dos factores: el interés que el educador toma por el niño, y el interés que éste demuestra por todo lo que tiene que hacer.

La enseñanza moral tiene tres formas: la inculcación de las virtudes específicas; los ejercicios matinales, y el empleo de máximas escolares. La primera habla á la niñez de los deberes que está obligado á cumplir en su vida;

Á fines del siglo XVIII comenzaron á fundarse en Inglaterra las «Sunday-...ols»; á principios del XIX se establecieron las «British and Foreing School So-...» y las «National Society», destinadas á la educación del pueblo; en 1833 votó ...rlamento las primeras sumas para el sostenimiento de escuelas, y en 1839 creó «Commitee of Council», compuesto de consejeros privados, con la misión de ...der en todo lo referente á instrucción.

la segunda establece una transición natural entre la casa paterna y la escuela, y la tercera forma la afición por las buenas lecturas.

La escuela norteamericana cultiva el entusiasmo y el provecho, en vez de la vanidad y el formulismo, comprendiendo, sin duda, que nada perjudica más á la enseñanza que el hábito de las definiciones, que el apartamiento de la naturaleza, que el estancamiento de las iniciativas infantiles y que la mordaza puesta á la inteligencia con el excesivo desarrollo de la memoria. Y, obrando así, la escuela norteamericana piensa con H. Roorda van Eysinga: «El educador moderno, cuando no puede preparar generaciones entusiastas, forma en cambio excelentes empleados que sabrán cumplir con su deber; pero el sentimiento del deber no provendrá en ellos de un conocimiento interior que les encamine hacia lo recto, sino que se confundirá siempre con el temor de desobedecer..... »

Los métodos escolares norteamericanos no difieren mucho de los ingleses; pero en cambio asombra el interés que despierta en esta poderosa República cuanto á instrucción se refiere. Voy á copiar algunos párrafos del informe de Mr. Kill, encargado de la dirección de las escuelas populares del Estado de Massachussetts:

«..... Si en las escuelas públicas de nuestro Estado se gastan anualmente diez millones de dollars, esto no quiere decir que pese sobre la población un impuesto escolar excesivo. Por muy grande que parezca esta suma, no representa más de cuatro dollars por habitante. Y ¿quién es el que no gasta más de cuatro dollars al año en tonterías? Este dinero se devuelve al pueblo con creces. Los habitantes de Massachussetts producen al día 30 centavos más que los otros americanos, gracias al desarrollo de la instrucción: 30 centavos al día representan 100 dollars al año, de lo cual se desprende que los dos millones y medio de habitantes de este Estado producen anualmente 250 millones más de lo que producirían sin escuelas. Siendo esta cantidad 25 veces mayor que la gastada en escuelas, resulta que, aun reduciéndola á la mitad, cada habitante recibe de ocho á doce dollars al año á cambio de los cuatro que da para la enseñanza..... »

. . . .
. . . .

Volviendo los ojos hacia nuestra instrucción primaria, un sentimiento de tristeza sale de nuestros corazones. Los que debieran, no quieren ver que la capacidad mental de la nación, íntimamente ligada á la riqueza futura, tiene dos fases: *la ideal*, que el Estado y la acción particular pueden ensanchar por un buen sistema educativo; y *la material*, que sólo una buena política financiera es capaz de promover.

Olvidando esto, y sin tener en cuenta la historia y el carácter de nuestro pueblo, arrastrados unas veces por la manía de la imitación é impulsados otras por orgullos personales, hemos llegado en materia de enseñanza á suprimir el individuo en el niño y á esconder el soplo de la ciencia y del

progreso bajo la hojarasca de inútiles estudios; y esta pérdida del principio económico-generador y de la psicología nacional la hemos sellado sangrientamente en la Historia con los dolorosos nombres de Cavite y Santiago de Cuba.

II

Neutralidad de la escuela.—La lucha por la escuela debiera ser la más ideal, la más neutra; desde que Platón dijo que el Estado debía formar la juventud con arreglo á las exigencias de su propio interés y de ninguna manera según el deseo de las familias, hasta los tiempos actuales, que parecen recordar el final de Hamlet, no ha habido sistema de enseñanza que no haya manifestado tendencias especiales con el fin de inculcar al alumno opiniones más bien que conocimientos. En esta lucha persíguese siempre un móvil positivo: la dominación política ó el escalamiento al poder de la enseñanza de un partido ó de una casta.

Teóricamente, la escuela debe ser, no la generadora de doctrinas ó de concepciones del mundo y de la vida, sino la transmisora del saber creado y comprobado por generaciones anteriores; debe ser el afecto cristiano que vuele con la esperanza, y el cariño al prójimo que ate con los lazos de la caridad; debe ser, en una palabra, el recinto donde se inocule el antídoto contra esos niños que casi hacen gala de llevar la arruga del pecado en la frente y el fruncimiento de la incredulidad en el labio. Prácticamente, engullendo almas tiernas y plásticas, la escuela puede devolver á la sociedad máscaras de contornos endurecidos; lo que la escuela inculca al niño forma para siempre en el espíritu de éste su color fundamental, los hábitos de pensamiento, la polarización de cuantos rayos de luz han de penetrar más tarde en su cerebro.

La Historia nos enseña que nunca la lucha de clases se ha verificado en el libro, en el periódico ó en el Ateneo; siempre ha buscado el campo de batalla en la escuela. Y como el objeto es ganar la generación que sube, enseñándola á vivir y pensar en su ambiente, recurren al arma más eficaz para el logro de sus propósitos: la escuela.

La evolución de la enseñanza francesa nos ofrece actualmente un ejemplo: la República lucha con la Iglesia para arrebatar la escuela de manos del sacerdote y entregarla al Estado. «¿En virtud de qué derecho—dicen los unos—queréis impedir al padre de familia que eduque á sus hijos según sus ...ias ideas? La instrucción es obligatoria por ley, y los jueces tienen dere... á castigarme si yo no mando á mis hijos á la escuela. Ahora bien: si lle... á abolir las escuelas de las congregaciones, no quedarán más que las del ...ado, en las que se enseñan cosas que nosotros rechazamos. El Estado no ...e derecho á violentar brutalmente las conciencias, y mucho menos lo ... una República democrática. La obligación de mandar los niños á la es-

cuela sólo puede ser tolerable cuando la libertad de la enseñanza suaviza su dureza».

Los republicanos franceses contestan difícilmente á esta argumentación: alegan circunstancias atenuantes, ó niegan los hechos. «La escuela del Estado—dicen—no violenta las conciencias, por cuanto es estrictamente neutral.» ¡Neutral esta escuela cuya tendencia es la apoteosis del gobierno y la formación de un carácter individual al que no muerda el sentimiento, ni las ideas lo afecten sino superficialmente! «Como si la simple neutralidad—escribe Max Nordan,—en materia de religión, pudiera satisfacer á un conservador de buena cepa! Para contestarlo sería preciso establecer la misma neutralidad en todas las cuestiones políticas, históricas y sociales.»

Spencer, llevado por su filosofía individualista, combate la enseñanza oficial del Estado, sosteniendo que la escuela debe substraerse á su ingerencia. La escuela libre tendría la ventaja de que cada concepción filosófica formaría su grupo de adeptos; pero los inconvenientes serían considerables, porque, pudiendo sostener las clases acomodadas mejores escuelas que las clases pobres, obligaban á éstas á la siguiente alternativa: ó contentarse con sus mezquinas escuelas, lo que les crearía una inferioridad más, ó enviar sus hijos á las escuelas de los ricos para ser modelados con arreglo á los intereses de la casta dominante.

Descartada, pues, la doctrina de Spencer (no aceptada por ningún poder, ni aun por el inglés, que durante mucho tiempo consideró la instrucción como especial de cada ciudadano) y expuestos los peligros de las escuelas de tendencias ó incubadoras de las ideas de los detentores del poder, dedúcese que, en interés del progreso y de la democracia, la escuela debe ser neutra, es decir, *que se limite á enseñar hechos inatacables y leyes naturales exactas para que la juventud se eduque en el hábito de observar y de juzgar por sí misma.*

Bien se me alcanza que á este concepto de la escuela neutra argüirán algunos pedagogos: Pocos hechos y pocas leyes son absolutamente ciertas; si se quisiera renunciar á todo dogmatismo, habría muy poca cosa que enseñar; y en cuanto á la facultad de ser y de juzgar por los medios propios, la gran mayoría de los hombres carece de ella, y no hay educación que pueda dársela. Quizá tengan razón; pero yo me aferro al espíritu definido de la escuela neutra.

***

El maestro.—La formación pedagógica de éste influye sobremanera en el desenvolvimiento educativo. El maestro, con la sugestión que ejerce sob[re] los cerebros infantiles, simboliza para el niño «la representación de la id[ea] explicada, de la acción escrita, del dibujo delineado», porque es la armon[ía] entre la cosa ignorada y el deseo de la adquisición intelectual de esa cosa.

¿Qué intensidad de razonamiento puede exigirse del corazón y del ce[re]bro del niño sin que sobrevengan depresiones peligrosas? He aquí una nue[va]

ciencia de educación, una nueva forma de la enseñanza de la psicología, un moderno laboratorio psico-fisiológico que brinda al maestro, hoy abatido por su apagado rango social, un alto concepto de su función y un noble orgullo íntimo.

No creo deba servir de base á la formación del maestro la filosofía que tenga una morfología especial, obscura y apocalíptica; el espíritu filosófico de la educación moderna debe tender á disipar sombras y á buscar la forma y el fondo para armonizarlas con el momento. Siendo las generalizaciones de la filosofía los envolventes que consolidan las generalizaciones de la ciencia, la filosofía educativa ha de ser el producto de dos factores: la recopilación de observaciones y la elaboración de proposiciones más amplias y más alejadas de los casos particulares. Imbuído en este concepto es como el maestro podrá educar al niño teniendo en cuenta su débil organismo, el medio social en que actuará ya hecho hombre y las necesidades que el progreso de este medio le habrá de crear.

El maestro, si quiere cumplir bien con su hermosa misión, no solamente ha de venerar el pasado, rindiendo así culto á las ciencias, á las letras y á las artes, sino que debe tener orgullo del presente ó dolor de su patria, que infiltrará en el carácter de las nuevas generaciones mediante el dominio único y exclusivo de la educación; tan sólo así se producirá un espíritu de amor, de progreso y de orden que en su día hará del niño un modelo y un magnífico elemento para la prosperidad de la nación en todos los órdenes sociales.

«La educación filosófica y pedagógica de los maestros—dice Langlois,—he ahí la solución á la vez la más sencilla, la más elegante y la más radical del problema de la enseñanza.»

La mentalidad de los maestros franceses difiere radicalmente de la de los alemanes. Es debida esta diferencia, en general, á las ideas de glorias y grandezas pasadas que embotaron el sentimiento y el cerebro del niño con los recuerdos del hijo de Córcega, ó con los quejumbrosos acentos de las rotas de 1870; como causa inmediata, proviene esa diferente mentalidad de la deficiente educación pedagógica de los maestros franceses que aún los lleva á terrenos poco conformes con las exigencias de la vida moderna. (Se imputa á *L'École Normale* que siempre antepuso la alta cultura á la enseñanza práctica del maestro.)

La formación del maestro, desde el punto de vista de sus relaciones con el Estado, reconoce tres grados distintos: 1.º En Alemania, Rusia, Austria-Hungría, Suecia y Rumanía, al Estado está reservado el derecho exclusivo de formar maestros, ó por lo menos terminar su preparación. 2.º En No-
ga, los maestros proceden de la Universidad de Cristianía, pero les es
nitido hacer sus estudios en Upsala, ó fuera del país, siempre que se su-
n al examen final obligatorio para todos; en Bélgica, el régimen vigente,
ceptuado por algunos como el «más conforme al principio absoluto de
ñar», exige de los maestros una prueba pedagógica consistente en una

lección pública sobre un tema escogido en el programa de los Ateneos; en el Japón y en Rusia los candidatos se preparan privadamente rindiendo examen final ante un Tribunal designado por el Gobierno. 3.º En la Gran Bretaña, Norte-América y el Canadá, el Gobierno deja la preparación de los maestros á establecimientos locales que tienen escaso vínculo con el Gobierno central.

Además, merecen citarse, ya que no podemos entrar en pormenores como fuera nuestro deseo, los Institutos Histórico-Pedagógicos y Cursos Pedagógicos de Rusia; los tres Liceos Normales de Finlandia; los cinco Grandes Liceos Clásicos de Suecia, en los que los maestros concluyen su preparación pedagógica técnica y práctica; las Escuelas Normales (una de enseñanza científica) adjuntas á las Universidades, en Hungría; los dos Seminarios anexos á la Universidad, en Rumanía, y las 167 Escuelas Normales públicas, 178 Normales privadas, 1.487 «Teachers Training Classes», numerosas «Training Schools» y abundantes «Teachers Institutes» en Norte-América.

En nuestra patria, unas veces por la penuria de la Hacienda, otras por las luchas políticas y siempre por nuestra idiosincrasia nacional, hemos descuidado la formación del maestro y hemos ridiculizado su persona en libros y sainetes, sin comprender que, al herirlo tan despiadadamente, minábamos nuestro porvenir étnico. Si queremos, pues, sacudir nuestro abandono y preparar la raza para las contingencias del mañana, antes que excelentes programas hagamos buenos maestros, porque el maestro es el complemento de los padres. No olvidemos que el maestro de escuela hizo la Alemania de 1870.

Capacidad mental del niño.—No basta tan sólo, como algunos sostienen, crear buenos maestros para que la enseñanza responda á un alto fin social; es preciso atender á la capacidad mental del niño, si se quiere evitar que peligre su cerebro, sus nervios y todo su organismo. La instrucción no debe ser un amontonamiento de ideas, sino una mecanicidad intelectual hábilmente reglamentada de tal modo, que los conocimientos diagnosticados en dosis alimenten por varios canales la fuerza elástica de la inteligencia; quiere decir esto, que la semilla intelectual no será vertida por el maestro en conjunto y sin medida, sino que antes precederá el estudio del carácter del discípulo desde el punto de vista biológico, neurótico, etc.

Basándose en los trabajos de la Sorbona, la instrucción pública norteamericana, después de probar que los estudios en libros obligan al niño á una inmovilidad que compromete su desarrollo físico y lo conducen al apagamiento de la raza, deduce esta conclusión: fisiológicamente, la enseñanza por textos es falsa, toda vez que el niño necesita, ante todo, movimiento. Los métodos escolares olvidan, sin duda, que el niño tiende por naturaleza á la carrera y al salto en su edad temprana; por esta razón, la escuela norteamericana, fiel al *crescit cundo* de los antiguos, dice: paseos mejor que libros; excursiones á los museos, á los jardines zoológicos, á los talleres, y la substitución amplia y progresiva del método *ex-cathedra* por el de las *cosas vistas*.

El movimiento en el niño es una necesidad fisiológica. ¿Quién no ha observado que la inacción de un niño, pasado un minuto ó dos, se traduce en una agitación de brazos y piernas, en un fruncimiento de cejas, ó en muecas con los labios y la lengua? Leo en una curiosa estadística que de 70 niños observados durante el sueño, había 38 que se movían continuamente.

En 108 niños tranquilos se ha visto que 44 gozaban de buena salud, 58 eran alegres, 45 de carácter reflexivo y 27 estudiosos. En 152 niños inquietos, 93 gozaban de buena salud, 23 la tenían mala, 23 eran alegres, 71 en extremo alegres y 10 melancólicos; comparando unas cifras con otras se deduce que la salud del niño tranquilo no es tan buena como la del niño impetuoso. Pero aún hay datos más elocuentes: de 15 á 60 por 100 de los niños se habían quedado míopes antes de abandonar la escuela; un 30 por 100 de niñas estaban afectadas del baile de San Vito, y además se registran en la citada estadística numerosos casos de raquitismo, gastralgia y otras enfermedades debidas á la inacción física en la escuela, ó cuando menos á una inacción excesiva.

El profesor Mosso observó que la fatiga que le produjo la ascensión al Mont Blanc le impidió acordarse de cuanto había visto en la cumbre. Spencer dice que la actual raza inglesa es inferior á la de sus antepasados, atribuyendo esta inferioridad al exceso de tareas que hace bien poco existía en las escuelas del Reino Unido. Ambas opiniones comprueban estos hechos: durante el período de vacaciones el niño crece y se desarrolla mejor que en el de estudios; el recargo intelectual siempre es á costa de una disminución en el peso del niño; el esfuerzo excesivo que hace el cerebro se traduce en pérdida de una parte de las materias albuminoides de los músculos que pasan á la sangre que afluye á ese cerebro, y la dispepsia y la pérdida de resistencia obedecen frecuentemente al recargo de trabajo cerebral.

Error grave y funesto es clavar silenciosamente á los niños en los bancos bajo un régimen de inmovilidad. La pedagogía ha creído, durante mucho tiempo, que lo que entraba por los ojos (tratándose naturalmente de libros) se conservaba mejor en el alma que lo que entra por los oídos, olvidando lo que dice Horacio en estas hermosas palabras:

Segnius irritant animos demissa per aures
Quam quæ sunt oculis subjecta fidelibus, et quæ
Ipse sibi tradit spectator.

Enseñanza objetíva en lugar de enseñanza intuitiva; ejercicio de los sen-
…s con aplicación mediata de los principios de la observación, y costum-
para ver y comparar los objetos, á fin de desarrollar el juicio; pues, según
…el, saber es ver, y crear es comparar: he ahí las determinantes de la fun-
mental del niño.

…ra apreciar la proporcionalidad entre el esfuerzo intelectual del niño y
…ado de resistencia mental, existen varios aparatos: el goniómetro, que

mide el ángulo facial y los diámetros del cráneo; el palatógrafo, que registra los movimientos del paladar; el labiógrafo, el de los labios; el glosógrafo, los de la lengua; el miógrafo, que revela la fuerza muscular en el reposo ó durante el sueño; el ergógrafo, que señala el punto en que comienza la fatiga y permite así graduar el trabajo intelectual, y el algómetro, que mide el dolor.

Omitiré la descripción de tan ingeniosos aparatos, apartándome de la manía de los que, aumentando el número de cuartillas en un trabajo, hacen fatigosa su lectura.

Consta el algómetro de un cilindro de cobre, con una varilla en su interior; en una de las extremidades de esta varilla hay un disco, y con la otra se señala el grado de presión ejercida, que se registra sobre una escala graduada dividida en 4.000 gramos. Aplícase este aparato sobre la sien del niño; el operador hace presión hasta que el niño lanza un quejido, marcándose entonces sobre la escala el grado de sufrimiento que ha podido soportar el niño. En las experiencias efectuadas se ha visto que el niño acomodado es más sensible al dolor que el niño pobre, y que las niñas lo son en mayor grado que los varones.

Téngase, pues, en cuenta que nada es más perjudicial á la capacidad mental del niño que la exagerada quietud de éste en las aulas, y que un exceso de actividad de las funciones mentales á costa del movimiento físico, no tan sólo altera las condiciones fisiológicas del ser, sino que impide el mejoramiento de la raza y el progreso de la patria.



Los libros recreativos.—Notoria es la influencia del libro de recreo en la educación infantil.

Dos son las tendencias que manifiesta el niño en su gusto por los libros recreativos: ó admira espadas, cañones y soldados, ó embebe su imaginación con aventuras tontas y cuentos ridículos. Bienvenidas seáis, estampas que representáis héroes, hadas y genios, que producís lo deleitoso del soñar, y narraciones candorosas, que buscáis enseñanzas en lo cómico de la vida; sed bienvenidas al campo de la instrucción primaria, siempre que interpretéis el alma pueril del niño con toda su frescura, con todo su rosado color, con todo su oro primaveral.

Las metamorfosis de la educación deben cultivarse tanto en los libros de estudio como en los recreativos; las energías que comienzan á despertarse en el niño deben prepararse para más tarde, bebiendo en las interpretaciones del alma pueril de Froëlich, en la sabiduría de Robida, en los cuentos de Perrault, ó en las ilustraciones de Doré. «La naturaleza—escribe Virey—entrega de ordinario, en estado bien equilibrado, el organismo nativo del niño en perfecta salud.»

Lejos de mi ánimo hacer una crítica de esos libritos recreativos tan poco acordes con el progreso social. Diré tan sólo que la ética y la enseñanza moral se ayudan para desarrollar la imaginación infantil destruyendo la superstición; que al niño debe enseñársele á admirar los héroes de la patria, pero apartándole de los espectáculos de inútil sangre derramada, y que el libro recreativo, como factor de la educación nacional, debe tender á que, junto á un principio social ó económico, asome encantadora é instructiva la poesía de la niñez, la poesía de la risa y del ensueño.

Elemento muy importante de cultura son las canciones desgraciadamente olvidadas en nuestras escuelas; lo que podría decir acerca de este punto nos lo va á expresar un ilustre pedagogo: «Lo que hay de anticuado, de imaginario en ellas, y aun su drolática absurdidad, despierta en las almas delicadas de cinco ó de siete años las primeras impresiones de una poesía en que la risa y el ensueño se mezclan..... So pretexto de que la realidad debe ser la gran institutriz de los niños, se pone entre las manos de éstos álbumes de historia natural y de historia militar. Se encuentran chicuelos (refiérese el autor á Francia) de dos pies de alto que hablan de Napoleón con énfasis, ó que están muy al corriente de las costumbres sangrientas de la pantera negra: más valdría aún llenar su memoria de berquinadas, que endurecer y secar su corazón mal tocado por tan estériles maldades.....»

Por lo que á nuestra patria toca, hablando de esta fuerza educativa, nada ó muy poco positivo ofrecemos en aras de la cultura nacional; en manos de la niñez circulan libros altamente ridículos y cromos de pésimo efecto, sin detenernos á pensar que las lecturas y visiones de los primeros años son las que hacen la diversidad y la gracia de los espíritus de los hombres; no es fácil imaginar el daño cruel que causa á la infancia el sinnúmero de libritos con estúpidas aventuras reñidas con la marcha de la sociedad y el sentido común. Obra meritoria sería que los padres y los maestros pusiesen en manos de la niñez, más que insulsos cuentos, realidades de la vida, con la virtud y el trabajo como fondo y la amenidad por guía.

En demostración de que los libros recreativos mucho contribuyen á hacer el hombre, citaré un ejemplo:

Un domingo de 17....., en una ciudad de Córcega, Luciano entra con sus hermanos en el jardín de M. de Marboeuf; poco después sepárase el menor de ellos y su vista tropieza con un hermoso libro dejado sobre una silla por el dueño de la casa; ábrelo lleno de curiosidad y, atraído por la belleza de su lenguaje, corre el niño á leerlo escondiéndose tras un árbol. Pasadas algunas horas, la madre de aquellos niños se dispone á partir; acuden al llamamiento sus hijos, menos el lector.

¿Qué habéis hecho de vuestro hermano?—pregunta la madre á Luciano.

No vino á jugar con nosotros; pero no debe haber salido del jardín.

e le busca por todas partes, y por fin lo encuentran completamente abs-o en su lectura.

—¡Hijo!—exclama severamente la madre.—Nos has inquietado. Hace una hora que te buscamos. ¿Por qué no has ido á jugar con tus hermanitos?.....

—Mamá, perdóname—respondió.—He hallado un libro que me interesa.....

M. de Marboeuf tomó el libro, que era el tomo *Nicomède* de las obras de Corneille; el niño leía la escena admirable que pinta la indecisión en Prusias entre su hijo y su mujer (1).

La madre quiso regañar á su hijo; pero M. de Marboeuf intervino:

—No le digáis nada, señora. Un niño que se distrae leyendo á Corneille no puede ser un niño común.

Y, en efecto, aquel niño fué más tarde el gran Napoleón Bonaparte.



Disciplina escolar.—La disciplina escolar no es otra cosa que el respeto al maestro para que la enseñanza de éste tenga útil efecto, el aprecio de sí mismo para que los estudios puedan organizarse, y la puntualidad en la asistencia para que la instrucción arraigue y se desarrolle. La disciplina es, pues, la acción que, imprimiendo unidad á los esfuerzos del maestro, siembra en el corazón del niño el convencimiento de que, tanto él como sus compañeros de aula, tienen los mismos deberes que cumplir é idénticos ideales que realizar.

¡Disciplina escolar! Importantísimo factor sobre la que descansa el organismo social, fundamento sobre que se asienta el progreso de los pueblos. Ella es la que habitúa al niño á respetar en el maestro á sus superiores, en sus compañeros á sus semejantes, en los libros á las leyes y á la patria en todas estas observancias; ella es la que conduce al deber, al trabajo y á las

---

(1) Te veux mettre d'accord l'amour et la nature,
Etre père et mari dans cette conjoncture.

NICOMÈDE.

Seigneur, voulez-vous bien vous en fier à moi?
Ne soyez l'un ni l'autre.

PRUSIAS.

Eh! que dois-je être?

NICOMÈDE.

Roi!

Refrenez hautement ce noble caractère;
Un veritable roi n'est ni mari ni père;
Il regarde son trône et rien de plus. Régner!

riquezas; ella es, en una palabra, la que, predisponiendo el corazón al orden y á la obediencia, lleva luego á la inteligencia á la lucha por la raza y por la patria dentro del triple respeto á Dios, á las leyes y á los semejantes.

Solón, «para el bienestar y tranquilidad de un reino, quería que los ciudadanos obedeciesen á sus superiores y éstos á las leyes». Y, efectivamente, la prosperidad de un pueblo reside en el cumplimiento exacto de las leyes, porque este respeto lleva consigo algo más que una obediencia escrupulosa, una confianza en el poder legislativo ó una estimación hacia los gobernantes: lleva consigo el sello de la educación moral sociológica y de la intelectual práctica de todas las clases sociales.

Encanta ver cómo en Alemania el maestro vigila y somete á rigurosa disciplina al niño, imponiéndole para toda su vida hábitos de orden, tanto en la exposición de sus ideas, cuanto en el modo de guardar y conservar sus libros, cuadernos, instrumentos, etc.

Admira la labor del maestro inglés, buscando en la disciplina escolar un medio de formación del carácter de su pueblo y un recurso para hacer de todo inglés un caballero, con el corazón capaz de piedad y simpatía por el dolor ajeno, y con la inteligencia abierta y tolerante.

La disciplina escolar es función de la estimación y afecto que se tribute al maestro; estimarlo vale tanto como apreciar en sus enseñanzas morales una confianza para los destinos futuros; apreciar al maestro equivale á amarle por cariño, no por obediencia. ¡Ah!, si viesen muchos padres cuánto dañan á la disciplina escolar los halagos prodigados al niño cuando es castigado por su maestro; seguramente, si midiesen bien la importancia de la disciplina escolar, no destruirían con sus caricias la fuerza moral del educador. Bello ejemplo de respeto á la disciplina escolar nos lo ha dado la virtuosa Reina Regente de España, que si por muchos títulos es merecedora del afecto y cariño de los españoles, lo es en alto grado por su talento al educar á nuestro joven monarca; podría referir más de un admirable rasgo de Doña María Cristina, en el que se apreciase el culto profesado á la disciplina escolar; no lo hago en gracia al método de este estudio.

Causa de la indisciplina social que nos invade y ahoga es la ausencia de la disciplina escolar. Efecto de tan lamentable abandono vemos: al ciudadano que ignora en general sus deberes, si bien conoce perfectamente sus derechos; al político, más atento á su medro personal que al bienestar de sus gobernados; al comerciante y al industrial, más apegados á sus caudales que al cariño de sus obreros; al trabajador, más entregado á las violentas pasiones que á las demandas de la justicia; y al viejo, más esclavo de la vida de la llorada
entud que de la tranquilidad de su estado. Y así vemos crecer rápidamente
uroscarse al cuerpo nacional la indisciplina de ahora; indisciplina que
o favorece esos propósitos de desligamiento nacional, que, integrados al
r de los regionalismos más exagerados, produce eflorescencias criminales,
ompone las unidades más fuertes hasta el atomismo y es signo precursor

de sumisión á otras razas que con el auxilio de la educación han creado el principio constituyente de la solidaridad.

El único remedio contra estos males apuntados estriba en la disciplina escolar. Pero ¿qué va á conseguir el maestro cuando el mimo de la madre ó la debilidad del padre convierten al niño en alumno refractario á toda obediencia extraña? ¿Qué hacer el maestro ante esos niños habituados á no tener más guía que su capricho y que, ensoberbecidos por la tolerancia y á veces el aplauso de sus padres, le contestan con una insolencia?

Yo quisiera que los lamentos de los que se quejan de este desquiciamiento social se convirtiesen en fuerzas vivas que ayudasen á fortalecer la disciplina escolar; yo quisiera que la autoridad del maestro se ensalzase poniéndola al nivel de la paternal; yo aplaudiría desde lo íntimo de mi corazón á los gobiernos que amparasen en sus leyes los fueros del magisterio. Robusteciendo y ensalzando la disciplina escolar haríamos cultura, progreso y patria; olvidándola, quizá preparemos nuevos desastres y triste herencia á nuestros descendientes.

***

Los padres.—El buen ciudadano se forma entre las enseñanzas de la escuela y el constante cuidado de los padres; pero sobre todo en la vigilancia de éstos se modela el corazón y se cultivan los principios de la moral cristiana. La educación complementaria del hogar ha de tender principalmente á matar en el corazón del niño todos los furores de la bestia, que no calman ni el esfuerzo intelectual, que todo lo equilibra, ni la influencia de la educación, que todo lo modera.

En el hogar, el niño encuentra el calor que desenvuelve sus inocentes pensamientos, la caricia que presta savia á sus generosas iniciativas, el símbolo de sus amores, el eco de sus tristezas ó la transmisión de sus alegrías. Las flores en los árboles y el verdor de los campos son la promesa de la abundancia; las buenas acciones y los abnegados actos son el fruto de la educación en la familia.

La educación del niño en el hogar confiérese á la madre. ¿Por qué? Porque la mujer posee con suma intensidad los sentimientos de piedad, de altruísmo y de sacrificio, y la religión en sus manos es la más grande de todas las religiones.

Incumbe, pues, á la madre el desenvolvimiento del corazón de su hijo, sembrando en él las primeras semillas del bien; la madre es la única que con su amor puede atenuar las malas cualidades heredadas del padre, y con su cuidado cimentar la acción del maestro en la escuela; la madre es solamente la que puede hacer que la conciencia de su hijo sea su propio corazón, ya que en él sólo encierra virtudes y heroísmos.

La segunda maternidad, ó sea la preparación del corazón y del espíritu del niño, impone á la mujer una educación consagrada á desempeñar con

éxito este cometido. Hasta hace pocos años, la instrucción de la mujer se consideraba innecesaria; pero, actualmente, comprendiendo la pedagogía la importancia de la educación en el hogar, ha concedido grandísimo interés á la enseñanza de la mujer; el objeto de esta evolución ha sido y es ponerla en condiciones de no ser extraña á nada. «Una mujer—escribe Guyan—puede verse llamada á secundar á su marido en sus ocupaciones, á dirigir los estudios de sus hijos, al menos en sus comienzos; á educar á sus hijas, y además quedan en pie las circunstancias de la vida, que pueden obligarla á tener que esperar del propio esfuerzo su sustento y el de su familia.....»



Bibliotecas populares.—Para apreciar debidamente la importancia de las bibliotecas públicas, mencionaremos las que funcionan en Inglaterra y Norte-América; insistir sobre su utilidad sería cansar la atención del lector.

Inglaterra.—Como la instrucción pública de este país responde en parte á la necesidad de hacer frente á la concurrencia industrial extranjera, las bibliotecas públicas contribuyen á este objeto.

La primera biblioteca se fundó en Manchester en 1852; á ésta siguieron las de Birmingham, Edimburgo, Newcastle on Tyne, Portsmouth, Richmond y Alloa, con 167.000, 68.000, 69.000, 30.000, 16.000 y 8.000 volúmenes respectivamente. El desarrollo de estos centros fué lento, tanto porque su sostenimiento se debía á un pequeño impuesto, cuanto por la influencia de la taberna.

Hasta 1877, dice Lubbock, la cifra de los detenidos en las cárceles tendía á aumentar, y era de 20.600; pero desde que los esfuerzos hechos en pro de la cultura del país comenzaron á repartir beneficios, esa cifra descendió á 14.000 y la población aumentó de un tercio.

Norte-América.—Considerando que la instrucción escolar se interrumpe á los diez ó doce años, los pedagogos yankees creyeron que un buen complemento de la educación sería iniciar á los niños en el manejo de los libros; y alternando así las lecciones escolares con las lecturas populares, el niño se acostumbraría á espigar lo conveniente en las variadas enseñanzas de la vida.

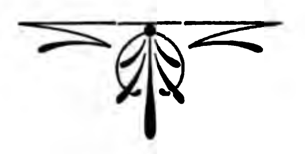
Hace doce años inauguraban los norteamericanos en una biblioteca pública una sala para niños; hoy pasan de 5.000 las existentes, con un numeroso personal destinado á atender las peticiones escolares. Siguiendo la feliz inspiración de Adams, en Worcester (Massachussetts) radicó la primera cooperación entre la escuela y la biblioteca pública; ésta enviaba una escogida cción de libros á las escuelas, donde eran usados por un semestre ó por ño. (En Búfalo, el reparto de libros para las escuelas alcanzó en 1900 la le 233.102 volúmenes.)

tualmente, cada biblioteca tiene reservado un departamento á los niños; salón, cubierto de mapas, reproducciones de obras de arte y grupos

de plantas y flores, pobres y ricos devoran con ansiedad libros cuidadosamente elegidos; antes de admitirse un libro en estas salas se examina con interés, teniéndose en cuenta tanto la opinión de los bibliotecarios como la de los mismos niños. De este modo, el bibliotecario de la niñez no tan sólo estudia individualmente al lector, sino que estimula su interés, educa su gusto y crea, en una palabra, el amor al trabajo.

Pero el sentido práctico de los norteamericanos enseña igualmente al niño á apreciar todo el valor que encierra un libro. En grupos entran en una biblioteca, aprenden primeramente la confección del libro, luego la impresión de la portada, después el interés que arroja la introducción y, por último, el uso del índice.

Para probar la influencia de la biblioteca popular en la educación, bien asistiendo los niños á la biblioteca, ó bien haciendo que ésta vaya en busca de aquéllos, citaremos un caso que refiere Wellman. A cierta escuela acudía un niño de diez años que parecía indiferente al estudio; un día, la casualidad puso en sus manos la obra de Thompson *Animales salvajes que he conocido*, y desde entonces acudió con marcado interés á la biblioteca; poco tiempo después, los maestros se sorprendieron de la atención que aquel niño ponía en las lecciones, y su madre notó, con singular asombro, el cambio radical en las facultades perceptoras de su hijo.



EL HOMENAJE Á CODERA Y EL "AVERROÍSMO DE SANTO TOMÁS"

III (1)

Adhesión al maestro.—Los eruditos españoles.—Pléyade de sabios. Síntesis de sus trabajos.

Cuando Codera pidió su jubilación, sus discípulos y admiradores pensaron en rendirle un homenaje digno de su cariño y del renombre del maestro. Los iniciadores fueron dos investigadores de la cultura medio-eval: Menéndez Pidal, un filólogo; Hinojosa, un afortunado explorador del Derecho de los siglos medios.

Saavedra, el viejo y venerable amigo del arabista aragonés, patrocinó el pensamiento con más calor del que era de esperar de sus años, con todos sus prestigios de hombre de ciencia. Primero harían una invitación á la erudición española; luego invitarían á los orientalistas extranjeros; en cuanto á la escuela coderiana, es seguro que acudiría en masa.

El nombre de Codera, envuelto siempre en la suave aureola de una ciencia modesta, sin agresiones y sin iras, despertó desde los primeros momentos simpatías y cariños. Casi todos se apresuraron á rendirle el homenaje de su inteligencia, y la verdadera y sólida erudición española creyó un deber y un honor el cooperar con sus firmas y con su estudio á la glorificación de maestro tan excelso.

De la Escuela mandaron trabajos Ribera, Asín, García de Linares, Vives, Alemany, Gaspar, Ferrandis y Gonzalvo. La erudición española aportó trabajos de Altamira, Chabás, Hinojosa, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Saavedra, Viscasillas, Ureña, Carreras, Pablo Gil, Gómez-Moreno, Pano, Ibarra, Miret, Prieto Vives y Eguílaz. Y en cuanto á los extranjeros, fué una pléyade de sabios la que recabó el honor de unir sus voces al concierto de ad-…ciones que despertaba entonces su compañero de erudición. Los mismos …ípulos de Codera, que estaban acostumbrados á una comunicación fre-…te con ellos, quedaron gratamente sorprendidos del prestigio que fuera …ña tenía su maestro y de los respetos que guardaban á su escuela. La

(1) …se el número correspondiente al mes de Octubre.

mayor parte de ellos tuvieron que forzar la máquina para cumplir su compromiso, pues se les dió muy poco tiempo; pero ahí están sus nombres, venerados en el mundo y llegados por primera vez, que yo sepa, á España casi en colectividad como á coronar la ancianidad venerable de un sabio aragonés.

Aunque he leído el libro, no tengo inconveniente en confesar que no soy capaz de juzgarlo. Son todos trabajos de especialización que suponen largos años orientados en una misma dirección intelectual, fruto muchos de ellos de pacienzuda investigación y meticulosas compulsas de códices, escritos en una lengua que ignoro. Los profanos podríamos hablar del mayor ó menor vigor intelectual del erudito, de la mayor ó menor fuerza lógica de sus inducciones, de la mayor ó menor utilidad de sus trabajos para la ciencia ó para la vida, pero no podemos ni apreciar las dificultades técnicas que han tenido que vencer, ni hacer en la mayor parte de los casos otra cosa que recibir como bueno lo que nos den. Obra de creyente mejor que de crítico tendría que ser la nuestra.

Yo voy, sin embargo, á dar un reducido extracto de todos los trabajos, que ahorre la lectura del voluminoso libro, pesado para los no iniciados. Sigo el mismo orden que tienen en las páginas del Homenaje.

Ribera busca el origen del Colegio universitario de Bagdad, que los árabes dan por autóctono y primitivo modelo de las universidades posteriores en el Islam. De sus investigaciones resulta evidente que la institución musulmana es hija legítima de otra persa, la Universidad nidamí de Nisapur. Ésta á su vez fué una imitación musulmana de las escuelas fundadas en Persia por una secta, herética dentro del Islam, la secta de los carramíes, á los que se quiso confundir con sus propias armas. Finalmente, estas escuelas carramíes, por su organización monástica, revelan ser imitación de las sostenidas por los griegos nestorianos que convivían en aquel país.

En conclusión, las instituciones de enseñanza en el Islam son una copia de la civilización griega. Ribera insinúa que esta conclusión tendrá mayor transcendencia cuando la desenvuelva en trabajos más extensos que prepara sobre el origen de las instituciones docentes en el Islam y en la Europa medio-eval.

David Lopes, arabista portugués, identifica y fija la personalidad del caudillo que mandaba las tropas musulmanas en la batalla de Ourique. Era, según él, Esmar, gobernador de Santarem.

Ferrandis estudia las condiciones con que los moros rindieron el castillo de Chibert en Valencia á las armas de los templarios.

Pano exhuma un códice aljamiado de la colección de D. Pablo Gil, de Zaragoza, publicando una pieza novelesca, interesante para el literato y para

el filólogo. El recontamiento de Almieded y Almayesa es una adaptación aragonesa de las historias caballerescas anteriores al Islam.

Viscasillas presenta un paralelo gramatical entre la conjugación de los verbos defectivos árabes y los análogos de otras lenguas semíticas.

Vallino, orientalista italiano, analiza un manuscrito inédito de Derecho árabe-español, debido á la pluma del jurista Averroes, abuelo del célebre filósofo cordobés. Revela una gran cultura y profundo conocimiento del estado del Derecho en la Edad Media, sobre todo en los países musulmanes.

Ibarra publica por primera vez curiosísimos documentos de los siglos XI y XII, aragoneses y navarros. Estos documentos, hallados en sus exploraciones por los archivos de España, revelan bastantes datos ignorados para la historia de la vida social de los musulmanes en las tierras reconquistadas por los cristianos.

Goeje, prestigioso arabista holandés, estudia en fuentes griegas y árabes cómo y en qué ocasión se introdujo en la táctica militar de los musulmanes el fuego arrojadizo de los griegos.

Prieto y Vives describe una desconocida moneda fatimí de Fez que sirve como tipo de transición entre la época almoravide y la almohade.

Fagnan, de la escuela de Argel, presenta un estudio bibliográfico de las fuentes utilizables para la historia del Derecho malequí en la España musulmana.

Seybold, de la Universidad de Tubinga, fija la etimología arábiga y la topografía de dos lugares en el reino de Valencia, de Oropesa y el Puig de Cebolla.

Houdas, de París, edita y traduce un documento interesante para conocer la conciencia religiosa del Islam contemporáneo en el Sudan.

Alemany en extenso estudio observa atentamente un fenómeno curiosísimo de influencia española en Almagreb. Desde el tiempo de los almoravides hasta fines del siglo XVI, los sultanes musulmanes utilizaron para su guarda —al milicias cristianas reclutadas entre los castellanos para Marruecos, os aragoneses y catalanes para Túnez y Tremecén.

cía de Linares exhuma, cataloga y describe minuciosamente los do...tos arábigos existentes en el archivo de Nuestra Señora del Pilar, los atesoran grandisima copia de datos interesantes para la historia y to-

ponimía aragonesa de los siglos XII al XIV. El joven arabista hace honor á su escuela adoptando en su trabajo la rigidez de inducción y la franqueza y honradez científica que son como sus más simpáticos caracteres.

Miret estudia la carta de franquicias otorgada por el Conde de Barcelona á los judíos de Tortosa.

Carreras y Candi trae nuevos hechos que esclarecen las relaciones de los Vizcondes de Barcelona con los árabes.

Gaspar Ramiro aprovecha los datos del historiador Annonairí para completar la narración, que ya Dozzy hizo en su *Histoire*, de la famosa conquista de Alejandría y Creta realizada por los árabes expulsados del arrabal de Córdoba por Alhaquen I en el siglo XI.

Mehreu, famoso orientalista danés, expone las ideas del filósofo Avicena sobre la Satrología y acerca de las relaciones entre la presciencia divina y la libertad humana.

Ureña consagra unas páginas á trazar el árbol genealógico de toda una larga familia de jurisconsultos célebres, los Benimajlad de Córdoba.

Gómez.Moreno traza sugestivo bosquejo del arte cristiano entre los moros granadinos.

Asín se ocupa del averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino. Como este trabajo es, á mi juicio, el más considerable, y aun podría decir el más ruidoso, de toda esta miscelánea, pienso dedicarle capítulo aparte. El descubrimiento hecho por el insigne catedrático de esta Universidad, y las rectificaciones que su trabajo ha de hacer en la historia de la Filosofía y en la apreciación de filósofos y de escuelas medio-evales, justificarán esta resolución mía á los ojos de mis lectores.

Eguílaz busca la etimología ibérica de las voces *Granada, Iliberis* y *Alhambra.*

Guidi, notabilísimo orientalista de Roma, estudia filológicamente un poema árabe inédito que trata de la conquista de Trípoli.

Gonzalvo presenta muy curiosos apuntes bio-bibliográficos sobre alguno musulmanes madrileños.

Altamira entresaca de los prolegómenos del historiador musulmán Aba jaldunlas más sugestivas ideas de Sociología moderna.

Macdonald, profesor de una Universidad protestante del Norte-América, estudia una versión arábiga del Evangelio hecha por un cristiano copto del siglo XII.

Menéndez Pidal estudia bajo el aspecto filológico, literario é histórico la elegía árabe de Alnacasí lamentando la pérdida de Valencia.

Chabás, aparte de noticias sobre los reyes musulmanes de Denia, publica un tratado bilingüe (árabe-latino) concertado entre el Obispo de Barcelona y uno de estos reyes.

Gauthier, de la Escuela de Argel, presenta una originalísima investigación filológica sobre las derivaciones que sufre en su significado una raíz árabe.

Ahmed Zequí, del Cairo, trae copiosa miscelánea de estudios relativos á las relaciones entre el Egipto y la España musulmana.

Menéndez y Pelayo persigue con sagaz búsqueda, y con la maravillosa erudición que lo caracteriza, los orígenes de la fábula de una comedia de Lope de Vega.

La «Doncella Teodor», cuento de las *Mil y una Noche*, pasó desde el árabe al castellano, sirviendo primero de pasto á la curiosidad callejera del pueblo, y después de inspiración al Fénix de los Ingenios para su teatro.

Vives descubre por primera vez en las monedas arábigo-españolas caracteres infalibles que permiten apreciar á simple vista, no sólo el valor de las fracciones dentro de cada metal, sino también los distintos metales, inutilizando así las falsificaciones.

Hinojosa analiza la condición social de dos categorías de siervos adscripticios de origen musulmán, los mezquinos y los exáricos, existentes en Aragón y Navarra durante la Edad Media.

Saavedra fija la ortografía y prosodia castellana de dos voces arábigas que han tomado carta de naturaleza en nuestra lengua: *beréber* y *almorávid.* De él es también la notable biografía de D. Francisco Codera que aparece en las primeras páginas del libro.

[illegible] y Gil publica por vez primera el catálogo de los manuscritos aljamia- [illegible] colección particular de códices arábigos.

[illegible]au-Dihigo, de París, sin negar la razón con que ha sido tachado de [illegible] Conde, procura poner en un justo medio la crítica, á las veces apa- [illegible]e de su historia hizo Dozzy.

Derembourg publica un detenido análisis de los manuscritos árabes que se conservan en nuestra Biblioteca Nacional, revelando así el interesante contenido de códices que hasta ahora no habían sido sometidos á un tan intenso estudio.

Basset, el fundador de la Escuela de Argel, publica y traduce por vez primera un notable fragmento de la Descripción de España hecha por un geógrafo anónimo, musulmán de Almería en el siglo XII.

No da esto, naturalmente, completa idea de los trabajos que forman este severo volumen; no es más que una paráfrasis de sus títulos ó una indicación del pensamiento capital: ni mis pretensiones llegan á más, ni creo tampoco que todos los trabajos merecen la misma reverencia ni los mismos honores en una Revista como ésta, que ha de reflejar todo orden de la mentalidad humana.

El libro es como una consagración solemne de los prestigios de Codera, y más acaso de la seriedad de su escuela. Sabios de Europa, de América y del Norte africano han venido, no á reconocerle la beligerancia, que ésta la tenía ya de muy antiguo, sino á agasajarle y admirarle para orgullo de España, que le vió nacer.

Todo el mundo sabe que Codera es un católico sincero, de los que creen todo lo que manda creer Nuestra Santa Madre la Iglesia; un católico, además, de los pocos que practican en España. Pues entre los orientalistas que han escrito su Homenaje los hay de distinta y aun de ninguna religión; los hay protestantes y mahometanos, judíos y racionalistas. Ni la religión ni la política han intervenido en el libro. Es una ofrenda y, mejor aún, un galardón de la ciencia serena á uno de sus creyentes.

IV

El averroísmo de Santo Tomás.—Su autor.—El azar.—Rectificaciones á la Historia. Síntesis de este trabajo.

El autor de este trabajo es un sacerdote, un joven catedrático de la Universidad de Madrid, Miguel Asín.

Cuando Alberto Gómez publicó su primer tomo de *Historia de la Filosofía en el siglo XIX*, Joaquín Costa, que conocía ya algunos escritos de Miguel Asín, quedó sorprendido. Ambos sacerdotes eran jóvenes; los dos habían salido de las aulas del Seminario zaragozano; en la mentalidad de los dos escritores se veía una disciplina tan severa, un sentido crítico tan amplio y aguzado, una serenidad científica y una independencia y una cultura tal, que el ilustre pensador republicano creyó ver en los seminarios, por lo menos en aquel Semi

nario, un centro docente algo ideal, joven, donde se vigorizaba el alma con saludable gimnasia, donde se sugería el culto á la ciencia y se practicaban los más sinceros métodos, los que enseñan á ver la verdad ó á rastrear al menos las sendas obscuras que á ella conducen.

No, no era así; ambos jóvenes habían pasado por el Seminario, pero no se habían formado en él. Los que conozcan mi manera de pensar, comprenderán bien fácilmente la pena con que tengo que hacer esta confesión. Los dos tenían el mismo maestro, y ese maestro era Ribera.

Hace catorce años—era Asín un estudiante de Teología,—encontró en una aula casi solitaria de la Universidad de Zaragoza al que debe hoy su robusta formación intelectual. Comenzó á estudiar árabe con él, como todos sus condiscípulos, pero desde aquel año no se ha separado de su maestro. Como Pitágoras á sus discípulos, lo ha tenido Ribera once años sometido á un duro aprendizaje, arrancándole vicios intelectuales, forzándolo á derribar idolillos, imponiéndole, sobre todo, la prueba del silencio. Once años ha estado trabajando en labor no interrumpida, dura, árida, silenciosa. Al terminar su aprendizaje comenzó á publicar algo, y hace tres años su maestro podía decir ya, no sin cierto envanecimiento satisfecho:

—Empieza por donde otros acaban; si Dios quiere, lo tendremos pronto á la altura de las mejores reputaciones de Europa.

Desde entonces comienzan sus triunfos.

En aquel mismo año de 1902 dió á la imprenta su primer tomo sobre *Algacel*. Este libro hacía decir á Menéndez y Pelayo que España debería enorgullecerse de que en ella hubiera nacido su autor. Poco después ganaba por oposición una cátedra en la Universidad Central y publicaba su *Bosquejo de un Diccionario técnico de Filosofía y Teología musulmana,* que le ha colocado en primera fila entre los orientalistas europeos. Hoy aparece su *Averroísmo de Santo Tomás,* el mejor florón, á juicio mío y á juicio de algunos especialistas, de esa espléndida corona que la erudición ha tejido á la ancianidad venerable de Codera.

Es obra de la casualidad. Un día recibió del Cairo un viejo libro árabe de Averroes, del que los historiadores de la Filosofía apenas le habían dicho nada. Comenzó á hojear indolentemente sus páginas, y no fué sorpresa, sino estupor, lo que le iba produciendo ver en ellas, no sólo ideas, sino frases y aun el tecnicismo y las soluciones que antes había leído en la *Summa contra gentes,* en la *Summa theologica* y en otros libros de Santo Tomás de Aquino. Aquel libro le presentaba además un Averroes distinto al Averroes de la tradición, al adorado casi ó implacablemente combatido por las escuelas de Occidente, nto por último al que daban por definitivamente fijado y estudiado los stros de la filosofía árabe. Entonces resolvió estudiarlo, y el fruto de sus stigaciones es lo que nos presenta en el trabajo citado.

a apreciar su importancia y la revolución que introduce en la historia 'ilosofía y las rectificaciones que, según él, deben hacerse, voy á dar en

la forma que pueda una síntesis, ó mejor un extracto de este estudio, compulsándolo con las leyendas que deshace.

La Escuela Averroísta.—Desde Siger de Brabante, colega de Santo Tomás en la Sorbona, hasta la extinción de la Academia de Padua en el siglo XVII, ha dado Averroes nombre á una escuela filosófica. Uno de los dogmas fundamentales de esta escuela es el referente á las dos verdades. Para los averroístas la ciencia y la fe son contradictorias. Santo Tomás, que los combatió, resume su doctrina en estas dos proposiciones: *Quod fides sit de falso et impossibili, quod etiam Deus facere non potest. Quod fides sit de aliquibus quorum contraria de necessitate concludi possunt.* Podía ser, pues, absurdo y falso á los ojos de la razón lo que era verdad para la fe. Y los averroístas pretendían haber sacado esta conclusión de las obras de Averroes, y con sus argumentos creían defenderla.

Y Asín viene ahora y les dice: «No habéis conocido á Averroes; jamás defendió tal cosa Averroes; lo que habéis tomado como doctrinas suyas son obras de sus zafios ó poco escrupulosos traductores. Averroes defendió todo lo contrario, y helo aquí:» Y transcribe capítulos del viejo libro árabe á que antes aludí. Ese libro se titula *Doctrina decisiva sobre la armonía entre la ciencia y la revelación*, y en él expone Averroes la misma doctrina que Santo Tomás de Aquino. Al pie de la doctrina de Averroes inserta párrafos de las obras del Doctor Angélico. Los dos refutan de la misma manera la teoría de los averroístas, los dos se suscitan las mismas dudas y las mismas cuestiones, dan la misma solución, á veces con las mismas frases, á veces con los mismos términos.

Véanse algunos de los epígrafes de la obra de Averroes, ya que el citar párrafos daría á este artículo proporciones que no puede tener.

«Ley de continuidad que rige el progreso de la ciencia.—Amplitud de espíritu con que deben aprovecharse los estudios de toda suerte de pensadores. No todas las verdades pueden ser conocidas por investigación racional.—Existen verdades de un orden sobrenatural que se llaman misterios, de las cuales la razón puede conocer la existencia, no la esencia, prestando fe al testimonio de Dios, que las ha revelado á los hombres por medio de los profetas.—Motivos de credibilidad.—La revelación hasta de las verdades naturales ha sido moralmente necesaria para que todos los hombres pudieran conseguir su felicidad última.—Dios ha comunicado su revelación bajo metáforas y símbolos, asequibles al vulgo y sugestivas para los doctos.—Licitud del razonamiento filosófico aplicado á la revelación.—Armonía entre la ciencia y la fe».

La impiedad de Averroes.—También en los siglos medios hubo anticlericales. Veían con rabia que las Órdenes religiosas invadían las Universidades, los Consejos de los príncipes y la inteligencia de las juventudes y les hacía guerra del modo que entonces era posible hacérsela, con reticencias, en l sombras, abusando de la libertad de la cátedra, amparándose tras los gra

des maestros de las escuelas, que desde el siglo XIII eran Aristóteles y su comentarista Averroes. Éste sobre todo fué la bandera de todos los anticlericales, racionalistas ó impíos durante cuatro siglos.

Luis Vives, á quien no se podrá acusar de ligero, decía en su tiempo de Averroes:

«No se concibe, no hay nadie más malvado ni más irreligioso. Se necesita ser impío y ateo para encontrar gusto en la lectura de sus libros (1).

La leyenda de la impiedad de Averroes habíanla creado Gil de Roma, Eymeric y Raymundo Lulio, y desde entonces fué creciendo como crece la calumnia, como crece la bola de nieve desprendida de las cimas.

El mismo Renan sostiene haber leído en Averroes que todas las religiones son indiferentes; que los dogmas relativos á la vida futura han sido inventados por los fundadores de las religiones para enfrenar el libertinaje de las multitudes. Y el cardenal Ceferino González confirma esto mismo, añadiendo que desde el siglo XIII el nombre de Averroes sirvió de bandera y pretexto, ora para enseñar y propagar, ora para disimular la incredulidad y el materialismo (2).

Asín pulveriza esta leyenda; ha leído escrupulosamente los libros de Averroes y se asombra de que durante siglos se hayan escrito tantos libros y se hayan sostenido tan agrias disputas y se hayan sufrido tantas amarguras alrededor de la impiedad de un filósofo que no ha sido impío, que ha sido rendido creyente, que ha sido piadosísimo. Asín lo prueba con todo linaje de argumentos y sobre todo con textos, de los que voy á entresacar algunos pensamientos que seguramente no subscribirían los incrédulos y racionalistas de ningún tiempo.

..... Dios instruye al hombre por medio de la revelación en todo aquello que el entendimiento es incapaz de conocer.

. . . .

..... el maldecir de las virtudes que la religión elogia es un acto que nececesariamente pugna con la naturaleza del hombre en cuanto hombre, y más aún, en cuanto sabio. Por eso está obligado todo hombre á admitir los principios fundamentales de la revelación sometiéndose á ellos incondicionalmente por la sola autoridad del que los ha establecido. Y porque el negarlos ó discutirlos equivale á destruir lo que es natural al hombre, por eso hay obligación de condenar á muerte á los incrédulos.....

. . . .

Si el hombre se educa siguiendo la norma de las virtudes enseñadas por la revelación, será virtuoso y excelente en sumo grado.....»

. . . .

...ás discreto sería hacer ver el error en que viven todos aquellos que

---

... ...ausis corrupt.

...rino González: *Historia de la Filosofía*, t. II, pág. 471.

creen que la revelación contradice á la Filosofía, y recíprocamente evidenciar á todos ésos que vanamente se glorían con el nombre de filósofos, y que pretenden encontrar en la Filosofía motivos de oposición contra la Fe, que no existe tal oposición.....

. . . .

Que Dios encamine á todos hacia su amor, que Él reconcilie los corazones de unos y otros con su santo temor y borre con su gracia y su misericordia el odio y el rencor que los divide. . . . .

. . . .

Estos pensamientos, entre mil parecidos que Asín cita de Averroes, serían bastantes para acreditar de ridículo y de incomprensible todo el ruido librepensador que el nombre de Averroes ha levantado en cuatro siglos. Asín trata de explicarlo.

Los primeros escolásticos no conocieron de Averroes más que traducciones, algunas infames; por ejemplo, Averroes sostiene que Dios ha comunicado su revelación bajo el velo de metáforas, *sine parabolis non loquebatur*, como dice la Escritura, y los traductores le hacían decir: «en la revelación hay muchas relaciones falsas, mentirosas, de pura invención». «El mismo Renan no conocía el *Tehafot* de Averroes, sino en absurdas versiones latinas, ni estudió bien el *Quitab Falsaba*, que ya había editado Muller. Contribuyeron también á la leyenda «la indiscreción racionalista de sus exagerados discípulos ó la ignorancia y parcialidad de sus adversarios, incapaces de consultar las fuentes originales ó mal dispuestas por prejuicio teológico á reconocer la religiosidad de un musulmán» (1).

Averroes en la Filosofía Escolástica.—El Padre Ceferino González se indigna contra los que ven en la Filosofía cristiana medio-eval influencias árabes. Aristóteles llegó—según él—al Occidente por las traducciones de Boecio, Casiodoro y Erigena, por las Cruzadas, por los misioneros, por los legados de Roma en Constantinopla. Esto dice el sabio dominico, y añade además que «la Filosofía cristiana, lejos de apropiarse ni asimilarse el pensamiento filosófico-arábigo, procuró más bien rechazarlo y combatirlo constantemente» (2).

Asín recuerda el aluvión de traducciones árabes que cayeron sobre las escuelas cristianas, y los nombres árabes que se leen á cada momento en las obras de Alberto Magno. Intenta probar, además, que Santo Tomás copió sin citarlo, como era costumbre en su tiempo, ó se asimiló, en otros casos, muchas de las mismas importantes opiniones teológicas que hasta ahora han aparecido como suyas. Aquí principia lo más interesante y espinoso del trabajo de Miguel Asín. Admirador del Doctor Angélico y de su inmensa cultura y de su obra gigantesca de armonización y de síntesis cristiana, sostiene debe á Averroes su concepción filosófica de la religión, su método, la demos

(1) Miguel Asín en el Homenaje á D. Francisco Codera, pág. 306.
(2) C. González, *Historia de la Filosofía*, t. II, pág. 473.

tración de Dios por el primer motor y la de lo posible y necesario. Con los mismos argumentos que Averroes prueba, según él, la unicidad de Dios, la cognoscibilidad de la esencia divina, y de Averroes tomó su capitalísima teoría del *intelectualismo*, que los tomistas defendieron enfrente del voluntarismo de Enrique de Gante, Escoto y Occam, con todas las gravísimas consecuencias que de ella se derivan para el orden moral. Finalmente, Santo Tomás resuelve como Averroes el difícil problema de la ciencia divina.

Asín no cree en la coincidencia; se resiste también á pensar con Guillermo de Toco que todas aquellas magnas novedades que el Santo introducía en la ciencia cristiana eran obra de un milagro, cuando pueden tener una explicación muy humana.

Maimonides fué discípulo de Averroes. Santo Tomás confiesa haber copiado en algunos casos á Maimonides. ¿Por qué no creer en que el gran Doctor cristiano conoció al filósofo árabe por la mediación del judío?

Consta además que los principales libros de Averroes estuvieron en las manos de Santo Tomás merced á las traducciones de Miguel Escoto. Las conoció, sobre todo, por *El Pugio fidei* del dominico Raimundo Martín, libro en que hay capítulos enteros de las obras de Averroes.....

Tal es, desfigurado por mi torpe pluma y por los apremios del espacio, el ruidoso trabajo de Miguel Asín. En un medio ambiente como el de la Edad Media ó el del Renacimiento, este trabajo produciría discusiones violentas, choques de escuelas, libros de polémica apasionada y acaso hasta motines. En nuestros tiempos escandalizará, pero á lo sumo dará ocasión á que algún beocio tilde de hereje ó de iconoclasta al piadoso sacerdote. Los què historien la filosofía medio-eval tendrán que recoger este luminoso documento para explicar el proceso y los orígenes de algunas escuelas y de muchas ruidosas teorías.

Acaso también para suavizar algunos adjetivos.

SEVERINO AZNAR.



CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

(UNA SOLUCIÓN POÉTICA DEL PROBLEMA METAFÍSICO TOTAL)

La filosofía materialista de la Naturaleza es una patente de pobreza intelectual dada al pensamiento que carece de un fundamento absoluto y único, del que reciba luz, movimiento y vida progresiva. Muchos sabios creen en un problema metafísico total, pero á su manera y conforme al concepto erróneo que de la metafísica se formaron; de ahí la repugnancia que sienten hacia aquellas concepciones transcendentales en donde se abarca la plenitud de la realidad, como sucede con las concepciones cosmogónicas. La primera condición para esta labor de titanes es una inteligencia muy secularizada de prejuicios, una gran fortaleza y vigor de la voluntad, nada de positivismo; y que el razonamiento tenga su raíz en las intuiciones religiosas y hasta en las intuiciones individuales.

Lo que en tono de desprecio ha sido denominado Idealismo ó Transcendentalismo, es secular sabiduría repleta de verdad; y la filosofía positiva con sus descendientes el Transformismo y el Monismo, todo cuanto tienen de fundado, lo han adquirido de construcciones idealistas ó transcendentales. La metafísica hegeliana, esa «catedral del pensamiento», como acertadamente se la ha llamado, es la suprema fuente de donde han brotado todas las teorías evolucionistas de última hora; el *werden* ó *devenir* es el Océano al cual todas tienden.

El principio de la renovación y de la identidad universal se ha revelado en estos dos últimos siglos más que en ninguno de los precedentes. ¿Por medio de quién sa ha hecho esta revelación? Por pensadores ó por poetas pensadores. Guyau, Vigny, Víctor Hugo, Renan, Flaubert y Beraud en Francia; Leopardi, Pizzi y D'Annunzio en Italia; Carlyle, Byron, Shelley y Bulwer Lytton en Inglaterra; Lessing, Schiller y Goethe en Alemania; Naville y Secretan en Suiza; Tolstoy en Rusia; Eça de Queiroz en Portugal, y Poe en los Estados Unidos, han puesto la literatura y el arte al servicio de la tendencia que domina en la manera científica de considerar el mundo en la actualidad.

Á este mismo género de poetas pensadores pertenecen Antich, autor del poema que con el título de *Andrójino* publicó poco ha la Casa Henrich y

Compañía, de Barcelona. Posee ANTICH como aquéllos el entusiasmo, afirmaré más, la embriaguez de la verdad; pero no de la verdad empírica, no de la verdad aislada, sino de la verdad total, metafísica. El *Andrójino* es su primera obra, y yo uno de los primeros que con cierta extensión de ella hablo; pero permítaseme declarar que no lo hago por presentar un autor más, por saludar á un nuevo ciudadano de la república de las letras. Lo hago bajo la influencia de una impresión, de una sugestión producida por el *Andrójino;* de otro modo me callaría; pues todas las circunstancias por que nuestra España atraviesa, y mi espíritu de investigación, á la vez personal y objetiva, la multiplicación de intelectuales (especialmente literatos), me parece un síntoma de decadencia, y la manía de reducir el publicismo á la crítica individual me molesta y repugna.

El verdadero *intelectual* no es el que, esclavo del brillo fugaz y de la gloria deleznable que brinda la labor de publicista, tiende sólo á despertar la opinión pública al golpe de geniales arranques literarios. Hay muchos caminos que conducen al mismo objeto, y ni BUDA, ni SÓCRATES, ni CRISTO necesitaron escribir nada para reformar por completo la razón y el corazón de los hombres de su época, sacrificándose en aras de las empresas generosas á que su vocación les llamaba. Hasta hace poco la sociedad ha elevado el pedestal de intelectuales, en el sentido genial ó patriótico, á cuantos, por uno ú otro medio, han trabajado por la cultura y el adelantamiento de su país y por su expresión científica internacional.

Hoy no sucede así; el nombre de intelectual está limitado á los espíritus dominados por la manía literaria. Pues del mismo modo que los llamados, no sé por qué, buenos estudiantes, sólo llevan á la Universidad ansia de notas y afán de lauros académicos, estos intelectuales de ahora no traen al público ni á la ciencia más que el prurito de lucirse como ingeniosos pensadores ó brillantes estilistas.

Nuestro siglo ha producido otra clase de intelectuales *críticos*, que aferrados á la misma idea de que sólo es sabio el que escribe y digna de estudio y examen la personalidad que produce obras, se empeñan en reducir todo el análisis de la sociología individual al estudio de las personalidades que producen y escriben, como si fuesen las únicas de que tenemos precisión; cuando en realidad lo que necesitamos son *hombres, caracteres.* Nos han hecho *psicologías monográficas de filósofos,* psicologías monográficas de *artistas,* hasta psicologías monográficas de *oradores;* y todas esas *psicologías* no son frecuentemente otra cosa que efectos de debilidades mentales presentadas sin orden sin plan, aunque afectando la maliciosidad de un hombre que descubre un s[illegible]o ó que fotografía un alma. Es preferible en este punto hablar de lo a[illegible] sólo en cuanto se asimila á lo propio; imitar al niño que, si no aprende g[illegible]des cosas, averigua al menos que pueden aprenderse; abominar de esos li[illegible]atos decadentes que se creen con ingenio porque se burlan de todo, que h[illegible] como que desprecian todo lo que no es de su pandilla y que no tienen

otra ocupación que la de no hacer nada, salvo que de higos á brevas nos salgan con una composición delicuescente más ó menos traducida del francés. Vale más ser un erudito con amenidad que un literato sin cultura. Dicen que los grandes pensadores y los grandes poetas no son ni han sido eruditos; no lo creáis: es un axioma falso, inventado para uso y conveniencia de los escritores fáciles y de los publicistas cursis.

Volvamos á ANTICH y á su poema *Andrójino*. He afirmado que ANTICH es un poeta pensador y que en su escrito se respira el ambiente de la ciencia moderna. He indicado también la diferencia que le separa de los científicos al uso, la cual es, en mi juicio, su exuberante temperamento metafísico; y aún puede añadirse otra segunda diferencia, que comprenderá bien todo el que sienta el mismo entrañable amor que ANTICH siente, sin duda, por el pasado: quiero decir, la gran intervención que en su poema tienen las divinidades que se registran en los *Vedas* de la India y que encarnan símbolos de las fuerzas de la Naturaleza. ANTICH, que no las adora, como los Arios primitivos, las personifica para los fines de su poema. Y ninguna modernidad ni exigencia del espíritu científico puede hoy impedir á un poeta humanizar metafóricamente tales divinidades, en nombre del carácter rígido de toda divinidad. La mitología védica no se halla en este caso. Esa mitología se compone de una serie de oscilaciones morales, de las cuales la primera toca con el Naturalismo y la última con el Panteísmo; en su juventud fué el crepúsculo matutino, en su vejez el de la tarde. El poema de ANTICH abarca esa mañana y esa tarde con todos sus grados intermedios, con todos sus crepúsculos. En el fondo este poema recuerda, no sólo el *Rig-Veda*, sino la *Teogonía* de HESIODO, llena de combates gigantescos librados entre razas inmortales, que representan, sin género alguno de dudas, las fuerzas contrapuestas que funcionan en la Naturaleza.

Gravemente se engañaría, no obstante, el que imaginara que hay relación verdadera, analogía doctrinal entre la mitología indo-helénica y el poema de ANTICH. No la hay ni en los personajes. Los de ANTICH no son monstruos, no son entes cosmogónicos, no son engendros de *gigantomaquia* como los hesiódicos, los védicos y en general los primitivos: son recursos del autor para extender el campo de acción del Hombre, del Hombre primero incompleto y luego completo, único personaje verdadero del *Andrójino*, único representante del Bien, fin supremo de todas las cosas. El resto son imágenes, vanas sombras, apariencias fugitivas destinadas á poblar el caos; y, á pesar de ello, ANTICH, verdadero poeta, ha sabido darles esa maravillosa perfección de líneas que los pintores chinos emplean en sus fantásticas figuras.

Más de una vez, desde que el poema de ANTICH vió la luz, se ha acercado á mí algún amigo oficioso aconsejándome que, en vista de mi afición á la lingüística y á la mitología, redujese esta crítica á la comparación exegética de los dioses de los *Vedas* con los héroes del *Andrójino*. Les he escuchado siempre con cortesía, agradeciendo el móvil generoso de su consejo; pero

siguiendo el más acertado de PALACIO VALDÉS en el prólogo á *La Hermana San Sulpicio*, he añadido á mi cortesía el firme, incontrastable propósito de olvidarme lo antes posible de su confidencia. Mientras no miremos las divinidades de que nos habla ANTICH como extrañas á la esencia de los *Vedas*, y sólo exteriormente asimilados á ellos; mientras las consideremos como reminiscencia arcaica fundada en leyendas y tradiciones; mientras no nos demos cuenta de que el TWACHTRI, el ASWIN, el PRISNI, el RUDRA, el PUCHANDEVA, los MARUTS y demás símbolos que allí se nombran y personifican son..... *lo que el poeta quiere que sean*, no llegaremos á comprender el pensamiento del *Andrójino*. ANTICH ha empleado denominaciones indias, como hubiera podido emplearlas semíticas ó griegas, por parecerle, sin duda, que el sanscrito es por excelencia la lengua sabia, la lengua santa y la lengua muerta. Puédese, pues, comparar á los héroes de ANTICH con maniquíes de teatro que salen á escena cuando al aùtor le conviene que salgan: el drama que en su obra desenvuelve no es un drama cosmogónico; es un drama humano subjetivo, y como tal debe juzgársele.

Esta conducta me parece tanto más acertada cuanto que la fuente en que pudiera creerse que ha bebido ANTICH su inspiración ofrece la misma indecisión y vaguedad. Las concepciones religiosas de los Arios eran bastante confusas. Entre ellos ninguna personalidad divina estaba rigurosamente determinada. Los sentimientos y la imaginación personales podían explayarse libremente, y la lectura de los *Vedas* prueba que no les faltaban. Como ha demostrado MAX MÜLLER, y ha confirmado LEBON, escogiendo tal ó cual pasaje del *Rig-Veda* podría probarse alternativamente que la religión de los Arios era un monoteísmo perfecto, un panteísmo elevado y un politeísmo grosero. Los hábitos de lógica fijados por siglos de educación en nuestros cerebros de europeos nos han acostumbrado á dar á todas esas palabras sentidos limitados y precisos que nos hacen considerar como del todo inconciliables y separadas por abismos las creencias que representan; pero en los cerebros primitivos esas concepciones abstractas no tienen jamás sentido invariable. Ideas, creencias, lenguajes, ofrecen contornos indecisos y flotantes que cambian constantemente. La contradicción no puede existir en el cerebro del Ario, puesto que su pensamiento varía tan de prisa como la forma de las nubes que ve flotar en el firmamento. El dios de que habla un himno es siempre el más importante, pero sólo mientras se habla de él; en la página siguiente es ya otra divinidad quien lo substituye. Se creería á veces que los poetas que componen los himnos buscan en ellos, sobre todo, materia de ...taciones. Como la mayor parte de los poetas se preocupan bastante poco ...bjeto ó asunto contado, y sacrifican voluntariamente una opinión al de... ...e aducir una imagen ó un epíteto.

...sde este aspecto, ANTICH presenta marcada superioridad. Algunas re... ...ones poéticas, hoy vulgarísimas, atravesaron, sin duda, su mente cuando ...os *Vedas*; pero de éstos no han quedado en el *Andrójino* más que nom-

bres. El protagonista es hombre, y su ideal humano; los elementos naturales le sirven de medios para un fin superior; el antropocentrismo de ANTICH es el mismo que proclamó el gran teósofo ANGELO SILESIO en su célebre frase: «Todo ¡oh hombre! te muestra cariño; á ti afluyen todas las cosas, corriendo á tu servicio para volver por tus manos á Dios». Ante la vigorosa vegetación de humanismo que *Andrójino* despierta, los terribles agentes cósmicos se ocultan y avergüenzan, como esas tumbas erigidas en un campo de batalla, pero que han desaparecido casi completamente bajo las flores del campo. El campo de batalla del héroe de ANTICH es el Universo Mundo.

***

La *invocación* del poema es una obra maestra de sencillez y precisión. Verdadero cartesiano poético, ANTICH comienza por la duda, por la introspección viva, por el despertar de la conciencia; la inquietud le empuja por el mundo de la crítica; conoce á medias su vigilia sonambúlica; quiere del cielo las ilusiones más hermosas, de la tierra las realidades más sublimes, y nada de lo que le rodea ó de lo que como fin en sí propio reconoce puede calmar el martirio angustioso de su espíritu. Busca el sosiego en el estudio de los LIBROS MUERTOS, y éstos agitan con sus contradicciones al poeta, unas veces por negar lo mismo que afirmaban, otras por no decir la última palabra del pensamiento, ahora por dificultar (poniéndolo á prueba) su análisis, luego por imposibilitar con sus áridos inventarios la síntesis suprema. Le ofrecen la vida, pero mostrándole su dualismo con la muerte, y le indican el bien, pero precipitando teóricamente á los elementos masculino y femenino en el fondo de la inquietud y del mal, en el cual viéndose exclama: *¿para qué vivir?* Así el hombre sentimental es arrastrado por el hombre cerebral, y todo contribuye á poner de relieve el carácter del protagonista, que es el autor encarnado.

Tocamos aquí un punto que merece ser meditado muy seriamente cuando se quiere entender bien el poema de ANTICH. Los más románticos é idealistas de los poetas han cantado con fruición los esplendores del naturalismo intelectual y las conquistas de las ciencias reales. De SCHILLER es el conocido verso en que se admira la lentitud con que en el silencio de su estudio traza el meditabundo sabio importantes círculos, siguiendo al sonido por los aires, siguiendo al rayo por el éter, buscando la ley íntima en los horribles prodigios del acaso, buscando el polo fijo en la fuga de las apariencias.

Aber im stillen Gemach entuirft bedeutende Zirkel
Sinnend der Weise:
Folgt durch die Lüfte dem Klang, for durch den Aether dem Strahl,
Sucht der vertrante Gesetz in des Zufalls grausenden Wundern,
Sucht den ruhenden Pol in der Erscheinungen Flucht.

Antich no participa de este entusiasmo por la labor científica. Verdadero iluminado, conoce la inutilidad de experimentos é inducciones. La ciencia parece dirigirse libremente á la luz; pero los dos extremos de su proyección constante, el *microkosmus* y el *macrokosmus*, permanecen indefinidamente en la obscuridad. Desde que empezó á darse cuenta de su paso por el mundo y á investigar sobre el *átomo* por una parte, sobre la *inmensidad* por otra, ambos elementos fueron para él nuevos y viejos. Le cogieron de sorpresa, y, sin embargo, no le eran desconocidos. En el primero no acertaba á ver sino la fatal multiplicación del análisis en una realidad grosera; el segundo creo le habrá hecho inconscientemente pensar en esa *urna de paredes eternamente huyendo* de que habla la cosmogonía índica. «Llegaba—reproduzco sus propias palabras—á la idea de átomo como el más simple elemento constitutivo de la materia; pero pronto veía claramente que no representaba siquiera un punto de partida, pues podía dividirse en partes infinitamente más pequeñas. El átomo era una abstracción..... Me remontaba á la concepción del Universo para descansar en su inmensidad; pero tras él se ocultaban otros. Un sin fin de mundos seguían sus eternas trayectorias por el espacio ilimitado. ¿Dónde estaba, pues, lo grande y lo pequeño?»

Yo preguntaría más: ¿Dónde está el fundamento racional y lógico de las ciencias de la Naturaleza? Felices, pero no dignos de envidia son aquellos cerebros que no tienen inconveniente en hacer derivar todos los resultados del empirismo científico de la existencia del éter que nadie ha visto y de los átomos eternos que nadie verá jamás. Pero ¿en qué se fundan si es imposible toda generalización ordenada á la verdad, mientras no hayamos encontrado la última expresión de la extensión y los límites positivos del espacio? La conquista más gloriosa de nuestro siglo, la ley de la *conservación de la energía*, parte de la hipótesis de un universo limitado, hipótesis sin la que sería, no sólo incomprensible, sino absurda. ¡Así es que, ó debemos admitir las intuiciones filosóficas, ó abandonar la ciencia natural como á la mayor impostura y dolo de los tiempos!

El dilema está abierto: ¿debemos *calcular* el mundo ó *sentirlo*? ¿Debemos llegar á él por *demostración* ó por *percepción*? Soy, en última instancia, del parecer que Antich ofrece en el conjunto de su obra. Soñemos, deseemos, seamos optimistas, busquemos la felicidad y encontraremos la Vida; y con la Vida aparecerá la evidencia de la Verdad sin nombre. La Vida, con todos sus males, existe y es para el poeta sincero un fuego divino; cada pulsación que brota de la sacra Lira es un río etéreo que invade todo nuestro ser, como las aguas del Letheo, de tal modo, que aun en nuestro viaje por los domi- ... los humanos llaman del No Ser, conservaremos la luminosa con- ... de nuestros estados futuros y apenas guardaremos memoria de nues- ...zas.

* * *

El poema de ANTICH tiene dos partes. La primera se titula *Andro* y *Ginea;* la segunda *Unidad.*

ANDRO es el hombre con su grandeza y su debilidad; en su cuerpo resplandece la juventud, en su alma el amor. Atormentado por el deseo creador que le ensancha el pecho, vive triste y aislado, oyendo hablar á BHAGADEVA de una fecundidad que no realiza, y de una libertad que no posee, y con la cual se le realza. Su origen, enigma formidable destacado ante su alma inconsciente, lo fortalece más que lo seduce. Los ojos de ANDRO miran muy poco hacia el pasado, dirigiéndose, principalmente, al porvenir. Se siente lleno de una absoluta confianza en sí mismo, y no hay obstáculo que no esté resuelto á vencer. Conociendo profundamente este contraste, y pensando quizá en la azarosa y trágica línea del Porvenir, BHAGADEVA le anima, pero le previene. «Voy á dejarte en libertad—dice la MINERVA india—para que obres por ti mismo, pero oye atento mis palabras. Tras largos años de trabajo he logrado inculcar mi saber en tu alma; en ti estaba el germen, pero necesitabas la luz que guiara su desarrollo. De hoy más esta luz ha de faltarte; graba en tu memoria la postrer verdad con que puedo iluminar tu espíritu. Óyeme atento, porque tu calvario comienza en este instante. En el mundo hallarás lo que anhelante buscas, pero ha de ser á costa de amarguras horribles.»

En este canto ANDRO es ya crisálida; pero antes de su aparición los dioses se preocuparon ya de él. Al verle por vez primera le admiraron llenos de asombro y cayeron en brazos del Quietismo. Esta admiración, que de primer intento parece impía, está conforme con la piedad de las cosmogonías más antiguas. ¿Por qué? Porque los dioses no son sino fuerzas simples, no seres complejos. De aquí que haya en las cosmogonías más antiguas un principio de perfeccionamiento, un transformismo.

Algunos de esos dioses no son fuerzas, son astros. Los hay benéficos, pero los hay maléficos. Por eso, cuando el espíritu de ANDRO está sumido en el sueño precursor de la vida, flotan á su alrededor varios DEVAS, á manera de fuegos fatuos, describiendo espirales. Y es que las religiones mismas, en la interpretación de ANTICH como en otra cualquiera, apoyan en gran parte el *primus in orbe deos fecit timor.....*

Los dioses, inquietos, discuten sobre el poder de la humana criatura que se forma. Unos proponen planes para domeñarla, ya que exterminarla en flor es imposible; otros (los más altos y poderosos) creen posible reinar sobre él por su propia terrible grandeza. La tiranía divina circula por el Universo, como una sedición popular vuela por las calles de una gran ciudad. Pero ANDRO llena su parte en la existencia, conmueve ese Universo con su potente actividad, y el *circulus æterni motus* de los dioses encolerizados empieza desde este instante á detenerse, del igual modo que se detiene un disco á medida que se van haciendo más débiles sus oscilaciones. ANDRO lucha contra una falsa prudencia interior, y la vence; lucha con las externas fuerzas terrestres,

y las domina. Sabe que la acción es vida, y la quietud tormento y tortura. Luchemos, parece decir como el *Machbeth* de Shakespeare; ceda todo ante mí; hora es ya de que mis vigorosos pensamientos bajen sin detenerse á convertirse en obras de las manos.

Andro ha tropezado al fin con el mal, no en su indeterminación, sino en su forma más concreta. Á sus ojos se ofrece «un inmenso lago cuyas aguas son de un color parecido al de una mezcla de sangre y de cieno». El autor hace aparecer, como personajes, al Condenado y á la Hidra, y la lucha, puramente estoica, que con su protagonista los mismos sostienen, iguala, si es que no supera, á las más viriles visiones del *Infierno* de Dante. Las conminaciones de la Hidra no le arredran, y las súplicas del Condenado le conmueven. Y al alejarse en dirección á la orilla «la Hidra lanza un horrísono aullido, vomitando por sus siete bocas chorros de humo y de fuego, y el Condenado se deja caer en el fondo de su sepultura».

¿Qué nuevos elementos concurren á ayudar á Andro en su lucha contra el mal? Antich hace intervenir primeramente á la mujer, ser destinado á pagar al hombre una parte de sus penas, á hacerle aceptar la existencia. En la mujer, en Ginea, no está el pecado; pero ella es quien ha de expiarlo para preparar una humanidad superior, capaz de luchar frente á frente y con fuerzas iguales contra su destino. La pureza espiritual es idéntica en los dos, pero sólo Andro posee aptitud para conseguir la pureza universal. Aquí empieza á notarse la preocupación suprema de Antich, quien al hombre y sólo al hombre, pero al hombre completo, al hombre sintético, encarga el papel de redimir á la creación. Esta idea fija de Antich no creo merezca censura. Si es cierto, como muy acertadamente se ha dicho, que una idea fija llega á ser una idea falsa, no lo es menos que esa misma idea, no en cuanto se dirige, sino en cuanto parte de un punto fijo, puede conducir, y de hecho conduce, á creaciones brillantes. Por eso también no es mentira todo lo que se dice ajustándose á lo que se cree ó se siente, aunque sea lo contrario de la verdad.

Los cuatro cantos en que Antich desenvuelve las fases del amor de Andro y de Ginea, además de una delicadeza sutilísima, son de una profundidad erótica admirable. La obscuridad ofusca la mente de Andro, y «aunque la realidad es patente, el espíritu está ciego». Pero en Ginea brilla el fuego sacro, y Andro, al poner en él los labios, siente una impresión semejante á la del sátiro que, al traer el fuego de Prometeo, fué á besar la llama muy gozoso, y huyó profiriendo insensatos gritos por campos y por bosques, sin lograr calmar la aguda punzada del divino elemento. Pronto, sin embargo, recobra su calma; y á medida que el Ideal se acerca, «la imagen adorada de Gi[illegible] se va convirtiendo en humo». En vano ella permanece á su lado, calm[illegible]ole. En vano le pregunta por la causa de su dolor. Esta causa no es otra qu[illegible]eseo de alcanzar el Ideal; y aunque en la esfera de la vida la prese[illegible] Ginea devuelve á Andro la calma, no sucede lo propio dentro de la[illegible]as del sueño. Los elementos de las más grandiosas realidades de la

vida son siempre por el sueño disgregados; y aún, al amanecer, las visiones continúan dominando al HOMBRE en su terrible fugacidad. Pero, en su dolorosa pesadilla, el corazón de ANDRO se hincha, se abre extraordinariamente, pierde el egoísmo genésico y siente que va á cambiar.

GINEA, personificación del amor puro, se ve irresistiblemente conducida á la muerte, á la desaparición, á la identificación con su amante. ANDRO queda como petrificado. Y cuando su amada ha muerto, permanece algunos instantes mirando la niebla del Bien perdido que se alzaba alegre en el amplio horizonte; después, prosiguiendo el camino de la eterna soledad, vive en la fe y en la esperanza, recorre las cumbres del amor, donde brilla la unidad fecunda del ser infinito, errando inconscientemente por el mundo con su ideal á cuestas; y al evocar á la Compañera, el ideal logrado le pesa como una cruz, y él no lo nota, porque arde en su espíritu la LLAMA AMIGA, y lo conforta con la promesa de un futuro estado de perfección.



Después de destruir el dualismo de sí propio, ANDRO va á destruir el dualismo del resto. Sojuzgada virilmente su naturaleza humana, se prepara á dominar, hasta destruir, la Naturaleza universal que nos circunda y nos espera.

Esta segunda parte del poema, me atrevo á decir que lo abarca todo. ANTICH se propone nada menos que el plan mismo del Universo, desde Dios hasta el sapo, desde el paraíso hasta el espectro, desde el mago hasta el estrellado firmamento.

No seguiré á ANTICH por este camino, ni lo mostraré evocando en cierto modo del seno del Porvenir todos los arcanos, todos los símbolos y apelativos demoniacos á quienes ANDRO hace la guerra en nombre de la UNIDAD. Tan solamente ruego se me permita llamar la atención sobre el episodio del canto XI, cuyo desenlace se relaciona con uno de los problemas más formidables de la filosofía y de la religión y que es en algún modo todo el poema. En este episodio lucha, por última vez, el ARCÁNGEL SAN MIGUEL con las huestes de LUZBEL, ya extenuadas por la influencia de ANDRO, que ahora, convertido en verdadero ANDRÓJINO, ha subido á los cielos, y el resultado de la lucha no es el exterminio, sino la clemencia, el perdón del arcángel, la purificación del HERMANO MALDITO. «El espíritu de LUZBEL acaba por flotar en el aura de la fe. Miguel se inclina y tiende su mano al CAÍDO; éste la acepta, y con su auxilio se levanta. Se miran ambos tristemente durante largo rato en muda contemplación. En los ojos de MIGUEL se refleja la Dulzura; en los de LUZBEL la Esperanza. El Arcángel abre sus brazos para recibir á su perdido compañero; el ARREPENTIDO vacila por breves instantes; pero, por fin, se precipita en ellos, ocultando su rostro contra el pecho de su hermano. MIGUEL le cubre con sus alas. De los ojos del AFLIGIDO manan dos ríos de

lágrimas, y el fluido del Dolor inunda el Espacio. Miguel muestra á su hermano una purísima Luz que resplandece en las alturas. El Desventurado la contempla con la triste impresión del Bien perdido; pero el Arcángel le anima y le invita á seguirle, y Luzbel inclina su cabeza disponiéndose á obedecerle. Ambos se elevan en el Espacio.»

No cabe rompimiento más radical con el dogma de la eternidad de las penas; pero tampoco cabe profesar doctrina más conforme con los ideales de las dos grandes religiones Mazdea y Cristiana, tal como los han entendido las sectas y escuelas más aventajadas y filosóficas de las mismas.

El maniqueísmo y casi todos los Padres griegos creían que todos seremos salvados y que Dios no tendrá una sola alma abandonada. «Mi salvador, decía Orígenes, no puede tener contento en tanto que yo permanezca en la iniquidad.» Según él, todo el mundo logrará la salvación, todos se salvarán..... hasta el último; Dios no permitirá que se pierda una sola de sus criaturas. El mismo demonio, en esta atrevida hipótesis, gozará de una existencia tan feliz por toda la eternidad, como la existencia libre de los dolores de la generación que Antich atribuye á Andro.

Si, conforme á la magnífica concepción del teólogo católico Durando, el pecado no es *contra*, sino *fuera* de la voluntad de Dios, los resultados de esta acción ó influencia exterior resultarán imposibles en la Unidad Suprema que Antich proclama.

Con Orígenes, pues, opino que los castigos y tormentos de las criaturas intelectuales serán medicinales y tendrán fin más tarde ó más temprano, y acabarán alguna vez las penas de los condenados, y de los mismos demonios, cumpliéndose así la palabra de la Escritura: *Sit Deus omnia in omnibus.*

Notemos, por otra parte, que el Infierno hace de Dios, no un Fundador de leyes, sino un Tirano arbitrario, que por su mano toma la justicia. ¿Qué es la venganza sino una protesta contra lo que la justicia de los hombres no supo vengar? ¿Qué es el Infierno sino la venganza eterna por la falta de un día?

Orígenes invocaba también una razón que pudiéramos llamar social, una razón de altruísmo en apoyo de su opinión, y es, que mientras que exista un alma que no haya conquistado su salvación, ninguna criatura gozará de la felicidad absoluta. Cuando el amor no tenga límites, todo estará en Dios y Dios estará en todo.

En cuanto á Andro, ya se ha indicado que no es un individuo, sino una idea, ó más bien un género, es decir, la Humanidad. El Andrójino salvado es [illegible] Dios hecho hombre; es el Hijo de la Virgen visible y del Padre invisibl[illegible] esto es, de la Materia y del Espíritu; es el Purificador, el Redentor, el In[illegible]ecable, que vence, que ama, que sube á los cielos. Es el centro del M[illegible]o y el Destino de Todo, el *Alfa* y el *Omega* de la Creación.

[illegible]a concluir, el *Andrójino* puede llamarse con justicia el drama de la vo[illegible] viril y de la Unidad Suprema. Todo él es un manantial de teosofía,

idealizado por una inmensa é interminable evocación y por innumerables símbolos poéticos. Verdadero *creador*, ANTICH sólo ha conseguido dar á su poema un carácter orgánico por la fusión de elementos filosóficos y religiosos heterogéneos, como en general toda civilización original, todo panteón histórico sólo se ha conseguido por innumerables mezclas de pueblos, de sangres, de tradiciones, mediante las cuales los progresos mentales y psicológicos de cada grupo pudieron comunicarse á cientos de grupos. ANTICH es original y vigoroso, no en cuanto poeta, escritor, estilista, sino como *vidente cósmico* y como representante convencido y entusiasta de la omnipotencia del hombre, perpetuamente en lucha contra el Universo que le circunda y le rodea. Ahora bien: el hombre forma parte de este sistema universal, como el mayor de los astros y el más imperceptible de los átomos; en cuyo concepto pudiera estimarse el poema de ANTICH como irreligioso. No andan fuera de camino los que tanto ponderan á la Astronomía como la más religiosa de las ciencias, porque nos hace levantar los ojos al cielo y ver en él esa inmensidad de mundos que, disminuyendo nuestra importancia, aplastando nuestras vanidades, mitiga nuestros dolores. Mas, por otra parte, el engrandecimiento de la naturaleza humana y el triunfo del Bien en su Unidad eleva al *Andrójino* al más alto grado de religiosidad transcendente, esto es, al reinado de la justicia, al restablecimiento del orden, luz que aclara el caos de la Historia y clave que descifra todos sus enigmas. «La NADA vuelve á la NADA...... El aroma de la EXPIACIÓN inunda el Espacio en su última hora..... En la inmensidad de aquel mar transparente flota la encantadora figura de MAYA ostentando su primitiva belleza..... Su cuerpo es todavía perceptible á través de las etéreas gasas. Pero la NUBE se eleva; sus vapores se disipan, y con ellos se borran las líneas de la SEDUCTORA IMAGEN, hasta desaparecer para siempre..... La misteriosa EMANACIÓN asciende hacia el CIELO, y envuelve al CORO ANGÉLICO mientras entona su último HOSSANNA..... La CELESTE LEGIÓN se funde en su ESENCIA, y el SACRO ÉTER reingresa en el seno del INCREADO..... Y el TIEMPO cesa porque reina la ETERNIDAD.....»

Esto es algo de la obra de Antich. Reducir el hecho de ser hombre, el humanismo, á un problema de cosmología, á una aspiración incesante hacia Dios, es lo que puede llamarse tocar el misterio. ANTICH lo ha conseguido en gran parte; su poema, es cierto, tiene aspectos lóbregos; se ve uno gusano mísero allí; pero el resultado final es el de todas las grandes filosofías y religiones; pasándonos de lo que vemos á lo que es invisible á los ojos de los sentidos, nos lleva de la Eterna Noche que reinaba en todo y detrás de todo á un Día sin Noche, á un Día perpetuamente el mismo cuya claridad no tendrá alteración. ¡Bien hayan los pensadores y los poetas que así dan vida al noble sentimiento de la Divinidad!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

LA VIDA LITERARIA

J. Martínez Ruiz: **Las confesiones de un pequeño filósofo.**—Madrid, 1904.

Algunas veces he pensado que, para ser siempre frescos y originales en arte, sería congruentísimo volver á la perdida humildad literaria: al ensayo de Montaigne, donde se confunde historia, filosofía, erudición; á las confesiones ingenuas de nuestros místicos, donde en sencilla amalgama se revuelve toda su sabiduría; á las páginas suaves y dolorosas de los que han escrito la historia de su corazón en forma de diario íntimo, como Federico Amiel. Si literariamente nos sintiésemos franciscanos, debiéramos, con honradez humilde, expresar lo poco que tenemos que decir á nuestros semejantes (nunca es mucho lo nuevo que cada autor puede en justicia expectorar como suyo) en esa encantadora naturalidad que vanamente se busca por entre el informe apilamiento de volúmenes abortados durante la última mitad del siglo XIX. Así, lo poco que dejásemos sería cosa que había de levantar el ánimo y regocijar el espíritu en las horas tristes, serenarlo en las horas de martirio y mansamente melancolizarlo en las de estruendosa jovialidad. Hoy, en virtud de esa curiosísima y contagiosa afección que se ha llamado con gran propiedad grafomanía, se escribe porque se cree que, escribiendo, forzosamente se ha de pensar; muy al contrario de antes, que se escribía lo que después de maduras reflexiones tomaba forma de idea. Fácil respuesta tiene la pregunta de Alfredo de Musset (1) para todo aquel á quien no se le haya inoculado la irracional vanidad del profesionalismo literario, el más absurdo de los profesionalismos. No hay, en verdad, cosa más despreciable que esa disociación del arte y de la vida que á todas horas nos predican los que librescamente producen obras como pudieran producir géneros comestibles y los que eternamente nos aturden los oídos con ese clamoreo que hace decir: *lite-*

---

(1)

¿Qui des deux est sterilité
Ou l'antique sobrieté,
Qui n'ecrit que ce qu'elle pense,
Ou la moderne intemperance
Qui croit penser dès qu'elle ecrit?

A. de Musset.—*Poesies nouvelles.—Simone.*

rato, como un romano de los buenos tiempos pudiera decir: *procónsul*, palabra más resonante que un clarín de guerra.

Traigo todo esto á cuento, porque se me antoja que lo más preclaro en la personalidad de Martínez Ruiz es ese noble esfuerzo por recoger la herencia de Montaigne, el primero que nos dió la pauta para hablar de filosofía de las cosas sin recurrir al *atqui* y al *jam vero*. Martínez Ruiz se ha esforzado por dar en sus libros su concepción esquemática del mundo; no ha querido aspirar más que á lo que debe aspirar todo artista: á presentarnos el mundo que él ve, tal como sus sentimientos y sus ideas se lo reflején. Esa concepción nos revela un espíritu ondulante, bondadoso, comprensivo: un espíritu de verdadero artista moderno. Sus reflexiones fragmentarias, sus disquisiciones á veces inconexas, desperdigadas por los libros, podrían formar un curso de filosofía transcendental, tan transcendental por lo menos como la de muchos catedráticos que exudan de todos sus poros películas de la *Crítica de la razón pura*. Martínez Ruiz filosofa como escribe: mariposeando de aquí para allá, no con la frivolidad del *amateur, dilettante* ó aficionado en buen castellano, que no encuentra gusto en nada porque su capacidad receptiva es reducida en demasía, sino con la inconstancia é inquietud naturales en las almas intelectualmente voluptuosas. Su veleidad no es la veleidad de los que no aman nada, porque con nada se encariñan; sino la veleidad de los que aman todo lo nuevo, porque con todo temen encariñarse. Como Montaigne el clarífico, á quien reconoce por maestro superno, se sirve del abejeo ideológico como de un arma para propagar sus teorías. Siguiendo al autor de los *Essais*, entremezclaría gustosamente la manera de parlamentar de dos ejércitos beligerantes con la filosofía de la amistad. En el moderno artista español, como en el antiguo moralista gascón, se ve impreso el distintivo de los no profesionales, de los que se pudieran llamar *ensayistas;* escritores ingenuos que desdeñan las pequeñas miserias del industrialismo literario y que representan en literatura una fuerza sólida é insuperable.

Lo que sobre todo interesa á Martínez Ruiz es la sensación: la sensación fugaz, variable y siempre bella para los que crean. Impresiones pasajeras cogidas al vuelo en el viaje de la existencia, bien entre las páginas de un libro de pergamino, obra de algún indulgente casuísta, bien hojeando una colección de periódicos, bien en un patio de convento, bien en las Ventas oyendo los organillos..... Porque su estética no reconoce otra norma que la vida: la vida manifestada así en las rotaciones siderales como en los movimientos de la hormiga; la vida que no es precisamente en las sombrías bibliotecas donde con más vigor se manifiesta, ni entre las páginas de un tomo de sociología donde con más realce se destaca.

Porque es Martínez Ruiz un espíritu antonomásicamente analítico, que gusta de disecarlo todo para penetrar en el hondo misterio de las cosas más sencillas. Disgrega de un modo magistral, con el acierto de un químico. Construye siempre reedificando. Por eso las grandes síntesis que se llaman el tea-

tro y la novela (especialmente la primera) le son ajenas en absoluto. En un suceso puede no ver el conjunto y abarcar, sin embargo, los más mínimos detalles: es uno de esos espíritus que Paulhan ha analizado tan primorosamente. De ahí viene su aversión á la novela del antiguo régimen, y aun á la novela realista, que alardea de desdeñar lo que se llama fábula ó intriga. Martínez Ruiz no tiene noción de la novela; no quiere tenerla. Esto es precisamente lo que le singulariza y lo que le honra. Porque debemos confesarlo: hay tanto de convencional en la novela, aun en la de más pura cepa realista, tanto de opuesto á la vida, tanto de combinado y de artificial, que nos es forzoso, aun á los mismos que aman como yo amo ese género literario, sano y fortificante como vino de tierra, por ser representación de la buena época de *Sotileza* y de *Angel Guerra;* aun á los que no queremos renegar por completo de eso que Martínez Ruiz desdeña, porque ha sido lo que nos educó y lo que nos hizo nacer á la vida del arte moderno, como un hombre que ha perdido sus creencias forcejea por no desprenderse íntegramente de lo que arrulló sus primeros años de criatura racional; aun á nosotros, quería decir, nos es forzoso confesar que todavía no es eso la vida, que la novela realista quiere acercarse á la manifestación verísima y fiel de la vida, que muchas veces se acerca, pero que no siempre reproduce su imagen exacta; en suma, que es simplemente un tanteo. «No debe haber fábula, la vida no tiene fábula: es diversa multiforme, ondulante, contradictoria..... todo menos simétrica, geométrica, rígida como aparece en las novelas..... Y por eso los Goncourt, que son, á mi entender, los que se han acercado más al *desideratum*, no dan una vida, sino fragmentos, sensaciones separadas» (1). No es extraño que quien así piensa sienta antipatía por el teatro, «arte industrial, ajeno á la literatura», según dice, con frase algo atrevida, pero que encierra un gran fondo de verdad. Así, pues, lo único que él ama son las sensaciones aisladas, sin más enlace que la permanencia de un *yo;* órbita alrededor de la cual gira todo el sistema de impresiones. Y hay que felicitarse de que odie los dos susodichos géneros literarios, basados en la ley de las convergencias, que Taine, con todo su buen criterio artístico, dogmáticamente estableciera (2). Debemos felicitarnos de que sólo aspire á dar la impresión, neta y vibrante, por él sentida, porque sólo así pudo escribir aquel breve y admirable capítulo de *Las confesiones de*

---

(1) Martínez Ruiz, *La Voluntad*, 190.

(2) La frase textual del crítico francés (en su *Philosophie de l'art*, II, IV, 374) es: *La convergence du caractère total et des situations succesives manifeste le caractère jus-* [illegible]*u fond et jusqu'au terme, en le conduisant au triomphe definitif ou à l'ecrasement* [illegible] Esta ley, literalmente cumplida, daría por resultado un arte demasiado efec- [illegible], pues, según ella, todas las escenas ó situaciones sucesivas de una obra, tea- [illegible] novelesca, deben concurrir al desenlace, aduciendo el carácter *al triunfo de-* [illegible]*vo ó á la derrota final.* Según eso, estamos en pleno abigarramiento romántico [illegible]realista. Véase la obra del mismo Taine, *La Fontaine et ses fables*, 3.ª parte.

un pequeño filósofo que se titula «Las vidas opacas», una de las joyas de moderna literatura castellana que aun pueden presentarse ante el extranjero sin ruborizarse.



Por todo esto es evidente que Martínez Ruiz puede llamarse impresionista, con el impresionismo colorista que pusieron en boga los Goncourt. Y esto aún más se echa de ver en las obras anteriores á *Las confesiones de un pequeño filósofo;* libro que, á mi juicio, si el porvenir no me desmiente, marca un período de transición en la técnica de Martínez Ruiz; libro que, si por la fuerza y originalidad de ideas no supera acaso á *La Voluntad* y *Antonio Azorín*, les aventaja en dominio sobre el lenguaje, en maestría de estilo. En estas primeras obras todavía le quedan rastros de aquellos tiempos que él debe recordar con cierta melancolía entremezclada de desdén, con esa melancolía con que se acuerdan las primeras *chiquilladas:*—de aquellos tiempos en que él era cronista *brillante* (1). *Las confesiones de un pequeño filósofo* son, por el contrario, como la ablución y la purificación de todo su *yo* literario; como el bautismo de un catecúmeno que vaciló mucho tiempo en los umbrales, donde le retenían antiguos prejuicios, antes de penetrar en el interior del templo, en el *sancta sanctorum.*

La frase de Martínez Ruiz, que tiene un tono tristón y monótono de salmodia eclesiástica, que parece gemir y que parece soñar, es rancia, castiza, hasta el punto de precisarse diccionario en ciertos pasajes de sus obras. Esta frase se desenvuelve ondulante y árida como los campos manchegos, donde sólo á trechos brota un arbusto; como en la cláusula del autor de *Antonio Azorín* corta una rara imagen esplendorosa ó una refulgente palabra la uniformidad originalísima de su lenguaje. Su dicción viene á ser angulosa y seca, como los semblantes genuínamente castellanos, como los semblantes de los hombres sórdidos que arrastran su capa parda por los llanos de Castilla la Vieja.

Martínez Ruiz, en su técnica, tan sencillísima como la de todos los grandes espíritus complicados, procede por masas aisladas, no por agregaciones; pone aquí una mancha y allá un relieve, evitando así la profusión de contrastes resaltantes y el hacinamiento de colores chillones. Escribe como piensa: con rapidez y con precisión. Especializa en el detalle: reproduce con minuciosidad microscópica, que ha sabido esquivar en su última obra y que, en mi pobre sentir, le perjudicaría si no fuese tan deslumbradora. Aborrece los tropos—de cuya indigestión morimos todos los españoles—y detesta la metáfora, que algunas veces emplea, sin embargo (justo es decirlo), con impon

(1) Volveré sobre esto un poco más adelante, al hablar del énfasis clásico y d la moderna sencillez.

derable acierto. «Comparar, dice él mismo (1), es evadir la dificultad; es algo primitivo, infántil..... una superchería que no debe emplear ningun artista.» En consonancia con estas doctrinas, traza sus descripciones. Aspira á darnos la imagen escueta y la impresión exacta. Tiene lo que pudiéramos llamar, con frase algo extraña, la honradez imaginativa. Parece complacerse en este juego de frases, limpias de toda deslumbrante imagen, exentas de toda metáfora atrevida y esplendorosa que pueda ofuscar nuestros ojos meridionales. Obra como esos equilibristas que en cada exhibición acumulan los obstáculos para que resalte más su maestría. Con estos procedimientos, tanto más admirables cuanto más peligrosos—porque hemos de confesar que la literatura sin las imágenes es un temible salto mortal,—se libra de ser difuso. Todo en sus descripciones se destaca tan claro y nítido como las figuras reflejadas en un espejo. Una idea de esto dará la descripción con que comienza *Antonio Azorín:* «Á lo lejos una torrentera rojiza rasga los montes; el barranco se abre y forma una amena cañada. Refulge en la campiña el sol de Agosto. Resalta, al frente, en el azul intenso, el perfil hosco de las cometas; los altozanos hinchan sus lomos; bajan las laderas en suave enarcadura hasta las viñas. Y apelotonados, dispersos, recogidos en los barrancos, resaltantes en las cumbres, los pinos asientan sobre la tierra negruzca la verdosa mancha de sus copas rotundas. La luz pone vivo claror en los resaltos; las hondonadas quedan en la penumbra; un haz de rayos que resbala por una cima hiende los aires en franja luminosa; corre en diagonal por un terrero; llega á esclarecer un bosquecillo. Una senda blanca serpentea entre las peñas, se pierde tras los pinos, surge, se esconde, desaparece en las alturas».

Yo admiro este período donde el autor se aproxima á la rotundidad flaubertiana; este prodigio de minuciosidad descriptiva; este fragmento de literatura que en justicia no podrá llamarse colorista, sino impresionista; pero mis gustos y mis aficiones actuales están muy distanciados de eso. Lo que yo admiro y lo que yo además amo (amar es más que admirar en un autor; y también se puede amar á un poeta cuando su espíritu es gemelo del nuestro, si el amor nace de la afinidad) es su portentoso poder de evocación. Rico y pródigo en ideas es el autor de *La Voluntad;* mas, sin establecer inmotivadas y detestables comparaciones, es evidente que no menor tesoro de paradojales pensamientos ha dilapidado Pío Baroja; y si nos debe parecer admirable por su terso y pulido lenguaje el autor de *Alma Castellana,* no menos cultivador de las bellas cláusulas es el que puede reputarse como primer estilista español contemporáneo: Ramón del Valle Inclán. Mas no hay quien se aproxime [illegible]mo Martínez Ruiz á la omnipotencia de la evocación. Por poder de [illegible]n entiendo yo esa facultad—privativa de los grandes artistas—de [illegible]ertar en lo recóndito de nuestra alma choques violentos con visiones [illegible] de la realidad; de hacer decir al contacto de una luminosa perspec-

[illegible]. *Voluntad*, 96.

tiva de vida: «¡Me parece que lo estoy viendo!», con esa exactitud inconsciente del descuidado lenguaje vulgar. En las obras de Martínez Ruiz los ejemplos se multiplican; como que en éstos está el primordial encanto de aquéllas. Bastan algunos. «Hay en la vida de estas ciudades viejas algo de plácido y arcaico. Lo hay en esas fondas silenciosas, con comedores que se abren de tarde en tarde, solemnemente, cuando por acaso llega un huésped; en esos cafés solitarios donde los mozos miran perplejos y espantados cuando se pide un pistaje exótico; en esos obradores de sastrería que al pasar se ven por los balcones bajos y en que un viejo maestro, con su calva, se inclina sobre la mesa, y cuatro ó seis mozuelas canturrean; en esas herrerías que repiquetean sonoras; en esos conventos con las celosías de madera ennegrecidas por los años; en esas persianas que se mueven discretamente cuando se oyen resonar pasos en la calleja desierta; en esas comadres que van á los hornos con sus mandiles rojos y verdes, ó en esos anacalos que van á recoger el pan á las casas; en esas viejas que os detienen para quitaros un hilo blanco que lleváis en la espalda; en esos pregones de una enjalma que se ha perdido ó de un vino que se vende barato; en esos niños que se dirigen con sus carteras á la escuela y se entretienen un momento jugando en una esquina; en esas devotas con sus negras mantillas que sacan una enorme llave y desaparecen por los zaguanes obscuros.....» (1).

En *Las confesiones de un pequeño filósofo* este poder de evocación, esta facultad de reproducir la imagen inequívoca de la vida, que yo señalo—y creo que en justicia—como la definitiva y superior conquista del literato moderno, culmina con todo su esplendor. Pudiera decirse que esta última y admirable obra del analista de *La Voluntad* se señala por dos peculiaridades notables: la plena posesión del estilo y la visión fiel de la realidad. Así dice: «Yo recuerdo que muchas mañanas abría una de las ventanas que daban á la plaza; el cristal estaba empañado por la escarcha; una foscura recia borraba el jardín y la plaza. De pronto, á lo lejos, se oía un ligero cascabeleo. Y yo veía pasar, emocionado, nostálgico, la diligencia, con su farol terrible, que todas las madrugadas á esta hora entraba en la ciudad de vuelta de la estación lejana» (2). «Mirad bien estas casas, todas tienen ventanas; pero entre todas habrá una con una ventana pequeña, misteriosa, que hará que nuestro corazón se oprima un momento con inquietud indefinible..... Yo no sé lo que tiene esta pequeña ventana: si hablara de dolores, de sollozos y de lágrimas, tal vez, al concretarla, no expresaría mi emoción con exactitud; porque el misterio de estas ventanas está en algo vago, algo latente, algo como un presentimiento ó como un recuerdo, de no sabemos qué cosas..... Yo he visto en mi niñez muchas fotografías, con pequeñas ventanas, de pueblos que

(1) *Antonio Azorín*, 127.

(2) *Las confesiones de un pequeño filósofo*, IX.

jamás he visitado, y al verlas he sentido esta extraña inquietud de que el poeta Baudelaire también hablaba» (1).

Para conseguir esta suprema posesión del estilo, para alcanzar el don inapreciable de poder manifestar todo lo que se siente y tal como se siente, ha debido recurrir Martínez Ruiz al resorte último que tocan los artistas después que los demás se han gastado: el resorte de la sencillez. Á propósito del estilo brillante que desdeña, de lo que nuestra lengua llama *fárrago*, con asombrosa propiedad, escribe: «En tiempo de Cervantes, los Argensola eran los cronistas *brillantes;* en tiempo de Becquer, yo no sé quién sería; tal vez aquel majadero de Lorenzana» (2). Y añade en otro pasaje, completando su pensamiento: «Yo creo que he sido alguna vez un escritor *brillante;* ahora, por fortuna, ya no lo soy; ahora, en cambio, con la sencillez en la forma, he llegado á poder decir todo cuanto quiero, que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor sobre el idioma» (3). Leyendo su última obra, he pensado que el ideal del artista moderno debe ser decir cosas complejas en sencillo lenguaje, al contrario de las épocas clásicas cuando se decían en retorcido y conceptuoso lenguaje cosas, de puro sencillas, insignificantes; y al contrario de las épocas decadentes, cuando se aspiró á decir las cosas complejas en hipercomplejo lenguaje. Hoy hemos llegado á la sencillez por la complejidad, como en química se obtiene un cuerpo simple por la fusión de muchos compuestos, ó como por la descomposición de los colores complementarios se llega al color fundamental. Martínez Ruiz posee el secreto de esta sencillez que surge del refinamiento como el humo de la hoguera. Hoy aspiramos á ser sencillos después del refinamiento y á consecuencia de ese mismo refinamiento; conociendo á Verlaine, amamos á Berceo; porque el mayor beneficio de las decadencias es enseñar lo que valen las primitivas ingenuidades. Precisamente el mal de que está atacada toda la literatura española es el odio á lo natural y á lo sencillo; el extravagante conceptismo, no tanto en las ideas como en las palabras; el amor al empaque castellano, netamente castellano, á lo que el P. Isla llamaba—aunque él mismo lo practicase con exagerada inmoderación—estilo crespo, sonoro, retumbante, de repique y de volteo; al inconfundible énfasis ibérico que empieza en D. Francisco de Quevedo y se prolonga hasta D. José María de Pereda. Parece como si no pudiéramos pensar sino en traje de gala, con ropilla y valona; ni escribir sino en tono de prolación académica. El estilo que yo llamaría hidalgo—y hay hidalguías en el estilo como en los modales—ha corrompido hasta lo más incorruptible de nuestra literatura.

Martínez Ruiz concibe la elegancia al igual que yo la concibo: como un ducto de la sencillez. «La elegancia, dice (4), es la sencillez. Hay muy

---

Las confesiones de un pequeño filósofo, XXXIX.
La Voluntad, 63. (3) *Ibidem*, 253.
Antonio Azorín, 151.

pocas mujeres elegantes, porque son muy pocas las que se resignan á ser sencillas. Pasa con esto lo que con nosotros, los que tenemos la manía de escribir: escribimos mejor cuanto más sencillamente escribimos; pero somos muy contados los que nos avenimos á ser naturales y claros. Y, sin embargo, esta naturalidad es lo más bello de todo. Las mujeres que han llegado á ser duchas en elegancia, acaban por ser sencillas; los escritores que han leído y escrito mucho, acaban por ser naturales.» Como he indicado, esta naturalidad no tanto es naturalidad ideológica como naturalidad de dicción. Pensamos en decadente, porque nos es imposible pensar de otra manera; pero como no nos entusiasmamos con los triunfos retóricos de relumbrón que arrebataron á nuestros padres, ni con aquella sarta de lugares comunes encubiertos por la frase abombada y retumbante que falsificó gran parte de la literatura española en el siglo XIX, aspiramos á escribir en el tono primitivo, en el tono de todas las épocas de estética amplia, en aquel tono netamente humano que hizo decir á un gran pensador: «Siempre que se tropieza con un estilo natural, se admira uno y se embelesa, porque esperábamos habérnoslas con un autor y nos encontramos con un hombre; al contrario de los que tienen un gusto delicado, que, viendo un libro y creyendo que hay en él un hombre, se sorprenden mucho al hallar un autor: *plus poeticè quam humanè locutus est*» (1).

Sólo con este estilo que parece retorcido y es sobrio, que á la vez es clásico y moderno, en virtud de extrañas modalidades sintácticas, ha podido darnos la sensación exacta de la estepa manchega, donde vive un pueblo feroz y sórdido, inculto y hambriento, que no se lava, que no tiene árboles, que no tiene agua, y tiene, en cambio, quizás desmedida afición á los toros. Sólo así ha podido manifestarnos—especialmente en su última obra—el fondo de ironía que cobija en su espíritu: ironía tenue, velada, casi imperceptible, que se revela pudorosamente (como si sintiera rubor de mostrarse en su agresiva desnudez) en frases como éstas: *la diligencia con su farol terrible, en este fiero salón.....*; ironía que no tiene nada que ver con el *humour* sajón, á las veces robusto y simpático, y á las veces agrio y repulsivo; ni tampoco con la tradicional socarronería castellana, fecunda en reticencias, abundante de gracejos, casi repulsiva en su chabacanismo. Es la mansa y dulce ironía de Renan y de algunos novelistas psicólogos de Francia: esa ironía apagada que viene á ser como el humorismo británico en falsete. ¿Queréis muestras gallardas de esta suave ironía? Aquí, en este libro plácido, hecho con una cantidad infinitamente menor de vehemencia y una cantidad infinitamente mayor de sutileza que sus anteriores libros; en este libro grato y confortante como la retama campesina; en este libro que se titula *Las confesiones de un pequeño filósofo*, las hallaréis copiosamente (2). Azorín va á presentarse dip

(1) Pascal, *Pensées.*

(2) Léanse, especialmente, la introducción en los Capítulos III, IV, VIII, XI

tado: sus amigos le disuaden de ello; le encomiendan en cambio que escriba un libro. Entonces «Azorín se ha quedado un momento en silencio; meditaba con la cabeza baja; parecía que le costaba renunciar á un ideal querido: *nosotros asistíamos emocionados á este terrible y pequeño drama íntimo*». He aquí un rasgo; este hombre tiene noción de la ironía, podemos decir con firmeza. El maestro le toma la lección. «Yo siento aún su aliento de tabaco y percibo el rascar, á intervalos, de su bigote cerdoso. Deletreaba una página, me hacía volver atrás; volvíamos á avanzar, volvíamos á retroceder; se indignaba de mi estulticia, exclamaba á grandes voces: *¡Que no, que no!* Y, al fin yo, rendido, anonadado, oprimido, rompía en un largo y amargo llanto..... Y entonces él cesaba de hacerme deletrear y decía moviendo la cabeza: *Yo no sé lo que tiene este chico.....*» Recuerda las horas pasadas en la iglesia del colegio. «Y eran los días en que había sermón—que oíamos sentados en los bancos del coro—ó las fiestas de Semana Santa, en que permanecíamos mortalmente de pie, en el centro de la nave, durante las horas interminables de los Oficios, *bien apoyándonos sobre una pierna, bien sobre otra para engañar nuestro cansancio*». La entonación que aquí debe darse á la partícula correlativa *bien*, y que indudablemente ha querido darle el autor, es de una fuerza de ironía mayor que la de algunos bosquejos burlescos de Guillermo Thackeray. Ahora es la lección del colegio: «Y abro precipitadamente un libro terrible que se titula *Tablas de los logaritmos vulgares.* Esto de vulgares me chocaba extraordinariamente: ¿por qué son vulgares estos pobres logaritmos? ¿Cuáles son los selectos y por qué no los tengo yo para verlos? Yo salgo en medio de la clase y me dispongo á decir el cuadro de la sílice: —La sílice se divide en dos: primera, cuarzo; segunda, ópalo. El cuarzo se divide en hyalino y en litóideo..... Al llegar aquí ya no sé lo qué decir, y repito dos ó tres veces que el cuarzo se divide en hyalino y litóideo; el profesor conviene en que, efectivamente, es así....»

Esta ironía impalpable, muy delicada, lisa y sin asperezas, deja muchas veces, dada cierta disposición de ánimo, huella más inmarcesible que las incisivas mordacidades de Swift. Á veces toma un tinte sentimental que la hace muy agradable. Porque he notado que en Martínez Ruiz el *yo* sensitivo se complica cada vez más con el *yo* intelectual y que apenas si se reconoce en el evocador de las *Confesiones de un pequeño filósofo* al polemista de *Charivari*.

***

La ideología de Martínez Ruiz es por lo menos tan definida y tan original como su estética. Como todo el que ha leído mucho y de mucho se ha desengañado, Martínez Ruiz vive aislado en un círculo de espíritus superio-

, XVIII, XIX, XXIII, XXVI, y por último el XXXIV, donde define su con-
n de la ironía y que lleva este mismo título.

res; círculo reducido, pero brillante. Después de haber sido el *vir omnium librorum*, es el *vir aliquorum librorum*. Cumple así aquella máxima veneranda y vieja: *Probatos itaque semper lege; et si quando ad alios diverti libuerit, ad priores redi* (1). Vive en la comunión de algunas inteligencias prominentes: Gracián, Montaigne, La Fontaine, Guyau y algunos escogidos más.

Está nutrido de ciencia antigua y de ciencia moderna: tanto ama la compañía de Gracián como la de León Tolstoi, y un libro de Arias Montano le inspira el mismo simpático respeto que uno de Kropotkine. Á consecuencia quizás de esta misma amplitud de criterios, Martínez Ruiz es tornadizo, es movible, es inconsecuente. No posee esa rígida y aburguesada consecuencia, que es la virtud de los que no tienen otra y quieren simularlas todas. Como Azorín, «lee en pintoresco revoltijo novelas, sociología, crítica, viajes, historia, teatro, teología, versos. Y esto es doblemente laudable. Él no tiene criterio fijo: lo anda todo, lo busca todo. Es un espíritu ávido y curioso» (2). «Una necia perseverancia en la misma opinión, ha dicho Emerson en sus *Essays*, es la manía de los espíritus bajos..... Un alma grande no se preocupa de esto. Sería como ocuparse de la sombra que proyectamos sobre una pared. Decid en términos enérgicos lo que hoy pensáis y mañana haced lo mismo, aunque podáis contradeciros de un día á otro».

Siendo Martínez Ruiz, como Anatolio France, un literato *doublé* de un sociólogo y de un erudito, piensa acaso, como aquél, que «la ciencia es inhumana». Sin dejar de asistir con avidez á todos los desarrollos de la cultura moderna, á todas las ramificaciones de esa red que tiende su inmensa malla de un extremo á otro de Europa, y que es acaso lo único bueno que debemos á nuestros diez y nueve siglos de civilización, Martínez Ruiz, con un desilusionamiento algo romántico y muy «siglo XX», busca refugio en el arte, y aunque en *La evolución de la crítica* anticipase ciertas ideas sobre la posible unión de los dos gigantes, es muy probable que hoy desconfíe de estos morganáticos amancebamientos (3). Hay, por de pronto, algo que le acerca mucho al desprecio de esta ciencia en lo que ella tiene de despreciable, que es poco: esto que le aproxima es la creencia en la superioridad de la fe.

El maestro Yuste agoniza; á su lado Azorín le escucha. Y en el reposo de su agonía lenta y dulce, mientras á lo lejos canta la cofradía del Rosario, el maestro deja caer estas palabras desconsoladoras: «¡Ah, la inteligencia es el mal!.... Comprender es entristecerse; observar es sentirse vivir..... Y sentirse vivir, es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de todo nuestro ser

(1) Séneca: *Epistolæ*, II.

(2) *La Voluntad*, 52.

(3) Sobre este tema pudiera escribirse un vasto volumen, con sólo reunir los argumentos en pro y en contra; basta leer á Taine y á Guyau para convencerse de eso. Yo prefiero dar una opinión escueta y lisa que, sin duda, no merece estima alguna.

y de las cosas que nos rodean hacia el Océano misterioso de la Nada..... Ya en la lejanía, apenas se percibe á retazos la súplica fervorosa de los labriegos, de los hombres sencillos, de los hombres felices.....» (1). «El maestro ha observado que aquí, en estas lomas de la Magdalena, vivieron centenares de siglos antes unos buenos hombres que se llamaron *los celtas*, y muchos siglos después otros buenos hombres que se decían *hijos de San Francisco*, y que, precisamente en estos parajes, unos y otros pasearon su fe ingenua y creadora, mientras ellos, hombres modernos, hombres degenerados, paseaban sus ironías infecundas» (2). El maestro habla de los labriegos de Yecla y dice: «Los veo sufrir..... Los veo amar, amar la tierra..... Y son ingenuos y sencillos, como mujiks rusos..... y tienen una fe enorme..... La fe de los antiguos místicos..... Yo me siento conmovido cuando los oigo cantar su rosario en las madrugadas..... Algunos, viejos ya encorvados, vienen los sábados á pie, de campos que distan seis ú ocho leguas..... Luego, cuando han cantado, retornan otra vez á pie á sus casas..... Ésa es la vieja España..... legendaria, heroica.....» Es de observar que, en Martínez Ruiz, el sentimiento de la fe va íntimamente enlazado al sentimiento del catolicismo español, con su sabor medioeval tan marcado, tan prestigioso.



Porque Martínez Ruiz ama á España del modo que la aman los jóvenes artistas: no con ese patriotismo de la calle que se explaya en vocingleras *Marchas de Cádiz*, sino más bien con la adoración callada y afectuosa del que ha vivido «en nuestra historia, en nuestros héroes, en nuestros clásicos». «Yo no soy patriota, dice el maestro Yuste (3), en el sentido estrecho, mezquino, del patriotismo..... en el sentido romano..... en el sentido de engrandecer mi patria á costa de las otras patrias..... Pero..... yo que siento algo indefinible en las callejuelas de Toledo..... ó ante un retrato del Greco..... ú oyendo música de Victoria..... yo me entristezco ante este rebajamiento, ante esta dispersión dolorosa del espíritu de aquella España..... Yo no sé si será un espejismo del tiempo..... á veces dudo..... pero Cisneros, Teresa de Jesús, Theotocopuli, Berruguete, Hurtado de Mendoza..... ésos no han vuelto..... no vuelven..... Y las viejas nacionalidades se van disolviendo..... perdiendo todo lo que tienen de pintoresco: trajes, costumbres, literatura y arte..... para formar una gran masa humana, uniforme y monótona».

Lo mismo entre los barbechos de Yecla que entre las callejuelas de Toledo, Martínez Ruiz aspira la tristeza española. Porque nadie como él está empapado en la melancolía de nuestra raza, y acaso ha sido el primero que [illegible] facetas ignoradas del espíritu ibérico. Á través de su obra pasa un so-

---

Voluntad, 155.
Ibidem, 61.
Ibidem, 41.

plo ardiente y trágico del espíritu aventurero é idealista que nos llevó á Flandes, que conquistó la América; que, al sentirse ocioso, mandó al Oriente la expedición de aragoneses y catalanes: mas á la visión de esta España generosa se asocia en Martínez Ruiz la visión nítida de esa otra España muerta, inerte, opaca, con sus ciudades sombrías, con sus sembrados estériles, con sus hombres recios y austeros, con su ambiente inquisitorial. Es esta mezcla extraña y absurda de sublimidad idealista y de sordidez rastrera que constituye nuestro espíritu colectivo; es este extravagante compuesto de miserias y de grandezas, tan admirablemente retratado en las obras de Pío Baroja y en los cuadros de Zuloaga, lo que á él le inquieta, como nos inquieta á todos los que sentimos palpitar dentro de nosotros algo á la vez monstruoso y divino, que es el alma de «los místicos inflexibles, de los capitanes tétricos como Alba; de los pintores tormentarios como Theocopuli; de las almas tumultuosas y desasosegadas como Palafox, Teresa de Jesús, Larra». Es raro encontrar, ni aun en las obras de escritores jóvenes poseídos de fuerte originalidad, páginas tan exaltadas como las que dicta á Martínez Ruiz este complejo pueblo español, ya fiero, ya mezquino, que á veces se rebaja hasta dar asco y á veces se sublima hasta dar miedo.



El catolicismo peculiar y distintivo de nuestra raza le exalta tanto como le atormenta. En obra alguna de escritor español se leen párrafos tan sentidos, tan vibrantes de vida como éstos: «Noche de Jueves Santo. Á las diez Azorín ha ido con Justina á visitar los monumentos. Hace un tiempo templado de Marzo; clarea la luna en las anchas calles; la ciudad está en reposo. Y es una sensación extraña, indefinible, dolorosa casi, esta peregrinación de iglesia en iglesia, en este día solemne, en esta noche tranquila de esta vetusta ciudad sombría. Azorín siente algo *como una intensa voluptuosidad estética* ante el espectáculo de *un catolicismo trágico,* practicado por una multitud austera, en un pueblo tétrico.....» (1). «Un Cristo exangüe, amoratado, yace en el suelo, sobre un roído paño negro, entre cuatro blandones. Algo como *el espíritu del catolicismo español, tan austero, tan simple, tan sombrío;* algo como *el alma de nuestros místicos inflexibles;* algo *como la fe de un pueblo ingenuo y fervoroso,* se respira en este ámbito pobre, ante este Cristo que reposa sencillamente en tierra, sin luminarias y sin flores. Y Azorín ha sentido un momento, emocionado, silencioso, *toda la tremenda belleza de esta religión de hombres sencillos y duros.*» Las palabras subrayadas por mí dicen algo, indudablemente: que Martínez Ruiz, como la mayoría de los literatos españoles contemporáneos, es católico por el corazón; por el cerebro, indiferente. Diré más, sin temor á engañarme: Martínez Ruiz es místico; su alma está agitada p[illegible]

(1) *La Voluntad*, 102.

una racha ardiente de ese misticismo nostálgico que en nuestras áridas tierras castellanas ha sido siempre como el esfuerzo supremo por desprenderse de la envoltura carnal. Misticismo maleado por la corriente impetuosa de pensamiento que va desde los enciclopedistas hasta Nietzsche; misticismo que sería ferviente y de buena aleación, si Strauss y Renan no hubiesen existido.

Además de esto, Martínez Ruiz, como su maestro Montaigne, es el tipo del escéptico bautizable. La inutilidad de toda nuestra ciencia, la ineficacia de nuestros esfuerzos por la cultura «junto á la fe espontánea de una pobre vieja», retorna en sus obras á cada página, con un dejo de desolación. Estos hombres que comprenden la vanidad de todo, son los más propicios á comprender la menor vanidad de algunas cosas. Dígalo Montaigne, muriendo santamente; Descartes, yendo en los últimos días de su vida en peregrinación á un santuario; Renan confesando que desearía reposar bajo las losas del claustro de la catedral de Treguier. Así Martínez Ruiz, que á ratos se siente revolucionario y clama contra la decadencia en que nos ha hundido nuestro catolicismo tétrico, y habla con ironía de España, «la hija predilecta de los Papas», nostalgia en ocasiones la fe ardorosa y pura de los campesinos.



Azorín es la generación entera de intelectuales. Azorín es el símbolo (1) de todos los que han sentido esos desgarramientos de la personalidad, esa revolución fatigosa, esa imposibilidad moral de determinarse á nada, esa absoluta aniquilación del *lebens wille,* que nos hacen contemplativos, que nos hacen débiles, que nos hacen inútiles para la existencia. Todos somos paralíticos del alma; la culpa no es nuestra. La culpa es de Larra y de Becquer, que vivieron antes de nosotros; la culpa es del sol de España, que nos deja indolentes; la culpa es de esos poblachones manchegos, tan inquietantes y tan hórridos; la culpa es de las viejas catedrales, tan sublimes y tan abrumadoras;

---

(1) Yo lo afirmo más rotundamente que el mismo Martínez Ruiz. Éste, sin duda porque no le crean desmedidamente poseído de esa soberbia á que tiene derecho el hombre superior, dice que es casi un símbolo. «Sus perplejidades, sus ansias, sus desconsuelos, sus desencantos, bien pueden representar toda una generación sin voluntad, sin energía, indecisa, irresoluta; una generación que no tiene ni la audacia de la generación romántica, ni la fe de afirmar de la generación naturalista». *La Voluntad*, XI, 245. Quiero notar aquí, de pasada, que sobre el *caso* Azorín pudiera h[illegible]rse un meditado y correcto estudio psicológico, con arreglo á las últimas con-
cl[illegible]nes de la psicología alemana é inglesa, con los datos bebidos en Wundt y en
R[illegible], en Sergi y en James, en Baldwin y en Höffding, en Moreau de Tours y en
C[illegible]s Richet. Yo prefiero dejar esta tarea á otros más eruditos ó más pacientes, y
fi[illegible]ne sólo en la calidad de *representative man* que indiscutiblemente caracteriza á
A[illegible]

la culpa es de los árabes, que pasaron por nuestro suelo; la culpa es de la tierra pobre de Castilla, donde no se respira más que la tristeza; la culpa es de las callejuelas toledanas, donde flota el alma atormentada del Greco; la culpa es de toda esta España tan austera y tan tétrica; la culpa, en suma, es del ambiente, de la herencia, de la raza, de todo menos de nosotros mismos. Nuestro padecimiento es incurable, por lo mismo que es incurable ser español y ser del siglo XX.

Azorín merece un estudio atento y competente de psicología experimental. Es un caso como los estudiados por Ribot en *Les maladies de la volonté,* por Mandsley en su *Mind's Physiology,* por otros distinguidos psicólogos en otras muchas obras. Pero es un caso, porque la psicología de laboratorio ha convenido en que todo el que no sigue el recto cauce de la vida ordinaria es un degenerado. Es caso como lo fueron Pascal, Mozart, Byron, Heine, Verlaine. Se diseca él mismo tan admirablemente como si estuviese en una clínica. No rehuye presentarse tal como es; aporta datos al historiador de la generación presente. «Yo soy, dice, un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres. Hay el *hombre-voluntad,* casi muerto, casi deshecho, por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo. Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el *hombre-reflexión,* nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos auto-análisis. El que domina en mí, por desgracia, es el *hombre-reflexión;* yo casi soy un autómata, un muñeco sin iniciativas; el medio me aplasta, las circunstancias me dirigen á un lado y á otro» (1). Ésta es la sincera y, por lo tanto, la noble declaración de un vencido que quiere ser al mismo tiempo un rebelde. Y explica más adelante: «La voluntad en mí está disgregada; soy un imaginativo. Tengo una intuición rapidísima de la obra, pero inmediatamente la reflexión paraliza mi energía..... Hay algo en mí que me anonada, que me aplasta, que me hace desistir de todo en un hastío abrumador. ¡Soy un hombre de mi tiempo! La inteligencia se ha desarrollado á expensas de la voluntad; no hay héroes; no hay actos legendarios; no hay extraordinarios desarrollos de una personalidad. Todo es igual, uniforme, monótono, gris. Día llegará en que el dar un grito en la calle se considere tan enorme cosa como el desafío de García de Paredes» (2). Se lee, por último, en las postreras páginas de *La Voluntad* un grito lírico, casi supraterreno, una confesión altiva y hermosa. «Y hay momentos en que quiero rebelarme, en que quiero salir de este estupor, en que cojo la pluma é intento hacer una página enérgica, algo fuerte, algo que viva..... ¡Y no puedo, no puedo! Dejo la pluma, no tengo fuerzas. ¡Y me dan ganas de llorar, de no ser nada, de disgregarme en la materia, [illegible] ser el agua que corre, el viento que pasa, el humo que se pierde en el azu[illegible]

(1) *La Voluntad,* 258 y 259.
(2) *Ibidem,* 259.

Á ese delicioso inadaptado, á ese abúlico genial acudiremos todos cuantos deseemos estudiar en la generación que comienza los sedimentos que nos dejó la generación ya consagrada. Este complejo é inquieto Azorín ha herido lo más hondo de nuestro espíritu. Hemos sentido los que venimos detrás de él un desgarramiento interior, á la vez de sorpresa y de dolor, viendo esa imagen de un hombre anterior á nosotros, que es nuestra imagen también.

*
* *

Yo veo en Martínez Ruiz la personalidad más caracterizada de las nuevas generaciones. Y si, como pensaba Verlaine:

L'art, mes enfants, c'est être absolument lui-même,

quien más genuinamente representa la literatura española contemporánea es, sin duda alguna, el autor de *La Voluntad.* Porque en literatura, como en todo, no vive plenamente sino quien plenamente se afirma; y Martínez Ruiz se ha afirmado de una manera enérgica, casi violenta, como se suelen afirmar los hombres superiores.

Ha derramado un caudal de sensaciones nuevas; prodigó las ideas con fastuosidad; y, sobre todo, se formó un estilo tan único que se le reconocería sin esfuerzo entre otros mil. ¡Cuántos horizontes han abierto sus libros, desde *El Alma Castellana,* con su erudición de buena ley y sus certeras psicologías, hasta *Las Confesiones de un pequeño filósofo,* con su lenguaje á la vez límpido y torturado, con sus incomparables evocaciones! ¡Cuántas ideas han removido, y cuántos sentimientos que dormían en el fondo del alma han despertado! Este don de conmover y estimular los espíritus en el silencio es para el artista discreto más grato, inconmensurablemente más halagador que los ruidosos triunfos que en ocasiones anuncian las clamorosas trompetas de la Fama. Esta suprema gloria del literato, Martínez Ruiz la ha conseguido como nadie en España. Si el lenguaje pudiese transparentar, aunque fuera muy levemente, las cosas inefables que han sugerido á mi espíritu y á otros muchos espíritus gemelos los libros de Martínez Ruiz, el homenaje sería grandioso sobre toda posible ponderación. La comunicación muda y afectuosa de las almas que sienten al unísono, y á quienes agitan los mismos tremores en las mismas emociones, nimba al poeta de más fulgente aureola que los rayos del alcázar de la Celebridad, donde tienen su asiento el dolo y la injusticia.

[illegible] faltaba á Martínez Ruiz, para complemento de su consagración defin[illegible] el óbolo que, sin querer, suelen aportar los necios. Me refiero á la car[illegible]a de su manera técnica y á la desfiguración de sus impresiones bajo las [illegible]mas toscas. ¡Bienaventurado aquel á quien los necios remedan desdicha[illegible]mente, porque él es grande!

[illegible] Ruiz aparece, cuando detenidamente se le estudia, más que nada

como un modelo. Él es el grande y buen maestro de las nuevas generaciones. Todos están en la obligación de amarle, porque todos le deben algo: ó la letra que mata, ó el espíritu que vivifica. Unos le han copiado el gallardo gesto de decadencia; otros han escogido lo más sano de sus procedimientos; algunos se han contentado con saludarle afectuosamente desde alta mar, como los pasajeros hastiados de una infecunda y pesada travesía por océanos uniformes, cuando divisan costas rientes. Y todos le hemos murmurado una larga y sentida acción de gracias porque nos deparó tan inefables fruiciones espirituales, porque agitó nuestras almas *usque ad imum,* porque nos descubrió esplendorosos horizontes, gloriosas lontananzas; y todos hemos dicho, con un acento emocionante y entusiástico, como el viejo Juan Ponce de León, al avistar tierras ignotas: *¡Gracias te sean dadas, oh Dios mío, porque he podido mirar algo nuevo!*

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Octubre 1904.



VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

III

De 1882 á 1885: Rizal en España.—Su primer artículo.—Sus aficiones literarias y científicas.—Estudiante de Medicina.—Su predisposición para los idiomas.—Hácese licenciado en Filosofía y Letras y doctor en Medicina: notas que obtuvo.—Su vida íntima.—Su laboriosidad, ansia de saber y complejidad de sus dotes intelectuales.—Vase á recorrer Europa.

Cuando RIZAL llegó á España (Junio de 1882), apenas eran conocidos aquí los filipinos; pues aun el mismo Paterno, el cantor de las *Sampaguitas*, que le había precedido, no adquirió la nombradía que tuvo hasta pasado algún tiempo, y adquirióla, más que por sus producciones literarias, asaz insignificantes, por aquellas sus tertulias, á las que consiguió que concurrieran personas de calidad (Castelar, Balaguer, Núñez de Arce, etc.), con las que se confundieron gorrones profesionales y sablistas de ocasión. Paterno alardeaba de espléndido; algunos le tomaron por un verdadero potentado, y es fama que entre sus numerosos contertulios no faltó desaprensivo que en los bolsillos del frac se llevase las cucharillas de oro con que Paterno servía á sus convidados. Bien pudo decir el hombre: «Si buenos bombos me dan, mis cucharillas me cuestan». Poco á poco, la juventud filipina fué aumentando y esparciéndose en Europa: y en París el pintor Luna, á quien dió su *Spoliarium* cierta fama; en Barcelona el orador y periodista demagogo Graciano López Jaena (protegido por el republicano Sol y Ortega), y en Madrid el mencio... Paterno y Marcelo del Pilar (grande amigo de Morayta), lograron adqui... lgún renombre. De quien nadie supo nada, salvos sus paisanos y condis...os, fué del austero RIZAL, enemigo de exhibiciones, no ya por la mo...a en que forzosamente vivía, sino por su manera de ser, propenso al re...miento, á la meditación, al estudio.

Al desembarcar en Barcelona, procedente de su país, venía ya perfectamente definido: RIZAL era un *nacionalista*, y este sentimiento fué infiltrándose tanto más en su corazón cuanto mayores eran los dolorosos efectos que el mal de la nostalgia le causara. Quizá no se había repuesto de las molestias de tan largo viaje, cuando perjeña su primer artículo, en Barcelona mismo, bajo el epígrafe *El amor patrio.* Barcelona debió de aplanarle: la gran urbe catalana, donde se respira libremente todo linaje de ideas, debió de producirle tristeza, melancolía, al considerar sobre todo que en ella el Pensamiento no tenía inquisidores, mientras que en Manila sí. En prosa nostálgica, con dejos de filosófica, casi siempre apacible, RIZAL, reconociendo que el tema estaba ya trilladísimo, lo acomete sin embargo, ganoso de contribuir con su «óbolo, pobre, pero entusiasta» (1).—«Á la manera (dice) de los antiguos hebreos, que ofrecían en el templo las primicias de su amor, nosotros, en TIERRA EXTRANJERA, dedicaremos los primeros acentos á nuestro país, envuelto entre *las nubes y las brumas de la mañana*, siempre bello y poético, pero cada vez más idolatrado á medida que de él se ausenta y aleja».

Para RIZAL España era «tierra extranjera»; para él no había más *patria* que Filipinas. No tenía el concepto de «patria chica» y «patria grande», tan generalizado en estos últimos años: es la *chica*, el pueblo, la provincia, la región á lo sumo; y es la *grande*, la nación completa, con todos los territorios que la integran, por remotos que se hallen. La patria *grande*, para un filipino verdaderamente adicto á España, no debía ser otra que la España peninsular con sus provincias y posesiones ultramarinas, y la *chica*, la región. Pero RIZAL no tenía patria «chica» ni «grande», sino PATRIA; que para él no era Calamba, ni la región tagala, ni Luzón siquiera, sino el conjunto de islas que constituyen el Archipiélago magallánico. Más aún: para él España no era la «madre-patria»; esto, si acaso, para el criollo, para el descendiente de españoles; pero no para quien la sangre de sus venas era malaya exclusivamente. España era á lo sumo su «segunda patria», si hemos de aplicarle las teorías de Ibarra, el protagonista de *Noli me tángere,* que tan á maravilla refleja las prendas morales y las ideas político-filosóficas del AUTOR; mas si prescindimos de este nuestro supuesto, queda lo que queda dicho, es á saber, que España, para Rizal, era una TIERRA EXTRANJERA.

---

(1) Este artículo lo fechó en «Barcelona, Junio de 1882», y está firmado con el pseudónimo LAÓN LAANG. Permaneció inédito hasta 1890 en que vió la luz en *La Solidaridad*, núm. 42; Madrid, 31 de Octubre del citado año 90.—*La Solidaridad*, quincenario democrático, órgano de los filipinos avanzados, comenzó á publicarse en Barcelona el 15 de Febrero de 1889; pero se trasladó á Madrid en Noviembre del mismo año, y en Madrid continuó viviendo hasta el 15 de Noviembre de 1895, en que dió su último número. En España circuló muy poco; en Filipinas era secuestrada por las autoridades: las colecciones completas son por tanto rarísimas.

Él no puede olvidar la suya: «allí (escribe) están los primeros recuerdos de la infancia, hada alegre, conocida sólo de la niñez;.... porque allí duerme todo un pasado [*el país independiente*] y se transparenta un porvenir [*la redención de la raza por el estudio*]; porque en sus bosques y en sus prados, en cada árbol, en cada flor, veis grabado el recuerdo de algún ser que amáis, como su aliento en la embalsamada brisa, como su canto en el murmullo de las fuentes, como su sonrisa en el iris del cielo, ó sus suspiros en los confusos quejidos del viento de la noche.....»—Esto es muy de RIZAL: entretejer lo conceptuoso, lo intencionado, con frases de vaga poesía; tal es su estilo, su manera, y casi no hay composición por él firmada, en prosa ó en verso, en que no se observe; en que un espíritu crítico medianamente sagaz no descubra entre líneas, en la urdimbre literaria, la idea política que predominaba en aquel cerebro de patriota ardiente.—«¡El amor á la patria (exclama) no se borra jamás, una vez que ha entrado en el corazón!, porque lleva en sí un sello divino, que se hace eterno, imperecedero.»—Y en seguida, cual si quisiera infundirlo en las personas á quien consagra su trabajo, anímalas con estas reflexiones:—«Se ha dicho siempre que el amor ha sido el móvil más poderoso de las acciones más sublimes: pues bien; entre todos los amores, el de la patria es el que ha producido las más grandes, más heroicas y más desinteresadas. Leed la Historia.....»—Después de algunos párrafos muy sentidos y razonados, para probar que todo es pasajero en la vida, describe lo que ocurre cuando cunde el grito de «¡la patria está en peligro!»; los sacrificios de todo género que consigo trae..... Pero «¡no importa! Ha defendido á la que le dió la vida: ¡ha cumplido con un deber! Codro ó Leónidas, quien quiera que sea, ¡la patria sabrá recordarle!»

Y como si presintiera una *anteautobiografía*, escribe: «Unos han *sacrificado su juventud;* otros le han *dado los esplendores de su genio;* éstos *vertieron su sangre;* todos han muerto legando á su patria una inmensa fortuna: *la libertad y la gloria.* Y ella, ¿qué ha hecho por ellos? Los llora y los *presenta orgullosa al mundo,* á la posteridad y á sus hijos, *para que sirvan de ejemplo*».—RIZAL es un escritor eminentemente impersonal en la forma, pero en el fondo subjetivista en grado extraordinario: ahondando en la esencia de todo cuanto escribió, no sólo se trasluce su particular espíritu, sino que *predice* lo que piensa hacer y hasta lo que habrá de acontecerle. Y como si se creyera con una misión providencial sobre la tierra, impregnada su alma, cuándo de cierta unción tolstoiana, porque predica la paz, cuándo de exaltación napoleónica, porque, enardecido, estimula á sus paisanos á la guerra, concluye así su mencionado artículo, escrito acaso para sus deudos solamente (puesto ...o destinaba á la publicidad):

...h, Patria!..... Desde Jesucristo, que, todo amor, ha venido al mundo ...n de la humanidad y *muere por ella en nombre de las leyes de su patria,* ...as más obscuras víctimas de las revoluciones modernas, ¡cuántos, ¡ay!, ...frido y muerto en tu nombre, usurpado por los otros! ¡Cuántas *víc-*

timas del rencor, de la ambición ó de la ignorancia no han *expirado bendiciéndote y deseándote toda clase de venturas!* (1).

»Bella y grandiosa es la patria cuando sus hijos, *al grito del combate, se aprestan á defender el antiguo suelo de sus mayores;* fiera y orgullosa cuando desde su alto trono *ve al* EXTRANJERO *huir despavorido ante la invicta falange de sus hijos;* pero cuando sus hijos divididos en opuestos bandos *se destruyen mutuamente;* cuando la ira y el rencor devastan las campiñas, los pueblos y las ciudades, entonces, ella, avergonzada, desgarra el manto y arrojando el cetro viste negro luto por sus hijos muertos.

»Sea, pues, cualquiera nuestra situación, amémosla siempre y no deseemos otra cosa que *su bien.* Así obraremos con el fin de la humanidad dictado por Dios, cual es la armonía y la paz universal de sus criaturas.

»Vosotros, los que habéis perdido el ideal de vuestras almas; los que, heridos en el corazón, visteis desaparecer una á una vuestras ilusiones, y semejantes á los árboles en otoño os encontráis sin flores y sin hojas, y deseosos de amar no halláis nada digno de vosotros, ¡ahí tenéis la patria! ¡Amadla!....

»Amadla, ¡oh, sí!; pero no ya como la amaban en otro tiempo, practicando virtudes feroces, negadas y reprobadas por una verdadera moral y por la madre Naturaleza; no haciendo gala de fanatismo, de destrucción y de crueldad; no: *más risueña aurora aparece en el horizonte,* de luces suaves y pacíficas, mensajera de la vida y de la paz; la aurora, en fin, verdadera del Cristianismo, présago de días felices y tranquilos. *Deber nuestro será seguir los áridos, pero pacíficos y productivos senderos de la Ciencia,* que conducen al Progreso, y de ahí á *la unión deseada y pedida por Jesucristo en la noche de su dolor*».

Hacer patria, patria á toda costa, es el ansia más viva de RIZAL; pero patria digna, por virtud de la evolución, de la cultura y dignificación de los ciudadanos. Éste era también el mayor de los anhelos de Ibarra, el interesante protagonista de *Noli me tángere.* Y obsérvese cómo RIZAL acaricia la idea de morir por la patria; la cual idea se hace tan persistente en él, que llega á convertirse en obsesión.—Ocasiones tendremos de probarlo.

No debió de permanecer mucho tiempo en Barcelona: á lo menos desde primero de Octubre hallábase ya en Madrid, y estudiaba simultáneamente las carreras de Medicina y Filosofía y Letras. Ambas las cursó con rapidez, y la segunda de ellas con un aprovechamiento extraordinario, porque cua-

---

(1) Recuérdese la célebre poesía de RIZAL, escrita horas antes de ser fusilado, que comienza:

«¡Adiós, Patria adorada, región del sol querida,
Perla del mar de Oriente, nuestro perdido Edén!
Á darte voy alegre la triste mustia vida;
Si fuera más brillante, más fresca, más florida,
También por ti la diera, la diera por tu bien».

draba mejor á sus gustos y aficiones. Basta una rápida ojeada por los títulos de los libros que adquiría, para que de este pormenor podamos formar concepto. En su cuaderno de *Clínica* figuran algunas listas, con el *recibí* del librero de lance (Antonio Rosés) que le vendía las obras. He aquí la primera de esas listas, escrita por el citado librero:

Obras completas de Voltaire.	9 tomos
Obras completas de C. Bernard.	16 »
Ilustración Ibérica..	1 »
Vida de los animales.	1 »
Obras de Boileau..	2 »
Felipe II.	1 »
Crestomatía Arábiga..	1 »
Gramática Hebrea.	1 »
Histología normal.	1 »
Atlas histórico de Lesage.	1 »
Obras de Horacio..	3 »
Enfermedades de las vías urinarias.	1 »
Pi y Margal [¿...?].	1 »
Víctor Hugo [¿...?]..	1 »
Caracteres, de Labruyère.	2 »
Geografía Universal.	4 »

Á esta lista siguen otras tres, algo extensas, escritas con lápiz por RIZAL; merecen citarse:

Thucídides.
Novelas varias.
Historia de los Presidentes de los Estados Unidos.
América Pintoresca.
El Mundo Físico.
Poesía Antigua.
El Austria.
Pedro el Grande.
Restauración y Revolución.
Grecia y Roma.
Luis XIV y su Corte.
Renacimiento.
...lo-sajones.
...ropa Occidental.
...lución de Inglaterra.
...perio Bizantino.
...perio Romano.
...ie de estas listas, el *recibí* de Antonio Rosés (*rubricado*).

Estos libros debió de leerlos RIZAL en los últimos meses de 1884 y primeros de 1885. Antes había ya adquirido, por subscripción ó por compra, algunos otros, según se verá en su *diario*, que poco más adelante copiaremos. Por cada obra de Medicina, hay lo menos diez ajenas á esta ciencia. Y es que gustaba preferentemente de los estudios históricos, literarios, sociológicos y políticos. Por probar de todo, en su afán de instruirse, llegó á estudiar fortificación militar, y no de plaza, sino «de campaña», lo que induce á sospechar si esto lo aprendería en previsión de que sobre la materia se viese algún día precisado á dar lecciones, no obstante que era más partidario de la paz que de la guerra. Á juzgar por el punto que ocupa en el cuaderno de *Clínica* (después de los temas de alemán, trabajados en Madrid, y antes de las crónicas que escribió en francés hallándose en Alemania), puede inferirse que el espacio consagrado á la fortificación lo llenó en los últimos meses que pasó en la capital de España. Pero esas páginas de fortificación están escritas en correcto inglés, idioma que RIZAL, según creemos, no llegó á dominar hasta más tarde; por lo que puede conjeturarse que ese breve tratado de fortificación debió de copiarlo de alguna obra, ó tal vez de alguna revista técnica. El trabajo va ilustrado con los siguientes dibujos, ejecutados con cierto esmero:

Parapeto simple.
Caballo de frisa.
Trampas de lobo.
Estacada.
Estacada de perfil.

Sigue á este trabajo otro más breve: «Reglas para determinar las dimensiones de los parapetos»; las primeras líneas en castellano (¿traducción?); las demás en inglés (¿copia?). Ocupa tres páginas muy nutridas, con varias fórmulas matemáticas, é ilustran el texto dos nuevos dibujos.

Del estudiante de Medicina (curso de 1883-1884) nos da buena idea la serie de lecciones que escribió en su cuaderno de *Clínica*. Llenan las páginas 9 á 133; todas están redactadas bajo el mismo método: 1.º, antecedentes del enfermo; 2.º, lo que se hizo para curarlo, y 3.º, descripción de la operación, si la hubo. No nombra nunca á los profesores; sólo una vez al Dr. Encinas, con gran elogio. Véase un sumario de las lecciones; algunas van ilustradas con dibujos. La lectura es muy metida; no queda nada de margen; aprovechaba el papel.

«Lección primera. Octubre 4» [1883].—Sin indicación del asunto.

Deja luego el nombre de «lección», para enumerarlas según el de la «cama» que ocupaba cada enfermo.

«Cama núm. 1. Mujeres. (3 Octubre.)—Adeno-carcinoma de la mama izquierda.»

«Cama núm. 6. Mujeres. Adeno-sarcoma de la mama izquierda.»—*Ilustrada con dibujos.*

«Cama núm. 2. Mujeres. Epitelioma del labio inferior.»

«Cama núm. 7. Hombres. Epitelioma del labio inferior ó carcino maepitelial.»

«Cama núm. 8. Mujeres.—Y 23. Hombres. Cataratas» (1).

«Sobre tumores mamarios.»—*Sin cama.*

«Cama núm. 3. Mujeres. Epitelioma del ala de la nariz.»

«Cama núm. 4. Mujeres. Esclerodermia.»

«Cama núm. 7. Mujeres. Sarcoma.»—*Ilustrada con un dibujo.* (Esta lección concluye con las siguientes notas: «El 5 de Octubre fiebre traumática: 40°.—Sigue la temperatura oscilando.—El 1.° de Febrero aun continúa en la Clínica».)

«¿Sarcoma de la amígdala?»—*Sin cama.*

«Cama núm. 5. Hombres. (31 Octubre.) Amputación de la muñeca.»—*Ilustrada con dibujos.*

«Cama núm. 10. Hombres. Pterigion doble.» *(Al final, con tinta de otro color:* «Véase pág. 96».)

«Cama núm. 6. Mujeres. Sarcoma periuterino?»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 15. Hombres. Epitelioma del labio inferior.»—*Ilustrada con dos dibujos.* (*Con tinta de otra clase:* «Tuvo erisipela después en la Clínica.»)

«Cama núm. 1. Hombres. Fractura doble de la tibia y del peroné.»

«Cama núm. 21. Hombres. Fimosis.»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 12. Hombres. Hipospadias.»

«Cama núm. 25. Hombres. Epitelioma del p.»—*Ilustrada con dibujos.*

«Cama núm. 18. Hombres. Tumor blanco de la rodilla.» (*Operado el 17 Noviembre.*)—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Cama núm. 11. Hombres. Periostititis supurada de la extremidad superior del fémur.»

«Cama núm. 4. Mujeres. Sarcoma del maxilar superior derecho.»—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Sin cama. Mujeres. Desarticulación de la 1.ª falange del dedo anular de la mano izquierda.» (*Nota:* «Esta enferma había sufrido anteriormente una amputación de este mismo dedo, tal vez por el método circular, haciéndose un estropicio que llamarían cronicidad del muñón. Empleamos el método oval muy oblicuo en forma de raqueta.»)

«Cama núm. 9. Mujeres. (6 de Octubre.) Sarcoma ó Carcinoma?»—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Cama. Hombres. 17. Labio leporino en 1.er grado.»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 2. Mujeres. (4 Diciembre.) Carcinoma de la mama con in-fi... local.»—*Ilustrada con dos dibujos.*

...sta fué luego su especialidad; amplió sus estudios en París y en Alemania, c... eremos: la primera operación que hizo en Filipinas fué en su propia madre, y... a, y á la cual curó de una doble catarata.

«Cama núm. 3. Hombres. Osteo periostitis.»

«Cama núm. 1. Mujeres. (31 de Enero.) Queiloplastia.»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 5. Hombres. (4 de Febrero.) Cálculo vesical.»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 20. Hombres. (5 de Febrero.) Caries del peroné.—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Cama núm. 12. Hombres. (5 Febrero.) Epitelioma de cara.—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 9. Mujeres. (7 de Febrero.) Fibroma ó Fibrosarcoma intersticial de las paredes del vientre.»—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Cama núm. 8. Mujeres. (9 de Febrero.) Tumor blanco de la rodilla izquierda (vendaje silicatado).»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama núm. 14. Hombres. Operación del 14 de Febrero. Secuestro de la tibia, parcial é invaginado.»—*Ilustrada con dos dibujos.*

«Cama núm. 25. Hombres. Epitelioma del labio inferior.»—*Un dibujo; sin texto.*

«Cama núm. 3. Mujeres. (16 Febrero.) Linfoma rebland.º de la axila.»—*Ilustrada con un dibujo.*

«Cama supletoria. Mujeres. (19 de Febrero.) Flemón del maxilar.» *(Concluye:* «Véase pág. 96.»—*Así en la pág. 71.)*

«Cama núm. 24. Hombres. Fractura consolidada del húmero.»

«Cama núm. 9. Mujeres. (1.ª Obs.) Análisis microscópico.—Para analizar el tumor mamario objeto de este informe, separamos un trozo como de un centímetro cúbico, que fué sometido para su endurecimiento á la acción simultánea del alcohol y la goma. Obtuviéronse finas laminillas que fueron entintadas por el picrocarminato y conservadas en la glicerina. Se observó que:—La textura propia de la glándula había desaparecido; el tejido conjuntivo que normalmente forma su estroma se había cambiado en otro constituído por elementos embrionarios, los más de forma redondeada, y tan abundantes en algunos puntos, que habían hecho desaparecer los aceimi *(?)* y tubos propios de la glándula; en otros puntos dichos elementos se hallaban en número más escaso, separando sólo los globulillos de la glándula, algunos de los cuales eran asiento también de una verdadera hiperplasia y se encontraban dilatados por una materia caseosa. En algunos puntos notábanse á simple vista focos de reblandecimiento formados por una sustancia blanquecina y que el microscopio indicó no ser otra cosa que la materia caseosa ya indicada.—De los datos anteriormente expuestos deducimos ser la neoplasia sometida á nuestro juicio un adeno-sarcoma en degeneración grasienta.»

En las páginas que siguen estudia por el mismo método casos de:

Sarcoma del hombro.

Flemones profundos del dedo medio.

Sarcoma del muslo, con infección.
Tumor blanco de la rodilla.
Fibro-sarcoma de la pared interior de los pechos.—*Ilustrada con un dibujo.*
Fractura del cuello del húmero.
Fístula del ano.
Cálculo versical.
Peterigion doble.
Uteritis: traumática, espontánea, virulenta.
Quiste recto-faríngeo.
Necrosis del maxilar inferior.
Carcinoma reproducido en la lengua.
Resección de las dos falanges del dedo.
Extracción de un proyectil.
Fístulas uretro-perineales.
Hemiplegia consecutiva.
Pólipos naso-craneales.
Fractura del 3.º infr. de la tibia y peroné.
Fístula del ano ciega-externa.
Catarata senil simple izquierda.
Epitelioma del labio inferior.
Linfo-sarcoma de la región lateral del cuello.
Hipospadias.
Fístula del ano completa.
Adeno-carcinoma de la mama izquierda.
Osteomielitis complicado.—*Con un dibujo.*
Pólipo sarcomatoso maligno.
Quiste del ovario y matriz doble.—*Con un dibujo.*
Caries del calcáneo.—*Con un dibujo.*
Carcinoma del cuello. (29 de Mayo [1884].)—*Última lección.*

Como se ve, desde el principio del curso hasta el último día, RIZAL, con una laudable constancia, anotaba sus observaciones. Su voluntad era firme; su laboriosidad, pasmosa; puesto que, después de todo, á lo que menos consagró su atención fué á la Medicina. Comenzó esta carrera, según queda indicado, en Manila, en 1878. He aquí las notas obtenidas, tanto allá como en Madrid:

EN MANILA

... 1878-79.—	Física.	Aprobado.
»	Química..	Sobresaliente.
»	Historia Natural.	Aprobado.
	1.º de Anatomía.	Bueno.
	1.º de Disección.	Bueno.
le 1879-80.—	2.º de Anatomía.	Bueno.

Curso de 1879-80.—	2.º de Disección.	Bueno.
»	Fisiología.	Bueno.
»	Higiene privada.	Bueno.
»	Higiene pública.	Bueno.
Curso de 1880-81.—	Patología general.	Aprobado.
»	Terapéutica.	Sobresaliente.
»	Operaciones.	Bueno.
Curso de 1881-82.—	Patología médica.	Notable.
»	Patología quirúrgica.	Notable.
»	Obstetricia.	Notable.

EN MADRID

Curso de 1882-83.—	1.º de Clínica médica.	Bueno.
»	1.º de Clínica quirúrgica.	Bueno.
»	Clínica de Obstetricia.	Aprobado.
»	Medicina legal.	Sobresaliente.
Curso de 1883-84.—	2.º de Clínica quirúrgica.	Notable.
»	2.º de Clínica médica.	Bueno.
LICENCIADO en Medicina (21 Junio 1884).		Aprobado
Curso de 1884-85.—	Historia de las Ciencias médicas.	Aprobado.
»	Análisis quirúrgico.	Bueno.
»	Histología normal.	Sobresaliente.

(No leyó, que sepamos, el discurso del Doctorado, ni sacó el Título correspondiente (1).)

La hoja de estudios es honrosa, pero no brillante: en ella hay tan sólo cuatro *sobresalientes*, para seis *aprobados*, doce *buenos* y cuatro *notables*. Compárese con la de Filosofía y Letras:

EN MANILA

Curso de 1877-78.—	Cosmología metafísica.	Sobresaliente.
»	Teodicea.	Sobresaliente.
»	Historia de la Filosofía.	Sobresaliente.

EN MADRID

Curso de 1882-83.—	Historia Universal.	Notable.
»	Literatura general.	Sobresaliente.

(1) *Moralmente*, RIZAL era doctor en Medicina; *legalmente*, no, puesto que no obtuvo el Título. En cambio el de *Licenciado* debió de extraviársele; porque habiéndosele librado en 1.º de Junio de *1887* (lo que prueba que no le urgía ejercer la profesión), el 11 de Marzo de 1892 recibió en Hong-Kong un duplicado de dicho Título.— Datos obtenidos del expediente original escolar, existente en el Archivo de la Universidad Central, según queda escrito en otra de las notas precedentes.

Curso de 1883-84.—2.º de	Historia Universal.	Sobresaliente.
»	Literatura Griega y Latina.	Sobresaliente y *premio.*
»	1.º de Griego.	Sobresaliente y *premio.*
Curso de 1884-85.—	Literatura Española.	Sobresaliente y *matrícula de honor.*
»	Lengua Árabe.	Sobresaliente y *matrícula de honor.*
»	2.º de Griego.	Sobresaliente.
»	Historia de España.	Bueno.
»	Hebreo.	Sobresaliente.
LICENCIADO en Filosofía y Letras (19 Junio 1885).		Sobresaliente.

Tenemos que para UN *bueno* y UN *notable* hay DOCE *sobresalientes* y dos *premios*, y por tanto, dos *matrículas de honor*. En lenguas descolló sobre todos sus condiscípulos: no tuvo rival. Hará cosa de seis ú ocho años, venía yo á Madrid procedente del Norte, y en mi mismo compartimiento el catedrático de Árabe Sr. Amador de los Ríos, profesor que había sido de RIZAL: no sé cómo recayó en éste la conversación; pero apenas fué citado, el Sr. Amador de los Ríos declaró que nunca, jamás, en todo el tiempo que llevaba ejerciendo el profesorado, había tenido un alumno que aventajase á RIZAL, de quien se hizo lenguas, ponderando extraordinariamente sus facultades, que calificó de portentosas. Las tenía, en efecto. Yo he tratado mucho á Mr. Hughes, profesor de idiomas bien conocido en Madrid, y éste me aseguró, más de una vez, que no había conocido otro joven que superase á RIZAL. Sin duda fué en lo que rayó más alto: en Idiomas. Acerca de este particular, un panegirista suyo (presumo que Antonio Luna) refiere (1), que viviendo RIZAL en Madrid [1891], celebrábase en su casa una tertulia de amigos, y se habló de Frenología; y á este propósito contó RIZAL que, hallándose en Londres, leyó que un doctor frenólogo, por un duro, decía á quien quisiera consultarle cuáles eran las facultades que tenía más desarrolladas. RIZAL sintió el deseo de consultarle, y acudió á ver al doctor; y describe así la consulta, por boca del biógrafo aludido:

—..... «aquel doctor, después de hacerme sentar cómodamente, estuvo un buen rato examinándome la cabeza, tocando y frotando todas las desigualdades; tomó después con un compás especial diversos diámetros de mi cráneo, y luego de estar reparándome un buen rato, me preguntó:—«¿Habla usted muchos idiomas?»—«Sí, señor», le contesté.—«¡No me había equivoca[do]; porque si acaso no fuera así, iba á decirle que se dedicase á poliglota, q[ue pa]ra usted será estudio fácil, por lo mismo que tiene aptitudes.»

(1) [E]n *La Independencia*, número extraordinario de 25 de Septiembre de 1898, y ...

RIZAL llegó á saber casi todos los idiomas europeos, sin excluir el ruso; varios asiáticos y algunos oceánicos; y cuenta que esto de aprender idiomas fué en él á manera de distracción, ya que la mayor parte del tiempo lo invertía en otras cosas. Verdaderamente, admira el acierto con que sabía distribuirlo.

Para conocer á un hombre, nada tan eficaz como la lectura de aquello que escribió exclusivamente para sí, porque lleva consigo el sello precioso de la espontaneidad. No son muchas las confidencias del alma que en su *diario* hace; pero hay algunas. RIZAL era, por condición, cauteloso, reservado; y aun en los asuntos en que, por efecto de la impresión momentánea, debiera sentirse inclinado á dar rienda suelta al pensamiento, tenía un gran dominio sobre sí (que le contenía), hijo de su aplomo, impropio de sus pocos años. Nótese que apuntaba los hechos; que rara vez los comentaba, y, de hacerlo, hacíalo con verdadera sobriedad, y por lo común en cifra.—Las siguientes notas, que traslado con la más exquisita precisión, aun en los detalles ortográficos, son de un valor inapreciable para conocer la psicología del joven tagalo que las escribía cuando aun no había cumplido los veintitrés años (de Enero á Junio de 1884). Por lo demás, no creemos que sea indiscreto publicar este *diario,* puesto que corre como cosa bien sabida que los hombres que pasan á la Historia no tienen vida privada (1).

[Madrid, 1884.]

1.º de Enero.

Tengo en valor nominal....................... Ptas. 617'15

Anoche nos reunimos en el Rest. de Madrid tres Paternos, dos Esquiveles, Figueroa, Villanueva, Jugo, Graciano [López Jaena], J. Llorente, Ev. Aguirre, L....., L....., Ventura, Iriarte, Vidal y yo. Todos brindaron menos Villanueva, que salió antes. Los brindis que mas se distinguieron fueron los de L....., A. Paterno, Graciano Lopez, P. Paterno con Valentin. A mí me cupo el honor de despedir al 83 y saludar al 84; no brindé, pero despues hice el resumen de tan brillantes discursos. L..... leyó un precioso soneto. Cenamos á las 12 y $^1/_4$ y concluimos á las tres.—El dia ha transcurrido casi sin incidente alguno; L..... fué á la noche á casa de E. P. en donde pasaron el dia Villanueva y Figueroa. Estoy leyendo por ahora Bug-Jargal. Se discutió en la calle del Lobo acerca de la policia; yo he decidido no disputar.

---

(1) Este *diario* lo llevaba RIZAL en una «Agenda de bufete», como ya queda dicho. De sus herederos pasó á poder del inteligente joven filipino D. Clemente J. Zulueta, el cual, al venir á España en 1902, me lo regaló, juntamente con el cuaderno de *Clínica.* El Sr. Zulueta, que prometía mucho, pues que había comenzado á cultivar con grandísimo entusiasmo la historia y la bibliografía filipinas, murió á poco de regresar á Manila (1903), donde su muerte causó verdadero duelo. Fué uno de los más ardientes admiradores de RIZAL.

2 de Enero.

Hoy ha habido reunion en casa de los Paternos; se reunieron los mismos que en el café de Madrid menos Iriarte, Villanueva y Vidal. Se trató de reconstituir el Círculo (1); se nombró una comision para ir á hablar á los antiguos sócios y al Sr. Atayde; la comision se compuso de los Sres. Paterno, Lopez, L....., Esquivel J. y Aguirre. Mi proposicion acerca del libro (2) fué aceptada por unanimidad; pero despues se me ofrecieron dificultades y obstáculos que me parecieron un poco singulares, levantándose acto continuo varios señores sin querer hablar mas de ello. En vista de esto decidí no volver á proponerlo ya mas considerando imposible contar con el apoyo de la generalidad, y solo después en union con los Sres. L..... y Figueroa hemos tratado de seguir adelante. Para esto se le escribirá al Sr. Luna, Resurreccion y Regidor.

3 de Enero.

Esta mañana me fuí á la Facultad de San Carlos y me dijeron que no tendríamos clase hasta el 7; en Griego la hubo desde ayer. Fuí á la Academia de San Fernando y allí me dieron nuevas lecciones (3). Esta mañana nos reunimos en el café de Madrid por una tarjeta que me pasó Graciano [López Jaena]; se habló del Círculo, de las pretensiones de algunos, etc. Lo del libro, Graciano escribiría sobre la muger filipina; Aguirre idem; Maximino sobre Letamendi. Parece que el Círculo no irá bien.

---

(1) En 1882 se había fundado en Madrid el círculo á que alude, el cual se llamó *Círculo Hispano-Filipino.* Tuvo órgano en la Prensa, con el título: «Revista del Círculo Hispano-Filipino», que dió pocos números. El alma de aquella publicación puede decirse que lo fué D. Juan Atayde, natural de Manila, comandante de Infantería, hombre de edad madura y sumamente bondadoso. Hablando de esa *Revista,* dice el Sr. Pardo de Tavera, distinguido bibliógrafo de aquel país: «Duró poco, y algunos españoles de Filipinas que escribieron en ella dejaron pronto de hacerlo, al notar el carácter *hispanófobo* que tomaba». (*Biblioteca Filipina*, por T. H. Pardo de Tavera: Washington, 1903.)—El núm. 1 de dicha publicación vió la luz el 29 de Octubre de 1882. Entre los colaboradores figuraba Graciano López Jaena, íntimo de RIZAL. Sin duda Jaena y algún otro fueron más allá de lo que la prudencia aconsejaba, y murió el círculo y, con el círculo, su órgano. Atayde y los más sensatos debieron reaccionar, sin decidirse á restablecerlo, cosa que á toda costa deseaba el elemento joven.

(2) Tratábase de un libro que diese á conocer Filipinas, y el valor intelectual de sus hijos, en España; escrito é ilustrado por filipinos exclusivamente, abordando cada escritor un tema. Así se desprende de lo que el propio RIZAL consigna más adelante. ¡Quién sabe si, desengañado, al ver la tibieza de unos y el cálculo de otros, [illegible]bió el próposito de hacerlo él solo, y ésa sería entonces la génesis de su novela [illegible] *me tángere,* que comenzó en Madrid! Esta novela, después de todo, viene á re[illegible] un cuadro general de la vida político-social del Archipiélago.

(3) Es decir; además de las dos carreras que le exigían tanto estudio, y de leer [illegible]tud de obras extrañas á aquéllas, y de aprender idiomas, todavía aprovechaba [illegible]mpo yendo á tomar lecciones de dibujo y de pintura.

4 de Enero.

Suscricion á varias obras........................... Ptas. 7

Recibí unas cartas de Manila de tio Antonio y de ...... fechadas la 1.ª en 18 de Noviembre y la segunda en 13. Ambas llenas de buenas é interesantes noticias.

Para la Peluquería y tranvía con el aguinaldo maldito. Ptas. 1'10

Discusion violenta en la calle del Lobo acerca de los revendedores de billetes; he determinado tomar parte en las discusiones, y así lo hago.—*Padri ce burvemdi cili pese qua ta hefem psarodamla.— Tala rofua eum amenisedi da Vinruati: vsai qua damtsi da pivi ta enesé ye namir* (1).

5 de Enero. (Sábado.)

Los cuatro Reinos de la Naturaleza, sus [cripción].. Ptas. 14'20

Hemos estado reunidos en casa de los Paternos, Aguirre, dos Esquiveles, Creus, Jugo, Carrillo, J. Llorente, Ruiz, Ponce, Ventura, L....., Graciano, Perio, Iriarte, Villabrille, Lopez. Se trató de reconstituir el Círculo y no se pudo mas que nombrar comisiones. Se acordó reunirse el otro domingo. Á la noche estuvimos en casa del E. P. Sanmartí, Figueroa, Perio, Estevan, L..... y yo. Estuve hablando algún tiempo con Consuelo después de cansarme de estar en la reunion general. Chocolate convidó Perio. Nos retiramos á las 2 media.

6 de Enero.

Judio errante....................................	Ptas.	10'00
Obras de Horacio, Dumas......................	»	2'50
Una cena con un amigo...........................	»	32'00

Fuí á casa de Ventura para sacar el Florante (2); compré varios libros, y á la noche Valentin y yo fuimos al Restaurant inglés á cenar ó mejor á comer. Nos sirvieron bastante bien en la comida y de allí salimos bastante satisfechos. A la tarde esta estuvo aquí Graciano.

---

(1) No me siento con alientos para poner en romance esta nota, que no es la única que va en cifra.

(2) Supongo que sea el *corrido* tagalo intitulado «Pinagdaanang buhay ni Florante at ni Laura, sa cahariang Albania», del cual se han hecho infinidad de ediciones. Su título en castellano: *Vida que llevaron Florante y Laura en el reino de Albania.* Pasa este «corrido» por el mejor poema que se ha escrito en lengua tagala. El autor (un indio llamado F. Baltasar) fué tan modesto que lo publicó anónimo.—Los «corridos» (*corrido* es adulteración ó contracción de *ocurrido)* son á la literatura tagala lo que á la castellana sus antiguos romances caballerescos. Los poetas ponen á prueba su fantasía, y llevan á los protagonistas, por lo común príncipes ó soberanos á los más remotos países, haciéndoles correr mil extrañas aventuras. El «corrido» por lo tanto, tiene su origen en nuestros antiguos libros de caballería.

7 de Enero.

Este día no se señala mas que por el sermon que nos ha echado el Profesor de Griego por la insubordinacion de los estudiantes.

8 de Enero.

Clases de griego, paysage, figura y perspectiva. Concluí dos dibujos. No se ha gastado nada (1).—Un señor quiso tener conferencias conmigo.—L..... empieza á ir á clase y á ser puntual en sus citas.—Encontré á Ruiz que me dijo que si se presentaba alguno para pagar los gastos del Círculo, se le haría presidente.

9 de Enero.

Sin gastar ni un céntimo.—Clases de Griego.—Mi paysage lo he terminado, como mi dibujo de figura.—Iba á comprar un atlas histórico de Lesage, pero estaba tan roto que aquello era una miseria.

10 de Enero.

Recibí dos cartas una de tio Antonio 2 de Diciembre y otra de P. 30 de Noviembre.—*Te veste da Taimis ar vesoñire y vim um gomet da tir ner efsedebtar.*

11 de Enero.

El dia pasó sin mas novedad que la visita de Aguirre, Antonio y mi encuentro con el repartidor. Fuí á clase y allí encontré á Pereda.

12 de Enero.

Baño	Ptas.	2'00
Teatro de la Comedia	»	2'10
Un plato	»	0'50
Un periódico y un refresco	»	0'35
Á Figueroa para E. P.	»	1'00

Estuve en el teatro y me divertí mucho con las piezas de el Octavo no mentir y Un año mas. No fuí á casa de D. Pablo.—El profesor de Clínica médica me encomendó un enfermo del núm. 10.

13 de Enero. (Domingo.)

Esta tarde nos reunimos en casa de Paterno; Lopez, los Llorentes, Aguirre, Ventura, dos Esquiveles, Iriarte, Perio, L....., Carrillo, Abreu, Pozas, Ruiz, L....., Graciano, Domenech, G..... y yo. Fué imposible la cuestion del Círculo por mil motivos.—*Te neyis perla hebtem nuohi pasi am lsetémdira da des doma si ye ra moefem.*

15 de Enero. (Martes.)

Hoy es fiesta en casa de D. P. cuyo cumpleaños se celebra; no pudimos ofrecerle

---

…o hay duda de que lo escribe con verdadera satisfacción. Á pesar de la co…le 32 pesetas (¡único despilfarro en un semestre!), RIZAL era muy económico … gastaba en otra cosa que en libros. No fumaba.

Por un cortaplumas..............................	Ptas.	0'30
A Perio..	»	2'00

Se ha bailado mucho en aquella casa. Estuvieron Sanmartí, los Paternos, los Esquiveles, Ventura, etc., Figueroa, Villanueva y P..... Este último se emborrachó y fué motivo de risa. Se nos obsequió con un té ó lunch. Yo iba á retirarme, pero se me detuvo.—Se habló de política y sobre Filipinas.

16 de Enero.

Sellos para correo..............................	Ptas.	1'30
Visleptuner..	»	1'50

Ha salido el correo esta tarde. Esta mañana fuí á clase: mi enfermo que está en el número 10 se ha levantado y me ha dado las gracias. No fuí á paysage ni á perspectiva. En el antiguo tenemos un nuevo molde.

Un ovillo..	Ptas.	0'50

17 de Enero.

Llorente me invitó á ir al Congreso citándome á las 12 en punto del dia. Por no faltar he tenido que no almorzar y provistos de un billete para la Tribuna de Senadores (1) fuimos allá á eso de las 12 y minutos. Guardamos turno; L..... y López se fueron sin poder esperar, y solamente á las 6 y minutos entramos. Hablaba á la sazón Sagasta; yo le conocí por sus caricaturas; estaba nervioso. Posada Herrera le contestó haciendo reir y rabiar á la Cámara; luego habló Lopez Dominguez con energía. Se hizo la votación del mensaje y la mayoría derrotó al Gobierno.—Motin de los estudiantes.

18 de Enero.

Ayer, á consecuencia de un decreto del Ministro de Fomento los de Derecho se fueron al Ministerio de Fomento y allí gritaron «mueras» y quemaron números de la Gaceta. Después se les unieron los de Medicina (2). Fueron dispersos mas tarde por el Gobernador Civil Sr. Aguilera. Cerraron las clases no permitiéndose la entrada á ninguno.—Hoy subieron los Conservadores, contra todo lo que se esperaba y se sospechaba. Su subida al poder produjo generalmente mala impresión.

19 de Enero.

Sigue la vacacion de los estudiantes. En S.n Carlos tampoco la hay.—Estuvimos en casa de D. P. Valentin Sanmartí, L....., Figueroa y Villanueva. La noche no ha

(1) Equivocación del autor, puesto que no hay tal tribuna de senadores, sino de exsenadores y exdiputados, en la cual sólo estos señores tienen acceso. Debió, pues, ser otra tribuna.—Nótese la paciencia de RIZAL, que esperó para entrar desde las doce y minutos ¡hasta las seis corridas! ¡Y estaba sin almorzar!

(2) Por la forma de la redacción, dedúcese que RIZAL no tomó parte en el motín, cosa que no nos extraña, por su carácter pacífico y reflexivo.

sido mala para mí porque me pagaron unos señores que me debian aunque costándome gran trabajo el cobrarles.

Entrada.. Ptas. 3'55

20 de Enero.

Para un décimo de Lotería (1).................... Ptas. 3'00

Remití á C. O. *(una señorita)* una pieza de guimaras (2).—Valentín estuvo aquí esta tarde y hablamos sobre nuestras impresiones. Despues vino Rafael.

21 de Enero.

Fuí á clase: los de Derecho se niegan á entrar mientras no deroguen los decretos. L.... vino á darme las gracias en nombre de C. O.—A la noche estuvo Estevan: hablamos de varias.....—*Palaimitahearptilediomdofmenamla. Taheprinalodipefesrurdanderpesehevastalsecejesydarpuarmihequasodipefesmede.*—P. Paterno dió un convite ó cena á la prensa: Valentín Ventura asistió.

22 de Enero.

Lavandera.. Ptas. 3'00
Sello para el interior............................ » 0'10

23 de Enero.

Varios edificios se han iluminado: una hermosísima luz en forma de escudo en el Casino Madrileño.—Visité á los artistas Estevan y Melecio [Figueroa]; estuvimos hablando acerca de lo que decían los periódicos del convite de Paterno y censuramos al Correo (3). De allí visité á los Paternos. Encontré á Antonio y á Maximino

(1) Jugaba todos los meses de 3 á 6 pesetas á la Lotería. Éste fué su único vicio. Al fin acertó, porque, hallándose deportado en Dapitan, le tocó el *gordo*.

(2) Tejido de Filipinas hecho con filamentos de abacá. Vale poco.

(3) Considero inexcusable la reproducción del suelto de *El Correo*, diario madrileño, que salió á luz en el número del 22 de Enero de 1884. Dice así, bajo el título: *Un Museo y un Thé:*

«Pedro Alejandro Paterno ha reunido anoche en su casa á media docena de amigos íntimos. *Fernanflor*, Fernández Bremón, Alonso de Beraza, Moya, Araus, Bernardo Rico, García Alonso, Malagarriga, García Gómez, y algún otro que no recuerdo, concurrieron puntuales á la cita del amigo estimado.

»Pedro Alejandro Paterno es un joven natural de Filipinas, literato muy notable y capitalista muy sobresaliente, casi opulento. Como literato ya se dió á conocer con una colección de composiciones con el título de *Sampaguitas* (flor de Filipinas), tan se[illegible]las y bien hechas, que el público que paga, el público sin entrañas y sin amigo[s,] confirmó la opinión favorable que tenía del autor el público del Ateneo. La compe[tenc]ia de los ateneístas le dió el primer aplauso, y la imparcialidad del lector indi[fere]nte y soberano le dió el *regium exequatur*.

[»Co]mo capitalista, se mostró hace tiempo brindando en su casa, bajo pretextos ar[tístic]os, con espléndidos obsequios á las eminencias de nuestra política, de nues-

quienes leyeron con placer lo de «El Correo» ponderándomelo mucho: me enseña-

---

tras ciencias y de nuestras artes, y á lo más selecto de la sociedad madrileña. Verdad es que cualquiera, por eminente que sea, en siendo aficionado á antigüedades, á curiosidades de Filipinas y á monerías de la China y el Japón, productos de aquellas inimitables industrias de gran valor artístico y de gran valor real, puede curiosear mucho, con envidia seguramente, en casa de Pedro A. Paterno.

»El acaudalado filipino, que cuida de su ilustración tanto como de sus colecciones, acaba de hacer un viaje de tres años por las principales poblaciones de Europa, de Asia, de Oceanía y de América, y en este viaje ha recogido centenares de objetos, los ha coleccionado y ha completado un museo que cautiva la atención. Mostrar este museo á sus íntimos fué el objeto de la reunión de anoche.

»La verdad es que si para algo sirve el oro, es para cambiarlo por otras cosas. Saber emplearlo es una ciencia como otra cualquiera, y por mi parte declaro que no merece consideración el capitalista que no es profesor, siquiera alumno aventajado, de esta ciencia.

»¡Cuidado que será monótono el retintín de las monedas de cinco duros, ó el aspecto de un tapete de billetes de banco!

»Pedro Paterno se recrea en su museo, y al *amateur* que niega Dios, ¡Dios sabrá lo que hace!, dinero para adquirir uno igual, la Providencia le depara un amigo franco y obsequioso, como Pedro Paterno, que le abre las puertas de su casa.

»No es posible decir lo que encierra en ella. Sería preciso tener á mano el catálogo, que debe ser voluminoso.

»Desde que se pasa la puerta se encuentra uno torpe en los movimientos, por temor á tropezar con alguna chuchería que ha costado miles de duros.

»Los pasillos, la sala, los dormitorios, las mesas, el suelo, las paredes, todo está atestado de objetos, mezclados con inteligencia y gusto artísticos, ó separados con instinto de coleccionador. Pero demos algún detalle.

»Sobre una estantería de madera negra hay 40 ó 50 conchas de nácar puro, de gran tamaño, ya de la forma del molusco que contuvo, ya labradas caprichosamente, pero siempre luciendo esos irisados ó esos suavísimos matices de la perla. En otros armarios puede verse una colección de cocos de todos tamaños, blancos, negros como el ébano, grises y con manchones obscuros sobre fondo claro, pulimentados hasta escaparse al tacto y bonitos hasta no parecer cocos. Entre todos llaman la atención los que, montados sobre metal precioso, han sido empleados en la construcción de un servicio de thé. Cuadros de pintores filipinos, barros de grandísimo mérito, un jarrón chino de más de mil años de construcción, armas, telas, porcelanas, alhajas, objetos de arte de todo género, están agrupados en los primeros departamentos.

»El comedor es un museo completo de cerámica, donde hay preciosos modelos de todos los útiles usados en el Archipiélago: en el cuarto contiguo hay una colción de sombreros filipinos, digámoslo así. Son grandes ruedos de finísima paj adornados con onzas mejicanas y monedas de oro de distintos países. Hay casco (éstos, el que perteneció á un célebre capitán de bandoleros del país, que tiene (oro alrededor de la copa cerca de mil duros.

»De esta habitación nos trasladamos al gabinete chino. Abanicos por el techo

ron su casa (1). Vino después Pedro, quien me propuso la esposicion de los retratos que yo tengo. No pude acceder porque estos eran regalados y con dedicatoria (2).

24 de Enero.

Vino á visitarme Valentin Ventura. Estuvimos hablando sobre lo de siempre.—Hoy entraron los de Derecho.

25 de Enero.

Esta noche he tenido un sueño bien triste. Se me figuró que volví á Filipinas, pero ¡qué triste recepcion! Mis padres no se me habían presentado y *Taimisheboerodiomgoatpasidaumeomgodatodedlemfsemdaquamilamoesanadoi.*—Hoy he concluido de leer el Judio Errante: esta novela es una de las que me han parecido mejor urdidas, hijas únicas del talento y de la meditacion. No habla al corazon el dulce lenguaje de

---

por las paredes, diminutas preciosidades de marfil, por cuyos calados se confunde la vista, tejidos de todas clases, cuanto revela la habilidad, el gusto y la riqueza de los súbditos del Celeste Imperio, está allí encerrado.

»Cansada la atención de examinar tanto objeto, el Sr. Paterno nos brindó con una cena, y á los postres no podía faltar el thé; ¡pero qué thé y qué taza! La taza, de las que usan los más soberbios mandarines chinos, y que se heredan, como reliquia, de familia en familia, por no sé qué propiedades que da á la aromática bebida. Hay cachivache de aquéllos que ha costado á su dueño ciento y pico de duros. El thé que bebimos es del propio Cantón. Ya se dijo allí: ¿qué tiene que ver con este thé, ni el *The Times* por lo inglés ni el *Te Deum* por lo sagrado?—SÁNCHEZ ORTIZ».

RIZAL tenía sobrado talento para comprender que del sahumerio de este empalagoso suelto, obra de un profano en la materia, no podía transcender para el lector verdaderamente culto otra cosa que la risa. Eso de que un hombre se hubiera pasado tres años recorriendo el mundo, con dinero á manos llenas, para coleccionar lo aquí enumerado, conchas, cocos, abanicos, sedas y unas cuantas porcelanas, resulta sencillamente ridículo; como lo era suponer á Paterno una fortuna que no tenía. Así se explican las censuras de RIZAL, el cual deseaba que sus paisanos fuesen menos ostentosos y más serios, y que tuviesen alguna mayor cultura literaria que la que se deduce de *Sampaguitas*, colección de coplas que constituyen un misérrimo opúsculo de *¡veintidós páginas en 8.º!* Los Paternos, sin embargo, debieron de poner en un marco de plata este bombo de estómago agradecido.

(1) Lo que demuestra que RIZAL no la conocía. No fué nunca invitado á ninguno de los banquetes que llevaban dados los Paternos, aquellos hermanos (Pedro, sobre todo), ávidos de ostentación, que colmaban de agasajos al último gacetillero español y preterían á compatriotas suyos del mérito de RIZAL..... ¡acaso porque no se po-[illegible]hibir de frac, que el pobre estudiante no tenía!

(2) Un rasgo de delicadeza que le honra; y al propio tiempo, previsión política: [illegible] suponer que la mayor parte de los retratos que poseía RIZAL fuesen de senci-[illegible] tagalos «de camisa por fuera»; y debió de alcanzársele que no faltaría quien, al [illegible]s, hiciese un gesto desdeñoso ó burlón. RIZAL era demasiado amante de sus [illegible]s para pasar de buen grado por semejante cosa.

Lamartin. Se impone, domina, confunde, subyuga, pero no hace llorar. Yo no sé si es porque estoy endurecido. Me recuerda mucho los Mohicanos de Paris.

26 de Enero.

El P. Rivas ha muerto (1).

Deudas pagadas por un amigo..................	Ptas. 1'00

Nos fuimos á casa del Etermes Figueroa, Estevan, Sanmartí, L..., Rafael y yo. Esta reunión ha sido de las mas pacíficas. A nuestra vuelta fuimos á la Chocolatería. Venimos á las 3 y ½.—*Vimruatinaherodimuyenebta.*

27 de Enero.

Hoy me retraté en casa de Otero: media docena tarjeta, con capa..........................	Ptas. 10'00
Un décimo de billete..........................	» 3'00
Una caja de fósforos..........................	» 0'10

El día malo y lluvioso; las calles están encharcadas; Maximino y Antonio vinieron á casa para que vayamos á ver el Ateneo; no nos fué posible porque no se permitía.—*Burverepeseheboles pasiquoasambeseli; igsavónohebolevoim.*

28 de Enero.

Hoy he estado en el Ateneo á visitarlo: es hermoso, vasto, estenso, bien decorado. Fuí con Antonio y Maximino. Me dan tentaciones de pertenecer á él, pero hallo la cuota un poco exorbitante para el poco tiempo que me he de estar en Madrid.—Esta mañana encontré una joven en la puerta de la calle de una casa vecina. Ella era bastante bonita. Esta noche cuando volví, fuí á una casa buscando habitacion para un amigo y me encontré con ella sin mas ni mas.

29 de Enero. (Martes.)

Bugias (una libra, 6)..........................	Ptas. 1'25
Suscriciones..........................	» 3'00
Billete para el baile..........................	» 1'00
Café, refrescos y propina (sereno)..............	» 1'70

Hoy he estado en el baile de máscaras en donde me divertí bastante. Bailé casi todos los números. Dos máscaras me estuvieron anoche dando bromas: por más que procuré averiguar quienes podían ser, no lo conseguí.

30 de Enero.

Para el repaso del grado..........................	Ptas. 30'00
Sellos para cartas y periódicos..................	» 2'80

(1) Fr. Francisco Rivas, dominico; desempeñó altos cargos en la Universidad de Manila, y luego en España. Siendo procurador en Madrid, el año de 1870, publicó dos folletos contra las reformas del ministro de Ultramar, Sr. Moret, enderezadas á secularizar la Universidad de Manila. El P. Rivas murió en Vergara el 14 de Enero de 1884.

Un pañuelo	Ptas.	0'45
Tranvia	»	0'10

Remití tres cartas á mi pueblo, una á mi tio Antonio, otra á Chengoy y otra á Lolay. Periódicos envié tambien tres: El Imparcial, El Dia y El Liberal.

Baile del Excelsior	Ptas.	2'90

31 de Enero.

Un libro (Ortega Munilla)	Ptas.	1'00
Arte de estudiar	»	2'50

Hoy hubo una discusion muy fuerte en la calle del Lobo.—Encinas vino por primera vez.

Dinero gastado	Ptas.	257'88
Comida de este mes	»	71'75
Total	»	329'63

Este gasto que para mí representa mas ha tenido por causa el repaso, la estera y la comida con que obsequié. Los libros que compré contribuyeron tambien á esto.

1.º de Febrero. (Viernes.)

Biblia	Ptas.	14'00
Tres cuadernos	»	1'50
Cerveza	Ptas.	1'70
Teatro	»	0'75
Liberal *[Suscripción al]*	»	1'00

He estado en el teatro de Eslava á ver política y tauromaquia y después estuve en el Café de Madrid.—Ha habido gran discusión en la calle del Lobo. Cada dia es más imposible aquello.—No hemos empezado aun el repaso.

Vino aromático	Ptas.	0'25

2 de Febrero.

Botones y betunes	Ptas.	1'30
Criadas	»	9'67
Suscriciones	»	8'25
Los Cuatro Reynos de la Naturaleza	»	3'50
Castañas	»	0'20
Castañas	»	0'20

...nos hemos reunido en casa de D. Paul, Sanmartí, L..., Ventura, Paco Es[...el], Figueroa, Estevan, el nuevo matrimonio y yo. Al principio Eltermes iba ...nimado, pero despues se puso furioso cuando empezaba á perder.

...e Febrero.

...iempo está lluvioso.—Hoy vinieron aquí las hermanas de Cor... con su mamá;

hemos estado hablando un poco, pero muy alegremente: pidieron á ver mis retratos y se los enseñé.

4 de Febrero. (Lunes.)

Hoy hemos empezado el repaso de veras. Nos explican Mariani, Polo y Slocker. Perio aparece en los repasos: yo no sé que sabrá decir ese hombre.

5 de Febrero.

Suscricion á El Dia............................	Ptas.	1'00

He visitado á Valentin que está con una ligera dermatitis.

6 de Febrero.

Ha muerto repentinamente el Catedrático de Historia el Sr. D. Federico Lara muy bella persona al menos en lo poco que le he conocido.

7 de Febrero. (Jueves.)

Lo mas importante de este dia es la discusion que hubo entre dos españoles en la calle del Lobo, uno que sostenía que todos los españoles son valientes y otro en que no todos. Que si él se comía diez ó cuarenta ingleses, otros tantos alemanes etc. Despues de esto bajamos y encontramos una reyerta entre dos chulos y un comerciante. Los primeros estaban en la calle é insultaban á mas no poder despreciandole al último. Cuando por fin este salió aquellos dos desaparecieron.

9 de Febrero. (Sábado.)

Teatro (La Mascota)...........................	Ptas.	2'10

La Mascota no me ha gustado. Me he aburrido.—He sabido que ha muerto D.ª Benita Anton.

10 de Febrero.

Retrato para la orla............................	Ptas.	20'00
Pluma y lápices................................	»	1'25

Hoy me he paseado por el Distrito de la Universidad: fuí á ver á María C... Di vueltas y mas vueltas por aquellos barrios.

13 de Febrero. (Miércoles.)

Hoy salió un correo: escribí á tio Antonio, á Leonor y á mi familia á quien remití un retrato.

14 de Febrero.

Hoy huho una discusión bastante violenta sobre cuestiones de Filipinas.

16 de Febrero.

Hemos estado en casa de D. P. O. Estevan, Sanmartí, dos Esquiveles, Ventu y yo.—El baile del Real.

17 de Febrero. (Domingo.)

Hoy hemos tenido operaciones en el Hospital de la Princesa. Yo hice dos lig

duras arteriales. Salimos de allí á eso de las seis.—L... se propone seguir la idea del banquete á Magallanes por razones que adivino.—Saqué mis retratos de la casa de Amayra: no estoy muy contento de ellos.

23 de Febrero. (Sábado.)

Un cráneo....................................	Ptas.	10'00
Alcohol para lavarlo........................	»	0'40

Hemos estado en casa del Pater, L..., Antonio, Estevan, Figueroa y yo. Nada de particular.

24 de Febrero.

Hoy escribí una carta á Mariano Catigbac.

25 de Febrero. (Lunes de Carnaval.)

Sillas en el Salon *[del Prado]*....................	Ptas.	0'50

Apenas si me he divertido en el Salon viendo pasar las máscaras. Había á mi lado una joven hermosa, ojos azules, una sonrisa agradable.—He ido á visitar á la familia de Dominga (1).

26 de Febrero.

Anoche estuvieron en una casa de su confianza los dos Esquiveles, L... y otro mas. Uno de ellos se permitió burlarse de varios paysanos... y los demás todos contentos. Todos eran amigos.—*Buami ar rebasti pese vuemfi quoasem hebterna da enordelar* (2).

27 de Febrero.

Suscripciones..................................	Ptas.	17'75

---

(1) Merece notarse que al domingo de Carnaval no le dedica un renglón, ni á los demás días tampoco, salvo lo que dice del lunes, breve, pero expresivo. El animado espectáculo de las máscaras no le divertió; tampoco le gustó la representación de *La Mascota*. Éste es un dato más para conocer su carácter, esencialmente melancólico, y más que nada, la austeridad de su juicio. RIZAL gustaba de aquello que hablase muy al corazón (y por eso su lamento de que el *Judío Errante* no hiciese llorar) ó mucho á la inteligencia; y entre ambas cosas, tratándose de manifestaciones literarias, aun gustaba más de lo que le conmovía. Era un romántico.

(2) Junto á la nota de este día hay un papel que dice:—«*Nota:* No estuvo más que Pepe Esquivel; su hermano, nó. Aguirre y S..., que es Canário. Si alguien se permitió la burla que aquí manifiestas (aunque es verdad) no quiere decir que por ello estuvieran los demás... contentos ¡Protesto!—Tu amabilidad disculpará mi indis[illegible]on.—Tuyo:—L...» *(Rubricado.)* — Sin duda L... fué á ver á RIZAL; no lo halló [illegible]asa; esperó, y para matar el tiempo hojeó el *diario:* leyó la protesta de RIZAL, [illegible] por lo visto sublevaba la idea de que se hiciesen malas ausencias de sus pai[illegible] pero sobre todo que ante alguno de éstos las hiciera un español, y el visitan[illegible]eyó en el caso de dar una explicación: á su juicio atenuaba lo ocurrido la cir[illegible] de que uno de los aludidos por RIZAL fuese *canario* (!).

28 de Febrero.

Hoy han estado en casa Graciano y Figueroa. L... me dió una noticia que me agradó bastante si es verdadera, pero que no me satisfizo. En fin, lo que en un lado se pierde se gana en otro.—*He dagando di rur odaer vimhe um arpeñit.*

1.o de Marzo.

Suscriciones....................................	Ptas. 3'05
Repaso del Grado..................................	» 30'00

Nos hemos reunido en casa de D. P., Antonio, Sanmartí, Paco Esquivel, Estevan, Figueroa, L... y yo.

2 de Marzo.

Criadas..	Ptas. 9'76
Arreglo de camisas................................	» 0'50

3 de Marzo.

Baston...	Ptas. 4'00

4 de Marzo.

Por un chaquet y chaleco........................	Ptas. 10'00
Suscriciones.....................................	» 4'50

7 de Marzo.

Hemos tenido operacion con Mariani.—Esta noche asistí á unas lecciones de inglés en el Ateneo por el Sr. Schüts.

8 de Marzo.

Hoy leyó Campoamor en el Ateneo sus tres poemas El amor ó la muerte, Cartas de una santa, Como rezan las solteras. Pude haber entrado pero no quise.—Sigue llamando la atencion el Padre Mon, por el sermon que predicó en el oratorio del Corazon de Jesus.

9 de Marzo.

Cunanan y Ventura vinieron á visitarme. Estuvimos hablando sobre varias cosas.

11 de Marzo.

Gramática Alemana.............................	Ptas. 3'00

He recibido una carta de tio Antonio en que me dice que se ha vuelto loca señora Ticang.

13 de Marzo.

Suscriciones....................................	Ptas. 7'00
Un alfiler.......................................	» 3'00

Este día vino Carranceja de Santander.

15 de Marzo. (Sábado.)

Hoy he visto á D. Quintín Meynet en la calle de Atocha. Segun él hace 18 meses que faltó de Manila. Está como siempre.— Llaman mucho la atencion unos artículos de «El Progreso» que ha sido en este solo dia dos veces denunciado.—Nos hemos reunido en casa de D. Pablo, L..., Sanmartí, Esquivel (Paco), Estevan y yo. Hay otra rifa de los artistas.—Hoy me he acordado mucho de mis hermanas sobre todo de la Maria.

16 de Marzo.

Pedro Carranceja vino á visitarnos. Mañana se retira á Filipinas con su hermano y con un primo suyo.

19 de Marzo. (Miércoles. San José.)

Baño	Ptas. 2'00
Obras de Claudio Bernard	» 50'00

Recibí tarjetas de Pepe Esquivel, Aguirre, familia de Ruiz (Viuda), Iriarte, Don Pablo y Carrillo, Pedro Paterno.

23 de Marzo.

Un billete de Lotería	Ptas. 3'50

24 de Marzo.

Teatro	Ptas. 1'50

26 de Marzo.

Libros	Ptas. 30'00

28 de Marzo.

Hoy murió Meynet casi repentinamente.

Por un retrato	Ptas. 3'50
Repaso	» 30'00

30 de Marzo. (Domingo.)

Escribí á Filipinas á L. y á tio Antonio.

31 de Marzo.

Hoy he visto á la familia de V.... Yo no se si es por ser mi compatriota ú otra cosa, esta familia me es muy simpática. Los niños y las niñas son muy amables. Uno de sus chicos José me estuvo dando conversacion que me hizo reir un buen rato. La mayor ha estado en la Concordia (1) y conoció á muchas de las de allá.— Les femmes de mon pays me plaisent beaucoup; je ne m'en sais la cause, mais je ve chez-elles un je ne sais quoi qui me charme et me fait rêver (2).— Al ha-

Colegio de señoritas, en Manila.

Ignoro cuándo comenzó RIZAL el estudio del francés; lo que sí creo es que al á España no lo sabía.

blarme de mi pais, se han despertado en mi corazon dormidos recuerdos. De cuando en cuando me suele suceder que se apodera de mi una vaga melancolía que hace se despliegue á mi vista todo el pasado. Esto que me sucedia á menudo cuando era niño, lo experimento tambien ahora, raras veces, sí, pero con mucha intensidad. Tantas jóvenes que pudieron haber iluminado siquier un solo dia de mi existencia y sin embargo nada absolutamente. Voy á ser como esos viajeros que van recorriendo una senda sembrada de flores: pasa sin tocarlas con la esperanza de encontrar algo incierto, y le acontece que el camino se vuelve más árido, encontrándose al fin en un páramo y echando de menos lo pasado. Mis dias corren con velocidad y encuentro que soy muy viejo (asi me llaman muchos) para mi edad. Me falta la alegría de los corazones jóvenes, el risueño semblante de los corazones tranquilos y satisfechos, la animacion de los que confían en su porvenir, y sin embargo creo que no he hecho nada que no esté bien pensado y querido. Creo que soy honrado, nada me remuerde la conciencia si no es el haberme privado de muchos placeres. Siento que mi corazon no ha perdido nada de su vigor para amar; solo que no hallo á quien amar. He gastado poco este sentimiento (1).

---

(1) Huelga encarecer la importancia de esta nota íntima, que retrata á RIZAL de cuerpo entero. Así escribía, con toda su alma, cuando aún no había cumplido los veintitrés años. En lo de tenerse por viejo, ya era achaque antiguo en él, mayormente desde su venida á España. Á poco de llegar á Madrid, en 1882, alguien debió de *pedirle versos* (acaso personas de su familia, desde Filipinas); ello es que escribió las siguientes sentidas décimas:

¡ME PIDEN VERSOS!

I

Piden que pulse la lira,
Há tiempo callada y rota:
¡Si ya no arranco una nota
Ni mi musa ya me inspira!
Balbuce fría y delira
Si la tortura mi mente;
Cuando ríe, sólo miente,
Como miente su lamento:
Y es que en mi triste aislamiento
Mi alma ni goza ni siente.

II

Hubo un tiempo... ¡y es verdad!...
Pero ya aquel tiempo huyó,
En que vate me llamó
La indulgencia ó la amistad.
Ahora de aquella edad
El recuerdo apenas resta,

2 de Abril.

Clase de alemán.................................. Ptas. 25'00

6 de Abril.

Hoy nos hemos reunido en la sesion del Ateneo. El Príncipe de Babiera presidía: se pronunciaron discursos. Al fin me presentaron á él. Es un médico, joven, de un genio alegre.

Goma.. Ptas. 0'25

Como quedan de una fiesta
Los misteriosos sonidos
Que retienen los oidos
Del bullicio de la orquesta.

III

Soy planta apenas crecida
Arrancada del Oriente,
Donde es perfume el ambiente,
Donde es un sueño la vida:
¡Patria que jamás se olvida!
Enseñáronme á cantar
Las aves, con su trinar;
Con su rumor, las cascadas;
Y en sus playas dilatadas,
Los murmurios de la mar.

IV

Mientras en la infancia mía
Pude á su sol sonreir,
Dentro de mi pecho hervir
Volcán de fuego sentía;
Vate fuí, porque quería
Con mis versos, con mi aliento,
Decir al rápido viento:
«¡Vuela; su fama pregona!
¡Cántala de zona en zona;
De la tierra al firmamento!»

V

¡La dejé!... Mis patrios lares,
¡Árbol despojado y seco!,
Ya no repiten el eco
De mis pasados cantares.
Yo crucé los vastos mares
Ansiando cambiar de suerte,
Y mi locura no advierte

8 de Abril.

Hoy principié un pequeño trabajo de escultura que representa el gladiador herido (1).

9 de Abril.

Escribí á mi hermano. Envié periódicos.

10 de Abril. (Jueves Santo.)

Seguimos con las vigilias.—Hace un buen día.

13 de Abril.

Hoy he recibido cartas de Leonor, tio Antonio y Chengoy. Estoy bastante contento de lo que me dicen, aunque no del estado de Leonor.—Vi esta tarde á Esquivel (José) y estuvimos hablando de varias cosas.

15 de Abril.

Billete de Lotería.............................. Ptas. 3'00

17 de Abril.

Teatro.. Ptas. 2'10

Hoy he visto á Rossi el actor italiano representando el Kean, drama de Dumas. El efecto que me causó es muy sorprendente.

19 de Abril.

Teatro.. Ptas. 2'10

Que en vez del bien que buscaba,
El mar conmigo surcaba
El espectro de la muerte.

VI

Toda mi hermosa ilusión,
Amor, entusiasmo, anhelo,
Allá quedan bajo el cielo
De tan florida región:
No pidáis al corazón
Cantos de amor, que está yerto;
Porque en medio del desierto
Donde discurro sin calma,
Siento que agoniza el alma
Y mi numen está muerto.

Estas décimas impregnadas de dolor nostálgico, que más parecen obra de un hombre maduro que de un adolescente, permanecieron inéditas hasta que las publicó *La Solidaridad*, en su núm. 4; Barcelona, 31 de Marzo de 1889. Van firmadas con el pseudónimo LAÓN LAANG.

(1) No sabemos adónde habrá ido á dar este trabajo. El profesor Blumentritt tuvo hasta tres esculturas hechas por RIZAL, como se verá más adelante.

El drama de Feuillet Montjoia no me gustó ni me satisfizo como drama. Representado, sí.

20 de Abril.

Suscriciones..................................	Ptas. 6'00

Hoy recibí una carta de tío Antonio (1) mandándome 500 [*pesetas*].—Fuí á visitar á los hermanos Paternos y no estaban en su casa.

Alcohol para el café............................	Ptas. 0'35

21 de Abril.

Pagado á *[la librería de]* Gutenberg.............	Ptas.	64'00
Café..	»	1'00
Un plato y una taza.............................	»	1'25

24 de Abril.

Billete de Lotería..............................	Ptas. 3'00

Esta noche he visto representar Hamlet por Rossi. He pasado un rato muy agradable al ver cuan magistralmente se interpretaba á Shakespeare.

25 de Abril.

Suscriciones....................................	Ptas.	20'00
Pasta á «La Ameneidad»..........................	»	2'50

26 de Abril.

Teatro para Hamlet..............................	Ptas. 3'10

27 de Abril.

Hoy he recibido carta de Villa-Abrille venida de Tapia.—El día ha sido magnífico; hacía un sol esplendente.

28 de Abril.

Zapatos (composicion)...........................	Ptas. 3'50

1.º de Mayo.

Pago de comida hasta el 15 (2)..................	Ptas. 22'50

---

(1) Es extraño que RIZAL no hable nunca de cartas de sus padres á él ni de él á sus padres, á quienes amaba con veneración. Con su tío Antonio, como se ve, sostenía activa correspondencia; era quien le mandaba el dinero. Á fe que RIZAL lo ap...chaba; gastaba en comer unos diez reales diarios (luego gastó *seis* solamente); it ...co al teatro, y cuando iba era, más que por nada, por ver actores ó funciones m... notables. En cuanto á sus lujos personales, ahí queda un alfiler de corbata de tr... esetas, y un chaquet, con su chaleco, adquirido por ¡dos duros! En cambio, g... a cuanto podía, en medio de su pobreza, en libros. Esto en un muchacho de v... rés años que en pleno Madrid campaba por sus respetos, denota un virtuoso.

— ...avía reduce más este gasto: *¡seis reales diarios!*

Criadas (1).. Ptas. 10'29
Una lista grande.................................. » 0'05

Hoy dejé de comer en la calle del Lobo, voy á la calle del Príncipe. Dejé también el aleman para dedicar todo este mes á los exámenes.

2 de Mayo.

Atlas de Lesage.. Ptas. 7'50

3 de Mayo.

Naranjas.. Ptas. 0'50
Para el repaso.. » 30'00

5 de Mayo.

Composicion de unos zapatos.................... Ptas. 1'50
Libros.. » 4'50

6 de Mayo.

9.º tomo de Voltaire.............................. Ptas. 5'00

Un señorito, Lorenzo D'Ayot, publicó un artículo «El Teatro Tagalo». Le contesto (2).

5 de Junio.

Hoy me examiné de Clínica médica, 2.º curso.

6 de Junio.

Hoy me examiné de la última asignatura que me quedaba de Medicina, Clínica quirúrgica, 2.º curso y me dieron notable.

9 de Junio.

Solicitud de Grado.

14 de Junio.

Hoy me examiné de Griego, 1er curso y obtuve sobresaliente.

13 de Junio.

Hoy me examiné de Literatura Griega y Latina y obtuve sobresaliente.

19 de Junio.

Hoy debía haber hecho mi primer ejercicio con Santero padre.

20 de Junio.

1er ejercicio.

21 de Junio.

2.º ejercicio. Aprobado.

---

(1) Estas fracciones de céntimos, de lo que pagaba á la servidumbre, son verdaderamente chocantes.—Véanse los meses anteriores.

(2) No conozco este trabajo de RIZAL; acaso no llegara á publicarse. El *señorito* aludido es D. Manuel Lorenzo D'Ayot, criollo filipino, que vive en España hace bastantes años consagrado á la literatura.

25 de Junio.

Gané en la oposicion el 1er premio de Griego.—Hoy pronuncié un brindis.—Después de haber hecho las oposiciones, *lamoe henbsa y mi lamoe ṅede que vinas mo domasi.* Asi estuve hasta la noche. *(Sigue una cruz de grandes aspas.)*

26 de Junio.

Hoy me examiné de Historia Universal, 2.º curso: sobresaliente.

30 de Junio.

Hoy me he llevado el premio en Literatura Griega y Latina.

Aquí termina, en rigor, el *diario* de Rizal; pues en adelante sólo se halla una nota, correspondiente al sábado 1.º de Noviembre, que dice así:

«A las 10 de la noche se reunieron en el estudio de Luna calle Gorguera 14 numerosos amigos y paisanos: Paternos, Govantes, Esquiveles, Ventura, Aguirre, Llorente, Lopez, Ceferino, Carrillo, Estevan, 3 Beulinses, Mas, Silvelas, Pando y Valle, Araus, Moya, Correa, Comenge, Malagarriga, Juste, Arnedo, Madejar, Maurin, Maximino, Aramburo, Baeza, Aurora, Florinda y otros. Se rió mucho, se tomó manzanilla, Champagne, se cantó, tocó, bailó, guitarra, fandango, brindis, comedias, Maximino tuvo un ataque, Valentín muy alegre. De allí salimos á las 4; fuimos á otra parte.»—*(Escrita con muy mala letra, como si la hubiera redactado en un instante.)*

Debo de advertir, antes de dar por terminado el asunto, que del *diario* sólo he suprimido algunos gastos menudos, reproducidos con gran frecuencia; tales como papel, que solía comprar cada tres días; tranvía, en el cual venía á gastar peseta y media á lo sumo al mes, y algún que otro sello, aparte los que compraba para Filipinas (los más caros), que quedan casi todos asentados.

¿Qué decir del *diario*? Hubiera yo deseado comentarlo más, cosa que no he hecho en gracia á la brevedad. De su lectura se desprende el conocimiento de un hombre bien definido: nostálgico, austero, reflexivo, trabajador, virtuoso: ese joven de veintitrés años, en pleno Madrid, solo, bien pudo gastar menos en libros y más en diversiones. RIZAL no tenía otro anhelo que el de saber, saber de todo. «La característica de Rizal, dice su panegirista de *La Independencia* (1), era la constancia, la firmeza y su grandísima afición á los estudios. Leía de ocho á diez horas diarias, sin que ninguna causa variase su vida metódica y ordenada.» Ciertamente, su laboriosidad no es nada común: no sólo cursó á un tiempo dos carreras, una de ellas con extraordinaria brillantez, sino que devoraba cuantos libros podía, aprendía idiomas, dibujaba y [illegible]aba. Y más aún: quedóle tiempo para escribir. La novela *Noli me tángere* [illegible]e tanta celebridad le dió, la comenzó en Madrid (supongo que á fines

---

Presumo que Antonio Luna, á quien atribuyo lo que en honra de RIZAL vió la [illegible]n el citado número de 25 de Septiembre de 1898.

de 1884 ó principios de 1885), y en Madrid escribió próximamente la mitad. Así lo declara él en una de las cartas de controversia que cambió con el P. Pastells desde Dapitan: «La mitad del *Noli* (dice RIZAL) está escrita en Madrid; una cuarta parte en París, y la otra cuarta en Alemania: testigos, los paisanos que me veían trabajar» (1). Y el distinguido jurisconsulto y exdiputado á Cortes demócrata D. Javier Gómez de la Serna, español nacido en el mar de Filipinas, lo confirma (2):

«En muy poco estábamos conformes (escribe): disputábamos atrozmente de todo: yo, partidario de la evolución progresiva de Filipinas con España y sin el fraile; él, muy pesimista al ver que la España grande y generosa que él veía aquí no iba ni estaba en Filipinas, ni aun la conocían ni poco ni mucho.

»Un día terminó una de nuestras disputas diciéndome tristemente:

»—¡Tú no puedes ser de los nuestros!

»—¿Por qué?—le dije algo picado.

»Y señalándome mi rostro con el dedo, añadió:

»—Por el distinto color de nuestra piel.

. . . .

»Cada día notaba yo más amarguras en sus palabras: cierto día me dijo que quería enviarme las cuartillas de una novela: eran los primeros gérmenes del *Noli me tángere:*

»—Quizás no estés conforme—me dijo—con mis ideas; pero quiero conocer tu opinión sobre el fondo y la forma.

»—Quizás no esté conforme, querido Rizal; pero lo leeré con el interés que me merecen todos tus trabajos.

»Se fué á París sin terminar su trabajo.....»

Cuando á mediados de 1885 se vió licenciado en Filosofía y Letras y doctor en Medicina, con un buen bagaje de conocimientos, sabiendo no poco inglés, bastante alemán y mucho francés, salió de España para realizar su sueño dorado: ver mundo, ejercitarse en los principales idiomas europeos y ensanchar considerablemente la esfera de sus ya amplios conocimientos. Antes de trasponer la frontera había ya hecho una breve excursión por Valencia y Andalucía. Tenía veinticuatro años y, según el Sr. La Serna, era «bajo, muy moreno, con la amarilla palidez que produce ese sol tropical que marchita todas las mejillas, algo cargado de hombros»; pero leyóse siempre en su fisonomía, sobre todo en la fijeza de la mirada, que era un verdadero pensador.

W. E. RETANA.

(Continuará.)

---

(1) Esta carta, fechada en Dapitan, 11 de Noviembre de 1892, permanece inédit

(2) Artículo intitulado *Rizal*, publicado en *El Renacimiento,* diario de Manil número del 12 de Marzo de 1904.

EL PROBLEMA DE LA MARINA

II

LA OPINIÓN Y EL PROYECTO DEL GENERAL FERRÁNDIZ

Parecía natural que proyecto semejante, que define un rumbo y que acomete una obra que ha de consumir, si se realiza, una suma considerabilísima de millones, llevando al presupuesto ordinario un aumento de gastos de gran importancia, despertase en toda la Península un extenso é intenso movimiento de preocupación y de interés, fuese cual fuese el juicio que del proyecto se formara. Con toda serenidad voy á reflejar aquí ese movimiento.

a) Los marinos.

Al proyecto siguió instantáneamente una vivísima protesta del Cuerpo general de la Armada ó de una gran parte de sus elementos directores. El almirante D. José María de Beránger se sintió rejuvenecido y se puso al frente del movimiento de protesta, produciéndose entre él y el ministro un incidente que motivó su destitución del cargo de presidente de la Junta Consultiva de Marina.

Hubo dudas y vacilaciones antes de autorizar á los marinos para deponer sus pareceres en el seno de la Comisión del Congreso que había de dar dictamen sobre el proyecto, y al fin prevaleció el criterio más justo y más político, abriéndose información pública para cuantos quisieran participar en ella oralmente ó por escrito. Sólo los marinos acudieron al seno de la Comisión, y el primero de todos ellos, el señor almirante, á cuyo informe dió lectura delante de la Comisión un ilustre jefe de la Armada.

La opinión del general Beránger puede concretarse en estas afirmaciones:

El proyecto defrauda las esperanzas que de un magno y deslumbrador p[illegible]na naval había hecho concebir, pues el plan de construcciones que a[illegible] el proyecto se reduce á un *minúsculo grupo de torpederos sin la base ni* [illegible]s *mayores unidades tácticas á que sirvan de auxiliares, y un dique de 15.000* to[illegible]*das, que constituye en nuestra época un retroceso evidente.* Los torpederos no s[illegible]ces sino contando con que han de tener detrás un núcleo de buques

de mayores dimensiones. Ya que nosotros no podamos dotarnos del poder naval necesario, busquémoslo en alianzas, y ¿á qué alianza podremos ir con un dique de 15.000 toneladas, que no puede servir para los grandes acorazados de 16.000 ó más que hoy tienen ó construyen las grandes potencias marítimas? Al personal se le imponen nuevos estériles sacrificios. La idea que se insinúa de arrendar los arsenales es un desatino, porque lo que en ellos no pueda construirse debe darse á la industria particular. Si el Estado Mayor tiene por objeto preparar la guerra, su complemento debe ser un organismo superior que intervenga en todo lo relativo al gobierno, mando y administración de la Marina. El señor almirante proponía la siguiente organización:

Para el despacho de todos los asuntos habrá:

Un Consejo Superior de Gobierno de la Marina;

Una Dirección reformada de la navegación é industrias marítimas;

Las Inspecciones generales de Ingenieros, Artillería, Infantería de Marina y Sanidad;

Una Intendencia;

La Ordenación general de pagos é Intervención;

La Asesoría general;

Una Secretaría militar y otra política y particular.

El Consejo de Gobierno de la Marina lo compondrán:

El Ministro, Presidente,

El Almirante de la Armada, segundo Presidente,

Un Vicealmirante Jefe de la Jurisdicción,

Un Contralmirante Jefe del material naval á flote y en tierra; dedicado al armamento, conservación y movimiento de buques,

Un Capitán de Navío de primera clase, Jefe del personal, con un negociado, entre otros de información, á cuyo frente estará un Capitán de Navío,

Y un Capitán de Navío, Secretario.

Habrá dos Consejeros parlamentarios, uno Senador y otro Diputado á Cortes.

Á este Consejo Superior podrán asistir con voz y voto los Inspectores generales, el Intendente y el Asesor general, cuando se traten asuntos relacionados con su especialidad.

Los acuerdos de este Consejo Superior tendrán carácter de ejecutivos cuando presida el Ministro de Marina, quien podrá someterlos á la resolución del Consejo de Ministros. Cuando presida el Almirante de la Armada, los acuerdos tendrán carácter de consultivos, quedando suprimidas la Junta Consultiva de la Armada, la Dirección del material y la Dirección del personal.

El Reglamento interior del Consejo de Gobierno de la Marina será discutido y aprobado por el mismo Consejo en sesión presidida por el Ministro ó por el Almirante de la Armada.

El Consejo de Gobierno de la Marina entenderá en todos los asuntos del ramo, tanto militares y técnicos como administrativos y de preparación para la guerra; en la aplicación é interpretación de las leyes; redacción de reglamentos; ascensos y mandos; clasificación del personal y del material; desarme del inútil; carenas; adquisición y construcción de buques y material de artillería; trazados de planos; pla-

nos generales de defensa; puertos, faros y valizas, y en suma cuanto se relaciona con el personal y la flota; dotaciones; movilización de buques y escuadras; defensa de costas; organización de servicios, etc.; siendo, en una palabra, el cerebro que dirija y encauce con carácter permanente la gestión de la Marina, dentro de la órbita constitucional para la mejor defensa de la Patria y de la Monarquía».

El vicealmirante D. Ricardo Fernández y Gutiérrez de Celis se declaró conforme con el Almirante, y añadía por su cuenta:

Que si la Marina española no ha progresado más es por culpa de las estrecheces de su presupuesto «siempre exiguo y siempre en constante disminución, á la par que á su costa aumentaban los de otros ramos del Estado»;

Que los Estados Mayores no pueden tener funciones ejecutivas;

Que en vez de suprimir los actuales departamentos hay que ampliar su acción y establecer subdepartamentos en Baleares y Canarias;

Que la rebaja de edad límite para el servicio á flote acarrearía perjuicios al Estado, por privarle de los marinos de más experiencia naval;

Y que las construcciones contenidas en el proyecto parecen más un pretexto para la llamada reorganización de los servicios que un deseo de comenzar la reconstitución naval de la patria.

El señor general Lazaga opina que el Estado Mayor no tiene justificación ni en qué ocuparse, mientras no haya poder naval; que dicho Estado Mayor no podría ser en ningún caso ejecutivo, sin infringirse la Constitución; que sería mucho mejor, si llegásemos á tener Marina, un Consejo de Almirantazgo como el creado por el general Topete en 1869; que ha de haber frecuentes conflictos entre el Estado Mayor y las Jefaturas de construcciones; que la Dirección de la Marina mercante es aún más inconstitucional que el Estado Mayor; que es inconcebible la idea de la jurisdicción central; que los doce torpederos que se proyectan (en el proyecto eran doce y en el dictamen son quince) no aumentarán nuestra fuerza naval, pues esos elementos de combate son de muy dudosa eficacia si no cuentan con la base de una fuerte Escuadra, y que es de sentir que de los 800 millones de pesetas que se habían de invertir en Escuadra, hayamos venido á parar en las construcciones que son objeto del proyecto.

Al señor contralmirante marqués del Real Tesoro pareció el proyecto tan ambiguo en unas cosas y tan vago en todas, que no creía que pudiera nadie entenderlo. Confirmó las opiniones del Almirante, y echó de menos también la Escuadra como base de todo proyecto de reorganización de los servicios a Armada.

El general Vivar no formuló opinión concreta sobre el proyecto, pero ponía que se le substituyera por otro como sigue:

Artículo 1.º Se concede al Ministerio de Marina un crédito de 40 millones de

pesetas para material naval, expresamente dedicado á la defensa de puertos y costas.

Art. 2.º Una Junta compuesta de generales y jefes de la Armada, en la que tengan representación uno de cada clase, presidida por el ministro del ramo, determinará el material que se deba adquirir, así como la forma y modo de obtenerlo en el plazo más breve posible, y para mayor utilidad del motivo que se señala en el artículo anterior.

Art. 3.º Con arreglo al nuevo material que se adquiera, y á los actuales servicios que se señalen para la defensa, se reformará la organización vigente de la Armada en sentido económico, al que debe ajustarse el presupuesto para 1905 ».

Al capitán de Navío D. José Barrasa le pareció que el artículo primero no respondía á la realidad, pues con doce torpederos no se logra el fin militar que allí se define como propio del proyecto; que el Estado Mayor que se propone no encaja en nuestra Constitución, pues su jefe vendría á ser algo como un ministro irresponsable; que entre lo que el Estado Mayor quita al ministro y lo que le arrebata la Dirección de la Marina mercante, viene á quedar el consejero responsable reducido á un cero á la izquierda; que no se debe variar la división del litoral, pues la actual es excelente, así como la administración que en ellas se ejerce; que las Capitanías generales actuales deben subsistir con su presente organización; que la facultad de presentar una ley orgánica de los Cuerpos de la Armada constituye la petición de una dictadura que pone en grave peligro á cuantos en la Marina sirven; que las construcciones que se proponen no servirán ni aun para defender un solo puerto, pues esos pequeños buques necesitan el apoyo de los de combate; que es preciso crear el Almirantazgo para dar permanencia y estabilidad al pensamiento director de la Marina, poniéndolo á salvo de los frecuentes cambios ministeriales, y que se debe proceder inmediatamente á la adquisición de Escuadra, aunque sea en estas proporciones modestas:

Cuatro acorazados, á 35 millones de pesetas uno.	140	millones.
Dos exploradores, á 6 millones.	12	»
Para torpederos, caza-torpederos y submarinos. .	35	»
Dos escuelas de guardias-marinas y maquinistas..	10	»
Ocho escuelas de marinería.	1	»
Diez lanchas guarda-pesca.	1	»
Para habilitación de los puertos militares.	22	»
TOTAL. . . , ...	221	»

El capitán de Fragata D. Federico Compañó combate la creación de la Jurisdicción Central; afirma que se debe conservar á los capitanes generales de los Departamentos cuantas facultades tienen; dice que el dique proyectado debe ser para barcos de 16.000 toneladas, no de 15.000; opina que la construcción de los doce torpederos debe aplazarse para cuando se adquieran aco-

razados, pues por sí solos no pueden constituir un elemento de defensa de importancia, y censura que por las bases de la futura ley orgánica de los Cuerpos de la Armada se pretenda imponer á éstos nuevas mutilaciones.

El teniente de Navío de 1.ª D. Pablo Marina y Bringas informó sólo sobre el personal, puesto que el proyecto, dice, «en nada se refiere á la que era indispensable y necesaria creación de Escuadra», y censuró la Jurisdicción Central, solicitando mayores facultades para los capitanes generales; declaró innecesaria la Infantería de Marina para la guarnición de los buques; pidió que los ingenieros navales ó fueran civiles ó procediesen del Cuerpo general, y se mostró receloso de que el ascenso por elección diese lugar á graves abusos del favor y de la influencia.

El teniente de Navío D. Gonzalo de la Puerta presentó un luminosísimo informe respecto de la Infantería de Marina, favorable á su supresión, sin tocar ningún otro punto del problema.

El teniente de Navío D. Juan Cervera y Jácome presentó un informe discretísimo é interesante. Lamentábase este señor oficial de la obscuridad de muchos preceptos del proyecto, que la Comisión, en efecto, por indicación del Gobierno mismo, tuvo que desenvolver y aclarar. En lo concerniente al Estado Mayor, muy al contrario de lo que opinaban algunos de los generales y jefes, cuyos pareceres quedan transcritos, el teniente Cervera afirmaba «que la buena constitución del Estado Mayor parece que pide se dé á este organismo las mayores atribuciones posibles y el desenvolvimiento más amplio, reuniendo en sí no sólo la parte de estudio y preparación, sino también la acción ejecutiva, á fin de hacer aplicación eficaz y práctica de sus estudios, pudiendo, de este modo, recogerse los frutos en la guerra ó exigir en su caso las responsabilidades á que hubiese lugar». Observaciones hacía el Sr. Cervera en lo referente á las facultades militares de los capitanes generales, que en el dictamen aparecen admitidas, aun cuando en realidad hallábanse en embrión en el proyecto. Y no sólo en eso, sino en otras cosas, habrá podido el Sr. Cervera, al estudiar el dictamen, apreciar que no le hubiera éste sugerido muchos de los reparos que al proyecto opusiera. Otras reflexiones de su informe han de ser examinadas en el curso del presente estudio.

El teniente de Navío de 1.ª clase D. Rafael Bauzá informó en el mismo sentido que el Almirante y otros respetables generales de la Armada.

...apitán de Navío D. Antonio Alonso presentó el siguiente proyecto de ...nización:

...Descentralizar todo movimiento marítimo del Ministerio, donde no debe que... que la parte política y civil, para lo que será preciso que se lleve al Minis-

terio todo lo que tenga relación con la mar, y que hoy se encuentra repartido en los demás Ministerios.

2.º El Almirante asume el mando dondequiera que se encuentre, desempeñando, además, las funciones de director general de la Armada y presidente del Almirantazgo.

3.º Se creará un Almirantazgo que entenderá en todo lo que tenga relación con la Marina militar y la parte facultativa de ésta, que lo formará el Almirante como presidente, el capitán general del Departamento en que se reuna, el comandante general del Arsenal, dos contralmirantes, el intendente del Departamento, el general de Infantería de Marina y el auditor del mismo; como secretario, el jefe de Estado Mayor: la reunión será en el Departamento á que corresponda lo que se ha de tratar, y cuando sea asunto común á los tres, en cualquiera de ellos en donde haya mayor número de vocales.

4.º El mando de los Departamentos será conferido á un vicealmirante, que tendrá como segundos jefes á los comandantes generales de los Arsenales, y tendrán las facultades onnímodas que les da la Ordenanza de 1793, derogándose todo lo que la coarte en órdenes posteriores.

5.º Deberá disminuirse en un 50 por 100 el personal burocrático de los departamentos y provincias, y el 75 en Madrid.

6.º Se abrirá la escala de reserva para el Cuerpo general y el de Infantería de Marina, únicos militares, suprimiéndose en los demás.

7.º Los almirantes no tendrán edad limitada para permanecer en el servicio; pero para llegar á tan alta dignidad será preciso la condición de haber conducido Escuadra á la victoria, y, de no haberlo, quedará vacante ese empleo. Los vicealmirantes serán separados del servicio á los sesenta y seis años; los contralmirantes, á los sesenta y cuatro; los capitanes de Navío de primera, á los sesenta y dos; los capitanes de Navío, á los cincuenta y ocho; los capitanes de Fragata, á los cincuenta y dos; los tenientes de Navío de primera, á los cuarenta y ocho, y los tenientes de Navío á los cuarenta y dos, en las escalas activas y militares, y las mismas que hoy rigen para las de reserva y auxiliares: esta disminución debe efectuarse simultáneamente en todos los empleos.

8.º Deben crearse oficiales prácticos procedentes de contramaestres y condestables, previo un ligero examen de suficiencia, y actualmente darles efectividad á todos los graduados.

9.º Para que tenga efecto la reorganización de la Marina, sin lastimar personalidades ni corporaciones, y que cada uno pueda juzgar por sí mismo de la utilidad ó inutilidad de su servicio dentro de la corporación, y teniendo en cuenta que, como Marina, propiamente dicho, es sólo la fuerza flotante, y todo lo demás secundario y como derivado de ella, con el actual presupuesto se proveerá, en primer término, á la inmediata construcción del material necesario para el abastecimiento de la flota y adquisición de lo más indispensable en los primeros momentos, á armar por todo el año todos los buques que poseemos, incluso los que están desechados y que aún pueden prestar servicio, como son los dos *Alfonsos*.

Se formarán con ellos tres Escuadras, dependiendo cada una de ellas de su departamento: en Cartagena, la que se llamará de Instrucción, y la compondrán el *Lepanto, Alfonso XIII, Alfonso XII,* los cruceros chicos y torpederos hoy afectos á aquel departamento. Ésta será mandada por contralmirantes con estado mayor re-

ducido y como complemento á la dotación del buque-insignia. Tendrá subordinado, como jefe de división, un capitán de Navío de primera con su insignia en uno de los cruceros chicos. El *Alfonso XIII* y *Lepanto* como escuela de maquinistas, fogoneros, torpedistas y electricistas; el *Alfonso XII* como escuela de guardias-marinas y cabos de mar; los cruceros pequeños y torpederos todos como auxiliares de instrucción de esta Escuadra, la que estará en la mar lo menos quince días en cada mes.

En Cádiz otra Escuadra compuesta del *Pelayo, Vitoria* y *Numancia*, mandada también por contralmirante. Estos buques, como escuela de artilleros y demás personal subalterno: tendrá subordinada una división de torpederos y destroyers, mandada por un capitán de Navío de primera. Esta Escuadra navegará durante quince días de cada mes entre Cádiz, Algeciras, Ceuta, Tánger y Canarias.

En El Ferrol otra Escuadra mandada también por contralmirante con capitán de Navío de primera, subordinado, y Estado Mayor como los anteriores, compuesta de *Carlos V, Cisneros, Princesa de Asturias*, y *Cataluña, Extremadura* y *Río de la Plata*, y los destroyers *Audaz, Osado* y *Proserpina*, la que hará continuos cruceros por las costas de Galicia y del Cantábrico en verano.

Todos los servicios se subordinarán á las necesidades de la Escuadra para su pronto alistamiento, y tanto las personas, las corporaciones ó establecimientos que no correspondan á las necesidades de aquéllas, á la que debe todo estar subordinado, se suprimirán, y tanto el personal como las unidades ó establecimientos que se supriman se contratarán, crearán ú organizarán los servicios sin tener en cuenta ninguna otra cosa, por legítima que parezca, si ésta se opone con la más ligera resistencia al fomento de la Escuadra.

Como el actual presupuesto es corto para todos los servicios que se proponen, se pagará y atenderá en primer término á la Escuadra y sus servicios organizados.

De los arsenales se eliminará todo lo inútil y se modificarán sus servicios de tal modo que la Escuadra que entre en puerto á reemplazar consumo de carbón, aceites, municiones, aguada y víveres esté lista para volver á salir á la mar en plazo no mayor de tres días, desechando toda clase de retornos y formalismos inútiles.

Para adquirir y mantener el espíritu de mar deben de comprarse tres corbetas de vela de 6 á 700 toneladas, asignadas una á cada departamento, que navegarán constantemente por el litoral del mismo, entrando y saliendo de puerto con la mayor frecuencia posible y sin poder permanecer en ninguno de éstos más de veinticuatro horas. Como la misión de éstas es sólo como escuela de cabos de mar y marineros, la dotación fija no pasará de 20 hombres en total y el resto serán reclutados directamente por los comandantes entre muchachos del litoral que no bajen de quince años ni pasarán de diez y siete y que tengan la robustez necesaria, para lo que no se les facilitará vestuario ni concederá ingreso definitivo antes de probar sus condiciones físicas durante dos meses de mar.

Los enganches, si bien con personal escogido, se seguirán llevando á cabo como hasta aquí, abonándoles sus premios con religiosidad.

...as clases de artilleros y cabos de mar se les aumentará el sueldo al doble del ...ioy tienen.

...mo la Marina mercante ha de auxiliar á la militar en caso de guerra, tiene que ...rvarse la mayor afinidad posible en su organización, para lo cual es indispen... que en la paz se la defienda á todo trance contra el caciquismo, usura y do... le consignatarios y armadores, y por ningún estilo permitir que los terrestres

puedan, en ningún caso, quitar el trabajo á los inscritos (antiguos matriculados) que precisamente tienen que ser la reserva naval.

10. Contratar la adquisición de tres acorazados de 15.000 toneladas y tres cruceros de 9.000 en el extranjero; tres acorazados de 12.000 en El Ferrol, tres cruceros de 6.000 en La Carraca y 60 torpederos en Cartagena, teniendo cuidado de que vayan cayendo al agua escalonadamente para que en un plazo de cinco años pueda estar todo listo.

11. Durante diez años se abonará como presupuesto extraordinario para nuevas construcciones, además de lo antes expresado, el 20 por 100 de lo anteriormente invertido en cada año para construir las unidades que acuerde el Almirantazgo.

12. El importe de todas estas construcciones saldrá del presupuesto general del Estado, de la misma forma que desde el año 64 á la fecha se han venido aumentando los servicios de los demás Ministerios, sin que ninguno tenga la importancia que el de Marina, único capaz debidamente dotado de garantizar la integridad de la Patria.

Los Sres. D. Juan de Orbe y D. Mariano de Anitúa sólo informaron sobre la Infantería de Marina, y el general inspector de Artillería de la Armada D. Maximiano Garcés sobre la organización de su Cuerpo respectivo igualmente.

Éstos fueron, y, si alguno omito, la omisión se debe á involuntario olvido, nunca á menosprecio, los dictámenes ofrecidos á la Comisión del Congreso, además del muy luminoso que presentó el teniente de Navío Sr. Aznar, con la conformidad, según entendimos, de algunos compañeros suyos, y que en muchos puntos siguió de cerca la Comisión parlamentaria. Los hombres civiles no sintieron la necesidad de ilustrarla con sus pareceres, ni siquiera en consideración á que no se debía consentir que desde el primer momento apareciese el proyecto como cosa cuyo estudio á los marinos exclusivamente incumbiera.

Una queja se destaca en todos sus informes: «Esto no es una ley de Escuadra; por ninguna parte se ve la Escuadra, no se percibe en el proyecto ni vislumbres de poder naval». Y al lado de esa nota se nos muestra otra en la información de los marinos, á saber: para los viejos (relativamente, claro es), de capitán de Fragata para arriba, el *statu quo*, en materia de organización, no es cosa vituperable, tanto, por lo menos, como les parece la reorganización proyectada; los jóvenes, por el contrario, en general, simpatizan con ella, y, aunque le oponen algunos reparos, no son éstos fundamentales.

Aparte estas notas culminantes, hay que recoger de la opinión de los marinos: 1.º, la añoranza del Almirantazgo creado en 1869 por el general Topete; 2.º, la oposición resuelta á la supresión de los departamentos con su actual complicadísima maquinaria; 3.º, la protesta enérgica contra reorganización del personal que imponga á éste nuevos sacrificios; 4.º, la censura viva de la Jurisdicción Central y de la Dirección de la Marina mercante en la forma propuesta, cuando menos; 5.º, la afirmación de que sin acorazados no sirven para nada los torpederos; y 6.º, el aserto de que es una ridiculez construir

un dique para barcos de 15.000 toneladas cuando los hay de 16, de 17 y aun de 18.000. No son estas notas comunes á todos los informes, pues ya he dicho que común á todos sólo hay una:

—Eso no es una ley de Escuadra, porque no aparece en ella la Escuadra.

b) La Prensa.

¿La Prensa y el proyecto? No puedo seguir en este punto el procedimiento á que vengo ajustando el presente estudio, porque ¿cómo exponer las opiniones de los periódicos, si no formularon ninguna? Toda la labor de la Prensa de Madrid, en esta coyuntura, sobre cuestión tan transcendental, se redujo á dos cosas: dar aires á la actitud de los marinos desagradados por el proyecto, no siquiera de todos, y censurar al Sr. Maura porque, habiendo prometido una Escuadra, no se había atrevido á formularla.

Para secundar la campaña de los marinos no se desdeñó siquiera el recurso de inventar actos que no existieron. El almirante Beránger, cien veces censurado por los periódicos en política y en gestión de Marina—es acaso el general Beránger el español que durante más tiempo ha desempeñado la cartera de Marina,—fué enaltecido y exaltado entusiásticamente por su conducta frente al proyecto, y un día y otro aparecieron en los periódicos noticias, telegramas, informaciones de todo linaje, que presentaban á la Marina poco menos que en abierta sublevación contra el general Ferrándiz.

¿Artículos de crítica sobre el proyecto, hostiles ó favorables, pero con aquella concienzuda serenidad que aconsejaba la magnitud del caso? ¿Una información imparcial á la que los marinos de diversas tendencias y todos los elementos directivos de la sociedad española aportasen su modo de ver? ¿Una exposición siquiera, leal y desapasionada, del proyecto de ley? Nada de esto apareció en los periódicos de Madrid.

—El proyecto es insignificante. No hay que hablar de él. ¿Por eso se hizo una crisis? ¿Dónde está la Escuadra anunciada? ¡El Sr. Maura se ha asustado del Sr. Villaverde!..... Y los mismos que combatieron al Sr. Maura por soñar con Escuadras, censurábanlo entonces por no construirlas ni disponerlas de golpe y porrazo.

He ahí cuanto dió de sí la mentalidad española puesta á parir por las rotativas madrileñas.

Con esa preparación de la opinión se llegó á la discusión del dictamen ;e proyecto tan transcendental, en los primeros días del mes de Noviem- Todos los problemas políticos y económicos, todo el enorme pedazo de . nacional que en el proyecto se contiene, venían al análisis por el Parla- to sin que nadie se hubiese cuidado de consultar antes á la opinión del , sin que fuera dable conocerla, sin que pudiese nadie prometerse su coración en materia tan grave.

c) En las Cortes.

Y así ha sido la discusión en las Cortes. Excepto el día en que hablaron los señores Moret y Maura, que la fama de los oradores logró lo que no lograra antes ni después la magnitud de la cosa, la Cámara ha estado vacía mientras se ha discutido ese proyecto. En las tribunas, algún marino ó algún elector provinciano de romería en Madrid. En los escaños, los diputados marinos y militares, los representantes de Ferrol, Cartagena y Cádiz, los candidatos pretéritos ó futuros á la cartera de Marina y algún impenitente amador de las lides parlamentarias. ¡En medio de tal indiferencia se ha ventilado una cuestión que, en lo político, es el ademán de una nación que quiere vivir, y en lo económico, la suerte echada sobre ingente suma de millones!

Recogeré las ideas principales expuestas, las *cosas* dichas en contra del proyecto de ley.

El contralmirante D. Ramón Auñón, diputado por Cádiz, ministro de Marina en los días aciagos de 1898, ha sido, sin duda, el *leader* de esa oposición. Un largo discurso consumiendo el primer turno contra la totalidad; otro discurso por vía de rectificación; un tercer discurso no corto para recoger alusiones; otro en defensa de una enmienda al artículo primero..... De tan dilatada labor haré una síntesis, lo más breve que ello sea posible, abarcando en la exposición todos aquellos discursos del exministro de Marina.

El Sr. Auñón, marqués de Pilares, perteneció á la Junta de Escuadra creada por el general Veragua en 1902, y claro es que, al combatir un proyecto que se decía salido de las deliberaciones y de los acuerdos de aquella Junta, el Sr. Auñón tenía que explicar cómo no había por su parte, en tal conducta, la aparente contradicción, y á tal fin señaló los puntos en que discrepaban el proyecto y el resultado de los trabajos de la Junta de Escuadra. Esas diferencias no son ciertamente, ni siquiera en el análisis del marqués de Pilares, de singular importancia, y por esto su verdadero argumento fué éste:

—Yo acepté en la Junta de Escuadra una organización de los servicios de Marina que no me parecía buena, porque el Sr. Maura me convenció de que no se podía pedir al país dinero para barcos sin darle, como garantía de que no se iba á tirar al mar ese dinero, una reorganización completa de los servicios. Perdonaba yo el coscorrón á cambio del bollo, los males de la organización á cambio del dinero para Escuadra..... Si en el proyecto no viene la Escuadra y sí la organización, ¿cómo habré yo de conformarme, cómo no he de llamarme á engaño?

Claramente decía con esto el Sr. Auñón que para él la organización es lo de menos, cuando no le importaba que fuese mala con tal de que con ella se le diera una Escuadra como la planeada por la Junta de que formaron parte él, el presidente del Consejo y el ministro de Marina. Dadle á él doce acora-

zados, nueve cruceros y ochenta torpederos, y no le preocupa que la organización sea esto ó lo de más allá, y tales ó cuales las vicisitudes nuevas que de ella han de derivarse para el personal de la Armada.

Pero ¿le parece realmente mala al marqués de Pilares la organización propuesta en el proyecto de ley? Es cierto que censuró párrafo por párrafo el proyecto; mas una cosa es declarar malo un proyecto, y otra demostrarlo. Veamos alguna muestra de la argumentación del general Auñón.

El mecanismo que se crea para atender á la defensa de la nación está claramente expresado en el proyecto de ley. Dos organismos permanentes, aunque sean sus jefes amovibles, como es natural, el Estado Mayor de Guerra y el Estado Mayor de Marina, concordados entre sí por la asistencia á cada uno de algunos miembros del otro cuando se trate de asuntos mixtos, preparará cuanta labor signifique previsión de la guerra. Sobre esa labor trabajará la Junta de Defensas del Reino, formada por los jefes de aquellos Estados Mayores, por los ministros de Guerra y de Marina y por el presidente del Consejo, para establecer las líneas generales de conducta militar por mar y por tierra que los Estados Mayores mismos, en su función de campaña, han de ejecutar.

Pues véase, textualmente, la forma en que el marqués de Pilares analiza eso:

Aceptando que sea y que necesariamente haya de existir un Estado Mayor tal como se establece en la letra A, digo que no es un Estado Mayor lo que se crea, son cinco; es un embuchado de Estados Mayores; se dice que habrá un Estado Mayor general; pero, al examinar el artículo con un lente, resultan cinco entidades en funciones de Estado Mayor, que son: una Junta de Defensa del Reino, organismo mixto que se compone del presidente del Consejo de Ministros, de los ministros de Guerra y de Marina y de los jefes de Estado Mayor de uno y otro ramo. Á continuación de este organismo, que es el principal en el orden de la dirección de la guerra, hay dos Estados Mayores puros: un Estado Mayor de Marina y otro Estado Mayor de Guerra; y á continuación de esos dos Estados Mayores puros vienen otros dos mixtos: el Estado Mayor Central de Marina, suplementado con individuos del Estado Mayor de Guerra, y el Estado Mayor de Guerra, en otras ocasiones suplementado con individuos del Estado Mayor de Marina. De modo que vienen á ser cinco entidades importantes, todas ellas consagradas á la dirección de la guerra.

Y todavía, si entráramos á examinar esta Junta de Defensa, no quedaríamos muy satisfechos, porque la preside el Presidente del Consejo, persona que es siempre un hombre de Estado respetable, conocedor de la política y de todos los asuntos que tiene á su cargo, por que en orden á dirigir una campaña militar le falta el título profesional, por lo menos, y la competencia que difícilmente le reconoceríamos todo [illegible] modo que sin que la palabra sea molesta, usándola sólo para compendiar el [illegible] y terminar pronto, porque faltan pocos minutos de sesión, tenemos en la J[illegible]e defensa *un lego,* en el buen sentido de la palabra. Viene luego el ministro d[illegible]ierra, que generalmente, y por fortuna del Ejército, es siempre un teniente g[illegible]distinguido; pero la Constitución no preceptúa que lo sea, y puede llegar el c[illegible]e el ministro de la Guerra no sea militar. No se extrañen los militares;

porque, aun cuando hasta ahora no ha sucedido, pueden escarmentar en cabeza ajena; nosotros lo estamos experimentando frecuentemente en la Marina; de modo que si el Ministerio de la Guerra estuviera á cargo de un hombre civil, por grandes y elevados que fueran sus conocimientos, su perspicacia, su penetración y su acierto en todos los órdenes de la vida, al llegar á dirigir una campaña militar, sin ofensa de nadie, digo, que serían ya *dos legos*. Viene luego el ministro de Marina, que ése ya no es un temor, sino una seguridad de que las más de las veces ó con gran frecuencia no es militar, y entonces tenemos en la Junta de Defensa *tres legos*. Quedan los jefes de Estado Mayor de uno y otro ramo. Claro es que en las discusiones que allí se entablen acerca de las operaciones de la guerra, la mayoría será de los legos; y yo entiendo que con esto puede resultar algo que no sea conveniente á la dirección de la guerra.

Notorio es el ingenio de polemista de quien tal dice; pero ¿habrá comprendido quien lo diga lo que el proyecto establece? ¿Habrá siquiera abarcado la grandísima importancia de todo eso en cualquier intento, por modesto que sea, de defensa nacional? Pero el general Auñón es fiel á las tradiciones de nuestra Marina, á aquellas que tan admirablemente pintó y flageló D. Luis de Salazar. Por esto no da una importancia capital á la organización de los servicios; por esto considera un mal gravísimo que por una ley se señale á todos los ministros de Marina la forma en que han de administrarla:

Esto no obstante (1), y aunque yo reconozco que no me hizo falta trastornar nada y pude gobernar con las organizaciones de mis antecesores, declaro que no es lógico ni justo que á un ministro á quien se le exige la responsabilidad de cuanto ocurra en todas las dependencias de su Ministerio, se le obligue por medio de una ley á gobernar con una organización que acaso no corresponda á sus propósitos, y que se imponga sólo al ministro de Marina y no á los otros siete. Esto me parece hasta cierto punto una vejación que recae, no sólo sobre la persona del ministro, sino también sobre la Marina misma, porque los ministros que han desempeñado otras carteras y han organizado los respectivos Ministerios como han tenido por conveniente, cuando llegan al de Marina ya no son de fiar, no pueden hacer absolutamente nada, y han de conservar la Secretaría tal como la encuentran.

La Escuadra y sólo la Escuadra, no ya el camino de tenerla, la prescripción de unos cuantos millares de toneladas á flote, eso es la única preocupación del marqués de Pilares, fiel á aquellas tradiciones de la Marina.

El Sr. García Alix, miembro también de aquella Junta de Escuadra, y

---

(1) El Sr. General Auñón alude á la época en que fué ministro de Marina. Él no necesitó de organizaciones nuevas para gobernar. Ahorró personal y los asuntos se llevaban al día. Cierto que en la misma época ocurrieron sucesos como el de Santiago de Cuba y como el viaje fantástico de la *escuadra* de Cámara, pero los expedientes se despachaban al día y hasta se ahorró personal, ideales supremos de la Administración española cuando se permite el lujo de tenerlos.

diputado por Cartagena, combatió el proyecto en un discurso cuyas conclusiones no es fácil establecer, como va á ver el lector.

La primera cuestión que al Sr. García Alix se plantea, según nos dice, es la de definir qué política puede seguir España en lo concerniente á las demás naciones. Considera él insensato el pensar siquiera en una política de acción, entendiendo él por tal una política de expansión, agresiva cuando sea menester. Tampoco podemos hacer una política meramente defensiva, porque «sería un delito pensar que nosotros podemos improvisar, ni mucho menos construir en un plazo relativamente corto, una Escuadra que permita hacer la defensa de la nación». Y en cuanto á la política de relación, entendiendo por tal el Sr. Alix política de alianzas y de inteligencias, ¿quién nos va á admitir en éstas si no llevamos nada?

Necesitamos, pues, tener algo que llevar á esa vida de relación. No basta organizar, ni servirá para nada organizar mientras no tengamos barcos; y ¿cómo vamos á tener barcos con una peseta que sólo vale, según las cuentas del Sr. García Alix, sesenta céntimos? «El día en que aquí se propusiera gastar 100, 150, 200 millones de pesetas, que es lo menos que podría costar una pequeña flota en relación con esa política de relaciones internacionales, habría que recargarlo con 40 ó 50 millones más, y no hay Gobierno que en estas circunstancias se atreva á pedir al país ese esfuerzo.» Pero ¿se podrá obviar esta dificultad del cambio, dice el Sr. Alix, acudiendo á la industria nacional? «Yo creo—dice el orador—que no hay quien honradamente se siente en ese banco, el del Gobierno, y sea ministro de Marina, que pueda declarar ante su país que ésa es una solución y que estamos en condiciones para ello.»

Sin embargo de todas estas *imposibilidades* que el Sr. García Alix ha ido señalando, procede á exponer los medios económicos de subvenir á la necesidad ineludible de poder naval: el Sr. García Alix es enemigo de los empréstitos para escuadras; prefiere que éstas se compren á plazos..... lo cual no es, por lo visto, una forma de empréstito.

Insiste el Sr. García Alix en su idea de que no se puede organizar los servicios ni el personal mientras no haya barcos, y aplica el mismo criterio á la Marina mercante. ¿Para qué la Dirección de la Marina mercante cuando ésta agoniza, como todas las industrias marítimas?

No más claramente se expresa el Sr. García Alix al tratar de los Arsenales, aunque aquí se ve que el diputado por Cartagena cumple puntualmente la obligación de defenderla desde el punto de vista, por lo general predomina[illegible], de los intereses locales; pero, en resumen, ¿qué piensa el Sr. García Al[illegible]? Que la organización de los servicios no sirve para nada si no hay barcos[illegible]ue no habrá personal mientras no haya barcos; que son indispensables los [illegible]rcos; que no tenemos recursos para construirlos ni para adquirirlos; que se [illegible]ben comprar á plazos, no por empréstitos..... una serie de cosas inconexa[illegible] las cuales no veo modo de extraer un pensamiento categórico. No se

deben construir barcos sin que haya un plan bien meditado, dice el Sr. García Alix, y poco después pregunta: ¿para qué servirá el Estado Mayor mientras no haya barcos?

El Sr. Vega de Seoane, oficial de Marina, armado de algunos discursos del Sr. Maura, se dedicó á señalar contradicciones entre ellos y el proyecto, sin emitir realmente opinión propia sobre éste en lo que tiene de fundamental, como no sea la de echar de menos la Escuadra y acusar al presidente del Consejo de haberla escamoteado. El Sr. Vega de Seoane no ve en el proyecto aquel dilema de cuyo urgente planteamiento hablara el Sr. Maura al decir que era preciso elegir entre tener poder naval ó licenciar la Marina; ni nada que se parezca á Escuadra; ni aquella definición de política internacional que el orador considera imprescindible como base de un programa de armamentos navales; ni aquella supresión de los Arsenales que, á juicio del Sr. Vega, había prometido el jefe del Gobierno.

No sabe el Sr. Vega de Seoane de qué operaciones navales podría ser base el Ferrol, «porque no ha de ser de operaciones en la frontera de Francia, que está muy lejos, ni de operaciones en la frontera de Portugal, pues más cerca de ésta está Vigo». Á otros marinos parece pequeño el dique de 16.000 toneladas proyectado para el Ferrol, y al Sr. Vega, por el contrario, parece que sobra con el que hay actualmente. No concibe el orador, sin exponer previamente la naturaleza del fondo del mar en uno y otro puerto, cómo puede calcularse en 3,50 pesetas por término medio el coste de dragado de metro cúbico en Ferrol, cuando en Bilbao ha costado 0,40. Tampoco sabe el Sr. Vega por qué no se sitúa el polvorín del Ferrol dentro del Arsenal, y opina que el arreglo de las vías en la estación de Charing-Cross no costará tanto como en el proyecto se pide para arreglar las de los Arsenales: 800.000 pesetas.

No aparece muy claro en el discurso del Sr. Vega de Seoane la oportuna distinción entre arsenal militar y astillero industrial; pues cuando este distinguido oficial de la Marina de guerra abomina de los Arsenales, que «constituyen una verdadera marina de piedra, que es el enemigo más encarnizado que tienen el poder naval de España y el personal encargado de manejar el material flotante», parece que se refiere á los establecimientos industriales, á los astilleros ó factorías navales; pero no debe de ser así, en cuanto que el señor Vega de Seoane dice que para ellos se pide en el proyecto de ley unos cuantos millones, y en el proyecto no se pide un solo céntimo para el establecimiento industrial, sino para el Arsenal militar. Diques, dragados, muelles, vías, barcazas, almacenes, instalación de luz eléctrica, etc., son para el [illegible]senal militar, para su servicio militar; y cuando tal gasto se censura, ¿p[illegible] se preconiza la idea de que el poder naval no ha menester para nada de [illegible]senales?

Al Sr. Vega de Seoane no le gusta el Estado Mayor: prefiere el Alm[illegible]antazgo que se creó en 1869; mas no razona lo uno ni lo otro.

El Sr. Gómez Núñez, publicista distinguido y meritísimo jefe de la Artillería de tierra, se mostró partidario de la construcción de Escuadra, y dedicó preferentemente su discurso al análisis de cómo se deberá organizar la defensa de las costas, por el recelo, muy difundido entre militares, de que con el proyecto se tiende á entregar á la Marina casi por completo esa importantísima misión, con menoscabo indudable de los intereses del Ejército.

El Sr. Conde de Torre-Vélez, antiguo y distinguidísimo oficial de Infantería de Marina, habló en defensa de este Cuerpo, pero extendiendo su análisis á todo el proyecto en discusión. De declaraciones del Sr. Maura deducía el conde de Torre-Vélez que el Gobierno habría de presentar un proyecto de *Ley de Escuadra;* y como en el que se discutía no aparecía la disposición de los barcos que habían de ser esa Escuadra, el orador se llamaba á engaño y señalaba una radical rectificación.

Y no sólo no se trae la Escuadra, sin la cual la habilitación de los puertos sería inútil, cuando no peligrosa, sino que se propone una organización que al Sr. Conde de Torre-Vélez parece un salto en las tinieblas. ¿Por qué? No lo dice el orador; pero es notorio que está convencido de ello, á juzgar por la extrema energía con que ataca al ministro de Marina porque «ha pateado» de modo terrible á una gloriosa institución militar.

Mas hay en el discurso del Sr. Conde de Torre-Vélez afirmaciones que deben ser recogidas; porque, aunque dichas en un discurso de tremenda oposición al proyecto, por creerse que no contiene éste la Escuadra que se supone prometida, son un argumento formidable y elocuentemente expresado en elogio precisamente de la parsimonia con que en esa materia procede el proyecto de ley:

En primer lugar, yo soy de los que creen que no son las escuadras precursores de la potencia económica de los países, sino que la potencia económica, fundada en las corrientes comerciales, es y debe ser anterior á las escuadras. Las relaciones de nación á nación no se sostienen hoy porque haya muchos barcos militares que vayan de un lado á otro, sino por el impulso de las corrientes de los grandes intereses comerciales. Algunos suponen que Inglaterra es poderosa sólo merced á sus escuadras; pero si perdiera sus colonias tendría que arrumbar sus barcos, no tendría nada que hacer con ellos, no podría sostenerlos y le faltaría el punto de apoyo de su acción con la pérdida de su potencia económica.

¿Qué necesitamos nosotros, además, para tener Escuadra? Necesitamos estado de opinión.

¡Estado de opinión! ¿Me queréis decir, Sres. Diputados, cuál es el estado de opini-
ni España respecto de las fuerzas militares?

…y completamente de acuerdo con el Sr. Silvela cuando de una manera elo-
cu… y sentida decía que España no quiere Marina; pero es que tampoco quiere
E…ito; es que, dígase lo que se quiera, hay en el país una tendencia contraria á
la… instituciones militares. ¿Por qué? Ya lo dije el año pasado, y lo voy á repetir
al

Las instituciones militares están creadas para un fin: para la victoria; y cuando las instituciones militares no vencen, el país tiene derecho á sentirse defraudado. Me diréis que, en nuestras últimas catástrofes, es el Ejército quizá el que tiene menor responsabilidad. Aceptémoslo: quizá aun de esa parte de responsabilidad pudo librarse realizando algunos de esos actos viriles que en nuestra Historia se registran, para hacer justicia en las responsabilidades ajenas; pero cuando se ve á los hombres civiles, que fueron principales responsables de aquellos desastres, rigiendo después los destinos del país, teniendo hasta la audacia de presentarse como salvadores de la nación, aquellos otros que, aunque ofrecieron morir ó sublevarse, como el general Blanco en Cuba, no supieron hacerlo, tienen, á mi juicio, bastante á su favor para la total absolución. Pero la verdad es que al hombre del pueblo, al campesino, al industrial, se le ocurren estas preguntas, que no hallan respuesta satisfactoria: si no hubiéramos tenido uno solo de los 100.000 hombres que murieron en Cuba, ó de los 200.000 que enviamos; si no hubiéramos tenido un solo bote de aquella fantástica y desgraciada Escuadra, ¿hubiera ocurrido algo más de lo que ocurrió? Si no hubiéramos tenido el Ejército y la Marina con que contábamos, ¿habría podido pasar más? Si pasó lo que pasó costándonos el dinero, lo mejor es, dicen, ahorrárnoslo.

Ésta es una convicción tan profundamente arraigada en el país, que no hay manera de hablarle de gastos de ninguna especie para el Ejército ó la Marina. Ahora bien; lo relativo al Ejército tiene otro aspecto distinto: del Ejército se necesita á cada paso para sostener el orden público, aquí constantemente amenazado por la falta de una buena dirección en los Gobiernos, porque en los países bien gobernados ocurren menos cuestiones de orden público. El Ejército está solicitado de continuo para solucionar las huelgas de todas clases. Si hay huelga de albañiles, de empleados de tranvías, de ferrocarriles, de panaderos, etc., etc., allá va el Ejército á hacer pan, á trabajar en las obras, á manejar tranvías, ferrocarriles, etc.

En suma, no hay una necesidad nacional en crisis en que no se acuda al Ejército; y ¿qué más? Cuando hay precisión de gobernar, no gobiernan tampoco las autoridades civiles, porque en seguida se acude á las militares para que resuelvan los conflictos.

De modo que, aun cuando el país tenga ó crea tener grandes quejas de las instituciones militares, ve en ellas compensación y soporta con más tranquilidad los gastos que ocasionan. Respecto á la Marina no ocurre lo mismo; no se siente tanto su necesidad; aquí no hay mayores mares que el estanque del Retiro; las costas están lejos; además, al país se le dijo que teníamos una Escuadra extraordinaria cuando la última guerra, y el país ha visto que no sirvió de nada. He oído discutir, en serio, á personas de gran ilustración, durante la guerra hispano-americana, sobre si nuestra Escuadra era superior ó no á la de los Estados Unidos, y había muchísimos que no sólo pensaban en el triunfo, sino que suponían que ya íbamos á entrarnos por la Florida arriba con poco esfuerzo. Y como no es posible que á cada español se le pueda hacer comprender de pronto cuál es el concepto verdadero de una Escuadra, lo que cuesta y de qué manera es difícil sostenerla; y como el país cree que aquella Marina que perdimos nos había costado una enormidad (porque se tiene tal concepto del valor de la moneda tratándose de la Marina, que con media docena de pesetas se quiere comprar un acorazado), en síntesis, no se quiere volver á oir hablar de gastos de Marina. Ésta es la verdad, la triste realidad.

Para el Sr. Barón del Sacro Lirio, la indiferencia de la Cámara ante este debate, signo del desdén del país para el asunto, se explicaba por la insignificancia del proyecto discutido, contra el cual invocaba antecedentes del señor Maura, del Sr. Sánchez de Toca, del general Ferrándiz, así como argumentos hechos por otros oradores, por ejemplo, el del dique, que en el dictamen es para barcos de 16.000 toneladas, y en el proyecto para barcos de 15.000, sin haber aumentado el coste del mismo.

La reorganización propuesta en el proyecto no mereció un análisis detenido por parte del Sr. Barón del Sacro Lirio, pues yo no puedo decir que haya análisis, verbigracia, en afirmar que se propone «que las escuadras que no estén adscritas á las bases de operaciones dependerán de la Jurisdicción Central de la Corte ó del Estado Mayor Central», pues á la vista salta, para quien lea simplemente con cuidado el dictamen, que no hay más que una cosa muy clara y muy comprensible y muy natural, pues el artículo 2.º, en el párrafo H, dice que esas escuadras «dependerán directamente del Estado Mayor, ó de la Administración ó Jurisdicción Central, *según los casos*», y las tres palabras subrayadas dicen explícitamente que, en cada caso y para cada cosa, esos elementos dependerán del respectivo Centro, según la materia, nunca del jefe del Departamento y dentro, claro es, de lo que es esencial en toda milicia: la jurisdicción inmediata del jefe en todo órgano militar. ¿Á quién se le podrá ocurrir que por ninguna ley se varíe eso que es de esencia de las cosas?

Por esto creo que la substancia del discurso del Sr. Barón del Sacro Lirio estuvo en sus últimos párrafos, en aquellos en que proclamaba la necesidad de una Escuadra, y la reclamaba con urgencia, afirmando que el Sr. Maura debía pedir inmediatamente al Parlamento los recursos necesarios, si no quería contraer tremendas responsabilidades ante la Historia: «El único que puede arrancar al Parlamento los créditos necesarios para ir haciendo Escuadra—decía el Sr. Barón del Sacro Lirio,—es el actual Sr. Presidente del Consejo de Ministros, porque aquí no ha habido hace muchos años, tal vez jamás, hombre que domine de un modo más absoluto la situación parlamentaria».

El Sr. Carranza, oficial de Marina, intervino también para alusiones que otros oradores le habían dirigido. El Sr. Carranza echó de menos la construcción de Escuadra; aseguró que los marinos están ya muy castigados y poco dispuestos, por eso, á nuevos sacrificios, y formuló observaciones á todos y cada uno de los artículos del proyecto, sin que ofreciera ninguna de ellas relie[illegible]singular, por responder casi todas, más que á una convicción contraria, á [illegible]nteligencia defectuosa del dictamen.

[illegible]sumió el tercer turno en contra de éste el Sr. Bores y Romero, partidari[illegible]bién de la creación de poder naval, y convencido de que nada que pueda

fundarlo aparece en el proyecto discutido. Este proyecto es para el Sr. Bores mucho peor que todos los anteriores. «Ese proyecto, dice, propone la construcción de unos torpederos para entretenimiento, sin duda, de los astilleros del Estado, para satisfacción de intereses locales; ese proyecto trae una reforma y unas obras en los Arsenales, hechas sin estudio ni preparación suficiente, en forma tal que nosotros no podemos prestarnos á su aprobación; y ese proyecto trae una organización de los servicios de la Armada, reducida á una organización central, que es lo más descabellado que en materia de organizaciones militares se puede presentar á una Cámara».

Las afirmaciones son terminantes, y por esto mismo parece más deficiente la argumentación que debería venir á demostrarlas. ¿Cómo ha de ser una demostración, por ejemplo, el decir que hay dos Estados Mayores porque el único que hay se divide en dos secciones, ó que habrá dos ministros de Marina porque el jefe del Estado Mayor tendrá delegadas del ministro las facultades necesarias para el cumplimiento de su obligación? Tampoco puede ser considerado como una demostración el análisis fantástico que el Sr. Bores hace de la Dirección de la Marina mercante, creyendo que ésta va á ser, según el proyecto, lo que en un documento meramente particular y extraño al Gobierno ha circulado entre los enemigos del proyecto de ley, ni el examen cominero que el Sr. Bores y Romero hace de las partidas propuestas para obras nuevas en los Arsenales y de defensa submarina.

Largamente intervino en el debate el Sr. Marenco; combatió con vehemencia el proyecto; pero ¿qué dijo? Confieso que oí sus discursos y los he leído dos veces, y no hallo medio de extractar de él afirmaciones de crítica fundamental. Muchas censuras al Sr. Maura; duros ataques al general Ferrándiz; comparación de textos presentes y antiguos del uno y del otro; asegurar que esto es un disparate y aquello un desatino, abominable lo uno, intolerable lo otro..... todo eso es, ciertamente, combatir un proyecto de ley, pero no es discutirlo ni analizarlo en forma de que se puedan mejorar sus propuestas.

Con la intervención del Sr. Marenco acabó la discusión de la totalidad del proyecto, y se procedió á la del articulado, pronunciando el Sr. Moret, en contra del artículo primero, un magnífico discurso, y, viceversa muy propio del Parlamento español: el primer discurso contra un artículo determinado fué el único verdadero discurso sobre la totalidad del proyecto de ley, porque discutir la totalidad no quiere decir que sea menester abarcar en la discusión todos y cada uno de los artículos del proyecto de ley, de suerte que ni queda esclarecido el objetivo fundamental, el espíritu de éste, ni verdadera y eficazmente analizado ninguno de sus preceptos, sino todo lo contrario; y eso es lo que hizo el Sr. Moret, acaso por lo mismo que no lo hicieron los que como empeño propio lo tomaron.

El espíritu del proyecto de ley se podía presentar en tres afirmaciones: España necesita poder naval, y no puede hoy por hoy tener otro que el suficiente para garantizar su autonomía en el mundo mediante la posesión de aquellas principales bases de operaciones existentes en sus costas; es condición imprescindible para esto reformar la organización de los servicios de la Marina, y no se debe proceder á los armamentos navales sino en proporción á lo que los presupuestos nivelados permitan. ¿No es evidente que sólo á esas tres afirmaciones debió reducirse la discusión de la totalidad? Pues sólo un discurso se ajustó á ellas, el del Sr. Moret, que ya no era un discurso contra la totalidad.

En cuanto á la primera, el voto del Sr. Moret fué en absoluto favorable al pensamiento del proyecto ministerial. Es indispensable para España el poder naval, y sólo podemos tener el necesario para aquel objetivo de la propia defensa. Respecto á la segunda afirmación, el Sr. Moret también se mostró conforme en la necesidad y en la urgencia de una nueva organización, aunque indicando que no le satisfacía por entero la del proyecto de ley, claro es que sin entrar en su análisis, pues ello tendría su adecuado lugar en la discusión del artículo segundo. En la tercera afirmación, el Sr. Moret mostró claramente su discrepancia con el proyecto. Para el insigne orador debían simultanearse la organización y el plan de Escuadra, procediendo inmediatamente á fijar éste y á realizarlo, mediante combinaciones financieras que anticipasen los recursos precisos.

Y ahí quedó el debate al cerrarse las Cortes; debate enojoso para cuantos amen sinceramente la causa del poder naval de España, que es nada menos que la causa inmensa del porvenir de la Patria. Porque el debate se caracterizó por tres hechos igualmente dolorosos y funestos al fin perseguido: la indiferencia de la Cámara para la cuestión, el desembarazo con que se exhibieron los intereses particulares amenazados por el proyecto de ley, y la inconsciencia, en los partidarios de la Escuadra inmediata, respecto de lo que es el poder naval, de cuantos factores morales y económicos lo integran. ¿Desenlace que se podía pronosticar para el debate? Que habría sido éste muy laborioso, por la obstrucción á que los particularismos lastimados se mostraron desde el primer momento decididos y mantuvieron cuanto pudieron, á no ser que se hubiese cedido aceptando enmiendas que aplazaran y modificaran la forma de hacer la nueva Ley Constitutiva de la Armada, y que dejasen á salvo los intereses de las Juntas de Obras de Puerto al señalar las atribuciones de la Dirección de la Marina mercante. Cohonestaban los marinos parlamenta-... ctitud de resistencia exigiendo la inmediata construcción de Escua-... este propósito presentaron las minorías todas la siguiente enmien-...ya aceptación también se pedía para dejar el paso franco al proyecto ...

...s diputados que subscriben tienen el honor de pedir al Congreso se

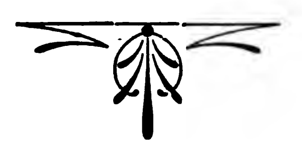
sirva aprobar el siguiente artículo transitorio como adición al dictamen sobre el proyecto de ley de reforma general de los servicios de la Armada:

«4.º El Ministerio de Marina presentará á las Cortes, tan pronto como sea posible y antes de los cuatro meses subsiguientes á la aprobación de esta ley, el proyecto de ley de Escuadra que, con arreglo á lo establecido en el artículo 4.º, deberá formar el Estado Mayor Central de la Armada».

Palacio del Congreso 1.º de Diciembre de 1904.—*El Barón de Sacro-Lirio.—José Canalejas y Méndez.—El Marqués de Pilares.—José Marenco.—El Conde de Romanones.—Ramón Nocedal.—Gumersindo de Azcárate*».

He ahí cuanto dió de sí el Congreso de los Diputados sobre esa obra transcendental, y he ahí cuanto *la opinión,* llamémosla así, aportó á ella.

SALVADOR CANALS.



LA NOVELA DE UNA JOVEN ESQUIMAL

POR

MARK TWAIN

TRADUCCIÓN DE

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

I

«Sí, yo os contaré todo lo que queráis saber de mi vida, Sr. Twain—me dijo con su voz armoniosa, fijando tranquilamente su honesta mirada en la mía,—porque veo que me demostráis cierto afecto y os tomáis algún interés por mí».

Y sin fijarse, con un cuchillito de hueso que secaba distraídamente en el forro de su manga, limpiaba sus mejillas de la grasa de ballena que las cubría, mientras contemplaba una aurora boreal espléndida que derramaba desde el firmamento torrentes de luz inflamada, é inundaba con los opulentos rayos de su arco-iris las soledades de aquellas llanuras de nieve. ¡Qué espectáculo de un esplendor casi intolerable en la magnificencia de su belleza!

Pero la joven esquimal no tarda en salir de su sueño, y se prepara á hacerme el humilde relato que le he pedido. Se instala cómodamente en el carámbano de hielo que nos servía de sofá..... y soy todo oídos.

¡Qué criatura encantadora! Yo no hablo desde el punto de vista esquimal. ¡Sé que la hubieran comparado á una bola de sebo! Tenía veinte años y pasaba por ser la más seductora belleza de la tribu. Tal como yo la contemplaba ahora, al aire libre, á pesar de su traje de pieles informe y desaliñado, á pesar de sus pantalones bombachos caídos sobre sus botas y de su desmesurada mantellina, resplandecía la belleza de su rostro; por lo que á su porte atañe, había que admirarla; podéis creerme. Entre todos los viajeros que yo había ntrado en la hospitalaria cabaña de su padre, ninguna bella hubiera po- compararsele. Era fresca é ingenua, dulce, natural y sincera; si no ig- ba su belleza, nada en sus modales dejaba adivinar que la comprendía. una semana antes éramos dos camaradas inseparables, y, cuanto más aba, más la quería tratar. Se había educado en una atmósfera de ter- y de cuidados exquisitos, en un ambiente refinado para esas regiones

polares. Su padre era el hombre más importante de la tribu, y ocupaba sin disputa el primer puesto en la elevada cultura intelectual de los esquimales. La muchacha y yo dábamos juntos largos paseos en trineo, al galope de sus perros. Lasca—éste era su nombre—les guiaba sobre las olas de nieve de esas llanuras heladas, y siempre su compañía era encantadora y su conversación agradable. Yo tenía la costumbre de seguirla á la pesca; pero me contentaba con admirarla desde la ribera, lanzando sus flechas que nunca erraban el blanco. Otras veces íbamos á la caza del ternero marino; muchas veces quedaba yo junto á ella, cuando despedazaba una ballena encallada en la ribera; un día la acompañé á la caza del oso, pero volví á casa sin esperar el fin, porque, después de todo, los osos me dan miedo.....

Sin embargo, ella estaba dispuesta á comenzar su narración, y he aquí lo que me contó:

«Como todas las demás, nuestra tribu tenía la costumbre de errar de una parte á otra por los mares helados; pero mi padre acabó por cansarse de esta vida nómada, y hace dos años construyó, con voluminosos témpanos de hielo, esta vasta vivienda que está delante de vos: miradla bien; mide siete pies de alto, y en longitud aventaja seguramente dos ó tres veces á todas las demás. Ahí habitamos desde entonces. Mi padre está muy orgulloso de su casa; y tiene razón, porque si la examinasteis con cuidado, no habréis dejado de notar que es más bonita y más completa de lo que aquí se acostumbra á ver. ¿No la habéis examinado?.... Debéis hacerlo, é inmediatamente os daréis cuenta de su comodidad y de su lujo, superior en mucho á lo que se ve de ordinario. Por ejemplo, el rinconcito que hemos llamado el *salón*, el piso destinado á las recepciones de nuestros invitados y á las comidas de familia, es indudablemente el más amplio que habéis visto jamás..... Estáis conforme, ¿no es eso?

—Sí, Lasca, tenéis razón; ese piso es con mucho el más amplio, y nosotros no tenemos nada que pueda compararsele, ni siquiera las más hermosas mansiones de los Estados Unidos.

Esta concesión hizo que sus ojos se pusiesen brillantes de orgullo y de alegría; lo noté, pero tuve la precaución de no manifestárselo.

—¡Bien decía yo que os debía haber sorprendido!—exclamó,—y además otra cosa..... ¿No habéis notado el hacinamiento de pieles? Hay muchas más de las que se acostumbra á encontrar en otras partes, y son pieles de todas clases: conejos argentados, osos, martas-zivelinas; sí, de todas clases y con profusión..... Y lo mismo digo de los carámbanos de hielo y de las banquetas á lo largo de las paredes que vosotros llamáis «camas»..... ¿Son vuestros pisos y vuestras camas tan cómodas?....»

—De ningún modo, Lasca; ¡y no hay trazas de que lleguen á serlo!

Esta respuesta le causó un nuevo placer. Lo que absorbía con predilección su pensamiento era la *cantidad* y no la *calidad* de las pieles que su padre poseía. Esta cantidad constituía su estética. De buena gana le hubiera d

cho que esa masa de ricas pieles representaba una fortuna, al menos entre nosotros; pero no lo hubiera comprendido: esas cosas no hacen rico en su país. Le hubiera dicho también que los trajes que ella llevaba y los trajes de todos los días que cubrían á las gentes más ínfimas de su vecindad valían 12 ó 15.000 duros y que entre nosotros yo no conocía á nadie que fuese á la pesca con un equipo de 15.000 duros; tampoco lo hubiera comprendido: así que guardé silencio. Ella repuso:

—¡Y además hay los *slop-tubs!* Tenemos dos en el salón y dos en el resto de la casa. Es muy raro que haya dos en un salón. Entre vosotros ¿hay dos en un salón?

Esta nomenclatura doméstica estuvo á punto de sobresaltarme, pero me dominé antes de que ella lo notase, y le respondí con efusión:

—Os digo la verdad, Lasca: comienzo á ruborizarme de comprometer así á mi país, y vos no debéis tampoco dejarme decirlo, aunque os hable en confianza; pero os doy mi palabra de honor de que el más rico millonario de la ciudad de New-York no tiene seguramente dos *slop-tubs* en sus salones.

Dió palmadas de alegría con sus manecitas enguantadas de pieles, exclamando:

—¡No es posible, no es posible! *¡Confesadlo!*

—Vaya si lo es, hija mía, vaya si lo es..... ¡Perfectamente cierto! Ahí tenéis á Vanderbilt! Vanderbilt es quizás el hombre más rico del mundo; pues bien, si estuviera á la hora de la muerte, debiera afirmaros que no sólo no tiene dos: no tiene siquiera uno solo en sus salones..... ¡Que el cielo me confunda si no digo la verdad!.....

Sus ojos encantadores estaban muy abiertos de asombro, y me dijo con un temblor en la voz:

—¡Eso es extraño, casi increíble; cuesta trabajo creerlo! ¿Es avaro?.....

—¡Oh, no! No es el gasto lo que le detiene; pero temería hacerse célebre. Sí, eso es; es su modo de ser; es un hombre muy llano, enemigo de toda exhibición.....

—Está muy bien—dijo Lasca.—Un poco de modestia no sienta mal, cuando se reduce á sus justos límites..... Pero, después de todo, ¿á qué *se parece* su salón?

—Naturalmente, parece un poco vacío y no está del todo terminado; pero.....

—¡Eso creo yo también!..... ¡Nunca había oído cosa parecida! Y la casa ¿está bien puesta por lo demás?

—Sí, sí, muy bien..... No hay que hacer ninguna crítica; al contrario.....

[illegible] pequeña permanecía silenciosa y sentada, y, desmenuzando una bujía [illegible]itud soñadora, trataba, al parecer, de adivinar mi pensamiento. Al fin [illegible]eó dulcemente la cabeza y expresó con decisión su juicio:

—En mi sentir—dijo—hay una forma de modestia que, por sí misma, [illegible]tuye una verdadera exhibición, sobre todo cuando es exagerada; y

cuando uno se puede tomar el lujo de dos estufas en su salón, sin instalarlas, eso puede seguramente provenir de pobreza de espíritu, pero habría cien razones para pensar que ése es un medio de asombrar al público. Creeré, pues, que vuestro Vanderbilt sabe muy bien lo que hace.

Me esforcé por hacerle cambiar de opinión y por inducirle á admitir que estaba equivocada, que no se juzgaba así á un hombre por el número de sus utensilios domésticos..... Fué en vano; su opinión estaba formada, y todo fué inútil. Entonces repuso:

—¿Es que, entre vosotros, los millonarios tienen tan hermosos bancos de dormir como los nuestros, tallados en tan enormes témpanos de hielo?

—Indudablemente—le respondí,—nuestras camas son pasaderas, bastante buenas, pero no talladas en el hielo.

—¡Eso es lo extraño!—dijo.—¿Y por qué no están talladas en el hielo?

Le expliqué las dificultades de la cosa, y el subido precio del hielo en un país donde es prudente fijar la mirada en el proveedor, porque la factura no pesa más que la mercancía. Y hela aquí que exclama:

—Entonces ¿compráis vuestro hielo?

—Sí, claro está que lo compramos.....

Lanzó un estallido de risa inextinguible:

—¡De veras! No he oído nunca nada tan extraordinario. ¡Oh, si eso lo hay por todas partes; no tiene valor! Ved, ¿no tenemos millares de libras delante de vosotros? Verdad es que no daría una escama de pez.

—Vamos—repuse,—no hagáis la tonta; no sabéis apreciarlo. Si hubieseis estado en New-York, en el mes de Julio, con lo que se la pagaba, hubierais podido comprar todas las ballenas del mercado.

Me miró sorprendida, para decirme:

—¿Es cierto?

—Absolutamente cierto, ¡lo juro!

Quedó pensativa y replicó con un ligero suspiro:

—Quisiera poder quedar en vuestro país.

Sólo tenía la intención de hacerle comprender una unidad de valor á su alcance; no lo había conseguido, y yo había llegado á darle la impresión de que en New-York había muchas ballenas baratas.

Se le hacía la boca agua. Me pareció preferible suavizar mi error y le dije:

—Pero, estad segura, no prestaríais atención á los asados de ballena, si estuvieseis entre nosotros.

—¿De veras?

—¡Es la verdad pura!

—¿Por qué?

—Porque..... En verdad no sé nada. Es una prevención quizás. Sí, eso es simple prevención. Alguien, sin duda, que no tenía nada mejor que hacer, se ha divertido en desacreditar el asado de ballena, debe haber algunos años;

¡y eso es todo! Ya lo sabéis: cuando una fantasía de esa clase se pone en moda, ¡dura hasta el fin de los tiempos!

—Es cierto lo que decís, *perfectamente* cierto—dijo con aire reflexivo.—Así, ya veis, era como la prevención que aquí teníamos contra el jabón; porque, como sabéis, nuestras tribus no querían oir hablar primero de jabón.

La miré para ver si hablaba seriamente: era cierto. Vacilé un poco y repliqué con prudencia:

—Dispensadme: ¿decís que tenían vuestras tribus prevención contra el jabón? ¿Es cierto?—agregué casi en voz baja:

—Claro está—dijo;—pero era pura prevención, y sólo durante algunos días, cuando nos lo trajeron de países remotos, nadie quería comerlo.

—¡Ah! Está muy bien; ahora comprendo.

—Sí, á nadie le gustaba primero; pero, cuando estuvo en moda, todo el mundo lo comió; y ahora, todos los que son bastante ricos para servirlo á su mesa, no prescinden de él. ¿Os gusta á vos?

—¡Ah, sí, seguramente!..... Me gusta con frenesí; moriría de pena si me faltase..... sobre todo aquí. ¿Y á vos?

—¡Oh! Yo lo *adoro*. ¿Y las bujías?

—Seguramente; las considero como de primera necesidad. ¿Os saciáis de ellas también?

Sus ojos centellearon.

—¡Oh! No hablemos más de esas cosas exquisitas.

. . . .

II

—Decía que nos instalamos en nuestra magnífica casa. Pero yo no era feliz. ¿Por qué? Porque yo había nacido para el amor; sin él no podía haber verdadera felicidad para mí; quería ser amada por mí misma. Quería un ídolo y quería también ser el ídolo de mi ídolo, y nada más que una mutua idolatría podía satisfacer mi naturaleza afectuosa. Claro está que no me faltaban pretendientes (más de los que yo deseaba), pero todos y cada uno tenía un defecto..... capital: más tarde ó más temprano, yo descubría este defecto. Unos, después de otros, se hicieron traición á sí mismos: no querían mi persona, sino mi fortuna.

—¿Vuestra fortuna?

—Sí; porque mi padre es el más rico de nuestra tribu y hasta de todas las [illegible]s de estas regiones.

[illegible] pensaba, sorprendido, en qué podía consistir esa fortuna. No podía [illegible] su casa; cualquiera podía construir aquí una á imitación suya: no podían [illegible] tampoco sus pieles; carecían de valor: tampoco el trineo, los perros, el [illegible], las redes y otros utensilios de pesca; no, ¡todo eso no podía constituir

una fortuna!..... Entonces ¿qué es lo que podía hacer tan rico al buen hombre y llevar á su casa tantos viles aduladores?..... Al fin parecióme que el mejor medio de saberlo era preguntarlo. Eso fué lo que hice. Lasca se alegró tan francamente de la pregunta, que me di cuenta inmediatamente de la impaciencia que tenía de oírsela dirigir; deseaba ella tanto confiarme la cosa, como yo ardía por saberla. Así que se inclinó confidencialmente á mi oído para decirme:

—Adivinad la fortuna de papá..... ¡Nunca lo conseguiréis!.....

Aparenté reflexionar profundamente; por su parte, ella examinaba con una atención satisfecha mi actitud de ansioso recogimiento, y, cuando al fin renuncié á ella, suplicándola que calmase mi curiosidad y me dijese de una vez la fortuna de ese Vanderbilt del Polo, se inclinó á mi oído y me dijo en voz muy baja y conmovida:

—*Veintidós anzuelos*, no formados con espinas de pez, sino importados y *hechos de hierro verdadero.*

Luego dió algunos pasos hacia atrás, dramáticamente, para observar el efecto de sus palabras. Para no desanimarla, conservé mi seriedad. Casi pálido murmuré:

—¡Dios mío!

—¡Tan de veras como que estáis vivo, Sr. Twain!

—Lasca, me engañáis: ¿es posible?

Ella se turbó casi asustada, exclamando:

—Sr. Twain, todo eso es cierto, desde la primera palabra hasta la última. ¿Me creéis? Me creéis ahora, ¿no es eso? Decid que me creéis; sí, decidlo ¡que me creéis!

—Sí, os creo..... al menos hago lo que puedo por creerlo..... pero, todo eso ha sido tan imprevisto y tan inverosímil..... ¿Por qué me lo dijisteis sin preparación?

—Dispensadme..... si hubiese podido.....

—No hablemos más de eso—repliqué;—la juventud es aturdida algunas veces, y además no podíais prever qué efecto.....

—Indudablemente, pero hubiera debido pensar en todo.....

—Siquiera, Lasca, hubieseis dicho: cinco ó seis anzuelos para comenzar; después, poco á poco.....

—Sí, sí; ya comprendo..... después, poco á poco..... decir uno, después dos, después tres..... ¿por qué no he pensado en ello?

—Basta ya, niña; no hablemos más de ello. Me siento mejor; dentro de un momento ya no sentiré nada. Pero abrumar á uno con los veintidós anzuelos, así, de repente, sin prepararle; y además á una débil criatura.....

—¡Qué descuido!—gimió.—Pero dispensadme. Me perdonáis, ¿no es eso?

Y así sucesivamente, y después de numerosas y gentiles excusas, conced mi perdón; se alegró mucho y no tardó en volver á sus confidencias. Así que no tardé en saber que el tesoro de la familia contaba, además, con otro ex

traño monumento: una joya de gran precio en apariencia; trataba de describírmela con ciertas precauciones para evitarme una nueva emoción. Pero yo quería saberlo y no la dejé en reposo hasta que me lo hubiese dicho todo. Vacilaba; pero yo le repetí tantas veces que estaba ahora preparado á comprenderlo todo, sin sentir la menor emoción, la animé tanto, que acabó por confesarme que la joya la traía ella consigo; y metiendo la mano en su seno, puso á mi vista, espiándome ansiosamente con la mirada, un lindo cuadradito de cobre bruñido. Me dejé caer sobre ella con un arrebato tan bien fingido que se estremeció de gusto. En cuanto parecí calmarme, se apresuró á preguntarme lo que pensaba de su joya.

—¿Lo que pienso? ¡Pienso que es la cosa más exquisita que he visto!

—¿De veras? ¡Qué amable sois! ¿No es adorable esto? Bien creía yo que os entusiasmaría. ¡Qué joya encantadora! ¡Seguramente no hay una maravilla semejante en nuestras latitudes! Han venido en muchedumbre de los mares polares para contemplarla. ¿Habéis visto alguna vez una joya tan hermosa?

Le respondí que era la primera que veía. Me costó trabajo decirle la generosa mentira; porque yo había visto á millares joyas muy parecidas á la suya; la pobrecita la tenía por una inestimable joya, ¡siendo, en realidad, un viejo *ticket* de equipajes del Ferrocarril Central de New-York *(New-York-Central-Raibrad)!*

—Lasca—exclamé,—¿no lleváis siempre con vos ese tesoro? ¿Sola y sin ir acompañada siquiera de un perro?

—¡Chut! No tan alto—dijo;—nadie sabe que lo tengo conmigo. Se cree que está siempre bajo llave, con el tesoro de papá, de donde no sale.

—¿Y dónde está ese tesoro?

Mi pregunta era indiscreta; por un momento Lasca quedó sorprendida y algo desconfiada.

—Vamos, venid—le dije,—no tengáis miedo. En mi país somos setenta millones de habitantes; pues bien, nadie vacilaría (dispensadme que me haga esta justicia) en confiarme el escondrijo que guarda esos anzuelos.

Estas palabras la animaron, y no puso más dificultades en responderme. Luego me ensalzó los carámbanos de hielo transparente, que eran las ventanas de su casa; me preguntó si teníamos unas así; no me costó trabajo alguno confesarle que no; lo cual le agradó tanto, que no sabía cómo demostrarme su contento. Era tan fácil agradarle, y tan agradable conseguirlo, que continué diciendo:

Ah, Lasca! ¡Qué joven tan feliz sois! Esa mansión magnífica, esa joya , ese tesoro tan rico, esos océanos de nieve que hay que recorrer, esos en manadas para vuestras casas, la noble libertad en medio de una estead sin límites que realzan suntuosos carámbanos; ¡todos esos esplendoara vos! Tantos ojos encantados que adoran los vuestros, y los homena- las devociones de muchedumbres enteras preocupadas de agradaros;

¡todas esas embriagueces para vos! Joven, rica, bella, buscada por todos, por todos adulada, envidiada; ¡sin que uno de vuestros deseos deje de satisfacerse, sin que uno de vuestros votos deje de realizarse! ¡Sí, sí, todo para vos! ¿No es verdaderamente una felicidad excesiva? Me he tropezado con muchachas jóvenes á millares; ¡no las había como vos! ¡Ninguna de ellas podía vanagloriarse de tales esplendores! ¡Sólo vos gozáis de ellos! Y vos sois digna, Lasca, sí, verdaderamente digna, ¡con todo mi corazón lo proclamo!

III

Mis palabras la pusieron orgullosa y feliz; me dió las gracias una y otra vez por mis últimas frases, y su voz y sus ojos revelaban cuán conmovida estaba. Se puso á decirme:

—¡Y, sin embargo, hay sombras al lado de esos brillantes rayos.....! ¡Es una carga dura de llevar la de la opulencia! Muchas veces me he preguntado si no era preferible ser pobre, al menos vivir con una fortuna módica. Me disgusta ver á las tribus vecinas abrir mucho sus ojos pasmados cuando pasan por nuestra puerta, y decirse en voz baja con una especie de respeto: «¡Vedla! ¡Ahí está la hija del millonario!» Algunas veces agregan dando un suspiro: «Ella rueda entre anzuelos, y nosotros..... ¡Nosotros no tenemos nada!» Eso me destroza el corazón. En mi infancia éramos pobres; entonces, si queríamos, dormíamos con las puertas abiertas, y ahora nos vemos obligados á tener toda la noche un vigilante. En aquel tiempo, mi padre era alegre y afable para todos; austero y altivo hoy, no quiere tolerar familiaridades. Antaño, su familia era la que ocupaba todos sus pensamientos; ahora anda con el espíritu absorto en sus anzuelos. Su opulencia hace á todos los que le rodean rastreros y obsequiosos. ¡Odio desde el fondo de mi corazón las fortunas de los millonarios! En aquel tiempo éramos una tribu de buenas personas, satisfechas con los anzuelos de espinas de pez de nuestros padres: ahora la avidez nos devora; sacrificaríamos todo sentimiento de honor y de probidad por poseer esos envilecedores anzuelos de hierro que vienen del extranjero. Pero ¡dejemos esas tristezas! Como os decía hace poco, mi sueño era ser amada solamente por mí misma. Al fin me pareció que ese sueño iba á realizarse. Un día llegó un extranjero; dijo que se llamaba Kalula. Yo le di mi nombre, y él me respondió que me amaba. Mi corazón palpitó de gratitud y de felicidad, porque, desde el momento en que le vi, le amé y se lo dije. Me oprimió prolongadamente sobre su pecho, afirmando que nunca podría s más feliz de lo que era. Dimos juntos un largo paseo, muy lejos, sobre hielos flotantes, comunicándonos todos nuestros pensamientos, presintien ¡oh sí! el porvenir más dulce. Cuando por fin estuvimos un poco cansad nos sentamos para comer; llevaba en su alforja bujías y jabón; y yo algur cangrejos. Teníamos hambre; ¡nunca nos había sabido tan bien la comi

Él pertenecía á una tribu cuyas tiendas se levantaban muy á lo lejos, hacia el Norte; y lo que me colmó de alegría fué que adiviné que nunca había oído hablar hasta entonces de mi padre. Indudablemente, la existencia del millonario le era conocida; pero ignoraba su nombre, y por consiguiente ¡no sabía que tenía delante de sí á su hija! Ya supondréis que me guardé muy bien de decírselo. Al fin era amada por mí misma; ¡y era tan dichosa en mi frenesí! ¡Oh, mucho más dichosa de lo que podéis imaginar!

En estos coloquios, se aproximaba la hora de comer. Y lo llevé á la casa. Cuando llegamos cerca de ella, su admiración estalló:

—¡Oh qué esplendor!—exclamó:—¿ésa es la casa de vuestro padre?

Juzgad de mi sorpresa y de mi emoción ante su exclamación, al ver sus ojos iluminados de asombro: emoción que desapareció muy pronto, porque yo le amaba; y su andar seguía siendo imponente y tranquilo. Mis tíos y mis tías, todos mis primos, todos quedamos encantados; llegaron numerosos invitados. Y bien cerradas las puertas, la casa resplandeciente con las mil luces de nuestras lámparas de papel, iluminando una atmósfera cálida, cómoda y abrigada, dimos comienzo á un alegre festín, para celebrar nuestros esponsales.

Á los postres, papá no pudo reprimir su tentación de enseñar todas sus riquezas á Kalula, de poner ante su vista la extraordinaria fortuna que había reunido y, sobre todo, ¡de gozar del asombro y la admiración del buen hombre! Yo hubiera llorado de buena gana, pero era inútil intentar disuadir á mi padre de su proyecto: guardé silencio y quedé sentada, muy entristecida.

Hele aquí que, delante de todo el mundo, va derecho al escondrijo, saca todos los anzuelos preciosos, y en un gracioso movimiento los tira por encima de mi cabeza, sobre el piso, donde se esparcen en una deslumbradora confusión, á los pies de mi prometido.

Naturalmente, el pobre muchacho quedó hechizado y deslumbrado; la admiración le sofocaba; no podía comprender que un hombre pudiese poseer por sí solo tan increíbles riquezas. De repente, sus miradas se animaron y exclamó:

—¡Ah! ¡Ah! Ya lo veo: ¡vos sois el millonario famoso!

Mi padre y todo el mundo se echaron á reir á carcajadas; luego papá recogió distraídamente el tesoro, como una cosa sin valor, y lo volvió á poner en el escondrijo: ¡si hubieseis visto á Kalula!..... Verdaderamente era digno de que se le describiese.

—¿Es posible—gritó—que encerréis así, sin contarlas, tantas joyas?

...aya si lo es!—replicó mi padre, con su estruendosa risa de júbilo;—...se ve que nunca habéis sido rico para dar tanta importancia á dos ó tres ...los.

...guramente, señor—dijo Kalula después de un instante de breve em...,—nunca he poseído tales magnificencias y nunca había encontrado á ...ue fuese bastante rico para tocar en ellas sin contarlas; por la senci-

llísima razón de que el más rico de todos los que he visto no llegaba á reunir más que tres anzuelos.

Papá continuó riendo de muy buena gana, con el aire de uno que no acostumbra á contar sus anzuelos, y menos á preocuparse de ellos. ¡Les hacía los honores, sí! Pero ¿contarlos? ¿Para qué? ¡Los contaba todos los días!

Era el medio día cuando había encontrado y amado á mi prometido; tres horas después, al crepúsculo, la había llevado á la casa, porque los días disminuían y la noche de seis meses iba á comenzar. El banquete había durado muchas horas; cuando se marcharon los invitados nos instalamos unos y otros en nuestros bancos, y pronto todo el mundo dormía. Sólo yo velaba. Era muy feliz, estaba demasiado agitada para dormirme. Sin menearme, descansaba, cuando al cabo de algún tiempo pasó junto á mi lecho una forma imprecisa, para desaparecer en la profunda obscuridad que reinaba en el fondo de la habitación. Imposible me fué distinguir nada, ni quién era, ni si era un hombre ó una mujer. La aparición no tardó en reaparecer, dirigiéndose hacia el lado opuesto. Quedé inmóvil y asombrada; pero asombrarse no conduce á nada, y mientras me asombraba me dormí.

¿Cuánto duró mi sueño? No lo sé; pero lo que sé bien es que me desperté sobresaltada, en el preciso momento en que papá gritaba con voz terrible: «¡Por el Dios de las Nieves, falta un anzuelo!» Vínome el presentimiento de que iba á sucederme una desgracia, y mi sangre se heló. ¡Ah!, mi presentimiento no tardó en tomar cuerpo:

—¡Todo el mundo de pie!—bramó mi padre.—¡Coged al extranjero!

Entonces, de todas partes, en la obscuridad profunda, se elevan clamores; formas imprecisas corren y se precipitan. Salto en socorro de mi amado; pero ¿qué podía hacer ya sino esperar é implorar? Ya una muralla humana me separaba de él, que estaba tirado en el suelo, con las manos y los pies atados. Hasta el momento en que volvió en sí se me impidió aproximarme á él. Me precipité sobre el pobre ser inmóvil, y, oprimiendo mi pecho contra el suyo, lancé gritos de dolor, mientras que mi padre y toda la familia me colmaban de burlas y le cubrían de injurias y de insultos. Él sufría su infortunio con una dignidad tranquila que me le hizo más amable, y que me daba una especie de alegría y de orgullo de sufrir con él y por él. Oí á mi padre dar la orden de convocar á los más ancianos de la tribu para juzgar á Kalula y pronunciar la sentencia capital.

—¿Es posible—exclamé—que se le condene antes de que se haya hecho tentativa alguna para encontrar el anzuelo perdido?

—¡Anzuelo perdido! ¡Ah!, ¡ah!—exclamaron todos; y mi padre agregó (son de burla:—Dejad, dejad, no nos movamos, ¡que va á ponerse ella á b car ese anzuelo *extraviado!* ¡Estad seguros de que lo encontrará!—Y todos . echaron á reir.

Yo no estaba intimidada y no sentía ni temor ni vacilación, y dije:

—Ahora os reís, pero esperad un momento; vais á ver.

Cogí una antorcha y no me cupo duda alguna de que iba á poner la mano en la joya perdida. Buscaba con tal confianza, que los semblantes se pusieron graves; pensaban que no debían haber formado tan pronto un juicio temerario. Pero, ¡ah!, y tres veces ¡ah! ¡Cuántas amarguras sufrí en esta rebusca! Hízose un profundo silencio; el tiempo de contar diez ó doce veces los diez dedos; luego el ánimo comenzó á decaer y las burlas se sucedieron, poco á poco más seguras y más atrevidas, para estallar en una explosión de risas sarcásticas cuando tuve que renunciar á la empresa.

Nadie sabrá jamás lo que yo sufrí entonces; pero mi amor me daba fuerza y valor y me puse en el sitio que me pertenecía, al lado de Kalula; le oprimí entre mis brazos y murmuré á su oído:

—Sois inocente, amado mío, lo creo, pero decídmelo vos mismo, para que recobre fuerzas, para que sea reconfortada, para que pueda resistir todo lo que nos ocurra.

Él me respondió:

—Tan cierto como que voy á morir, lo juro, lo juro, soy inocente. ¡Sed valerosa, corazón desgarrado! Sé valerosa y fuerte; estáte tranquila, ¡oh, tú, suspiro de mi pecho, vida de mi vida!

—¡Los ancianos pueden venir ahora!

Y cuando yo pronunciaba estas palabras se sintió en la puerta un ruido de nieve pisada; luego, una fila de formas imprecisas avanzó silenciosa: ¡eran los jueces!

Mi padre acusó formalmente al preso, é hizo un minucioso relato de los acontecimientos de la noche. Afirmó que el vigilante estaba fuera, en su puesto, y que en la casa no había más que la familia y el extranjero. ¡Nadie más!

«¿Ha de robar la familia sus propios bienes?», dijo al terminar. Por espacio de muchos minutos los jueces quedaron silenciosos; al fin, uno después de otro, cada cual dijo: «Es seria la acusación contra el preso». Yo oí esas palabras terribles. Entonces mi padre se sentó en silencio. ¡Desgraciada de mí! Sí; en aquel momento mismo hubiera podido probar la plena inocencia de mi amado. Pero ¡ah! no lo supe hasta más tarde.

El presidente del tribunal preguntó:

—¿Hay aquí alguien que quiera defender al preso?

Yo me levanté y dije:

—¿Para qué había de robar él ese anzuelo ó muchos, ni siquiera todos? Con un día que esperase, le hacía yo heredero de todo el tesoro.

Permanecí de pie y esperé. Hízose un largo silencio: la respiración de mis ...os me circundaba de una especie de niebla. Al fin, cada uno de los an...os meneó, uno después de otro, la cabeza murmurando: «¡Hay segura...e un argumento muy enérgico en lo que acaba de decir esa muchacha!» ...qué consuelo fueron para mi corazón estas palabras! ¡Bien breves, pero ...aves! Me senté.

—Si alguien quiere hablar más—dijo el presidente,—que tome la palabra. Después se procederá á la terminación del juicio.

Mi padre se levantó de nuevo y se expresó así:

—Durante la noche, una forma humana pasó junto á mí en la obscuridad. Se dirigió directamente hacia el tesoro y volvió un instante después. Ahora comprendo que era el extranjero.

¡Ah, estuve á punto de desmayarme! Creía ser la única en saber mi secreto, que el abrazo del gran Dios del hielo no hubiera podido arrançar de mi corazon! El jefe del tribunal dijo gravemente á mi pobre Kalula:

—¡Responded!

Después de un momento de vacilación, Kalula se expresó así:

—¡Era yo! Esos anzuelos espléndidos ocupaban mi pensamiento y alejaban de mis ojos el sueño. Me dirigí hacia las joyas; las llevé á mis labios y las contemplé mucho tiempo para apagar mi sed de admiración, en esta satisfacción inocente. Luego las volví á colocar en su sitio. Tal vez haya dejado caer alguno; pero ¡no lo he robado!

—¡Oh qué confesión fatal en este momento!

Un murmullo de desaprobación se dejó oir por toda la asamblea. Comprendí que él mismo acababa de pronunciar su propia condenación y que todo estaba consumado. En el rostro de cada uno de los jueces podía leerse: «¡Qué intento de excusa tan grosero, de tan poco valor y tan inadmisible!

Permanecí sentada, reprimiendo los sollozos que me ahogaban. ¡Y con qué ansiedad! Por último, se pronunciaron las solemnes palabras de la sentencia, y cada una de estas palabras era una puñalada en mi corazón.

—¡La decisión del tribunal le condena á que se someta al *juicio del agua!*

¡Maldito sea el que ha importado entre nosotros el *juicio del agua!* La institución data ya de muchas generaciones y la debemos á una región muy remota que está situada no sé dónde. Antes nuestros padres se contentaban con apelar á los augurios y á otras prácticas judiciales bastante precarias, y sin duda algunos pobres diablos debieron á ellas el salvar la vida; pero no ocurre así con el *juicio del agua,* que es una invención de hombres mucho más civilizados que podemos estarlo nosotros, pobres salvajes. En virtud de ese juicio los inocentes son reconocidos como inocentes, sin duda ni disputa alguna ¡si se ahogan!, y los culpables son convictos de su culpabilidad, con la misma certeza, ¡si flotan á la superficie! Yo tenía el corazón desgarrado: «Es inocente—me decía yo,—va á desaparecer bajo las olas. Y ya no le veré nunca más».

No le abandoné. Lloré en sus brazos las últimas horas que nos quedaban, y él confió á mis oídos todas las palabras de amor que sabía. ¡Oh, cuán feli y cuán infortunada fuí á la vez! Al fin fué arrancado de mis brazos y m puse á seguirle llorando, y le vi sumergirse bajo las olas. ¡Con las manos m tapé los ojos! ¡Qué agonía! Sí, ¡conozco las angustias más profundas de es palabra terrible!....

De repente, estalló á mi lado una especie de júbilo impío; conmovida, abrí los ojos. ¡Oh espectáculo más amargo aún! *¡Flotaba!* Inmediatamente mi corazón se heló. Exclamé:

—¡Era culpable! ¡Y me mintió!

Sentí náuseas de desprecio y entré en casa.

Lo transportaron muy lejos, muy lejos, en alta mar y se le abandonó sobre un carámbano de hielo, que iba nadando hacia los mares del Sur..... Luego me encontré con mi familia, y mi padre me dijo:

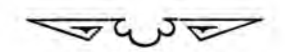
—Vuestro ladrón me ha encargado que os dé su adiós de despedida y que os repita sus últimas palabras: «Decidle que soy inocente y que todos los días, á todas horas, á cada minuto de mi agonía, hasta que dé mi último suspiro, la amaré y pensaré en ella y bendeciré el día en que por primera vez contemplé su.....» ¿No es esto encantador, casi poético?

Me contenté con responder:

—Es un..... ¡No se me hable nunca más de él! ¡Y decir que *era* inocente! ¡Que *fué* siempre inocente!

Nueve meses, nueve lúgubres meses pasaron, y luego volvió la fiesta anual del gran sacrificio, el día en que todas las jóvenes de la tribu deben lavar su cara y peinar sus cabellos..... Al primer movimiento del peine, he aquí que cae el anzuelo fatal de mi cabellera, donde había estado cobijado desde la noche maldita; y me desmayé en los brazos de mi padre, atormentada de remordimientos. «¡Ah—dije con voz sorda,—le hemos asesinado; nunca más me verán sonreir!» ¡Ha cumplido su palabra! Por mi parte, desde aquel día hasta hoy, nunca pasé un mes sin que tenga la precaución de peinarme. Pero ¿á qué viene ahora?.....»

Aquí termina el humilde y melancólico relato de la pobre muchacha. Nos enseña que, ya que cien millones de duros en New-York y veintidós anzuelos en las riberas del Polo Ártico representan igual supremacía financiera, bien tontos somos en vivir con miseria en New-York, pudiendo hacer un paquete de anzuelos y emigrar.



REVISTA DE REVISTAS

«LA LITERATURA EN EL SIGLO NUEVO»

North American Review (1).

Éste es el título de un interesante artículo firmado por Brander Matthews, distinguido profesor de Literatura Dramática en la Universidad de Colombia (antiguo *King's College*). «No es posible negar, comienza diciendo, la dificultad de cualquier tentativa de dirigir una mirada por todo el campo de la literatura tal como se nos revela al principio de este siglo; y no hay que negar el peligro de cualquier esfuerzo por declarar el estado actual y la perspectiva del futuro. ¿Cómo es posible proyectar nuestra visión, presagiar si la corriente nos arrastra, señalar los escollos y los bajíos donde puede sucumbir nuestra nave?»

Pero una reflexión le induce á proseguir: los problemas literarios no son puramente literarios; y, en cuanto que la literatura es una tentativa para expresar la vida (como ha sido siempre en las épocas de mayor perfección), los problemas de la literatura tienen una relación íntima con los problemas que se nos plantean en la vida. «Si nos desviamos de las disputas de escuelas y contemplamos el mundo, podemos descubrir en la sociedad fuerzas que ejercen también poderosa influencia sobre el futuro de la literatura.» Ahora que ha pasado el siglo XIX, podemos lúcida y desinteresadamente considerar la herencia que nos ha legado, apreciar sus esfuerzos y sus tendencias, y deducir nuestras obligaciones; pues si él fué quien nos creó, nosotros hemos de crear al siglo XX. Ante todo debemos señalar los caracteres salientes del siglo XIX, y especialmente la significación del adelanto operado en el método científico, la extensión del movimiento democrático, la intensificación del espíritu nacional y el desarrollo de lo que se llama cosmopolitismo. «Así, pues, son cuatro los legados que nos dejó el siglo XIX: primero, el espíritu científico; segundo, la propagación de la democracia; tercero, el robustecimiento de la nacionalidad; y cuarto, el cosmopolitismo».

»El espíritu científico—así lo definía un perspicaz crítico americano en un ensayo sobre Carlyle (que, entre paréntesis, estaba desprovisto de este espíritu y lo detestaba)—significa el equilibrio entre la hipótesis y la comprobación, entre la afirmación y la prueba, entre la apariencia y la realidad. Está inspirado por el impulso de investigación atemperada con la desconfianza y estimulada con la curiosidad. Es á la vez ávido de certeza y escéptico de apariencia. Es entusiásticamente paciente, no-

(1) 15 de Octubre.

blemente literal, cándida, tolerante, hospitalaria.» Este aserto es de un literato que había encontrado en la ciencia una *fuerza tónica*. Por otra parte, el Presidente de la Asociación Americana para el adelanto de la Ciencia declara que «el carácter fundamental del método científico es la honradez..... El único objeto es aprender la verdad y ser guiado por la verdad». Después añade este distinguido pensador, doctor Remsen, rector de una de las primeras Universidades americanas, que «el empleo constante del método científico debe al fin dejar impresa su huella sobre el que lo emplea. Una vida organizada de acuerdo con las enseñanzas científicas debe ser de un orden superior». Este empleo del método científico está muy lejos de la vana adopción de frases científicas y de la estéril aplicación de las fórmulas científicas. La ciencia ayuda al pintor á percibir más exactamente el efecto de las vibraciones de la luz, y al poeta á ampliar sus conocimientos. Así, por ejemplo, Longfellow tomó á la Astronomía una imagen que puso de manifiesto su moral:

Where a star quenched on high,
For ages woul do its light,
Stills travelling downward from the sky,
Shine to our mortal sight.
So, when a great man dies,
For years beyond our ken,
The light he leaves behind him lies
Upon the path of men (1).

Ya Wordsworth, cien años ha, había saludado «los descubrimientos del químico, del botánico y del mineralogista», como «objetos propios del arte del poeta», declarando que «si llegase un tiempo en que lo que ahora se llama Ciencia se familiarizase de tal manera á los hombres, que tomase forma de carne y de sangre, el poeta asistiría á la transfiguración de su espíritu divino». Aunque el empleo del método científico no supone la aplicación de teorías científicas en las artes, el literato puede aprovecharse de éstas. Ibsen ha encontrado en la doctrina de la herencia una analogía moderna con la antigua idea griega del destino; y aunque no puede «ver vida continuamente y verla toda», ha podido revestir á sus sombríos fantasmas de aquella inexorable inevitabilidad que se observa en las obras maestras de Sófocles. No hablemos de la influencia del método científico en la crítica, que se ha transformado radicalmente desde que se enunció la teoría de la evolución. Á Brunetière debemos la aplicación de esta doctrina al desarrollo del drama. Al novelista y al dramaturgo dará el empleo del método científico más seguridad de análisis y les inducirá á renunciar «á la débil y sumaria psicología que permite á un hombre débil ó miserable por hábito arraigado transformarse mediante un simple y repentino esfuerzo de voluntad». «En todo arte, nos recordaba Taine, es necesario fijarse mucho en lo verdadero para obtener lo bello.» Á pesar de los servicios que el espíritu científico puede prestar en lo futuro, debemos precavernos contra la obsesión de la ciencia misma, [illegible]ede hacer perder el entusiasmo por el arte y empobrecer el alma. «La histo-

---

(1) «Cuando una estrella se extingue en lo alto, su luz, durante siglos enteros, viajando todavía de los cielos, brilla á nuestro hombre mortal. Así, cuando un gran hombre muere, por espa[illegible]e siglos que no están á nuestro alcance, la luz que deja tras de sí ilumina los senderos de los [illegible].»

ria, dice Huxley, nos enseña que el destino habitual de las nuevas verdades es comenzar como herejías y acabar como supersticiones.»

El espíritu democrático, nacido en el pasado siglo, se distingue por estar libre de intolerancias y por ser fecundo en simpatías, negándose á reconocer una superioridad conferida por el nacimiento. En las obras maestras del drama griego está ausente tal simpatía. Los ciudadanos cultos de Atenas estaban sostenidos por el trabajo del esclavo; pero sus grandes poetas dramáticos no analizaban la vida de estos esclavos ó las tristes condiciones de su servidumbre. En la literatura del siglo de Luis XIV se nota también algo de esto: Corneille y Racine no tienen para nada en cuenta, no sólo al aldeano, sino ya siquiera al burgués; y una de las causas que más influyen para que declaremos á Molière superior á los trágicos sus contemporáneos es que tenía un concepto más amplio de la vida. Las razas latinas parecen menos susceptibles de estos sentimientos que las teutónicas ó eslavas, y el desprecio impasible de Flaubert y Maupassant hacia las creaciones de su observación caracteriza mejor la actitud francesa que la compasión genial de Daudet. En Dickens y en George Eliot no hay supremacía aristocrática; y Turgueneff y Tolstoy no son culpables de altanera condescendencia. Al discutir la democracia, Lowell trató de alentar á las almas tímidas que temían el peligro de que «se redujese todo el género humano á un nivel de mediocridad» y de que «se disminuyese el respeto debido á la supremacía de posición, virtud ó genio»; y explicaba que, en realidad, la democracia abría una carrera al talento. Matthews rechaza el aislamiento del artista, porque, como dice muy bien, «los libros que sobreviven fueron escogidos entre los que han sido populares». Cicerón, que era un aristócrata y un artista de las letras, decía: «Dada oportunidad y tiempo, el reconocimiento de los muchos es una prueba tan necesaria de la excelencia en un artista como el de los pocos». El verso, aunque sea exquisito, es casi inútil si es puramente técnico y meramente académico, si agrada sólo al paladar sofístico del *dilettanti* y no conmueve el corazón de las gentes vulgares. La que pretenciosamente se llama *ecriture artiste* debe recoger su recompensa en las *precieuses ridicules* de la hora actual.

«Tan significativo como la propagación de la democracia en el siglo XIX es el éxito con que la idea abstracta de nacionalidad se ha expresado en forma concreta.» Italia ha dejado de ser una expresión geográfica; Alemania se ha unido; Hungría ha afirmado su personalidad frente á los austriacos, y Noruega frente á los suecos. Los caracteres de raza son tan manifiestos que los descubrimos aun cuando se disfrazaban con el lenguaje latino, cuando éste era universal. Séneca, el grandilocuente retórico, fué español de nacimiento, y Petronio, el robusto realista, nació, probablemente, en lo que ahora es Francia. En literatura la tendencia á la manifestación del espíritu nacional se revela en hombre como Verga, pintando las pasiones violentas de los sicilianos, y Reuter, describiendo las tranquilas alegrías del Plaff-Deutsch; Maupassant, bosquejando á los cautos normandos; Daudet, pintando la exuberancia expansiva de los provenzales. Como dijo Tennyson: «Los autores, más que los diplomáticos, son los que hacen que las naciones se amen unas á otras».

El interés profundo en la expresión de las cualidades nacionales y en la repr sentación de las cualidades provinciales va hoy acompañado de un creciente cosm politismo que parece traspasar las barreras de la raza y del idioma. Goethe ha dicl hace más de ochenta años que la literatura nacional «era un término sin sentid cuando «comenzaba la época de la literatura nacional». Con toda su sabiduría, Goe

no comprendió que el cosmopolitismo es una cosa despreciable cuando no es la expresión final del patriotismo. Como un crítico americano enseña, «un verdadero cosmopolita está en su hogar y hasta en su país»; y un novelista ruso—Turgueneff—ha expresado el mismo pensamiento. El cosmopolitismo del siglo pasado se ha revelado en la semejanza de las formas externas de literatura. Por ejemplo, es un hecho que el *Demi-Monde* de Dumas, *Los puntales de la sociedad* de Ibsen, la *Magda* de Sudermann, *El Gran Galeoto* de Echegaray, *El Segundo Mrs. Tanqueray* de Pinero y la *Gioconda* de D'Annunzio, están fundidas en el mismo molde dramático; pero es también un hecho que el metal de que está formada cada una fué excavado en la tierra natal. Siempre ha sido provechoso á los artistas la absorción de métodos, procedimientos y hasta de ideales artísticos. El Gorgias siciliano tuvo por discípulo á Isócrates ateniense; y el estilo del griego fué imitado por el romano Cicerón. *La Matrona de Éfeso* de Petronio fué la bisabuela de la *Ivette* de Maupassant; y los diálogos de Herondas y Teócrito sirvieron de modelos para muchas viñetas de la vida moderna. *El Asno de Oro* de Apuleyo abrió el camino al *Gil Blas*. Fácil es descubrir la influencia de Richardson sobre Rousseau, de Rousseau sobre Jorge Sand, de Jorge Sand sobre Turgueneff, de Turgueneff sobre Henry James, de Henry James sobre Paul Bourget, de Bourget sobre D'Annunzio; y, sin embargo, no se puede negar que Richardson es radicalmente inglés, que Turgueneff es completamente ruso y que D'Annunzio es esencialmente italiano. Esta individualidad de raza es nuestra gran esperanza y la salvaguardia contra el *dilettantismo*, el artesanismo y el peligro de que nuestro cosmopolitismo pueda degenerar en alejandrianismo, y de que nuestro siglo pueda llegar á ser como el siglo de los Antoninos, cuando «una nube de críticos, de compiladores, de comentadores, obscurecían la enseñanza», como nos dice Gibbon, y «la decadencia del genio fué inmediatamente seguida de la corrupción del gusto». Este cosmopolitismo nos proporcionará, por último, el idealismo de que tan necesitados andamos.

LA LITERATURA DE TESIS

La Revue (1).

«Si la literatura en estos últimos tiempos, escribe Jorge Pellissier, es decir, la novela y el teatro, sus dos formas eminentemente *actuales*, se interesa más que nunca en los problemas morales, hay de qué congratularse. No hay apenas otras obras durables que las que llevan en sí una enseñanza, las que proporcionan al lector materia de reflexión.» La literatura clásica del siglo XVII consideraba la novela como un género frívolo y no lo ejercitaba. En cambio, el teatro trágico ó cómico es una verdadera escuela, sin citar á La Fontaine, que se prohibe «contar por contar», y á La Bruyère, que declara expresamente en el prefacio de los *Caracteres* que no se debe escribir sino para dar instrucción. El teatro trágico es con Corneille «una escuela d[illegible]deza de alma». Y mientras Corneille exalta en el hombre el sentimiento de s[illegible]tud, Racine le enseña á desconfiar de su debilidad: así los jansenistas, que e[illegible]benévolos para con los autores teatrales, esos «envenenadores públicos»,

---

[illegible] octubre.

le rendían un insigne homenaje por mediación del gran Arnauld. En el teatro cómico, Molière, no sólo pinta las costumbres, sino que, fiel á su divisa, las corrige. Boileau hace el mejor elogio del autor de *L'ecole des femmes* diciendo que «su palabra vale muchas veces lo que un docto sermón»; más tarde, Voltaire le llama el legislador de las conveniencias sociales. Es indudable que el valor de una comedia no se mide por su moralidad intrínseca, y que ya significa algo vencer en esa *extraña empresa* que consiste en *hacer reir á las personas honradas*. Pero, desde Molière hasta François de Curel, las comedias con que el teatro se honra, no sólo divierten al pensador, sino que le obligan á pensar, le instruyen, hacen que fije su atención en las cuestiones más elevadas de moral pública ó privada. Como dice también Voltaire, en el autor del *Misántropo* y del *Tartufo* hay un «filósofo»; por eso no puede comparársele Regnard, el cómico encantador, pero no filósofo. Y en nuestro tiempo, el mayor mérito de Dumas, que vino después de Scribe, es haber llevado á la escena preocupaciones de moralista no menos extrañas á Scribe que el respeto hacia la verdad.

«Sin embargo, continúa Pellissier, si la literatura tiene una *función social*, puede repudiarse la teoría del arte por el arte sin poner el teatro y la novela, como hacen muchos autores contemporáneos, al servicio de no sé qué *didactismo* tan pueril como ficticio.» Flaubert en la novela, y Becque en el teatro, nos redimieron de la tesis. El primero se exaltó hasta pretender que el estilo tiene valor en sí y por sí. Recordando el muro de la Acrópolis, muro escueto y sin adornos ante el cual había proferido gritos de admiración, preguntaba «si un libro, independientemente de lo que dice, no debe producir el mismo efecto» (1). Notaba también que «lo que parece ser lo exterior es sencillamente lo interior», y que «la forma y el fondo son dos entidades que nunca existen una sin otra». A Jorge Sand, que le reprochaba su aparente indiferencia, contesta que distingue al hombre del autor, y que al escribir reprime «cosas que quisiera expectorar y que se traga», «convicciones que le ahogan». En cuanto á Becque, si en su obra *Los cuervos* logró éxito, es porque repudió la fórmula de la comedia de tesis en una época en que Dumas la aplicaba con insolente ostentación. «Tengo, declaraba Becque, horror por las piezas de tesis; yo no soy un pensador.» Y opinando en contra de Boileau, dice de Molière: «Molière no es tampoco un pensador; no le pidáis ideas: su función es representar á sus semejantes» (2).

Los modernos dramaturgos no proceden de otra suerte. Hervieu escribe piezas casi automáticas: Brieux se contenta en sus primeras obras, *Las tres chicas del Señor Dupont*, por ejemplo, con reproducir la Naturaleza, llegando á una conclusión muy sencilla sacada de la experiencia. Ahora en *Las sustitutas*, *Los averiados*, modela los personajes y los hechos con arreglo á una idea preconcebida y pone en moralidad su teorema. En la novela, Melchor de Vogüe y Paul Bourget ponen sus libros al servicio de sus teorías políticas ó sociales. En *Les Morts qui parlent*, el primero hace la apología del cesarismo, y en *L'Etape* y *Un Divorce* el segundo defiende el dogma monárquico y católico. «¿No admiráis ese celo, y sobre todo ese candor? Obras tales recuérdanme las historietas que yo leía antaño para mi edificación en *La Semaine des Enfants*. Recuerdo una de ellas ilustrada con grabados. Toto, perdido en medio de un bosque, se desconsuela pensando que no encuentra el camino; la noche va á sorprenderle, y ya cree oir los lobos aullar tras él. Ahora bien: allí se alza á

(1) *Correspondance*, IV, 227.
(2) *Conference sur L'ecole des femmes.*

lado un poste en el cual, si supiera el alfabeto, podría leer: *Camino de la casa.* Pero Toto no ha querido aprender el alfabeto y los lobos le comerán. Aviso á los muchachos holgazanes.»

«Nuestros escritores de tesis — no hablo de los que redactaban *La Semaine des Enfants* ó redactan otras análogas — debieran persuadirse de dos cosas: la primera es que sus obras no tienen ningún valor demostrativo; la segunda, que reemplazan la imagen de la vida por construcciones arbitrarias y ficticias. Además, éstas no prueban nada, supuesto que el autor, posesionándose de su asunto, combina como quiere los acontecimientos y decide *ad libitum* la suerte de sus personajes.» Nota después Pellissier «que el mismo Alejandro Dumas, promotor del teatro útil», desmintió á veces sus propias teorías. En el prefacio de *Les Idées de Mme. Aubray* aduce á Shakespeare, que, al hacer que Otelo mate á Desdémona, no pretende por eso que todo marido celoso deba ahogar á su mujer. «Enhorabuena. Pero Shakespeare nunca ha sostenido tesis; y Dumas, al poner sus ideas en boca de Mme. Aubray, escribió su obra con intención de demostrarlas.»

«¿Hemos de deducir, concluye el articulista, que el arte repugna á la moral? Ya he comenzado diciendo que las obras maestras de nuestra literatura no tienen por objeto único ni divertir ni siquiera expresar la belleza. Pero hay que distinguir de la obra de tesis la que nos hace pensar, la que nos da una enseñanza ó siquiera una lección, sin moralizar y sin dogmatizar, sin acomodarse á una fórmula demostrativa.» Moliére, aunque era muy filósofo, no escribió obras de tesis; y Flaubert y Becque, aun renegando de toda preocupación de doctrina, dan en sus obras una moralidad vigorosa y sana.

LAS MUJERES EN LA INDUSTRIA

North American Review (1).

Elisabeth Carpenter comenta en este trabajo el artículo del mismo título publicado en el número de Mayo de la misma revista, original de Flora Mac Donald Thompson. Esta autora, demasiado pesimista, venía á resumir su trabajo en esta frase: «En una palabra, la verdad sobre la mujer en la industria se reduce á que es un fracaso terrible». ¿Pueden probarse todas estas cosas?, pregunta Mss. Carpenter. La primera suposición es que las mujeres, en un término medio, ganan menos de un duro por día; pero, según el propio testimonio de la escritora, la mujer normal en la industria es «la mujer sostenida por otros totalmente ó en parte». La cuestión es más amplia, más profunda, más significativa que las estadísticas aisladas sobre algunos cientos ó miles de mujeres trabajadoras, recién llegadas á los campos masculinos de la industria en general y puestas en competencia con los hombres. La cuestión del hombre contra la mujer es tan antigua como el mundo; los problemas del ...io contra la hembra son tan delicados como los de la flor contra la planta, y es ...repetir interminables confusiones intentar forzar en la individualidad de la mu... ...os trabajos y las fatigas de las energías del hombre. *Hasta aquí* las ganancias ...as de la mujer pueden ser menos de un duro por día; pero es una verdad pro-

bada (que Mss. Thompson repite) que, hasta aquí al menos, una mujer puede vivir con menos que un hombre. Por consiguiente, se impone la conclusión: la mujer iguala al hombre en habilidad para conservar la vida; sus necesidades son menores; acepta menos paga.

«El efecto de la práctica sobre los intereses económicos, dice Mss. Thompson, es disminuir la eficacia y aumentar el coste de la producción.» Enfrente de la primera afirmación, ésta parece de dudosa fuerza. ¿No es innegablemente cierto que el patrono moderno considera más minuciosamente el bienestar físico de sus empleados, lo mismo hombres que mujeres? ¿No se abren y se cierran los talleres y almacenes donde están empleadas personas de ambos sexos, á la misma hora, sin tener en cuenta para nada el sexo? ¿Se aducirá que los *hombres* nunca están enfermos é inútiles? Si así es, ¿por qué tantas sociedades benéficas? ¿Por qué una pensión? ¿Por qué una lista de retiro para el Ejército y la Armada? ¿Por qué las innumerables provisiones de ferrocarriles y todas las corporaciones para auxilio de obreros inválidos ó temporalmente inútiles, la mayoría de los cuales son machos?..... Que las mujeres, como sexo, tienen más resistencia física, más paciencia bajo presión más prolongada que los hombres, es una verdad demasiado conocida para repetirlo de nuevo. La exigencia de la mujer, por consideración física hacia su sexo, se extiende á todos los humanos vivientes; y así como la existencia de sociedades para la prohibición de la crueldad con los animales, lo mismo que con los niños, no es prueba de inferioridad en el animal ó el niño, así tampoco la ley de las ocho horas lo es de incapacidad masculina para el trabajo de un día. No consideramos al hombre como un objeto de compasión porque los amos modernos han comprendido el espíritu de progreso general y son más considerados, más humanos que el patrono normal de los tiempos medioevales. ¿Son los soldados ejemplos de una *caridad impotente* porque los Gobiernos modernos proporcionen hospitales de campaña, el ejército de la Cruz Roja y una alimentación y unas comodidades que los regimientos de la buena Reina Beis ó de Federico el Grande nunca soñaron en recibir? La humanidad no es caridad, es justicia. Hay un vicio fatal, dice la escritora, en todas las estadísticas que comparan las fuerzas masculinas y femeninas del mundo industrial. Ninguna mujer verdadera necesita ser un hombre, como un hombre viril no necesita ser una mujer. Porque en todo tiempo han sido *diferentes;* «macho y hembra los crió» (1), y es tan fútil intentar igualarlos, como lo sería hacer á un ciervo amar los modales de un león, ó á un águila contentarse con las miras de un reyezuelo. Cada uno ocupa su puesto, y ese puesto es definitivo. Por consiguiente, la estadística que aspira á probar que la mujer recién llegada al campo de la industria está por bajo del hombre experimentado, es tan necia como lo serían los datos que demostrasen la superioridad del artesano instruído sobre el aprendiz tosco. Es una verdad evidente que en el mundo de la industria, fuera del régimen doméstico, las mujeres todavía son extrañas; son únicamente principiantes, aprendices.

Llegamos al tercer punto discutido por Mss. Thompson: «el efecto sobre la mujer misma es deteriorar su aptitud física para la función materna y sujetarla á un fa sistema de educación, que mental y moralmente la inutiliza para su oficio eco mico en la familia». Á la primera cláusula de ese párrafo se sentirá movido á pı tar atención todo pensador apasionado; y si puede establecerse como un hecho inc

(1) *Masculum et feminam creavit illos.*—Génesis.

trovertible que el trabajo deteriora la aptitud de la mujer para la función materna, debemos examinarlo. Pero ¿no se ha previsto ese peligro? En Francia, el Consejo de Higiene determina «en qué ramas de la industria puede ocuparse una mujer sin detrimento para su salud». Francia, entre las naciones modernas, ocupa un puesto envidiable con respecto á su actividad industrial. Sin embargo, oímos continuamente que «en Francia las mujeres son las mujeres, y las mujeres son los hombres» (1). Como en Francia es amenazador el problema de la decadencia de la maternidad, parecería justificada esta idea; pero Zola ha demostrado en *Fecondité* que, cuando en Francia las familias son en número restringido, esto obedece á dos causas completamente distintas. No es la esposa del obrero, la lavandera ni la fregona, la que no posee fecundidad, aunque éstas trabajan diariamente con todas sus fuerzas, sobrecargando repetidamente sus facultades físicas pobremente alimentadas; ni la compañera del hombre de la clase media, esa ama de casa ideal que justifica el antiguo proverbio:

Man's work is from sun to sun;
But woman's work is never done (2).

No son estas (insistamos sobre este hecho significativo); no son estas mujeres las estériles, sino las que rivalizan con los lirios del campo, «que no trabajan ni hilan»; son ellas, las mujeres ricas, las de buena posición, las que no tienen empleo, las reinas de las «funciones sociales», las que con más insistencia se niegan á realizar el único trabajo que la vida ha exigido de ellas: el oficio de la reproducción. No es el trabajo, el esfuerzo, la energía, lo que desintegra á una nación, sino la ociosidad y la inercia. Además, «la aptitud física para la función materna» no puede lesionarse sino por degeneración física, y las labores domésticas son las que más conducen á este término, según han demostrado ilustres médicos. Tampoco es cierto, como Mss. Thompson piensa, que el trabajo industrial de la mujer la inutilice mental y moralmente para su oficio económico en la familia. ¿Por qué ha de ser una prueba de inutilización moral que una mujer gane dinero de un modo que es á la vez agradable y fácil para ella y utilizable para otros? La mujer de mentalidad activa ¿ha de ser acusada de descuidar el régimen doméstico? Recuérdese que fué María y no Marta quien «escogió la mejor parte», según el más grande de todos los maestros. Hay mil cosas dentro de la reducida esfera de las ocupaciones domésticas de una mujer que pueden rebajar su mentalidad y envilecer su alma, hasta que su actitud hacia el mundo en general, y hacia el hombre en particular, es la del *vampiro* de Kipling:

And it isn't the blame and it isn't the shame
that sthings like a redhot brand;
it's coming to know she never knew why
and never could understand.

. hompson indica en el siguiente punto un nuevo peligro. «El efecto produ- ...obre la sociedad es promover el pauperismo, aumentando el gasto de la vida ...jando á los hombres de la responsabilidad que les da fuerza y éxito en su

---

...d Whiting, *Paris of to-day*.

... abajo del hombre dura de sol á sol; pero el de la mujer nunca se acaba.»

oficio natural de dispensador de riqueza á la familia.» En los amplios horizontes que atraen á los hombres progresivos hacia nuevos campos de esfuerzo, hacia necesidades en la forma de existencia refinada y cómoda, seguramente no aumenta en proporción el gasto de la vida: si esto fuese cierto, la conclusión lógica sería, naturalmente, que el indio desnudo, guarecido en una tienda y cubierto por una manta, es un tipo mejor de hombre que el ciudadano de nuestra época, elegante y albergado en una mansión lujosa. Aumentar nuestras necesidades no es invitar á la pobreza. Y en cuanto á la segunda cláusula, si ha de plantearse la alternativa de una familia sufriendo, de unos hijos pobremente alimentados y mal educados, ó su marido que se apoye en ella para procurar comodidades á su hijo, ¿qué verdadera madre vacilaría un instante?

Al final, la escritora hace esta confesión: «Si *la mujer en la industria* significa una amazona marimacho, clamando por los *derechos de la mujer;* una fanfarrona imitadora de los modales del hombre, ó también una trabajadora ambiciosa insistiendo en que posee una capacidad igual á la masculina para el trabajo, todos los hombres y mujeres honradas se alegrarán de descubrir que ha sido y es todavía *un terrible fracaso*».

H. G. WELLS Y LO MARAVILLOSO CIENTÍFICO

Mercure de France (1).

Wells es — dice Marcelo Reja — un producto exclusivo del siglo XIX. Representa típicamente el espíritu de nuestra época. Joven aún, nos ofrece ya una obra muy abundante, donde hay páginas de un valor innegable. Wells no tiene nada que ver con Pöe ni con Julio Verne, á pesar de su constante preocupación por las divagaciones científicas. La intrusión de la ciencia en las obras literarias bastardea casi siempre su doble fin literario y científico, porque no satisface las exigencias de ninguna de estas dos direcciones del pensamiento. Wells es el único que con su imprecisión huyó de hacer obra de vulgarizador científico, y sería bastante difícil prepararse con la lectura de sus libros para exámenes de Física, Biología ó Mecánica. Desdeñóse de poner al alcance del rebaño los sutiles arcanos del conocimiento positivo; indica, sin embargo, por virtud de su intuición, brillantes posibilidades, y esto denota al hombre de ciencia, según una fórmula superior, que, manejando poderosamente los datos adquiridos, arranca claridades nuevas hasta lo no supuesto. De un genio como Wells sólo nos interesan las conclusiones. El dominio resplandeciente de los prestigios, que los elementos científicos hacen posibles, no está abierto más que para los que tienen completo conocimiento de ellos. Los nombres de Delboeuf y de C. Henry jamás suscitarán el entusiasmo del público. Ésta es la ventaja de la actitud de Wells. Lo que le interesa no es la ciencia abstracta, es la vida en su realidad concreta é inmediata. Por las cualidades de su imaginación y por su amor hacia lo gigantesco emplea la ficción en lo que ella tiene de más inverosímil convencido de que en materia artística todo es admisible á condición de utilizar la maquinaria científica como un medio contemporáneo de ensanchar los límites de la posibilidad. Un dato extraordinario ó maravilloso puede servir de punto de partida

(1) Octubre, 1904.

pero no hay que olvidar que el lector exige lógica, y lógica vigorosa, en el desenvolvimiento. El absurdo nos es insoportable, y cualesquiera que sean las cualidades de imaginación ó de lirismo dispersas en la obra, necesitamos tomar pie en alguna parte. La sutil Scheherazada, ensayando sus ficciones sobre la base sólida de las creencias orientales concernientes al poder de Genn y de los Espíritus y sus brillantes variaciones, eran para su público algo más que maravillosas y estériles fantasmagorías. Wells ha modernizado el procedimiento de la Sultana apoyándose en la forma nueva que han revestido las creencias religiosas: la convicción científica. Nos toma de la mano en nuestra casa, ó en la calle que más frecuentamos, y con prometedoras palabras y bellas promesas nos lleva hasta el corazón mismo de la fábula y le seguimos dócilmente, porque tenemos fe. El expediente científico sirve para apuntalar el esqueleto de la ficción; no es la carne, ni constituye tampoco la fisonomía viviente.

A pesar de este aspecto doctoral, Wells no es más que un artista. Dotado del amor á la vida en lo que ella tiene de concreto, armado de una suntuosa y grandilocuente imaginación, sabe dar un extraordinario relieve á metáforas sencillísimas y á ideas que no tienen más que una originalidad relativa. Aunque á veces intenta alejarse de la observación cotidiana, no puede, y en las situaciones más extravagantes y más inverosímiles siempre viene algún detalle familiar á provocar la humanidad inmediata de los personajes. Como cuentista tiene un poder de seducción maravilloso, y momentáneamente sabe imponernos terrores, angustias, curiosidades y desesperaciones.

Uno de los puntos característicos de Wells es el empleo de lo maravilloso de orden científico, y lo maravilloso es en él la expansión del genio que concibe conjuntos gigantescos (toda la ideología de Wells reside en la concepción de conjuntos gigantescos).

Ha elegido la preciosa región del misterio y de lo maravilloso, satisfaciendo esa ansia de Infinito constante en el corazón del hombre, y sin la que semejaríamos — como dice un poco temerariamente mi distinguido párroco — á los animales. Ciertamente que no creemos, al menos de una manera oficial, ni en las hadas, ni en las brujas, ni en los tesoros subterráneos, ni en los talismanes. Los progresos de las ciencias y el desarrollo mismo de nuestro espíritu crítico y profundamente racional nos impide lógicamente admitir concepciones fuera del dominio de la experiencia inmediata: tal es la Ley, como dice Wells. La fantasía pueril de J. Verne con la inanidad de su juego no sirve más que para seres exclusivamente imaginativos; la de Wells, más compleja, interesa á mayor número de espíritus. Además, y fuera de la envoltura de la anécdota, hay arranques de un lirismo espontáneo, el vigor de una ardiente vitalidad y una cierta entonación humorística. El Sr. Discreto, que nos coge y nos lleva del brazo, en medio del tumulto de una reunión electoral, hacia una ventana, contráenos — por la magia de su palabra — á escucharlo durante horas so pretexto de revelarnos un secreto de importancia. Wells es inglés: sentido práctico implacable, temperamento de místico, pero sobre todo vasta inteligencia, no va por las encrucijadas celebrando la mansedumbre del Eterno, ni se aventura (como el «Ejército de la Salud») á exal-...as cualidades del general «No importa». Nada de tonterías ni de brutalidades en ...ue se pierde un tiempo precioso. Su fe depurada é intelectualizada surge de la vi- de conjunto que él tiene del Universo: es imposible admitir que no interviene lógica en la dirección del Universo; y puesto que todo lo que conocemos es acci-...al y efímero, hace falta buscar la razón estable donde el hombre lógico toma el ... de apoyo. Lejos de dejarse llevar de pueriles concepciones antropomórficas de

esta razón divina y estable, proclámala incurablemente misteriosa y decide que debemos atender á nuestros negocios sin cuidarnos de él. Él, por su parte, tampoco se ocupa de nosotros: «El mundo tiene un fin más grande que el de la dicha. Nuestras vidas sirven al plan divino que no tiene al hombre por objeto». (*Anticipaciones.*) La voluntad divina, incognoscible en sí, no se manifestara más que por la visión de conjunto de los fenómenos del Universo.

El conjunto, el gigantesco conjunto es la idea cardinal de Wells. Contrastar cómo van las cosas actuales, no es posible para él más que considerando su evolución probable. Fuera del tiempo y del espacio es donde se comienza á respirar. Esta concepción grandiosa de los acontecimientos suscita á la vez el entusiasmo y el vértigo, la admiración y la náusea. Como todo buen profeta intuitivo, Wells está lleno de contradicciones. Su preocupación del conjunto introduce una idea general, una poderosa voluntad definida y un soplo de vida caliente en los episodios.

Su libro *Anticipaciones* es en este sentido un monumento curioso. ¿Qué será la sociedad civilizada en los dos siglos próximos? El subtítulo del libro, *La influencia del progreso mecánico y científico en la vida y en el pensamiento humano*, nos advierte que, en materia de mecánica social, el autor se abandera bajo el materialismo económico de Feuerbach. En la cuestión de la población desenvuelve su teorema en páginas de un malthusianismo exasperado y violento. Comenta en páginas entusiastas, que transpiran el misticismo fundamental, la preocupación religiosa. «Inevitablemente estos hombres serán religiosos», dice hablandó de los mejores representantes de su nueva República. Y pacientemente, lógicamente, nos expone todas las razones que les contrajeron á «comprender que la voluntad humana es libre».

EL PROBLEMA DE LA ESCUELA SECUNDARIA

Nuova Antologia (1).

«La norma dada en 1859 á nuestra instrucción media es análoga al que entonces estaba vigente en Alemania, el cual sirve evidentemente de modelo al legislador italiano. El Gimnasio y el Liceo nuestro no difieren mucho del *Gymnasium* tudesco, y nuestra Escuela Técnica no es en parte más que la *Realschule* ordinaria según el concepto de Spillecke. Donde nuestro legislador se ha alejado de su modelo es en la feliz concesión del instituto técnico, su característica principal y la variabilidad del tipo, de manera que pueda adaptarse á las necesidades locales y á las condiciones de la industria y del comercio. Y en verdad, los institutos técnicos, gracias á la prodigalidad insolente de las leyes en establecer tanto el número de las secciones como las enseñanzas propias de cada una de ellas, son acaso la cosa menos imperfecta que tenemos en nuestras legislaciones escolásticas. Por lo demás, la escuela secundaria, que ha permanecido hasta ahora tal como era en 1859, es un organismo viejo y gastado que necesita reformarse de arriba á abajo» (2).

El autor arremete contra el método de estas escuelas donde predomina sobre

---

(1) 16 de Octubre.

(2) Este artículo forma parte del *Trattato di legislazione scolastica comparata* próximo á publicarse y del cual es autor Americo Namias.

todo el empirismo, donde «falta un criterio lógico y orgánico de educación mental», donde no se tiene otra mira que «amontonar conocimientos sobre conocimientos, sin tener en cuenta nuestra capacidad para aprenderlos, ni la importancia y utilidad relativa de las diversas disciplinas en relación con el consumo de tiempo y de energías que nos cuestan y con la meta á que se quiere llegar». En Italia no se preocupa nadie de lo que en Francia, en Inglaterra y en Alemania respectivamente, con el nombre de *La question de la surcharge*, *The overpressure question* y *Die Uberdüngsfrage*.

El articulista propone varios remedios para esta dolencia. Ante todo conviene simplificar la manera de estudiar. Las lenguas deben aprenderse, no como fines, sino como medios; por eso debe estudiarse menos gramática y sólo tanta cuanta es necesaria para llegar á comprender las obras maestras de la antigüedad. El exigir en los jóvenes un conocimiento más profundo de las lenguas muertas es una necia y vana pretensión. El emperador de Alemania, inaugurando el 4 de Diciembre de 1890 las sesiones de la Comisión nombrada por él para la reforma de la enseñanza secundaria en Prusia, lanzó el grito de: ¡Abajo la composición latina! No menos justificado sería el grito contra la traducción del italiano al latín, la cual no sirve para otra cosa que para hacer perder el tiempo. ¿Por qué, pues, perder en vanas tentativas de traducción en latín un tiempo precioso, que pudiera mucho más útilmente emplearse en la lectura de los clásicos?..... Los mismos defensores más tenaces y convencidos de las lenguas antiguas reconocen la inutilidad relativa, si no absoluta, de un exagerado estudio de ellas, y basta citar entre ellos á Arnold Mathew» (1).

Otro defecto capital de nuestra enseñanza clásica es la demasiada uniformidad. «Se enseñan á todos las mismas cosas en ingual medida, como si todos aspirasen al mismo fin y tuviesen iguales inclinaciones.» El estudio de las literaturas antiguas es ciertamente bello y útil, pero debiera reservarse á las clases elevadas; y, como dice Tocqueville *(De la democratie en Amerique)*, pueden encontrarse ciudadanos muy cultos, pero muy peligrosos, llenos de necesidades, sin una educación que les ayude á satisfacerlas. Todas estas consideraciones paréceme que tienen perfecta aplicación á España.

W. W.

(1) *Higher Schools and Universities in Germany.*



REVISTA BIBLIOGRÁFICA

León Bazalgette: EL PROBLEMA DEL PORVENIR LATINO.—Barcelona, 1904.

El libro de Bazalgette es un signo, un enojoso y hasta cierto punto tal vez un alarmante signo de los tiempos; es en primer lugar, en general, un libro antilatino hecho por un latino. Nada hay en esto que deba sorprendernos, desde el momento en que hemos convenido en que los latinos no pueden hablar más que mal de sí mismos. Pero es, además, otra cosa peor: es una obra antifrancesa escrita por un francés joven, lleno de talento á su manera, y que, indudablemente, contribuirá á formar la intelectualidad y la dirección de la vida de la Francia del porvenir. Bazalgette no cree en Francia; su libro puede considerarse como un estudio de la decadencia latina desde el punto de vista de un hombre asqueado por las emanaciones pútridas exhaladas por esa inmensa cloaca moral que se llama la tercera república francesa. Sí: Bazalgette tiene mil veces razón al adoptar semejante criterio; la Francia contemporánea, cuyos orígenes ha disecado Taine; la Francia que ha vendido las cruces de la Legión de Honor, la del Panamá y del asunto Humbert; la que aclama el Ejército después del proceso Dreyfus; la que esperó en Boulanger y ahora intenta hinchar un perro, el prófugo de Fashoda; esa Francia consubstancial con el escándalo que redime á la humanidad y resuelve todos los problemas sociales desde la primera página del *Fígaro*, y que en realidad ya no ejerce influencia más que por medio de sus *vaudevilles* y de sus novelas pornográficas, es un pueblo abyecto y despreciable, arlequinesco. La Francia descrita por Dumont en dos libros que son verdad; la Francia que no tiene más horizonte que una quiebra de su idealidad, de su régimen político y social, ofrece un espectáculo capaz para justificar todas las amarguras y todos los desalientos. Hasta ahora, sin embargo, los franceses no habían querido ó no habían podido darse cuenta de su lamentable estado: semejantes al avestruz que cree haberse ocultado á las miradas de sus perseguidores cuando deja de verles escondiendo la cabeza bajo el ala, no se han acordado hasta ahora más que de cantar sus propias glorias. Procedimiento de encantadora simplicidad, que, sin embargo, había sido hasta ahora uno de los secretos de sus éxitos. Un pueblo que se cree superior á los demás, tiene mucho adelantado para llegar á serlo realmente. El libro de Bazalgette, tan poco francés en este sentido, habrá batido en Francia muchas cataratas. No sé cuál es la posición que ocupa Bazalgette dentro del pensamiento francés contemporáneo, ni cuál es su prestigio: bastante grandes serán, si hay que juzgar por el talento que el libro revela. De todos modos, creo que la obra de Bazalgette es bastante considerable para que en adelante pueda afirmarse que Francia no se hace ya ilusiones sobre sí misma. Compárense las páginas llenas de hiel de «El

problema del porvenir latino» con la carta *Junius* de Dumas hijo y con lo que dijo Renan al hablar de la «Reforma intelectual y moral de Francia», y véase á qué altura se halla la descomposición de la admiración que en todo tiempo habrán sentido los franceses por sí mismos. ¡Y Bazalgette escribe en pleno período reconstituyente, cuando Francia empieza á olvidar su pasado! ¿Qué acentos le hubiera inspirado la catástrofe de 1870?

El libro de Bazalgette constituye, pues, una violenta reacción contra los prejuicios nacionales, un acto de profundísima conciencia social: en este sentido es absolutamente imparcial y sincero.

Pero, por otra parte, al recorrer sus páginas llenas de calor y de brillantez, el lector va encontrando una prueba mas de que se participa de las cualidades de la raza y del medio hasta cuando se declama contra el medio y contra la raza. Bazalgette se propuso hacer un libro antifrancés y antilatino, y, sin embargo, lo ha vaciado en los moldes latinos y franceses. Todos los defectos del libro son los que el autor achaca á la raza latina. Sus argumentos se vuelven contra él. Imagínese cuál sería el prestigio persuasivo de una conferencia contra el alcoholismo dada por un orador en estado de embriaguez, y se tendrá una idea del efecto que produce en el ánimo del lector sereno el libro de Bazalgette, cuya mentalidad, constituída por la pura lógica abstracta, cuyos puntos de partida y cuyas soluciones son genuínamente latinas. Hace muchos años, Laboulaye, en un estudio que tiene sobre el de Bazalgette la ventaja de ser una sátira y no una diatriba, dijo lo siguiente: «¡Tú hablas de lo que no entiendes; tú no dices más que palabras; tú tienes odio á la libertad; tú eres un francés!» Ese último reproche puede dirigirse á Bazalgette: odia la libertad. Pide que su libro sea considerado como un enérgico gesto de protesta contra los que no creen posible la salvación más que con Francia y por Francia. Como no basta protestar, Bazalgette defiende en su libro varias panaceas. Por una podrá juzgarse de todas las demás. También Bazalgette es partidario, como buen latino, de las soluciones rápidas, radicales y brutales. En el terreno religioso propone, por ejemplo, pura y simplemente la supresión del culto católico. Así entiende Bazalgette la evolución social; así intenta rectificar diez y ocho siglos de historia religiosa. Su libro es, pues, autoritario, empapado de irrealismo. En otro orden de consideraciones, ¡qué convencionalismo, por no decir qué falsedad! ¡Qué extraordinarias interpretaciones de la Historia! Para Bazalgette, verbigracia, Napoleón (á quien, dicho sea de paso, califica de *teatral*) es el último esfuerzo del mundo latino para imponer su dominación. Y España, ¿cómo admitir que Napoleón ostentase también su representación, siendo así que, bien al contrario, le opuso una resistencia enérgica, casi desesperada? ¿Á qué mundo latino se refiere Bazalgette?

Napoleón no representaba al mundo latino; representaba tan sólo á Francia, como en el siglo XVI España no llevaba más representación que la de sí misma. Y el espíritu rectilíneo de Bazalgette, su afán de sacrificarlo todo á su tesis, revélase en otro detalle, accesorio si se quiere, pero al que yo atribuyo mucha importancia, porque uestra que Bazalgette ha descentrado el problema que estudia. Bazalgette conra á París como *ciudad del Mediodía*. Pero, entonces, ¿cómo consideraremos á rid, á Sevilla? Habremos de considerarlas, siguiendo este criterio, comprendilentro de la órbita de África. Habla Bazalgette de los defectos de Francia y de ıpresión de inferioridad que se experimenta cuando se miran las cosas france'esde el punto de vista inglés. Si Bazalgette viene algún día á España, tal vez se

enterará con asombro de que para nosotros las cosas francesas son una especie de ideal, de modelo que siempre nos proponemos, el colmo de todas las perfecciones humanas. Tal vez entonces su espíritu inflexible, puesto en contacto con la realidad, comprenderá cuánto hay de vago é inseguro, y sobre todo de relativo, en las palabras Norte y Sur, y más aún en la superioridad é inferioridad de un pueblo con respecto á los demás.

¿Y las soluciones? Bazalgette es muy claro en este punto. Para él, la salvación está en la deslatinización de los latinos. Si hubiese escrito en la América del Norte sobre la cuestión negra, capaz hubiese sido con semejante criterio de preconizar como remedio la conversión de los negros en blancos. No exagero: no presenta mayores dificultades la solución que él propone en orden al problema latino. Si, pues, Bazalgette no cree posible el porvenir de los latinos permaneciendo latinos, su libro es pesimista, y va á parar á un callejón sin salida. Lo mismo da morir que continuar viviendo de la abdicación y reniego de aquello que antes ha dado la vida. O los pueblos latinos, se puede replicar á Bazalgette, tienen en el mundo una esfera de acción propia, un papel substantivo y necesario que desempeñar, y en tal caso lo único que puede desearse es que se encaminen al mejoramiento de sus condiciones, *dentro de las modalidades características* que constituyen su especial manera de ser, ó bien han terminado ya su ciclo, han llegado á ser inútiles, tal vez perjudiciales, y en tal caso hemos de estimular su desaparición con todas nuestras fuerzas en nombre de esa humanidad más digna que Bazalgette invoca. Sus soluciones no presentan esta gallardía, y por esto su libro es tan sólo una brillante elucubración, que en último resultado no prueba sino que, por grande que sea el poder de inhibición de un latino, no puede hacer sobre el problema de su porvenir más que un libro también latino.

JOSÉ BUIXÓ MONSERDÁ.

EL PROTECCIONISMO Y SUS EXCESOS EN FAVOR DE LA INDUSTRIA AZUCARERA, por *Ricardo Pillado*.—Buenos Aires, 1903.—Un folleto en 4.º mayor de 75 págs.

Este sugestivo folleto representa una razonada protesta de la excesiva protección acordada á la industria azucarera de Tucumán. La protección fiscal á esta industria iniciada en el año 1883, y que hasta el presente se mantiene con todo su rigor, ha originado males intensos á la República.

El pensamiento fundamental de este trabajo se contiene en las siguientes líneas: «Es una verdad bien conocida que la protección que racionalmente se puede, y aun diré se debe acordar, á las industrias de una nación ha de tener por objeto alentarlas en sus comienzos, siempre que ellas reunan las condiciones necesarias para prosperar y para crear en su desarrollo una fuente de riqueza nacional».

Ahora bien, puede preguntarse: La industria azucarera de Tucumán ¿reunía estas condiciones de vitalidad? El Sr. Pillado, con profusión de datos estadísticos, d muestra que esta industria no ha debido merecer nunca tanta protección por par de los Gobiernos, trazando á este efecto la historia de esta protección, en la que s bresalen como hechos principales la elevación de los derechos arancelarios para importación de azúcar y las primas á la exportación, que creara una industria prosperidad meramente fictieia, artificial, para cuyo mantenimiento se ha adopta

toda clase de medidas, con hondo perjuicio de los consumidores y de los intereses generales, por la política de represalias emprendida por algunos Estados con los que la República Argentina mantenía más frecuentes relaciones.

A esta situación conduce una política proteccionista caprichosa y arbitraria, implantada imprevisoramente, con olvido de las condiciones reales de la industria que se trata de fomentar.

Folletos de esta naturaleza, en que histórica, estadística y positivamente se estudia un problema económico tan importante, cuando están tan bien pensados como éste, son muy útiles y muy meritorios. ***

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA INTERNACIONAL

La Casa Henrich y C.ª, de Barcelona, editora de esta BIBLIOTECA, acaba de publicar el libro del célebre profesor norteamericano William James: *Los Ideales de la Vida.*

Como Emerson, con quien tiene ciertos puntos de contacto, James es un filósofo amable, y recorre el campo de la Psicología con la vista fija más bien en el horizonte luminoso que en las arideces del terreno. La claridad de su concepción infíltrase en el ánimo del lector, á quien no fatiga con enrevesadas elucubraciones que hacen asequible la comprensión de materias abstractas á contados cerebros sin previo estudio del arduo lenguaje metafísico. Tolstoi influye en el ánimo del pensador norteamericano con su especial sentido ético, y, aunque no le sigue servilmente, claro se ve que comulga en las ideas del apóstol ruso. En sus «Discursos á los jóvenes», habla al corazón de éstos con pintoresca y emocionante fraseología, y con transcripción de ejemplos y pasajes de elevado valor artístico; y en los «Discursos á los maestros», su psicología pedagógica alcanza las alturas de lo sublime, con su amplio sentido de la vida, de la libertad de conciencia, con su optimismo espiritualista que impregna todas sus peroraciones de ese vago aroma de misticismo que subyuga el ánimo cuando lo esparce un aliento poderoso.

La BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA INTERNACIONAL, por el insignificante precio de 75 céntimos de peseta, regala á sus lectores las mejores y más encomiadas obras contemporáneas que tratan de las materias comprendidas en el vasto plan de su programa; obras que, en lo que á las extranjeras se refiere, cuestan el triple y aun el cuádruplo de su valor en sus idiomas originales, y, en lo tocante á las de autores españoles, son indudablemente lo mejor y más selecto que ve la luz en nuestra patria. Además del libro de que damos cuenta, lleva publicados: *Siete ensayos*, de R. U. Emerson; *Las leyes sociológicas*, de G. de Greef; *Problemas sociales contemporáneos*, de A. Loria; *La defensa de los trabajadores y la jornada de ocho horas*, de C. Kautsky; *Filosofía y Sociología*, de F. Giner de los Ríos; *Leopardi á la luz de la ciencia*, de G. Sergi; *La Esencia del Cristianismo*, de A. Harnack; *La Evolución de las* [illegible]*cias y de las doctrinas políticas*, de G. de Greef; *La cuestión social es una cues*[illegible]*oral*, de Th. Ziegler; *El Jardín de Epicuro*, de Anatolio France; *El Feminismo* [illegible] *sociedades modernas*, de Edmundo González-Blanco; *Los ideales de la vida*, de [illegible]ames; *Concepto de la Sociología y un Estudio sobre los deberes de la riqueza*, de [illegible] Azcárate; y tiene en preparación *Razas superiores y razas inferiores*, de N. Co[illegible] *El Hilozoísmo como medio de concebir el mundo*, de E. González-Blanco; *La*

evolución humana individual y social, de G. Sergi; *La Moral*, de H. Höffding; *Sartor Resartus*, de Tomás Carlyle; *El Estado socialista*, de A. Menger; *Progreso y miseria*, de H. George, y otros de tratadistas absolutamente ignorados en España.

LA VID

Por constituir en gran parte de nuestro suelo una de las principales fuentes de riqueza de la Agricultura la explotación de la uva y su producto, es de utilidad indiscutible para todos los agricultores y cosecheros el estudio detenido de una interesante obra que, con el título de *Enciclopedia de Viticultura y Vinicultura*, ha empezado á publicar, en volúmenes de 160 páginas, la Casa editorial de Bailly-Baillière é Hijos. Ha sido escrita por el Dr. D. M. Rodríguez Navas, quien enseña con el ejemplo de Francia y los Estados Unidos, que en pocos años han llegado á obtener cosechas asombrosas, saliéndose de la rutina y difundiendo los conocimientos científicos para la plantación y explotación de la vid por medio de libros explicativos.

En dos partes divide el autor el estudio de esta obra: primera, Ampeliografía moderna ó Tratado de la Vid; y segunda, Enología moderna ó Tratado de los Vinos, constando cada parte de tres secciones, cada una de las cuales constituye un tomo de los seis de que constará la *Enciclopedia*.

Tres son los tomos publicados, á cuál de mayor utilidad al labrador. En el primero estudia las plantas ampelídeas, la vid en sus diversas clases, dando á conocer interesantes noticias históricas acerca de su cultivo, composición, elementos que constituyen la uva y clasificación de la vid, ya por el color del fruto ó con arreglo al revés de las hojas. A continuación estudia con sumo detenimiento la vid americana, la híbrida y la mestiza, exponiendo los medios de adaptación y aclimatación de la vid, y la influencia que la atmósfera y el clima ejercen sobre esta planta. Y, por último, da á conocer los parásitos que la atacan, prestando atención especial á la filoxera, terminando por exponer los medios necesarios para hacer que el cultivo de la vid tenga en nuestro país la importancia á que es acreedor.

El tomo segundo es una exposición de reglas prácticas para el cultivo intensivo y reproducción de la vid y de los medios preservativos y curativos de sus enfermedades.

El tercer volumen, que lleva por título *La Viña y la Vendimia*, es la exposición completa de las labores necesarias para la preparación del suelo de la viña, plantación, renovación y reconstitución de viñedos, prácticas de cultivo, abonos, mejoras y saneamientos, operaciones de la vendimia, descripción y uso de máquinas y utensilios de viña y de vendimia, terminando con el conocimiento de las disposiciones oficiales vigentes relativas á ambas cosas.

Ante lo expuesto creemos inútil toda recomendación, puesto que no habrá labrador ni cosechero que no compre libros tan interesantes y de cuya lectura ha de sacar enseñanzas sumamente útiles y productivas.

Tan preciosos volúmenes véndense en la librería de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, Plaza de Santa Ana, 10, Madrid, y en todas las librerías de España y América, al precio de 6 reales cada tomo en rústica y 2 pesetas encuadernado en tela.

Imprenta de Tomás Rey.—Pi

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | Febrero de 1905. | NUM. 50.

SUMARIO

EL MES PASADO, por Salvador Canals 157

SOCIALISMO Y PROBLEMA SOCIAL, por Adolfo Buylla 162

UN PROGRAMA PARA LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN ESPAÑA, por Antonio García Pérez. 173

VIDA Y ESCRITOS DEL DR. JOSÉ RIZAL, por W. E. Retana 195

CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA, por Edmundo González-Blanco 217

LA VIDA LITERARIA, por Andrés González-Blanco 240

LOS ESTUDIOS ECONÓMICOS EN ESPAÑA, por Luis del Valle Pascual 250

LA YEGUA NEGRA, novela de Grazia Deledda, traducida especialmente para NUESTRO TIEMPO 257

REVISTA DE REVISTAS 285

REVISTA BIBLIOGRÁFICA: Libros de Mallol, Marqués de Campo, Pagano, Redondo, Ziegler, Trilles y Muther 298



PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre .... *12 pesetas.*
América, id. .... *15 »*
Demás países, id. .... *12 francos.*

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114.—MADRID

(De 8 á 10 de la mañana
y de 2 á 4 de la tarde).

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V	MADRID.—FEBRERO, 1905.	NÚM. 50.

EL MES PASADO

CONTINUACIÓN Y CONSECUENCIAS DE UNA CRISIS TRANSCENDENTAL

10 Febrero 1905.

Poco vivió el Gabinete Azcárraga. Á los cuarenta días de formado, quedó deshecho. Dicen que el ilustre general, tan apacible y tan dulce, tuvo un momento de enojo; pero es fama que, volviendo pronto á su natural dulcedumbre, exclamó como Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum.* El Gobierno Azcárraga duró poco; pero hizo cuanto pudo. Ensanchó la puerta de la carrera diplomática, y un joven con poderosos valedores entró en ella; aumentó el número de plazas en la convocatoria de alguna Academia militar, y otros jóvenes bien amparados adquirieron el derecho á formar en el triste proletariado de nuestra abundantísima oficialidad; nombró á Polavieja para la Jefatura del Estado Mayor; declaró en suspenso, de Nochebuena á Reyes, la ley del Descanso Dominical; concedió por Real decreto una amnistía, que á tanto equivale el indulto de 23 de Enero, para dejar resuelta la cuestión de los suplicatorios y la cuestión del capitán Paredes..... ¿Qué más podía hacer por el prestigio del principio de autoridad, por mantener aquella política de austeridad y de severidad en que tanto empeño había puesto el Gobierno del Sr. Maura?

Pero el día 25 del pasado Enero, los ministros creyeron que debían resolver un punto sobre el cual llamaban su atención los periódicos y los hom- [illegible] políticos: su presentación á las Cortes. Excepto los Sres. Villaverde y [illegible]ero Robledo, todos los prohombres monárquicos aconsejaban al general [illegible]rraga que se presentase cuanto antes en las Cámaras. Y el Consejo de [illegible]istros deliberó, y de los nueve consejeros siete acordaron convocar inme- [illegible]mente las Cortes, uno se opuso y el noveno se abstuvo, por su carác-

ter militar, de dar opinión y voto en materia tan genuínamente política.

La oposición del Sr. Cobián, ministro de Marina, fué tan resuelta, que dimitió el cargo de ministro. Sus compañeros acordaron que el Presidente propusiera al Rey la substitución del Sr. Cobián, sin dar á la crisis otras proporciones; pero á la mañana siguiente, muy temprano, el general Azcárraga recibió una carta del ministro de la Guerra. El señor general Villar lo había pensado mejor. Su carácter de militar no le permitía abstenerse, como lo había hecho la noche antes, y, al no poder abstenerse, también dimitía y se marchaba. El presidente del Consejo y sus otros seis compañeros, ante la dimisión del general Villar, ¿qué hicieron? Pues acordaron plantear íntegra la cuestión de confianza, dejando en manos del Rey las dimisiones de todos, y las dimisiones fueron admitidas en el acto.

La cosa pareció tan extraña, que todo el mundo se abismó en cavilosidades peligrosas. Por creer que no se debía ir á las Cortes inmediatamente, se retira del Gabinete el Sr. Cobián. El Sr. Cobián es un hombre civil. Exministro con el Sr. Villaverde. Figura principalísima en su grupo, una personalidad parlamentaria. Pues los otros ministros acuerdan proponer la substitución del Sr. Cobián y seguir adelante..... ¡Ah! Pero dimite el general Villar, que no ha sido nunca senador ni diputado, que no ha figurado jamás en política, sin autoridad alguna en el asunto, y la crisis se hace total. Aunque estemos en el país de los viceversas, creo yo que ése excede á toda ponderación de lo equívoco, de lo sorprendente, de lo monstruoso. Y la gente, como es natural, siguió preguntándose: ¿por qué se ha ido el Gabinete Azcárraga?

Lo cierto es que el mismo día recibió el Sr. Villaverde—uno de los dos únicos políticos que habían votado en contra de la inmediata reunión de Cortes—el encargo de formar Gabinete, y que en éste, para aumentar la confusión y el asombro del país, reaparecieron como ministros el Sr. Cobián y los Sres. Ugarte, marqués del Vadillo y la Cierva, que bajo la presidencia del general Azcárraga habían estado en desacuerdo, casi en discordia, algunos aseguran que en disputa, respecto á aquel importantísimo punto de las relaciones del Gobierno con el Parlamento. Lección más disolvente de aquel «¿y á mí qué?» con que tanta burla se ha hecho aquí de la opinión, no pudieron discurrirla nuestros consabidos gremios políticos.

Apenas constituído el Gobierno se le planteó la cuestión de su comparecencia ante las Cortes. Él acordó que no iría á éstas, sino cuando tuviese terminados los proyectos de ley que se proponía someterles.

—¡Á las Cortes!, ¡á las Cortes!, se gritaba á los ministros desde todos los partidos, incluso el conservador.

—¿Á perder el tiempo?—No—respondían los ministros.—Iremos cuan acabemos nuestros proyectos.

Por de contado que ha prevalecido el criterio del Gobierno. La sinceric me obliga á reconocer que nadie ha puesto excesivo empeño en que no p valeciera. Los republicanos que pusieron el grito en el cielo ante la reacci

triunfante porque se nombró á Nozaleda, porque se quiso acabar con la impunidad parlamentaria, porque se convino con Roma que sólo mediante Real decreto y con limitaciones puedan establecerse en España congregaciones religiosas, nada han tenido que hacer ni casi que decir frente á esa nonada de que se pretenda reducir á uno—excepto para hacer leyes—los dos elementos en que radica la soberanía: las Cortes con el Rey. Los liberales han hecho cuanto podían hacer: ¡los Sres. Montero Ríos y Moret se han resignado á firmar juntos un mensaje elevado al Gobierno para protestar de que no se vaya inmediatamente á las Cortes y declinar las responsabilidades que de ello puedan derivarse!

Y los liberales han tenido buen cuidado de plantear la cuestión en un terreno donde es muy fácil darles respuesta, y no es lícito negar que el Gobierno se la ha dado, en ese particular, victoriosamente. Es candoroso el decir, ó se necesita para decirlo confiar mucho en el candor de los demás, que hay que ir ahora mismo á las Cortes para aprobar el presupuesto de 1905 y los proyectos de ley que quedaron pendientes. Lo segundo, porque es notorio que á este Gobierno ni le inspiran afecto alguno esos proyectos ni tiene medios de sacarlos adelante. Lo primero, porque estamos en Febrero, y el presupuesto de 1904 está constitucionalmente prorrogado para 1905, y es muy natural que Gobierno presidido por el Sr. Villaverde quiera hacer en esa materia de su especialidad obra propia.

La cuestión era otra, y de suprema gravedad, la más grave, para cuantos profesen sinceramente principios liberales, para cuantos crean que en el régimen democrático, con todos sus defectos á enmendar, está el único instrumento que puede servir para la regeneración del país y la restauración de las fuerzas morales y materiales de España. Es evidente la tendencia, la inclinación, la aspiración, como quiera decirse, hacia un concepto equivocado de nuestro régimen constitucional. No tienen en éste los gobiernos existencia definitiva ni autoridad completa, mientras no han acreditado que poseen, además de la confianza de la Corona, la confianza de unas Cortes. La confianza del Rey capacita á los ministros para administrar su firma y regir en su nombre los intereses públicos, pero sólo dentro de lo establecido en las leyes vigentes, y á condición de que tengan detrás una mayoría parlamentaria que es el verdadero escudo de la irresponsabilidad del Monarca. Por esto la primera preocupación de todo Gobierno nuevo ha de ser la de tener unas Cortes, no simplemente para que éstas le despachen las leyes que al Gobierno convengan, sino para que le den, como mandatarias de la voluntad ...onal y cosoberanas, por tanto, con el Rey, aquella íntegra personalidad ...e, sin ellas, carece.

...plicación de este criterio entre nosotros no había ofrecido hasta aho... ...cultad alguna. No había cambios de Gobierno más que al cambiar de ...dos, y éstos, al llegar al poder, venían con el propósito y con los medios ...rse sus Cortes. Los partidos cerrados se acabaron. Hoy gobierna una

conjunción de elementos conservadores, como mañana gobernará una conjunción de elementos liberales. Esto ofrece para la Corona la ventaja de que no es preciso cada vez que un Gobierno fracasa dar un salto en las tinieblas, que á eso equivale en pueblos como el nuestro una elección por Sufragio universal; pero esa ventaja sólo puede lograrse á condición de que se les guarden á las Cortes las mayores consideraciones y de que se las conserve en todo su prestigio y en toda su fuerza.

En Julio de 1903, después de haber obtenido el Gobierno los mayores triunfos en las Cortes, las votaciones más nutridas, los aplausos más ruidosos, cayó y lo susbtituyó otro, cuyo primer cuidado fué mandar á veranear á los señores senadores y á los señores diputados. Durante tres meses nos gobernó el Sr. Villaverde sin que se hubiese probado que tenía la confianza de las Cortes, aunque entonces siquiera podría creerse que sí, puesto que ellas lo habían elegido para presidir el Congreso. Lo cierto es que á los cuarenta días de estar en las Cortes, el Sr. Villaverde no pudo con el peso de tanta confianza.

Durante un año estuvo en el Gobierno el Sr. Maura, y no se le podrá acusar de haber escatimado las pruebas de que las Cortes estaban con él. De la puntualidad y del entusiasmo de la mayoría, toda España fué testigo. De que también tenía el Sr. Maura por parte de las oposiciones aquella actitud que equivale, si no á la confianza, á la resignación, testimonios hay en discursos de oradores de esas mismas oposiciones..... Pues le faltó al Sr. Maura la confianza de la Corona, y lo reemplazó un Gobierno que cerró inmediatamente las Cortes, á pesar de estar en tramitación el presupuesto para 1905, á pesar de ser preciso tramitar las leyes de fuerzas de mar y tierra que la Constitución manda que se voten cada año.

Cuarenta días estuvieron encargados del Gobierno unos ministros de los que se sabía que tenían la confianza de la Corona, pero de los que no se había probado que tuviesen la de las Cortes. Decorosamente, noblemente, quisieron ir á probarlo; se dividieron los pareceres, y el pleito fué sometido á la Corona, y no continuó en el poder el general Azcárraga, que quería ir á las Cortes, sino que vino á él el Sr. Villaverde, que había declarado y que mantiene que no irá á las Cortes, sino cuando éstas hayan de hacerle sus leyes.

Éstos son los hechos, y repito lo que antes dije: no se ven síntomas de que tales hechos produzcan la impresión que debieran producir si realmente sintiéramos por nuestro régimen liberal y democrático el cariño que obliga á suponer el recuerdo de los esfuerzos y de los sacrificios realizados por alcanzarlo. Ya he dicho qué han hecho y qué no han hecho los partidos más fervorosamente liberales. En el país no se ha producido movimiento alguno, porque aun aquellas corporaciones que desde Cataluña han pedido al Gobierno la reapertura de las Cortes, no lo han hecho por cabal estimación de la pureza del régimen constitucional, sino porque hacen falta las Cortes para que en sazón oportuna despachen algunos asuntos importantísimos y que

interesan preferentemente á aquella región, por ser la que mejor se da cuenta de lo que necesita y de lo que le conviene.

Me explico claramente el fenómeno. En los elementos políticos hay cien razones personales á que atender. ¿Los demócratas? Montero Ríos le teme al Poder. Cada vez que empieza á formar de memoria el Gabinete que acaso le obliguen á formar en la *Gaceta*, le entran temores de muerte. Por delante de sus ojos desfilan, como siniestros espectros, las figuras de los pretendientes que van á ser los enemigos..... ¿Los liberales? ¿Y qué van ellos ganando con derribar á los conservadores, si todos los síntomas son de que subirá Montero?..... ¿Los republicanos? Salmerón está delicado de salud; el desaliento se ha apoderado de todos; las divisiones cunden; las masas andan distraídas; á algunos les va bien en una oposición al régimen que no excluye las buenas amistades con los ministros..... ¿La mayoría? Lo primero es vivir. Hay que asegurar el distrito. Las elecciones provinciales están ahí, en Marzo; en seguida, en Mayo, los jueces municipales; luego, en Noviembre, renovación de Ayuntamientos. ¿No sería suicida el desperdiciar esta gran redada de cosas que podemos repartir al distrito en 1905?

En el país ¡está tan justificado todo pesimismo! ¡Las Cortes! ¿Qué pedazo de pan ni qué puñado de gloria nos han dado en tantos años? ¡La soberanía compartida entre nuestra voluntad y el Rey! ¿Y cómo vamos á creer en eso cuando estamos viendo menguar día por día los territorios y las almas en que aquella soberanía imperaba? Además, gobierna Villaverde. Todos, aun los que un día lo combatisteis, aun los que lo combatís ahora, todos vosotros me habéis cantado su gloria: es un gran hacendista; él normalizó nuestra Hacienda; él nos dió el *superabit;* él lo mantiene; por él prospera nuestro crédito; por él acaba de decir Edmond Thery, en *L'Economiste Européen*, que no hay Hacienda en el mundo tan próspera ni desahogada como la española..... Y cuando tanto hizo, según vosotros mismos, y me promete ahora completarlo, ¿voy á incomodarme porque no quiera que os reunáis inmediatamente á consumir en las chimeneas los últimos haces de leña, á vaciar en el salón de sesiones los últimos cartuchos de caramelos y los últimos sacos de retórica?

Asombraos cuanto queráis, pero así están los partidos y así está el país; así proceden los unos y así siente el otro en esta tremenda bancarrota de la democracia y de la libertad.

SALVADOR CANALS.

SOCIALISMO Y PROBLEMA SOCIAL

(APUNTES PARA UNA SERIE DE CONFERENCIAS DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA)

I

Siempre que se trata del socialismo, ora para exponer sus doctrinas, bien para criticarlas, ya se le considere desde el punto de vista de la ciencia pura, ó ya se pretenda examinarle en cuanto hace referencia á la aplicación al gobierno de los pueblos, surge inmediatamente la necesidad de darse la cuenta más clara posible de lo que es verdaderamente; tantos son sus matices, y sobre todo tantas gentes se han apellidado, ó se las ha apellidado, socialistas, acaso sin serlo.

Dejando á un lado á los comunistas más ó menos utópicos del tipo de Platón, Morus, Campanella, Doni, Bonifacio Harrington, prescindiendo de los sentimentalistas al modo de Babeuf, Anacharsis Clootz, Saint Simon, Fourier, Owen, Cabet; no contando con los precursores del colectivismo, Proudhon, Thompson, Vidal, Buchez, Rodbertus; pasando por alto á los Lassalle y Marx y á los Wallace y George, porque son de filiación demasiado conocida, ¿quién ignora que se califica de socialistas á los de la cátedra, á los de Estado, á la mayor parte de los economistas católicos modernos, á muchos de los evangélicos, á papas como León XIII, á emperadores como Guillermo de Alemania, á hombres de Estado como Bismarck, Gladstone, Cánovas del Castillo, como se hubiera tenido por tales, si ahora hubieran vivido, á los consejeros de Carlos III, Campomanes y Florida Blanca, al marqués de Pombal, á Leopoldo de Toscana y hasta á Federico II de Prusia y Catalina de Rusia, pues que toda reforma que puede, en más ó en menos, pugnar con el orden de cosas existente, intentada ó practicada desde lo alto del Gobierno, lo toma la generalidad como socialismo?

Algo, y aun algos, ha contribuído á mantener este amplísimo criterio la diversidad de las definiciones al uso del socialismo, de alguna de las cuales hemos de ocuparnos, por ver si, á pesar de su aparente variedad, pudieran ayudarnos á formar concepto, si no exacto, aproximado al menos, de aque"- escuela.

Conocidísima es la respuesta de Proudhon al presidente del Tribunal q entendió en el célebre proceso formado á consecuencia de las sangrient *jornadas* de Junio de 1848: «He ido á contemplar los sublimes horrores d

cañoneo.—Pero—le replicó el Presidente,—¿no sois socialista?—Sí, señor—contestó Proudhon,—porque aspiro al mejoramiento de la sociedad.—En este caso, todos somos socialistas—dijo entonces el Presidente.—Así opino yo»—arguyó Proudhon.

El mismo famoso polemista da del socialismo esta definición cerrada: «El balance de los productos y de los servicios». Engels, participando del pensamiento de Marx, cree que el socialismo es el reflejo en el pensamiento del conflicto que existe en los hechos entre las fuerzas productivas y las formas de producción, y Richard, en su libro *Le Socialisme et la Science Sociale*, manifiesta que «el socialismo es la noción de un estado social y de una organización económica sin competencia, gracias á un sistema de producción sin empresa capitalista y á un régimen de distribución en que la duración del trabajo sería la única medida del valor».

Esta diversidad de apreciación del formidable movimiento iniciado por espíritus superiores, y que ha transcendido con admirable facilidad á las masas populares, hace muy difícil su caracterización, por más que la misma dificultad haya estimulado á escritores tan ilustres como Laveleye, y muy particularmente al citado Richard, y últimamente á Sombart, en su labor delicada de buscar una fórmula de unidad en medio de los pareceres de los pensadores que se dicen socialistas, y que difieren manifiestamente, ya respecto del origen del problema, ya en cuanto á su extensión, y mucho más acerca de las medidas apropiadas para solucionarle.

Confiesa Richard, en el capítulo CXI de su citado libro, que, á primera vista, el cuadro de las variaciones del socialismo parece justificar la creencia de que es una expresión abreviada para designar una incoherente multitud de sectas económicas ó políticas. «Hemos visto, dice, á Proudhon condenar el comunismo; á Marx y á Blanqui considerarle como el fin á que aspira la humanidad; á Marx inducir del colectivismo la ley de la concentración de los capitales, y á Loria prever la desaparición del capitalismo merced á la disminución constante del interés; á Engels poner el ideal de la solidaridad humana, al principio, entre las tribus salvajes; á Blanqui y á Ferri señalar como las esperanzas del socialismo en la atenuación gradual de la concurrencia vital que ha acompañado al desarrollo de la humanidad». Sin embargo, entiende que hay una verdadera comunidad entre tantos y tantos matices del socialismo, y encuentra esta concordancia en el acuerdo que supone liga el *mutualismo* de Proudhon con el *colectivismo* de Marx. Pero aun cuando esto fuera cierto—y de ello hablaremos muy pronto,—¿es prudente reducir todas las variantes del socialismo al mutualismo y al colectivismo? El mismo Richard conviene, á renglón seguido, en que Proudhon ha sido un enemigo formida-[illegible]os comunistas. ¿Y acaso puede confundirse á éstos con los colectivis-[illegible]erdad es que en el capítulo que titula *Las variaciones del socialismo* des-[illegible]a á Saint Simon y á Fourier, á pretexto de que el primero funda todo su [illegible] sobre el principio de la capacidad, del cual dice que el socialismo es

la más completa negación, y de que el segundo es el apóstol de la cooperación voluntaria, de la que también considera enemigo á aquél; sin tener en cuenta que, profundamente penetrado Pierre Leroux del sentido de la doctrina Sansimoniana, no tiene inconveniente en presentar á su fundador como «el hombre de la igualdad ó de las clases más numerosas»; que Luis Reybaud, nada sospechoso de parcial, dice de Saint Simón «que quiere el gobierno religioso de las inteligencias, pero declara que su teocracia se ocupará ante todo de la suerte de la clase más numerosa y más pobre»; que el ministro belga Thonisen, economista de gran valia, no obstante su manifiesta aversión á los socialistas, escribe en su libro *Le Socialisme dans le passé:* «Son los sansimonianos los primeros que han levantado la bandera del *socialismo francés:* en sus escritos se encuentran los nueve décimos de las ideas revolucionarias que perturban á Francia y á Europa entera», y que en toda la obra de Saint Simon transpira la doctrina de que el trabajo *es el único título de propiedad que debe asegurarse á todo el mundo, y que la distribución de los instrumentos del trabajo debe ser una función social.*

Negar la cualidad de socialista á Fourier es romper abiertamente con el criterio de hombres de modo de pensar tan diferente como Laveleye, Eichtal, el P. Cathrein, Maurice Block, Janet, Dawson, Malon, que incluyen y con razón entre los socialistas á aquel genial pensador que, anticipándose á teorías muy conocidas hoy, entrevió cómo, en el régimen capitalista, el perfeccionamiento del instrumental, el crecimiento de la productividad del trabajo y la multiplicación de los productos dan por necesario resultado el desmesurado aumento de la porción que se lleva el capitalista en detrimento de la del trabajo, lo cual equivale á permitir que una minoría exigua se apropie de una parte siempre mayor de la *superproducción* del trabajo colectivo y á obligar, en virtud de la ley de los salarios, á los proletarios, más numerosos de momento á momento, á un trabajo cada vez más ingrato y á la miseria siempre más intensa. Esto sin contar con que, en ocasión en que son las cooperativas de carácter socialista las que crecen y se desarrollan con la pujanza de las de Bélgica, es más que aventurado suponer, como lo hace Richard, que los partidarios de estas ideas rechazan el principio de la cooporación voluntaria.

Respecto del pretendido acuerdo del mutualismo de Proudhon con el colectivismo de Marx, que sostiene el publicista citado para demostrar la unidad del socialismo, son tales las atenuaciones y de tal naturaleza los distingos con que la admite, que apenas necesitamos nosotros hacer otra cosa, para probar lo contrario, que copiar algunos párrafos del autor citado: «Á primera vista, dice, no se descubren entre estos conceptos más que diferencias que responden á dos actitudes que puede tomar el espíritu enfrente de los problemas de la moral social. El mutualismo, como Proudhon le ha entendido, ve en la cuestión social una *cuestión moral;* trata de subordinar la división del trabajo y el cambio á las exigencias de la justicia, sin la cual no habría ni cooperación ni cambio. El colectivismo ve en la cuestión social una *cuestión de est-*

mago. La justicia, en sentir de sus partidarios, no es más que un motivo de diversión propio para regocijar á una reunión de estudiantes. La substituye por las exigencias de la producción que darán lugar á una sociedad sin clases, sin potencia coercitiva, en la cual todos persigan la satisfacción de sus apetitos, trabajando, no obstante, para el bienestar de todos por una especie de milagro».

Nada diremos de la idea singular que M. Richard tiene formada del colectivismo, cuyas doctrinas están al presente lo suficientemente definidas, y cuyas aplicaciones de carácter moral son lo bastante conocidas para que pueda juzgárselas con el *original* criterio del aludido escritor; pero, por si quedaba alguna duda acerca del acierto de sus apreciaciones en cuanto á la ecuanimidad del pensamiento de Proudhon y de Marx, que él patrocina, todavía hemos de reproducir otro párrafo de su libro: «El mutualismo y el colectivismo responden también á dos concepciones radicalmente diferentes de la aplicación de las ciencias sociales. El mutualismo cree en la espontaneidad inteligente del hombre, en una relación entre la moralidad individual y la solidaridad social; considera á la sociedad como un producto de factores internos de los que los principales son la razón y el carácter personal. El colectivismo ve en la persona individual un simple producto de las circunstancias. Desdeñando toda psicología, y hasta los datos de la fisiología cerebral, concibe en las sociedades el determinismo exactamente como lo hacen las ciencias físicas más rigurosas. Entre el estudio del pasado social y la inquisición de las modificaciones posibles, cree que debe colocarse la previsión de la sociedad futura, no para corregir los hechos, ni siquiera para evitar las crisis, sino para apresurar su aparición, para anticipar el tiempo; más aún, para precipitar el advenimiento, que juzga inevitable, de una organización económica sin propiedad capitalista».

Hacemos gracia al lector de otras clarísimas manifestaciones de *la oposición radical*, en que, por rara dialéctica, parece fundar el pensador francés la unidad, la concordancia de las teorías del autor de las *Contradicciones económicas* y del de la *Crítica de la Economía Política;* pero juzgamos indispensable, para darse cuenta de todo el valor de la opinión de Richard, añadir que señala como puntos de concordancia entre ellas—por entender que son los fundamentales—las *clases sociales*. Permítasenos, en medio de nuestra modestia, argüir que quien así discurre no ha penetrado en la doctrina de Marx: son esos puntos cosas de detalle que, dado que haya el parecido que pretende el autor á quien nos referimos, proceden de otros mucho más transcendentales en la teoría del maestro alemán. La teoría, por ejemplo, de que el valor es consecuencia del trabajo empleado en un tiempo determinado en la confección de un producto, que Proudhon pudo haber visto en Smith y en el mismo Ricardo, [alca]nza su verdadera importancia en el grandioso sistema de Marx, cuando [s]e la aplica al proceso histórico del capitalismo, y sobre todo cuando calcula [la s]upervalía que apoya sólidamente sobre la especial cualidad del elemento [trabaj]o, de donde sale, no sólo la subsistencia del obrero, sino también el be-

neficio del patrono en todas las esferas de la producción, de lo cual, que sepamos, nada ha hablado Proudhon.

¿Y puede considerarse como cosa baladí en la concepción marxista la lucha de clases? ¿y el llamado materialismo económico? ¿y la socialización de los instrumentos de producción, y la proclamación de la necesidad de la acción política de la masa, paralela á la potente y universal organización económica? ¿Cuál es en estas verdaderas características del sistema de Marx el pensamiento de Proudhon, contra el cual es sabido que escribió el primero acerbas críticas qne motivaron la frase de Luis Blanc, «que Marx había entregado á Proudhon á la burla de los estudiantes alemanes?»

En esto debió, si efectivamente las hubiera habido las coincidencias supuestas por el escritor francés, haber fundado su aventurado juicio acerca de la pretendida unidad del socialismo.

Por su parte, Werner Sombart, en el libro recientemente traducido al castellano, *El Socialismo y el movimiento obrero*, se empeña también en la tarea de demostrar la tendencia á la unidad de los socialistas, á lo cual dedica uno de los capítulos más interesantes. En él se propone describir «cómo, después de muchas tentativas desgraciadas, ha concluído por imponerse la tendencia al internacionalismo, y cómo, ligados á ella en su fin y dirección los movimientos sociales en los diferentes países, han tendido hacia la unificación, es decir, á una adhesión común á los artículos principales del programa marxista»; pero ni aun así resulta la completa deseada unión; porque, siquiera sea en el supuesto del autor de que, fiel Marx á su propósito expresado en el famoso Manifiesto comunista de 1848, que en colaboración con Engels redactara, inspirara el mensaje inaugural y los mismos Estatutos de la Internacional, en la necesidad de «conciliar las tendencias opuestas de los proudhonianos y cooperatistas franceses, sindicales ingleses, mazzinistas italianos y alemanes partidarios de Lassalle»; la realidad le impone la confesión de que, no obstante la política absorbente del marxismo, «todavía, sin embargo, no estaba toda la clase obrera penetrada del espíritu marxista y, al mismo tiempo que la Internacional va recibiendo sus ideas, surge por todas partes la oposición. Los primeros que resisten son los proudhonianos, después los sindicatos, sobre todo desde que Marx demostró su simpatía por la *Commune* de París; también comenzaron á murmurar los partidarios de Lasalle. Una parte (nosotros añadiremos una parte formidable) de la oposición cristaliza en 1870 en un solo hombre, en Miguel Bakounine. No sabemos, ni nos importa para nuestro asunto, si contribuyeron á suscitar esta oposición quejas y rozamientos personales. Posible es que en la desmembración de la Internacional tomasen una cierta parte los odios personales. Indudablemente hay un real antagonismo teórico en el fondo de la campaña de Bakounine contra Mar
En 1868 fundó Bakounine la «Alianza universal de la Democracia socialista en la que ingresaron principalmente socialistas italianos y españoles y alg nos franceses..... El verdadero punto de discordia entre ambos es el antag

nismo entre el revolucionarismo y el principio de la evolución, entre la concepción idealista y la concepción materialista de la historia. Toda la propaganda de Bakounine se funda en la idea de una revolución violenta, en la creencia de que las revoluciones deben hacerse porque pueden hacerse. Marx, por el contrario, defiende su idea fundamental, la de que las revoluciones son, á lo sumo, el grado último de una serie evolutiva en la economía, la rotura de la baya cuando el fruto está maduro».

En nuestro humilde concepto, han equivocado el camino los que, á la manera de los escritores citados, buscan el carácter típico del socialismo.

Intentaremos, pues, otro modo de llegar á saber con la certeza posible en dónde radica esta nota «típica» entre los diversos modos de un sistema que, si ha tenido representación importante en muchos períodos de la historia humana, ocupa hoy un lugar preferente en ella.

II

No puede dudarse de la existencia de un formidable movimiento de las masas populares del mundo entero, que, por ser tan universal y acentuado, acusa la suprema intensidad de la necesidad á que responde; ya que es acción, y acción impetuosa y tenaz, y como tal comienzo del proceso que conduce directamente á la obtención del medio, que no puede darse, y no se dará realmente con los caracteres que todos se ven obligados á reconocer, si aquella necesidad no existiese.

No trataremos por ahora de caracterizarlo: bástenos ver que los altos y los bajos, no sólo se preocupan del movimiento, sino que toman parte más ó menos directa en él; que lo mismo los políticos que los literatos, los religiosos como los racionalistas, los economistas y los hombres de ley, y hasta filósofos y naturalistas, le conceden verdadera atención en sus respectivos estudios, y que, en más de una ocasión, la pasión y el fanatismo de los comprometidos en ese inmenso movimiento han llegado al motín, al trastorno revolucionario y hasta al crimen individual ó colectivo.

Es demasiado intenso y demasiado extenso este fenómeno social para que pueda atribuirse á una mera explosión del sentimiento popular: hay en él mucho de consciente y bastante de reflexivo, que se revela claramente en tantos y tantos sistemas y procedimientos ideados para dar con el remedio apropiado para la necesidad antes notada. ¿Encontraremos en esta fase reflexiva la cualidad característica del socialismo?

Por de pronto, los hechos que apuntaremos de seguida nos obligan á in- ntre los socialistas, ó á lo menos entre los *socializantes*, á muchos que nsiderados como genuínos individualistas, comenzando por el célebre Smith; y no hemos de apelar para ello al tópico de que el trabajo es economista inglés la fuente y origen de toda producción y de

toda riqueza: hemos de acudir á la irrecusable opinión del mismo Marx, que, al decir de Engels en el prólogo del libro II de *El Capital*, comenta en las siguientes frases un párrafo de la obra maestra de Smith (libro I, capítulo VI) que á continuación transcribiremos, porque es prueba acabada de nuestro anterior aserto. Dice así el famoso colectivista en *La Crítica de la Economía política*: «Adam Smith considera el *hipertrabajo* (excedente del trabajo realizado é incorporado á la mercancía sobre el trabajo que tiene el salario por equivalente) como una *categoría general*, de la que el beneficio propiamente dicho y la renta de la tierra no son más que subdivisiones».

He aquí ahora la doctrina del maestro entre los maestros de la Economía, que ha comentado, como hemos visto, Carlos Marx: «Tan pronto como haya capitales acumulados en manos de algunos particulares, no faltará entre ellos quien emplee esos capitales en hacer posible el trabajo de gentes industriosas, á los cuales proveerán de materiales y les facilitarán subsistencias, con el fin de sacar un *beneficio* sobre la venta de sus productos ó *sobre el valor que el trabajo de estos obreros añade al de los materiales*..... El *valor* que los obreros *añaden á la materia* se resuelve entonces *en dos partes:* una paga *sus salarios* y la otra los *beneficios* que obtiene el capitalista sobre los fondos que le han servido para anticipar los salarios y la materia elaborada por el trabajo.....

«Desde el instante en que el suelo de un país pasa á ser propiedad privada, los propietarios, como todos los demás hombres, *procuran recoger donde no han sembrado*, y reclaman una renta aun por el mismo producto natural de la tierra. Es forzoso que el obrero..... *ceda* al propietario del terreno una *parte* de lo que él recoge ó de lo que él *produce con su trabajo*. Esta parte, ó, lo que es igual, el precio de esta porción, constituye la *renta (rent of land)*». Y todavía hay otro comentario de Marx, más expresivo, si cabe: «A. Smith dice aquí claramente que la renta de la tierra y el beneficio del capital proceden principalmente del valor del producto del trabajador, que es igual al trabajo que ha agregado á la materia; pero, de acuerdo con lo que Smith ha expuesto anteriormente, dichas porciones no provienen más que de aquella parte del trabajo incorporado á la materia que excede de la cantidad de trabajo que el salario paga: no pueden proceder sino del *hipertrabajo*, del trabajo no pagado. Engels, por su parte, añade este significativo escolio: «Smith sabía, no solamente cuál es la fuente de la supervalía del capitalista, sino también de dónde proviene la del propietario territorial. Marx reconoce muy sinceramente ya en 1861 lo que Rodbertus y la turba de adoradores que el socialismo hizo brotar en torno suyo, como setas después de una lluvia de otoño, parecen haber olvidado completamente». No hay duda, pues, de que en la genial apreciación de Smith aparece señalado el origen del problem social, al menos en su modalidad económica, como pudiera hacerlo el so cialista moderno más caracterizado. También Carlos Marx ha descubierto e otro de los corifeos de la escuela industrialista, que tan apartado estaba, á

decir de muchos entendidos en estas cosas, de todo lo que transcendiera á socialismo, sorprendentes analogías con éste. En el primer tomo de *El Capital* llama la atención acerca de la frase *The possessors of surplus produce or capital*, estampada en un folleto de 40 páginas, escrito por David Ricardo con el título *The source and remedy of the national difficulties. A letter to Lord John Russel. London, 1821*, en el que se hacen las afirmaciones siguientes: «Cualquiera que sea su parte (consideradas las cosas desde su punto de vista), el capitalista no puede apropiarse más que el *hipertrabajo (surplus labour)* del obrero, porque el obrero tiene precisión de vivir.....» Si el capital no disminuye en valor á medida que aumenta en cantidad, el capitalista arrebatará al obrero hasta la última hora que exceda del mínimum indispensable para su existencia..... y podrá decirle, finalmente: «Tú no comerás pan, porque se puede vivir con nabos y con patatas». «Es incontestable que, si el obrero puede ser reducido á alimentarse con patatas en vez de pan, será posible *retirar* todavía más de su trabajo. Si, por ejemplo, para alimentarse de pan él y su familia tiene que quedarse con *el producto del trabajo del lunes y del martes*, podrá contentarse *con el de la mitad del lunes solamente,* decidiéndose á no comer más que patatas; y entonces la segunda mitad del lunes y todo el día del martes *estarán á disposición* del Estado ó de los capitalistas.» «Se admite *(it is admit)* que es el trabajo de los demás el que paga los intereses de los capitalistas, ya sea en forma de renta, ya bajo la forma de beneficio.»

Respecto á las concomitancias socialistas de John Stuart Mill, apenas hay que hablar, después de la franca manifestación que hace en su *Autobiografía:* «Este problema social del porvenir habrá de resolverse en un principio de reconocida justicia, que consiste en juntar la mayor libertad individual de acción con un dominio común de las primeras materias del globo y con una participación igual en los beneficios todos del trabajo combinado».

Más extraño parecerá á alguien que Bastiat, el martillo de comunistas más ó menos señalados, no sólo no haya reconocido explícitamente la existencia y la importancia del problema social en aquellas célebres palabras, «por algún tiempo ha podido estar de moda el reirse de lo que se llama problema social, y, es necesario decirlo, alguna de las soluciones propuestas justifica demasiado esa risa; pero, en cuanto al problema en sí mismo, no tiene, seguramente, nada de risible: es la sombra de Banquo en el festín de Macbet; sólo que no es una sombra muda, y, con formidable voz, grita una solución ó la muerte», sino que haya llegado, definiendo las *armonías económicas*, á esta conclusión, cuyo alcance y naturaleza no necesita comenta : «Todos los principios, todos los motivos, todos los móviles de la acci todos los intereses, cooperando hacia un gran resultado final..... la ap ximación indefinida de todas las clases..... *la igualación de todos los indivi s en el mejoramiento general*».

es más acentuada esta tendencia en ciertas desviaciones del man-

chesterianismo, tales como la representada por aquel grupo de economistas á la cabeza del cual debe colocarse á Sismondi, que combate fieramente el carácter crematísco de la escuela inglesa, «que, en vez de procurar la felicidad general, sólo consigue hacer al rico más rico, y más pobre y dependiente al pobre, y que considera sumamente defectuosa la organización industrial de su tiempo, y, por consiguiente, que la división del trabajo, las máquinas, la gran propiedad, de nada sirven, antes al contrario perjudican principalmente á los obreros, reduciéndolos á miserable estado físico, intelectual y moral. Por esto cree necesaria una radical variación del sistema de distribución, fundado en la propiedad individual».

¿Quién duda de que muchos de los llamados economistas moralistas y de los que se apellidan católicos á la manera de Dunoyer, Minghetti, Dameth, Le Play, C. de Mun, Perin, podrían figurar dignamente, en punto al concepto del problema social y de sus soluciones, al lado de los anteriormente mencionados?

En cuanto á los economistas realistas, como ellos se llaman, aunque son más conocidos con el dictado de *socialistas de la cátedra*, bastará recordar que figura como de los principales Schmoller, que atribuye al Estado la misión de realizar *el hombre ideal en el gran organismo de la realidad;* Scheel, que le considera como el organismo de la sociedad política y económica, cuya misión consiste en asegurar y procurar á los individuos el grado mayor de cultura; Schonberg, que asegura que el Estado debe intervenir, con la *Legislación y con la Administración*, en la vida económica, como órgano que es *de civilización, fuerza y voluntad común;* Brentano, que piensa que el Estado es la organización del pueblo y el Gobierno la función principal de su vida; todo lo que á aquél integra no puede serle indiferente, para tenerlos por muy afines de los titulados socialistas.

Si ahora nos propusiéramos clasificar á determinados ilustres pensadores en materias de esta índole, que han sido considerados por la generalidad de las gentes como poco ó nada afectos al socialismo, acaso no nos sería difícil mostrar claramente su filiación más próxima á tal sistema que á aquel ó á aquellos en que han sido alistados. Flórez Estrada, por ejemplo, á quien ciertos historiadores de las doctrinas económicas tomaron por individualista, y, cuando más, por ecléctico, comienza, en la cuarta edición de su *Curso de Economía política*, por afirmar que, «mientras no se extendió la población, existieron muchos terrenos incultos; los labradores y los propietarios debieron formar una sola categoría»: este sistema primitivo, que Sismondi llama *Patriarcal*, es el que más *nivela* las diferentes clases de la sociedad, el más compatible con la *conveniente distribución* de la riqueza, *el único que ofrece al labrador la seguridad de recoger el fruto completo de su trabajo*, y en el ya famoso folleto que con el título *La cuestión social, origen, latitud y efectos del derecho de propiedad*, publicó en 1839, y que poco menos que descubrió Costa en *El Colectivismo Agrario*, declara sus ideas con tanta franqueza, como acusa la [illegible]a-

nifestación siguiente: «Toda vez que conocemos la causa de ese vacío que se siente en la sociedad y aviva en ella la discordia de clases, apliquemos el único posible remedio, consistente *en rescatar las tierras indebidamente apropiadas y nacionalizar su dominio; que el jefe del Estado sea el encargado de su distribución, arrendándolas por una renta moderada á los que hayan de cultivarlas. Un plan sabio de usufructo que no permita á nadie poseer más terreno del que una familia cultive por sí, es el único compatible con un Gobierno paternal y fuerte, el único capaz de desterrar la ociosidad y la miseria y prestar base firme á un sistema fiscal justo que substituya al inmoral que ahora rige á Europa*».

De otros publicistas pudiéramos hablar que, aunque no participan del colectivismo *político,* proponen para resolver la cuestión económica remedios que debieran calificarse de colectivismo *privado.* Conocida es, por ejemplo, la *participación en los beneficios,* de que fué gran propagandista el alemán V. Böhmer, y que el eminente Schmoller patrocina con mucho entusiasmo, porque «reúnense en él las ventajas de la gestión republicana con las de la monárquica». Con esto, añade, «reemplazaría al sistema patriarcal de las gratificaciones una participación en los beneficios establecida con arreglo á convenciones determinadas, de la misma manera que existe bajo el régimen individualista, y que tiene el inconveniente de aislar al individuo y de fomentar el egoísmo, oponiéndose al régimen de la participación que interesa á todos los asociados en la prosperidad de la empresa y les excita así al esfuerzo colectivo... Casi en todas partes este sistema ha ejercido una influencia educativa. El obrero participante investiga as innovaciones ventajosas que podría hacer y se convierte en inventor; perfecciona la producción sin necesidad de estímulo; se inicia en el conocimiento de los negocios y renuncia á las pretensiones y á los proyectos utópicos. En vez de ser un enemigo del patrono resulta un asociado. La experiencia enseña que bajo ese régimen se puede exigir del obrero una puntualidad, una precisión y una perfección en el trabajo que no llega á obtenerse de los obreros sometidos al salario fijo. Nada más natural, puesto que el obrero que recibe un salario fijo, trabaja para otro, y el que participa de los beneficios trabaja para sí mismo».

No quisiéramos fatigar ya más al benévolo lector con otras citas; pero juzgamos de verdadero interés recordar en este punto la doctrina cooperatista del sabio profesor francés M. Ch. Gide. Según él, los caracteres propios de las sociedades cooperativas que constituyen un verdadero programa son: que tienen por fin la *emancipación económica* de ciertas clases de personas, y de este modo pueden prescindir de intermediarios y bastarse á sí mismas; que se proponen reemplazar á la competencia por la solidaridad, y el lema individualista «*Cada uno para sí*» por el cooperatista «*Cada uno para todos*»; que den, si no á abolir la propiedad individual, al menos á *generalizarla,* facilitando á los cooperadores la adquisición de capitales individuales, sea por medio del ahorro ó por el préstamo, creando así una *propiedad social* en forma de almacenes, bancos, talleres y casas de habitación; *que procuran quitar*

al capital su misión de director de la producción, y por lo tanto privarle de la parte que se adjudica por el ejercicio de esa función; que son esencialmente educativas y enseñan á sus adherentes á desenvolver sus energías para ayudar á los demás, ayudándose á sí mismos, á poner el fin de su actividad económica en satisfacción de las necesidades y no en el lucro; que, en suma, toda asociación cooperativa consigue la supresion de un conflicto particular, de un duelo de intereses antagónicos; suprime el conflicto entre el vendedor y el comprador en la asociación de consumo, el conflicto entre el acreedor y el deudor en la de crédito y en la de producción, el conflicto entre el patrono y el asalariado, y concluye que «*Las sociedades de consumo sobre todo tienden á concentrar en sí todas las formas cooperativas y á realizar una especie de República cooperativa en la que toda la dirección de la producción pasaría á manos de los consumidores, y esto no sería pequeña revolución*».

Adolfo BUYLLA.

(Continuará.)



UN PROGRAMA PARA LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN ESPAÑA

Trabajo inédito, premiado en los Juegos Florales de 1904 en Sevilla.

(CONCLUSIÓN)

Enseñanza moral.—La fórmula fundamental de la Pedagogía debiera ser en nuestra patria la educación desinteresada, la educación para el individuo y para la especie; una educación que ligase la moral, la estética y el amor patrio con la idea de la vida; una educación que armonizase la vida individual más intensa con la vida social más extensa. «La educación debe—escribe Adolfo Posada,—pues, tener un triple fin: 1.º, desenvolver armoniosamente en el individuo humano *todas* las capacidades propias de la especie humana y *útiles á la especie*, según su importancia; 2.º, desenvolver más particularmente en el individuo las capacidades que parecen serle especiales *hasta donde no dañen al equilibrio general del organismo;* 3.º, contener y someter los instintos y tendencias susceptibles de perturbar este equilibrio.»

Buscar en la enseñanza causas para salir de la debilidad que nos mata, y considerar que en la reforma de nuestra instrucción primaria está la base del renacimiento de nuestra patria. He aquí el objeto de la 3.ª parte de este trabajo.

Comencemos, pues, examinando la enseñanza moral.

El fin de la educación moral es que los niños encuentren un placer en la virtud y un disgusto en el vicio, enseñándoles á amar el bien, no por su utilidad, sino por su belleza; para ello es preciso almacenar fuerza en el cerebro infantil antes de que obre como miembro social, pues el poder interno que en su día ha de difundirse de mil modos se produce por la conciencia y la moralidad. El germen moral que en sí encierra el niño puede y debe ser convertido en sujeto moral por una voluntad capaz de producir un ideal; potenc[illegible]adora y transformista que en gran parte corresponde al maestro.

[illegible]base de la educación estriba en las teorías morales; el hombre abandonado á sus propios instintos es egoísta y revolucionario. Por esta causa, [illegible] más nivel intelectual alcanza la instrucción, más fuerza moral nece-

sita para subsistir. «Considero—escribía Federico III á Bismarck—que la cuestión relativa al cuidado que merece la educación que debe darse á la juventud está íntimamente ligada con las cuestiones sociales. Es necesario procurar que una educación más alta sea accesible á las capas sociales cada vez más extensas; pero se deberá evitar que una semiinstrucción cree nuevos peligros, provocando pretensiones de existencia que las fuerzas económicas de la nación no podrán satisfacer. Es preciso asimismo evitar que, á fuerza de proponerse aumentar la instrucción, se olvide y abandone la misión educativa.....»

Ley de vida es propagarse, no conservarse; ley que alcanza hasta la misma vida física. Pues bien; de esa tendencia vital á marchar hacia afuera, á expansionarse y á transmitirse hacia otro ó para otro, se deduce el principio de que el individuo no puede vivir aislado por y para sí. Esta ley, que Guyau llama la fecundidad moral, es «la correlación entre la intensidad de la vida y su expansión hacia otro». De esta ley, innata al hombre, parte la escuela moral; por consiguiente, la moralidad ejerce tanta mayor influencia en el corazón humano cuanto es más pura, más generosa, más filantrópica.

La enseñanza moral debe ser resultante de la lectura y de la conducta del maestro; el sentimiento del niño, aparte del cultivo familiar y de las páginas que hagan nacer y desarrollar las sanciones interiores, la satisfacción y el disgusto de conciencia, ha de complementarse con los actos del maestro. «La conciencia moral del discípulo—dice Pellón—se desenvuelve, en cierto modo, en contacto con la del maestro, manifestada por la censura y por la aprobación».

La base de la instrucción primaria reside en la educación; y ésta es la que conserva y desenvuelve la moralidad, que es el producto superior de la educación misma. «La conciencia moral—dice Guyau—no existe completa en el alma del niño, pero se desenvuelve á medida que éste es llamado á obrar. Si, pues, se quiere ejercer sobre los niños un influjo moral, es preciso dirigir sus *acciones* antes de enseñarles máximas.....» «Es preciso—añade Herbart—dejarles el trabajo de formular por sí mismos las reglas de conducta conforme á los hábitos virtuosos que de muy temprana edad se debe haberles inculcado.....»

En nuestra instrucción primaria concedemos poca importancia á la enseñanza moral del individuo; procuramos formar hombres sin pasar antes el corazón del niño por el crisol de una austera educación moral, educación hoy tanto más indispensable cuanto más provocadoras son las ideas que agitan el fondo de nuestras almas. Cuidan nuestros programas de instrucción primaria de recargar la atmósfera intelectual del niño; pero, olvidando sin duda las condiciones de la vida en que ha de desarrollarse, rompen el armonioso equilibrio de las facultades humanas; así sucede que el corazón del niño navega en el mar social sin un recuerdo que le guíe y sin sentir la ley del hábito y de la economía de la fuerza que le invita á reproducir su pasado en su porvenir.

Huyen nuestros programas de enseñanza primaria de hacer despertar en el corazón del niño esas sensaciones morales, vibraciones armoniosas que tan agradables suenan en los duros embates de la vida; olvidan dichos programas el alto concepto de la enseñanza moral, que es, además de la socialización de poderes, ideas y sentimientos, un objeto de conciencia reflexiva. Y, á pesar de nuestras recientes desgracias, todavía persisten en los programas las rutinas del pasado, las causas de lo que somos; la enseñanza moral languidece en nuestras escuelas, no por falta de buenas y patrióticas voluntades, sino por efecto del hábito adquirido.

Deficiencias de nuestra instrucción primaria y manifestaciones evidentes de la falta de enseñanza moral son: la blasfemia, pecado habitual de muchísimos españoles que ofenden no solamente el sentimiento de los buenos, sino que levanta su aliento pestífero contra lo más augusto y santo; la desenfrenada lujuria, que en forma de indecentes obras teatrales, de torpísimas novelas, de indecorosas exposiciones ó de picantes conversaciones, lleva el hedor del ambiente nauseabundo á corazones sencillos y á inteligencias vírgenes; el afán de ser hombres antes de tiempo para gozar de la filosofía bestial de Epicuro, tan despreciable é ignominiosa á los ojos de los mismos paganos; el orgullo del rico indiferente á la pobreza, tan tejida de necesidades y de dolores; y la desesperación del pobre, revolcándose contra su Dios y la sociedad en que vive.

¡Cuán grande sería nuestro pueblo si la Religión y la Moral se enseñasen con amor, se practicasen con caridad y se conservasen con fe! Seguramente que los círculos tangenciales en que se desarrolla la vida de las clases sociales acabarían por ser concéntricos; variarían tan sólo las riquezas superficiales, pero siempre habría identidad de ideas, una misma cantidad de sentimientos y un mismo origen de pensamiento; la metamorfosis del rico, enlazando la caridad con el recuerdo, llegaría indudablemente á borrar esos antagonismos levantados hoy por el odio y la ausencia de una moral cristiana.

Estimo, pues, que la enseñanza moral debe figurar en nuestros programas de instrucción primaria si se quiere formar en el corazón del niño un tesoro de virtudes que se sobrepongan en todos los actos de la vida á las eflorescencias del mal.

En este concepto, opino que los libros de moral deben ser objeto de severa censura ó consecuencia de un concurso nacional; que al benéfico influjo de estos libros deben acompañar la labor de la familia en el hogar y la del maestro en las aulas; y que estas conquistas deben ser complementadas con asistencia de los niños—siempre que sea posible—á juegos florales en l[illegible] que se ensalce la virtud y se premie el trabajo, porque estos testimonios i[illegible]sionan el corazón y lo inclinan á la imitación.

***

Enseñanza gimnástica.—Siendo el fin de la educación desarrollar las potencias del ser haciéndolas producir en todos los sentidos, nada más natural para reparar esos gastos en el juego normal del cerebro que los ejercicios físicos. «Para curtir el alma—dice Montaigne,—es preciso endurecer los músculos.»

Admítese como útil para la vida la rápida adquisición de los conocimientos humanos, pero se olvida las más de las veces que más ayuda á ese trabajo intelectual una buena organización física. Se pretende aumentar la energía mental sin que á este exceso de actividad se acompañe el trabajo corporal; y sin reflexionar acerca de los estragos que ocasiona la desasociación entre el violento ejercicio cerebral y el crecimiento del cuerpo, cada vez se obliga más al niño á forzar sus funciones intelectuales sin el apoyo de una gimnasia que sostenga los conocimientos adquiridos. «No son los conocimientos amasados en el cerebro—dice Spencer,—al modo que las grasas en el cuerpo, los que más valor tienen, sino los conocimientos convertidos en músculos del espíritu.»

Consecuencia, pues, del gasto de energía intelectual es la atrofia cerebral; y si este gasto no se repone por un descanso combinado con un ejercicio corporal, las demas fuerzas decaen, como decaen los sentidos cuando uno de ellos se ejercita en detrimento de los demás. «Las lecciones deben ser interrumpidas—se lee en las Reglas dictadas por la Escuela de Higiene de Ginebra—cada hora por un recreo que permita á los alumnos entregarse al ejercicio corporal. En general, el maestro debe suspender su enseñanza desde el momento en que advierta signos de cansancio ó de agitación en su auditorio, concediéndole cierto reposo. Cada lección debe ser dada de manera tal, que el niño sea alternativamente activo ó pasivo.....»

La gimnástica alemana es ésta. «Al ver las clases alemanas—escribe Bersot—interrumpidas cada tres cuartos de hora ó cada hora por recreos, se siente cierta vergüenza ante nuestra barbarie que encierra á los niños en una clase tres horas seguidas, tres por la mañana y tres por la tarde, á una edad en que se está ansioso de movimiento, y no hay modo de comprender que se haya tomado para someterlos á ese régimen á los niños franceses.....»

La gimnástica norteamericana, al defender la teoría de los tres ochos (8 horas de sueño, 8 de trabajo y 8 de libertad), dice: «Creemos que esta regla es excelente, y que es preciso estimar ocho horas de trabajo como un máximum que jamás debe ser alcanzado por los alumnos de las escuelas primarias ni superado por las demás».

El pensamiento capital de la gimnástica sueca es «limitar los ejercicios á movimientos, variados sí, pero tan sencillos como fuera posible».

Contra los juegos uniformados que no regulan la distribución ig[illegible] de actividad sobre todas las partes del cuerpo, levántanse como más prov[illegible] chosos al organismo y más adecuados al crecimiento los juegos ingleses, [illegible]

los que se combina la acción simultánea de todos los músculos con el placer de la diversion.

La gimnasia escolar, que tan útil es, tanto para alimentar el cerebro cuanto para producir el crecimiento del ser ó desvirtuar la mala herencia, se considera hoy por la Pedagogía como complemento directo de la enseñanza intelectual; porque no basta encerrar al niño en los salones más ó menos higiénicos de la escuela, sino que es preciso además despertar y sostener sus aficiones al salto, á la carrera, etc. La severidad de la clase debe amortiguarse con los encantos del juego, con los pugilatos de la lucha y con la aplicación de lo que ve ó presiente en las fuerzas de la naturaleza; y si en ésta todo es lucha, justo es que el niño rinda tributo á ese poder, ya que él es uno de los elementos inteligentes.

Si el desarrollo intelectual y físico han de marchar paralelos, si los órganos del cuerpo han de desenvolverse armónicamente, y si el vigor de la raza ha de partir de la fortaleza del niño, la gimnasia escolar debe ser atendida preferentemente; gimnasia escolar que instruya á la par que desarrolle la fuerza de los músculos, y que esté sujeta á métodos que hermanen el placer del juego con la finalidad del ejercicio.

Naciones mucho más previsoras que la nuestra, alarmadas un día por el apagamiento físico de sus hijos, volvieron los ojos á los tiempos antiguos y copiaron de los juegos griegos cuanto representaba vigor para el individuo y robustez para la vida del Estado. Resurgieron, pues, épocas en las que la gimnasia y el estudio eran compañeros inseparables; épocas en las que era norma de toda escuela el *mens sana in corpore sano.*

La Pedagogía ha ido aún más allá. Comprendiendo que el recreo gimnástico puede cristalizar el pensamiento del niño, ha añadido á los varios aparatos vigorizadores de los músculos otros que son fuentes de riqueza para el hombre, y que desenvuelven las facultades intelectuales, estéticas y físicas del niño; tales son los útiles de hierro y de madera empleados en el trabajo manual. La combinación de la gimnasia escolar con el estudio práctico del mundo exterior ha creado un medio educativo: la fusión del recreo con la enseñanza, el afinamiento del gusto y el conocimiento del mundo material que rodea al niño. «El banco del carpintero y el yunque del herrero—dice Guyau—pueden ser empleados en esta educación, sin que se trate por eso de hacer carpinteros ni herreros. Su efecto debe ser principalmente familiarizar al discípulo con las propiedades de la madera y del hierro, habituar su ojo y su mano á trabajar armónicamente, acostumbrarle á medir con exactitud: en suma, enseñarle á ejecutar con gusto, por medio de sus útiles, un ob[illegible] cuyos contornos ó modelos se le presenten dibujados.....»

[illegible]tristece el ánimo la contemplación de nuestras escuelas, donde la rigidez [illegible]neralmente se lleva á rigor con lamentable crueldad; si el niño habla, se [illegible]ve, ríe, ó ejecuta actos propios de su sensibilidad, bien pronto tropieza [illegible]vera figura del maestro; al entrar en la escuela ha de abandonar

forzosamente sus niñerías para adoptar la seriedad de los hombres; de aquí que esa lucha interna entre el movimiento, el cansancio y el temor se traduzca muchas veces en hechos negativos.

¡Cuán frecuentemente se repite el caso de llevar al niño á la escuela por no poder sujetarlo en casa—como si el colegio fuese una corrección,—ó decir que es malo porque su naturaleza se rebela contra la quietud aplastadora! Los que así piensan ignoran quizá que no es censurable el niño porque sea revoltoso, toda vez que tiende al movimiento y á la expansión siguiendo las leyes de la Naturaleza; lo malo no es que el niño sea díscolo, sino que esa energía se pierda, ó bien que en sus comienzos no se aproveche en un fin útil. Pretender asimismo que la escuela sea una casa de corrección, es otro de los absurdos; á la escuela va el niño por amor, por inclinación, por algo que le seduzca y lo entretenga sin aburrirlo ni mortificarlo.

La gimnasia escolar está sin hacer en España. Creemos que mucho ganaría la instrucción primaria implantando en todas las escuelas el trabajo manual junto al Gimnasio; el compás y la regla, manejados con otros últiles sobre el hierro ó la madera, podrían enseñar la Geometría y el Dibujo; el Gimnasio igualmente pudiera servir para el conocimiento de la Anatomía, siguiendo en este caso, con ayuda de un *hombre plástico*, el método de las cosas vistas.

Proponemos, además, que se formase una hoja del estado de salud del niño, revisada mensualmente por un médico.

La atonía que se observa en nuestro pueblo denota una debilidad muy acentuada, debilidad que muy bien puede arrastrar consigo la mentalidad de la raza; el remedio para reparar este gravísimo mal reside en la gimnasia escolar, gimnasia bien entendida y sabiamente aplicada.



Enseñanza cívica.—Por la adaptación del niño á las aspiraciones de su época, por la correlación entre sus energías y las que el Estado necesita, y por el mutuo enlace entre su existencia y la de su Patria, es por lo que debe figurar la enseñanza cívica en los programas escolares; no para que el niño aprenda á discernir entre una buena ó mala ley, sino para que desde sus primeros años sienta la necesidad del respeto á los deberes sociales y patrios. Los mejores ciudadanos son los que nacen á la vida social llevando en su corazón el respeto á las leyes; los que estiman el sacrificio patrio como deber, no como obligación; los que en la escuela adquirieron hábitos de orden y de disciplina; los que en la obediencia ganaron sus ascensos y los que con sus virtudes aspiraron á la recompensa; los que amaron el respeto como reflejo de la organización escolar; los que sometieron sus diferencias al juicio del maestro; los que buscaron la amistad del compañero por los estímulos del cor

zón; y los que vertieron lágrimas de dolor ó de alegría por una desgracia ó un suceso favorable.

¿Qué importa la lectura si no deja en el niño sedimentos de amor y respeto; qué una escogida cultura, si con ella no se logra el bien social ó el engrandecimiento patrio; qué un caudal de conocimientos, si éstos no impelen al individuo á doblegar su voluntad ante la ley, y qué un alarde de energía intelectual, si no se subordina al bien común? «El campesino ignorante —escribe Fouillée, —se ha dicho con razón, va menos hacia el absurdo que el obrero ilustrado. Poca instrucción suele alejar del buen sentido; mucha instrucción lleva hacia él. Si no se pefecciona la instrucción primaria, la difusión de esta instrucción conducirá á todos los trabajadores, sin exceptuar á los campesinos, al nivel de los obreros, dándoles más fuerza para hacer una mala política ó una mala economía social.»

La consecuencia inmediata de la enseñanza cívica es la formación del ciudadano; del olvido de esta educación surgen todas esas resistencias pasivas que más tarde apasionan el corazón del hombre. La escuela debe ser, pues, la que siembre en el niño, junto al estímulo del bien, la satisfacción del acatamiento á las leyes; junto al amor del pasado, el sacrificio por el presente; junto á la virtud, la admiración; junto al odio, el perdón, y el cariño de la familia junto al de la sociedad y al de la Patria.

El maestro inculcará en sus discípulos la idea de que la felicidad de la nación depende de la honradez y patriotismo de los hombres llamados á regir sus destinos; de que todos los ciudadanos deben ejercer los derechos que la Constitución y las Leyes les conceden; de que los poderes públicos tienen su origen en el voto popular; y de que la existencia del orden y la garantía del progreso se desarrollan en función de los deberes de cada uno.

Pero no solamente incumbe á la escuela la enseñanza cívica. La familia debe completarla; el padre con sus consejos y su experiencia; la madre con sus delicados sentimientos y con su notoria influencia sobre el ánimo de los suyos. Pero el hogar, unas veces por ignorancia y otras por pusilanimidad, es completamente olvidadizo de los deberes cívicos, y, en vez de contribuir al progreso, desvía á los niños del cumplimiento y enseñanza de necesarias obligaciones. La responsabilidad de la mujer en esta educación nunca puede ser atenuada por la defensa de sus deberes domésticos; oigamos á Madame Chasteau: «Sin hacer causa común con ciertos espíritus quiméricos que, pretendiendo llevar á su último término la igualdad del hombre y la mujer, desean abrir á ésta la vía de la política y de los negocios gubernamentales, no tememos decir que las mujeres no pueden, sin cometer una verdadera falta, se ndiferentes á los negocios de su país. Ellas pueden y deben tener su opini, que no emitirán públicamente, y sobre la que no promoverán discusi, sino que guardarán para sí y para el círculo estrecho de su familia, cu ndo, al expresarla, no corran el riesgo de suscitar discusiones tan estérile omo fuera de lugar».

Uno de los deberes cívicos más importantes en la enseñanza es el sentimiento de amor patrio, cuyo cultivo es fácil arraigarlo en el corazón del niño, toda vez que éste siente afecto por el suelo donde nace y por las tradiciones de sus antepasados. Sin recurrir á múltiples citas históricas, presentaremos solamente una: la Prusia vencida en Jena, llevada al pináculo de la gloria militar y al rango de potencia de primer orden intelectual, comercial é industrialmente por la obscura labor del maestro de escuela; pueblo que venció en 1870-71, no tan sólo por el poder de sus armas, sino por los resultados de la institución escolar.

«Debiendo el hombre la vida—dice Berenguer,—la seguridad, la educación, los medios de subsistencia, el bienestar, la libertad, la moralidad y el progreso perfectible á la sociedad y á las leyes», se comprende que misión de la escuela ha de ser el arraigo de los hermosos ideales patrios sobre el interés y egoísmo de la sociedad. De la combinación de los sentimientos que dichos ideales sugieren nace primeramente la emoción, resorte á que el maestro debe acudir para sobresaturar la imaginación infantil. Produciendo la emoción moral, se consigue la noción del deber patrio; é inclinando la voluntad, por la disciplina á los deberes sociales se forma el hábito, que conduce al bien de los semejantes y al acatamiento de las leyes.

Por su relación con la enseñanza de los deberes cívicos se ha incluído en los programas escolares el ejercicio militar; los batallones escolares tuvieron, y aún tienen, acérrimos defensores (1). Mi opinión es contraria á dichos batallones, fundándome en que transcurre demasiado tiempo desde que el niño abandona la escuela hasta que ingresa en el Ejército, y en que, moral y materialmente, su utilidad es bien escasa. «Al correr el tiempo—escribe una Revista pedagógica alemana,—se ha llegado al convencimiento de que *jugar al soldado*, no sólo cuesta dinero al Estado, sino que además no reporta ninguna ventaja.» «Indudablemente—dice Britten—hubo un tiempo en que dicha instrucción debió considerarse de valor, cuando nuestros antepasados veían impelidos á acudir al brazo fuerte para proteger nuestras libertades.»

En nuestra instrucción primaria se descuida la enseñanza cívica. Opinamos que la preparación del ciudadano en sus funciones para con la Patria y con la sociedad debiera ser objeto principal de la escuela; sin duda alguna, la presentación en forma vibrante y conmovedora de los conceptos de Patria,

(1) La primera idea para la formación de los batallones escolares nació en Francia, en la época de la Revolución. El decreto de la Convención del 13 Prairial, Año II (1.º Junio de 1794), ordenaba que cada distrito de la República enviase á la Escuela de Marte, establecida en Sablons, seis jóvenes que se denominarían «alumnos de Marte». Pero el pensamiento de Barrière no llegó á prosperar; aquellos alumnos, mezclándose en la política, ocasionaron tan serios disturbios, que el Gobierno vióse obligado á cerrar la Escuela por decreto del 26 Brumario, Año III (23 de Octubre de 1794).

sociedad y familia, las explicaciones del maestro acerca de los deberes que el Estado impone y la corrección de cuanto implicase desobediencia á una ley ó mandato crearían en el ánimo del niño una necesidad de respetar lo ordenado y de sentirse orgulloso de este deber.

Todo el poder realmente admirable de los pueblos anglo-sajones estriba en que al niño se enseña en las escuelas á obedecer y á hacerse respetar; más de una vez hemos podido apreciar esta observancia tan admirable. Y entonces pensamos, recordando la gala que hacemos de mofarnos de cuanto lleve el sello de autoridad ó mandato, que el poderío de nuestra abatida nación podría ser grande si el niño aprendiese en la escuela á vivir bajo el culto de la Ley y el amor sublime de la Patria.

¿No es anormal que el niño vaya á las fábricas ó á los cuarteles ignorando lo que vale su esfuerzo en pro del progreso ó en beneficio de la Patria? ¿No es anormal que niños nacidos para el lujo y las comodidades ignoren el sacrificio de otros niños? ¿No es contraproducente para la normalidad de la vida del Estado que el niño desconozca los deberes á que le obligan la sociedad y la Patria? ¿No es absurdo que el niño se substraiga al medio en que ha de vivir y se desarrolle su imaginación sin enlazarla hábilmente á una enseñanza político-social?

Prueba del lamentable y criminal abandono con que hoy miramos la enseñanza cívica en España, son los siguientes párrafos de un distinguido oficial de nuestro Ejército, el castizo escritor D. Luis Rodriguez García: «.....En un pelotón de 23 reclutas pregunté uno á uno, y separadamente, los colores de la bandera nacional, y 9 no lo sabían. Pareciéndome raro el caso (¡pobre de mí!), repetí la experiencia con 211, y de ellos 64 tampoco los conocían. En principio creí obedecía al analfabetismo, y, consultando los antecedentes de los individuos, vi que, de los 9 primeros, 3 sabían leer y escribir, y otro tanto ocurrió á 27 de los 64 de la segunda experiencia. Aún no es esto todo; de los tres, uno había recibido su instrucción en la escuela rural, y 11 de los 27. Afortunadamente vuelven á su casa conociendo la enseña de la Patria.....»

Del pasado glorioso, lleno de fe y entusiasmo, hemos llegado al período actual, todo decaimiento y frialdad. Urge, pues, remover los recuerdos del ayer para que de ellos surja una nueva Patria, á modo que el ave fénix se remonta orgullosa de sus propias cenizas; si queremos vivir con vida propia, pidamos al maestro que de sus alumnos haga españoles; incluyamos la enseñanza cívica en los programas escolares y caminemos hacia el progreso con la convicción de nuestros antepasados y la experiencia de nuestras desdichas.

...aestro de escuela hizo la Alemania de hoy. ¡Quiera Dios que del esfu... e nuestros maestros salga la España del porvenir!

***

Enseñanza estética.—Antes que el raciocinio domina en el niño la imaginación; en ésta juegan é intervienen principalmente el entusiasmo por lo bello, por lo gracioso. De aquí la necesidad de la educación estética para regular esa imaginación, para dirigir ese entusiasmo hacia objetos dignos y para transformar, en una palabra, en arte la pureza de percepciones. «El ser moral—dice Guyau,—pensante y sintiente es lo que se debe crear en el niño; y así como no se pretende dejarle descubrir (aun suponiendo que fuese capaz) las leyes fundamentales de la ciencia, así no se debe esperar á que llegue á experimentar por sí solo todos los sentimientos elevados: es preciso guiarle poco á poco hasta allí; es preciso hacerle conocer, no sólo los descubrimientos y conquistas del espíritu humano, sino también las aspiraciones ideales, de las cuales, al fin y al cabo, ha nacido la ciencia. Antes de hablar á la inteligencia, sobre todo á la inteligencia de los niños, es necesario hablar al corazón, á la imaginación, á los sentidos.»

Los antiguos, haciendo de sus poetas los únicos educadores de la imaginación infantil, desbordaron el placer de lo bello y produjeron la finura de los sentidos y la de los sentimientos; la belleza del amor y la belleza del sacrificio llevólas el poeta al niño, no para encerrar en éste su idea, sino para dar vigor, forma y colorido á las difusas concepciones infantiles; y si la Poesía subyugó con todos sus encantos, fué para abortar la idea preconcebida, para sublimizar el amor filial ó para cantar el heroísmo del soldado; por esta razón amaron los pueblos antiguos la Poesía y cultivaron la enseñanza estética en sus escuelas, considerando al poeta como un ser privilegiado.

«De ese modo—dice Ravaisson—es como la juventud entre los antiguos, alimentada, ante todo, por una poesía á la vez religiosa y patriótica, y por un arte emanado de las mismas fuentes, se hallaba formada en el culto de la más alta belleza..... De esta manera se resolvería ese gran problema, al cual los sistemas pedagógicos modernos, desde Rousseau hasta Pestalozzi, no han dado sino una solución insuficiente, es decir, la cuestión de saber cómo se puede interesar al niño en el estudio, sobre todo al niño de las escuelas populares.»

La Música, la Poesía y el Dibujo son bellas manifestaciones que debiera emplear la instrucción primaria como enseñanza estética.

La Música moraliza tanto por la elevación del carácter cuanto por la sociabilidad que despierta; es lazo de simpatía universal que ayuda á la concordia humana y al desarrollo de los buenos sentimientos. En el niño, la Música es la dulzura del carácter, la modificación del gusto, la formación de una modalidad.

La Poesía representa en la enseñanza el símbolo de las imágenes y es mejor convertidor de las ideas confusas del niño acerca del mundo exterio. porque no debe olvidarse que, á causa del escaso desarrollo del cerebro, mecla el niño el presente con el pasado y el futuro y su imaginación tan só vive de lo indeterminado.

El Dibujo es otro factor de la enseñanza estética. He aquí en qué concepto lo admite Tolstoi: «Observando siempre en el Dibujo las formas naturales, dejando dibujar poco á poco los objetos más variados, por ejemplo hojas de aspecto característico, flores, cosas de uso diario, útiles, trátase de evitar la rutina y la afectación. Gracias á este método, más de treinta discípulos en algunos meses han aprendido bastante fundadamente á comprender las relaciones de las líneas en las figuras y en los objetos más diversos y á reproducir esas figuras por medio de líneas fijas y limpias. El arte mecánico del Dibujo lineal se desenvuelve así de una manera espontánea.....»

Abogamos, en vista de lo anteriormente expuesto, por la inclusión de la enseñanza estética en nuestro programa de instrucción primaria; la Poesía, la Música y el Dibujo llevarían la imaginación del niño á pensamientos elevados, su corazón á inspirarse en grandes virtudes y su voluntad á obrar por actos honrados y meritorios, sin que se deleitase su inteligencia en los crímenes de un malhechor, ni en las feas costumbres de una multitud. Con la enseñanza estética se desarrollarían á la par la belleza de nuestro rico idioma, las bondades de nuestra raza y las energías de nuestra nacionalidad.

***

Enseñanza histórica.—El interés de la historia está en las ideas, en los sentimientos de los hombres. Nada más encantador para la imaginación infantil que la poesía histórica con todo el cortejo de personajes y acontecimientos y con el enlace maravilloso entre el arte del historiador y la tradición popular. Inspirar al niño el deseo de saber las leyes según las cuales evoluciona constantemente el género humano y las que regulan la distribución del hombre sobre la tierra, constituye, á nuestro modo de ver, la enseñanza histórica en las escuelas. «No serán los Segur—dice Tolstoi,—ni los Thiers, ni los Obodovski, los que permitirán alcanzar tal fin. No veo para el caso más que dos elementos: el sentimiento del arte y el patriotismo.»

La enseñanza histórica ejerce gran influencia en la educación escolar, siempre que en la narración campeen la sencillez y la verdad; porque envolver la vida del héroe en los efectos dramáticos es contradecir las mismas leyes naturales; y concentrar todo el interés de una época en un personaje determinado es conducir la imaginación por caminos inseguros. La poesía de la Historia debe mostrar toda la grandeza y unidad de su carácter, todo el sentimiento de un pueblo, todas las aspiraciones de una raza, todas las energías de una sociedad.

La enseñanza histórica no debe aprenderse en principio en la sociedad, ...se jacta de faltar á deberes cívicos, sino en la escuela, donde el maestro ...ara el antídoto contra la frívola vanidad de hoy, que del desprecio, de ...liferencia ó de la admiración al extranjero pasa á la negación de la na...lidad.

Para lograr éxito en la enseñanza histórica, el estudio abarcará principalmente los hechos contemporáneos enseñando al niño á admirar en el pasado, á fin de que pueda cumplir en el presente. «Dejad las antiguallas—escribe M. Lavisse,—se repite á menudo. Nosotros tenemos un siglo apenas (refiriéndose á los franceses). Es preciso empezar por la fecha de nuestro nacimiento. ¡Procedimiento prudente ése de presentar la Revolución como punto de partida, y no como conclusión, para exponer á la admiración de los niños un espectáculo de revueltas..... ¿No enseñar el pasado? ¡Pero si hay en el pasado una poesía de que necesitamos para vivir!.....»

Censuramos la enseñanza histórica presentada como nomenclatura de hechos muchas veces no conformes con sus causas, ó como cinta cinematográfica de múltiples sucesos; la educación histórica, más atenta á los principios que á las consecuencias, ha de grabar en la imaginación infantil ideas fijas y sencillas, ideas que encarnen una época ó una transición; de otro modo, si se atiende más á la parte dramática que á la real del hecho, pasados algunos años, bórranse esos recuerdos, no quedando sino obscuras vaguedades. «Clovis—dice Lavisse,—Carlomagno, San Luis, Enrique IV, caen de su sitio como retratos suspendidos por frágil clavo en un muro inconsistente.»

En nuestras escuelas, la enseñanza de la Historia más bien parece una descripción del cementerio nacional; en unas cuantas páginas se desarrolla todo el sinnúmero de heroísmos y bizarrías qus tan pródigamente ha producido nuestra raza y toda la larga serie de reyes y caudillos que tanto han enaltecido nuestra enseña.

Piérdese con este sistema la enseñanza de la Historia, porque se acostumbra al niño, más que á estudiar el progreso y los hechos de una época, á incluir en su cerebro una serie de nombres y fechas que bien pronto olvida, por no saber interpretar las consecuencias en sus principios.

Causa de tan lamentable error es que el niño que asiste á nuestras escuelas entra en la vida desconociendo lo que fueron sus antepasados é ignorando lo que la Historia exígele en el presente; que no le guía el pasado á su mejoramiento actual, y que sin ideales elevados lega á sus descendientes la degeneración de su espíritu.

Por orgullo de lo que fuimos, por obligación de perpetuar el sello de nuestra característica altivez, y por necesidad de vigorizar el abatido estado de nuestra España, llevemos á los programas escolares la enseñanza de la Historia; de la Historia que engrandece y enseña, no de la Historia cuajada de guerras, salpicada de egoísmos y llena de vaciedades; de la Historia poética que ensalza las luchas del progreso; de la Historia del mártir del trabajo caído en el áspero sendero de la gloria.

***

Enseñanza geográfica.—La Geografía, como todas las demás ciencias físicas é históricas, está basada actualmente en el principio de Bacon: *vere scire est per causas scire;* los elementos geográficos ya no se estudian como una serie de formas y hechos aislados, sino como manifestación de una ley única de la Naturaleza y como partes de un definido organismo, la superficie terrestre. «De aquí el contacto—escribe el teniente coronel de Estado Mayor italiano Carlos Porro—de la Geografía con otras muchas ciencias naturales é históricas; contacto beneficioso para el desarrollo recíproco, porque la Geografía encuentra en las nociones referentes á la Naturaleza la génesis y las leyes que gobiernan á los elementos geográficos, la razón de sus formas y de su distribución, mientras las otras ciencias encuentran á menudo en el estudio geográfico de las formas y de la distribución de los elementos geográficos las causas de su origen y las leyes á que obedecen.....»

¡Qué interesante es la evolución de la Geografía! En sus orígenes se enlaza á la Historia, á la Filosofía, á las Matemáticas, ó á las ciencias naturales; luego se eleva á las especulaciones científicas más elevadas, ó se reduce á manifestaciones pueriles; oscilante en sus conceptos informadores, penetra en la época de su sistematización científica, tras la larga disputa entablada entre las escuelas de Peschel y de Ritter.

La enseñanza geográfica es la más ingrata de las enseñanzas escolares; y es ingrata, porque la imaginación del niño tiende á limitar su horizonte en todo lo que ve. El cerebro infantil sigue con interés una narración maravillosa y adquiere una gran flexibilidad acomodándose á cuantos países recorre el viaje más fantástico; pero, en general, el suceso domina su espíritu olvidando los lugares; no es que el cerebro sea refractario á este estudio, sino que la imaginación piensa en la nada más allá de las montañas de la aldea ó de las fronteras de la patria, y cree que el mundo termina donde no llegan sus piernas. La aridez de los estudios geográficos, por otra parte, aleja del gusto del niño el placer de su conocimiento.

Á este propósito oigamos á Tolstoi: «Al fin de su explicación sobre el verano y el invierno, el escéptico Semka paraba á Tolstoi con esta pregunta: «Pero ¿cómo es que la Tierra se mueve y nuestra isla está siempre quieta en el mismo sitio? Debe moverse también». Tolstoi se hizo entonces la reflexión siguiente: «Si mi explicación excede en mil verstas el alcance del más inteligente, ¿qué es lo que pueden haber entendido los más obtusos?»..... Nuestros discípulos han crecido, y aún ahora perseveran en las ideas completamente contrarias de aquellas que yo quería inculcarles. Es necesario todavía mucho tiempo para borrar esas interpretaciones y la imagen que se forman del Universo antes de que puedan comprender.....»

ı la enseñanza geográfica se ha intentado partir del fin, esto es, de la y de la aldea; considerábase útil este método, porque, conocida la ıe abarcaba la visual, se pasaba al conocimiento de la aldea y luego ente al de la provincia y al de la Patria; para mayor éxito del prin-

cipio geográfico se buscó auxiliar poderoso en los mapas y en los dibujos. De tales investigaciones se dedujo que el niño recordaba muy bien la narración, pero no el accidente geográfico; el dibujo de los mapas, y no su síntesis geográfica.

Tanto este procedimiento inverso, como el directo, sólo probaron que la Geografía entraba en el cerebro del niño por la memoria más que por la inteligencia. Para conseguir eficaz resultado subordinóse entonces la enseñanza geográfica á forma amena; en lugar del libro monótono, con todas sus aplastantes denominaciones de ríos, ciudades, cordilleras, etc., créaronse cuadros de viajes, en los que poética y suavemente se conduce la inteligencia saturándola de costumbres, usos y productos de lejanos países. Y así se ha llegado á que perdure la Geografía con la imagen de los personajes, con la belleza del lenguaje y con el interés del asunto.

En nuestra instrucción primaria bien podría implantarse la enseñanza geográfica en la forma indicada, que de seguro daría provechosos resultados si se tiene en cuenta el espíritu soñador y aventurero de nuestra raza. Causa vergüenza decir que la Geografía patria es desconocida en la misma España y que casi el 75 por 100 de los españoles ignoran las fronteras de la nación; ¡parece que todavía flota sobre nuestro cielo el atavismo de raza!

Incluímos en este programa la enseñanza geográfica, estudiada en forma amena y útil. Para esta educación acudamos al pasado; las expediciones de nuestros soldados y las conquistas de nuestros misioneros llenan las cinco partes del mundo; y conociendo los países que atravesaron, quizá sepamos toda la gloria que encierran tan gigantescas empresas, más apreciadas por extraños que por propios.



Enseñanza higiénica.—No voy á ponderar sus excelencias, ni su necesidad de incluirla en los programas escolares; de sobra es conocido que la historia de Egipto, la de Moisés, etc., nos demuestran que los preceptos higiénicos en la antigüedad eran leyes, hasta el punto de que muchos estaban convertidos en prácticas religiosas.

Hipócrates con su libro de los aires, aguas y lugares; Celso con sus comentarios á las obras hipocráticas; Pitágoras con la doctrina de sobriedad y templanza; Aulio Gelio con sus consejos sobre la educación de los niños; Galeno con sus tratados acerca del modo de conservar la salud; Salerno con sus preceptos higiénicos, en verso, sobre la alimentación; la Iglesia con la dieta cuadragesimal; Bacon con su filosofía experimental; y Aley, Ales, Duhamel, etcétera, etc., con sus estudios y consejos, han hecho de la higiene una ciencia y un arte indispensables á la educación pública. Égida de la razón y madre de la felicidad, llamó Foderé á la Higiene.

Es nuestra opinión que en las escuelas debiera estudiarse un libro de en-

señanza higiénica que tratara: de los vestidos y calzados; del régimen de la digestión; de las cualidades físicas de las carnes; de las cualidades, conservación y valor higiénico del pan; del uso moderado de las legumbres y frutas; de las aguas como bebida; de los alcoholes; de los baños; de la repartición del tiempo entre el trabajo y el reposo; de las precauciones higiénicas en los ejercicios y paseos; de la vacuna, etc., etc.

El estudio de esta enseñanza contribuiría bastante al desarrollo físico é intelectual del niño; y si junto á esta instrucción el maestro hace ver, p. ej., la degeneración que trae consigo el abuso del vino ó del aguardiente (valiéndose del auxilio de grabados), la falta de limpieza del cuerpo, etc., el niño se acostumbrará á mirar con horror la taberna y los vicios, amando en cambio otros gustos más sanos para el cuerpo y más tonificantes de la inteligencia.

¡Cuánta participación tiene en nuestro atraso el descuido de la Higiene!



Enseñanza agrícola.—De la conveniencia de estudiar esta materia en nuestras escuelas primarias, poco voy á exponer: fomentar la afición á esta enseñanza y desarraigar torpes rutinas, constituye una labor altamente meritoria; la escuela tiene obligación de desenvolver la riqueza del país, como tiene el deber de formar buenos ciudadanos para la Patria y buenos elementos para la sociedad.

Hoy, que parecen despertar nuestras energías nacionales, la agricultura es mirada con predilección hasta en los alcázares reales; granjas oficiales, haciendas de particulares y cuarteles del Ejército enseñan prácticamente la educación agrícola. ¿Por qué no se implanta intensamente esta educación en las escuelas, que de seguro se traduciría en beneficio de la agricultura y en mayor riqueza del país?

Admitimos en nuestro programa el estudio agrícola; enseñanza que podría darse en libros adecuados y que se completaría con una buena colección de mapas y modelos de aparatos; enseñanza que nos llevaría á obtener grandes riquezas de nuestros privilegiados campos, hoy poco remuneradores por nuestra ignorancia, más que por nuestra decantada rutina.

Reforma importante ha sido la de enseñar agricultura al soldado en los cuarteles; fiesta hermosa es la del Árbol, en la que se rinde amor á la Naturaleza; idea plausible es la publicación de las cartillas agrícolas. Todas estas manifestaciones son en verdad loables; pero la modificación más importante, la de que el niño aprenda agricultura en la escuela, no aparece todavía; nosotros encarecemos su importancia y por eso la consignamos en nuestro p   rama.

CUARTA PARTE

PROGRAMA PARA LA ENSEÑANZA PRIMARIA

El carácter de la Pedagogía moderna es que la educación se armonice con la evolución natural del niño desarrollando la facultad de observar por las lecciones de cosas; para conseguir esto importa sobre todo sostener en el niño la atención, que es el agrupamiento sistemático de las representaciones y de las ideas, el orden del pensamiento, la perseverancia aplicada. Siendo, pues, el trabajo intelectual el más costoso y el más difícil de reparar, todo el secreto de una buena enseñanza estriba en que se ejecute regular y metódicamente.

El ideal de la perfecta educación consiste en aumentar la intensidad de la atención. «La duración de la atención es—dice Guyau,—en efecto, la *medida de su potencia* y uno de los *medios* de producirla.» Es decir, que el maestro debe enseñar al niño á interesarse por todas las cosas utilizando los recursos de la curiosidad.

La lectura debe ser cuidadosamente observada por el maestro, porque importa mucho que entre en la circulación intelectual el mayor número de elementos con el menor cansancio posible, toda vez que en la asimilación de la lectura hay que distinguir dos conceptos: las ideas desde el punto de vista científico, y los hechos considerados estética ó moralmente.

La memoria del niño no debe ser exclusivamente el instrumento de que se valga el maestro para inculcar la enseñanza, porque, siendo la memoria una facultad de adaptación, se la deforma en lugar de ejercitarla. «La memoria —dice Guyau—es un *hábito,* y no se desenvuelve más la *memoria en general* cuando se ha llenado el cerebro del niño con tales ó cuales palabras ó cifras, como no se desenvuelve tampoco el *hábito en general* cuando se inculca el hábito de saltar con los pies juntos, ó en otra forma por el estilo.»

Los exámenes desarrollan una emulación pasajera, y en cambio sólo ponen en actividad un órgano cerebral: la memoria; los exámenes, en vez de ser la organización de la emulación, son actualmente en nuestras escuelas la emulación discontínua. Los exámenes no son otra cosa sino el permiso para olvidar; «la mayoría de los examinados—dice A. Posada,—lo mismo los que responden bien que los que no responden, *rompen ó hacen trizas*, llenos de alegría ó de indignación, según los casos, el programa á la terminación del acto.....»

Á la enseñanza para la ciencia ha sucedido un arte preparador para lo exámenes, resultando que ya no se aprenden las materias de un progra como fin útil, sino como tributo que se ha de rendir á esas mascaradas es-

lares con que pomposamente se cierra el curso; así sucede, que el prestigio de una escuela está en razón directa de una estadística de notas ó conceptos, pasando por mejores alumnos los que más carga conducen en su memoria, no los que poseen más talento y elevación de ideas. Por perjudicial á la enseñanza opinamos que el examen debiera desaparecer, buscándose medios más adecuados á la utilidad del estudio.

Fundados en las anteriores consideraciones, en un principio de Higiene moral—procurar que el individuo no se gaste, sino que se ahorre,—en la alternativa de materias y en la transformación del esfuerzo físico y de la tensión muscular en atención, proponemos el siguiente *Plan de enseñanza primaria:*

NIÑOS

LUNES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza moral.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Escritura.

MARTES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza estética.—2.ª hora: Aritmética.—3.ª hora: Enseñanza cívica.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Escritura.

MIÉRCOLES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza histórica.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Enseñanza geográfica.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Escritura.

JUEVES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza moral.—2.ª hora: Dibujo geométrico.—3.ª hora: Enseñanza higiénica.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Escritura.

VIERNES

...ñana.—1.ª hora: Enseñanza agrícola.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª ...: Aritmética.

...de.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Escrit...

SÁBADO

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza histórica.—2.ª hora: Enseñanza geográfica.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora, 2.ª y 3.ª: Paseo al campo ó visita á museos, monumentos, fábricas, etc. Cuando no sea posible, Enseñanza estética (1.ª hora), Gimnasia (2.ª hora), y Enseñanza cívica (3.ª hora).

El siguiente cuadro da una idea de la distribución de clases (cada clase es de una hora de duración):

ERIAS	LUNES Mañana	LUNES Tarde.	MARTES Mañana	MARTES Tarde.	MIÉRCOLES Mañana	MIÉRCOLES Tarde.	JUEVES Mañana	JUEVES Tarde.	VIERNES Mañana	VIERNES Tarde.	SÁBADO Mañana	SÁBADO Tarde.	TOTAL.
Enseñanza moral	1	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	2
— estética	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	1	2
— cívica	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	1	2
— histórica	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1	»	2
— geográfica	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1	»	2
— histórica	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1
— agrícola	»	»	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	1
Aritmética	1	»	1	»	»	»	»	»	1	»	1	»	4
Dibujo geométrico	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1
Lectura	»	1	»	1	»	1	»	1	»	1	»	»	5
Escritura	»	1	»	1	»	1	»	1	»	1	»	»	5
Gimnasia escolar	1	1	»	1	1	1	»	1	1	1	»	1	9
TOTAL	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	36

NIÑAS

LUNES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza moral.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Escritura.

MARTES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza estética.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Escritura.

MIÉRCOLES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza histórica.—2.ª hora: Gimnasia escolar.—3.ª hora: Enseñanza moral.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Escritura.

JUEVES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza geográfica.—2.ª hora: Enseñanza higiénica.—3.ª hora: Dibujo geométrico.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Escritura.

VIERNES

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza moral.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora: Lectura.—2.ª hora: Labores.—3.ª hora: Escritura.

SÁBADO

Mañana.—1.ª hora: Enseñanza moral.—2.ª hora: Enseñanza higiénica.—3.ª hora: Aritmética.

Tarde.—1.ª hora: Labores.—2.ª y 3.ª horas: Recreo.

En el siguiente cuadro puede verse la distribución de clases y materias.

ERIAS	LUNES		MARTES		MIÉRCOLES		JUEVES		VIERNES		SÁBADO		TOTAL.
	Mañana	Tarde.	Mañana	Tarde.	Mañana	Tarde.	Mañana	Tarde.	Mañana	Tarde.	Mañana	Tarde.	
Enseñanza moral...........	1	»	»	»	1	»	»	»	1	»	1	»	4
— estética..........	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	»	»	1
— histórica.........	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	»	1
— geográfica........	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1
— higiénica.........	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	1	»	2
Aritmética.................	1	»	1	»	»	»	»	»	1	»	1	»	4
Dibujo geométrico..........	»	»	»	»	»	»	1	»	»	»	»	»	1
Lectura....................	»	1	»	1	»	1	»	1	»	1	»	»	5
Escritura..................	»	1	»	1	»	1	»	1	»	1	»	»	5
Gimnasia escolar...........	1	»	»	»	1	»	»	»	»	»	»	2	4
Labores....................	»	1	»	1	»	1	»	1	1	1	»	1	8
TOTAL.......	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	36

Terminaré el presente trabajo—que remito á la benevolencia del censor—expresando que la enseñanza que adquiera el niño no sea difusa, sino concentrada; esto es, que no cree tendencias opuestas dentro del espíritu, sino pensamientos que converjan hacia un centro propulsor de sugestiones prácticas.

Adaptando este concepto á nuestro sistema de enseñanza escolar, y acomodando al niño á que se dé cuenta de sus deberes, se penetre de su personalidad y se acostumbre á contar para la vida con sus propias fuerzas, la escuela podrá decir: Puesto que formé hombres para la sociedad y ciudadanos para la Patria, acreedora soy al respeto y veneración de todos los españoles.

Antonio GARCÍA PÉREZ.



VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

IV

De 1885 á 1887: Rizal en Europa.—En París.—En Alemania.—Su «Noli me tángere»: resonancia que tuvo.—Viaja Rizal por Austria, Suiza é Italia, vuelve á España y regresa á Filipinas.—Rizal orador.—Su juicio sobre las naciones europeas.

De la estancia de RIZAL en París apenas sabemos otra cosa sino que allí se dedicó á la especialidad de las enfermedades de la vista al lado del notable oftalmólogo M. Wecker (1). Mas no fué esto lo único que le llevara á residir en la gran capital, no sin razón llamada «el cerebro del mundo»; RIZAL deseaba á toda costa perfeccionarse en la lengua francesa, y lo consiguió, hasta el punto de que en francés escribía con igual facilidad que en castellano; y en su afán de ejercitarse, tradujo del alemán al francés, de lo que hay alguna muestra en su cuaderno de *Clínica* (2). Al propio tiempo, continuaba estudiando el inglés y el alemán, sobre todo este último, y, ateniéndonos á su propia confesión (3), en París prosiguió la redacción de la novela que había de darle extraordinaria fama.

Á principios de 1886 pasó á Alemania: no se internó mucho en el Imperio: no pasó del territorio de Baden, en cuya ciudad de Heidelberg—por donde corre el Néckar, afluente del Rhin—se estableció. Su principal objeto era dominar el idioma; pero no por eso dejó la oftalmología, que siguió prac-

---

(1 *Independencia; La Democracia; Rizal:* números citados.

(2 ...hado en Berlín, 5 de Marzo de 1887, se halla en su dicho cuaderno el cuento de ... en *Histoire d'une mère*, traducido del alemán al francés por J. RIZAL.

(3 ... mencionada: que la mitad del *Noli me tángere* lo escribió en Madrid, una cua... en París, y lo demás en Alemania.

ticando, suponemos que con el Dr. Galezowsky (1). En dicho punto, y probablemente á poco de llegar, inició su correspondencia con el sabio etnógrafo y eminente filipinista Prof. F. Blumentritt (2), de Leitmeritz (Bohemia), á quien debió de ser dirigida la siguiente crónica, de la cual se halla el borrador en el cuaderno de *Clínica* (3):

«MADRID.—Mon cher ami: Quand d'un pays du nord de l'Europe on voudra vous parler de l'Espagne, vous n'autendrez que des regrets, des louanges pour le beau ciel azuré, la brise parfumée et saturée, les belles femmes aux yeux noirs, profonds et ardents, avec leur mantille et leur éventail, toujours gracieuses, toujours pleines de feu, d'amour, de jalouisie et quelquefois de vengeance. Cela est vrai, parce qu'on parle toujours de ce qu'on a perdu, de ce qu'on ne voit plus; on regrette, on convoite toujours le bien d'autrui. Il n'est que bien vrai que le ciel de l'Espagne est d'un azur limpide, même en hiver quand il fait horriblement froid; que la brise est parfumée, surtout à Valence, en Andalousie, seulement le parfum n'est pas toujours exquis ou agréable; il est aussi vrai que les femmes son belles, passionnées, d'un sprit naïf, naturel et piquant, nées pour aimer, vivant pour l'amour, et mourant pour avoir aimé, cela est vrai; on remarque tout cela quand on est au milieu d'un pays, couvert de neige; quand on n'entend qu'un langage dur, rude, déchirant pour l'ouïe; quand on sent le froid vous pénétrer jusq'au moelles des os; quand on voit des jeunes filles grandes, blondes, belles, mais sérieuses, sans un sonrire aux lévres, sans une étincelle aux pupiles, marchant à peu près comme les hommes de ce pas rapide, pressé, allant aux affaires ou à la fabrique. Mais auprès de cette poésie de la Nature qui crée la rose à la tige épineuse, les plus belles fleurs au parfum envénimé pour celui qui osera l'aspier, seduit de leur belles couleurs, vous trouverez aussi en Espagne des choses qui vous feront regreter les pays du Nord quand vous serez là-bas. Je ne vous parlerai de ces contrées d'Andalouisie que je ne connais que très peu parce que je n'y ai passé que quelques jours: si j'osais décrire leur climat et leurs mœurs, je craindrais de ne dire que des sottises, des exagerations ou des faits exceptionels (4). J'aimerais mieux vous parler de

---

(1) Según los periódicos filipinos tantas veces citados, RIZAL fué ayudante de este profesor en Alemania; pero no fijan el punto. RIZAL estuvo después en Leipzig, pero corto tiempo, y creemos que apenas practicó allí su especialidad. Finalmente, en Berlín, consta por el mismo RIZAL que trabajó en la clínica del Dr. Schülzer. De lo que deducimos que su profesor Dr. Galezowsky residía en Heidelberg.

(2) «Su primera carta me la dirigió desde Heidelberg, remitiéndome una Aritmética Tagala, que, según él y todos los tagalos que conozco, está escrita en el más correcto y puro tagalo.» (Carta de Blumentritt á mí dirigida: Leitmeritz, 24 de Enero de 1897. Conservo el original.)

(3) La transcripción es rigurosamente exacta, aun en los pormenores ortográficos.

(4) Una nueva prueba de su rectitud de conciencia: no gustaba de juzgar de plano de aquello que sólo conocía superficialmente.

Madrid où j'ai séjourné longtemps et dont les mœurs, le climat, les histoires secrètes ou publiques je crois connaître un peu, du moins du temps où j'y étais.

Madrid est une ville des plus riantes du monde, qui participe au même temps de l'esprit de l'Europe et de l'Orient, qui accepte la régularité, la convenance, le bon ton qui viennent de l'Europe civilisée, sans dédaigner, sans repousser les brillantes couleurs, les vives passions, les mœurs primitives des tribus de l'Afrique, des arabes chevaleresques dont les traces sont encore à reconnaître partout, dans le type, dans les sentiments, dans les préjugés, même dans les lois. Ce qui vous frappera toujours en venant de l'étranger, c'est l'animation, les brillantes couleurs, et quelqu'allure sans façon que vous trouverez dans les rues. Vous verrez des linges sales ornant les balcons comme des drapeaux de famille: ce sont les blanchisseuses qui saisissent l'occasion pour étaler devat le public le secret de toillettes et d'habillements de leurs maîtres. Mais ne marchez pas, la tête haute, regardant aux balcons pour admirer les jeunes filles qui les couronnent au milieu des fleurs et des plantes grimpantes parce que vous courez le danger de marcher sur quelque chose qui vous obligera à changer de bottes. Prenez garde; si quelqu'un vous approche pour vous demander des renseignements, ne dîtes pas que vous êtes étranger: cela pourrait vous faire un mauvais jeu; on tâchera de vous tromper en imaginant mille pièges et difficilement les étranger y échappent. Ne vous adressez point aux sergents de ville pour apprendre quelque chose; c'est une peine inutile, ce sont des mots perdus: ils vous réprondront tranquillement qu'ils ne le savent, qu'ils viennent d'entrer hier au service; mais vous les pressez en donnat quelques explications dans l'espoir de vous servir de leurs connaissances, ils vous donneront un labyrinthe qu'eux mêmes ne comprènnent non plus.

La plus belle chose de Madrid c'est la bourgeoisie; elle est aimable, distinguée, illustrée, franche, digne, hospitalière, et chevaleresque. Elle est aussi un peu aristocratique dans ses goûts; elle aime les rois, les titres, les dignités, tout en restant républicaine; elle se moque des curés, des prêtres; elle ne practique pas beaucoup, mais elle est toujours catholique, a en horreurs les protestants, lès juifs et les libre-penseurs. Elle est toujours fière de l'histoire de son pays, elle le croit le meilleur qui existe au monde; mais aussitôt qu'elle entend parler de quelque crime ou faute commise par ses compatriotes, elle se met à crier: voilà! nous sommes encore des sauvages, nous sommes des vandales, nous avons encore du sang africain, etc.

Le vrai madrilègne disparaît de jour en jour; il n'en reste que le bas peuple, la canaille qui est la boue, la fange de Madrid. Toutes les fois que je pense á cette sociétté, je m'imagine le bas peuple comme un fumier, la bourgeoisie comme la fleur qui croît sur le terrain enfumé. L'aristocratie se divise en deux classes: la vieille et la nouvelle. La vieille est encore un peu fière, mais c'est une fierté d'écume: elle paraît aussitôt qu'on y touche. La nouvelle c'est le terme moyen conduisant de la [bou]rgeoisie à la vielle aristocratie: il est bien difficile d'en définir les limites: elle [est] aimable, quelque fois un peu ridicule pour se donner les apparences qu'elle n'a [pas] et pour prétendre cacher la nouveauté de ses écussons, forgés avant hier.

[Le c]limat de Madrid est horrible; on ne sait pas au matin s'il fera froid ou chaud

à midi; le Guadarrama qui est à la côté y envoi un vent qui cause beaucoup de pneumonies. Les maisons sont mal bâties, le plancher est en briques; on trouve une ou deux cheminées dans la maison ce qui fait grelotter en hiver et prendre des rhumatismes. Heureusement, on passe la vie dans les cafés et restaurants, où l'on parle de politique, de taureaux, on discute ou dispute, ou cric, ou rit, ou se bat sans être sûr des motifs ou des causes des divergences d'opinion.

Il y a encore beaucoup à dire de Madrid, mais je n'ai plus le temps d'en parler.» [*Heidelberg*, 1886.]

La crónica, por llamarla así, á pesar de su carácter íntimo, es bastante más benévola que muchas de las escritas por extranjeros con destino á la publicidad.

El medio ambiente germánico le impresionó á Rizal sobremanera: acentuó su romanticismo; afirmó su propensión al Librepensamiento (obligándole á retocar, cercenar y modificar conceptos en su novela en preparación *Noli me tángere*), y exacerbó su mal, ya crónico en él, de la nostalgia, que sintió, como hemos visto, desde el día en que salió de su país. Ni un momento dejaba de suspirar por Filipinas, su amada remota patria, y en pocas composiciones, quizás en ninguna otra, lo manifiesta con más intensidad que en la poética fechada en Heidelberg á 22 de Abril de 1886; la firmó con el pseudónimo Laón Laán, y, como todo cuanto entonces escribía, no estaba destinada á que viera la luz pública; escribióla para los suyos solamente. Hela aquí:

Á LAS FLORES DE HEIDELBERG (1).

¡Id á mi patria, id, extranjeras flores,
sembradas del viajero en el camino,
y bajo su azul cielo,
que guarda mis amores,
contad del peregrino
la fe que alienta por su patrio suelo!
Id y decid... decid que cuando el alba
vuestro cáliz abrió por vez primera
cabe el Néckar helado,
le visteis silencioso á vuestro lado
pensando en su constante primavera.

(1) En *La Solidaridad*, núm. 21 (Madrid, 15 de Diciembre de 1889), donde publicó por primera vez esta poesía, el título es: *Flores de Heidelberg;* al reproducir los mismos versos *La Independencia* (número citado de 25 de Septiembre de 1898) pone por título: *Á las Flores de Heidelberg*, sin duda el verdadero, pues es muy propio.

Decid que cuando el alba,
que roba vuestro aroma,
cantos de amor jugando os susurraba,
él también murmuraba
cantos de amor en su natal idioma;
que cuando el sol la cumbre
del Koenigsthul en la mañana dora,
y con su tibia lumbre
anima el valle, el bosque y la espesura,
¡saluda á ese sol, *aún* en su aurora,
al que en su patria en el cenit fulgura!
Y contad aquel día,
cuando os cogía al borde del sendero,
entre las ruínas del feudal castillo,
orilla al Néckar, ó á la selva umbría.
Contad lo que os decía,
cuando, con gran cuidado,
entre las páginas de un libro usado
vuestras flexibles hojas oprimía.
Llevad, llevad, ¡oh flores!,
amor á mis amores,
paz á mi país y á su fecunda tierra,
fe á sus hombres, virtud á sus mujeres,
salud á dulces séres
que el paternal, sagrado hogar encierra.
Cuando toquéis la playa,
el beso que os imprimo
depositadlo en alas de la brisa,
por que con ella vaya
y bese cuanto adoro, amo y estimo.
Mas ¡ay! llegaréis, flores,
conservaréis quizás vuestros colores,
pero léjos del patrio, heroico suelo
á quien debéis la vida;
que aroma es alma, y no abandona el cielo,
cuya luz viera en su nacer, ni olvida.

...gó el verano. Rizal ansiaba, se nos figura, dedicar más tiempo á su ...a y á la vez hacer vida de campo, para tonificarse, después de años en...s de vida fatigosa en las ciudades, y se trasladó, de la que baña el Néc...al pueblecito de Wilhelmsdorf, situado en la pintoresca sierra de Oden... al norte de Heidelberg. De su vida en dicho pueblo ha dado algunas

noticias la revista de Leipzig *Illustrierte Zeitug* (1). Pero son más curiosas y de mayor alcance las que da el propio RIZAL en su mencionada carta escrita desde su destierro de Dapitan al ilustre jesuíta P. Pablo Pastells; acusábale éste de «protestante», *alemanizado*, etc., en una correspondencia reservada que mantuvieron (2), y replicaba RIZAL:

«El vulgo, cuando se encuentra con algo que le sorprende y no tiene paciencia ni sangre fría para analizarlo, lo atribuye inmediatamente á las causas que más le preocupan (3): si es bueno, á espíritus amigos, y si es malo, á enemigos. En la Edad Media todo lo malo era obra del Diablo, y todo lo bueno de Dios ó de sus santos: los franceses de hoy ven en todo revés la mano alemana, y así de lo demás.

»Sin embargo, en honor de la verdad diré que al corregir mi obra en Alemania la he retocado mucho y reducido más; pero también la he templado los arranques, suavizando muchas frases y reduciendo muchas cosas á más justas proporciones á medida que adquiría más amplia visión de las cosas vistas desde lejos, á medida que mi imaginación se enfriaba en medio de la calma peculiar de aquel pueblo. ...Con todo, *no niego que no haya podido influir en mí el medio en que vivía*, sobre todo *al recordar mi patria* en medio de aquel pueblo libre, trabajador, estudioso, bien administrado, lleno de confianza en su porvenir y *dueño de sus destinos*.

»En cuanto á ser protestante..... Si V. R. supiera lo que he perdido por no declararme conforme con las ideas protestantes, no diría semejante cosa. Á no respetar yo siempre la idea religiosa, á tener para mí la religión por una ciencia de conveniencias ó por un arte de pasarlo bien en esta vida, en

---

(1) En Enero de 1897. Firma el trabajo F. U., profesor de la Universidad de Heidelberg (?). RIZAL hacía frecuentes «excursiones turísticas, para las cuales tuvo la misma afición que los ingleses y los alemanes». El autor, á lo que se desprende de cuanto dice, trató á RIZAL, que hablaba ya con bastante facilidad el difícil idioma de Schiller.—Noticia comunicada en carta particular por el Prof. Blumentritt al que esto escribe: Leitmenitz, 24 de Enero de 1897. Conservo el original.

(2) El P. Pablo Pastells, distinguidísimo filipinista, historiador eminente de aquel país, deseoso de atraer á RIZAL al terreno en que fué educado, mantuvo con él una muy interesante correspondencia polémica: RIZAL rehusó siempre tratar la cuestión política, fundándose en que no disfrutaba de la libertad necesaria, puesto que se hallaba deportado. Quedóse con copia de cuanto escribió al P. Pastells, y de sus copias se sacaron otras. Aunque los jesuítas insinuaron la promesa de publicar toda la polémica, es lo cierto que hasta hoy no lo han verificado. Sería, en verdad, cusiosa. La copia que yo poseo se la debo á un agustino.

(3) La novela *Noli me tángere*, impregnada en efecto de espíritu germánico, comenzó á circular en 1887, recientes aún los resonantes sucesos de las Carolinas, por virtud de los cuales los españoles adquirieron una gran prevención contra todo lo de Alemania; prevención que, como era natural, en Filipinas se acentuó más que en ninguna otra parte.

vez de ser un pobre deportado, sería ahora rico, libre y me vería colmado de honores..... Hubiese V. R. oído mis discusiones con un cura protestante, en los largos crepúsculos de verano, *¡allá en las soledades de Odenwald!* Allá, en conversación pausada y fría, teniendo la palabra libre, hablábamos de nuestras respectivas creencias, de la moralidad de los pueblos y de la influencia en ellos de sus respectivos credos (1). Un gran respeto á la buena fe del adversario y á las ideas más opuestas, que la diversidad de raza, educación y edad tenían necesariamente que hacer surgir, nos conducía casi siempre á la conclusión de que las religiones, cualesquiera que fuesen, no deben de hacer de los hombres enemigos unos de otros, sino hermanos y bien hermanos (2). De estas conferencias, que se repetían casi todos los días por espacio de más de tres meses, no creo haber sacado otra cosa, si mi criterio no me engaña, que un profundo respeto á toda idea sinceramente concebida y con convicción practicada. Casi todos los meses venía allí á visitarle un cura católico de un pueblecito de las orillas del Rhin, y este cura, íntimo amigo del protestante, me daba ejemplo de esta fraternidad cristiana. Se consideraban como dos servidores de un mismo Dios, y en vez de pasar el tiempo riñendo entre sí, cumplía cada cual con su deber, dejando á su Señor el juzgar después sobre quién mejor ha interpretado su voluntad».

¡Qué censura tan hábil de la intransigencia del clero español!

Concluyó el verano: RIZAL volvió á Heidelberg, y muy poco después estaba ya en Leipzig, en el riñón de Alemania, y precisamente la metrópoli del mundo de los editores y libreros. ¿Qué pensaría él al desfilar por delante de las librerías de Brockhaus, Hiersemann y tantas otras, en cualquiera de

---

(1) En materias religiosas, RIZAL tenia una cultura nada común entre seglares. Estando en capilla, y á poco de haberse impresionado ante la diminuta imagen del Corazón de Jesús que él había tallado con un cortaplumas siendo un niño de catorce años, pidió confesión; pero los padres jesuítas no accedieron en el acto, pues le exigían que abdicase en absoluto previamente de sus ideas de «librepensador». «Hubo que entrar (dicen los jesuítas) en discusión para demostrarle lo desatentado de su modo de discurrir. *Rizal había leído todo lo escrito por protestantes y racionalistas*, y recogido todos sus argumentos. Se discutió el criterio ó regla de fe y la autoridad de la Iglesia. Admitidas éstas, arguyó sobre la Escritura, sobre el disentimiento de San Pedro y San Pablo, sobre el poder de hacer milagros, sobre la pena de muerte y la muerte de Anania y Zafira, sobre la Vulgata de San Jerónimo, el texto griego y la traducción de la versión de los LXX, sobre el Purgatorio, sobre las variaciones de las Iglesias protestantes; mencionó el argumento de Balmes contra ellas, que quería desvirtuar, y sobre todo, discurrir acerca de la extensión de la Redención, etc., ...era.» —*Rizal y su obra*, ya citado, artículo XVII.

En muchos escritos suyos se hallan estas ó parecidas palabras: *Nosotros, los ...nos, tendemos los brazos á los españoles; queremos ser sus hermanos; pero ellos nos ...azan, porque somos* INDIOS. En lo que no fué del todo justo RIZAL, como demos ...mos oportunamente.

las cuales hay muchos más libros de importancia que los que existían en las librerías, casas particulares, conventos, etc., todo ello reunido, del Archipiélago filipino? Fácil es imaginarse las tristes reflexiones que se haría..... En Leipzig continuó practicando la oftalmología, según Blumentritt (1), y allí mismo, según otra versión (2), practicó además el honroso oficio de tipógrafo. Parece ser que pasaba en aquella sazón grandes apuros pecuniarios; su familia le mandaba cada vez menos dinero, y, según esa versión, RIZAL vióse obligado á consagrar diariamente unas horas á la tipografía en una de las varias casas editoriales que en Leipzig se dedican á la publicación de obras en castellano. Con su inteligencia y su maña (esta última peculiar de todas las razas filipinas), no es aventurado suponer que, si llegó en efecto á ser tipógrafo, aprendiera el oficio en pocos días, y así se ayudó á vivir, hasta primeros de 1887, en que se trasladó á Berlín, acaso porque recibiera inesperados recursos; pues es lo cierto que, apenas llegó á la mencionada capital, entregó á la imprenta el original de su novela.

Allí trató, suponemos que por mediación de Blumentritt, á verdaderas celebridades, entre las que merecen citarse: el Dr. Virchow, que le hizo miembro de la Sociedad Antropológica berlinesa; el Dr. F. Jagor, gran naturalista y viajero, cuya obra *Reisen in den Philippinen* (Berlín, 1873), traducida al inglés y al castellano, es la mejor que en su género registra la bibliografía filipina; el Dr. Joest, insigne geógrafo, y el Dr. Schülzer, de cuya clínica quirúrgica fue ayudante. Á nadie, ni aun al mismo Prof. Blumentritt, á quien no trataba personalmente, pero con quien había simpatizado mucho, dijo una sola palabra acerca de su novela, hasta después que fué impresa. Fechó la dedicatoria en «Europa, 1886»; creemos que hasta Marzo del 87 no comenzó á circular. Hízola imprimir en la más barata de las imprentas que existen en Alemania: la que posee en Berlín la Asociación fundada por la señora Lette (3). La dedicatoria es breve, pero expresiva:

---

(1) Noticia que me comunicó en carta fechada en Leitmeritz, 14 de Enero de 1897, que conservo.

(2) Se la he oído á un filipino amigo mío; pero no he podido comprobar la exactitud de la noticia.

(3) Ha sido objeto de controversia el lugar de impresión de *Noli me tángere*. Don Vicente Barrantes, que ha pasado plaza de bibliógrafo (!), creía que había sido impresa en Barcelona (*La España Moderna*, Junio de 1889, pág. 144); otros, entre ellos un agustino distinguido, que en Manila, en casa de Valdezco (!)..... Todos los que han dudado de que estuviera impresa en Berlín, sobre ignorar la vida de RIZAL, ignoraban lo más elemental del arte tipográfico. *Noli me tángere* lleva este pie de imprenta, vulgarísimo en Alemania: «BERLIN. | Berliner Buchdruckerei-Actie Gesellschaft. | Setzerinnen-Schule des Lette-Vereins». Pero, sin necesidad del p basta la fisonomía del impreso para que un crítico medianamente instruído en ach ques tipográficos deduzca que la obra está hecha fuera de España, y por manos e tranjeras precisamente.

«Á MI PATRIA.—Regístrase en la historia de los padecimientos humanos un cancer de un caracter tan maligno que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimos dolores. Pues bien, cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, tantas veces se me presentó tu querida imágen con un cancer social parecido.

»Deseando tu salud que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que viniese de invocar á la Divinidad les propusiese un remedio.

»Y á este fin, trataré de reproducir fielmente tu estado *sin contemplaciones*; levantaré parte del velo que encubre el mal, *sacrificando á la verdad todo*, hasta el mismo amor propio, pues, como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas» (1).

Veamos el libro; la *Nueva Biblia*, como algunos lo han llamado, del pueblo filipino.

El eje de la acción, el protagonista, Juan Crisóstomo Ibarra, es un joven filipino con alguna, muy poca sangre española, tanto más interesante, cuanto que, como ya queda indicado, sustenta las mismas ideas que sustentara RIZAL: relatemos la vida y aquellos hechos que más afectan á Ibarra, y se sabrá con bastante exactitud el argumento de la obra, y, por tanto, sus tendencias.

Conocemos por primera vez á D. Juan Crisóstomo Ibarra, mozo gallardo, en una reunión seguida de un banquete que, en honor de dicho joven, daba «á fines de Octubre» el rico vecino de Binondo (arrabal de Manila) D. Santiago de los Santos, más conocido por *Capitán Tiago*, exgobernadorcillo del pueblo de San Diego (La Laguna), de donde aquél era natural. Cuando la espaciosa sala se hallaba rebosante de «parásitos», casi todos españoles, llegó el héroe de la fiesta, que fué presentado por Tiago en estos términos (pág. 11):

«—¡Tengo el honor de presentar á Vs. á D. Crisóstomo Ibarra, hijo de mi difunto amigo!... el Señor acaba de llegar de Europa y he ido á recibirle.

»Á este nombre, se oyeron algunas exclamaciones; el teniente *(de infantería Sr. Guevara)* se olvidó de saludar al dueño de la casa; acercose al joven y le examinó de piés á cabeza. Este, entonces, cambiaba las frases de costumbre con todo el grupo; no parecía presentar otra cosa de particular que su traje negro en medio de aquella sala. Su aventajada estatura, sus faccio-

---

Para la transcripción nos valemos de la edición príncipe, única que visó el [illegible]; posteriormente se han hecho: la 2.ª, *Manila*, Chofré y Compañía, 1899; [illegible], *Barcelona*, Maucci, 1903, y la 4.ª en Valencia, por la casa Sempere, sin año [illegible] esta última extractada deplorablemente.

nes, sus movimientos respiraban, no obstante, ese perfume de una sana juventud en que tanto el cuerpo como el alma se han cultivado á la par. Leíanse en su rostro, franco y alegre, algunas ligeras huellas de la sangre española al través de un hermoso color moreno, algo rosado en las mejillas, efecto tal vez de su permanencia en los países fríos.»

Entre los contertulios figuraba el P. Dámaso, franciscano, párroco que había sido de San Diego, y de quien Ibarra se acordaba perfectamente, aun después de los siete ú ocho años que había permanecido fuera de Filipinas. Ibarra le saludó con toda cortesía; pero el buen franciscano, por toda respuesta, le espetó una andanada que le dejó confuso. Hombre de mundo y bien educado, Ibarra disimuló y fuése hacia un grupo de «ciudadanos», «compatriotas» suyos, para él desconocidos, y se presentó á ellos valiéndose de una fórmula social muy usada en Alemania; y dió al olvido, es de suponer, la andanada del fraile franciscano. Llegada la hora de la cena, siéntanse todos á la mesa, menos el anfitrión, *Capitán Tiago;* encárgase el dominico Fr. Sibyla de distribuir la tinola, y *(pág. 15)* «sea por descuido ú otra cosa, »al P. Dámaso le tocó el plato donde entre mucha calabaza y caldo nadaban »un cuello desnudo y una ala dura de gallina, mientras los otros comían »piernas y pechugas, principalmente Ibarra á quien le cupieron en suerte »los menudillos. El franciscano vió todo, machacó los calabacines, tomó un »poco de caldo, dejó caer la cuchara con ruido, y empujó bruscamente el »plato hácia delante.»

Menos mal que de todos los demás platos se atracó su reverencia; comía mucho y deprisa, y así que no habló hasta llegar á los postres. Durante la cena, menudearon las preguntas dirigidas á Ibarra, sobre todo por españoles, los cuales, en rigor, dijeron bastantes necedades: Ibarra contestó siempre con la mayor finura; y esto le llevó á hablar del extranjero; dijo que España era «su segunda patria», etc., y habría continuado disertando con su amabilidad habitual, si no hubiese sido por el efecto que le causó un rejoncillo que le puso el P. Dámaso:

«—¿Y no has visto más que eso?... ¡No valía la pena de malgastar tu fortuna para saber tan poca cosa: cualquier *bata* de la escuela lo sabe!»

Pero Ibarra no perdió la serenidad; con la mayor sencillez trató de cohonestar los efectos de la grosería que acababa de endosarle el franciscano:

«—Señores (dijo) no se extrañen Vs. de la familiaridad con que me trata nuestro antiguo cura: así me trataba cuando niño, pues para Su Reverencia en vano pasan los años; pero, se lo agradezco porque me recuerda al vivo aquellos días, cuando S. R. visitaba frecuentemente nuestra casa y honraba la mesa de mi padre. [Y, levantándose, añadió:] Vs. me permitirán que me retire, porque, acabado de llegar y teniendo que partir mañana mismo, quédanme muchos negocios por evacuar. Lo principal de la cena ha terminado y yo tomo poco vino y apenas pruebo licores. ¡Señores, todo sea por España y Filipinas!»

Y aunque le atajó *Capitán Tiago* para decirle en voz baja:—«¡No se vaya »V.!... Ya llegará María Clara: ha ido á sacarla Isabel. Vendrá el nuevo cura »de su pueblo, que es un santo»,—Ibarra salió á prisa, amostazado, y detrás salió el teniente Guevara; dióle alcance, y le contó una historia, la de la muerte de D. Rafael Ibarra, padre de Crisóstomo. Era D. Rafael hijo de india y de un mestizo español. Muertos sus padres, dedicóse á los negocios, y se hizo rico. Tenía talento, era honrado, filántropo y algo librepensador. Feliz vivía con su hijo único; hasta que un día, preocupado por el porvenir del chico, decidió mandarlo á Europa para que aquí aprendiera «la ciencia de la vida», cosa que *su patria* «no podía darle», á fin de «serle un día útil» *(á su patria)*. El viaje de Crisóstomo indignó al cura párroco, Fr. Dámaso, amigo, muy amigo hasta entonces de D. Rafael Ibarra. Anduvo el tiempo; en cierta ocasión recorría el pueblo de San Diego un exartillero peninsular muy bruto, y tan ignorante que no sabía leer, el cual exigía á garrorazo limpio la cuota del impuesto de carros y caballos, del que era delegado por el contratista; y como aconteciese que los chicos de la calle se rieran de aquel pedazo de bárbaro, éste perdió la paciencia y «arrojó» el bastón á uno de los chicos, y lo derribó. «Por desgracia» pasaba D. Rafael por el lugar del suceso; y al ver lo ocurrido, dió un golpe al exartillero, con tan mala fortuna, que el recaudador murió á consecuencia del golpe. El Sr. Ibarra fué á la cárcel. Sus amigos le abandonaron..... Y murió de mala manera, en la prisión, el que tanto se había distinguido por su filantropía. ¿Por qué le abandonaron? Porque no oía misa («¡hereje!»); porque estaba subscripto á *El Correo de Ultramar,* de Madrid («¡filibustero!»), y porque tenía un hijo educándose en Europa («¡progresista!»).....

Al oir la relación del «anciano militar», Crisóstomo se indignó, siquiera lo disimulase. Dió las gracias á Guevara, y se separaron. El joven filipino se fué á la fonda. Y allí, en su cuarto, echóse á divagar sobre las impresiones recibidas: su padre había muerto en la cárcel; el P. Dámaso acababa de menospreciarle con reiterada grosería, durante la cena..... Ibarra pasó una noche cruel. Entraba con mala estrella en Manila, al cabo de algunos años de ausencia.

A la mañana siguiente se fué á ver á María Clara; ambos se habían amado siendo niños. Ella se emocionó. «¿Qué se dijeron aquellas dos almas, qué »se comunicaron con ese lenguaje de los ojos, más perfecto que el de los la»bios, lenguaje dado al alma para que no turbe el éxtasis del sentimiento?»... Pasadas las primeras emociones, establécese franca y jovial comunicación. María Clara le recordó una escena campestre, en la que ambos fueron protagonistas.

—De vuelta al pueblo y ardiendo mucho el sol (le dice) cogí hojas de se[illegible] que crecía á orillas del camino, te las dí para que las pusieses dentro d[illegible] sombrero y no tuvieses dolor de cabeza. Sonreíste, entonces te cogí de la [illegible]no é hicimos las paces.

»Ibarra se sonrió de felicidad, abrió su cartera y sacó un papel dentro del cual había envueltas unas hojas negruzcas secas y aromáticas.

»—¡Tus hojas de salvia!, contestó él á su mirada; esto es todo lo que me has dado.

»Ella á su vez sacó rápidamente de su seno una bolsita de raso blanco.

»—¡Ps!, dijo ella dándole una palmada en la mano; no se permite tocar: es una carta de despedida.»

Ibarra sufrió al verla, porque le evocó el recuerdo de su padre..... Lo que no podía presumir era que esa carta por él escrita, siendo un niño, había de servir más tarde como prueba de su *filibusterismo*. Ibarra se despidió de Clara y marchóse al pueblo de San Diego, su cuna, de donde hacía siete años que faltaba. Sigámosle.

Precisamente era el día de Todos los Santos: Crisóstomo juzgó un deber sagrado visitar cuanto antes la tumba de su padre. Fuése, pues, al cementerio; y allí supo, con verdadero dolor, que, por orden expresa del «cura grande» (el P. Dámaso), el cadáver de D. Rafael había sido desenterrado: el sepulturero, al recibir dicha orden, recibió además la de volver á enterrar los restos de aquel *hereje* en el cementerio de los chinos; pero como llovía y el trayecto no era corto, optó por echar el muerto al agua de la laguna: en medio de todo, según la lógica de aquel sencillote indígena, preferible era yacer en el fondo del lago á yacer entre los infieles hijos del Celeste Imperio. Ibarra enloqueció ó punto menos al oir la relación. Salió del camposanto y se encaminó á su casa, que la tenía, y muy buena, en su pueblo. En el camino se topó con Fr. Salví (sucesor del P. Dámaso en la parroquia del pueblo), y, mirándole de hito en hito, «se detuvo un momento». (Pág. 61:) «Sólo un »segundo duró la vacilacion: Ibarra se dirigió á él rápidamente, le paró de»jando caer con fuerza la mano sobre el hombro y en voz apenas inteligible,

»—¿Qué has hecho de mi padre?, preguntó.»

Pero al caer en la cuenta de que Fr. Salví era ajeno en absoluto á la trastada de Fr. Dámaso, «abandonó al pobre P. Salví», y «se dirigió precipitadamente á su casa».—¡Qué fatalidad! ¡Ya estaba indispuesto con dos frailes, y no había hecho más que llegar á Filipinas!

Al día siguiente, Ibarra y el maestro de escuela de San Diego visitaron el sitio desde el cual había sido arrojado á la laguna el cadáver del padre de Crisóstomo, según versión que el sepulturero había hecho al pedagogo. Ibarra mostróse agradecido; y el maestro, que era un hombre honrado y de conciencia,—«¡No tiene V. que agradecérmelo! (exclamó). Debía muchos favo»res á su padre, y el único que le hice fué acompañarle al sepulcro.»—Crisóstomo y el maestro hablaron largo y tendido sobre la enseñanza en Filipinas: éste era amante de difundir la instrucción; pero no podía verificarlo con fruto, con todo el fruto que él anhelaba, porque el fraile-párroco se oponía á todo lo que fuera provechoso, señaladamente á que aprendiesen el idioma castellano..... «¡No seamos tan pesimistas!», fué la frase con que el buen Ibarra-

ra echó la llave al discurso del maestro. Separáronse, y Crisóstomo se dirigió al Tribunal (Junta municipal): presenció la sesión; oyó muchas tonterías que le llevaron á experimentar conmiseración por sus paisanos, tan zafios, tan majaderos, á causa precisamente de la educación político-social, impuesta por los frailes, que por rutina seguían.

«Han pasado tres días.» Seguimos en San Diego, adonde han llegado, con toda felicidad, María Clara y su vieja tía Isabel. Se hacen preparativos para la fiesta del pueblo, que muy en breve se celebrará con toda la esplendidez propia de los filipinos. Ibarra sale á ver á su novia, y al llegar á la puerta de la casa de ésta se halla con Fr. Salví. Ambos se saludaron cortésmente. Crisóstomo sube; tiene ideada una fiesta en el campo; invita á la familia de María Clara, á varios amigos y aun al propio P. Salví (contra el deseo de la novia, que sentía cierto misterioso miedo hacia el dicho fraile). La jira se verificó á la madrugada siguiente. Concurrieron á ella María Clara, su vieja tía, «la alegre Sinang», «la severa Victoria», «la hermosa Iday» y «la pensativa Neneng», custodiadas por algunas viejas; Juan Crisóstomo y dos amigos suyos; todos los cuales embarcaron en una pagoda, y en ella se deslizaron por el lago. Como la ocasión era propicia, una de las muchachas pidió á María Clara que cantase algo. —«Todas mis canciones son tristes!» —objetó la novia de Crisóstomo; mas como insistiesen los excursionistas, Clara tomó el arpa y al son de sus cuerdas cantó esta canción *(pág. 119)*:

«¡Dulces las horas en *la propia patria*
Donde es amigo cuanto alumbra el sol,
Vida es la brisa que en sus campos vuela,
Grata la muerte y más tierno el amor!

»Ardientes besos en los labios juegan,
De una madre en el seno al despertar,
Buscan los brazos á ceñir el cuello,
Y los ojos sonriense al mirar.

»*Dulce es la muerte por la propia patria*,
Donde es amigo cuanto alumbra el sol;
Muerte es la brisa *para quien no tiene*
Una patria, una madre y un amor.»

Las amigas de María Clara se enternecieron. Mas no tardó en restablecerse la alegría; la cual fué poco duradera, porque, de pronto, se presentó un cai[illegible]n «arrollado sobre sí mismo» (?). *El Piloto* (un tal Elías) logró atrapar al [illegible]til y subirlo á la *plataforma* de la embarcación; pero el caimán se las com[illegible]so de modo que tornó al lago llevándose al *Piloto* de reata. Las mujeres [illegible] asustaron. «Rápido como el rayo, cayó otro cuerpo al agua; apenas tuvi[illegible] tiempo de ver que era Ibarra.» (Pág. 122.)—*El Piloto* le debía la vida;

así se lo confesó. Y dándose por terminada aquella expedición tan pródiga en emociones, trataron de abordar á la orilla, «en aquel bosque de árboles »perteneciente á Ibarra. Allí á la sombra y junto al cristalino arroyo almor»zarían entre las flores ó debajo de improvisadas tiendas».

Ya en el bosque y cuando más alegres estaban todos, descolgóse el lacio P. Salví. Todos comieron más ó menos alegres, excepto el fraile, que estaba azoradísimo. (La noche antes había deslomado á palos, hasta matarlo, con ayuda del sacristán, á un niño monaguillo.) Concluyóse el almuerzo, y las muchachas se pusieron á jugar con un libro titulado «La rueda de la Fortuna»; y como esto no le pareciera bien al cura, tomó el libro y «rasgó con ira sus hojas»; y realizada tan brutal hazaña, el P. Salví se volvió al pueblo. Su marcha agradó á todos los de la fiesta: renació la alegría, y habría durado sin interrupción hasta el final si no hubiera sido por la inopinada presencia de cuatro guardias civiles (indios) con su sargento (español), quien, por vía de saludo, disparó este aviso:

«—¡Quieto todo el mundo! ¡Un tiro al que se mueva!» (Pág. 132.)

La patrulla iba buscando á un tal Elías *(El Piloto)*, el mismo precisamente que, dos días antes, había aporreado á un fraile y, en otra ocasión no muy lejana, «arrojado en un charco» á un alférez de la benemérita. Como *El Piloto* no se hallaba allí, los guardias se marcharon. La fiesta terminó felizmente al obscurecer. Crisóstomo tenia que añadir dos notas más en su lista de notas desagradables: la grosería de Fr. Salví y la sorpresa brutal de los guardias civiles.

«Á la mañana del siguiente día» Ibarra fué á visitar al viejo Tasio, un filósofo indígena, pesimista sistemático, símbolo de los que valen y optan por no hacer ni decir nada, á cambio de disfrutar de algún sosiego; el viejo hallábase «inclinado sobre un libro en el que parecía escribir». Ibarra le habló de varias cosas, entre otras de los *jeroglíficos* que, al parecer, había el filósofo trazado en aquellas páginas; y como el viejo le arguyera que si escribía en cifra era precisamente para que nadie pudiera enterarse, su visitante le preguntó:

«—¿Y por qué escribe V. entonces si no quiere que le lean?

»—Porque no escribo para esta generacion, escribo para otras edades. Si ésta me pudiera leer, quemaría mis libros, el trabajo de toda mi vida; en cambio, la generacion que descifre estos caracteres será una generacion instruida, me comprenderá y dirá: «*No todos dormían en la noche de nuestros abuelos!*» El misterio ó estos curiosos caracteres salvarán mi obra de la ignorancia de los hombres, como el misterio y los extraños ritos han salvado á muchas verdades de las destructoras clases sacerdotales.» (Pág. 135.)

Crisóstomo le habló del proyecto que él tenía de levantar á sus expensas un edificio-escuela en la localidad, y le mostró los planos. El filósofo lloró de emoción. Pasado un rato, ya repuesto, y como hombre que conocía el país, díjole á Ibarra que tan laudable propósito no llegaría á la meta; extendiér

dose, con este motivo, en graves reflexiones. Su joven amigo aseguró que sí; que la escuela, «modelo en su género, como las de Alemania», sería un hecho, y muy pronto. Y se despidió y se fué, mascullando los pesimismos del filósofo, que tuvieron pronto un lenitivo en los optimismos de uno de los periódicos más serios de Manila, el cual dedicaba largo y campanudo artículo al proyecto del generoso Ibarra, á quien ponía en las nubes. Y llegó el día de la fiesta. Era el 11 de Octubre. Hubo una solemne función de iglesia. El P. Dámaso, «el cura grande», expárroco de San Diego, encargado del sermón, se desató en improperios desde él púlpito contra los hijos del país que sustentaban ideas de progreso: Ibarra padeció no poco oyéndole. Concluída la fiesta religiosa, se marchó á su casa dispuesto á no salir de ella hasta que se celebrase oficialmente la ceremonia de inaugurar la escuela que á su costa iba á erigirse.—Es de advertir que durante la misa, un hombre *(El Piloto)* le había dicho á Ibarra al oído:

«—En la ceremonia de la bendicion no os alejeis del cura, no descendais al foso, no os acerqueis á la piedra, que va la vida en ello!» (Página 176.)

En efecto; llegó el día señalado; la cabria había sido construída con trampa, á fin de que la primera piedra aplastase al generoso filipino; pero éste, avisado, se las compuso de suerte que, aunque la cabria estalló, pudo salir sano y salvo de aquel trance.—«Al oir su voz, María Clara (que era una de tantas concurrentes) sintió que la abandonaban las fuerzas y cayó medio desmayada en brazos de sus amigas.» (Pág. 183.)—Comentario del filósofo, cuando se enteró de lo ocurrido:

«—Mal comienzo, hm!»

Ibarra corrió á su casa á ponerse ropa limpia. «Estaba concluyendo de »arreglarse, cuando un criado le anunció que un campesino preguntaba por »él. Suponiendo fuese uno de sus trabajadores, ordenó que le introdujesen »en su despacho ó gabinete de estudio, biblioteca á la vez que laboratorio »químico.» El recién llegado no era otro que *El Piloto,* Elías. Éste y Crisóstomo sostuvieron larga plática. Elías le previno que tenía poderosos enemigos: Ibarra, que era todo buena fe, quedóse confuso!... Acabó por dar al olvido su conversación con *El Piloto,* y obsequió con un espléndido banquete á todo lo más lustroso de San Diego. Verificábase el banquete; á la mitad de la comida, recibiéronse telegramas del Capitán general anunciando su próxima llegada al pueblo, y que se hospedaría en casa de Tiago, padre de María Clara..... Los frailes se disgustaron..... ¡no estaba bien que en vez de parar en el convento, el General lo hiciese en casa de Tiago! El «cura grande» profirió [illegible]unas inconveniencias; y las más punzantes fueron enderezadas contra Iba[illegible] llegó á decir, dirigiéndose al Alcalde mayor (español), que era uno de [illegible] comensales (pág. 194):

—V. ya conoce lo que es el indio: tan pronto como aprende algo, se las [illegible] de doctor. Todos esos mocosos que se van á Europa.....

«—Pero ¡oiga V. R.....!, interrumpió el Alcalde, que se inquietaba por lo agresivo de aquellas palabras.

»—Todos van á acabar como merecen, continuó; la mano de Dios se ve en medio, se necesita estar ciego para no verlo. Ya en esta vida reciben el castigo los padres de semejantes víboras..... se mueren en la cárcel ¡je! je! como si dijéramos, no tienen donde.....

»Pero no concluyó la frase. Ibarra, lívido, le había estado siguiendo con la vista; al oir la alusion á su padre, se levantó y de un salto, dejó caer su robusta mano sobre la cabeza del sacerdote, que cayó de espaldas atontado.

»Llenos de sorpresa y terror, ninguno se atrevió á intervenir.

»—¡Lejos!, gritó el joven con voz terible, y estendió su mano á un afilado cuchillo mientras sujetaba con el pié el cuello del fraile, que volvía de su atolondramiento; ¡el que no quiera morir que no se acerque!»

Nadie se acercó. Ibarra pateó al fraile, y le amenazó con clavarle el cuchillo que en la mano tenía.

Este episodio, naturalmente, produce la más grave de las notas en el «libro verde», ó sea en el de *residencia* de Ibarra en Filipinas. Ya estaba *tildado;* ya no podría tener felicidad en su país. Y todo, siempre, por culpa del fraile, la eterna pesadilla del AUTOR.

Pero llegó el General; le ofreció su apoyo; le elogió, y llevó su simpatía por Ibarra hasta el punto de brindarse á apadrinar la boda de éste con María Clara, que no tardaría en verificarse. Por cierto que ella, á consecuencia de los disgustos, enfermó. Su padre, *Capitán Tiago,* fué llamado al convento: al volver á su casa,

«—¡Lo que yo me temía!, prorrumpe al fin medio llorando. Todo está perdido! El P. Dámaso manda que rompa el compromiso, de lo contrario me condeno en esta vida y en la otra! Todos me dicen lo mismo, hasta el P. Sibyla! Debo cerrarle las puertas de mi casa [á Ibarra] y..... ¡le debo más de cincuenta mil pesos! He dicho esto á los Padres, pero no han querido hacerme caso: ¿Qué prefieres perder, me decían, cincuenta mil pesos ó tu vida y tu alma? ¡Ay, S. Antonio! si lo hubiese sabido, si lo hubiese sabido!

»María Clara sollozaba.

»—No llores, hija mía, añadía volviéndose á ésta; tú no eres como tu madre que no lloraba nunca... no lloraba más que por antojos... El P. Dámaso me ha dicho que ha llegado ya un pariente suyo de España... y te lo destina por novio...

»María Clara se tapó los oídos.» (Pág. 201.)

Á todo esto, en el pueblo había gran número de *descontentos;* infinidad de infelices *perseguidos.* Unos y otros, con Elías por intérprete, querían que Ibarra los capitaneara para hacer la revolución; á lo menos para produc una asonada estupenda. La Guardia civil cometía atropellos de diario; l frailes hacían barrabasadas; la enseñanza andaba por los suelos; los vicios protegían..... Había que poner remedio á tantos males. Pero Ibarra no quis

acceder á lo que de él solicitaban los revolucionarios: en el cáliz de las amarguras de Crisóstomo quedaban aún las heces, y creyó del caso esperar hasta haberlas consumido. Según sus cálculos, siempre optimistas á pesar de los pesares, no tendría nunca necesidad de ser él adalid de *perseguidos* y *descontentos*. Precisamente á los pocos días de haber sido excomulgado por la pateadura que diera al P. Dámaso, volvió á la gracia de Dios de *orden* del Arzobispo, que había cedido á la influencia poderosa del Capitán general. Mas he aquí que una noche, hallándose Ibarra en casa de su novia, se oyen detonaciones: era que habían asaltado los «descontentos» el cuartel de la Guardia civil. Ibarra comprendió que aquello era grave, y se fué á su casa á recoger los papeles: debió de darle el corazón que, á pesar de su inocencia, le podría pasar algo... Y le pasó, efectivamente: le llevaron preso. ¡Decíase que la conspiración estaba por él fraguada! En el corto tiempo que medió desde que llegó á su casa y el momento en que la Guardia civil le detuvo, pudo, sin embargo, meter en un saco papeles y dinero. Este saco quedó sobre la mesa... Elías, «saltando cercos y tapias, y trepando por una ventana», entró en el gabinete de Crisóstomo... La Guardia civil se acercaba; estaba ya á dos pasos... Elías «tomó entonces una resolucion: amontonó ropas y papeles en medio del gabinete, vació encima una lámpara de petróleo y prendió fuego. Ciñóse precipitadamente las armas, vió el retrato de Maria Clara, vaciló... lo guardó en uno de los saquitos, y llevándoselos, saltó por la ventana.»

Elías, hombre-Providencia para Crisóstomo, hizo esto precisamente á las pocas horas de haber sabido que Ibarra era biznieto de un español que había sido el causante de la ruina, de la desgracia y del desprestigio de toda la familia del *Piloto*.

Los frailes sacaron hondas y transcendentales deducciones de lo acaecido en el cuartel, y acusaron á Ibarra de haber pretendido realizar toda una revolución. Los aprehendidos por la Guardia civil fueron tratados cruelísimamente; atormentados de la manera más inhumana. Uno de ellos murió víctima del furor de los guardias; éstos pretendían que los bandidos declarasen que era Ibarra el organizador de la abortada revolución; y ninguno quiso declararlo, no embargante las torturas á que fueron sometidos. Á Ibarra le condujeron á Manila. Entonces murió el filósofo, poco menos que de indignación. Los que habían sido amigos de Ibarra, nada querían ya con él; hasta renegaban de haberle conocido. La esposa del *Capitán Tinong,* antiguo amigo de Ibarra, creyó del caso, como medida previsora, regalarle al Capitán general «un anillo de mil pesos de valor»... Pero nada, absolutamente nada, resultaba contra Ibarra, si se exceptúa la cartita que tantos años llevó en el s[illegible] joven María Clara... Los frailes se agitaron lo indecible para conseg[illegible]l fusilamiento del desgraciado muchacho.

[illegible]s aproximamos al fin de la novela. Era de noche. Ibarra, por media[illegible]c[illegible] de Elías, logra evadirse de la prisión; pudo hablar un rato con María C[illegible] ella, que le amaba, reiteróle que le amaría siempre. Al propio tiem-

po le hizo una dolorosa confesión: acaba de saber que su verdadero padre, el que la había engendrado, no era *Capitán Tiago*, sino ¡el P. Dámaso! Así pudo colegirlo de dos cartas de su difunta madre, las cuales le fueron ofrecidas á la chica á cambio de la de Crisóstomo que María Clara había guardado tantos años en el seno, dentro de una bolsita de raso blanco.

Se separaron: Ibarra se volvió á la banca ó canoa en que por el estero había sido conducido, y en la cual estaba Elías... Ambos remontan el Pásig, el río que une el gran lago de Bay, donde está el pueblo de San Diego, con Manila... Pasan grandes apuros para no ser descubiertos. Pero los carabineros persiguen la banca, que iba ya cerca del lago: Elías decide arrojarse al agua, para que se le tome por Crisóstomo; suena un tiro: un hombre se hunde para siempre, y un poco de sangre tiñe la superficie del agua. Por Manila cunde la noticia de que Ibarra había muerto. Éste ganó tierra, con su saquito de alhajas bajo el brazo; y después de vagar dos días por el bosque, hambriento, encuéntrase á un muchachuelo, exmonaguillo del P. Salví, hermano de aquel otro á quien dicho fraile había matado á palos. Aquel niño, Basilio, no sabía qué hacer con el cadáver de su madre, que acababa de morir, loca, á causa de las persecuciones inicuas de que la hacía objeto la Guardia civil. (Pág. 349.)

IBARRA. «—¿Qué piensas hacer?

BASILIO. «—¡Enterrarla!

»—¿En el cementerio?

»—No tengo dinero, y además no lo permitiría el cura.

»—¿Entonces...?

»—Si me quisiéseis ayudar...

»—Estoy muy débil... y se dejó caer poco á poco en el suelo, apoyándose con ambas manos en tierra; estoy herido... Hace dos días que no he comido ni dormido... ¡Escucha! continuó con voz más débil; habré muerto también antes que venga el día... A veinte pasos de aquí, á la otra orilla del arroyo hay mucha leña amontonada; tráela, haz una pira, pon nuestros cadáveres encima, cúbrelos y prende fuego, mucho fuego hasta que nos convirtamos en cenizas...

»Basilio escuchaba.

»—Despues, si ningun otro viene... cavarás aquí, encontrarás mucho oro... y todo será tuyo. Estudia!

»La voz del desconocido se hacía cada vez más ininteligible.

»—Ve á buscar la leña... quiero ayudarte.

»—Basilio se alejó! El desconocido [IBARRA] volvió la cara hácia el Oriente y murmuró como orando:

» —*Muero sin ver la aurora brillar sobre mi patria...! vosotros, que la habeis de ver,* saludadla... NO OS OLVIDEIS DE LOS QUE HAN CAIDO DURANTE LA NOCHE!»

María Clara se metió monja. Si Ibarra no hubiera *muerto*, ella, por obediencia, se habría casado con el español imbécil, aunque prometiéndose ser

para Crisóstomo, único á quien amaba... Una noche, noche de tempestad, en el tejado del convento vióse á una mujer, que daba voces pidiendo auxilio. Aquella que parecía una sonámbula era María Clara, que huía de Fray Salví, el cual, á toda costa, quería profanar la pureza de la que tanto había amado á Crisóstomo...

¿Pero es esto la novela? No: la novela hay que leerla toda, con conocimiento previo de lo que era entonces Filipinas, para apreciar su alcance. Ibarra (RIZAL) simboliza el filipino ilustrado, á quien la fuerza brutal de los hechos impele necesariamente á renegar del régimen colonial español; Tasio, la indiferencia, que lamenta en silencio los males de su país; *Capitán Tiago,* el indio vividor, astuto y marrullero, que pasa por todo linaje de degradaciones (incluso por el contubernio de su mujer con Fr. Dámaso), con tal de hacer su negocio. Y Elías, el *pendant* de Ibarra, el hombre rudo del pueblo que, perseguido por la fatalidad, pára en revolucionario demagogo. Ibarra es RIZAL; Elías es... ¡ANDRÉS BONIFACIO!, el organizador del monstruoso *Katipunan;* el que, después de haber calificado de «cobarde» á RIZAL, porque éste no era partidario de la revolución, á lo menos tan pronto, acaudilló las primeras huestes que, inermes casi, se lanzaron al campo al grito de «¡mueran los españoles!...» RIZAL, el separatista latente, pero enemigo de hacer correr la sangre y con talento sobrado para no aconsejar lo que reputaba una *demencia;* Bonifacio, el plebeyo, sin más instrucción que la lectura de unas cuantas obras sobre la Revolución Francesa, demagogo exaltado, lleno de impaciencia quiere á todo trance, y cuanto antes, exterminar la raza que dominaba á la suya. Ibarra es una figura noble, sugestiva, grata; Elías *(El Piloto)*, una bandera roja. Ibarra *acaba* por ser filibustero filosófico; Elías es un *caso* de *determinismo*: filibustero esencial desde pequeño.

Audaz, denodado, curtido en los peligros, providencia *sui géneris* de Ibarra, Elías es, de todos los personajes novelescos de RIZAL, el más notable, la figura más interesante; en Elías se cifran y compendian todos los sufrimientos humanos; cuanto dice impresiona; cuanto hace acaba por parecer que está justificado plenamente. Su abuelo, indio, había sido tenedor de libros en casa de un comerciante español, D. Pedro E*ibarra*mendía, bisabuelo de Crisóstomo; «una noche *(pág. 276)*, sin saberse cómo, ardió el almacen, el incendio se comunicó á toda la casa y de ésta á otras muchas. Las pérdidas fueron innumerables, se buscó á un criminal, y el comerciante acusó á mi abuelo» *(dice Elías)*. Martirizaron cruelmente al extenedor de libros, que ni siquiera tuvo la suerte de morirse, y su esposa, que se hallaba en cinta, viéndose desamparada por completo, tuvo que dedicarse... ¡á prostituta! Marido y muj... poco después, tuvieron que refugiarse en lo más enmarañado del bos...; mas no pudiendo él soportar las contrariedades que experimentaba, se ...có. La esposa fué acusada, por no haber dado parte; esperóse á que sa... del paso, y así que salió, diéronla una gran paliza, y en paz. Huyó con ...los hijos á otra provincia; internóse en la selva; acabó por hacer vida de

alimaña. El mayor de los chicos paró en bandido, y llegó á hacerse célebre con el apodo de *Bálat;* el más pequeño no siguió las huellas de su hermano: vivió junto su madre. «Al fin *(dice Elías)* el famoso Bálat cayó un día en »poder de la Justicia, que le pidió estrecha cuenta de sus crímenes, *ella, que »nada hizo por enseñarle el bien;* y una mañana, buscando el joven *(el menor)* »á su madre, que había ido al bosque para coger hongos y aun no había »vuelto, encontróla tendida en tierra, á orillas del camino, debajo de un »algodonero, la cara vuelta al cielo, los ojos desencajados, fijos, crispados los »dedos, hundidos en tierra, sobre la cual se veían manchas de sangre. Ocú»rresele al joven levantar la vista y seguir la mirada del cadáver, y vé en la »rama colgado un cesto, y dentro del cesto la ensangrentada cabeza del her»mano.» *(Pág. 277.)*

El jóven, andando el tiempo, se enamoró de una hermosa india, y la sedujo: quiso reparar el mal casándose en toda regla; y gestionó los papeles. Al *sacarse los papeles,* descúbrese que el seductor era hermano de *Bálat,* el malhechor, hijo de una prostituta y de un extenedor de libros acusado de incendiario... El padre de la seducida logró echar á presidio al amante de su hija. Ésta dió á luz dos mellizos, niño y niña, que fueron «criados en secreto, haciéndoles creer en un padre muerto»... Al niño le pusieron *Elías...* Elías estudió algo, muy poco, en los Jesuítas de Manila; volvió al pueblo. Pero un pariente descubre lo pasado, y Elías y su hermana quedan solos en el mundo, huérfanos de toda protección. Ella, la hermana, apareció cierto día ahogada y con un puñal clavado en el pecho... «desde entonces *(dice Elías)* vago de provincia en provincia; mi fama y mi historia andan en boca de muchos, á veces se me calumnia, pero hago poco caso de los hombres y continúo mi camino».

Ibarra ignoraba esta historia, cuando salvó á Elías, al tiempo que éste iba á ser presa de un caimán. Elías quedó agradecido; vió en Ibarra, además de un valiente, un hombre culto, y pensó en él para que fuese la inteligencia directiva de la revolución. Elías y Crisóstomo mantuvieron acerca del asunto varias discusiones. En lo que sostiene cada uno, pero señaladamente en lo que dice Elías, está el alma del libro. Véase cómo impugna el catolicismo, instrumento el más eficaz de que allí se ha valido España para sujetar á los indios bajo su dominio:

«—Señor, repuso *(Elías)* con voz grave; acusais de ingratitud al pueblo, permitid que yo, uno del pueblo que sufre, lo defienda. Los favores que se hacen para que tengan derecho al reconocimiento, necesitan ser desinteresados. Hagamos caso omiso de la mision, de la caridad cristiana, tan manoseada; prescindamos de la Historia, no preguntemos qué ha hecho España del pueblo judío, que ha dado á toda Europa un libro, una religion y un Dios; qué ha hecho del pueblo árabe, que le ha dado cultura, ha sido tolerante con su religion y ha despertado su amor propio nacional, aletargado, destruido casi durante la dominacion romana y goda. ¿Decís que nos han dado

la fé y nos han sacado del error; ¿llamáis fé á esas prácticas exteriores, religion á ese comercio de correas y escapularios, verdad á esos milagros y cuentos que oimos todos los días? Es ésta la ley de Jesucristo? *Para esto no necesitaba un Dios dejarse crucificar ni nosotros obligarnos á una gratitud eterna:* la supersticion existía mucho antes, sólo necesitaba perfeccionarla, y subir el precio de las mercancías. Me direis, que por imperfecta que fuese nuestra religion de ahora, es preferible á la que teníamos; lo creo y convengo en ello, *pero es demasiado cara pues por ella hemos renunciado á nuestra nacionalidad, á nuestra independencia, por ella hemos dado á sus sacerdotes nuestros mejores pueblos, nuestros campos y damos aún nuestras economías con la compra de objetos religiosos.* Se nos ha introducido un artículo de industria estranjera, lo pagamos bien y estamos en paz...» *(Pág. 273.)*

Conceptos como éstos, los hay á centenares. Niega el dogma de la Comunión y la existencia del Purgatorio; escarnece la Bula de la Cruzada; se mofa de los santos, de las procesiones, etc. Y el concepto que le merecen los antiguos y modernos españoles lo concreta Elías en estas pocas palabras, contendiendo con Ibarra:

«—... reconozco que una verdadera fé y un verdadero amor á la Humanidad guiaban á los primeros misioneros que vinieron á nuestras playas; reconozco la deuda de gratitud hácia aquellos nobles corazones; *sé que la España de entonces abundaba en héroes de todas clases,* así en lo religioso, como en lo político, en lo civil y en lo militar. *Pero porque los antepasados fueron virtuosos, ¿consentiríamos el abuso en sus* DEGENERADOS DESCENDIENTES? *Porque se nos ha hecho un gran bien, ¿seríamos culpables por impedir que nos hagan un mal?*» (Pág. 274.)

Los diálogos entre Elías é Ibarra ofrecen de particular que Elías, el plebeyo cuasi intonso, convence más que Ibarra, el señorito instruído. Ibarra refuta como puede las razones de Elías; pero Elías no cede; Elías quiere la revolución: Ibarra le aconseja calma; hay que esperar; además, los hombres que se lanzasen al campo, serían pocos y no tendrían pertrechos...

ELÍAS: —«¡Esperar, esperar equivale á sufrir!»... «Solos, en verdad, somos nada; pero tomad la causa del pueblo, uníos al pueblo, no desoigais sus voces, dad ejemplo á los demás, *dad la idea de lo que se llama* UNA PATRIA!»... «¿No veis como todo despierta? El sueño duró siglos, pero un día cayó el rayo, y el rayo, al destruir, llamó la vida; desde entonces *(alude á los ejecutados en 1872)* nuevas tendencias trabajan los espíritus, y esas tendencias, hoy separadas, se unirán un día guiadas por Dios. Dios no ha faltado á los otros pueblos»... «Sin lucha no hay libertad»... «Sin libertad no hay luz»... «el combate comienza en la esfera de las ideas para descender á la arena, que *se teñirá en sangre;* oigo la voz de Dios, ¡ay de los que quieran resistirle! para ellos no se ha escrito la Historia!» *(Pág. 280.)*

Elías es un iluminado; hay mucho de épico en su lenguaje incorrecto. Y ¡quién había de decirlo! Andando los años, este mismo diálogo, en su esen-

cia, se reprodujo en Dapitan. Vivía allí, proscripto, Rizal; y allí llegó, en Mayo de 1896, el joven médico Pío Valenzuela, con el pretexto de una consulta facultativa, pero sin más objeto que presentar, en nombre de Andrés Bonifacio, un *ultimátum* sobre el proyecto de lanzarse al campo al grito de «¡mueran los españoles!» RIZAL, como Ibarra, dijo cien veces «¡no!»; calificó de locura semejante idea; expuso cuantos razonamientos le sugirió su gran inteligencia... Valenzuela regresó á Manila; refirió á Bonifacio la entrevista, y Bonifacio, después de proferir toda suerte de injurias contra RIZAL, á quien calificó de «cobarde», tres meses después iniciaba el movimiento revolucionario que dió al traste con la dominación española.

En *Noli me tángere,* los discursos de Elías impresionan mucho más que los de *Ibarra;* en la historia de lo acontecido, los consejos de RIZAL acaban por ser desoídos, y Bonifacio (ó sea *Elías*) seduce al pueblo, é infiltrándole sentimientos de odio y de venganza, promueve aquella insurrección que costó tanta sangre...

El pueblo filipino, al interpretar todo el simbolismo de *Noli me tángere,* al tener que optar entre Ibarra, el intelectual atildado, y Elías, el plebeyo demagogo, optó por Elías, alma, al fin, de la novela...

Justo es confesar que el hombre que á los veinticinco años logra con un libro suyo conmover un país de siete millones de habitantes, y descollar á manera de gigante sobre esos siete millones de compatriotas, no es el «mesticillo vulgar» que pretenden ciertas gentes (1); quien realiza ese milagro no puede ser sino un hombre verdaderamente superior.

W. E. RETANA.

(Continuará.)

(1) Así se le califica en un folleto intitulado: *Filipinas: Problema fundamental:* Madrid, 1891, atribuído á un religioso agustino, expárroco en Filipinas.



CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

DE LA IRREDUCTIBILIDAD DE LAS LENGUAS

Hommes noirs, d'où sortez-vous?
—Nous sortons de dessous terre!...

BERANGER.

Otra vez es CEJADOR, autor cuyas doctrinas filológicas critiqué ya varias en esta misma revista, quien va á ocupar nuestra atención por un rato. Con la fecha corriente de 1904 acaba de dar á luz, en Madrid y en bien presentado volumen, 575 páginas en 4.º mayor y de compacta lectura acerca de la *Embriogenia del Lenguaje,* tercera muestra de una serie de estudios que supongo conocidos de mis lectores. En la nueva obra, según explica su subtítulo, nuestro incansable investigador, trata de fijar la estructura y formación primitivas del habla humana, sacándolas del estudio comparado de los elementos demostrativos de las lenguas. Su gran conclusión, su corolario fundamental, ya anunciado en los tomos anteriores, es la *unidad* de aquéllas, base, á su juicio, de la identidad de las razas; y para hacer tal conclusión aceptable no parte de teorías, sino que examina la masa de demostrativos de todos los idiomas, por ser las primeras formas significativas que han designado el género universal, *genus generalisimum,* cuya noción constituyó toda la elocuencia y toda la ciencia de la primitiva humanidad.

Y de hecho podemos sentar por principio que el estudio del desarrollo espontáneo de las lenguas es de la mayor importancia para el que quiera reducirlas á la unidad. Sin esta espontaneidad, que para mí tiene precisamente su fundamento en la irreductibilidad de las razas, la identidad central del lenguaje no habilitaría á cada idioma para expresar sucesivamente todas las ideas y sonidos bajo diversas formas. En la transmisión de las aguas lingüísticas, cada tubo se adapta á cada corriente. *A priori,* pues, CEJADOR y yo estamos en oposición: *á priori* y por razón de método, difiere nuestro criterio radicalmente. Las generalizaciones científicas no tienen eficacia para convencer cuando no las sostienen los buenos procedimientos. En definitiva: el monogenismo lingüístico de CEJADOR es un sistema tan brillante como ficticio. He aquí el fundamento de mi opinión, el fundamento racional.

Caeríamos en un error si no buscásemos las razones más profundas y decisivas de la unidad de las lenguas en la identidad del *procedimiento* por el que se forman las palabras, y no en la semejanza de las *palabras* mismas ya formadas. Desde este aspecto el análisis de CEJADOR merece elogios, por cuanto busca en lo primero la equivalencia de los demostrativos. Pero cabalmente esta luminosa divergencia entre el vocablo y la facultad de hablar es lo que ha hecho y hará siempre á los filólogos imparciales ser poligenistas. RENAN (1), por ejemplo, establece una distinción entre el origen de las palabras y el del lenguaje, y dice por lo tocante al último: «Al cabo, pues, de diez años de estúdio insisto en mirar el lenguaje como formado de una vez y salido instantáneamente del genio de cada raza»; teoría que, si no implica en absoluto la pluralidad de la especie humana, como pretende LUBBOCK (2), proclama muy alto la probabilidad de tal hipótesis. Por grande, pues, que sea el mérito y los indudables servicios que ciertas partes de la ciencia del lenguaje puedan y deban esperar de la empresa acometida por CEJADOR, la base que la sostiene está en pleno vacío.

Conciliando una entera seguridad en la investigación con el mayor grado de certeza en los resúltados, hasta puede asegurarse que la identidad de procedimientos en las formas primitivas de las lenguas nunca sería un medio eficaz de comprobación de la unidad *específica* de los hombres. Constantemente se repite por filólogos (3) y antropológos (4) que la incompetencia de la ciencia del lenguaje para decidir de la unidad ó diversidad de las razas humanas está hoy completa é irrevocablemente demostrada. ¿Es por ventura incompatible que el género humano descienda, no sólo de varias, sino aun de muchas parejas, y que por la equivalencia de la conformación de los órganos vocales y del organismo en general, igualmente dispuesto para la gesticulación, tengan las voces demostrativas de las distintas razas un fondo fonético, morfológico y semántico común? La lengua del mono aparece después de un examen anatómico tan perfecta, tan bien conformada como la del hombre. Dad á un mono la inteligencia de un tártaro, ó siquiera la de un hotentote (ya que sin inteligencia no hay lenguaje), y decidme qué trabajo costará atribuirles la ideación y pronunciación de esos *ni ni ni, zu zu zu, i i i, a a a, gu gu gu, ze ze ze, o o o, ba ba ba, ne ne ne,* que suenan y resuenan en todas las lenguas como pronombres demostrativos. Por donde vendríamos á parar, según las premisas de CEJADOR, á que el mono y el hombre pertenecerían en tal caso á una misma especie.

Pero vayamos más allá. Supongamos que algún descubrimiento científico,

---

(1) *De l'origine du Langage,* 16.

(2) *The Origin of Civilization,* IX.

(3) Véase sobre todo á WHITNEY (*La vie du Langage,* conclusion). Su actitud ante nuestro problema fué la de un agnóstico.

(4) Especialmente QUATREFAGES (*L'espèce humaine,* conclusión).

realizando los ensueños de CYRANO, nos pone en relación con otros planetas cuyos habitantes tuviesen órganos completamente distintos de los nuestros, pero con una voluntad racional como nuestra voluntad; se establecería entre ellos y nosotros, á pesar de todas las diferencias físicas, la relación moral del derecho, y por ende la de fraternidad: no sería preciso descender de ADÁN para fundar el parentesco universal. Y si, lo que no es improbable, esos planetas cuya constitución física es semejante á la Tierra están poblados por seres parecidos á nosotros, puede afirmarse que la historia y la lengua de tales planetícolas no difiere más de las nuestras que la historia y la lengua de los Semitas y de los Chinos. Tal es la reflexión exacta que se ha ocurrido á los que han comparado las lenguas del estremo Oriente con las del grupo ario (1).

Á ningún investigador de la evolución de la familia, las riquezas, la ciencia, el arte, la moral, el derecho ó la religión, se le ha ocurrido relacionar la mayor ó menor semejanza de estas instituciones en los diversos pueblos con la cuestión del origen del género humano de una ó varias parejas. ¿Qué pretexto tienen, pues, los investigadores de la evolución del lenguaje para ser una excepción en este punto? Si la Naturaleza ha podido producir por sus propias fuerzas al hombre en un lugar cualquiera, ¿por qué este hecho no podría haberse igualmente repetido alguna otra vez en otro lugar?

Pretender que la investigación de las más arriba citadas evoluciones conduzca ó aproxime siquiera al monogenismo, sería ilusorio. Precisamente en lo psicológico y social es donde con más notoriedad que en lo físico aparecen los abismos que separan á las razas. Creo haber leído en el tomo I del libro de LEBON, *L'homme et les sorietés* (y en otras varias obras suyas), que sólo los antropólogos de gabinete, los antropólogos que no han viajado ni observado costumbres en países distantes, tienen cierta disculpa para continuar siendo monogenistas. VOGT, en sus *Vorlesungen ueber Menschen*, había dicho ya, si mal no recuerdo, algo semejante.

La desorientación é inoportunidad de la empresa acometida por CEJADOR puede hacerse todavía más sensible con una alegoría que viene muy á cuento. Habiéndosele mandado irónicamente á AMASIS beber el agua del mar, contestó: «Con mucho gusto, si detenéis los ríos que á él afluyen». Es un rasgo sobresaliente de sal ática, que cabe aplicar á CEJADOR. El *lenguaje* en sí no es nada, es una abstracción, como el *noumeno* ó la *cosa en sí;* el lenguaje se reduce á cero, á un fantasma, sin idiomas, dialectos, vocablos y raíces, como á un fantasma se reduce la *sociedad* sin naciones, tribus, familias é individuos. Ni por la vía de la investigación ni por la vía de la deducción es el lenguaje un

(1) Véase á RENAN: *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques.* HUXLEY: *Evidence as to Man's place in Natur.* POUCHET: *De la pluralité des races humaines.* SCHLEICHER: *Ueber die Bedentung der Sprache fur die Naturgeschichte des Menschen.* BÜCHNER: *Der Mensch und seine stellung in der Natur.* FOUILLÉE: *La science sociale contemporaine.*

punto de partida y sí un resultado; sólo por el análisis histórico y comparativo de las lenguas nos es dable concebirlo como un conjunto. En una palabra: la variedad de lenguas es lo que ha creado el lenguaje, como la variedad de ríos ha creado el mar, y no al contrario.

Decía DIÓGENES DE APOLONIA que si los átomos no estuviesen hechos del mismo material, no podrían unirse ni influirse entre sí. De parecida manera, y partiendo de idéntica petición de principio, discurren los monogenistas á lo CEJADOR en su concepción unitaria de las razas y de las lenguas. Pero la experiencia contradice terminantemente sus aseveraciones, sin contar con que las lenguas nunca han necesitado *unirse ni influirse entre sí* como los átomos. Las raíces y todas las circunstancias de su origen en los distintos pueblos se nos presentan radicalmente heterogéneas. Toda raza tiene su propio *habitat*, y en cada lengua todo está sostenido, todo conserva el carácter que le es propio. La Naturaleza respeta á las razas, mas no á los híbridos, y lo mismo acaece con las lenguas, bien pocas por cierto (1), que han tendido á amalgamarse con otras: han perecido. Por último, alterad un dialecto ó aspirad á hacerle independiente, y empezará á corromperse poco á poco; sacad una colonia de su raza, y la colonia se irá deteriorando hasta hacerse salvaje (2). Los resultados del estudio sobre el origen de las especies son aún más favorables á estos datos. Las distinciones características de las zonas botánicas y zoológicas, que AGASSIZ (3) fué el primero en determinar y que merecen toda nuestra atención, no sólo se aplican al estado actual, sino también al mundo primitivo, é indican otros tantos centros de crea-

(1) El inglés (y daré este ejemplo) está cuajado de términos franco-normandos de origen latino; y, sin embargo, la sangre que da vida y une tantos elementos extraños á los restos anglo-sajones es toda anglo-sajona, pronombres, artículos, verbos auxiliares, terminaciones, etc. El mismo CEJADOR *(El Lenguaje*, 119) recuerda y cita á este propósito una observación de TREUCH: *All its joins ist whole articulation, its sinews and its ligaments, the great body of articles, pronouns, conjunctions, prepositions, numerals, auxiliary verbs, all smaller words wich serve to knit together, and bind thé larger into sentences, these, not to speak of the grammatical structure of the lànguage, are exclusively Anglo-Saxon. The Latin may contribute its tale of bricks, yea, of goodly and polished hewn stones, to the spiritual building, but the mortar, with all that holds and binds these together, and constitutes them into a house is Anglo-Saxon thoroughout.* Por eso el inglés sigue siendo lengua sajona, mientras que el español y el francés son lenguas romanas. (Véanse ejemplos de otras lenguas en las páginas 120 y 121 de la citada obra).

(2) KNOX, *Fragments of races*, I, III.

(3) Véase á BÜCHNER, *Kraft und Stoff*, X. SCHLEICHER fué el primero que intentó determinar y distinguir en la superficie del globo provincias lingüísticas, como AGASSIZ lo había hecho con las provincias botánicas y zoológicas. Así asegura, que las lenguas indígenas de América y las de las islas del Mar Austral pudieran reducirse, desde el punto de vista de su origen y á causa de sus semejanzas, á un tronco único. Lo mismo sucede con las de los pueblos civilizados de Asia y Europa.

ción, en los que han debido tener común origen plantas, animales y hombres.

Probablemente precisaremos el sentido de las precedentes observaciones generales dando á conocer aquí algo de las opiniones de nuestro filólogo sobre la *Biblia*. Exponer su doctrina íntegra saldría, á decir verdad, de los límites de mi objeto; en uno de mis artículos de la *Revista Contemporánea* sobre *La lingüística como ciencia de observación* hablé largo y tendido de la *Torre de Babel* y el episodio de la confusión de los idiomas, acumulando cuantos argumentos históricos, filológicos, arqueológicos y etnográficos demuestran que se trata de una fábula simbólica y poética, sin valor alguno real. Para apreciar la legitimidad de esta conclusión convendrá juzgar el pasaje del *Génesis* (1), no en sí mismo, sino en las curiosas, ambiguas y un si es no es contradictorias interpretaciones que CEJADOR le da.

En su primera obra (2) escribe: «En *confundamos allí el* LABIO *de ellos*, y en *no oiga cada cual* EL LABIO *de su vecino*, el *labio* significa *lengua*, pero propiamente indica *la pronunciación*; además, no dice démosle *nuevo lenguaje*, sino *confundamos*, es decir, el ya existente, y esto en *su pronunciación*. En buena crítica se desprende de aquí que *las lenguas todas del mundo no son más que la primitiva, confundida en su pronunciación* (¡¡¡...).»

Tal es la primera interpretación, la interpretación de 1901. Pero *sapientis est mutare consilium*. En 1902 ya nuestro autor había cambiado de parecer, pues le vemos expresarse en su segunda obra (3) en los siguientes términos: «La *confusión* de que habla el *Génesis* al asignar la razón de la variedad de las lenguas originada en *Babel*, consistió probablemente en el *olvido* del valor natural y propio que las voces tenían en el lenguaje originario, esto es, en el *olvido* de la relación espontánea que antes tenían con las ideas; relación que existió, como probaré, y que constituía la facilidad y perfección del habla primitiva.»

Por último, en 1904, y en su tercera obra (4), deja á un lado á los descendientes de NOÉ y á la confusión de las lenguas, y se remonta al hombre y al lenguaje primitivos, preguntando candorosamente: «¿Es una coincidencia el que *ni* signifique *yo*, y á veces *vosotros*, en todos los rincones de la Tierra? ¿Es una coincidencia que *i* signifique *tú*, que *a* signifique *él, aquél*, que *e* sea interrogativa y relativa, *o* vocativa, *ze* relativa?... Esos monosílabos han pasado de boca en boca por centenares de generaciones, por billones de billones de individuos y se han pronunciado centillones de veces. Y ahí están tan frescos como el primer día, y lo estarán mientras dure el mundo; porque yo creo que mientras el mundo dure habrá quien lea á HOMERO, á

(1) XI, 7, 9.
(2) *El Lenguaje*, 155.
(3) *Los gérmenes del Lenguaje*, 123.
(4) *Embriogenia del Lenguaje*, 465.

CERVANTES, á los autores bíblicos, y no habrá quien hable y no pronuncie esas articulaciones que pronunció ADÁN, *ó como se le quiera llamar al primer hombre que habló.»* Y nada más. Agotado está el pensamiento fundamental de CEJADOR. ¿Qué juicio sincero puede merecer á un lingüista imparcial?

Permítaseme hablar claramente. Noto desde luego, con singular extrañeza, una superficialidad lamentable en la primera de esas interpretaciones. ¿Qué quiere decirnos CEJADOR con su tesis de que «las lenguas todas del mundo no son más que la primitiva, confundida en su pronunciación?» ¿Que no hay más causa de variaciones del lenguaje que la *alteración fonética?* ¿Que ningún papel juegan en semejantes variaciones la analogía extensiva, la armonía imitativa, el instinto morfológico, el cambio semántico, la misma *epéntesis*, por él tan injustamente desdeñada? ¿Que hay que suprimir las tres cuartas partes de las disciplinas lingüísticas para probar la unidad originaria de los idiomas? Creo que no podrá patronizar tal exclusivismo, indigno de su nombre y de su ciencia. Y en todo caso, y siguiendo el sentido del *Génesis*, ¿cómo explicar que *la separación de la familia humana fué violenta* por la alteración fonética? Nadie ignora la suma lentitud con que obra esta ley, ni las mil fases que offrece, según las idiosincrasias nacionales, la predilección por ciertos sonidos y carencia de otros, el esfuerzo y la negligencia en la pronunciación y las causas orgánicas, físicas y morales de la degeneración fonética. ¿Concibe CEJADOR que este cúmulo de factores haya podido demostrar bruscamente su virtualidad y su eficacia, hasta producir una multitud de lenguas nuevas, en los cortos días que pudo durar el episodio de *Babel?*

Por lo demás, nada tendría en cierto concepto que objetar en contra de semejante apelación á la pronunciación *perdida;* pero me opongo decididamente á la que se refiere á la ideación *olvidada:* veo en ella como un inmerecido sarcasmo á la memoria y á la sencillez patriarcal del famoso mito hebreo. Al considerarle en su oculto significado, el alma parece cuchichear: «Cada pueblo y cada período tienen su propio procedimiento de retrospección. No hay que abrumar á los mitos bajo el manto de plomo de la discusión escolástica. Abandonémosles al tiempo y á la virtud curativa de la ciencia». Y, aparte de esto, ¿no ve CEJADOR que las dificultades anteriormente consignadas vuelven con todo su peso, si es que no aumentan? Comprendo, en último resultado, que con mucho poder imaginativo se conciba un rápido cambio de pronunciación en los hombres reunidos en las llanuras de *Senaar;* pero ¿es concebible, ni posible, que esos hombres, conservando el mismo organismo, el mismo aparato vocal, la misma constitución, la misma inteligencia, las mismas funciones, las mismas facultades de hablar, se *olvidasen*, en un cortísimo espacio de tiempo, de las conexiones naturales entre la palabra y la idea? ¡Oh colmo de la confusión y de la obscuridad!

Con estos antecedentes bien se puede juzgar si la teoría profesada por CEJADOR debe ser instituída como el principio luminoso y fecundo á que

haya de ajustarse toda una ciencia. Pero sigámosle hasta el fin en sus peregrinas deducciones. Según afirma, el que los *demostrativos* sean en todos los idiomas y á través de los tiempos casi los mismos es una fuerte prueba presuntiva en favor de la unidad originaria del lenguaje y de nuestra unidad específica. Yo admito, y doy por demostrado el hecho, no encontrando la menor dificultad en admitir que voces tan inmediatas, tan sencillas, tan íntimamente relacionadas con el gesto (idéntico en todos los seres de organización parecida), sean en cierto modo equivalentes para los hombres civilizados ó simplemente racionales. Pero ¿qué prueba esto? Probará, á lo sumo, que hay una relación necesaria entre la gesticulación y la articulación, entre la articulación y la percepción y entre la percepción y la ideación de los objetos; que el mundo exterior obra en la misma dirección sobre los organismos vivientes que tienen una organización semejante, aunque no formen una especie única; en definitiva, que el hombre, como todos los animales, está sujeto á procesos interiores, que se resuelven, en muchos casos, en expresiones parecidas. ¿Y sólo para probar esta perogrullada psicológica ha empleado CEJADOR diez y seis nutridos capítulos?

Después de este análisis, cuando se nos dice que el demostrativo es una síntesis de la unidad y de la derivación lingüísticas, no se nos dice nada nuevo. La Razón humana proviene de la Lengua (1) y, á su vez, la lengua se hace posible por la Razón. Acaso puede uno figurarse todo desarrollo lingüístico, pasado y presente, como propia y enteramente una lengua, perteneciente á uno ú otro de estos tres desarrollos: una Lengua gesticulando y articulando balbucientemente, el desarrollo corporal; en segundo lugar, una Lengua que se esfuerza por connotar y denotar, pero sin poder todavía, hasta que llega su desarrollo, no sólo fonético, sino morfológico y semántico; por último, la mejor Lengua, una Lengua que entra de lleno y hasta prepara y crea la vida histórica. Y ahora, todo el que no admita que muchos organismos que estaban en camino de hacerse hombres debieron estacionarse ó degradarse, á no incluirles con los transformistas en el segundo período apuntado, período de verdadera formación de las lenguas, líbrese de continuar suponiendo que los *antropoides* sean otra cosa que representantes actuales y degenerados de esos seres detenidos en la evolución humana.

Las huellas más antiguas de escritura descubiertas hasta hoy pertenecen á la Edad de Piedra en su período más reciente (el *neolítico*). En este período, en que la agricultura estaba muy desenvuelta en ciertas regiones, se determinó, por natural evolución, un estado de cosas idóneo para permitir, con el nacimiento de la arquitectura, el perfeccionamiento de las lenguas, y consiguientemente la creación lenta y gradual de los caracteres escritos que con-

(1) El griego *logos* significa *discurso* al propio tiempo que inteligencia; y según la observación de BÜCHNER (*Der Mensch*, etc.), la palabra alemana *dumm* (tonto) tiene el mismo origen que *stumm* (mudo).

cretan y precisan los sonidos simples y de combinación de los distintos vocabularios humanos. Este punto de vista ha adquirido gran importancia en el terreno de la lingüística con la teoría llamada *sinergética*, que invoca la comunidad de trabajo para explicar el nacimiento de los idiomas primitivos. Los principales defensores de dicha teoría son NOIRÉ, MAX MÜLLER y YHERING. Nota el último (1), muy acertadamente, que el trabajo que el arado impone al hombre puede ser cumplido por cada uno aisladamente; el que la construcción hace necesario, no: son indispensables muchas personas aun para ejecutar la obra más sencilla. La agricultura es el trabajo *aislado*, la arquitectura el trabajo *común*. Y tal contraste no ha de entenderse solamente en el sentido de que las personas estén ocupadas al mismo tiempo y en el mismo paraje (esto es igualmente posible en el trabajo aislado, verbigracia, el de los detenidos en las casas de corrección), sino en el sentido de que tales personas lo hacen para perseguir un fin único que no podría ser realizado de otra manera; circunstancia que ofrece el más alto interés. La unidad de fin en toda obra común entraña rigurosamente la subordinación de la voluntad del individuo á una dirección superior (natural ó artificial) que ha trazado el plan del todo y tiene cuidado de su ejecución correcta. Así, la construcción une al elemento exterior, que le es común con el arado, un elemento moral que no posee este último.

En un principio no hubo más que separaciones fonéticas, debidas á las impresiones del mundo exterior y á la vida aislada de las tribus. Es, pues, verosímil que en la época primitiva la formación de los sonidos más sencillos se produjo de una manera esencialmente uniforme en un gran número de individuos relacionados los unos con los otros. SCHLEICHER, en el *Compendium der Vergleichende Grammatik der Indo-germanischen Sprachen*, y con un poco más de detalle en su gran obra *Die Deutsche Sprache*, habló ya, aunque de una manera muy sumaria y muy insuficiente, de esta evolución lingüística. Según él, los sonidos del lenguaje, es decir, las imágenes fonéticas de las concepciones llevadas por los sonidos al órgano del pensamiento y las nociones formadas por este órgano fueron diferentes entre los diversos hombres, ó bien, fueron las mismas entre hombres esencialmente parecidos y que vivían en condiciones semejantes. Análogos fenómenos se presentan en un período ulterior de la vida del lenguaje: hombres esencialmente parecidos, viviendo en condiciones análogas, cambian de lengua, siguiendo todos de igual modo una inclinación interior, de la que tienen conciencia. Estas modificaciones se cumplen en una forma normal en pueblos enteros. Si así no fuese, ¿dónde podría hallarse la causa del nacimiento de idiomas tan diferentes, cuyos elementos fundamentales son en gran parte heterogéneos? ¿Cómo, habiendo una nación hablado en un principio la lengua de sus antepasados, habría de producir más tarde un lenguaje completamente disti

(1) *Los indo-europeos ante la historia*, 171.

to? Ahora bien, según la teoría de las causas actuales, el origen primitivo del lenguaje no fué distinto del origen que tiene hoy día; y el fundamento de la idea contraria es un error que parte de la idea absurda de que un pueblo habla cuando todos sus individuos aprenden una determinada lengua, como si la diversidad de idiomas no implicase diversidad de grupos.

Y aquí, para que la idea de evolución no se reduzca á límites demasiado estrechos, es necesario observar que las lenguas viven en un estado de transformación continua, de renovación perpetua, de pérdidas y adquisiciones de vocablos. Las civilizadas no ofrecen estos fenómenos con tanta claridad ni en ellas se producen con tanta frecuencia, merced á las tradiciones, la enseñanza forzosa y la veneración á las grandes obras literarias; pero las salvajes, en las que no existen semejantes influencias sociales, tanto y con tanta rapidez se metamorfosean, que se convierten enteramente en otras lenguas, en todo y por todo distintas, al cabo de algunas generaciones. Un oriental dijo un día á Renan (1): «Vosotros, europeos, no comprenderéis nunca nada de las religiones, porque no las habéis visto nacer entre vosotros. Nosotros, al contrario, las vemos nacer todos los días». La observación del oriental se aplica á las lenguas como á las religiones. El espíritu que verdaderamente está en contacto con la naturaleza, como es el espíritu de los pueblos no civilizados al modo europeo, produce siempre, y aun en nuestros días, formas lingüísticas nuevas. ¿Quién sabe si ese espíritu continúa dando á luz con intervalos hasta nuevas especies de idiomas que no consideramos como nacidos nuevamente, sino como recientemente descubiertos? Por lo menos es innegable que hay una ley que nos garantiza semejante probabilidad; es la que podría formular parodiando otra geológica hoy unánimemente recibida entre los investigadores, en estos términos: *Las fuerzas que obran actualmente sobre el lenguaje y en el lenguaje son, en especie y en medida, las mismas que en las épocas más remotas han producido modificaciones fonéticas, morfológicas y semánticas.* Esta demostración es preciosa, irrefutable, y está admirablemente corroborada por el estudio detenido del *argot,* lengua que sin usar se evapora y cuya ley normal pudiera formularse por el movimiento perpetuo. En este sentido escribe Víctor Hugo (2): «Siendo el *argot* el idioma de la corrupción, se corrompe pronto. Además, como procura siempre ocultarse, no bien se siente comprendido, se transforma. Al revés de cualquiera otra vegetación, todo rayo de luz mata lo que él toca. Por eso el *argot* va descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo obscuro y rápido que no se detiene nunca. Anda él más camino en diez años que la lengua en diez siglos. Así el pan se convierte en el *lartif;* el cabello se transforma en *gayè;* la paja en *fertille;* el niño en *momacque;* las ropas en *[illegible]usques;* la iglesia en *egrugevir;* el cuello en *colas*. El diablo es primero *gàl-*

---

(1) Sobre el distinto carácter del desarrollo en las religiones europea y oriental, lé[illegible]mo de los artículos de Renan en sus *Nouvelles études d'histoire religieuse.*

(2) [illegible] *Miserables*, IV, 1, 2.

nisto, después *rabonin*, y por último *boulanger*; el sacerdote es *ratichon* y después *sauglier*; el puñal es el *veintidós*, después el *surin*, y por fin el *lingre*; los agentes de policía son primero *railles*, después *roussins*, más adelante *rousses*, y luego sucesivamente *marchands de lacets*, *coqueurs*, *cognes*; el verdugo es *Taule*, después *Charlot*, más adelante *atigeur* y por último *becquillard*. En el siglo diez y siete, batirse era *se donner du tabac*, en el diez y nueve es *se chiquer la guerde*. Veinte locuciones diversas han pasado entre los dos extremos. CARTOUCHE hablaría hebreo para LACENAIRE. Todas las palabras de esta lengua están perpetuamente en fuga, como los hombres que las pronuncian».

He insinuado que el habla de los salvajes varía mucho, y que apenas es posible por esto sorprender las leyes de su formación. He indicado también la razón esencial del hecho, la cual es, en mi sentir, la analogía del carácter del salvaje con el niño; y aun pudiera agregarse otra nueva razón, que se explicará perfectamente el conocedor de la vida de los pueblos; me refiero á lo inconstantes que los naturales ó semirrudos son en todo, especialmente en sus residencias, hallándose por ello expuestos en gran manera á la confusión, á la desesperación ó á una modificación transformadora (1). Fué precisamente el estudio de los idiomas salvajes del África del Sur lo que despertó primero en el misionero MOFFAT (2) la idea de que *todos* los dialectos de los pueblos son anteriores y más ricos y variados que su lengua oficial, si llegan á obtenerla. «La pureza y armonía de su habla—escribe—son conservados por sus *pitchos* ó asambleas públicas, por sus fiestas y sus ceremonias, así como por sus cantos y sus relaciones diarias. Muy otra es la situación de los habitantes diseminados del desierto: entre ellos no existen esas reuniones, y muchas veces se ven obligados á salir de su pueblo natal y marcharse á gran distancia, á través de las soledades: en esas ocasiones, los padres, las madres y todos los que pueden llevar una carga parten por semanas con mucha frecuencia, dejando los niños al cuidado de dos ó tres viejos achacosos. Entre esos niños, unos empiezan á balbucir algunas palabras, otros saben ya expresarse y formar frases enteras, y, jugando todos juntos de la mañana á la noche, se acostumbran á un lenguaje suyo; los más adelantados se ponen en comunicación con los más jóvenes, y de esa *Babel* nace un dialecto nuevo, compuesto de palabras híbridas, enlazadas sin regla alguna, y así en el curso de una generación cambia completamente el carácter del idioma.»

Desde que los hombres comenzaron á expresarse, esto es, desde el iniciamiento de su vida social, los idiomas creados por las varias tribus y naciones se han alterado extraordinariamente en mil casos, á causa de los innumerables cambios del genio de las agrupaciones históricas que los empleaban, de la mezcla de pueblos y de la acción recíproca de unas lenguas sobre otras. De aquí el que sea absurda *a priori* la reconstrucción del idioma originario, como

(1) Véase á RATZEL, *Las razas humanas*, I, 67.

(2) *Vingt-Trois Ans de sejour dans le sud de l'Afrique*, 101.

lo es la de la especie originaria: el género humano ha experimentado hartas revoluciones desde sus principios para que pueda ser llevada á cumplida cima tan abrumadora tarea. La dificultad consiste en definir la forma primitiva, y hay que convenir en que la dificultad es grande.

Además, tocante á las palabras, ha de observarse que tienen á la vez un valor extrínseco y un valor intrínseco; las más de las veces, sólo poseen el primero. El lenguaje es una gran rama del arte de la elaboración y elección de los signos, y su misión es hallar sonidos adaptables como símbolos á cada pensamiento; pero de esto no se deduce que cada lengua haya de elegir un mismo sonido: siempre que un signo haya sido elegido de este modo, no cabe duda de que existió un motivo justificado para su elección, según se patentiza en la clase peculiar de palabras pertenecientes al lenguaje infantil (1). Pero estas diferencias no son sólo individuales, sino también ancestrales. Por eso vemos que en lenguas diferentes el mismo objeto es representado por sonidos diferentes, y, por otra parte, sonidos y medios de expresión enteramente idénticos corresponden á objetos, conceptos y significados distintos. La evolución misma de la escritura (tal á lo menos como nosotros podemos conocerla, y en las razas que la poseen) no nos muestra nada unitario, y la lengua no puede aspirar á más sencillez que la escritura. Sin embargo, la escritura es en otro sentido un arte; y esto hace que en China, por ejemplo, reconozcamos sus mismos caracteres gráficos en la pintura, que es una verdadera escritura. Pero convencional y todo, estas artes obedecen á un principio de teleología social muy extendido en Oriente, el principio de la imitación, que aun se ve más claro en la escultura y en los bajos relieves egipcios. Las pinturas chinas más antiguas son en alto grado semejantes á las de Egipto, porque la primera percepción de la Naturaleza fué en todas partes la misma (2).

---

(1) Tylor, *Antropology*, IV.

(2) Dos son los medios que han empleado los hombres para lograr que su pensamiento tenga la consistencia que no puede darle la palabra: el *ideografismo* y el *fonetismo* ó *grafonismo*. Por el primero se pintan y esculpen las ideas; mediante el segundo se representan los sonidos, bien por sílabas que expresan con un solo signo la reunión de una ó más consonantes y una vocal, bien por caracteres alfabéticos, cada uno de los cuales es, ó una vocal ó una consonante. Los diversos procedimientos de escribir empezaron probablemente por la pintura de los conceptos, pero concretaron después la fijación de las voces. El método de representar el concepto de una cosa por su propia imagen ofrecía el obstáculo de no ser aplicable sino á los cuerpos y á las relaciones físicas; de aquí que se le substituyese por símbolos, unas veces sencillos, otras complicados. Los sencillos se presentaron en varias formas: en *sinécdoque*, sobrentendiendo por la parte el toro (como por la cabeza del buey el ani- entero); en forma de *metonimia*, sobrentendiendo por la causa el efecto (como *sco solar* por el *día*, la *hoguera* por el *fuego*); en forma de *metáfora*, relacionando objetos por semejanza ó analogía (la parte anterior de un león relacionada con *ioridad*, la avispa con la *dignidad real*); y en forma de *enigma*, cuando se utili-

El primer alfabeto chino representa toda una clase de ideas por medio de figuras determinadas. Un círculo grande representa el *sol;* uno pequeño tiene el valor de la *estrella;* una crucecita indica la *luna;* una combinación jeroglífica de la luna y del sol constituye el carácter que expresa *luz* y *brillar;* mientras que, en el lenguaje hablado, los dos astros pueden ser designados por la palabra *brillante.* Esto demuestra, por una parte, que es error vulgarísimo considerar la escritura como representación única de los sonidos de una lengua; de ahí deriva el vicio inveterado de repartir estos sonidos en conformidad con la impresión general y vaga que produce en el oído la pronunciación de las letras á ellos correspondientes: la fonética moderna ha hecho justicia á estas opiniones, que conservan sólo importancia descriptiva como divisiones puramente secundarias que dan idea del conjunto (1). Mas, por otra parte, demuestra aquel hecho que los sistemas jeroglíficos para la representación del pensamiento eran originariamente sistemas independientes que subsistían paralelamente con el lenguaje, y que no le sirvieron de expresión precisa sino mucho después. Por eso también los pueblos comenzaron *separadamente* por la representación de objetos concretos y llegaron secundariamente á la designación de los actos y de las cualidades. La transformación de esos jeroglíficos y su mezcla es, por ejemplo, muy fácil de conocer en las inscripciones egipcias. En la escritura de este pueblo, dos piernas en actitud de movimiento significan *marchar,* mientras que, en inglés, el *foot* (pie) ha sido así nombrado porque es el *marchador.* Nos hallamos, pues, ante un hecho muy curioso y que muestra hasta qué punto el carácter escrito depende del instrumento empleado.

Hay en esto datos para curiosas inferencias. El figurismo y el alfabeto debieron ser en las épocas primitivas aspectos de un mismo sistema de escritura. Prevaleció, al fin, el alfabeto sobre el figurismo, y la razón por que así sucedió no puede darse en detalle. Es, sin embargo, posible que antes de formarse el alfabeto se hubiesen trazado dibujos que representasen, primero una palabra y después un solo sonido, y que tales rasgos groseros se convirtiesen después en verdaderos caracteres escritos, simplificándose y adquiriendo un valor convencional (2). Para los que así piensan, el primer estadio

---

zaba la representación de una cosa que se halla con su concepto en una conexión puramente convencional (la serpiente mordiéndose la cola, símbolo de lo Infinito, del círculo total de la existencia).

(1) Hay aquí la misma elemental distincion que entre la *voz* como sonido simple y mecánico del aparato laríngeo, y la *palabra* como producto de las combinaciones articuladas en cuanto se ordenan á la comunicación del pensamiento.

(2) Á creer á algunos investigadores, los *jeroglíficos,* el *silabismo* y las *letras* constituyen las tres *fases* sucesivas, hija una de otra, de la escritura, cuya evolución ha tenido lugar de una manera muy lenta, y en varios pueblos (Chinos, Mejicanos, etc.) no se ha llegado á realizar completamente. Para otros es una pura hipótesis que rechazan. Sin embargo, los hechos que en apoyo de esta hipótesis se han aducido, son bastante dignos de consideración. Puede verse una lista copiosa de los autores que

de la escritura fué la pintura, dibujo ó ahondamiento de los contornos de un objeto visto, es decir, el boceto, como lo encontramos en los huesos y trozos de esquisto provenientes de los habitantes de las cavernas; de aquí que en nuestra palabra *escribir* se contenga también la idea de *grabar, grafito*, etc. El segundo está caracterizado por la llamada escritura ideográfica, en la cual se reunen varios de estos objetos ó imágenes para expresar un compuesto definido (1), mientras que el tercero, ó escritura fonética, inventa un número de signos ó imágenes convencionales, de los cuales cada uno posee un significado especial que debe aprenderse. Finalmente, de todos estos elementos de sonidos ó signos silábicos nacieron las letras propiamente tales y el alfabeto que representa la escritura más perfecta y que ha prestado los más señalados servicios al progreso de la cultura.

Volviendo ahora sobre el principio de nuestra indagación, procuremos ver lo que hemos adelantado en ella. Á nadie se oculta que la opinión que estoy inclinado á formar de ese principio (la *evolución* lingüística) es que los idiomas poseen la facultad de *producirse por sí mismos y de alterar su estructura gramatical en condiciones ordinarias*. Por su parte, estas condiciones suponen ciertas leyes empíricas, por cuyo medio han hecho aquéllos su obra.

Entre las leyes empíricas que rigen las transformaciones generales de las lenguas puedo citar las siguientes: Las lenguas que se han visto relegadas al rango de *patois*, y extrañas á la literatura del reino y al uso de la gente culta, tienden á perder sus complicaciones gramaticales de flexiones y de géneros. Las que se hallan en este caso por causas de invasión ó conquista suelen arrebatar á la de los vencedores un cierto número de vocablos. Las lenguas, como las especies orgánicas, no reaparecen jamás una vez extinguidas. Las lenguas, como los seres orgánicos, pueden clasificarse en grupos subordinados, ya naturalmente, según su derivación, ya artificialmente, según otros caracteres. El mismo lenguaje no surge á la vez en dos lugares diferentes, y lenguas distintas pueden crecer y fundirse juntamente. La variabilidad existe en todas las lenguas, introduciéndose constantemente en ellas nuevas palabras; pero, como la memoria es limitada, algunas de entre ellas desaparecen, como lenguas enteras, poco á poco. Hay en cada lengua una lucha incesante por la existencia entre las palabras y las formas gramaticales. Las

---

en pro de ella han trabajado y de los que la han rechazado, en D'ASIER, *Histoire naturelle du langage*, XIX; en MAX MULLER, *Ships from a gorman Worksop*, XIX; y en BRUGSCH, *Ueber Bildung und Entwichlung der Schrift*, VI.

(1) Los Peruanos representaron la llegada de los Españoles á América por medio de un cisne nadando hacia la orilla y arrojando llamas por la boca, en lo cual el color del animal, su cuerpo flotante y el fuego que arrojaba significaban el color, los navíos y las armas de fuego de los conquistadores. En algunos jeroglíficos, la idea de «noche» se expresa por medio de una corneja ó de una cruz ennegrecida.

formas mejores y más fáciles tienden constantemente á prevalecer y deben su éxito á su virtud propia (selección natural lingüística).

Demos una ampliación general y evolucionista al significado de este conjunto de leyes. Las lenguas son grupos perfectamente cerrados; si no lo fuesen, ¿habría motivo plausible para explicar el hecho de la ninguna eficacia mutua en lo fonético y en lo semántico de lenguas que llegan á parecerse algo morfológicamente? La manera como una lengua se forma con auxilio de otra, menos es por asimilación que por rozamiento. Y es notable que la consecución de una mayor afinidad y de un mayor vigor esté en razón directa de su disparidad originaria. Ocurre en esto lo que en el matrimonio entre gentes no consanguíneas, que engendra una raza fuerte en lo físico y en lo moral.

Por otra parte, *las lenguas, como las especies orgánicas, no reaparecen jamás, una vez extinguidas.* Éste es un rasgo característico que implica y supone la más notable de las diferencias entre el espíritu colectivo y el espíritu individual. En el espíritu individual, la adquisición de una facultad superior no destruye las facultades primitivas fundamentales, sino que las da nuevos medios de ejercitarse. Por el contrario, en el espíritu colectivo, todo progreso es la negación del punto de partida. Á medida que las lenguas evolucionan, se hacen poco á poco automáticas, y entonces la tendencia del alma humana á la novedad produce nuevos géneros de palabras, que suplantan á las anteriores, aquejadas de fatal disolución; así se explica que sólo puedan conservarse en seres irracionales, dotados de aparato vocal, pero necesariamente reducidos á hablar de una manera mecánica, instintiva é inconsciente. Humboldt ha visto en la América del Sur un loro que era el único ser viviente que hablaba todavía la lengua de una tribu extinguida.

Desde que la Filología ha hecho estudios tan curiosos acerca de la influencia, propagación y conservación de las lenguas y de lo que su imposición significa en el orden político, está fuera de duda que si una tribu bárbara vence á otra tribu, á menos que el vencedor absorba al vencido, sus lenguas continúan subsistiendo; pero las naciones que como los Romanos, los Árabes ó los Ingleses ya organizados civilmente, se presenta una superioridad adquirida en civilización y en literatura, imponen su idioma á los pueblos conquistados (1). Por otra paate, la nación sometida la impone también á la vencedora, si aquélla es la más culta.

Así como ninguna casta ó familia ha podido mantenerse jamás por la reproducción sin las agregaciones que se le han hecho de tiempo en tiempo, toda lengua ó dialecto, todo cuerpo lingüístico cerrado que no se ha reparado más que entre sí, ha experimentado pérdidas graduales que la hubieran lle-

(1) En tiempo de Dunstan, los *Reyes Escotos* que tenían súbditos ingleses recil ron la influencia de éstos y abandonaron por la lengua inglesa su antiguo idioma Gales.

vado á una reducción inevitable, á no ser por los elementos tomados por *juxtaposición* al exterior. No hay un solo idioma en el mundo, en el que la masa, por decirlo así, de su gramática se remonte á una gran antigüedad. La herencia fatal, que es base antropológica de este fenómeno, está reconocida explícitamente en la fórmula general de SCHELEICHER: «No cesa de haber en el curso del tiempo lenguas que sucumben y jamás se producen nuevas lenguas». El lenguaje perdura como facultad puramente individual; llega á presentarse el hecho de hallarse las naciones vivas y constituídas y su idioma decadente hasta la disolución. ¿De qué depende el que tantas lenguas se hayan extinguido sin razón aparente? ¿Acaso murieron sus vocablos por ello?

El axioma que asienta QUINET: «Cuando un pueblo pierde su existencia política, está en peligro de perder su lengua». Hagamos aplicación de lo dicho. Las razas dotadas de un gran poder de asimilación, al absorber á otras más débiles, logran imponer su lengua sin la menor medida coercitiva ni la más leve opresión social. Un ejemplo muy notable de este fenómeno nos ofrece la fusión de los Normandos con los Francos en la Edad Media. El idioma de éstos se generalizó entre aquéllos de una manera enteramente espontánea, orgánica, evolutiva. El antiguo idioma *norsa* no se conservó más que en *Bayeux* y en algunos nombres terminados en *dale* ó en *bec* (el valle, el arroyo), términos que indican los rasgos característicos de las localidades. En Inglaterra, aunque los Normandos importaron sus costumbres y sus poemas, aunque introdujeron en la lengua más de un tercio de sus voces, esa lengua siguió siendo completamente germánica en el fondo, y en la ortografía de las palabras quedaron frecuentemente letras que representaban los rudimentos de antiguas pronunciaciones; su cambio de gramática fué de suyo, por su propia fuerza, en el mismo sentido que sus parientes del Continente. Al cabo de trescientos años, los conquistados fueron los conquistadores; éstos hablaban inglés (1).

Así como el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él, y así como en una nación que conserva aún la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos más rápidos que en una sociedad ya corrompida, así las lenguas de robusta glottología llegan por el cambio de nacionalidad á la enfer-

(1) Sobre tan interesante punto dan curiosos informes WARTON en el prólogo de su *History of English Poetry*, SKEAT en varias partes de su *Ethymological Dictionnary*, TAINE en el primer tomo de su *Histoire de la Litterature Anglaise*, y GREEN en el [illegible]ismo volumen de su *Short History of the English People*. El hecho mencionado se [illegible]pite en muchas más partes y es inútil insistir en él. Una nación vencida puede c[illegible]quistar á otra por la influencia de las costumbres, en lugar de combatirla por las a[illegible]s. Ejemplo: los chinos han hecho suyos á los tártaros y volverán seguramente c[illegible] á los ingleses, como en su tiempo decía ya irónicamente BALZAC.

medad y la muerte, ó por lo menos á una desesperante hibridez (1). Éste es quizá (dicho sea de paso) el porvenir reservado al idioma ruso, esa maravilla de la Filología, la más armoniosa, fértil y descriptiva, en su oriental esplendor, de las lenguas vivas (2), superior al griego, en opinión de MERIMÉE, que añadía transportado: «Es un habla joven, y los pedantes aun no han tenido tiempo de estropearla». Por desgracia, la adulteración de los pedantes ya empieza, merced al incremento que allí está tomando la literatura de pretensiones.

No obstante lo dicho, es indudable que el trabajo oculto é interno de todo idioma hace comprender indirectamente que es un círculo cerrado en el fondo. Refiere MACÍAS PICAVEA en una de sus más bellas novelas (3) que á un mozo de labranza de una rica casa castellana, llamado *Ildefonso*, dijéronle, por abreviar, en sus mocedades, *Alfonso*; en su edad madura, tío *Alonso*; y, viejo caduco, *Tío'Nso (Tionso)*, contrayéndole hasta el último límite el nombre. De esta manera se hace en las denominaciones particulares del pueblo una aplicación instintiva y vulgar de un principio lingüístico ó científico, á saber: que el uso continuado hasta las palabras gasta, sobre todo en los idiomas de flexión, donde están constantemente verificándose aglutinaciones y conglutinaciones de palabras. Éstas, una vez llegadas al *máximum* de su composición por derivaciones yuxtapuestas, tienden á reducirse á una forma sencilla y rápida, «como si buscasen nuevamente su estado monosilábico» (4). Ejemplo: la palabra *horologium* ha pasado por las siguientes transformaciones en castellano: *orlogio, relogio, reloge* y *reloj*, tendiendo hoy á convertirse en *reló*. De este modo el método histórico comparado confirma la realidad de los *atavismos* en la evolución de las lenguas. Pero el atavismo supone *para cada lengua* una irreductibilidad primordial. En efecto, la Historia, demostrándonos que en el lenguaje la variedad es anterior á la uniformidad, y los recientes descubrimientos de la ciencia antropológica, han dado el golpe de gracia á la hipótesis del sintetismo primitivo que tanto tiempo mantuvo en expectación al mundo sabio, haciendo firme y definitivamente demostrado el principio fundamental de la evolución lingüística, á saber: que por lo mismo que toda lengua, por naturaleza y desde su primer origen, se subdivide en dialectos, los dialectos existen siempre antes que la lengua clásica. El fun-

(1) Es preciso recordar que, en las palabras provocadas por verdadera tolerancia de razas más ó menos unidas, la irregularidad es más bien ortográfica y prosódica que analógica y sintáxica. Tal sucede y es fácil observar en el antiguo nombre inglés *star room*, derivado del hebreo *starr*. La historia de las lenguas de África es rica en hechos de este mismo género.

(2) En la Edad Media (siglos VII, VIII y IX) fué un habla casi universal en Germania.

(3) *La Tierra de Campos*, 175.

(4) JIMÉNEZ AQUINO, *Ensayos de glosología*, I, 179.

damento de la doctrina contraria es una falsedad, que nace del espectáculo que ofrecen nuestros dialectos modernos, derivados, en efecto, de modificaciones de un prototipo uniforme, y que, como los occidentales, presuponen el antiguo latín popular y no se explican más que por él. Es cierto que por medio de los elementos extraños al latín clásico que encierran se extiende considerablemente su derivación; pero los recursos lingüísticos permiten seguir las ramificaciones de las palabras hasta un lecho *subyacente,* como se expresa MAX MÜLLER, á la estratificación de la lengua clásica, y no cabe error más grande que el de negar á la naturaleza del lenguaje, desde los primeros comienzos de todo idioma, la tendencia á desenvolverse en variaciones dialectales. Todo lo que no sea reconecer esta riqueza primitiva del lenguaje es volver á la teoría de la creación ó de la revelación, y desconocer el mismo valor de los términos que se utilizan. Como *dialecto* se ha designado de antiguo sólo aquel idioma que obedece al *diálogo,* donde cada interlocutor tiene derechos iguales y los ejerce libremente. Esto es, dice MAX MÜLLER (1), lo que pasa aun en nuestros días bajo las tiendas de los nómadas ó de los semicivilizados. Hombres, mujeres, niños, cada uno aporta su variación, desfigurando sin escrúpulo la lengua de su ambiente, para adaptarla á su manera propia de entender y de pronunciar. Así, la idea de que hubo originariamente una lengua fijada, cuyas formas prototípicas se modificaron más tarde para convertirse en lenguas independientes, es incompatible con cuanto conocemos sobre la naturaleza del lenguaje. Y he aquí cómo y por qué toda tentativa de reconstrucción de una *lengua-madre* está condenada de antemano. No es esto negar que semejante reconstrucción especulativa deje de ser ingeniosa y hasta instructiva; pero si puede hacernos concebir el ideal en la variedad de sus realizaciones individuales, deja enteramente fuera de nuestro alcance su unidad y su perfección transcendental.

Así, pues, el dialecto existe desde que existe la tribu. El *Origen de la familia,* de ENGELS, en su capítulo tercero, gira principalmente sobre la tesis de que el dialecto propiamente tal es tan antiguo como la tribu misma, de que nunca hubo una tribu sin dialecto en la historia de la humanidad, y que el idioma nació de imposiciones políticas, pero dejando siempre en el fondo un dialecto particular propio de la región en que vive la tribu. «De hecho, la tribu y el dialecto no forman más que una misma cosa; la formación nueva de tribus y de dialectos, á consecuencia de una escisión, tenía lugar hace poco en América, y todavía no debe de haber desaparecido por completo. Allí donde dos tribus debilitadas se funden en una sola, ocurre excepcionalmente que en la misma tribu se hablan dos dialectos, enlazados próximamente el uno con el o[illegible] La fuerza numérica media de las tribus americanas es de unas dos mil a[illegible]s; sin embargo, los *Tscherogueses* son veintiséis mil, el mayor número de i[illegible] de los Estados Unidos que hablan el mismo dialecto.»

[illegible]*ributions on mithology,* v, 13.

En oposición á estos hechos, CEJADOR establece que el lenguaje primitivo fué una síntesis, y las lenguas posteriores un análisis y una división de aquel primitivo lenguaje: tal es, muy someramente bosquejada, la teoría de CEJADOR sobre la evolución de las lenguas. Para comprender su valor, basta reflexionar un instante sobre la concepción moderna del lenguaje. Substituyamos á la palabra síntesis la de *homogencidad* y á la de análisis la de *heterogeneidad*, que son más adecuadas para fines evolutivos, y veamos dónde está la verdadera fecundidad y el principio dinámico de la multiplicación de las palabras. ¿Será en la homogeneidad? Pero lo homogéneo sólo puede engendrar lo homogéneo, esto es un principio de buena filosofía. Lo homogéneo es lo inmóvil que no puede moverse por sí mismo, sino por una fuerza extraña; sólo lo heterogéneo se mueve á sí propio y engendra en el medio en que vive un verdadero dinamismo. No se me pasa el ejemplo del organismo, caso aparentemente contrario á mi aserción; pero, en realidad, el organismo pertenece á la clase de las formaciones homogéneas en principio, y, por otra parte, ya hice ver en otro lugar (1), con motivo de cierta doctrina de RENAN que refuté, lo absurdo que es comparar una lengua á un organismo. Hay, pues, que admitir en buena lógica que los idiomas han tenido por origen primero el fermento de una heterogeneidad progresiva. Esto por lo que toca al aspecto filosófico.

Desde el punto de vista histórico ó cronológico, la evolución de las lenguas no ha de mirarse como descendencia colateral de una madre común, y en este terreno la averiguación de sus afinidades ó semejanzas no puede dar luz alguna. Un escritor muy autorizado (2) hace á este propósito algunas observaciones que merecen recordarse: «No hay que representar los pueblos y las lenguas en líneas perpendiculares...... Entre ellas no existe el derecho de primogenitura. Esta cuestión que se suele oir: ¿es más antigua la lengua A

(1) Aludo á mi estudio sobre Renan (publicado en *La España Moderna*, Octubre, 1903). Como nota SCHOPENHAUER (*Die Welt als Wille und Vorstellung*, prefacio de la primera edición), la relación orgánica es de tal naturaleza, que la parte sostiene al todo al mismo tiempo que se apoya en él; ninguna parte es la primera ni la última, y el conjunto está justificado y explicado por cada una de sus partes, de manera que cada parte, por pequeña qne sea, no puede comprenderse si antes no se compreude el conjunto. Pero una lengua tiene una primera y una última limitación, y en este sentido se diferencia mucho de la forma de un organismo, cualquiera que sea la semejanza que pueda tener con él en el fondo. Por consiguiente habrá contradicción entre el fondo y la forma. De aquí que, más que á un organismo, compararía las lenguas á un edificio donde una parte sostiene á la otra por la cual no está sostenida, donde los cimientos sostienen todo lo demás, sin apoyarse ellos en parte alguna, y donde el lenguaje, los vocablos son piedras y los idiomas nacionales edificios, y es asombroso cómo el genio inconsciente de los pueblos ha sacado aquellas piedras de la cantera de su espíritu para someterlas á las suaves líneas de la *eurimia* arquitectónica.

(2) MERIAN, *Principes de l' étude comparée des langues*, 12.

que la lengua B?, es pueril y tan falta de sentido como lo son ordinariamente las controversias escolásticas relativas á las lenguas madres». Con multitud de lingüistas eminentes de todas las escuelas y de todas las opiniones, con la mayoría de los investigadores que han honrado á la Filología comparada, rechazo esa filiación directa de los idiomas contemporáneos, considerándolos como unidades nuevas complementarias unas de otras, nacidas paralelamente por las disociaciones de unidades anteriores, más complejas en potencia, menos especializadas y menos complicadas de hecho.

No se pueden colocar las lenguas en orden serial, pues siempre se verifican entre ellas disociaciones que las alejan cada vez más de este orden. Estas disociaciones exigen que dos lenguas diferentes se remonten sin excepción á una lengua anterior común, pero nunca proceden una de otra, ni directamente, ni por intermediarios interpuestos; su aparición implica, por el contrario, la desaparición de la lengua anterior común, puesto que la disociación de esta última es la razón de ser del nacimiento de las primeras.

¿Tratamos, pues, de concebir las lenguas en su desarrollo antehistórico? Figurémonos un número infinito de líneas divergentes, partiendo todas de una misma superficie, pero de desiguales longitudes. Estas líneas pueden dar cuenta á la vez de las diversas ramificaciones de una lengua; cuanto más fecunda y sencilla sea una línea en el análisis que la determine, mejor manera habrá de comprender las lenguas que parecen estar comprendidas en ella. Un análisis escrupuloso haría ver que el desenvolvimiento de esas lenguas, para emplear el tecnicismo alemán, no es *nachcinander*, sino un *nebencinander*; porque la evolución lingüística se opera por transformaciones paralelas más bien que sucesivas. En términos definitivos: *las lenguas no forman una escala ascendente de perfeccionamiento, sino, cuando más, una fila.*

No debemos olvidar que las lenguas actuales deben sus magníficas formas gramaticales, y por lo tanto su completa complicación flexional, á las síntesis sucesivas. Según la exacta expresión de DE LA GRASSERIE (1), las lenguas son al principio analíticas, porque la rarefacción precede en todas partes á la condensación, y no se pueden unir íntimamente palabras que primero no hayan sido distintas y luego se hayan hecho sintéticas por la fuerza de las cosas (2). Las palabras se relacionan, se confunden entre sí. Después, por usura, se acortan; los accesorios que forman las desinencias desaparecen, y es preciso reemplazarlos por palabras nuevas y separadas como en el origen. Pero este

---

(1) *De la Psychologie des religions*, 201.

(2) La vuelta de la conciencia lingüística sobre sí propia, es decir, la gramática, se re[illegible] también á un procedimiento analítico: no parece sino que el artificio es en de[illegible]itiva, aquí como en todo, un instinto vuelto y amplificado. Aun tratándose de la[illegible]as tan elevadas y complicadas como el sanscrito, la gramática es pura y simple[illegible]ente analítica. La gramática se llama en sanscrito *vyakarana* = análisis, desco[illegible]ición.

estado analítico no es adecuado al primero; no son ya las palabras de substancia las que se chocan de nuevo entre sí y se aislan: hay, en la sucesiva independencia del discurso, palabras de substancia y palabras de relación. De igual modo se puede observar que el orden de las palabras, que era en el comienzo obligatorio, se ha hecho libre en el sistema greco-latino, por ejemplo: cuando las desinencias claras permitieron reconocer la función gramatical en cualquier lugar que la palabra estuviese colocada. Después, estas claras se obscurecieron y desaparecieron, siendo preciso asignar á cada palabra su lugar obligatorio para volver á encontrar el hilo del discurso; pero el nuevo lugar no pudo, en general, ser idéntico al primero: el orden era ascendente y se hizo descendente.

Los transformistas partidarios de la lucha por la existencia pueden menos que nadie admitir la continuidad y la uniformidad de la evolución. En el origen y desarrollo de las especies, la selección pasa á través de victorias desiguales é intermitentes, en vez de seguir una marcha uniforme. Los estratos fósiles nos muestran ciertamente cómo la naturaleza, comenzando con formas rudimentarias, se levantó á otras más complejas tan pronto como la tierra fué apta para recibirlas, y que las imperfectas perecen y aparecen las perfectas.

Estando la categoría de los idiomas, según las ideas de la lingüística moderna, en relación con el grado que le asignan el monosilabismo, la aglutinación y la flexión, nos figuraríamos á cada idioma sin dificultad, después de lo dicho, como pasando en su evolución por esas tres fases sucesivas. Pero nos equivocaríamos rotundamente. Jamás se descubrirán restos de formas de transición, porque consta por otras razones que semejantes miembros intermedios no han existido jamás. Por mucho que nos remontemos en el pasado de las lenguas flexionales, no encontraremos la aglutinación; por muy lejos que ascendamos en los orígenes de las lenguas aglutinantes, no tropezaremos con el monosilabismo. Tan sólo vemos á las lenguas analíticas derivar de la flexión, ó, para hablar con TARDE (1), vemos á las lenguas neo-latinas, únicas en que el carácter analítico se muestra á nuestros ojos, con el inglés que lo ha recibido de ellas, derivar del latín (2). Y todavía este ejemplo único, por el hecho mismo de mostrarse aislado, pierde toda significación. Si la desaparición de la declinación y su substitución por preposiciones, con gran detrimento de la brevedad y de la poesía del discurso, deben ser consideradas como un progreso (3), este cambio hubiera tenido que cumplirse, en el curso

(1) *La Logique sociale*, II, 5.

(2) Es la misma doctrina que TARDE recoge de LEFÉVRE: «La infusión de la s gre y del espíritu francés ha eximido completamente á la lengua anglo-sajona e sus resabios germánicos y librádola de su primitiva gramática y de sus complicad s flexiones».

(3) Entre otros inconvenientes, LEFÉVRE no puede desconocer que las lengu s

de la civilización, en las otras ramas de la familia aria, en alemán, en polaco especialmente, y también en griego, aunque el griego moderno no presente de ello señal ni traza alguna; y es, por el contrario, sorprendente que haya sido preciso el retroceso social producido por la invasión de los bárbaros para determinar aquella transformación en los retoños degenerados del tronco latino. Alemania se ha engrandecido y civilizado, sin que su lengua haya dejado de ser flexional; siendo más significativa esta inmovilidad en los idiomas del extremo Oriente, y muy particularmente en el singular idioma de la China, cualquiera que sea la opinión que tengamos sobre el grado de su monosilabismo. Acaso habrá quien me recuerde el copto y las lenguas berberes, que parecen tipos intermediarios entre la aglutinación y la flexión. Conforme á las observaciones más exactas, los lingüistas han inducido que esos idiomas están como en marcha para pasar de una á otra categoría. Pero el que sea dable imaginar semejante tránsito—tan problemático como lento,—no es prueba de lo que se pretende. Las lenguas habladas en Egipto tienen al menos una edad de cinco mil años, y nada se sabe de lo que eran antes de esta época: lo que positivamente se sabe es que, desde el tiempo de los Faraones, siempre han sido las mismas sin sufrir alteración alguna (1).

---

romanas *en se défaisant de la declination, ont perdu la notion de la racine, du thème et de la désinence.*

(1) Debe tenerse por frustrada la tentativa de MASPERO (*Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, I, 46) para asimilar el egipcio á las lenguas semíticas por algunas de sus raíces. Para comprender hasta qué punto es esto aventurado, baste decir que hubo que emplear por lo común, como términos de comparación, las muy numerosas palabras semitas que se introdujeron en el Egipto clásico á partir de la dinastía XVIII. (Véase la lista de estas palabras en la obra de BONDI, *Dem Hebräisch-Chonizischen Sprachzweige angehörige Lehrworter in hieroglyphischen und hieratischen Texten.)* En vano MASPERO volvió á la carga en su trabajo *Des pronoms personnels en egiptien et dans les langues semitiques* (publicado en las *Memoires de la Société de Lingüistique*, II, 1), donde tiende á demostrar que la lengua egipcia construye como las semíticas sus pronombres de persona, sufijados ó no: sus conclusiones fueron completamente destruídas por una notable memoria de LEPAGE-RENOUF (*Pronominal Forms in Egiptian*) que apareció en los *Proceedings of the Society of Biblical Archeology*, 1888, 247. En cuanto á los tipos de la conjugación, el más sencillo y el más arcaico está sin duda compuesto de afijos idénticos de una parte y otra. MASPERO dedujo muy ligeramente de aquí que los procedimientos gramaticales en uso en las lenguas semíticas se encuentran en el egipcio en estado rudimentario. Según él, la lengua de los habitantes de Egipto y la de los pueblos semitas, después de haber pertenecido á un mismo grupo, se han separado espontáneamente en un tiempo en que su vocabulario y su sistema gramatical no estaban bien formados todavía. «Sometidos á influencias diferentes, las dos familias han tratado de diversa manera los elementos que poseían en común. En tanto que el Egipcio, cultivado más pronto, se detenía en su crecimiento, los dialectos semíticos continuaron desenvolviéndose durante siglos». Es lo que ya habían sostenido BENFEY (*Ueber das Verhäiltuiss der*

Volviendo ahora á las interpretaciones bíblicas de CEJADOR, diré que había olvidado agregar que ni aun es posible explicar, como él quiere, la confusión y diversidad de idiomas por la mera *alteración fonética*, puesto que hay idiomas en que no rige esta ley. En Chino, como en todos los idiomas no susceptibles de desarrollo, no existe lo que se llama la alteración fonética, porque cada palabra contiene todo lo que es necesario á su significación. Tan es así, que los filólogos que se aferran á la clasificación morfológica de las lenguas en *monosilábicas* ó aisladoras, *aglutinantes* y orgánicas ó *amalgamantes* (1), llaman período de las *raíces*, que es el correspondiente á las primeras, el que excluye toda alteración fonética, por oposición al período de las *desinencias*, correspondiente á las segundas, que excluye toda alteración fonética de la raíz principal, pero la admite en los elementos secundarios ó determinativos, y al período de las *flexiones*, que corresponde á las terceras y admite la alteración fonética en la raíz principal y en las desinencias.

Cabe, pues, preguntar á CEJADOR: si en *Babel* la lengua primitiva *única* se resolvió en muchas lenguas por *confusión en la pronunciación*, es decir, por *alteración fonética*, ¿cómo explicarnos el origen del Chino? Aquí no hay más que dos casos posibles. Ó el idioma de los descendientes de Noé era mo-

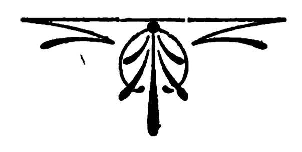
---

Egyptischen Sprache zum Semitischen Sprach-stamm, 43), LEPSIUS (*Ueber die Annahme*, en la *Leitschrift*, 1870, 91), BRUGSCH (*Geschichte Ægyptens*, 8), SCHWARTZE (*Das Alte Egipten*, I), MEYER (*Seschichte bes Alte Ægiptens*, 23), ERMAN (*Ægipten*, 55) y ROUGÉ (*Recherches sur les monuments qu'on peut attribuer aux six premières dynasties*, 3), al explicar el supuesto parentesco entre el egipcio y los idiomas del Norte de África por la acción de una serie de inmigraciones que pudieron tener lugar en épocas diferentes, probablemente muy separadas una de otra. *S'il y a* (escribe ROUGÉ) *un rapport de souche évident entre la langue de l'Egipte et celle de l'Asie, ce rapport est cependant assez, designé pour laisser au peuple egiptien une physonomie distincte.* Á su juicio, una primer masa de pueblos blancos cubrió el Egipto muy antiguamente, otra la Siria y la Arabia, una tercera, en fin, el África Oriental. Pero el propio ERMAN se desdijo en gran parte en su estudio *Das Kherhältniss des Ægyptischen zu den semitischen Sprachen* (en la *Zeitschrift der Morgenländischen Gesellschafft*, XLVI, 85, 129). Por otra parte, MAX MÜLLER (*Lectures on the Science of Language*, I, 8) reconoce que «el carácter semítico de los dialectos egipcios y del Africa Septentrional no se halla tan claramente definido, ni con mucho, y aún está por determinar su grado exacto de parentesco con las lenguas semíticas». MAX MÜLLER alude aquí también, como se ve, á otras lenguas que se reputan pertenecientes á la familia semítica, cuales son los dialectos *bereberes* del África Septentrional, que antes de la invasión de los árabes se hablaban en la costa, desde Egipto hasta el Océano Atlántico, y ahora se encuentran relegados al interior. Se han incluído también en la misma familia algunas otras lenguas de África, como el *haussa* y el *galla*.

(1) A) *Radical Stage, Monosyllabe, Isolating*; B) *Terminational Stage, Agglutinative*; C) *Inflexional Stage, Amalgamanting, Organic.* (MAX MÜLLER, *Lectures on science of language*, I, 331.)

nosilábico ó no lo era. Si lo era, ¿cómo pudo obrar sobre él la alteración fonética? Y si no lo era, ¿cómo pudo simplificarse de tal modo por la acción de una ley que ha sido en la historia conocida causa eficiente y determinante de los idiomas más perfectos? Pero no echo de ver que queda la segunda interpretación de CEJADOR, la interpretación del *olvido.* Los Chinos, en esta ingeniosa hipótesis, *olvidaron,* al abandonar las llanuras de *Senaar,* la anterior relacion espontánea de su lenguaje con sus ideas. ¡Qué lástima!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



LA VIDA LITERARIA

Gregorio Martínez Sierra: SOL DE LA TARDE.—Madrid, 1904.

El paisaje es una creación literaria. La firmeza en emitir este paradógico é impetuoso comienzo de estudio me la da el convencimiento inculcado por la lectura de muchas obras. Es falso que el paisaje sea accesible á todos los espíritus; lo es, sin embargo, á todos los ojos. Por eso resulta desagradable cierto panteísmo poético que juzga á un zagal de rebaño capaz de vislumbrar las ocultas bellezas de uno de esos crepúsculos vespertinos á que cotidianamente asiste. Esa especie de unción sacerdotal que ciertos jóvenes de mucho talento se empeñan en derramar sobre el alma de un pastor, cuando, apoyado en su alta cayada, baja de la montaña presenciando esa fiesta de luz con que el Altísimo se complace en ofuscar nuestros débiles ojos mortales; ese enternecimiento poético que creen adivinar en la mirada de los pobres labradores encorvados sobre el azadón; en fin, ese tufillo de *pan-poeticismo* es puramente imaginario. El paisaje, como se ha dicho mil veces (yo desearía que no se hubiese dicho ninguna para no caer en la vulgaridad de la cita), es un estado de alma; y un campesino está demasiado ocupado en su labor para dedicarse á escrutar sus estados anímicos—empleo de lujo, propio de los grandes holgazanes, los poetas... (1).—El que vive en el campo no ve allí más que la rica cosecha y el pingüe rendimiento. Son ilusorias todas esas *iniciaciones* en los

(1) Despuès de escrito esto, leyendo las Conferencias sobre arte de Ruskin *(Lectures on Art, delivered Cefore the Universty of Oxford,* 1870) encuentro este significativo párrafo, que define perfectamente mi sentir en este respecto como pensaba el nada genial Fernández y González. Hay coincidencias, mas no precisamente del genio, como él decía, sino del escritor que trata asuntos tratados ya por otro. He aquí este definitivo párrafo: «*No race of men, which is entirely bred in wild country, far from cities, ever enjoys landscape. They may enjoy the beauty of animals, but scarcely even that: a true peasant cannot see the beauty of cattle; but only qualities expr sive of their serviceableness. I waive discussion of this to-day; permit my attention of i under my confident quarantee of future proof.* LANDSCAPE CAN ONLY BE ENJOYED B CULTIVATED PERSONS; *and it is only by music, literature and prainting that cultivatio can be given.*» I, §. 24.

sacros misterios de la Madre Naturaleza, que con cava voz se esfuerzan en inculcarnos ciertos poetas bucólicos de mucho talento, geniales, si queréis, pero extraviados en este particular (1). Si el paisaje es un estado de alma, vuelvo á repetir, á mayor cantidad de energía espiritual mayor comprensión del paisaje. Ahora bien: sólo los poetas sienten en su plenitud esta emoción del campo y de la Naturaleza; y si entre las filas de los vulgares hay alguno que la sienta también, ése es un poeta sin endecasílabos, creedlo; uno de aquellos de quienes dijo Byron: *Many are poets who have never penn'd their inspiration, et perchance the best* (2). En conclusión, el sentimiento del paisaje es un *gradus ad Parnassum*. No sé si el hombre vulgar, cuando está enamorado (es decir, cuando se poetiza y se espiritualiza, ó adquiere una provisión abundante de alma), sentirá el paisaje. Nunca he sido hombre vulgar, con gran pesar mío, y no he podido hacer la experiencia.....



He dicho que el paisaje es una creación literaria, y agregaré que es una adquisición moderna. Recuérdese que Homero no sentía el paisaje (3). En toda la poesía latina y griega no hay rastro de emoción paisajista (4). Nuestros clásicos apenas dan una impresión de campo sino es cuando esta impresión contribuye á hacer que resalte con más brillantez el juego de las pasiones humanas, que es lo que les interesa (5). Esto debe enseñarnos mucho: debe enseñarnos que la teoría del *paisaje por el paisaje* es errónea y que no son acreedores á grandes consideraciones artísticas los que ven en los crepúsculos y en la serenidad de los campos una fuente inagotable de fatigosas descripciones. Por eso debe oponerse al estudio *desinteresado* del paisaje, puesto creo que de moda por el naturalismo, que yo llamo, un poco extravagantemente, *colorismo psicológico*. Hay que empezar á comprender esta verdad, afianzada por los testimonios de todas las grandes épocas literarias: un paisaje que satisface la vista y no despierta la emoción, es antiartístico. Describirlo es superfluo y molesto, y más con la copia de detalles de que han hecho gala los literatos coloristas de nuestros tiempos. Al leer ciertas novelas

---

(1) Como no me gustaría que se hiciesen cabalísticas suposiciones á propósito de esta alusión, quiero nombrar á un joven de gran talento, pero desencaminado en esto por su *panteísmo poético:* Ramón Pérez de Ayala.

(2) «Hay muchos poetas que nunca han *plumeado* (es decir, literatizado) su inspiración, y tal vez sean los mejores.»

(3) Véanse *Les problèmes de l'Esthetique contemporaine* de Guyau.

(4) Estúdiense las obras de Teócrito, Bion, Mosco y Longo.

Los dramas de Shakespeare demuestran esto mismo. Por otra parte, en la pintura, que es precisamente el arte del detalle y del color, se observa el o fenómeno en las épocas de mayor florecimiento artístico; por ejemplo, el re-nto italiano. Consúltese á Taine, *Philosophie de l'art*, II.

naturalistas se creería que los autores no escriben una fábula realista, sino que más bien hacen la crítica de una obra maestra pictórica, copiando línea por línea y color por color, para exponer con claridad á los ojos de los lectores las bellezas en que el lienzo abunda: es decir, más que con una novela, cree uno habérselas con lo que llaman los franceses una *revue de salon:* tal es la fidelidad del calco. Sólo cuando está presente un alma se vivifica y se poetiza la Madre Naturaleza. El Universo sin la presencia del alma humana sería como una cripta desierta (1). Por eso pongamos el impresionismo *versus* el colorismo. Éste es la reproducción escueta de las líneas y colores del mundo exterior; aquél es la reproducción de esas bellezas pasadas por el alambique del alma. Verdadera emoción del paisaje la hay cuando la visión nítida del mundo exterior va unida á un fenómeno psíquico: á un recuerdo, á una pasión, etc. La literatura que se ocupa del alma, ó del paisaje visto á través del alma, es superior por eso al arte pictórico, que sólo reproduce el mundo exterior. En cierto sentido es verdadera la afirmación de Lamartine: «*Le moindre coup de crayon d'un dessinateur vaut pour les yeux Homère, Virgile, Theocrite*». Sí; para los ojos, vale más indudablemente un manchón de color que muchas rimas: no así para el alma.



Como me esfuerzo en ser metódico y odio el abigarramiento ideológico más que Stendhal aborrecía los suspiros literarios, trataré de regresar al punto donde dejé el estudio de la emoción del paisaje. Es moderna, repito; y mejor que yo lo ha dicho un joven pensador, el más original de nuestros literatos contemporáneos, Martínez Ruiz, que en *La Voluntad* escribe: «Lo que da medida de un artista es su sentimiento de la Naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*... Es una emoción completamente, casi completamente, moderna. En Francia sólo data de Rousseau y de Bernardín de Saint-Pierre». Ahora, leyendo á Rousseau, en quien empalma la sensación del paisaje que han heredado de él los artistas modernos, veo que sus descripciones corresponden á mi concepto del colorismo. El mundo exterior es observado por el autor de las *Lettres de la Montagne* en cuanto que influye sobre el mundo interior. Así es como se debe concebir la emoción del paisaje, y no á la manera de los naturalistas modernos, que ven el mundo exterior como pintores y no como poetas (2). Á propósito de este colorismo apócrifo se expresa muy bien Gu-

(1) Me parece inútil recordar la sabida frase de Pascal; esto me llevaría á divagaciones demasiado extemporáneas.

(2) Léanse las *Confessions*, tomo I, páginas 136, 140 y 176. Edición de la *Bil theque nationale*. Nunca Rousseau describe por describir, como describe, v. gr., Z
Tampoco Flaubert abusa del paisajismo cuando no quiere revelar un estado de á

yau cuando dice: «El arabesco, en lugar de ser el principio generador de la Pintura, de la Música y de la Poesía, es su aborto. En cuanto á lo que se llama *el color* en Poesía y en Literatura, es todo lo contrario de un conjunto de matices que provocan un ejercicio indiferente de la vista, y los pintores en Literatura, como Teófilo Gautier y su escuela, que pretenden manejar una paleta en vez de una pluma, se equivocan radicalmente en sus procedimientos» (1). Sépanlo nuestros meridionalísimos literatos: el colorismo auténtico no consiste en la profusión de detalles, en el abigarramiento de modalidades pictóricas, «en la facultad de pintar, de dibujar, en el cuidado de la perspectiva, en lo arquitectónico»; y si en eso consistiese, sería inadmisible, porque entonces la Literatura—y especialmente la Poesía—habría abandonado sus dominios y se habría entrometido en los de la Pintura, con la que nada tiene que ver, no sé si por suerte ó por desgracia. El colorismo genuíno, si cabe en Literatura alguna especie de colorismo, es el que se reduce al impresionismo: el procedimiento artístico que tan acertadamente resume Ruskin en esta anécdota. Estaba un día el pintor Turner haciendo un croquis del puerto de Plymouth, bosquejando algunos barcos á la distancia de una milla ó dos frente á la luz. Una vez terminado el boceto, lo enseñó á un oficial de Marina; éste observó con sorpresa, y objetó con indignación muy justificada, que los buques dibujados no tenían portas de batería. «No—dijo Turner,—seguramente que no. Si subís al Monte Edgecumbe y miráis los barcos frente al sol, veréis que no alcanzáis á divisar las portas de batería.—Bien—dijo el oficial de Marina, todavía indignado;—pero las portas de batería están allí.—Sí—repuso Turner,—lo sé muy bien; pero mi oficio es dibujar lo que veo y no lo que hay.» Ahora bien, añade Ruskin: ésa es la ley de toda obra de arte hermosa; y aún más, es peligroso en general y nada apetecible para vosotros que sepáis *lo que hay* (2).

Esto quiere decir que la impresión del paisaje no es precisamente la notación exacta de todos los colores de un crepúsculo y de todas las líneas de un valle: es algo más que eso; es la emoción intensa, artística, salida espontáneamente del alma, ante la serenidad ó la hermosura de la Naturaleza. En fin: con esto quiere decirse que no ha de darse la impresión de una alborada ó de un atardecer por la impresión pura, por mero *tour* de fuerza descriptiva; que debe abolirse el *je vois le monde materiel* de Gautier; que el paisaje á secas, sin influencia sobre el alma humana, es bueno para un daguerreotipo, no para un poema ó una novela. Creo que todos estos requisitos los cumple

---

mo. *Madame Bovary* es la gran escuela del novelista moderno en punto á descripciones, como en todo.

Les problèmes de l'Esthetique contemporaine, VII.

«*Now, that is the law of all fine artistic work whatsoever; and, more than that, on the whole, perilous to you, and undesirable, that you should know what is there.*»

Eagle's Nest, VII, §. 125-126.

el procedimiento artístico empleado por Martínez Sierra, del cual es la más alta expresión el libro de que voy á hablar: *Sol de la tarde*. Mas si alguno husmease en este largo exordio cierta parcialidad y un desmedido anhelo de trabajar *pro domo mea*, rememore la sentencia del inolvidable Sainte-Beuve: *Il en est un peu des critiques les plus sagaces, les plus avisés et les plus circonspects comme des conquerants: ils veulent pousser à bout leurs avantages.*

***

Martínez Sierra, que empezó por estar afiliado á la escuela del color, á la confederación andaluza, y que bajo el influjo de este arte escribió sus primeras obras: *Flores de escarcha, El poema del Trabajo*, y especialmente *Horas de sol*, acaba por adherirse al impresionismo moderno, al arte de *la nuance* y de *l'indceis*, con su último y superior libro: *Sol de la tarde*.

Hay un subfondo de unidad en las diversas novelas cortas que componen este libro: lo que las enlaza es el sentimiento poético del paisaje, la santa adoración al crepúsculo vespertino. Martínez Sierra es el primer impresionista de los literatos españoles, el que más hondamente siente la Naturaleza; y de los que escriben en castellano, nadie puede comparársele en este respecto. Otros conocerán mejor las almas y las pasiones; nadie como él conoce los paisajes. Nadie como él ha sabido dar el tono adecuado á esa santísima emoción que despiertan los atardeceres en las almas poéticas; nadie como él ha sabido descifrar la forma de sentimiento que se experimenta ante un bello cielo de tarde estival. En la literatura moderna, donde tanto se ha abusado del crepúsculo y del amarillento matiz crepuscular, hasta el extremo de que barrunto un día no lejano en que algún hiperpsicofisiólogo á lo Max-Nordau nos atemorice con un paciente y ponderado folleto clínico de título análogo á éste: *El sentimiento del crepúsculo como síntoma de degeneración*;—en esta literatura moderna, que pudiera llamarse con gran verdad *twilight-literature* (literatura entre dos luces), por haberse ocupado muy especialmente de todas las últimas modificaciones del ocaso, deben ocupar un puesto privativo, no tan amplio como sólido, las obras de Martínez Sierra, que crean en España á principio del siglo XX una literatura original y fuerte, con imitadores, discípulos y hasta fanáticos infortunadamente (1).

(1) Duéleme hacer aquí una observación algo melancólica: los imitadores de Martínez Sierra (y es claro que de esto no culpo al maestro, á quien, más que enaltecerle le denigran con sus producciones asquerosamente plagiadas, que debieran expenderse en las droguerias como eficaz vomitivo) han sido los autores que más contribuyen á desfigurar, corromper y malear las modernas corrientes de la literatura española á principios de este siglo, y á desacreditarnos ante el extranjero, donde se cree, por desgracia, que todavía no hay aquí otra literatura que la que funda su supremacía en la supresión de un *que* y en la anotación del color de una calva colina á la luz de la tarde. Me abstengo de citar nombres, por ser de todos conocidos es os

Esta Escuela tiene como dogmas fundamentales — creo yo — estas verdades artísticas: pasión de la Naturaleza, emoción del paisaje, panteísmo poético y refinamiento del lenguaje. El panteísmo poético, que en las obras de Martínez Sierra, como en las de Santiago Rusiñol, es la más sublime expansión lírica que nos haya sido dado admirar desde hace muchos siglos en tierras castellanas, al venir á manos de indoctos secuaces, es algo que yo no sé definir bien, pero que, queriendo ser olor á retama, es olor á establo, á ganado caballar, á ganado de cerda, á ganado vacuno, á toda suerte y condición de ganado sucio. Es algo muy detestable, algo que me ha hecho renegar de la literatura de la lejanía y del cielo rosa y de las consabidas martingalas; algo que me hace preferir un suspiro en cuartetos á un volumen de descripciones postmeridianas. Si este recurso poético del paisaje, que, sabiamente manejado por los nobles prosadores, como Martínez Sierra, es una fuente de saludabilísimas emociones, degenera en poder de los mercachifles literarios de tal suerte, que lo que allí es impresión bucólica, engendradora de los más dignificantes sentimientos, es aquí absurdo culto á los seres inanimados (1).

---

impudentes desfiguradores de una doctrina literaria tan recomendable como la del autor que nos ocupa. Con esos mezquinos perversores del gusto literario no debiera seguirse otro método que negarles el agua y el fuego, hacerles guerra sin cuartel, quemar sus libros, si fuera posible, y otros procedimientos semejantes que dejo al dulce capricho de cada cual. Al vilipendiar de manera tan decisiva á los escritorzuelos que, proclamándose sus discípulos, le deshonran, no sólo creo no postergar, sino enaltecer al maestro, aislándole de los focos de infección que le acosan, bajo la forma de *escuela suya;* él, con su clarísimo talento, no dejará de comprender que todo aquel que se declara discípulo *a nativitate*, y que, con indecente borreguerismo, sigue sus huellas manchándolas con su vaho baboso, no merece más que el más terminante desdén de aquel mismo á quien adora y venera sobre todas las cosas. Si todos los maestros de todos los siglos y de todos los países hubiesen apaleado, pateado, apuñalado, estrangulado, abrasado, ahorcado, agarrotado, acuchillado ó de cualquier manera crucificado á sus inmundos sedicentes discípulos, no se verían brillar tantas medianías al lado de eminencias á quienes hacen sombra. Por este procedimiento sano y puro tendríamos un Becquer admirable sin becquerianos nauseabundos, un Verlaine sin verlenianos fetichistas, un Zola sin zolescos estúpidos, *et sic de cœteris.* Renan estaba en lo cierto cuando decía: *Si yo hubiera tenido discípulos, hubiera amado á los que renegaran de mí.* Esto parece una genialidad hipocondriaca y es una verdad de que debieran empaparse todos los historiadores literarios. Todo maestro que respeta á su servil discípulo, es tan discípulo como éste. Wagner lo entendía bien, que dijo á su discípula Augusta Holmes: *Lo primero no imitar á nadie, y sobre todo á mí.* Y el insigne Rubén Darío, de quien tomo esta cita, d... con mucho acierto: «Mi literatura es mía en mí». *(Prosas profanas, Palabras li...ares.)* Esto debieran decir todos los maestros del mundo. ¡Si todos renunciaran á ...ner discípulos!

Yo no creo que deba estudiarse en detalles, es decir, obra por obra, más que á ...oeta lírico: por eso me abstengo de examinar detenidamente cada novela de

El amor á la Naturaleza y la emoción del paisaje son cosas muy distintas de lo que se imaginan los *omnidescriptores*, incapaces de ver en los campos más que la hierba y en los cielos más que el rojo púrpura. No: el amor á la Naturaleza es la comunión de todos los espíritus poéticos en la santa emoción de todos los crepúsculos vespertinos; el amor á la Naturaleza es esa suprema inspiración poética, ese desleimiento de toda la personalidad, esa evaporación de todas las miserias humanas que nos acomete á la hora magnífica que el gran Verlaine llamaba «la hora del pastor». A la hora del ocaso, el *yo* humano está reducido á su estado gaseoso; está espiritualizado, y en eso consiste que los sentimientos crepusculares hayan sido tema inagotable para artistas. En los momentos del sol poniente, somos almas, de las cuales parece haberse desprendido toda la envoltura carnal: sabedlo bien, materializados adoradores de la línea, en eso estriba la magnificencia de tan sublimes horas. Cuando el sol muere en los cielos, muere en las almas todo deseo carnal, toda ambición terrena, toda ruindad humana, toda aflicción corpórea: todo lo pequeño muere, hasta el color, hasta la línea, hasta la poesía, sí..... la poesía de los renglones cortos, para dejar lugar á la poesía de las almas y de los espíritus en comunicación. Sólo queda entonces el único goce que no cansa, el único placer que no hastía, el placer puramente espiritual, el placer en que no entra una partícula de materia, el placer que es un reflejo de aquella eterna claridad que ha de iluminar nuestras almas en la hora de nuestra muerte al mundo. La emoción del paisaje (quiero repetirlo y fatigosamente recalcarlo) es una emoción de espíritus, y no hacen sino profanarlo los que creen que la interpretan porque trasladan al idioma las eternas nubes de grana y oro, los eternos horizontes de violeta, etc., etc., etc... La emoción del paisaje funda precisamente su sublimidad en que nos purga de todas las flaquezas corporales: no estriba en que este ó el otro colorido se refracte de esta ó de la otra manera sobre este ó el otro paraje. Pasión por la Naturaleza, es algo más hondo que amor de la línea; y esto es lo que han hecho comprender las obras de Martínez Sierra, no inspiradas en la doctrina del paisaje por el paisaje (que es algo así como pan á secas), sino del paisaje por la emoción. Martínez Sierra ha venido á ser en España lo que fué el poeta Wordsworth (y en general la escuela de los *lakistas:* Coleridge y Southey): profesor de sentimientos y doctor en emociones. Lo que se recoge en las obras de este literato español contemporáneo es la herencia de Rousseau y del inglés Thompson (que escribió treinta años antes de aquél); herencia que inmediatamente pasó á manos de los mencionados *lakistas:* la formación del

---

Martínez Sierra: sólo diré que *Almas ausentes* es un hallazgo de originalidad, hasta en el título; y *Pascua florida* una novela fresca, rebosante de vida y de juventud: en ella llega el autor á la plena posesión de ese estilo entre castizo y torturado que tan prestigiosamente le distingue. Está próxima á publicarse *La humide verdad* del mismo autor.

hombre sensible, en contraposición al nombre ideológico; la formación del hombre que siente amor á la Naturaleza (1). Especialmente con el citado Wordsworth descubro yo recónditas semejanzas en Martínez Sierra; como él, es un *poeta crepuscular*; prefiere como emblema de sus obras *la vida moral en la vida vulgar*; y esta frase pudiera compendiar toda su estética; «la más humilde flor que se abre, provoca sentimientos demasiado profundos para que no se manifiesten en lágrimas»; aborrece todo lo que sea pompa teatral; ama los tintes indecisos y tenues; y, por último, ve belleza en las cosas más pequeñas. Este espíritu de panteísmo poético es el que ha informado más tarde las obras de hombres tan eminentes como Emerson, cuyo remoto ascendiente es Wordsworth, que detesta la ciencia metódica y consistente en subdivisiones, y enaltece en cambio la sabiduría rústica enseñada por la Naturaleza.

Genuínamente, á esta suerte de emoción puede llamarse, con verdad, emoción del paisaje; emoción que está reflejada en versos como éstos:

I heard a thousand blended notes
while in a grove I sate reclined,
in that sweet mood when pleasant thoughts
bring sad thoughts to the mind (2).
And'tis my faith that every flower
enjoys the air it breather.
The birds around me hopped and played;
their thougts I cannot measure:
but the least motion that they made,
it secured a thrill of pleasure (3).

Pero donde más descuella esta tendencia que caracterizó la poesía del siglo XIX es en estas estrofas:

Love, now au universal birth
from heart to heart is stealing,
from earth to man, from man to earth:
it is the hour of feeling.
One moment may give us more
than fifty years of reason:
the minds shall drink at every pore
one spirit of season.

---

(1) Véase la *Histoire de la litterature anglaise* de Taine, tomo IV, libro III, al

(2) *Lines written in early spring.*
(3) ...em.

Some silent laws our hearts will make
which they shall long obey:
we for the year to come may take
our temper from to-day (1).

Comparemos las impresiones de paisaje diseminadas en las obras de Martínez Sierra, y veremos que la conclusión (si se perdona la frase en cosas tan contrarias á toda tesis lógica como son éstas del arte) es la misma: una hora de emoción crepuscular enseña más que todas las destinadas á tragar volúmenes de filosofía.

***

Otra de las consecuencias de este sistema artístico es el estudio de las cosas pequeñas y el desenterramiento de las humildes bellezas en ellas latentes. No necesito insistir en este procedimiento artístico, que ya encomié bastante en determinadas ocasiones: satisfaréme con recomendar á la atención del lector *Golondrina de sol* (2), *Margarita en la rueca* y *Los niños ciegos*, originales modelos de un género nuevo en España.

Pero la pieza mejor de este libro es, á mi juicio, la titulada *Aldea*, condensación de todas las doctrinas ideológico-literarias de Martínez Sierra. Hay aquí, en esta novela corta que es una obra maestra, gran cantidad de observación, artística intuición de bellezas ocultas y refinamiento de lenguaje, que alcanza una tersura y una brillantez que hacen de Martínez Sierra uno de los más dignos representantes de la prosa moderna—ó flaubertiana—en la literatura española contemporánea. Yo creo que el escribir bien es una gran cosa..... cuando no se tiene otra—parodiando la frase de *Fígaro* sobre la erudición;—y como aquí en España esto del escribir bien suena á cosa extraña, casi sobrenatural, milagrosa, más allá de las fuerzas humanas—cuando en realidad es lo menos que puede ofrecer un escritor,—paréceme una gran conquista para nuestra literatura la de un prosador como Martínez Sierra, que á la severidad y decoro clásicos, á esa senequiana fastuosidad que es como el pliegue bien ondeado de una correcta túnica, une la inquietud, la atormentada nerviosidad de las cláusulas modernas, de estos períodos truncados y hasta incoherentes que tan á maravilla sirven para expresar nuestra irremediable degeneración. Este lenguaje, clásico é innovador á la vez, tiene algo del arcaico empaque de los historiadores del siglo de oro, y algo de la modernísima exquisitez post-verleniana.

Martínez Sierra es un artista puro, un exquisito: no ama el didactismo, la tesis dogmática; no pone su literatura al servicio de ideales más ó menos ge-

---

(1) *To my sister.*

(2) Este cuento es un derroche de estilo; más que un cuento es un trozo escogido de antología. Bastaría para acreditar á un escritor.

nerosos: sus obras no tienen ese tono equívoco de ciertos escritos ultramodernos que les hace fluctuar entre la obra de polémica y la enciclopedia para la vulgarización de los progresos científicos. Su novela es simplemente novela, nunca obra didáctica (1). Hace pensar poco porque hace sentir mucho, y su mayor mérito es el de seguir defendiendo, en esta época del industrialismo y del mercantilismo literarios, la doctrina del arte por el arte y para el arte, que ya nos viene consagrada con pulida frase en las obras del docto Buffon.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

---

(1) No terminaré este estudio — leve reflejo de mi afición á las obras de tan exquisito prosista — sin hacer una observación instructiva para los futuros historiadores de la literatura española á principios del siglo XX. Esta obra, que desearían firmar muchos que ornan sus sienes con la clásica guirnalda de laurel, ha pasado en silencio delante de algunos que se dicen críticos y que sin duda guardan su tesoro de elogios y de loanzas para ensalzar las producciones de algún *aplaudido* autor del género chico. Se ha hecho alrededor de este libro, que encierra primores de estilo y sinnúmero de sensaciones nuevas, la horrenda conspiración del silencio. Cualquiera diría que Martínez Sierra es un banal garrapateador ó que esos distinguidos Aristarcos han perdido la noción de lo que es artístico. Pero acaso la razón de esta taciturnidad extraña ante un tan noble novelista sea aquella que apuntaba el viejo y nunca bien admirado Séneca: *Etiamsi omnibus tecum viventibus silentium livor indixerit, venient qui sine offensâ, sine gratia judicent.* Lo que quiero traducir para que se penetren bien de ello los señores críticos — que pocas veces saben latín: *Aunque á todos tus contemporáneos* LA ENVIDIA SUGIERA EL SILENCIO, *vendrán quienes te juzguen sin injusticia así como sin apasionamiento.* Así que es éste el mejor consuelo para todo autor desdeñado injustamente, á más del convencimiento de que, según explicó el mismo Séneca, *todos los necios llevan el castigo en su propio fastidio (omnis stultitia laborat fastidio sui).* No se puede olvidar impunemente á un escritor como Martínez Sierra, que ha sido acaso el que más hizo por la literatura española de nuestros días. Baste recordar que fué el fundador de la memorable revista *Helios,* con la cual dió un impulso vigoroso á las tendencias novísimas. Esta revista (donde el autor de *Sol de la tarde* ha publicado inolvidables estudios críticos sobre Galdós, Rusiñol y *Azorín*, entre otros, estudios que revelaron una nueva fase de su talento) subsistirá en las generaciones venideras como un monumento de laboriosidad y de audacia, como el más hermoso empuje de nuestros contemporáneos por implantar una literatura original y brillante. Y este empuje, este arranque de osadía (osadía en esta tierra de analfabetos é iliteratos), ¿quién lo intentó sino el autor de *Pascua florida?* Aunque su obra fuese lo más despreciable concebible, este solo esfuerzo bastaría para hacerle acreedor á nuestro respeto y á nuestra admiración. Notadlo, Aristarcos olvi[illegible]os.

LOS ESTUDIOS ECONÓMICOS EN ESPAÑA

EL LABORATORIO DE ECONOMÍA DEL ATENEO

Ya ha comenzado á funcionar esta institución, completamente desconocida en España. Su director, el joven y talentoso profesor de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad de Barcelona, D. Antonio Flores de Lemus, educado en Alemania, donde ha sido uno de los más sobresalientes discípulos de los grandes maestros de la ciencia, comprendiendo la necesidad de rectificar nuestros arcaicos y rutinarios procedimientos de enseñanza, ha importado de Alemania la concepción del *Seminarien* (Seminario, palabra de acepción enteramente distinta de la que aquí se emplea, para uso de la enseñanza religiosa, y que puede traducirse por Laboratorio), en la que conviene fijar la atención, solicitando la de todos aquellos que pensamos que en estos problemas de la enseñanza se encierra el fundamento de nuestro porvenir.

Llámanse genéricamente «seminarios» en Alemania—dice Bunge—á todos los institutos docentes costeados ó regentados por el Estado, que otorga títulos para servir al mismo (para la Enseñanza, Magistratura, Diplomacia, etc.).

Esta concepción resulta algo estrecha. Dejando á un lado su definición oficial, y precisando mejor su verdadera naturaleza, puede afirmarse que el «Seminario» es una «escuela de investigación», un verdadero laboratorio científico.

Están al lado de las Universidades, para completar su obra, porque así como en éstas predomina, aunque no como en los países latinos, el lado teorético, en aquéllos sobresale el aspecto esencialmente práctico. Las lecciones teóricas no pueden formar nunca al científico, como no puede hacerse un pintor con la mera contemplación de los cuadros de un museo. Puede juzgarse, desde este punto de vista, el valor de nuestra enseñanza, basada toda ella en la eterna conferencia diaria, en el discurso retórico y almibarado, que el profesor se aprende en su gabinete para lanzarle, durante tres cuartos de hora, á sus discípulos, que se entretienen en hablar de amores ó en raspar las mesas inscribiendo sus nombres, que ya presienten que van á ser célebres..... La preparación por medio de lecciones no puede pasar nunca

de una iniciación; lo cual ha sido bastante, sin duda, para que una de las ponencias de la Asamblea Universitaria recientemente celebrada en Barcelona pretenda basar sobre ella, no sólo la formación de los discípulos, sino la de los maestros. Alemania, la nación que marcha á la cabeza de las culturas, *laboratorio de las ideas*, como se la llama, así como á Francia *vanguardia de la ciencia*, lo ha entendido de otra manera, quiero decir que lo ha entendido, y entender no es propalar absurdos sobre las cosas.

Por eso en Alemania, al lado de la enseñanza principalmente teórica de las Universidades, está la enseñanza esencialmente práctica de los Seminarios, anejos á las mismas.

Es de notar la semejanza del proceso de formación de estas instituciones en medios y países diferentes. El primer Seminario no fué un instituto universitario, pero se agregó después á la Universidad y en la Universidad funciona. En España ha nacido también el Seminario ó Laboratorio fuera de la Universidad. ¿Llegará á ser absorbido por ésta? La diferencia que motiva nuestra duda está en que la Universidad alemana es el más alto centro de cultura del país, mientras que en España por algo se llama á los estudios del Ateneo estudios superiores, donde figuran como maestros los más altos prestigios del país, muchos de ellos absolutamente extraños á las Universidades. Otra semejanza de notar es que, en los países citados, el Seminario va á compás del realismo y en España el primer Laboratorio que funciona tiene como director al primer realista. Ya volveremos sobre este último punto.

Ciñéndonos á los que existen relativos á la Economía Política, vamos á citar los principales, de los que ha salido tal plantel de verdaderos economistas nacionales y extranjeros, que han producido un colosal movimiento científico, siendo ya un hecho la afirmación universal de que ha pasado de Inglaterra á Alemania el primado de la Economía Política.

El primer Seminario de Economía Política se fundó en Berlín por Ernesto Engel, uno de los primeros maestros del realismo y el primer estadístico de su tiempo. Funciona hoy en la Universidad de Berlín y tiene por directores á Adolfo Wagner en verano y Gustavo Schmoller en invierno. Wagner es más teórico, más abstracto, más idealista, por decirlo así. Schmoller más realista, profundo cultivador de la dirección histórica. Además están Sering, cuyos discípulos son por término medio más jóvenes y de menor preparación; Meitzen, el gran maestro de la historia de los establecimientos, que trabaja alternativamente sobre estadística, establecimientos y economía agraria. En este Seminario los trabajos suelen ser menos independientes que en los de Wagner y Schmoller; Borkiewitz, ayudado del Dr. Ballod, que trabaja en estadística, generalmente estadística especial. En él suele haber ejercicios por los [illegible]ivat-dozenten siempre de gran mérito.

[illegible]pzig tiene un lujoso Seminario. Su director es el gran economista Bü-die[illegible]. Además, Stieder tiene en su casa un verdadero Seminario, con una par-

ticularidad curiosa, extraña enteramente á la ciencia: que se exige á los discípulos traje de etiqueta.

Muy célebre es el Seminario de Halle. Su director es Conrad, quizá el profesor alemán que ha tenido más discípulos extranjeros. Éste y el de Sering son quizá los dos más bien quistos de los norteamericanos.

Munich tiene un gran Seminario, en que funcionan como directores tres grandes figuras de la Economía Política: Lujo Brentano, Walterio Lotz y el mayor estadístico de los modernos tiempos, Mayr. El solo defecto que presenta es quizá el excesivo número de discípulos. Este defecto no se halla en el otro gran Seminario de Baviera, á saber: Wüstburgo, cuyo director es Schanz, uno de los mayores sabios en materia de Hacienda.

Baden tiene dos Seminarios de Economía. El de Friburgo y el de Heidelberg, la célebre Universidad. Director de este último es Rathgen. El local del Seminario, situado al lado de la Universidad, carece de condiciones, y la Biblioteca es algo defectuosa, aunque no existe ninguna en España que se la pueda comparar. Rathgen pertenece enteramente á la dirección de Schmoller, entendimiento muy fino, un tanto volteriano y en comunicación menos estrecha con los discípulos de lo que fuera de desear.

Muy al contrario Neuman, director del Seminario de Tubinga, que ha sacado una serie de excelentes discípulos, algunos de los cuales continúan trabajando bajo la dirección del maestro y colaboran en la magnífica producción sobre la historia de la población alemana.

Knapp es director en Strasburgo, y de su Seminario han salido los más de sus grandes discípulos, los creadores de los estudios agrarios en el sentido moderno.

El de Götinga, dirigido por Lexis y Cohn (Gustavo). El primero, cuya reputación bien fundada como economista le coloca entre las primeras figuras de la ciencia, está desfavorablemente compensada con su escasa habilidad pedagógica. En estos últimos tiempos se dedica á trabajos sobre seguros. El segundo es uno de los mayores economistas conocidos, quizá el director de Seminario más exigente: á veces algún alumno ha hecho un viaje lejano para estudiar sobre el terreno algún punto de relativo interés.

Los Seminarios alemanes tienen la inmensa ventaja de trabajar con alumnos divinamente preparados y con un soberbio material estadístico. De manera que el «*profesor*» apenas si hace otra cosa que aconsejar ó retocar. En general los directores se prodigan poco, y de ahí la necesidad de los ejercicios con los *Privat-dozenten*, que están á la disposición del alumno, por regla general, proporcionándoles cuantos auxilios reclaman.

La obra del Seminario en la formación científica de los Economistas es tal, que hoy en Alemania no se da este nombre á ninguno que haya dejado de pasar por ellos. Los economistas espontáneos son en Alemania desconocidos: capaces de grandes cosas ya no se les considera sino por aquí: *lumina ad usum hispanorum*, ó, en buen romance, sabihondos para andar por casa.

La duración del trabajo en estos Seminarios, para los que hayan de adquirir una preparación científica seria, ha de ser larga. Dudamos de que en las condiciones en que va á funcionar el ensayo del Ateneo, teniendo por director un profesor de una Universidad de provincias, que no podrá abandonar su cátedra mucho tiempo, y contando con ministros que miden la labor científica que deben realizar los profesores por el número de días que se sientan en el sillón, y que por tanto le tasarán el tiempo, pueda obtener un resultado brillante, y eso que el Sr. Flores de Lemus cuenta ya con unos cuantos discípulos, desde hace tiempo iniciados en la manera de trabajar.

Es preciso, por tanto, encontrar un camino para que el Laboratorio funcione con regularidad durante el curso. Así su resultado pudiera ser fecundo, porque, además de la preparación científica de los alumnos, terminaría trabajos importantes sobre los más graves problemas económicos de España, que facilitarían la labor de los Gobiernos é ilustrarían á la opinión general.

Este Laboratorio del Ateneo tendrá además para la ciencia económica de España una significación especial. El Sr. Flores de Lemus es el iniciador entre nosotros de esa nueva dirección científica, que se denomina *economía realista, economía nacional, neo-historismo económico,* ya expuesta por nosotros en varios artículos de *El Economista,* sobre todo en el titulado «Los caracteres fundamentales de la Economía de un pueblo», y en otros muchos de la *Revista de Economía y de Hacienda.* Decíamos en ese artículo citado:

«La Economía de todo pueblo debe ostentar los siguientes caracteres:

1.º Ante todo, debe ser nacional. La nación, que constituye hoy la suprema unidad política y la última y tal vez definitiva cristalización histórica del Estado, debe ser también la suprema unidad económica, la forma superior de la organización económica de un pueblo. Políticamente, toda la finalidad social tiende á un desenvolvimiento cada vez mayor de la propia nacionalidad. Asimismo lo político-económico, como uno de sus elementos, no el único, como sostiene el materialismo histórico, pero sí el fundamental, en cuanto las condiciones económicas determinan (no causan), influyen poderosamente (no engendran por sí) toda la estructura social. Económicamente, toda la organización industrial, todo el sistema de fuerzas, todo el engranaje de medios de este orden debe tender al mayor desenvolvimiento de la nación. Ha desaparecido en la ciencia y en la realidad aquella concepción universal, profundamente abstracta, de la escuela llamada clásica, para dejar paso á una concepción particular (de una nación sola, distinta por historia, por costumbres, raza, idioma, medio, terreno, etc., etc., de las demás) más concreta, debida á las investigaciones de la escuela llamada realista. Se trata, por tanto, no de conocer, ante todo, la vida, la organización económica de la humanided entera, sino más bien predominantemente la vida, la organización, el funcionamiento económico de la nación. Se trata de que cada pueblo constituya su propia Economía nacional».

. . . .

no consecuencia primera de esta concepción, el sentido *neo-mercanti-* de la nueva escuela, defensora de la protección, que adquiere funda- ... carácter científico, y, como hecho saliente en todas las economías, la

consagración de este sentido por la política económica de casi todos los pueblos, el avance del sistema proteccionista, hasta en países tradicionalmente librecambistas como Inglaterra y Holanda.

Aunque el Seminario no pertenece necesariamente á una dirección científica determinada, no puede negarse que los de Europa y Norte América son obra fundamental de la dirección realista: realista, y de la dirección estadística era el gran maestro, fundador de la primera institución de este género, y realistas son la inmensa mayoría de los grandes directores de los actuales seminarios.

Esta tendencia científica económica corresponde al movimiento general científico que busca la base de toda construcción sistemática en la realidad y en la vida. El viejo idealismo, perdido en vagas abstracciones, provocó la reacción consiguiente. Se sintió *ansia de realidad*, que renovase todos los órdenes del conocer, y este movimiento fecundo se apoderó también de la Economía, una de las disciplinas que más habían pecado en este sentido, y se produjo el colosal desenvolvimiento de la ciencia alemana en la segunda mitad del siglo XIX, con cuerpo y unidad desde el último tercio del pasado siglo sobre todo.

Claro está que toda dirección científica, por falsa que sea, no puede estar desprovista de realidad, sin la cual no hay posibilidad de representarse ningún objeto del pensamiento.

El realismo no ha aparecido súbitamente y como bajado del cielo. Tiene su elaboración lenta anterior, que le enlaza con el pensamiento científico precedente, respetando la ley de continuidad de la historia en que todo es resultado de algo anterior y preparación de algo futuro.

La unidad fundamental del realismo no excluye la variedad de direcciones dentro de él. Una cosa es el historismo antiguo y otra el historismo moderno, sin duda la más fuerte de todas las direcciones realistas. El historismo antiguo y el neo-historismo están lejos de agotar el movimiento realista; antes al contrario, no podrían ser clasificados dentro del historismo, sin gran violencia, todos los representantes del método estadístico, ora de la dirección de Lexis, ya de la de *von* Mayr. Y dentro del mismo historismo, hay direcciones particulares. Así, por ejemplo, no puede colocarse en el mismo grupo, sin muchas reservas, á Schmoller, y su escuela de una parte, y aquellos otros neo-históricos influídos en la teoría del conocimiento por Rickert, como, por ejemplo, Weber, el ilustre profesor de Heidelberg; ni tampoco que dentro de cada escuela concreta no existan matices diversos, como eco del pensamiento personal de cada economista, nunca por completo dominado por la obsesión de escuela, sino hasta cierto punto independientes en la investigación de los hechos y en la elaboración de los datos. El profesor Sr. Flores de Lemus parece pertenecer fundamentalmente á la dirección de Bücher; pero el influjo de Mayr y de Weber no pueden desconocerse, viéndole trabajar con los grupos de alumnos formados en el Ateneo.

No es ésta ocasión de exponer aquí con toda amplitud la nueva tendencia, porque necesitaríamos tal vez molestar largamente al lector: lo único que nos interesa hacer constar es el procedimiènto realista de investigación de la nueva escuela, que se aparta por completo de aquel indagar abstracto, puramente racional é idealista de la escuela clásica, que formulaba leyes generales para la dirección económica de los pueblos y partía de aquella concepción ideal del *homo economicus* que se daba en todos los sitios y en todos los medios.

La escuela realista trabaja sobre las fuentes, sobre los hechos, sobre los datos concretos; estudia histórica, positiva, experimentalmente, por decirlo así, las instituciones de este orden y traza para cada pueblo su Economía, sobre la base de las condiciones de medio, raza, costumbres, historia, etcétera, etc., organizando dentro de la «nación», suprema unidad económica (y política), el total orden de energías, fuerzas y elementos, cada uno de ellos con su vida propia, pero en íntima relación de funcionamiento con todos los demás y constituyendo de este modo un vasto y perfectísimo sistema económico-político, en el que habrá de cumplirse aquel teorema físico, de la conservación de la energía, de que en su seno ninguna fuerza se pierde. Mucho tiene que hacer la nueva tendencia, porque España, económicamente, está por conocer. Ella habrá de ser la propulsora de la organización de la estadística económica, tan desdichada y deficiente entre nosotros, que figuramos entre los últimos pueblos, y no se concibe cómo se puede aquí nadie dedicar en serio á los estudios económicos. Ella habrá de variar radicalmente la enseñanza de la Economía en las cátedras, dominadas aún por el sentido de Flórez Estrada, que nadie se ha cuidado siquiera de mejorar. Entrar en una cátedra de Economía en España produce una impresión de extrañeza en todo espíritu medianamente versado en los últimos progresos científicos: Adam Smith, Ricardo, Juan Bautista Say, Dunoyer y pare usted de contar. Cómo las instituciones económicas nacen del alma humana y cristalizan y se objetivan y funcionan con vida propia en la realidad social, eso no hace falta. Lo importante es saberse de memoria treinta ó cuarenta definiciones de la Economía, la mayor parte pésimamente traducidas, que las máquinas son unos monstruos de hierro y acero, ó que la cuestión del valor es un fastidio. Pero aun suponiendo que esta enseñanza estuviese á la altura de las circunstancias, quiero decir, que no fuese verdad lo que en el gran diccionario de Pauglave se dice de los economistas españoles, á saber, que no se han enterado del movimiento moderno de la ciencia, aun suponiendo, repetimos, que no estuviera la Economía Política española en el grado de desarrollo que alcanzaba la ciencia en el siglo XVIII, y hacemos toda clase de salvedades honrosas, es decir, con aquel mismo tamaño, pero mucho más seca, como que ha ido dejando la savia en los distintos libros en que se ha copiado, todavía sería insuficiente para hacer economistas en el sentido que hoy se da á esta palabra en Europa.

Es necesaria una enseñanza positiva, esencialmente práctica, sobre las fuentes, para llegar á merecer el nombre de economista.

Como dijimos en *El Liberal*, á raíz de la inauguración del Laboratorio, España necesita economistas y la única manera de formarlos es ésta; necesita economistas profundos, de estudios amplios y concienzudos, que se dediquen á resolver nuestros grandes problemas de este orden: problema del cambio, carestía de las subsistencias, revisión arancelaria, tratados de comercio, política de tarifas, organización del impuesto, etc., y á trazar una orientación segura para el desenvolvimiento de nuestra economía nacional y un ideal fecundo para nuestra política económica, base de la prosperidad de todo país.

Deseamos vivamente que este primer ensayo del Ateneo ponga de relieve, por lo menos, la necesidad de hacer algo en este sentido fecundo, el único que puede redimir á nuestra enseñanza de los rutinarios métodos que la dominan, abriendo para la Economía una nueva era, que la haga capaz de servir á la Patria, colaborando á la solución de los graves problemas de este orden, que hoy por hoy constituyen sus problemas fundamentales.

LUIS DEL VALLE PASCUAL.



LA YEGUA NEGRA

NOVELA SARDA.

DE

GRAZIA DELEDDA

TRADUCIDA POR

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO (1)

I

Precedido por dos criados, Antonio Dalvy iba de pueblo en pueblo, comprando yeguas y potros de buena raza, para venderlos en el continente. Era un hombre de cuarenta años, alto, grueso, con la cabeza erguida; los ojos algo oblicuos, algo verdes, de un brillo extraordinario, mal velado por párpados rellenos y caídos. Tenía una buena fortuna; su mujer era de familia distinguida. En fin, era un hombre activo, de excelente reputación.

Hacía gran comercio de carbón y de ceniza; iba todos los años á Italia. Aquel año, uno de sus agentes le había propuesto comprar cierto número de potros y de yeguas de buena raza sarda. Previendo una ganancia respetable, se había puesto inmediatamente en camino.

Bellia y Ghisparru, los dos criados, le acompañaban ó le precedían, buscando en los pueblos y en los campos del Nuorese los buenos potros de formas perfectas y las yeguas de ojos melancólicos.

El trato se hacía en esta forma: ante dos testigos, Antonio Dalvy daba

---

(1) Esta novelista siciliana es una de las pocas que nos quedan hoy de la buena cepa realista. Fuerte realidad, observación penetrante y color local — no en el sentido equivocado y teatral del romanticismo, sino como compenetración con el alma de la raza estudiada, que en este caso es la raza de la isla de Cerdeña, bravía, soñadora y supersticiosa — son las cualidades que realzan las obras de la mujer artista [illegible] novelita ofrezco hoy para delectación de los lectores de NUESTRO TIEMPO. No [illegible] que me engañe el exceso de galantería si digo que hoy día esta novelista es una [illegible] más notables de Italia. Sobre todo, Grazia Deledda no se pone pantalones [illegible] observar y escribir. Quiero decir que es mujer ante todo, y esto, que para mu[illegible] incorregible defecto, es para mí su mayor gloria.— *Vale.*

arras al vendedor y le dejaba en prenda el animal que había comprado. Terminada la excursión, el amo y los criados debían dar otra vuelta para hacer el pago y recoger los potros y yeguas.

Era en Mayo: Dalvy viajaba en un buen caballo rojo, meneando la cabeza. En las horas de mucho sol, cuando las hierbas de las llanuras salvajes brillaban inmóviles bajo el esplendor del cielo azul, el tratante abría una sombrilla verde.

Entonces la línea oblicua de sus ojos medio cerrados, bajo la sombra verde, al reflejo verde de los pastos, parecía de esmeralda; y de lejos se le distinguía.

Un día, los dos criados llegaron juntos á una iglesia campestre.

—Vamos á decir un *Ave María,* dijo Ghisparru, que era muy devoto, aunque muy ignorante y salvaje.

Pero Bellia, que había sido soldado, no creía en Dios, y se rió al oir la proposición de su camarada.

Con todo, se acercaron á la iglesia. Era una iglesita que se elevaba en medio de dos plazoletas concéntricas, rodeadas una y otra de chozas llamadas *cumbissias,* en las cuales habitaban los campesinos devotos de los pueblos vecinos durante el tiempo de la novena.

En esta época, la iglesia con sus dos plazoletas, con sus dos atrios, con su doble círculo de *cumbissias,* estaba desierta y silenciosa en medio de las llanuras verdes, en la floración salvaje de los prados.

En derredor extendíase una especie de matorral, con arbustos, eglantinas, mirtos y madroños en flor.

Á lo lejos, praderas, pastos, líneas de mieses cerraban el horizonte; un arroyuelo, entre los saúcos y los tamarindos, espejeaba á gran distancia.

Las golondrinas pasaban silbando, como flechas, de una ventana á otra de la iglesia, y un guardián viejo, sentado á la sombra del primer portal, tejía esteras de junco.

Los dos hombres se acercaron, hicieron la señal de la cruz y saludaron al guardia.

Respondió á su saludo sin levantarse, sin interrumpir su trabajo.

—¿Qué iglesia es ésta?—preguntó Ghisparru inclinando su cabezota de enmarañados cabellos grises.

Y miraba atentamente á través de los dos grandes portones abiertos en la iglesia.

—San Juan Bautista, hermano de Dios—respondió el guardia haciendo la señal de la cruz.

—¿Se puede ver?

—¿Por qué no?

El anciano se levantó, posó cuidadosamente en tierra los haces de junco verde, de donde ascendía un fresco olor de pantano, é introdujo á los dos hombres en la iglesia.

Era una iglesia bastante rica, enlosada y con un altar de mármol, con algunos frescos groseros, donde se veía á Dios en la figura de un gran anciano de larga barba blanca, sentado en un trono de nubes.

En el altar, un lindo San Juan rubio, vestido de pieles como un sardo, bendecía sonriendo.

Los tres hombres se arrodillaron; luego comenzaron á dar vueltas por la iglesia, fresca, limpia, muy clara.

Las golondrinas pasaban rápidas bajo la bóveda, volando de una ventana á otra y llenando la iglesia de gritos agudos.

El anciano guardián daba algunas explicaciones á los dos campesinos. Bajo, en mangas de camisa, con grandes bragas sujetas por un cinturón de cuero, con su cabeza calva apenas coronada en la nuca por raros bucles plateados y una corta barba blanca ciñendo su rostro tranquilo, se le hubiera dicho un apóstol de Rubens.

Ghisparru, vuelto hacia el altar, pareció notar que el San Juan se parecía á alguien.

—Oye tú, Bellia, dijo empujando con el codo á su compañero. ¿Á quién se parece ese santo?

El otro alzó la cabeza y miró atentamente.

—Á un corderito negro...

—¡No, hombre, no! ¡Á un cristiano!

—No sé.

—Á Giame—murmuró Ghisparru con respeto.

—¿Quién es Giame?—preguntó el guardia alzando los ojos.

Bellia miró otra vez al santo y dijo:

—Es el hijo del patrón. Éste es su *balio,* el marido de su nodriza, y cree que se le parecen todas las cosas bonitas. Espera, espera, amigo; ya verás, cuando venga con la carrera terminada, cómo te pega un puntapié y te pone á la puerta de la calle... ¡Ja, ja, ja!

Ghisparru se arrodilló, hizo una corta oración y salió.

Vueltos al atrio, los dos criados preguntaron al guardia cuál era el fundador, si era muy rico y cuánto le pagaban á él como guardia.

El anciano contó una larga historia de una señora que estaba poseída del demonio y que por las noches andaba á caballo á través de los campos como un fantasma. Y esta señora, que se llamaba Donna Rafaela Perella, era muy devota, iba siempre á la iglesia; pero cuando llegaba la bendición tenía que salir, porque si no se agitaba, bramaba y golpeaba á las personas con la fuerza de un león. Había ido á Roma, pero el Papa no había podido echarle los demonios. Entonces había hecho un voto: construiría y dotaría una iglesia si se curaba. Y una noche, cuando andaba á caballo, los espíritus malignos la habían abandonado de repente. Saltó del caballo, se postró en tierra, besó las piedras y prometió construir en aquel lugar una iglesia á San Juan Bautista, por quien tenía una devoción particular.

Ahora la iglesia poseía tierras, dinero, rentas, rebaños. Se hacían numerosas ofrendas al santo. Además, cada año, por otoño, el guardia iba con un caballo cargado con una alforja, y en el brazo llevaba un nicho de cristal que contenía la estatuilla del santo. Recorría los pueblos, pidiendo la santa limosna. Las piadosas mujeres del Nuorese le daban dinero, cera, lana, trigo; en Barbagia, las alforjas se llenaban de nueces, habichuelas, castañas; además, los fieles llevaban quesos, aceite, miel, ganado. Todo eso se vendía, y el producto de la venta aumentaba todos los años las riquezas del santo, sus tierras y sus rebaños.

Los dos criados escuchaban con la boca abierta, sobre todo Ghisparru.

—¿Y á usted qué le dan?

—¿Á mí? Nada—dijo el guardia.—Vivo de las limosnas particulares que me hacen los peregrinos y los fieles.

Los dos compañeros se miraron; luego cada uno sacó una moneda de poco valor y se la dió al viejo.

—Una para mí y otra para el santo—dijo besando las monedas.

—¿Cómo se llama usted? ¿No tiene usted hijos?

—Quien no tiene mujer no tiene hijos. Me llamo Juanne Battista (hizo la señal de la cruz), hijo de Dios y de San Antonio. Y vosotros ¿qué sois? ¿Adónde vais?

—Servimos en casa de Antonio Dalvy—dijo Bellia con cierta vanidad.—Andamos en busca de potros y de yeguas, que nuestro patrón compra.

El viejecito alzó los ojos.

—¡Hombre, yo tengo una yegua! ¿Queréis comprármela?

—¿De dónde la sacó usted?

—¿De dónde la saqué? De donde se sacan todas las cosas de este mundo.

—Sería por casualidad.....—dijo Bellia riéndose y doblando los dedos de la mano derecha, como para indicar la acción del robo.

—¡Así revientes como una granada!—gritó el viejecito indignado.—Me la han dado la yegua ésa. El año pasado vino á la fiesta un señor rico, muy rico. Era alto, como tú y yo uno encima de otro, con una larga barba que parecía un haz de rayos de sol y los ojos color de cielo. Era un señor sardo, que vive en el continente y fuera de Italia. Basta. Se divertía mucho, mirábalo todo con atención, bailaba y bebía. Basta. Tenía esta yegua; ya la veréis; ha tomado parte en la carrera con los demás caballos y ha ganado el premio. Basta. Se acercó á mí y me dijo algo en un idioma que yo no comprendía. Yo me incliné y le saludé. Y luego me dijo otra cosa. «¿Qué dice usted, señor?» Uno me explicó: «Te pregunta lo que haces todo el año». «¡Ah, señor! Esteras, cestas...» «Déjame verlas». Le enseñé una estera. «Bien, bien.» «Si le gusta usted—le dije,—se la regalo.» ¡Si hubierais visto cómo brillaban sus ojos! Me dijo: «¿Le gusta á usted mi yegua?—¿Cómo?—*¿Si ti piachet cabadda mea?*—repitió señalando al animal con el dedo.—Mucho—le dije.—Pues quédate con ella, es tuya, cógela.»

—¡El diablo le lleve!—exclamó Bellia.—¿Y la cogió usted?

—¡Caramba! Primero yo decía que no, pero ese señor insistió tanto que la cogí. ¡Si vierais qué hermosa era! Tiene la piel negra, sembrada de puntos blancos; cualquiera creería que ha nevado encima de ella. Basta. Escuchad ahora lo que sucedió. Había un hombre, un labrador rico. ¿Qué hizo el muy zorro? Se dijo: Si á ese pobre diablo que le regala una estera le da una yegua, ¿qué me dará á mí si le hago un gran regalo? Inmediatamente coge por la brida su propio caballo, un buen bayo; luego va al encuentro del señor y le dice: «Ahora no sabe usted cómo volver á su casa; tome ese caballo que le doy». Entonces el señor le mira y luego se echa á reir; y ¿qué hace? Acepta el caballo y dice: «Ya hablaremos de eso». Más tarde supe que, al volver al continente, mandó al otro una caja de bombones.

—¡Bravo!—dijeron los criados, que se divertían mucho con las anécdotas del viejo; y Bellia agregó:

—¡La justicia le mate! Ese caballero era un águila en comparación del labrador.

—¿Y esa yegua puede verse? Es probable que nuestro amo la compre, tanto más cuanto que hemos terminado la excursión.

—La yegua no está aquí; pero, si queréis, mañana la traeré; y vosotros entre tanto idos y volved con el patrón.

Habiéndose convenido en esto, los dos criados volvieron al pueblo vecino y previnieron á su amo; al día siguiente todos se reunieron delante del primer atrio de la iglesia.

Bellia cogió la sombrilla del patrón, Ghisparru cuidó de su caballo, y Antonio Dalvy desmontó pesadamente, bufando, abriendo sus grandes ojos verdes.

Juanne Battista fué á buscar la yegua, que pacía entre las praderas en flor. Desde lejos le echó al cuello el nudo corredizo de una soga de cerda y la condujo con alguna resistencia ante el comprador,

No era en realidad un animal de mucha estatura; pero, apenas le hubo abierto la boca y palpado la grupa, Antonio Dalvy notó que era muy joven y que estaba poco fatigada; decidió comprarla.

—Pruébala—dijo á Bellia.

El criado la montó de un salto, sin silla, y le espoleó con los talones en los ijares.

El animal partió como una flecha, y para retenerla el hombre se echaba hacia atrás, tirando mucho de la cuerda.

Llegado al extremo del sendero, la hizo dar vuelta con gran trabajo y volvió [illegible] cado, gritando:

—[illegible]alquiera juraría que era un potro y no una yegua. ¡Que la monte el de[illegible]o!

—[illegible]n, bien—dijo Dalvy aporreando con una mano la grupa de la yegua, qu[illegible]maba.—No está aún bien amaestrada, aunque no sea muy joven.

En realidad no es una maravilla, es demasiado baja; cualquiera creería que era una mula; pero ya que estamos con ella..... Vamos, ¿cuánto queréis por ella?.....

El viejecito lo sabía; hasta había pedido consejo; pero ahora se sentía un poco turbado enfrente de aquel hombre de ojos de gato, de modales desdeñosos.

Sin embargo, dijo, como si hiciese un gran sacrificio:

—Si yo no estuviese en una gran necesidad, no la vendería; pero la necesidad... ¡ah!... la necesidad... Su señoría conoce el proverbio sardo: La necesidad hace correr al viejo. Basta. Porque es para usted, cincuenta escudos.

Dalvy se echó á reir; los criados, al verle, rieron también.

—Porque es para mí. Es usted malicioso, buen hombre, pero eso no quita para que se vea que nunca ha vendido usted caballos.

—Dispense usted, señor, pero...

—¿Cómo se llama usted?

—Juanne Battista.

—Pues bien, hágase usted bendecir, Juanne Battista. ¿Para qué me hace usted reir?

El viejo, muy encarnado, dijo:

—Yo hice domesticar á esa yegua, por uno que sabe.

—¿Quiere usted decir que yo no sé?...

—No digo eso. Basta. Indique su señoría una cantidad.

—Ya ve usted—dijo Dalvy volviéndose hacia su hermoso caballo.—¿Ve usted á ése? Pues ése, tal como usted lo ve, cuesta sesenta escudos.

—Cuando era potro—dijo Bellia á Ghisparru.

—Tú, callate.

—¡Así te callases tú para siempre como las piedras!

—Basta—repitió el anciano guardia.—Hable su señoría.

Tenía muchas ganas de deshacerse de la yegua y acabó por cederla por ciento setenta y cinco pesetas, que Dalvy le pagó en billetes de veinticinco, flamantes de nuevos.

—Ésos son buenos billetes. Si usted quisiese—dijo Juanne al meterlos en una bolsa de cuero.

Parecía tener que decir algo, pero delante de los criados no se atrevió.

—Si su señoría quiere ver la iglesia...

—Sí; entonces veamos la iglesia—respondió Dalvy con condescendencia.

Los criados quedaron á la puerta.

—Dese usted prisa, Zio Juanne—gritó Ghisparru.

—¡Bah, bah! Ése me llama Zio y es más viejo que yo—murmuró el guardia.

—¡Ah! Pero es un buen criado, no tiene igual—confió Antonio Dalvy al viejecito.

Éste condujo al tratante á la iglesia, le ofreció el agua bendita, se lo enseñó todo con detención.

—¡Oh!—decía Dalvy soplando con aire bonachón.—Esto es bonito, muy bonito, verdaderamente bonito. Mirándola desde fuera, no parece tan bonita en el interior. ¿Y en qué época es la fiesta?

—El 30 de Mayo; pronto.

—Está muy bien, muy bien..... Voy á decir á mi mujer que venga y que traiga toda la parentela—agregó como para sí sonriendo.—Y á su hijo también para las vacaciones. ¡Ese muchacho es devoto, como todos los de la raza de su madre!

Después de la iglesia, el guardia enseñó la *cumbissia* de los ermitaños, la del capellán y otras. Cuando estuvieron fuera, se volvió con alguna indecisión hacia Dalvy y le dijo:

—Si su señoría lo permite, le pediré un favor.

El otro alzó los ojos, dirigiendo al viejecito una mirada poco animadora.

—No pido limosna—dijo con altivez el guardia;—si quiere usted darme algo, eso es cosa suya; pero no se trata de eso. La cuestión es ésta: Usted tiene muchos billetes nuevos, ¿no es eso? Yo he puesto aparte un poco de dinero, para el día en que yo no sirva para nada; pero todo está en billetes usados, sucios; y el favor que le pido sería cambiármelos.

Y al hablar, al revelar su secreto, Zio Juanne Battista se ruborizó. Una llama pasó también por el rostro del tratante.

—Si no es más que eso...

—Eso, solamente eso.

—Traiga usted sus billetes, tráigalos.

El viejo entró en una *cumbissia;* salió poco después, con un envoltorio en la mano; vió á Bellia que, asomando la cabeza al portal, parecía espiarle, y ocultó el envoltorio.

—Sus criados nos espían—dijo en voz baja.—Vale más que no vean: su señoría me comprende.

—Sí, sí—dijo el otro muy aprisa, mientras Zio Juanne Battista le metía en una *cumbissia* atiborrada de esteras y de cestas aún nuevas.

Se acercaron á la ventanita, y allí, sobre el pretil, ante un fondo primaveral de matorral pálido, cambiaron los billetes.

Antonio Dalvy salió encarnado y soplando; vió también la cara terrosa y los ojos legañosos de Bellia parado delante del portón central, y atravesó el atrio á pasos rápidos.

—Ese imbécil ¡cuánto tiempo me ha hecho perder en enseñarme sus escondrijos!—dijo.

Al cabo de un minuto, mientras volvía á montar á caballo, con auxilio de sus c[illegible]dos, se presentó Zio Juanne Battista. Estaba muy alegre, se oprimía el tal[illegible] se frotaba las manos.

—[illegible]ós—dijo el tratante instalándose en la silla.

—¡[illegible]os y San Juan le guíen! Y mándeme usted á su mujer y á sus hijos á la [illegible]a, Excelencia.

—Bien, bien—repetía Dalvy acomodándose en la silla.

Los criados estaban á su alrededor, con prisas, apretándole los estribos, arreglándole las espuelas, sin prestar atención al viejo.

Al fin todos estuvieron preparados. Antonio Dalvy partió el primero, abriendo su sombrilla verde; luego se pusieron en camino los criados, á pie, arrastrando tras sí la yegua negra tachonada de blanco. El pobre animal suspiraba un poco, echaba el hocico hacia atrás, agitaba la cola: hubiérase dicho que sentía el fin de su libertad.

Y Zio Juanne Battista quedó solo, á la sombra del portal, ante el gran paisaje verde, solitario y florido.

II

Al poco tiempo de esto, Bellia, el criado de Antonio Dalvy, fué acusado de acuñar billetes falsos. Se le registró y encontrósele una suma en billetes bastante considerable, algunos buenos, la mayor parte falsos.

Pareció caer de las nubes: dijo que la suma era suya, que eran sus economías, sus ahorros de diez años: luego declaró que había encontrado un envoltorio de billetes, y que, creyéndolos buenos, se los había apropiado; en fin, se embrolló y se contradijo de mil maneras. Fué condenado á tres años y cinco meses de reclusión.

Era un hombre bilioso, astuto, perverso: su cara terrosa, una gran nariz cortada por el medio, dos ojos legañosos é inyectados inspiraban repugnancia á primera vista.

Mientras estaba en la cárcel y se le instruía proceso, encontró el medio de mandar una persona de confianza á Antonio Dalvy; le hizo decir que tratase de salvarlo de cualquier manera, ó que, si no, tendría que arrepentirse amargamente.

Llamado á declarar, Dalvy había hecho una declaración favorable á su criado; pero, ante esta orden amenazadora, se puso encarnado de cólera, vomitó pestes y estuvo á punto de recibir á puntapiés á la persona de confianza.

—¡Vaya con el ladrón y tuno! ¿Qué tengo yo que ver con él? ¡No faltaría más que dijese que fuí yo quien le di los billetes falsos! Vaya usted y dígale que si pronuncia mi nombre estará mucho tiempo *al servicio del Rey*.....

La persona de confianza se fué; algunos días después volvió y tuvo otra conversación con Antonio Dalvy. Éste no gritó esta vez, pero hizo ver á la persona de confianza un documento por el cual Bellia se comprometía á servir gratis durante un año al Sr. Antonio Dalvy, á quien había robado un buey. Descubierto el hurto, los dos hombres habían arreglado la cuestión amablemente por medio de este compromiso.

—De modo que no me fastidie más y que se vaya al diablo.

Por segunda vez puso así á la puerta á la persona de confianza. Ésta, sin embargo, volvió otra vez.

—Por lo menos, que su señoría le busque y le pague un buen abogado; que le mande algo á la cárcel; que le tome otra vez á su servicio cuando salga de allí.

—¡Que el demonio le lleve, digo yo!—gritó Dalvy, cuyos ojos brillaban como esmeraldas.—Tocante al servicio, veremos cuando salga de la cárcel que no será ni hoy ni mañana. Y ahora tome usted el portante si no quiere....

La persona de confianza se fué, con las orejas gachas, y no volvió más, Bellia fué condenado.

Sus compañeros de reclusión le veían abandonarse á la desesperación, morderse los puños, mesarse los cabellos, crujir los dientes. Hasta en sueños se tapaba la cabeza con su jergón y rugía como un perro rabioso.

Luego le llevaron muy lejos y tardó mucho tiempo en saberse de él.

Zio Juanne Battista tejía siempre sus esteras y fabricaba sus cestas á la sombra del atrio, ante el gran paisaje verde, solitario y florido.

Cuatro años habían transcurrido desde el día en que había vendido su yegua á aquel señor grueso con ojos de gato, como él decía, que le había cambiado también sus billetes.

Cuatro años solamente; pero el guardia parecía envejecido en diez ó doce años. Estaba triste, sombrío: hubiérase dicho un ermitaño decrépito, acosado por crueles remordimientos.

Y luego los tiempos se ponían malos: las gentes pasaban por delante de la iglesia santiguándose, pero sin entrar siquiera en el primer atrio: las limosnas se hacían raras.

Aquel año, Zio Juanne esperaba la fiesta con cierta ansiedad. La primavera moría en un esplendor de mieses, de hierba florida, de cielo enrojecido.

Desde el dintel de su atrio, el viejo veía grandes extensiones de amapolas que brillaban como brasas, y más lejos, hacia el horizonte, praderas todas cubiertas de violetas.

Nada animaba esta espléndida soledad; sólo á la noche, bajo el centelleo de las estrellas, en la brisa cálida cargada de salvajes aromas, se oía un tintineo lejano de rebaños, lento, tranquilo, melancólico.

Pero, á la caída de la noche, Zio Juanne se ponía aún más triste y más sombrío; andaba temblando por las dos plazoletas; á veces ponía el rostro en tierra, rezando, temiendo que un día ú otro le encontrasen allí muerto, medio devorado por los cuervos.

Á mediados de Mayo llegó el ermitaño, un rico labrador encarnado y obeso, con una barba blanca; inspeccionó cada cosa, hizo limpiar las habitacion[illegible] del capellán y se marchó. Algunos días después volvió á la cabeza de una n[illegible]rosa caravana de campesinos á caballo.

[illegible] ermitaño llevaba un estandarte de brocado verde, con largas cintas. L[illegible] venía el capellán, de balandrán negro; luego otros labradores, todos

vestidos de encarnado, con mujeres en las ancas de sus caballejos, y niños con gorros escarlatas, la frente cubierta de espesas franjas de seda negra, y perros jadeantes, sofocados, con la lengua fuera.

Desde lejos los campesinos comenzaban á disparar sus trabucos, á lanzar rugidos de alegría.

Zio Juanne tiraba de la cuerda de la campana, y la campana sonaba; sus toques débiles, como fatigados, se perdían en el aire azul.

La muchedumbre llegó; desmontaron de los caballos y entraron en la iglesia: las mujeres llevaban su ofrenda, cera, dinero, encajes, bordados, flores.

Después, cada familia tomó posesión de una *cumbissia:* los hombres transportaron brazadas de hierba y de follajes olorosos y los esparcieron en un rincón de las ruines habitaciones; las mujeres extendieron por encima mantas y cobertores, prepararon las camas, clavaron clavos en las paredes, dispusieron los utensilios traídos del país.

Luego barrieron la iglesia y los patios; los hombres limpiaron el pozo, cuya agua, como todo lo que pertenecía á la iglesia, tenía, en la imaginación del pueblo, virtudes milagrosas.

Durante todo el día fueron llegando personas: hasta de los montes salvajes vinieron hombres vestidos de tela encarnada y mujeres con capuchones rojos.

Las dos explanadas que conducían á la iglesia se convirtieron en un pueblecito: la campanita tintineaba siempre, puesta en conmoción por rapazucos violentos y batalladores, que corrían por todas las cercanías, animando la soledad inmensa con sus carreras y sus gritos de pájaros salvajes.

El capellán pasaba el tiempo á la mesa, con las piernas cruzadas y la borla del gorro caída sobre la oreja. En derredor suyo se agrupaban figuras pintorescas; todas gritaban y reían.

Las mujeres se dedicaban á los cuidados del hogar en las habitaciones: la ermitaña y las mujeres que, por una herencia secular, formaban parte de la junta de la fiesta (eran las descendientes de los fundadores de la iglesia, y entre ellas solas se escogía por suerte á la ermitaña), cocinaban cada día grandes cacerolas de pastas y de macarrones á la aldeana, ó papilla de queso fresco; y las distribuían á su familia y á una bandada de pobres, de indigentes sórdidos que habían venido á acampar en la segunda explanada, llegando de países remotos únicamente para mendigar esas pastas y esa papilla.

La iglesia, fresca y olorosa, alegrada por los gritos y el vuelo rápido de las golondrinas, era invadida y profanada por esos mendigos que apestaban la atmósfera, que se rascaban, que no se movían, á pesar de todos los ruegos, para dejar sitio á las personas decentes; que reñían continuamente entre sí, tratándose de mendigos, de sucios, de sarnosos, con cualquier motivo.

Pero también había peregrinos limpios y piadosos. Llegaban á pie, des

calzos y descubiertos; algunas mujeres traían el pelo suelto. Iban de rodillas desde la puerta hasta el altar, á veces desde el primer atrio, y llevaban en ofrenda plata, cera, joyas, trenzas cortadas. Si pagaban cierta suma, el capellán se endosaba el alba, inclinaba la cabeza para ponerse la estola; el ermitaño empuñaba un estandarte verde; y una procesión por cuenta del peregrino daba vuelta á la iglesia por la explanada; por una suma doble, la procesión recorría todas las explanadas.

Después, el peregrino iba á hacer piadosas abluciones en el agua de los pozos; á continuación el ermitaño le tomaba de su cuenta, le llevaba al sitio donde estaban las mujeres, que le servían vino, café, pasteles de miel y le observaban atentamente preguntándole de qué país era.

Finalmente, el peregrino se emborrachaba como un bruto.

Cuando llegaba una pareja joven, á la mujer se le hacía besar la cuchara de la olla, para desearle que fuese buena ama de casa, y el marido sacaba del pozo cierta cantidad de agua, á fin de que en lo sucesivo fuese toda su vida un buen trabajador.

Y todos los peregrinos debían saborear al menos, por devoción, las pastas ó la papilla.

Por la mañana, el capellán celebraba la misa; por la tarde, la novena. Todo el mundo estaba obligado á asistir. Al terminar la novena, á la hora en que el paisaje se dormía bajo el cielo rosa, en el círculo de los horizontes luminosos, la multitud reunida en la iglesia cantaba los *gozos*, las alabanzas del santo, en español arcaico; y esta cantinela cadenciosa, de una melodía melancólica, á esa hora de sombras rojas, perdida en lo inmenso, expresaba más que nunca la nostalgia de los cantos sardos, de un pueblo antiguo, aún semibárbaro, que parece haberse despertado, después de muchos siglos de sueño, en medio de nuestra época.

Por la noche se hacían grandes hogueras chisporreantes de lentisco y aromadas de ginebra. Entre los ermitaños se formaba un concurso de cantos improvisados y en los ojos de las mujeres resplandecían sueños de languidez.

¿Y Zio Juanne Battista?

Zio Juanne Battista se presentaba muy rara vez. Ayudaba á misa, luego se ponía junto á la puerta para recibir el óbolo de los peregrinos; al mediodía iba á casa de la ermitaña con una escudilla que le llenaban de pastas ó de papilla humeante; luego desaparecía. Á veces se le oía vociferar contra los mendigos que ensuciaban la iglesia.

—¡Levántate, piojoso!

—No me levanto.

—Si no te levantas te hago levantar á palos.

—¡Que el diablo te apalee á ti!

—¡Sarnoso!

—¡Cráneo pelado!

—¡Puerco!

—¿Qué tiene usted, Zio Juanne?—le preguntaba el ermitaño.—Este año está usted de peor humor que el año pasado.

—Es que se va acercando la muerte.

—Pues déjela usted venir, la recibiremos con amabilidad.

—¡Ah!, con ésa no se gastan bromas.

Sin embargo, llegó el día de la fiesta. La víspera afluyeron los peregrinos: de todas partes venían grupos de hombres y mujeres y cada grupo llevaba una bandera desplegada.

Apenas se habían bajado del caballo entraban en la iglesia, y apenas habían salido de la iglesia se ponían á bailar la danza sarda. Y los de un pueblo se burlaban y se reían de los de otros pueblos. No había nadie en quien uno ú otro no encontrase de qué mofarse.

Y todo el mundo se reía.

Vendedores de bebidas, tratantes en bridas y espuelas ocupaban barracas en la primera explanada.

Así que la multitud se reunía en este lugar y la segunda plazoleta quedaba casi desierta.

Los más furiosos eran un grupo de campesinos morenos, de color fuerte, constantemente ebrios, que bailaban cantando, al ritmo de poesías extrañas:

Assa festa 'e Gasta so andadu,
La chi enit in primu eranu:
Inie b' er Baròre, b' er Baròre,
Inie b' er Baròre e Bastianu,
In paghe e cuncurdia buffende:
E da chi la idèi, la idèi,
E da chi la idèi fugudende,
Rughei unu mortu, unu latadu.
Assa festa 'e Gasta so andadu (1).

Insistían particularmente en los versos:

Inie b' er Baròre—b' er Baròre

y:

E da chi la idèi, la idèi,

repitiéndolos cien veces, en cadencia, y rimando su paso por sus versos.

---

(1) «Á la fiesta de Gasta he ido;
Esta fiesta es en la primavera;
A Sebastián y Salvador he visto
En gran paz y compañía bebiendo;
Desde que yo la vi, yo la vi,
Desde que yo la ví, al instante,
Caí muerto, herido de muerte.
Á la fiesta de Gasta yo he ido.

Cambiaban los versos cuando veían llegar personas de otros pueblos.

Llegó, por ejemplo, un sacerdote á caballo, con *fracchina* y pantalones cortos; llevaba una gran sombrilla y parecía una figura de linterna mágica.

Alguien dijo: es de Nuoro.

É inmediatamente los labradores entonaron esta copla:

In Santu Predu, han pesadu unu ballu;
A sonos de ghitarra e fiolinu;
Sos prideros non jughen collarinu,
Cá lis ha fattu in trughu unu callu.
In Santu Pradu han pesadu unu ballu (1).

Y la muchedumbre reía. Gritos salvajes estallaban como relinchos entre el murmurio de los bailes y de los cánticos.

Los mendigos se plantaron á cierta distancia uno de otro, á cada borde del sendero, con la mano estirada, repitiendo una eterna letanía de lamentaciones.

Al caer la noche, el día de la víspera, Zio Juanne Battista se encontraba por casualidad delante de uno de estos mendigos, cuando vió llegar á una mujer y á un joven seguidos de un campesino que tenía las trazas de un criado.

La mujer debía ser una gran señora de pueblo; era gruesa, con mejillas colgantes; estaba vestida con afectación; llevaba una blusa negra cerrada, guarnecida de cintas, y un zagalejo de paño amarillo; á la cadera llevaba un gran pañuelo de damasco morado, y, aunque no fuese joven, llevaba collares de coral. Montaba á horcajadas una pacífica yegua negra tachonada de blanco.

El joven debía ser muy alto, porque iba encorvado en la silla; tenía una cara de muchacho pálido, y de su sombrero echado hacia atrás salía un gran mechón de cabellos castaños.

Apenas los mendigos distinguieron á los recién llegados, comenzaron á lamentarse más estruendosamente: cada cual trataba de ahogar la voz de su compañero y todos gritaban como cigarras.

—Giame—dijo la dama con voz lánguida,—arréglatelas con esos pobres desgraciados.

El joven puso su caballo al paso y del bolsillo del chaleco comenzó á extraer con dos dedos monedas pequeñas de cobre y de plata.

—Para usted, tome.

---

(1) En San Pedro han formado una danza
Al son de guitarra y violines;
Ya los curas no llevan alzacuellos,
Porque les ha salido un callo.
En San Pedro han formado una danza.

—Para usted.

—Para usted también.

Era de una dulzura, de una bondad extrema con estos pobres, que no cesaban de bendecir después de haber recibido.

Detenía su caballo, se inclinaba, depositaba la moneda en la mano sucia que le tendían los mendigos.

La señora iba delante, al paso tranquilo de su yegua: el criado seguía, mirando con atención todos los movimientos del joven.

Cuando llegó junto á Zio Juanne Battista, Giame lanzó una moneda en la alforja abierta de un mendigo que era ó fingía ser ciego; luego sacó otra moneda y la dió al anciano guardia.

El viejo, que miraba con atención al recién llegado, rehusó altaneramente la limosna.

—Yo no soy un mendigo.

—Dispense usted entonces—dijo el joven confuso.

Zio Juanne Battista se apaciguó, retuvo al amable joven y le dijo:

—Yo soy el guardia de la iglesia y conozco esa yegua—y señalaba al animal con el dedo:—me pertenecía.

—¡Cómo! ¿Á usted?

—Sí, á mí, palabra de honor—exclamó el viejo poniéndose la mano en el pecho.

Sin embargo, mientras el ciego buscaba su moneda en el fondo de su alforja y bendecía con una voz monótona al que le había hecho la limosna, llegó el criado.

—Salud, Zio Juanne Battista—gritó al detener su caballo.

El viejo miró aquella cabezota de pelo gris, largo y enmarañado, y reconoció inmediatamente al criado.

Respondió al saludo; luego se volvió de nuevo hacia el joven.

—Su señoría ¿es acaso el hijo del señor á quien vendí la yegua hace cuatro años? Ahora la bestia está más suave, como es natural, pero la reconocí en seguida; y además reconozco también á ese hombre. El padre de su señoría era un hombre grueso con ojos de gato.

—¡Precisamente!—dijo Giame riéndose.

—¡Ah! ¡Su señoría tiene también los ojos verdes! Se ve que es usted hijo suyo—gritó el viejecito, mirando fijamente á Giame.—Basta. Si tiene usted necesidad de algo: esta señora es su madre, ¿no es eso? Mande usted.

—Tenemos que arreglarnos para la noche—dijo Ghisparru.

—Bien, bien, vengan; vengan sus señorías; vamos á arreglarlo todo.

El viejo se puso á caminar junto al caballo de Giame.

Cuando llegó al atrio, donde esperaba Donna Lillica, el joven volvió á u lado el caballo, bajó su sombrero sobre la frente y miró el paisaje.

El sol había desaparecido; pero toda la llanura, toda la vegetación tupida, de un verde dorado, las enrojecidas amapolas, la línea argentada de la

mieses, las praderas cubiertas de violetas, cada brezo, cada tallo, aún calientes del sol, surgían inmóviles, centelleantes, como absortos en la misteriosa contemplación del crepúsculo.

El cielo se fundía, límpido, de un azul perlino, sin vapores, ni siquiera en el ocaso, donde el sol había desaparecido como una perla.

Giame sintió un transporte de júbilo ante toda esta belleza. Y ni la voz ni la presencia de los mendigos acampados á lo largo del sendero, ni los rugidos y los cantos bárbaros de la muchedumbre, que profanaban la solemnidad de la hora y del paisaje, turbaron la luz de su corazón.

Sonrió, con sus hermosos ojos brillantes; hubiera querido inclinarse, saludar la hermosa tarde, el hermoso paisaje; lanzar al aire un grito de alegría.

Atravesaron la primera explanada.

Los campesinos bailaban aún, teniendo por la mano á las mujeres, que sonreían, cansadas.

E da chi la idèi—la idèi,
E da chi la idèi—la idèi,
E da chi la idèi—la idèi...

Un grupo bastante numeroso se había reunido alrededor de un individuo vestido de fustán, con una bufanda de seda azul al cuello. El hombre contaba algo y todos reían é interrumpían el relato con saladas observaciones.

Al ver pasar á Giame y á su madre, un labrador gritó:

—¡Viva la señora!

—¡Y viva el caballero!—respondieron algunos otros.

Las personas reunidas se volvieron riendo: el hombre de la bufanda azul se levantó, miró, luego se sentó y volvió á su historia.

Los bailarines entonaron en honor de la señora Lillica:

Ca er bessida mi signora,
S'allirghet d'ogni muntagna:
Paret s'istella aurora... (1).

Giame, su madre y el criado se bajaron del caballo delante de la habitación del guardia.

Donna Lillica sacudió su zagalejo, dió algunos pasos; estaba abotargada del viaje.

—Este hombre—le dijo Giame presentándole al viejo—es el guardia de la iglesia, y ha reconocido á la yegua: él es quien la vendió á papá.

—Es cierto—dijo Ghisparru.

---

(1)
Por que salió mi señora,
Las montañas se alegraron:
¡Parece la misma aurora...!

—La he vendido por treinta y cinco escudos—repitió el viejo acariciando al animal;—¡eh, palomita!, ¿te acuerdas? Tú eres siempre la misma; estás un poco mejor. Es que has comido cebada y paja. Tus ancas parecen un espejo. Basta. Sus señorías pueden quedar á gusto aquí en mi alcobita. Hay esteras, y luego pediremos algunos cobertores al ermitaño.

Mientras Ghisparru, ayudado de Giame, descargaba las alforjas y desensillaba á los caballos, Donna Lillica continuaba yendo y viniendo para desentumecer las piernas, arreglaba su blusa y su collar. Quería entrar con decencia en la iglesia.

Algunas mujeres se asomaban á las puertas, la miraban con curiosidad y la saludaban sonriendo, adivinando en ella una mujer rica. En ese momento entró en la explanada el hombre vestido de fustán, con su bufanda azul al cuello. Se acercó agitando los brazos y gritando:

—¡Salud, Donna Lillica! ¡Salud, señora! ¡Salud!

—¿Tú aquí también, Bellia?

Era el antiguo criado, salido poco antes de la cárcel.

—Yo aquí también. ¿No le parece á usted, señora? He venido á pedir á San Juan Bautista que toque el corazón de Antonio Dalvy para que me vuelva á tomar á su servicio. Ja, ja, ja...

Reía con una risa forzada y perversa. Giame y el guardia estaban en el interior de la habitación. Ghisparru desenganchaba los caballos; viendo á Bellia, y notando al mismo tiempo que estaba borracho, le miraba con disgusto.

—¡Fuera!—gritaba;—éste no es sitio de andar en cuestiones. Tú has venido por tu lado, nosotros por el nuestro. Vete á tu cuento.

Bellia se estremeció de súbito; luego se echó á reir mirando fijamente al criado.

—¡Oh, oh! ¿También tú estás aquí, *ballio?* Pues bien, ya hablaremos también contigo de nuestros asuntos, y con la señora, y con tu vástago...

—¡Vete á acostar!—rugió Ghisparru avanzando hacia él.

—¡Y con éste también!—rugió Bellia señalando con el dedo á Zio Juanne, que salía con Giame.

El viejecito le miró pasmado y en aquella facha no le reconoció. Pero notó que aquel hombre estaba borracho.

—¿No me reconoce usted, Zio Juanne Battista, hijo de San Antonio?

—¡Todos somos hijos de Dios!—respondió el viejo, herido.—¿Y tú de quién eres hijo? ¡Quién sabe!

—¿Quién lo sabe? Yo lo sé. Pero usted no lo sabe. Usted es hijo de San Antonio; y yo soy hijo de mis obras.

—¡Buenas obras!—dijo la señora Lillica, encaminándose hacia la iglesi

Bellia se volvió, la siguió con la mirada, se rió otra vez.

—¡Rece usted bien, señora! Rece usted por todo el mundo, por los hoı bres y por los animales, por los zorros y por los lagartos, por los buitres por las palomas.....

—¡Y por los burros! ¡Vete á acostarte!—le repitió Ghisparru, amenazador.

—Sí, sí, voy á acostarme, porque estoy borracho. Pero no sólo es vino lo que tengo en el cuerpo; hay otra cosa, hay hiel, ajenjo, veneno, cuchillos..... Me voy, me voy; pero usted, señor sabihondo, no se ponga muy furioso; más tarde, cuando me haya pasado la borrachera, hablaremos. Y también con éste.

El borracho se volvía sin cesar hacia el guardia, mirándole con sus ojillos legañosos que brillaban.

Zio Juanne también le miraba, y le parecía haberle visto en otro tiempo, y un recuerdo vago, casi penoso, le desfloraba el espíritu sin dejarle tranquilizarse.

Y él también decía:

—Vete, vete á acostarte.

Entre tanto, con Ghisparru y Giame, se ocupaba en instalar los caballos en una cuadra vacía, aplicándoles á las ventanas de la nariz una muserola llena de paja. Bellia continuaba titubeando, esparciendo á su alrededor un olor terrible de alcohol.

—No me reconoce usted—dijo al viejo:—pues voy á decirle yo quién soy. Soy Bellia Fava, aquel criado de Antonio Dalvy, el que ha comprado la yegua que le había regalado el señor del continente, el loco.

El viejecito pestañeó los ojos, hizo un movimiento extraño, pero se repuso al punto y dijo:

—El loco eres tú, ojos de víbora, y no ese señor; vete, vete, vete á acostarte.

—¡Vete, vete!—repetía también Giame, bajándose para abrochar la polaina.

A fuerza de oirlo decir, el borracho pareció hipnotizado por la idea de irse á acostar.

—Sí, sí, me voy, y dormiré debajo de un zarzal; sí, iré y vomitaré el aguardiente y el vino que tengo en el cuerpo; pero tengo que vomitar también otra cosa. Está bien, ya hablaremos de eso; sabré buscaros esta noche.

Y se fué.

—¡Vete al diablo!—dijo Ghisparru.

—¡Silencio! No le provoquéis—murmuró Giame. Luego se volvió hacia el guardia y le dijo:—Veamos: en dos palabras, cuénteme la historia de la mujer endemoniada que fundó esta iglesia.

Muy contento, Zio Juanne repitió la historia de Donna Rafaela Perella.

Giame escuchaba atentamente, con la espalda apoyada en la pared; y el criado escuchaba, pero con aire inquieto é irritado.

...da la historia, entraron en la iglesia. El criado puso su gorro doblado ... una losa y se arrodilló encima.

... figura salvaje se alzó hacia el santo vestido de pieles y sus labios se ...an pronunciando una oración ferviente.

En medio de la iglesia, sobre un pedazo de paño amarillo, estaba posado el nicho de cristal que se acostumbraba á llevar para pedir la ofrenda en los pueblos. Dos velas encendidas hacían brillar el fanal, detrás del cual la estatuilla tendía sus brazos. Un cordero blanco lamía el corto vestido del santo.

Antes de abandonar la iglesia, los devotos se arrodillaban sobre el pedazo raído de alfombra amarilla, rezaban, besaban el nicho y dejaban su ofrenda en un plato de metal.

Giame lo observó todo; dió con la punta del pie la vuelta á la alfombra, luego se puso á descifrar las inscripciones. La luz rosada de la tarde moría en la bóveda de la iglesia; algunas golondrinas pasaban lanzando gritos más débiles.

Giame buscaba en las piedras la leyenda de la dama endemoniada que por las noches corría á caballo, á través de estas llanuras salvajes, al declinar una antigua primavera; pero sintió en seguida una viva contrariedad al leer en una piedra que los fundadores habían sido siete. Entre ellos estaba, en efecto, la muy ilustre señora Rafaela Perella de Castra; pero no se hablaba de correrías nocturnas á caballo, ni de demonio, ni de viaje á Roma.

—Acaso haya otros documentos—pensó Giame.

Se volvió. Vió á su madre y á Ghisparru arrodillados en la alfombra amarilla, con la cual hacía una sola mancha dorada el traje fastuoso de Donna Lillica; pero la atención de Giame fué atraída especialmente por la actitud del criado, que rezaba con fervor intenso.

—¿Qué pedirá?—pensó.

Se detuvo á mirarle atentamente. Por las ventanas penetraba con la brisa un fresco olor de hierba y de las explanadas llegaba siempre la cadencia de los cantos salvajes:

Inie b'er Baròre, b'er Baròre.....

Durante ese período de tiempo, Zio Juanne Battista buscaba al prior para advertirle que allí estaba una rica señora y su hijo y que fuese á hacerle sus saludos.

Al pasar por la segunda explanada, vió que Bellia, en lugar de acostarse, estaba sentado en el pretil de una ventana, en medio de un grupo de borrachos, y contaba, medio en sardo, medio en italiano, anécdotas bastante indecentes de sus compañeros de reclusión.

El viejo se detuvo un momento, mirando los ojos legañosos y la bufanda azul de Bellia.

Apenas Bellia distinguió al guardia, levantóse gritando:

—¡Hola, hijo de San Antonio!

Y se sentó otra vez, riéndose.

Zio Juanne se estremeció y recordó al punto algo terrible.

III

Apenas avisado, el prior fué á ver á los Dalvy, los colmó de cumplidos, los llevó consigo y los presentó á su mujer, una campesina gruesa, imponente, con el cuello cargado de collares y de medallas de filigrana.

—Grescia, aquí están una señora y un doctor. Pronto, café, *rosolio*, pasteles, *caschettas*, todo lo que tengo. Quisiéramos poder hacer más, agregó inclinándose ligeramente, como un caballero.

Pero su mujer estaba muy tranquila, muy digna; no se conmovió y hasta pareció hacer una gran concesión con cumplimentar á los extranjeros. Hizo que se sentase Lillica en el mejor sitio de la *cumbissia*, examinó su collar y le dijo con nobleza:

—Aquí está uno en el campo. Se hace lo que se puede.

Sin embargo, las mujeres que estaban de servicio prepararon el café. En un rincón, una linda muchachita, con capellina encarnada, con la frente cubierta por una espesa franja de seda negra, mecía á un niño que piaba como un pájaro y alzaba sus bracitos al aire.

—*¡Pipiu! ¡Pipiu!* ¡Corderito mío!—decían las mujeres volviéndose á cada momento hacia el niño.

—¡Pronto, pronto, mujeres!—gritaba el prior, vertiendo un licor verde en las copas. ¡Es una señora! ¡es un doctor!

Y descubrió el papel de pasteles, todos mezclados: estaba enrojecido, con la barba en desorden y la camisa desabrochada.

Su mujer se irritaba contra sí misma; pero, para no perder la paciencia, no le miraba siquiera, muy ocupada, al parecer, en hacer los honores á la dama.

Giame observaba la escena.

El prior les invitó á la comida que había de celebrarse en casa del capellán, y no admitió ni réplica ni gracias. Decía:

—Hay que ser hombres. Hay que comer, beber, aceptar las invitaciones. Hay que parecer personas de mundo; hay que ser hombres.

Por parecer que eran personas de mundo, los Dalvy tuvieron que aceptar.

En esto llegó el capellán en persona, luego otros dos ó tres labradores, y todos querían coger por su cuenta á los Dalvy, colmándolos de cortesías, sin conocerlos siquiera de nombre.

—¡Bien!—dijo Giame, marchándose por un momento.—Vuelvo en seguida.

Iba en busca de su criado. Caía una noche divina, estrellada. Los ruidos desvanecían en el aire perfumado; una parte de la muchedumbre se había desbandado á través de los campos: se arrancaban y se acarreaban ramas de lentisco para hacer delante del atrio la hoguera de San Juan.

—Ghisparru—dijo Giame, cuando encontró al criado,—estamos invita-

dos á comer. Mi madre dormirá en casa de la priora. Tú come con el guardia. Cuida de los caballos.

Y se detuvo un momento ante el horizonte límpido, pensando en la poesía solitaria del matorral, no profanada por la multitud.

Poco á poco se hizo un silencio relativo en las explanadas. La multitud comía.

Ghisparru y Zio Juanne Battista metieron un queso entero en una espita de madera y lo hicieron tostar á fuego lento. Luego el doméstico cogió en las alforjas de sus amos el vino, los *spianate*, lucientes como marfil, la manteca y la sal. Y comieron.

—¿Tiene muchos hijos tu patrón?—preguntó el guardia.

—Éste y dos hijas casadas con ricos caballeros.

—¿Son muy ricos?

—Ricos como la mar. ¡Ah, sí, muy ricos! Y el patrón ha comenzado con nada, ¿sabe usted? Iba por los pueblos comprando pieles de cordero.

—Quien sabe arreglárselas—dijo sentenciosamente Zio Juanne,—de una piel de cordero hace una piel de león. ¿Y ése es tu vástago?

—Mi vástago.

—Es un doctor, ¿no es eso?

—Es un doctor.

Por un momento el criado, que parecía preocupado y triste, se calló. Luego se animó y se puso á hablar de Giame con un afecto entusiasta.

—Sí—repuso,—es un doctor. Pero ¿qué edad cree usted que tendrá? No tiene más que veintidós años. Recuerdo bien cuando nació. Mi mujer fué quien lo crió y desde entonces siempre hemos vivido en su casa. Cuando hizo los exámenes el año pasado, todo el país estuvo de fiesta. Porque escribe en el periódico. Y luego ¡es tan bueno! Inocente como un lagarto. Le traían trigo, vino, miel, naranjas y lana. Cualquiera creería que se celebraba una boda. Es incapaz de hacer daño á una mosca; está siempre estudiando, y tiene buenas palabras para todos. En el establo se hace contar las historietas de los pastores y las pone luego por escrito.

—¡Ah!—observó el guardia;—¿por eso ha querido oir la historia de la señora Rafaela Perella?

—Escuche usted, Zio Juanne. En el mes de Marzo estuvo enfermo, á punto de morir. Entonces yo hice un voto: Santu Juanne Battista, curadle, y yo prometo que le haré venir á vuestra fiesta. Entonces se curó. Yo se lo dije. Antes él creía mucho en Dios, pero ahora apenas cree. Entonces se echó á reir. Dijo: «¿Dónde está esa iglesia?» Yo le dije esto y aquello y se lo conté todo. La historia de Donna Rafaela le gustó mucho. Y entonces dijo: «¡Pues iremos; eso debe ser *balio*». Al saber la cosa, Antonio Dalvy rabió como un perro y me injurió como un demonio. Entonces Donna Lillic dijo: «¡Ah! Si es así, iré yo también». Antonio Dalvy se puso más furioso pero después marchó de viaje y aquí estamos.

—Es una mujer soberbia, ¿eh?

—Hay que conocerla—dijo Ghisparru.

—¡Y tiene una garganta!—observó maliciosamente el anciano.

—¡Una garganta y otras cosas!

Después de la comida, los dos viejos salieron. Las explanadas se animaban de nuevo. Una columna de humo, un acre olor de lentisco subía y se esparcía por el aire, viniendo de la hoguera que comenzaba á brillar y á crepitar en la explanada.

Los caballos de los Dalvy se coceaban, piafaban, hacían un gran estrépito en la cuadra.

—Debiera dárseles de beber y comer—dijo el guardia.

—¿Y si los roban?

—Vamos entonces.

Ghisparru se dirigió hacia la cuadra y trató de calmar á los animales; pero éstos se agitaban cada vez más, tirando coces contra la pared y en el suelo.

Entonces el criado fué á buscar á sus amos, que comían en casa del capellán. La comida terminaba; á la mesa no estaban sentados más que los hombres y Donna Lillica, y las mujeres hacían el servicio. Estaban casi todos borrachos, con el rostro inflamado; los ojos y los dientes brillaban.

Giame pedía datos sobre la fundación y los usos de la fiesta, y todos le respondían á la vez, la mayoría de las veces con necedades que le hacían sonreir.

Al ver á Ghisparru se levantó apresuradamente y fué á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó enjuagándose la boca.

—Los caballos se pegan y se dan coces. Valdría más sacarlos á pacer.

—Como quieras. Pues entonces vale más también que tú duermas al aire libre para guardarlos.

—Sí—dijo el criado. Y quedó un instante silencioso, pensativo. Luego agregó: —Me pondré junto á ese vallado, al extremo del sendero. Si por casualidad me buscases.....

—¿Buscarte? ¿Para qué?

—¿Quién sabe?..... A veces.....

Salió, volvió á la cuadra, quitó las muserolas del cuello de los caballos y los llevó tras sí, á pesar de su resistencia y de sus coces, con un rigor feroz, que no se hubiera esperado de parte suya.

Al pasar ante la gran hoguera de lentisco, alrededor de la cual los campesinos bailaban y cantaban como salvajes, buscó con la mirada á Bellia. Be[illegible] no estaba allí. Desde el anochecer no le habían visto.

[illegible]guramente está durmiendo—pensó,—y no está dispuesto á despertar

[illegible]tinuó, seguido por los caballos, que respingaban, y se dirigió hacia el [illegible]ovuelo. Llegado allí, desató y quitó las cuerdas del cuello de los caba-

llos, que hundieron sus hocicos en la corriente, bajo los tamarindos inmóviles.

El silencio era profundo. Veíase la iglesia iluminada por la llama, y la claridad roja se esparcía por la llanura, hasta las aguas tranquilas y los tamarindos inmóviles.

Pero los rumores no llegaban, y durante algunos momentos sólo el ruido que hacían los caballos al beber interrumpió el silencio. Luego, nada. Los caballos echaron á correr por la pradera, y Ghisparru se extendió sobre la hierba, pero quedó con los ojos abiertos. Sentía el corazón oprimido y esperaba con angustia.

Serían las once.

La Sra. Lillica se había retirado con la priora, y Zio Juanne Battista había preparado la cama de Giame con dos esteras, una almohada encarnada y un cobertor amarillo que le había dado el capellán.

Ahora el viejecito esperaba, sentado en el dintel de su habitación. El aire era fresco en la explanada desierta; á través de los portales entreabiertos distinguíase el fuego que iba extinguiéndose y un lado de matorral iluminado.

Los bailes habían cesado, pero algunos cantos seguían elevándose en la noche clara, en coros melancólicos.

Zio Juanne se sentía alegre, como no lo había estado desde mucho antes. El vino, la comida, la charla, el pensamiento de que dormía junto á un señor, aturdíanle.

Se sentía invadido de un calor, de un sopor deliciosos. Él también, ¡el viejo ermitaño!, había echado una cana al aire aquella tarde.

De pronto vió á un hombre entrar y acercarse á él. Reconoció al punto la bufanda azul de Bellia, y se estremeció. Hubiérase dicho que el antiguo criado le causaba una especie de terror instintivo.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

Bellia se sentó en el suelo, cerca de la puerta, y habló. Tenía la voz ronca, el aliento aún cargado de un olor de vino, pero parecía algo despejado de la borrachera.

—¿Qué quiero? Espero al doctor, al señorito. ¿No le ves allí junto al fuego? Está muy contento. Su cara de papel mascado se ha enrojecido. ¿No le ve usted, Zio Juanne Battista?—Le trataba tan pronto de *usted* como de *tú*.

—No veo nada—dijo el viejo.

—No ve usted nada? Pues yo lo veo como si yo estuviese allí. Hay una muchacha alta, delgada como un huso, con los ojos azules y la cara más blanca que su camisa. ¿No la ve usted? ¿Está usted ciego? El doctor está á su lado y le dice: Recítame una *cloba* de tu país, hermosa.

Bellia, con los ojos fijos á lo lejos, se puso á canturrear un ritornelo de Logudoro; luego dijo:

—Está alegre el doctorcillo. ¿No crees que está borracho también?

—¿Qué me importa?

—El vino es para los hombres. Sí; él está borracho, tú estás borracho, yo estoy borracho.

—Tú, sí; yo, no—dijo altaneramente Juanne Battista.

—He dormido bajo un zarzal de tamarindo, con los pies en el agua. Las langostas me tapaban los ojos; me parecía estar entre los presos.

—¿Qué presos?—preguntó el viejo.

Pero Bellia no respondió, sumergido en una visión sombría.

Después de un corto silencio preguntó:

—¿Y Ghisparru?

—No sé.

Se callaron otra vez. Luego Bellia comenzó y su voz rugía.

—¿Qué presos? *Los de allí, donde yo estaba.* Verdaderas bestias salvajes. Y luego ¡qué hambre he sufrido! Y siempre con la boca cerrada. No sé cómo he salido vivo.

Zio Juanne comprendió de qué se hablaba y de repente preguntó:

—Pero ¿por qué buscas al señorito?

—¿Por qué busco al señorito? Para negocios—repuso Bellia gruñendo.

—Pero ¿no podías hablarle en vuestro pueblo?

—¡No; aquí, aquí! ¡Ah, ya vuelven!

—Vete á acostarte—dijo el viejo excitado.—Deja al mundo en paz.

Bellia se volvió hacia él con ira.

—Voy á darte yo paz, viejo bastardo. Si no te callas te apaleo; te aplasto como á una langosta. ¡Yo soy un hombre, yo! Yo he entrado en el infierno y he salido vivo. Y conozco muchos secretos, viejo lagarto.

El viejo se sintió débil, cobarde y se calló. Entraba gente; la hoguera comenzaba á apagarse.

—Todos están borrachos—dijo Bellia con desprecio;—míralos caminar, sus piernas parecen nabos. ¡Ah!, el calor de la hoguera ha trabajado bien. Hasta ese cuervo de capellán!... Es natural—agregó,—á las fiestas se va para beber; ¡y también para otra cosa!—concluyó.

—¡Zio Juanne Battista!—llamó Giame, que llegaba escoltado del prior.

—Aquí estoy—respondió el viejo.

—¿Quién es este hombre?—preguntó el prior.

—¡Un hombre!—respondió Bellia.

—¡Ah! ¿eres tú, Bellia?—dijo Giame.

—Yo soy.

—Pues buenas noches y gracias y hasta mañana—dijo Giame al prior.

—Gracias y buenas noches y hasta mañana. Buenas noches.

—Buenas noches.

— …enas noches, dijo Bellia.

…rior se fué titubeando; Giame preguntó bromeando al guardia:

— …stá preparada mi cama?

— …á preparada, señoría. Pero este hombre...

Bellia, que se había puesto de pie, no le dejó continuar:

—Pues sí; ¿qué tiene usted que decir? Deje al señor hablarme. «Ese hombre» desea hablar á su señoría.

—Mañana—dijo Giame.

—No, ahora, inmediatamente, y ahí...

Y señaló con el dedo la puerta de la iglesia, aún abierta, alumbrada por las lámparas.

—Vete á acostarte, Bellia; mañana hablaremos.

El otro alzó la voz:

—No me crea usted borracho aún, señor Giame. Si quiero hablarle, es para decirle una cosa de importancia, una cosa que usted recordará toda la vida.

Giame se sintió impresionado por las frases y por el acento del criado.

—Pues vamos—dijo bruscamente sacudiendo su cabeza,—vamos á escuchar eso.

—Venga usted también—dijo Bellia al viejo, haciéndole señal de que le siguiese.

—Que tengo que hacer.

—Venga usted.

—Venga—dijo Giame.

Zio Juanne cerró la puerta de su habitación y los tres entraron en la iglesia desierta, iluminada por las lámparas. La parte baja de las paredes y el ornamento de los altares quedaban en la penumbra.

Las lámparas proyectaban por encima de sí grandes sombras vacilantes; en el centro de la iglesia, la alfombra amarilla, con el nicho del santo, reposaba en la penumbra. Los tres hombres se sentaron en el fondo: Bellia en medio, Giame á su derecha, Zio Juanne á su izquierda.

Zio Juanne estiraba la cabeza para oir mejor, tomado de una viva curiosidad.

—Despáchate, porque tengo sueño—dijo Giame aburrido.

—Pues entonces, doctor Giame—repuso Bellia con su voz ronca,—escúcheme usted bien. No será larga la cosa. Salgo de la cárcel, donde he sufrido tanta hambre y he cogido una enfermedad. Soy un hombre perdido. Antonio Dalvy podía y debía salvarme, y no lo ha hecho; no ha tenido compasión: luego, al regreso, en lugar de tomarme otra vez á su servicio, me ha desechado como á un perro sarnoso. «Vete fuera de aquí», agregó agitando las manos como para rechazar á una bestia.

—Continúa.

—Sí, sí, echa al perro, Antonio Dalvy. Pero el perro te morderá.

—Acaba de una vez—gritó Giame levantándose:—¿qué tienes que decir á mi padre? Si no acabas, me voy, animal.

—Sí, sí, animal; siéntese usted, señor doctor, se lo suplico. Tengo aún que decir algunas palabras á ese viejecito. Escuche usted.

—¿A mí, Zio Juanne?

—A ti. ¿Te acuerdas, viejo hipócrita, que hace cuatro años yo, Ghisparru y el patrón Antonio Dalvy pasamos por aquí y te compramos una yegua? ¿Es cierto, sí ó no?

—Completamente cierto.

—Pues bien; cuando compramos la yegua, Antonio Dalvy la pagó en billetes nuevos. Y tú le dijiste: ¡Ésos son buenos billetes! ¿Es cierto, sí ó no? Completamente cierto. Pues bien; después tú dijiste á Antonio Dalvy: Si su señoría lo desea, voy á enseñarle la iglesia y las habitaciones. ¿Es cierto? Y lo llevaste contigo. Y luego, al salir, le suplicaste que te cambiase en billetes nuevos una suma que tenías en billetes viejos..... No lo niegues.....

—Pero yo.....

—Usted cállese, viejo bastardo. ¡Niegue usted si puede! ¡Jure usted ante el santo que eso no es cierto! ¡Jura! ¡Jura que Antonio Dalvy no entró contigo en la *cumbissia* y no te cambió los billetes!

—Pues sí, es cierto—confesó Zio Juanne Battista.

Giame se puso sombrío; vió como una sombra monstruosa pasar delante de él. Y escuchó con atención, con el alma suspensa.

—Espera un poco, mochuelo, que continúe mi historia. Tú tenías los billetes en una bolsa de cuero. La bolsa estaba oculta debajo de una piedra, oculta á su vez en el suelo de la *cumbissia*. Espera otro poco. Una noche, un mes después de haberte comprado la yegua, el 13 de Junio, yo y Ghisparru Porru, el *balio* de este doctor, estábamos de viaje por los alrededores para asuntos del patrón. Nos acostábamos en los campos. Aquella noche, mochuelo, dormías tranquilo en tu *cumbissia* cuando oíste un ruido. Un hombre había entrado por la ventana y removía la tierra en el sitio donde estaba oculta tu bolsa. Era noche de luna, ¿se acuerda usted, viejo? A esta claridad, el hombre que había entrado por la ventana vió que te movías, que tenías los ojos desencajados, grandes como huevos. Inmediatamente ¿qué es lo que hizo? Se arroja sobre usted, le echa la mano al cuello y aprieta; luego le tira encima todas las esteras y las cestas, coge la bolsa y se va. Buenas noches. Creía haberle matado á usted, pero tienes más vida que un gato, y que el diablo te estrangule. ¿Es ó no cierto todo eso?

—¡Ah! ¿eras tú, eras tú?—dijo Zio Juanne temblando.—Es verdad.

—Sí, era yo. Ahora he acabado, señor Giame. He ido á la cárcel, porque los billetes que Antonio Dalvy dió al viejo eran falsos.

Giame no respondió. Había adivinado desde un principio y ahora no oía nada, no veía nada. La sombra monstruosa le rodeaba y le sofocaba.

Bellia le miró, y por un momento tuvo compasión ante aquel rostro cadav[illegible]o de niño asustado. ¿Qué pasó entonces en el misterio inmundo de aqu[illegible] alma abyecta? Acaso la necesidad de aliviar á Giame demostrándole que [illegible]dos los hombres son malos.

[illegible] sabe usted por qué ese viejo ermitaño, ese santo hombre, no denun[illegible]l hecho? Voy á decírselo, doctor. Porque esos billetes que había

dado á Antonio Dalvy habían sido robados al santo. Eran las limosnas que los fieles daban al santo y que este hombre se apropiaba.

Zio Juanne también estaba helado de terror. ¿Cómo Bellia conocía su fraude? ¿Era el demonio? Con los grandes ojos abiertos miraba tan pronto á Giame como á Bellia.

Y hubiera querido huir, ocultarse, pero no podía; y se sentía clavado en su sitio, sin valor. De repente preguntó Giame:

—¿Y Ghisparru lo sabía?

—Sí; cuando me detuvieron le hice saber dónde había estado la noche del 13 de Junio, cuando le había dejado dormir solo en los campos; pero él no ha querido decir una buena palabra en mi favor... y lo sabía todo... el jabalí... y...

Giame no le dejó proseguir.

—¡Salga usted, salga usted, ó tiro!—dijo cogiendo su revólver.

Los dos hombres salieron.

Entonces, solo, temblando, Giame hizo un esfuerzo sobre sí mismo y trató de reunir sus ideas. Una desesperación indecible le invadió, y acercó el arma á su sien; pero no podía, no quería morir. Sintió que el mundo, que hasta entonces le había parecido bello, era una interminable cadena de males y de fealdades.

Y esta cadena comenzaba en Ghisparru, el hombre salvaje que, por un afecto irreflexivo, burlaba la justicia, y acababa en él, el hombre civilizado y consciente, que ni siquiera sabía morir ante la infamia de su padre y del mundo entero.

Pero al interrogarse mejor notó que un hilo de luz le retenía aún á la vida. Y á medida que sus ideas se ordenaban de nuevo, ese hilo se alargaba; la luz brillaba cada vez más.

La sombra monstruosa se alejó un poco.

Entonces se levantó, caminó hasta al altar, cogió un objeto y salió. Atravesó las explanadas silenciosas y fué en busca de Ghisparru.

La luna en menguante acababa de asomar en la línea negra de las praderas que cerraban el horizonte. Su claridad oblicua daba un encanto extraño á los matorrales; las zarzas de los prados, iluminadas de un lado, arrojaban del otro sobre la hierba obscura sombras alargadas. Un silencio profundo, una paz misteriosa. Se sentía caer el rocío y la frescura mezclarse á los olores de la noche.

El criado se había adormecido; pero aún en su sueño, ligero é inquieto, tenía pensamientos indistintos, y esperaba algo.

Oyó de lejos los pasos de Giame y se despertó, pero sin moverse, y cerró los ojos cuando su amo estuvo junto á él.

—¡Ghisparru, *balio!*—llamó Giame.—¿Dónde estás?

El otro permaneció mudo, pero sentía palpitar violentamente su corazón. Al fin, Giame le vió, se acercó, se echó sobre la hierba.

—*Balio,* despiértate; ¡soy yo!—dijo sacudiéndole.

El criado fingió despertarse, se levantó y miró de frente á Giame.

La luna brillaba ante ellos, haciendo centellear las hierbas de largo tallo y atravesando los cálices rojos de las amapolas.

—¿Qué quieres?—preguntó el viejo criado.—¿Por qué estás tan pálido?

Luego sintió haber hecho esta pregunta. Pensó: «He hecho mal! No hubiera debido notar nada».

Giame no sabía por dónde comenzar: sentía la garganta oprimida; creía soñar.

Esta luna baja, oblicua; este paisaje misterioso, esta figura salvaje á su lado, sobre la hierba, todo le recordaba sueños extraños que había tenido en su infancia. Recuerdos lejanos pasaban por su espíritu. Una vez había querido seguir á su padre en uha caza de ciervos en el país de Foccano. Y para tenerle tranquilo, mientras se habían apostado, aplanado así en la hierba, Ghisparru le había contado una leyenda terrible. Lo mismo que esta noche.

Luego, de repente, volvió la figura larga y blanca de la aldeanita que le había recitado una graciosa *cloba* en dialecto de Logudoro. Después recordó toda la horrible historia contada por Bellia. Sintió de nuevo que la sombra monstruosa le ahogaba, le cogía por la garganta, como en su primer momento de espanto. Y con el espíritu extraviado se postró en tierra, mordió la hierba, sollozó y lloró convulsivamente.

Todo eso en un instante.

Ghisparru le cogió por las espaldas, le llamó con nombres tiernos y le hizo volver en sí.

Entonces se arrepintió ferozmente de haber llorado, y lo contó todo al viejo.

Ghisparru escuchó sin poner mal ceño.

—¿Y lo has creído?—preguntó.

—¿Y tú lo niegas?—dijo Giame con cólera.—¡Niega si puedes!

—Niego, por la leche que mi mujer te ha dado, hijo mío; lo que has oído no es más que una mentira.

La voz salvaje temblaba.

Giame sintió como un peso enorme que se le quitaba del pecho; pero no se rindió todavía.

—¡No, es cierto, es cierto! Zio Juanne Battista ha confesado.

—¡Maldito ermitaño!—gritó Ghisparru indignado.—¿Qué puede decir el ladrón de santos? Es cierto que Antonio Dalvy le ha cambiado sus billetes, pero los billetes eran buenos. Los falsos eran de Bellia, y Bellia los tenía como suyos y no los ha robado al guardia. Y la noche del 13 de Junio no se ha levantado de junto á mí.

— Y cómo sabe entonces, con todos sus detalles, el negocio de aquella noc ?

— ¡Qué sé yo!

—¿Y cómo sabe entonces que el guardia ha robado el dinero del santo?

—Confidencias que se hacen en la cárcel, hijo mío. Algún camarada le habrá contado esas historias, entonces él ha tejido y urdido su trama para intimidar á Antonio Dalvy, porque nadie, sino tu padre, puede darle trabajo.

Giame escuchaba ávidamente las benditas palabras; le parecía que el rocío inundaba su cabeza, le refrescaba, disipaba el círculo cruel que le machacaba la frente. Pero quedaba meditabundo.

De repente, mientras Ghisparru continuaba hablando, tratando de convencerle de la abyección de Bellia, sacó el objeto que había cogido en el altar de San Juan.

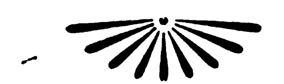
Era un cáliz de metal, que brilló bajo la luna.

—¿Lo ves, *balio?*—dijo enseñándoselo.—Lo he cogido en el altar de San Juan Bautista. Pues bien, este cáliz ha contenido sangre de Nuestro Señor Jesucristo y aún está bañado de ella; júrame por este cáliz que la noche del 13 de Junio, Bellia no se ha levantado de junto á ti.

Ghisparru se sintió desfallecer; pero ni un instante vaciló en cometer el sacrilegio.

Se arrodilló, extendió la mano sobre el cáliz y juró.

Sólo entonces Giame se sintió libertado de la pesadilla; pero le pareció que salía de una gran enfermedad, y se abandonó sobre la hierba, sumergiéndose, reposando á la luz de la luna, con la infinita dulzura de una convalecencia.



REVISTA DE REVISTAS

LA OPINION DE UN FILIPINO SOBRE EL PROBLEMA DE LAS FILIPINAS

North American Review (1).

Al tratar de la cuestión de las Filipinas (dice Juan Smunlong, miembro del Gremio Honorario de los Comisionados filipinos en la Exposición de San Luis y profesor en la Facultad de Leyes de Manila), es de gran importancia saber, en primer lugar, si los filipinos forman una unidad politica, capaz de perseguir un objeto común y conseguirlo; si, en una palabra, constituyen una verdadera nacionalidad, ó si, por el contrario, son únicamente tribus, una combinación accidental de elementos, sin afinidad mutua y dispuestos á perjudicarse ó aniquilarse unos á otros. Es evidente que al hablar del pueblo filipino nos referimos especialmente á esa parte predominante que está compuesta de siete millones de cristianos filipinos, y no tenemos en cuenta los restantes seiscientos mil, sean Itas, Moros ó Igorrotes, que pertenecen á una categoría aislada y que, por razón de su insignificancia numérica y su falta de cultura europea, tienen una relación social y política con los cristianos filipinos semejante á la que los indios norteamericanos mantuvieron con el pueblo de los Estados Unidos durante los primeros cincuenta años de la historia de esa nación. Estos cristianos filipinos, es decir, los tagalos, bisayanos, ilocanos, bicolos, pangasinanos y pampangos (para nombrar sólo los principales grupos), son de la misma raza malaya que en las épocas pre-españolas vinieron á poblar el archipiélago (2).

Aunque parezca extraño, el hecho que ha dado mayor fuerza á la suposición de que los filipinos están compuestos de tribus es, sin duda, lo que da la mejor evi-

(1) [illegible] e Diciembre de 1904.

(2) [illegible] palabra *tagalos*, con la cual se significa uno de los núcleos más importantes de la población filipi[illegible], deriva de *taga-ilog*, los que habitan sobre el río, y este nombre se dió á todos los primitivos mala[illegible]ros que vinieron á las islas, y que antes de su emigración vivían en las márgenes de un río malayo.

dencia de que forman un todo homogéneo. Porque los filipinos hablan varios dialectos, algunas personas creen que no constituyen una nación. Pero el que haga un ligero estudio de estos dialectos ve al punto que no son más que variaciones de una sola lengua original, que ha sido modificada por razones que sólo puede explicar un estudio profundo de la historia filipina antes de la dominación de los españoles. Para esto basta acudir á los caracteres físicos que distinguen á los tagalos, visayanos, ilocanos, etc., y que demuestran su íntima relación. El efecto unificante de la civilización cristiana y la oposición hecha á la omnipotente influencia de los frailes bajo el dominio español, así como la guerra que todos los filipinos entablaron contra España y los Estados Unidos por amor á la independencia, demuestran prácticamente su unidad real y determinada. Teniendo en cuenta estos hechos, agrega el articulista, sólo los que estén dotados de un cerebro obtuso dejarán de reconocer que entre los filipinos está desarrollándose un pueblo cuya individualidad política debe reconocerse más tarde ó más temprano. Un americano ó un europeo puede abrigar dudas sobre si los filipinos pueden algún día establecer y conservar un Gobierno independiente; pero si conoce la historia filipina, debe apreciar en su justo valor el progreso llevado á cabo por los filipinos bajo un régimen de gobierno en que todo tendía á impedir su adelanto, y debe reconocer que el pueblo filipino fué heroico en sus esfuerzos. La soberanía americana, á que ahora estamos sometidos, dice Smulong, y que ha venido á substituir á la española, la hemos aceptado en la confianza de que nos proporcionará medios para continuar nuestro progreso y para adquirir experiencia. Pero hoy los filipinos desean hacer un ensayo de *self-government*, porque es el único medio de conocer sus secretos y de saber si podemos allanar los obstáculos que se tropiezan en el camino. Algunos americanos insisten en que el Gobierno y la Administración de Filipinas quedará en manos de los funcionarios de su país, mientras que otros, no contentos con apropiarse la parte del león, proyectan sobre toda la raza filipina la sombra de la desconfianza y nos injurian, declarando francamente ó insinuando con disimulo que es incapaz de organizar un sistema republicano de Gobierno. «Cuando oímos esas cosas, inferimos que existe en algunos americanos un prejuicio que no les permite hacer justicia íntegra á otros pueblos.»

Respecto á los que desean que los Estados Unidos ejerzan un influjo absoluto en la práctica sobre el gobierno de las islas, hemos de decir que se equivocan en la cuestión filipina. El pueblo filipino ha recibido de España una educación, no oriental, sino europea, que ha puesto á un gran grupo de hombres en condiciones de dirigir el gobierno del país. Se ha dicho con frecuencia que la gran mayoría de la población, no sólo carece de experiencia política, sino hasta de la educación más elemental. Eso no es exacto, porque son muy raros los filipinos que no saben leer ni escribir su lengua, además del español. En cuanto á experiencia, no es extraño que carezca de ella el pueblo en gran parte, porque nunca ha tenido ocasión de adquirirla. Poco se necesita decir sobre el progreso pedagógico de los filipinos y su deseo de tomar participación en las ramas judiciales y otras administrativas, porque es de presumir que el público americano esté informado del interés que toman las

familias filipinas en mandar sus niños á las escuelas, y de la lealtad y abnegación con que los funcionarios filipinos cumplen las tareas que les incumben. Consideremos la cuestión sin apasionamiento, en la hipótesis de que el objeto de la intervención de los Estados Unidos en Filipinas esa ayudar á los filipinos á establecer un Gobierno libre por sí mismos. Es evidente que no se trata de realizar una empresa *de novo*, sino de llevar á cabo una obra que remate la verificada ya, y para esto no se necesita de parte de los Estados Unidos que ejerzan el dominio supremo sobre las islas. Todos los filipinos desean adoptar en las Filipinas el excelente sistema de gobierno que tan buen resultado dió en los Estados Unidos. Verdad es que los filipinos, al comenzar esta obra ardua, necesitarán la ayuda de los americanos, porque en tales casos, los consejos de la experiencia tienen un valor inapreciable. Verdad es también que los filipinos, siguiendo el ejemplo del Japón, desean extender en su país el conocimiento de la lengua inglesa, aunque no por la consideración de civilizarse más, sino porque el inglés es el indispensable vehículo de comunicación con la parte más adelantada de la raza humana. Pero concediendo que todo tienda á demostrar que la ayuda de los americanos en el gobierno y en la obra educativa es útil é indispensable durante cierto período de tiempo, es del todo innecesario deducir que los filipinos deban ser privados de la responsabilidad de su propio gobierno.

No es la impaciencia, ni tampoco la ambición de llegar á ser figuras importantes en el gobierno, lo que impulsa á los filipinos á pedir con urgencia el establecimiento del *self-government*. Es sólo el deseo de aminorar las dificultades, que cada día se van haciendo más graves y más temibles. Los americanos poco escrupulosos, en vista de la situación desorganizada de las islas, insisten en que los Estados Unidos traten á los filipinos como la Gran Bretaña á sus colonias. Esa actitud hace inspirar desconfianza en el corazón de los filipinos. Por otra parte, discutir si los Estados Unidos adquirieron su soberanía sobre las Filipinas legítima ó ilegítimamente, sería indiscreto. Los filipinos se preocupan más de la conducta presente y futura de los Estados Unidos que de la cuestión del pasado.

Pero ¿cuál es la actitud del pueblo filipino, ó al menos de la mayoría, sobre la cuestión de su porvenir? Con excepción del partido federal, no existen hoy grupos políticos organizados que hayan expresado en concreto sus ideas. El mismo partido federal (compuesto, en su mayoría, de los que habían tomado parte en la revolución, pero que estaban sinceramente á favor de la paz, de la adopción del gobierno con arreglo al plan americano y de un proceso de evolución para llevar todo esto á cabo con felicidad), está hoy en un período de radical transformación y de evolución crítica. Algunos entraron en el partido cuando se convencieron de la intención de los Estados Unidos de conservar las islas, y albergaron por algún tiempo la esperanza de formar parte de la Unión Americana, creyendo de buena fe que, habi[illegible]do perdido las confianzas de independencia, había llegado la mejor ocasión p[illegible] los filipinos de disfrutar de los mismos derechos que los ciudadanos de la Rep[illegible]ica que se habían arrogado la soberanía del país. Por el contrario, la mayor p[illegible] de las personas que no forman parte del partido federal están francamente á

favor de la independencia en breve plazo, sin preocuparse del proceso de evolución, que es la idea característica de los federales. Las crecientes rivalidades entre las potencias conquistadoras, que han dado por resultado una política agresiva en el Extremo Oriente, y la prueba por que Corea está pasando actualmente, viéndose comprometida en una sangrienta guerra, han abierto los ojos de los filipinos irreconciliables y les han inducido la creencia de que una cosa de igual importancia que el logro de la misma independencia es la garantía de que esa independencia no estará á merced de las ambiciones de los fuertes.

Hay otros dos grupos políticos en las Filipinas: los liberales y los demócratas. Los primeros tienen aspiraciones semejantes á las de los federales evolucionistas, y, por lo tanto, no tienen razón de ser, y los demócratas son partidarios casi tan decididos del nacionalismo como los mismos nacionalistas. El llamado Partido del Trabajo forma un grupo aparte, y, aunque su organización no es activa en la política general, simpatiza con los nacionalistas y radicales. «Resulta, pues — termina el articulista, — que en realidad sólo existen dos grandes partidos en las Filipinas: por una parte, los federales ó evolucionistas, y por otra los radicales ó partidarios de la independencia inmediata. Las aspiraciones de la gran mayoría del pueblo pueden resumirse así: 1.º, el establecimiento inmediato de un Gobierno presidido por filipinos con ayuda de los americanos; 2.º, la independencia futura del país: practicable inmediatamente, según los nacionalistas; después de un período de evolución, según los federales; 3.º, el protectorado de los Estados Unidos sobre la República filipina, ó, si esto no es realizable, una garantía internacional, conseguida con el auxilio é influencia del Gobierno de los Estados Unidos, asegurando la inviolabilidad de la independencia filipina.»

LA PROTECCION INTERNACIONAL DEL TRABAJO

(El Congreso de Basilea)

Revista Internacional (1).

Ercole Agliardi, delegado italiano en el Congreso de Basilea, resume los trabajos de éste en la siguiente forma. En la sesión postmeridiana del lunes 26 de Septiembre, el profesor Esteban Bauer se refiere á los estudios de la Oficina Internacional del Trabajo. Acerca de la cuestión de las industrias del plomo recuerda las tentativas hechas en Austria y Holanda y da un bosquejo de los reglamentos formulados en Bélgica y Alemania. En el Instituto Internacional, dice el profesor Bauer, se ha tratado de promover una agitación ficticia y la cuestión se ha discutido vi mente en Francia é Inglaterra. Pero no faltan pruebas de simpatía y aliento, y

(1) Diciembre de 1904.

ha mucho un anónimo consignaba al Instituto la fuerte suma de 25.000 marcos para el remedio de los accidentes de las industrias del plomo.

Al terminar de comentar el tratado franco-italiano de protección dei trabajo, toma la palabra, en medio de la general expectación, el Sr. Arthur Fontaine, el conocido *directeur du travail.* El tratado firmado el 14 de Abril de este año, dice él, que será ratificado cuanto antes por los respectivos Parlamentos, se debe al ministro Luzzati. Otros negociados condujeron á acuerdos para la proteccion del trabajo. El Gobierno francés se mostró primero reservado: parecía en verdad que los intereses de Italia, con sus 150.000 operarios empleados en Francia, fuesen desproporcionados á los nuestros. Unos 10.000 franceses trabajaban en Italia. Un estudio más detenido de la cuestión y el examen de ésta en varios aspectos obligaron á los hombres de Estado de Francia á adoptar una actitud favorable á un tratado. Se han aceptado facilidades semejantes para el caso gubernativo de seguros sobre la vejez. Otra cláusula se refiere al seguro de los operarios contra los accidentes, la invalidez ó la falta de trabajo. Algunos puntos se refieren al trabajo de las mujeres y de los niños, especialmente porque operarios jóvenes se encuentran en el extranjero bajo la dirección de los patronos. La segunda parte del tratado de protección del trabajo es referente á la conservación y al progreso de las leyes protectoras del trabajo en ambos países. La legislación de la protección del trabajo es en Italia y en Francia bastante dlferente. Por eso no podía tratarse de una igualdad. Se quiere impedir un retroceso y asegurar un progreso sucesivo. Las ventajas indirectas son las que han establecido el equilibrio del *do ut des.* Francia se ha asegurado la paz social.

Varios delegados encarecieron la gran importancia del tratado, primero en su género. El conde Soderini se levanta y lee el siguiente párrafo de una carta del cardenal Merry del Val: « Su Santidad, que se interesa mucho por las materias que forman el objeto de la reunión actual de Basilea, habiendo sabido que la cuestión operaria será estudiada desde el punto de vista del tratado del trabajo establecido entre Francia é Italia, para proteger los intereses de los operarios, en el orden de la seguridad, de la garantía para los accidentes, de la duración del trabajo, etc., ha expresado no sólo su satisfacción por el tratado ya concluído, sino también su vivo deseo de que se formen muchos otros en diferentes países, para el mayor bienestar de la clase obrera ». Milleraud observa: « El tratado franco-italiano de protección del trabajo es de altísima importancia social. Es necesario un sindicato recíproco á fin de que no se eludan los reglamentos impuestos por el tratado. Este sindicato no es una dificultad insuperable, como muchos creen. ¿No se encuentra por ventura una disposición semejante en la convención del azúcar? ¡Que lo que es posible en una convención sobre el azúcar no pueda ser obstáculo en un tratado de protección del tr[illegible]! » El profesor Mahaim de Lieja observa que el tratado franco-italiano de prote[illegible] del trabajo se distingue bien ventajosamente de la conferencia de Berlín, en la [illegible]e dejó en plena libertad á cada Estado. El tratado firmado es para la ciuda[illegible] adquisición de primer orden.

[illegible] sesión antemeridiana del miércoles 28 de Septiembre, el profesor Fran-

celde, representante de la primera Comisión, hace notar el contraste entre la importancia moral y la financiera de la Asociación. El aumento de trabajos de la Oficina Internacional del Trabajo no corresponde á sus entradas. Sobre el trabajo nocturno de los adolescentes informa el Dr. Kaufmann (tercera Comisión), observando que la prohibición del trabajo nocturno de los adolescentes es un viejo postulado de la protección del trabajo; pero éste está estrechamente ligado á la protección del trabajo nocturno de las mujeres y es oportuno convertirlas en una cuestión sola. El profesor Fay se aprovecha de la discusión para expresar el deseo de que la Oficina Internacional, en su discusión sobre el trabajo nocturno de los adolescentes, no se limite á los operarios industriales, sino que comprenda también á los adolescentes empleados en el comercio. Los estudios de las sesiones tendrán por guía el siguiente, cuestionario: 1.º ¿Cuántos son los niños y los adolescentes empleados en vuestro país; cuál es el número de los empleados durante la noche: *a*) según la edad; *b*) según la industria? 2.º ¿Cuántos son los que no disfrutan, por causa de las excepciones establecidas, del beneficio de la prohibición del trabajo nocturno? ¿En qué industrias y en qué forma? 3.º ¿Cuáles son los efectos de estas industrias y cómo se justifican? ¿Cuáles podrán suprimirse y cuáles serán los efectos de su supresión, sea en el aspecto técnico, sea en el aspecto económico? 4.º ¿Qué dificultades se ofrecerán para señalar en nuestro país á los diez y ocho años el límite de la protección de los operarios jóvenes? 5.º ¿Cuál es la duración legal del reposo nocturno? ¿Cuál es la duración del trabajo nocturno autorizado por vía de excepción y por qué motivos? 6.º ¿En qué industrias ha habido luego infracciones de la prohibición del trabajo nocturno? ¿Cuáles son los motivos? 7.º ¿Se pueden dar los mismos informes por los empleados?

Discutido este punto, tomaron la palabra, á nombre de la Comisión IV *(trabajo á domicilio)* el profesor Pic y el doctor Preper. La Asociación Internacional, dicen los dos relatores, no trata al presente de resolver la cuestión del trabajo á domicilio en toda su extensión: aspira, sin embargo, á una averiguación internacional que responda bien á dos puntos: 1.º ¿De qué manera la legislación sobre las fábricas influye en el trabajo á domicilio, si en realidad es cierto que una protección más intensa del trabajo en las fábricas tiende á apartar á los operarios de las fábricas y á extender el trabajo á domicilio, á establecer una forma más elevada de administración del trabajo, cual es, poco más ó menos, el trabajo en las fábricas, y favorecer una forma inferior no sujeta á protección? 2.º ¿Qué nuevas y particulares mudanzas se ofrecen en el trabajo á domicilio, sujetándolo á reglamentos y á limitaciones? La propuesta es aprobada por unanimidad, y el pastor Weber, conmovido, da las gracias.

LOS PRISIONEROS Y HERIDOS RUSOS EN EL JAPON

La Revue (1).

«Acabo de encontrar—dice el barón Suymatsu, antiguo ministro del Interior del Japón,—en un volúmen publicado recientemente con el título de *La Guerra Ruso-Japonesa*, por T. Cowen, la reproducción de un dibujo hecho por un artista japonés después de la batalla del Yalu. Se ve allí un soldado japonés inclinándose para depositar una guirnalda de flores silvestres sobre la tumba de un soldado ruso; hay en este sitio muchás sepulturas. Otro soldado japonés permanece inmóvil, con la mano en la frente, saludando militarmente al enemigo muerto. Estos gestos atestiguan mejor que prolijos escritos el espíritu de generosidad de que el soldado japonés da pruebas, en cualquier circunstancia, para con su adversario.»

Además de las medidas tomadas por el Gobierno—dice el articulista,—que yo he creído útil comentar brevemente con algunas observaciones personales sobre la manera de aplicarlas en la práctica; no sólo se observan las convenciones de Ginebra y de La Haya, sino que la ley japonesa bastaba, aparte de esas convenciones, para asegurar á los enemigos un tratamiento humano. Además, el *Boshido,* código de honor de la Caballería japonesa, conmina á mostrarse extraordinariamente compasivo con un enemigo vencido ó que se ha rendido.

El 14 de Febrero de 1904, una semana después de la ruptura de hostilidades, el Gobierno japonés publicó un edicto, en virtnd de una orden imperial, reglamentando la forma de tratamiento de los prisioneros. Á la semana siguiente, también por orden del Emperador, creóse un *Departamento de informes relativos á los prisioneros.* El ministro de la Guerra tomó disposiciones complementarias á fines de Febrero y en el mes de Mayo.

El *Departamento de Información* fué constituído como sigue:

El jefe de este Departamento debía ser un general ó un coronel. Sus subordinados serían escogidos entre los oficiales del Ejército y de la Marina. Se les agregarían en caso de necesidad funcionarios civiles.

El jefe del Departamento dependería del ministro de la Guerra.

El Departamento tendría las atribuciones siguientes:

1.º Indagar en qué circunstancias han caído los prisioneros en manos de los japoneses, cómo se ha efectuado su transporte, cómo han sido acogidos en los hospitales, las enfermedades de que están atacados y reunir todos los documentos que interesen á cada uno de ellos.

Mantener correspondencias con respecto al estado de los prisioneros.

Velar atentamente por remitir ó expedir el dinero ú otros objetos destinados prisioneros ó enviados por ellos.

(1) .º de Enero de 1905.

4.º Guardar con cuidado los testamentos ó las sumas de dinero dejadas por los prisioneros fallecidos y ocuparse después de enviar estas sumas ó documentos á las familias ó parientes de los difuntos.

5.º Siempre que se hayan obtenido informes por las autoridades militares ó navales referentes á un enemigo muerto, ó siempre que se haya encontrado un objeto cualquiera en poder de un enemigo muerto en la batalla ó de otra manera, tomar las mismas medidas que en el caso de un enemigo prisionero.

6.º El Departamento tiene facultad para reclamar de las autoridades militares y navales, así como de los hospitales y otros establecimientos análogos, todos los informes que estén eu su poder á fin de permitirle cumplir las funciones que se le han adjudicado.

Los reglamentos relativos al tratamiento de los prisioneros son muy extensos; basta mencionar los puntos salientes:

a) Los prisioneros de guerra serán tratados con humanidad; no deberán sufrir ni insultos ni crueldades.

b) Serán objeto de cuidados conformes á su rango y á su posición.

c) Salvo los casos exigidos por la disciplina militar, no serán sometidos á ninguna privación física.

d) Disfrutarán de la libertad de conciencia y por consiguiente serán enteramente libres para asistir á los oficios de su culto, en tanto que esta libertad no infrinja las exigencias de la disciplina dsl Ejército.

El articulista comenta á continuación la conducta de los soldados rusos, que es muy diferente. Lo demuestra el hecho de que, habiendo muerto de un mismo balazo dos soldados rusos en el campo de batalla, encontróse la mano crispada de uno en el bolsillo del otro, agarrando la moneda que le iba á robar, cuando la muerte vino á herirlos al mismo tiempo. Hace pocos días un médico ruso, el Dr. Matureef, que fué hecho prisionero por los japoneses, ha publicado el relato de su cautividad, y lo que dice concuerda con lo que apuntamos. Se había extraviado y había caído en manos de una avanzada. Se le hicieron muchas preguntas. El ayudante de Estado Mayor le hizo saber que en virtud de la Convención Nacional era libre. Se le señaló un albergue para la noche en el puesto del jefe de Policía; se le sirvió de comer y se guardaron con él muchas consideraciones. Cuatro días después, dos soldados á caballo le escoltaron hasta los puestos avanzados de la vanguardia rusa; el médico japonés del cuerpo de Caballería le había proveído de pajuela, galletas, limonada y cigarrillos. Al pasar el río que separaba los dos ejércitos se le dió un salvoconducto para permitirle agregarse sin dificultad al grueso del Ejército ruso.

El soldado japonés, se ha dicho, hace la guerra como caballero *(en gentleman)*. No me toca, agrega el articulista, decir lo que pienso de esto; pero puedo declarar que esta opinión no deja de tener fundamento. Á este propósito recuerdo un episodio gracioso. Un prisionero ruso fué conducido por un joven soldado japonés campo enemigo; el ruso se mostró agradablemente sorprendido de encontrar al j ponés tan amable para con él. Para demostrarle su gratitud, el prisionero echó lo brazos al cuello del enemigo y quiso abrazarle. No conociendo el japonés esta form

de expansión, se imaginó que el ruso quería morderle y le dió un gran puñetazo en la espalda. Llegado al campo, el japonés refirió lo que había pasado al oficial superior, y la cosa se explicó con hilaridad general de amigos y enemigos. El incidente era cómico, pero manifiesta bien á las claras el carácter del soldado japonés. Los japoneses aprenden desde su más tierna edad á ser humanos; porque todo niño japonés recibe lecciones de dulzura para con los animales. Se le advierte que no debe ser cruel para con ningún ser viviente. Esta recomendación data del período remoto en que la creencia budista estaba en pleno vigor. En esta época, los decretos imperiales prohibieron el *sessho*, es decir, matar un ser vivo por puro capricho. Este sentimiento parece haberse grabado en el espíritu de los japoneses, y así lo notan muchos escritores occidentales que han visitado el Japón.

FEDERICO MISTRAL

Mercure de France (1).

Este poeta, dice Paul Souchon, es mal conocido por los que se obstinan en confundirle entre la turbulenta muchedumbre de los felibres, sin ver cuán por encima de ellos está y cómo es un signo de su genio este mismo sentimiento que ha suscitado. Otros, no entendiendo su lenguaje, que exige el mismo estudio que el italiano ó el español, le rebajan á la categoría de *patoisant*, sin considerar que, por un verdadero milagro, ha reanimado, como un nuevo Dante, el alma de una lengua moribunda. Por último, si se admite su valor, su originalidad, su gloria, es disminuyéndola, poniéndola fuera de la literatura francesa, cuando á los ojos del extranjero Mistral es, después de la muerte de Víctor Hugo, el más brillante representante de la poesía francesa.

Mistral nació en el pueblecillo de Bouches-du-Rhône el 8 de Septiembre de 1830, y ha vivido siempre allí. Hijo de la tierra, nunca la ha abandonado. La casa patrimonial de Mistral es una gran *mas* (*masía* catalana) de las que él tan bien ha descrito. Su padre era un rico propietario que había tenido este hijo á los cincuenta y cuatro años; así que al niño le parecía un patriarca, un maestro venerado, y de él ha copiado los principales rasgos de la ruda fisonomía de Maitre Ramón, el padre de Mireille, cuya vida «era paciente y sobria», y que vivía en sus campos «como un rey en su reino». Pero la madre fué quien ejerció sobre él más influencia. «En medio de los temas y de las lecciones fastidiosas que tenía que dar, dice el poeta en el prefacio de la primera edición de las *Isclo d'or (Las islas de oro)*, ¡ah! ¡cómo nostalgiaba yo los bellos cantos provenzales que mi madre hilando me cantaba sin ce... .. Y tantas otras canciones, cantinelas ó estribillos que mecieron mi infancia co... n balanceo de sueños y de poesía conmovida. Mi buena madre las sabía todas, y ... nbre mismo de Mireille fué ella quien me lo enseñó.» Cuando tuvo diez

(... le Enero de 1905.

años le metieron en la escuela, luego en un colegio de Avignon, donde hacia 1845 entró como profesor José Roumanille, que debía decidir de su vocación y que terminaba entonces sus primeros versos provenzales: las *Margarideto (Las Margaritas*, 1847). A este precursor, regenerador de la prosa provenzal, hizo Mistral justicia en el mismo prefacio de las *Islas de Oro*, que es como un resumen de su vida. Terminados sus primeros estudios, Mistral volvió á Maillanne y allí rimó su primera obra, un poema en cuatro cantos: *Li Meissonn (Las Mieses)*, de que sólo ha conservado fragmentos. Tenía diez y ocho años. Una residencia de tres años como estudiante de Derecho en la antigua y soñadora capital de la Provenza confirmó al joven en su resolución de restituir al provenzal su lustre perdido. En una carta de esta época (1851), Saint-René-Taillandier decía ya de él á Roumanille: «He aquí un verdadero poeta que como vos toma en serio este renacimiento de la poesía provenzal. Lamenta vivamente los tristes destinos de esa lengua que ha dado origen á todas las literaturas nacionales de Europa... He aquí un digno heredero de los maestros del siglo XII» (1).

En 1852, Roumanille y Mistral publican la primera colección de nuevos poetas de la lengua d'oc: *Li Provençalo (Los Provenzales)* en Avignon con una introducción de Saint-René-Taillandier, publicación que determinó la reunión del primer *Congreso de los poetas provenzales*, en Arles (1853). Mientras trabajaba con sus amigos los felibres por propagar «la buena nueva felibriana» y dirigía la publicación del *Armana Bostrençan*, Mistral preparaba *Mireille*, poema dramático en doce cantos, que fué publicado en 1859 y que fué saludado por Lamartine en este tono magnífico: «¡Un gran poeta épico ha nacido!... Un verdadero poeta homérico en esta época; un poeta nacido, como los hombres de Deucalion, de un guijarro de la Crau; un poeta primitivo en nuestros tiempos de decadencia; un poeta griego en Avignon; un poeta que crea una lengua de un idioma, como Petrarca ha creado el italiano; un poeta que de un dialecto vulgar hace un lenguaje de imágenes y de armonía que encanta la imaginación y el oído». Después de *Mireille*, Mistral dió *Calendal*, poema en doce cantos. Ésta es la obra de Mistral preferida por los literatos, por ser heroica y simbólica y por haber dado un impulso nuevo al felibrismo, que se extendió más allá del Ródano y hasta Cataluña. En 1875 publicó las *Isclo d'or*, colección de poesías líricas, «piezas sueltas que se le han ocurrido durante veinte años al soplo de la fantasía ó de la emoción». «Mejor que *Mireille*, que sólo es de orden humano y accesible al vulgo; mejor que *Calendal*, dice Paul Marieton (2), cuyo alto simbolismo y cuyo secreto místico atraen á los iniciados, esta obra resume el pensamiento del poeta y la extensión de su genio». Queriendo probar todos los géneros, Mistral publica en 1884 *Nerto*, crónica provenzal en verso, y en 1890 la *Reino Jano*, tragedia en cinco actos, que marca el comienzo de una renovacion clásica, que acaso regenerará el teatro. Su última obra publicada en 1897, *El poema del Ródano*, es un

(1) Carta inédita publicada por Paul Marieton en su noticia biográfica de Mistral (*La grande Encyclopedie*, XXIII).

(2) *La Terre provençale.*

tour de force colosal. En ella Mistral hace uso de ritmos libres que se inflexionan con arreglo á los movimientos, á todas las ondulaciones, á todos los sentimientos, y es una de las mayores sorpresas que nos reservaban ese poeta, á la vez sabio é instintivo, y esa lengua provenzal de infinitos recursos musicales. Con este poema terminará la obra en verso de Federico Mistral, porque desde su publicación consagra todos los instantes á la redacción de sus *Memorias*, donde «en una exposición de su vida armoniosa dirá todos sus recuerdos de escritor célebre y de campesino provenzal», y donde «se harán semblanzas de grandes hombres y de grandes aldeanos». Para terminar, citemos las frases de Jorge Rodenbach sobre Federico Mistral: «El Mediodía ha llamado magníficamente á Mistral el Emperador del Sol. Es que, en efecto, reina sobre esta Provenza á la que ha dado conciencia de sí misma. Su obra es un espejo donde ella se reconoce. En eso es un gran poeta, lo que no quiere decir un gran escritor de versos... Es decir, Mistral es más que un poeta. Es la poesía misma con su carácter de eternidad (1)».

LA EVOLUCION DEL SIONISMO

(Revue Bleue) (2).

«Diez y ocho siglos de persecuciones, de continuas peregrinaciones, de matanzas y de humillaciones inauditas pasivamente sufridas; la fe arraigada é inquebrantable en la realización inminente de un ideal mesiánico, en el regreso á la patria judía, á esta Sión íntimamente ligada á la religión de Israel: he ahí el balance de la historia nacional y religiosa del pueblo judío.» Así dice Slonch, pasando luego á examinar las tentativas sucesivamente hechas en favor del ideal mesiánico.

Después de tres siglos de insurrecciones sucesivas, cuando el fracaso de Bar-Kolkeba puso fin á la Judea libre, el resto del pueblo se dispersó por todos los países, poniendo su aspiración en la idea mística de su Mesías, salvador milagroso, que Israel esperó siempre, á través de las tinieblas y persecuciones de la Edad Media. Pero en la segunda del siglo XVIII, con la propagación de las ideas racionalistas, la parte ilustrada de las comunidades de Occidente abdicó del ideal místico de sus antepasados, substituyéndolo por el ideal humanitario del reino universal de la justicia y de la fraternidad. Raros eran en Occidente los soñadores judíos que como Salvador en Francia, Hesse en Alemania y Luzzato en Italia, y tal vez Disraeli en Inglaterra, habían permanecido fieles á la idea de un renacimiento más ó menos real de Is[illegible]l en su suelo antiguo. No se sabía, sin embargo, que en Oriente y en los países es[illegible]os había una población compacta de 8 á 9 millones de hombres unidos por los la[illegible] sólidos de una vida de persecuciones y de creencias comunes. En estos países

---

[illegible] Élite. 1899.
15 de Octubre.

atrasados y semiasiáticos continuaba viviendo en plena Edad Media, fiel á las prescripciones minuciosas del pasado. Al penetrar aquí las ideas modernas y las concepciones tradicionalistas, operaron la transformacion, lenta pero segura, del mesianismo místico en un ideal laico y racional, y contribuyeron á la creación de una literatura nacional, profana en el idioma, sagrada, modernizada; prepararon, en una palabra, el sionismo.

Ya antes de la aparición del sionismo político flotaba en el ambiente el sionismo político que esperaba el momento psicológico para dar impulso á un movimiento popular. Con la recrudescencia del antisemitismo (sobre todo las revueltas antijudías de 1882), la acción sionista emprendida por personas autorizadas como Pinsker, Smolinsky, Rülff, se iba á convertir en un hecho consumado. En 1882 se inició una doble corriente de emigración hacia Tierra Santa: la de los intelectuales y los estudiantes convertidos al judaísmo nacional que abandonaban las facultades para ir á crear colonias agrícolas en Palestina, y la de los burgueses de Rusia y Rumanía que seguian el mismo camino. Pero Palestina bajo el régimen turco no es un país propio para una colonización amplia. Los centros agrícolas fundados por los primeros emigrantes judíos no hubieran podido desarrollarse sin el concurso de las sociedades *Filosionistas*, y sobre todo del barón de Rothschild. La nueva tentativa de una colonización popular en 1891 tuvo un fracaso deplorable. Pero desde entonces se acentuó en la vida y en la prensa hebraica la tendencia *filosionista (Hobebé Sion)*. En 1884, Birnbaum fundó en Viena el *Kadimak*, corporación académica, y un periódico de propaganda, *Autoemancipación*, donde se aplicó por vez primera al movimiento naciente el término *sionismo*. Un grupo de estudiantes publicaba en Berlín la revista *Zion Hadimack*, en lengua francesa. «Esta propaganda lenta y progresiva, dice Slonch, consiguió preparar una corriente de opinión á favor del sionismo y producir una aproximación entre la juventud nacional librepensadora y los letrados románticos y creyentes del Ghetto... El sionismo esperaba su profeta.»

Éste fué el Dr. Hetzel, nacido en Budapesth, que había recibido educación alemana, y que, asombrado por los progresos del antisemitismo, acordándose de su origen, publicó en 1896 su folleto *Der Judenstaat (El Estado Judío)*. Esta obra era el producto optimista y casi ingenuo de un soñador que ignoraba todo lo que había pasado en el *Ghetto*, pero contiene una curiosa declaración explícita: la cuestión judía no es una cuestión social ni religiosa: es una cuestión nacional. Aunque en este libro no se mienta la palabra *sionismo*, su solo título, *El Estado Judío*, señala la divisa de un nuevo partido, al frente del cual se puso el autor, que, sin sospecharlo, llegó á ser jefe de partido. Es hombre de acción, y ha llegado á ser el Lassalle del sionismo, el organizador de un movimiento caótico que, hasta ahora, no tuvo más que mucho sentimentalismo y amargas decepciones, y muy poca lógica, orden y actividad racional. Á este movimiento se ha adherido, prestándole vali[illegible] concurso, el Dr. Max Nordau. Si Hetzel debe considerarse como el creador del s[illegible] nismo politico, Nordau es su tribuno, su apóstol y su legislador. No faltan á e[illegible] nuevo partido adversarios entre los mismos representantes del judaísmo oficial [illegible] veían en la formación del partido nacional la confirmación de la tesis de los an[illegible]

mitas, el particularismo de los judíos en cuanto raza ó nación. Hetzel no se desalentó. Fundó en Viena el periódico político *Die Welt* é hizo los preparativos del primer Congreso Sionista que debía celebrarse en Munich y que, por la resistencia hostil de la comunidad israelita de esta ciudad, se reunió en el Casino de Basilea el 24 de Agosto de 1897. El primer artículo del programa de Basilea es: *El sionismo tiene por objeto la creación, en Palestina, de un refugio garantizado por el derecho público para aquellos judíos que no pueden ó no quieren permanecer en Europa.*

El II Congreso Sionista, convocado igualmente en Basilea (1898), reunió 380 delegados que representaban cerca de 1.000 grupos organizados y 100.000 electores, que se habían adherido al programa de Basilea y habían pagado la contribución de un *siclo* (1 franco). El III y el IV Congreso, celebrados respectivamente en Basilea (1899) y en Londres (1900), no tuvieron tanto carácter práctico como el V (Basilea, 1901), que contaba entre sus miembros delegados de los grupos de la Nueva-Zelanda, del Transvaal y de la Argentina, y que realizó la apertura del Banco Colonial Sionista de Londres, más imponente por el número de accionistas, que pasa de 150.000, que por la suma de 8 millones recogidos hasta ahora. Por último, el VI Congreso Sionista, inaugurado en Basilea el 23 de Agosto de 1904, marca el apogeo del movimiento. Á pesar de las previsiones pesimistas, los 630 delegados que tomaron parte en ese Congreso, representando cerca de 320.000 electores, atestiguaron el crecimiento del partido. En este Congreso, bajo las alas de la bandera blanca, reuniéronse los tipos más opuestos de nacionalidad y carácter, desde los occidentales, fríos y elegantes, hasta los nerviosos eslavos; desde los pensadores modernos, intelectuales refractarios á toda idea religiosa, hasta los rabinos ortodoxos, jefes de las escuelas talmúdicas, con sus largos trajes de cola, verdaderas supervivencias de la Edad Media. La proposición de la expedición á Ouganda se ha aprobado por 296 votos contra 178, habiendo 90 abstenciones.



REVISTA BIBLIOGRÁFICA

La provincia de Tegucigalpa bajo el gobierno de Mallol — Tegucigalpa, 1904.

«El presente libro—dice el autor en su prefación—es fruto de mis investigaciones en el Archivo Nacional durante más de dos años. Contiene el relato de lo que hizo el licenciado D. Narciso Mallol en el Gobierno de Tegucigalpa cuando esta provincia se segregó de la Gobernación é Intendencia de Comayagagua, restableciéndose la Alcaldía Mayor, y da á conocer el carácter de aquella época tan distinta de la que se inauguró con la proclamación de la Independencia. En él se verá que Mallol dejó huella luminosa de su paso por haberse esforzado en favor de la prosperidad de la provincia, y se notará el grado de riqueza y florecimiento que Tegucigalpa había alcanzado en vísperas de nuestra emancipación política. Una de las obras materiales más importantes que dejó Mallol es el puente que une á Tegucigalpa con Comayagüela. Todos los días se va y se viene por él, y pocos habrá que sientan la curiosidad de saber cuándo, cómo y en qué condiciones se hizo esa obra tan sólida como hermosa. Este libro narra la historia de su construcción, tratando de salvar del olvido á todos los que tomaron parte en realizarla y que son por ello dignos de gratitud y reconocimiento. La parte principal de la narración descansa en el texto de los documentos consultados: he procurado, en lo posible, que no por mi voz, sino por su voz propia, se dé á conocer aquella época. Algunos datos faltan para completar la historia de este período: no he podido encontrarlos. De muchos informes y trabajos estadísticos de Mallol se han extraviado las copias, y los originales deben hallarse en Guatemala ó en España. He ilustrado la materia de algunos capítulos con los parajes correspondientes de la Historia de España, como lo indican las notas del texto. También me he valido al efecto de algunos documentos publicados en San Salvador. Para la mejor inteligencia de la narración he colocado, además de las notas, un Apéndice con documentos importantísimos y con un estudio sobre la época de la fundación de Tegucigalpa y una reseña de los gobernadores de Honduras. Debo manifestar, además, que me ha sido de gran auxilio la obra del presbítero Dr. D. Antonio R. Vallejo *Historia Social y Política de Honduras* (1811 á 1829). Ella me ha servido de guía en el Archivo para mis consultas y me ha ahorrado así mayores trabajos. Ahora bien: al escribir este libro no he tenido más objeto que el de cooperar á que se vayan reuniendo los materiales que han de servir para que se escriba la historia patria.»

C. Wagner.—LA VIDA SENCILLA.—Traducción del *Dr. Gonzalo Aróstegui.*—Habana, 1904.

Este Sr. Wagner es, al decir del prologador, «uno de los más notables moralistas y escritores de nuestros días. El número de sus obras y la aceptación que han alcanzado en su país demostraríanlo cumplidamente, si el contenido y brillante forma de las mismas no bastaran sobradamente á comprobarlo. Sus *Discursos* sobre la *Justicia* cuentan ya cinco ediciones. Su tratado de la *Juventud*, premiado por la Academia Francesa, diez y nueve ediciones en corto número de años. Otro de sus libros, *Valentía*, que obtuvo del Ministerio de Instrucción Pública de Francia una señalada distinción, ha alcanzado rápidamente trece ediciones. Algunas de estas obras se han traducido ya al inglés, alemán, ruso, sueco, noruego y holandés. Gracias al Dr. Aróstegui, las elevadas ideas de M. Wagner, su estilo vigoroso y vibrante, su poderosa elocuencia, se habrán dado también á luz en castellano. Los tratados que la antigüedad clásica dejó á los venideros sobre «la vida bienaventurada ó dichosa» y el modo mejor de ordenarla y dirigirla son tan conocidos que sería superfluo y hasta pedantesco recordarlos por sus títulos y por los nombres de sus inmortales autores. Los tiempos medios y los modernos han rivalizado con los clásicos en este género interesante, en qué los esplendores y la gracia de las formas se unen á la profundidad del pensamiento y á la elevación y gravedad de los conceptos. Los escritores ascéticos y las grandes lumbreras de la Iglesia han enriquecido la literatura española en esta materia con muchos de sus más bellos y perdurables monumentos. ¿Quién que no rinda neciamente el albedrío á las preocupaciones utilitarias ó á las insoportables puerilidades de un positivismo de bajo vuelo, dejará de edificarse y complacerse en la lectura de las imperecederas obras de Santa Teresa de Jesús y de Fray Luis de Granada, sabio entre los sabios y elocuente entre los más elocuentes de su tiempo; del Padre Pedro Ribadeneyra, modelo de dicción que pocos igualan y observador del humano corazón á quien ninguno supera; de Baltasar Gracián y de tantos otros que sería prolijo enumerar? Entre los profanos baste recordar á Guevara, á Saavedra Fajardo, político ilustre, pero también moralista sagacísimo; á Quevedo, á Feijoo. Y cuenta que no los aleja de nosotros el tiempo tanto como á otros más recientes, pues, como dijo Gracián, «no están presentes los que no se tratan ni ausentes los que por escrito se comunican; viven los sabios varones ya pasados y nos hablan cada día en sus eternos escritos iluminando perennemente los venideros». En Francia, el género de literatura que cultiva con tanta brillantez M. Wagner es, sin duda, uno de los más ricos en obras maestras, de universal renombre: Bossuet, Pascal, el gran duque de La Rochefoucault, La Bruyère, Vauvenargues, Rousseau, Chamfort mismo, que se despide de los vanos ensueños de la Enciclopedia con sardónica risa, ¿no agitan por ventura, desde sus puntos de vista y bajo formas diversas, iguales problemas? En el siglo XIX, un crítico tan perspicaz como Emilio Faguet los descubre también, en el afán de resolverlos que palpita en el fondo de las concepciones políticas que se disputan la opinión. Los moralistas del siglo que va á terminar, dice, tienen muy acentuada la particularidad de q[illegible]an tratado de política tanto como de moral, y más de aquélla que de ésta; por l[illegible]e se perdonará á los estudios siguientes que á veces sean estudios políticos m[illegible] bien que estudios morales. (Emilio Faguet: *Politiques et moralistes du XIX siè*[illegible] *Avant-propos.*) En estos últimos tiempos, el aspecto fisiológico y patológico de

tales problemas, y el determinismo materialista, que suele aprovechar desaforadamente esos aspectos para sus fines, han eclipsado á las fundamentales cuestiones de orden ético y social que piden á la Religión, á la Ciencia, al Derecho, soluciones prácticas que puedan servir de dirección á la vida. Confúndense así las investigaciones, y sin gran provecho de las ciencias de observación se perturba, desconcierta é inutiliza á las morales y políticas, que sin duda deben tomar de aquéllas no pocos datos y conclusiones, pero tienen esfera y contenidos propios que no es posible desatender, sin demostrar, *ipso facto*, que no se las estudia con la devoción y profundidad que á las naturales. El célebre Huxley, á quien tanto deben la ciencia moderna y la filosofía científica, y de cuyo radicalismo doctrinal nadie duda, hubo de protestar, en memorables escritos, contra una de las peores consecuencias de esa confusión (Huxley, *Evolution & Ethics)*, la de traer á la vida moral y á la historia conceptos que tienen valor y contenido propios en la Biología ó la Zoología, como el principio darwinista de «la lucha por la existencia», en ellas muy fecundo, pero que, aplicados á las relaciones de los hombres entre sí y al régimen de las sociedades civilizadas, sólo podrían conducir á la restauración de la barbarie y á un espantoso desbordamiento de las pasiones. M. Wagner no se desentiende en absoluto de las ideas reinantes, y aun puede decirse que las controversias que suscitan se reflejan en muchas de las páginas de su libro; pero escribe á ciencia y conciencia de moral individual y social, según se lo ha entendido siempre, sin invadir el terreno de la Medicina ó de la Psicología fisiológica, que tienen otro campo y se encaminan á otros fines. Es un observador profundo, que ama y estudia al hombre tal como es y como socialmente vive en centros superiores de civilización, como Francia; conoce y penetra íntimamente la sociedad contemporánea, desde el punto de vista de la convivencia y de las relaciones individuales que en ella se desarrollan; se da exacta cuenta de sus grandes deficiencias y de sus fatales extravíos, y sin aspirar, como podría creerse, á la resurrección del pasado, que es, á su juicio, la mas estéril y peligrosa de las utopias, aspira á levantar los corazones, á templar los caracteres, á que se rectifique la viciosa orientación de muchas existencias perturbadas, á que logren nuevo vigor las sociedades corrompidas ó desorganizadas, mediante la observancia de los grandes principios morales en que todas las civilizaciones dignas de este nombre han tenido su fuerza. Esos principios se sintetizan para él en la «vida sencilla» *(La vie simple)*, es decir, la vida del hombre equilibrado, ingenuo, creyente, afectuoso, jovial y franco; la vida libre de enfadosa afectación, de pueriles vanidades, exenta de insensato egoísmo, de la cruel y temeraria soberbia, sin desamor para la tradición que ennoblece la vida individual, consolida la familia, corrige la emulación desaforada que ningún respeto contiene ya, asegura la cohesión y estabilidad de las sociedades, pues como dice otro de los grandes inspiradores de la cultura moderna, Augusto Comte, ellas se componen de los muertos aún más que de los vivos; y cerrando el paso á las extravagancias advenedizas de la plutocracia que irrita y exaspera á las masas desheredadas, las aparta de las locuras demagógicas que aumentan sus desdichas, exacerban sus privaciones y llenan de funestos delirios la conciencia popular. La vida sencilla es, en suma, la que por sana razón se dirige, pero animada y robustecid por el sentimiento. La forma de que reviste M. Wagner estas nobles exhortacion es admirablemente artística en su severa sencillez. Pocos libros tan persuasivos elocuentes se habrán dado á luz de algunos años á esta parte. Contiene páginas qu

conmueven, que hacen pensar hondamente; no pocas que entristecen y abaten, pero muchas también que alientan y fortifican. En algunos análisis de caracteres y de pasiones dominantes, la pintura es tan gráfica y expresiva, los contornos están trazados con tal precisión y el colorido es tan vigoroso, que con asombro nos persuadimos del curioso sincronismo de ciertos males contemporáneos al ver que determina, dos tipos franceses, observados y descritos con verdad y maestría por el autor, parecen copiados del natural, en las calles, plazas y salones de esta buena ciudad de la Habana. *Intelligenti pauca.* Los diagnósticos de M. Wagner son severos pero exactos; sus remedios sencillos, pero eficaces. Séame permitido rogar al lector que no recorra estas páginas á la ligera, sino que las considere y medite atentamente, pues son de utilidad y provecho para todos en tiempos tan azarosos como los que corren... El Dr. Aróstegui, permítame su modestia consignarlo, ha vencido con singular fortuna las dificultades de la traducción, que, como es sabido, son siempre tan arduas cuanto mayor sea la espontaneidad y perfección del original. Obra es ésta que en el orden moral debe estimarse como una buena acción, y que en nuestra literatura renaciente quedará como una de las versiones más felices de cuantas han enriquecido nuestra cultura.»—X. X. X.

ALMA GLAUCA, por el *Marqués de Campo.*—Madrid, 1904.

«Estos versos, dice el autor, estos trozos rítmicos ó cadenciosas asonancias, recuerdos y anhelos de un alma atormentada, son únicamente un *hosannah* constante hacia ese ensueño ideal, ignoto y vago de los espíritus que, alejados de las vulgaridades de un mundo burgués y prosaico, aspiran, entre destellos del pensamiento, á penetrar el más allá brumoso que les es reservado.»

«Ese reflejo de la onda cambiante, azul y verdoso, ese color indefinido, color glauco, turbio é indeciso, luz de pálido crisopacio, es más que ningún otro la síntesis de esos deseos infinitos, imprecisos, cambiantes y vagos, como la mirada inquietante de unas pupilas verdes.»

Después de estos dos párrafos en que el distinguido efebo Sr. Marqués de Campo pretende iniciarnos en los secretos de la glauquería, advierte á los filisteos que le será difícil morder «ciertas exquisiteces de la Idea» que así, con letra mayúscula, tiene mucha más importancia que lo que nuestros carísimos lectores pueden suponer. Pero no es, según el mismo autor dice á esas gentes despreciables á quienes se dirige, sino á los Buenos, á los elegidos del Arte, *á los que ven resplandecer el Astro inmaculado de la Eterna Belleza á través del misterioso velo del lenguaje.* De manera que antes de comenzar á leer estamos ya los desgraciados que no hemos visto lucir ese astro, á través de ningún velo ni de ningún lenguaje, condenados á no poder desentrañar esa sucesión de poemas descriptivos de los goces de los escogidos. Y no es a[illegible] aunque este señor lo asegure con esa rotundidad genial y sobrehumana de tod[illegible]tos artistas. Y á renglón seguido va la prueba:

¡Qué juncal! ¡Qué trapío!...
¡Dios mío!!
¡Repreciosa!!! Salada!!!

¡Siempre pidiendo guerra
va con ella la gracia de mi tierra!

Brilla en sus negros ojos la mirada
de aquella Andalucía
de flores
y colores,
de juergas y bullanga y alegría...

Toda ella va pidiendo
el mantón
de crespón
con chinos de marfil, ó la mantilla.

¿Será de Lavapiés ó de Triana
esa gracia serrana?
¡Es Madrid y Sevilla!
Es la hija de la maja decidida
Que iba de cuchipanda á la Florida...

Nadie puede creer que semejantes cosas se hayan hecho en una meseta de tierra deshabitada, más allá de los confines del romanticismo, ni en aquel misterioso kiosko de que habla Sainte Beuve donde el hierofanta Baudelaire decía la Misa del Arte por el Arte, donde se recitaba al abracadabante Edgardo Pöe y se servían espantosas borracheras de haschisch en tazas de porcelana. Eso de arrogarse títulos de gran sacerdote del modernismo un Jackson Veyan adulterado por los librejos del conde de Montesquiou-Fresennac es un tanto atrevidillo, y mucho más lo es aún el crearse una casta de elegidos, una aristocracia espiritual para que lea su libro, que no entraña arcanos de ninguna naturaleza. Y no es que por acá seamos demócratas, ni que queramos confundirnos con el vulgo ineducado y grosero, que aristócrata sólo se puede ser en la vida, en las maneras, en los gustos, en la conducta privada, y aceptamos como gran cosa todas las delicadezas y finuras de as gentes superiores del mundo de la elegancia y del refinamiento exquisito sin vanidad superficial. El hombre no tiene derecho á ser déspota ni egoísta, pero sí á limpiarse el alma de las torpezas y vulgaridades afinándose en la escuela de lo distinguido, hallando el fondo esencial de la perfección que al cabo hay en la vida de la aristocracia, á ser aristócrata en el buen sentido de la palabra; aristócrata de la inteligencia y de la educación.

Divagaciones aparte, en este libro no hay nada que merezca la pena salvo el afán de despatarrar á la gente sin conseguirlo.

La mujer cantárida, que así se titula una de las poesías que comienza así,

«Miro la cantárida, cantárida verde»
(Tu voz melodiosa mi dicha recuerde)
...Y fué en una tarde de alba primavera,
Sonreía alegre la nupcial pradera...
Y todo reía con risa de Pan.

Estábamos juntos, junto al arroyuelo...
Las brisas ligeras ritmaban su vuelo...
Los ecos lejanos de vagas canciones
Murmura una fuente; sus mágicos sones
Canciones de silfos acaso serán.

tiene vagas reminiscencias de D. Rubén Darío, nada más que vagas y malas. El señor marqués de Campo es por lo demás un hombre apreciabilísimo, y no he de incurrir yo en la vulgaridad de achacarle defectos á sus poesías por lo de si es, ó no es, ó deja de ser, que en último término cada cual tiene su alma en su almario y más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y todo lo demás que los Epictetos de cortijo tienen para justificar las cosas humanas, tan naturales las unas como las otras, y así, al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Que de lo que en último peca el autor de *Alma glauca*, para decirlo de una vez, es de haber estudiado muy poco la evolución de la métrica en la poesía moderna y de usar de asuntos tan rastreros (por un ras de tierra) que, queriendo componer un libro deslumbrante, apenas si acertó á reunir unas cuantas rimas descotadas y pobres, de esas que se hacen de estudiante en cuadernos sobados y á la hora soñolienta de la clase. No basta, no, sentirse artista para producir inmediatamente, sin otras preparaciones, obra de arte. Las palabras de Balzac (1) han perdido toda la triste actualidad que en aquella época tuvieron. Entonces, dice un crítico del naturalismo francés, se creía que los artistas abrían las ventanas á la inspiración y la esperaban como á una amante que viene ó no, según su capricho de mujer. El genio no se concebía sin el desorden, se trabajaba bajo el fragor del trueno, entre las llamas de bengala de una apoteosis con el pelo erizado, cediendo á un furor de Pitonisa visitado por un Dios. Estas actitudes líricas pasaron de moda y sólo creemos en el trabajo. El porvenir es de las personas laboriosas que se levantan de mañana y se sientan ante la mesa de trabajo sin más que la fe en el estudio y su voluntad.

FORA DE LA VIDA, drama en tres actos de *Joseph L. Pagano*. (Traducción catalana.) Barcelona, 1903.

La revista catalanista *Joventut* ha publicado en su biblioteca el drama del Sr. Pagano rotulado *Fuera de la vida*. Y dice un señor anónimo en el prólogo: «José L. Pagano supo con sus campañas en la prensa americana é italiana abrirse paso, y des

---

(1) «Obra bajo el imperio de ciertas circunstancias cuya reunión es un misterio. No se pertenece. Es juguete de una fuerza eminentemente caprichosa. Tal día, sin que él lo sepa, sopla un viento y todo se relaja. Ni por millones tocaría un pincel, modelaría un trozo de cera ó escribiría unas líneas... noche en medio de la calle, una mañana al levantarse, ó en el seno de una alegre orgía, acierta carbón encendido á tocar ese cráneo, esas manos, esa lengua; de pronto, una palabra despierta ideas que nacen, crecen y fermentan... Tal es el artista; humilde instrumento de una voluntad ótica, obedece á su amo. Cuando se le cree libre, es esclavo; cuando se le ve agitarse, abandonarse arrebatos de sus locuras ó de sus placeres, carece de poder y de voluntad, está muerto. Perpe- antitesis que se encuentra así en la majestad de su poder como en la nada de su vida, es siempre ios ó un cadáver.»

pués con su novela *La Ballata dei sogni* y su estudio *Il Problema della lingua nell' Argentina*, reveló su talento de escritor original; pero lo que acabó de afirmar su personalidad fué el acierto con que cumplió el encargo de una empresa que le confió el estudio de la moderna literatura española. Su primer volumen *Attraveso la Spagna letteraria*, dedicado á Cataluña, demuestra sus envidiables cualidades críticas y su entusiasmo por el renacimiento catalán... *Che la vita* fué estrenado en Barcelona antes que en Italia por la compañía de Blanca Iggnus. Este drama, que tanta sorpresa causa por el misterio de que está impregnado, demuestra que su autor es un verdadero poeta y un profundo pensador, que de la vida sólo estudia lo más íntimo, lo que no sabe ver la gente superficial. Ante este drama de Pagano no abundaremos nosotros en la manera de juzgar de muchos críticos que, frente á una obra nueva de un nuevo autor, no buscan más que encasillarlo en una escuela. Nosotros creemos que este joven autor no ha buscado afiliarse en ninguna secta literaria y vemos en él lo que no tienen los imitadores, un sentimiento personal, un criterio propio y una conciencia artística».

Iglesias primitivas de Asturias, por *Inocencio Redondo.*— Oviedo, 1904.

La monografía que el catedrático del Instituto de Oviedo ha escrito sobre las iglesias primitivas de Asturias es una labor apreciabilísima y digna de toda loanza, puesto que esclarece uno de los puntos más obscuros de la historia arqueológica de Asturias. El mismo monografista dice que: «respecto á los antiguos monumentos de Asturias («arquitectura asturiana» que decía Jovellanos), las descripciones conocidas se refieren en general al efecto que aisladamente producían en el historiador, y si hay algún concepto de relación, no pasa de la analogía entre algunos de los detalles, nunca llega á los caracteres de época, á esos signos determinativos que nos puedan guiar con una fecha cierta é ilustrarnos con el conocimiento de la tendencia ó fin que tuvo el constructor (ó los constructores) al proyectar sus tan pequeñas como ricas y variadas fábricas».

La cuestión social es una cuestión moral.—*Th. Ziegler.*—Dos tomos.—*Biblioteca Sociológica Internacional.*—Barcelona, 1904.

Los problemas sociales tienen sin duda alguna su más sólido fundamento en la moral, y genéticamente como morales hay qué estudiarlos. El alemán Ziegler, en un libro recientemente traducido al español por el Sr. Monteshuc, se considera á sí mismo «como un moralista extraviado entre los economistas». Los conceptos económicos de la Edad Media, observa muy bien Ziegler, en la parte ética de la *Summa* de Santo Tomás están contenidos, y el fundador de la Economía política llamada clásica, Adam Smith, antes de indagar la naturaleza y causas de la riqueza de la naciones, escribió una *Teoría de los sentimientos morales.* Recientemente, un economista alemán, autor de un *Ensayo sobre la justicia en la Economía Política*, se creyó obligado á justificar la elección de este título. La Ética es, pues, la madre de la Economía social ó de la Ciencia social, y, aun marchando separadas, en la evolu

ción de las ideas responden á los mismos valores. Estudia Ziegler en el capítulo primero de su obra el individualismo y el socialismo. «El liberalismo en sus orígenes se confunde con el individualismo. Esta comunidad de orígenes y de tendencias no puede él confesarla: por eso no constituye menos su principal derecho á la existencia, ni más relevante título de gloria. Por esto precisamente el liberalismo encuentra en todas las esferas de la vida al individuo oprimido y en todas partes odiosamente vejado, ya que la lucha por él emprendida fué decisiva para la emancipación de la personalidad humana.»

«Triunfa por vez primera en el gran movimiento del Renacimiento, en aquella revolución estética de la Humanidad europea, donde, en el seno de una regresión á los tiempos pasados, fueron reivindicados los derechos de la libre personalidad en todas las aplicaciones de su actividad natural, el arte, la vida real, las relaciones sociales, la civilización, la educación. Triunfa asimismo en la reforma, que libra la conciencia y la fe del cristiano de la jurisdicción de la Iglesia, y que descubre en el *sujeto* y en el *yo*, con todos los deberes y todos los derechos del cristiano, la fuente de toda autoridad religiosa y moral. Triunfa, por fin, en la filosofía moderna, que desde su origen coloca en el *yo* el principio y el fin de todo y que acaba por conferirle una soberanía y un valor verdaderamente universales. El liberalismo ha ejercido igualmente su influencia en las relaciones del individuo con el Estado. La idea, nunca realizada del todo, pero firme y obstinadamente perseguida, de una Monarquía europea, dió lugar al régimen de las nacionalidades independientes. En el seno de estas últimas triunfa, desde luego, el despotismo individual con su fórmula «El Estado soy yo». Después, la fórmula se cambia en la de «Los individuos son el Estado». La concepción atomística de «los individuos soberanos», mantenida en la teoría del *contrato social* de Juan Jacobo, se realiza en la Revolución francesa. Además, gracias al progreso de las ideas religiosas y filosóficas, juntamente con la evolución de los pueblos europeos, el tercer estado y la burguesía, y después las masas populares, tomaron una parte cada vez mayor en los resultados y en los beneficios de la civilización. El espíritu de nuestros días no se deja excomulgar ni poner en entredicho. Estos hechos arrojan plena luz sobre la cuestión y nos permiten comprender qué relaciones sostiene, en realidad, el socialismo con el liberalismo. Es incontestable que existe entre ellos una doble relación muy marcada. Sin el liberalismo, el socialismo es absolutamente inconcebible. Por otra parte, no hay adversarios más irreconciliables que el liberalismo y el socialismo. Esta relación puede indicarse aquí de una manera breve y general; el socialismo es esencialmente liberal; se inspira en las ideas de emancipación que son, en nuestros días, la condición y la garantía más seguras de su existencia. Lo que se esfuerza en conseguir es nada menos que la emancipación de los trabajadores del dominio del capital. Pero al mism[illegible] tiempo combate el espíritu del liberalismo, la ataca de la manera más viva porque este último, lejos de ser socialista, es esencialmente individualista y representa la antítesis de sus ideas. Á la extensión sin medida del individuo y de la pro[illegible]ad individual, que no es más que la prolongación de la persona, opone esta pa[illegible] de orden nuevo: la propiedad privada debe ser abolida y sobre sus ruinas hay [illegible]establecer la propiedad común de todos los instrumentos de trabajo, la sociali[illegible]n de la producción y del consumo nacional». Perdónese lo largo de la cita en [illegible]ión á lo bien dilucidado que queda el problema individualista y socialista. Des[illegible]trata Ziegler de las llamadas utopias socialistas. Es curioso buscar el origen

de las temeridades actuales en las temeridades pasadas y ver en los proyectos de perfeccionamiento absoluto y en los sueños de metamorfosis social la prueba más imperiosa de que la humanidad torna inevitablemente hacia las mismas ideas. Los gritos de alarma son sobre todo útiles porque sirven para llevar á la humanidad sentimiento de su misión y la obligan á emprender su marcha á través de los siglos. Se resiste, es verdad, á los llamamientos subversivos. La gente se pone en guardia contra el sistema de depresión absoluta y de regeneración quimérica; pero se les discute, se les combate y de esta controversia nace la duda que se traduce en seguida en una necesidad de cambio. ¿Qué resulta de todo eso? Una infiltración continua de elementos nuevos en un mundo en apariencia estacionario; una mezcla de temeridad y de prudencia, de resistencia y de movimiento que constituye la vida y la ciencia de las sociedades. Sólo desde este punto de vista los obreros turbulentos del pensamiento, los poetas y pensadores que creen tener la conciencia y la inspiración de un estado mejor, los utopistas, en fin, tienen derecho al respeto y atención de los hombres y sirven en la asamblea de las existencias como un estimulante, como un aguijón necesario. El más grande y sublime de los utopistas es Platón; su República imaginaria ha sido la progenitora de todas las ficciones sociales que se han sucedido desde entonces. Todo lo que la razón y el sentimiento pueden imaginar de más armonioso, de más consolador y de más dulce se encuentra en este sueño, en este ideal de perfectibilidad antigua. La antigüedad no comprendía el orden sin las inflexibles condiciones de jerarquía; por eso Platón creó en la República tres clases, que no se mezclan sino excepcionalmente: los magistrados, los guerreros, los artesanos y labradores. Las virtudes de cada una de estas clases son análogas á su función social: á los magistrados compete la sabiduría, á los guerreros el valor, á los obreros la templanza: raza de oro, raza de plata, raza de hierro. Platón deja subsistir en este mundo fantástico el más activo disolvente de toda asociación de hombres: la rivalidad de castas. Exactamente pasaba en la India y Egipto con su distinción de brahmas, xatrias y sudras; hierofantas, guerreros y labradores: orden social fundado sobre nuestros tres órganos, la cabeza, el corazón y los brazos. La inteligencia y la fuerza atribuyéndose la parte de señoras del trabajo proclaman la explotación moderada, pero inexorable. Platón intenta atenuarla exclamando: «Todos sois hermanos, mas el Dios que os ha formado ha hecho entrar el oro en la composición de los que deben gobernar á los otros; por eso son los más preciosos. Ha mezclado la plata en la formación de los guerreros y el hierro en la de los artesanos y labradores; mas es posible que un ciudadano de la raza de oro tenga un hijo de la raza de plata y que otro de la raza de plata engendre un hijo de la raza de oro». De este modo, por una feliz inconsecuencia, el filósofo deserta del principio que quiso establecer. En el libro de *Las Leyes*, Platón se esfuerza en introducir en el seno de las costumbres y de los intereses la igualdad absoluta, la comunidad de bienes. «Que las riquezas sean comunes entre todos los ciudadanos; que las mujeres sean comunes y los hijos también comunes, y que se haga todo lo posible por abolir, en el comercio de la vida, el nombre mismo de propiedad.» Abolir la familia y que r perpetuar la casta es una contradicción bien poco filosófica, y para explicarla h e falta creer que en el pensamiento del ilustre utopista una de estas exageraciones s la expiación de la otra. Después de la concepción de Platón, la más célebre es la l canciller Tomás Morus, *La Utopia*, que ha dado su nombre á todos los suei s idénticos. Tomás Morus no llega, como Platón, hasta la comunidad de las mujer

no admite la distinción de castas. Se ve que el Cristianismo ha pasado por allí con sus influencias liberales. Monogamia absoluta, fraternidad universal, pudor en las relaciones entre los sexos, fusión de categorías entre los hombres son las determinantes del sueño de Tomás Morus, construído, sin duda, sobre la concepción griega. En la isla de la Utopia hay esclavos poco numerosos, es verdad: dos para cada cuarenta personas, pero esclavos. La base de este Gobierno es la elección. Cada treinta familias eligen á un Filarca, y un Proto-Filarca para cada diez Filarcas. El Consejo de Proto-Filarcas se renueva cada año, y el Rey es nombrado á perpetuidad por dos Asambleas, representación libre y móvil de las familias. La comunidad de bienes está en vigor en la isla de la Utopia; los magistrados distribuyen los instrumentos del trabajo, y la producción realizada por todos entre todos se reparte. La regla de vida es usar de todo y no abusar de nada, y en aquel país ideal se desprecian los metales preciosos como signos de riqueza. Hay una absoluta tolerancia religiosa, costumbres dulces, usos sencillos y leyes sacadas del derecho natural completan esta organización imaginaria que en los detalles corrige y continúa la obra del ateniense. Después de Morus continúan el sueño de perfeccionamiento social el monje calabrés Campanella, en su *Ciudad del Sol (Civita Solis)*, creación fantástica llena de originalidad (1); Harrington, en su *Occeano;* el canciller Bacon, en su *Novo Atlantis;* Daniel de Foë, en su *Essay of projets;* Hall, en su *Mundus alter;* Fenelon, en su *Salente* y en su *Voyage dans l' Ile des Plaisirs;* el abate de Saint Pièrre, en su *Rêve de paix perpétuelle;* Morelli, en la *Basiliade;* Rétif de la Bretonne, en su *Decouverte australe;* William Morris, Eduardo Bellamy, y no pocos más. Casi siempre lo que se preconiza es un retorno á la Naturaleza; la égloga domina, teniendo por punto de partida el silencio de las pasiones, la armonía de los intereses, la unión de las almas, la asociación de las voluntades. El monumento es irreprochable, sólo que le falta la base, y la base es la supuesta perfección de los hombres. Como nos hemos extendido demasiadamente en el capítulo éste, y no disponemos del espacio que para el análisis de una obra tan bien pensada como ésta sería menester, nos limitaremos á citar el epígrafe de los demás capítulos, que indican bien claramente cuán interesantes son los temas tratados por el insigne publicista alemán. En el III se trata de «La pacificación social»; en el IV de «El Estado y la Iglesia; la Patria y el Internacionalismo»; en el V de «La familia y la mujer; la cuestión de las mujeres»; en el VI de «La pobreza y beneficencia; el lujo y el bienestar»; y, por último, en el VII de «La cuestión de la superpoblación». Recomendamos á nuestros escasos lectores este tomo, que, como todos los que publica esta Biblioteca Sociológico-Internacional, que tan inteligentemente dirige el Sr. Valentí, es cosa que merece la pena.

Ramón Trilles: **Amores.**—Valencia, 1904.

Divido yo los poetas en dos grandes ramas. Por de contado que no quiero esta... una clasificación con carácter orgánico ni científico de ninguna especie, sino ...mente indicar dos direcciones literarias que se han marcado de un modo ma-

---

(1) ...ampanella es también el autor de una ficción intitulada *Monaschio Messie (Monarquía del*

nifiesto en las obras poéticas de todo el siglo pasado. Es á saber: la dirección sentimental (poesía íntima, sincera, especie de lamento que resuena opacamente entre las páginas de los libros), de la que son representantes el alemán Luis Ulhand, los franceses Alfredo de Musset y Pablo Verlaine, el portugués Joao de Deus, el inglés Shelley, el italiano Francesco Petrarca y los españoles Gustavo A. Becquer y José Espronceda; y la direccion lírica de lirismo meramente cerebral que representan en Alemania Tieck, en Francia Leconte de Lisle, en Inglaterra Dante Gabriel Rossetti, en Portugal Guerra Junqueiro, en Italia Gabriel d'Annunzio y en España D. José Zorrilla. Á esta última dirección se asimila el parnasianismo, la poesía lapidaria, la poesía trueno, poesía evocadora de edades pasadas, la poesía pictórica y difícilmente podrá evolucionar sino en lo que á la rima y al metro se refiere. Como es centelleante y roncante y tronante y apabullante, arrebata á las gentes que tienen más amplia la caja timpánica que el arca de los sueños, y como va derecho á ese instinto primitivo y animal que nos impele á marchar detrás del ruido y de la fanfarria, tiene y tendrá siempre sinnúmero de adeptos. Yo la compararía al estruendo de una música militar marchando por las calles de una ciudad en una tarde de fiesta. La otra dirección poética, la sentimental, tiene mucho más encanto, sin duda alguna, para la mayoría de los espíritus soñadores, aunque jamás arrebatará, como la otra, masas inconscientes. Es algo monótono, indeterminado, vago, como las notas de un piano oídas en el silencio de una calle provinciana, como un estudio de Luis Beethoven interpretado todas las tardes á la misma hora soñolienta; es más personal, más íntima; los que la sienten mueren jóvenes; tiene la melancolía de las vidas humildes que se desenvuelven á la sombra de una catedral en las habitaciones desiertas de una casa vetusta; es algo que se desliza en silencio, como un arroyo cristalino en un valle abandonado, y, para decirlo de una vez, es más humana. Esta poesía hay que leerla, sin duda, á las horas propicias, cuando las palabras tienen un valor íntimo, secreto, si pudiera decirse eso de las palabras. El Sr. Trilles es, sin embargo, encasillable en una tercera dirección, que participa de las dos por igual y que es un producto inequívoco de la época en que vivimos. Así, por ejemplo, el Sr. Trilles, lírico, dice:

¡Oh, románticas lecturas
y leyendas de los libros,
que de enfermas ilusiones
inundáronme el espíritu!
¡Cuántas veces á las cosas
de quimeras he vestido
y he soñado que veía...
lo que nunca más he visto!

Despreciaba yo á las gentes
de mi siglo,
que no usaban las guedejas,
el chambergo ni el justillo.
Yo quería la tizona
puesta al cinto,
con tazón de gavilanes
y ancho acero de dos filos.

Yo quería la amplia capa,
las espuelas de oro fino,
la golilla muy rizosa
y el bigote retorcido...

. . . .

Me agradaba por las noches
darme á rumbos imprevistos,
de callejas apartadas
por extraños laberintos;
y veía torreones
en los altos edificios,
y ventanas ojivales
en balcones vulgarísimos.
Aquel bache del arroyo
era el foso de un castillo,
y una puerta que gemía,
era puente levadizo...
Yo buscaba cada noche,
al azar de mis caminos,
la doncella legendaria
que en la ojiva da suspiros...
¡y ensayaba un fiero gesto,
testimonio de mis bríos,
sospechando algún combate
con rivales ó enemigos!
Yo soñaba que la vida,
por los siglos de los siglos,
era sólo una aventura
de amores y desafíos...

el Sr. Trilles sentimental:

¡Siempre el mismo recuerdo
trocado en ansia!
¡Siempre la misma pena
sobre mi alma!

El amor de mi vida
no me acompaña;
la victoria que busco
se me retarda...
¡Han pasado los días
como una ráfaga,
sin traerme ni un goce
ni una esperanza!

Nobles manos, suaves,
inmaculadas,
que me vencían

y acariciaban!
Nobles manos, suaves,
palomas blancas
que en torno de las mías
aleteaban!

¡Negros ojos, ardientes!
¡labios de grana!
¡cabello en ondas
sobre su cara!
Cuerpo de puras líneas
que idealizaba
mi fantasía enferma
y enamorada!

Ya no son hace tiempo
mis horas gratas.
Lejos de mis amores
todo me cansa...
en mi vida hecha sombras,
todo me espanta...

¡Siempre el mismo recuerdo
trocado en ansias!
Siempre la misma pena
sobre mi alma!

Partidario sin duda de exteriorizar lo que de optimista hay en su espíritu, termina el libro con una composición muy digna de ser traída á este lugar:

¿Hallaré en mi existencia algún día
el amor de mis dichas soñadas;
un amor *como aquél*, que no tuvo
ni fin en la vida ni fondo en el alma?...
No lo sé; pero hay veces que siento
de mis dudas surgir la esperanza:
¡si hay dichas tan grandes que nunca se logran,
hay sueños muy largos que nunca se acaban!

Poeta apasionado el Sr. Trilles, inspírase en la Naturaleza y en aquellos libros que más á ella se parecen. Acaso su temperamento meridional se adaptase aún más para cierto género de literatura que no repugnase de la idea. Una pasión, ha dicho Pascal, es una precipitación de pensamientos. Yo le haría también otra observación al Sr. Trilles muy compatible con lo que de su obra poética siento, y es la de que s diera una vuelta por la poesía francesa contemporánea. Su espíritu tiene singulare afinidades y extrañas semejanzas con el de aquel gran poeta que se llamó Alfred de Vigny. Y en alguna de las poesías de este libro he encontrado vagas reminiscencias de aquel impecable soneto que el gentil hombre francés dedicaba á Delfina d Girardin y que dice así:

Lorsque sur ton beau front riait l'adolescence
Lorsqu'elle rougissait sur tes lèvres de feu,
Lorsque ta joue en fleur célébrait ta croissance,
Quand la vie et l'amour ne te semblaient qu'un jeu;
Lorsqu'on voyait encor grandir ta svelte taille
Et la Muse germer dans tes regards d'azur;
Quand tes deux beaux bras nus pressaient la blonde écaille
Dans la blonde forêt de tes cheveux d'or pur;
Quand des rires d'enfant vibraient dans la poitrine
Et soulevaient ton sein sans agiter ton cœur
Tu n'etais pas si belle en ce temps-là, Delphine
Que depuis ton air triste et depuis ta pâleur.

Richard Muther.—LA PINTURA BELGE AU XIX SIÉCLE.—Bruxelles, 1904.

La historiografía del Arte, dice en el prólogo de este libro su traductor Jean de Mat, ha tomado en su forma vulgarizadora una extensión considerable. Las historias de las diversas épocas del arte se suceden en las monografias de los artistas que, gracias al perfeccionamiento de reproducción, toman la forma de libros abundantemente ilustrados. Una historia de la pintura en Bélgica hacía falta sin embargo. La bien escrita *Histoire des Beaux Arts en Belgique* de Camille Lemonnier (III volumen de *Cinquante ans de liberté*), que data de un cuarto de siglo, no puede tenerse mucho más en cuenta que los dos gruesos tomos de *L'Art flamand* que Dujardin ha consagrado á la época contemporánea y que es más bien una serie de biografías anecdóticas que de estudios críticos. La excelente y clásica *Histoire de la pinture flamande*, de A. J. Wauters, no hace más que desflorar los tiempos modernos. Richard Muther ha venido á llenar una laguna, condensando en un centenar de páginas una historia nerviosa y personalmente pensada y escrita de la pintura belga. Richard Muther, profesor de la Historia del Arte en la Universidad de Breslau, es un escritor científico á quien sus trabajos eruditos le han valido una justa reputación en Alemania Su obra en tres volúmenes *Historia de la Pintura en el siglo XIX* le dió una celebridad extraordinaria. La gran obra de Muther produjo en Alemania el efecto de una lluvia benéfica sobre el terreno árido y polvoroso de la historiografía del arte. Si en los progresos que la historia del arte ha hecho á partir de Wilkemann, la Alemania puede considerarse como en el primer rango, la erudición germánica reviste rara vez una forma amable y seductora, y, sobre todo, falta siempre la comprensión íntima de las obras de arte. Tienen tendencia á considerar la parte literaria del arte, y eso constituye una característica del arte alemán, donde los ilustradores gozan de grandes privilegios. Bastará citar á Moritz, von Schwind, Ludwih Richter, Menzel, I[illegible]r.

[illegible] el arte alemán, gracias á algunos grandes artistas de celebridad europea, se d[illegible]baraza poco á poco del academicismo y del provincialismo en que vegetaba. L[illegible]ucha ha sido ardiente, y el arte oficial no se da todavía por vencido. En Berlín e[illegible]bre de *seccionistas*, que han adoptado los artistas independientes, es considerado en los círculos gubernamentales como el equivalente de revolucionario. El

libro de Muther fué fructuoso desde este punto de vista. Algunos reprocharán en esta parte que hoy traducimos la severidad con que critica la difunta escuela histórica, que jugó, á pesar de todo, su papel. El ardor con que él ataca el academicismo alemán le impele á atacar el academicismo belga que nos oprime desde hace largo tiempo. Las omisiones que puedan contrastarse en este libro quedarán perdonadas al considerar que un crítico extranjero no puede, á pesar de su documentación, tener en cuenta las innumerables exposiciones poco importantes que entre nosotros se celebran. En este libro sólo se habla del Museo Moderno, y como no es nacional, habla abstrayéndose de todo sentimentalismo chauvinista y de simpatías individuales, lo cual es una inmensa ventaja.



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 7 Enero, 4 Febrero, 4 Marzo, 1 y 29 Abril, 27 Mayo, 24 Junio, 22 Julio, 19 Agosto, 16 Septiembre, 14 Octubre, 11 Noviembre y 9 Diciembre; directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral de Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

Línea de New-York, Cuba y Méjico.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada mes, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto-Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto-Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto-Cabello y La Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el Ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto-Plata con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carupano, Coro y Cumaná con trasbordo en Puerto Cabello y para Trinidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, de Málaga el 20 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente por Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.

Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escala en Casa Blanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: *Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas del 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas de 14 de Abril de 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios Comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

libro de Mütter fué fructuoso desde este punto de vista. Algunos reprobarán en esta parte que hoy traducimos la severidad con que trata la última escuela histórica, que jugó, a pesar de todo, su papel. El ardor con que él ataca el academicismo alemán le impide a atacar el academicismo belga que nos oprime desde hace largo tiempo. Las omisiones que puedan contrastarse en este libro quedarán perdonadas al considerar que un crítico extranjero no puede, a pesar de su documentación, tener en cuenta las innumerables exposiciones poco importantes que entre nosotros se celebran. En este libro sólo se habla del Museo Moderno, y como no es nacional, habla abstrayéndose de todo sentimentalismo chauvinista y de simpatías individuales, lo cual es una inmensa ventaja.



TIEMPO

L ILUSTRADA

ᴾOLÍTICA Y HACIENDA

RZO, 1905. | NÚM. 51.

"INSIGNIFICANTE"

LOGÍA NACIONAL

ÑA RURAL

npo de visión distinta de la concien-
o de la Nación y de la conciencia de
nir procesos del vivir colectivo tiene,
nolde, como pequeñas ideas y vagos
na hormiguean. Este sarpullido men-
tivo. Las burbujas de aire oprimido
gran salir de él removiéndole. Mien-
hay vida. El estudio de la micropsi-
te pequeño, es condición indispensa-
hí se llama vulgarmente grande. La
a por diez y nueve ó veinte millones
en relación intermental entre sí y
odos estos quereres y sentires indivi-
almente debe hacerse ostensible. La
una conciencia social. Pero todo lo que
no mismo de no acusarlo, de vivir en
ciente, que sirve de basamento y raíz
un cuando yo ignore que vive? Y si
e yo llamo mi vida, ¿tengo derecho á
vez me voy convenciendo más de la

Imprenta de Tomás Rey.—Pizarro, 16.

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | Marzo de 1905. | NÚM. 51.

SUMARIO

SIGNIFICACIÓN DE LO INSIGNIFICANTE EN NUESTRA PSICOLOGÍA NACIONAL, por Eloy L. André 313

EL PROBLEMA NACIONAL AUSTRIACO, por *Palmerín* 323

LÍRICOS CASTELLANOS, por Angel Guerra 336

VIDA Y ESCRITOS DEL DR. JOSÉ RIZAL, por W. E. Retana 346

CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA, por Edmundo González-Blanco 363

LA VIDA LITERARIA, por Andrés González-Blanco 383

APUNTES SOBRE POLÍTICA INTERNACIONAL, por E. Pérez Triana 395

EL IDILIO DE LOS CLAVELES, novela de Joseph Carner, traducida expresamente para NUESTRO TIEMPO 404

REVISTA BIBLIOGRÁFICA: Libros de Valera, Nieto, Costa, Ugalde, Sawa, Camba, Abreu, Llanas y Trigo 419



PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre .... *12 pesetas.*
América, id .... *15 »*
Demás países, id .... *12 francos.*

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114.—MADRID

(De 8 á 10 de la mañana y de 2 á 4 de la tarde).

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V	MADRID.—MARZO, 1905.	NÚM. 51.

SIGNIFICACIÓN DE LO "INSIGNIFICANTE" EN NUESTRA PSICOLOGÍA NACIONAL

I

POR LA ESPAÑA RURAL

Si el periódico y la revista son el campo de visión distinta de la conciencia social y nacional, todo lo que dentro de la Nación y de la conciencia de la Nación se elabora y viene á constituir procesos del vivir colectivo tiene, por tal concepto, derecho á la letra de molde, como pequeñas ideas y vagos presentimientos que en el fondo del alma hormiguean. Este sarpullido mental es saludable para el espíritu colectivo. Las burbujas de aire oprimido en las capas inferiores de un líquido logran salir de él removiéndole. Mientras abajo hay conmoción y remoción, hay vida. El estudio de la micropsiquia nacional, de lo mental infinitamente pequeño, es condición indispensable para conocer lo grande, lo que por ahí se llama vulgarmente grande. La conciencia social española está formada por diez y nueve ó veinte millones de conciencias individuales españolas, en relación intermental entre sí y entre los demás hombres del planeta. Todos estos quereres y sentires individuales tienen una fase social, que socialmente debe hacerse ostensible. La op[...]n es lo que revela ó puede revelar una conciencia social. Pero todo lo que la [...]ión no revela, ¿deja, por el hecho mismo de no acusarlo, de vivir en la [...]ciencia social? El material inconsciente, que sirve de basamento y raíz á [...]personalidad, ¿no vive en mí, aun cuando yo ignore que vive? Y si al[...] vez quiere surgir arriba, á lo que yo llamo mi vida, ¿tengo derecho á co[...]rarlo como extraño á mí? Cada vez me voy convenciendo más de la

gran importancia de lo pequeño en sociología. Lo infinitamente pequeño, por el hecho de ser infinito, es grande. De lo pequeño brota lo grande, como del átomo se forma la partícula atómica y de ésta la masa corporal. Lo pequeño se hace grande por integración. Lo grande se hace pequeño por disgregación. Las masas rurales que del viejo continente europeo emigran, constituyen en el nuevo continente americano las ciudades más populosas que ha conocido la Historia. De las viejas metrópolis europeas de París, de Londres y Berlín salen incesantemente trenes cargados de átomos sociales, para sanearse en el campo, conviviendo con los humildes, respirando su aire, adaptándose á su vivir sencillo, recibiendo de ellos provechosas enseñanzas de mesura y fortaleza. No hay grande ni pequeño, ni en la vida natural ni en la vida social. El microscopio aumenta los tamaños, pero no revela caracteres que en el cuerpo no existan. Todo es grande y pequeño á la vez. La humildad consiste en empequeñecer lo grande, y es verdad, verdad moral; la caridad en engrandecer lo pequeño; verdad también, verdad social.

Es obra de caridad, y de necesidad también, hacer guerra al dramatismo social del pueblo español; los humildes, los anónimos, los que se llaman neutrales y son los más activos, representen algún papel. Hay que personalizar el coro, quitándole carácter colectivo y dándoselo individual. *Política* y *Administración*, personalidades abstractas y alegóricas; *Estado*, *Gobierno*, entidades más ó menos vivas, han de dar alternativa en el diálogo y en la diargia al pueblo, á la España rural, á esos quince millones de españoles que piensan y viven tanto como los cuatro ó cinco millones restantes, pero que no se sabe cómo piensan y viven; que quieren, que trabajan tanto ó más que los cuatro ó cinco millones restantes, sin que socialmente se pueda capitalizar su esfuerzo, su labor. No hay dos Españas, no; hay una sola: eso que bulle y forcejea por asumir en sí toda la representación nacional, eso que hormiguea en la superficie, es parásito que escarbajea en la epidermis y la taladra, llegando á los tubos capilares y compartiendo con el organismo nacional el alimento que el organismo necesita, y que sólo para él debe ser. El corazón y los músculos y el estómago son órganos íntimos, que en la vida nacional responden á una función, á la que les es propia; son órganos necesarios; y los parásitos y comensales organismos extraños á nuestro organismo, que hay que extirpar con procedimientos de limpieza, con mucha agua, con mucho sol ó sublimado corrosivo.

Esta España interior, la oculta, la íntima, tiene su opinión también; un mundo social rudimentario, sí, pero en su proteica organización, completo. No se revela en la Prensa porque no sabe, ni tiene el deber de saber, si no se le enseña. La Prensa, en cambio, está obligada á enseñar á leer á los qu no saben, por instinto de própia conservación, y á buscar materia legibl nueva para los que saben leer. No he visto aún á ningún redactor de nuestros grandes rotativos interviuvando á un hombre del campo, ó interviuvando al campo mismo, ni á ninguna empresa periodística fundar escuelas rurale

donde el periódico de la casa fuese el silabario para aprender á leer. Lo que se gasta en anuncios debiera dedicarse á escuelas.

Estas consideraciones y el carácter de mis viajes, que son siempre del campo á la ciudad y de la ciudad al campo, me animaron á escribir para los que viajan sólo de ciudad á ciudad y para los que no salen de ellas ni del campo, algo de lo que en éste se piensa, y mis reflexiones, al mismo tiempo, sobre esta minúscula opinión rural. Después de haber mirado desde arriba el pozo con sus negruras, lleno de agua pantanosa, maloliente, buceando en él, llegué hasta el fondo, sin temor á enfangarme, hasta encontrar roca viva de cimiento, tierra rural y población rural, base económica de vida y base demográfica de sociabilidad..... ¡Qué campos! ¡Qué aldeas! ¡Qué mundo moral! ¡Qué sueño el de estos espíritus!

Después de una excursión por este adentro se pueden explicar muchas paradojas. Todos quieren andar, pero nadie da el primer paso. Se pide la extirpación del caciquismo, y no lo es el que nació tonto ó sin padrinos. Se truena contra el Estado, perceptor de contribuciones, y se le engaña acusándole una pequeña parte de su riqueza. La masa, el barro plasmable, es el mismo arriba que abajo, con la ventaja abajo de haber más salvajismo que arriba y de haber en los organismos rurales más resistencia para una amputación saludable, para una pedagogía *disectiva*. Abajo, pues, se ha de hacer la revolución. Pero ¿puede haberla sin juventud? ¡Y ésta se va!

II

TIERRA QUE DUERME Y JUVENTUD QUE HUYE

Desde la cumbre de irregular montaña, mal vestida por la Naturaleza con andrajoso traje de brezos y de robles, por cuyos jirones aparece la diminuta capa de tierra vegetal como delgada epidermis que acusa fuerte osamenta de granito, descubro un amplio horizonte. Es un paisaje inmenso, de gris monotonía, ligeramente contrastada por pequeñas manchas de verdor en las cañadas, de blanco amarillento en los rastrojos y de abigarramiento sombrío en los *lugares*. La emoción es de calma, de pereza; la de un ser que empieza á dormitar; es la impresión de una naturaleza en soledad angosta sumergida, de una naturaleza fuerte y poderosa, de virginidad semisalvaje e u semblante, sobre la cual hormiguea escuálida raza de hombres indol es y resignados. El humo azulado que envuelve en sus gasas transparent el tejado de los pobres caseríos y aldeas me permite contar más de veint .. ¡veinte nidos!, donde la gente campesina se guarece de las inclemenc del medio con que lucha, para quedar en él, por él vencida.

.qui se ensancha mi pulmón hambriento de aire sano. ¡Cómo me siento

vivir! Pocas inspiraciones tonifican mi sangre y me hacen sentir nuevamente esta fortaleza interior del *hombre rural*, este capital de vida intensa, que la gran ciudad me malgastó. Allá, en la lejanía, la miro con nostálgica mirada, como algo que se va y al marcharse se pierde en el fluyente manantial de mis recuerdos vivos.

El sol crepuscular exhala sus postreros matices rojos tramontando el horizonte; no dice *adiós*, con un mirar de tristes melancolías, con las auras alegres de la tarde, que besan mi cara y cuchichean á mi oído, algo así como la canción de la esperanza de otro día venidero, y me preparan *santamente* al sueño de la paz, después de haber merecido mi jornada.

Hablan estos paisajes á mi alma, gesticulando en la luz que pierde gradaciones de intensidad, con seriedad profunda, con seriedad sincera: son austeros, graves, majestuosos. Tienen plasticidad grande y armonía oculta en su policromía. Su perfilado acusa la mano varonil que los dibujó; su colorido, la sobriedad del alma, que los vistió de vida vegetal. Esta naturaleza, que aquí miro, no es artificial. La mano del hombre no ha dejado más que débil huella de su esfuerzo. No es esto como Suiza, amplio jardín, para distraer ingleses malhumorados, ó el solitario *faubourg* de la *grand ville*, un *faubourg* á 400 kilómetros de París, *rendez vous* de todos los ociosos parisienses y no parisienses con dinero, no. Éste es un oasis de vida natural, genuinamente, prístinamente natural, que á mis recuerdos del ambiente castellano se asocia por contraste, é, integrado con él, me hace pensar en una España joven, fecunda y fragante, hermana de una España vieja, estéril y caduca. Aquí se pueden percibir todos los tonos. ¡Base telúrica de la tolerancia humana! El gris foncée, de enormes conglomerados graníticos, fregados por lluvias seculares y ennegrecidos con el pelús de musgosa vegetación; el blanco de las mieses agostadas; el negro de los bosques de robles y de los brezales quemados para hacer tierra laborable y carbón; el color verde en todos sus matices de una vegetación acuosa; el azul pálido y el rojo de las montañas lejanas, y el azul semintenso, semigris, de este cielo tristón y amodorrado... todo el colorido de un Rubens ó un Van Eick, se encuentra en esta naturaleza, hermana, por más de un concepto, de la flamenca. Y el ambiente es tibio. La atmósfera *meiguiña*, insinuante y tímida, como campesina ingenua. Está llena de lascivia en su sedante enervamiento y envuelve el alma en misticismo, con el manto de misterio de sus brumas, que borran el perfil de las masas, como la esponja borra líneas de tiza, dibujadas en un tablero.

Este cuadro, este viviente museo natural, es el libro que leen mis ojc cansado de la fastidiosa monotonía de la letra de molde, la cual suele ocr tar muy pocas veces íntimas perspectivas de la vida mental, de un aln poderosa y al mismo tiempo sincera. Al atardecer, cansado y abatido, bus en estas alturas el aire que la ciudad me niega y que la aldea en par impurifica; el aire que, al purificar mi sangre, da fuerza vital también á m

ideas, llevando en su corriente las que no cuajaron en mi personalidad, al ventearla gratamente. Y solo unas veces, ó con un viejo compañero de la aldea las más, procuro comulgar con la naturaleza, con esta naturaleza que me hizo y me rehace ahora.

***

El viejo sexagenario es el viviente cronicón del pueblo, donde su historia, silenciosamente tramada, se guarda y se me revela, con sabor de verdad concreta, con savia jugosa de naturalidad: es vino añejo, guardado en singular vasija. Lo que en su alma parece estar dormido, despierta y se remoza ante una actitud interrogante mía. Caminamos lentamente, lentamente monte arriba, hasta ganar la cumbre dominadora, resollando con fuerza unas veces por subir demasiado aprisa, interrumpiendo con brusquedad nuestra ascensión otras, para rehacernos y recomenzarla. El ritmo de la respiración, cuando falta poco para ganar la altura, se acelera de tal modo, que ahoga en un gran sofocón el diálogo. El tiempo intensifica eternidades en este corto durar... Por fin, arriba. Algunos minutos bastan para normalizar nuestra sangre y poder hablar con calma. El diálogo se reanuda.

He aquí uno de tantos, el de siempre:

—¡Qué quiere usted!, dice: ¡los tiempos cambian tanto!

—Los tiempos no, le contesté; las cosas en el tiempo.

—(¿?) El tiempo y las cosas, añadió. Todo, todo, todo... aquéllos... los míos... ¡aquéllos, eran otros!

Forcejeé, para disuadirle, diciéndole: entonces, como ahora, había jóvenes y viejos; ricos y pobres. Los jóvenes trabajarían para los viejos, y los pobres para los ricos. En aquéllos, como en éstos, habría tristes paradojas sociales; 20 bocas para una hogaza de pan, 100 hombres para una hectárea de tierra. ¿No es así?

—No, dijo mi interlocutor. En mi tiempo sobraban brazos y faltaba pan; Hoy sobra tierra y faltan brazos. Si ayer éramos pobres, más lo somos hoy.

—Pero ¿por qué?

—Porque tenemos más necesidades, más riqueza y más ansias de riqueza pero, sobre todo, ¡ansias!... La tierra duerme. La juventud nos deja.

El área cultivable de este pueblo, la misma, poco más ó menos, que hoy, nutría hace cincuenta años una población igual á la mitad de la actual. La acción del Estado, de esa enorme máquina, que tiene ruedas para trillar ...es y triturarlas, y bocas para comer nuestro pan, pero que no nos da ...os para roturar la tierra, ni semillas para fecundarla, ni ideas para ...ularnos fuertemente y con amor á ella; la acción del Estado, de ese ser ...racto, cuya existencia tan sólo se nos revela por lo que de nosotros ..., sin que jamás nada nos dé, echa sobre nosotros tan pesada carga... ...e ya no podemos más!

Ayer, *cuando había menos Estado*, éramos una gran familia, congregada, por la tradición, en el trabajo y para el progreso propio. Somos hoy miserable rebaño de borregos, apacentados en campos de miseria y de ignorancia, para fertilizar la tierra del *Señor* con nuestro esfuerzo, vestir su desnudez con nuestra lana y alimentar sus apetitos insaciables con nuestras carnes, la de nuestros hijos ubérrimos para su escualidez heredada ó adquirida, la de nuestros muchachos fornidos para sus grandes *paradas* y espectáculos... ó las entrañas de la tierra, de esta tierra sobre la que vivimos y para la que vivimos; de esta tierra, que jamás alimentó nuestro cuerpo, que nunca sació las ansias de paz al alma...

—Habla usted como un libro, le dije.

—Libro soy, prosiguió, de recuerdos que viven, no acotados, unidos, vivamente unidos, en mi alma. Viven entreverados fuertemente. Son la trama de mi propia vida, que es planta en ellos ingerta, y por ellos ha de permanecer siempre vestida de verdor, de esperanza, al alimentarse en el ambiente que los formó.

Mientras el viejo, paladeando su vivir pasado, se transfiguraba en juveniles actitudes, y en sus miradas resplandecía una virilidad fogosa, en marcado contraste con los surcos majestáticos de su frente despejada y de sus cabellos blancos como la nieve de las sierras, una niña, arrebujada bajo la copa de roble secular, pastoreaba el ganado, modulándo en melancólica canción las penas y miserias heredadas, las incertidumbres de un porvenir obscuro, denso como niebla. Como él, como los suyos, era también un ser vencido en el combate. También miraba hacia atrás. Tenía la complexión de una flor de invernadero, flor sin el perfume de juveniles alegrías, flor condenada á vivir en virginal esterilidad, estéril para el amor, para la esperanza, sumida en tristeza y resignación.

Su canto, de sencillas melodías, cuadraba perfectamente al pensamiento del viejo. El melodrama se hizo en ellos, sin saberlo. La naturaleza se valió de estos dos órganos para poetizar con *intencionado humor* al hombre indigno de convivir con ella, al hombre que no la busca como hembra, y como sierva le fustiga. En su soberano matriarcado, cansa los hombres, los devora y después los burla. Así, ideas de la mente y ayes del corazón, forman coro, coro doloroso de resignación y sufrimiento.

El diálogo parecía transformarse en monólogo discursivo. El viejo prosiguió su narración. Dos generaciones, decía, dos generaciones muertas, devoradas la una por el tiempo, y por la herencia otra. Dos generaciones atávicas, moldeadas por la tradición, semejantes á un tronco carcomido, de cop desgajada y raras flores en ella, con hondas raíces, sí, pero podridas, en est tierra virgen, en esta naturaleza ansiosa de vivir y darse al hombre.

—¿Tierra virgen?, pregunté.

—Sí, tierra virgen; tierra sin explotar, por cuyas venas circula sangre ansiosa de nutrir entrañas fecundadas por el trabajo humano, no sueños de

lujuria y de deseo, no perezosas y lúbricas imágenes... Este sol, que se oculta tras la montaña, la enciende todos los días en su amor. En la sombra y el silencio de la noche se percibe el íntimo rescoldo que en sus entrañas deja... Es vaho de maternidad, ansia de pervivir, que solicita al hombre. Esta naturaleza quiso parir fauna robusta de doméstico ganado y flora copiosa de alimentos para el hombre. Esta naturaleza nos llama y no ceja en su clamor. Nosotros, impasibles. ¿Por qué? ¿Somos eunucos? ¿Somos esclavos?... ¡Tierra y juventud! ¡Tierra que duerme. y juventud que huye! Tierra que muere, con plétora de vivir congestionada; juventud errante, que emprende éxodo interminable por la libertad para el trabajo. ¡Tierra que duerme y juventud que huye! Naturaleza joven, acechada por sátiros gastados, llenos de sensual codicia, sin fuerzas masculinas para roturar ávidamente, con noble emulación, esta epidermis de maleza que oculta tierra nueva, tierra ansiosa de los rayos del sol y del agua de los ríos. ¡Qué juventud la que nos queda! Escuálida, oprimida, enferma; una juventud que muere en asfixia mental y pereza fisiológica, sin ansias de ideal, sin comezones íntimas, para ensanchar el campo de la vida, para vivirla mejor. La naturaleza pide parte de nuestra vida para alimentárnosla toda entera, y las aldeas quedan muertas, despobladas, por esta desbandada insólita. Las granizadas de opresión y de codicia deshojaron los árboles donde anidaban las aves. Ellas huyeron para no volver.

. . . .

. . . .

—Era natural la fuga, dije yo; pues de otro modo, ó serían desplumadas para el plato, ó enjauladas para entretener la estúpida ociosidad de un cazador de liga. Si los que hoy hacen de *homicidas* supiesen que han de convertirse en suicidas mañana, suicidas por codicia y por usura, en vez de descastar del país el nuevo enjambre de abejas laboriosas, formarían un buen colmenar para entretenerlas en él y sacarles la miel á tiempo. Esta gente, tan entontecida y obcecada vive, que quiere lograr más harina triturando, no el grano que le dan para moler, sino la propia rueda volandera. Llegará día en que ésta se gaste y el agua se consuma. Entonces ¿qué? ¿Qué importa que la naturaleza clame amorosamente por el hombre, si el odio y la codicia de algunos hombres castra la virilidad de los más, ó los deja vivir en ignorancia? ¿Qué importa este aire sano para el cuerpo, si el ambiente de las intimidades del alma asfixia sus sentires y quereres y envenena su inteligencia con velados y cobardes conatos de rebeldía y vindicación san-
nta? ¿Qué importa? Es muy natural, muy conveniente, muy oportuna
uída. ¿Faltan brazos? Los traerán. ¿Sobra tierra? Se trabajará. Los en-
nos crónicos se mueren sin pedir médico. Sólo se reclama en casos de
mia. ¿Quién pide cirujano?

¿Ve usted aquella heredad, le señalé, soberbiamente amojonada? En
e años se transformó más que usted en tres veintenas. Primero fué piza-

rral abrupto, lleno de brezos y *carrascos*. Era la caricatura de la pereza humana, al lado de la miseria, dibujada con vigoroso perfil, por una mano invisible. Después fué retamal, para defender á su poseedor de las rudezas del frío. Alimentó más tarde tojos, para restituir á la tierra con una mano lo que con otra se le quita. Ahora es viñedo, para alegrar el alma y el cuerpo, después de haberlo nutrido con pan. Cuanto con mayor fe nos abrazamos á la tierra por el trabajo fecundante y redentor, mejor nos devuelve ella sus caricias y sus dones.

—Pero aquello, exclamó mi interlocutor, aquello es de un ricachón.

—¿Y el ricachón lo heredó?

—No. Lo hizo.

—¿Con qué?

—Con el trabajo de otros, para él.

—¿Y por qué ellos no lo emplean para sí?

—Porque no pueden, ó porque no saben, ó porque no quieren.

Después de traerle socráticamente á mi terreno, repuse: luego, si no pueden, hacen muy bien en abandonar lo que para ellos es un imposible; si no saben, hacen muy bien en salir de aquí, para aprender, donde más se sepa, puesto que los que aquí saben explotan sólo para sí el saber. Es arma que emplean más para acabar con los ignorantes que con la ignorancia; y si no quieren, ¿por qué, de qué se quejan? Esta crisis, á mi ver, es una esperanza, es aurora de porvenir. ¿Qué fe pueden tener ustedes en este atardecer de la vida, cuyas perspectivas todas fluyen hacia atrás? ¿Qué fe? En sus viejas almas se guarecen los espectros de la superstición pesimista, y en sus músculos se nota la vesánica flojera de los caídos. Si la tierra no los nutre, ¿por que no huyen también? Y si los alimenta mal, ¿por qué no la trabajan mejor?

—Hacemos lo que vimos hacer á nuestros padres, contestó.

—No; ustedes comen pan blanco, adquirido en panadería industrial; ellos pan de centeno, cocido en hornos caseros. Ellos vestían lana burda y lino burdo; ustedes visten lana y algodón maquinofacturados. En el tiempo de aquéllos, no había en la aldea establecimientos industriales ni tabernas; hoy pasan éstas de tres y aquéllos de dos. Las necesidades crecieron, como ve. ¿Por qué no se intensificó el esfuerzo?

—¿No ve usted, me dijo, que no es posible, porque las gabelas que hay que pagar nos abruman de tal modo que todo esfuerzo nuevo es vano, porque el usurero, el cacique ó el recaudador, que á veces suelen ser tres cargos distintos, explotados por una sola persona, mientras nosotr acotamos para nuestros hijos la tierra, ellos acotan para sus trojes las c sechas?

—Grave error el de ustedes, amigo mío. Si ustedes fuesen tan codicios y tenaces cómo los que, prevalidos de su cargo, los depauperan, luchari contra el intruso con perseverancia, y al fin triunfarían. No atribuyan al E

tado pecados que no ha cometido, porque tan Estado son, ó pueden ser ustedes, como sus explotadores. Después de hipotecar la conciencia pública al ente que llaman cacique, ¡la conciencia!, esto es, lo más íntimo, los derechos personales vivos, la ciudadanía, ¡el ser de hombres!, ¿les extraña que ellos traten de hipotecarse también la tierra, que, después de todo, no es más que una forma externa, un sello, un signo de su personalidad laboriosa? ¿Carecen de espíritu público? Pues tampoco lo tienen privado. Y las almas sin *espíritu* son almas muertas, almas de esclavos. Ustedes han sido ayer hombres-máquinas y lo son hoy también, cuando hacen falta máquinas-hombres, brazos pensadores. Cuando la juventud les acusaba fortaleza física, miraron sólo al presente y se detuvieron en él, sin saber vivirlo, distraídos, ingenuamente confiados en que el presente les parecía porvenir sin haberlo incubado ustedes en él. Ahora, viejos, cerradas las puertas del ideal, viven la vida de los recuerdos tan sólo, abrumada el alma de pesimismos. Los pesimistas son un ideal en lo íntimo de sí; son activos, hombres de voluntad y de fe; almas torturadas en el mundo exterior, esclavas tal vez de la adversidad, pero con varonil soberanía, adentro. El pesimismo de los recuerdos es el de los vencidos, el de los que derrocharon un capital de juveniles energías con prodigalidad, sin guardar parte de la renta para la vejez. Este pesimismo atenacea dentro el espíritu; nos avergüenza ante nosotros mismos, delatándonos ante una infancia que no hemos sabido engrandecer, ante una juventud que no quisimos atesorar, ante una virilidad socavada por la inexorable ley de la impotencia. Es una mano cruel, que oprime el pulmón y lo hepatiza.

Debemos buscar siempre un presente integral, sintético, completo; un presente pletórico en porvenir, generador de sueños y de seres; un presente con sabroso jugo de vida robusta y sana, con perfume de ideal. Un presente intensamente humano, humanizable.

—¡Cómo sueña usted!, me dijo.

—Por eso, por soñar así, por vivir mis sueños, los sueños me dieron pan para la vida; por eso abandoné yo el nido. Quise mejor un insecto cazado en la inmensidad de la selva, que un pedazo de pan mendigado á las puertas de un *Señor*. Me nutre más un arranque de libertad, de rebeldía, que esa sarta convencional de adulaciones que ustedes usan. Prefiero ser propietario del porvenir, en un presente acotado por mí, que siervo de la gleba en tierras de que era mi padre señor. Como él lo era, lo soy yo. Ustedes son esclavos.

***

[illegible]scuros celajes de la noche enlutecían el paisaje. En el Oriente se v[illegible] [illegible]splandecer los primeros rayos de una luna con clarores de tristeza e[illegible] [illegible] que sembraba en la obscuridad, con su tibio fulgor, vagas me-

lancolías. La naturaleza, cansada de vivir retozando inútilmente con la próvida luz del sol, sin que el hombre en este idilio interpusiese su mano bienhechora, se recogía en sí, comenzaba á sentir las primeras inspiraciones de un sueño. ¡Qué sueño de candor!

El *ángelus* de la aldea congregaba los fieles para la oración de la noche, en la que habían de ofrecer al buen Dios las primicias del esfuerzo en la jornada. Sólo interrumpía después este silencio augusto y solemne el monótono concierto de la pequeña fauna nocturna, que en su repetida canción modulaba un himno de amor inconsciente y sencillo á quien le prohijara; y el valiente mugido, atronador y doloroso, de ubérrima vaca, que en los caseríos del monte se quejaba del pastor que sin piedad le robaba la leche segregada con amor para sus crías, era un ¡ay! de madre desesperada é indefensa. Una inmensa procesión de carros cargados de mieses regresaba á las eras de la aldea por los violentos repechos del camino, pudiendo percibirse, á pesar de la distancia, el agudo chillido de los ejes y los gritos desaforados que el conductor prorrumpía para que el ganado alcanzase más pronto la pendiente. Seguían detrás los pastores, formando con sus ovejas y sus bueyes otra larga procesión, que en actitud reposada, de cansera regresaba al pueblo. Iban cantando en tono adormilante el adiós, la cariñosa despedida á la madre tierra que durante el día alimentó sus reses. Eran preces de satisfacción, plegarias de agradecimiento.

En el último recodo del camino, que conduce á la próxima villa, desaparecía un pelotón de muchachos, tal vez para no volver. ¡Éxodo inexorable del trabajo por la libertad, para la vida!

También cantaban otro *adiós:* á la tierra, que á su pesar no cultivarían ya; al hogar cariñoso, al que era suyo y abandonaban por hambre. Sus miradas, caldeadas por el odio, besaban con frenesí esta naturaleza fuerte y joven, como ellos, que entre sombras, al verlos marchar, gemía y sollozaba.

Era una melodía de odio y de amor su canción; una amenaza y una queja; una elegía de amor y un himno ditirámbico. Maldecían con férvida indignación la casta opresora, el parasitismo impasible, glacial, que se atrevía á romper lazos seculares de un afecto que abraza, en eterno beso de paz y de trabajo, al hombre laborioso y bueno, con la tierra ubérrima, sustentadora.

—¡Justicia! ¡Justicia!, exclamaba mi interlocutor. ¡Justicia!

Fuera tal vez la obtendrán.

Mientras esta tierra duerme en catalepsia, dolorida, aquella juventud que marche errante por el mundo, en él la encontrará, si la quiere. Si la persiguen, es porque la llevan dentro de sí, porque es injustamente perseguida. Le falta fortaleza, dinero: dueña de él, ¿volverá?

Eloy L. André.

EL PROBLEMA NACIONAL AUSTRIACO

Basta posar los ojos sobre un mapa del Austria para conocer su pasado, comprender su presente y vaticinar, hasta cierto punto, su porvenir. El imperio de los Haupsburgo es un mosaico de razas y de naciones, no ya distintas, sino contrarias, que unidas por voluntad ó por fuerza en tiempos diferentes, han llegado, con aparente compacidad, hasta mediados del siglo XIX.

Desde esta fecha, el tradicional imperio austriaco ya no existe. Hoy vemos tan sólo la sombra proyectada por su historia, y los síntomas de irremediable descomposición. Su mal es muy hondo, y muy complejas sus causas. Hay organismos, en apariencia, robustos, que, al cambiar de medio ambiente, enferman y mueren. ¿Por qué? La etiología no puede muchas veces comprobar sus hipótesis; pero es indudable que en la íntima constitución del organismo doliente están ocultos los gérmenes predisponentes morbosos. Examinemos el organismo austriaco y veamos si en él pueden hallarse conceptos etiológicos precisos, y, en vista de ellos, un pronóstico acertado y discreto.

***

Observemos, ante todo, que el nacimiento y progreso del archiducado austriaco tiene grandes analogías con el nacimiento y progreso posteriores del hoy poderoso reino de Prusia. Ese centro de Europa, durante varios siglos ha sido un conjunto abigarrado de pueblos y de razas en constante y necesaria lucha.

Rodolfo de Haupsburgo es el primero, después de Carlomagno, que unifica y centraliza tan múltiples y contrarias energías. Pero su labor, puramente oportunista, mecánica y externa, no tuvo nunca la solidez necesaria. La Hungría y la Bohemia, incultas é inconscientes, víctimas de las terribles invasiones de turcos y rusos, y de las guerras religiosas, vegetaron durante mucho tiempo, obedientes y sumisas (salvo tal cual chispazo), á la sombra de los Haupsburgo.

[illegible]s un observador imparcial y profundo no habría dejado de notar que [illegible]a ceniza quedaba oculto inapagable rescoldo, fácil de ser avivado en [illegible]o la atmósfera social y política le suministrase los oportunos medios. [illegible] su conjunto étnico y por su posición geográfica, el imperio ha sido, [illegible]nte siglos, portaestandarte del mundo cristiano y occidental frente á [illegible] rusos: del catolicismo frente á los protestantes; del absolutismo y la

unidad ante las tendencias liberales ó federalistas. María Teresa, influída por los ejemplos de Luis XIV, Federico el Grande y Pedro el Grande, pretendió llevar al extremo la tendencia unitaria. Ahora bien, semejante unidad sólo podía conseguirse centralizando, de un modo absoluto, toda la vida política y social del Austria en una raza, en una ciudad, en una mano. Los alemanes eran, á la sazón, los elementos étnicos más fuertes, no ya por sus cualidades propias, sino también, y muy especialmente, por ser entonces el Austria núcleo y nervio de los otros estados alemanes. La emperatriz, como todos sus predecesores y descendientes, era alemana; en los actos oficiales sólo se hablaba el alemán, y Viena, capital del archiducado alemán de Austria, vino á ser capital de todo el imperio.

Á este inflexible y artificioso sistema, no desprovisto, en parte, de cierta lógica, fueron sacrificados los restantes pueblos. Pero la cohesión conseguida fué más aparente que real. Austria, en el fondo, nunca ha sido unitaria, ni, mucho menos, germánica. El centralismo y la germanización, violentando la naturaleza íntima del imperio, antes produjeron males que beneficios. Su cualidad de jefes del imperio alemán perjudicó á los soberanos del Austria. Sin parar mientes en que la fuerza verdadera de sus Estados la poseían eslavos y magiares, orientaron su política exterior hacia el Occidente y el Norte, en vez de hacerlo hacia Turquía; y prescindieron, en la interior, de aquellos pueblos. Si entonces hubiese tenido el Austria un verdadero hombre de Estado, acaso su historia, y con ella la de toda Europa, habría sufrido radicales transformaciones. El supuesto estadista, conocedor profundo de la íntima constitución étnica, política y social de su país; hábil compulsador de sus fuerzas internas y externas; zahorí de penetrante mirada, presto habría llegado á la conclusión de que, sólo robusteciendo los elementos no germanos del imperio, y obligándole á derivar sus energías hacia la península de los Balkanes, aseguraría su porvenir. No era preciso ser profeta para, en vista de los primeros vigorosos pasos de la vecina Prusia, y de aquel maravilloso alarde de la guerra de siete años, adivinar en ella la terrible rival de Sadowa. Por su espíritu militar, ambicioso y dominador, fruto, por igual, de su falta de fronteras naturales y de sus cualidades étnicas; y por su unidad de raza, lengua y religión, Prusia aparece en la historia como destinada para unificar y regir todos los pueblos germánicos, y dilatar, hasta los últimos confines del mundo, su poder y su prestigio. Los alemanes austriacos han carecido, en cambio, de las fuerzas precisas para germanizar, por completo, su patria. ¿Era, pues, aventurado el prever que en días futuros ambas rivales lucharían por ser cabezas del germanismo? ¿Y acaso no se entreveía n claridad que en ese duelo la potencia más homogénea, más germánica, n s joven, habría de triunfar de un imperio vetusto, artificial, heterogéneo? n Prusia el germanismo es una cuestión nacional; en Austria una cuestión lítica. ¿No es harto significativa esta diferencia?

El estadista no apareció, y el imperio siguió gastando sus energías e

tériles empresas. Pasaron los momentos históricos oportunos para realizar con éxito la idea federativa. Y la revolución y las conquistas napoleónicas sorprendieron al caduco imperio, con todas las externas manifestaciones de la fuerza y todos los internos estigmas de la debilidad. En Inglaterra, en Francia, en Rusia, en Holanda y en España conocíase y sentíase la Patria; en Austria, no. El ejército, numeroso y disciplinado, marchaba á las guerras cual una máquina admirable; sus hombres eran, tan sólo, obedientes autómatas. Por el cuerpo voluminoso del gigante austriaco circulaba poca y empobrecida sangre. Para encontrar algunos vestigios de existencia nacional y política era preciso penetrar en lo más íntimo y hondo de la Bohemia y de la Hungría. En momentos difíciles, de ellas han partido los esfuerzos heroicos, verdadera fe de vida de todo pueblo.

El doble choque ideal-material de la Revolución y de los ejércitos napoleónicos fué la piedra de toque que puso de relieve la verdadera situación del imperio. Cual si hubieran despertado de un letargo secular, todos los pueblos no germánicos vibraron con los reavivados recuerdos de sus añejas historias, casi interrumpidas desde el siglo XV. Cierto que los húngaros, desoyendo los consejos de Napoleón, acudieron solícitos á la defensa del Estado; cierto que los bohemios y casi todos los restantes pueblos imitaron á los magiares. Pero las invasiones de Bonaparte, allí como en todos lados, dejaron huella para siempre. El Titán, sacudiendo de formidable modo viejos edificios, habíalos agrieteado y desequilibrado. Y sembrando al azar y por instinto, sobre los ensangrentados y removidos campos, nuevos gérmenes filosóficos, sociales y políticos, preparaba cambios transcendentales en el modo de ser de individuos, naciones y razas.

Un fenómeno aparece entonces desconocido en la historia: la idea de nación. Las invasiones napoleónicas obraron á manera de enérgico revulsivo sobre el insensible cuerpo de los pueblos. Ante el brusco choque concentráronse sus energías, y, bañada en sangre, apareció en el mundo, por vez primera, la *conciencia nacional*.

Los artistas dieron primeramente forma á los sentimientos instintivos de los pueblos, y luego los pensadores sintetizaron sus ideas.

Austria estaba llamada á sufrir más cambios y alteraciones bajo estas nuevas influencias que cualesquiera otro Estado de Europa, por ser el más heterogéneo, el menos flexible, el más paralizado. Su germanismo y su centralismo artificiales no podían resistir una prueba tan ruda. En torno del Estado austriaco comenzaron á florecer vigorosamente los sentimientos lib[illegible]es y nacionalistas. Poco á poco, Italia fué adquiriendo conciencia de su s[illegible]cional y de sus derechos. Los húngaros, tras largo período de peticion[illegible]de protestas pacíficas, se sublevaron. Pero Rusia acudió en auxilio de s[illegible]igua aliada, y Hungría fué por completo vencida. Exageróse entonces e[illegible]ema unitario y absolutista, mas por muy poco tiempo. La Lombardía p[illegible] el Véneto después, pasaron á formar parte de la naciente Italia. Y

en Sadowa, la Prusia dió el golpe de muerte al imperio austriaco, eliminándolo de la Confederación germánica.

Desde entonces el imperio agoniza. Sin el apoyo de Alemania, el germanismo austriaco ni podía ni puede sostenerse. Viéronlo así los magiares, y con grande habilidad política supieron sacar partido de ello. Un año después de Sadowa, Francisco José, siguiendo los consejos de Beust, ministro oriúndo de Sajonia, estableció el régimen dualista hoy existente, por el cual divídese en dos partes la monarquía: la Cisleitana (Austria) y la Transleitana (Hungría). Dos gobiernos mutuamente independientes funcionan en Viena y Budapest. Cada diez años se establece entre ambas partes un acuerdo económico. El ejército, la marina y la representación diplomática son comunes.

¿Satisface á los húngaros este sistema? Ya lo veremos. Por lo pronto, si por un lado concentró dicho expediente político las energías del gobierno de Viena, de otro reforzó las esperanzas y las exigencias de los eslavos, y sobre todo de los más cultos, ricos y numerosos: de los checos. Éstos, unidos á los polacos y á los eslavos del Sur, amenazaban dar al traste con los restos del germanismo austriaco. El gobierno de Viena recurrió entonces á otra medida política, con un fin análogo al que Beust en 1867 se propusiera. En la Polonia austriaca casi no vivían alemanes, y sus elementos directores indígenas, pertenecientes en su mayoría á la nobleza, eran acérrimos enemigos de Rusia y de Prusia, por ser los gobiernos de San Petersburgo y Berlín mucho más duros y tiránicos con sus súbditos polacos que el de Viena con los suyos. Concedióse, pues, á la Galitzia una amplia autonomía; y así como bajo la hegemonía de los magiares quedaron la Transilvania (rumanos), la Croacia, la Esclavonia y numerosos eslovacos, alemanes y judíos, así bajo la hegemonía polaca quedó la Bukowina (pequeños rusos y rumanos en el Sur).

Desde entonces, el duelo principal se riñe entre alemanes y checos. Pero los eslavos del Sur, aunque más pobres, incultos y aislados, han ido también tomando posiciones de combate y fortaleciéndose y progresando. Hoy día puede afirmarse no hay una sola región, ni una ciudad, sin luchas étnicas y nacionalistas.

***

Un obstáculo muy importante dificulta el estudio del problema étnico-político austriaco, y al par impide encontrarle, por vías intelectuales y pacíficas, satisfactoria solución: la mezcla de razas. En todo el imperio no hay casi una ciudad, ni una provincia, étnicamente homogéneas. Esta circunstancia, unida á la poca veracidad de las estadísticas, siempre parciales en favor de unos ó de otros pueblos, impiden el sentar por anticipado cierto número de datos exactos, como punto de apoyo necesario é imprescindible para formar un atinado juicio.

Mas de cuantas estadísticas recientes he consultado brota, por lo meno

un hecho: el que la mayoría numérica de los pueblos del imperio austrohúngaro no la poseen, ni los alemanes, ni los magiares, sino los eslavos, y adquiérese una convicción: la de que esa superioridad numérica, en vez de ir disminuyendo, aumentará en lo porvenir. De todos los pueblos de la corona austriaca, los eslavos (sobre todo los checos) y los rumanos son los más fecundos. Esto, unido á que su poder de asimilación es hoy mucho mayor que el de los alemanes y magiares, contribuirá á que dentro de algunos años el imperio se haya eslavizado por completo.

Los alemanes austriacos que este porvenir vislumbran, ¿cómo han de soportarlo con resignación? Y, sin embargo, no hay defensa ni remedio posibles. Durante mucho tiempo han vivido en la mentira, y hoy la verdad, por fuerza, ha de parecerles muy amarga. Ni el imperio austriaco ha sido nunca alemán, ni ellos mismos son representantes de un germanismo puro. Precisamente á causa de esto no han tenido en ninguna parte, ni en Bohemia, ni en Estiria, ni en Carniola, ni en el Tirol, ni en Hungría, la fuerza necesaria para conservar alemán lo que ya lo era, y mucho menos lo que se había intentado alemanizar artificialmente.

La población austriaca propiamente dicha (Alta y Baja Austria y Ducado de Salzburgo), católica en gran parte, es, en verdad, alemana, al menos en cuanto á su lengua, y afín de sus vecinos los bávaros; pero el país situado al Sur del Danubio estuvo ha tiempo habitado por eslavos, de lo cual sobrevino copiosa mezcla de sangre, como también el que á la lengua alemana de los austriacos se incorporasen muchos eslavismos. Además de esto, todavía existen en la Baja Austria, aunque en corto número, varios elementos checo-eslavos y croatas. Por consiguiente, el austriaco es, en el fondo, un mestizo cuya envoltura alemana data de reciente fecha, distinguiéndose notablemente del prusiano por su modo de pensar y por su temperamento. Mientras éste es reflexivo, tardo en la comprensión, laborioso, tenaz, guerrero, poco sociable, aquél resulta un epicúreo, elegante, amable, ligero, imaginativo y más dado á los placeres que á los trabajos y á la guerra. Claro es que estas diferencias y estas cualidades sólo pueden tomarse como verosímiles y aproximadas, pues la psicología individual ofrece tan enormes dificultades, que casi aun hoy no existe como ciencia: ¿cuánto más grandes no serán las ofrecidas por la psicología de las colectividades y de los pueblos?

Los alemanes austriacos conservan, á pesar de su mesticismo, un típico carácter de sus parientes étnicos del Norte: el deseo, aunque vago y atenuado, de dominación. Todas las razas y todos los pueblos, desde las primeras páginas de la Historia hasta los tiempos presentes, han sido víctimas de esa peligrosa megalomanía. Hoy la sufren tres grandes potencias: los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. El destino histórico las ha puesto en la cúspide del poderío económico, intelectual, guerrero; y una brutal soberbia contribuye á colorear más intensamente el cuadro. Los alemanes de Austria, que sienten próximas las palpitaciones pangermanistas, y se encuentran

débiles y separados, por sólo una frontera, de los que denominan sus hermanos en lengua y raza; reaccionan contra el invasor eslavismo de manera tan acre, ruda y despresiva, que no sorprende surjan, á cada paso, serios conflictos. Una gran parte de ellos conservaban todavía la suficiente serenidad de juicio para permanecer dentro del cuadro dinástico y nacional del Austria; pero otros más ciegos ó más fanáticos eslavófobos, á cuyo frente se halla Schönesez, no vacilan en hacer una labor política prusianófila y Hoenzolleriana, excitados y apoyados, claro está, por el admirablemente organizado pangermanismo del imperio alemán.

Si las pasiones políticas y nacionales, hoy en Austria tan violentas y febriles, no los cegasen, harto fácil les sería el comprender lo impolítico de sus tendencias separatistas. Una vez dentro de la Confederación presidida por Guillermo II, serían considerados como elementos inferiores; y ni por su territorio, ni por su número, ni por sus cualidades étnicas, podrían representar otro papel que el de comparsas del gobierno de Berlín.

Mas otros obstáculos se oponen á que semejante quimérica idea tome cuerpo y vida: la voluntad nacional austriaca. Si el gobierno de Berlín tuviese el mal acuerdo de intervenir á mano armada en los asuntos interiores del imperio austro-húngaro, acaso lograse precipitar su presente evolución, anticipando, de brusca manera, la solución irremediable y ya prevista. Por impedir la eslavización del Austria, provocaría una alianza, acaso accidental, pero guerrera y poderosa, de eslavos y magiares contra el enemigo común. ¿Y qué significa el auxilio de una parte de los alemanes austriacos ante la resistencia desesperada de aquellos otros importantes y numerosos elementos del imperio? Los bohemios han resistido siempre, con éxito, todo intento de germanización; los polacos odian á los prusianos; los magiares no podrían permitir la peligrosa vecindad del poderoso imperio de los Hoenzollern; y aun los mismos eslavos del Sur é italianos contribuirían á la defensa contra el antipático *Tedesco*. El único peligro consistiría en que la diplomacia de Berlín encontrase *cantos de sirena* lo bastante falaces y persuasivos para separar unos de otros dichos pueblos, oponiendo entre sí, mutuamente, sus recelos egoístas y sus ambiciones. Pero, en este caso, aún restaba por saber si Francia y Rusia consentirían una segunda edición del reparto de Polonia, hecha en favor exclusivo de los elementos germánicos, que de este modo ocuparíau por completo, de mar á mar, el centro de Europa, modificando de muy sensible manera el equilibrio internacional. Al final de este artículo insistiré de nuevo en estas consideraciones. De todas suertes, esta hipótesis, aunque posible, no es probable. Solamente los prusianófilos austriacos, los pangermanistas y los escritores franceses, siempre recelosos de Alemania, juzgan realizable semejante idea.

Aparte de todo esto, justo es decir que los dos tercios de los alemanes austriacos son patriotas y dinásticos sinceros y leales.

Entre ellos hay, en estos instantes, muchos federalistas. Y este grupo que

tan exacto sentido político demuestra, en una atmósfera viciada y turbia, no creo se dejase embaucar por las utopias de Schönesez y las promesas halagadoras del gobierno de Berlín. De todas las fuerzas políticas del Austria, este grupo es el más apto y el más simpático. ¡Lástima que no pasen de una tercera parte del total de alemanes! Aunque parezca mentira, entre los federales y los prusianófilos hay un grupo de centralistas y unitarios.

¿Con qué fuerzas políticas, ó de cualesquiera otra clase, contarán estos hombres para abrigar aún semejante pretensión? Y á falta de fuerzas, ¿en qué derechos fundamentan sus ideales?

Después de los alemanes, tratemos de los húngaros que, en unión de los checos, forman los dos núcleos de fuerzas más importantes del imperio. Su pasado histórico les alienta y enardece, pero su numen director es un impolítico egoísmo. Desde el punto y hora en que el arcaico edificio imperial comenzó á dar indicios de ruina, húngaros y checos sólo pensaron en sí mismos. ¡Lamentable error! En 1868, los magiares conquistaron, casi por sorpresa, su autonomía, y desde entonces sólo han seguido una política: en el interior de la Transleitana magiarizar á los rumanos, eslovacos, búlgaros, servios, croatas y alemanes, puestos bajo su hegemonía; en la Cisleitana, apoyar los esfuerzos del gobierno de Viena contra la invasión eslava. En ninguno de entrambos propósitos han triunfado. Los eslavos aumentan en ambas riberas del Leithe. Y un nuevo enemigo, el pangermanismo, se alza frente á ellos. Pero su orgullo étnico, su germanofobia, les ha impelido cada vez más fuera de su órbita política normal. El Parlamento de Budapest, en recientes sesiones, ha dado los más deplorables ejemplos de frenesí político hasta ahora conocidos. Y el cuerpo electoral, consultado casi á continuación de dichos escándalos, ha otorgado sus preferencias á las minorías obstruccionistas, turbulentas y delirantes, contra el jefe del gobierno, conde Tisza, apoyado por Francisco José. Kossuth, hijo del célebre agitador político de 1848, y heredero de la jefatura del partido de la independencia, con la sola unión personal, ha sacado triunfantes mayor número de candidatos que cada uno de los otros grupos parlamentarios.

Esto es muy grave, porque indica en los húngaros un estado pasional exaltado y febril, más propio para ser padre de infortunios y equivocaciones que de aciertos. Si dentro de la Transleitana carecen de mayoría absoluta y sólo merced á subterfugios logran tener á raya á los restantes pueblos, ¿qué van á conseguir rompiendo, casi por completo, sus relaciones con la Cisleitan[illegible] Su agricultura necesita el mercado austriaco, tan próximo y tan accesib[illegible] y su embrionaria industria ha de tardar mucho tiempo en competir con la [illegible]triaca, y aun más con la de Alemania. ¿Juzgan acaso los húngaros que un[illegible]dustria nacional se improvisa fácilmente, y que la suya sólo espera pa[illegible] brotar y crecer la supresión de las tarifas protectoras en favor de los fabri[illegible]striacos? A los magiares, como á todo pueblo nuevo ó remozado,

se les han subido á la cabeza sus tradiciones nacionales, y sus fuerzas no están, bajo ningún respecto, á la altura de su orgullosa egolatría.

Los checos, más retrasados en su evolución política que los húngaros, y más próximos á Viena y al grueso de la población alemana aún luchan por recabar su personalidad autonómica nacional dentro del imperio. Su posición es muy difícil por ser las avanzadas occidentales del eslavismo y hallarse rodeados por elementos germánicos. Sin embargo, los progresos de su eslavización resultan admirables. Aún no hace muchos años había muchas casas alemanas en Bohemia: Praga podía pasar por una ciudad germánica, y en todas partes oíase hablar alemán. Pero todo esto ha cambiado en muy poco tiempo. Los vendedores han acabado por no entender el alemán, y, si se sale al campo, apenas se oye hablar en este idioma. Ahora basta trasponer los confines sajones y bávaros para penetrar en el océano lingüístico checo, que ha inundado toda la Bohemia. Pilsen ha llegado á ser una ciudad enteramente checa; la misma Praga es hoy genuínamente eslava; de suerte que el germanismo ha tenido que refugiarse en algunos asilos y no es otra cosa que un extranjero, un intruso en aquel pueblo. El teatro checo compite victoriosamente con el antiguo teatro alemán, y todos los negocios se ajustan en la lengua que en brevísimo espacio de tiempo ha tenido tan maravilloso renacimiento. En la actualidad no existe ya más que algún distrito donde predomine la lengua alemana, y la misma Praga es á modo de una isla del germanismo, la cual será conocida poco á poco por las oleadas checas. Tan brillante resurgimiento étnico y nacional produce en los eslavos del antiguo reino de Bohemia efectos muy parecidos á los experimentados por los magiares. Pero como su posición geográfica es otra y en sus reivindicaciones nacionalistas hállanse comprometidos grandes intereses, morales y materiales, alemanes, la resistencia que han de vencer es mucho mayor y la lucha emprendida más enconada y cruenta. Hace siete años (desde los tiempos de Badeni) que el Reichsratg de Viena no funciona á causa de la obstrucción realizada por el partido checo. La vida política del Austria está paralizada. Y los gobiernos vense precisados á usar casi de continuo de la facultad otorgada por el art. 14 de la Constitución para cumplir sus más elementales deberes. Dicho artículo ha sido una puerta de escape por donde el absolutismo ha ido entrando nuevamente en el campo constitucional austriaco. Mediante dicha disposición el Gobierno puede legislar por medio de Ordenanzas y sin el concurso del Parlamento.

Entre los alemanes y los checos intransigentes hay un grupo de espíritu más conciliador y benévolo. Pero, sobre estar en minoría, carece de fuerza y de prestigio. En atmósferas llenas de electricidad y fuego no pueden vivir ciertas ideas, tranquilas y razonables. El partido alemán no quiere conceder nada mientras los checos no cesen en su obstrucción; y éstos no sólo se niegan á pactar con esa previa condición, sino que por anticipado rechazan todo convenio en el cual no se estatuya la radical autonomía administrativa y polí-

ca de las tres provincias que formaron el antiguo reino de Bohemia: ésta, la Moravia y la Silesia. Los alemanes no están dispuestos á aceptar dichas condiciones. Y todo jefe del gobierno vese forzado á descontentar alternativamente á entrambos rivales para prolongar su estéril vida política. Esto ha sucedido, durante los tres años que ha ocupado tan importante puesto, á Mr. de Koerber, no ha mucho substituído por el barón de Gautchs. Y esto seguirá acaeciendo á Gautchs y á cuantos le sucedieren, porque no hay más forma ni medio de armonizar contrarios egoísmos que la fuerza, y ¿quién tiene la suficiente en este caso?

Con la Polonia austriaca ocurre un curioso fenómeno. De las tres porciones en que el antiguo reino fué dividido, la que el Austria se adjudicó es la más libre y la más dichosa. A raíz del establecimiento del dualismo y con objeto de restar fuerzas á los eslavos de la Cisleitana, fué concedida á la Galitzia una amplísima autonomía. Dichas quedan ya las razones que el gobierno de Viena tuvo para conceder á los polacos lo que no quiere conceder á los checos. Bajo la hegemonía de la Galitzia quedó la Bukowiria, ese trozo de tierra tan étnicamente complejo. La masa de sus habitantes, sin embargo, fórmanla los rutenios ó pequeños rusos, con la especial circunstancia de que, mientras los polacos constituyen el nervio de la población aristocrática y urbana de ambas provincias, los rutenios son, en su mayoría, campesinos pobres. En rigor la Galitzia es hoy la región más neutra y pacífica del Austria, pues aparte de que en ella los alemanes son escasos, sus naturales saben muy bien la suerte que les esperaría una vez disgregado el Imperio de los Haupsburgo. Por esta razón en el Reichsrag vienés, el grupo de los polacos figura, casi siempre, ó en las filas gubernamentales, ó como intermediario entre alemanes y eslavos.

Los eslovenos, croatas, esclavones, eslovacos, servios y búlgaros forman el grupo denominado eslavos del Sur. Su importancia política es mucho menor que la de sus hermanos en raza, polacos y checos. Casi todos son pueblos pobres, incultos y aun bastante atrasados en su evolución política y social. Sin embargo, en ellos, como en los del Norte, late ese mismo espíritu de protesta antigermánica, origen del estado presente del Austria. Los más fuertes son, sin duda, los croatas que resisten, lo mismo que los rumanos de Transilvania, victoriosamente la magiarización. Sus hermanos los dálmatas y los habitantes de la pequeña península de Istria, en perpetua lucha contra los italianos que allí forman la minoría culta y rica, pretenden crear un reino de Croacia-Esclavonia, formado por casi todos los eslavos del Sur.

[illegible] lo último he dejado la raza más separatista y antiealemana: los lati- [illegible] represéntanlos la Transilvania (rumanos) y el Tirol meridional, con la [illegible] de Istria y la Dalmacia (italianos). Lo mismo unos que otros, sólo aspi- [illegible] á unirse con Rumanía é Italia. Los recientes sucesos de Innsbruck, tan [illegible]rientos y dolorosos, no han sido más que un síntoma de la fiebre nacio- [illegible] allí en su apogeo. De resultas de dicho suceso y otros análogos, la re-

conciliación italo-germánica se ha hecho imposible. De aquí en adelante veránse impelidos los estudiantes italianos á emigrar ó á someterse á la férula de una Universidad alemana. Con ciertos elementos el imperio no podrá contar nunca. Son tan austriacos como lo eran, hace cuarenta años, los habitantes del Véneto y de la Lombardía.

Éste es, en síntesis, el actual estado social y político del Austria. En todas las provincias, en todas las regiones, en todas las ciudades hierve una lucha étnico-nacionalista enconada y violenta. Si el gobierno de Viena transige con uno de esos modernos estados de Taifas y accede á alguna de sus pretensiones, alzan el grito: los alemanes, porque se ha cedido; y los no alemanes, porque no ha sido hecha, en favor suyo, la concesión. Todos quieren el uso de su idioma en los Tribunales, Parlamentos y Universidades de su respectiva región; todos pretenden amplia autonomía; todos aspiran al mando y al predominio, y en todas partes existen minorías turbulentas y obstruccionistas y mayorías intransigentes. Cada uno de los 17 Landtags (Parlamentos regionales) de la Cisleitana son teatro de escenas muy semejantes á las que ofrece, de siete años acá, el Parlamento vienés. ¿Hasta dónde llegarán en esta nueva Babel las consecuencias de tan horrible confusión de razas, idiomas é intereses opuestos? ¿Qué medios, recursos ó soluciones se vislumbran en lontananza para finalizar esta página borrosa de la historia austriaca y comenzar otra más clara? Por sus desgracias privadas y públicas el anciano y respetable monarca austriaco pudiera ser llamado con verdad *el de los tristes destinos:* ni aun su propia sucesión es un hecho cierto y seguro. ¿Vendrá tras él la disolución del Imperio tradicional de los Haupsburgo? Entramos, como remate de este artículo, en el terreno de las hipótesis.



Teóricamente, el problema étnico-nacionalista austriaco presenta tres soluciones. La primera, que pudiera denominarse regresiva, consiste en un retorno hacia el centralismo unitario; la segunda, evolutiva, no es otra cosa que el federalismo; la tercera, resolutoria simplemente, es la disolución ó disociación de los órganos varios que constituyen el Estado austro-húngaro. Prácticamente, y á mi modo de ver, esas tres soluciones aisladas son imposibles. La realizable y natural no será el fruto de uno ó varios cerebros pensadores, ni de las habilidades de un político; brotará, espontánea y simple, de lo más hondo é íntimo del asunto. El pensamiento especulativo puede resolver problemas teóricos é ideales; pero aquellos en que interviene la vida, y sobre todo la compleja y ondulante vida humana, sólo se resuelven mediante la acción, impulsada por sentimientos y por instintos. En este caso, como en tantos otros, el papel de la razón sólo consiste en dirigir y encauzar, no en crear ni resolver. Limitémonos, pues, si hemos de ser discretos, á señalar los defectos de cada una de las tres soluciones. De este modo, si la tarea es modesta, también resulta honrada.

Indudablemente la primera solución aparece, no bien se ha empezado á estudiár el asunto, como la menos factible. Las regresiones no son frecuentes en la naturaleza, y, cuando ocurren, carecen de estabilidad; son verdaderas aberraciones. Austria no puede ser ya ni centralista ni alemana. Su propio ser íntimo rechaza hoy día semejantes tendencias. Pero, además, existe en contra otra razón importante: la debilidad de los elementos germánicos. Si éstos, aun siendo escasos, fueran muy fuertes, ¿quién podría sentar las anteriores negaciones? No sería el primer caso en que una raza vigorosa y culta avasalla á otra ú otras, si más numerosas, de menos energías morales y materiales.

Pero, en el presente, nada de esto ocurre. Los magiares son más fuertes, y los eslavos más fuertes y más numerosos que los alemanes; ambos pueblos tienen conciencia de sus derechos y de sus energías, y poseen una voluntad á prueba de infelicidades y derrotas. ¿Puede concebirse, pues, un retorno al centralismo y á la germanización?

La federación, en abstracto y á primera vista, seduce y encanta. No en balde ha cautivado á tanto ideólogo, entre ellos nuestro ilustre Pí y Margall. Pero juzga á hombres y naciones como fuerzas geométricas, medibles, dirigibles y constantes. Y este gravísimo error destruye toda la base del sistema.

Tres federaciones existen hoy día en el mundo: la Republica de Suiza, la de los Estados Unidos y el Imperio alemán. De ellas solamente una encarna, por raro azar, de maravilloso modo el ideal federalista: la primera. En los cantones suizos viven armónicamente el orden y la libertad, la autoridad y la democracia, el espíritu cantonal y particularista con el amor á la Patria total y al Estado suizo. Para encontrar otro ejemplo tan admirable de equilibrio, de ponderación, de buen sentido político, tendríamos que ir (y aun resultaría en cierto aspecto inferior) hasta los buenos tiempos de la República ateniense. Pero ¿puede aspirar el imperio austriaco, cual ciertos publicistas pretenden, á una federación como la de Suiza? Ni su historia, ni su composición étnica y nacional, ni su extensión, ni su educación política, ni siquiera sus condiciones geográficas, se lo consienten. Quien en ello cifre esperanzas, sueña despierto. Suiza tiene fronteras naturales, Suiza posee una tradición gloriosa, común á todos los cantones; Suiza es pequeña y pacífica; Suiza resulta étnicamente casi homogénea, pues el medio ha creado una raza que, aun cuando tiene reminiscencias italianas, germánicas y francesas y hable esos tres idiomas, es, por encima de todo eso, suiza. ¿Encuéntrase el imperio austriaco en estas condiciones?

N- creo es necesario insistir mucho, tampoco, acerca de las no menos ... desemejanzas existentes entre los Estados Unidos y el imperio de -ia. Ya, sin embargo, la gran República federal de la América del Norte tan perfecta, ni mucho menos, cual la Suiza. Primero, el separatismo Estados Unidos del Sur; luego, la plutocracia y las terribles luchas -cas: el imperialismo, la mezcla de razas, comunicáronla y la siguen

dando un carácter de desequilibrio, febril y egoísta, por completo contrario á su esencia y á sus fines. Pero la falta de tradiciones nacionales añejas y gloriosas, si por un lado le quita un útil contrapeso moral, de otro la favorece. En los Estados Unidos no puede nunca presentarse un problema nacionalista como el austriaco; si los Estados se disociaran, sería, sin duda, cual hace medio siglo, por causas exclusivamente económicas. Inútil, pues, buscar en la poderosa República norteamericana un modelo para aplicarlo á los estados que forman el Austria. No coinciden la joven República y el histórico y arcaico Imperio, ni en un solo punto.

Quédanos por examinar la tercera forma de federación, presentada por el imperio germánico. Ya, en este caso, las semejanzas son manifiestas. Indudablemente, si el problema nacional austriaco pudiera resolverse *pacíficamente* por la federación, habría de ser tomando como ejemplo la del imperio alemán. Pero, meditando un poco sobre la constitución íntima de ambos Estados, nótanse ciertas diferencias fundamentales que dificultan y casi imposibilitan la adaptación del sistema federal germánico al Austria. En primer término aparece la unidad de raza y lengua del imperio alemán, opuestas por completo á la diversidad y heterogeneidad del austro-húngaro. En segundo lugar la hegemonía impuesta por la Prusia, más fuerte y belicosa que todos los restantes Estados federales. Sin ella no aparecería el imperio de los Hohenzollern con ese aspecto tan robusto, tan compacto, tan equilibrado. ¿Cómo lograr en Austria semejante objeto?

En la naturaleza no existe el equilibrio, sino la tendencia constante, en todas sus fuerzas y energías, por alcanzarlo. La vida nacional ó política cae, como todo cuanto es ó vive, dentro de las leyes naturales. Inútil, pues, soñar en utópicos equilibrios y quiméricas ponderaciones. Todo lo más que podemos conseguir, en este como en todos los casos, es una apariencia de equilibrio producida por la subordinación casi absoluta del débil al fuerte. ¿Quién es, en el imperio de Austria, el más fuerte? ¿Quiénes los débiles?

Estamos en el riñón del problema, en lo más substancial, en lo más difícil. Á primera vista parece indudable que la futura hegemonía habrá de repartirse entre checos y magiares. Pero esto no es posible. Los últimos, ante la avalancha eslava, envueltos por razas enemigas, resistirían toda solución que pudiera, en lo porvenir, serles peligrosa. Por otra parte, los alemanes, cuya mayoría ni aun siquiera admite una federación igualitaria, ¿cómo podrían resignarse pacíficamente á verse pospuestos y sometidos á los eslavos? La igualación de las fuerzas austriacas, repito, no es factible. Si la constitución política del Estado ha de ser un reflejo de sus íntimas energías, Austria no puede federarse en cantones iguales, sino en proporcionadas regiones. Y fatalmente, los eslavos, superiores en extensión, en número y en fuerza, dominarán á los otros. ¿Pueden realizarse estos cambios de un modo pacífico? Entramos en la hipótesis última, acaso la más probable: la disolución.

Francisco Jose aún mantiene unidos en su respetable persona los órganos

tan malavenidos del cuerpo austriaco; pero el día en que muriese, ¿quién puede prever las contingencias que ocurrirían? La política de temperancia y equilibrios artificiosos hasta hoy seguida, nada resuelve. Un monarca ó un ministro vendrán, más tarde ó más pronto, que por carácter ó por ideas, tomen, decidida y resueltamente, un camino y un partido. Del mal el menos si por feliz instinto saben echarse del lado en que se encuentran los futuros vencedores. Mas, de todas suertes, semejante acción produciría, por fuerza, una reacción en el opuesto bando. ¿Y quién puede afirmar dónde se detendrían las protestas de los preteridos y ofendidos? El imperio entonces entraría, de lleno, en el último período de su delirante fiebre nacionalista. Durante meses, ó quizás años, una caótica anarquía, punto final y cúspide de este lento proceso de disociación que desde hace un siglo viene sufriendo, se enseñorearía del Austria. Los italianos uniríanse á Italia; á Rumanía, Servia y Bulgaria los grupos étnicos pertenecientes á dichos Estados. Tal vez los eslavos del Sur fundasen su reino de Croacia-Esclavonia. Y los alemanes prusianófilos tentarían toda clase de esfuerzos para recabar el apoyo del imperio germánico.

De este caos, sin embargo, alguna luz ha de brotar. Ni los checos, ni los polacos, ni los magiares, pueden mantenerse independientes, aislados entre Alemania, Rusia, Italia y los Estados balkánicos. Su posición geográfica es muy difícil y peligrosa. La Bohemia, según Napoleón, es el centro estratégico de Europa, y el paso obligado de Berlín al Mediterráneo y al Oriente. Trieste y el puerto húngaro de Fiume son, ha tiempo, puntos de mira del pangermanismo. Los rumanos, búlgaros y servios resultan para los magiares vecinos muy peligrosos. Y los polacos, disgregado el imperio, sufrirían una verdadera *capitis diminutio*. Hoy son casi independientes bajo la protección austriaca; entonces serían incorporados por Rusia y Prusia á los trozos respectivos del antiguo reino de Polonia, cuyos errores y cuyas desgracias debieran tener siempre muy presentes los turbulentos é impolíticos pueblos de la Corona austriaca.

A ninguno, pues, de éstos le conviene la independencia absoluta, ni la disolución total del imperio. En esta época de grandes agrupaciones y de concentración de fuerzas políticas, la división del Austria en trozos diversos resulta un absurdo y un peligro. Europa no puede ver impasible cómo en el lugar del grande y tradicional imperio, clave del equilibrio internacional, por su composición étnica y por su posición geográfica, se constituyen una porción de pequeños Estados, agitados y turbulentos, cual los de la península balkánica, y cebo constante de ajenas codicias. Y he aquí la razón de ser el lema hoy planteado en Austria tan interesante para las demás poten- europeas como para ella misma; en él juégase, acaso, la paz continental desde ha tantos años, viene disfrutando Europa.

PALMERÍN.

LÍRICOS CASTELLANOS

GABRIEL Y GALÁN

Corren malos vientos para la lírica contemporánea en España. En la crisis literaria actual, la novela y la lírica son las que mayores síntomas de decadencia acusan. Los grandes poetas han muerto; son de la centuria pasada, y en el alborear del siglo nuevo no se ha destacado uno con relieve singular. Los maestros en el arte de hacer novelas, al colgar la pluma, han dejado caer éste en tristísima bancarrota.

Líricos con plenitud de inspiración y con grandeza de concento, con verbo verdaderamente humano, en la historia de nuestras letras, hacia los últimos tiempos, fueron Espronceda, Becquer, Zorrilla y Campoamor. Son creadores, son visión amplia de la vida; intensa emoción caldea sus versos, y una sugestiva espiritualidad, flor de poesía, subjetivismo hondo, trasmana de sus estrofas, vibrantes de pasión en unos, melancólicamente efusivas en otros, mientras que en todos hay cantidad de alma y plenitud de vida.

En nuestros días, la lírica está en crisis. No ha surgido ese gran poeta, con ansias esperado, que heredara el estro de los poetas muertos. En la apremiante esterilidad de las musas españolas, algunos retoños, en el viejo tronco de la lírica nacional, han dado frutos nuevos.

Por lo menos han destacado una personalidad poética con caracteres propios. Y de añadidura han singularizado una modalidad artística. No son, como los otros, los maestros, los grandes, amplios al crear ni muy hondos al sentir. Han hallado, no obstante, un acento personal en que volcar el alma.

Entre el montón de rimadores y copleros, bien claro se ha visto en Vicente Medina y en Gabriel y Galán el brío y la originalidad de dos po nuevos, que traían á la lírica aire sano del campo para orear los versos, para calentarlos y amor de gentes humildes, con mucho corazón, para cerlos sentir y cantar.

La lírica de Gabriel y Galán es un renuevo de la vieja cepa castella Tiene la austeridad, el sabor castizo, el carácter entero de los antiguos p

tas que cantaron la vida del campo y, con fe religiosa, recia, á la española, dejaron errar el espíritu, con sed mística, por la

alma región luciente.

No hay que buscarle ahora filiación poética. Dentro de la escuela salmantina está su encasillamiento, y es un continuador, con un salto muy largo, desde Melendes Valdés á la hora actual, del rito artístico mantenido por Fray Luis de León y Mirademescua.

Bucólico es, pero no al modo clásico. El sentido pastoril de los poetas de entonces tiene mucho de artificioso y convencional. No traducen la bravía sensación que produce el campo, la vida aldeana, el «dulce lamentar de los pastores». Hay algo en esos versos de aliño retórico. En Gabriel y Galán la sensación es directa, viva. El paisaje que los ojos han visto, el corazón también lo ha sentido. La visión de la Naturaleza se convierte en un estado de alma, y la vena poética fluye entonces plácida, campestre, como chorro de aguas vivas.

Amador del campo, su espíritu ha arraigado en él como añoso árbol que en el seno de la tierra nutre la savia de su existencia y el esplendor de su hermosura. Por eso es bucólico, pero con lírica cordial.

Así dice:

¿Ignoras que yo sé arar?
Pues, déjame la mancera
y oye, que voy á cantar.

Sincera su poesía, mostrando que las emociones que encarna en versos sencillos, como los decires aldeanos, han sido hondamente sentidas, vividas en *argot* de crítica, al declarar que

lo dice quien por su mano
siega la mies en verano
y el huerto en invierno cava.

Si á algún poeta puede aplicarse el criterio crítico de Taine, es á Gabriel y Galán. Forman el carácter de su lírica el suelo, el medio ambiente, las mismas condiciones de raza. Es español á macha martillo y sobre todo netamente castellano. El rincón en que naciera y se criara moldea su espíritu y su poesía. Ese sabor arcaico, ese gesto hidalgo, esa fe religiosa, ese apego al terruño. los da el campo de Castilla,

sabio maestro del pensar sereno,
padre fecundo del amor tranquilo,
fiel confidente del sentir austero.

Sor[illegible]idades de su lírica perfectamente definidas. No son contradictorias [illegible]más bien integrales. Se complementan, se funden, le dan la uni-

dad de carácter; y dentro de la envoltura de la métrica, rica en ritmo, bella en rimas, un alma única palpita y canta.

Ante todo anima los versos de Gabriel y Galán un hondo espíritu religioso; y como viejo cristiano que al venir la noche reza, y reza al clarear el día; y al comenzar todo acto en la vida, pone el pensamiento en Dios, persignándose, también el poeta, al principio de sus canciones, lo invoca, porque estima un deber que

... el hijo que lo santo siente
comience haciendo con respeto santo
la señal de la cruz sobre la frente.

Después de Dios, siente el apego á la vida, optimista siempre, cuando otros forzados al dolor de vivirla reniegan de ella, vencidos y tristes en la dura lucha por la existencia.

Y grita con entero y sano corazón:

... ama la vida,
que á Dios y á mí nos amarás en ella.

Cree en el amor, y lo exalta. Fuerza espiritual que empuja su vida, en torno á él giran realidades y ensueños.

Me dijo que el amor era más fuerte,
más grande que la muerte.

Es un amor reconcentrado, mudo como el silencio de la llanura castellana, porque

... el hondo amor
de los hijos de esta tierra
no sabe ser hablador.

Cuatro devociones tiene ese amor: la mujer, el hogar, los humildes y el campo.

No substrae su corazón al encanto del «eterno femenino». Ama, pero á la mujer castellana, de índole singularísima, como aquella montaraza de Carrascal del Camino, en que el poeta caracteriza,

sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar,
y honesta para decir.

Convierte todos sus afectos al hogar, como si de su calor vivieran, d ndo á este sentido casero carácter de deber, al declarar que

el que no está en su hogar, no está en su puesto.

Compadece á los humildes, y con su piedad quisiera consolarlos:

Pero el niño que solo vivía!
Me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan solo pasaba
las noches de Junio
rutilantes, medrosas, calladas...

Y en otro lugar se lastima de la miseria de la jurdana porque

ni sus venas tienen fuego,
ni su carne tiene savia,
ni sus pechos tienen leche,
ni sus ojos tienen lágrimas.

Al campo consagra la flor de sus amores, que es también la flor de su poesía. En él vive la gente aldeana, á quien confiesa que

... lo bueno que he aprendido,
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.

Dentro de la lírica castellana, son singulares, en los modernos tiempos, el sentido del campo y el espíritu religioso que animan las estrofas de Gabriel y Galán, características de su poesía. Por eso es de gran mérito. Mas en las literaturas extranjeras, sobre todo en la lírica italiana contemporánea, esas dos notas, si bien separadamente y no conjuncionadas en una sola personalidad, destacan las figuras de dos grandes poetas. ¿Quién como Pascoli ha sentido y ha cantado el paisaje, la vida de aldea, la intimidad del hogar? Ninguno lo ha superado. Con la índole lírica de este poeta hallo analogías en la de Gabriel y Galán.

Pero la poesía de Pascoli es más amplia, de visión más genérica, con más entrañable calor humano.

Poeta cristiano es Fogazzano. Pero su lírica encierra un bravío ímpetu de combate. Es un cruzado de las letras que batalla por la fe, con aliento enardecido de Tirteo. El espíritu cristiano en los versos de Gabriel y Galán es firme, con temple, pero sereno, pasivo, convicción de creyente, mas con pasión de luchador.

Aun dentro de España, si bien no en habla castellana, sino en dialecto galle[illegible], encuéntranse poetas que han dado una sensación viva del campo, han [illegible]lucido en hermosos versos los sentires y decires de la gente aldeana y ha[illegible]vocado de un modo caliente, con gráficas imágenes, la visión plena del p[illegible]saje. Las viñetas rústicas de Pondal huelen á tierra húmeda, se bañan en n[illegible] llorosa de las cumbres y las anima el rumor del salto de agua que se d[illegible]; los diálogos campesinos, con esa malicia socarrona que el la-

briego pone en el hablar, y los términos pintorescos, gráficos, imágenes con desaliño en que vuelca el alma, Benito Losada los compone á maravilla, imprimiendo á los versos un aire de sierra y un sabor á campo en flor que nunca pierden, como mantienen el olor á camuesas maduras las sábanas guardadas en los viejos arcones de aldea y conservan su color de oro las mazorcas que se han curado al sol.

Lo que trajo este poeta á la lírica española fué una sensación más viva del paisaje. Hállase empapado del olor de la tierra, y la austeridad de la inmensa landa castellana y la serena esplendidez del cielo, azul y alto en la llanura soleada del riñón de España, en sus versos conservan su gravedad de expresión, su gesto hidalgo.

Supo recoger lo que Ruskin llama alma del paisaje. No es sólo la línea, ni el color. Es algo más íntimo, cierto hálito poético, algo así como el amor del campo mismo. Tan difíciles de traducirse en verso son esas sensaciones, que, al leer algunas páginas de poetas, puede decirse, con frase de Coppée, que se «siente el sol dentro del alma».

Si en las descripciones novelescas, al trazar telones de fondo campesino donde destacar cuadros de la vida rural, se busca el natural escueto, pictórico, reproduciendo los más minuciosos detalles que den la plena y real visión, en la lírica, el paisaje tiende á buscar cierto tinte idealista, á espiritualizarse, á convertirse «en realidad poética»; acertada frase con que califican esa transformación de la Naturaleza á través del temperamento los Goncourt.

Castilla es como la pinta Gabriel y Galán. Las aguas de los ríos pasan en silencio; el cielo es claro, con días de sol y noches de estrellas; la tierra, de horizontes sin límites, en sugestiva soledad siempre, parece descansar en eterno sueño de siesta.

Campos amarillentos, con lejanías interminables, ellos son

los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas.

En ese páramo desolado de la tierra castellana, que invita á los ojos, con fatiga de mirar su triste belleza, á levantar la mirada á lo alto, hay un alma solitaria que encanta, que subyuga el ánimo, calmando el grito de las pasiones en delirio y llevando el espíritu á las cavilaciones largas, á la vida interior, á las visiones introspectivas, y es silencio, el silencio de las tierras estériles, muertas, donde pasan, calladas también, las almas pensativas, á solas con sus propias ideas.

Y ese silencio que no habla, tiene sus voces misteriosas, una más extraña,

la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta,
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Á lo largo de las tierras sedientas, estériles, con surcos viejos, ni un rumor de vida corre, despertando una sensación de alegría. Hasta el ruido de los pasos asusta. Es temeroso hasta el trajín de nuestros pensamientos.

Si los horizontes inacababl es nos sugieren la idea de la inmensidad inescrutada y los cielos altos, limpios, dulcemente azules, nos hacen pensar en el infinito, el silencio, que nunca se rompe, de lo eterno nos habla, despertando dentro de nosotros un temblor de misterio.

Sólo cuando los campos reverdecen, cuando la tierra se fecunda con frutos nuevos, un soplo de alegría barre las tristezas del alma del poeta, porque aspira la vida

y á gloria sabe el ambiente,
y á mística el campo sueña,
y huelen las tierras húmedas
á tierra de sementera.

Entonces, la vida aldeana surge con todo su laboreo rudo, pero también con su poético encanto.

La dicha, sencillamente rural, esa que pocas veces se encuentra en la ruta de las ciudades populosas, donde el ocio hace paralíticas las almas y el vaho de las pasiones enferma y la lucha de los hombres con quienes se vive en guerra desvirtúa los caracteres; esa dicha, que solamente puede encontrarse buscándola por «la escondida senda», y que logra sus esperanzas al no apetecer más que humildes provechos y sanos goces; dicha que es contento espiritual, *joie del vivre,* convida á la paz y al amor. Se vive en comunión íntima con la naturaleza, puesto que todo alrededor parece amarnos,

y ya las tardes son frescas
y está al astrojo el ganado
y están barridas las eras
y están en casa los viejos
y están los mozos de fiesta
y Dios está en todas partes...
y el trigo está en la panera.

Todo eso es el cuadro de las felicidades campesinas. Mas, aunque ellas no [illegible]en nuestras ansias, llama á nuestras actividades, sacudiéndolas, el tra[illegible]io con sus

golpes de mazos y azuelas
que aprietan, tajan y embuten
cinchos, cuñas y orejeras.

No hay espacio al vagar, único mal consejero,

que pide riegos la vega,
que pide rejas la drada,
que pide gente la siega,
que el huerto espera la azada.

Lleva pegada Gabriel y Galán la poesía del campo al alma, como la cal de la tierra á los huesos. El paisaje no lo retienen los ojos, sino que se refleja con caracteres indelebles en el fondo del espíritu. Á más de la visión externa, con sus imágenes gráficas, coloristas, hay mucho de paisaje interior, cálido y tremante de emoción, bañado en una sentimentalidad poética y en un subjetivismo hondo.

Tienen los paisajes que describe alegrías de sol cayendo sobre soledades de alma. Así dice:

Una noche solemne de Junio,
una noche de Junio muy clara!...
Los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...
y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana;
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.
¡Qué noches, qué noches,
qué horas, qué auras
para hacerse de acero los cuerpos,
para hacerse de oro las almas!

¿Quién en la lírica española sintió tan intensamente, de modo tan vivo el paisaje? Yo no encuentro, en este punto, poeta que le iguale. Los clásicos cantaron el campo á golpe de retórica; los modernos lo destierran de la lírica porque ni lo sienten ni lo aman. Y la poesía pastoril necesita, como el agua de las entrañas de la tierra, brotar del corazón.

Siente Gabriel y Galán amor por los humildes, y de su pobreza se lastima con piedad. En este punto estriba la mayor originalidad de su lírica. Hay en ella un fondo de socialismo cristiano, y que mejor pudiéramos llamar familiar. No son los servidores de su casa y hacienda esclavos á salario, bestias de trabajo que aran el campo, pastorean los ganados y siegan la mies por [illegible]stío. Son algo de la propia familia, parte integrante del hogar:

mayorales, gañanes y renteros,
cabreros y pastores,
colonos y yegüeros,

guardas y aperadores,
montaraces, zagales y vaqueros.

Ellos con su sudor aumentan la hacienda. Pero en el trabajo ponen amor. Y ese «bienquerer» no se paga solamente á sueldo. Gratitud cariñosa, amable trato, un hueco al amor de los tizones, un abrigo bajo el techo del hogar solariego corresponden á los afanes y premian las fatigas. Los criados de labranza traen el trigo á los trojes, pero en la casa lo amasan y lo devuelven en pan

para los pobres que á su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan.

Es simpática esa nota de patriarcalismo rural, ingenua, honrada, precisamente en estos días en que el socialismo agrario, con graves caracteres, inicia un movimiento de resistencia, de rebeldía casi, contra la servidumbre en que viven los braceros, al modo de antiguos adscritos á la gleba.

También el poeta, con entrañable amargura, ha conocido el resurgir de ese espíritu de rebeldía y ha atisbado ese sordo fermentar del odio. Para expresar su tristeza íntima ante ese desamor en ciernes, dice doliente:

¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores
maldiciendo la fortuna de los amos y señores
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;
y gruñían rencorosos como perros amarrados,
venteando los placeres y blandiendo los cayados
que heredaron de otros hombres como cetro de la paz.

No son éstos los servidores bien amados, aquellos vaqueros y pastores de antaño, que «rimaban el vivir». Eran los que en las casas hidalgas nacían y en el servicio de los amos morían viejos. Nunca se rebelaron contra la mansa servidumbre, porque contra el amor es locura rebelarse. La casa, como el campo, también eran *suyos*. Una vida en común, en que el cariño y el respeto se corresponden, fundía esperanzas, alegrías y dolores en un solo haz.

Todavía no se había puesto precio al sudor, y mejor era cobrarlo en gratitud. Bajo un mismo techo todos, amos y servidores, convivían en paz.

No son los del día, aun amándolos por un alto sentido de piedad humana, los de sus devociones,

sino aquella casta de hombres, vigorosos y severos,
más leales que mastines, más sencillos que corderos,
más esquivos que lobatos, más poetas ¡ay! que yo.

...lase empapada su alma de ese ambiente patriarcal, arcaico y sencillo ...one suavidad en el ordenar, corazón en el querer, celo en el corregir y res...to en el tratar. De este intimismo efusivo está lleno su hogar. La recipr...dad de afectos establece un comunismo familiar en su casa. En *El ama*

este ambiente es de una sugestión adorable. Pena el ánimo al mirar la tristeza que invade la casa al morir la esposa, alma de ella. No siente solo el poeta, ni él solo llora. Conócese la soledad del hogar, el puesto vacío, por la tristeza de los servidores, puesto que ya no canta el vaquero ni ríen las alegres mozas.

Bien hace en recordar

los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca
que con ellos tuvo un día la fortuna de morir.

No se acierta, en las poesías de Gabriel y Galán, á fijar el límite, no, que acaba el espíritu de piedad y comienza el sentido de justicia. Y es que el amor los amasa. Surgen en esos instantes, en que la misericordia por los humildes calienta las estrofas del poeta, múltiples matices espirituales. Complejidad psicológica encierra esta lírica en que apuntan el remordimiento, la piedad, la sed del bien, el amor de amar. Todo eso, llámese como se llame, no es otra cosa que corazón.

Leyendo *Mi vaquerillo* se da con el calor de entraña humana que llevan dentro los versos de Galán.

He pasado con él esta noche,
y en las horas de más honda calma,
me habló la conciencia
muy duras palabras...
y le dije que sí, que era horrible...
que llorándolo el alma ya estaba.

En ese desasosiego que apunta, hay latente un dolor moral, una atrición íntima de una belleza espiritual muy honda. ¡Parece que llora el eterno desamparo en que los hombres dejan á los hombres!

Recordar que dormido pudieran
pisarle las vacas,
morderle en los labios
horrendas tarántulas,
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...
¡Vaquerito mío!
¡Cuán amargo era el pan que te daba!

En estos versos solloza un corazón conmovido. Mas de la piedad nace la justicia. La emoción se convierte en reflexivo juicio. Entonces es un convencido que dice:

Tú te quedas luego
guardando las vacas
y á la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...

Y á tu madre á la noche le dices
que vaya á mi casa,
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

¡Bien haya el socialismo patriarcal que encontró tan admirable poeta!

No sé si todos llamarán poetas á estos cantores de la paz aldeana y del campo en flor. Yo tengo por un gran lírico á Mistral.

Llamó éste á sus versos racimo de uvas de la Crau. Yo llamaría á los de Gabriel y Galán manojo de espigas. Así simbolizaría el trabajo, la fecundidad, el amor. ¿Por qué no también la poesía? Lo que atañe al campo me encanta, como el sabor de las manzanas maduras y el olor de las rosas nuevas.

ANGEL GUERRA.



VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

(Continuación.)

¿Midió RIZAL *todo* el alcance de su libro? ¿Presumió que iba á causar tan honda impresión en su país? Creemos que no. Supo, sí, que hizo *algo;* guióle un fin más elevado que el de limitarse á escribir una obra de entretenimiento; pero tenemos por indudable que no llegó á imaginarse, al dar la última plumada, que con su *Noli me tángere* iba á conmover el espíritu de su patria, á prepararla para una revolución transcendental. Por Marzo de 1887 escribía desde Berlín á un su amigo (1):

«Mon cher ami: dans votre dernière lettre vous vous plaigniez de mon silence. Vous avez raison: l'oubli c'est la mort de l'amitié; seulement je dois ajouter que pour une vraie amitié il n'existe point d'oubli, et je vous en donnerai la preuve tout de suite.

Il y a longtemps que vous désiriez lire quelque roman, écrit par moi; vous me disiez qu'il fallait faire quelque chose de sérieux, ne plus écrire des articles qui vivent et passent avec la feuille d'un journal. Eh bien; à vos souhaits, à vos trois lettres, je reponds avec mon roman «*Noli me tángere*» dont je vous envoie par la poste un volume.

Noli me tángere, mots tirés de l'Évangile de Saint Luc, signific *ne me touche point*. Le livre contient donc des choses dont personne chez nous n'a jusqu'à présent parlé tant elles sont délicates qui ne consentaient point à être touchés par quelque ce soit. Moi, je tentai de faire ce que personne n'a voulu; j'ai dû répondre aux calomnies que pendant des siècles on a entassées sur nous et notre pays: j'ai décrit l'état social, la vie, nos croyances, nos espérances, nos désirs, nos plaintes, nos griefs; j'ai démasqué l'hypocresie qui, sous le manteau de la Réligion, venait chez nous n[illegible]

(1) La minuta de esta carta hállase en el cuaderno de *Clínica,* después de un estudio literario intitulado *Essai sur Pierre Corneille* y de la traducción francesa [illegible] cuento en alemán, fechada en «Berlin, le 5 Mars 1887».

appauvrir, nos abrutir; j'ai distingué la vraie Réligion de la fausse, de la superstitieuse, de celle qui commerce avec la parole sainte pour tirer de l'argent, pour nous faire croire aux sottises dont le Catholicisme rougirait si jamais il en avait connaissance. J'ai devoilé ce qui était caché derrière les mots trompeurs et brillants de nos gouvernements; j'ai dit à nos compatriotes nos torts, nos vices, nos coupables et lâches complaisances avec ces misères là. Où j'ai trouvé de la vertu je le dit haut pour lui rendre hommenage; et si je n'ai pas pleuré en parlant de nos malheurs, j'en ai ri, car personne ne voudrait plereur avec moi sur les malheurs de notre patrie, et le rire est toujours bon pour cacher des peines.

Les faits que j'y raconte sont tous vrais et arrivés; j'en peux donner les preuves. Mon livre aura (il en a) des défautes sous point de vie artistique, sous un point de vue esthétique, je ne dis pas non; mais ce qu'on ne me peut contester c'est l'impartialité de mes narrations.

Voilà ma reponse à vos trois lettres; j'espère que vous serez content et ne me blâmerez plus pour mon silence. J'aurais un grand plaisir de savoir que vous le trouvez de votre goût; je ne crois pas que je sois tombé en disgrâce. Vous m'avez toujours encouragé par vos approbations et vos conseils, encouragez encore votre ami qui tient beaucoup à vos opinions et vos censures.

J'attends votre lettres; aussitôt que vous aurez lu mon livre, j'espère que vous me donnerez votre jugement sévèrere. Moi, je ne feis pas une modestie étudiée, mais je crois et vous assure que votre opinion sera suivie par moi»... [Etc.]

Ello es que, por defender á los suyos, RIZAL atacó lo más fundamental de cuanto en Filipinas tenía cuño español. Las principales conclusiones de *Noli me tángere* son éstas:

a) El filipino ilustrado liberal, por ser incompatible con el fraile, no puede vivir tranquilo en su país.

b) Se le persigue por todos los medios, y hasta se fraguan falsas conspiraciones que sirven de pretexto para complicarle en ellas, y, una vez conseguido, encarcelarlo, desterrarlo, ó fusilarlo.

c) El país no es para *nosotros,* sino para *ellos,* para los frailes principalmente: el país no es para los que en él hemos nacido, si sustentamos ideas de progreso; es para los elementos *extranjeros,* los reaccionarios sobre todo, que nos tratan, no como conciudadanos, sino como parias.

d) La Administración pública tiene tal cual funcionario honrado; pero puesta al servicio de los intereses de los frailes, vive prostituída.

e) La guardia civil abusa de tal suerte, comete tales demasías, que por cada bandido que aprehende, logra que se conviertan en bandidos muchos que no habían nacido para serlo.

Los actuales españoles que vienen á Filipinas, como vienen á impulso d[illegible] necesidad, ó de la fatalidad, no por un ideal noble y levantado, degen[illegible], y aun los propensos al bien acaban por volverse unos canallas.

La religión católica, empleada como *instrumento de dominación,* se vale d[illegible] ardides, que la truecan, de sentimiento excelso y desinteresado, en u[illegible] ñifa abominable.

h) Los filipinos *puros*, de pura sangre malaya, que viven en el aislamiento, son excelentes; pero están condenados á ignorancia perpetua; y si se ilustran y su ilustración trasciende, sufrirán vejámenes y persecuciones sin cuento. Los que se mezclan con los españoles, mayormente los que lo hacen por vínculos de la sangre, acaban por corromperse; envuélvense en una capa de hipocresía que los hace indignos.

i) La mujer del país no debe casarse con español; mas si á ello la obligan los parientes, por cálculo ó por imposición del fraile que protege á la familia, *acceda; bien entendido que no debe olvidarse de que* ESTÁ OBLIGADA *al antiguo novio filipino.*

j) Con el régimen político actual, es imposible que subsista la unión *voluntaria* de los filipinos á España: hablamos y no se nos oye; pedimos con toda cortesía aquellos derechos á que nos consideramos acreedores, y se nos desprecia. La Universidad de Manila nos hace abogados, médicos, etc.; pero obtenemos el título, y seguimos siendo los *niños grandes* que antes.

k) Hay un filibusterismo que causa más estragos que ningún otro: el de la *desesperación;* y á ese *filibusterismo*, ¿quién nos lanza? Á él se siente arrastrado todo el que vale, si no es un servil adulador...

Las narraciones de RIZAL son ciertas, por cuanto están basadas en hechos rigurosamente exactos; sus personajes, copias son del natural. Y, sin embargo... Por algo se ha dicho que el que prueba demasiado no prueba nada. Sería facilísimo escribir el *Anti-Noli me tángere;* y con hechos de autenticidad indiscutible, volver del revés la novela de RIZAL. En ésta no hay un solo español (salvo el teniente Guevara, que si no ha pasado de teniente, á pesar de ser «anciano», débese á que «nunca había sido delator») que tenga noción de la vergüenza, y por añadidura, son todos intonsos y mentecatos; en cambio, casi todos los filipinos *puros* que figuran en la obra son modelos de virtud, ilustrados y discretos. RIZAL escribió para sus compatriotas solamente; así se explica el abismo que existe entre la crítica genuínamente filipina y la crítica genuínamente española: para los filipinos, *Noli me tángere* era una nueva *Biblia* en la que el Pueblo debía buscar su redención; para los españoles, el libro de RIZAL no era otra cosa que un desplante intolerable, un escarnio de todo lo nuestro, una pedrada á la raza.

Lo recuerdo muy bien. Fué á mediados de 1887 cuando á Manila llegaron los primeros ejemplares; mucho se hablaba del AUTOR y de su obra; pero no se encontraba un ejemplar por un ojo de la cara: no lo había á la venta; nadie confesaba poseerlo. Entre los frailes y sus amigos hubo inusitado revuelo. ¡Pensar que un *indio* se atrevía á satirizarlos con la mayor crueldad!... ¡Qué audacia!... Era á la sazón arzobispo de Manila el viejo dominico P. Payo, el cual logró un ejemplar, que se apresuró á remitir al rector (otro dominico) de aquella Universidad con la orden de que una Comisión del Claustro emitiese informe. El Claustro, compuesto de frailes y seglares, informó; pero fueron dominicos (los más interesados) los encargados de emitir el fallo. Reunidos

los profesores Fr. Matías Gómez, Fr. Norberto del Prado y Fr. Evaristo Fernández Arias, juzgaron en estos términos la novela de RIZAL (1):

«REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA.—*Rectorado*.—Excmo. é Ilmo. Sr.—En contestación al atento oficio de V. E. Ilma., de fecha 18 del corriente, en el cual V. E. Ilma. se dignó encomendar á ese Claustro Universitario la revisión é informe sobre el libro *Noli me tángere,* novela tagala, publicado por J. Rizal en una imprenta de Berlín, tengo el honor de manifestar á V. E. Ilma. que, examinada dicha obra por una Comisión de este Claustro nombrada al efecto por el que suscribe, sus individuos por unanimidad la han encontrado herética, impía y escandalosa en el orden religioso, y anti-patriótica, subversiva del orden público, injuriosa al Gobierno de España y á su proceder en estas Islas, en el orden político.—No es posible, Excmo. é Ilmo. Sr., detallar todos los períodos ni siquiera todas las páginas, en que se encuentran todas esas impiedades, heregías, escándalos y frases antipatrióticas, porque apenas hay página en que no haya uno ó varios de esos defectos, siendo el espíritu y tendencias del conjunto de esa narración, desprestigiar las instituciones sociales y religiosas existentes en el país, y soliviantar el ánimo de estos habitantes para que se rebelen contra ellas.—En el ejemplar, que V. E. Ilma. se dignó remitirme, y que tengo el honor de devolver á V. E. Ilma., van anotados con lápiz rojo algunos períodos en que se vierten conceptos, unas veces en forma paliada, y otras clara y terminantemente contra España, contra su legítimo Gobierno, y contra su representante en estas Islas; y con lápiz azul ó negro otros períodos impíos, heréticos ó escandalosos, ó graves por cualquier otro motivo. Pero toda la narración, absolutamente toda, en su conjunto y en sus detalles, en lo primario como en lo secundario, en lo principal como en los pormenores al parecer más insignificantes, va contra el dogma, contra la Iglesia, contra las órdenes religiosas y contra las instituciones civiles, militares, sociales y políticas que el Gobierno de España ha implantado en estas Islas.—Y por eso el que suscribe, apoyado en el dictamen de la Comisión examinadora, tiene el honor de informar á V. E. Ilma. que la narración *Noli me tángere* de J. Rizal, impresa en Berlín, si llegara á circular por Filipinas, causaría gravísimos daños á la fe y á la moral, amortiguaría ó extinguiría el amor de estos indígenas á España, y perturbando el corazón y las pasiones de los habitantes de este país, podría ocasionar días muy tristes para la madre Patria.—Dios gue. á V. E. Ilma. ms. as.—Manila, 30 de Agosto de 1887.—Excmo. é Ilmo. Sr.—FR. GREGORIO ECHEVARRÍA.—Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila.»

El P. Payo dió traslado del dictamen al capitán general (D. Emilio Terrero)... Y se hablaba de la crítica, ¡y no se conocía la novela!... Crecía el runrun... ¡y acrecía el ansia de leerla! Y cuanto más se hablaba de la crítica, ¡mayor era la propaganda del libro! Los impacientes tuvimos que pedirlo á Europa, á cualquier precio.—Algún ejemplar se revendió en la colonia en diez y hasta veinte duros.—Terrero, estimulado por el P. Payo, se creyó en la obligación de solicitar de la *Comisión permanente de Censura* (2) un dicta-

(1) Este dictamen sale ahora por primera vez á la luz pública.

(2) Compuesta por seglares y frailes. Uno de los primeros, empleado en la Secretaría del Gobierno general, ejercía de diario las funciones de censor de la prensa

men en regla; y el encargado de evacuarlo fué el fraile Salvador Font, agustino. Si los seglares condenaban la novela, ¿qué había de decir un fraile, teniendo en cuenta que los frailes y la religión católica eran los más dañados por RIZAL? El P. Font se despachó á su gusto: después de un breve preámbulo en que colma al AUTOR de ignominia, llamándole *ingrato, ignorante,* etc., transcribe los conceptos más esenciales del libro, clasificados bajo los epígrafes:

I. *Ataques á la Religión del Estado.*

II. *Ataques á la Administración, á los españoles empleados del Gobierno y Tribunales de Justicia.*

III. *Ataques al Cuerpo de la Guardia civil.*

IV. *Ataques á la integridad de España.*

Y después de tal granizada de *ataques*, descubriendo la intención que velaban muchas frases (con lo que prestó un señalado servicio á la obra de propaganda que RIZAL emprendía con su libro), concluye:

«Fundado, Excmo. Sr., el que suscribe, en los textos que, literalmente copiados, acaba de presentar á la ajustada y patriótica consideración de V. E., es de parecer que *prohiba en absoluto* por su Autoridad *la importación, reproducción y circulación de este pernicioso libro en las Islas.*

Además de atacarse tan directamente, como V. E. ha visto, la Religión del Estado, á Instituciones y personas respetables por su carácter oficial, está vaciado el libro en enseñanzas y doctrinas extranjeras; y la síntesis general del mismo es inspirar á los sumisos y leales hijos de España en estas apartadas islas odio profundo y encarnizado á la Madre Patria, posponiéndola á las naciones extranjeras, especialmente á Alemania, por quien parece tener preferente predilección el autor del *Noli me tángere.* SU OBJETIVO ÚNICO ES LA INDEPENDENCIA DEL PAÍS, queriendo romper con impía y osada mano la integridad sagrada de la Patria, de esa Patria que le dió el ser, que le crió á sus nobles pechos, que lo alimentó con el pan y la docrina de la civilización, y que de idólatra, ignorante y degradado, ha hecho de Filipinas *el país católico por excelencia, el más libre é ilustrado de los pueblos que viven bajo el amparo inmediato de las naciones europeas,* y la raza más feliz que ha vivido bajo la benéfica sombra de las paternales Leyes de Indias, el monumento más grande que la heróica é incomparable España ha levantado en medio de las modernas civilizaciones para amparar y asimilarse los infantiles pueblos que Dios le ha confiado: no para que los haga esclavos y degradados, como otras naciones, sino para que los enseñe é ilustre, y haga brillar sobre ellos la aurora de la libertad cristiana y el sol esplendente de una nueva vida, de la social cultura y de la moderna civilización.

Este es el parecer del que suscribe *para que se prohiba en absoluto la circulación de este libro... Manila,* 29 de Diciembre de 1887.—Fr. SALVADOR FONT, agustino calzado.—Excmo. Sr. Gobernador general de estas Islas Filipinas.»

---

periódica. Allí no se publicaba una línea que no fuese previamente censurada, ni los libreros importaban libros sin la sanción de la Comisión. Y este sistema, propio de la época del absolutismo, rigió en Filipinas hasta que en 1898 los soldados norteamericanos se posesionaron de Manila.

El P. Font, que tuvo siempre á gala blasonar de patriota (*patriota* de los de *chin, chin,* como lo hemos sido, por desgracia, casi todos los españoles), cometió la imprudencia, contra el consejo de los que optaban por no dar importancia á la novela, de mandar imprimir su censura, y así lo hizo, *subrepticiamente*... Y circularon copias impresas del dictamen, ¡y acreció más y más el interés de conocer la obra pecaminosa de RIZAL!; que, sin este *reclamo,* no habría sido tan leída como fué, y tanto más discutida cuanto más leída; extendiéndose con ello la línea divisoria que deslindaba á los españoles exaltados de los filipinos amantes del progreso de su tierra (1). ¡Pues qué!, decían éstos: ¿se reputa lícito que uno y otro día, y así años y años, los españoles escriban contra nosotros toda suerte de injurias y calumnias, y no ha de serlo que, *por una vez,* un filipino les diga á los españoles las verdades del barquero?—La novela de RIZAL era *filibustera,* porque la subscribía un *filipino;* hubiérala subscrito un *español*—y hay muchos que no tendrían en ello inconveniente (2),—y se la habría calificado de otro modo.

¡Cómo influyen en la crítica las circunstancias de medio y de momento! Á muchos, entonces, la novela nos causó verdadera indignación. Acerca de ella, sostuve larga y vehemente controversia epistolar con el sabio Blumentritt, que, viendo en *Noli me tángere* el mejor aviso que podía darse en Europa de las miserias que en Filipinas había, tuvo el propósito de traducirla al alemán. Hubo de desistir, porque el propio AUTOR le disuadió: «te harás odioso á todos los españoles», decíale RIZAL á Blumentritt; y el célebre bohemio, español de corazón, limitóse entonces á publicar un folleto en defensa del asendereado libro, el cual folleto no es más que una réplica á mis cartas (3). Ahora, al cabo de los años, y después de haber leído los miles de juicios pesimistas que, subscritos *por españoles,* dicen de España, de sus gobernantes, de sus funcionarios y de sus frailes los mayores horrores, el folleto de Blumentritt me parece obra llena de discreción, de templanza y buen deseo; obra de sabio desapasionado, que resulta una abrumadora lección de sensatez á los que, juzgando de nuestras cosas coloniales, no solíamos tener la serenidad que nos era necesaria. Blumentritt, que escribía en once idiomas, y que en

(1) Estando RIZAL en capilla, dícese que dijo:—«Si cuando escribí el *Noli me tángere* se hubiera seguido el consejo del P. Nozaleda, entonces profesor de Santo Tomás, no dando importancia al libro ni al autor, otro gallo nos cantara á todos; no estaría yo aquí en capilla, y quizás no hubiera rebeldes en Cavite».—Carta de don Santiago Mataix, fechada en Manila, 30 de Diciembre de 1896, publicada en el *Heraldo de Madrid* del 5 de Febrero de 1897.

(2) Me consta que Pi y Margall hacía grandes elogios del libro de RIZAL. Por lo demás, no se olvide que el diplomático español D. Sinibaldo de Mas, *en 1842,* proponía *oficialmente* al Gobierno que concediese la independencia á Filipinas. Véase su famosa obra *Estado de las Islas Filipinas*... Madrid, 1843: tercera parte.

(3) Titúlase el folleto: *El «Noli me tángere» de* RIZAL *juzgado por el Profesor* F. BLUMENTRITT. Barcelona, Imprenta Ibérica de Francisco Fossas, 1889. En 4.º

asuntos filipinos era la mayor autoridad del mundo, logró que *Noli me tángere* fuese leído en el Japón y en los Estados Unidos, en Alemania y en Francia... y el nombre de RIZAL adquirió la mayor celebridad que ha alcanzado ningún otro de los de aquel país. En España la novela no era conocida. Hablóse de ella en el Senado, y ni el señor senador que la sacó á relucir para anatematizarla la había visto por el forro, ni el ministro de Ultramar tampoco: éste se limitó á encogerse de hombros... Precisamente nuestro Ministerio de Ultramar ha solido ser refugio de literatos: Rodríguez Rubí, Ayala, Balaguer, Núñez de Arce... grandes literatos... que desconocían las producciones literarias de los nacidos en Ultramar.

Por Junio de 1888 entablóse largo y empeñado debate en el Senado á propósito de cierta manifestación que el 1.º de Marzo de dicho año había habido en Manila, en contra de los frailes y señaladamente del arzobispo Payo. Se experimentaba entonces en el Archipiélago un gran malestar político. El *leader* del debate fué (¡cosas de nuestro país!) el general Salamanca, profano completamente en la materia, aunque gran patriota, á la manera que aquí hemos venido entendiendo el *patriotismo,* que tenía por lema: *¡garrotazo y tente tieso!* Intervino para alusiones el Sr. Vida, que habló varias veces, y entre otras cosas dijo en la sesión del 11 de Junio:

«Pero vuelvo al propósito que me ha movido á tomar la palabra en este debate; el de la profunda llaga que estos sucesos revelan en la población del Archipiélago filipino, y sobre lo cual llamo la atención del Sr. Ministro de Ultramar. Si S. S. no está bien servido en aquellas provincias, si le falta algún resorte en la administración pública, créelo en buen hora, pero hace falta que sepa S. S. de qué manera pertinaz se viene haciendo allí una propaganda antiespañola y anticatólica desde hace muchos años. *Muy recientemente, un indígena cuyo nombre sé, doctor en medicina por la Universidad de Madrid, que dice ser íntimo amigo del Príncipe de Bismark, y haber ganado una cátedra de medicina en una Universidad de Alemania, se ha presentado allí é introducido un libro que llama novela con el título de «Noli me tángere»* (1).

Esta novela es una predicación anticatólica, protestante, socialista, proudhoniana, en que se dice á los indios que las haciendas poseídas por las Órdenes religiosas son usurpaciones de sus propiedades, y que antes de un año les serán arrebatadas esas propiedades á las Órdenes religiosas. Ese libro, tal vez no lo sepa S. S., ha sido censurado por la Universidad de Manila, y en las márgenes de uno de los ejemplares están señaladas esas censuras; y, sin embargo, ese libro circula entre los indios y se vende ó se regala á quien se presenta con la contraseña de cierta persona, que tampoco quiero nombrar. Vea S. S. si todas estas cosas son graves é importantes» (2).

---

(1) El profesor Blumentritt, en su citado folleto, toma en consideración estas palabras de Vida, y se ríe mucho de nuestro celoso senador, por sus buenas tragaderas, pues que daba por seguras patrañas inventadas en Manila por los enemigos de RIZAL.

(2) *Diario de las Sesiones de Cortes. Senado. Legislatura de 1887-88.* Tomo VI.

El Sr. Vida no conocía la novela de RIZAL; conocía únicamente el dictamen de los dominicos de la Universidad manilense. En cuanto al señor ministro de Ultramar, el ilustre poeta Balaguer, respondió como pudo, aunque declarando, ¡eso sí!, que no había leído el libro de que hablaba el Sr. Vida. Si el Sr. Vida lo hubiera leído, habría visto que en sus páginas hay argumentos para todos los gustos, algunos de ellos eminentemente españoles, de los que sacó no poco partido el escritor tagalo D. Marcelo H. del Pilar, para defender, como lo hizo, á RIZAL y su obra, en una serie de artículos insertos en *La Publicidad*, de Barcelona, y reproducidos luego, por vía de apéndice, en el folleto de Blumentritt que dejamos registrado. ¡Calcúlese lo que RIZAL se crecería al ver la importancia que á su novela se daba! ¿Qué más podía apetecer un propagandista incipiente? Convirtióse desde entonces en el ídolo de los filipinos avanzados.

Y á todo esto, nada se ha dicho de la novela, *como novela*. En una obra literaria, lenguaje y estilo son lo que en una cara facciones y fisonomía. Las facciones de *Noli me tángere* no pueden ser más incorrectas: RIZAL escribía mal; su gramática es detestable. Sírvele de disculpa que no era el castellano, sino el tagalo, su idioma nativo; y todavía puede añadirse que la circunstancia de estudiar á un mismo tiempo, y con ahinco, francés, inglés y alemán, le era perjudicial para alcanzar un grado alto de perfección en el dominio de la lengua de Cervantes. El estilo es otra cosa; es *propio*, y basta. ¡Dichoso el escritor que consigue ser *inconfundible!* RIZAL lo era. Cuanto publicó anónimo en *La Solidaridad*, no necesita su firma; su *matiz*, su *claro-obscuro*, personalísimo, tiene verdadero encanto. *Noli me tángere* no irá jamás á parar á ninguna antología de escritores castellanos; pero como obra de propaganda puede figurar, sin disputa, entre las primeras. Conocía RIZAL maravillosamente el gusto de sus compatriotas; sabía cuánto les hieren la imaginación las notas melancólicas, las llamaradas de la pasión, las frases vivas; y al través de un poema romántico en mediana prosa, salpicada de agudezas rabelescas y de ironías volterianas, deslizó toda una obra de redención, cuyos conceptos más esenciales aprendió de memoria todo un pueblo. Mientras haya un filipino, no faltará quien lea *Noli me tángere* (1).

---

(1) De los muchos elogios vehementes que los filipinos han publicado del *Noli me tángere*, ninguno acaso tan expresivo como el que sigue, que leímos en el núm. 24 de *La Independencia*, correspondiente al 3 de Octubre de 1898. Dice así.

EN LA ÚLTIMA PÁGINA DEL *NOLI ME TÁNGERE*

Eres el grito del derecho herido,
La encarnación de las candentes lágrimas
Que en la noche sin luz de su pasado
De mi país los ojos escaldaban.

De Marzo á Mayo (1887), Rizal escribió, en Berlín, algunos trabajos literarios de menor cuantía, á saber: tradujo al tagalo varias poesías de Goethe; escribió en francés los cuentos *Histoire d'une clef* y *La Pêcheuse et le poisson*

Yo te leí cien veces. Noble amigo,
Hallé siempre, flotando en cada página,
Un paño para el llanto del esclavo,
Para el tirano vengadora tralla.

¡Cómo sentía, al recorrer tus hojas,
Lástima por mi patria esclavizada!
¡Cuál lloraba contigo en mis insomnios,
Y ansiaba, como tú, la luz del alba!

Mas un día... sonaron los fusiles,
Ahogó los suspiros la metralla,
Y, fulminando muertes, al derecho
Pronto abriéronle paso las espadas.

Y tembló la opresión. Himno de muerte
Parecía el rugido de sus armas,
Y en su mismo estertor... ¡ay! frente á ella
Irguióse su conciencia: ¡cuán manchada!

Entonces, al clangor estrepitoso
Que producían, al herir, las balas,
Veía al pueblo defender sin miedo
La idea que tus párrafos inflama.

Veíale surgir grande, potente,
Dispuesto á perecer en la demanda,
Á recabar con sangre de sus venas
Su libertad y su honra conculcadas.

Y fué obra tuya, tuya solamente:
Que, sin ti, aún no viera nuestra patria
Roto el dogal que la estrujaba el cuello,
Y en sus cielos brillando la alborada.

¡Ah!... mucho hiciste. Verbo del opreso,
Anatema al poder, tus hojas santas,
Al irradiar en los cerebros muertos,
De la opresión libraron una raza.

. . . .
. . . .

Te cierro ya. En la noche de su sueño
¡Paz al patriota que escribió tus páginas!
Dile que sus hermanos no le olvidan,
Que en cada pecho se le erige un ara.

Ana Haw.

(¿traducciones?), una breve disquisición sobre el Domingo de Ramos (1), y finalmente un estudio crítico, en inglés, que lleva por título: *An account of the Life and Wsitings of Mister James Thomson. By Patrick Murdock, D. D. F. R. S.*—Antes había escrito, en francés: *Unter den Linden* (impresión sobre la hermosa vía berlinesa), un juicio sobre *Tartarin sur les Alpes* y otro sobre *Le pistolet de la petite Baronne,* que termina con el siguiente párrafo:

«Le livre, est-il immoral? Cela dépend de celui qui le lira. Pour ceux qui comprenent qu'il faut vivre, que la matière a des exigences de l'esprit, que les rapports sensuels entre la femme et l'homme son seulement coupables quand ils ne se dirigent pas vers leur but, ou qu'ils niusent à un tiers, pour ceux-là le livre est indiferent. Pour les autres qui permettent tout, le livre est bon; et mauvais pour ceux qui defendent tout» (2).

Á últimos de Abril ó primeros de Mayo salió de Berlín. Gracias al profesor Blumentritt (3), conocemos la ruta seguida por RIZAL. Primeramente pasó á Dresde, donde existe el más notable Museo Etnográfico del mundo, del que es director el sabio filipinólogo Dr. A. B. Meyer, autor de monografías sobresalientes, que se mostró muy complacido de conocer á RIZAL, á quien dispensó calificadas atenciones. Después pasó á Leitmeritz (Bohemia), donde fué huésped del ilustre Blumentritt; éste experimentó, con tal motivo, una de las más grandes alegrías de su vida. RIZAL le dió las primeras lecciones de tagalo; simpatizaron mucho, y el eximio profesor le brindó una amistad fraternal. Á partir de entonces, se hablaron de *tú*. Un día, RIZAL, con cuatro rasgos de lápiz retrató á su amigo, quien conservaba orgulloso aquella muestra de las habilidades varias del insigne tagalo (4). De Leitmeritz fuése á Praga; de Praga, á Bruna; y de Bruna á Viena, «donde fué muy celebrado por el *club* literario *Concordia*». De Viena pasó á Nuremberga, y de Nuremberga á Munich. Á principio de Junio llegó á Ginebra, donde pasó larga temporada; otra no corta pasó en Losana; y después de haber recorrido las principales poblaciones de Suiza, se trasladó á Italia, que visitó toda, haciendo sus mayores recaladas en Milán, Venecia, Florencia, Roma y Génova. Por Noviembre debió de llegar á Marsella, donde embarcó para Filipinas (5).

---

(1) Concluye con estas reflexiones: — «Pourquoi donc dans nos temps le christianisme n'est-il plus la réligion des pauvres, des malhereux? Pourquoi les riches en sont-ils les plus puissants et les plus dévoués partissants? A-t-il cessé de promettre le bonheur à ceux qui souffrent et s'est-il rangé du côté de ceux qui règnent et dominent?»

(2) Todos estos trabajos menudos hállanse en el cuaderno de *Clínica*.

(3) Según su carta, á mí dirigida, fechada en Leitmeritz, 14 de Enero de 1897. La conservo.

(4) Carta de Blumentritt á mí dirigida, fechada en Leitmeritz, 29 de Enero de 1897. La conservo.

(5) En el sumario de este artículo, por una equivocación que deploramos, dícese que *volvió á España.* Ténganse por borradas esas palabras.

Antes de que le veamos partirse para su país, presentémosle bajo un nuevo aspecto; como orador. En la noche del 25 de Junio de 1884, celebróse en Madrid un gran banquete en honor de los pintores filipinos Luna y Resurrección Hidalgo; asistieron muchos compatriotas de ambos, y además algunos peninsulares ilustres, entre los cuales figuraron Moret y Labra. Hubo brindis, y RIZAL pronunció entonces su primer discurso. «RIZAL era de palabra breve y fácil; cuando hablaba, parecía meditar cuanto decía, y su aspecto simpático, de rostro pensador, atraía desde el primer momento» (1).—No conocemos circunstanciadamente ningún otro discurso de RIZAL; vamos, pues, á darlo íntegro, cosa que por otra parte nos parece conveniente, porque en lo que dijo hállanse no pocos conceptos substanciosos; está su programa, están sus anhelos; están sus quejas (2)... Habló así:

---

(1) *La Independencia;* número citado de 25 de Septiembre de 1898.

(2) Las quejas de los filipinos nos eran desconocidas á los españoles, porque ninguno de aquéllos se atrevía á exponerlas, y menos públicamente; hubiera pasado por *filibustero.* Según el caracterizado escritor ilocano Isabelo de los Reyes,

«Los filipinos se quejaban:

»1.º De que los frailes elevaran arbitrariamente cada año el canon sobre terrenos, á pesar de la honda crisis comercial y agrícola que atravesaba el país hace *(sic)* cerca de diez años, por hallarse destruídos los arrozales por nubes de langosta, los cafetales por otro bicho más terrible aún, y por los suelos los precios del abacá, azúcar, añil y otros productos de Filipinas.

»2.º De que además del canon, los frailes exigían, se ignora con qué derecho, un sobrecanon sobre los árboles que los inquilinos plantasen en las tierras arrendadas por ellos, en vez de agradecer este favor, por constituir una gran mejora en dichas tierras.

»3.º De que los frailes, en vez de emplear la medida legal al recibir el canon en especie, medían el arroz en medidas de 30 á 33 gantas en vez de 25, que es la cabida del caván legal.

»4.º Que los frailes, arbitrariamente, fijaban los precios de los productos para los pagos en metálico que tenían ellos que cobrar.

»5.º De que amén de estos abusos inauditos, á lo mejor, usurpaban terrenos que los filipinos habían heredado de sus padres, bastando para ello incluirlos en sus mapas, ó si no, quitaban despóticamente á los inquilinos terrenos que éstos habían mejorado durante muchos años, á costa de continuos trabajos y desembolsos.

»6.º De que los frailes perseguían despiadadamente á los que se atrevían á quejarse por la vía legal, hasta conseguir gubernativamente desterrarlos, causando la ruína de tantas familias.

»7.º De que no enterraran gratis á los pobres, como está mandado, y se excedieran del arancel eclesiástico al cobrar los derechos parroquiales, despreciando la excomunión con que se castiga á los contraventores, y obligando por medio de maltratos á los pobres á enajenar lo poco que poseen para pagar el entierro de sus deudos.

»8.º De que los frailes se inmiscuyen en las cuestiones de familia y de vecindad para envenenarlas y perseguir al que se malquiste con ellos.

«SEÑORES: Al hacer uso de la palabra no me arredra el temor de que me escucheis con displicencia; venís á unir á nuestro entusiasmo el vuestro, estímulo de la juventud, y no podeis menos de ser indulgentes. Efluvios simpáticos saturan la atmósfera; corrientes de fraternidad vuelan en todas direcciones; almas generosas escuchan, y, por consiguiente, no temo por mi humilde personalidad ni dudo de vuestra benevolencia. Hombres de corazón, sólo buscais corazones, y desde esa altura, donde tienen su esfera los nobles sentimientos, no distinguís las pequeñeces mezquinas; dominais el conjunto, juzgais la causa y tendeis la mano á quien como yo desea unirse á vosotros en un solo pensamiento, en una sola aspiración: la gloria del genio, el esplendor de la patria. *(Bien, muy bien; aplausos.)*

Hé aquí, en efecto, el por qué estamos reunidos. En la historia de los pueblos hay nombres que por sí solos significan un hecho, que recuerdan afectos y grandezas; nombres que, como las fórmulas mágicas, evocan ideas agradables y risueñas; nombres que vienen á ser como un pacto, un simbolo de paz, un lazo de amor entre

---

»9.º De que oprimen al clero indígena con prisiones y suspensiones arbitrarias, traslados de una provincia á otra, salvando grandes distancias y costeando los pobres coadjutores estos viajes. Así castigan á los que no saben adular á sus superiores.

»10. De que hacen los obispos frailes, á favor de sus hermanos, cambios leoninos de curatos, lesivos á los intereses de los sacerdotes indígenas.

»11. De que no se proveen los curatos por oposición y en propiedad, como está mandado por el Concilio de Trento, para que los desempeñen los más dignos, sino para desacreditar á los sacerdotes indígenas, escogen á los más ineptos, aduladores y atolondrados para párrocos interinos, solamente con el carácter de interinos, á fin de que se vean siempre obligados á adular y servir á los frailes, en cuyas manos omnipotentes están sus destinos.

»12. De que los frailes se burlan escandalosamente de las leyes y disposiciones del Gobierno y de la Iglesia, pasando impunemente por todo, como han pasado por la prohibición absoluta de nombrar provisores y fiscales frailes, que el Gobierno de Su Majestad acaba de recordar en 1896, y, sin embargo, siguen siendo todos frailes.

»13. De que éstos deprimen y persiguen á los filipinos ilustrados y aun á los que apenas *chapurrean* el castellano.

»14. De que debiendo ser ejemplos de conducta cristalina ante sus feligreses en los pueblos que administran, son la piedra de escándalo por sus vicios y liviandades, sacrificando á sus apetitos carnales la tranquilidad de familias honradas.

»15. De que se oponen al progreso del país, impidiendo hasta la inmigración española por creer que ésta podría fiscalizar y estorbar sus abusos; la construcción de ferrocarriles, por ser conductores de la civilización; la introducción de leyes y de toda clase de reformas gubernativas y administrativas, calificando sin rubor alguno de explotadores y filibusteros á los dignísimoe exministros de Ultramar, Sres. Balaguer, Maura, Moret, Romero Robledo, Becerra y otros á quienes debe el país algunas reformas benéficas.»—*La sensacional Memoria de* ISABELO DE LOS REYES, Madrid, 1899; págs. 13-16.

Casi todas estas quejas (en algunas de las cuales existe evidente exageración) hállanse expuestas, de un modo ó de otro, en la novela *Noli me tángere*. Como el aviso de RIZAL no produjo en nuestro régimen político colonial el resultado que de-

las naciones. Los nombres de Luna é Hidalgo (1) pertenecen á éstos: sus glorias iluminan dos extremos del globo: el Oriente y el Occidente: España y Filipinas. Al pronunciarlos, señores, creo ver dos arcos luminosos que, partiendo de ambas regiones, van á enlazarse allá en la altura, impulsados por la simpatía de un común origen, y desde esa altura unir *dos pueblos* (2) con vínculos eternos, *dos pueblos* que en vano separan los mares y el espacio, *dos pueblos en los cuales no germinan las simientes de desunión* QUE CIEGAMENTE SIEMBRAN LOS HOMBRES Y SU DESPOTISMO. Luna é Hidalgo son glorias españolas como filipinas: así como nacieron en Filipinas pudieron haber nacido en España, porque el genio no tiene patria, el genio brota en todas partes, el genio es como la luz, el aire, patrimonio de todos: cosmopolita como el espacio, como la vida y como Dios. *(Aplausos.)*

La era patriarcal de Filipinas va pasando; los hechos ilustres de sus hijos ya no se consuman dentro del hogar; la crisálida oriental va dejando el capullo; la mañana de un largo día se anuncia para aquellas regiones en brillantes tintas y sonrosados albores, y aquella raza, aletargada durante la noche histórica mientras el sol alumbraba otros continentes, vuelve á despertarse conmovida por el choque eléctrico que le produce el contacto de los pueblos occidentales, y *reclama la luz, la vida, la civilización que un tiempo les legara,* confirmándose así las leyes eternas de la evolución constante, de las transformaciones, de la periodicidad, del progreso.

Esto lo sabeis bien y os gloriais de ello; á vosotros se debe la hermosura de los brillantes que ciñe en su corona Filipinas; ella ha dado las piedras, la Europa el pulimento. Y todos nosotros contemplamos orgullosos, vosotros vuestra obra, nosotros la llama, el aliento, los materiales suministrados. *(Bravos.)*

Ellos bebieron allá la poesía de la naturaleza; naturaleza grandiosa y terrible en sus cataclismos, en sus evoluciones, en su dinamismo; naturaleza dulce, tranquila y melancólica en su manifestación constante, estática; naturaleza que imprime su sello á cuanto crea y produce. Sus hijos lo llevan á donde quiera que vayan. Analizad si no sus caracteres, sus obras, y por poco que conozcais aquel pueblo, le vereis en todo como formando su ciencia, como el alma que en todo preside, como el resorte del mecanismo, como la forma sustancial, como la materia primera. No es posible no reflejar lo que en sí siente, no es posible ser una cosa y hacer otra; las contradicciones sólo son aparentes, sólo son paradojas. En *El Spoliarium,* al través de

---

bió producir, y las quejas subsistían, éstas fueron las que movieron á los filipinos avanzados, á los admiradores de RIZAL, á fundar el *Katipunan.*—Así lo dijo el citado Sr. Reyes en una Memoria que, desde la cárcel de Manila en que se hallaba preso, dirigió, con fecha 25 de Abril de 1897, á D. Fernando Primo de Rivera, capitán general de Filipinas. La *Memoria* del Sr. Reyes valió al autor ser mandado, desde la cárcel de Manila, al odioso castillo de Montjuich, de Barcelona. Después de todo, no lo pasó tan mal: otros, por haber hecho menos que hizo Reyes, los había fusilado Polavieja.

(1) Félix Resurrección Hidalgo; otro pintor filipino que no alcanzó el renombre que Luna, pero que ha sido más uniforme que éste. Sin haber salido de la segunda fila, su obra en conjunto aventaja á la de Luna, á quien, si se despoja del *Spoliarium,* apenas le quedan otras cosas que *orbanejadas.*

(2) Huelga decir que subraya el copista.

aquel lienzo que no es mudo, se oye el tumulto de la muchedumbre, la gritería de los esclavos, el traqueteo metálico de las armaduras de los cadáveres, los sollozos de la orfandad, los murmurios de la oración, con tanto vigor y realismo como se oye el estrépito del trueno en medio del fragor de las cascadas ó el retemblido imponente y espantoso del terremoto. La misma naturaleza que engendra tales fenómenos interviene también en aquellas pinceladas. En cambio, en el cuadro de Hidalgo late un sentimiento purísimo, expresión ideal de la melancolía, la hermosura y la debilidad, víctimas de la fuerza bruta: y es que Hidalgo ha nacido bajo el azul brillante de aquel cielo, al arrullo de las brisas de sus mares, en medio de la serenidad de sus lagos, la poesía de sus valles y la armonía majestuosa de sus montes y cordilleras.

Por eso en Luna están las sombras, los contrastes, las luces moribundas, el misterio y lo terrible, como resonancia de las oscuras tempestades del trópico, los relámpagos y las fragorosas irupciones de sus volcanes: por eso Hidalgo es todo luz, colores, armonía, sentimiento, limpidez, como Filipinas en sus noches de luna, en sus días tranquilos, con sus horizontes, que convidan á la meditación, y en donde se mece el infinito. Y ambos, con ser tan distintos en sí, en apariencia ál menos, coinciden en el fondo, como coinciden nuestros corazones todos á pesar de notables diferencias: ambos, al reflejar en su paleta los esplendorosos rayos del sol del trópico, los transforman en rayos de inmarcesible gloria con que circundan *á* SU PATRIA; *ambos expresan el espíritu de nuestra vida social, moral y política;* LA HUMANIDAD SOMETIDA Á DURAS PRUEBAS; LA HUMANIDAD NO REDIMIDA; *la razón y la aspiración en lucha abierta con las preocupaciones*, EL FANATISMO Y LAS INJUSTICIAS, *porque los sentimientos y las opiniones se abren paso al través de las más gruesas paredes;* porque para ellos todos los cuerpos tienen poros, todos son transparentes, y si les falta la pluma, si la imprenta no les secunda, la paleta y los pinceles, no sólo recrearán la vista, serán también elocuentes tribunos.

Si la madre enseña al hijo su idioma para comprender sus alegrías, sus necesidades ó dolores, España, como madre, enseña también su idioma á Filipinas, *pese á la oposición de esos miopes y pigmeos que, asegurando el presente*, NO ALCANZAN Á VER EN EL PORVENIR, no *pesan las consecuencias;* nodrizas raquíticas, *corrompidas y corruptoras*, que tienden á apagar todo sentimiento legítimo que, pervirtiendo el corazón de los pueblos, *siembran en ellos los gérmenes de las discordias para que se recoja más tarde el fruto*, el anapelo, la muerte de las generaciones futuras.

Pero ¡olvido á esas miserias! ¡Paz á esos muertos, porque muertos lo son; les falta el aliento, el alma, y los gusanos les corroen! ¡No evoquemos su funesto recuerdo; no traigamos su hediondez en medio de nuestras alegrías! *Por fortuna los hermanos son más; la generosidad y la nobleza son innatas bajo el cielo de la España:* todos vosotros sois de ello patentes prüebas. Habeis respondido unánimes; habeis coadyuvado, y hubiérais hecho más, si más se hubiera pedido. Sentados á participar de nuestro agape y honrando á los hijos ilustres de Filipinas, honrais también á la España; porque, lo sabeis muy bien, los límites de la España no son ni el Atlántico, ni el Cantábrico, ni el Mediterráneo — mengua sería que el agua opusiese un dique á su grandeza, á su pensamiento. — *España está allí, allí donde deja sentir su influencia bienhechora*, y aunque desapareciese su bandera, *quedaría su recuerdo eterno, imperecedero. ¿Qué hace un pedazo de tela roja y amarilla, qué hacen los fusiles y los cañones allí donde un sentimiento de amor, de cariño, no brota;* ALLÍ DONDE NO HAY

FUSIÓN DE IDEAS, UNIDAD DE PRINCIPIOS, CONCORDANCIA DE OPINIONES...? *(Prolongados aplausos.)*

Luna é Hidalgo os pertenecen tanto á vosotros como á nosotros; vosotros los amais, y nosotros vemos en ellos generosas esperanzas, preciosos ejemplos. La juventud filipina de Europa, siempre entusiasta, y algunas personas más cuyos corazones permanecen siempre jóvenes por el desinterés y entusiasmo que caracterizan sus acciones, ofrecen á Luna una corona, modesto obsequio, pequeño, sí, para nuestro entusiasmo, pero el más espontáneo y el más libre de cuantos obsequios se han hecho hasta ahora.

Pero la gratitud de Filipinas hacia sus hijos ilustres aún no estaba satisfecha, y deseando dar rienda suelta á los pensamientos que bullen en la mente, á los sentimientos que rebosa el corazón y á las palabras que se escapan de los labios, hemos venido aquí todos á este banquete para unir nuestros votos, para dar forma á ese abrazo mutuo de DOS RAZAS *que se aman y se quieren*, UNIDAS, *moral, social y políticamente, en el espacio de cuatro siglos*, PARA QUE FORMEN EN LO FUTURO UNA SOLA NACIÓN EN EL ESPÍRITU, *en sus deberes, en sus miras, en sus privilegios. (Aplausos.)*

¡Brindo, pues, por nuestros artistas Luna é Hidalgo, glorias legítimas y puras de DOS PUEBLOS! ¡Brindo por las personas que les han prestado su concurso en el doloroso camino del arte! ¡Brindo por que la juventud filipina, *esperanza sagrada de* MI PATRIA, imite tan preciosos ejemplos y porque *la madre España* (1), solícita y atenta al bien de sus provincias, *ponga pronto en práctica las reformas que largo tiempo medita;* el surco está trazado y la tierra no es estéril! Y brindo, en fin, por la felicidad de aquellos padres que, privados del cariño de sus hijos, desde aquellas lejanas regiones, les siguen con la mirada humedecida y el corazón palpitante al través de los mares y de la distancia, *sacrificando en el altar del bien común los dulces consuelos que tanto escasean en el ocaso de la vida,* preciosas y solitarias flores de invierno que brotan en los nevados bordes de la tumba. *(Calurosos aplausos, felicitaciones al orador)*» (2).

No puede pedirse mayor gallardía: RIZAL habla en nombre de Filipinas, no con la sumisión que demandábamos de los hijos de aquel país los españoles, sino como un *aliado* que lo es por su propio gusto: *somos* DOS PUEBLOS, *somos* DOS RAZAS; *somos tanto como vosotros, y por lo mismo queremos lo que vosotros. ¿Se nos niega aquello que creemos merecer? ¡Ah! ¡Mirad el porvenir!... ¡Las circunstancias del presente no pueden ser eternas!* Ningún filipino, y menos en presencia de españoles conspicuos, se había atrevido á decir nada semejante. RIZAL quería que se mantuviese *la unión* de España y Filipinas; pero *exigía,* para que esta *unión* pudiera prevalecer, que los filipinos tuviesen idénti-

(1) La madre España: observe el lector que no dice la madre Patria. *Madre Patria* es título *natural; Madre España*, no lo es más que *moral.*

(2) *Homenaje á Luna.* [Publicación de D. José Rodón y Abella, catalán.] *Madrid*, Imp. de F. García Herrero, 1888; págs. 97-104.

cos derechos y privilegios que los españoles. Vivir de otro modo lo conceptuaba mengua de la dignidad de su raza, y él no pasaba por semejante vilipendio.

Mientras en Manila los españoles le consideraban como el autor de la obra más filibustera que había producido el genio filipino; mientras allí los españoles (los frailes sobre todo) pedían para RIZAL poco menos que fuese decapitado, el autor de *Noli me tángere*, con la conciencia tranquila, navegaba hacia Manila, por la vía de Hong-Kong. Volvía á su país después de cinco años y medio, cerca de seis, de ausencia; eran ya ancianos sus padres, y ansiaba verlos; y juzgar á la vez del verdadero efecto que entre sus compatriotas había causado la novela. El viaje de retorno se lo pagaron el pintor Luna y D. Felipe Roxas (1). La colonia filipina de Europa, después de conocer *Noli me tángere,* vió en el joven RIZAL el hombre de mayor carácter, de mayor dignidad y de mayor cultura que la raza tagala había producido. RIZAL llevaba esta satisfacción al volver á su país, y es de suponer que llevase también el presentimiento de los grandes sinsabores que en su país le esperaban. Allí estaba ya calificado: era un *separatista* ardiente; y, sin embargo, no era RIZAL sino un *nacionalista* romántico, defensor de España, amante de España, pero enemigo de los malos españoles que infestaban su país, así como lo era del régimen político-administrativo de España en Filipinas. Á raíz de saber su fusilamiento, el sabio BLUMENTRITT, lleno de pesadumbre, me escribía:

« Á Rizal, que con tanta franqueza hablaba en los salones de Europa sobre los asuntos de su patria, no se le oyó nunca una frase separatista; y hasta defendió á España cuando un inglés brutal, ó un francés divino, ó un alemán grosero dijo algo ofensivo para España. Cuando se hablaba de separatismo, siempre dijo que la separación se alcanza á costa de mucha sangre, mueren en la guerra los mejores hombres y, si triunfara, el país se convertiría en esclavo comercial de otro, ó se arruina, porque *el espíritu revolucionario no muere,* sino que continúa por muchas generaciones; y mostró el ejemplo de España y las Repúblicas hispano-americanas. Y estas opiniones se pueden observar en sus novelas. Aborreció verter la sangre, y repetía muchas veces las palabras de Bismarck: *La sangre es un líquido muy caro; no está destinada por Dios para ser derramada por la realización de ideas políticas* » (2).

El mismo profesor Blumentritt me comunicó el juicio que RIZAL llevó de las naciones europeas: « *España tiene los mejores jesuítas, pintores, novelistas y*

1) Este dato salió á relucir cuando el célebre proceso del pintor, en París; por ser asesinado, en 1892, á su mujer y á su suegra, y herido á un cuñado.

2) Carta de Blumentritt á mí dirigida, fechada en Leitmeritz, 2 de Enero de 1897. conservo.

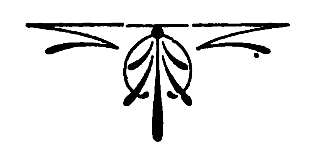
toreros; Francia los mejores prosistas, autores dramáticos y meretrices finas (cocottes); *Alemania y Austria los mejores profesores y empleados; Inglaterra los mejores comerciantes, industriales y marinos; Holanda los mejores malayistas y panaderos; Italia los mejores cantores y escultores»* (1).

Pronto le veremos otra vez en Europa.

W. E. RETANA.

(Continuará.)

(1) Carta de Blumentritt, á mí dirigida, fechada en Leitmeritz, 24 de Enero de 1897. La conservo.



CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

(ALREDEDOR DEL TOMISMO JURÍDICO)

Á pesar del indiscutible progreso de las ciencias jurídicas en los dos últimos siglos, todavía la concepción del derecho, como libertad ó expresión de libertad, no ha echado raíces hondas en el pensamiento moderno. El pensamiento medioeval, resumido en Santo Tomás, nos ofrece también un modo de considerar el derecho determinista y enteramente intelectual. ¿Qué es el derecho? Santo Tomás (1) responde que la proporción de una cosa con otra. ¿Cuál es su fin? Establecer la igualdad; es decir, el reinado de la justicia. Hasta aquí Santo Tomás está en lo cierto; pero en seguida define la ley, con evidente olvido de la voluntad, como un *ordenamiento de la razón,* impuesto para el bien común por aquel á quien corresponde el bien de la comunidad, y que ha sido suficientemente prolongado (2). «Una ley—añade (3)—tiene fuerza de tal en proporción á su justicia. En las cosas humanas se dice que una ley es justa *cuando es conforme á la regla de la razón.* Pero siendo la ley eterna la primera regla de la razón, una ley emanada de los hombres tendrá tanto más carácter de ley cuanto más se derive de la ley natural. Si en algo le fuese contraria, no sería una ley, sino una corrupción de la ley.»

Como se ve, Santo Tomás en este pasaje reduce el problema general ó total del derecho á dos problemas, uno subjetivo y otro objetivo, que resuelve con arreglo á su criterio racionalista, que no es el de los verdaderos cristianos. El problema subjetivo atañe al formalismo de la ley, que debe ser «un ordenamiento de la razón». El problema objetivo se refiere á la transcendencia del derecho, que es producir el «bien común» ó el reinado de la justicia. stos problemas son consecuencia el uno del otro y su resolución tiene que

(1) *Summa Theologica,* II, II, 57, 1.
(2) *Summa Theologica,* I, II, 90, 4.
(3) *Ibidem,* I, II, 95, 11.

hacerse *a pari*, porque si la ley es un principio racional y no moral, la justicia que produce en sus aplicaciones positivas también ha de tener consecuencias racionales y deterministas. Pero esa misma relación entre ambos términos tal vez no es necesaria. Para demostrar que la justicia se confunde con la razón aplicada á la vida social, no basta demostrar que con tal aplicación se consigue un orden, una equidad preceptiva, una armonía de intereses compatibles con una legislación que fuese útil y conveniente, sin ser legítima, sin ser verdadera expresión del derecho: se necesita demostrar que hay en la razón una virtud, una legalidad, un poder determinante, un principio absolutamente justo y bueno; y esto fué lo que no hizo Santo Tomás, como no lo habían hecho tampoco sus predecesores. ¿Acaso el «bien común» es otra cosa que el resultado de la igualdad de las múltiples libertades, de la autonomía de las voluntades todas?

Pero analizando más los conceptos un tanto vagos de Santo Tomás, échase de ver que no era la idea del bien común ó de la felicidad pública la que realmente le preocupaba, sino la de establecer el imperio de la razón en las leyes, provocando así mediatamente la paz de los ciudadanos. Esto conduce á considerar á la razón como principio de todas las relaciones libres entre los hombres, cayendo de esta suerte en el determinismo. Por otra parte, la palabra «bien común» tiene un sentido exacto y otro sentido que no es tan exacto. ¿Quiere designarse con ella el reinado de la justicia entre los hombres? Entonces estamos en lo firme. ¿Se pretende ver expresada por ella la dicha colectiva? Eso sería confundir el derecho con la moral social. No, el derecho no sirve para santificar nuestra vida, haciéndonos llegar á la plenitud de nuestro destino, sino para *justificarla*, á fin de que no nos falten las condiciones que para realizar normalmente ese destino necesitamos. El fundamento de la doctrina contraria es una falsedad, que consiste en suponer que el derecho tiende á desarrollar la virtud en general, cuando en realidad harto tiene con establecer sobre sólidas bases esta virtud especialísima, sin la que la legislación sería un caos: *la justicia*.

Ahora bien, ¿qué es lo que convierte al hombre en un ser respetable como individuo, sagrado como persona, inviolable por sí mismo como sujeto sociable? ¿No es la voluntad libre? ¿De dónde, pues, sino de ella proviene ese *algo* que le da valor y que hace de él para los demás hombres un fin y no un medio ó instrumento? Santo Tomás, como todos los filósofos dignos de este nombre, buscaba una propiedad del espíritu humano que explicase la igualdad ante la ley para fundar sobre ella el derecho, y la encontró en la inteligencia. ¿Cómo no vió que la inteligencia dista mucho de ser igual en todos los hombres? ¿Cómo no vió que su mecanismo repugna á la idea del merecimiento en que se apoya la legislación? ¿Cómo no vió que es impotente para obligar á todos, sin distinción, al mutuo respeto de los derechos respectivos? Sólo la voluntad puede obrar ese prodigio, porque la voluntad, mediante la libertad y el deber, nos induce á realizar el bien, sea cual fuere

nuestra condición y jerarquía, permitiéndonos ser igualmente responsables de nuestros actos. El hombre es, moralmente, igual á sus semejantes en la facultad de querer, y si no todos, como libres que son, usan de ella con la misma intensidad de acción, todos se reconocen dotados del mismo poder de libertad autónoma, para mostrar á los racionalistas, como Santo Tomás, que la desigualdad puramente exterior de las cosas humanas se desvanece ante esa igualdad interna de las voluntades, que es lo que constituye el espíritu de la ley. Ante ésta, no todos los hombres *comprenden* igualmente, pero todos *merecen* en un mismo grado.

Siendo así, ¿cómo concebir el derecho? Concebirle, con Santo Tomás, como una necesidad fundada en la razón, es hacer de la legislación un determinismo, pues equivale á someterle á una especie de *formalismo interior* (si no parece violenta la unión de estas dos palabras), olvidando que la justicia no puede reducirse á fórmulas matemáticas. Lejos de eso, la bondad con todas sus propiedades libres es la justicia más alta, la justicia por excelencia, la justicia verdaderamente moral. Suponer que la voluntad no es el origen de las relaciones jurídicas entre los hombres, equivale á abrigar la pretensión de fundar una legislación ideal ó natural y una noción cristiana del derecho en un campo nacionalista é intelectual, donde no hay libertad ninguna, ó, si la hay, es enteramente vana. De aquí proceden las especiosas teorías de Santo Tomás sobre el derecho, tan malparado en sus libros, que cualquiera creería estar leyendo á algún estoico ó fatalista de la antigüedad.

Quien tropieza tan lastimosamente en la jurisprudencia especulativa, no es de extrañar que caiga del todo al hablar de la jurisprudencia práctica. Como Santo Tomás no tenía más que una débil idea del derecho en general, mal podía comprender el fundamento de los derechos particulares. Dados los antecedentes que arriba apunté, las consecuencias han de guardar proporción. Y á fe mía que la guardan, no sin creer en lo inverosímil y desatentado, pues implican la negación jurídica de la propiedad individual, la afirmación política de la esclavitud humana, la justificación teológica de la intolerancia religiosa y todas las demás ideas que hoy resultan casi blasfemias en filosofía social. Para hacer aceptable la suya desde el punto de vista racional, Santo Tomás apeló á Aristóteles y forjó tales argumentos en favor de su ultramontanismo anticipado, que, en presencia de las conclusiones, admírase uno de que aquel hombre tuviera valor para presentarse en público con ellos.

Las pruebas del derecho de propiedad que expone Santo Tomás, están sacadas de Aristóteles y de los Padres de la Iglesia. Conviene con el primero en que desde el pundo de vista de la utilidad, de los inconvenientes de la comunidad de bienes y de la prosperidad y unidad de las familias, es legítima la apropiación permanente del suelo; y da la razón á los segundos en no considerar á la posesión como natural jurídicamente, aunque tampoco anti-

natural (1), y sí añadida á la administración de lo que pertenece á cada uno por invención humana *(per adinventionem rationis humanae)*. Reconoció que en la idea de propiedad entra la de exclusión y que forma parte de la naturaleza del hombre, desde el punto de vista de la finalidad, el gozar privadamente de una porción determinada de la tierra (2). Á pesar de esto, Santo Tomás, pensando, sin duda, en el origen de la especie humana de una sola pareja, y queriendo conciliar este hecho con la supuesta necesidad de la sociedad civil, en la que no veía, como debía haber visto, una mera convención desde el punto de vista ideal, distingue entre la posesión y su uso, ó, como hoy se dice, entre el derecho y el ejercicio del derecho. Jurídicamente (?) la posesión corresponde y debe corresponder á las personas particulares, y el fin de la propiedad es el fin del dueño; pero desde el punto de vista de la moral y de la religión, que nos enseñan de consuno que el hombre tiene la obligación de socorrer á sus semejantes, y que la propiedad real y verdadera de la tierra pertenece á Dios, se considera á los propietarios como ministros de la Providencia: «los propietarios deben considerar sus bienes como si fueran comunes». Falta aquí la idea de una relación rigurosa entre la propiedad y la personalidad humana. Santo Tomás, pues, no demostró el derecho de propiedad, como no lo había demostrado Aristóteles, y más bien lo negó implícitamente con los Padres de la Iglesia, pues á esto equivale el considerarlo como pura invención humana ó mera adición á la legislación natural y común. No por eso deja de corresponderle el honor de haber sido el primero que en la edad media lo defendió desde el punto de vista utilitario. Las eventualidades de la suerte, la constancia de las necesidades, la autonomía del orden social, la guerra espontánea de los egoísmos, el interés personal y doméstico, todo es traído y llevado por Santo Tomás para demostrar una tesis exacta en sí misma, pero que en su sistema racionalista carece de base moral. Esto, naturalmente, no podía menos de conducirle á conciliar en bien concertada armonía las ideas de utilidad, moralidad y legislación para justificar el hecho de la propiedad privada. Desgraciadamente no alcanzó el *por qué* del hecho, por ignorar el fundamento del verdadero derecho, que no estriba, como él parecía pensar, en relaciones de proporción ó de razón, sino en relaciones voluntarias, convencionales, libres.

En fin, si deseamos apreciar el sentido propio y el mezquino alcance personal y cristiano de estas teorías de Santo Tomás, podemos consultar la filosofía que sin duda las ha inspirado, la filosofía de Aristóteles. Platón había predicado la destrucción de los derechos de la familia y de la propiedad en pro de esa abstracción que llamamos Estado. Aristóteles enseñó, más razo-

---

(1) *Summa Theologica*, II, II, 46, 1; II, II, 60, 6, 2; II, II, 66, 2; II, II, 32, 5, 2. Compárese con *De regimine principum*, IV, VI, y con el comentario á la *Política* de Aristóteles, I, 6.

(2) Véanse los *Principios de Economía Política*, de Liberatore.

nablemente, que lo primero que deben tener en cuenta los asociados de una república es que las relaciones que los unen son relaciones libres y convencionales, sin lo cual, en vez de comunidad, resulta confusión. No se trata de crear una familia única ó común sobre las ruinas de las familias particulares de la nación; Aristóteles quería que el Estado se debiese al individuo y no el individuo al Estado. La justicia social exige á veces disposiciones y medidas que contrarían las afecciones que existen entre individuos determinados, lo que no sucedería si la abolición de la familia, la destrucción de la propiedad y la comunidad de mujeres, que en mala hora soñara Platón, pudiesen dar origen á nuevas afecciones superiores á las domésticas. Este cambio, por otra parte, sería perjudicial en grado sumo á los intereses generales del Estado, que es justamente lo que Platón buscaba. ¿Cómo podríamos cuidar las propiedades comunes, si ninguna utilidad nos reportase y no nos perteneciera el fruto de nuestro trabajo personal? Es claro que, en semejante caso, lejos de disminuir las diferencias entre los distintos propietarios, se aumentarían; confiando todos en todos, unos holgarían mucho y otros trabajarían demasiado: el comunismo es, pues, contraproducente. Lo mismo puede decirse de la descabellada absorción de la sociedad doméstica por la sociedad política. Platón se equivocaba al creer y sostener que cada ciudadano tiene perfecto derecho de posesión sobre los hijos de todos sus compatriotas. La familia está destinada, por el contrario, á impedir tal abuso, y la ciudadanía no se ha fundado sobre una idea tan indiferente á la libertad social. Así como unas gotas de miel pierden enteramente su dulzura disueltas en el mar, los sentimientos de amor y las relaciones morales entre personas determinadas se desvanecen en la gran asociación humana. Aristóteles vino de este modo á probar, con filosófico rigor, que la propiedad hace al ciudadano y que la relación de los bienes particulares con la familia es una relación natural, mientras que la de la familia con la ciudad y el Estado es una relación meramente *colonial*, si vale la frase. En este punto refutó definitivamente las opiniones comunistas de Platón y se anticipó á los modernos, sentando las bases de la economía política, exenta de los peligros que hoy entraña con sus tendencias socialistas. Para él, antes que la apropiación del suelo está su ocupación, que no es medio, sino fin, en la satisfacción de nuestras necesidades y cumplimiento de nuestra misión. Quien sólo tuviese derecho de participación en los frutos de la tierra, no poseería en realidad esta tierra ni la podría cultivar con el esmero y la solicitud de una que verdaderamente le perteneciese.

Á pesar de esta teoría nueva y profunda, Aristóteles no llegó á determinar el fundamento positivo del derecho de propiedad. Sobre negárselo á los esclavos y apoyarlo más en razones de utilidad que en razones verdaderamente jurídicas, olvidó que hay, como se ha dicho en nuestros días, un *proletariado intelectual*, y que el secreto de la excelente política de la clase media está en que es á un mismo tiempo hija del trabajo y factor de la ciencia y del

arte. Esto, repito, no lo echó de ver Aristóteles; pero no tenemos motivo á recriminarle nosotros, hombres modernos y herederos de una brillante y rica civilización. No se podrá decir lo mismo de Santo Tomás, pues en su tiempo el conocimiento de las relaciones morales de la sociedad había avanzado lo bastante para comprender que la propiedad era algo más que un interés. Aristóteles la legitima y fundamenta refutando el peligroso socialismo de Platón: Santo Tomás la justifica y consuma negando el individualismo cristiano. Lo primero es propio del genio, lo segundo del rapsodista.

El obscurecimiento de la idea del derecho individual resalta en las opiniones de Santo Tomás sobre lo que entonces y en sentido desfavorable se llamaba *usura* y hoy en día *préstamo á interés*. Aristóteles había ya condenado esta clase de préstamo, so pretexto de que *el interés es dinero sacado del dinero*. Los resabios peripatéticos por una parte, por otra las ideas dominantes en su época, hicieron á Santo Tomás confirmar con una segunda condenación la del Stagirita. Escribió estas palabras (1): «No está el hombre obligado á prestar, y así, esta acción se incluye entre los consejos; mas que el hombre no se proponga sacar lucro de ella, esto se comprende bajo razón de precepto». Podría suponerse que tan rotunda afirmación es sólo una aplicación, en el terreno de la moral, de los sublimes preceptos del Cristianismo sobre la caridad y el desinterés. Tomando las frases de Santo Tomás en este sentido, deberían aceptarse sin reserva, y ningún cristiano que lo sea práctica, y no sólo teóricamente, escatimará sus aplausos á cuantos eso mismo proclamen. Pero la cuestión varía de aspecto cuando de semejante relación libre y voluntaria se hace un deber jurídico. Y he aquí lo que terminantemente establece Santo Tomás en el siguiente párrafo: «Lo que estuvo prohibido á los judíos fué recibir usura de sus hermanos, es decir, de los judíos, con lo cual se da á entender que recibir usura de cualquier hombre es simplemente malo. Es preciso, pues, considerar á todo hombre como prójimo y hermano, principalmente en el estado del Evangelio, al cual son todos llamados. Así se ve, por lo que en absoluto dice el salmo XIV, 5, *qui pecuniam suam non dedit ad usuram,* y Ezequiel, XVIII, 8, *qui usuram non accepit.* Que recibieran usura de los extranjeros, no les fué concedido como lícito, sino permitido para evitar mayor mal, á saber, recibir usura de los judíos que daban culto á Dios, etc., etc.»

¿Habrá que detenerse á refutar una teoría tan descabellada y que se presenta sin ninguna prueba racional? Es bien seguro que no. «La gratuidad del crédito, tomando las enérgicas expresiones del gran economista Bastiat (2), es el absurdo científico, el antagonismo de los intereses, el odio de las clases, la barbarie. La libertad del crédito es la armonía social, es el derecho, es el respeto de la independencia y de la dignidad humana, es la fe en el progre-

(1) *Summa Theologica*, II, II, 78, 1, 2 y 4.

(2) *Sophismes economiques*, en las *Œuvres complètes*, V, 335.

so y en los destinos de la sociedad.» Los tiempos en que la primera de estas prácticas estuvo en vigor retardaron en muchos siglos la civilización europea, porque esterilizaron los capitales, que son los elementos indispensables para la prosperidad pública. Según Franck (1), el clero (de cuyas prohibiciones se hizo ejecutor el brazo secular) hubiera reducido á la mendicidad, en provecho de los pobres, á la mayor parte del género humano. El desprecio de la razón y el olvido de las leyes naturales de la conciencia anonadaron las obligaciones de la probidad más vulgar; y los sacerdotes, creyendo predicar la perfección cristiana, enseñaban en nombre de la religión el robo y la mala ley. Una bula de Inocencio III declaró libres de sus compromisos para con sus acreedores y absueltos de sus juramentos á los deudores de todo préstamo á interés. Zósimo (2), historiador pagano de la primera época del Cristianismo, refería ya que en los conventos primitivos había una exagerada tendencia á anatematizar toda entrega de dinero hecha con fin de recibir más de lo que se diera (3). Así es como la fe mal entendida convirtió imprudentemente un acto voluntario en una aplicación de la justicia, consecuencia suya. ¡Siempre la completa absorción del derecho en la caridad, y como necesario resultado la subordinación del primero al interés mayor de la otra vida y de la utilidad dogmática de los ciudadanos!

Confirman claramente esta doctrina las proposiciones emitidas por Santo Tomás acerca de la esclavitud y de la intolerancia religiosa. Según él, la esclavitud es de derecho natural, por hallarse basada en la utilidad que reporta al señor y al esclavo (4). «La servidumbre, dice textualmente, fué introducida como pena del pecado.» Después se pregunta si la esclavitud es hereditaria y responde con los jurisconsultos de Roma: «Según las leyes civiles, el parto sigue al vientre, y esto con razón, porque la prole tiene del padre el complemento formal y de la madre la substancia del cuerpo. Mas le servidumbre es una condición corporal, siendo el esclavo cuando trabaja una especie de instrumento de su dueño, y por consiguiente, la prole, tanto en libertad como en esclavitud, sigue la condición de la madre». Este corto é insignificante pasaje basta para producir mal efecto, pues hace comprender que Santo Tomás era un legista muy liberal sólo mientras no se tocase á los intereses de la Iglesia (5). ¡Política romana con todas sus intransigencias criminales, por más que no fuese de esperar de un discípulo de Aristó-

(1) *Philosophie du droit penale*, 177.
(2) *Historia Romana*, II.
(3) Véanse mis *Iglesias del Estado*, IV, 2, 72 y 75.
(4) *Summa Theologica*, II, II, 46, 3.
(5) Leyendo la *Política*, de Aristóteles, en su capítulo II, se penetra uno fácilmente de lo que era la autoridad del filósofo griego en materias sociales para los hombres de la Edad Media, pues los argumentos que en favor de la esclavitud aduce Santo Tomás son, poco más ó menos, los que antes presentó el Stagirita.

teles! Aunque, bien mirado, ¿qué de particular tiene que abrigue tal convicción un filósofo que llega á justificar la intolerancia religiosa con principios de moral teológica? Tergiversando el *prudentia casoris mors est* de San Pablo, sostiene que aun la misma prudencia humana, cuando inclina al hombre contra la ley divina, merece castigo terreno, como lo tiene ultramundano. Así lo confiesa el jesuíta Alarcón, quien, interpretando las palabras de Santo Tomás *quod inimicatur Deo incurrit mortem,* dice: «Viene, pues (Santo Tomás), á afirmar en resumen que todo enemigo de Dios es reo de muerte *temporal* y eterna». Y como, entre los enemigos de Dios, los judíos eran los más calificados, á éstos, principalmente, se dirigían los ataques de Santo Tomás. Ya Inocencio III había dicho de ellos: *pro ipsa culpa submitti perpetuæ servitute.* «Los judíos por razón de su deicidio, dice también Santo Tomás, se han ofrecido á la perpetua esclavitud de la Iglesia.» Por donde se ve—harto claramente lo había dado á entender Barbarroja—que la escolástica no es cosa pura y simplemente teórica.

Ahora bien; comoquiera que miremos y juzguemos la razón y el nervio oculto de esos gigantescos errores de Santo Tomás, quedará muy malparada su orden y su escuela. ¿Estuvo más influído por la autoridad de su infalible Aristóteles que por el espíritu del tiempo, es decir, por el espíritu de la Iglesia en aquella época? Conducta imperdonable. ¿Eran, por el contrario, queridas de la Iglesia y conformes á la edad ó al momento histórico? Prueba indudable de que Santo Tomás no fué superior á él, haciéndose, por el contrario, eco de las tremendas negaciones de la Edad Media. Porque si las teorías de Aristóteles sobre la esclavitud hubiesen sido contrarias á las doctrinas sociales de Roma, Santo Tomás hubiera sacrificado su pasión por el Estagirita á las exigencias de las ideas católicas, como lo hizo en la mayor parte de las cuestiones dogmáticas. Pero no hubo tal, y la historia está ahí para atestiguarnos que hasta el advenimiento de las nuevas concepciones filosóficas y depuración social de los principios cristianos, los teólogos, sin excluir á Bossuet, sostuvieron teórica y prácticamente la legitimidad de la esclavitud. «Ya á fines del siglo XVIII, dice Lorenzo, se daba el golpe decisivo con los luminosos escritos de Kant, cuando aún Roselli, teólogo y dialéctico escolástico, se empeñaba, con la *Summa* de Santo Tomás á la vista, en defender que la esclavitud no es contraria al derecho natural. ¡Terrible contraste! Por una parte, los filósofos escribiendo contra la esclavitud para obtener su pronta abolición, y por otra, un fiel adicto á las doctrinas de Santo Tomás, esforzándose en resolver las objeciones que se dirigían contra tan infame institución.» Y siendo esto así, ¿cómo podrá creerse todavía que las opiniones sociales de Santo Tomás son conciliables con las enseñanzas morales del Cristianismo?

Harto fácil es probar la perpetuación en el tomismo de aquellas opiniones sociales. Nuestro Ginés de Sepúlveda, aristotélico y casi tomista del siglo XVI, admitía la esclavitud fundada en la consideración desigual de la

naturaleza misma: *Est autem naturæ dominus, qui viribus animi intelligentiaque praestat... servus natura, qui corpore valiundus est... ud hebes intelligencia ingenioque tardus; nam ceteri homines... nec natura domini sunt, nec natura servi.* Mas no se achaque á relativa antigüedad la aberración de Ginés de Sepúlveda. Ayer, en 1840, el ilustre médico y elegante escritor francés Devay, sostenía en su obra *La phisiologie humaine, et la médécine dans ses rapports avec la religion catholique, la morale et la société,* que la abolición de la esclavitud de los negros era irrealizable prácticamente, y decía con gran convencimiento, partiendo del principio de que las razas inferiores son susceptibles de alcanzar el nivel de las superiores: «Está demostrado que siendo escasas las aptitudes nativas de las razas negras comparadas con la blanca, puede ésta ejercer, hasta cierto punto, un dominio material sobre las otras. Además, como consecuencia del principio precedente, resultaría que la brusca emancipación de los esclavos, sin ninguna transición, los entregaría al desorden y á la anarquía de bajos instintos; que nada social podrían hacer, y serían más débiles con su educación actual de servidumbre, que lo eran cuando se encontraban en el estado de la naturaleza. Éstas son las razones que alegan los colonos prácticos del Nuevo Mundo contra las teorías bastante aventuradas de nuestros publicistas. Dar libertad á los esclavos sin conservar sobre ellos alguna supremacía, es ponerlos á merced de su ignorancia y de sus groseras inclinaciones, etc.» En el mismo tono cantan y recantan otros muchos tomistas relativamente recientes, como Dens, como Lyonnet, como Bouvier.

En cuanto á la intolerancia religiosa, Santo Tomás la defiende de un modo aún más explícito y concluyente que la esclavitud. Cierto que, desde el punto de vista religioso ó dogmático, es un contrasentido imponer por medios exteriores la adhesión á la fe cristiana: Santo Tomás reconoce que de ningún modo, *nullo modo* (1), puede forzarse á los infieles para que abracen la fe. Sin embargo, no es, por otra parte, menos cierto, según él, que la Iglesia tiene derecho para mantener la unidad católica en los Estados y castigar duramente á los rebeldes y contumaces que á ella se opongan. «Si los falsarios y otros malhechores, dice Santo Tomás (2), son justamente castigados por los príncipes seculares, con mayor razón los herejes convictos deben ser, no sólo excomulgados, sino castigados con la muerte *(juste occidi).* La Iglesia atestigua primero su misericordia con la conversión de los extraviados, pues no los condena sino después de una primera y una segunda reprensión. Pero si el culpable se obstina, la Iglesia, desesperando de su conversión y velando por la salvación de los demás, le aparta de sí con su sentencia de excomunión y le entrega al brazo secular para ser separado de este mundo por la muerte. Porque, como observa San Jerónimo, las carnes pútridas deben ser amputadas, y la oveja sarnosa apartada del rebaño, por temor de que

(1) *Summa Theologica*, II, II, 10, 8.
(2) *Ibidem*, II, II, 11, 3.

todo el cuerpo se infeste, se pudra y se pierda» (1). Como se ve, Santo Tomás no da más valor á los miembros heréticos de un Estado católico que á las ovejas enfermas de un rebaño contagiado. Así como un pastor de ganado debe matar á las ovejas dañadas, para que no transmitan su mal á las otras, así también los pastores de hombres, que son sus jefes y superiores á ellos en naturaleza, están en el caso de hacer lo propio con los individuos. Pasma que un tal concepto subversivo á la vez de la religión y del derecho haya podido ser aceptado en ninguna época, por brutal que se la suponga, y que se hayan llegado á atender las razones con que se trataba de suavizar su sentido. Ni Grocio, ni Hobbes, ni Maquiavelo faltaron en manera alguna al procedimiento recomendado por Santo Tomás. Como ha observado muy bien Filón, y ha repetido Rousseau en el *Contrat sociale*, así discurría Calígula, deduciendo con bastante razón de aquella analogía que los reyes eran dioses, ó que los pueblos se componían de bestias (2). Y por otra parte, sería muy de desear que se penetrasen del carácter de las pruebas alegadas por Santo Tomás (3) en favor de su absurda tesis los que atribuyen al brazo secular y á la ley civil los horrores de la Inquisición, para desviar hacia el Estado y hacia el espíritu de la época la odiosidad que corresponde á la Iglesia y á la Teología.

Importaba mucho saber todo lo que se refiere á las opiniones de Santo Tomás sobre la intolerancia religiosa, por cuanto ha habido en este punto singulares contrasentidos, derivados casi siempre de un falso, superficial y no directo conocimiento de los verdaderos textos originales, especialmente entre algunos escritores que alardean de avanzados. Partiendo Vidart del principio, no del todo erróneo, de que «el comienzo de las doctrinas neocatólicas, con sus caracteres más distintivos, sólo data de la época del Renacimiento», pretendió que «Santo Tomás ha llegado á sostener abiertamente la libertad de cultos». El cardenal Zeferino (4) se encargó con tal motivo de quitar á Santo Tomás ese seductor y aparente timbre de gloria, recordando

---

(1) «Arrio, en Alejandría—agrega San Jerónimo (*Sup. illa verba Ap. Modicum fermentum*),—¿qué fué sino una pequeña chispa? Y con todo, su llama, por no haber sido á tiempo apagada, incendió el orbe entero. *Arrius in Alexandria una scintilla fuit, sed quia statim non opressa est, totum orbem ejus flamma populata est.*»

(2) La comparación entre los pueblos y los ganados se encuentra en casi todos los filósofos antiguos. San Agustín, en su tratado *De Civitate Dei*, XII, 2, y XV, 1, criticó ese modo de proceder, observando que «Dios, que ha hecho al hombre racional á su imagen, quiso que dominase á las criaturas irracionales y no al hombre. Por eso los primeros justos fueron pastores de rebaños más bien que reyes de hombres, queriendo Dios darnos á conocer de ese modo lo que era conforme al orden de las criaturas y á las consecuencias de los pecados».

(3) El lector que desee más ampliación acerca de estos puntos, debe consultar mi obra *Democracia y Clericalismo*, III, IV, VII.

(4) *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, II, 35.

que jamás enseñó que aquella libertad fuese lícita ó buena... Para Santo Tomás sólo puede serlo accidentalmente ó por razón de las circunstancias, *per accidens*, cuando éstas son de tal naturaleza que legitiman la tolerancia y permisión de cultos, como se toleran y permiten las casas reglamentadas de prostitución para impedir mayores males, pero no porque sean en sí buenas.

Desde otro aspecto, no reconociendo existencia y valor real al *derecho* de sus contradictores, esa tolerancia parte del hecho siguiente: que al no emplear la violencia contra ellos, se hace sólo para evitar un mal mayor, ó más bien, por no tener en la mano una fuerza suficiente y la multitud de los infieles ser muy grande. «El gobierno humano, dice Santo Tomás (1), deriva del *gobierno divino* y debe *imitarlo*. Ahora bien, Dios, aunque todopoderoso é infinitamente bueno, *permite* á veces que en el universo se realice el *mal* que Él podría impedir, y lo permite por temor á que impidiéndolo se destruyesen mayores bienes ó se provocasen mayores males. De igual modo, en el gobierno humano, *los jefes toleran con razón algún mal*, *temiendo poner obstáculos á un bien ó causar un mal mayor*, como nota San Agustín. Así es que los infieles, por más que pequen con sus ritos, pueden ser *tolerados, sea á causa de algún bien que aporten*, *sea para evitar algún mal*. Los judíos observan ritos en los que la fe que profesamos estuvo en otro tiempo prefigurada; de aquí nos resulta una ventaja, á saber: el testimonio de nuestros enemigos en favor de nuestra fe, representándonos como en imagen el objeto de nuestra creencia. En cuanto al culto de otros infieles, que es contrario en todo á la verdad y completamente inútil, *no merece tolerancia*, no siendo para evitar algún mal, como el escándalo ó *la turbación que podría resultar de la supresión de ese culto*; ó todavía *un impedimento á la salud de los que, á favor de esa tolerancia, vuelven poco á poco á la fe*, razón por la cual la Iglesia ha tolerado en ocasiones el culto de los herejes y de los paganos, cuando la multitud de los infieles era grande.»

***

Parece que descansa el ánimo cuando de la atmósfera de intolerancia en que se movió la potente inteligencia de Santo Tomás al emitir sus opiniones sobre el derecho, se pasa á las que sentó y desarrolló relativamente á la vida y organización de los gobiernos. En este punto, la filosofía de Santo Tomás, olvidando sus errores jurídicos, va á penetrar profundamente en el estudio de los aspectos racionales de la política. Nada iguala á la franqueza de sus declaraciones *liberales* (2). La soberania, según Santo Tomás, como según

(1) *Summa Theologica*, II, II, 10, 11.

(2) En el tratado *De regimine principum* es donde la influencia de la política liberal de Aristóteles en Santo Tomás es más notoria. Se abrigan dudas sobre si el citado libro pertenece ó no á Santo Tomás; pero, de cualquier modo, en sus demás

Aristóteles, no es un atributo esencial del gobierno, pero tampoco es un atributo accidental, puesto que estriba en el poder de legislar y corresponde á la multitud entera (1) ó al que representa á esta multitud *(vel totius multitudines, vel alicujus gerentis vicem)*. La gobernación es atributo esencial de los pueblos (2), porque sólo es legítima cuando todos toman alguna parte en ella *(ut omnes aliquam partem habeant in principatu)*. No existe el derecho de tolerar el poder cuando es injusto. «El gobierno tiránico, dice Santo Tomás (3), no es justo, puesto que no está ordenado al bien común, sino al bien del que gobierna, y, por consiguiente, la destrucción de esta especie de gobierno no tiene naturaleza de sedición.» ¿Qué digo?, añade Santo Tomás, más bien es el tirano el sedicioso. Por lo mismo que la potestad política procede de Dios, aunque no inmediatamente, los súbditos están en el deber de rechazarla cuando no se conforme con la ley divina, es decir, con la ley natural. Conforme á esto, Santo Tomás pone el fundamento del poder en el acuerdo ó convenio tácito ó expreso de la sociedad civil, proclamando que no se deben los pueblos á los reyes, sino los reyes á los pueblos. *Regnum non est propter regem, sed rex propter regnum.* El derecho del príncipe está, pues, subordinado á los intereses de la nación, y conviene afianzar en todos los países instituciones tales que no sea posible al jefe tiranizar á los súbditos.

Tal es, en la política, lo que podría llamarse el liberalismo católico de Santo Tomás. No se crea que es mi intento dar como incontrovertible y poner por indisputable cuanto de ese liberalismo se desprende; pues también se ven en él señales del tiempo en que fué profesado, contradicciones frecuentes, falsas ideas del poder, evidente olvido de la libertad verdadera y, más que nada, inconsecuencias injustificadas, sobre todo en las cuestiones en que la religión se roza con los principios políticos, y en que estos últimos amenazan derrumbar el ostentoso edificio de sus intransigencias dogmáticas. Pero la inconsecuencia más extraña es aquella en que incurre respecto de la resistencia al poder. Después de haber proclamado con tanta valentía que, cuando el poder es injusto, los súbditos tienen la obligación de rechazarle si les es posible, afirma más adelante que, en definitiva, á la Iglesia es á quien corresponde dispensar á los súbditos de la obediencia á aquellos mismos príncipes que, habiendo recibido la fe, se tornan infieles. Y en sus *Comentarios al maestro de las Sentencias* (4), haciéndose cargo de la objeción que envuelve el ejemplo de Juliano el Apóstata, al cual no le quitó su poder la Iglesia, se

---

obras hace también bizarra declaración de libertad civil, aunque algo atenuada por sus creencias religiosas y por el espíritu de la época. Véanse, para mayores detalles, los comentarios de Billuart, Concina, Márquez, Rivadeneyra, etc.

(1) *Summa Theologica*, I, II, 80, 3.

(2) *Ibidem*, I, II, 105, 1.

(3) *Ibidem*, II, II, 43, 3.

(4) X, 10; XII, 2.

contenta con replicar que en aquella época la Iglesia no era bastante poderosa para constreñir á los príncipes de la tierra, y por eso permitió que siguieran obedeciendo á Juliano el Apóstata sus súbditos. Es indudable que Santo Tomás se ha visto sorprendido en esos enredos de aplicaciones por consecuencias prácticas que estaban en contradicción con sus principios teóricos, porque la opinión que emite sobre la intervención del poder eclesiástico en los abusos del poder civil destruye cuanto ha dicho sobre el fundamento y finalidad de este último. Si el ataque á los gobiernos despóticos es para los ciudadanos un derecho de legítima defensa, no cabe admitir que sea oficio propio de la autoridad espiritual atribuirse ese derecho, que entra en la esfera de las cosas temporales.

En el gobierno de todos por todos, la dirección de las voluntades particulares es producto espontáneo de los individuos que se asocian, y su garantía está en la unanimidad misma de los asociados. Santo Tomás, con su profundo buen sentido, lo ha comprendido admirablemente. Ha visto que la multitud, que es la generalidad, se individualiza en sus relaciones concretas, y que sólo á ella le pertenece la soberanía según la justicia y la naturaleza, aun en el caso en que no posea la virtud necesaria (en el sentido de los antiguos legisladores) para que las comunidades vivan felizmente. Puede ser — llega á decir Santo Tomás, empleando pensamientos de Aristóteles — que el gran número entre los que no se halle un hombre virtuoso sea, sin embargo, cuando esté asociado, mejor que un pequeño número de hombres excelentes. La mayoría en la cual cada miembro, considerado separadamente, no es un hombre notable, está, en efecto, por encima de los hombres superiores, si no individualmente, al menos en masa ó en conjunto, como un banquete en que cada uno paga su parte y es pagado en común por todos, resulta más espléndido que la comida en que uno solo hace el gasto. Donde el número es considerable, cada uno tiene una parte de virtud y prudencia, y esta multitud reunida es como un solo hombre que tiene varios pies, varias manos y varios sentidos. ¡Con cuánta razón no podremos afirmar esto en lo que atañe á las costumbres y á la inteligencia! ¿Acaso no es también el mayor número quien juzga de las obras poéticas y musicales, éste una parte, aquél otra y todos el todo? La multitud, por consiguiente, aprecia mejor un conjunto de cosas que un individuo, sea el que quiera. Suele á esto contestarse que en rigor es el sabio quien juzga y no la multitud; pero no es esta razón suficiente para negar que sólo la multitud forma la reputación del sabio. El arquitecto, según el ejemplo de Aristóteles, juzgará bien, sin duda, de la comodidad de una casa; pero todavía la aprecia mejor el que la habita. Del mismo modo, no es el cocinero, sino el convidado, el que juzga del festín. Finalmente, la multitud es menos accesible á la corrupción que varios hombres ó uno solo, como el agua es tanto más incorruptible cuanto mayor es su cantidad.

Éste es, seguramente, un excelente criterio político y social; pero si pue-

de estimarse exacto desde el punto de vista meramente práctico, no sucede lo propio cuando se le mira con los ojos severos de la legislación ideal, de la filosofía del derecho. En efecto; el gobierno del país por el país no tiene en su aspecto civil el mismo valor que en su aspecto jurídico, pues en un caso cabe regirse por relaciones de superioridad intelectual, y en el otro sólo es lícito atender á la igualdad de derecho. Por análoga razón, el gobierno del país, por un hombre ó por muchos, sólo sería admisible cuando fuese de hecho la expresión genuína y verdadera de la ciudad entera congregada. Esto fué lo que no comprendieron Aristóteles ni Santo Tomás. Preocupados, como todos sus contemporáneos, por hallar la conformidad de la ley con los fundamentos racionales de nuestra naturaleza, no pararon mientes en el que es nuestra naturaleza misma, en el que hace del individuo para el género humano un fin sagrado y no un medio ó instrumento en la voluntad libre y viviente. Á su entender, si se halla una persona, una clase ó una raza que exceda en virtud al resto de los hombres, es justo, lógico y natural erigirla en gobernante ó en señora de todo. Pero ¿por qué, podría replicárseles, hemos de admitir la posibilidad de una erección tan arbitraria, cuando tenemos á nuestra disposición las fuerzas vivas del país, que sólo requieren ser convenientemente dirigidas? La mayoría de una asociación no es tal mayoría sino cuando viene representando la unanimidad de los asociados, y creer, con Aristóteles y Santo Tomás, que la totalidad puede, en casos dados, gobernar á la individualidad y viceversa, es olvidar las nociones de derecho y atender exclusivamente á las de utilidad.

A la vista de una tal doctrina, que con tanta claridad afirma el gobierno de los mejores, se observa claramente la contradicción en que Aristóteles y Santo Tomás caen cuando inmediatamente se declaran eclécticos, considerando como buenas y legítimas en sí mismas las tres formas de gobierno: monarquía, aristocracia y democracia. Si la gobernación pertenece de hecho y de derecho á los más prudentes y á los más sabios, si sólo en ellos está el poder del Estado, ¿cómo puede ser éste la soberanía de la ley concretada, es decir, una asociación voluntaria, libre, según la pintan Aristóteles y Santo Tomás en otros puntos? Se dirá que los mejores pueden ser el pueblo, que los mejores pueden ser el rey, que sólo tienen carácter verdaderamente aristocrático los Estados en que sobre el rey y sobre el pueblo impera la nobleza; pero esta respuesta es altamente fútil si comenzamos por suponer que no en la totalidad, sino en la parte escogida de los asociados, reside exclusivamente el derecho y, por lo tanto, la soberanía. Una aristocracia en que el poder fuera colectivo, no sería aristocracia; lo colectivo no le conviene, porque, en tal caso, la democracia no sería más que una mala manera de hablar. Por distinto que en su carácter exterior pueda ser un régimen aristocrático desempeñado por unos cuantos demócratas de una aristocracia propiamente dicha, en el fondo no existirá entre ambas cosas diferencia alguna, como no existe entre el despotismo en que el monarca gobierna sin leyes y el absolutismo en que el

monarca gobierna con sujeción á leyes. Sólo confiando el gobierno á la multitud puede decirse verdaderamente que se establece una organización política en que cada uno es, á la vez, legislador y cumplidor de la ley, soberano y súbdito. La naturaleza de su empirismo, unido á las preocupaciones de su época, no permitió á Aristóteles, como no permitió á Santo Tomás, elevarse á la altura de esta concepción. Ese mismo empirismo les llevó á justificar históricamente su doctrina, suponiendo que las diferentes especies de gobierno, que *per se* son igualmente justas, no convienen ni son oportunas, sin embargo, en todas ocasiones. Hay, decían, pueblos naturalmente monárquicos, otros naturalmente aristocráticos, y otros, en fin, naturalmente democráticos, según que el carácter de sus naturales les incline á soportar una de estas tres formas de gobierno más bien que otra. Evidentemente, Aristóteles y Santo Tomás hacen resaltar aquí su errónea idea del derecho, que concebían, según ya vimos, como una relación universal y aun independiente en algún modo del juicio humano, pero que no hacían radicar en la voluntad, sino en la razón. No por eso carece de valor su enérgica crítica de la monarquía absoluta y de la oligarquía, cuyos defectos señalan con nociones claras y espíritu vigoroso. Creo inútil seguirles por ese camino, y así, para remate de este examen de las consecuencias prácticas de las doctrinas de Santo Tomás, voy á exponer sus ideas y opiniones sobre la filosofía general de las ciencias sociales ó el significado de la historia humana mirada en conjunto.



La falsa idea de aislar á Santo Tomás de la ciencia antigua para justificar su falta de invención filosófica, es idea de los modernos críticos, que han aprovechado en pro del tomismo algunos neoescolásticos. Nada más fácil que á ojo de buen cubero decir las cosas. Santo Tomás vivió en una época de decadencia para las letras humanas, y bastante hizo con formar enciclopedia de sus conocimientos particulares y adquiridos: Santo Tomás no estudió más que á Aristóteles, y por eso se limitó á ampliarle: Santo Tomás no tuvo predecesores en ciencias comparadas, y por eso no inició la historia de la filosofía, ni la filosofía de la historia. Estos estudios, sin embargo, habían empezado á desenvolverse entre los apologistas cristianos. La filosofía de la historia, investigación desconocida del paganismo, llegó á ser una rama casi popular del saber en el siglo II de la Iglesia. Su expresión más alta debe buscarse en aquella incomparable obra de San Agustín *De Civitate Dei*, don- está explicado de una manera siempre admirable, y á veces exacta, el «go- erno sobrenatural del género humano», la «acción divina pública», el pa- lelismo de la vida de los individuos y de los pueblos, y la significación de Providencia, del Cristianismo y de tantas ideas sublimes. Y para colmo confusión de los tomistas, los que en el comienzo de la edad moderna netaron y ampliaron la gran doctrina de la evolución de la Humanidad,

fueron dos fervorosísimos cristianos: Bossuet, con su *Discours sur l'histoire universelle*, y Vico, con sus *Principi d'una scienza nuova*. Desgraciadamente, los trabajos ulteriores, hechos por racionalistas y protestantes, no podían estar conformes con la esencia del Cristianismo. Hoy se pretende, bajo la influencia de las corrientes positivistas, que han quedado desvirtuados esos mismos postreros esfuerzos de la especulación sobre las leyes que rigen la marcha del género humano, y así se ha proclamado que lo que antes se llamaba filosofía de la historia es lo que actualmente se denomina *sociología*, y que existe entre ambos estudios la misma relación que entre la Alquimia y la Química, ó entre la Astrología y la Astronomía (1). Bien miradas, empero, las cosas, no hay aquí más que una mera cuestión de palabras. La sociedad es el organismo de la Humanidad, ó la Humanidad misma en cuanto organizada. Los pueblos apellidados salvajes, por carecer de organización, no tienen historia, ni, por lo tanto, filosofía de la historia. Siempre en el fondo, venimos á parar á que los problemas históricos son problemas sociales *especulativos*, y á que investigar el origen de la Humanidad como elemento de civilización y objeto de interpretación filosófica, equivale á investigar el origen de la sociedad.

Con arreglo á lo expuesto, ¿de dónde puede venir el estado social y sus potestades autoritarias? Santo Tomás responde, como Aristóteles y los jurisconsultos estoicos de Roma, de la invención y de la conveniencia humanas. *Dominium et praelatio introducta sunt ex jure humano.* Mas no hay que engañarse acerca del verdadero sentido de esta frase. No hay que ver en ella la afirmación según la cual la obediencia á los soberanos es un pacto general de la sociedad humana, como sostuvo San Agustín. Si alguna vez llaman ciertos expositores contrato á la soberanía, ó hablan de ella en la acepción solamente de cosa adventicia, ó no toman la palabra en su rigor escolástico. Así, Werenko, que no era tomista, sostiene en sus *Jus naturæ,* apoyándose en las citadas expresiones de Santo Tomás, que Dios es el que da inmediatamente la potestad á la nación, y por medio de la nación al príncipe ó á los otros magistrados que la ejercen (2). Por el contrario, el dominico Vidal, en su *Origen de los errores revolucionarios de Europa*, escribe: «Las palabras de Santo Tomás deben entenderse no más que relativamente á la designación de las personas ó formas particulares de gobierno, pero no en cuanto á la autoridad y existencia de ellas en general, que es esencial á la sociedad, como él

(1) Fouillée, *La science sociale contemporaine*, conclusión.

(2) Es lo que Languet sentó el primero en sus *Vindiciae contra tyrannos*, afirmando que la sociedad descansa sobre una inteligencia primitiva entre Dios, el pueblo y los soberanos; inteligencia que se hace nula para la nación cuando el Rey se desentiende de ella por miras particulares, ó la tergiversa con fines despóticos. Hobbes y Rousseau sostuvieron después, desde sus puntos de vista respectivos, esta misma concepción.

mismo dice en otros muchos lugares». Pero Vidal va todavía más lejos: á su juicio, la doctrina de Santo Tomás, de que Dios creó al primer hombre en calidad de principio del linaje humano, es mucho más profunda que el naturalismo de «los falsos doctores de la filosofía revolucionaria». Santo Tomás proclamó que el hombre es sociable por las necesidades intelectuales de su naturaleza tanto como por las físicas, al paso que los empíricos de la escuela histórica se contentaron con admitir las últimas, desconociendo las naturales exigencias de nuestra razón. Así, según este racionalismo determinista, no fué ese instinto de libertad, que aun en la familia hace que sus miembros se conserven aliados por un convenio voluntario é implícito, lo que provocó el verdadero origen de las sociedades en medio de las fatalidades, coacciones y violencias anejas á las más formales convenciones, cuando no hay más acuerdo que el del egoísmo salvaje. Santo Tomás se cree con derecho para sentar esta conclusión: «Puesto que el *hecho* de la sociabilidad es necesario, el *principio* denominado sociedad es necesario también». Pero el que en sus investigaciones haya sorprendido á la libertad en sus mayores aparentes reconditeces; el que haya profundizado las muchas y muy significativas antinomias de las necesidades sociales; el que haya comprendido que lo fatal no es más que lo exterior ó formal y lo voluntario el fondo íntimo de toda unión de individualidades espirituales, ése aceptará, sin duda, con todos los modernos prasologistas, esa idea de la sociedad como asociación libre tan ridiculizada por los racionalistas de todos colores. La familia es la primera de las sociedades y la única á quien se podría tildar de necesaria por hallarse fundada en la naturaleza; y, sin embargo, la unión que la inicia, el vínculo entre el hombre y la mujer, es natural en un sentido, pero voluntario en otro. Por mucha y muy imperiosa que sea la necesidad que el hombre siente de mujer y la mujer de hombre, el matrimonio es una asociación libre entre dos voluntades libres y amantes que no son amantes sino en cuanto libres, pues ya he demostrado que el amor y la libertad no son, en el fondo, cosas diferentes.

Insistamos un poco sobre la significación de esta cuestión, que en realidad envuelve dos, una de hecho, otra de derecho. Aun cuando no supiéramos que la sociedad civil tuvo por origen un contrato, no dejaríamos de considerar como principio de toda asociación el consentimiento común de los asociados. Siendo todos los hombres libres originariamente, no pueden ser sometidos á autoridad alguna externa sin su plena é individual autorización; suprimidla, y no tendréis para dirigir el orden social otro derecho que el de la guerra como en el estado de la naturaleza. No es dable establecer la justicia contractual ó la igualdad de libertades entre los contratantes, sino haciendo que el derecho no sea para ellos medida de abandono, y sí sólo objeto de garantía. ¿Acaso no es así como los pueblos proceden cuando tratan de armonizar en su código político los derechos de cada uno y los derechos de todos? Y no es esta sola esperanza la que les conduce: el deseo de que el

hombre sea *actualiter* lo que es y debió ser desde su origen, es también un motivo poderoso que les determina á gobernarse, en cuanto su poder y sus medios se lo permiten, según las prescripciones del derecho ideal. Los hombres del 89 estaban dominados por esta idea grandiosa cuando escribieron al frente de su Código fundamental que *el hombre nace libre*. Se les ha contestado que el hombre nace en familia y que, por consiguiente, ha quedado completamente olvidado en esa declaración el derecho de la sociedad doméstica. Es indudable, en cierto sentido, que los hijos, en la primera edad de su vida, se hallan ligados á su padre naturalmente y no por su voluntad, puesto que aún no han adquirido la suficiente conciencia de sí mismos para poder gobernarse de una manera personal y autónoma. Pero, desgraciadamente para la objeción, también es indudable que esa pretendida necesidad ni excluye la libertad del niño ni implica la tiranía del padre. Hasta cabe afirmar que el hecho mismo que los adversarios de la teoría del contrato aducen en favor de su errónea opinión habla elocuentemente contra ellos desde el momento en que se la interpreta en su verdadero sentido. Porque, en efecto, tan pronto termina el deber del padre empieza el derecho del niño, y el vínculo que le unió al primero desaparece ante la exaltación social de su personalidad. El hijo no está ya obligado á obedecer al padre, ni el padre á cuidar del hijo, quedando independientes como lo son por naturaleza ó en calidad de hombres. Si siguen relacionados y subordinados uno á otro, no es necesario sino moralmente; de modo que la familia sólo se perpetúa por contrato.

Elocuentemente se corroboran estos principios de la Filosofía con los hechos de la Historia. Ni las tradiciones mitológicas, ni tampoco la Ciencia, nos dicen nada concluyente con respecto á la forma primitiva del organismo social; pero la hipótesis más probable, ó sea más conforme á las enseñanzas de las unas y á los descubrimientos de la otra, es que el modo rudimentario de mostrarse todas las asociaciones públicas está en la asociación natural doméstica, y que la forma primera de la sociedad y del Estado fué, por lo tanto, la familia. En efecto, la vida patriarcal es la única compatible con la sencillez de costumbres que los libros sagrados, las poesías paganas y los hallazgos arqueológicos nos pintan al vivo. Una necesidad instintiva lleva al hombre hacia la mujer para producir los hijos, y una necesidad también instintiva lleva al hombre hacia sus semejantes para producir el Arte, la Ciencia, la Industria, la Civilización, el Estado. En el origen, este último se confundía enteramente con la sociedad, y salió, en consecuencia, de la familia. ¿No hay, pues, motivo para preguntarse si en los comienzos de la vida social fué una libertad latente la ley que presidió á la asociación de los individuos humanos?

Analogías tomadas de la experiencia ponen de relieve la similitud entre la familia y la sociedad. Todas las actividades que se dan en el orden social aparecen en bruto en el orden doméstico, en cuyo seno, como en el de las sociedades, se cultivan la Religión, la Enseñanza, el Comercio y la Agricul-

tura. «La familia—dice Tiberghien (1)—es á la vez una institución religiosa, civil, económica, moral y jurídica. Las personas que la componen viven unidas por una multitud de derechos y deberes. Las relaciones de los esposos entre sí, las de los padres con los hijos, las de éstos con los padres, son, por una parte, relaciones morales, fundadas en el amor y en la intimidad de la vida, y por otra legales, fundadas en el derecho. Cada miembro de la familia tiene sus derechos y sus deberes, y encuentra el límite de estos derechos en los de los demás.»

Esta concepción de la sociedad como un puro contrato no implica más que hechos conocidos de la naturaleza humana, y se ciñe á los fines propios del ser social. Pero cualquiera que sea el alcance que se quiera dar á los atributos de la sociedad, la dificultad histórica y filosófica de descifrar los misterios en que la tradición envuelve el origen del hombre prueba bastante lo absurda que es la teoría que quiere justificar en ese sentido la constitución regular de los antiguos regímenes con sus elementos personales y sus poderes políticos. Santo Tomás sostenía á este respecto que la materia de toda sociedad es la muchedumbre de los individuos que la componen, y la autoridad su forma. Para un moderno es obvio que no hay más forma que la voluntad de todos ni otra materia que el conjunto de voluntades que mutuamente se reconocen como fines. Así lo hemos demostrado.

Reuniendo ahora y combinando las demostraciones suministradas por la Filosofía y las inducciones atesoradas por la ciencia social, descubrimos de dónde procede el error fundamental del derecho y de la política de Santo Tomás: de su intelectualismo. He aquí por qué ofusca á muchos el tomismo jurídico y político, tan infecundo y tan estrecho de suyo. Se ha concedido un valor excesivamente importante á las palabras de Jhering, profesor de Jurisprudencia en la Universidad de Gottinga; palabras que se hallan en la página 161 de su *Zweck im Recht.* Se las ha ponderado en extremo y se ha creído sorprender en ellas una de esas confesiones indiscretas que descubren la excelencia de una doctrina injustamente desdeñada ú olvidada sólo por su antigüedad. Pero nada de esto: tales confesiones, en nuestro caso, prueban simplemente que sus autores no han concebido, en filosofía del derecho, un punto de vista superior al del racionalismo privativo de Santo Tomás. Cuando leo en Jhering que «los filósofos modernos y los teólogos protestantes en general hubieran evitado mil errores guardando fielmente la doctrina tomista», y que «sus propias ideas estaban ya expresadas con claridad perfecta y admirable fecundidad de concepción por el doctor angélico», veo al sabio racionalista que, por no tener en cuenta para nada los elementos praxiológicos del derecho, olvida que éstos son superiores á sus elementos intelectuales, como éstos lo son, á su vez, á los puramente físicos, mecánicos ó sensibles. No tiene nada de extraño, por otra parte, que un romanista como

(1) *Enseignement et philosophie*, I, 1.

Jhering, acostumbrado al teje-maneje del antiguo derecho latino, haya creído encontrar los antecedentes de sus ideas en las de Santo Tomás, que se inspiran precisamente, por lo tocante á la ley civil, en las de Aristóteles, tal como fueron perfeccionadas por los jurisconsultos estoicos de Roma Siempre se pega algo de lo que con frecuencia se trae entre manos, y no en vano hizo el autor del *Erlesiástico* (1) la amonestación de que quien tocase la pez será manchado. *Qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea.*

Hubiera podido combatir el racionalismo jurídico de Santo Tomás en nombre de la sociología experimental; pero como ésta suele tener para muchos una significación reducida á los principios rígidos del positivismo, del materialismo y del determinismo, no lo he creído necesario. La sociología experimental es un método más que una doctrina, y lo contrario de la filosofía sensualista del derecho. Respecto á tal filosofía, la racionalista é intelectualista de Santo Tomás es de todo punto superior. Pero superior, por su parte, es á ésta la filosofía de la voluntad aplicada al derecho, al menos desde el punto de vista ideal. La juzgo, además, conciliable con la experiencia y la observación bien entendidas; y en tal concepto quedaré salvado del reproche que se me pudiera hacer de contentarme, para determinar la idea y variedades del derecho, con abstracciones puramente metafísicas. Debemos el conocimiento relativamente exacto de las leyes de la evolución jurídica á la investigación empírica ó sociológica; pero mi prasologismo ó filosofía de la voluntad abunda en ideas cuya afinidad con las de la sociología positiva es imposible negar.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

---

(1) XIII, 1.



LA VIDA LITERARIA

Mauricio López-Roberts: LA NOVELA DE LINO ARNÁIZ.—Madrid, 1906.

Me figuro que fué Schopenhauer quien por primera vez dió al realismo una base filosófica con este luminoso párrafo que quiero transcribir íntegro: «Una novela será tanto más elevada y sublime cuanto más vida *interior* y menos vida *exterior* desarrolle, y esta proporción es un signo característico de todos los grados de la novela, desde *Tristram Shandy* hasta la más tosca novela de caballería ó de ladrones. *Tristram Shandhy,* puede decirse que no tiene acción; ¡y cuán escasa la tienen *La Nueva Eloísa* y el *Wilhelm Meister!* *Don Quijote* mismo tiene, relativamente, poca acción y ésta es muy insignificante y tiende á lo cómico; estas cuatro novelas son lo mejor del género. Examínense, además, las maravillosas novelas de Juan Pablo, y se verá cuánta vida interior desarrollan sobre la base más exigua de la exterior. Hasta las novelas de Walter Scott tienen un considerable exceso de vida interior sobre la exterior, y ésta sólo se presenta siempre con objeto de poner en movimiento aquélla; mientras que en las malas novelas existe por sí misma. El arte consiste en que, con la menor cantidad posible de vida exterior, se dé un impulso vigoroso á la interior; porque ésta es, en realidad, el objeto de nuestro interés. La misión del novelista no es referir grandes acontecimientos, sino hacer interesantes los pequeños» (1).

---

(1) «*Ein* ROMAN *wird desto höherer und edlerer Art sehn, je mehr* INNERES *und je weniger* ÄUSZERES *Leben er darstellt; und dies Berhältnisz wird, als characteristiches Zeichen, alle Abstusungen des Romans begleiten, vom Tristam Shandy an bis zum rohesten und thatenreichsten Ritter-oder Räuberroman herab. Tristram Shandy freilich hat so gut wie gar Keine Handlung; aber wie sehr wenig hat die neue Heloise und der Wilhen Meister! Sogar Don Quixote hat verhältnistz mässig wenig, besonders aber sher unbedeutende auf Scherz hinauslausende Handlung: und diese vier Romane sind die Krone der Gattung. Ferner betrachte man die wundervollen Romane Jean Pauls und ehe, wie so sehr viel inneres Leben die auf der schmalsten Grundlage von äuszerem sich ewegen lassen. Selbzt die Romane Walter Scotts haben noch ein bedeutendes Uebergewicht des innern über das äuszere Leben und zwar tritt Leszteres stets nur in der Ab 'cht auf, das Erstere in Beivegung zu setzen; während in Schlechten Romanen es sei-*

Por todo esto se infiere que, pudiendo ser la vida interior de un modesto empleado tan rica en acontecimientos emocionantes como la de un encumbrado de la sociedad (es decir, siéndolo más, por lo mismo que es más pobre su vida exterior), el reinado de los humildes se ha impuesto (1).

***

Mauricio López-Roberts es como el continuador de la obra iniciada por Francisco Acebal: la consagración de los humildes en el arte. Ha escrito novelas sangrantes de vida, intensas de emoción, que no tienen precedentes de estilo en la literatura española contemporánea. Uniendo á lo patético la sobriedad realista, sus novelas son dramas con exclusión de todo artificialismo; es decir, son dramas con todo lo mejor que tiene el arte escénico y sin sus cualidades depresivas. Dramas vulgares, porque lo que le interesan son esos seres obscuros que pasan por la vida desapercibidos como transeuntes nocturnos por callejón solitario. Puede decir con Balzac: «*Les êtres vulgaires m'interessent; je les grandis, je leur donne des proportions effrayantes ou grotesques*». López-Roberts no les da proporciones terribles ni grotescas: los presenta en su abrumadora vulgaridad, sin nada que pueda realzarles. No le desloaré yo por este empeño en mostrar la realidad desairada, desnuda, sin aditamentos románticos; esta honradez artística no menoscaba la belleza de sus obras. Porque hay suficiente cantidad de poesía en cada hombre vulgar, si es que, como cantó un poeta,

Souvent dans l'être obscur habite un dieu caché (2),

y no precisa que se le paramente con perifollos artificiales, cuando él de por

---

ner selbst wegen da ist. Die Kunst besteht darin dasz man mit dem möglichst geringsten Auswand von äusserem Leben das innere in die stärkste Bewegung bringe: denn das innere ist eigentlich der Gegenstand unsers Interesses. Die Ausgabe des Romanschreibers ist nicht, grosse Vorfälle zu erzählen, sondern kleine interessant zu machen.» (*Zur Metaphysik des Schönen und Aesthetik*, § 332.) Esta pequeña *Estética* de Schopenhauer es menos conocida y apreciada de lo que merece, según los luminosos puntos de vista que en ella se explanan: en cambio se cita elogiosamente la de Hegel, agregado de frases huecas, sin médula. Hablo por boca del mismo Schopenhauer.

(1) ¿No se podría aplicar á la novela lo que ha dicho Mæterlinck del drama moderno, tan luminosamente por él comprendido y tan magníficamente llevado á ejecución? He aquí sus palabras, que me dispensan de largas disquisiciones sobre el estudio de las vidas humildes en el arte: «Lo que caracteriza al drama moderno, á primera vista, es ante todo el debilitamiento y, por decirlo así, la parálisis progresiva de la acción exterior, después una tendencia muy marcada á penetrar más hondamente en la conciencia humana y á conceder mayor importancia á los problemas morales, y por último la persecución, aún indecisa, de una especie de poesía nueva, más abstracta que la antigua». (*Le Double Jardin*, 110.)

(2) Gerardo de Nerval, *Les Vers dorés*.

sí encierra bastantes galas con qué encantarnos. En este sentido, toda la novela realista es una gran paralipse; figura retórica muy tenida en olvido, que consiste en hacer que se fije la atención sobre un objeto, fingiendo descuidarlo ó despreciarlo. Los seres insignificantes de la vida, al pasar á la novela, se agrandan, toman proporciones epopéyicas—cuando un fiel observador como López-Roberts nos dice sus vicisitudes, y sobre todo nos hace penetrar en su interior.—Porque para todos los grandes novelistas del realismo lo esencial es, como para Stendhal y para Taine, «*voir des interieurs d'âme*», y la gran conquista de la novela moderna es este decisivo estudio de las almas, este psicologismo para el que no hay secretos, que comienza en el autor de *Le Rouge et le noir,* se continúa y se purifica en Flaubert y va á morir en manos de Paul Bourget, un poco desfigurado (1). El triunfo del psicologismo (que, en suma, viene á ser idéntico al realismo sano, como se demuestra en Flaubert, el cual, siendo un gran psicólogo, fué á la vez un fiel observador de la realidad, cuyo texto jamás corrompió, ni siquiera parafraseó) sobre el naturalismo escueto, consiste en esto: que, reproduciendo fielmente los actos reales, escruta, sin embargo, sus móviles íntimos. Los naturalistas ven en el hombre un ser á disposición suya para atribuirle todos los movimientos que les plazca, sin nunca dar la razón de ello; los realistas, por el contrario (es decir, los psicólogos), estiman que no pueden adjudicarle discrecionalmente la comisión de acciones no determinadas por causas interiores. En el naturalismo hay mucha verdad, pero en ocasiones está deformada por la ausencia de análisis psíquico. De aquí que las novelas de Francisco Acebal y de Mauricio López-Roberts sean á las novelas de Vicente Blasco Ibáñez lo que las novelas de Gustavo Flaubert fueron á las de Emilio Zola: acaso no haya en las primeras tanta verdad como en las últimas, pero hay más esfuerzo analítico, es decir, más empeño por descubrir esa verdad.

Es falso, según eso, que el realismo haya venido al mundo, como quería Goncourt, «para definir en el estilo artístico *(dans l'ecriture artiste)* lo que

(1) Por ejemplo, en *Le Disciple,* donde ya la alucinación de la tesis se sobrepone al análisis perspicaz. No debe pasarse en silencio que el gran mixtificador que firmaba *Arrigó Beyle, Milanese,* es el precursor de la novela realista; implícitamente el mismo Balzac lo reconocía así al publicar el elogio de *La Chartreuse de Parme,* y artistas como Merimée, Bourget y Rod, y pensadores como Barrès, Taine y Faguet sufrían su influencia. Se olvida con demasiada frecuencia esta circunstancia, y no se hace justicia al genial autor de *L'Amour,* qne debiera ocupar puesto preferente en toda historia del realismo. Léanse los libros del fundador del *Sthendal Club,* Casimiro Strojienski, el volumen *Stendhal* en la *Collection des Grands Escrivains* (Hachet-París), los *Essais de psychologie contemporaine* de Bourget y los *Essais de critique d'histoire* de Taine. Que es el primer novelista psicólogo lo acredita aquella frase suya, pronunciada en 1804: «*Je me sens fait pour connaître les caractères; c'est ma manie*». Á uno que le preguntó cuál era su oficio, contestóle con donaire: «*Observateur du cœur humain*». El otro le tomó por espía.

es delicado, para dar los aspectos y los perfiles de los seres refinados y de las cosas exquisitas». Aquí hay un paralogismo, una falacia *(aceptio partis per totum) secundum quid*, como decían los escolásticos. El estudio de esos seres refinados puede ser una parte del realismo, nunca el todo: y acaso no la parte más importante, aunque eso ya depende de las preferencias particulares, de la idiosincrasia del artista. Los Goncourt, como su sucesor Loti, creyeron que el ideal de la novela estaba en la observación de las vidas tumultuosas, agitadas, intensas (1): Flaubert, por el contrario, no se desdeñaba de tomar como heroína una Emma Bovary, cuya vida más fuerte fué la vida interior. Acaso este último estaba en lo cierto; así lo ha creído Mauricio López-Roberts, que se complace en delinear caracteres como el de Leandra en *La familia de Hila*, Castita en *El Porvenir de Paco Tudela*, y Consuelito en *La novela de Lino Arnáiz* (2).

***

Yo encuentro la justificación de estos procedimientos en una frase que puede leerse en la última obra de López-Roberts, y que seguramente el autor puso allí sin la menor intención de que sirviese como apoyo implícito á sus nobles teorías estéticas. Esta frase, que yo trunco, y que leída detenidamente apenas tiene otra significación ni otra misión que redondear un período, dice así: «Ocultas penas que, al calor de la sidra, brotaban al mundo, *conmovedoras y vulgares*». Esto, para mí, tiene más precio que un doctrinario caleológico. ¡Conmovedoras y vulgares! Estas dos palabras, arrojadas al azar, formando un contraste algo brusco, y por lo mismo intensamente artístico, explica toda la obra pasada, y tal vez toda la futura, de Mauricio López-Roberts. ¡Conmovedoras y vulgares! Es decir, que lo vulgar siempre resulta, en fin de cuentas, conmovedor. Todo lo vulgar es bello y digno de estudio, porque es íntimamente conmovedor. Vulgares son las figuras de García Triz; vulgar la figura de Castita, vulgar la de Lino Arnáiz; y, sin embargo, todas son en el fondo sumamente conmovedoras.

Bien entendido: para hacer que estas penas y estas minucias de la vida cotidiana nos resulten conmovedoras, es preciso saber interpretarlas. Pasa

(1) Bien que, aun en los autores de *Les Frères Zengamno*, ésta debió ser una convicción adquirida en el transcurso de su vida literaria, pues en los comienzos de su carrera estudiaron casos como el de Sor Filomena y Germinia Lacerteux, que no se distinguían precisamente por su exuberancia de vida exterior, sino más bien por su plenitud de reconcentramiento intensivo.

(2) No es que quiera yo parangonar á esos personajes con una Emma Bovary, v. gr., que tiene la gran ventaja de ser un tipo simbólico *(a representative woman)*, la mujer de toda una generación y hasta la de todos los tiempos, diré, si me apuran un poco. Pero son al menos caracteres que cristalizan un estado de alma común á una clase social, á una generación ó á un conglomerado local. Á título de eso son dignos de todo respeto y estimación ante el crítico más cejijunto.

con esto como con la música: las notas que duermen en el fondo de las selvas murmuradoras, que gorjean en las gargantas de los pájaros, que brincan en los violines de los italianos ambulantes, necesitan, para ser apreciadas en su penetrante belleza, que un compositor las trasponga en la clave adecuada, las enlace con arreglo á compás y tiempo, las interprete, en fin... Así, la oculta hermosura de los hechos vulgares, la inviolada belleza de acciones al parecer insignificantes, exigen un compositor que las interprete: este compositor es el novelista.

La obra de López-Roberts que mejor realiza el destino señalado á la novela realista es su último libro, donde hay más vida, aunque menos estilo, que en *Las de García Triz*. He notado que en casi todos los autores, especialmente novelistas, el estilo y el vigor están en relación inversa. En la vida de un novelista suele haber dos épocas: una en que se escribe bien y se observa un poco menos bien; otra en que se escribe peor y se transcribe mejor la realidad. ¿Será que el estilo artístico y la plenitud de facultades se perjudican recíprocamente? ¿Será que para *decir cosas* habrá qué decirlas desaliñadamente? ¿Es que no se puede dar impresión de vida sin recurrir al lenguaje pedestre? Sigo creyendo que no, á pesar de los ejemplos en contrario. Por eso yo desearía que López-Roberts continuase escribiendo en aquel su prístino tono correcto, manjar de buenos prosistas. No por escribir para el pueblo se debe escribir mal. Flaubert emociona á un tendero de ultramarinos narrando las tristezas de Emma Bovary, y, con todo, Flaubert encanta á los artistas por su dicción rotunda y evocadora. ¿Acaso el irreprochable lenguaje no es compatible con la sensación de vida?

López-Roberts descendió un grado en la escala de los estilistas con *El Porvenir de Paco Tudela*, verdadero desacierto en cuanto al estilo. Apenas si el primer capítulo conserva el cuidado rebuscamiento verbal que notamos en *Las de García Triz*. Después, es un derroche de desaliño incomprensible. En *La novela de Lino Arnáiz* hay ciertos retoques en la dicción; pero ésta no se restaura en su primitiva exquisitez. Basta leer comparativamente un párrafo de *La Cantora* ó de *La familia de Hita*, y leer después otro de las dos novelas posteriores, para convencerse de lo mismo. No se alegue con el arte para todos: Taine dijo ya, aunque en otro sentido, que «el arte tiene esto de particular: que es á la vez *superior* y *popular:* manifiesta lo más elevado que hay y lo manifiesta á todos» (1). Lo más grave es que esta cita decisiva se ha querido aducir como un argumento irrefragable en pro del *ars omnibus* (2), cuando es una justificación de la teoría que antes sustenté. Tomemos de nuevo el ejemplo concreto de Flaubert: éste, siendo un exquisito, un *artista para artistas*, un refinado del lenguaje, no necesitó incurrir en bizantinismos cándidos; de suerte que, manifestando *lo más superior*, las emociones más ar-

(1) *Philosophie de l'art*, I,

(2) Téngase en cuenta que yo creo en el arte para todos; y hasta estimo que la

tísticas, las manifestó á todos, porque todos los que le lean, así regenten una cátedra de Química ó estén metidos en negocios de Bolsa, *sentirán* que aquello es real, que aquello es artístico y que aquello es sublime. La gran superioridad de la novela realista sobre muchas otras formas de arte estriba en que todos pueden comprender, ó, mejor, sentir las emociones que reproduce. Lo mismo que la poesía lírica, manifiesta *reflejando:* por eso son los dos géneros de arte que más tocan al alma, y, por consiguiente, más impresionan. Una epopeya no tiene la facultad de conmover si á ella no se mezclan episodios líricos; en sí, la narración de las mirificas aventuras de un esclarecido capitán no produce otra impresión que la del relato de un hecho más ó menos extraordinario.

***

Me he distanciado un poco del asunto. Quería decir, que en su última obra López-Roberts ha abandonado con timidez ese su primer estilo, que parecía reservarnos la sorpresa de un estilo español *moderno*. Hasta ahora, creo no haberlo encontrado en las novelas de mis contemporáneos; me parece que ya he dicho otra vez (y, si no lo he dicho, debo decirlo ahora) que en España todo lo hemos aprendido menos el escribir bien. Romanticismo, naturalismo, baudelairianismo, verlenianismo y hasta estilo «Mallarmé»:

---

misión de todo arte, en esta época de tumultos sociales, es la de *amansar fieras*, como el legendario Orfeo, de quien dijo el sublime Horacio en la oda *Quem virum:*

Unde vocalem temerè insequutæ
Orphea sylvæ,
Arte maternâ rapidos morantem
Fluminum lapsus, celeresque ventos
Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus.

Perdóneseme esta ligera digresión: es preciso que nos sigan como al *vocal* Orfeo (las palabras tienen el valor de ricas gemas—tal las quería Gautier—en las odas de este viejo Horacio cuyo estilo parece forjado en una fragua á fuego lento, como el hierro candente, y á quien, no obstante, muchos jóvenes que no lo han leído porque no pueden leerle, juzgan un pedantón equivocado, un pedagogo roncante y vociferante—según notaba el insigne *Clarín,*—cuando hasta las cosas más severas, más *preceptistas,* más desagradables las dice en un estilo de pedrería, en un estilo en que cada palabra tiene un valor intrínseco é inalienable, que ya llamó la atención de Nietzsche); es preciso, quería decir, que, como al vocal Orfeo, nos sigan, no las selvas, sino los hombres, y que detengamos la irrupción, no de los ríos con sus corrientes rápidas, sino de las revoluciones. Nunca como hoy estuvo el arte llamado á tan altos destinos. Pero el arte para todos no necesita recurrir á los artificiosos expedientes de las tesis y otras indecorosidades; basta que sea arte para que emocione, y para que, emocionando, suspenda la furia popular. Mientras el obrero lee una bella novela realista, se encuentra elevado á las alturas que le parecían inaccesibles; puede decir con legítimo orgullo á los que le desprecian: *crucem vident, unctionem*

ninguna de estas innovaciones nos ha sido ajena. Pero aún no hemos tropezado con ese estilo que Flaubert, su creador, tan gráficamente llamaba *«rythmè comme le vers et precis comme le langage des sciences»*. Al leer el primer volumen de López-Roberts, cualquiera hubiera tenido la impresión de que *eso* iba á venir. No vino, sin embargo—él sabrá por qué; si bien en su primera obra parecía acercarse á ese estilo límpido, torturado, evocador, y á la vez lleno de fibra, que caracteriza la prosa moderna;—esa prosa que se pliega á todas las pasiones del ánimo y á todos los matices del paisaje; que con idéntica vigorosidad revela un estado de alma que bosqueja un rincón de calle; esa prosa que es en escritores como Eça de Queiroz y Flaubert un instrumento dócil para todos los requintes de la modernidad; esa prosa que

non vident (éstos ven mi martirio, mi miseria, pero no ven mi consolación interior); olvida que es pobre, porque, como ya indicaba Schopenhauer y repetía, particularizándolo á la música, Amiel, la superioridad del arte está fundamentada en que nos libra de las miserias de la vida real. «Ya sabemos, dice aquél *(Zus Metaphysik des Schönen und Aesthetik)* que el mundo como *voluntad* es el primero *(ordine prior)* y el mundo como *representación* es el segundo *(ordine posterior)*. Aquél es el mundo del deseo, y por lo tanto del dolor y de innumerables penalidades *(und tausendfältigen Wehes)*. Aquél, por el contrario, es por sí mismo esencialmente exento de dolor; además constituye espectáculo digno de contemplarse, generalmente significativo y por lo menos gracioso... *(ein sehenswerthes Schauspiel, durchweg bedeutsam, aufs Wenigste belustigend)*. En el goce del mismo consiste el placer estético.» Y en nota añade: «La satisfacción completa, la tranquilidad definitiva, el verdadero estado apetecible, se nos representan siempre, sólo en imagen, en la *obra de arte,* en la poesía, en la música». *(Parerga und Paralipomena*, XIX, § 209.) Así, pues, ya que el arte nos transporta á esas alturas donde, como decía Schiller, los males de la tierra se convierten en bienes de cielos ignotos *(a)*, no creo ser paradojal diciendo que el Estado

(a) Después de escrito esto, me vienen á la memoria unas estrofas de nuestro Fray Luis de León, acaso el más artista de nuestros escritores clásicos (por de pronto ha sido el primero que tuvo la emoción más intensa del paisaje dada en la literatura española, como hace notar Martinez Ruiz), donde éste anticipaba algunas ideas que vienen á ser en puridad las mismas expuestas por Amiel tres siglos después. Dice así, hablando de la música, en su oda á Francisco de Salinas:

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primero esclarecida.
Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Estas estancias de encantadora poesía reflejan fielmente mi pensamiento. Y ahora, perdón; porque vuestra benevolencia no será sobrada para excusar esta serie de deslabazadas, inacabables y ista incongruentes digresiones. Todos los conceptos contenidos en el párrafo de la nota podrían desarrollarse ampliamente y surtir muchos volúmenes de estética transcendental, así como de estética plicada.

sólo pudiera definirse llamándola la prosa *post 1856* (época de la publicación de *Madame Bovary*); esa prosa que lo mismo expresa los más delicados matices de la ironía que los más inflamados lirismos de la pasión; esa prosa formada de contrastes imprevistos y de evocaciones prodigiosas; esa prosa que tiene frases como ésta: «se irritaba de un plato mal servido, ó de una puerta entreabierta; gemía por el terciopelo que no poseía, por la felicidad que le faltaba, por sus sueños demasiado altos, por su casa demasiado estrecha (1)»; ó como estas otras: «conocía la existencia humana muy bien, y se sentaba á la mesa, acodándose con serenidad» (2); esa prosa que, fértil en insólitos giros, lo mismo sirve para describir las bizarrerías del grotesco Homais ó del consejero Acacio que los arrebatos de la pobre Emma ó de la po-

---

debía entrometerse en este asunto, emplear el arte como medida gubernativa y obligar á todo ciudadano, mediante los argumentos convincentes de que acostumbra á servirse esta respetable entidad, á devorar periódicamente una ración de arte. Bien es verdad que no se habría menester de recurrir á estas medidas preventivas y extremas, porque cualquier ciudadano que tuviese cerebro y corazón acudiría de por sí á todo lo que pudiera divertirle y enternecerle. Estas teorías aplicadas provocarían la creación de conciertos al aire libre, visitas á los museos, conferencias literarias, etcétera. Mucho puede hacerse aún en este respecto y algo hacen los jóvenes intelectuales fundadores de la Universidad popular. En Inglaterra fueron notables los trabajos llevados á cabo por William Moris para la renovación del arte decorativo. Cosas muy buenas sobre el *arte público* dice Fierens Gevaert en sus *Essais sur l'art contemporain* y *Nouveaux essais sur l'art contemporain (Bibliothèque de Philosophie contemporaine)*. De esta inacabable digresión, que por sí sola, congruamente ampliada, daría materia para unos cuantos volúmenes, alguien deduciría que soy prosélito del *arte utilitario*. Sí, con tal que por arte utilitario entendamos el arte que ilustra, conmueve y arrebata á todos; el arte que mejora la condición de las clases oprimidas; el arte para el pueblo; el arte que servirá algún día de recreación á los que carecen de los suficientes recursos pecuniarios para proporcionarse otras más tumultuosas. Al pueblo hay que darle mucho pan; después, mucho arte. *Primùm cibus, ars deinde*, diré con una frase de mi particular invención, que desearía mucho se convirtiese en proverbio para los futuros siglos. Hay que *hacer sentir* el arte á todos, nunca me cansaré de repetirlo; y para hacerlo sentir es preciso hacerlo *utilitario*, en el buen sentido de la palabra, «utilitario en beneficio del artista, en beneficio de los pueblos y más aún en beneficio del arte mismo», como ha dicho un insigne poeta mallorquín, Juan Alcover, en su luminoso estudio titulado *Humanización del Arte*. (Publicado en la *Revista Contemporánea*, 15 de Agosto de 1904.) En ese trabajo, que vale bien un prolijo volumen por la riqueza y originalidad de ideas, este exquisito pensador, que debiera ser más estimado de los intelectuales españoles, ha dicho *le dernier mot* sobre esta compleja cuestión.

(1) «*Elle s'irritait d'un plat mal servi ou d'une porte entre-baillée, gemissait du velours qu'elle n'avait pas, du bonheur qui lui manquait, de ses rêves trop hauts, de sa maison trop etroite.*» *Madame Bovary*, 2me partie, v, 118 y 119.

(2) «*Il connaissait l'existence humaine,—et'il s'y attablait sur les deux coudes avec serenité.*» *Ibidem*, III, 96.

bre Luisa»; que igual transcribe las vulgaridades de los apuros pecuniarios que las exaltaciones de la pasión escandescente; esa prosa que hacía soñar á Eça de Queiroz en otra *como ainda nao ha*, en «*alguna coisa de crystallino, de avelludado, de ondeante, de marmoreo, que só por si, plasticamente, realisasse una absoluta belleza—e que, expressionalmente, como verbo, tudo podesse traducir desde os mais fugidios tons de luz atè os mais subtis estados de alma*» (1); esa prosa, que no es ni el farragoso borbotear de Chateaubriand, ni el indisciplinado vigor de Balzac, ni el preciosismo de D'Annunzio, y que es á la vez algo de todo eso, junto con la elegancia de un D. Juan Valera y con la solidez de un Galdós; esa prosa, de que han querido darnos idea, entre nuestros contemporáneos, Ramón del Valle Inclán y J. Martínez Ruiz; esa prosa, que hacía preguntarse á su más ínclito propulsor si la forma artística podría tener valor propio «independientemente de lo que se dice».

Distraído de su primera obsesión estilística, López-Roberts no ha continuado en la segunda obra *El Porvenir de Paco Tudela* esa página de la literatura española que pudiera haber llenado si su lenguaje hubiese ido haciéndose, evolutivamente, más preciso, más rotundo, más cuidado y más artístico. ¿Hay que inculparle de ello? No: acaso se acogió al amparo de Jorge Sand cuando, discutiendo con el citado Flaubert, expuso una doctrina completamente antagónica á la del autor de *Salammbô* (2): «Hay que escribir para todo el mundo, decía, para todo el que necesite ser iniciado... Ahí está todo el secreto de nuestros trabajos perseverantes y de nuestro amor al arte. ¿Qué es el arte sin los corazones ó las inteligencias á que se manifiesta?» El error no está en él; está en la doctrina. El error está en pensar que no se puede ser accesible á todos sin ir pedestrizando cada vez más el lenguaje, sin substituir la palabra sugestiva por la palabra vulgar, la palabra que manifiesta la emoción intensificándola á la palabra que la manifiesta tal como solemos traducirla en la conversación cotidiana. No es que haya un lenguaje aparte para el escritor: es que hay recodos del Diccionario donde duermen ocultas armonías, modalidades verbales que todos pueden comprender y que les hacen mejor sentir. Sin sacrificar la claridad de ideas, puede darse con palabras más penetrantes una sensación á todos accesible. Por eso será siempre erróneo (aunque muchas veces la convicción sincera lo disculpe) decir que el arte para todos necesita servirse del lenguaje vulgar.



Creo haber dicho que López-Roberts es ante todo novelista psicólogo. En esto, hay que confesarlo, su última novela es la más notable (3). Perdiendo

(1) *A Correspondença de Fradique Mendes*, VI, 115.

(2) *Correspondance*, tomo V, carta de Octubre 1866, n.º 616.

(3) López-Roberts está en los comienzos de su carrera; confiemos en que más adelante dará obras donde á una sutil psicología se asocie un lenguaje cuidado.

estilo, adquirió sutilidad de análisis. No quiero dar á entender que *Las de García Triz* ó *La Familia de Hita* no sean novelas psicológicas. Bastarían para acreditarlo el perspicaz estudio del amor senil de Clara en la primera obra y de la caída de Leandra en la segunda. Además, si López-Roberts no tuviera otro mérito, el haber estudiado con complacencia las sinuosidades del Madrid viejo—ese fragmento de provincia incrustado en la gran urbe que Galdós observó primero y con su genial maestría reprodujo,—bastaría para esculpir su fama de novelador inteligente. Nadie, después del autor de *Nazarín*, ha *visto* ese característico barrio de la ciudad con tan luminosa penetración. Sepárales la diferencia de que Galdós estudia á esta parte del pueblo con miras sociales y regeneradoras; López-Roberts, en cambio, la estudia desinteresadamente. Acaso no haya páginas más vívidas sobre la clase media madrileña que algunas de *La Familia de Hita*. En *Las de García Triz*, López-Roberts demostró ser un paisajista de grandes alientos y visual del mundo exterior tanto como después lo fué del interior. Basta leer el párrafo que da comienzo á la novela: «El día muere en Madrid de muy distinta manera. El crepúsculo en los barrios extremos, limitados por el campo, cae en calma rústica entre el sonido de las esquilas del ganado que vuelve del pasto y el rumor del viento llorando entre los árboles más numerosos; es un anochecer lleno de la tranquilidad melancólica con que la naturaleza ve marchar la luz. En las calles bulliciosas del centro activo y comercial, la claridad moribunda se ahoga en el resplandor de la electricidad, y el ruido impide gozar del intervalo de reposo con que el mundo se prepara al sueño; pero mientras en estos sitios el día acaba repentinamente, en las vías apartadas y silenciosas, donde faltan tiendas y luces, arrastra largo tiempo su agonía, abandonando lento las mudas calles, donde prolonga su fin envolviendo en una penumbra grisácea las casas que, dispuestas ya al reposo, cerraron sus ventanas y ocultaron tras los pliegues caídos de las cortinas el misterio de su interior, albergue seguro de existencias pacíficas y ordenadas, que ven pasar en días semejantes una vida monótona de provincia».

Este agradable comienzo de novela nos introduce en un mundo muy distinto del que anima casi todas las páginas de su última obra. En ésta hay, además, cierta crudeza de expresión que no se había hecho notar en obras anteriores, y que conduce á un naturalismo más sincero que artístico. Por el contrario, en las primeras obras, con menos fibra, hay más poesía, más visión de cosas humildes y sencillas, más cantidad de ese arte en que entran y ocupan puesto preferente los *pequeños*, que interesan, como me decía un poeta amigo, á los de corazón grande bastante más que los *grandes* á los de corazón pequeño. Abundan en estas primeras producciones pasajes como éstos, dando la sensación de esas vidas calladas: «Bajo el techo de hojas y flores, recortadas por el sol sobre el claro cielo, viendo pasar los piadores vencejos, como obscuras flechas, escuchando el sordo ruido del mundo alejado, *que subrayaba la dulce y grata paz*, olvidaban las Trices sus penas en

medio de aquella calma tan sedante, tan propicia á sus añejas sensibilidades». Estas delicadas impresiones en este evocador lenguaje es de lo más original y artístico que puede leerse en la novela española contemporánea. Por tales consideraciones condolíame yo antes de que el autor de *La Cantora* no conservase esa atildada escrupulosidad de dicción que tan prestigiosamente hacía resaltar la conmovedora poesía de sus primeras obras. En éstas, como he dicho, lo más notable es la emoción del paisaje y el estudio de las vidas más humildes.

En *La novela de Lino Arnáiz* hay más psicología. La observación de un alma aquí resplandece como la cualidad más notable. Esta observación es fiel y original. Así dice: «En el alma de Arnáiz despertaban deseos nunca realizados, que dormían allí desde su juventud, como galas guardadas y frescas. Todos los inocentes caprichos que la mediocridad de su vida hizo imposibles, resurgían. Memorias de antojos olvidados, recuerdos de ansias irrealizadas, resucitaban, voladores, risueños, traviesos, como enjambre de angelillos. La alegría soleada de las jiras campestres, el contagioso bullicio salvaje de las corridas de toros, la hilaridad comunicativa de las comedias chistosas, el dejo de pasajeras horas de amor, poetizadas por la distancia, todos los goces modestos y humildes con que alguna rara vez endulzó la amargura monótona de su vida, empujaban á Arnáiz lejos de la oficina, incitándole al callejear aventurero, al reposo exquisito bajo los altos pinos de la Moncloa». Se siente al leer estos párrafos que el novelista se ha compenetrado con las aspiraciones de un burgués mediocre, que ha tenido la suficiente impersonalidad para casi hacer suyas estas emociones modestas. En otro pasaje escribe que el protagonista, al recibir la inesperada herencia, «no experimentó la sensación de libertad y de alegría que se imaginaba. Cuando salió á la calle, después de decir adiós al banquero y á los infelices que en la triste oficina quedaban, sufrió la terrible impresión de desamparo que asalta á las almas tímidas en los recodos de la existencia. Pensó que se le cerraba un puerto, un refugio miserable y obscuro donde se había amparado durante mucho tiempo, y que su vida no se deslizaría monótona al compás del negro reloj octógono y que, en otras esferas, otras manecillas recorrerían otras horas, llenas de sucesos desconocidos, imprevistos y tal vez desagradables». Esta desconfianza del humilde ante la felicidad demasiado fastuosa que se le brinda de improviso, es un acierto analítico á que pocos novelistas psicólogos han llegado, sin duda. Más adelante, se explica sobre la misma impresión: «Ya no antojó diversiones bullangueras, placeres fáciles; sólo quiso, y la deseó con todas las energías de su alma urguesa, una vida apacible, llena de días idénticos, de mañanas serenas y erezosas, de tardes mansas, que transcurren en lentos paseos, en conversaones sedantes, de veladas calmosas, que se deslizan al igual reflejo de un uinqué, apagado siempre á una hora fija y temprana». Leyendo estos pá-afos, tan bien escritos como pensados, casi estoy por desdecirme de mi

afirmación anterior: que López-Roberts ha perdido en estilo lo que ha ganado en vigor. Es cuando abandona al personaje, tan interesante como sencillo, y se sumerge en las negras profundidades del espíritu vulgarote de Doña Rocío; cuando el novelista sobrecarga la nota fea, se aproxima á la exhibición naturalista de deformidades y pierde ese tacto analítico, esa delicadeza de observación que caracteriza sus primeras obras y que algún día le han de elevar, convenientemente reforzados, á uno de los primeros puestos en la novela española contemporánea.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



APUNTES SOBRE POLÍTICA INTERNACIONAL

LA SITUACION EN RUSIA

Para fines del siglo XIX, decía Napoleón que la Europa sería republicana ó cosaca. La profecía no se ha cumplido. Los fermentos que se agitan en los pueblos europeos son de revoluciones sociales, de desquiciamientos radicales, ante los cuales las formas de gobierno políticas y administrativas son secundarias. Lo que preocupa á las masas, cada día más conscientes de su fuerza y mejor educadas para la lucha, es la desigual distribución de la riqueza, la falta de equidad en las condiciones de la vida moderna, en que cada vez son más pobres y desvalidos los pobres y más arrogantes y arbitrarios los ricos.

En toda la Europa occidental y en los Estados Unidos, la lucha está iniciada; se la describe como la contienda entre el capital y el trabajo, hermanos gemelos, que debieran completarse y que se odian como sólo pueden hacerlo los hermanos.

En Rusia, es decir, en la Europa que es oriental por su condición, tanto como por su posición geográfica, el problema es más complejo; en sus elementos están los del capitalismo y el industrialismo en lucha con el trabajo, y los que, en el resto del mundo cristiano, fueron solucionados por la revolución hace un siglo ó antes. Todas las conquistas de ésta en favor de la libertad y de la dignidad humana, cristalizadas en las leyes y en las costumbres de los pueblos de Europa y de América, faltan en absoluto en ese imperio, el más vasto y poblado de los de la raza blanca, factor de incalculable potencialidad para el porvenir de la humanidad. Rusia es un pueblo bárbaro; su vida es la de las épocas obscuras y sangrientas de la historia, y para redimirse tendrá que pasar, como todos los pueblos, por las pruebas y tormentos de las crisis transcendentales y de las supremas reivindicaciones.

La situación actual de Rusia tiene fascinación de incendio y atracción de bismo. Nunca se juntaron en un momento histórico tantos y tan conmoveores cuadros en un drama de horror inacabable: la guerra externa en proorción y en crueldad inmensurables; la rebelión interna, temeraria é indirente al peligro de la Patria, que tantas veces han explotado y hasta mentado los tiranos y los usurpadores para conjurar el peligro propio; la presión inexorable y ciega en su venganza, que extermina las muchedum-

bres como si fueran granos de trigo entre las piedras del molino, y sobre todo ello el grito de dolor ó de furia de víctimas y verdugos que llega á la conciencia estremecida del mundo impotente y atónito.

La situación actual culmina en dos grandes fenómenos que reaccionan el uno sobre el otro: la guerra externa y la rebelión interna. El curso de la primera ha sorprendido hasta la estupefacción—salvo contadas excepciones— á propios y extraños; la rebelión ha estallado, y su hora ha coincidido con el momento propicio de desastres inmensos é irremediables, que han sido á la par revelación y castigo. Aun cuando la derrota de las armas rusas se consume definitivamente y desaparezca la bandera de los Zares de las costas del Grande Océano y del extenso imperio oriental, no ha mucho conquistado ó usurpado, tiene mayor importancia, infinitamente mayor, la rebelión interna. Rusia, la vieja Rusia, ha ido muchas veces á la guerra; ha sido victoriosa y ha sido vencida; pero ha mantenido su integridad orgánica y la armonía especial de su conjunto anómalo y monstruoso. Pero esta vez, la entraña vital está desgarrada, y condenado á muerte el viejo organismo de opresión y barbarie. De esta suerte, la guerra externa es un incidente colosal, histórico y político, que puede alterar las fronteras y hasta desviar ciertas corrientes humanas, lanzándolas á nuevos cauces, en tanto que la rebelión anuncia el fin de un estado de cosas y el principio de otro; pero de esas cosas que son tan pavorosas como la muerte, tan misteriosas y tan hondas como la vida.

Según el príncipe Metcktchersky, de los 120 millones de rusos, 110 no se ocupan, ni se preocupan, por obtener una constitución que definiera sus derechos y los amparara de los abusos tradicionales que los abruman. De los diez millones restantes, hay dos que deducir, la incontable burocracia, hostil á todo cambio que pudiera afectarla. La gran masa nacional, sumida en la más profunda ignorancia, exasperada por el sufrimiento, pide un cambio, sin saberlo indicar, ni buscar, como la bestia herida que el dolor hace rugir. Esa comunidad de sentimiento, en otra parte sería opinión pública, tan desconocida en Rusia como las palmeras en sus estepas.

En casi todas las provincias, nueve décimas partes de la población son analfabetas, y lo son también el 28 por 100 del clero y el 30 de la nobleza. ¿Cómo pueden las ideas abrirse paso y llegar de conciencia en conciencia, en tan numerosas multitudes, sin el vehículo de la letra impresa? Así, en tinieblas, está el alma rusa.

De un informe confidencial del Departamento de Sanidad resulta que el pueblo ruso vive en un estado de hambre perpetua, y que «su nutrición es inferior en un 30 por 100 á las necesidades fisiológicas del cuerpo». El Estado arrebata dos quintas partes del producto del trabajo de los aldeanos, á quienes todavía esquilman los funcionarios locales.

Ése es el pueblo ignorante y hambreado que muere en el Oriente bajo la metralla japonesa, y en la propia Patria, cuando pide alivio y cuando implora, bajo la metralla oficial.

La más alta expresión del sistema se encarna en el Emperador y Pontífice de su pueblo. Se le llama autócrata; se juzga que su voluntad es soberana. Nunca hubo esclavo más irredimible; con la púrpura pesan sobre sus hombros la tradición histórica, el prejuicio inveterado y los abusos establecidos, nido y guarida de las castas y clases privilegiadas. Tal vez él mismo se engañe y se juzgue señor y amo de sus súbditos; pero él y ellos, vinculados por el más complejo encadenamiento de causas anteriores y superiores, obedecen á fuerzas incontrastables. Ayer, el 22 de Enero último, más de cien mil obreros inermes, muchos de ellos con sus mujeres y sus hijos, marcharon al palacio de invierno, en Petersburgo, á entregar al Zar en persona una rendida exposición de sus miserias, súplica elocuente, con toda la elocuencia del dolor, para que remediara sus males.

Los manifestantes avanzaron, contra la prohibición expresa de la autoridad, cuyas tropas custodiaban el palacio. Al verse éstas en peligro de ser arrolladas, dispararon y entró el frenesí de la matanza. El Zar, el padre, fusilaba al pueblo que confiaba en él. El encanto se quebrantó; las dos coronas, de Emperador y de Pontífice, rodaron por el suelo en la conciencia popular.

Las autoridades militares rusas obraron como las de todas partes. Los hombres, al amparo de cualquier convencionalismo, cuya ineficacia ó insuficiencia nadie conoce como ellos, asesinan á sus semejantes con una tranquilidad aterradora. No hay casi capital de Europa ni de América en que la policía no haya apaleado ni sableado al pueblo. «No vaciléis en hacer fuego», decía el actual primer ministro inglés, en ocasión memorable, dando órdenes para someter á obreros amotinados.

Al Zar se le hace personalmente responsable de la matanza; el pueblo creía de buena fe que el Zar podía, con sólo quererlo, remediar sus males. Errores ambos. El Zar no es libre; su espíritu, orientado hacia el error, hacia el fanatismo, hacia la superstición, hacia el absolutismo, no puede ver sino crimen en lo que no sea pasividad absoluta, y si viera otra cosa, él sería la primera víctima, no del pueblo, sino de sus propios grandes duques.

Y entre tanto, la guerra se prosigue, y la rebelión cunde, y el imperio se desangra. Y el mundo entero lo ve todo como una pesadilla dantesca en noche de horror.

EL IMPERIALISMO EN INGLATERRA Y EN LOS ESTADOS UNIDOS

El imperialismo es el factor más activo en la política internacional del ›e. Es de suyo agresivo é inquieto; necesita agitarse para vivir y cada día ›ca nuevos campos de acción.

En su esencia es tan antiguo como el hombre, ya que no es sino codicia. rcitado por el individuo, se le castiga como crimen; al ejercitarlo una co:ividad de las llamadas naciones, se le dignifica y los pueblos agradecen

y premian á los preclaros estadistas y guerreros que lo practican con éxito en servicio de ellos.

Lo de Caín que cuenta la Biblia fué un acto primo de imperialismo individual, calificado por esto de ser individual de fratricidio; que es cosa muy fea. Si Caín hubiera tenido más escuela, habría invocado algún lugar común consagrado, sin variar su proceder, y gozaría de mejor reputación histórica. Pero al pobre le tocó muy al principio; y hay que perdonarle su falta de tacto y su mal gusto.

Lo de Jacob con Isaac ya ciego, para consumar engañando al propio padre el despojo del hermano, es de un imperialismo acabado, porque el fin del imperialismo es la adquisición de lo ajeno, con ó sin violencia, pero sin dar nada en cambio, y claro está que, si se logra por la astucia el triunfo, es mayor porque es de la inteligencia, y no de la fuerza bruta, la victoria.

Los elementos esenciales del imperialismo han sido y son la codicia desmedida, la violencia, la deslealtad y la astucia. Con el tiempo se ha progresado, se ha aprendido á mentir con arte maravilloso y á usar el vocabulario grandilocuente de todo lo noble y todo lo sagrado para los hechos más atroces: Patria, Libertad, Humanidad, Cristianismo, Civilización. Lo que no impide que se robe, se mate, se extermine y se despoje.

Pero no es imperialista el que quiere, sino el que puede. Hace algunos años á esos buenos italianos les salió al encuentro un tal Menelick, que de entonces para acá los ha curado de sed de nuevas aventuras. Menelick, sea dicho de paso, obró con una incorrección imperdonable, porque lo corriente es que, cuando una gran potencia se digna acometer una conquista, los acometidos se dejen vencer y se sometan.

Los dos grandes pueblos anglo-sajones, Inglaterra y los Estados Unidos, están tocados de imperialismo hasta la médula, y como todo les va saliendo bien, es de presumir que el sentimiento se intensifique y robustezca.

Son pontífices del credo, en Inglaterra y en los Estados Unidos, Mister Chamberlain y Mr. Roosevelt respectivamente. Y como hoy las cosas se hacen bien, ya en uno, ya en otro país, el credo tiene de todo; sus poetas, Tirteos á la moderna, que desde lugar seguro incitan á la matanza, como Kipling; sus héroes ilesos como Dewey; sus sacerdotes oficiantes como Lord Milner; sus altos filósofos, como Benjamín Kidd; sus oradores energúmenos, que con la vehemencia reemplazan la razón, como el senador Cabot Lodge; sus expositores técnicos, con ribetes de pseudoprofetas, como el capitán Mahan... en fin, una jerarquía completa. También tienen sus santos canonizados, como Cecil Rhodes; en cuanto á mártires, lujo que se pagan todas las religiones positivas, no los tiene, porque los hace á millares, tiene víctimas. Los que sucumben de su lado son simplemente seres tomados de la muchedumbre anónima, misérrima carne de cañón, que ningún imperialista que se respete tomaría en cuenta.

Las más recientes joyas de la corona imperialista son las repúblicas sud-

africanas y el Tibet para Inglaterra, y Filipinas, Puerto-Rico, Panamá y Santo Domingo para los Estados Unidos.

De los sorprendentes cambios que el imperialismo en acción trae en el temperamento de un pueblo, son prueba hechos como éstos: norte-americanos é ingleses, por ley y por costumbre, castigan la crueldad contra los animales. Á éstos no se les puede atormentar impunemente. Á la hora del dolor, hasta un gato tiene sus derechos que la ley ampara. Y en el África del Sur los ingleses establecieron los campos de concentración, y en la India, años atrás, volaban á los hombres á la boca de los cañones; en Filipinas los norteamericanos inflaban á los hombres con agua hasta hacerlos estallar como odres podridas.

Tras la victoria, eso sí, impera la ley por igual para todos, y esto ha de redimir todo lo demás.

Mr. Roosevelt acaba de recibir la aprobación entusiasta de sus conciudadanos. La mayoría que lo ha elegido es la más numerosa que registra la historia nacional. La prosperidad material borrará la violación de la justicia. El triunfo, y el éxito después del triunfo, todo lo justifican, hasta la piratería.

Mr. Chamberlain no parece destinado á tan buena suerte como su copontífice de Washington. La guerra del Transvaal, que fué su obra, costó muchos millones y muchas vidas y su peso gravita á plomo sobre el contribuyente.

Pero ésa no es la cuestión del momento. Se trata de una tarifa imperialmente adaptada que unifique en los vínculos del interés, supremo factor del patriotismo, á la metrópoli con todas sus colonias.

La idea es hermosa... según Mr. Chamberlain y los suyos. Pero ¿cuándo han faltado hombres perversos para trastornar los más hermosos planes del patriotismo imperial y hasta de la patriotería imperante?

El partido conservador unionista, que es el de Mr. Chamberlain, ha perdido casi todas las elecciones parciales de los dos últimos años, y ha llegado maltrecho al Parlamento. Mr. Balfour, el primer ministro, y su excolega Mr. Chamberlain, aunque en desacuerdo, se han convenido en apuntalar el edificio que se les cae. Todo augura el triunfo de los liberales en las elecciones de fin de año. Lo que el pueblo rechaza, es el proteccionismo que le encarecería el pan. Tal vez, si sólo del imperialismo se tratara, aprobaría en la Gran Bretaña, como aprobó en los Estados Unidos, y es porque en la raza, en lo internacional, prevalece el temperamento pirático.

Y con todo, ésos son los dos pueblos en que es más real y efectiva la libertad humana, lo que no es hacer el elogio del estado actual del mundo.

EL INSTITUTO AGRÍCOLA EN ROMA

Así como ha habido quien declarara á la ciencia en bancarrota porque nos ha revelado el supremo misterio del Universo, ni ha puesto en nuestras manos la llave del templo de la verdad incontestable y eterna, también

pudiera haber quien declarara en bancarrota al progreso moderno porque no hemos llegado á una era de paz y de contento entre los hombres en que, en rotación inmutable de causa y de efecto, el pan del cuerpo y el del espíritu alcancen por igual, en la proporción requerida por cada uno, para todos los hijos del hombre, y el derecho á la felicidad de cada uno no tenga más trabas ni entorpecimientos que aquéllos nacidos de causas naturales puestas más allá de la voluntad humana.

Habría error en declarar en bancarrota al progreso y á la civilización, como lo hubo en hacerlo respecto de la ciencia. La humanidad, en quien se encarnan ciencia, civilización y progreso, va en peregrinación hacia el mañana y con cada nuevo sol descubre nuevos horizontes, como al fin de cada jornada es poseedora de nuevas conquistas.

Tal es la esencia de las cosas; la bancarrota implica una finalidad consumada que no existe, tratándose de una humanidad que no se detiene en su desarrollo.

Los movimientos ó tendencias activas que se advierten en las naciones modernas de Europa y de América, y en aquellas orientales, como el Japón, que han adoptado la civilización europea y que conmueven y amenazan el régimen existente, son, en gran parte, movimientos de protesta contra las injusticias de ese régimen.

Son tanto más violentos y agresivos, cuanto más hondas é intensas son esas injusticias; á través de los distintos ideales que persiguen, hay en todos ellos una identidad de causa impulsora, un motivo supremo de reivindicación de derechos innegables. Aparte, pues, de la viabilidad de las doctrinas que se preconicen, queda en pie una causa común á todas esas tendencias y movimientos, que no es otra que el hambre que se siente ó que se presiente como peligro que puede sobrevenir en cualquier momento.

La rebelión contra ese estado de cosas se llama unas veces anarquismo, otras nihilismo, otras socialismo. La acción que ejecutan esas doctrinas va desde la prédica pacífica de la propaganda hasta el empleo de la dinamita; y la violencia de las manifestaciones corresponde á la intensidad del mal; en Rusia se asesina; en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos ó en Inglaterra se predica y se discute.

Las muchedumbres de la antigüedad, en que eran muy otras de lo que hoy son las condiciones de la vida social y nacional, se contentaban con tener pan y diversione; el alimento y el circo les bastaba: pan y toros, según la castiza locución castellana. Los toros sobran hoy; pero si el pan falta, ó si el pan es precario, sobreviene ó la violencia ó la inminencia de ella.

El problema del sustento—más amplio y comprensivo mientras más alto sea el nivel intelectual de las masas—es el verdadero problema de los tiempos modernos. Las cuestiones de dinastías, las de formas de gobierno, las de rivalidades de naciones y de razas, ó han sido relegadas á la condición de hechos históricos pasados, ó á un lugar de secundaria importancia. Des-

pués de una guerra internacional, vencedores y vencidos se ven confrontados, dentro de sus propias fronteras, con la gran masa de sus propios ciudadanos que piden un reparto más equitativo de los bienes de la tierra. Cierto es que no sólo de pan vive el hombre, pero también es cierto que, en primer término, el pan es indispensable para que el hombre viva. Una vez garantizado el pan, estará garantizado también el desenvolvimiento pacífico, ó por lo menos armónico, sin violentos estertores del progreso humano.

Ideas de la naturaleza de las que quedan expuestas debieron, sin duda, de iluminar el criterio de S. M. Víctor Manuel III, Rey de Italia, al proponer á todos los Gobiernos del mundo civilizado la organización de un Instituto Agrícola Universal para estudiar, tomando como campo de acción el orbe entero, la agricultura mundial, encerrando en ella toda clase de producción de sustento para el hombre, con el objeto de hacer esa producción eficaz hasta el grado máximo posible. De esta suerte, los frutos de la experiencia adquiridos en un punto han de llegar á ser fecundos en todas partes, y los obstáculos vencidos en un lugar ó en una región dados serán victorias para toda la humanidad.

Merced al vapor y á la electricidad, que han unificado todos los mercados del mundo, ha desaparecido el peligro de que las malas cosechas ocasionen en algún país una época de hambre nacional; con trigos de la Argentina y de los Estados Unidos se cuece el pan de los obreros europeos; con carnes de Nueva Zelanda y del Uruguay se alimentan esas mismas muchedumbres europeas; el arroz de la India es una de las bases de la nutrición en todo el Continente hispano-americano; el bacalao del Labrador y de las costas de Suecia y de Noruega es alimento diario en España, Italia, las Antillas y Sud-América. Pero, aparte de esto, en cada país el cultivo de la tierra para los frutos á que ella es más adaptada en la región respectiva es la base de la riqueza nacional y de la estabilidad de la paz interna.

En muchas regiones del mundo perduran en la agricultura métodos rudimentarios; la condición de los agricultores es, por lo general, precaria; el producto de su esfuerzo queda, las más de las veces, á merced de prestamistas y de acaparadores que hacen negativas las ventajas de la fácil comunicación y de la universalidad del mercado. La ignorancia de los métodos científicos restringe la eficacia del esfuerzo, viniendo á resultar que, debiendo el alimento humano ser en todas partes abundante y barato, hay naciones—más de las que se piensa—en que el pueblo vive con hambre.

El Rey Víctor Manuel, con fecha 9 de Febrero último, dirigió al presi-te del Consejo de Ministros de Italia la siguiente carta, cuya concisa elo-ıcia hace superfluo todo comentario adicional:

Querido Presidente: un ciudadano de los Estados Unidos de América, el David Luvin, me ha expuesto, con aquel calor que viene de las sinceras ıvicciones, una idea que me parece fecunda y benéfica y que, por esa ón, recomiendo á la atención de mi Gobierno.

»Las clases agrícolas, generalmente las más numerosas de todas y que en todas partes tienen una grande influencia sobre la suerte de las naciones, no pueden, viviendo disgregadas como viven, proveer en debida forma ni á la mejora de sus productos, ni á la distribución de ellos, según los radios de consumo de los varios cultivos, ni tampoco al cuidado de los propios intereses en el mercado que, para los principales productos del suelo, cada día alcanza más las condiciones de ser mundial.

»De muy notable ventaja pudiera resultar el establecimiento de un Instituto internacional que, ajeno á toda mira política, se propusiera estudiar las condiciones de la agricultura en los varios países del mundo, señalando periódicamente la cantidad y la calidad de las cosechas, así como también, una vez fijada la producción, los métodos más expeditos y menos costosos para distribuirla, consiguiendo la más conveniente determinación de los precios. Ese Instituto, procediendo de acuerdo con las varias oficinas nacionales ya dedicadas á tales labores, suministraría también informes precisos sobre las condiciones de la mano de obra agrícola en los distintos lugares, de modo que los emigrantes tuvieran una guía útil y segura; promovería acuerdos para la común defensa contra aquellas enfermedades de las plantas y de los animales ante las cuales es menos eficaz la defensa parcial; ejercitaría, finalmente, una acción oportuna sobre el desarrollo de la cooperación rural, de los aseguros y del crédito agrario. Los beneficios de ese Instituto, que sería órgano de solidaridad entre todos los agricultores, y por eso mismo elemento poderoso de paz, seguramente se multiplicarían. Roma sería digna estancia para inaugurar esos trabajos; en ella deberán reunirse los representantes de los Estados que se adhieran á la idea—y de las grandes asociaciones interesadas en la materia,—para que así procedan de acuerdo la autoridad de los Gobiernos y las libres energías de los cultivadores de la tierra.

»Tengo fe en que la elevación de las miras vencerá las dificultades del empeño... Firmado, Víctor Manuel».

El Gobierno italiano, por medio de sus representantes diplomáticos en el extranjero, ha solicitado la cooperación de los demás gobiernos y de las grandes asociaciones agrícolas de las distintas naciones. La idea ha sido acogida con universal aplauso. Ella tiene proporciones mundiales: la amplitud de sus alas cubre al Universo entero. Los resultados que se han obtenido en algunos países con la sistemática explotación de la agricultura nacional son prueba incontestable de los que para el mundo entero puede traer el proyectado Instituto.

En los Estados Unidos, al amparo del Departamento de Agricultura, que en la parte científica é informativa realiza lo que se proyecta con el Instituto de Roma, se ha desarrollado la más poderosa producción agrícola conocida hasta el día; en las provincias austriacas de Bosnia y Hercegovina, en donde, hace un cuarto de siglo, el suelo no producía lo bastante para alimentar á la población que lo ocupaba, y en donde las razas de ganados habían degenera-

do hasta el raquitismo y estaban á punto de desaparecer, se ha creado, merced á un esfuerzo sistemático y bien dirigido, una agricultura que, después de abastecer á las necesidades locales, exporta grandes cantidades de cereales y otros frutos, y las razas de animales domésticos se han desarrollado al punto de resistir comparación favorable con las mejores de otros países. Esto se ha logrado instruyendo á los pequeños agricultores en todo lo concerniente á su labor y facilitándoles, con la aplicación más amplia del crédito agrario, semillas, abonos, animales de cría y de trabajo, instrumentos de labor y dinero.

Dinamarca y Holanda, países de muy escasa extensión territorial, exportan cantidades increíbles de queso, mantequilla, huevos y aves de corral; la sola exportación que de estos artículos se hace de Dinamarca á Inglaterra pasa de nueve millones de libras esterlinas al año.

En la transcendental empresa preconizada por el Soberano de Italia están directamente interesados los ricos y los pobres, los capitalistas y los obreros; con el pan abundante y barato, la violencia cederá el puesto á las soluciones pacíficas y razonadas, y es el pan abundante y barato lo que busca como finalidad la humanitaria y grandiosa iniciativa del Rey de Italia.

S. PÉREZ TRIANA.



EL IDILIO DE LOS CLAVELES

NOVELA DE

JOSEPH CARNER

TRADUCIDA POR

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO (1)

I

La estación era mezquina, pequeña y con desconchaduras. La campana estaba hendida. A un ángulo había un jardinillo con claveles y un anémico rosal. Más allá, unas cuantas acacias tristes.

El jefe de estación era un pobre hombre. Bajito, de media edad, de mirada vaga en los ojillos grises. Llevaba un lastimoso uniforme, reluciente, de solapas deshilachadas. Tocaba la campana con un gesto de infinita melancolía.

---

(1) Carner, á quien estudié como poeta en esta misma Revista (estudio que completaré algún día), es un prosador exquisito y verdaderamente moderno. Su frase, á veces muy refinada y á veces muy sencilla, expresa con encantadora plasticidad (si cabe algo de plasticidad en el período moderno, lo menos plástico posible) estos requintes de ironía que Carner tiene de común con los grandes maestros: Heine, Eça de Queiroz, Flaubert, Dickens, Palacio Valdés. Su humorismo es de la más pura raza, y su concepto de la novela harto original para que no se tome en cuenta. Á la cotidiana verdad, á la *humble vérité* de que Maupassant hablaba, observada y fielmente transcrita, junta una moralidad discreta, como el autor de *O Mandarim* quería. Me parece que no han de pasar desapercibidas estas bellezas para los lectores de NUESTRO TIEMPO. En la dedicatoria que lleva la edición catalana se leen estas palabras: «Amigo José Gassiot: No hace mucho tiempo que viajamos juntos. En una estación valenciana — lo recordarás bien — subieron al vagón una matrona, tres doncellas y una niña. Había tres hombres en el vagón y ocupaban tres ángulos: la matrona se sentó en el cuarto. La niña, que quería ver el bello paisaje, indagó con despierta mirada quién sería el ocupante del ángulo que tuviera *cara de más bueno*. Y sin vacilar se sentó resuelta á tu lado... ¡Oh, amigo Gassiot! Tú que eres bueno, escucha esta historia lamentable: la Bondad es la única afirmación del mundo». Creo que esta última frase puede condensar todo un sistema estético. — *(Nota del traductor.)*

Jamás subía ni bajaba nadie. No obstante, el jefe de estación tocaba la campana. No sonaba mucho. Nada más lo suficiente para hacer un plañido doloroso. Á las veces, algún alma selecta se sentía conmovida y asomaba la cabeza por la ventanilla de un vagón. La cabeza leía las letras negras que decían el nombre del pueblo, y contemplaba un instante aquella miseria. Después, desaparecía. El pobre jefe de estación sonreía dulcemente. Tornaba á tocar la campana hendida y el tren se iba.

II

¡Cómo estaba hecho el pobre hombre á la monotonía infinita de los trenes que salían del rincón del Cis y desaparecían detrás de las tomateras del guarda-agujas! Los trenes eran para él un símbolo fecundo; salían, pasaban, desaparecían. Todas las energías hacían igual. Todas las fuerzas, todas las potencias tenían la misma historia:—salían, pasaban, morían. Él, el pobre hombre, también era una potencia y una fuerza, más ó menos intensa. Y todo su deseo era desaparecer tras las tomateras lejanas.

Un gran cansancio de todo le había entrado en los ojillos grises y se había ramificado por las células más apartadas de su cuello, lleno de polvo como él.

III

En sus momentos de descanso, se ponía unas gafas y limpiaba esferas y vidrios con una punta del moquero. Y leía. Era instruído. Estaba subscrito á un diario radical de los más feroces. Sentía que aquello le hacía daño; pero, tal vez porque aquellas doctrinas de rebeldía contrastaban con su dulzura, las creía sanas y buenas. Se admiraba de la fortaleza de aquella gente que con todo quería acabar, aguardando una hermosa resurrección, después de una muerte terrible. Leía, con un temblor que no podía dominar, todos aquellos artículos que hablaban de hambre, de ruinas y de sangre. Siendo tierno para sentir y presentir muchas injusticias, muchos desastres silenciosos de las cosas, tal como ahora están, deseaba la claridad y la paz sobre los hombres. Y sufría por sí y por los demás. Y sentía los ojos fatigados. Á las veces, indagaba el origen del mal. Estaba firmemente persuadido de que hubo un tiempo en que los hombres eran buenos y en que cualquiera cogía libremente las frutas de los árboles; en que las madres alimentaban al niño con su leche más fresca, y en que los viejos eran como jerarcas que bendecían y extendían las manos protectoras sobre la cabeza de los débiles... Luego ¿de dónde había venido el mal? Primero sería como un punto negro en el horizonte. Dos muchachuelos, jugando, habrían querido el mismo juguete. Dos hombres, riendo, defendiendo uno el azul del cielo y otro el azul del mar, habrían llegado á emitir uno contra otro un juicio ligeramente despre-

ciativo... Y el punto habría crecido. Y se habría formado la gran nubarrada amenazadora. ¡Y crímenes, guerras, codicias y furias! ¡Y después, los hombres cegados, las costumbres consagradas y hechas las rituales herencias, la aparición de los grandes dogmas míticos que hacen dioses y héroes de los más grandes acarreadores de desgracias!

¡Oh, si los hombres se pudiesen arreglar incruentamente, con los billetes que él tenía en grupitos simétricos y agradables á la vista!

IV

Mas para destruir las iniquidades actuales, precisábase, como lo veía el pobre hombre, una serie de actos violentísimos. Con los hombres ya no valía el convencimiento. Había de tributarse un sacrificio terrible al Genio desconocido de la Paz, del Amor y de los Juegos Inocentes; había de pasarse por un túnel largo, para llegar á la planicie risueña. Después de la acción y de la reacción, vendría la síntesis hegeliana: la paz primitiva, robustecida por la lucha; la dulzura fuerte: la calma armada de la inmutabilidad.

V

Un día se detuvo un tren mixto que exhalaba un gran olor de reses. Sólo llevaba dos vagones. El jefe de estación tocó la campana, símbolo de la humanidad herida.

¡Oh milagro! Del tren detenido, de un vagón de tercera, se bajó una mujer. Llevaba un fardo pequeño en la mano. Andaba sencillamente vestida. Debía pasar de los veinticinco años.

Era rubia y muy blanca. Pasaría por bonita á no ser por la nariz achatada y los dientes desproporcionados. Era algo parada. Al bajar, se alzó un poco las faldas. Llevaba botinas de charol.

El pobre jefe de estación tocó nuevamente la campana y el tren se fué.

Tomó el billete á la recién llegada, y miró la procedencia: *Barcelona.*

La recién llegada, bordeando la vía, se fué en dirección á las tomateras.

Pero el pobre hombre no la veía; tornaba á leer cien veces la misma palabra: *Barcelona, Barcelona, Barcelona...* Después las sílabas: *Bar, bar, bar... Ce, ce, ce... Lo, lo, lo... Na, na, na...* Y luego hacía combinaciones ingeniosas con las mismas letras: *Lobar, Cena, Lola, Barcena, Arancel, Cala, Lana, Elena...* Sufría horrorosamente buscando siempre más combinaciones. Por fin, dejó el billete y miró á su alrededor. ¿Por qué había hecho aquel trabajo de combinaciones que le dejaba la cabeza tan pesada? No lo comprendía. No lo había hecho nunca en su vida, hasta aquel día. Era una cosa extraña, incomprensible...

VI

Camina que caminarás, la mujer había llegado á las tomateras. Andaba con cierto balanceo. Las botinas de charol se empolvaban de una manera lastimosa. La mujer rubia no se recogía las faldas, y eso que la ropa era buena y muy bien cortada.

La mujer rubia tenía las manos blancas, la boca muy pálida. Una sensación bien extraña dominaba en ella: siempre estaba como *cansada de existir*. Y porque estaba cansada, se cansaba hasta de estar sentada. Y aquel círculo terrible era toda su historia. La nariz, ligeramente chata, la tenía así de nacimiento. Los dientes, cariados, lo estaban de tanto comer golosinas. Por las lagoterías era insaciable. Tomaba grandes cucharadas de azúcar. Las frutas las escogía bien maduras. Se detenía delante de los escaparates de las confiterías, ávida. Comía con un deleite extraño. Entonces sus ojos, por lo general siempre adormecidos, fulguraban. Se atracaba toda la boca y le gustaba sentir hartazgo de cosas dulces. Muchas veces tenía vómitos y grandes dolores. En ocasiones pasaba todo el día quejándose.

VII

Camina que caminarás, llegó á las tomateras... Un viento cálido movía las hojas.

La mujer rubia miró hacia adentro: no había nadie; el guarda-agujas, ¡quién sabe dónde estaba! Entró tranquilamente. Esperaría á su padre. Hacía cinco años que la mujer rubia, la hija del guarda-agujas, servía en Barcelona, y nada más *subía* al pueblo por la fiesta mayor.

Ahora, ya volvía para siempre al pueblo. Hasta hace poco, su padre vivía con una hermana más vieja que él; pero la hermana encontró á un patán medio idiota que se casó con ella. Y el guarda-agujas había quedado solo. La muchacha, sola, se lo recordaba. Era un hombre alto, grueso, que nunca hablaba nada. Cuando hablaba por casualidad, y no le acudía un término, se daba un puñetazo en la rodilla. Fumaba con una pipa vieja y atiborrada; cuando soplaba, sentíase el aliento de la nicotina. No comía más que sopas con abundosos caldos. De tanto andar con polainas altas, le había quedado un relajamiento de las piernas. Llevaba un bigote que acababa en unas puntas rojas que no se podían torcer. Canturreaba muchas veces, pero en voz muy baja, y hasta cosas absolutamente inarmónicas. Estaba loco por su hija. La encontraba fina, la encontraba señorita. ¡Caramba, decía admirado, cuando camina, no se siente apenas! La palpaba el traje. No había querido nunca que le enviase un céntimo de la soldada.

Cuando ella estaba en el pueblo, le daba todo lo que quería. Como era por la fiesta mayor, el confitero tenía rosquillas de pasta rellenada con crema,

natilla ó cabello de ángel, y el padre las compraba. El hombre veía en aquel amor á las cosas finas y dulces una prueba de la superioridad de su hija. Él nunca había podido comer más que sopas. Eso sí, de sopas, á cazueladas. Sopas hirviendo, humo y olor de nicotina, eran todas las cosas que entraban por aquella envidiable é inmensa boca abierta, caverna misteriosa, túnel, cueva terrible. De un trago vaciaba una olla.

VIII

La muchacha recibía con delicias la cálida bocanada de aire. No se cansaría de esperar. Solamente que mejor era esperar en la habitación. Subió lentamente, balanceándose á cada escalón y contemplando las raspaduras de la pared.

Era una pobre habitación. Una cama deshecha, un par de sillas. Unas polainas por tierra y, en un rincón, un puchero con tabaco. Un baúl sin ropa de donde salía una cinta, seguramente adherida á unos calzoncillos que no habían podido ver nunca las burbujas de luz que se cernían abundosas en el aire. Sobre un escabel con un remate en forma de S había una rama de higuera donde el guarda-agujas hacía sus limpiezas. Un inmenso bacín de barro dormía debajo de la cama, entre flecos de inmundicia.

Una ventanilla daba á la vía. Desde allí podía ver la mujer rubia cómo resplandecían, abrasados, los rails y hasta los bordes de la vía. Al otro margen del terraplén se extendían las cepas innumerables. Quiso alejar la mirada, pero la gran claridad daba á todo un tono uniforme, pálidamente gris-azul. Asomando la cabeza á la ventana, sentía el olor de las hojas peludas de las tomateras.

IX

Dió unos cuantos bostezos suaves esperando al padre. Contó hasta ciento. Pensó en la última tarde que había pasado en un baile de criadas. Le enternecía vagamente el olor de las tomateras. El aire que corría era más tibio, y el aguardar la cansaba. Se le ocurrió que habría de comprarse un espejo. Tornó á bostezar.

La mujer rubia se recostó en la cama y se inmovilizó en un comienzo de sopor. Estaba muy bien acomodada. Sintió como si el aire cantase (¡mirad á ver si canta el aire!) un trozo de zarzuela que tocaban los organillos de Barcelona. Después le comenzó un dolor extraño en la cabeza. Se desató el pelo que le cayó encima del pecho, encima de la cara, encima de los brazos. Entonces se sintió muy descansada. El blanco de las paredes se iba nublando. Un gallo cantó muy lejos...

Y la mujer rubia se quedó adormecida y soñó que le cosquilleaban el pie. Era que un rayo de sol, abrasador, le besaba las botinas de charol.

X

A la mañana siguiente hacía un calor que abrasaba. Los claveles estaban dulcemente doblegados. ¡Pobres claveles! Abandonados, crecían en un ex-parterre plantado en días felices (¡oh, el verso del Dante que yo citaría si nunca se hubiera citado al Dante!). El jefe de estación no comprendía su dolor. El mozo era un bruto que á veces se ponía una flor en las orejas. Pareciase, en el amor al ornato de las orejas, á los indígenas de lejanos archipiélagos salvajes.

Y los claveles sufrían.

Pero aquel día el jefe de estación los contempló. Aún tenía en el bolsillo el billete de Barcelona. Buscaba una explicación al extraño fenómeno psíquico en él manifestado poco antes, cuando pasó por delante de las flores débiles y se detuvo súbitamente.

—¡Hilario!—gritó.

El mozo de estación compareció.

—Riega aquellos claveles—dijo el jefe de estación.

XI

¡Regar claveles! He aquí una cosa que á cualquiera le habría parecido nimia, sin importancia. Dicha por el jefe de estación, era una verdadera anormalidad mental, un síntoma de perturbación.

Pero el jefe de estación tenía sutilidades, y al punto quiso saber *por qué* había mandado que regasen los claveles él, que nunca, pero absolutamente nunca, se había fijado en las plantas.

¡Ay! De momento le pareció imposible disipar los nubarrones que reinaban en su inteligencia. No podía darse cuenta de nada. No podía decir el *cogito* cartesiano. Se sentía inconsciente, instintivo, como la mujer, como el niño, como el pueblo.

Sentía una adhesión, un ligamento extraño á esas flores feas y vulgares. Entreveía vagamente que la atracción aquélla no se la inspiraban los claveles en sí, sino los claveles en cuanto símbolo.

En aquel momento hubiera leído poesías de Selgas. Pensó en comprarse una Botánica. En estudiar un tratado de jardinería. En hacer una colección folklórica de los nombres del clavel en catalán, de las creencias populares, ianzas, rondallas, etc., en que aparece. En cultivar desde entonces todas las especies de clavel—¡pero todas las especies de clavel-*rosa*!... En estudiar las ropiedades medicinales de los claveles. En hacerse socio correspondiente de Sociedad de Protectores de Animales y Plantas. Ideas locas y relampaueantes, tan pronto nacidas como muertas.

La particularidad de que nada más le interesase el clavel-*rosa* hízole

comprender que aquella flor era evocadora de un fenómeno en que entraría el rosa como elemento. Pensó en los crepúsculos.

Pensó en las mejillas de los hombres sanotes que conocía. No era nada, nada de todo eso. Y el jefe de estación movía dolorosamente la cabeza.

XII

Al fin se resolvió á ir á casa del boticario, que tenía fama de excelente naturalista.

El boticario era un hombre grueso que siempre bufaba. Cuando daba un suspiro de desahogo agitaba las solapas y alzaba las corbatas. Tenía la vista extraordinariamente corta.

—¡Uff!... ¿Qué hay de nuevo, qué hay? Bien, hombre, bien.

—Quisiera saber datos de los claveles.

—¡Para clavel el que va á sacar Mossán! ¡Uff!...

—Sí, pero los claveles... Hablemos de los claveles.

—¡Ah!, mire; son de la familia de las Balsamíneas. Es la *Impatiens Balsamina* L.; pétalos agregados; hojas lanceadas, las superiores alternas, etc. Florece por Junio y Septiembre. Proviene de la India Oriental; es muy corriente en los jardines.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Es diurética. Los japoneses lo utilizan para frotarse las uñas, y los tártaros también, y además se frotan el contorno de los ojos con el polen del clavel, mixturado con algo de aloe y excremento de asno. ¡Uff!

Meditando aún las palabras del boticario, al día siguiente, el jefe de estación estaba en su deplorable despacho, adormecido, con los ojos medio cerrados. Sintió pasos por la explanada que había á la vuelta de la estación, meneó la cabeza y vió al guarda-agujas y á su hija, que se paseaban.

¡La mujer rubia! El jefe de estación, súbitamente iluminado, dió un golpe sobre la mesa. La hija del guarda-agujas llevaba el mismo vestido del día anterior: un vestido *de color de rosa.* Un rosa inverosímil... Un rosa de clavel. Un rosa como el de aquellos Amorcillos que hay en el techo de los *colmados*.

¡Era ella! La que cada año por la fiesta mayor *subía.* Ahora no era la fiesta mayor y también había venido. Êl no lo comprendía. Ni tampoco le interesaba comprenderlo. Aquel rosa le había vuelto á poner tranquilo; en su espíritu se borraban las nieblas de las cavilaciones. Abría la boca. Tanto la abrió que le cayó el cigarrillo.

Inconscientemente se quitó la gorra de visera. ¡La gorra de jefe! ¡Una cosa oficial! ¡Una institución!... El pobre galón suspiró.

XIII

En aquel momento el guarda-agujas y su hija pasaron por delante del despacho del jefe.

La muchacha decía:

—Habría de plantarse alguna otra cosa delante de la casita. Las tomateras huelen mal.

El padre dió una chupada á la pipa:

—Verás: yo te las traería. Pero...

El jefe de estación se animó. Meneó la cabeza.

—Hola, Buleya y compañía. ¿Quieres llevar claveles para plantar delante de la casita?

Su voz era ligeramente temblorosa. El jefe de estación sintió un gran ardor y, quitándose la gorra, se dió aire con la visera.

XIV

Una noche, la hija del guarda-agujas, sola en la casita, sacó una silla fuera del portal, sedienta de aire. El día había sido pesado.

El guarda-agujas estaba fuera.

Un velo nebuloso enturbiaba las estrellas. Un concierto de grillos, estridente, se extendía por los campos. Las hojas se mustiaban de calor. La tierra crujía de sequedad y la arcilla roja se resquebrajaba. Las gruesas y pesadas mariposas blancas, cual larvas que fuesen moradoras de las colas, se calentaban estúpidamente á la luz de petróleo de la casita. Entre las cañas de cerca de la vía se veían las trémulas luciérnagas.

Más allá del cielo, unas nubes aburridas relampagueaban de rabia, impotentes en absoluto. Con su canto eterno, una rana parecía reirse dentro del charco, con tal estruendo, que con la pata debía contenerse la panza blanca, para no reventar.

De súbito, quién sabe dónde, una boca hizo un movimiento de fastidio, dió un bostezo.

Otras bocas le imitaron fatigosamente.

La Naturaleza tenía todo el sopor del sueño y todo el cansancio del insomnio.

De cuando en cuando pasaba una ráfaga cálida, vulgar como la mano del barbero sobre una mejilla.

La hija del guarda-agujas llevaba un vestido blanco.

XV

El jefe de estación avanzaba cara á la casita.

Se había extasiado con las constelaciones maravillosas. Reconocía que la ciencia de los astros ha retrocedido desde que la han agarrotado las Matemáticas inexorables. ¡Oh, la bella, cautelosa, misteriosa Astrología, cuántos sabios, con largas papalinas negras por sombreros, y con negros hábitos estrellados de plata, preveían los destinos, auguraban los amores, anunciaban las guerras! Ellos atisbaban en las diminutas estrellas lejanas la gota de sangre ó la gota de rocío, y en sus tenebrosos observatorios acariciábanse la barba de plata, decían enigmas y escribían epigramas cabalísticos. Ellos, con sus canutillos de vidrio, pintados con símbolos, eran como los genios con sus redomas que encerraban hombres dentro, las hadas con sus varitas, las brujas con sus escobas voladoras. Embellecieron su tiempo con una aspiración sobrenatural, y aún ahora nos sonríen amables en los libros de estampas ó en las fantásticas leyendas.

Mas hoy la Poesía era imposible en la Astronomía.

El jefe de estación comprendió que pensaba contra la marcha del Progreso, y dió un suspiro. No obstante sus ideas avanzadas, sentía alguna vez anhelos medioevales y admiraba á Luis XI de Francia y á Pedro IV de Aragón. Todos dos tenían astrólogos.

XVI

De las estrellas, por un proceso naturalísimo, pasó á recordar el fatalismo que en todo tiempo han tenido los hombres, relacionado con el aspecto del cielo. Nosotros aún decimos buena estrella y mala estrella. Buena luna y mala luna. Ver las estrellas. Estrellarse, lunático, etc., etc. Y aún el jefe de estación recordaba haber visto en Barcelona una operación muy original.

Era en la Virreyna. Un hombre que aporreaba un tambor primitivo, tenía delante una mesita larguirucha. Sobre la mesita había una jaula con unos canarios. Los canarios, mediante una suma modesta, asequible á las criadas, daban en el pico unos papelitos de color, muchas veces con promesas inefables. Y aquella operación se llamaba *sacar la suerte.*

El hombre llevaba un gorrete encarnado y un bastoncito en la mano. Y aquel hombre, entre todos los miserables digno de especial mención, traficaba con el Destino, con el gran Destino que cegó á Edipo y malhirió á Medea.

Y el jefe de estación meditó cuál sería su *suerte,* con los ojos tristes y la cabeza gacha.

Y mirando frente á la casa del guarda-agujas, vió una sombra blanca bajo el emparrado.

XVII

Sí; aquélla era su *suerte*. El pobre jefe de estación se sentía seco y ardoroso en aquella tarde, y de su corazón se exhalaban anhelos hacia la dulzura femenina. Encontrábase envuelto por una niebla tentadora que le borraba los principios fijos, las doctrinas concienzudas y salvadoras. Estaba cansado de la vida. Nunca le había querido nadie. Cuando era más joven, le entusiasmaban la Verdad, la Idea; pero ahora caía sobre él una extraña calma, como el párpado sobre un ojo cansado. Deseaba una mano blanda que le acariciase en el dulzor invisible de una protección maternal. Su soledad se le había convertido en una obsesión. Cuando se ponía el sol, los ojos se le humedecían. La presencia de la hija del guarda-agujas le había despertado de sus continuas abstracciones, y anhelaba ya comunicar al mundo visible sus tesoros de ternura. Así halagaba á las bestias, se extasiaba delante de las flores, reía cuando, al abrir la ventana de su habitación, entraba el aire fresco, besaba á los hijos... Y así andaba el cuitado, anhelante de malgastar, de expansionarse infinitamente. Ya tenían para él una voz bien conocida los colores, los murmullos, las vibraciones. Y una bocanada penetrante de juventud le emborrachaba...

Y aquella noche, cuanto más caminaba, más se sentía como embriagado, atacado de alegría inconsciente, ligero como un colegial.

XVIII

—¡Te quiero!—le dijo.—¡Te quiero!

Hízose un gran silencio. Él respiraba con angustia.

Por fin sintióse una voz apagada:

—¿De veras?

Hacía bien en preguntarlo. Un soldado y un confitero se le habían declarado antes del baile por la tarde, y al otro domingo... ¡ni una americana! Por algo la Danza es hija del Movimiento.

XIX

Al cabo de unos cuantos meses de casada con el jefe de estación, la mujer pensaba en el Mesías, en el Niño. Era un triste crepúsculo de invierno que le hacía recordar los crepúsculos de Barcelona, con esquilas de cabras, aromas de campo, viejos que barren las hojas secas quejándose de asma, y amarguísimo perfume de luces en las alcobas calladas donde los convalecientes mojan rebanadas de pan en la leche tibia y amorosa.

Mas, con todo, aquel crepúsculo de la estación era más triste aún que el de Barcelona. Hacía mucho frío; las llanuras estaban escuetas, lisas, impla-

cablemente rectas; la melancólica mirada de los hombres no sabía dónde posarse. La hija del guarda-agujas, en la estación, arrecida, trémula, con sabañones en la nariz, en las orejas, en las manos, en los pies, torturada por el frío, embozada en una manta, con un pañuelo de lana á la cabeza, forradas zapatillas de día, enormes cobertores de noche, pensaba confusamente en nidos de color de tierra, árboles erguidos inclinados por el viento, grandes figuras sombrías cabalgando sobre los altos tejados y los más altos campanarios... Y cada día el sol se hundía entre nubes de un morado frío, lleno de estremecimientos y de conmociones...

En aquella cabeza rubia, adormecida y soñolienta, se iba haciendo una claridad vaga. El sacrificio de la maternidad comenzaba, y la hija del guarda-agujas se admiró y se extasió por vez primera de las ternuras de su padre y de su marido. Soñando la dulzura del niño rosado, y buscando con afán caricias, delicadezas, halagos, no pensaba nada que no lo encontrase en seguida amorosamente prodigado entre las tomateras ó cerca del parterre de los claveles. Y los ojillos inexpresivos de la recién casada fijábanse con insistencia en los ojos grises y fatigados de su marido. Su marido le pasaba la mano por los cabellos, la abrigaba, le hablaba de cosas dulces y lejanas, para ella absolutamente incomprensibles, pero hacía como si las entendiese y movía la cabeza como una perrita dócil.

XX

Luego, luego llegaron los temblores inexplicables, las profundas melancolías inmotivadas, los lloros silenciosos, agazapada ella por los rincones obscuros; el encontrarse un día bonita y ponerse una cinta blanca al cuello y peinarse con delectación, y caminar recogiéndose presuntuosamente las faldas; el verse fea otro día y no peinarse ni ceñirse y calzarse apenas con unas chinelas gitanescas que se doblaban; el sentir langores infinitos, como si la pobrecilla vida mezquina y miserable cayese en el gran lago y se hundiese en la hierba verde, mientras sobre ella se ensancharan suavemente los círculos de la Muerte, del Olvido y de la Paz; el sufrir otras veces más fuertes espasmos que nunca, abyectamente revolcada sobre el lecho, mientras la lluvia peinaba con monótono ritmo los largos cabellos grises ó el viento parecía convocar con sus aullidos un *sabbat* humeante de espíritus maléficos y grotescos, ó unas vísperas solemnes de frailes levantados de las fosas, altos y siniestros, ó una ronda fantástica de los árboles negros y escuetos que aquí y allá agitaban las ramas y se movían como lanzas ó se doblegaban como cañas.

XXI

Y fué una noche llena de fatiga y de extraño desasosiego para la mujer del guarda-agujas cuando tuvo una visión incomprensible.

Un gigante con una barba blanca que le caía hasta las rodillas andaba mal embozado en una manta deshilachada, con una linterna en la mano (porque todo estaba muy obscuro). Caminaba por un amplísimo campo, donde las hierbas secas se erizaban de frío. Un mitólogo hubiera reconocido tal vez á Kronos. El caso es que el gigante tenía cara de pobre hombre; su piel era como un pergamino, y sus cabellos blancos, de tan viejos se volvían de color de tabaco. Parecía muy cansado y caminaba fatigosamente. Era tan larguirucho que daba pena verle. Sus brazos y sus piernas eran unas ramas frívolas é interminables. Tenía grandes surcos en la cara; surcos debajo de los ojos, á los bordes de la boca... Tan desfallecida estaba su vitalidad que todo en él acusaba consunción: los ojos turbios, las uñas torvas, la nuez del cuello pendiente con languidez, los dientes que salían como horribles gárgolas.

Y el viejo llevaba un saquito con ramilletes de claveles. Y sembraba claveles por toda la llanura. Y ¡oh maravilla! en seguida crecían los claveles, pero raquíticos, miserables, tronchados de nacimiento.

Y todo se llenaba de claveles: la llanura, la montaña, el mundo. El viejo arrancaba las encinas seculares, los pinos y los robles, los arbustos y las viñas... todo se llenaba de claveles de color de rosa fuerte ó de blanco empolvado.

Los innumerables tallos se balanceaban con tristeza resignada, y el aire que los movía era un largo y soñoliento bostezo que reinaba sobre la tierra vencida, empobrecida y saqueada...

XXII

Y el niño había llegado. La mujer del jefe de estación, extenuada, sin respirar, yacía en la alcoba obscura, muy obscura. Al pensar en los sufrimientos pasados, apretaba los pobres dientes cariados, los pobres labios blancos. No podía decir ni una palabra. Estaba horriblemente consumida; sus ojos estaban marchitos; los cabellos engrasados por el sudor; sus dedos exangües como los de una muerta; á su pobre cabeza dolorida no le llegaban más que nociones vagas y lejanas. Llena de una laxitud infinita, apenas comprendía que estaba aún en el mundo.

Su humilde belleza de baile vespertino estaba bien muerta. Los cabellos se le enmarañaban y le caían; las órbitas se le habían puesto claras; sus bellas manos, ya descuidadas, eran ya ásperas; su cuello flojo había perdido la esbeltez primitiva, y toda la cara estaba invadida de un tono malsano.

El niño dormía en el lecho conyugal, y el jefe de estación iba del hijo á la mujer, siempre solícito, lleno de timidez, con la mirada atenta. En aquel silencio apenas se oían sus pasos apagados.

XXIII

De pronto se sintió un lloro suave, suave, casi imperceptible. El jefe de estación se acercó á su mujer, é inclinándose con ternura le rogó que se serenase, que fuese valiente.

—¡No puedo, no puedo!—decía ella. Y lloraba otra vez, dulce y continuamente, para no despertar al niño.—Escucha—le dijo—no tengo más fuerzas para disimular. Ahora ya no podría.

El jefe de estación se pasó la mano por la frente. Miró á todos lados. (¿Por qué? ¡Desgraciado!... Todo estaba á obscuras... El lecho se adivinaba por una blancura confusa.) No comprendía aquellas palabras. No las quería saber.

—Calla, calla—dijo arropándola.—Estás enferma; no sabes lo que te dices. Calla, amor mío, calla.

Se sintió un gemido.

—¡Perdóname! He sido muy desgraciada. ¿Me perdonas? Perdóname. Antes de nada, dime que me perdonas.

—Sí, sí; te perdono—le dijo él, abrazándola poco á poco y dulcemente.—Pero cálmate, cálmate: ¡no es para tanto!

La enferma volvió á gemir.

—Escucha...

No podía hablar. Se atarugaba. La voz le salía extraña, gutural y ronca.

—Ya lo sé—continuó—que no me querrás más.

En aquel momento, el niño despertó y se puso á llorar. La madre creyó que entre los lloros de su hijo pasaría más de prisa y más ahogada su confesión, y, bajando la voz, dijo rápidamente:

—En Barcelona... llevé mala vida... llevé mala vida...

Y otra vez prorrumpió en gemidos.

El jefe de estación, abatido, cayó á tierra y estuvo algún tiempo sin conocimiento. Pero al punto le despertaron madre é hijo con sus lloros.

Se irguió, palpando y tanteando, tembloroso; y él también lanzó un sollozo, pero un sollozo solo, tan hondo y tan doloroso, que le desgarraba el alma. Fué un solo sollozo, y después el silencio. Dió unos cuantos pasos. Pensó en todas las ilusiones desvanecidas; se sintió un entierro por dentro, en que los Días Pasados andaban vestidos de negro y con antorchas amarillas. Su frente ardía; su boca estaba seca. Y los ojos cansados, ¡oh, más cansados que nunca! Y le pareció que aquel cansancio de los ojos le dejaría ciego, y él ¡cómo habría deseado no ver más cosa alguna, nunca más! La hiel de la realidad le hacía subir sus amargores hasta los labios.

Pero la mujer seguía llorando. El hijo, cansado tal vez, se había adormecido ya.

XXIV

Y entonces en el jefe de estación nació un sentimiento de lástima y de resignación que iba invadiéndole el alma. ¡Oh, la pobre mujer que lloraba! Desde su miseria, quería alzar los brazos. Nada de egoísmo, de mentiras ni de concupiscencias, pero sobre todo nido de debilidades y de temblores. Doblegada por el viento, enferma por el dolor, arrecida por el frío, la pobre mujer lloraba.

¿Y él, él mismo? Ya comenzaba á hacerse viejo. Y esto no le agradaba. Estaba cansado de la monotonía, de la esterilidad y de la desolación de la vida. Sentía un peso sobre las espaldas. Tenía un gran frío á los pies. El insomnio, el dolor y la tos le atormentaban. ¿Qué valía su vida? ¿Quién era él para juzgar?

Y sintió que desde aquel instante quería con un nuevo amor á su mujer. Compartían una carga de miseria, y no podían separarse. Caminaban como dos vagabundos á la tarde, hasta la gran fosa abierta. Sus cuellos se unirían por las manos, como sus almas por la flaqueza. Y el jefe de estación, conmovido por una caridad tolstoiana (porque en efecto había leído las obras del conde ruso), dijo á la mujer:

—Te perdono, ¿sabes?, te perdono.

Y el llanto de la mujer fué debilitándose hasta apagarse.

XXV

El jefe de estación, aún con el paso inseguro, salió de la habitación. Pensaba en el niño. Sería desgraciado como su padre y su madre. Tendría poca salud. Viviría penosamente. Seguramente era feo. Y adivinó para él, para el recién nacido, un porvenir de tedio. Y se afligió al pensar en la espantosa banalidad, en la espantosa insignificancia que los hombres llevan en las entrañas. Y comprendió que sus enfermedades y sus desalientos perpetuaríanse en la infelicidad de las descendencias, de las tristes generaciones soñolientas y arrecidas que esperaban la sombra de la Inexistencia.

El cielo era gris, y el jefe de estación sintió la gran crueldad de los *rails*, de los alambres del telégrafo, de los cuales ignoraba el nacimiento y el hilo, que le aparecían como las márgenes de lo Sucesivo y de lo Infinito. Algunos pardales piaban.

Y meditó el jefe de estación.

—Tal vez el Todo, la Vida, para consolar á los hombres desligados de él en una separación momentánea, los lanzó en esa vida de apariencias bellas prohibiéndoles el fruto del árbol de la Ciencia. Y si el hombre ha comido

la manzana tentadora, ha visto la Realidad y *ha reparado que estaba desnudo,* y han comenzado su reinado en el mundo la Fealdad, la Tiniebla y el Huracán, enemigos de la Belleza, la Luz y el Ritmo.

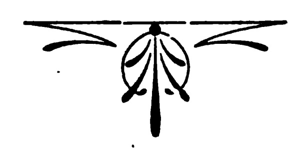
Y le pareció encontrar cierta prueba de aqueste aserto en la maldición que el libro santo del Génesis fulmina contra el tentador: «*Super pectus tuum gradieris, et terram comedes cunctis diebus vitæ tuæ.*»

Y siguió reflexionando el jefe de estación:

—¿No podría enlazarse esta doctrina con la de los tomistas que encuentran la Belleza en la esencia misma de las cosas? Porque ellos, para ser lógicos, han de admitir que el origen de la fealdad está en el pecado, que es el único medio que tiene el hombre para deformar su esencia, y con eso las cosas exteriores, haciéndoles servir de medios para la culpa. Y así saben—¡oh claridad maravillosa!—que el pecado que ha engendrado á todos los demás es el llamado original, ó sea el del Árbol de la Ciencia.

Y el jefe de estación bajó los ojos tembloroso.

Había llegado al parterre de los claveles.



REVISTA BIBLIOGRÁFICA

TERAPÉUTICA SOCIAL

Muchos años tardará España hasta que le vuelva á nacer un ingenio como el de D. Juan Valera, conjunción admirable de doctrina y amenidad, de lectura copiosa y elegancia de espíritu; última forma del humanista y del enciclopédico asistido de todas las gracias del estilo, de todas las agudezas del despejo, de todas las comprensiones superficiales y profundas que extienden el horizonte de un escritor y le hacen perennemente sazonado y gustoso.

Valera ha sido toda la vida (y continúa siéndolo en ocasión en que los años y los achaques suelen apagar el fulgor de la inteligencia) uno de los autores que conservan el don *aperitivo* é incitante. Nada tiene de común con los ilustres papaveráceos que diluyen sulfonal en la tinta y cloroformizan al lector desde el segundo párrafo; ni con aquellos otros que nos sabemos de memoria antes de haberlos leído, gracias á un estilo que Capmany comparó á la Mancha llana porque ofrecen á nuestros ojos, desde el amanecer, el campanario de la aldehuela donde hemos de pasar la noche...

Muy al contrario: lo inesperado, á veces lo inaudito, las curvas y recodos, las digresiones y escapes desde lo transcendental á lo trivial y de puro gracejo, lo anecdótico suministrado con oportunidad por una memoria que retiene las partículas de oro y elimina las impurezas, forman el hechizo incomparable de las páginas que Valera entrega todavía al público con una perseverancia y afición que, triunfando de la dolencia, toma ahora vislumbres de heroísmo.

Otra condición extremadamente simpática es la que induce al autor de *Pepita Jiménez* á la lectura y estudio de toda novedad, siguiendo eso que llamamos «movimiento intelectual» con ardor verdaderamente juvenil y con una curiosidad insomne y panteística. El último de sus libros, aparecido estos días, corrobora cuanto llevo dicho y pone de manifiesto la vigilante atención del Sr. Valera. Se trata de *Terapéutica social,* extraída de novelas, poemas, artículos y disertaciones, juzgados, expuestos ó comentados por el autor, con su peculiar malicia.

Desde lo que hemos convenido en llamar desastre nacional, acaso desde algunos años antes, ha surgido una corriente literaria cuyo fondo es la preocupación acerca de los destinos de España. En formas artísticas ó en formas dialécticas, encerrado en símbolos ó analizado en capítulos de sociología, este problema ha engendrado

una como *literatura de la regeneración*, que será el documento y testimonio de la mentalidad española en cuanto se refiere á los infortunios de las postrimerías del siglo XIX. Esta literatura tiene algo de acción y algo de reacción; nace de impulsos interiores y completamente autóctonos en unos, y supone en otros provocación y estímulo operados por las cosas que fuera de España se dicen y se piensan.

Como pretendo escribir de buena fe, no desconozco que, en este y en anteriores trabajos del Sr. Valera, las observaciones aisladas, los reparos de detalle, las consideraciones que opone á toda exageración, son, en general y tomados uno á uno, muy atinados y discretos. Es claro que la preocupación de nuestras desdichas ha ejercido para algunos influencia sobrado deprimente ó ha lanzado á otros por senderos de delirio y utopia. Pero esto sólo en la esfera intelectual, porque en la otra, en la esfera popular, en la del país considerado en conjunto, no ha podido advertirse la más leve preocupación que nos sacara de nuestro patriarcal *jemenfoutisme*, como dirían los franceses.

Aquí se ha escrito un libro como el de Macías Picavea, y son numerosos los españoles cultos que desconocen su título y hasta su existencia. El hondo patriotismo que palpita en aquella obra, la fiebre generosa que enciende cada párrafo y cada página, que da calor á sus grandes aciertos y á sus mismas equivocaciones y resabios de secta, hubieran debido encender también el anhelo de algo grande, provechoso y restaurador. Diríase que aquel libro fué sofocado y que su acción y su germen fueron esterilizados cuidadosamente para que no fecundaran el alma colectiva con nuevo y poderoso ideal, único origen de todas las resurrecciones y palingenesias nacionales.

La antigua y grande y sincerísima admiración que yo profeso al Sr. Valera me hace sentir que por los intersticios de sus escritos de ahora concernientes á esa «terapéutica social» se escape cierto vaho sutil que convierte las verdades parciales en uno como error de conjunto. Las disquisiciones extremadas, las pinturas demasiado funestas y sombrías, los apóstrofes sobrado violentos, pueden conducir á cierta sumisión fatalista y estacionaria y á quitar toda fe en la posibilidad del remedio; pero ¿no conducen á este mismo resultado las defensas del *statu quo* y el halagar de consuno nuestra vanidad y nuestra pereza suponiéndonos víctimas de una conjuración unánime de todos los pueblos de la tierra para hundirnos en el descrédito y en el olvido? No basta una frase de Montesquieu ó un artículo de Masson en la *Enciclopedia metódica* para armar tal conjura. Si fuésemos á hurgar en la misma *Enciclopedia* y en el mismo *Espíritu de las leyes*, encontraríamos cien conceptos análogos aplicados á otros países y naciones que, con todo y con eso, no se suponen víctimas de la universal iniquidad.

Todos los países y naciones tienen sus enemigos y detractores sistemáticos. ¿Mas esto influye el balance final de sus destinos? ¿Modifica su peso específico en un solo adarme? ¿Qué han dicho Francia y todos sus burlones ingenios de nosotros los españoles que no hayan dicho antes, con grandes creces, de los tudescos? ¿Qué veía Europa en los japoneses, antes de la guerra actual, sino un conjunto de *titís* más ó menos graciosos y simpáticos?

La elocuencia misma de las cosas se encarga de desvanecer tanto las falsas prevenciones como los aparentes prestigios, con gran ventaja á la elocuencia de los alegatos. Bien están las vindicaciones y desagravios literarios; bien están, sobre todo, los estudios expositivos de nuestra cultura antigua y moderna, aunque sería más conveniente que no se turbaran con ardores polémicos, enemigos de la estimación justa de las cosas y de las proporciones. Empeñados en la refutación de lo contrario, es fácil caer en la afirmación de lo contradictorio y en extremos paradojales y enfáticos.

Por más esfuerzos que se hagan, precisamente en vista de estos esfuerzos, no se puede ocultar que España, tan gloriosa y fecunda hasta el siglo XVII, no ha aportado contingente valioso á las conquistas de la ciencia moderna ó experimental. ¿Qué ha habido en España muchos hombres sabios, ilustrados, conocedores de estas disciplinas? ¿Que no ha sido esto, como algunos afectan creer, una despreciable Beocia? Es verdad. Pero también es verdad que nos hemos limitado á una actitud *defensiva*, de asimilación más ó menos tardía ó más ó menos rápida, sin alcanzar aquel grado de potencia *agresiva* que puede resumirse en la originalidad, ó sea: invención y descubrimiento.

Contestar á esto con una lista de grandes teólogos, pensadores, metafísicos y gramáticos de la edad media y del renacimiento es caer en petición de principio, lo mismo que invocar los casos — frecuentes en todos los pueblos — de precursores, de inventores á medias, de conatos y atisbos imperfectos de tales ó cuales verdades ó aplicaciones científicas. Yo no diré que esta escasez sea atribuíble al Santo Oficio ó á la insuficiente alimentación de nuestra raza, porque, á la verdad, me parece muy peregrina filosofía de la historia la que he conocido estos días, según la cual el proceso de las naciones y su influjo en la civilización deben deducirse de los beafteacks que comieron y de los litros de vino y cerveza con que los rociaron. Pero el hecho existe, sin necesidad de sumirnos en honduras históricas que acaso no nos den jamás ni convicción ni remedio.

Temo que la fisga encubierta y el desdén aristocrático y de hombre superior con que el Sr. Valera aprecia á menudo las ventajas y esplendores de la civilización material, barajando la luz eléctrica y el teléfono con la máquina de coser, no sean debidamente entendidos y fortalezcan nuestro desprecio hacia ese orden y *outillage* que debe saberse manejar bajo pena de la vida, porque nadie será en el mundo tan mentecato que no adopte las mismas armas poderosas de que se sirven sus enemigos y rivales. Temo también que esa indulgente ironía del Sr. Valera venga á robustecer la placidez conformista del *planglossismo,* que es la más cómoda de las maneras de defender á la Patria.

Precisamente la preocupación del problema español ha cesado y casi estamos á punto de declarar que no existe. ¿Qué patriotismo es éste? Hace poco que, en un libro acerca del Japón escrito antes de la guerra, he encontrado acerca de la fiebre *cultural* y patriótica de aquel imperio un dato, un episodio mejor dicho, del más alto interés. Cierto oficial joven se suicidó — en la forma de suicidio solemne, propia del «lealismo» japonés — ¿por qué se diría? Para sellar con sangre la sinceridad de sus

reconvenciones al Gobierno por mirar con indiferencia las extensiones y audacias de Rusia en el Extremo Oriente, considerándolas cuestión de vida ó muerte para su patria y crisis suprema en la cual se ventilaba el tránsito desde nación «mediatizada» á potencia hegemónica. Ocurría esto en 1893... La memoria del joven oficial fué, puede decirse, como la profecía y la base de cuanto ha venido después.

MIGUEL S. OLIVER.

JUAN GARCÍA NIETO.—*Apuntes sobre el problema religioso.*—Madrid, 1904.

En realidad, este libro, más que una obra doctrinal y de carácter sistemático, es el producto de un espíritu culto que disertara amenamente sobre cuestiones tan complejas como estas que afectan á la vida psíquica. Habría que diferenciar si los caracteres de la religiosidad presente son asimilables á los caracteres de la religiosidad pasada, y si ciertas manifestaciones que se tienen por irreligiosas no son el producto más neto de esa misma é innata religiosidad. En estos momentos se da en Europa el fenómeno anarquía, y desde los antros de esa Tracia espiritual Boreas llora y gime, y se lamenta tan tristemente como si el dolor humano de diez y nueve siglos de injusticia llorara por él. Ahora bien, el anarquismo tiene como base la creencia, la creencia en un estado mejor, material, tangible. Ese estado mejor es el Paraíso que les prometió el Cristianismo humanizado. No se podía hacer del hombre un elemento dinámico, social y al mismo tiempo echarle encima el peso de una esclavitud mansa y liberal, pero tan esclavitud como la primitiva. El proletariado se ha hecho anarquista por esa necesidad religiosa que todos desean satisfacer, y el error del Cristianismo ha sido el desdeñar al pueblo creyendo que las aristocracias lo serían siempre todo.

La Reforma primero, y la Revolución francesa después, retardaron la llegada del anarquismo como doctrina y del anarquismo como creencia, puesto que latente existió siempre allí donde hubo protesta. Dije antes el Cristianismo y es la Iglesia la que desde luego se separó del pueblo, y el pueblo, al ver que en el orden material la Reforma y la Revolución francesa no hacían más que continuar el Cristianismo, se echó resueltamente en brazos de la anarquía. En el estado positivo el hombre renuncia definitivamente á descubrir las razones últimas de los hechos para contentarse con la experiencia sensible. Que el hombre sea *un animal religioso*, como se ha dicho, no puede negarse; pero la palabra religión se ha tomado como si tuviese un sentido propio, como si hubiera un Código de leyes religiosas, y lo que hay es sencillamente sentimientos é inclinaciones hacia determinados hechos naturales, que por su carácter de grandiosidad nos inspiran nobles sentimientos. Desde hace diez y seis siglos, ha dicho Hipólito Taine en un estudio sobre Marco Aurelio y su filosofía, hemos aprendido mucho; pero en moral nada hay que tenga la altura y la verdad de esta doctrina. Vivimos, cualquiera que sean nuestros pensamientos, en una

atmósfera esencialmente cristiana, y el Cristianismo sigue siendo la base fundamental de las conciencias modernas, en las que están contenidas nuestras conciencias individuales. Pero esto puede sólo decirse, refiriéndonos á lo que de eterno contiene la ética nazarena. En esto estamos conformes con el Sr. García Nieto; en esto, y también en lo que al librepensamiento español se refiere. Para llamarse librepensador es indispensable, desde luego, tener una gran base de cultura que le permita á uno desechar ciertos prejuicios que turbarían no poco la serenidad del que se dedica á investigaciones científicas ó á especulaciones filosóficas de cualquier orden. El librepensador español ó «los llamados librepensadores» «que forman secta ó monipodio» pertenecen, por regla general, á la muy honrada clase de zapateros, carniceros, etc., y algún que otro maestrillo de escuela de añadido, que apenas pudo hincarle el diente á la Gramática en los cursos de la Escuela Normal. Estos señores, cuyas profesiones yo respeto tanto, por lo menos, como la de monarca constitucional, suelen estar afiliados ó, hasta ahora al menos, solían al partido republicano como el más extremo, y tienen tal confusión de ideas que á las veces son absolutistas, á las veces anárquicos, y siempre repugnantemente bestias. Pues bien, en provincias, y aun en el mismo Madrid, toda la España sensata opone (y ésta es la razón por lo que no ha sido nunca la República poder sino momentáneamente) una resistencia considerable á que esos respetabilísimos descamisados que amenazan constantemente con abolir la propiedad, la religión y la familia, puedan ser algún día los jefes del cotarro. Como la religión siempre ha ido en España asimilada á las ideas de orden y de disciplina social, es muy difícil dar una batalla en el terreno político contra ciertas ideas que hoy están, y no sin razón, muy arraigadas. El problema religioso en España presenta caracteres completamente desemejantes á los del problema en otras naciones, y en las soluciones que dan muy profundos pensadores peninsulares, apenas si se tiene en cuenta nuestra ferocidad y nuestra incultura. Sería cosa de muchísimo tiempo, y de más espacio aún, esto de discutir los caracteres que el problema religioso presenta en nuestro país. Me faltan lo uno y lo otro, y así, este libro que plantea problema tan esencial y tan vitando entre nosotros ha de quedar reducido á una ligera noticia bibliográfica. Algo, sin embargo, se me ocurre decir de Schopenhauer, á quien creo que ha entendido mal el señor García Nieto. Schopenhauer es, á la vez, pesimista y misántropo; pero yo creo que esto era en él constitucional y lo dice sinceramente. La misantropía es injusto pensar que sea la filosofía de los malvados. El hombre es felizmente un conjunto de contradicciones, y una de las más notables es seguramente la que hace de muchos misántropos decididos seres en la vida práctica, caritativos y hasta propicios á la ternura. Es muy frecuente encontrarse con individuos que se dedican á injuriar á los hombres y que, por otra parte, les hacen todo el bien que pueden. La misantropía no fija su atención en las grandes leyes de la naturaleza para hacer destacar su carácter fatal y desolador, según dice Eduardo Rod. El hombre es el que sirve de objeto á su peligrosa perspicacia, y olvidando que no es un ser aislado en el mundo, despojándole de la tiranía de los hechos exteriores, le examina y critica en sí mismo reprochándole, no solamente que sea lo que es, sino que no pueda ser otra cosa;

cargándole con el peso de los móviles externos é internos que gobiernan su voluntad para mostrarle su esclavitud, penetrando en los arcanos de su conciencia para indignarse contra las ideas que en ella se elaboran sin tener en cuenta los esfuerzos de su inteligencia para hacer luz en estas tinieblas. La misantropía es, sin embargo, y á pesar de que atestigua deplorándolo el carácter relativo del bien y del mal, un estado de alma más bien que un sistema filosófico, y el pesimismo es una doctrina inofensiva y triste, más especulativa que práctica, y que sólo ejerce un mediano influjo en la conducta de la vida. Se funda en una observación general del conjunto de fenómenos que en su cambio incesante sólo manifiestan en definitiva el deseo y el hastío y en un análisis más particular de la suerte de la humanidad, que es más doloroso porque es más consciente, porque el hombre tiene noción de su tristeza y fugacidad. Si se busca la idea principal de que el pesimismo saca sus fatales deducciones, se verá que es en la idea de la muerte, por una suprema contradicción, lo que el pesimismo achaca más á esta existencia miserable es lo de ser transitorio. Schopenhauer es á la vez pesimista y misántropo, aunque en él el pesimismo es más vivo, más sincero que la misantropía, y, en realidad, los que aceptaron su teoría eran gentes que se hacían pesimistas por los dolores personales, por los que más irritan la sensibilidad. Conste, pues, que salvo diferencias de criterio, á veces muy necesarias, el libro del Sr. García-Nieto es una amena disertación por los campos de la religiosidad que termina con una oración al Ser «cuya esencia lo llena todo: el mundo y el hombre».

El juicio pericial y su procedimiento, por *Joaquín Costa*. — Biblioteca de Derecho y Ciencias Sociales.—Madrid, 1904.

«Sucede con bastante frecuencia, en actas ó estipulaciones privadas, en escrituras de transacción ó de sociedad, en actos de conciliación, etc., que dos ó más partes se convienen en someterse á lo que decida un *tercero*, ó uno, dos ó tres *peritos*, *prácticos*, *personas entendidas*, *liquidadores*, *contadores*, *partidores*, *apoderados ó compromisarios*, ya los designen con alguno de estos nombres ó con el compuesto de *peritos contadores*, *peritos liquidadores*, *etc.*, ya con el genérico é indefinido de «*personas*», ó con el individual de «Don Fulano y Don Mengano», sobre liquidación de frutos y rentas ó de daños y perjuicios, sobre participación de bienes comunes, hereditarios ó no, sobre existencia ó no de una servidumbre, sobre cuentas de una administración, sobre las causas de un incendio en inmuebles ó géneros asegurados, sobre determinación y avalúo de obras hechas, sobre aprecio ó regulación de honorarios, sobre inteligencia de las cláusulas de un contrato de sociedad, sobre deslinde dudoso de dos predios, sobre prelación de créditos, sobre si es de recibo una obra conforme á las condiciones del ajuste, sobre mejor derecho á una herencia, etc.; y para esta clase de juicios simplicísimos no existe en la ley procesal, ni en ninguna otra, un orden definido de enjuiciar, dado con carácter de generalidad, como lo hay par-

el juicio arbitral y para el de amigables componedores, siendo lógica consecuencia la anarquía reinante en los tribunales acerca de la materia, que se hará patente en lo que sigue.»

«Alguna vez, esta manera de juicio civil se instaura de oficio, por disposición expresa del *legislador*, en casos y materias particulares, pero es la excepción. Su origen, su ley, su fundamento están ordinariamente en el *contrato*, y, por tanto, en los artículos 1.091, 1.101, 1.258 y 1.278 del Código civil principalmente.» «Pero la experiencia diaria, los incidentes sin cuento, eternamente repetidos, sobre lo más elemental, que se arrastran á la continua por los tribunales, y los repertorios de la jurisprudencia con sus ambigüedades, indecisiones y contradicciones frecuentes, acreditan que, en el hecho, la ley del contrato no basta, con ser tan omnímoda la libertad de los contratantes; que son menester reglas supletorias, articuladas con carácter general en un *título* propio, al modo como lo están, v. gr., en el libro II de la ley de Enjuiciamiento civil «los juicios de árbitros y de amigables componedores», y en la sección de pruebas «el dictamen pericial», con los cuales guardan analogía. El juicio pericial constituye en la actualidad una institución consuetudinaria, en cuyo ejercicio una jurisprudencia poco estudiosa, ó preocupada y doliente de legalismo, ha introducido el caos; y urge definir legislativamente su morfología, lo que llamaríamos su ley orgánica, su validez y eficacia y el orden de enjuiciar. Como urge refundir totalmente, reduciéndolas á unidad y haciéndolas menos rígidas y formularias, las otras dos especies de arbitraje ó juicio contractual que acabo de nombrar—el juicio de árbitros y el de amigables componedores—inspirándose, al par que en la costumbre y demás precedentes patrios, en el ejemplo de la notable «ley de arbitraje, 1889», de Inglaterra y del Código de procedimiento civil de Italia tan flexible y expansivo.» «Mientras esa cristalización de la materia difusa del derecho tocante á juicios periciales se lleva á cabo, no hay otro medio sino aplicar directamente los citados artículos del Código civil, interpretando cada caso según las reglas generales de los contratos y las de procedimiento dadas para dichos actos y juicios congéneres y para algún que otro ejemplar de juicio pericial regulado en la Ley de Enjuiciamiento civil y en el Código de Comercio, y guiándose, bien que con cautela y desconfianza, por la práctica de los tribunales y amparándose en ella. Conviene, por tanto, agrupar ó sistematizar la materia dispersa de este ramo, formando con sentencias de casación, aplicaciones de leyes generales y generalizaciones y analogías de reglas casuísticas un cuerpo de doctrina que surta provisionalmente efectos de ley.»

«Para una tal compilación podrá quizá ser de algún provecho los siguientes apuntes, recogidos al azar con motivo de un caso práctico, singularmente instructivo, que se substanció en 1902 en el Juzgado de primera instancia de Manzanares, el cual enseña hasta qué extremo brinda ancho campo á las cavilaciones, al neurosismo y á la mala fe de letrados, de litigantes y de caciques el estado difuso, inconcreto y esporádico del derecho supletorio que preside á los juicios de contadores, liquidadores ó peritos.»

Trabajos del Laboratorio de investigaciones biológicas de la Universidad de Madrid.—Tomo III.

Nada puede dar tan completa idea de la importancia de esta notable publicación, en la que se ve que España, al menos en lo que se relaciona con las ciencias médicas, progresa hasta convertirse de copista en creadora, como el índice de trabajos del libro que acabamos de hojear, y cuya lectura recomendamos á nuestros lectores. He aquí ese índice:

S. Ramón y Cajal: Algunos métodos de coloración de los cilindros-ejes, neurofibrillas y nidos nerviosos.

S. Ramón y Cajal: Variaciones morfológicas, normales y patológicas del retículo neurofibrilar (con 4 grabados).

Dr. G. Pittaluga: Observaciones morfológicas sobre los embriones de las filarias de los perros (*filaria immitis*, Leidy) (con un grabado).

S. Ramón y Cajal: El aparato tubuliforme del epitelio intestinal de los mamíferos (con 4 grabados).

F. Tello: Disposición macroscópica y estructura del cuerpo geniculado externo (con 7 grabados).

S. Ramón y Cajal: Asociación del método de nitrato de plata con el embrionario para el estudio de los focos motores y sensitivos (con 12 grabados).

S. Ramón y Cajal: Contribución al estudio de la estructura de las placas motrices (con 3 grabados).

D. Sánchez: Un sistema de finísimos conductos intraprotoplásmicos hallado en las céludas del intestino de algunos isópodos (con 6 grabados).

F. Tello: Las neurofibrillas en los vertebrados inferiores (con 20 grabados).

S. Ramón y Cajal: Origen del nervio masticador en las aves, reptiles y batracios (con 6 grabados).

R. Turró y A. Pi y Súñer: Mecanismo fisiológico de la inmunidad natural.

S. Ramón y Cajal: El retículo neurofibrilar en la retina (con un grabado y una lámina litografiada).

S. Ramón y Cajal y *D. Dalmacio García:* Las lesiones del retículo de las células nerviosas en la rabia (con 28 grabados).

J. Murillo: Nuevo procedimiento de atenuación y nueva vacuna anticarbuncosa (con 2 grabados).

S. Ramón y Cajal: Neuroglia y neurofibrillas del *Lumbricus* (con 4 grabados).

S. Ramón y Cajal: Variaciones morfológicas del retículo nervioso de invertebrados y vertebrados sometidos á la acción de condiciones naturales (nota preventiva) (con 5 grabados).

VENCIDO...: Novela por *V. Gómez Ugalde*.—Madrid, 1905.

El Sr. Gómez Ugalde hace sus primeras armas literarias con una novela. Esto de empezar haciendo libros es cuestión de gustos. Hay quien sabe prepararles cama y dejarles caer á tiempo. Hay quien los echa á la calle cuanto antes, á correr todos los albures de lo desconocido. Esto es ni más ni menos que un problema de la vida literaria: el de los libros prematuros, un problema de los más pródigos en deducciones, de los más dignos de cavilar.

Yo para mí creo que el del Sr. Ugalde es un libro lanzado con mucha prisa. De todo él se desprende un candor, una inocencia literaria incomparables. No obstante, tiene algunas cosas aceptables y hasta buenas, esto, claro, teniendo en cuenta lo relativo de la bondad.

El asunto es sencillísimo en su origen: un muchacho de pueblo, de pueblo castellano, cuya familia le sostiene en Madrid estudiando carrera mayor; este muchacho, como es de rigor, sufre las inclemencias de un hospedaje modestísimo, y tiene dos grandes amigos que ejercen sobre su ánimo influencias contrarias: uno es el Bien, otro es el Mal. El autor los simboliza llamando Sócrates al primero, Babilonia al segundo. Ya tenemos la novela: ¿hacia qué lado va á caer este asendereado muchacho? Y el título contesta que es vencido.

Luego la madeja se enreda. Cada uno de los amigos del héroe desarrolla su estrategia. Éste le predica constantemente — como un mancebo de novela ejemplar — hablando de moral, de deber, de placeres regimentados... Aquél le incita al placer sin freno, á los amores fáciles, á echarse el alma á la espalda viviendo en ajetreo constante una vida deshonesta y rebelde... Supondréis que este libro es un continuo parangón. Hay un estudiante bueno y otro malo. Hay santos, plácidos y tranquilos amores, y hay quereres fogosos, materiales, lúbricos.

Hay dudas sobre la religión inculcada en el hogar por la madre; hay añoranzas de la infancia, que corrió entre las paredes de una pensión católica; hay francas disensiones internas; hay, por último, decisión enérgica de una voluntad, tal vez descarriada, tal vez llena de razón, que se determina por una vida ilegal.

No hay que extrañarse por este adjetivo *ilegal*. Si el Sr. Ugalde ha querido pintarnos una caída moral, un hombre precipitado en lo indigno y en lo abyecto, no ha conseguido nada de esto. Que un jovenzuelo salga derrotado en una asignatura, que ande calavereando en modestos lupanares, que concluya por hacer vida marital con una Aspasia de menor cuantía, son lirismos de los veinte años... Todo esto no es caer, ni cosa que se le parezca; aquí no hace falta, como cree el autor, una grande, una inmensa redención... ¿Por qué? Si se trata de una pequeña, de una leve, de una insignificante transgresión de ciertas convenciones sociales; si todo concluye normalmente, volviendo las aguas por su cauce. Si el que más y el que menos *ha caído* de esta manera y no le ha costado el más pequeño esfuerzo levantarse... Y se comprende lo flojo, lo endeble, lo inocente de esta tesis.

Hablemos de la forma, del amor al estilo — el primero de los mandamientos nietzcheanos. — El Sr. Ugalde ni remotamente lo cumple. He rebuscado en las pá-

ginas de este nuevo libro alguna intentona de originalidad sin encontrarla. Si acaso, he visto algunas notas de observación atinada de lo real. Me refiero á dos ó tres capítulos en los que el Sr. Ugalde describe un pueblo de la tierra castellana y á algunos párrafos que hablan de la Universidad, de vaivenes estudiantiles en la época terrible, emocionante de los exámenes.

Describir el estudiante coetáneo que de cuando en vez nos conmueve con sus algaradas irrespetuosas é ingenuas, este estudiante que vocifera en todo acontecimiento político, que suele no tolerar el tradicionalismo de ciertos catedráticos, este estudiante que á la postre claudica en la lucha por la vida de la ciudad, ó que se mete en su rincón, ó en cualquiera otro, de juez, de escribano, de médico titular, de boticario, y que lleva una existencia anodina, evocadora y chismorrera, hubiera sido un hermoso material para el Sr. Ugalde, que por lo visto ha vivido, ó vive aún, todas estas cosas.

Nos quedaremos, pues, con nuestros admirables estudiantes de Víctor Hugo; nos recrearemos con el Poquita Cosa y nos conmoveremos con el noble, con el santo, con el bueno de Alejandro Miquis escuchando su conversar con el célebre Doctor... Lo digo porque, cuando abrí el libro del Sr. Ugalde, creí habérmelas con el estudiante actual, que está — cosa rara — por descubrir, y he sufrido un desencanto.

SIMÓN DE MANTUA.

AVE FÉMINA: por *Miguel Sawa*.— Madrid, 1904.

Hay ciertas horas en las que gustamos de hojear libros breves, sin argumento, por cuyas páginas, ligeras y espontáneas, veamos deslizarse vidas, episodios, impresiones sin conexión alguna, sencillamente yuxtapuestas con este desorden inefable, con este desbarajuste característico de nuestra humana existencia. Hay ciertas horas reposadas, tranquilas, en las que no queremos pensar, sino sentir. Entonces experimentamos un curioseo de otras vidas, un afán de saber cosas naturales, corrientes, cosas que le han pasado á gente ajena ó que ha imaginado un escritor de nuestro agrado. En tales momentos buscamos estos libros breves, sin argumento, que son una amable compilación, y leemos uno tras otro, sin fatiga, todos sus capítulos. Cada uno de éstos encierra una historia, una evocación, una manera de ver el mundo. Y cuando acabamos de leer tales libros, inconexos, fragmentarios, acaso nos sentimos como confortados y distraídos. Esta curiosidad sana, este interés plácido, sin urdimbre preparada, suelen hacer al lector momentáneamente feliz, porque le abstraen un momento de sí mismo.

Ave Fémina de Miguel Sawa es uno de estos libros: una compilación de impresiones, de discursos de un cerebro sano, optimista y burlón. Escribe Miguel Sawa con una sencillez y con un desenfado que yo estimo adorables—aburrido ya de tanto empaque, de tanta altisonancia.— Sabe dialogar con un naturalismo apropiado;

es decir, haciendo en el diálogo verdaderas concreciones de la vida. En los capítulos de *Ave Fémina* se encuentran una gracia sutil y un fondo irónico. El estilo es cortado, elegante, fácil, ligero; gustándolo se recuerda á Maupassant.

De todo hay en este libro. Esta damita ingenua, que albergó en la portada el intencionadísimo Sancha, ha debido emocionarse á ratos, palpitándole el pecho, y quizás ha sonreído, guiñando sus ojos negros, al saborear la sátira donosa del autor. Porque el autor conoce al sexo débil, lo que se dice á fondo. Téngase en cuenta lo difícil del psicologismo femenino, de ese psicologismo que ha querido monopolizar Bourget, para comprender cuanto de bueno hay en Sawa al descubrirnos el de nuestras muchachas madrileñas de la clase *que trabaja*, por ejemplo.

Como yo no puedo contaros, uno por uno, los veintitantos asuntos de este libro, me conformo—y así corroboro lo que acabo de decir—con hablaros de una página titulada *Madrileñas*, en la cual se describe nuestra hora alegre, *de siete á ocho* (de la noche), de una manera admirable. Sawa ha comprendido el tipo de la obrerilla madrileña y se ha internado en sus almas candorosas y sencillas. ¡Figuraos que creen en la inmortalidad del amor y en el triunfo definitivo de la virtud! ¡Figuraos que no conocen más literatura que los novelones del Sr. Pérez Escrich!...

«No, no penséis mal de esas muchachas porque son pobres—dice el autor á estos hombres terribles que no creen ni en su madre—y porque son jóvenes y porque son bonitas. ¡Si supieran ustedes «que por ayudar á la casa» no tienen otra ropa que la que llevan puesta, y que la más rica de ellas no guarda de ordinario en el portamonedas más que los diez céntimos indispensables para el tranvía!»

Y como esto conmueve, porque no deja de ser triste, sordamente triste, yo quiero concluir dejando en vosotros una dulce emoción que producen estas frases de Miguel Sawa:

«Ya sonó la hora del reposo. Dejadlas que rían y alboroten y que alegren las calles con su presencia. Y miradlas, miradlas. ¿Verdad que viéndolas se siente la necesidad de amar y la vida no nos parece tan mala y la felicidad no nos parece tan imposible?...»

CAMINO ADELANTE: Novela por *Francisco de Camba*.—Madrid, 1905.

¿No sabéis de los amores ardientes que nacen en pechos villanos hacia alguna muy noble, muy bella, muy encumbrada dama? ¿No sabéis de los amores sin esperanza que muerden el alma, que ensombrecen la vida? ¿No habéis asistido al luchar de estos galanes legendarios por destruir una pasión imposible, que ignorarla parece quien la inspira?... Sí, esto lo conocéis, esto es antiguo y se ha deslizado por todas las literaturas. Estas historias de insospechados, de vehementes amores, son conmovedoras y tristísimas, con una honda, plácida, infinita tristeza... Pero también sabéis cómo acaso estos amores triunfan... Y después son más dolorosos y amargos por no ser continuados, sucesivos, perennes; por ser una iniciación tan sólo. ¡Y pensad qué de cruento tendrá el gustar del bien de amor suspirado y abandonarle tan presto!...

Con tan bello asunto ha hecho un bello libro Francisco de Camba. Amaro, «mozo de cortos años y presencia bien gentil», que lleva «la cítara de los trovadores á la espalda», y que parece un hijo de las edades caballerescas á pesar de su atavío coetáneo, recorre, como los juglares de otros tiempos, las aldeas, los caseríos y las vetustas mansiones señoriales de la poética mansión gallega. Va de un lado á otro, con un hambre constante de nuevas perspectivas, de ver otros horizontes y otras tierras. Tiene un espíritu inquieto, bullidor y unos ojos ensoñadores y azules. Cantaba «como si aletease un alma en la cavidad del acorde», y el acento del mozo era sincero, «como si ritmase pesares sentidos».

El romántico peregrino hace alto un atardecer ante el viejo caserón de Lousada, donde reina Carmela, una muy bella dama, de muy antigua nobleza. Amaro canta canta á los pies de la dama, y ella, hospitalaria y conmovida, le concede albergue. Al oir el cantar del bohemio, «los ojos de Carmela, allá en la penumbra, lucían con un brillo extraño; con esa misteriosa vaguedad de las noches obscuras cuyas tinieblas rasga á menudo el fulgor de alguna estrella muy lejana».

Y ya sabéis cómo Amaro se enamora de Carmela, esposa de un hidalgo valetudinario y escéptico, y comprenderéis las penas hondas, las mudas penas del trovador. «La dama de sus sueños nunca llegaría á corresponderle. Era una gran señora de belleza grande, y Amaro exageraba lo exiguo de su valía para merecer de ella ni una limosna de amor.» Sí, exageraba Amaro; olvidaba que su voz armoniosa, llena de antiguas remembranzas, conmovía á Carmela... Y figuraos qué de cosas sentidas, qué de poesía tierna, de abrasadoras lágrimas, hasta que uno y otra se enlazan «besándose sin desunir las bocas, besándose con besos largos, con besos casi dolorosos». Y luego la separación, la separación por siempre, ese adiós triste de las marchas sin regreso de que habla el poeta. Pero Amaro comprendía la razón de Carmela cuando, según su mandato, reanudó su vida errante, aventurera. «Y comprendía algo más: que la dicha había acariciado un momento de su existencia... El recuerdo de aquel momento ¿tendría fuerzas para embellecer los restantes?...»

Francisco de Camba ha realizado en su novela una labor delicada y sentida. Su poesía dulcemente bucólica, llena de suave arcaísmo, triste, quejumbrosa, nos melancoliza el alma. Hay en este libro unas páginas que describen la estancia corta de los zíngaros en la aldea, que narran sus añoranzas inefablemente tristes; son unas páginas de perdurable belleza literaria.

Pero algo hay que quita mérito á esta obra. Es una grande, una abrumadora influencia que se apodera del autor, haciéndole casi imitar á un muy grande estilista paisano suyo. Francisco de Camba cura su mal en salud, y en un proemio osado y sincero nos da á conocer la consciencia de lo que hace. Yo no creo, como él, que la influencia, que la semejanza con el dicho autor se halle en hacer hablar á los aldeanos del solar galaico un castellano medioeval y en respetar su sintaxis antigua. No. Esto está absolutamente justificado. La influencia se determina en el estilo; en aquel afán de hacer imágenes evocando los tiempos muertos, las figuras del ayer y en pretender dar á todo aquel misticismo adorable y exótico que es monopolio entre nosotros del novelista de referencia. No obstante, hay en *Camino adelante* muchos

destellos de personalidad, muchas bellezas exclusivamente subjetivas. Camba está condicionado para brillar con luz propia. Adquirirá — y no tarde — su *yo* literario bien definido. Y «puesto que el autor no acaba en la sola obra conocida», como dice en el proemio, y pues que nos manda esperar, esperemos de él, con toda fe, una obra exquisita y muy suya.

AVES DE PASO: Novela por *Héctor Abreu*.—Madrid, 1904.

Yo las he conocido al través del Océano, en los grandes trasatlánticos. Las que yo conocí venían de Méjico y de Cuba. Hablaban de sus cafetales y de sus ingenios, de sus haciendas y de sus minas. Mostraban sus brillantes opulentos y sus clásicas cadenotas de oro. Volaban en pos de las tierras de Europa. Posaríanse un instante en Coruña ó en Santander, en Saint Nazaire ó en el Havre, para internarse más luego en las grandes capitales, dispuestas á deslumbrar, dejando por doquier trocitos del oro amasado en América.

Yo las he conocido; pero después las he perdido en las evoluciones de su vuelo. El Sr. Abreu, notable literato, las conoce plenamente. Su novela *Aves de paso* nos presenta una bandada de éstas en constante aleteo por Europa. Es una familia «inmensamente rica» atacada de esa enfermedad de los indianos, aún no definida, que se determina por una inestabilidad pasmosa, por un afán desatentado de no arraigar en ningún sitio. Yo me explico este fenómeno. Estas *Aves de paso* despéganse del fondo social del continente antiguo. Abandonan el nido donde doraron sus plumas creyendo haber contraído con la aurífera tintura el mérito bastante para alternar con las altas sociedades de por acá, con estas sociedades encastilladas que suelen tolerar, cuando más, á los *Nababs* para destrozarles sus millones y concluir cometiendo esas grandes injusticias, esas burlas sangrientas, colectivas, de que nos habló Daudet. Y es que existe entre ambas plutocracias, entre la europea, solariega, llena de abolengos, constituyendo una especie de aristocracia — y muchas veces fusionada con la verdadera, — y la que se forma en suelo colonial ó americano, una bien tangible distanciación espiritual y consuetudinaria. He aquí un novelable aspecto del capitalismo: un filón poco explotado. ¡Qué de dramas, qué de tristezas y miserias, envueltos entre las letras, los consolidados, las acciones y las onzas sonantes de los indianos!... ¡Cuánto de ridículo en la vida á la europea de estos millonarios, que debieran enterrarse en Honduras, en la Habana ó en Montevideo antes que ser blanco de risas y materia explotable de París ó de Madrid, de Biarritz, de Trouville ó de San Sebastián!...

La novela del Sr. Abreu nos muestra todo esto de una manera admirable y muy real. El Sr. Abreu ha estudiado el asunto viendo volar en torno suyo las *Aves de paso* que tan bien califica y que tan bien describe. D. Marcos Labastida, el jefe de esta familia, emigró de España, siendo joven y apuesto militar, á consecuencia de cierto duelo famoso. En Lima hizo un fortunón, una atrocidad de millones, y también en Lima constituyó un hogar que alegraban tres niñas de ojos tropicales y de modales

soñadores y nostálgicos. Y cuando estas niñas fueron tres damitas encantadoras, elegantes, empezó el ir y venir, el surcar los mares, el corretear por Norte América, por Francia, por Italia. Y entonces principió la lucha, el anhelo de figurar, de lucirse. En Londres las bellas criollitas se iniciaron en el temible *flirt* que luego experimentan en todas partes, en tanto hacen cosquillear sus sedas y destellar sus brillantes, ó mientras coquetean adorablemente por playas y balnearios. En seguida se encuentran rodeadas por esa corte de grandes, de elegantes vividores, á la caza de fortunas bien saneadas, que sugestionan con su *pose* á las angelicales americanitas. La mayor de las tres hermanas, que no figura en la novela sino como una amarga evocación de su madre — una peruana discreta y sentimental, — se casó con un *título* francés. Fué un trueque de oro por nobleza arruinada que concluyó tristemente. De aquella unión quedó en el mundo Virgilio, un tipo exótico, rara mezcolanza de sangre y de costumbres diversas, á quien vemos crecer respirando en los grandes salones, imponiendo la moda, jugando locamente y calavereando con toda suerte de mujeres alegres.

La verdadera heroína de la novela, Florinda, es una figura netamente tratada. Constituye el *caso* de la muchacha rica, histérica, caprichosa, alocada, siendo por esto mismo de un psicologismo bien difícil de apreciar. Florinda lleva escondido en su vida un misterio — cierta aventura de un naufragio — que la hace temer al matrimonio; y, además — y esto es terrible, — ella sospecha que el amor se hace á sus millones y no á su interesante persona. Por eso Florinda suele abrir sus labios para maldecir del oro de América. Y con esta imprecación hace la verdadera síntesis de la novela.

La muerte de Ofelia — hermana de Florinda — en París, cuando más ensordece el gentío de los boulevares, la muerte de esta bella tísica que no se quiere morir, es una página conmovedora y tierna.

La acción de la novela del Sr. Abreu va por donde las aves quieren. Hay hermosas descripciones de París, de Venecia, de afamados balnearios, de vida madrileña y de campos andaluces. Estas descripciones revelan que el autor conoce *de visu* lo que describe, y sabe dar por eso la sensación más atinada. En la trama intervienen una multitud de personajes. Pasan de prisa algunos, como perspectivas que abandonan, apenas vistas, estas *Aves de paso.*

La novela del Sr. Abreu es de aquellos libros dobles que deben leerse y meditarse, sobre todo meditarse, porque envuelven entre su buena prosa cosas muy tristes y muy de nuestra época.

NAVEGAR PINTORESCO: por *J. M. Llanas Aguilaniedo.*—Madrid, 1904.

No es el libro del Sr. Llanas de los que dejan una impresión definida, tangible, de fácil expresión para el lector, sino que la produce como indecisa, como dubitante, casi inexplicable para uno mismo, á pesar de que nos conformamos con auto-explicaciones breves y rudimentarias de nuestras impresiones. Yo confieso esto con

toda ingenuidad. Yo creo que el libro del Sr. Llanas es un libro perdurable, pero entiendo que para gustar todo su mérito se requiere una cierta iniciación en disciplinas de laborioso estudio á las que no todos pueden dedicar su tiempo y sus aficiones. Será siempre este libro manjar para paladares escogidos. Pertenece al núcleo de la literatura esteticista, aristocrática, esotérica — no hay un adjetivo de concluyente aplicación; — y como esto, precisamente, es lo que se ha propuesto realizar el autor, ¿comprendéis el valor indiscutible de este libro — me cuesta trabajo llamarle novela — que se intitula *Navegar Pintoresco*? Este hermoso, laudable afán de hacer obra nueva, personal, se determina tanto en lenguaje como en tesis. *Navegar Pintoresco* expresa estados de vida por muchos insospechados, por los más tenidos como inefables. El Sr. Llanas ha comenzado estas inquisiciones profundas en su libro *Del Jardín del Amor,* de la que *Navegar Pintoresco* es como una consecución.

Dar á conocer el asunto — lo que se llama argumento — compendiándolo, sería desconocer el fondo de este libro en el cual la trama es primitiva, levísima. Lo importante se halla en la descripción de estos estados psico-físicos, de apariencia anormal, en diferentes individuos. Son estados de activación inconsecuente, verdaderamente heteróclitos, de monomanías, de concentraciones subjetivas, de abulia muchas veces y de una voluntariedad tenaz, rígida, fatalista otras, aunque pocas. Son cosas muy raras, muy difíciles de desentrañar, de ser mostradas á los ojos que las ven sin cuidar de inquirirlas, pensando que es algo como un muy buscado conceptismo la explicación que algunos les pretenden dar. Por tal razón los personajes de Llanas pueden parecer irreales, hijos de un cerebro fantasista. No hay tal cosa. Lo que ocurre es que las gentes se ocupan poco en ahondar, en internarse en estos individuos que se despegan de lo corriente y á los que rotundamente llaman chiflados, trastornados, locos. Y yo digo que sólo con arañar se encontraría en cada individuo — sobre todo en los que viven en las grandes urbes — muchos rasgos de esto que se llama monomanía ó locura. Yo creo que lo raro, que lo quimérico es creer que existan individuos sanos, isócronos. ¿Quién se atreve á admitir lo absoluto en esta materia? ¿Quién señalará la propia, la verdadera armonía?

Los personajes que cruzan por *Navegar Pintoresco* han dejado en mí una sensación de la vida de hoy, amarga, aplastadora, oprimente. La figura de Alvarito Pacheco me ha convencido totalmente. Este joven indiferente, displicente, que no comprende la vida de cuantos ríen, lloran, hablan y se entusiasman; este joven que tiene en muchos de sus actos un egoísmo increíble y en otros un desprendimiento heroico; este joven tan concentrado en sí, tan receloso del mundo, tan conservador y avariento de su caudal de vida, es un tipo que hace la concreción psicológica del actual momento de la humanidad civilizada, de este momento supremo, intenso, en el que cada viviente se preocupa por su finalidad singular, con más ó menos consciencia, ante el espectáculo de la lucha total de los seres. Ahora, que el caso de Alvarito Pacheco no es ni podría ser lo corriente. Constituye un caso decididamente patológico. No todos los aburridos, no todos los indiferentes lo son en el mismo grado de intensidad que el héroe de Llanas. Este mismo encuentra para su existencia seca, herméticamente subjetiva, una especie de oasis en la amistad de Berta, que

constituye otro caso morboso. Esta amistad se estrecha, hasta formar ligamento sexual de una manera accidental, inesperada. Los amores de Berta y Alvaro son en consecuencia una forma morbosa de heterosexualidad, unos amores que parecen incomprensibles y que son, en efecto, terribles, desoladores.

No puedo hacer de la obra del Sr. Llanas — circunstancias de lugar y tiempo me lo impiden — un análisis detenido y extenso. Tengo que callarme acerca de los tipos admirables de D. Zenón, atrabiliario, lipemaníaco y alcohólico y de Adela, amedrentada, alma pobre. Tampoco puedo hablar del esteticismo suntuario y literario de Álvaro y de otras muchas materias bien complejas.

***

Voy á decir brevemente lo que pienso acerca de la obra literaria del Sr. Llanas. En primer término, y por razones que antes apunté, ésta no es propiamente novela. Yo entiendo que la novela ha de ser, antes que nada, comprensible sin dificultad, por lo menos para personas de mediana cultura. Y ya dije cómo para gustar cuanto de bueno hay en *Navegar Pintoresco* se requiere cierta iniciación en complicados estudios.

Como estilista yo aplaudo al Sr. Llanas. Yo siempre recuerdo la sentencia profunda de Fox Morcillo sobre adaptación del estilo al asunto, Á un fondo como el de *Navegar Pintoresco* conviene un estilo rígido, cortante, culterano, muy lleno de frases inempleadas, de construcciones perseguidas. Véase una descripción de paisaje: «Acababa de anochecer; las últimas tintas cárdenas de un soberbio crepúsculo habían huído hacia oriente abriendo camino á un vientecillo acerado que crispaba en los árboles las hojas morosas retenidas por un hilo de vida».

Hay en la obra situaciones intensamente dramáticas. Por ejemplo, el suicidio de D. Zenón, de noche á las puertas del Hipódromo, cuando Álvaro está á dos pasos de él y no intenta siquiera disuadirle, haciendo pensar al desdichado en la última soledad. «El proyectil pasó rozando la cara de Pacheco. Le produjo el efecto de una caricia que perdía. Un raro sentimentalismo interior hízole más penosa la nostalgia de aquel contacto que le abandonaba dejando apenas un aliento de vibración en sus nervios tendidos.» La muerte de Berta, enloquecida por el puerperio, con el cadáver del reciennacido en brazos, es algo trágicamente sencillo. «Un soplo imperceptible de ave herida entreabría débilmente sus labios de púrpura. El brazo fino y curvo servía de apoyo á la frente, á la cabellera desbordante. Por las entrañas desgajadas, abiertas, se escapaba la vida, manando copiosas como fuente cruenta é inagotable.»

Alberto INSÚA ESCOBAR.

ALREDEDOR DEL SOCIALISMO: SOCIALISMO INDIVIDUALISTA (índice para su estudio antropológico), por *Felipe Trigo*.—Madrid, 1904.

He aquí un pequeño volumen, lleno de las más nobles y sugestivas ideas, sobre un punto que á todos atañe y á todos interesa: al individualista, porque contradice sus exclusivismos; al ecléctico, porque intenta armonizar con éxito dos grandes principios sociales; al político y al legislador, porque formula y aspira á solucionar una cuestión en que radica la renovación íntima de nuestro pasado y de nuestro porvenir. Sectarios y enemigos se hallan conformes en confesarlo. El socialismo constituirá un nuevo cristianismo para la Humanidad futura: hoy sólo tiene apóstoles y mártires: pronto le veremos constituirse en iglesia con dogmas, culto y pontífice.

Siendo, pues, inevitable su advenimiento en gran escala, ya que no su triunfo integral y definitivo, los espíritus independientes pueden adoptar ante él dos posiciones: la de analizarle en forma científica ó sociológica, sin juzgar la verdad ó falsedad de sus doctrinas, y la de apreciarle como un ideal incompleto, pero realizable, aceptando aquella parte de su programa qué puede considerarse compatible con la antropología y con la experiencia, con la naturaleza humana y con las necesidades históricas. Esta última tendencia es la que parece seguir Felipe Trigo. Espíritu conciliador y mesurado, no por eso deja de ser relativamente original. La novedad de su tentativa no es sólo sensible en el espíritu de su pequeño libro: aparece también palmariamente en la disposición y en el plan, donde se marca netamente la intención de hacer una llamada á la realidad dura al mismo tiempo que á la previsión generosa. Después de una introducción brillante que expone el estado del problema y la actitud que debe tomar la crítica, nuestro autor estudia los *fundamentos* del socialismo. Para él tiene, desde luego, esta moderna dirección una «razón animal» *(sic)* correspondiente á nuestra civilización, á las condiciones de raza, de medio ambiente y de momento histórico en que nos encontramos. Pasa Trigo revista á las seis grandes fases por que ha pasado el trabajo humano, *salvajismo, barbarie, esclavitud, servidumbre*, *salarismo* y *proletarismo*, y halla que sólo en esta fase aparece para el obrero el fenómeno de «sobrar», de «holgar por fuerza», realizándose lo que Engels llama la *reserva hambrienta del trabajo*.

En el estado salvaje, cada hombre trabajaba para sí propio, Y NINGUNO PASABA HAMBRE.

El bárbaro, como el salvaje, trabajó para sí propio, excepto en la pequeña parte que debía entregarle al cacique... Y NO PASABA HAMBRE.

El siervo era un tipo mixto del esclavo y del bárbaro, é, igual que ellos, NO ESTABA HOSTIGADO POR EL HAMBRE.

El mismo asalariado, como el siervo, como el esclavo, como el salvaje... NO PASABA HAMBRE.

Pero el proletario, el trabajador actual, la mayoría numérica de los hombres, realiza por primera vez en la historia del trabajo un tipo inconcebible: el del TRABAJADOR QUE NO COME.

No se contenta Trigo con apuntar éste motivo orgánico; expone también á grandes rasgos lo que llama «razón mecánica» del socialismo, razón sacada del hecho de que las máquinas han convertido el trabajo en social forzosamente. Levasseur refiere, según Vandervelde, que en los talleres de Sigms (Massachussetts) toman parte en la fabricación de una bota para señora 52 obreros; la labor de cada uno dura apenas algunos segundos, y se reproduce millares de veces al día. De este modo, la llamada división del trabajo, más bien que dividir, lo que hace es convertir el trabajo en colectivo.

Pero hay más: las máquinas, «cuando son de alguien, desvían hacia un lado la riqueza y hacia otro la muerte; y como la riqueza sin vida es inútil, como el comercio sin compradores es ruina, la riqueza va veloz hacia la muerte también».

Justificado de esta suerte el socialismo, Trigo reconoce noblemente su imposibilidad *actual*. Pero tiene fe en un porvenir socialista, asequible mediante transformaciones *previas* de las nacionalidades, del individuo por la educación, de la criminalidad y las enfermedades, del amor, de los deseos y transformaciones *consecutivas* de la propiedad, de la herencia, del trabajo y las jerarquías, de la mujer como entidad social, del hogar. Mas todo esto nada tiene de común con los partidos socialistas obreros. Trigo es en el fondo un demócrata armonista que no ve contradicción real entre los intereses individuales y los sociales.

¡Admirable armonía la de la sociedad! Pues así como los astros, para su perfección, obedecen á dos impulsos, al de la gravitación universal y al de su propia gravedad, y como el agua del Océano, aparte de las leyes de su propia pesantez, cumple exactamente con las del flujo y reflujo que le imponen agentes superiores, así el individuo que realiza la ley solidaria del grupo ó del Estado, y participa por ende de la protección social, tiene para con la colectividad, aparte de su dirección personal, una dependencia especial é innegable, pero que respeta toda su iniciativa. El socialismo sistemático muestra mala fe cuando explota esta verdad para engañar al vulgo, exagerando la sumisión del individuo á la sociedad. Éste es el espíritu de la tiranía, que se nos dice está muerto; es el sentido del despotismo, con todas sus jergas, en pleno siglo XX, y provocado sólo por el hecho de que la incredulidad hace estragos en las masas, y porque un pueblo inculto y falto de fe en las recompensas celestiales ruge como las fieras de Numidia, pidiendo su parte en el festín de la vida presente.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 7 Enero, 4 Febrero, 4 Marzo, 1 y 29 Abril, 27 Mayo, 24 Junio, 22 Julio, 19 Agosto, 16 Septiembre, 14 Octubre, 11 Noviembre y 9 Diciembre; directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral de Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

Línea de New-York, Cuba y Méjico.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada mes, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto-Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto-Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto-Cabello y La Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el Ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para ~~Puerto-Plata con trasbordo en~~ Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carupano, Coro y Cumaná con trasbordo en Puerto Cabello y para Trinidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, de Málaga el 20 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente por Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa-Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.

Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escala en Casa Blanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: *Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas del 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas de 14 de Abril de 1904, publicada en la *Gacetaa* de 22 del mismo mes.

Servicios Comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | **Abril de 1905.** | **NÚM. 52.**

SUMARIO

El mes pasado, por Salvador Canals.... 437

La crisis de la Extensión Universitaria, por Rafael Altamira.... 453

Las líneas fundamentales del nuevo Arancel, por Luis del Valle Pascual.... 468

Trastornos del lenguaje musical en los histéricos, por el Dr. José Ingegnieros. 470

Quijotadas, por Julio Cejador.... 494

Vida y escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana.... 499

Crónica Científico-Filosófica, por Edmundo González-Blanco.... 523

La Vida Literaria, por Andrés González-Blanco.... 537

El último americano, novela de A. Mitchell, traducida expresamente para Nuestro Tiempo.... 559

Revista de revistas.... 569

Revista Bibliográfica: Libros de Max Nordau, Gascón, Lomba, Ingegnieros, Cubillo, Posada, Tapia, Stapfer, Ruiz Serrano, Grases, Orberá, Escovar, y Salado. 580



PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

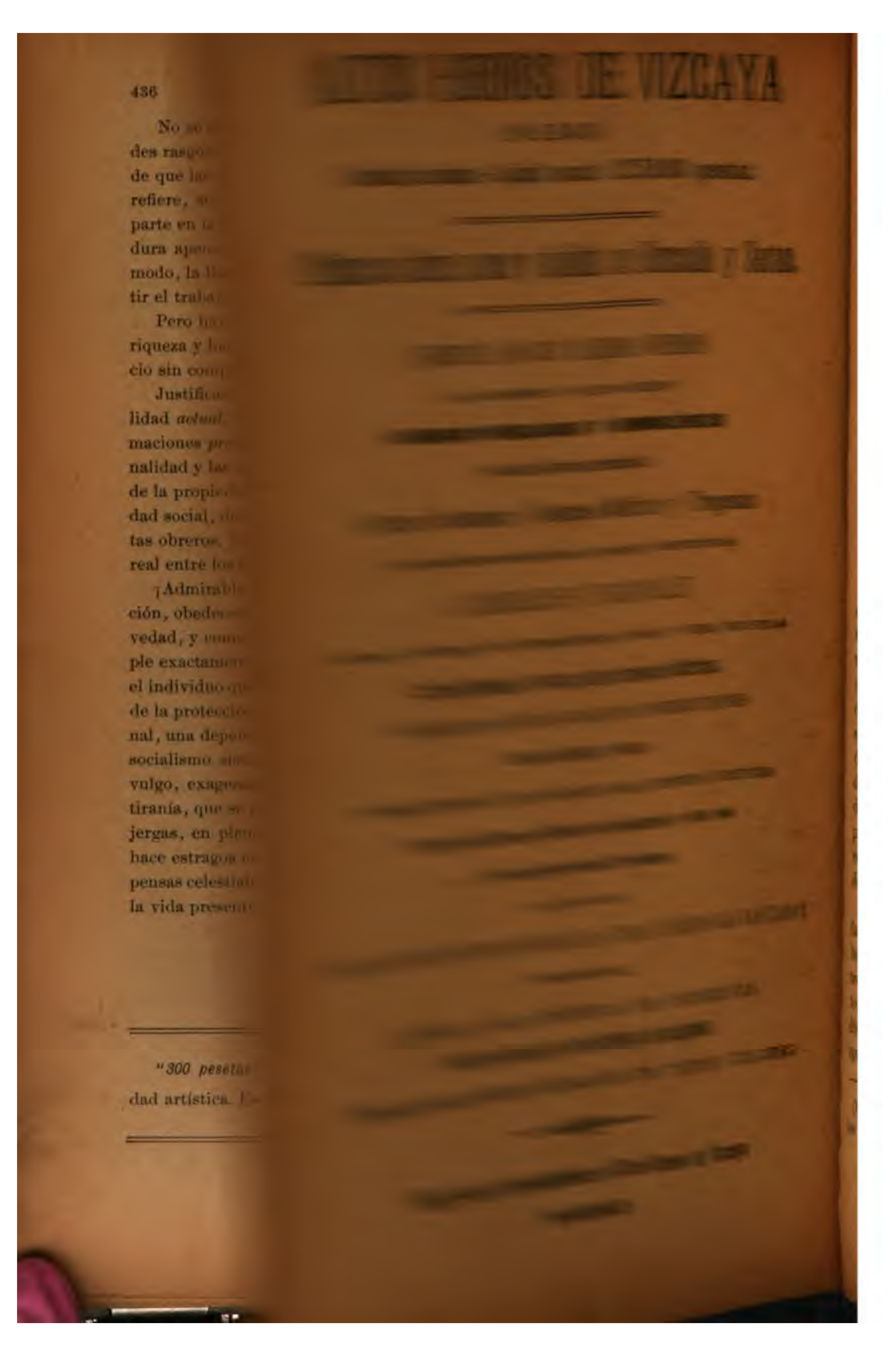
España y Portugal: Semestre..... 12 pesetas.
América: Idem..... 15 »
Demás países: Idem..... 12 francos.

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114
MADRID

(De ocho á diez de la mañana y de dos á cuatro de la tarde.)



No se
des rasgo
de que la
refiere,
parte en
dura ap
modo, la
tir el trab
Pero
riqueza y
cio sin com
Justific
lidad *actual*
maciones
nalidad y la
de la propie
dad social,
tas obreros,
real entre los
¡Admirab
ción, obede
vedad, y
ple exactam
el individuo
de la protecci
nal, una depe
socialismo
vulgo, exage
tiranía, que
jergas, en pl
hace estragos
pensas celesia
la vida presen

"*300 pesetas*
dad artística.

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V	MADRID.—ABRIL, 1905.	NÚM. 52.

EL MES PASADO

UN PELIGRO TRANSCENDENTAL

15 Abril 1905.

Exponía yo en la crónica anterior, publicada en el número de Febrero, cómo se dibujaba en las últimas crisis políticas y cómo se acentuaba en el Gabinete presidido por el Sr. Villaverde un determinado carácter antiparlamentario, de poca afición, cuando no de notorio desamor al Parlamento. Dos meses y medio lleva en el poder el Sr. Marqués de Pozo Rubio, y, lejos de desvanecerse esa característica, parece cada día más señalada y evidente. No sólo no se ha ido todavía á las Cortes, sino que ni siquiera se ha acordado cuándo se ha de comparecer ante ellas, y los indicios son de que no se desperdiciará pretexto que permita aplazar *sine dia* su reapertura, abundando los que opinan que, cuando ella ocurra, no será el Sr. Villaverde quien presida el Consejo de Ministros y no faltando quien crea que no volverán á reunirse estas Cortes, definitivamente malogradas para toda labor seria y fundamental.

Esto no ha de parecer mal muy grave á los que estén enterados de la mala fama de nuestro Parlamento, por la ineficacia en el bien público de su verbalismo inagotable. Una de las opiniones mejor definidas después del desastre de 1898, y como consecuencia de éste, fué la abominación del Parlamento, que publicistas ilustres (1) concretaron en el ideal de suspenderlo durante ... años para que un poder ejecutivo constituído en dictadura, libre de los ...ios y de los influjos de la oligarquía que en las Cortes tiene su trono,

(1) ...cías Picavea y muchos de sus comentaristas. Costa, si no la clausura de ...tes, pide que se libre de ellas á los ministros.

estuviese seguro de no perder en luchas con ella el tiempo necesario para atender á la solución de los problemas planteados al país.

Predominan en las Cortes, por el número y por la influencia, las representaciones meramente políticas de personajes y partidos sobre las auténticas representaciones nacionales. Aun en las Cortes actuales, en cuyas mayorías no escasean hombres ligados directa é inmediatamente más con el interés público que con el interés de partido, sus inclinaciones y sus voces han sido ahogadas por los escarceos de los organismos políticos, por cuanto es pasión y ambición de políticos profesionales y de intereses particularistas en pugna con los grandes y permanentes de la Nación. El singularísimo dominio que sobre el Parlamento ejerce el Sr. Maura le permitió sacar, á pesar de eso, docena y media de leyes de importancia notoria, fecundidad no vista desde hace muchos años; pero las más transcendentales se quedaron en el camino, interrumpido á cada paso por los gremios políticos y prematuramente cortado por la crisis del pasado Diciembre.

Es evidente que, en manos del Sr. Villaverde, ni siquiera esa fecundidad se lograría. Aun cuando la mayoría respondiese al instinto de conservación con egoísmo que sacrificase á las ventajas del día presente el prestigio y quizás la vida misma de mañana, manteniéndose leal al Gobierno, y aun cuando las minorías, por unas ú otras razones, no extremaran la oposición, bastaría lo que es marcha ordinaria en una asamblea política española para que el Sr. Villaverde fracasara por completo á la cabeza del banco azul, como totalmente fracasó en el ensayo de 1903.

—Y si esto es así, si tan estéril es el Parlamento y tan difícil para el Gobierno actual hasta el intento de vida parlamentaria, ¿por qué ese empeño de que vaya á las Cortes?

Mucha gente hace esta observación, y de ella á sospechar que precisamente por eso, para «reventar» al Gobierno, se quiere tenerlo pronto en las Cortes, sólo media un paso que aun la malicia más perezosa salta con toda comodidad. Es posible que respecto de algunos sea ello cierto; pero no lo es respecto de todos, ni son tan recónditas las razones que exigen, que vienen exigiendo hace ya tiempo la reapertura de las Cortes, para que sea preciso aceptar esa explicación maliciosa.

***

Malo ó bueno, en régimen parlamentario vivimos, y por lo mismo que el mal fundamental de todos los males de nuestra vida nacional es el desprestigio en que han caído los poderes públicos, divorciando del Estado al País, no veo yo necesidad preferente á la de realzar esos prestigios, y es seguro que nada ganan los del régimen reduciendo, en la práctica, á la sola confianza de la Corona la razón de ser y la base de poder para los gobiernos. Durante cuarenta días gobernó sólo con la confianza regia el Sr. Azcárraga, y dos meses y

medio lleva gobernando sólo por ella el Sr. Villaverde. Habría de ser de toda evidencia que cuenta éste con mayoría en las Cortes, y aun así sería menester dar á la hipótesis la fuerza de una tesis demostrada. Deplorable era aquella costumbre, grata al Sr. Sagasta, de prolongar todo lo posible los períodos de clausura de las Cortes; pero no tenía ella la gravedad que hay en esta lección que al país se está dando de que basta para ocupar el poder y estar en él la confianza del Rey.

No insisto en cosa tan evidente. Comprendo que en la bancarrota de ideales á que asistimos, no tiene esta pureza de los principios muchos entusiastas, ni acaso muchos creyentes, en las muchedumbres apartadas de la política, ni siquiera en los que fueron apóstoles, soldados ó sacerdotes de aquellos principios en entredicho. *La Época* ha podido decir con razón que á nadie dan frío ni calor estas *sutilezas* de los que pretendemos que son ministros y gobiernos interinos los que no han logrado juntar á la confianza de la Corona la confianza de la Nación soberana, manifiesta en unas Cortes. En la letra de la Constitución nada se dice de eso. En su espíritu... ¿Dónde está ya el espíritu de nuestra Constitución?



Pero, aun mirado por ese famoso «lado práctico» que prescinde de los principios puros, debe á todos parecer gravísimo semejante apartamiento de las Cortes. Es indispensable su concurso para todas aquellas reformas que no lo sean meramente de conducta de los gobiernos. En unos casos, porque á leyes hay que tocar; en otros, porque serían totalmente ineficaces las reformas si no se hicieran por leyes que diesen al interés público aquellas garantías relativas que nunca podrá darles un Real decreto que otro puede á toda hora, sin traba alguna, derogar y modificar.

La experiencia demuestra que no son en la realidad órbitas perfectamente separadas y distintas las asignadas á la Ley, al Real decreto y á la Real orden para que lleguen al país las iniciativas de los gobiernos. De estos días son Reales órdenes que anulan Reales decretos, y Reales decretos que usurpan funciones de Ley en materia de amnistía ó en materia de aranceles. Pero todo lo que es facilidad cuando se trata de servir un interés particular—las Reales órdenes que declararon en suspenso el Reglamento del Descanso Dominical en Diciembre y en Marzo, y la que ha hecho lo mismo con los Reales decretos sobre enseñanza libre,—ó de responder á un movimiento popularchero,—el indulto-amnistía del santo del Rey y la rebaja de derechos arancelarios sobre los trigos,—conviértese en barrera infranqueable cuando se trata de algo más sólido y fundamental.

Los males más graves de nuestra Administración en todos sus ramos no pueden ser remediados sin herir los particularismos apoderados del Estado ó sin lastimar intereses con vasta influencia en la política. Sólo mediante

leyes—¡y aun así, faltaría que luego se cumpliesen!—se les podría vencer; porque, aun cuando constitucionalmente bastase el Real decreto para poner la mano sobre ellas, no tardaría en venir otro á levantarla volviendo las cosas á su antiguo estado. He ahí una razón *práctica* de la necesidad, si se quiere gobernar en bien del país, de que las Cortes funcionen asiduamente, reduciendo á lo estrictamente necesario sus períodos de clausura.

Ahora mismo, este Gobierno que aparentemente no vino al mundo con otra misión que la de retrasar la apertura de Cortes á que el general Azcárraga se había decidido, á las Cortes necesita remitirse y con la necesidad de ellas excusarse cada vez que llama su atención una demanda del país. Cuando los productores piden que no se interrumpan nuestras relaciones comerciales; cuando los vinicultores y los alcoholeros reclaman contra la ley de alcoholes; cuando los Ayuntamientos se quejan de que no pueden vivir sin el impuesto de consumos sobre trigos y harinas; cuando las regiones hambrientas piden dinero para obras públicas que, repartido en jornales á las multitudes sin trabajo, las libre del azote anarquista; cuando la agricultura exige una reforma del Arancel; cuando los ministros mismos piden recursos con que atender á los servicios indotados, el Gobierno tiene que reconocer que necesita urgentemente de las Cortes, y, sin embargo, no se decide siquiera á decirnos cuándo se propone abrirlas.

Ya ven los hombres prácticos que no son políticos cómo no es una mera cuestión de principios, sutil, alambicada, etérea, ésta de la reapertura de Cortes. Cuanto más se recele de su afición á perder el tiempo, tanto más urgente ha de parecer reunirlas pronto y tenerlas abiertas, pues el sentido común basta para aconsejar que se comience más temprano lo que es empeñado y dificultoso, que lo que llana y sencillamente pueda llegar á su término. Por las Cortes hay que pasar para remediar aquellos males, y el camino no se va á abreviar ni á allanar porque se tarde más en emprender la marcha.

* * *

Y hay todavía otra consideración de excepcional magnitud, á pesar de la cual no parecen verla los hombres políticos. Estamos en los comienzos de un Reinado, del Reinado de un Rey joven, de un Rey nacido y educado en las condiciones que han rodeado y rodean á D. Alfonso XIII. ¿No se percibe la gravedad que esta indicación encierra? ¿Será preciso analizarla? Analicémosla someramente, con la sobriedad que impone la delicadeza del asunto, pero con la claridad que demanda la transcendencia del caso para todos los españoles, y especialmente para todos los partidarios de la Monarquía.

No es D. Alfonso un Príncipe que en las amarguras del destierro ó al lado del Rey su padre aprendiese, en las gradas mismas del trono, esa muchedumbre de lecciones que están en la vida, no en los libros de los sabios ni en los labios de los maestros. Nació siendo Rey. Lo fué en el vientre de su

madre, desde que se dibujaron los signos de su sexo. Aquel sentimiento del propio majestático poder, de la propia augusta personalidad que la educación va formando en los príncipes llamados á reinar, fué ingénito en D. Alfonso XIII, con la fuerza espontánea y fatal de todo lo ingénito. Para él la educación tenía que ser, no de sugestión y formación de ese sentimiento de la propia dignidad soberana, sino de moderación y acomodamiento del mismo á las formas y á los límites en que tendría que ejercerse y encerrarse luego su poder. ¡Cuántos obstáculos se habrán opuesto á una educación orientada de ese modo!

Para S. M. la Reina—aparte la tendencia natural de toda madre á exaltar más que á moderar cuanto es un mérito en sus hijos, y de toda mujer á realzar cuanto es forma de poder,—había por encima de todo en la crianza de D. Alfonso una aspiración naturalísima: salvar su vida y fortalecer su cuerpo, á despecho de todas las amenazas de las herencias patológicas y de todos los presagios de una ciencia cuya impasibilidad perturbaba la política. Los desvelos, los sacrificios, la santa abnegación que revelan la salud corporal y la agilidad de D. Alfonso son la mejor corona para su augusta madre, un altísimo ejemplo para nuestras mujeres que tanto suelen descuidar la formación física de los hijos.

Esa justísima y plausible preocupación debió de hacer sumamente difícil la ponderación debida entre la educación física y la educación intelectual del niño Rey. La misma viveza de imaginación que heredara de su padre malogrado era un peligro que se necesitaba esquivar. Para apartarla de rumbos peligrosamente sensuales, era procedimiento indicado derpertarla y ocuparla con aspiraciones de grandeza, con ideales de gran poderío, que vinieron á fortalecer más que á encauzar aquel sentimiento ingénito, utilizándolo quizás como estímulo para esa preferente consolidación corporal del tierno infante. ¡Un rey necesita alimentarse, un rey necesita madrugar, un rey ha de acostarse temprano, un rey ha de ser fuerte! Y el niño obedecía, y su imaginación iba llenándose, no de imágenes peligrosas para sus sentidos en formación, sino de aspiraciones de gloria, de ensueños marciales, de ideales de omnipotencia, de aquel sentido, en suma, de la propia majestad.

¿Quién había de contrarrestar esa obra, tan admirablemente inspirada, en aquel punto en que comenzara á ser peligrosa, á pesar de su aspiración plausible, para los futuros destinos del Rey y para el interés supremo de la Nación? (1). ¿Los hombres de Estado? ¿Sagasta, todo inconsciencia en todas partes, todo dulcedumbre y condescendencia en Palacio? ¿Cánovas, poco gra-

(1) Al corregir las pruebas de este artículo llega á mis manos un nuevo libro de Adolfo Posada. Titúlase *Teorías políticas*, y en él recoge el ilustre profesor de Oviedo dos estudios suyos sobre *La educación del Rey* y *Las funciones del Rey en el régimen constitucional y parlamentario*, que me parecen del mayor interés y de toda actualidad.

to quizás, acaso demasiado soberbiamente convencido de la solidez de su obra política, cuyo porvenir nada habría de recelar de las deficiencias que pudiese haber en la educación del Príncipe? ¿Sus maestros y preceptores, imbuídos los unos de tradicionalismo, inclinados los otros por su profesión á simpatizar más que á chocar con aquellas tendencias, faltos todos de la autoridad pedagógica necesaria para sembrar, no sólo en el entendimiento semillas de ideas librescas, sino en la conciencia enseñanzas de hechos vividos? ¿La Corte, formada al azar del favor y de las simpatías, sin discernimiento ni selección? ¿El ambiente total de nuestra política, sin ideales en los partidos, sin virtudes cívicas en el pueblo?

No, no tendríamos ya derecho á quejarnos, aunque sí la apremiantísima obligación de preocuparnos *eficazmente* si; por efecto de todo eso, la educación de D. Alfonso XIII nos hubiese deparado un Rey de inteligencia despierta, de resuelta voluntad, de nobilísimos anhelos patrióticos, pero tal vez con generosa vocación á suplir de la propia iniciativa, pensando en el bien del país seguramente, deficiencias que imaginara en los hombres y en el ambiente de nuestro régimen constitucional.

Considérese que los peligros que ello pudiera traer para la Nación y para el Rey se agravan por el hecho de la notoria y extensa popularidad de Don Alfonso XIII. Por dondequiera que ha ido S. M. ha levantado á su paso grandes corrientes de simpatía y de entusiasmo. En regiones carlistas y en ciudades republicanas se le ha aplaudido y se le ha festejado calurosamente. Ahora se ha hecho la prueba definitiva de Valencia. Cuando el éxito de Barcelona, los republicanos radicales—que son casi todos los republicanos, todos los de acción—se consolaban de aquel fracaso diciendo ó pensando: en Valencia será otra cosa. Pues en Valencia ha sucedido lo mismo que en Barcelona. Los monárquicos, acorralados en sus casas desde hace años por los republicanos dominadores de toda representación popular, han osado salir á la calle, y se han exhibido, y han tenido grandes fiestas; los republicanos, aquellos republicanos rabiosos de Valencia, han guardado el mayor recogimiento, y la gran masa social ha aclamado entusiásticamente al Monarca. No analicemos los hechos ni preguntemos las causas. Lo notorio es la popularidad del Rey, la identificación que por dondequiera que va se establece entre él y el pueblo.

Y como eso sucede sea quién sea el que gobierna, y sea cuál sea la conducta de los gobernantes, sus aciertos ó sus errores; lo mismo con Silvela en Galicia, después de la terrible excitación nacional contra el presupuesto Villaverde; que con Sagasta en Asturias, á pesar de las torpezas de los ministros de jornada; lo mismo en Barcelona con Maura, que había fortalecido en rudas luchas todos los resortes de gobierno; que en Valencia con Villaverde, que el día antes del viaje había arrojado un ministro á los pies de las turbas estudiantiles, ¿será maravilla que algún espíritu cortesano diga, no simplemente para registrar un hecho, sino para orientar una conducta, que, al ser tal la fuerza personal del Rey y tanto el descrédito de sus gobernantes, á

aquélla debe principalmente atenerse? ¡Qué hondo efecto puede producir sobre determinadas inclinaciones semejante observación!

Es evidente que no es la popularidad de D. Alfonso en España el fruto sano y vigoroso de un reinado feliz ni de una gobernación providente, sino la expresión de esperanzas y de fe en una juventud inteligente y emprendedora. Es evidente asimismo que ningún gobernante puede atribuírselo, ni siquiera aquellos á los cuales no sea lícito acusar de fracasados. De igual evidencia parece que deben los gobernantes de la Monarquía tomar muy en cuenta esa notoria popularidad de quien hoy la encarna, para que no se pierda, ni siquiera se quebrante en manos de ellos y por sus desaciertos, fuerza de unidad política tan valiosa como el prestigio y la simpatía del Jefe del Estado en el seno del país.

Pero no habría para esa misma fuerza daño mayor que el considerarla como un estímulo al poder personal, como una invitación á creer que sería hoy *hacedero* y hasta beneficioso un golpe de Estado incruento que, sin suspender aparentemente la Constitución ni cambiarla, alterase fundamentalmente el régimen en que vivimos. No es éste perfecto, ni mucho menos; no creo que fuesen muchos los que se asustaran, y menos los que se enojaran, de tal substitución, si ella pudiera ser punto de partida de una política restauradora del país. Pero ¿quién podría confiar en esto? Si la gran suma de inteligencias y de voluntades que en un régimen parlamentario colaboran al gobierno de la Nación viene siendo ineficaz para el completo conocimiento de las necesidades públicas y para su solución bienaventurada, ¿cómo imaginar siquiera verosímil ni aun la posibilidad de que la inteligencia y la voluntad de un adolescente pudiesen alcanzar aquella eficacia? Si hombres curtidos en la vida no llegan siquiera á descubrir el sentir verdadero del pueblo, ni á penetrarse de sus más urgentes problemas, ¿cómo creer, no fiándose al milagro, que esa opinión inorganizada y esos problemas múltiples y complejos hallasen en un Monarca de diez y nueve años más que un intérprete, un adivinador?

Pues eso parece que se cree, en ese sentido parece que se camina inconscientemente por todos, de tal manera que hasta un Rey en plena virilidad y en todo el vigor de la educación constitucional más perfecta sentiría la tentación del golpe de Estado sin ruido ni aparato de fuerza. Un acto tan grave y tan transcendental como el ejercicio de la facultad de nombrar y separar á los ministros, realízase fácilmente, llanamente, como se toca el botón que enciende ó apaga la luz eléctrica en el gabinete de trabajo. Á unos viajes del Monarca se concede más importancia que á la discusión de leyes urgentísimas, y á aquéllos se subordina la apertura de las Cortes. Si alguien se atreve á sostener cómo es un derecho indiscutible del pueblo su intervención en la preparación del matrimonio del Rey, y aun en el ordenamiento de sus diversiones particulares, liberales y demócratas prorrumpen en protestas contra el desacato. ¿Qué signo más elocuente de los tiempos que el habernos

dicho un periódico que recibió durante sus mejores años la inspiración de Castelar, que no tenemos más hombre de Estado que el Rey y que de él hay que esperar, de un día para otro, la definitiva y salvadora participación de España en la política internacional?

En medio de sucesos tales y de tales tendencias, considérese cuánta importancia tiene para todos el llegar, si es preciso, hasta la exageración en la defensa de los fueros parlamentarios, en la reclamación cotidiana del más escrupuloso ejercicio del régimen constitucional. Sólo un acuerdo tácito y espontáneo entre aquellos seis ó siete hombres que tienen, ó han de tener, sobre sí la responsabilidad en la dirección de los destinos de la Monarquía, puede ser el freno regulador que se necesita para que aquellas aspiraciones nobilísimas del Rey hacia el bien del país, y para que aquella su indiscutible fuerza en el pueblo, no se malogren ni se pierdan por caminos extraviados...

ANARQUÍA MANSA

Porque no hay que confiar en que venga de abajo, de una acción colectiva del pueblo mismo, el restablecimiento de la autoridad sagrada de la ley sobre todo y sobre todos. En los dos sucesos más sonados de las pasadas semanas se ve ello palmariamente. El análisis de esos sucesos, la «huelga» de estudiantes y el hundimiento de la cubierta del depósito en construcción para el abastecimiento de aguas de Madrid, muestran todo un estado social lamentabilísimo, que hace más grave aquella situación de los grandes poderes del Estado.

Recientemente se ha introducido, entre las asignaturas que constituyen el Doctorado de Medicina, la psicología de base y con tendencias científicas. Á los estudiantes les pareció esa novedad cosa muy desagradable. Parece que algunos catedráticos pensaban de igual manera. ¿Qué tendrá que ver la Psicología con la ciencia de curar? Aquí donde no pocos licenciados en Medicina ignoran quién fué y qué significa Darwin—la observación es de uno de sus profesores,— nada tiene de extraña aquella protesta, sobre todo ahora que son muchos los candidatos al Doctorado, por ser éste requisito indispensable para aspirar á ciertos destinos, objetivo único del estudiante español. Los alumnos pidieron que este año no fuese obligatoria la nueva asignatura. —¡Que comience en 1906 la era de la Psicología!—reclamaban;—y como ya es sabido lo que esos aplazamientos significan en España, la pretensión fué denegada. Los estudiantes la redujeron á cosa más sencilla: que el ministro se comprometiese á que el catedrático aprobara por este año á todo el mundo.

Ese ruego pintoresco fué el comienzo de la agitación estudiantil. En seguida surgió la reclamación de todos los años sobre la manera de practicar la enseñanza libre por lo que se refiere á exámenes y ordenamiento de asignaturas.

La Revolución estableció en España la enseñanza libre en términos de seductora amplitud.

La libertad de enseñanza exige—decía en el preámbulo de su famoso Decreto-Ley el Sr. Ruiz-Zorrilla—que la duración de los estudios no sea igual para capacidades desiguales. El Estado no tiene derecho para compeler á un joven rápido en sus concepciones, seguro en sus juicios y perseverante en el trabajo á seguir el paso perezoso del que es tan tardo en concebir como ligero en juzgar y no siente amor á la investigación de la verdad. Cuanto más pronto se pongan en acción las fuerzas productivas de los individuos, más rápida y extensamente se satisfarán las necesidades sociales. La justicia y la pública conveniencia reclaman, por tanto, que se facilite la habilitación de los jóvenes de talento para el ejercicio de las profesiones industriales ó científicas. Estudie cada cual, según su capacidad, el número de asignaturas que sea proporcional á sus fuerzas, y mientras uno concluirá sus estudios en pocos años, sufrirá otro las consecuencias de su desaplicación ó del desconocimiento de su falta de capacidad. Lo que únicamente debe exigirse, para que bajo otra forma no continúe la nivelación de las capacidades desiguales, es que haya rigor en los exámenes y que sean éstos una garantía de ciencia y aptitud.

Y todo ello se desenvolvía preferentemente en estos tres artículos:

Art. 7.º Los alumnos que quieran recibir la enseñanza en los establecimientos públicos (del Estado) no tendrán obligación de asistir á las lecciones del establecimiento para ser admitidos al examen de las asignaturas en que *se hubiesen* matriculado.

Art. 9.º Los profesores de establecimientos públicos cuidarán de que haya rigor en los exámenes, para que sean una garantía de instrucción y de capacidad de los alumnos.

Art. 11. Para obtener grados académicos no se necesitará estudiar un número determinado de años, sino las asignaturas que fijen las leyes, sufriendo el alumno un examen *riguroso* sobre cada una, y el general que corresponda al grado.

Cuáles serían los efectos de semejante libertad, de qué modo inundó ella á España de licenciados y doctores, funestos al interés social y al nivel intelectual del país, lo dice el hecho de que la propia Revolución hubo de recortarle las alas con el Decreto que en 1874 dió el Sr. Navarro Rodrigo, elevado á Ley en 1876:

Bajo la falsa idea—decía el Decreto—de que las Facultades sólo se dirigían y estaban organizadas al propósito de preparar para la práctica de ciertas profesiones, y no para cultivar también cada una de ellas una rama de los saberes, y bajo la idea de que la libertad que se anunciaba como el principio de una nueva época podía dar á todos licencia de proceder, aun en esa edad de imprevisión y ligereza, según les dictara el capricho ó cálculos interesados, se había permitido á los alumnos estudiar las materias de cada Facultad en la forma que quisieran y en el tiempo que tuvieran á bien; y la mayoría de ellos usaron de esta licencia de tal modo, que en dos ó tres cursos siguieron todas las asignaturas que antes exigían no menor tiempo que el de seis ó siete años.

Los resultados de esta inmoderada libertad han sido el desconcierto y la anarquía y una marcada decadencia en los estudios, que ya venían deplorando cuantos se interesan en el porvenir de la ciencia española.

Semejante situación pedía pronto y eficaz remedio, y á procurarlo en la forma y límite que consiente la premura del tiempo van encaminadas las principales medidas provisionales que se consignan en el proyecto sometido á la alta consideración de V. E.

Tales medidas ponen ya ciertas restricciones á la libertad de enseñanza, pero no para amenguarla en nada de lo que es esencial y respetándola cuanto es debido; favorecerán el adelantamiento de la juventud, previniendo á ésta contra las sugestiones de la pereza ó los cálculos de un mal entendido interés, cálculos á que no han sabido resistir los padres de familia, más cuidadosos de ordinario de que acaben sus hijos las carreras y ganen el título profesional que no de que adquieran un saber sólido y verdadero...

La libertad no quiere decir que no haya organización, ni puede afirmarse que se la niega ó suprime porque se pongan algunos límites á su ejercicio para regularizarla y para que ella se desenvuelva concertada y armoniosamente...

Se dirá que la libertad queda sacrificada porque no se permita á los jóvenes marchar á su capricho, atropelladamente, al término de sus deseos, que son á menudo los de abandonar las aulas para lanzarse á los azares de la vida antes de haber fortalecido su espíritu con la savia de la Ciencia, ó volver á sus hogares á consumir en astimosa ociosidad su vida, sin aspiraciones ni levantados propósitos.

Ésta es la última ley dictada sobre la materia; pero, á partir de 1883, mediante un decreto del marqués de Sardoal, la ley está prácticamente derogada, incluso después de 1900, año en que el Sr. García Alix refrescó el recuerdo de aquella ley y recomendó su cumplimiento. Cuándo por una Real orden de carácter general, cuándo por una disposición para cada caso particular, lo cierto es que hasta el año pasado cada *alumno libre*, «cría burocrática singular de nuestra tierra», como la llama el ilustre maestro D. Alejandro San Martín, seguía arreglándose á su gusto la mayor expedición para el término de la carrera.

Este año se planteó la reclamación. El ministro de Instrucción Pública, al encontrarse con la Ley de 1876, con el Decreto de 1900 que la ratifica, y con disposiciones más recientes que reiteran la necesidad de su cumplimiento, se mostró resuelto á mantener lo mandado. En el acto se organizaron los estudiantes para la protesta. Nombraron una Comisión ejecutiva y se declararon en huelga, dando tal nombre al hecho de no asistir á las clases. Después de declarada la huelga, acudieron de nuevo al Gobierno, y el Gobierno les dijo:

—Deponed vuestra actitud de rebeldía, volved á clase, y entonces podré estudiar vuestras reclamaciones.

No se podrá tachar de dura ni de vejatoria semejante declaración. El Gobierno hubiera estado en su derecho al resolver de plano, diciéndoles:

—Eso que se os impone está mandado por una ley que hay que cumplir. Otras disposiciones prevén el caso de estas faltas colectivas á clase y les marca su penalidad académica. También eso se cumplirá.

Se prefirió contemporizar y suavizar asperezas. Se les prometió que, si volvían á clase, se estudiaría si se podía ó no dejar de cumplir una ley y un Real decreto, y los estudiantes contestaron que no, que ellos no se fiaban del ministro ni de nadie; que lo primero era que la *Gaceta* hablara dándoles gusto, y después volverían á clase.

Y se entabló el duelo entre los estudiantes que en *meetings* y manifestaciones maltrataban al ministro, y el Gobierno que llenaba de notas oficiosas los periódicos. Se intentó la intervención de los profesores, y los estudiantes hicieron burla de ellos. Intervino el Presidente del Consejo. Empeñó su palabra de honor á los estudiantes, y éstos no se rindieron... Y el día 8 se aceptó la dimisión al ministro de Instrucción Pública, Sr. La Cierva, y se nombró para substituirle al Sr. Cortezo; el día 9 publicó la *Gaceta* la Real orden dictada por los estudiantes, y el día 10, ya victoriosos, los estudiantes volvieron á las aulas.

He ahí la edificante historia. Los periódicos todos simpatizaron con los estudiantes, como de costumbre en toda rebeldía. Los catedráticos, ó les ayudaron á la resistencia, ó demostraron no tener sobre sus discípulos acción alguna moral. El gobernador civil de Madrid, el decano de la facultad de Medicina y los periódicos proclamaban la corrección con que los escolares procedían. ¡Correctos unos estudiantes que abandonaban las clases, porque no se dedicaban á apedrear á las gentes por la calle! Y el Gobierno, porque el Rey había de ir á Valencia el día 9 y porque los estudiantes valencianos hubieran deslucido el éxito del viaje, según públicas amenazas, entregó al Sr. La Cierva y buscó á toda prisa un ministro que firmase la capitulación y diese vía libre para la región levantina, poco necesitada á fe de semejantes lecciones de anarquía.

Todo eso es triste, es deplorable, lamentabilísimo. No se acierta á ponerle comentario más duro que el que resalta del mero enunciado de los hechos. Pues hay algo más triste, sin embargo, que éstos, y es la inacción social, la inconsciencia social que se revela en que los padres ó las familias ó los tutores de esos estudiantes no hayan dado señales de vida. Un comunicado apareció en un periódico, cuando se anunció que se castigaría con pérdida del curso y del importe de las matrículas á los rebeldes. Nada más. Como si fuesen incluseros, como si no tuviesen padres ni tutores, ó como si á éstos no importase ni la rebeldía de sus hijos, ni el mejoramiento de la enseñanza, ni la seriedad del estudio, ni nada de lo que estaba en litigio. ¡Acaso fueran esas familias, sólo codiciosas del título académico, rápida y económicamente obtenido, las impulsoras de la huelga! ¿Qué regeneración de la Instrucción Pública cabe, como no sea impuesta con fuerza tenacísima, en semejante ambiente?

***

El mismo día en que de esa manera claudicaba el Gobierno ante la rebeldía y ante la amenaza de una silba, se produjo la catástrofe del tercer depósito en construcción: hundióse la techumbre, cogiendo debajo á los obreros que comenzaban la jornada. Murieron treinta ó cuarenta y aparecieron heridos, de más ó menos gravedad, unos cien. Prodújose el movimiento de consternación consiguiente á tantas desgracias. El Rey acudió personalmente á enterarse de la magnitud del desastre y á saludar á las víctimas. Las personas pudientes se apercibieron á su socorro. El Gobierno dispuso, como era de su deber, una investigación cuidadosa de las causas de la catástrofe. Y el ejército, llevado allí con tal fin, y el pueblo, que acudió de todas las clases y de todas partes, rivalizaron en ardimiento por sacar de entre los escombros á los muertos, á los heridos y á los contusos.

Hasta ahí todo el mundo cumplió con su deber. Algo quedaba por hacer que al Parlamento principalmente incumbía: exigir las responsabilidades debidas por cuantas cosas extrañas y deplorables hay en la historia de ese siniestro tercer depósito. En 1901 ó 1902 discutióse en las Cortes esa cuestión, anunciándose lo ahora ocurrido. Sería obra saludable la de ajustar serenamente cuentas y responsabilidades de todo eso. Algo ha hecho la prensa; pero á las Cortes corresponde la misión principal, si no se imponen los compadrazgos usuales, el «hoy por ti y mañana por mí» que daños tan graves y tan hondo descrédito ha producido.

Pero, además de eso, que era natural, han ocurrido cosas estupendas. Los obreros de Madrid, que ya venían muy excitados por sucesos recientes, tomaron la catástrofe del tercer depósito, espontáneamente ó secundando sin saberlo maniobras políticas, como ocasión pintiparada para una exhibición de aquellos odios de clase que laten en su seno. El día mismo y en los lugares mismos del suceso fueron desacatadas algunas autoridades militares y civiles, é injuriadas algunas de las personas acomodadas que acudieron á ver lo ocurrido. Por la noche se organizó una manifestación que, cobijada de una bandera negra, recorrió las calles de la villa, imponiendo la clausura de todos los teatros. El público selecto que en el Real se había congregado para escuchar á la famosa orquesta Lamoureux, tuvo que salir á la calle, y se obligaba á los caballeros—¡entre éstos había diplomáticos extranjeros!—á saludar el pendón negro de los manifestantes, apoderados de Madrid á ciencia y paciencia de las autoridades. El Gobierno mismo había perdido la cabeza, consagrando al suceso los honores de una reunión extraordinaria y *ad hoc* del Consejo de Ministros y la apertura de una subscripción nacional para socorrer á las víctimas. Ni aquí ni en ninguna parte se han concedido jamás semejantes honores á un «accidente del trabajo», aun siendo mucho mayor la extensión de su estrago. La prensa tomó de su cuenta el lamentable suceso, y todos los periódicos vinieron llenos del trágico relato, de lamentaciones terribles... y de subscripciones rivales en beneficio de los supervivientes y á la mayor gloria de las respectivas empresas. Se puede asegurar que, cuando perdimos todo un

vasto imperio colonial y una leyenda gloriosa, no aparentó Madrid una aflicción ni una consternación comparables á las que ha mostrado ahora.

Síntomas son todas estas cosas de un estado anárquico en la sociedad española, sorda y ciega á las lecciones de la experiencia, entregada á pasiones é instintos indomados, sin freno en los poderes públicos, sin guía en aquellos elementos directores, tan menesterosos de dirección y de disciplina, como las mismas masas hambreadas de cuerpo y de espíritu.

EL HOMENAJE Á ECHEGARAY

No falta, sin embargo, quien siga pidiendo á la imaginación, ó tomando de ella, consuelos y alivios para esas realidades penosas. Á propósito del homenaje nacional tributado á D. José Echegaray en los días 18 y 19 del pasado Marzo, las musas periodísticas han percibido nada menos que un glorioso *risorgimento* de España. Fué un acto consolador y digno de alabanza, por ser un acto de aquella solidaridad nacional que tan pocas veces nos es dado conocer en nuestra conducta; pero el afán *tartarinesco* que nos domina vino á sacar luego de quicio las cosas, como nos ha sucedido en cien ocasiones trágicas ó bufas.

Era justificado el homenaje, porque Echegaray es un hombre de soberanos méritos intelectuales, de grande y gloriosa laboriosidad, y es bien que, cuando su nombre recibe una consagración mundial como la que significa el premio Nobel, demostremos los españoles que también sabemos apasionarnos y entusiasmarnos por esas puras glorias del espíritu. No hay, además quien no sea á Echegaray deudor de grandes emociones estéticas, de intensas conmociones nerviosas, y, sea cual sea el juicio que su teatro merezca fuerza es comprender que con él se han entusiasmado ó deleitado ó entretenido las presentes generaciones de hispano-parlantes á ambos lados del Atlántico. Echegaray, además, es creación acabada y producto auténtico del genio español, tan castizo en lo aventurero de su fantasía y en lo descoyuntado de su ética, como en lo ampuloso de su lenguaje y en la hinchazón morbosa de su retórica.

Para una crítica de justicieras severidades, hay muchos reparos que oponer á la obra extensa y variadísima de Echegaray. En política fué una de tantas brillantísimas imaginaciones como dejaron su huella en la obra de la Revolución, creación de doctrinarios ó ilusión de poetas más que labor consciente y eficaz de verdaderos estadistas. En lo científico, Echegaray ha sido un gran literato más que un sabio investigador de los misterios sublimes de la ciencia; un expositor admirable, asombrosamente claro, de las investigaciones y del discurso de los demás más que creador de materia propia. En el teatro dió Echegaray con el objeto verdadero de su vocación, con el fin y el terreno adecuados á sus facultades poderosas. Pudiera decirse que antes, en

ocupaciones científicas y políticas, había estado haciendo teatro sin saberlo. *El libro talonario*, su primera obra dramática, fué el acomodo definitivo de sus talentos.

El teatro de Echegaray se caracteriza, y apenas si un par de obras suyas desmienten ese carácter, por lo fantástico de sus personajes, que son siempre exageraciones monstruosas, anormalidades genialmente concebidas, héroes ó maniquíes, santos ó malvados, genios ó idiotas; por la constante intervención del azar en la vida de esos personajes; por la hipérbole dominadora de su lenguaje; por unas ideas éticas, que son la adaptación á nuestra época del castizo ideal caballeresco español, y por una acción epiléptica, que va y viene y da vueltas y se enreda y se desenlaza en situaciones imprevistas de efecto formidable, látigo que azota, peso que abruma, cantárida que excita, fogata que deslumbra con sus resplandores entre humo; pero imán, á la vez, irresistible de la atención que se rinde cautiva ante la mentira escénica. Desde *El libro talonario* hasta *Á fuerza de arrastrarse*, no recuerdo obra del Sr. Echegaray que no sea eso y donde eso no pueda señalarse.

Y claro es que al decir que ésas, á mi juicio, son las características de ese teatro, ya he dicho implícitamente que me parece funesta su influencia en la literatura y aun en la educación total de la sociedad española. Cuando más necesitaba nuestra literatura obra de pensamiento, de devaneos de la imaginación la nutría el Sr. Echegaray; cuando más necesitaba nuestra sociedad el espectáculo de hombres normales y equilibrados, vida robusta de músculos, el Sr. Echegaray le ofrecía desfiles de monstruos, desvaríos de locos, contorsiones de payasos, vida forzada de nervios enfermos. He dicho alguna vez, y creo haber demostrado, que en la presente decadencia de nuestra literatura dramática corresponde tanta culpa á Echegaray, por su subjetivismo desenfrenado, como á los bufos, por la depresión moral que ejercieron, así como en la infecunda postración actual de nuestra política tiene tanta culpa el subjetivismo doctrinario de los unos como la desvergonzada *insouciance* de los otros...

Mas si no era función de críticos severos el homenaje, no se debía volver á ese sereno razonar las espaldas tanto y tan radicalmente, que fuera lícito mirar, en la manifestación hermosa de la admiración de un pueblo por tan excelso poeta, la aurora ni la promesa de ninguna restauración nacional.

EL KAISER EN TÁNGER

También este suceso, la rápida aparición de Guillermo II en Tánger, ha servido para no pocos devaneos de nuestras fantasías contra los que será preciso prevenirse seriamente desde ahora, pues las tendencias germanófilas que en las alturas vienen observándose, parece que se extienden y propagan por otras capas de la política, y si nada perderíamos en una cordial amistad con

Alemania, nada tenemos que ganar y sí no poco que arriesgar en un compromiso cualquiera con el Imperio.

Créese éste con grandes derechos sobre Marruecos. En el número de Mayo de 1904 de la excelente *Revue Economique Internationale* publicóse un artículo del Dr. Paul Mohr, presidente de la Asociación germano-marroquí de Berlín, sobre *Marruecos y los intereses alemanes*, que es un alegato perfecto, por la solidez del discurso y el calor de la defensa, de aquellos derechos de que Alemania se cree en posesión, que abarcan lo pasado y lo presente, que hasta tienen conexiones étnicas por fundamento y que comprenden, desde la asidua y afortunada investigación científica hasta el comercio en creciente prosperidad, cuantos medios y recursos aplican los pueblos occidentales á su intrusión y desenvolvimiento en los que todavía viven á espaldas de nuestra civilización. El estudio documentadísimo del Dr. Mohr era una manifestación de opinión alemana, y á ella ha respondido gallardamente, con grande éxito de alarmas en todo el mundo, el emperador Guillermo.

Su presencia en Tánger y su afirmación de la independencia de Marruecos han alentado al Sultán, han disgustado á Francia y han complacido, en el fondo, á todas las demás naciones de política mundial. En el acuerdo anglo-francés y en el franco-español consiguiente afírmase de un modo rotundo el respeto á la autonomía política de Marruecos y á los derechos de todos en aquel mercado del comercio universal; pero la misión de M. Saint-René Taillandier no deja hueco para la duda respecto de las intenciones auténticas de Francia sobre la interpretación de esos derechos de penetración pacífica que se le han reconocido (1). En vano se recuerda irónicamente en Francia que también á Krüger prometió el Kaiser que no se pondría la mano sobre la independencia del Transvaal. El caso es muy diferente, y de sobra se comprende que el acto del emperador Guillermo, más significativo después de su discurso de Bremen (2), tendrá por efecto la moderación de los ímpetus de

(1) En el pasado mes de Marzo publicó la *Nouvelle Revue* un artículo que fué muy comentado, por atribuirse su redacción á uno de los agregados militares de la misión Taillandier. «Después de tantas tergiversaciones inútiles de la diplomacia—decía entre otras cosas significativas,—de tanto tiempo perdido, nuestra política se nos impone. ¿Por qué no decir muy alto en Francia que el concepto de una penetración pacífica en Marruecos es una leyenda y un absurdo? Penetrar por la dulzura en el imperio del Magzen es un sueño peligroso, cuya persistencia nos costaría muy cara. Es indispensable—¡y ya urgente!—preparar la opinión pública en Francia para acontecimientos ineluctables que van á precipitarse allí: en Marruecos comienza á manifestarse cierto desdén para nuestra paciencia y nuestra dulzura palabrera. De dos cosas una: ó tendremos que recurrir á la fuerza, ó sólo con la amenaza de ella obtendremos lo que necesitamos; pero ¿quién puede hacerse ilusiones sobre la posibilidad de que baste lo segundo?»

(2) Al inaugurar, á fines del pasado Mayo, en Bremen un monumento erigido á la memoria de su augusto padre, Guillermo II pronunció un gran discurso cuya sín-

Francia, con eficacia tanto mayor, cuanto que Iuglaterra ha de simpatizar y Españ**a** ha de ver con buenos ojos que de tal modo se les ayude á mantener literalmente los convenios de Abril y de Octubre de 1904. Todo lo que sea ganar tiempo, estorbar una rápida acción de Francia, dar lugar á que nosotros nos mejoremos—si hemos de mejorarnos,—para tener en lo porvenir de Marruecos aquella efectiva participación que se nos reconoce en aquellos acuerdos, es para España una ventaja indudable, pero á condición de que nadie pierda la cabeza, de que los aplausos de la colonia española de Tánger al Kaiser no sean en modo alguno la expresión de un compromiso, sino de una conformidad de momento en un propósito, jamás en el fin total ni en los medios de alcanzarlo.

SALVADOR CANALS.

---

tesis está en estos párrafos: «Me he jurado á mí mismo que los cañones y las bayonetas permanecerán en reposo, por lo que de mí dependa... Cultivemos nuestro jardín... He aprendido en la Historia que todas las tentativas de imperio universal se han ahogado en sangre, y han acabado con los pueblos que las hicieron... Si ha de haber un imperio mundial de los Hohenzollern, no será más que un imperio de influencia pacífica, fundado en la confianza absoluta que se puede tener en un vecino decidido á mantener la paz... Alemania no amenaza á nadie: no ambiciona ningún aumento de territorio, ni cerca ni lejos. Nuestra fórmula debe ser: *Limitados en el exterior, ilimitados en el desarrollo de lo que en el interior tenemos.*



LA CRISIS DE LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

I

La Extensión universitaria va abriéndose paso entre nosotros. Después de unos años de vacilación, la semilla sembrada en el ensayo inicial de 1898 ha fructificado en muchas regiones de la Península; y, como no podía menos, reviste en cada una—y aun podría decirse, en cada localidad de ellas—formas diferentes, derivadas, ó de las condiciones y necesidades del público, ó de la imposición de tendencias tradicionales, á menudo impropias para el nuevo fin que se persigue. La experiencia irá diciendo cuáles de esas formas son viables, cuáles dan resultados positivos, y cuáles no pasan de una pura apariencia retórica, un hacer que hacemos, sin eficacia alguna. Pero sin que tengamos que aguardar á la propia experiencia, la ajena nos brinda ya con bastantes hechos que pueden servirnos de enseñanza y de aviso para evitar á tiempo fracasos casi seguros.

De esos hechos, el más saliente es aquel á que se refiere el título de este artículo, hecho observado, á la vez, en Inglaterra y en Francia. Veamos en qué consiste.

Suele decirse que la Extensión universitaria es una obra post-escolar. La calificación no es enteramente exacta, si con ella se entiende que el público de la Extensión ha de estar compuesto, siempre, de personas que por lo menos han recibido la enseñanza primaria elemental. La primitiva fundación de Tonybee-Hall no se detuvo ante este requisito, antes bien buscó á los necesitados de cultura entre los más desprovistos de ella, entre esos habitantes de los «barrios bajos» londinenses que ni aun saben leer. Es, por otra parte, notorio que el analfabetismo no representa una dificultad insuperable para la instrucción y la educación; y que, si ha de procurarse siempre que el sujeto posea esos *instrumentos de trabajo* que representan la lectura y la escritura, para que su cooperación sea más activa y personal, cabe enseñar muchas cosas, y con seguro fruto, á los que no los poseen. La Extensión universitaria inglesa es buen ejemplo de lo que digo: al lado de numerosos

cursos cuya base es la lectura del *Syllabus* en que se resumen las lecciones, hay no pocas *conferencias* y charlas familiares que se dirigen á los que no pueden leer. En España, el caso es frecuente, con mayor razón que en Inglaterra.

Por otra parte, la calificación de post-escolar cuadra perfectamente á la Extensión, si con ella quiere decirse que sirve y es necesaria á los mismos que han pasado previamente por uno ó varios grados de la enseñanza, á los hombres y mujeres que poseen una cultura inicial mayor ó menor, y aun títulos académicos más ó menos especiales. Que así es, lo prueba la calidad de la mayoría del público que en Inglaterra y en Austria, v. gr., acude á los cursos. En España, sabido es que la *burguesía* nutre en buena parte el auditorio de la Extensión, y no hay para qué decir lo mucho que necesita de ese refuerzo de cultura. Gran síntoma es que lo comprenda y que utilice lo que para este fin se le ofrece.

Pero conviene repetir una observación que es de puro buen sentido y que yo he hecho constar siempre que de esta materia he tratado, á saber: que siendo necesaria para todos—en países atrasados, como el nuestro, mucho más que en otro alguno,—la Extensión es mayormente necesaria para los que menos cultura poseen, para los verdaderos *proletarios* de la inteligencia, valga la frase. Razones de todo género abonan esta observación, desde la que impone acudir con las mayores fuerzas donde el peligro es más grande, hasta la razón económica, que permite mejor el autodidactismo ó la concurrencia á los establecimientos de enseñanza ordinaria, á los que poseen algunos medios de fortuna que á los reducidos á un jornal mínimo, apenas suficiente para las necesidades elementales. La conciencia clara de que éste es el público que más conviene atraer ha sido la causa creadora de los *settlements* ingleses, de las Universidades populares francesas, y se manifiesta en la preocupación constante que revelan, en todos los países, los organizadores de la Extensión en sus diferentes formas.

Ahora bien; en esto es en lo que se ha producido la crisis, ó lo que llaman crisis de la Extensión y de las Universidades populares, algunos autores. Veamos cuál es el alcance de este fenómeno.

En Inglaterra—y caso aparte de los *settlements* del tipo de Tonybee-Hall—la inmensa mayoría de los cursos de *University Extension* han sido, hasta hace poco, exclusivamente burgueses. La intención de los organizadores era muy otra, sin duda. Algunos de ellos declararon abiertamente que el propósito era, ante todo, difundir la instrucción superior entre los obreros. El propósito fracasó. Los obreros no acudían á las conferencias y cursos. El público de la Extensión componíase, como dice Friedel, de burgueses y burguesas más ó menos *snobs*, de maestros y maestras de instrucción primaria... de empleados y comtables, hombres y mujeres, sobre todo mujeres convencidas de que instruyéndose mejorarían su posición». Con respecto á ese público, la Extensión llenaba el papel de la enseñanza primaria superior,

de la secundaria y, con menos efectividad, de la universitaria, patrimonio exclusivo, hasta ahora, de las clases sociales ricas.

Con esa serenidad propia del carácter inglés, los organizadores de la Extensión no se desanimaron por la ausencia de los obreros. Estudiaron el por qué de ella y procuraron combatirla. En Agosto de 1903 consiguieron la primera victoria, dieron el primer paso para la resolución de la crisis. Reunidos en la Universidad de Oxford varios representantes de las *Trade Unions*, de las cooperativas obreras y de la Extensión, echaron las bases de una Sociedad especial, cuyo fin es «difundir la instrucción superior entre las clases obreras». Presidía la reunión el obispo de Hereford. Discutido y aprobado el reglamento, la Sociedad habrá funcionado durante el curso de 1903-1904; y aunque desconozco cuáles hayan sido los resultados de su acción, creo poder afirmar *a priori* que la *crisis* está salvada, á lo menos en lo fundamental. Lo fundamental para los ingleses es, en este caso, que los mismos obreros hayan tomado la iniciativa de la reforma. Uno de los organizadores de la Extensión universitaria de Oxford ha declarado que el fracaso relativo de ésta—por lo que se refiere á la masa de los trabajadores manuales—depende de que «se comenzó de mala manera, porque en todo movimiento realmente democrático, la iniciativa debe venir del pueblo mismo». Esto no es, sin embargo, más que relativamente cierto, porque sólo es relativamente posible. En países donde, por la cultura general difusa que penetra aun en los que de propósito no la adquieren, las clases obreras tienen conciencia clara de su estado y de sus necesidades en el orden intelectual, y esa conciencia llega á producir la aspiración á remediar la falta, cabe esperar que ellas se adelanten á pedir lo que necesitan. Donde eso no ocurra, se impone la iniciativa de los hombres cultos, de los filántropos, que se decía en el siglo XVIII, y, como trabajo previo, el de despertar la dormida conciencia de los trabajadores manuales, para que se asocien de una manera viva á la obra que en favor suyo se pretende realizar. Claro es que si ese trabajo previo fracasa, toda la obra caerá por su base; porque en la Extensión universitaria, como en toda empresa educativa, el factor principal es el educando, es decir, la cooperación activa, intensa, ferviente del que recibe la enseñanza.

Pero una vez lograda esa cooperación; una vez despierta la iniciativa del obrero, ó manifestada espontáneamente, donde esto sea posible, el problema cambia de aspecto y reviste, á mi ver, pura y exclusivamente un carácter pedagógico, ó sea, consiste en saber ó no saber dar la enseñanza que el obrero necesita y en la forma en que la necesita. Eso es lo que habrán tenido que resolver los ingleses y lo que, como veremos, ha sido la causa principal de la crisis de las Universidades populares francesas.

II

En Francia, los hechos han ocurrido de otro modo que en Inglaterra. El pueblo obrero respondió á la iniciativa de Deherme y sus imitadores (1), en unos sitios, como en la *Cooperación de las Ideas*, inmediatamente y con gran entusiasmo; en otros, como en la Fundación universitaria de Belleville, tras de alguna espera que no desanimó á los fundadores. Difundidas por todo el país; ligadas, ya al movimiento socialista, ya al católico, que no quiso dejarse arrebatar toda la masa, las Universidades populares se mostraron durante algún tiempo como institución arraigada, de éxito seguro y creciente. Pero el desengaño llegó pronto. Lo confiesan y lo proclaman los más enamorados de la hermosa obra de cultura y fraternidad iniciada en la rue Paul Bert. «Poco á poco—dice Mauricio Duhamel en un folleto reciente (2),—á despecho de los esfuerzos de los intelectuales y de sus llamamientos reiterados, los obreros abandonaron las salas donde habían ido á escuchar la buena nueva. La mayoría de esas salas se cerraron, y las que subsisten, totalmente apartadas de su fin primitivo, cuentan por todo público unos cuarenta estudiantes, literatos primerizos, ó artistas jóvenes, á los que de vez en cuando se une un corto número de obreros escogidos. Pero el pueblo ha dejado de frecuentar las Universidades populares.» Una información particular, adquirida hace pocos meses, de labios de un intelectual parisién, sumamente entusiasta de la Extensión, y miembro activo de ella, ha venido á confirmarme la certeza de lo que Duhamel dice, apartando de mí todo recelo de pesimismo que, á veces, brota de las entrañas mismas del amor, que con nada se satisface. «El público actual de nuestras Universidades populares—dice mi informante—no es propiamente obrero, sino de la *petite bourgeoisie*, y, cuando más, contiene algunos elementos de las clases obreras más cultas (v. gr. los cajistas de imprenta), es decir, de las que menos necesitan de la enseñanza. Ese mismo público no acude con entusiasmo más que á las conferencias y cursos de carácter político ó *social*. Si queremos salvar esta crisis, en espera de su remedio, tenemos que convertir las Universidades en centros de propaganda de determinadas ideas, en vez de conservarles el sentido neutral, puramente *científico*, que Deherme logró tuviese, por algún tiempo, *La Cooperación de las Ideas*.»

---

(1) Para los que desconozcan la historia de este movimiento—que tiene curiosas singularidades,—indicaré como fuentes dos publicaciones españolas: una es la Memoria de D. Leopoldo Palacios, como pensionado de la Universidad de Oviedo en París, de la cual se han impreso capítulos sueltos en los *Anales* de la Universidad citada (tomo II), en *La España Moderna* y en otras revistas; la otra es el libro del Sr. Cebriá Montoliu, *Institución de cultura social*.

(2) *L' éducation sociale du peuple et l' échec des Universités Populaires.* París, 1904

Comprobado el hecho de la abstención de los elementos populares, «indiscutible hoy día», lo que importaba era averiguar su causa. Dick May abrió información acerca de ella en *La Petite Republique*. Ninguna de las contestaciones recibidas fué satisfactoria. El propio Dick May emitió una que á Duhamel le parece la más razonable de todas, á saber: que los obreros no acuden á las Universidades populares por la fatiga que les produce su jornada de trabajo manual. Pero con ser razonable, esta explicación no es, ni mucho menos, suficiente. «Sin duda, dice Duhamel,—el pueblo necesita un valor heroico para quitar, del período de descanso adquirido con gran esfuerzo, las dos horas que requiere la audición de una conferencia diaria. Pero ese valor lo tuvo el pueblo. Seguramente lo hubiera conservado mucho tiempo aún, tan vivo es el pesar que les causa su desconocimiento fatal de todas las cosas. «La ignorancia es para el obrero la causa principal de su esclavitud política y económica», dice un cartel redactado y publicado por los miembros de la U. P. de Montreuil-sous-Bois. «Ignorancia y miseria son dos cosas inseparables»—dice otro cartel.—«Miseria física y moral para el obrero. Miseria moral para el rico.» Ante todo, el pueblo está ávido de saber. Acogió con entusiasmo la aproximación que le proponían los intelectuales, porque esperaba poner fin, con ella, á la «miseria moral» denunciada por los obreros de Montreuil. Y hubiese sido capaz de todos los sacrificios por asegurar el éxito de las Universidades populares, si en ellas hubiese encon trado las conclusiones científicas á que cree poder exigir el secreto de su emancipación.»

Con estas últimas palabras comienza Duhamel á exponer la que él cree causa principal del fracaso de las Universidades populares. Más adelante, la formula resueltamente de este modo: «la mayoría de esas pequeñas instituciones no fueron más que una copia reducida y simplificada de las Universidades oficiales... Y los hombres que intentaron en ellas «educar al pueblo», profesores en su mayoría, contentáronse en sus conferencias con repetir, abreviándolos algo, los cursos que habían explicado antes á sus alumnos, ***sin darse cuenta de la diferencia que existe entre una cátedra de Facultad y una tribuna de educación social,*** del abismo que separa la inteligencia algo ruda del proletario, y el espíritu adornado, peinado, raído, de un bachiller reciente».

Juzga Duhamel que ese error de los profesores era inevitable, dada su educación intelectual y sus hábitos de estudio. «Nuestros profesores—dice—conocen perfectamente las industrias antiguas de Egipto, de Roma ó de Grecia; pero ignoran todo lo referente á las fábricas y talleres del siglo actual. Saben la procedencia de los objetos domésticos que se usaban en el Latio, y no ignoran el menor detalle de la vida de los Ilotas; pero muy pocos de ellos podrían decir de dónde viene el paño de que se visten y cuál es el salario del obrero que arranca de la tierra el carbón que les da calor. Poseen admirablemente la historia de las corporaciones, de los jurados y maestrías de la Edad

Media; pero nuestros sindicatos y nuestras cooperativas son letra muerta para ellos.»

Ahora bien; los obreros habían acudido á las Universidades populares en la creencia de que allí encontrarían «el secreto de su miseria y el medio de remediarla». Deseaban que se les explicase «las bases económicas de la sociedad moderna y las causas de su servidumbre social». En vez de esto, se les habló de filosofía, de numismática, de literatura y de arqueología. En la sala Mouffetard, el año pasado, uno de los conferenciantes trató, en diez lecciones, de los «principios fundamentales de una metafísica nueva», mientras que en la Cooperación de las Ideas, el Sar Peladan charlaba sobre «La estética de la Tragedia». El resultado de tales programas no se hizo esperar mucho. El pueblo juzgó que las mejores bromas son las más cortas, y abandonó las Universidades populares.

III

Conviene recoger algunos de los hechos que Duhamel expone. Ante todo, nos encontramos con un público que reduce su curiosidad á un solo orden de cuestiones. Que así lo haga, tiene explicación sencillísima: en el individuo y en las colectividades, el interés intelectual comienza siempre por las cuestiones que más afectan á la vida propia, á las luchas de momento, cosa perfectamente legítima, de la que es preciso partir para la eficacia de toda acción ulterior. Pero también es cierto que esa estrechez de horizonte dificulta mucho el problema, limita el campo educativo y, entendida demasiado literalmente, sólo ataca una parte de la ignorancia general de que los mismos obreros se quejan. Hay que advertir también que los proletarios de Londres en Tonybee Hall, y los obreros españoles en todas partes, han demostrado mayor amplitud de criterio, interesándose por muchas más cosas que las estrictamente ligadas al problema de su miseria actual. La posición del público francés es singularísima. Sus educadores deben estimarla como una condición que se impone y sin satisfacer á la cual todo trabajo resultará baldío; pero quien estudie el problema desde un punto de vista más general, no ciñéndose á un pueblo determinado, ó apreciando las variantes nacionales y regionales del público, sin perder de vista el interés supremo de una educación integral, humana, no puede considerar aquella causa como la única causa de posible fracaso, ni dejar de advertir el peligro que representa.

No quiere esto decir que la desilusión de los obreros franceses haya sido inmotivada y que la crítica de Duhamel sea injusta. Los programas de las Universidades populares de aquel país, y en general los de todos los países, han venido pecando de intelectualismo, han sido formados *queriendo* pensar en el pueblo, pero en realidad con la sugestión fortísima del acostumbrado público escolar y burgués. Conviene, pues, corregirlos. ¿Cómo?

En primer término, y por lo que toca á la misma Francia, el error no ha sido absoluto. Duhamel lo confiesa. «Las Universidades populares que no fueron acaparadas por los estetas, *sares* é ideólogos de todo género, algo se ocuparon, á decir verdad, de los hechos económicos. Y si se perdió mucho tiempo discutiendo cuestiones secundarias: moral, problema de la enseñanza, etc., ó relatando la historia del socialismo (cosa que, bajo la apariencia de formar el espíritu crítico del pueblo, era propicia sobre todo á embrollarlo, por la exposición sucesiva de sistemas demasiado diferentes), hubo conferenciantes discretos que supieron hacer interesantes y útiles historias del sindicalismo ó de la cooperación, detallando la organización de las *trade's unions* y de las asociaciones extranjeras, comentar los resultados adquiridos, los proyectos en vías de discusión ó las lagunas de nuestra legislación obrera.» Que así continúa haciéndose en algunos sitios, lo prueban los programas y los extractos de las conferencias que se dan en la «Universidad popular de los estudios nacionales» (París), cuya colección tengo á la vista y en cuyas publicaciones se lee la nota siguiente: «Los oyentes que deseen interesarse de un modo especial por los trabajos de la U. P. de los E. N., ó que tengan que comunicar informes útiles sobre *el comercio, la industria ó los hechos sociales*, harán el favor de dirigirse, por carta, á uno cualquiera de los miembros del Comité de Dirección». Reconozcamos que si el pueblo sigue no concurriendo á estas conferencias es porque la causa está en él mismo, ó porque los conferenciantes no saben adecuar su enseñanza—aun dentro de temas atractivos—á las condiciones intelectuales de su público. De esto último hablaremos de nuevo más adelante.

Pero conviene, ahora, rectificar un error de Duhamel y de los obreros franceses. Aunque las cuestiones que éstos parecen preferir tienen en abono de esa preferencia las razones que ya hemos expuesto y lealmente reconocido, no pueden ser ellas las únicas que formen el programa de la Universidad popular, sin riesgo de que la educación del obrero sufra una como decapitación de terribles consecuencias. Cabe discutir si—en la orgánica dependencia que todas las cosas de la vida tienen—al obrero, como tal, deben importarle tan sólo los hechos estrictamente económicos; pero no puede negarse que, como hombre, le importan otros muchos, y que de conocerlos ó no, de tener acerca de ellos ideas claras ó puras leyendas, depende su juicio respecto de muchos problemas actuales y su conducta como ciudadano. Los asuntos jurídicos, históricos, morales, religiosos, no pueden ser indiferentes para el pueblo, no lo son ante las luchas modernas, ante la propaganda de los partidos reaccionarios, ante la consideración del grave peso que aún representan en la obra de la cultura y de la paz las supervivencias y atavismos de las épocas de barbarie. Y si consideramos el valor que representa en la obra indispensable del mejoramiento moral de la humanidad la elevación, la finura del espíritu, no negaremos la importancia de la educación artística—incluyendo en ella la preparación para gozar de los espectáculos naturales,—ni

la eliminaremos de los programas de la Extensión. No es, pues, tanto como á primera vista parece lo que debe segregarse de los programas universitarios para aplicarlos á la educación popular.

El problema consiste, á mi ver, *en el modo* de la aplicación y presenta absolutamente los mismos caracteres que tratándose de los niños. Sabido es que á éstos se les puede enseñar *todo* y que los pedagogos prácticos desechan hoy, con toda razón, los programas escalonados de materias que Spencer, Bain y otros presentaron con una rigidez cronológica demasiado abstracta para que respondiese á una realidad. La piedra de toque está en *el cuanto* de la materia y, sobre todo, en *el punto de vista,* que debe ser siempre aquel desde el cual *ve* la cuestión el alumno, según su grado de experiencia en la vida y su cultura. ¿Y qué duda cabe que el obrero se plantea á su modo *todos* los problemas fundamentales de la humanidad? No se planteará, no se podrá plantear los *especiales* que han nacido al calor del cultivo particular, intenso, de una rama de estudios. Éstos, hay que rechazarlos en absoluto. Pero los generales, los que el vulgo, no sólo se propone á cada momento, sino que discute y resuelve dentro de su incultura (con grave daño, por esto mismo, de la vida práctica), en ésos, el obrero piensa y, en todo caso, es preciso que piense. La dificultad, pues, se caracteriza como plenamente pedagógica. Si el profesor sabe ver los problemas como los puede ver su auditorio inculto, y los sabe explicar de modo que le entiendan sus razones, el obrero se interesará y acudirá á las conferencias y cursos. En otro caso, hará como los mismos alumnos hacen, tanto en la escuela como en las clases universitarias: aburrirse y no atender. Todavía los obreros tienen á su favor una libertad de que los alumnos, chicos y grandes, carecen por lo común, que es abandonar la cátedra y dejar solo al profesor que no los entiende; porque casi siempre es él quien no los entiende á ellos, no ellos los que no entienden al profesor.

El mismo carácter pedagógico tiene la discreta ponderación de los asuntos, para responder, precisamente, á esas preferencias que el obrero puede experimentar en algunos casos y es lógico que experimente. Para ello, debe recomendarse siempre una cosa que en la Extensión universitaria de Oviedo (cursos populares y conferencias y cursos dados en las localidades esencialmente obreras) hemos procurado hacer y hemos logrado á menudo: que los mismos oyentes, ó los grupos (Centros, Sociedades, Casinos, etc.) que piden la Extensión, indiquen los asuntos que deseen ver incluídos en el programa. Y cuando alguna vez nos han contestado: «Eso ustedes. Ustedes saben mejor que nosotros lo que nos conviene», les hemos replicado: «Están ustedes en un error. Nadie más que ustedes puede decir lo que ha de interesarles». Y así se han formado muchos de nuestros programas (1). En ellos—conviene

(1) El sistema ha sido diferente en cuanto á las conferencias que se explican ante un público heterogéneo, muy mezclado, como el que acude, v.gr., al paraninfo

decirlo—se nota una amplitud muy grande de horizontes. Nuestra clase obrera no es tan exclusivista como la de Francia.

Duhamel sugiere una idea que debe ser tomada en consideración. Á su juicio, uno de los vacíos más grandes de la educación popular está representado por la ausencia de temas referentes á las profesiones obreras, á lo que se ha llamado «educación técnica».

«Todo el mundo conoce—dice—la extrema división del trabajo que actualmente reina en toda la industria. Un ejemplo clásico nos enseña que la fabricación de un alfiler se compone de catorce operaciones, realizada, cada una de ellas, por un obrero especializado en su tarea particular... El resultado de esa división es que cada trabajador, instruído en la única parte de su oficio que cada día ha de cumplir, ignora casi totalmente el conjunto de él y, con mayor motivo, las leyes que rigen la producción á que contribuye. El minero, el metalurgista, nada saben del mercado universal del acero ó el carbón. Y esta ignorancia se transparenta en las huelgas, que estallan *casi siempre* en el momento en que, cumplidos los contratos de los patronos y repletos los *stocks* de reserva, los «reyes de la mina y del riel» pueden, con toda tranquilidad, esperar á que se agoten las cajas de resistencia y á que los huelguistas vuelvan al trabajo con jornales muy á menudo inferiores á los que motivaron la revuelta colectiva. Bien se advierte la ventaja considerable que para el pueblo tendría conocer las leyes del cambio, la marcha de la producción internacional, y los errores en que este conocimiento le evitaría caer. Y no es temerario creer que tal enseñanza no aprovecharía sólo á los obreros.»

Como se ve, Duhamel apunta no más que á uno de los aspectos de la educación técnica, al aspecto económico, sin duda muy importante, pero en manera alguna el único. Otros aspectos hay que se refieren á la parte artística y científica de los oficios, que convendría cultivar en las Universidades populares, dado que la práctica de los talleres no llena esta necesidad y deja completamente desatendidas cuestiones esenciales en la educación del obrero como productor. Á esas cuestiones ha procurado atender, en lo posible, la Extensión universitaria de Oviedo, en las series de conferencias y lecturas dadas por el profesor Sr. Redondo. El interés con que el público obrero las oyó y comentó es buena prueba de que dieron en el clavo, como vulgarmente se dice; y si se quisiera otro testimonio de la utilidad á que responden esas enseñanzas, podría hallarse en el éxito alcanzado por la de dibujo aplicado á los diferentes oficios (carpintería, metalurgia, cantería, etc.) que el mismo Sr. Redondo dirige en las clases nocturnas para obreros del Instituto. Lo que

---

de la Universidad, al salón de actos del Instituto de Gijón, etc. Véanse, sobre esto, las Memorias de Extensión universitaria, escritas por el Sr. Sela y publicadas en los *Anales* de la Universidad.

en este particular podrían hacer los artistas y arqueólogos conocedores, no sólo de lo antiguo, sino de las industrias modernas, es incalculable y debe pensarse en ellos para nutrir los programas de la Extensión. La formación del gusto y la renovación de los modelos clásicos serían, entre otras, consecuencias felices de esta difusión de la alta cultura artística entre los obreros. Los grandes fabricantes de loza, de tejidos, de muebles, de orfebrería, etc., saben bien lo que significa para su mercado la cultura de este género (1).

***

Conocida la causa, confío plenamente en que la crisis de la Extensión y de las Universidades populares en Francia y en Inglaterra se resolverá favorablemente á la continuación de la gran empresa de cultura. En España, donde se ha empezado contando con un público numeroso de obreros menos exclusivistas, al parecer, que los franceses, las dificultades con que allí se ha tropezado serán un aviso útil para evitar los errores del intelectualismo, la erudición y la retórica, que en obras como ésta pueden ser fatales.

RAFAEL ALTAMIRA.

---

(1) En el capítulo *La propaganda de lo fácil*, del libro *Psicología y Literatura* (Barcelona, 1904), he citado un caso genuínamente español de estas aplicaciones.



LAS LÍNEAS FUNDAMENTALES DEL NUEVO ARANCEL

Nos encontramos en vísperas de la revisión arancelaria. En el Ministerio de Hacienda se trabaja activamente en la preparación de la magna obra. La Junta de Aranceles definitivamente ha formulado las Bases esenciales de la reforma. La prensa económica ha procurado resumir el juicio total de la información realizada, analizando las observaciones hechas por los más importantes organismos económicos de la nación. El país espera con ansia la fecunda, la redentora labor.

Se explica este anhelo de la opinión más ahora que nunca, dadas las circunstancias especiales por que atraviesa el país, en el que hay iniciada desde hace tiempo, arraigada ya mejor dicho, una verdadera crisis económica, que ostenta todos los caracteres trazados de mano maestra por Juglar y recogidos y expuestos vigorosamente por Schmoller, de paralización de negocios, de bruscas variaciones de los precios con tendencia constante hacia la agravación, de alejamiento del capital de toda empresa industrial de algún empeño, de resentimiento del crédito, etc., etc.

Vivimos además dentro de una verdadera economía artificial, creada por el desnivel del cambio, con su tendencia esencial á servir de acicate á la exportación y de rémora á la importación, fenómeno por completo cristalizado en el movimiento del comercio exterior del último año, saldado con un *superábit* de cerca de 30 millones de pesetas, que no puede seguramente atribuirse á un aumento de la exportación de artículos capacitados para abordar el mercado exterior, como, por ejemplo, nuestras substancias alimenticias, vinos, aceites, conservas, naranjas, pasas, etc., sino á un aumento en la potencia exportadora general de la nación, con las excepciones principales de los conceptos de minerales y maderas, en baja de unos nueve millones de pesetas en total, potencia exportadora tan vigorosa que no ha podido ser contrarrestada por las anormales importaciones de trigo que han alcanzado la cifra de 52 millones y pico de pesetas, treinta y tantos más que el año inmediatamente anterior, originada por la rebaja temporal de los derechos arancelarios, acordada en vista de la carestía de los precios.

Dada esta situación, es verdaderamente grave afrontar un problema como éste de la revisión del Arancel proteccionista de 1891 para substituirle por otro Arancel proteccionista también, de acuerdo con la mayoría de los organismos consultados, de acuerdo con el dictamen de la Junta de Aranceles, de acuerdo con la política económica predominante en Europa, en la que no tardarán á entrar los países clásicos del libre cambio como Inglaterra y Holanda, según el movimiento de opinión recientemente iniciado en el uno y en el otro; de acuerdo, sobre todo, con las exigencias imperiosas de nuestra economía nacional.

Las bases esenciales del nuevo Arancel han sido formuladas de un modo vago, más propio sin duda de las especulaciones científicas que de las conclusiones positivas, por uno de los organismos que han concurrido á la *enquete* oficial sobre el asunto y en la forma siguiente. El nuevo Arancel exige:

1.º La determinación previa de los productos naturales y manufacturados que el país produce ó puede producir en condiciones normales y cantidades suficientes, que no resulten á un precio excesivo para el consumidor, para dar á estos productos la protección necesaria á fin de que puedan competir en el mercado interior con sus similares extranjeros.

2.º La determinación también de los productos naturales ó manufacturados que el país puede exportar al extranjero, para fomentar su salida abaratando el coste, mediante la introducción libre ó con derechos limitados de las primeras materias necesarias á su fabricación, que no se encuentren en el país en condiciones tan ventajosas como en el extranjero.

No hay en rigor nada más que hacer que esto, y no es poco por cierto. Todo el problema arancelario se reduce á tales premisas, en cuanto ellas establecen el principio fundamental en la materia, á saber: que es preciso conocer exactamente las condiciones concretas de la economía de cada pueblo, que luego el Arancel ha de procurar fielmente reproducir y tener en cuenta.

Ahora, precisamente, lo difícil es acometer una labor de esta índole. Entendemos que por muchos conocimientos que hayan podido adquirir nuestros hombres de gobierno, recorriendo como buenos economistas España entera, visitando sus grandes como sus pequeños centros industriales, sus pobres como sus ricos núcleos de producción, estudiando al pie de las explotaciones mineras, cerca de las potentes máquinas de los ensangrentados hornos; escuchando las vibraciones de las calderas, auscultando sus menores pulsaciones y enterándose á la vez de las quejas, de los duelos, de los quebrantos y angustias de los directores, de los empresarios, de los dueños, así como de las de los obreros; apreciando el valor é importancia de los intereses que aquéllos comprometieron, como de la ruda y agotante labor en que éstos sucumben; aunque como buenos economistas y hombres de gobierno, repetimos, hubieran hecho todo eso como preparación indispensable para ocupar el poder con autoridad y competencia, cumpliendo aquel consejo del prudente Figuerola, que decía en una obra notable sobre aquel fracasado

Arancel liberal de 1869: «los hombres que llegan á desempeñar la noble y dificilísima misión del poder, obligados están á llevar ideas fijas, como resultado de estudios anteriores y experimentos hechos en épocas pasadas ó en pueblos contemporáneos»; aun en este caso, en el que seguramente, por desgracia, no se encuentran nuestros ministros, aún sería esta tarea de elaborar un Arancel, con sujeción á las bases indicadas, sumamente peligrosa, mucho más en las condiciones críticas por que atraviesa el país, que al desaparecer un día por su carácter transitorio, pudieran herir de muerte una política económica nacida bajo su imperio, orientada bajo su influjo.

Tal vez hubiera sido conveniente haber encargado á una Comisión técnica, formada por industriales, comerciantes, economistas y políticos, este trabajo preliminar, que no puede ser substituído por esa *enquete* oficial abierta oportunamente, porque en ella, claro es, cada organismo ha respondido conforme lo demandaban sus intereses, y falta un trabajo de síntesis, de armonía, de equilibrio, de determinación de los intereses más generales, que cristalice por completo el estado de nuestra economía nacional, en vías de formación, y á la que el Arancel debe fundamentalmente contribuir como una de las principales medidas enonómico-políticas de todo pueblo, colaborando á la constitución de cada uno y de todos los organismos necesarios de fuerzas industriales, dentro de la superior unidad política nacional, no pretendiendo convertirnos en dominadores de los mercados ajenos, sino en dueños del propio, lo cual se consigue aspirando á un cierto desenvolvimiento general de las energías productivas, aspiración olvidada en los Aranceles proteccionistas anteriores, como veremos en el curso de este trabajo.

Claro es que para hacer un Arancel más, como se hace un presupuesto más, en este país de la incompetencia que engendra la rutina, toda esta labor es perfectamente innecesaria; pero si se quiere responder á lo que urgentemente demanda el país, que vive alerta ahora, signo muy notable de adelantamiento económico, como viven alerta los ingleses con Chamberlain, por ejemplo; si se quiere hacer una obra sólida, estable y fecunda, será necesario intentar siquiera ese estudio de las condiciones particulares de nuestras fuerzas económicas y de nuestras energías industriales.

En los momentos presentes, el Arancel ha de cumplir una misión más que ésta primera ineludible de reflejar exactamente las condiciones productoras del país, ha de cumplir la misión de procurar en la medida de lo posible cristalizar, hacer permanente el *superábit* de la balanza mercantil, iniciado tan briosamente en el año 1904, porque este saldo favorable de la balanza ha de sernos muy beneficioso para resolver otros problemas económicos.

El peligro mayor nos viene por el lado de las importaciones de las substancias alimenticias, que se han elevado en el año 1904 á la cifra de 167 millones y pico de pesetas, figurando en ellas, como conceptos principales, los siguientes:

Importación de substancias alimenticias en 1904.

CONCEPTOS	MILLONES DE FRANCOS	CONCEPTOS	MILLONES DE FRANCOS
Trigo	52,2	Legumbres secas	13,7
Bacalao y pez-palo	29,1	Cacao	11,8
Café	19,9	Queso	4,9
Cebada, centeno, maíz y demás cereales	18,7	Conservas	4,6

El anterior cuadro refleja un hecho tristísimo, ya muy viejo entre nosotros y al que no ponemos remedio, á saber, el de nuestra crisis agrícola. Es verdaderamente censurable que España no pueda bastarse á sí misma en este orden, teniendo que comprar al extranjero nada menos que el trigo con que elabora su pan. Buena culpa de esta situación tiene el Arancel de 1891, que concedió mucha protección á los artículos industriales, que para algunos, como para el algodón, llega al ochenta y tantos por ciento, para los paños á más del sesenta, para la seda y para los hierros de todas clases, y en cambio no protegió en una proporción igual á los productos agrícolas, por lo menos tan necesitados como aquéllos, si no más; injusticia que aún salta más á la vista comparando este Arancel con el de 1881, substancialmente reproducido en el otro, que no hizo más que elevar los derechos arancelarios, aunque no de una manera lógica, armónica ni general.

Es necesario que el nuevo Arancel remedie esta injusticia notoria. No es que queramos imitar á la Junta de Aranceles en su primer informe, que tenía el propósito de convertir á España, según sus propias palabras, en *un gran centro fabril y agrícola,* sino que el país se baste hasta donde sea posible á sí mismo, equilibrando su producción con su consumo, mucho más tratándose de productos que pueden obtenerse en el país á poco que se mejoren los procedimientos técnicos, á poco que se beneficie la tierra, á poco que se la roture y abone convenientemente. Como hemos dicho en otro lugar, lo primero, lo fundamental es que el Arancel cristalice la independencia económica de la nación, supremo organismo en este orden, á la manera como se defiende su independencia política. Ahora bien, la independencia económica de la nación entraña la siguiente primordial exigencia: que ésta se cree hasta donde sea posible sus propios medios de vida, trabajando sobre las condiciones concretas, especiales de su *territorio, medio, población,* etc., etc., y teniendo como principal aspiración la de responder con sus propias fuerzas

productivas á las exigencias de sus necesidades fundamentales. ¿Nos encontramos hoy por ventura en esta situación, comprando al extranjero, por ejemplo, trigo para nuestro alimento y carbón para nuestra industria?

Un ejemplo decisivo en este punto de la protección de la agricultura nos lo proporciona un país vecino, en el que los fenómenos económicos ostentan un carácter parecido á los nuestros. En una conferencia que dió un ingeniero portugués, tan ilustrado como el Sr. Castro, sobre la producción y el cultivo del trigo en Portugal, decía: Portugal fué en tiempos anteriores exportador de trigo. Durante los diez y ocho años transcurridos desde 1838 á 1855 la exportación ascendió á 1.552.842 hectolitros, representando para la agricultura portuguesa un valor de 5.500 á 6.400 contos (27,5 á 32.000.000 de pesetas) suministrados por el extranjero y sus colonias. ¿Á qué obedeció este período próspero? Al restablecimiento definitivo del sistema proteccionista, comenzado á plantear allá por el año 1821. Roturáronse terrenos; el consumidor tenía el pan más barato: la importación cesa; aumenta progresivamente la exportación.

La conclusión era ésta: es imprescindible, pues, mejorar el cultivo y mantener las leyes protectoras, que tantos, entre ellos los fabricantes de harinas al frente, pretenden constantemente revocar.

El Conde de San Bernardo, en su estudio sobre el «Problema del país» publicado en esta Revista (1), decía no hace mucho: «El proteccionismo es eficaz para dar á la agricultura nacional el tiempo preciso para organizarse y poder restablecer el equilibrio entre el precio de producción interior y exterior en el mercado único». Bien sabido es que el Conde de San Bernardo no olvidaba, sino que se preocupaba fundamentalmente del aspecto técnico, tratando de aumentar y abaratar la producción por el método de la inducción del ázoe.

Éste es el sentido general de la opinión del país. Ahora el Arancel no puede hacerlo todo. Hay á su lado un problema técnico que toca resolver á nuestros agricultores. En todos los países del mundo han caminado siempre juntos la protección industrial por el Estado y el desenvolvimiento de esta industria misma por el esfuerzo individual. Claro es que el Estado no deberá contentarse con el Arancel para seguir una política proteccionista fecunda, y éste es otro de los puntos interesantes que conviene no olvidar. Se trata de establecer un sistema proteccionista, y un sistema entraña una serie de medidas íntimamente relacionadas entre sí y con el objetivo final. Por confiar sólo en el Arancel, la política protectora de 1891 no ha producido los resultados que se esperaban. Es necesario acompañar el Arancel de otras medidas en íntima relación, como tratados de comercio que nos abran, por ejemplo, los mercados de América; política hidráulica que reduzca la producción de

(1) Véase Nuestro Tiempo, Febrero, 1902.

secano; tarifas de ferrocarriles que abaraten el transporte; red secundaria que pase por los pequeños núcleos de producción; desgravación de los impuestos que recaen sobre la circulación de la riqueza y de las gabelas que pesan sobre la constitución de las empresas industriales, protección á la marina mercante, etc., etc., y todo este género de medidas, formando un sistema perfecto, producirán á la larga una organización nueva de nuestra economía nacional, en la que no se dará el absurdo, por ejemplo, de que exportemos 109 millones y pico de pesetas de mineral de hierro, como en el año último; mineral que luego nos devuelven los extranjeros convertido en objetos manufacturados diversos, principalmente máquinas por valor de unos 70 millones, cobrándose gran parte de lo pagado. En cambio hemos importado carbones minerales por valor de 66 millones en el año inmediatamente anterior, cuando estamos convencidos de que en nuestro suelo podría obtenerse por lo menos el suficiente.

Con una organización económica de esta índole ¿es posible pensar en ese saldo favorable de la balanza mercantil de que hablábamos al principio? ¿Es posible, con el régimen político-económico actual, un desenvolvimiento armónico de nuestras fuerzas productivas?

Es necesario, es urgente sí, un nuevo Arancel que recoja estas palpitaciones de la opinión, pero á la vez es no menos urgente y esencial completar la labor arancelaria con las expuestas, entre otras muchas, para que el esfuerzo individual pueda arriesgarse en empresas fecundas, porque ahora se encuentra solo, con una tierra agotada por millares de generaciones rutinarias que no se cuidaron de reponer las energías productivas del suelo; con un país que es uno de los del mundo en que menos y más irregularmente llueve; con un territorio abandonado en gran parte de las líneas ferroviarias, que no se cuidaron más que de los grandes centros de población, cuando un buen plan económico debiera haber descansado sobre los núcleos productivos; con un país sin canales de riego, ni pantanos, con caras tarifas de ferrocarriles y con muchos impuestos.—No, no es posible así salir de nuestra incuria, de nuestro abatimiento; y que la labor que pedimos es urgentísima, lo dice el estado actual del país, y que viene algo retrasada, el que á raíz de la catástrofe colonial hubo aquí un despertar económico muy fecundo, del que se ocuparon los extranjeros en libros notables, y el Estado todavía no ha hecho otra cosa que presupuestos agotantes, sin haber intentado ninguna medida de organización económica para favorecerle.

Fuera de todo esto, que deberá ser tenido en cuenta, tenemos que aplaudir el sentido fundamental del dictamen de la Junta de Aranceles, pareciéndonos muy bien la refundición en el Arancel general de la tarifa especial del material de ferrocarriles, los depósitos de comercio, las admisiones temporales, los depósitos francos y las zonas neutras.

Una exigencia de otra índole deberá cristalizar el Arancel futuro, á saber: la de expresar, en el mayor número de partidas posibles, las variadísimas

formas de la producción universal. Es preciso un Arancel inmensamente más analítico que todos los anteriores, resultado de una perfecta labor técnica, que separe y distinga, que agrupe y coleccione; un Arancel minucioso, detallado como demanda nuestra industria, para evitar las graves injusticias producidas por el Arancel de 1891. Como ha dicho en un artículo muy bien pensado el economista español Sr. Ríu, cuantas personas han concurrido á la información que se ha llevado á cabo para proceder á la revisión arancelaria han coincidido en que es preciso aumentar el número de partidas, procediendo á la confección de un Arancel bien clasificado, que no se preste al favor ó á la injusticia de erróneas interpretaciones del mismo. La complicación cada día creciente de la industria exige aumentar el número de partidas del Arancel, y así vemos que en las últimas reformas arancelarias extranjeras el número de partidas aumenta en esta forma: Alemania en 1880 tenía 387; en 1882, 1.446; Suiza, de 476 posiciones pasa á 1.113, y Austria de 550 á 1.386. Esta es la tendencia general respecto á la forma y á la estructura del Arancel.

La Junta de Aranceles, en la base quinta del dictamen, ha reconocido esta necesidad diciendo en ella: El Arancel de importación se formará por clases y grupos de mercancías señaladas con toda la subdivisión necesaria para que haya siempre la debida proporcionalidad entre los valores de los géneros y los derechos específicos que se impongan.

En resumen: Arancel proteccionista; Arancel que sea un reflejo fiel de las condiciones concretas de nuestra economía nacional; Arancel que otorgue una protección armónica, proporcional á las diversas industrias, no olvidando á la agrícola; Arancel que sea la primordial rueda de un sistema protector constituído por otra multitud de medidas reclamadas por la situación del país; Arancel que cristalice el *superábit* de la balanza mercantil, que promueva un desenvolvimiento general de nuestras energías productivas; Arancel eminentemente analítico como el alemán.

He aquí las condiciones fundamentales de la misión arancelaria, esperada con vivo anhelo por las fuerzas productivas y contributivas de la nación.

LUIS DEL VALLE PASCUAL.

TRASTORNOS DEL LENGUAJE MUSICAL

EN LOS HISTÉRICOS

(DISMUSIAS HISTÉRICAS) (1)

Los autores modernos convienen en definir con el término comprensivo de «lenguaje» el conjunto de medios usados por el hombre á fin de expresar sus deseos y sus pensamientos al comunicarse con sus semejantes. Hablar y escribir no constituyen todo el lenguaje; éste se exterioriza bajo tres formas fundamentales: los gestos, los sonidos y los signos gráficos. Hay, pues, lenguaje mímico, fonético y escrito.

Para expresar estados emocionales indefinidos, el hombre usa de una forma determinada del lenguaje: el lenguaje musical. Pueden distinguirse en él tres formas de expresión: el canto musical, la escritura musical y la ejecución en instrumentos diversos. La ignorancia de los primeros observadores lo hizo considerar como una simple manifestación del lenguaje hablado, inferior á él, pues sólo podía expresar sentimientos vagos. Pero con el tiempo se llegó á interpretarlo como una función distinta, con evolución y desarrollo autónomos, subordinada á centros de imágenes cerebrales propias, susceptibles de educarse, modificarse ó destruirse independientemente de las otras formas del lenguaje ó conjuntamente con ellas, como hemos analizado detenidamente.

El lenguaje común, hablado ó escrito, subordínase al funcionamiento de una zona de la corteza cerebral situada en el llamado centro de Broca y sus inmediaciones; una herida del cerebro en ese sitio hace que el sujeto pierda el habla, la escritura, la lectura ó la comprensión de las palabras que oye, según la topografía exacta del golpe. Esta pérdida de la función del lenguaje se llama *afasia*. En muchos afásicos está perturbada al mismo tiempo la

---

(1) Capítulo inédito de una monografía sobre «La psicopatología del lenguaje musical».

función del lenguaje musical, constituyendo las llamadas *amusias* ó *afasias musicales;* en otros casos no hay correlación entre el disturbio de esas dos manifestaciones del lenguaje.

Estudiamos también la fisiopatología de las afasias comunes y de las afasias musicales, analizando los diversos centros que corresponden á las imágenes visuales, auditivas, gráficas, fonéticas y motrices especializadas para la ejecución instrumental, y señalamos las posibles concordancias y disociaciones entre ambas formas de lenguaje.

Por fin, en el capítulo anterior estudiamos la clasificación clínica de las afasias musicales, construyendo un esquema propio sobre las clasificaciones de Brazier y Morselli para las afasias comunes.

Así llegamos al estudio de algunos casos clínicos de amusia, caracterizados por una etiología común, no señalada antes de ahora por los neurologistas y psicólogos: las *amusias de origen histérico.*

Nuestro propósito es trazar los grandes rasgos semeiológicos de este nuevo grupo clínico, reuniendo varios casos cuya somera descripción bastará para dar una clara idea de conjunto. Debemos decir que nuestra primera observación data de cuatro años (1); desde entonces hemos buscado casos semejantes, lo que nos resultó menos difícil, por estar especialmente contraídos al estudio de sujetos histéricos y de sus estigmas y accidentes.

Estas afasias musicales, de origen histérico, suelen acompañar á otros accidentes de la neurosis (especialmente el mutismo histérico); pero pueden constituir una perturbación localizada al lenguaje musical, sin perturbar las otras manifestaciones del lenguaje mímico, oral y escrito. En este caso se llaman «amusias histéricas puras», siendo nuestras observaciones las únicas conocidas hasta la fecha. (Obs. I, II, IV.)

Antes de entrar á la descripción clínica de los casos conviene señalar un carácter específico, general á todos los trastornos histéricos: son sindromas *funcionales* y no sindromas *anatómicos.* Así ocurre con el hipo, la risa, la tos, el mutismo, etc., como ya hemos observado en otra publicación (2). Las afasias histéricas tienen ese mismo carácter de sistematización funcional, y las amusias, que son perturbaciones de una forma especial del lenguaje, se producen también con los mismos caracteres, cuando son de origen histérico.

Estas disociaciones patológicas tienen gran importancia en psicología clí-

---

(1) Publicada en *Archivos de Psiquiatría y Criminología,* Abril, 1902, Buenos Aires.

(2) Véase *Los accidentes histéricos,* Buenos Aires, 1904.

nica, pues ilustran el mecanismo de las funciones normales del lenguaje musical. Nadie discute estas ventajas del «método clínico»; en patología nerviosa, las lesiones patológicas del cerebro y de la médula enseñaron á conocer la fisiología normal de los centros nerviosos; lo mismo que los estudios de Ribot y otros sobre la patología de la personalidad, la memoria, la voluntad, etc., cooperaron á la dilucidación de su mecanismo fisiológico.

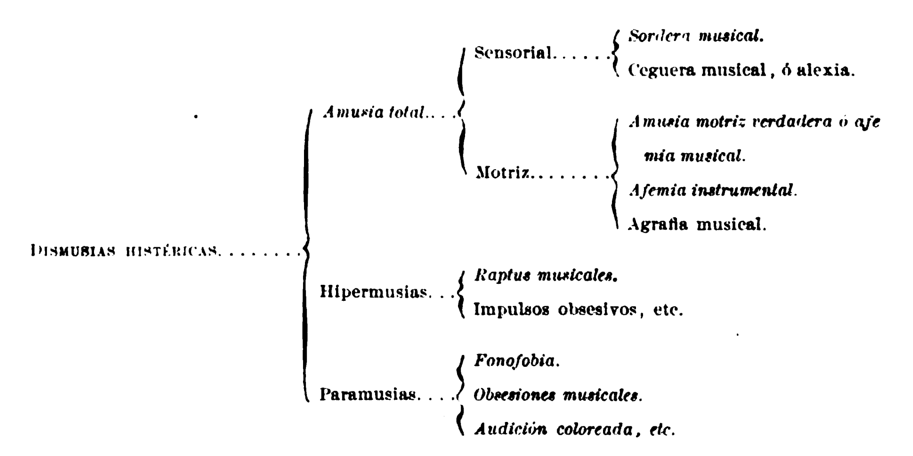
Siguiendo el esquema de las disfasias comunes y el esquema particular de las correspondientes al lenguaje musical, tenemos, en primer término, tres grupos de perturbaciones cuyo origen puede ser histérico:

1.º Amusias histéricas (pérdidas y disociaciones, simples ó complejas, de los diversos aspectos funcionales que reviste el lenguaje musical).

2.º Hipermusias histéricas (exageraciones patológicas del lenguaje musical).

3.º Paramusias histéricas (aberraciones musicales).

El cuadro teórico de las dismusias histéricas sería el siguiente (nuestras observaciones clínicas solamente se refieren á los tipos escritos en bastardilla):



Para hacer más clara la exposición de los casos clínicos, los separaremos en tres grupos especiales: 1.º, amusias; 2.º, hipermusias, y 3.º, paramusias.

I

AMUSIAS HISTÉRICAS

Pueden existir los siguientes tipos:

a) Amusia total, comprendiendo todas las formas del lenguaje musical. (Obs. I.)

b) Amusia sensorial. Si es completa abarca la sordera (no se comprende la música oída) y la ceguera (no poder leer música); puede ser parcial, tomando la audición ó la lectura por separado. En los analfabetos musicales no puede haber alexia musical, y la amusia sensorial es una simple «sordera musical», como ocurre en nuestra enferma. (Obs. II.)

c) Amusia motriz. En su forma completa se asocian la afemia musical (pérdida del canto), la afemia instrumental (pérdida de la ejecución instrumental) y la agrafia musical (pérdida de la escritura musical); en los «analfabetos musicales» la amusia motriz total se traduce por simple pérdida del canto. (Obs. III.)

Puede ser parcial perdiéndose por separado el canto ó la ejecución instrumental (Obs. IV) ó la escritura musical.

Estas amusias histéricas pueden asociarse á otras perturbaciones del lenguaje común, á las afasias: son las amusias que llamaremos *asociadas*. En otros casos la perturbación se limita al lenguaje musical, y no afectan en lo más mínimo el lenguaje corriente: son las amusias *puras*.

OBSERVACIÓN I

AMUSIA TOTAL, PURA

Referimos *in extenso* la primera de estas observaciones con el propósito de evidenciar el procedimiento de examen clínico seguido en todos los casos; en los restantes nos limitaremos á la simple enunciación de los datos que se relacionen especialmente con el disturbio del lenguaje musical.

Nuestro enfermo es un joven de veinticinco años, argentino; comenzó estudios de Derecho; es célibe, de holgada posición social. He aquí su historia clínica, que comunicamos, há tiempo, á la *Revue de Psychologie*, de París.

Su padre, á pesar de tener cincuenta y siete años, goza fama de erotómano; es político profesional y ha llevado una vida muy accidentada, sin sobresalir en política. En todas las otras manifestaciones de su vida es un tipo hiperactivo, pero de una actividad estéril; dado á emprender demasiadas cosas, sin tener éxito en ninguna, por falta de orientación y de equilibrio. Su madre tiene temperamento neuroartrítico, sin enfermedades clínicamente bien definidas, pero en su familia se encuentran un tío «mattoide» y un hermano «epiléptico».

El enfermo tiene cinco hermanos. Tres son aparentemente normales; otro tiene caracteres psicopáticos que hacen sospechar un degenerado hereditario, aún no definido en sus manifestaciones; una hermana tiene jaquecas, sueños frecuentes, terroríficos, después de los cuales despierta sobresal-

tada, con sensación de angustia en el pecho y agitación del corazón (onirismo histérico).

Sus antecedentes personales son los propios de un neurópata. Siempre ha sido muy nervioso; fué intelectualmente muy precoz: uno de esos niños prodigios que suelen verse á menudo en las familias taradas por el neuroartritismo.

Desde su infancia se notaron las primeras manifestaciones neuropáticas, bajo forma de sueños frecuentes, acompañados de fenómenos ambulatorios: el niño se levantaba dormido á pasear por la casa. En la escuela fué considerado como un modelo de memoria para el cálculo; se le hacía efectuar mentalmente multiplicaciones y divisiones por dos y tres cifras; podía también repetir párrafos enteros de texto después de una sola lectura. (De estos datos, recogidos en su ambiente familiar, es necesario, probablemente, deducir algunas exageraciones, imputables á la vanidad de tener en la casa un ejemplar de tan rara precocidad.)

Á la edad de ocho años fué internado en un colegio dirigido por jesuítas, con el objeto de completar su enseñanza elemental. Sufrió serios trastornos emotivos; cada vez que sus profesores le llamaban para exponer su lección, N. N. era presa de crisis de timidez, que, aun en la actualidad, no puede recordar sin emocionarse. Contrajo en el internado jesuítico los primeros hábitos de masturbación, y sufrió las primeras agresiones sexuales que le iniciaron á la pederastia escolar.

La evolución psicológica del sujeto durante los años que preceden y siguen su pubertad nos ilustra sobre el «locus minoris resistentiæ» de su actividad cerebral. La psicología de la pubertad, frecuentemente olvidada, suele ser, sin embargo, la clave que mejor ilumina muchas debilidades y anomalías psíquicas, inexplicables si se las considera prescindiendo de los antecedentes de esa época que conmueve hondamente toda la actividad funcional del organismo.

Á la edad de once años, completada ya su instrucción elemental, salió del internado jesuítico, lleno de prejuicios serviles, de timidez y con la pesada carga de sus vicios vergonzosos.

Comenzó entonces sus estudios secundarios; los dos primeros años obtuvo resultados muy brillantes. En el tercer año de estudios—tenía entonces catorce de edad,—su psique entera sufrió un profundo desvencijamiento; convirtióse en uno de los peores alumnos, su memoria perdió la extraordinaria lucidez que le caracterizaba desde la infancia, su inteligencia se nubló, su carácter tornóse melancólico y taciturno.

Sus padres y profesores vieron con justa alarma esta obnubilación de su precoz inteligencia: no estaban en condiciones de juzgar si se hallaban en presencia de un paréntesis transitorio ó ante los pródromos de una decadencia mental irremediable.

Pero ese estado fué pasajero; después de un año y medio todo volvió á la

habitual lucidez. El enfermo confiesa que durante esa crisis redobló su actividad onanística, y cree recordar claramente que su sensualidad le parecía acrecentarse á medida que aumentaba su obtusión mental. Es perfectamente justificado el diagnóstico retrospectivo de «psicosis de la pubertad».

Después de esa fecha comenzó á padecer jaquecas fugaces y algunas perturbaciones cenestésicas mal definidas. Á la edad de diez y seis años sufrió su primera crisis histero-epileptiforme, precedida por numerosas ausencias psíquicas fugaces, observadas por los que le rodeaban. En esa época comenzó á manifestar predilección por estudios literarios, filosóficos y musicales, que más tarde han sido su principal preocupación; la música, especialmente, fué objeto de sus desvelos, llegando á ser buen ejecutante y músico inteligente. Data de esa fecha su tendencia al «dilettantismo» mental.

Á la edad de diez y ocho años, consecutivamente á un surmenaje psíquico, sufrió un episodio de depresión melancólica juvenil, como suelen verse á menudo en los degenerados y neurópatas; por ese motivo fué internado en el Hospicio de las Mercedes. Ese episodio patológico duró tres meses; el enfermo, fácilmente convencido de que estaba convaleciente de una simple anemia cerebral, realizó un viaje por Europa, regresando al cabo de nueve meses, aparentemente sano.

Las ausencias psíquicas se repetían con frecuencia, así como las alucinaciones hipnagógicas, sin incomodar mucho al enfermo; en cambio, los raros accesos de histeria y de histero-epilepsia lo descompaginaban excesivamente, por el estado de laxitud y postración consecutivo.

Los datos expuestos nos dicen, hasta la evidencia, que nuestro enfermo es un degenerado mental, histérico, con accesos histero-epileptiformes y episodios psicopáticos intercurrentes.

*
* *

El 15 de Mayo de 1901, á las tres ó cuatro de la tarde, después de un almuerzo excesivo y caprichoso, y encontrándose en plena digestión, N. N. sufre una de sus crisis histero-epilépticas. El enfermo la describe con precisión; comienza por fotopsias y sensación de cuerpo extraño en el epigastrio; se ve obligado á apoyarse en un sillón para evitar la caída, pareciéndole que una mano vigorosa le estrecha la garganta; pierde la conciencia. La agitación convulsiva fué esa vez poco intensa; constricción de los pulgares, micción involuntaria, etc.

El acceso pasa. Se traslada al enfermo á su cama; media hora más tarde se encuentra bien, y nada recuerda desde el momento en que tuvo la sensación de que una mano extraña le atenaceaba el cuello. Se siente laxo; guarda cama el resto del día y toma leche como único alimento.

Al día siguiente se levanta y se entrega á sus ocupaciones habituales, sin

observar nada anormal, fuera de la sensación de cansancio que suele sentir todas las veces que pasa por una de esas crisis neurósicas.

Se sienta por la noche ante el piano con el objeto de hacer un rato de música, según su costumbre. Queda inmóvil ante el piano, sin ocurrírsele qué tocar; parécele «que su memoria se hubiese fugado del cerebro». Toma algunas músicas para ejecutarlas, pero no recuerda la significación del pentágrama con sus notas y accidentes. Sorprendido, trata de recordar mentalmente ó silbar el comienzo de sus melodías predilectas. Imposible: ha perdido completamente el lenguaje musical, en todas sus formas de expresión.

Joven inteligente é ilustrado, que tiene copiosas lecturas al respecto de su propia situación de psicópata y de histérico, comprendió que esos síntomas podían ser consecutivos á su reciente crisis; fué aún más allá, y supuso que debían ser fugaces, sin necesitar ningún tratamiento.

Esperó por tres semanas la sanación espontánea, que no llegó. Solamente el 8 de Junio viene á consultarnos sobre su caso, por indicación de un colega.

* * *

Su estado general versa en plena miseria fisiológica. Es uno de esos sujetos rubios, simpáticos, gráciles, de aspecto preocupado é hiperactivo, que parecen vivir en perpetua inminencia de consunción, llevando fotografiada en sus rasgos fisonómicos la herencia neuroartrítica.

En el examen antropológico se constata circunferencia pequeña y dolicocefalia muy pronunciada, estatura mediana, miembros superiores demasiado largos, especialmente los dedos; implantación defectuosa de los dientes, con un supernumerario en el maxilar inferior. Numerosos estigmas físicos de degeneración.

Circulación y respiración normales; frecuentes perturbaciones funcionales del aparato digestivo. En el aparato sexual se constata excesiva longitud del pene, cuyo glande es marcadamente cónico, y refiere el enfermo que durante la erección hay torsión á la derecha; virilidad normal y deseos sexuales moderados. Desde ha siete años no se masturba; sólo tiene relaciones heterosexuales normales, con largos intervalos de abstinencia por falta de deseo.

Sufre de jaquecas fugaces. Sobre la región escapular derecha hay una zona anestésica de tres por siete centímetros de extensión; pocos días después esta zona ha desaparecido, y se constata la aparición de dos pequeñas zonas simétricas de hipoestesia en las regiones deltóideas. Anestesia faríngea completa. Fuera de eso, la sensibilidad dolorosa, térmica y táctil, está normal; la kinesia débil, pero no disminuída. Reflejos tendinosos exagerados. Todo lo demás aparentemente normal.

El examen psíquico no revela perturbaciones de la inteligencia, de la

afectividad ó de la voluntad. Su carácter no se ha modificado, ni su conducta. Es su estado mental ordinario de neurópata.

Pero el enfermo no entiende absolutamente nada de música. No puede ejecutar, y no comprende la significación de los signos gráficos de la escritura musical; no reconoce ni comprende la música ejecutada por otros, ni puede representarse mentalmente ninguna frase musical. El enfermo dice que oye la música «como si oyese articular palabras en un idioma que le fuese desconocido». Le queda solamente la noción del ritmo, pero excluyendo toda correlación con la melodía ó la armonía. Es un ritmo de ruidos nada más.

El lenguaje, en todas sus otras manifestaciones, cuidadosamente examinadas, no revela ninguna perturbación. No hay apraxia, ni amimia; no se encuentran rastros de disfomia, dislalia ó disartria. Se indaga en vano el más sencillo síntoma de disfasia: no hay sordera verbal, ni alexia, ni afemia, ni agrafia.

*
* *

La primera cuestión que se nos presenta es saber si se trata de una enfermedad orgánica del sistema nervioso ó de una enfermedad funcional, dinámica, imputable á la neurosis. Se comprende la importancia de ese diagnóstico, por ser fundamentalmente distinto el pronóstico *quoad vitam et quoad valetudinem.*

Pero conviene determinar antes el diagnóstico clínico para llevar al estudio del diagnóstico etiológico un material concreto de discusión.

¿Se trata de amusia? ¿Qué tipo clínico realiza el presente caso? La respuesta á la primera pregunta es afirmativa y se impone sin discusión. La ausencia de toda clase de perturbaciones afásicas permite agregar que se trata de *amusia pura.*

El tipo clínico es fácil de especificar en nuestro enfermo. Para las afasias, *Ballet* recomienda estudiar: 1.º, comprensión de la palabra hablada; 2.º, comprensión de la palabra escrita (lectura); 3.º, palabra articulada voluntaria; 4.º, escritura voluntaria; 5.º, palabra repetida; 6.º, lectura en alta voz; 7.º, escritura bajo dictado; 8.º, escritura copiada.

Para el examen de todos nuestros casos de amusia hemos adoptado un método semejante, completado como sigue: 1.º, comprensión de la música oída; 2.º, comprensión de la música escrita; 3.º, canto voluntario; 4.º, escritura musical; 5.º, repetición de una frase musical; 6.º, lectura musical cantada; 7.º, escritura de una frase musical oída; 8.º, copiar música escrita; 9.º, ejecución instrumental; 10, noción del ritmo.

La investigación de las nueve primeras cuestiones es negativa; la décima es positiva: el enfermo conserva la noción del ritmo. Este último hecho se explica fácilmente; el ritmo es el elemento primero en la evolución del lenguaje musical, pero no es propio de la música, sino anterior á ella. Los sociò-

logos y críticos de arte que estudian el punto saben que el ritmo es anterior á la melodía y que, en la evolución del lenguaje, la primera manifestación musical consiste en ruidos rítmicos. (*Helmholtz, Spencer, Letourneau, Paulhan, W. A. Wagner*, etc.) De manera que el ritmo puede existir aplicado á ruidos y no á sonidos, independientemente de toda melodía, que es ya sucesión de sonidos, y de la armonía, que es una forma superior de coexistencia de melodías ó combinación de acordes. En efecto, nuestro enfermo nos dice que, al escuchar música francamente rítmica (vals de *Waldteufel*, por ejemplo), oye claramente una sucesión de ruidos rítmicos; noción que se atenúa ó pierde oyendo música cuyo ritmo está intrínsecamente ligado á los elementos musicales propiamente dichos, á la melodía y la armonía (vals de *Chopin*, por ejemplo).

Podemos, pues, decir que es un caso de *amusia pura total*.

En rigor, la idea de que se trata de una amusia de causa orgánica no nace en el espíritu del clínico ante casos semejantes. Una lesión orgánica, para producir una amusia total, debería ser muy extensa y grave (periencefalitis, meningoencefalitis, reblandecimiento, hemorragia, meningitis tuberculosa en placas, placa de esclerosis, etc.). Es imposible concebir que ninguna lesión de tal índole y extensión se limite á producir una amusia *pura total*, sin afasia siquiera; aparte de que falta por completo cualquiera otro de los síntomas propios de cada una de esas lesiones, que deberían presentarse acompañando á la amusia. En el caso de *Charcot*, anteriormente referido, se trataba de un paralítico general, con amusia repentina y sin afasia; pero la amusia no era total, y coexistían otros síntomas de la enfermedad descrita por *Calmeil*. Casos de amusia *pura* total, por lesión orgánica, no se han observado nunca, y puede afirmarse que difícilmente se observarán. No porque sea imposible la amusia total orgánica; es sabido que son posibles las afasias totales, cuya localización es igual, gracias á la proximidad de todos los centros, costeando la cisura silviana, y porque todos ellos reciben la misma irrigación vascular de la arteria silviana, que, en sus ramas ó en su tronco, podría obliterarse ó romperse, aunque eso no suele suceder. Pero una amusia total orgánica debería acompañarse, por lo menos, de afasia total.

Mas, en nuestro caso, la aparición de la amusia presenta caracteres que permiten una clara interpretación: aparece repentinamente, sin ictus, en una crisis histérica, sin acompañarse de ningún otro síntoma de lesión cortical, sin afasia de ningún tipo, en un sujeto tarado por fuerte herencia y reconocidamente histérico. En rigor, podría sospecharse una amusia de origen tóxico, así como hay una afasia urémica, por ejemplo; pero la falta de síntomas de ninguna intoxicación aleja de tan injustificada sospecha.

Se impone, evidentemente, el diagnóstico de *amusia pura total histérica*.

* * *

Bien establecido el diagnóstico de «amusia pura total histérica», el pronóstico debía ser, necesariamente, benigno. Y la evolución de la enfermedad permitió comprobarlo. El enfermo no venía á pedirnos un diagnóstico que ya sospechaba claramente. Deseaba consejos y un tratamiento.

Nuestra primera preocupación fué levantar el estado general, mediante un buen régimen de alimentación y de reposo, asociado á hidroterapia templada é inyecciones de cacodilato de soda y suero Chèron.

Tratándose de un sujeto que sin duda se resistiría á la sugestión hipnótica, y al que no podrían hacérsele aceptar sugestiones directas en vigilia, nos limitamos á aconsejarle la reeducación, confiando en la posibilidad de estimular el despertamiento de las imágenes de los signos del lenguaje musical, anteriormente fijadas en los neurones de sus centros corticales; así quizá, podría reconstruirse en breve espacio de tiempo todo el trabajo de fijación de imágenes sensitivas y motrices anteriormente acumulado en la paciente labor de muchos años.

Las dificultades fueron enormes durante las primeras dos ó tres semanas; el nuevo aprendizaje del enfermo fué, casi, tan difícil como el de un profano. Pero la reeducación aumentó con rapidez creciente; al terminar el primer mes podía ejecutar escalas que, normalmente, requieren seis meses de estudio. Al terminar el segundo mes su adelanto fué más pronunciado. Cinco meses más tarde pudimos escuchar, casi íntegro, su repertorio predilecto de *Bach, Beethoven, Listz, Brahms, Mendelshon, Chopin.*

Una duda. ¿La reeducación ha influído, provocando ó acelerando la reconstitución del lenguaje musical? ¿Ó bien la sanación se ha operado espontáneamente, sin ser influenciada por ella? Creemos lo primero. La reeducación puede excitar ó despertar el centro de imágenes corticales é influir sobre los neurones retraídos ó abotagados; la sanación no tiene los caracteres de formación de un centro nuevo en reemplazo del antiguo, sino de rehabilitación de éste. Dada la correlación que establecemos en otro capítulo entre la patogenia de la amusia, de la afasia y de las anestesias histéricas, el lenguaje podía reaparecer *in toto,* de una sola vez, y no lentamente, como suele suceder en algunas anestesias histéricas. Pero podemos añadir que entre los casos descritos de afasia histérica también suele observarse esta reaparición gradual de la función perdida, á manera de rápida reeducación.

OBSERVACIÓN II

SORDERA MUSICAL (AMUSIA PURA SENSORIAL)

Enferma de veintidós años, casada, de mediana posición social. Padre «muy nervioso», madre coqueta y dos hermanos muy nerviosos. Ella tiene manifestaciones histéricas desde la niñez, especialmente crisis de ansiedad

y terrores nocturnos. Á los diez y siete años sufrió ataques de pequeña histeria; refiere que una vez, á consecuencia de un susto, quedó muda por más de veinticuatro horas (mutismo histérico). El matrimonio no ha influído sobre su estado nervioso, pues su cónyuge no satisface, en manera alguna, sus necesidades sexuales.

Desea curar de sus ataques de pequeña histeria. En su anamnesis nos refiere el hecho siguiente, sin atribuirle mayor importancia:

Poco tiempo antes de casarse, á la edad de veinte años, sufrió un ataque histérico mientras tocaba el piano; desde esa fecha no pudo tocar más, pues *no oía lo que tocaba,* sino un ruido de percusión, «como si tocara en un piano que tuviese tablitas en lugar de cuerdas». La enferma observó esta particularidad el mismo día de ocurrirle el accidente; pero como tocaba de oído, y no lo hacía muy bien, se privó fácilmente de ese ejercicio. Esa situación duró más de un año; después fué recuperando el oído musical, pero muy deficientemente, á punto de que no puede tocar el piano, por su mal oído.

Sobre esa referencia investigamos los siguientes datos:

La enferma tocaba *de oído:* es decir, era «analfabeta musical». Su lenguaje se componía, pues, de tres funciones: canto, audición y ejecución instrumental. Faltaban la lectura y la escritura musical.

La enferma conservó el canto y la ejecución musical por simple memoria muscular; pero no oía lo que cantaba ó tocaba. La pérdida de la audición musical era completa, para todos los instrumentos y para todas las voces: había «sordera tonal», como en los sujetos que hemos clasificado de «idiotas musicales».

En suma, estaba suprimida la función del centro de las imágenes sensoriales auditivas, conservándose los centros de la articulación del canto y de la ejecución instrumental.

El lenguaje hablado no sufrió ninguna perturbación perceptible para la enferma. La pronunciación, la escritura, la audición y la lectura de las palabras eran normales.

El carácter funcional y sistematizado de esta sordera musical es evidente; se trata, como en el caso precedente, de una amusia pura, es decir, sin afasia. La etiología y la evolución corresponden á la naturaleza histérica del trastorno.

OBSERVACIÓN III

AMUSIA MOTRIZ ASOCIADA CON MUTISMO

Hemos estudiado minuciosamente este caso, por lo que respecta al mutismo (1), en otra monografía clínica; aquí resumiremos los datos que más particularmente se relacionan con el lenguaje verbal y musical.

---

(1) Ver «El Mutismo histérico», en el libro *Los accidentes histéricos*, citado.

Nuestra enferma es una mujer de veintidós años, argentina, de fisonomía dulce y simpática, con la expresión de serena tranquilidad frecuente en ciertas histéricas á tipo deprimido: caras verdaderamente iconográficas. Su padre es sano, y vive. Su madre fué siempre nerviosa; sufre vahidos y palpitaciones cuando se disgusta, aunque nunca tuvo ataques convulsivos ó pérdidas de conciencia. Es hija única.

Enfermedades propias de la infancia, sin interés especial. Á la edad de ocho años sufrió convulsiones durante el sueño, interpretadas por la enferma como efecto de «lombrices»; esas convulsiones cesaron á los diez años. La pubertad fué molesta, acompañándose de jaquecas, raquialgias, astenia generalizada, vahidos, mareos. Regló á los trece años, continuándose regularmente sus menstruaciones hasta la fecha, precedido cada período por ligeros accidentes análogos á los indicados.

Á la edad de veinte años, durante su noviazgo, sufrió una amaurosis histérica transitoria. Sobrevino repentinamente, persistió dos semanas y sanó sin tratamiento; la enferma despertó curada el décimoquinto día de su accidente. Fuera de esos fenómenos, no recuerda ninguna otra manifestación motriz, sensitiva ó psíquica, directamente referible á la neurosis.

Casó en Mayo de 1903, y once meses más tarde dió á luz un niño: el 28 de Marzo de 1904. El parto fué normal y el niño sano; la enferma dejó la cama cuatro ó cinco días más tarde.

Nueve días después del parto, el 6 de Abril, la enferma fué despertada á las siete de la mañana, ofreciéndosele una taza con leche. Tendió las manos para recibirla; mas, al hacerlo, fuéle imposible articular una sola palabra, intentando en vano comunicarse con la persona que la atendía. Presa de honda desesperación, y más por la fisonomía justamente asombrada de su interlocutora, procuró gritar, emitir cualquier sonido ó estridor gutural, sin conseguirlo.

Cayó entonces de espaldas en su lecho, volcando la taza sobre las frazadas y prorrumpiendo en crisis de *llanto mudo*, prolongado por más de media hora. Al esposo de la enferma, que asistía á la escena, llamóle singularmente la atención un hecho, que se apresuró á referirnos: «lloraba, pero no se sentía; veíamos las muecas y las lágrimas, sin oir ningún grito ni quejido».

Pasada la primera aflicción, fué llamado para asistir á la enferma nuestro distinguido colega el doctor A. Izquierdo Brown; fácilmente diagnosticó el caso, prescribiendo bromuro de potasio á la dosis de cuatro á seis gramos diarios, é indicando las reglas de régimen é higiene necesarias en tales ocasiones. Ocho días de bromuro sólo consiguieron que la enferma emitiera media docena de veces los monosílabos «sí» y «no»; resultado poco halagador, indudablemente. Así lo creyó también el doctor Izquierdo Brown, enviándonos la enferma y un relato de sus antecedentes.

En buen estado de nutrición, tranquila, adaptada á su caso singularísimo, la enferma no traducía por ningún signo exterior su padecimiento. No

intentó hablar; dejó que su esposo refiriese detenidamente lo ocurrido, limitándose á ratificar su relato con mímica medianamente expresiva.

Antes de referir los resultados del examen especial del lenguaje, señalemos algunos datos recogidos en el examen general de sus funciones, especialmente del sistema nervioso.

Caracteres descriptivos normales: euritmia morfológica atrayente. Pelo castaño, nariz ligeramente arremangada, dientes regulares y sanos, oreja normal, miembros bien conformados, busto interesante; sólo el vientre, relajado por el embarazo, se muestra ligeramente abombado y antiestético, contrastando con los exactos senos de primeriza, tensos por la función mamaria recientemente iniciada en ellos. En el aparato circulatorio ningún signo mórbido digno de mención; ha tenido hemorragia post-partum, que la anemizó un poco, prestándole un tono de palidez mate muy apropiado á la situación. Las funciones respiratorias normales, aunque está completamente suprimida la fonación; diríasela una enferma sin laringe. En el aparato digestivo nada anormal. En el génito-urinario los rastros de un parto reciente, evolucionado en condiciones favorabilísimas.

En su sistema nervioso se constata un aumento simétrico de los reflejos tendinosos; tonus muscular normal; motilidad espontánea, voluntaria y ordenada: normales; kinesia apropiada á su sexo, edad y reciente alumbramiento; resistencia normal á la fatiga física; no hay temblores, tics, espasmos ni contracturas. La sensibilidad general, táctil y dolorosa, revela una *hemihipoestesia y hemipoalgesia izquierda,* con pérdida del sentido estereognósico y conservación de la sensibilidad térmica y muscular. Anestesia faríngea completa.

Gusto y olfato poco educados. Agudeza auditiva normal. Motilidad y reflejos pupilares normales en ambos ojos; percepción un poco confusa en las primeras horas de la mañana; la perimetría revela estrechamiento del campo visual y deficiente exactitud en la distinción de los colores compuestos.

Estado mental excelente. Conciencia perfecta de su mutismo; atención sostenida; percepción, memoria, imaginación é ideación normales; voluntad y sentimientos inalterados. La enferma no parecería estarlo si no se la invitara á hablar ó cantar.

El examen del lenguaje, en sus tres modos de expresión (mímico, hablado y musical), pone de relieve los datos siguientes:

Lenguaje mímico perfectamente conservado. La enferma suple con gestos su impotencia para hablar y consigue hacerse comprender; desarrolla por ese medio de expresión más elocuencia que la habitual.

La fonación está completamente suprimida; la enferma no emite espontáneamente ningún sonido laríngeo, ni puede hacerlo intencionalmente. Oye muy bien las palabras que se le dirigen y las contesta con gestos mímicos; comprende cuanto se le dice, ejecuta diversas órdenes que se le imparten, conoce los objetos nombrados ante ella; no hay, pues, sordera verbal. La en-

ferma practica perfectamente la lectura mental, reconociendo y comprendiendo todas las letras, sílabas, palabras y frases que lee. Digno de señalarse: durante los días en que no ha podido hablar, la enferma se dedicó casi continuamente á la lectura, fuera de sus costumbres poco literarias; lee lo mismo en impresos que en manuscritos fácilmente comprensibles, no presentando ningún síntoma de ceguera verbal.

La escritura está bien conservada; de ella se vale la enferma para hacerse comprender cuando quiere expresar ideas abstractas ó complicadas que la mímica no puede traducir; escribe espontáneamente, bajo dictado y copiando de un manuscrito ó de un impreso. En suma, no hay sordera ni ceguera verbal, y no hay agrafia.

La emisión espontánea de la palabra es absolutamente imposible; no hay fonación ni articulación.

No puede repetir las palabras que oye, aunque comprende perfectamente su significado; tampoco puede cuchichear las frases, palabras ó sílabas que se la invita á repetir. La lectura en voz alta es imposible, no obstante estar conservada la lectura mental. Debe señalarse el carácter *completo* de esta afasia motriz y su *localización exclusiva* á esa forma funcional del lenguaje; estos datos tienen gran valor diferencial.

Con relación al lenguaje musical observamos lo siguiente: es una enferma sin instrucción musical; es decir, no ha estudiado música y no ejecuta en instrumento alguno: es una «analfabeta musical», y su lenguaje musical sólo puede producir dos trastornos: la amusia sensorial verdadera (sordera musical) y la amusia motriz verdadera (afemia musical); así como el lenguaje hablado de los analfabetos sólo tiene dos fases patológicas: la sordera verbal y la afemia. El lenguaje musical de nuestra enferma está disociado correlativamente al lenguaje hablado; oye la música, la reconoce, pudiendo escribir el nombre de la pieza que escucha, si ya la conocía, y aun pudiendo escribir la letra de la música que escucha, cuando la conoce. Al mismo tiempo la afasia motriz musical es completa, pues no hay posibilidad de fonación ni articulación de los sonidos; la enferma no puede cantar espontáneamente, ni repetir lo que oye cantar, no obstante reconocerlo muy bien. Hay, pues, «afemia musical», y se presenta con el doble carácter de *completa* y *sistematizada*, característico de las afasias motrices de origen histérico.

En esta enferma conservan su integridad todos los centros de las imágenes sensoriales, del lenguaje común y del musical; la enferma oye y lee las palabras, oye la música. Los centros de las imágenes motrices están desigualmente afectados.

Del lenguaje común existen las imágenes motrices correspondientes á la escritura. Faltan, en cambio, las correspondientes á la palabra articulada; por eso precisamente se distingue el mutismo de la simple afonía histérica, pues en ésta se conserva la articulación afónica y es posible el cuchicheo.

Las imágenes motrices del lenguaje musical se limitan al canto. La en-

ferma es «analfabeta musical», y no tiene imágenes de la escritura; como no sabe tocar de oído, carece del centro de las imágenes motrices de ejecución técnica. En esas condiciones, toda amusia motriz se limita á la supresión del lenguaje cantado, único existente.

Podemos, sin embargo, hacer una inducción de psicología clínica. Dada la correlación, en nuestro caso, entre la afasia motriz y amusia motriz, cabe suponer que se trata de una *amusia motriz parcial,* pues así como está conservada la escritura corriente, estarían conservadas la escritura musical y la ejecución instrumental, si la enferma hubiese tenido educación técnica, si no fuese analfabeta musical.

El tratamiento de elección, como para todos los accidentes histéricos, fué la sugestión, en vigilia é hipnótica. Empleamos la técnica siguiente, que podríamos llamar *reeducación de la palabra durante el sueño hipnótico,* coincidiendo con el tratamiento general de la histeria aconsejado por Sollier.

Hipnotizamos á la enferma, mirándola fijamente en los ojos. Tardó cuatro ó cinco minutos en dormirse, con sueño poco profundo. Primeramente le ordenamos modificara el ritmo respiratorio, acelerándolo primero y retardándolo después. La persuadimos, en seguida, de que mediante una leve fricción en el cuello, delante de la laringe, recuperaría la voz al hacer intensos movimientos respiratorios: ensayo coronado del mejor éxito. Le hicimos, á continuación, repetir las cinco vocales que pronunciamos en voz alta; luego repitió sílabas, palabras y breves frases enteras. En seguida la indujimos á pasar de la repetición á la palabra espontánea, ordenándole contestara á preguntas fáciles, como ser su nombre, edad, nacionalidad, etc. Por fin la enferma, siempre en estado hipnótico, conversó corrientemente con nosotros, y por orden nuestra con su propio esposo. Llegados á este punto, hicimos notar á la enferma que ya hablaba perfectamente y que, al ser despertada, podría continuar hablando con la misma facilidad. En efecto, al ser despertada la enferma contestó corrientemente á nuestras preguntas, y se retiró del consultorio comentando con su esposo la enfermedad misma y los efectos del tratamiento.

Examinamos el lenguaje musical y pudimos comprobar la desaparición de la amusia motriz: la enferma podía cantar espontáneamente y repetir cualquier aire cantado en su presencia, si le era conocido.

Este caso muestra la completa solidaridad de la amusia asociada con mutismo; bastó reeducar una función para normalizar la otra.

Para evitar una recaída, y mantener la sugestión, recetamos á la enferma 20 gramos de agua destilada, para tomar 5 gotas por la mañana y 5 por la noche, rotulándola «veneno». El mutismo no se repitió, ni la amusia motriz; como único tratamiento bastó un solo ensayo de reeducación durante el sueño hipnótico.

OBSERVACIÓN IV

AMUSIA MOTRIZ PURA (PARCIAL)

Muy sumaria será la historia de esta enferma, por razones de discreción profesional.

Es una señora joven, hija de padre intensamente neurópata, y algunos de entre sus hermanos son también neurópatas.

Antecedentes individuales perfectamente histéricos; ataques convulsivos, crisis de risa paroxística, carácter instable y raro, gustos singulares.

Tenía mediocre educación musical: tocaba el piano de oído y por música.

Después de su primer parto, poco laborioso, perdió repentinamente la memoria de la ejecución instrumental. Cuando quiso tocar el piano, no acertó á mover sus dedos sobre el teclado.

Cantaba, sin embargo, con naturalidad y habría podido escribir música perfectamente; asimismo comprendía muy bien la música, oía y leía música escrita con su facilidad habitual.

El único centro que no funcionaba era el de las imágenes motrices de ejecución técnica; el centro del lenguaje cantado y el de la escritura musical, ambos motores, trabajaban normalmente. Los centros de imágenes sensoriales, auditivas y visuales, no presentaban trastorno alguno.

El lenguaje común estaba normal en todos sus modos funcionales. Se trataba, pues, de una amusia motriz pura.

La perturbación tuvo el doble carácter de funcional y sistematizada, limitándose á la simple imposibilidad de la ejecución instrumental.

Esta enferma (lo mismo que el de la observación I) curó mediante la reeducación, que fué, también en este caso, muy rápida. Pocos meses después del accidente la enferma tocaba el piano como antes de su amusia parcial.

II

HIPERMUSIAS HISTÉRICAS

La «hipermusia», es decir, la exageración de la facultad musical, según Morselli, es poco frecuente en los alienados; no sabemos que haya sido especialmente estudiada en los histéricos. «Puede designarse con este nombre, dice, la tendencia excesiva al canto, al silbido, á la modulación rítmica de la voz; esos signos no suelen revelar un aumento de la capacidad de percibir y sentir emotivamente los sonidos, sino una excitación anormal de los centros psicomotores, y corresponden al fenómeno de las impulsiones verbales en el lenguaje común.»

Las exageraciones musicales son menos raras en los histéricos que en otros enfermos, pero pocas veces adquieren proporciones verdaderamente patológicas. La tendencia mórbida é irresistible al canto es de observación corriente y suele traducir el estado mental de la enferma. En la sala de observación de alienados, en una histérica con delirio místico, pudimos observar una tendencia irresistible á entonar salmos religiosos; y en cantarlos se pasaba el día entero. Otra, melancólica, cantaba en voz baja canciones tristes. Y muchas histéricas, excitadas y maníacas, hemos visto entregadas á cantos joviales, que no interrumpía la fatiga ni el sueño. En esos casos, sin embargo, los accidentes mentales de la histeria entran al terreno propio de la alienación mental, y esos fenómenos de hipermusia corresponden más bien al estudio de la locura histérica que al de los accidentes directos de la neurosis.

En cambio, la observación siguiente encuadra en los límites de nuestro estudio actual.

OBSERVACIÓN V

IMPULSOS MUSICALES

Joven de treinta años, ilustrado, de educación escogida, natural de Italia, é inmigrado á este país en su infancia. Madre muy histérica, con frecuentísimas crisis de pequeña histeria.

El enfermo es histérico y sus primeras perturbaciones datan de la pubertad; ha tenido ataques convulsivos, grandes anestesias cutáneas y amaurosis histérica. Al ser examinado, presentaba anestesia faríngea y córnea, é hiperalgesia muscular generalizada.

Es distinguido ejecutante y tiene gusto por la composición, aunque no publica sus producciones. Suele tocar el piano durante una ó dos horas diarias, prefiriendo hacerlo de oído y no por música; con frecuencia improvisa en el piano, pero sin más pretensiones que encontrar en ello un placer personal.

Sus impulsos musicales se manifiestan cada ocho ó quince días. De pronto le asalta su crisis impulsiva, cualquiera que sea la labor en que está ocupado; siente una irresistible tendencia á improvisar en el piano y sólo tiene tiempo para volver á su domicilio ó llegarse hasta la casa amiga más próxima, satisfaciendo allí su deseo. Si no da escape á su impulso de composición (es un auditivo: compone tocando), le sobreviene un estado ansioso, que remata indefectiblemente en un ataque histérico de forma convulsiva.

La característica de ese impulso musical es la tendencia exclusiva á la composición improvisada; nunca toca música ya conocida, y asegura el enfermo que en nada apagaría su ansiedad si ejecutara ú oyera música ya escrita por otros ó anteriormente compuesta por él mismo.

¿El impulso musical es, en este caso, un *aura* del ataque? En tal caso no debería suprimirse el ataque por el hecho de satisfacer el deseo de la composición. ¿Es un *equivalente* del ataque? No; pues si el impulso no es satisfecho, el ataque se produce.

El mecanismo psicológico es más complejo, pero fácilmente interpretable.

El impulso musical, en su comienzo, es un simple deseo de componer música; la no satisfacción del deseo determina su intensificación, convirtiéndolo en una idea fija accidental; esta idea fija, por su persistencia, se hace obsesiva; en ese período se acompaña de un estado emotivo intenso; esta emoción se convierte en estado ansioso; la persistencia de ese tonus psicológico anormal determina la producción de un ataque histérico.

Esta forma de impulsos musicales, verdadero impulso creador, recuerda algunos fenómenos descritos por Lombroso, y por él considerados como característicos de ciertas formas de creación en los hombres de genio, especialmente el estro y la inspiración.

Esta observación nada implica en favor de la teoría epiléptica del genio— sostenida por el ilustre precursor de la psiquiatría criminal moderna,—ni siquiera para la teoría degenerativa.

III

PARAMUSIAS HISTÉRICAS

Este grupo de perturbaciones del lenguaje musical comprende los trastornos más variados y singulares que imaginarse pueda. Desde el histérico melómano que á toda hora se ve asaltado por recuerdos musicales y siente la obsesión de repetirlos, hasta la joven que siente placer mórbido en producir y escuchar sonidos inarmónicos, ruidos violentos, ásperas disonancias; desde el que siente horror absoluto por todo sonido (fonofobia) ó por ciertos instrumentos especiales (pianofobia), hasta los histéricos hipnotizables que caen en hipnosis profunda por la simple audición de un sonido intenso é inesperado; la pérdida de la memoria tonal, con pérdida del oído musical; las perturbaciones del sentimiento estético musical; las asociaciones mórbidas entre sensaciones auditivas é imágenes visuales ú olfativas, cuando los sonidos musicales despiertan la imagen de ciertos colores ú olores; la necesidad mórbida completar un sonido musical con otros, según ciertos preceptos técnicos; necesidad de tocar *al revés* todas las melodías de una partitura; etc., etc.

Estos casos de aberración musical son relativamente comunes en ciertos istéricos, aunque no han sido objeto de ninguna monografía especial; pero uien tenga larga experiencia clínica en el tratamiento de histéricos, y sea

diligente observador de estas finas anormalidades psicológicas, podrá recordar muchos casos de esta índole, todos diferentes entre sí y perfectamente caracterizados dentro de la personalidad psicológica de cada enfermo.

He aquí, sumariamente referidas, algunas observaciones clínicas:

OBSERVACIÓN VI

FONOFOBIA TOTAL

Hombre de cultura distinguida y de holgada posición social. Tiene cuarenta años de edad y es histérico desde los quince; padre reumático, madre alienada, dos hermanos degenerados hereditarios. Desde la edad de diez y ocho años sufrió ataques convulsivos hasta los treinta; después de esa fecha no ha tenido ataques, pero su nerviosidad es absoluta: las personas de su familia le llaman «el ferrocarril», pues nunca está quieto.

Tiene buena educación musical; ha oído mucha música y generalmente muy selecta, pero no ejecuta ningún instrumento.

Á la edad de treinta y cinco años apareció su fonofobia de la manera siguiente. Su hija mayor, muy niña aún, comenzó el estudio del piano, que suele ser molesto aun para las personas normales. Poco á poco fué tomando aversión por la música, comenzando por el instrumento en cuestión y por los estudios de su hija; pronto se vió obligado á permanecer fuera de su casa durante las horas del incómodo aprendizaje. Mas no paró en tan poco la molestia. La preocupación de no oir los estudios de su hija se generalizó con rapidez á toda clase de ejecución musical en el piano, viéndose obligado á suspender muchas de sus relaciones sociales. Esta conducta aumentó su preocupación, á punto de que, en breve plazo, cualquier música le producía el mismo efecto, siéndole imposible oir cantar, ejecutar ningún instrumento, orquestas, etc. Finalmente, los organillos callejeros, las campanas de las iglesias, las campanillas eléctricas de las puertas, los pitos y sirenas de establecimientos industriales, los toques de los vigilantes, todo le producía desagrado intenso, molestia irremediable.

La vida urbana se le hizo cada día más difícil; á medida que pasaba el tiempo, las perturbaciones producidas por la música eran más serias. Al principio fué simple molestia, luego irritación marcada, más tarde emoción intensa, angustia, estados ansiosos, etc.; finalmente, en casos muy especiales, llegó á sufrir desmayos, ocurriéndole el primero con motivo de pasar una banda de música, ejecutando una marcha, frente á su domicilio.

Había trasladado su residencia á un arrabal de la ciudad; pero tampoco allí tuvo tranquilidad. Seis meses después de comenzar su fonofobia se retiró al campo, buscando en la soledad de una estancia la tranquilidad reparadora. En pocos meses su estado general mejoró muy sensiblemente, desapa-

reciendo la fonofobia. Respecto de la influencia del estado físico sobre las condiciones psicológicas, este inteligente enfermo tuvo una frase feliz, digna de recordarse, pues compendia toda la terapéutica del *mens sana in corpore sano:* «he puesto á mis nervios un forro de grasa y ya no siento ninguna molestia».

OBSERVACIÓN VII

OBSESIÓN MELÓDICA

En grado leve, sin llegar á producir trastornos en la conducta ni molestias en la vida del sujeto, las obsesiones melódicas suelen ser frecuentes en todos los individuos que tienen afición por la música, desde el simple «dilettante» teatral, hasta el erudito concertista. En todos es común encontrar obsesiones musicales poco intensas y transitorias; una nota, una frase, un tema, una composición entera parece vagar por el cerebro del sujeto, asaltándole en todo momento y á despropósito, forzándolo á repetirla mentalmente, cantada ó silbada.

Pero en ciertos casos la obsesión musical se convierte en verdadera pesadilla, persiste más tiempo del habitual, impide al sujeto ocupar su actividad mental en ninguna tarea que exija atención sostenida.

Una joven criolla, de diez y ocho años de edad, sirvienta, padece de ataques histéricos convulsivos desde la pubertad, y ha sufrido varias crisis paroxísticas de risa y de llanto. Suele frecuentar el teatro del género llamado nacional, y contrajo, durante uno de los espectáculos, la curiosa obsesión que la obliga á ponerse en tratamiento.

Desde tres meses después de haber asistido á una representación de la pieza titulada *Bohemia criolla* no puede conciliar el sueño durante horas, lo que perjudica mucho su salud, pues está obligada á levantarse temprano, sin reposar suficientemente.

En ese espectáculo se repitió tres veces el popular tango que comienza: «*Cayó al baile Sinforoso Patasanta,* etc.» Al volver á su casa, la joven no consiguió dormir durante dos ó tres horas, pues «se le había metido en la cabeza» el tango y se veía forzada á repetirlo mentalmente. Durmió pocas horas esa noche; el día siguiente recordó varias veces el tango, mas no con carácter obsesivo. Pero al acostarse fué la sorpresa; al reclinar la cabeza sobre la almohada «oía dentro de la cabeza» el tango, viéndose en la necesidad de cantarlo mentalmente ó en voz alta. Este hecho se repitió innumerables veces, con intenso desagrado de la joven, tanto más desesperada cuanto menos podía evitar la repetición del tango obsesivo. Durmió, por fin, vencida por el sueño, después de media noche; obligada á levantarse á las seis de la mañana, fué insuficiente el reposo.

Desde esa fecha la obsesión se repite todas las noches, sin intermitencia alguna. Durante el día no la molesta mayormente, salvo que intente dormir;

por la noche, al acostarse, la obsesión asume caracteres irresistibles. Merece anotarse este detalle curioso: si la obsesionada se sienta en la cama, ó se levanta, la obsesión se atenúa y desaparece; pero, al ponerse en posición horizontal y reclinar la cabeza en la almohada, comienza de nuevo el tango.

El tratamiento fué muy sencillo. Sugestión verbal en vigilia, asociada á sulfonal en dosis intensas. Un gramo de la droga, antes de acostarse, bastó para que el sueño pudiese más que la obsesión; se disminuyó progresivamente la dosis de sulfonal, suspendiéndolo totalmente antes de un mes, sin que volviera á oir el tango fatal.

OBSERVACIÓN VIII

AUDICIÓN COLOREADA

La capacidad de asociar sonidos y colores es un fenómeno frecuente en patología nerviosa y mental. Toda percepción auditiva suficientemente fuerte, y aun las ideas mnemónicas, pueden despertar en ciertas personas una imagen visual, más ó menos precisa; para una misma letra, sílaba ó palabra, para el mismo tono vocal ó instrumental, el color suele ser el mismo. Este fenómeno, sufrido ó simulado por muchos literatos modernistas (René Ghil, Rimbaud, Poictevin, etc.), ha sido atribuído á algunos personajes de novelas psicológicas («Des Esseintes», de Huysmans) y estudiado en ambos casos por Nordau. En los histéricos ha sido observado por numerosos autores, y fué objeto de un artículo especial publicado en 1889 por Binet, en la revista filosófica de Ribot.

Nuestra observación no es de las más características; nuestra enferma no veía «cuadros de notas» ni oía «sinfonías de colores». Pero no deja de ser interesante.

Es una señora joven, histérica, de gustos bizarros, muy aficionada á la música y discreta pianista.

Ella misma tiene dividido su repertorio en varios grupos: rojo, verde, azul, blanco, etc.; la división está subordinada á la impresión visual que le produce la audición.

El fenómeno se produce desde que aprendió á tocar el piano; jamás la ha molestado como ejecutante ni como oyente. La clasificación por colores no corresponde estrictamente á las condiciones técnicas de las piezas clasificadas; el movimiento, el tono, el tiempo, la representación psicológica, no son motivo de una coloración fija. En conjunto sólo se observan tres particularidades, perfectamente fisiológicas. Las piezas de movimiento tranquilo, ó que sugieren ideas melancólicas, corresponden generalmente al color azul ó sus compuestos; las ágiles y alegres figuran en el color rojo y sus inmediatos; las piezas en tonos menores están, en su mayor parte, en el grupo del azul.

Este trastorno de las representaciones mentales es permanente, y no molesta á la enferma; nunca ha visto la necesidad de someterse á un tratamiento médico, ní cree encontrar ventaja alguna en ello.

OBSERVACIÓN IX

DISONOFOBIA

Esta interesante observación de «fobia de las disonancias» pertenece al profesor Ricardo Colón, á cuya amabilidad debemos la historia clínica siguiente:

En el año 1896 falleció en Buenos Aires, de bronconeumonía gripal, á la edad de 69 años, el Sr. M. M., soltero, español, radicado en el país desde muchos años antes; era de profesión músico, había dirigido varias compañías de zarzuela, y ejercía como maestro de piano, violín, etc. De sus antecedentes familiares é individuales poco puede referirse en la presente historia clinica retrospectiva; baste saber que era un sujeto de temperamento neuropático y que tenía los estigmas físicos y mentales característicos de los histéricos.

Padeció, desde años atrás, y hasta el fin de sus días, de una perturbación del lenguaje musical, evidentemente suscitada, en su temperamento neuropático, por las luchas é impresiones de su vida profesional; perturbación que le obligó á abandonar su oficio, habiendo adquirido una verdadera obsesión fóbica por todo lo que pudiera herir su susceptibilidad acústica, que le ocasionó situaciones curiosas, casi anecdóticas.

En su exaltación y preocupación auditiva había llegado á referir, habitualmente, á fórmulas musicales todos los ruidos que oía, y—celoso de la armonía—sentíase mortificado por los que eran disonantes, empeñándose en resolverlos mentalmente dentro de combinaciones ó cadencias que los hicieran conciliables con los preceptos armónicos. Cuando lo sorprendía un ruido inesperado, al par que intenso y fugaz, como el disparo de un arma, el silbido de una locomotora, etc., se tapaba los oídos (que precaucionalmente llevaba protegidos por algodones), aturdido y presa de visible angustia. Más de una vez le produjo vértigo y claudicación el chirrido del riel de un tranway, al pasar éste por una curva; y transitaba lo menos posible por las calles donde existían esas temibles curvas silbadoras.

Un día se presentó desolado, y se desplomó en un sillón del consultorio, refiriendo lo siguiente:

Venía de visitar á una comadre suya, cuya hija estudiaba el piano. La señora le invitó á escuchar una sonata de la ahijada; la niña, inadvertidamente, terminó con un golpe falso un acorde relativo que exigía armónicamente otro acorde final en *do mayor;* el desventurado padrino de la niña había sali-

do de la casa ahogándose con aquel acorde relativo, que no podía soportar sin su complemento armónico. Fué necesario conducirle al salón contiguo y señalarle un piano: se precipitó al teclado, con las manos temblorosas, dió un sonoro acorde en *do mayor*, y emitió un hondo suspiro de satisfacción. Así quedó curado de su acceso.

Siendo apasionado por la ópera lírica—y teniendo entrada franca en todos los teatros,—nunca asistía á ella, por el temor de que alguna desafinación de la orqnesta ó de los cantantes lo descompusiera en pleno teatro; satisfacía su pasión artística encerrándose en su buhardilla silenciosa y recorriendo con la vista las páginas impecables de sus óperas favoritas.

Estas «audiciones visuales» le proporcionaban «los más puros goces».

En los últimos tiempos había descubierto un recurso para salvarse de las disonancias callejeras ó de cualquier otra procedencia. Llevaba en el bolsillo exterior del saco ó jaquet, á guisa de tabaquera, un estuche provisto de pequeños pitos-diapasones: inmediatamente de producirse un sonido ó ruido imperfecto, que le mortificaba, echaba mano al estuche de diapasones, elegía con rapidez el de sonido complementario y soplaba en él, salvando así la situación.

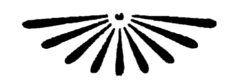
Este curioso neurópata presentaba otra faz, que no creo concurrente á la modalidad especial que dejo referida. Y era una excesiva timidez y vacilación, aun para los menores actos, cuando él se imaginaba que con ellos podía disentir con el carácter ó las opiniones de las demás personas. Á cada paso creía haber cometido alguna falta de atención, ó sido exigente con sus amigo, y se apresuraba, con muestras de pesar, á pedir mil disculpas.

Sucedió que, antes de conocer su disonofobia, solía ejercitarme en la composición musical; inexperto aún en el trabajo, escribía melodías ó valses plagados de errores y me apresuraba á someterlos al fallo de mi amigo. Posteriormente á su muerte, la familia que lo hospedaba me informó de las amarguras que yo había ocasionado, con ese motivo, al desdichado músico; pues él se empeñaba estérilmente en arreglar mis yerros, con sutilezas imposibles, para que no me ofendiera, ante una corrección de prueba que modificase la inspiración original (!).

Por los datos expuestos se ve que el enfermo padecía de una obsesión fóbica, perfectamente sistematizada, sobre cuya evolución no influyeron la edad ni los tratamientos médicos.

José INGEGNIEROS.

Buenos Aires, 1904.



QUIJOTADAS

En la Biblioteca Nacional hay una sala entera dedicada al *Quijote* y á Cervantes, y todo eso y mucho más se merece el príncipe de nuestros ingenios. Esto es cosa sabida, y no lo es menos que aunque muchos de aquellos libros sean repeticiones, ediciones diversas de unas mismas obras, la biblioteca de trabajos dedicados á esclarecer y explicar el *Quijote* es bien considerable. Los cervantistas abundan, los comentarios al *Quijote* sólo podemos decir que no son demasiados, porque si, como dijo Mayans y Siscar, oro y piedras preciosas debe ser para los españoles cuanto se escriba acerca del castellano, cuanto se escriba acerca del mejor libro castellano, por poco nuevo que nos traiga, debemos agradecerlo, y lavándole la cara, como diría Sancho, si lo ha menester, darnos prisa á meterlo en casa. Pero con razón ha notado Menéndez y Pelayo que, á pesar de haberse escrito tanto del *Quijote*, no se han hecho trabajos serios filológicos y lingüísticos, es decir, que en este universal concierto sobran bombos y platillos y faltan otros instrumentos más delicados. Esto de los bombos y platillos no lo ha dicho Menéndez y Pelayo; es ocurrencia mía. Los españoles sabemos manejarlos á las mil maravillas. Los contemporáneos de Cervantes y sus sucesores hasta bien entrado el siglo XVIII no echaron de ver la joya que les había regalado el Manco de Lepanto. Vinieron los ingleses á despertar nuestra apatía con cuatro golpes de bombo, y se multiplicaron acá las fábricas del susodicho artefacto. Clemencín es el único que en su Comentario puso peros gramaticales; mas con tan desgraciada mano, tan á lo dómine, que para hacerle decir algo de provecho hay que volver por pasiva todas sus observaciones gramático-filológicas (1). Basta que él diga que está mal, para que esté precisamente muy bien. Los dómines solían llevar antiparras y no veían dos palmos más allá de sus narices. Otros comentaristas se han ido por los cerros de Úbeda; han hecho del *Quijote* una enciclopedia, un tratado de medicina, de teología, de mil cosas más, ó un monumento egipcio cuyos caracteres simbólicos hay que descifrar y poner en castellano. Y eso á pesar de ser *tan clara* la novela, *que no ay cosa, que*

(1) La erudición caballeresca, etc., etc., ya es otra cosa. Clemencín fué eruditísimo.

dificultar en ella, los niños la manosean, los moços la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran (1).

No creo, pues, que estén de más las observaciones que se hagan tocantes al lenguaje del *Quijote;* antes creo que son las más provechosas, si no las más gustosas para algunos.

La primera que me ocurre no es un grano de anís. Todos hemos aprendido en la Gramática que el imperfecto de subjuntivo tiene en castellano tres terminaciones, *ra, ría* y *se, amara, amaría* y *amase*. Que *amaría* no es imperfecto de subjuntivo ya lo han advertido sobre todo los extranjeros, que nos pueden dar más de una lección de castellano, lo cual es poca cosa. Bello probó muy bien que *amaría* es indicativo, y Benot viene á decir lo mismo. Pero lo que ni Benot, ni Bello, ni Sicilia, ni Salvá, ni la Academia han notado, es lo que debe notarse entre *amara* y *amase*. En todas las gramáticas se ponen estas formas como idénticas. Sólo advierte Bello que *amase* es más ordinario como imperfecto de subjuntivo. Pues bien, en el *Quijote, ni una sola vez* se emplea la forma *amara* como imperfecto de subjuntivo. No puedo asegurar que no se me haya escapado algún caso; lo que sí puedo asegurar es que he leído el *Quijote* de cabo á rabo buscando un *amara* como imperfecto de subjuntivo, y que no he dado con él. Y ahora discurro yo. Demos que en el castellano actual *amara* y *amase* sean idénticos, en lo cual había mucho que distinguir, aunque las gramáticas corrientes no lo hagan. Si en el *Quijote* no lo son, ¿no merecía nuestro primer monumento literario que el hecho se consignase en las gramáticas, aunque esas gramáticas trataran solamente del castellano actual, y mucho más tratando, como tratan todas ellas, del castellano, no exclusivamente actual, sino también y muy principalmente del castellano literario del siglo de oro? Porqué no se trata de una rareza, de que en nuestros clásicos, por ejemplo, *puesto que* no signifique *porque,* como hoy día, sino *aunque,* ó de una antigualla, como que Granada menudee el *otrosí* por *también* y el *al* por *otro,* ó que á Mariana le entrara por el ojo derecho el *¡mal pecado!,* ó que Sancho guste de repetir el *magüer*. Trátase de una forma verbal de uso tan común como *amara,* que se halla en cada hoja del *Quijote,* y aun de todo escrito castellano; de una forma á la cual se dan cinco ó seis valores distintos; de una forma verbal tan exclusiva del castellano que no existe en otra lengua. La ley de la economía rige en el habla lo mismo que en todos los demás fenómenos del universo. Si *amara* fuera lo mismo que *amase, amara* ó *amase* podían ya darse por muertos, el uno ó el otro, el más flaco y menos usado. Porque es ley del lenguaje, consecuencia del principio de la economía que, cuando dos formas son enteramente equivalentes, una de ella está condenada á perecer. Verdaderos sinónimos no existen. Cuando por l evolución fónica y semántica del habla vienen á coincidir dos formas en

(1) II, c. 3, fol. 12.

sentido, entáblase la lucha por la existencia entre ambas y la una sepulta á la otra. *Amara* y *amase* no pueden ser idénticos ni aun en la actualidad, como de hecho no lo son. Como imperfectos de subjuntivo han llegado á serlo; pero la lucha está entablada: *amase*, como dice Bello, es más ordinario que *amara*; le va ya acorralando, y acabará por destituirlo del lugar que tomó por abuso de los escritores. Entonces se quedará *amara* en el sitio que le correspondía. Pero ¡ay! que no faltan otros escritores que le vayan dando otras atribuciones todavía más abusivas. La forma *amara* ha tenido siempre la desgracia de andar como gallina en corral ajeno; ha tomado en diversas épocas distintos valores; se ha ido engalanando con plumas ajenas, que nunca le han lucido. ¿No merecían consignarse estos hechos en las gramáticas? Sí, pero no tenemos tiempo ni vagar para estudiar la Gramática de nuestros clásicos, aunque sea el *Quijote*, porque harta faena tenemos con descifrar su simbolismo y sacarle las entrañas para que nos digan, como á los arúspices, los secretos de la política española y otras profundísimas exquisiteces que encierra en lo hondo, en lo más metido y recóndito de sus repliegues el libro inmortal. En él nunca se emplea *amara* por *amase*; pero ¿quién se detiene en esas quisquillas gramaticales?

Si hubiese teatro esta noche, iremos á ver la función. También á la forma *amase* le ha tocado la chita de los malos ó descuidados escritores. *Jamás en el Quijote* se emplea *amase* con ese valor: diría Cervantes y dicen hoy los que saben castellano: *Si hubiere teatro esta noche*, ó *si hay teatro.* La forma *amare*, por ser también idiomática del castellano, y tan expresiva, sutil y delicada en su fuerza filosófica que no le dieron alcance los romanos, ni se lo dan los franceses, los ingleses ó los alemanes, está muy expuesta á perecer á manos villanas de escritores españoles que piensan en francés y que tienen á nuestra lengua por harapienta y falta de muchas cosas para que sea una lengua *comme il faut.*

Amara, amase, amare: ahí es nada lo que le va al castellano en que se conozca bien el valor de estas tres formas verbales. Pero ya tengo dicho que no tenemos tiempo sobrado para consultar ni estudiar el *Quijote.*

Tampoco se le ocurrió á Cervantes pedir consejo al francés para emplear el *se*; pero se les ha ocurrido á sus sucesores, que las ocurrencias no se agotan en un solo hombre, aunque ese hombre sea de tantas como Cervantes. *Cuando se está rico, se es cruel con los desvalidos:* así escriben algunos. Dígales usted que eso es una barbaridad, y os responderán: Es que el castellano es muy pobre; no tiene el *on*, que en francés es tan claro y tan hermoso: *es por 'o que* en todo vamos á la zaga de la civilización, y que *nos precisa europei. .rnos.*

En cambio vendrá un purista como Clemencín y os dirá que la frase *sin ue lleuen del sofístico ni del fantástico* (1) es un italianismo, y que es galicismo

) I, c. 25, fol. 111.

la otra de *golosazo, comilón que tú eres*(1). Si Clemencín hubiera tenido tan buen criterio gramatical como buen deseo de estudiar el *Quijote*, hubiera comprendido que esas dos frases que él tuvo por extrañas al castellano son tan del genio de nuestra lengua como la sustantivación del adjetivo y la transposición del relativo, dos fenómenos de transcendencia suma é idiomáticos precisamente del castellano.

Á otros, por el contrario, que con tener menos pasión que Clemencín por los escritos de Cervantes manifiestan tener mejor criterio gramatical, les parecerán despropósitos que deben corregirse en toda edición esmerada del *Quijote* los siguientes pasajes: *viendo con el ahinco, que la muger suspiraua* (I, 52, fol. 198); *avisar á Zorayda en el punto que estauan los negocios* (I, 41, fol. 214); *contó el Cura á Don Fernando las locuras de Don Quixote, y del artificio que auian usado, para sacarle de la peña pobre* (I, 37, fol. 194). *Es possible, que sean tan necios, que no echen de ver, que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar* (II, 47, fol. 176). *A que palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña* (II, 9, fol. 30). ¿Hablan muchas gramáticas del fenómeno lingüístico castellano que se encierra en estos, al parecer, disparates? Las que hablan de él ¿lo han entendido cuando dicen que son desatinos, ó cuando, suavizando el calificativo, lo bautizan con el término de *aberraciones?* Y, sin embargo, todas esas frases son tan castellanas, que habrá pocos fenómenos sintácticos que sean más castizos é idiomáticos. El que las tenga por aberraciones debe reflexionar que la psiquis que rige el habla de un pueblo no es tan necia ni tan enemiga de sí misma que vaya á ser *ilógica,* cuando ella es el *logos*, ó sea tan *irracional,* cuando ella es la misma *razón.* Por su parte, el que no se atreva á tanto, pero que de todos modos encuentre chocantes tales giros y no sepa darse razón de ellos, crea que todavía no conoce bien los resortes de nuestra lengua y que no le vendría mal estudiarla un poco más en el *Quijote.*

De todos modos, los hechos aducidos y otros muchos que se pudieran aducir prueban que el *Quijote* debiera estudiarse filológica y lingüísticamente, y que de ello sacaríamos algo más que de los muchos comentarios transcendentales, enciclopédicos y simbólicos que se han hecho. Y con esto queda respondido á un eminente literato, maestro de estilo castellano, escritor de elevados vuelos, por todo el mundo acatado, y por mí más que acatado, querido, al cual no nombraré, pero cuya opinión no me parece tan acertada y creo deberla rebatir, porque tal vez no sea el único en tenerla. Me decía este señor, que repito es de lo más autorizado para mí y para todos, que no veía el provecho que pudiera traer el escribir una Gramática del *Quijote.* Cervantes, añadía, fué un genio en literatura, que escribió, probablemente sin caer en ello, la mejor novela que se ha escrito en castellano y podemos decir que en lengua alguna. Al autor del *Quijote* sólo se le puede poner junto al autor

(1) II, c. 2, fol. 7.

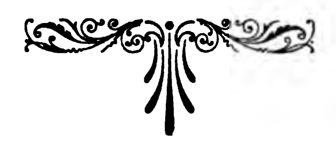
de la *Iliada*, al de la *Divina Comedia*, al del *Fausto* y al del *Hamlet*. Cervantes, sin embargo, escribió, cuanto al lenguaje, como los demás: algo mejor, si se quiere, mucho mejor, si va á decir la verdad; pero en el mismo castellano, con el mismo diccionario y la misma gramática que todos conocemos. Ahí están el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia: tienen sus deficiencias, pero ahí está todo.

Contrasta con esta manera de pensar la de otro autor, de mucho menor peso en literatura, bien que incomparablemente mayor en cuestiones de lingüística castellana. Puedo decir su nombre y citar sus palabras, aunque no sean del dominio público. En carta particular me escribía poco ha: «Trabajo semejante con respecto á obras geniales, efecto de suprema espontaneidad, más que en la gramática tradicional, término medio de las gramáticas individuales, ha de fundarse en delicadísimo análisis psicológico, que penetre y discierna las peculiaridades del autor». Estas palabras más que de un gramático parecen de un literato profundo que está convencido de que, como dijo Schlegel, en el arte la forma es inseparable del fondo, y de que si Cervantes fué gran artista y genial al escribir el *Quijote*, tuvo que serlo, no menos que en el fondo, en el lenguaje de su novela. Esta doctrina sabidísima la conoce y acepta por suya el literato y crítico á quien aludo; y con todo, no ha acertado á sacar la consecuencia que ha sacado un mero lingüista. Sólo que ese lingüista lo es en toda la extensión de la palabra. Por lo menos nadie negará que es el que más á fondo conoce nuestro castellano en todas sus épocas, si hay que dar crédito á sus obras que así lo demuestran. Se trata nada menos que de D. Rufino José Cuervo, del autor del monumento levantado á la Sintaxis castellana y de las preciosísimas notas á la Gramática de Andrés Bello. Para Cuervo la gramática tradicional es un término medio del modo de hablar corriente de todos los españoles: tal es la Gramática de la Academia, peor ó mejor pensada y redactada, más ó menos anticuada en sus principios lingüísticos. Pero un escritor genial como Cervantes añade á esa gramática común algo de su genio que merece se penetre por medio de un delicadísimo análisis psicológico. No es que Cervantes se aparte del carácter y modo de ser de nuestra lengua; antes, por el contrario, como genial en la forma, no menos que en el fondo, sus peculiaridades tienen que ser muy castellanas, su genio ha debido penetrar en lo más hondo del idioma para arrancarle sus secretos, los resortes más idiomáticos. Por eso, no sólo puede y conviene estudiarse la gramática del *Quijote*, como en cierto modo distinta que es de la gramática común y tradicional, sino que hay que hacerlo por medio del delicadísimo análisis psicológico que requiere el estudio de lo más idiomático y genial de nuestra lengua. Para el que no la conozca tan á fondo como Cervantes, ciertos giros y modismos se le antojarán italianismos, galicismos, defectos garrafales, disparates mayúsculos. Y luego con colgarles el sambenito de que pertenecen á las consabidas *distracciones* de Cervantes, y con añadir aquello de que Cervantes no corregía ni siquiera volvía á leer lo que una vez

había escrito, ya puede muy satisfecho y orondo arrellanarse en su sillón y encender un cigarro, bien persuadido de que Cervantes escribió en el mismo castellano de los demás mortales y de que, teniendo el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia, es perder el tiempo escribir otro *Diccionario* y otra *Gramática* exclusivamente de Cervantes ó del *Quijote*.

Yo me atrevo á desafiar al más pintado á que me explique una sola frase, aquella de Sancho en su famosa ronda: *y no gemidicos, y lloramicos, y darle* (II, 49, fol. 188). Ese *lloramicos* está sacado por Cervantes del genio de nuestro romance y explica otros mil idiotismos, aunque no conste en los diccionarios y parezca á primera vista un término arbitrario.

JULIO CEJADOR.



VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

V

De 1888 á 1890: Rizal en Filipinas, en Hong-Kong, en el Japón, en los Estados Unidos, en Londres en París y últimamente en Madrid.—Sus trabajos de propaganda: proclamas, folletos y artículos varios.—Filósofo de la Historia.—Desafíos.

No podemos fijar con precisión la llegada de RIZAL á Filipinas; debió de ser á últimos de 1887. Hizo el viaje en uno de los buques de las Mensajerías Francesas, de la línea de Oriente, hasta Hong-Kong, y de Hong-Kong á Manila en un vapor español. Llegó á su patria en circunstancias favorables para él; porque eran liberales bien probados los altos funcionarios públicos que más influían en el ánimo del jefe supremo de la colonia, y liberal el Gobierno que á la sazón regía en España. (Presidente, Sagasta; ministro de Ultramar, D. Víctor Balaguer.) Los funcionarios aludidos eran: secretario del Gobierno general, D. José Sáinz de Baranda, distinguido ingeniero de montes, nacido (de padres peninsulares) en el país, de escaso temperamento político, aunque propenso á una razonable tolerancia; gobernador de Manila, D. José Centeno y García, antiguo ingeniero jefe de minas en el Archipiélago, hombre de ciencia de mucho lustre, republicano pasivo y masón fervoroso (grado 33), nada afecto á las corporaciones religiosas; director general de Administración civil, D. Benigno Quiroga y López-Ballesteros, del cuerpo de ingenieros de montes, íntimo de Moret, liberal calificado, lleno de juventud y de arrestos: por los cargos que desempeñaban estos tres señores, ejercían un influjo decisivo en el ánimo del gobernador y capitán general, D. Emilio Terrero y Perinat, hombre de espíritu dúctil, sin criterio propio, que entró en Manila (llevando de secretario á D. Felipe Canga-Argüelles) hecho un carlistón redomado, y salió convertido en punto menos que un liberal á lo Riego.—«Los desertos del triunvirato Sáinz-Centeno-Quiroga (dicen los jesuítas) favorecieron en gran manera los manejos á que se entregaba Rizal con la actividad que constituía el fondo de su carácter» (1).

(1) *Rizal y su obra*, ya citado; capítulo VIII.

¿Qué hizo RIZAL? «Paseóse por los pueblos que quiso, y hasta tuvo á sus órdenes al teniente de la Guardia civil Sr. Taviel de Andrade, que le concedió el Sr. Terrero como *preservativo* contra cualquier asechanza» (1). RIZAL, apenas llegado, recibió numerosos anónimos y aun avisos verbales de amigos suyos, previniéndole; sus parientes también le previnieron. No se explicaban unos y otros que el autor del *Noli me tángere* pudiese vivir «impunemente» en Filipinas: entendían que el audaz escritor tagalo corría riesgo de que una mano mercenaria le asestase un golpe... Y ya fuese que RIZAL comunicase sus recelos á las autoridades, ya que éstas, *motu proprio,* quisieran evitarlo, ello es que casi todo el tiempo que RIZAL permaneció en su país tuvo *à latere* al citado teniente de la Benemérita. Por cierto que ambos simpatizaron mucho, y se hicieron amicísimos. En Manila paró poco; su corazón le impulsaba á Calamba, su pueblo, y los demás comarcanos, y en ellos estuvo casi todo el tiempo que duró su breve paso por la región tagala.

Una mañana, hallándose en Manila, fué á visitar á los padres jesuítas. «Se presentó el joven en el Ateneo Municipal á visitar al rector del mismo, Rdo. P. Ramón (2), y á su antiguo maestro Rdo. P. Faura, quienes, conociendo más y mejor que por las noticias de Blumentritt (3), por los escritos del mismo Rizal, la mudanza de éste y los grandes estragos que en su alma había hecho la impiedad, trataron de reducirle al buen camino.

»Pero en vano; porque el desdichado, con obstinada frialdad, que dejó helados á sus amadísimos maestros, les manifestó, no sin grandes aunque afectadas protestas de españolismo, que era inútil toda discusión en materia religiosa, porque él había perdido ya el inestimable tesoro de la fe.

»Y entonces fué cuando recibió aquella seca repulsa del bondadoso Padre Faura, quien le dijo que, si en tal estado se hallaban las creencias de su espíritu, no pusiera más los pies en el Ateneo Municipal, porque los Padres rompían toda comunicación con él, y le aconsejaba que se alejara para siempre de Filipinas, pues *temo,* añadió, *que usted ha de venir á parar en un cadalso.*

»Mas también resultó estéril este supremo esfuerzo; y aquel corazón rebelde y obstinado permaneció yerto y endurecido por la soberbia, que, como en sus últimos momentos ha reconocido sin cesar, fué la causa de su perdición.

(1) W. E. RETANA, en un artículo publicado en *La Época;* Madrid, núm. del 11 de Noviembre de 1890.

(2) El que fué director de la Academia de Ciencias filosófico-naturales de que RIZAL había sido secretario. — Recuérdese el artículo segundo, del presente trabajo.

(3) Blumentritt sostenía correspondencia científica con algunos jesuítas, entre ellos el célebre meteorólogo Federico Faura; era sinceramente católico, y debió de lamentarse de que un tan cariñoso amigo suyo como RIZAL hubiera experimentado la mudanza á que alude el texto; texto que, como ya hemos dicho repetidas veces, aunque anónimo, se atribuye á los padres jesuítas.

»Y salió del Ateneo para no volver ya más á entrar en aquel bendito recinto, donde tan apacibles y risueños transcurrieron los primeros días de su niñez, cuyo dulce recuerdo debió evocar la mente de Rizal cuando, antes de trasponer por vez postrera aquellos santos umbrales, volvió á ver aquella piadosa imagen del Sagrado Corazón, obra de sus infantiles manos, y que el Hermano portero le mostró, mientras el joven le decía:—«*¡Otros tiempos, hermano, otros tiempos que pasaron; porque ya no creo en esas cosas!*» (1).

Los días que permaneció en Calamba los aprovechó sin tregua: la semilla de su predicación de entonces, germinaba aún, con gran pujanza, en 1891; de tal suerte, que se hizo preciso que las autoridades tomasen las rigurosas medidas que más adelante apuntaremos. De aquella predicación hallamos una síntesis en uno de los pasajes de la extensa carta de Manila publicada en *La Época* del 27 de Diciembre del año consignado (2). He aquí lo más esencial; va á renglón seguido del esbozo del estado político en que se hallaba el país, como consecuencia del influjo de Quiroga y de Centeno:

«En tales circunstancias llegó á Filipinas, procedente de Alemania, el calambeño José Rizal, quien reunió de seguida á lo más granado de su pueblo, y entre aquellas sencillas gentes divulgó con pertinaz insistencia ideas rabiosamente opuestas á los españoles, á las autoridades y en particular á los religiosos, á ciencia y paciencia de los que debieron impedir tales *predicaciones*. Rizal ha inspirado entre sus paisanos odio á la religión católica, y sus más adeptos han abandonado toda práctica religiosa, cumpliendo en esto fielmente con lo que enseña en su novela *Noli me tángere*, antipatía profunda á los religiosos, desprestigiándolos y diciendo de ellos que son los explotadores del indio de Calamba, y otra porción de cosas por el estilo, depresivas, no ya para los dominicos, sino también para todas las demás comunidades, y nada digamos de cómo pinta á la raza española.

...»¡Cuántas responsabilidades tiene sobre sí ese *germanófilo*, pues con sus teorías ha venido á producir mil disgustos á muchos de sus paisanos! En Calamba no se habla sino de los triunfos de Rizal, de sus promesas, de la acogida que le dispensan los sabios (?) de Europa; de sus viajes por Alemania; de su poder y grandes influencias (!) en esa nación; de que se va á traer una escuadra alemana (¡!); de que él les ha de dar á sus paisanos la propiedad de la hacienda de Calamba; de que allí se ha de constituir un gran Estado, una República modelo... En fin, mil paparruchas que tienen totalmente perturbadas á aquellas gentes de un modo tal, que es ridículo y absurdo, pero exactísimo, que en Calamba á los que siguen á Rizal se les apoda *el partido de Alemania*, y á los que son leales á los padres dominicos se les llama *el partido de los frailes*.

»Esta actitud de los calambeños la aprueban, aplauden y alientan los que en Manila, Bulacán, Batangas, Pampanga, etc., son *correspondientes* de esa Asociación llamada Hispano-Filipina que en Madrid existe; de suerte que Calamba viene á ser el *unto de metralla* de la integridad española-filipina».

---

(1) *Rizal y su obra;* capítulo VIII.

(2) Carta anónima, fechada en Manila á 17 de Noviembre de 1891; inspirada, evidentemente, por algún fraile dominico.

Hay notables exageraciones en lo que, movidos por la imparcialidad, hemos copiado. Dos cosas no podemos creer: la primera, que RIZAL predicase contra España; lo haría, sí, contra sus gobiernos, leyes y malas costumbres administrativas, lo cual no es lo mismo; como no es lo mismo ser *separatista* que *censor* de un régimen. En cuanto á la segunda, que es la que toca á ideas anexionistas á Alemania, tampoco podemos darle crédito: pública es la opinión de RIZAL (expuesta en *La Solidaridad* bajo el epígrafe «Filipinas dentro de cien años») de que ni á Alemania le convenía poseer las Filipinas, ni á los filipinos les convenía otra cosa, *de no ser españoles*, que la INDEPENDENCIA. Ahora bien; lo que no debe negarse es lo que pudiéramos llamar *eficacia de la imaginación popular:* quienquiera que la conozca, tendrá que reconocer que, adulterados los conceptos que RIZAL emitiese, y extremados además, no faltarían gentes que creyesen mucho de lo que se enumera en los párrafos transcritos. La labor esencial de RIZAL en Calamba fué muy otra, y él mismo la describe en uno de sus trabajos periodísticos, en estos términos (1):

«El que escribe estas líneas se puso una vez á la cabeza de un movimiento antifraile, suscitado por una pregunta del Gobierno. La contestación, si tenía que ser verdadera, iba á lastimar intereses frailunos. Los frailes quisieron que se contestase según su gusto y sus conveniencias, y no con arreglo á la verdad; pero considerando que esto era faltar á ella y al deber de un buen súbdito, el autor escribió la contestación con arreglo á un informe detallado, la tradujo al tagalo, y la leyó delante de todos, y delante de los mismos emisarios de los frailes, para que trasmitieran el contenido á sus amos, ó lo contradijesen si se faltaba á la verdad. Ni uno solo protestó, y todos voluntariamente lo firmaron, y lo firmaron los mismos fraileros, no pudiendo negar la evidencia. Y eso que el autor les recordaba que firmando se atraían encima todos los rencores del poderoso.

»¿Qué pasó? El escrito se presentó, pasó por todos los trámites legales y... ¡se encarpetó! Los frailes quisieron vengarse, y el pueblo presentó otro escrito, pidiendo la intervención del Gobierno, ya que el Gobierno era la causa del conflicto... Pero el Gobierno se calló; ni dijo sí, ni nó; no instruyó sumaria, no aclaró los hechos denunciados: el Gobierno temía luchar por la verdad, y abandonó al pobre pueblo. ¡Y todo el escrito trataba *de agricultura, de urbanización...!* Allí no se atacaba la inmaculada pureza de los frailes; allí no se delataban suciedades, porque el autor no ha querido jamás manchar su pluma con las inmundicias que empapan ciertos hábitos! Allí no había más que cuestión de siembras, terrenos, caminos, escuelas, casas, etc. Ese escrito lo firmaban *todos* los principales; lo firmaba el mismo autor con todas sus letras; lo firmaban mujeres, propietarios, chinos, criados, obreros; lo firmaba *todo el pueblo.* El escrito se leía *á todo el mundo,* á enemigos y á amigos, á autoridades, á peninsulares; porque teníamos el valor de nuestras convicciones y porque creíamos en la sinceridad del Gobierno y en su amor al bienestar del país.

(1) «La verdad para todos»; artículo publicado en *La Solidaridad,* núm. 8; Barcelona, 31 de Mayo de 1889.—RIZAL en dicha fecha debía de hallarse en Londres, y si no en Londres, en París: á España no vino hasta Agosto de 1890.

»¡Nada; no se hizo nada! De todo esto quedan las venganzas en el pobre pueblo, víctima de su lealtad al Gobierno y de su buena fe...»

Pero diga lo que quiera RIZAL, es evidente que su campaña iba dirigida contra los dominicos, ó mejor, contra el derecho de propiedad que los dominicos ejercían en Calamba, cuyo terreno, desde 1833, les pertenecía íntegramente, y por tanto todos los que vivían dentro de la extensa jurisdicción de Calamba no eran sino *colonos* de los frailes. Éstos habían venido subiendo el canon, así como las exigencias en la forma del cobro, y aun se dice que rectificando en favor propio los primitivos límites de la finca. En Septiembre de 1887, y á causa de las excitaciones que privadamente dirigía RIZAL á sus paisanos desde Europa, comenzaron algunos colonos á resistirse á pagar: los frailes, sin embargo, contemporizaron todo un año (desde Septiembre del 87 á Septiembre del 88); después «se empezó á hacer uso del derecho», y en 1890 los dominicos modificaron esencialmente la fórmula de los contratos, lo que motivó que en 1891 se apelase por la autoridad á medidas radicales...

RIZAL, sobre haber inculcado entre los suyos sentimientos á los que no se hallaban avezados, inculcóles la idea de que los dominicos ejercían en Calamba una detentación. Y porque comprendió que vivir en paz en su país le era imposible, allende que su propia familia temía que fuese víctima de un crimen, vióse obligado á salir de Filipinas, es de suponer que anegado de amargura. ¡Qué diferencia de cómo había salido en 1882, á cómo salía ahora, en Febrero de 1888!... En 1882, el nacionalista latente, soñador romántico, venía á Europa á instruirse, para retornar luego á su patria y, con la experiencia adquirida, difundir entre sus conterráneos las ideas que habían de elevarles y dignificarles. En 1888, al cabo de dos meses de lucha contra corruptelas seculares, salía poco menos que obligado, escéptico, sin esperanzas casi, persuadido de que el problema de la redención del Pueblo filipino no podía venir por la vía legal de la Justicia... Ni un paso había dado en su tierra que no hubiera sido objeto de las más absurdas glosas. Aun la expedición que hizo á la cumbre del Maquiling (acompañado del teniente español Sr. Taviel de Andrade), fué calificada de «filibustera» (1). ¡Ni le dejaban gozar de los grandes espectáculos que brinda aquella geología extraordinaria!... Acaso si los enemigos de RIZAL hubiesen visto el dibujo que éste hizo de su casa de Calamba, y que mandó al profesor Blumentritt (2), habrían dicho que el dibujo ¡era también *filibustero!*... Desgraciadamente se abusó hasta lo inconcebible del maldito epíteto, sin tener en cuenta que, como dijo RIZAL más de una vez, *¿hay mayor filibusterismo que el de la desesperación?*

---

(1) Léase la delicada leyenda de LAÓN LAÁN (RIZAL) intitulada *Mariang Makiling*, publicada en *La Solidaridad*, núm. 46; Madrid, 31 de Diciembre de 1890.

(2) Blumentritt conservaba con gran cariño este dibujo, hecho á lápiz, del que me habló en una de sus cartas, que conservo.

RIZAL, por entonces, no era ni siquiera revolucionario *práctico*, sino *reformista evolucionista*, radical, eso sí, pero nada más, al modo que lo son muchos catalanes y muchos vascongados que uno y otro día exponen públicamente sus ideas,... y ¡viven tan tranquilos en su tierra! ¿Acaso era RIZAL *más filibustero* que los innúmeros catalanistas y bizcaitarras que todos conocemos?

El día 1.º de Marzo de 1888, á los pocos de haber llegado á Hong-Kong, verificábase en Manila un acto de verdadera trascendencia: la célebre manifestación que motivó el debate en el Senado, por iniciativa del general Salamanca. Aquel acto, que creemos conocer tan profundamente como el que más, puesto que hicimos un detenidísimo estudio de la causa (1), pudo (2) haber estado inspirado en las teorías divulgadas por RIZAL; pero ni éste tuvo la más mínima participación ni, en último término, la instancia en que se pedía el extrañamiento del arzobispo Payo y la extinción de los frailes en las Islas Filipinas, era *separatista* en el recto sentido del vocablo. Preciso es reconocer que había infinidad de hijos del país (y aun no pocos peninsulares) que no querían á los frailes, porque los consideraban un estorbo de todo progreso. Ahora, si la supresión de dichas corporaciones había de traer por consecuencia, más ó menos pronto (y yo soy de los que así lo creen), la separación de Filipinas, ésa es una cuestión que debe discutirse aparte. Si la Metrópoli mantenía firmemente el principio fundamental de que la Colonia no podía subsistir, *para España,* sin los frailes, y los filipinos ilustrados mantenían firmemente lo contrario, una de dos: ó éstos se veían en la necesidad absoluta de soportar de por vida lo que les era de todo punto insoportable, ó de pasar por *filibusteros*, si exteriorizaban sus quejas contra una institución que con toda su alma aborrecían. La lógica *castila* de añeja cepa, discernía de este modo: es así que España reconoce y proclama que el fraile en Filipinas es el más firme sostén de la Integridad de la Patria; es así que tú, filipino liberal, quieres suprimir al fraile en Filipinas: *luego* tú, filipino liberal, eres enemigo de la Integridad de la Nación española; eres *filibustero,* y hay que fusilarte. Tan monstruosa lógica no les cabía en la cabeza á los filipinos liberales; pero tampoco á muchos españoles que, odiando á los frailes de todo corazón, se decían: ¿y yo, soy filibustero? De donde los filipinos deducían que el concepto de «filibustero» no estaba precisamente *en las ideas*, sino ¡ay! *en la partida de bautismo*. ¿Y por ventura podía el malayo nacido en Calamba transformarse en europeo nacido en Zaragoza?...

(1) Véase nuestra obra *Avisos y profecías*, Madrid, 1892; la segunda parte, páginas 155-367, está consagrada íntegramente al examen de las catorce piezas de la causa. En aquellos miles de hojas, ni por casualidad se halla una sola vez, para nada, el nombre de RIZAL.

(2) Ni esto concedemos. La manifestación de 1.º de Marzo de 1888 fué cosa exclusiva del abogado de Manila, célebre por su actividad, D. Doroteo Cortés, antiguo y calificado enemigo de los frailes; hombre de alguna fortuna, atesonado y enredador peligroso.

Tenemos á RIZAL en Hong-Kong, en donde, según el folleto que se atribuye á los padres jesuítas (1), «prosiguió la activa é incesante propaganda filibustera en que venía ocupándose, en unión de sus adláteres; redactando proclamas numerosas, que eran luego remitidas á granel á la capital del Archipiélago, por cuya ruína trabajaban constantemente las sectas, cuyas perversas teorías inspiraban aquellas funestas hojas, aquellas incendiarias proclamas.

»Estas proclamas, esparcidas con suma difusión por entre las masas del pueblo, y repartidas varias veces con la mayor desvergüenza en el mismo puente de España, en Manila, fueron las que prepararon el célebre movimiento de [1.º de] Marzo de 1888, en que, reunidas muchas Principalías de los pueblos, hicieron una *manifestación* cívica de las que llaman pacíficas, y se presentaron al gobernador civil de Manila, el h.·. 33 D. José Centeno y García, quien recibió muy cariñosamente á los manifestantes, y aun, según algunos le atribuyen, *corrigió él mismo* las faltas del castellano de la solicitud que aquéllos presentaron, pidiendo el destierro del señor Arzobispo y la supresión de las Órdenes religiosas en el Archipiélago.»

Aceptado que RIZAL redactase algunas de esas próclamas, que desde años antes venían circulando, sin que RIZAL tuviera en ello arte ni parte, tenemos que volver al tema: ¿eran verdaderamente *filibusteras?* Aquellas proclamas, como casi todas las esparcidas subrepticiamente por Manila hasta 1896, no tenían un solo concepto contra la unidad nacional; eran, por lo común, *contra los frailes,* ni siquiera contra los jesuítas: en ellas se predicaba el odio á las corporaciones de agustinos, dominicos, recoletos y franciscanos, los *dueños* precisamente de las mejores fincas urbanas de Manila y de las grandes haciendas del Archipiélago Filipino; los que *tuteaban* á los indígenas, por ilustrados que fuesen; los *inspectores* de la instrucción primaria; los que *decidían* en las elecciones municipales; los *inquisidores* de la conciencia pública; los que ponían en juego su *poderoso influjo* para no dejar en paz á quien no les rindiese la más servil pleitesía; en una palabra, contra los AMOS del país. La juventud filipina iba *con el progreso;* habíase inculcado á sí misma, principalmente por efecto de lo aprendido en Europa, en la propia España peninsular, un sentimiento elevado de dignidad, y consideraba que el *antiguo régimen,* el régimen histórico del fraile, era incompatible con ese sentimiento. Lo hemos visto todos (yo con mis propios ojos, no por completo; porque desde principios de 1890, en que salí de Filipinas, las cosas fueron cambiando con rapidez vertiginosa): ni un solo filipino joven, verdaderamente culto, amaba á los frailes; en cambio amaban á los jesuítas, y continúan amándoles, *tan españoles como aquéllos* (2), sin duda porque los jesuítas no los menos-

(1) *Rizal y su obra,* ya citado; capítulo IX.

(2) Hase dicho insidiosamente que los jesuítas, por el carácter internacional que tiene el instituto á que pertenecen, no sentían el patriotismo en el grado que los

preciaron jamás, antes bien tuvieron siempre por norma de conducta tratar á los filipinos con las debidas consideraciones. Á RIZAL—hay que hacerle justicia—se le debe, antes que nada, el haber inculcado, más y mejor que nadie, entre los nacidos en Filipinas, el sentimiento de la dignidad; sentimiento que tanto influyó en la evolución del Pueblo, que era, antes de las predicaciones de RIZAL, de *parias;* que fué, después de las predicaciones de RIZAL, de *hombres*. Ya supo RIZAL lo que se hacía: ese sentimiento ha sido el promotor de todas las grandes revoluciones, desde la Francesa, que proclamó los Derechos del Hombre, hasta la que ahora se desarrolla en Rusia. Una colectividad no es un rebaño. ¡Ay de aquellos que no tienen noción de lo que deben ser y de lo que pueden ser! Si el filósofo de la *Historia de España* se ve obligado á abominar de la obra de RIZAL, el filósofo de la *Historia Universal* tiene que ponerla sobre su cabeza: el insigne tagalo contribuyó poderosamente á enaltecer un importante fragmento de la Humanidad.

RIZAL paró poco tiempo en Hong-Kong. Su breve estancia en aquel punto la aprovechó para adquirir algunos conocimientos de la dificilísima lengua china, que más tarde, en 1892, amplió. Persistía en él su ansia de viajar (1), de ver mundo, de estudiar experimentalmente «la ciencia de la vida». Y se trasladó al Japón. Con la amplia cultura que poseía, con sus grandes dotes de observador, avivadas por la intensa amargura que saturaba su alma, ¿qué le diría el Japón, donde un florecimiento portentoso iba transformando esa

---

frailes. Esto es calumnioso. Los jesuítas de Filipinas cortaron su correspondencia (y eso que era *científica* principalmente) con el Prof. Blumentritt tan pronto como éste se convirtió en defensor público de las ideas de los filipinos avanzados. Con ocasión de la Revolución, el superior de jesuítas, P. Pi, puso su firma en la exposición, archirreaccionaria, que elevaron al ministro de Ultramar los superiores de las demás corporaciones religiosas. El primer libro que se publicó, de un sacerdote regular, contra aquellos sucesos, impregnado del más ardiente españolismo, débese al jesuíta P. Foradada. Y cuando ya Filipinas no pertenecía á España, los jesuítas, en publicación *oficial*, impresa en Washington, que constituye ese monumento intitulado: *El Archipiélago Filipino: Colección de datos*, en dos gruesos tomos en folio con un atlas, escriben en español y respiran el más puro españolismo; el que se desprende también de la sabia obra del P. Pastells, al sacar nuevamente á luz, en 1900-1903, la crónica de P. Colín, jesuíta del siglo XVII. ¿Qué más? El folleto *Rizal y su obra*, de un *chauvinismo* exagerado, á ellos se debe.

(1) Con el título *Los viajes*, y bajo el pseudónimo de LAÓN LAÁN, publicó en el número 7 de *La Solidaridad* (Barcelona, 15 Mayo 1889) una interesante disertación, más filosófico-histórica que literaria, encareciendo las ventajas de viajar; alardes de erudición esmaltan el artículo, sumamente agradable.

«¡Qué revolución (dice en uno de los párrafos) no se lleva á cabo en las ideas del que sale por primera vez de su nativo suelo y va recorriendo distintos países!... Avecilla que sólo ha visto la seca grama de su nido, y ahora contempla panoramas inmensos, mares, cascadas, ríos, montañas y bosques, y cuanto puede entusiasmar

nacionalidad en una de las más importantes del planeta? Allí vivió en las más cordiales relaciones con el diplomático español Sr. Alcázar (1); estudió el desarrollo del país, bajo todos los aspectos, y aprendió del idioma lo suficiente para entender y hacerse entender de los indígenas. El inglés ya lo sabía. Visitó los centros científicos, algunos de extraordinaria importancia; hízose cargo de la organización del ejército... ¿Qué pensaría?... Los japoneses, en muchas cosas análogos á los filipinos, por antecedentes históricos y etnográficos, habían, en pocos años, elevado el país á una altura gigantesca; ¡y *no tenían frailes!*, la eterna pesadilla de RIZAL... Atravesó el Pacífico, y desembarcó en San Francisco de California, desde donde se trasladó á Nueva York, no sin detenerse en algunas de las más importantes poblaciones de los Estados Unidos. Y allí, en la gran República americana, ¿qué pensaría al verse en un dilatadísimo territorio de origen colonial que en menos de siglo y medio se había puesto, por su propio esfuerzo, á la cabeza del mundo civilizado? ¿Por ventura se debía tanto progreso á *los frailes?* ¿No sería más bien que se debiera á un régimen de amplísima libertad, inspirado en el patriotismo de los ciudadanos?... Poco le faltaba ya para dar la vuelta al mundo; conocía *de visu* las más importantes civilizaciones... Y salió para Inglaterra, estableciéndose en Londres. Debió de llegar á fines de aquel año, para él inolvidable, de 1888.

---

una imaginación soñadora. Rectifícanse sus juicios y sus ideas; desvanécense muchas preocupaciones; examina de cerca lo que antes fué juzgado sin ser visto; halla cosas nuevas que le sugieren nuevos pensamientos, y admira al hombre en su grandeza, como en su miseria le compadece; el antiguo y ciego exclusivismo se troca en universal y fraternal aprecio del resto de la tierra, y deja una vez de ser el eco de ajenas opiniones para expresar las suyas propias, sugeridas por apreciaciones directas é inmediatos conocimientos. El trato de las gentes, cierta calma y sensato criterio en todos los actos, la reflexión profunda, un conocimiento práctico en todas las artes y ciencias, si no profundo y completo, al menos indeleble y seguro: he aquí las ventajas que puede sacar de un viaje un espíritu atento y estudioso.»

Y, como si pensara en su patria, dice en otro: «Por este medio un viajero lleva á su país los buenos usos que ha visto en los otros y trata de aplicarlos con las necesarias modificaciones; otro las riquezas y artículos de que el suyo carece; éste la religión, las leyes y las costumbres; aquél las teorías sociales y las nuevas reformas, introduciendo así todas las mejoras sociales, religiosas y políticas»...

RIZAL, como todos los que han viajado mucho, no como *equipaje*, sino como personas cultas, poseía cierto espíritu cosmopolita, y anhelaba para su país un resumen de todo cuanto bueno había observado en los demás, adaptable, con las reformas consiguientes, al pueblo filipino. En este mismo artículo encarece las ventajas de las vías de comunicación, terrestres y fluviales, etc. — Debió de escribirlo en Londres, á principios de 1889, cuando podía vanagloriarse de haber rodeado el Globo y de conocer lo mejor de Europa, Asia y América.

(1) Blumentritt, en carta á mí dirigida, fechada en Leitmeritz, 14 Enero 1887.

Mientras Rizal veía el mundo y estudiaba el mundo, sus colegas de Madrid, entre los cuales había algunos de verdadero mérito, se agitaban sin descanso por conseguir las codiciadas reformas liberales. La Manifestación de 1.º de Marzo trajo por consecuencia prisiones, destierros y la persecución solapada de gentes que en aquel acto no habían tenido la menor parte. En Filipinas, como en otros lados, los excesos de represión han producido efectos contraproducentes. Los excesos que siguieron á la Manifestación de 1888 dieron por resultado la organización político-masónica de los filipinos; así como la deportación de Rizal y de algunos de sus adeptos, en 1892, trajo por consecuencia inmediata el *Katipunan*... ¡Naturalmente!... Si á los hijos del país no se les consentía que por las vías legales expusiesen sus quejas y sus deseos; si no tenían en su tierra libertad de Asociación ni de Imprenta; si se les calificaba con el afrentoso sambenito de *filibusteros* á los que discurrían con criterio liberal, ¿qué tenían que hacer? Lo que han hecho los hombres de todos los países: laborar en la sombra, *¡conspirar!* Precisamente en este respecto los filipinos podían evocar, en apoyo de su conducta, la *Historia contemporánea de España,* salpicada de motines, sublevaciones, etc., á los que pone coronamiento una Revolución que da al traste con una reina y un régimen; en España tenían, vivos aún, y encumbrados por añadidura, muchos de los maestros de las pasadas conspiraciones, como Becerra y Sagasta... Atribúyese á Rizal esta declaración, hecha en capilla:

«*Cuando estuve en Madrid, los republicanos me decían que las libertades se pedían con balas, no de rodillas*» (1).

La declaración es tan grave como exacta. Los revolucionarios *teóricos* filipinos se inspiraban en los revolucionarios *prácticos* españoles. Becerra y Sagasta, después de haber ocupado los más altos puestos de la Nación, murieron tranquilamente en el lecho; Rizal, sin haber disfrutado de otra cosa que de privaciones y persecuciones, murió fusilado. Becerra y Sagasta empuñaron las armas; Rizal ¡no había empuñado otra arma que la pluma!...

«Por estas persecuciones [de 1888], dice el escritor ilocano D. Isabelo de los Reyes (2), los filipinos de Madrid fundaron, de acuerdo con el Sr. Morayta, la Asociación Hispano-Filipina, en 12 de Julio de 1888 (3); y habiendo pensado ellos en la conveniencia de tener un órgano en España, el joven filipino D. Graciano López Jaena, que era de gran iniciativa y de una actividad prodigiosa, fundó en 1889 el célebre quincenario *La Solidaridad*, en

(1) Telegrama de D. Manuel Alhama, fechado en Manila, 30 Diciembre 1896; publicado en *El Imparcial*, de Madrid, del día siguiente.

(2) *La sensacional Memoria*, ya citada; pág. 83.

(3) Nótese la fecha. Rizal estaba en el Japón, y no tuvo por tanto arte ni parte; como no la tuvo en ninguna otra organización, exceptuada la de la Liga Filipina. Rizal era poco bullanguero, poco amigo de exhibiciones; era más bien apóstol de gabinete, propagandista intelectual, que otra cosa.

cuya redacción figuraron el Dr. Rizal (1), Prof. Ferdinand Blumentritt, Antonio Luna, Marcelo H. del Pilar, Eduardo de Lete, Dominador Gómez (2) y Mariano Ponce (3).

»Entonces se formó en Madrid una logia de filipinos (4) denominada «Solidaridad», *y surgió la idea de propagar la masonería entre los filipinos.*»

Obsérvese que RIZAL es irresponsable de las fundaciones en que debemos buscar los gérmenes del separatismo malayo. Por lo que atañe á la Asociación Hispano-Filipina, «nació potente; la colonia filipina sumaba entonces más de setenta miembros; á su lado se colocaron algunos peninsulares» (5). Y advierte el Sr. Morayta que en los Estatutos se hizo constar que la Asociación *no tenía carácter político*... El lema era: «Reformas para Filipinas». ¡Pues bastaba el lema!

Y continúa D. Isabelo de los Reyes:

«Para sostener periódico *[La Solidaridad]* y Asociación, se formó [en Filipinas] una Sociedad titulada *La Propaganda* (6), pagando los socios siete pesos de iniciación y noventa céntimos de peso como cuota mensual: 50 para *La Propaganda* y 40 para la logia correspondiente; y cesó de pagarse para *La Propaganda,* cuando creyeron que el tesorero malversaba los fondos para ella» (7).

¿En qué paró todo aquello? Que lo diga el propio Reyes, y nótese que RIZAL no figura para nada.

«En 1891 (8) trajo [á Manila] Moisés Salvador copia de los acuerdos de

---

(1) Hasta cierto punto. RIZAL colaboró relativamente poco, y durante el período de vida de dicho quincenario (15 Febrero 1889-15 Noviembre 1895), RIZAL sólo estuvo en España desde Agosto de 1890 hasta Enero de 1891; es decir, unos cinco meses solamente.

(2) Médico, que después ingresó en el cuerpo de Sanidad militar. Fué á la campaña de Cuba, donde se distinguió. Al año, ó dos, de firmado el Tratado de París, el Dr. Gómez dejó la carrera y se volvió á Filipinas.

(3) Nacionalista á lo RIZAL, de quien fué admirador apasionado. Ponce tiene extensa cultura, etnográfica principalmente. Es de los filipinos que ansían la Independencia bajo el protectorado del Japón, país donde ha pasado años enteros y con el cual simpatiza mucho. Ponce es un político de gran civismo, á quien admira profundamente la juventud de ahora. Tiene no pocos puntos de semejanza con RIZAL, por su seriedad y energía.

(4) Conviene advertir que RIZAL, según nuestros informes, no era masón todavía; se inició en Londres: de suerte que no comenzó á serlo hasta principios de 1889.

(5) M. MORAYTA. *Boletín oficial* del Grande Oriente Español, número del 20 de Septiembre de 1896.

(6) Otra fundación á que fué ajeno RIZAL; como lo había sido á las anteriormente mencionadas.

(7) *La sensacional Memoria*, ya citada, pág. 85.

(8) Á principios de 1891, RIZAL salió de España para no volver. Fué á estable-

la Junta de Madrid, la que entregó á Timoteo Páez, á ver si podían empezar á establecer logias.

»En 1892 llegó de España Pedro Serrano, como delegado del Gran Oriente Español, y se instaló entonces la primera logia en Manila, formada por filipinos [exclusivamente], denominada *Nilad*, cuyo primer venerable fué José A. Ramos (1), que en 1882 vino de Londres siendo ya masón; primer vigilante, Moisés Salvador; segundo vigilante y secretario, Pedro Serrano» (2).

De aquella famosa logia madrileña *La Solidaridad*, donde tiene su raíz la masonería netamente filipina, fué el fundador Antonio Luna, así como el verdadero autor del *Katipunan* lo fué Marcelo H. del Pilar (3), que había venido á España huyendo de las molestias que en Bulacán, provincia de la que era natural y donde residía, venía experimentando desde que se verificara la manifestación, tantas veces citada, de 1.º de Marzo de 1888, en la que Pilar no había tenido participación ninguna (4).

---

cerse en Gante, y aquel año lo pasó en Bélgica, Holanda y alguna temporada en Francia.

(1) Conocí y traté á Ramos, mestizo, aventajado grabador é impresor. Traducía del inglés para *La Oceanía Española*, diario de Manila del que fuí redactor algunos años. Ramos era muy precavido, y disimulaba con gran fortuna la mala ley que tenía á las cosas españolas. Ha sido fervoroso anexionista al Japón, donde se hallaba cuando surgieron los acontecimientos.

(2) *La sensacional Memoria*, ya citada, pág. 86.—Pedro Serrano, pedagogo de algunos vuelos, tenía el título de profesor superior por la Normal de Madrid. Había ya publicado un estimable *Diccionario Tagalo*, el primero en que se adopta la ortografía novísima preconizada por RIZAL. Serrano, atraído por los jesuítas, acabó por separarse de la Masonería, y más aún, denunció á sus cómplices.—Véanse los *Documentos políticos de actualidad*, por mí publicados en el tomo III del *Archivo del Bibliófilo Filipino*.—Finalmente, es digno de tenerse en cuenta que todas las figuras de gran relieve en los manejos de organización corresponden á filipinos ilustrados que estuvieron en Europa; en cambio los *ejecutores*, los que, con Andrés Bonifacio á la cabeza, se echaron al campo, eran, sin excepción, de la plebe, indoctos y ni uno solo había salido de su país.

(3) Ambas noticias constan en el folleto *La Religión del Katipunan*, por Isabelo de los Reyes. 2.ª edición. Madrid, 1900. Pág. 57.

(4) «A fines del año 1888, Marcelo del Pilar, abogado de Bulacán y *filibustero furibundo*, considerándose en peligro de ser deportado como consecuencia del expediente gubernativo que se le instruía en la referida provincia *, decidió trasladar su residencia á España, bajo el amparo de ciertos elementos del país. En aquellos días se creó en Manila un *Comité de Propaganda* formado por Doroteo Cortés [verdadero

---

* Informaban los frailes, y no hay para qué decir que el informe de éstos pesaba sobremanera, ni que añadir que tratándose de sujetos con cierta independencia de carácter y partidarios del régimen liberal, el informe de los frailes se reducía á pedir la deportación.

Lo cierto, lo positivo es que, en tanto que la juventud filipina se agitaba en Madrid y en las principales poblaciones del Archipiélago, buscando por todos los medios las reformas que ambicionaban los liberales, reducidas casi á la consecución de la Representación en Cortes, que ya Filipinas había tenido (1), RIZAL se hallaba enfrascado en tareas literarias é históricas, principalmente en la de anotar un libro tan viejo como raro, estimadísimo de los bibliófilos, que lleva este frontis: *Svcesos de las Islas Filipinas... por el* Doc-

---

padre de la Manifestación de Marzo], Ambrosio Rianzares Bautista, Pedro Serrano y Deodato Arellano, bajo la presidencia del primero, con la misión de recaudar recursos pecuniarios entre los elementos exaltados para propagar por el Archipiélago toda clase de folletos y proclamas *encaminadas al desprestigio y escarnio de las Órdenes monásticas y de la religión, así como de difundir por el país las doctrinas democráticas;* por último, se convino en nombrar una Delegación que dependiera directamente del *Comité* recién constituído, Delegación que había de residir en Barcelona, *y dedicarse á gestionar de los poderes públicos la concesión para el Archipiélago de mayores libertades y la representación en Cortes en primer término:* para sostener y defender estos ideales, y algunos más, se autorizó la fundación de un periódico quincenal [*La Solidaridad*].

»El *Comité de Propaganda* llenó cumplidamente su misión, conquistó todo el elemento pudiente de Luzón, recaudó grandes cantidades, y Marcelo del Pilar marchó á la Península, instalándose cómodamente en la Ciudad condal á costa de sus paisanos.»

Transcribo estos párrafos de la Memoria *oficial* de D. OLEGARIO DÍAZ, jefe del cuerpo de Seguridad de Manila, fechada el 28 de Octubre de 1896. Pilar era «filibustero furibundo», porque perseguía ideales democráticos, porque no amaba á los frailes, porque ansiaba que su país tuviese representación en Cortes. Este criterio *oficial* es el que ha predominado entre los españoles de Filipinas. Dicho se está que con tal criterio, paraban en filibusteros (hechos por nosotros) los que no habían soñado en serlo. Por lo demás, el pobre Pilar pasó en todo tiempo grandes apuros; vivió años enteros en Madrid en una casa de huéspedes modestísima. Y cuando en 1896, quiso regresar á su país, la colonia filipina en España echó un guante y logró reunir lo suficiente para que regresase *en tercera.* Pilar cogió el dinero... y se lo entregó íntegro á una antigua amante suya, española, con quien había tenido un hijo... Y pobre, en la pobreza más absoluta, sorprendióle la muerte en Barcelona, el día 4 de Julio del 96, cuando, desesperanzado de que el Gobierno español concediese á Filipinas algunas de las reformas ansiadas, disponíase á marchar al Japón, á trabajar allí en pro de las ideas anexionistas. España negaba á Filipinas lo que legalmente pretendían los filipinos ilustrados y liberales: preciso era, pues, buscar en otro país el apoyo que no hallaban en España. Nada más lógico, después de todo.

(1) Filipinas tuvo diputados en las Cortes generales de 1810 á 1813, en las de 1813 á 1814, en las de 1820 á 1822 y en las de 1822 á 1823; en el Estamento de procuradores de 1834 á 1835, de 1835 á 1836, y en el de 1836; y los tuvo también nombrados para las Constituyentes de 1836 á 1837.—La Constitución del 12 hízose extensiva á Filipinas: de suerte que á últimos del siglo, los filipinos tenían muchos menos derechos políticos que los que habían disfrutado desde 1813 hasta 1824.

TOR ANTONIO DE MORGA. *México,* 1609; libro que nuevamente sacó á luz, con gran copia de notas, precedido de un extenso prólogo del Prof. Blumentritt, en París, á principio del año de 1890. Para anotar el texto de Morga, que transcribió del ejemplar existente en el British Museum, RIZAL se vió precisado á estudiar detenidamente las principales obras que registra la Bibliografía de su país, y leyó con atención numerosos volúmenes vetustos, tales como la *Relación de las Islas Filipinas,* del P. Pedro Chirino (Roma, 1604); *Conquista de las Malucas,* de Bartolomé Leonardo de Argensola (Madrid, 1609); *Memorial y Relación de Filipinas,* por Hernando de los Ríos Coronel (Madrid, 1621); *Historia* [de los frailes dominicos], por Fr. Diego Aduarte (Manila, 1640); *Lavor evangélica* (crónica de los jesuítas en Filipinas), por el padre Colín (Madrid, 1663); *Conquistas de las Islas Filipinas* (crónica agustiniana), por Fr. Gaspar de San Agustín (Madrid, 1698), etc., etc., sin contar algunos trabajos de autores extranjeros, como el *Primo viaggio intorno al globo terracqueo,* de Pigafetta, edición de Amoretti (Milano, 1800); la traducción inglesa del Morga, hecha por Stanley (London, 1868), etc., etc. Y en tanto que él estudiaba, á fin de, con arreglo á su criterio y á sus miras de propagandista político, establecer un paralelo entre la antigua y la moderna civilización de Filipinas, ¿qué impresiones le venían de afuera? Recojamos esta declaración, hecha horas antes de ser fusilado:

[En Londres] «pude notar que se me atacaba con saña, se predicaba contra mi libro *[Noli me tángere],* se abominaba de mí, y aun creo que se concedieron indulgencias *[así es la verdad]* á folletos en que se me injuriaba. Resultó lo que había de suceder: cada sermón, á los ojos de mis paisanos, era una homilía; cada injuria, un elogio; cada ataque, nueva propaganda de mis ideas. ¿Á qué negarlo? Me envanecía semejante campaña» (1).

Contra el *Noli me tángere* y contra el AUTOR se habían desencadenado los frailes de Filipinas, pero singularmente el agustiniano Fr. José Rodríguez, tocado de misticismo arcaico, excelente sujeto sin más defecto que el de padecer cierta atrofia mental, algo así como un rezago intelectual de algunos siglos; excelente sujeto, vuelvo á decir, que recogiendo, ó creyendo recoger, los conceptos fundamentales del *Noli me tángere,* se propuso pulverizarlos en una serie de opusculillos de la que sólo conservo el anuncio, digno ciertamente de los honores de la resurrección: llevaban todos á la cabeza el título genérico de: *Cuestiones de sumo interés,* interesante sin duda, y éstos en particular:

I. *¿Por qué no los he de leer?*
II. *¡Guardaos de ellos! ¿Por qué?*
III. *¿Y qué me dice V. de la peste?*
IV. *¿Por qué triunfan los impíos?*

---

(1) Carta de D. SANTIAGO MATAIX, fechada en Manila, 30 Diciembre 1886; publicada en el *Heraldo de Madrid,* del 5 de Febrero de 1897.

V. *¿Cree V. que de veras no hay purgatorio?*
VI. *¿Hay ó no hay infierno?*
VII. *¿Qué le parece á V. de esos libelos?*
VIII. *Ó confesión, ó condenación.*

Todos los cuales se difundieron profusamente por el país, en castellano y en idioma indígena, con la nota de que el prelado diocesano concedía indulgencias á los lectores. Vendíanse á cinco pesos el millar; á 75 céntimos de peso el ciento; á céntimo de peso cada uno. Tamaño, 32.º; y ninguno pasaba de 32 paginitas. Esto, y la oratoria *sagrada* en que se despotricaba contra RIZAL, agigantó extraordinariamente la fama de RIZAL en su país. Los frailes eran sus más eficaces propagandistas. En Madrid lo fué el académico señor Barrantes (que pasó por una lumbrera en asuntos de erudición filipina, siendo así que lo ignoraba casi todo); antes lo había sido el Sr. Vida en el Senado, y poco después lo fué el ya mencionado reverendo padre Font, que en los comienzos del año 91 reimprimió, sazonándolo con frases despectivas é injuriosas, su *patriótico* mencionado *informe*, difundiéndolo á granel (1). Y no cuento al notable estilista Pablo Feced *(Quioquiap)*, porque éste no atacó nunca de frente á RIZAL, si bien dijo de las razas filipinas el mayor cúmulo de horrores que se pueden concebir, en sus tan leídos artículos de *El Liberal* madrileño, muchos de los cuales agavilló y sacó nuevamente á luz en el tomo intitulado: *Esbozos y pinceladas* (Manila, 1888-[1889]); ni me cuento á mí tampoco, que jamás puse en solfa la persona de RIZAL, aunque sí su novela, que critiqué en tono festivo en unos cuantos artículos (2); crítica enderezada á probar principalmente que *Noli me tángere*, como obra *literaria*, valía muy poca cosa.

A los folletillos del P. Rodríguez contestó RIZAL con uno del mismo tamaño, sin pie de imprenta *[Barcelona? Imp. de Fossas?]*, fechado en 1889, con el título de *La Visión de Fr. Rodríguez;* pieza tan rara (á lo menos en Europa) como interesante, subscrita con el pseudónimo de DIMAS ALÁNG, y en la que el AUTOR da una soberana lección al agustino; no solamente de piedad cristiana, sino de latín, textos sagrados, etc., etc. RIZAL, que había hecho un profundo estudio de la *Biblia* en su texto original, ó sea en hebreo, así como de los tres Evangelios escritos en griego, luce su erudición y deja tamañito al fraile, á quien acaba de apabullar con preciosas citas del propio

(1) Véase el folleto: *Filipinas: Problema fundamental, por un Español de larga* *sidencia en aquellas Islas: Madrid*, Aguado, 1891. En 4.º—El sabio Prof. Blumentt publicó inmediatamente otro folleto, con idéntico título (Barcelona, 1891), re.ıtando el del P. Font, á quien demuestra que estaba en el *a b c* de las materias coniales de que trata en el preámbulo.

(2) Publicados en mi revista *La Política de España en Filipinas*, de Madrid; coəcción del año 1892.

San Agustín, para probar que la invención del Purgatorio es relativamente moderna. Este opúsculo de Rizal debe considerarse como uno de sus trabajos más notables, siquiera estuviese poco afortunado en las pinceladas satíricas con que al principio y al fin quiso amenizarlo. Á Fr. Rodríguez se le presenta San Agustín, y después de atizarle unos cuantos baculazos, le espeta una substanciosa reprimenda, calificándole de ignorante, embustero, embaucador, etc. Y hablando en nombre de Dios, repite lo que le ordenó el Omnipotente:

«—Ve al mundo y di á los que se llaman tus hijos, que Yo, que he creado los millones de soles en torno de los cuales giran miles de mundos, habitados cada uno por millones de séres creados por Mí en mi bondad infinita, no quiero servir de instrumento á las pasiones mezquinas de unas cuantas criaturas, precisamente no las más perfectas, puñado de polvo que se lleva el viento, ¡insignificante parte de los habitantes de uno de mis mundos más pequeños! Diles que Yo no quiero que, en mi nombre, *se explote la miseria y la ignorancia de sus hermanos*; que no quiero que en mi nombre se trate de *sujetar la inteligencia y el pensamiento que Yo he hecho libres;* no quiero que en mi nombre *se cometa ningún abuso,* ni que se arranque un suspiro, se derrame una lágrima, ó *se vierta una sola gota de sangre;* ni quiero que Me presenten cruel, vengativo, sujeto á sus caprichos y como ejecutor de sus voluntades. Que no hagan de Mí, Yo que soy El Bueno, un tirano y un mal Padre; que no pretendan ser *los únicos* poseedores de la luz y de la vida eterna. ¡Cómo! Yo que he dado á cada sér aire, luz, vida, amor y alimentos para que viva y sea feliz, ¿había de negar á los demás, *en provecho de unos pocos*—y por cierto no los mejores,—lo más esencial, lo más trascendental, la felicidad verdadera? ¡Impío, absurdo, absurdo! Diles que Yo, que soy el Todo, y que fuera de Mí nada existe ni puede existir sin mi voluntad y consentimiento, Yo no tengo ni puedo tener enemigos; nada me es igual ni nadie puede oponerse á mi voluntad. Diles que SUS ENEMIGOS NO SON MÍOS; que Yo jamás me he identificado con ellos, y que el obrar suyo es vano, insensato y blasfemo. Diles que Yo perdono el error, pero castigo la iniquidad; que olvido una falta contra Mí, pero persigo la vejación de un desgraciado; pues Yo soy infinitamente poderoso, y las injurias todas de todos los habitantes de todos los mundos, mil veces centuplicados, no han de dañar un átomo de mi gloria; pero que la menor injuria *contra el pobre, contra el oprimido, la he de castigar;* pues no he creado nada, *no he dado el sér á nadie para que sea infeliz y sirva de juguete á sus hermanos.* Yo soy el Padre de todo lo que existe; Yo sé el destino de cada átomo: que me dejen amar á mis criaturas, cuyas miserias y necesidades conozco; que cada uno cumpla con su deber; que Yo, el Dios Bueno, sé lo que tengo que hacer!»

San Agustín, después de repetir estas palabras del Altísimo, dirige graves reflexiones al P. Rodríguez, y acaba por imponerle de penitencia... que siga escribiendo tonterías, ¡para ser el hazmereir de las personas ilustradas! Y así, Fr. Rodríguez, ¡continuó escribiendo folletitos!... en los que Rizal no volvió á ocuparse para nada.

Al académico Barrantes le dió un par de ramalazos: el primero, literario; el segundo, político. En *La Ilustración Artística,* de Barcelona, comenzó Ba-

rrantes á publicar lo que más tarde publicó en Madrid, en la *Revista Contemporánea*, y últimamente en un libro que lleva por título *El Teatro Tagalo. (Madrid,* M. G. Hernández, 1889.) Escribió Barrantes con un criterio sistemáticamente pesimista, y entre algunas observaciones críticas estimables, deslizó larga serie de conceptos crueles para los indios. RIZAL los recoge, paladín una vez más de la defensa de sus compatriotas, y con sátira aguda, dando á troche y moche tratamiento de *vuecencia* al distinguido académico (que en Manila había desempeñado altos cargos), le demuestra cuán deficiente era la preparación técnica que tenía acerca de la materia en que se había engolfado. Y concluye con este viril arranque:

«Y ahora, para despedirme, tengo que decirle el por qué me ha inspirado tantas simpatías y me he constituído en su defensor. Al ver que después de desempeñar dos veces altos cargos en mi país, y sabiendo [yo] *muchas de las cosas que allá ha hecho é intentado* [V. E.], gloríome de que mi patria, mi raza, toda la sociedad filipina, todo cuanto amo y venero, sólo merezcan desprecio de V. E., le inspiren odio y aversión. Esta vez hablo sinceramente, Excmo. Señor. El mayor insulto de V. E. es para mi raza una honra, porque, á pesar de lo miserable, ignorante é infeliz que ella es, todavía parece que le resta una buena cualidad. ¡Dios premie á V. E. de los insultos y desprecios con que honra á Filipinas en general! Truene V. E., calumnie, denígrenos, pónganos en la última grada de la escala zoológica; ¡nada nos importa! Concite las iras de todos contra los tagalos que protestan de semejantes insultos, *contra los nietos de aquellos que han vertido su sangre por España,* por su bandera, por extender sus dominios en el Oriente, por conservarle su imperio colonial contra chinos, japoneses, mahometanos, holandeses, portugueses é ingleses, por ayudar hasta á los países amigos de España (1); acúsesenos de ingratos y filibusteros, *sólo porque tengamos pundonor y porque queramos protestar contra parapetadas injurias;* ¡nada importa! Nosotros continuaremos nuestro camino; SEGUIREMOS SIENDO FIELES Á ESPAÑA, *mientras los que dirijan sus destinos tengan una centella de amor para nuestro país, mientras haya ministros que planteen liberales reformas, mientras el clamoreo de invectivas no borre de nuestra memoria los nombres de Legazpi, Salcedo, Carriedo,* y sobre todo los nombres de los antiguos Reyes Católicos, *que protegían desde lejos á los desgraciados malayos de Filipinas!* — JOSÉ RIZAL» (2).

El segundo ramalazo, el político, se lo dió en *La Solidaridad,* en Febrero de 1890, bajo el epígrafe: *Al Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes,* con motivo de la crítica que en *La España Moderna* (Enero de 1890) había publicado el

---

(1) Cuando la guerra de Francia en Cochinchina, España ayudó considerablemente á Napoleón III; y nuestro ejército estaba compuesto de soldados filipinos, que una vez más se batieron con extraordinaria bizarría. Sobre este asunto merece leerse el folleto de D. Serafín OLABE, titulado *Cuestión de Cochinchina:* Madrid, 1862.

(2) *Barrantes y el Teatro Tagalo.* Barcelona, Imp. Ibérica de Francisco Fossas, 1889. Folleto en 12.º de 23 páginas, hecho á beneficio de las formas compuestas para *La Solidaridad,* donde se publicó por primera vez este trabajo. — Constituye el «Tomo I» de la *Biblioteca de «La Solidaridad».*

mencionado académico acerca de la novela *Noli me tángere*. RIZAL hace una calurosa defensa de sus paisanos, de lo que valen y de lo que podrían brillar si no estuviesen condenados á silencio, á ser unos hipócritas; porque, ya se sabía: el que pretendía remontar un poco el vuelo, sobre no poder vivir en paz en su país, era calificado de *filibustero*. En este artículo de RIZAL hay unas declaraciones que debemos recoger; tienen verdadera importancia.

«Yo sé (dice) de un cuñado mío, que está ahora deportado por segunda vez, sin que él ni el General se hayan visto jamás, sin que le formasen causa, sin que supiese de qué crimen se le acusa, *salvo el de ser cuñado mío*. Yo mismo, *el hombre*, el Ibarra de V. E. (yo no sé por qué, pues ni soy rico, ni mestizo, ni huérfano, ni las ideas de Ibarra coinciden con las mías), las dos veces que me he presentado en el palacio de Malacañang [residencia del gobernador general], ha sido á pesar mío. La primera, en 1880, porque fuí atropellado y herido en una noche obscura por la Guardia civil, porque pasé delante de un bulto y no saludé, *y el bulto resultó ser el teniente que mandaba el destacamento*; fuí herido traidoramente en la espalda, sin que antes mediasen palabras: me presenté al Sr. Primo de Rivera; no le vi á S. E., *ni obtuve justicia tampoco*... Y la segunda vez en 1887, porque fuí llamado por el Sr. Terrero, para responder á las acusaciones y cargos que se me hacían por mi obra [*Noli me tángere*]. Pues bien, ¿cuántos millares y millares de hombres, más dignos y más honrados que Ibarra y yo, ni siquiera han visto la punta del pelo ó la calva de S. E.? Y V. E., que se las echa de conocedor del Archipiélago, ¿con cuántos hombres ha hablado? ¿Cuántos se le han franqueado? ¿Conoce V. E. el espíritu del país? Si lo conociera, no diría que yo soy *un espíritu torcido por una educación alemana*, pues el que en mí alienta LO TENÍA DESDE NIÑO, *antes que saliese de Filipinas*, antes que aprendiese una palabra alemana; mi espíritu está *torcido*, porque me he educado viendo INJUSTICIAS Y ABUSOS POR DO QUIERA; porque *desde niño he visto á muchos sufrir imbécilmente*, ¡Y PORQUE HE SUFRIDO TAMBIÉN!; mi *espíritu torcido* es el producto de esa visión constante del ideal moral *que sucumbe ante una poderosa realidad de abusos, arbitrariedades, hipocresías, farsas, violencias, perfidias y otras viles pasiones*. Y *torcido* como mi espíritu, lo es también el de centenares de miles de filipinos, que no han dejado aún sus míseros hogares, que no hablan otro idioma fuera del suyo, y si escribieran ó manifestaran sus pensamientos, tamañito dejarían á mi *Noli me tángere*, y con sus volúmenes HABRÍA PARA LEVANTAR PIRÁMIDES Á LOS CADÁVERES DE TODOS LOS TIRANOS...»

¡Qué lastima que RIZAL no hubiese sido leído en España, pero principalmente por los gobernantes! Cuanto más se ahonda en el espíritu de sus numerosos escritos, más se agiganta la figura del insigne tagalo, prototipo de la dignidad, verdadero representante del sentido común; hombre tan abnegado, que aun á sabiendas de que el hecho de confesar la verdad —¡hoy reconocida por todos, salvas contadísimas excepciones! — le acarreaba disgustos sin cuento (y no sólo á él, sino á su familia además), se imponía el sacrificio de proclamarla á todas horas, en todos los tonos y en todos los terrenos... Cuanto más se ahonda en el espíritu de sus escritos, mayor es el convencimiento que se obtiene de que no era un *filibustero*, sino UN JUSTO, UN PATRIOTA; que

con perfecta noción de la época en que vivía, no anhelaba más sino que España diese á Filipinas lo que Filipinas merecía, los Derechos que provienen de la LIBERTAD, y que los españoles mirasen á los filipinos, no como á *monos*, sino como á *hombres*, ya que no como á hermanos, que era lo cristianamente equitativo.

Seguía en Londres, estudiandò con ahinco el confuso pasado de su patria. Lo de menos para él era, si se quiere, la lucha política á que le arrastrara la campaña de los frailes y de los partidarios de los frailes: en *La Solidaridad* respondía, con mucha moderación casi siempre, á los principales ataques que le dirigían, y sobre todo á los que iban dirigidos contra sus paisanos; pues no parecía sino que se consideraba en el deber de resumir en sí toda su raza, y que no tenía otra misión que defenderla. Otras impresiones, de índole moral, debieron de afectarle mucho más, empujándole por la pendiente del acentuado pesimismo en que la fuerza incontrastable de los hechos le había colocado. Hay en *La Solidaridad* del 31 de Julio de 1889 un artículo anónimo (pero evidentemente escrito por RIZAL), que mana sangre, y no por el lenguaje, que no puede ser más reposado, sino por la espantosa iniquidad que en dicho artículo se denuncia. Titúlase *Una profanación*, y comienza:

«En el pueblo de Kalamba, provincia de la Laguna (Filipinas), murieron del cólera el 28 de Mayo próximo pasado dos vecinos, ambos principales y muy respetados y queridos de sus compoblanos. El ataque del cólera fué tan rápido, que murieron en menos de veinte horas.—El uno de ellos era cuñado de Rizal, autor del *Noli me tángere*, y se llamaba D. Mariano Herbosa; el otro, D. Isidoro Alcalá, y ambos fueron tenientes mayores.

Inmediatamente, el coadjutor, el P. Domingo Añonuevo, enemigo de Rizal y de su cuñado, telegrafió á Manila en estos términos:—«*Mariano Herbosa, cuñado de Rizal, ha fallecido: desde que se casó no se ha confesado hasta la hora de su muerte*».

El gobernador eclesiástico (1) contesta al párroco de Kalamba en el telegrama núm. 6.608:—«*Recibido telegrama. Siendo verdad lo manifestado, negamos sepultura eclesiástica*».

Con arreglo á esto, entierran á D. Mariano Herbosa en un montecillo fuera del pueblo, y al otro que murió de igual suerte, *pero que no era cuñado de Rizal*, EN EL CEMENTERIO...»

Diserta de seguida, con un alto sentido filosófico, acerca de cuán poco importa el lugar donde un cadáver recibe sepultura; y ¡qué verdades tan grandes dice de pasada!... «Para la Religión Cristiana, que ha predicado amor *y no venganzas mezquinas*, y se fija más en el alma que en el cuerpo ó materia, ¿qué significa la tumba sobre una colina, y qué el sepulcro en un cemente-

(1) Ejercía este cargo el deán del Cabildo de Manila D. Eugenio Netter, íntimo del P. Payo (que acababa de fallecer), del P. Nozaleda (electo arzobispo) y de los dominicos y de todos los frailes.

rio encharcado? Para el hombre, para el filósofo, para el libre-pensador, para el espíritu moderno, ¿qué tiene la tierra de un cementerio, explotado por una casta religiosa, que sea preferible á la tierra de una colina...? ¡Nada!» Defiende el catolicismo sincero de su cuñado (*que se confesaba*, pero no en su pueblo, sino en Manila, una vez al año por lo menos), y lamenta que, sólo por ser *su cuñado*, se hubiera cometido con el cadáver tamaña profanación (¡tan parecida á la que, como si presintiese esta otra, describe en *Noli me tángere!*)... «¿Á qué venía (pregunta) poner en el telegrama: *cuñado de Rizal*, si no se perseguía un fin vengativo?»... Precisamente ese *cuñado de Rizal* «pertenecía á una familia de bienhechores de la iglesia del pueblo: la mayor parte de las imágenes que adornan los altares, cubiertas de oro y plata, son donaciones de su familia». ¡Pero era *cuñado de Rizal!* Y cita luego otros hechos, para demostrar cómo el catolicismo *práctico* tiene manga ancha cuando le acomoda: «Un adúltero mata á su querida y se suicida después, y sin embargo, *por ser hijo de reyes* (1), le entierrán en sagrado y levantan una capilla sobre el lugar del adulterio, del asesinato y del suicidio... Pero muere un buen hombre, una persona respetable, el heredero de tantos bienhechores de la iglesia, el sobrino de sacerdotes, el educado por sacerdotes, el amparo de los pobres y desvalidos, y, *por ser cuñado de Rizal*, ¡le entierran en el campo!»

Y próximo á concluir, dice el articulista: —«Al pueblo español, á todos los honrados católicos, á todos los nobles españoles, á la prensa liberal é ilustrada de la Península, al gobierno liberal y sensato del Sr. Becerra, denunciamos estas injusticias!»— Perdió el tiempo RIZAL: el cadáver de su cuñado, enterrado en el campo, ¡en el campo siguió! Justo es reconocer que quien experimentaba infamias semejantes tenía motivos para ser filibustero. Y, sin embargo, RIZAL no lo era *todavía*. No; no lo era, aunque cause asombro que no lo fuese. La pluma que denunciara esa iniquidad sin nombre, escribía algunos meses después un artículo intitulado *Diferencias*, con la firma de JOSÉ RIZAL al pie, donde se lee:

«Por lo demás, nosotros NO PEDIMOS *que expulsen á los frailes;* estamos lejos de hacer con ellos *lo que la Europa civilizada y la misma España ha hecho*, derramando su sangre y quemando sus conventos (2). Nuestro país es más hospitalario, y aunque los frailes, *con su política de odios y de represiones*, quieran borrar de nuestra memoria los beneficios que un tiempo nos han hecho, nosotros no los hemos de olvidar, y nos acordaremos siempre que en las crisis del pueblo filipino, cuando en un

(1) Alude á la tragedia del príncipe Rodolfo, heredero de la Corona de Austria-Hungría; tragedia que estaba entonces reciente, y tuvo extraordinaria resonancia.

(2) Las turbas en España han cometido con los frailes horrores mucho mayores, y con menos motivo, que los filipinos cometieron con los frailes, á quienes respetaron la vida mientras los tuvieron prisioneros, siendo así que tan fácil les hubiera sido á los insurgentes despachar para el otro mundo, si no á todos, á casi todos los frailes. Bien meditado, los filipinos resultan mucho más humanos que los españoles.

tiempo tuvo que cambiar creencias, nombre, señores y gobierno, ellos eran los que más se interponían entre los miserables indios y los encomenderos. Esto no lo olvidaremos, y sin buscar si su intervención era ó no interesada, la reconoceremos siempre, y sólo lamentaremos verles *ahora ocupando el lugar de aquellos verdugos.*

Pero de esta gratitud á que consintamos que nos condenen á una *eterna ignorancia,* hay un abismo. Pretenderlo sólo, *en nombre de* LOS BENEFICIOS RECIBIDOS, es absurdo, y desprestigiar todo el pasado; *es echar abajo toda la obra levantada...*

Probablemente lo mejor será dejarle al Gobierno arreglarse con ellos, *y que los tiempos se encarguen de darle la razón á quien la tenga.* Si los atacamos, *nos han de llamar* FILIBUSTEROS; si los defendemos, *somos* TRAIDORES Á NUESTRAS CONVICCIONES, Y CREEMOS QUE PELIGRARÁ LA PAZ EN FILIPINAS. ¡Salga el sol por donde pueda!»

Y concluye con este importante párrafo, lleno de sensatez:

«Diremos, pues, que en el fondo estamos también conformes con *La Patria* en pedir buenas reformas. Hay que dictarlas buenas, *para que por un* TRANQUILO *y progresivo camino,* las Filipinas marchen y ocupen el puesto que merecen, *sin sacudidas ni violencias.* Es ya ley fatal en el mundo que ya nada se estacione, sino que todo se perfeccione y marche, y las colonias están también sometidas á esa ley. *Procurar ó desear que se mantengan en un estado estacionario, es peor que pretender detener la marcha de un río; porque no ha de ser inferior á la fuerza de las ondas la fuerza de millones de hombres* QUE PIENSAN Y SIENTEN» (1).

Sus trabajos políticos, literarios é históricos no le impidieron consagrar algunos ratos á la pintura y á la escultura. En Londres, como en Madrid y en todas partes, RIZAL era un laborioso incansable. Hizo en Londres algunos cuadritos y algunas figuras escultóricas, parte de las cuales regaló más tarde á Blumentritt. «Tengo, díjome el sabio profesor (2), tres estatuas hechas por él. Dos son *pendants:* tiene la una el título *El triunfo de la muerte sobre la vida,* y la otra el de: *El triunfo del saber sobre la muerte.* La primera estatua representa un esqueleto vestido de fraile que lleva en sus brazos á una joven; la segunda representa una joven llevando en sus manos, por encima de su cabeza, un hacha encendida. La tercera estatua no representa una idea original, aunque es buena: es el Prometeo encadenado.» Y por vía de *postdata,* añade: «Acabo de recibir una noticia de Bélgica: que en aquel reino se conserva la memoria de su arte.» Pero quien, según sospechamos, vino á poseer las mejores obras de su ingenio artístico, fué «una señora rica de Biá-

(1) *La Solidaridad,* núm. 15; Barcelona, 15 de Septiembre de 1889.—En este artículo, RIZAL contendía con *La Patria,* periódico diario de Madrid, que vivió poco, dirigido por D. Jesús Pando y Valle. *La Patria* era órgano de los frailes filipinos.—A dicha fecha, RIZAL debía de estar en Biárritz ó en París.

(2) Carta de Blumentritt á mí dirigida; Leitmeritz, 29 de Enero de 1897.

rritz» (1). En Biárritz veraneó el año de 1889, recién llegado de Londres, y allí improvisó esa amistad, de la que no tenemos pormenores. En cuanto á otros trabajos artísticos de Rizal, «algunos de sus íntimos conservan sus pinturas, donde él ha exprimido el jugo de su alma soñadora y poética» (2).

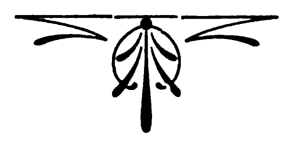
Al comienzo del otoño estaba ya establecido en París, ocupado en la tarea de reimprimir, con gran copia de notas, los famosos *Sucesos* del Dr. Morga.

W. E. RETANA.

(Continuará.)

---

(1) *La Independencia*, número citado del 28 de Septiembre de 1898.
(2) *La Independencia*, número citado.



CRÓNICA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

(EL ANARQUISMO INTELECTUAL

Into the lean and slipper'd pantaloon,
With spectacles on nose and pouch on side;
His youthful hose, well saved, a world too wide
For his shrunk shank; and his big manly voice,
Turning again toward childish tieble, pipes
And whistles in his sound. Last scene of all,
That end this strange, eventful history,
Is second childishness and mere oblivion,
Sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything.

Avellanado en sus calzones, en zapatillas,
Con sus anteojos en la nariz, su pañuelo al lado;
Sus vestidos de otro tiempo, bien cuidados, infinita-
[mente anchos ahora
Para sus enflaquecidos miembros; su voz fuerte y viril
No es más que infantil falsete, y no produce ya
Sino mezquino y silbante sonido. La última escena
Que pone fin á esta extraña y movida historia
Es una segunda infancia, y en realidad el olvido.
Sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.

SHAKESPEARE, *As you will*, acto II, escena 7.

Triste es el cuadro que tengo que presentar en esta crónica: el de la ruina y muerte de la mentalidad europea. No en conjunto, no (que para esto fuera menester un libro), sino en una de las más acerbas, de las más horribles manifestaciones de la conciencia contemporánea: en el campo de la filosofía social. El poder de evocación de un Gibbon (1) relatando el derrumbamiento de la Ciudad Eterna y del trono de los Césares, el pacienzudo análisis de un Draper (2) describiendo la edad de decrepitud científica de Grecia, no bastaría para pintar con vivos caracteres el anarquismo intelectual de esta vieja Europa. El hombre vigoroso del Cristianismo y del Racionalismo, está ahora quebrado y empieza á chochear; está como el de Shakespeare. Lleno de odio hacia el pasado y de desgracia hacia el presente, sus pensamientos giran sin cesar en macabra danza. Ha sido levantada una bandera que es la de transmutación de todos los valores, y esta bandera ha parecido á los espíritus que no se paran en la superficie de las cosas, sino que quieren penetrar el fondo de ellas, el verdadero símbolo de la anarquía. Esa bandera ha sido aceptada, y ha cobijado en torno suyo á la flamante juventud.

(1) Véase el volumen II de la *History of the decline and fall of the Roman Empire.*
(2) Capítulo VII del tomo I de la *History of the intellectual development of Europe.*

Intentemos presentar una exposición sucinta de esta dirección, un mero resumen á que, dado el poco espacio de que dispongo, necesita limitarse nuestro estudio. Quien conozca las vicisitudes por que ha pasado el anarquismo desde el revolucionarismo obrero hasta la egolatría de Nietzsche, comprenderá claramente la importancia capital de la cuestión escogida por los modernos apologistas de la fuerza para hacer sus primeras armas contra la democracia, sentando las premisas que más tarde habían de conducirles á negar la existencia y legitimidad de la justicia humana y el orden social. Esta cuestión es la relativa al *super-hombre*, reviviscencia en lo teórico de la antigua manía de los pueblos por los Césares y los Napoleones. Adoración al fuerte, destrucción del débil, lucha continua, selección aristocrática, tiranía, inmoralismo, todo cae y es amparado bajo el manto del anarquismo intelectual. El siglo que tanto se gloriaba de haber roto las cadenas que en otro tiempo aprisionaron á la sociedad humana en la más degradante esclavitud, ha terminado su historia con un himno al despotismo y á la barbarie.

Y; si dirigimos una mirada al anarquismo en sí, no nos será muy difícil echar de ver, atendido el grado en que hoy se halla el movimiento socialista principiado en el siglo XIX, hasta qué punto aquel sistema ha tomado carne y huesos en nuestra sociedad. ¿Qué previsión, pues, qué esperanzas y qué destinos nos están reservados? ¿No hay medio de remediar los males presentes y de librarnos de las calamidades futuras? ¿Será vana toda prudencia é impotente todo esfuerzo? ¿No nos quedará más arbitrio que cubrirnos con un manto la cabeza? Difícil parece alejar de nosotros esos temores y esas sospechas de disolución. Tres cosas ciertas, á mi ver, viene demostrando la experiencia social é histórica, aparte de ciertas particularidades, y son éstas: primera, que el anarquismo es, ante todo, un sentimiento, cuya psicología, de poder hacerse con rigor, demostraría su génesis é influencia en las masas populares; segunda, que el anarquismo es también una idea, y, en tal concepto, es indestructible, inmortal, como lo son las ideas; tercera, que el anarquismo es, finalmente, una aspiración y su significado en este sentido nos permite esperar que, lejos de hallarse connaturalizado en nuestra sociedad, se halle pasando como las causas que lo hicieron posible.

Á estos caracteres generales hay que añadir los caracteres genealógicos. Como los anarquistas de cátedra son, por lo general, socialistas, se cree erróneamente que el anarquismo procede tan sólo del socialismo. No; el anarquismo puede ser también un resultado del individualismo y entonces se presenta imponente y hermoso. La mayor parte de los anarquistas se van colocando en este último punto de vista, ó entre las dos fuerzas de socialistas é individualistas, para combatirlas con mediano éxito. Combaten al socialismo porque siguen obstinadamente un sistema de independencia absoluta que, borrando las nociones de justicia, trastorna la soberanía en sus mismos fundamentos; y se defienden como pueden con sofismas y subterfugios de la escuela individualista que revuelve contra ellos sus propias máximas. Esta

posición da la medida de la subsistencia de la idea anarquista, bien escasa ante las exigencias imperiosas de la futura lógica social.

De aquí que el verdadero peligro para Europa y el verdadero síntoma de su caída y decadencia no sea el anarquismo de las muchedumbres, sino el anarquismo de los intelectuales. Nietzsche, que tenía y revela en sus obras la cobarde perversidad del hombre culto, ha empezado por resucitar el Epicureísmo. Para constituir la mayor felicidad posible, son necesarias y suficientes, según él, como según los Epicúreos, tres cosas, á saber: mucho dinero, mal corazón y buen estómago. Pero el hombre no puede ser verdaderamente feliz con estos dones, y la razón es muy sencilla. Quien no sepa formular un deseo que no sea inmediatamente satisfecho, no tardará en hallarse cansado de todos los goces de la vida, en la misma situación de un convidado á quien le falta el apetito desde el instante en que sirven el primer plato. Aun no hemos acabado de apurar la copa de los placeres, cuando ya el hastío se ha apoderado de nuestro corazón. Tan sólo un engaño sin realidad nos hace escapar al mundo del placer y de la crápula, del que volvemos rendidos y ajetreados, pero nunca satisfechos, como volvía Mesalina de las tabernas y prostíbulos de Roma: *lassata, sed non satiata.*

Nietzsche quiere la destrucción de la moral y de la bondad, y resume su doctrina en dos palabras: Zaratustra y la cultura; el elemento religioso é instintivo: Zaratustra ideal, dice; el elemento externo viviente y material: la guerra, la alegría, el poder, la fatalidad. «¿Qué es bueno? Todo lo que aumenta en el hombre el sentimiento del poder, la voluntad para el poder, el poder mismo. ¿Qué es malo? Todo lo que procede de la debilidad. ¿Qué es la dicha? El sentimiento de que el poder *se agranda,* de que se vence una resistencia. No contentamiento, sino más poder; no paz ante todo, slno guerra; no virtud, sino valor (virtud al estilo del Renacimiento; *virtú,* virtud desprovista de gazmoñería). Perezcan los débiles y los fallidos: primer principio de nuestro amor al hombre. Y hasta hay que ayudarles á desaparecer. ¿Qué es lo más nocivo que cualquier vicio? La piedad de la acción con los fallidos y los débiles: el Cristianismo...» (1).

He aquí cómo habla la Europa agónica por boca del nauseabundo escritor. Se ha dicho que hay muertes que son cursos completos de filosofía; y en efecto, la próxima muerte de Europa está perfectamente indicada por esa filosofía de Nietzsche, último grado de la crápula en delirio. Como el viejo de Shakespeare, Europa no piensa en el porvenir; sus pensamientos giran sin cesar sobre las cosas que ocupaban su juventud y su infancia: lo portentoso, lo maravilloso, lo desusado, los grandes reyes, los grandes capitanes, los grandes hombres. Quiérense regeneradores, regeneradores de hierro; no santos ni sabios pacíficos, sino espíritus cuyo rasgo dominante de carácter sea la mal-

---

(1) *El Anticristo,* 9.

dad, espíritus altaneros é iracundos para defenderse, que usen palabras duras, que crean tener siempre razón y se enemisten con cuantos se atrevan á poner coto á sus ambiciones.

Pero ¿es una realidad el que se haya esto enseñado? ¿Es una verdad que en esta época de libertad, de igualdad y de fraternidad se haya profesado en público y á nombre de la cultura, y se haya enseñado á la loca juventud que no hay déspota, que no hay tirano alguno que no sea admirable, mas ¿qué digo?, que no sea digno de ser obedecido y adorado como una revelación personal del instinto mismo del Universo? Escuchad si no:

«Cuando la tensión de la masa es demasiado grande, una irritación fortuíta basta para llamar en el mundo al genio, á la acción, á su destino. ¿Qué importa entonces el medio, la época, el espíritu del siglo, la opinión pública? Recuérdese el caso de Napoleón. La Francia de la Revolución, la Francia misma que preparó la Revolución, tuvo que engendrar por sí propia al tipo opuesto á ella, á Napoleón, y lo engendró efectivamente. Y puesto que Napoleón era *diferente,* heredero de una civilización más fuerte, más constante, más antigua que la que en Francia se evaporaba ó se convertía en migajas, hubo de ser su único dueño». Así se explica Nietzscbe (1), desfigurando con la impudencia que acostumbra los hechos históricos más elementales, para concluir de esta manera: «Entre un genio y su época hay la misma relación que entre un viejo y un joven. Los grandes hombres son necesarios, el tiempo en el que aparecen es fortuíto, y si casi siempre llegan á ser los amos, débese á que son los más fuertes, los más antiguos, y á que representan una gran acumulación de elementos».

Tal es la teoría especiosa de este hombre desgraciado. No son pocos los antecedentes que de ella encontramos en las opiniones y más aún en la conducta práctica de los antiguos. Es una verdad probada por la experiencia que la conciencia de sí mismos, que es innata en los hombres superiores, va por lo común unida á una natural presunción que, subjetivamente al menos, les aparta por sistema de la muchedumbre y aun les induce á despreciarla. Libanio (2) decía que los filósofos están por encima de los demás hombres, tanto como éstos lo están respecto de los animales: el vulgo era, para él, una especie de clase intermedia entre el animal y el hombre (3). Jamblico recelaba del populacho, afirmando que no había nada más bestial y asqueroso que el genio de las multitudes. Cuando designaba á su discípulo Juliano la fisonomía de las gentes que pasaban por su lado, le decía: «¡Fíjate qué monstruo-

---

(1) *El crepúsculo de los ídolos*, 129.

(2) I, 10, A.

(3) Compárese con Anatolio France *(El Jardín de Epicuro*, 79): «Esperemos, no ya en la Humanidad, que, á pesar de sus augustos esfuerzos, no ha destruído el mal de este mundo; esperemos en esos seres inconcebibles que brotarán algún día del hombre, como el hombre ha salido del bruto. Saludemos á esos genios futuros».

sidad, qué trivialidad y qué seguridad en el derecho!... ¿No es vergonzoso ser hombre y tener el mismo cuerpo que esos bueyes?» Y el propio emperador Juliano sentía correr por todos sus miembros el frío de la repugnancia cuando miraba en la plebe las figuras bestiales, inexpresivas por la orgía, cadavéricas á pesar de los afeites, y la penosa desnudez de los cuerpos, deformados por la anemia y los ayunos. «Parecíale que respiraba la atmósfera de los prostíbulos y de las tabernas. El hálito del pueblo, impregnado de pescado podrido y de vino agrio, le hería el olfato (1), á través del humo de los pébeteros» (2). Y no sólo en el Paganismo y tratándose de impresión social tan vaga, sino entre superioridades cristianas y en el terreno de relaciones intelectuales concretas, se nota el mismo inevitable desvío. En Milton, por ejemplo, hallamos «una cierta reserva de carácter, un gran desdén para las falsas apreciaciones del vulgo, una especie de alejamiento de las existencias más rudas y más mezquinas que le rodeaban», á pesar de aquel noble esfuerzo con que se subleva contra los lugares comunes de la aristocracia, afirmando que «todo hombre digno y noble en sí debía ser caballero, por naturaleza, sin la obligación del juramento» (3). Uno de los hombres más grandes que han reinado en el mundo, Federico II, manchó una de sus cartas á Voltaire con la frase siguiente: «Yo los considero (á los hombres) como un rebaño de ciervos en el bosque de un gran señor, los cuales no tienen otra función que la de poblar y llenar el bosque» (4). Es verdad que Voltaire le reprende severamente esta sentencia, y le cita en respuesta una máxima de Milton que contiene una verdad muy terrible para los opresores (5). Sin embargo,

---

(1) Compárese con D'Annunzio: «... Proclamad y demostrad para la gloria de la Inteligencia, que sus palabras (las de los jefes de la Gran Bestia que vociferan en la Asamblea) no son menos bajas que el sonido de los eructos con que el villano expulsa por la boca, fuera, el viento de su estómago repleto de legumbres...»

(2) Merejkowsky, *La mort des dieux*, II, 2. Compárese con Petronio en Sienkvickz, *Quo Vadis?*, I, 30; II, 199. He aquí los pasajes: «Petronio despreciaba á la multitud en su doble cualidad de aristócrata y esteta. Aquellas gentes que comían habas agusanadas, que enronquecían y sudaban jugando á la morra en las esquinas ó bajo los peristilos, no merecían el nombre de humanos...» «Les he prometido trigo, vino, aceitunas, libre acceso á los jardines y juegos. Ahora han vuelto á adorarte y están aullando en tu honor. ¡Oh dioses! ¡Qué insoportables las emanaciones de esa plebe!»

(3) Green, *Short History of the English People*, II, 7.

(4) Carta de 24 de Agosto de 1741.

(5) «*Entre entes desiguales no hay sociedad:* esto es proscribir con una sola palabra á todo el que se pretenda superior á la regla común; y, sin embargo, algunos se han atrevido á decir que Voltaire, el mejor de los hombres, adulaba á los poderosos. Es verdad que para animarlos ha alabado alguna vez con exceso lo bueno que hacían; pero nunca ha aplaudido sus malas acciones, ni sus malos sentimientos, ni aun sus malas máximas, y muchas veces las ha censurado altamente. ¡Alábese uno

así pensaba un rey todavía joven, que había pasado su vida en la desgracia y que no hacía más de un año que reinaba, y este rey es uno de los mejores que han existido: saquemos de aquí cómo pueden pensar otros príncipes que tienen menos luces y que han gozado de una larga prosperidad. Partiendo, del principio del rey de Prusia, claro está que conviene multiplicar la caza; porque mientras más haya, más se mata, y mientras más se mata, más se come; pero á nosotros que miramos á la felicidad real de estos pobres animales, y no á la satisfacción verdadera ó falsa de sus nobles señores, nos parece evidente que debe tratarse de que sean dichosos y no de que sean muchos (1).

La democracia nueva, nuestra democracia, la democracia de nuestros días es nueva por ser la democracia de los buenos y de los humildes; pero no por eso rechaza ni odia al vil populacho. Hasta el desprecio, tal vez en principio merecido por éste, toma en ella el traje de tierna compasión. Queremos *expansión* y *elevación* de la vida, *expansión* y *elevación* de la dicha. Una mujer de gran talento, acaso la más distinguida de las pensadoras contemporáneas, Mad. Besant, decía en un célebre discurso sobre *La industria bajo el socialismo*: «Todo lo que necesitamos es valor, prudencia y fe. Fe, principalmente, que nos induzca á creer que la justicia y el amor no son imposibles; y lo que es más, que el bien que puede soñar el hombre debe algún día realizarse por sus semejantes». «Y no hay más que esto. Es una reforma íntima en la moral lo que nos falta para ser como debemos ser: más felices. Hemos de adelantar nuestra moral hasta el nivel de nuestros adelantos científicos y prácticos, y sobrepasar ese mismo nivel si queremos perfeccionarnos y no caer en el salvajismo civilizado, en ese estado en que viven algunos pueblos cultos, pero sin moral ni espíritu, donde la ciencia sin moralidad en quien la utiliza ha tomado el carácter de una habilidad instintiva» (2).

Pero no he tocado todavía el verdadero problema; me he limitado en lo que precede á presentar el negro cuadro de lo que es materia de mi crónica. Paso, pues, á estudiar su carácter, á mostrar su sinrazón, á levantar el velo de falsedad que cubre su pompa y artificio; labor que he realizado en otros estudios (3), y en la que insistiré aquí con más brevedad, pero con igual energía. Trátase, en efecto, de un tema en que se halla interesada no sólo la natural curiosidad de cuantos discuten cuestiones de esta índole, sino mi pro-

---

solo de sus detractores de haber hecho otro tanto!» (Destut de Tracy, *Commentaire sur l'Esprit des Lois de Montesquieu*; XXIII.)

(1) Urbano, *Sophia*, Agosto, 1903.

(2) Destut de Tracy, *Commentaire sur l'Esprit des Lois, de Montesquieu*; XXIII.

(3) *Papel de los grandes hombres en la Historia* (en *La España Moderna*, Abril, 1902. *D'Annunzio y el anarquismo aristocrático* (en la misma revista, Mayo, 1903). *El individualismo de Nietzsche y la teoría sociológica del genio* (en la misma revista, Octubre, 1904).

pia manera de concebir el proceso de la evolución histórica, mi sociología, en la cual es un punto esencial la negación de los grandes hombres. Como lo comprendió ya Comte (1), el fundador de esta disciplina intelectual, siendo la sociología ciencia abstracta, conviene impedir que se convierta en una biografía de los grandes hombres. Sabido es que Comte hizo la historia sin nombres de hombres; y fué más lejos: hizo la historia sin nombres de pueblos (por representar siempre el pueblo estudiado al género humano todo entero) (2). Sin ir tal vez tan lejos como él en las consecuencias prácticas de esta idea, no puedo, por respeto á la verdad, dejar de condenar conceptos como los envueltos en este pasaje de Gladstone (3): «Leía últimamente una discusión sobre la manera como ciertos individuos extraordinarios surgen de tiempo, entre las grandes crisis de la humanidad, como si un poder sagrado é invisible los hubiese suscitado y los hubiese colocado en situaciones particulares mirando á especiales fines. El autor declara que estos individuos no se presentan siempre, y que son contados, tan contados y tan notables, que en una edad precientífica los hombres estarían expuestos á llamarlos providenciales» (4). Así los llamaron, en efecto, y no en edad precientífica, Hegel (5) y Cousin (6). Oigamos al último: «El carácter propio, la señal de grande hombre es el que *salga* bien... Si el vencido excita nuestra piedad, debemos reservar nuestra mayor simpatía para el vencedor, pues que *toda victoria* arrastra *infaliblemente un progreso de la Humanidad.* Es necesario ser del partido del vencedor; porque éste es *siempre el de la mejor causa,* el de la Civilización y el de la Humanidad, el del presente y el del porvenir, mientras que el partido del vencido es siempre el de lo pasado...» «La victoria y la conquista no son más que la victoria de la verdad del día sobre la verdad de la víspera, que ha pasado á ser el error de hoy.» «¿Admitís que la Civilización adelanta incesantemente? ¿Lo admitís? ¡Y no podéis dejar de admitirlo! Síguese, pues, de aquí que, cuantas veces el espíritu del porvenir se halle en lucha, la victoria quedará necesariamente á favor del espíritu nuevo.» «He definido la victoria como necesaria y útil; me propongo defenderla *como justa en el más*

---

(1) *Cours de Philosophie Positive*, IV, 14.

(2) Defourny, *La Sociologie Positiviste*, 153.

(3) *Morning Post*, Mayo, 1872.

(4) En la página 149 de *Las luchas de nuestros días*, de Pi Margall, el interlocutor Rodrigo, encargado de rebatir las ideas personales del autor, dice á Leoncio, su antagonista: «Los grandes hombres no son divinidades ni profetas; pero no dude usted que los escoge Dios para nuestro bien y cumplimiento de sus altos fines. No sin motivo se ha pensado recientemente en colocar á Colón entre los santos que la Iglesia adora». Véase la innecesaria respuesta á esta puerilidad en la página 150 del citado libro.

(5) *Philosophie der Geschichte*, 443.

(6) *Introduction à l'Histoire de la Philosophie*, 20, 38.

estricto sentido de la palabra; me propongo demostrar *la moralidad del buen éxito*... Pues que el vencido es siempre el que debe serlo, acusar al vencedor y tomar partido contra la victoria es tomar partido contra la Humanidad, y quejarse del progreso de la Civilización. Y aun debe irse más adelante: *el vencido debe ser vencido y ha merecido serlo;* el vencedor, no solamente sirve á la civilización, sino que *es mejor, más moral,* y por esto es vencedor... EN ESTE MUNDO TODO ES PERFECTAMENTE JUSTO... Sin hacer aquí una teoría ni una clasificación de las virtudes, me contentaré con recordaros que la *prudencia* y el *valor* son las dos virtudes que contienen con corta diferencia todas las demás... La imprudencia es un vicio, y ved ahí por qué pocas veces sale bien: *la debilidad es un vicio, y por tanto queda siempre castigada y batida*... Nunca se atiende á que *todo lo que es humano, la Humanidad es la que lo hace, no sea sino permitiéndolo;* que maldecir del poder (entiendo hablar de un poder largo y durable) es blasfemar de la Humanidad; que acusar á la gloria es acusar al fallo de la Humanidad sobre uno de sus miembros, pues *la Humanidad tiene siempre razón.* En el orden de los hechos, ¡citadme una gloria inmerecida! Además, *a priori* es imposible, pues jamás se tiene la gloria sino á condición de haber hecho mucho, de haber dejado grandes resultados. ¡LOS GRANDES RESULTADOS, SÍ, LOS GRANDES RESULTADOS! TODO LO DEMÁS ES NADA.»

Así, pues, Cousin es un precursor del Nietzschianismo, que expresó el doctrinarismo del poder en términos optimistas, casi nietzschianos, aunque sin ser precisamente pagano adorador de la fuerza y la alegría. No nos entretengamos en rebatir la impertinencia de esas opiniones; los mismos que las forjaron nos excusan el trabajo. Hagamos hincapié tan sólo en la dicha teoría de los grandes hombres, que es á la vez la base única y la consecuencia universal de la filosofía de Nietzsche.

No es cierto, en primer lugar, que todo genio se resuelva en un tipo opuesto al medio social. Los genios son producto de su época, y tanto más influyen en ella cuanto más han sido por ella influídos. Nadie ha recibido en tanto grado como Goethe la influencia de su siglo, y nadie ha influído en él con tanta soberanía é independencia propia (1). Los que consideran la historia de las sociedades como las historias de los grandes hombres, y piensan que éstos informan la suerte de aquéllas, pasan por alto el hecho y la verdad de que el genio es el producto de la sociedad en que vive y se desarrolla (2). Los sociólogos (3) han aducido varios ejemplos de diferentes órdenes que me place reproducir:

---

(1) Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, IV, I, 128.

(2) Spencer, *The Study of Sociology*, II. *Essays scientifics, political and speculative, social organism.* Fouillée, *La nouvelle idée du Droit en Allemagne, en Angleterre et en France*, V, 3. Guyau, *La moral anglaise contemporaine*, II, 3, 4.

(3) «Si creyéramos, dice un discreto biógrafo, Sama, del gran pedagogo Montesinos (*Montesinos y sus doctrinas pedagógicas*, I, 4) dominados por el atonismo

Orden doméstico. La madre de los Macabeos ó la de los Gracos ¿son concebibles ni posibles en una sociedad donde rija la comunidad de mujeres, donde el sexo débil sea objeto de menosprecio ú opresión, donde se las venda como otra propiedad cualquiera, donde se las trate como bestias de carga ó se las abandone con los más fútiles pretextos; donde, como en las islas Figi, sean atadas y azotadas por sus maridos por la falta más insignificante?

Orden económico. Imaginad un Mendizábal privado del auxilio de ese sistema de propiedad lentamente socializado ó industrializado, y en medio de una nación organizada feudalmente. ¿Hubiera ido tan lejos, hubiera intentado siquiera su famosa Desamortización?

Orden estético. Considerad á Shakespeare: ¿qué dramas hubiera podido escribir sin las innumerables tradiciones de la vida civilizada, sin las variadas experiencias de un pasado lejano que llegaron hasta él y vinieron á enriquecer su espíritu, sin una lengua que cientos de generaciones trabajaron y desenvolvieron? ¿Concebís un Beethoven en una tribu de caníbales, cuyos coros, ante un festín de carne humana, se asemejan á un gruñido rítmico? Mozart ó Haydn, nacidos entre los Hurones ó aun en un pueblo de una civilización avanzada como los Chinos, tocarían maravillosamente el *tam-tam,* pero no se elevarían más alto.

Orden intelectual. Si Laplace no hubiera aprendido la Geometría de Clairant, que fué juntamente vulgarizador é inventor, no habría escrito la *Mecánica celeste.* Faraday, aprendiz de encuadernador, comprendió su vocación leyendo un tratadito de Física. Lafontaine, el gran escritor francés, se ignoró á sí mismo hasta los cuarenta años: ¡cuán fácilmente pudo ignorarse toda su vida!

Orden moral. Suponed uno de nuestros hombres más célebres por su humanidad ó su caridad transportado al nacer entre los antropófagos de África ó de Oceanía. El buen abad de Saint Pierre, el autor del proyecto de paz perpetua, no tardaría en encontrar que la guerra tiene la utilidad incontestable de procurar una nutrición bastante suculenta y más abundante que la habitual. San Vicente de Paul, habituado desde su nacimiento á ver abandonar á los enfermos con una especie de terror supersticioso, como entre los Mazdeos, algunas veces á verlos estrangular para acabar más pronto, como en ciertas tribus salvajes, no pensaría jamás en fundar una orden de hermanas enfermeras (una de las raras órdenes religiosas que tienen alguna utilidad).

Orden político. El genio estratégico de un Moltke no hubiera podido triunfar en grandes guerras, si no hubiese contado con una nación de cuarenta

---

histórico, que tanto suele reinar en nuestro tiempo, que *las individualidades humanas se producen de por sí, y con independencia casi completa del medio en que viven...*»

millones de hombres para proporcionarle soldados, y si estos soldados no hubiesen tenido un cuerpo vigoroso, un carácter resuelto, un natural dócil y no hubiesen sabido ejecutar sus órdenes con inteligencia.

Orden religioso. ¿Concebís á Platón formulando el más elevado de los dogmas, el de la Trinidad, en los tiempos del animismo primitivo? ¿Os explicáis á Lutero sin el concurso de circunstancias especiales que venían quebrantando, minando, el poder y el prestigio de la Iglesia Romana?

Así, pues, el medio social, no sólo *condiciona,* sino que *crea* el grande hombre (1). Por eso, en realidad de verdad, el género humano no tiene nada que agradecer á sus guías, pues de él brotan, y, si no brotan en un lugar ó tiempo, brotan en otro. Si Stephenson no hubiera inventado la locomotora, otro la habría inventado, pues este aparato era la consecuencia de principios conocidos, la aplicación de conquistas hechas en el terreno de la mecánica experimental. ¡Que osen aún hablarme de su famoso *¡marchará!* contra el puñado de ingenieros ingleses, que no en nombre de la Ciencia ni de la Humanidad, sino de la envidia, negaban la posibilidad de su invención! ¡Y que se atreva aún á decir Nietzsche que el genio es «el tipo opuesto á su época!»



Creerá tal vez el lector que después de nuestra visita á los infectos bodegones de los anarquistas intelectuales, ya no nos queda sino volver á nuestra casa. Mas no: aún nos resta otra variedad de gentes, como D'Annunzio, como Kipling, como Sudermann, á quienes un discípulo español, una víctima española (2) de Nietzsche, llama «los amigos de *Zaratustra,* que han olvidado la orden de separarse de él». El aspecto de ese ejército es muy entretenido. Mientras unos, cual importunas moscas, se os ponen atrevidamente en la nariz con su socorrido *ueber menschen,* otros zumban al modo de moscardones su melancólico «despotismo de raza», y otros, además, cantan, con D'Annunzio, su *allegro,* á modo de festivos mosquitos: *maxime nobile, maxime proesse convenit.*

---

(1) «Son necesarios, dice Guyau, al genio intelectual como á ese genio moral que se llama la bondad, instrumentos para ejercerse y desenvolverse; es preciso que esté ayudado; hay necesidad de cierta atmósfera donde pueda vivir, donde pueda á la vez comprender y ser comprendido; de aquí procede que aun en el seno de nuestra civilización y sin duda alguna se encuentran paralizados nobles caracteres y elevadas inteligencias, que están cotidianamente desenvolviéndose, ahogadas por el medio en que viven; los unos no pueden obrar; las otras no pueden pensar.»

(2) Maeztu, en la revista *Electra* de 23 de Marzo de 1901. Véase mi artículo sobre *D'Annunzio y el anarquismo aristocrático* (publicado en *La España Moderna* Mayo, 1903.)

Considerado en el fondo, en su valor intrínseco, el anarquismo aristocrático no tiene gran importancia. Tan sólo se la da la actualidad y la moda efímeras y el ser una forma nueva de la filosofía de Nietzsche. Á la obstinada preocupación de éste en favor del talento se opone por D'Annunzio la de la sangre, que existe en el fondo de todos los feudalismos y monarquías del viejo mundo. Jamás ha leído el italiano los curiosísimos libros de Abdel-Kader; mas, aunque no los haya leído, cabe en la índole de su entendimiento el creer la singular teoría de aquel ingenioso oriental, el cual daba por seguro que la aristocracia tiene rasgos y talentos que no se hallan en las demás clases. Escuchémosle: «Si tomáis una zarza y la regáis todo un año con agua, no os dará más que espinas. Si tomáis una palmera y la dejáis sin cultivo, os dará siempre dátiles. La nobleza es la palmera, y la plebe de Arabia es la zarza».

¿Cuándo y dónde no se había hablado ya de la ευγενεια, de la «virtud de estirpe»? Abdel-Kader la describe con las palabras anteriores de una manera completa. Pero la frase no ha tenido nunca tal efecto como en la boca de D'Annunzio. Quizá en esto influye más la moda que la razón. Parece que de algún tiempo á esta parte, merced á la influencia de Nietzsche, el lema de las democracias repugna á ciertas gentes, y hasta se avergüenzan de nombrarlas. Efectos del instinto imitativo, no lo dude el lector. Así como, según se nos refiere, todos los generales de Alejandro llevaban la cabeza inclinada hacia un lado, así, desde hace ya tiempo, todo literato cursi adolece de la forma de desdén á las plebes inventadas por Nietzsche. D'Annunzio, principalmente, ha intentado un esfuerzo en cierto modo desesperado para salvar el conjunto de costumbres de la aristocracia, comprometido por los demócratas. Su fin, como el de Nietzsche, es la producción de un pequeño número de individuos superiores, la aplicación del adagio: *humanum paucis vivit genus*. Pero, más avanzado, ó mejor, más limitado y exclusivista que su maestro, admite la aristocracia en todo su rigor, como producto y genio de raza. Nietzsche ha empleado hasta aquí el tono de un déspota decidido; ha tomado la democracia por asalto y ha pasado á cuchillo á toda la guarnición. Veis que yacen sin vida los guerreros de la plebe; el mismo sufragio universal, destituído de razón, ha dejado de ser una necesidad; ya no hay virtud republicana, ni jurado compensador, ni educación social para las masas envilecidas; la soberanía del pueblo se halla dando las boqueadas. En su discípulo D'Annunzio, Nietzsche se hace aún más claro. No sólo niega el derecho de la democracia al poder, sino que habla de una aristocracia propiamente dicha, de una aristocracia de nacimiento formada por la elección y la herencia, como único emento social digno de sobrevivir libre y dominador en el mundo. Para svanecer esta pretensión, bastaría hacer la historia de la aristocracia en su ediocridad, en su espíritu conservador, en su antipatía por un dominio undado en la verdadera superioridad. Bien mirado, la aristocracia y la deocracia no son más que dos clases iguales en todo menos en el medio en

que se han desarrollado, dos tipos de la raza en la cual un azar de origen produce efectos diversos. El temperamento democrático, orgulloso, socarrón, intrigante, vengativo, es, ni más ni menos, una aristocracia vuelta del revés por las circunstancias. Una aristocracia, y de raza, constituye ya para todo hombre socializado una larva de la civilización. He aquí algunas palabras de Pelletan (1) que al presente conviene meditar: «¿Qué es un fetiche? Un trozo de madera bastante envejecido. ¿Qué es un noble? Un pedazo bastante ajado de pergamino. El tiempo y nada más que el tiempo dan la medida de su valor. ¿Habéis reparado alguna vez en un grano de trigo cuidadosamente guardado en el Museo de Louvre en un fanal? ¿Qué más ha hecho ese grano de trigo que cualquiera otro para figurar así, en forma de monumento sagrado, en un relicario? Ha descansado tres mil años bajo la doblez de un vendaje en una necrópolis de Egipto; tiene tres mil años de fecha y por su fecha debió pertenecer á Faraón».

Esta respuesta á los anarquistas aristocráticos de la escuela de D'Annunzio sería la inmediata, porque es general. Fúndase en la historia, en la moral y en la propia detención de la rueda de la aristocracia en el movimiento uniformemente acelerado de la sociedad humana. Pero tenemos además otra respuesta que dar á nombre de la razón y de la ciencia.

Las aristocracias suponen como principio fundamental la eficacia de la herencia y de la selección para perpetuar la estirpe con todas sus exigencias numéricas y sus cualidades de pureza, condiciones favorables, genio de raza, etc. Veamos si las realidades marchan de acuerdo con estas tendencias.

Resultados admirables hay, por lo tocante á mejoras ancestrales, que no son obra de la cría medicinal de hombres, sino de su cría artificial, cual se ejercitaba entre los lacedemonios y en algunas tribus indias. Pero éstos han sido experimentos al aire libre y en las condiciones necesarias. Los experimentos, por decirlo así, de laboratorio hechos en condiciones excepcionales por las clases nobles, han traído de ordinario la degeneración forzosa de las aristocráticas familias, bastante insensatas para aliarse entre ellas. Pudiera en tal sentido definirse la aristocracia de nacimiento como el arte de prolongar durante algunas generaciones las enfermedades crónicas de la raza.

Para aquellos que conozcan un tanto las leyes hereditarias según las explica la Fisiología, no constituye esto novedad alguna, puesto que no es otra cosa que la aplicación de la ley general del bastardeamiento de la especie á un caso particular del mundo humano. En vano trata el noble de oponerse á toda mezcla de sangre plebeya para perpetuar pura su estirpe: por entre las resistencias humanas, los acontecimientos van pasando sin desviarse. Ese exclusivismo sólo consigue que después de corto número de generaciones desaparezcan las familias; y la mejor prueba de ello es que las clases privile-

(1) *Le monde marche*, XI.

giadas no han podido sostenerse sino recurriendo de continuo á la transfusión de sangres nuevas, al matrimonio con las clases inferiores. Ante un modo de razonar tan lógico desde el punto de vista práctico, tenemos que convencernos de que la separación absoluta de clases no ha sido nunca un fenómeno normal de la naturaleza, sino un resultado del egoísmo, de la ambición y de otros sentimientos y preocupaciones de índole moral. Hablarán por mí los hechos, sencillamente, con toda la persuasión de su muda elocuencia.

En Roma existía, como sabemos, una clase patricia que alcanzó el mayor grado de irreducibilidad é independencia. Gibbon (1) mismo, aunque apasionado por la vida romana y admirador de su despotismo, juzgó esa horrible aristocracia como merecía, viendo en su distinción de la clase plebeya «la más orgullosa y la más completa separación de castas que pueda señalarse en cualesquiera épocas y países entre los nobles y el pueblo». Sabido es que la ley de las *Doce Tablas* prohibía el casamiento entre individuos de ambas clases. Riquezas, honores, cargos públicos, ceremonias religiosas, todo era patrimonio casi exclusivo de los patricios; el celoso orgullo del nacimiento reforzaba los muros divisorios alzados por la ley, por el sentimiento y por la religión, para conservar la pureza de la sangre. Pues no obstante, añade Gibbon, las familias patricias, cuyo número jamás se alteró hasta el fin de la República, se extinguieron naturalmente en las guerras civiles ó exteriores é ingresaron en las filas del pueblo por falta de fortuna ó de mérito. Poquísimas familias quedaban que pudiesen hacer remontar su origen directo y puro hasta la fundación de la ciudad, ó siquiera hasta el comienzo de la República, cuando César y Augusto, Claudio y Vespasiano sacaron del Senado cierto número de nuevas familias patricias, con la esperanza de poder perpetuar un orden tenido aún por honorífico y sagrado. En fin, concluye Gibbon, esas nuevas familias se extinguieron también como las antiguas, puesto que, reinando Constantino, sólo quedaba una vaga tradición de que los patricios habían sido antaño los primeros de los Romanos.

Gibbon tiene razón por completo y ha señalado muy bien el nudo del problema. Sus conclusiones son análogas á las indicadas posteriormente por uno de sus compatriotas, Evelyn Shirley, con relación á la manera de extinguirse la aristocracia inglesa, reclutada por cierto en gran parte, no tanto entre nobles de nacimiento, cuanto entre quienes consiguieron una posición elevada á fuerza de carácter y de inteligencia. De 500 familias de la más rancia nobleza, sólo existen hoy quince que por línea directa masculina puedan remontarse hasta el siglo XV. Á despecho de todas las precauciones de que se rodeen, esas clases no pueden subsistir sino durante un número limitado de generaciones; al llegar á la cúspide desaparecen y tienen que reclutarse de nuevo abajo. En un trabajo reciente, Lageneau presenta ejemplos no menos

(1) *History of the decline and fall of the Roman Empire*, I, 18.

interesantes del agotamiento producido por la preocupación de la herencia de la sangre en las familias nobles de Francia.

Este carácter peculiar del fenómeno fisiológico que presentan las estirpes nobles en su tendencia á desaparecer, no lo ha sostenido todavía la ciencia social moderna, á pesar de todas sus maravillosas conquistas. Para conseguirlo, cree Kidd (1) que basta «señalar una causa muy sencilla y muy poco misteriosa. Uno de los instintos más hondamente arraigados en la naturaleza humana, por efecto de la larga rivalidad en que vivimos, es el deseo de ir siempre más lejos. El hombre nunca está satisfecho de su posición. Cuando tiene lo necesario, no está más contento que cuando debía luchar para satisfacer sus primeras necesidades. Y, por lo común, el lujo no satisface más que lo necesario. Quiere ir siempre adelante, si es posible; nunca vuelve atrás de buena gana». Y añade con George (2): «Este instinto característico del hombre se acentúa más cada vez, conforme se va de las razas inferiores á las superiores. En todas las ramas de la familia humana que progresan, adviértese cierta actividad febril, una ambición nunca saciada en el individuo y en la comunidad».

De aquí el extraño fenómeno de la repugnancia que los hombres sienten á unirse materialmente con personas de un nivel social inferior al suyo. Hasta el día, no sólo la plebe, sino la aristocracia y la clase media, siguen en este punto separadas por barreras infranqueables. Con necesidad forzosa se ven las capacidades inducidas á elevarse hasta la clase más alta; y á su vez ésta tiende fatalmente al decrecimiento numérico y al celibato, si no quieren descender hasta las clases inferiores. Como las preocupaciones no se han desarraigado nunca en ellas, no es de extrañar que sus familias se encuentren á la hora presente, y en todas las naciones, casi extinguidas y en decadencia.

Y pues tanta importancia tiene la cuestión que vengo tratando, se me permitirá exponer lo dicho desde otro punto de vista. No sólo desaparecen las *castocracias*, sino también las aristocracias intelectuales, es decir, los miembros de clases donde se pretende introducir tipos permanentes de capacidad cerebral. Decía el antiguo teósofo Empedocles que, cuando el espíritu se *mezcla* con el espíritu, todo viene á juntarse, según que lo uno se mezcla con lo otro, y siempre de nuevo surgen formas sinnúmero (3). Las *mezclas* son, en efecto, en lo intelectual como en lo físico, las causas de la expansión y fecundidad de las razas. La limitación por herencia en una estirpe del talen-

---

(1) *Social Evolution*, IX.

(2) *Progress and poverty*, I, 1.

(3) Los *Fragmenta disposuit Stein*, 64, traducen así este pensamiento: «*Aber . . . sich zumeist der Geist dem Geiste gemischet. Fiel nun solches zusammen noch jedes zusammen getsetzen. Immer von Neuem vorschin empor zahllose Gestalten.*»

to, lo castiga la selección natural con la pérdida progresiva del mismo. El sabio Ogle ha hecho interesantes é importantes estudios en este punto que prueban (1) que las clases profesionales é independientes (de las cuales, como nota Kidd, tienden á formar parte todas las capacidades intelectuales de las clases inferiores) son las que de un modo constante tienen mayor número de célibes y las que se casan mucho más tarde y tienen mucho menor número de hijos por familia que las clases inferiores. La exacta estadística de Ogle muestra que los hombres se casan siete años más tarde y cuatro las mujeres en las clases independientes que entre los mineros.

Dada la gran importancia de la cuestión, permítaseme añadir que la causa de que lo mismo la aristocracia de la cuna que la aristocracia del talento estén condenadas á irremediable degeneración, es el hecho sencillo de que ni la raza en su pureza ni la inteligencia en su elevación tienen aristocracia (2). La elevación intelectual y la pureza ancestral son cualidades que sólo aparecen por distintas razones en el individuo, sin que sea posible conservarlas hereditariamente en una estirpe determinada. Los que han pretendido hacerlo hubieran podido apelar á otros medios, á otras energías, á otros recursos más propios del objeto; pero ¡á la herencia!, ¡á la herencia, que es un impulso ciego! ¿Cómo es posible que de semejante azar se quiera hacer depender y se espere lograr un resultado de carácter tan espiritualista como la perpetuación de la capacidad intelectual, ó de carácter tan armónico como la perpetuación de la belleza, del vigor y de las distintas cualidades físicas ó morales de una raza? Donde fuerzas rudas rigen sin intención, no es posible que ningún organismo se forme, dijo hace años el poeta Schiller: *Wo rohe kräfte sinnlos walten, da kann sich kein Gebild gestalten.*

Infiero yo de todo lo dicho, no sólo que es precisa la mezcla física de las clases por los matrimonios de pobres y ricos para que la raza no pierda su belleza y su vigor, sino la mezcla de sus intereses científicos y sociales. Esto nos lleva naturalmente á considerar cuál es la misión propia de la verdadera aristocracia—la del talento—respecto de las clases indigentes. ¿Consistirá, como quiere D'Annunzio, en substituir los raciocinios de su instinto social?

---

(1) Véase el *Journal of the Statistical Society*, Junio, 1890».

(2) «Los que consideran, dice el autor del *Organismo social*, las historias de las sociedades como las historias de los grandes hombres y piensan que estos grandes hombres marcan el destino de las sociedades, pasan por alto la verdad de que esos grandes hombres son el producto de la sociedad en que viven. Sin ciertos antecedentes, sin cierto carácter nacional resultante del promedio de los caracteres in- viduales, ni aquéllos podían haberse engendrado ni podían haber dispuesto de la ltura que les formó. Si su sociedad se renueva hasta cierto punto por obra de os, ellos han sido antes y después modelados por la sociedad: han sido el resulta- de todas las influencias que formaron el carácter de sus antepasados, carácter han heredado, recibiendo de ellos sus tendencias, su fe, su moral, sus aspira- ones».

No, sino en ilustrarlos. ¿Consistirá en comprar sus almas á censo? No, sino en darles mayor voluntad, mayor vida. «El pueblo, dice Souvestre, no es un pródigo á quien se debe contener; es un niño á quien es preciso dirigir, ayudándole á que procure su prosperidad.» ¿Para qué queréis que el genio sienta su propio poder si le dejáis reinar allá en las esferas egoístas, en lo individual, sin atraer, sin hacerse sentir en la vida práctica, cuyo fondo constituye la base de nuestro destino colectivo? ¿No comprendéis que para que ese poder tenga verdadera eficacia y virtualidad debe ser elevado á la categoria de sacerdocio?

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



LA VIDA LITERARIA

Juan R. Jiménez: JARDINES LEJANOS.—Madrid, 1905.

Ser un buen poeta elegíaco: he aquí una cosa que me parece algo más difícil de lo que muchos imaginan. Hacer una buena elegía no es, como algunos creen, poner al frente de una composición lírica más ó menos flébil: *A la muerte de la Sra. Marquesa de... En el óbito del Duque de... Al fallecimiento del Príncipe de...* Éste fué el grave error de los clásicos españoles, y por eso en nuestra literatura hay tan escasas elegías óptimas. Yo quiero rebatir este erróneo concepto: elegía no significa composición escrita en versos exámetros y pentámetros alternados (1). Eso lo quisieron inculcar los latinos que eran unos solemnes *esteticifobos* — aborrecedores del sentimiento (*sensibilitatis osores*, les diremos en su lengua), — más amantes de la técnica que de la estética y que concedían mayor interés á un metro nuevo que á una nueva emoción. Deseo ignorar que los tratadistas españoles de estética han perpetuado entre nosotros esa rudimentaria concepción, propia de épocas incultas. Deseo olvidar que en una elemental y desdichada retórica se nos definía el verso elegíaco como *el empleo del exámetro y pentámetro alternados*, fundándose en que la palabra ελεγειον que dió origen á la de *elegía*, designaba simplemente el verso pentámetro. Aparte de que, aun etimológicamente (si ελεγειν es lamentarse y ελεος, pena ó duelo), podemos sostener la exclusión de todo elemento métrico en el concepto de este género poético. Mas aunque, rigurosamente, elegía no significase otra cosa que verso pentámetro, tenemos derecho, los que queremos dignificar ese deprimido género, á darle un sentido translaticio, más noble, más idealista, menos dependiente de modificaciones métricas.

---

(1) Según eso, sería composición elegíaca la *Salutación del optimista*, últimamente leída por el insigne Rubén Darío en el Ateneo de Madrid, y donde éste—por cierto con afortunado suceso—intenta transferir á la métrica española esta especie de verso tradicional, muy sonoro y fértil en musicalidades, que ya Stecchetti introdujo en la poesía italiana (véase la composición *Congedo* en *Nova Polemica*) demostrando con eso que toda lengua-hija puede emplear los recursos métricos y prosódicos de que la lengua-madre dispuso. Y lo serían también otras muchas que designo con esta frase terminante é incisiva: *et cætera*.

Sí, amadísimos hermanos en Gustavo Adolfo Becquer: ser buen poeta elegíaco es una gran gloria, es quizá la mayor gloria posible en este bajo mundo. Ya ser poeta lírico es mucho; y el elegíaco es el lírico en su grado más alto. El poeta elegíaco es el *máximum* de poeta; es el *hiper-poeta*, el *ueber-dichter*, diremos en alemán, si no queréis decirlo en castellano helenizado. El poeta elegíaco es el que traduce en rimas no tan sonoras como dulces las sensaciones de todos los hombres vulgares. Es el que dice la palabra definitiva, es el que da la interpretación acabada de aquello que hemos sentido ayer, que sentimos hoy, que sentiremos mañana, de todas esas cosas cotidianas y poéticas, de esos estados de alma que cada cual en sí comprueba, que forman el subsuelo de nuestra vida psíquica y que dan una norma á la existencia. El poeta elegíaco es él vidente y es el vaticinador. Siente por todos los hombres y canta para todos. Por eso todos le son deudores como él es deudor de todos (1). Es el que tiene más derecho á la admiración, y la humanidad no se equivoca (aunque los profesionales se empeñen en que sí) cuando pasa impasible ante los impasibles, soberbios, correctos, suntuosos y lapidarios *Trophées* de José María de Heredia y lee con entusiasmo infatigable las *Nuits* de Alfredo de Musset. Es que hay en la lira de este último, como en la de todos los poetas elegíacos, una cuerda á cuyo contacto vibran todos unánimemente, mientras que aquellos impecables y magníficos sonetos apenas si hieren el tímpano (2)... Hay que matar, ahogar, extirpar, como una mala hierba, esa poesía parnasiana, abusivamente descriptiva, suntuaria, oratoria. Hay que aturdir, en cambio, todos los oídos con humildes, con

(1) Taine decía de Alfredo de Musset: «Pensaba en alta voz. Hizo la confesión de todo el mundo. No se le admira, se le ama. Todos reconocían en él sus propios sentimientos, incluso los más fugitivos y los más íntimos». Esto es aplicable á todo poeta elegíaco.

(2) No quiero que se crea exagerado esto; y para demostrarlo, desearía que se leyese un soneto de *Los Trofeos* (v. gr., *Le Daimio*, *L'Epée*, *Nymphée* y sobre todo, como representativo de esta clase de poesía, *Le Recif de corail)*, meramente descriptivo, comparándole después con uno de Verlaine (*Nevermore*, la serie toda de *Sagesse*, *Mon rêve familier*, etc.), ó bien alguno de los mejores de Rueda (*Mármoles*)—los mejores descriptivamente,—con algunos de Rubén Darío (*Margarita*, *Ite, missa est*, *La Dea*). Al acabar de leer *Margarita*, v. gr., se siente la huella de un alma en aquellas estrofas; acabando de leer *Midi*, de Leconte de Lisle, no se siente más que la huella de un rimador, y un rimador no tiene la facultad ni el derecho de emocionar. Otros muchos ejemplos, que ahora no tengo á mano, podrían ponerse á la consideración del lector para que se penetre bien del grave desacato de llamar poesía á una conglomeración de palabras, rebuscadas en el Diccionario: eso, en buen castellano, se dice hacer frases y redondear períodos y aconsonantar bien las palabras: *nihil ampliùs*. Si no fuera esto abusar de su benevolencia, hasta le daría yo á continuación alguno de los citados sonetos para que hiciese un estudio comparativo.

incorrectas (notadlo bien), con suaves, con flébiles, con mal rimadas elegías. Esta poesía de balbuceo, de *romances sans paroles*, esta poesía íntima, estas rimas que acarician como besos, estos versos que deben leerse en voz baja, trémula de emoción: todo esto es lo que la humanidad comprende, la eterna humanidad que siente y que ama y que desea siempre decir al leer una poesía: *Agnosco veteris vestigia flammæ*. No obstante, aún hay quien dice, enfáticamente, con Lecònte de Lisle: *Tous les elegiaques sont des canailles*. Los canallas son otros; quiero decir, los que tallan estrofas marmóreas, como pudieran redactar expedientes administrativos. Por eso es buena esta resurrección de la poesía española, ahora encaminada hacia el verlenianismo, hacia una poesía que no sea un simple agregado de tropos y de descripciones, sino más bien una poesía de ensueño y de música, incoherente, hasta monótona, si queréis, pero siempre emocionante y trémula como el llanto de un niño ó una canción popular que apenas tarareamos desde nuestra infancia... Para que no siempre tengamos que hacer citas extranjeras, á falta de citas propias de gran cuantía, quiero ahora transcribir las palabras del primer crítico americano; el cultísimo José Enrique Rodó, quien, en el prólogo á *Prosas profanas*, ha dado la mejor información de esta poesía que yo conozco en lengua española: «Imagináis que os arrulla una *berceuse* muy suave y que vuestra alma está en la cuna; imagináis que tenéis el alma en la epidermis y que unas manos de hada os la acarician... Una *berceuse* nada más; pero ¿no vale y no se justifica así también la obra de los poetas?» Y deplorando la facilidad con que nos amenazan de muerte á la queridísima poesía, condenada por la *potencia infinita de la música*, agrega: «Cuando lo oigo decir, *El Cuervo* de Poe, *El Lago* lamartiniano—que son para mí los dos hitos terminales de la armonía verbal,—los sollozos rimados del *Souvenir* y de *Las Noches*, cien cosas más aletean en mi memoria como pájaros amenazados de muerte... Y juro entonces que, por más que lo infinito se abra tras el horizonte revelado por la magia sublime de los Schumann y Wagner, ella compartirá perpetuamente el imperio de las vibraciones sonoras con *esta otra música que no precisa adherirse á cosas tangibles;* la que nace directamente del roce de la idea al entrar en el molde de la palabra; la que á un tiempo mismo significa y sugiere... Sí; yo creo que para que se sostenga el trípode del verso es suficiente que dure el pie que reposa sobre la música. Muerto para la idea, muerto para el sentimiento, el verso quedaría justificado todavía como jinete de la onda sonora!»

Á esta última parte debo hacer, en conciencia, una ligerísima objeción. a poesía no morirá jamás para el sentimiento; esta misma musicalización el verso le hará más estable, porque, para interpretar esa exquisita música rbal, es preciso que haya motivos sentimentales y hasta ideológicos. Sí; eológicos también. No es que yo me apasione demasiado efusivamente por a estrofa que expresa ideas; amo más el verso que dice sensación; pero al er ciertas poesías de las más hermosas de Sully Prudhomme (especialmen-

te las contenidas en *Les Vaines Tendresses* y *Les Solitudes*) (1) se desea que aún viva ese género poético y que viva floreciente muchos años para no dejar que de nuevo brote la extirpada y maldecida raíz de la poesía meramente descriptiva. La ideología y el sentimentalismo sostendrán eterna la forma poética: entiéndase siempre, la forma poética tal como ha evolucionado en nuestros últimos tiempos, la poesía que está circunscrita «en los brumosos dominios del Verlaine de los *Romances sans paroles;* en los dominios del Verlaine convertido por Rimbaud al culto de su poesía ultra-espiritual y sutilísima». Citaré algunas palabras más del gran maestro americano, del original autor de *Ariel* (palabras expresivas como pocas y que dan una idea bien precisa y concreta de la nueva poesía): «Estamos en un país de cosas trémulas, donde debe marcharse reprimiendo el aliento. Esas cantilenas vagas y como tejidas de hilos de aire; esos versos calificados de *enfantillages amorphes* por Mauras, y en los cuales la sombra de un pensamiento ó de una emoción se expresa en una forma de balbuceo, tienen en Verlaine un encanto que nace de su propia falta de realidad y de contenido; de que nada preciso entra en lo que significan ó figuran... Cada uno de nosotros pone, á su capricho, la letra á esta verdadera música verbal en la que las palabras hacen de notas. Cada uno tiene derecho á una interpretación personal sobre esta rara clase de versos...»

***

Lo que me preocupa obsesionalmente en estos insignificantes estudios críticos es adjudicar á cada uno de mis criticados el puesto que les corresponde. Deseo sobre todo darles el título decisivo, designarles con su verdadero nombre, llamarles lo que son. Este afán honrado y ardiente de dar á cada personalidad el relieve típico que le es peculiar, me hará hasta incurrir en exageraciones y forzamientos de notas: quiero dar en el hito, á riesgo de parecer muy preocupado de ostentar mis ideas.

Por ese prurito de acierto crítico debo ser fastidioso á ratos en mi insistencia sobre un mismo tema: permitidme que lo sea una vez más... En mi empeño de asignar á cada cual la categoría que le es propia, intentaré dar una sucinta idea de las diversas aptitudes de los poetas contemporáneos, circunscribiéndome á ellos y dejando, por ahora, á los prosistas. Ramón Pérez de Ayala es el poeta de género, el poeta cerebral. Francisco Villaespesa es el poeta lírico, el de la magnífica tradición castellana, el poeta impulsivo, inculto, *invitus,* que todo lo fía al estro, al numen, á la inspiración, á la musa. Antonio de Zayas es el poeta descriptivo, parnasiano, con vistas al verlenianismo. Manuel Machado es también un poeta de género, multiforme, adap-

(1) Quizá el autor de *Stances et Poèmes* haya sido el que mejor supo hacer poemas filosóficos: léase *Justice, Bonheur, L'Habitude, La Memoire,* etc. Claro es que no por eso olvide al sutil Roberto Browning ni á Madame Ackermann.

table. Antonio Machado es el Verlaine español, á la vez refinado é ingenuo (1), á ratos sentidamente elegíaco, hondamente penetrativo (como el Verlaine de *Sagesse*, de *La Bonne Chanson*, de algunos de los mejores *Poèmes saturniens*) y en ocasiones frívolo, sucesor de Voiture y de los preciosistas (el Verlaine de *Fêtes galantes*); es también poeta elegíaco, pero con menos profundidad de sentimiento y más maestría técnica (2). Juan R. Jiménez es el único poeta pura, privativa, genuína y plenamente elegíaco: el sucesor de Becquer, de Musset, de Poe y, como ya he dicho, del Verlaine de algunas obras. Como poeta puramente elegíaco le considero, y en este concepto hablo de él y de su obra.

***

Dos cosas caracterizan, pienso yo, al verdadero poeta elegíaco: la hipertensión de la sensibilidad y el descuido de la parte técnica.

Sí; el poeta elegíaco es el que tiene exceso de alma (y—notadlo como cosa curiosa—á este exceso de alma corresponde un defecto de potencialidad técnica); el que posee la sensibilidad en exaltación; el poeta *illúcido*, que no puede escribir en plena posesión de sus facultades artísticas y que por lo mismo suele escribir mal (3); el que siente por todos y, en consecuencia, más

---

(1) Esta dualidad la encuentro confirmada en poemas como *Grotesques, La chanson des ingenues, Les indolents, Gaspard Hauser* y alguno más que ahora me escapa.

(2) Nótese bien que sólo hablo de los españoles, por ahora, y sólo de los pertenecientes á las dos generaciones que me anteceden. A todos ellos dedicaré su correspondiente estudio en ocasiones sucesivas.

(3) No os asustéis; el poeta elegíaco, *generalmente*, suele escribir mal, quiero decir incorrectamente, sin sujeción á preceptos académicos. Notorio es, para todo el que lea medianamente versos franceses, la pobreza de rimas de Alfredo de Musset, en cuyos poemas apenas si se tropieza con otros consonantes que el eterno participio de pretérito en *é* aguda y el consabido gerundio. De nuestro Becquer no hablemos: hojead las *Rimas*; y por cierto no vendrá mal que repasen sus páginas los poetas jóvenes, pues parece que van olvidando á ese genial Gustavo Adolfo, que ha escrito cosas tan acabadas como aquella rima que comienza: *En el discorde estruendo de la orgía*... que es la anticipación de muchas estrofas verlenianas *avant Verlaine* y otras cosas que nos han echado á perder las señoritas sensibles y los horteras poéticamente melancólicos recitándolas á toda sazón. Por ejemplo, lo de *Volverán las oscuras golondrinas*... sigue siendo tan sublime á pesar de que lo hayan multiplicado los ecos de todas las salas modestas con vistas al patio, en las reuniones de la clase media.—Dejando estas *petites misères* de la vida vulgar á un lado, retomando la nota donde la comencé, quiero notar que sostengo esta teoría un poco peligrosa de que todos los poetas elegíacos escriben mal—técnicamente mal,—aun cuando se me alegue con poetas elegíacos del calibre del siempre atildado Tennyson *(In Memoriam)*, de Edgardo Poe *(El Cuervo—The raven—*; véase la excelente traducción de Díaz Pérez en *Sophia)*, de Samain *(Au jardin de l'Infante)*, de Laforgue (en *Les Complaintes)*. Si bien es verdad que estos dos últimos fueron hasta innovadores y

intensamente que todos padece; el que muere de la *enfermedad del infinito:* ése es el poeta elegíaco.

Verlaine, Poe, Heine, Shelley, Keats, Samain, Musset, Becquer: basta citar nombres para comprender qne hay algo extraño en la complexión de estos poetas. Querer demostrar cumplidamente con gran copia de datos esta tesis que sostengo, sería querer escribir las biografías de todos ellos en un estudio de diez páginas: porque es preciso leerlas para convencerse de esta verdad; es preciso penetrarse de cada hecho, aun el más insignificante, de su vida, para comprender que las cifras son á veces argumentos más irrebatibles que una intrincada población académica. Gerardo de Nerval ahorcado en un farol del *boulevard;* Chopin muerto á los veintinueve años; Novalis falleciendo de tisis á la misma edad; Verlaine vagabundeando miserablemente por los caminos; Shelley ahogado en el golfo Spezia; Musset asfixiado con el vaho del café de la Regencia como con el vaho de las casas públicas; todos estos tristes hechos que ahora se leen en las biografías modernas, tan crueles que no desperdician un detalle ni perdonan una leve falta, tan compasivas al mismo tiempo que todo lo disculpan:—todos estos tristes hechos, quería decir, no mienten en manera alguna. Todos ocultan una gran verdad: que hay cierto peligro en ser poeta, y especialmente en ser poeta elegíaco casi exclusivamente:—porque nadie querría defender que por escribir los *Poèmes barbares* (si bien éstos son muy hermosos é impecables) puedan producirse graves perturbaciones en el sistema nervioso. Sí; hay un peligro, un peligro casi ineludible, en ser poeta elegíaco. No digo que esta exaltación de la sensibilidad no pueda enderezarse por un buen camino; pero hay muchas probabilidades de que se tuerza ¡y aquí entra el conflicto! La personalidad del hombre se desmorona; queda el poeta, y éste, como ser endeble que es, y además abúlico por regla casi infalible, sucumbe fatalmente. Se necesita una cantidad enorme de *will* para soportar, sin resentirse, esta balumba de cosas inenarrables que gravita sobre el cerebro y sobre los nervios de un poeta elegíaco... Nuestra época ha acumulado los obstáculos. Sentímonos agitados por mil deseos diversos, como en el encuentro de muchas rompientes; no hay en nuestra alma un remanso. Nuestro moderno poeta, atacado de neurastenia, cosquilleado por eternas inquietudes, sin reposo, sin norma fija de vida, con las facultades creadoras en desequilibrio, á veces con los instintos naturales pervertidos: este ser es más de compadecer que de envidiar. Su vida es un agregado de intranquilidades, de contradicciones, de buenos deseos y de actos viciosos casi siempre. En su vida exterior el poeta elegíaco

---

propulsores de la doctrina simbolista, y por este concepto nunca serán bastante admirados de nuestros jóvenes poetas, llegan momentos en que dejan de escribir bien en que balbucean, como todos los elegíacos. Verlaine mismo balbuceaba, á pesar de su organización de refinado, en sus obras más genuínamente elegíacas: *Ariette oubliées*, *La Bonne Chanson.*

suele ser el más desgraciado de los hombres (1): en su vida interior es más desgraciado aún, porque la impotencia de sus esfuerzos le abate y, una vez dado un paso, da todos los que mide el camino que acaba al borde de la sima. Él aspira á ser ángel, y ¡qué cosa tan melancólica es confesarlo!, queda reducido muchas veces á la categoría de rufián.

El gran Taine hizo una frase tan terrible como verdadera cuando dijo, con aquella su concisión cortante y fría, y con esa serenidad espantosa con que el hombre de ciencia anuncia un desastre formidable: *Ya no se es poeta impunemente.* Notad bien la eficacia de este adverbio: *impunemente.* Sí; ya no se puede ser poeta sin sufrir las tristes consecuencias. El poeta moderno es un hombre «no muy alegre porque tiene nervios», y porque «la delicadeza de sus sensaciones habituales le da ciertas tentaciones de creerse dios» (2).

Los sedicentes hombres sesudos les desprecian por eso; ven que su arrastrada vida no corresponde á su grandeza de sentimientos poéticos; y no comprenden que su dolencia es producto de esa misma exaltación de sensibilidad, en conjunción con la influencia del ambiente y con el malestar acumulado por tantos siglos de literatura. Porque yo creo ver en la constitución psíquica del poeta moderno el tercer ciclo de un proceso evolucional que se remonta á los tiempos lejanos de la edad clásica. Para presentar esta teoría en forma aceptable, yo voy á pediros que me permitáis dar tres citas en las cuales adivino su desenvolvimiento. La primera es de Aristóteles, que dice muy gráficamente: *παντες όσοι περιττοι γεγονασιν ανδρες, η κατα φιλοσοφιαν, η πολιτικην, η ποιησιν, η τεχνας, φαινονται μελαγχολικοι οντες* (3). La cita es decisiva: todos los hombres dedicados á la poesía (*η ποιησιν*) son melancólicos; éste es mi primer dato. Más adelante, Hume escribió que el estudio de las Bellas Artes produce una agradable melancolía (4), una elegancia de sentimiento que, de todas las disposiciones del ánimo, es la más adecuada para el amor y la amistad. La úl-

---

(1) Hechos, nada más que hechos (*what I now want are facts,* como decía Dickens); ahí van unos pocos, entresacados de los almacenes de mi infeliz memoria. En las cartas de Baudelaire (poco ha publicadas en la *Revue Bleue*) no se habla más que de dinero, de angustias pecuniarias, de cosas editoriales, profesionales, literarias, repugnantes; la biografía de Heine casi da vergüenza leerla; Musset apaleaba mujeres públicas, y esto constituía para él una gran diversión; Verlaine fué un proscrito de la sociedad: todos ellos tuvieron deudas, persiguieron criadas, hicieron cosas repulsivas, como cualquier carretero, y, sin embargo, ¡qué admirables!

(2) *Historia de la literatura inglesa*, I, I, 6.

(3) *Problemata*, 30, 1. Cicerón, en sus *Tusculanæ*, I, 33, glosa este pasaje de la guiente manera: *Aristoteles ait omnes ingeniosos melancholicos esse.*

(4) «*The study of the beauties... produce an agreable melancholy, which, of all dispositions of the mind, is the best suited to love and friendship.*» *Essays moral, political nd literary,* by David Hume. (Ensayo I, tomo I, página 93.) Esto es menos terminante, más vago; pero está muy en consonancia con la época en que se escribió.

tima cita, la más decisiva, es del mencionado Taine; es sencillamente la que antes os he puesto á consideración. El poeta moderno no es feliz porque *tiene nervios* (1).

Ahora resumo: en la época clásica, el poeta era simplemente melancólico; en la edad media y moderna, fué elegante de sentimientos; á partir de 1850, es neurótico. En los remotos tiempos se contentaba con poetizar sus impresiones vulgares y de esta suerte se hacía melancólico; ya palpitaba en él la abundancia de caudal sensitivo que había de labrarle más adelante una vida atormentada é inquieta. En la época medioeval, la vida frívola de salón le absorbía tan por completo que le frivolizó un poco; se hizo simplemente un *dandy* del sentimiento, como los demás mundanos eran *dandies* del vestido. Por fin, en la época moderna la democracia y la agitación de la vida le exasperaron de tal forma la sensibilidad que cayó inevitablemente en la neurosis. Pero siempre ha sido el posesor de una hipersensibilidad; y lo que decía Schopenhauer (2) del genio en general, es peculiarmente aplicable al poeta elegíaco. Por eso dije al principio que no es tan fácil ser poeta elegíaco como á primera vista pudiera creerse: la elegía ha de llevarse en la sangre para que pueda escribirse en el papel. Sí, hay que llevar dentro de sí mismo una extraña fuerza de sentimiento, un caudal desbordante de *sensitiviness* para poder expansionarla en composiciones que se titulen elegíacas. Un poema elegíaco es el *summum* de todo poeta.



Por lo mismo que en estos poetas es tan avasalladora la potencia anímica, la *poesía interior*, suelen ser tan exiguos sus medios de expresión (3). Les fal-

---

(1) Comparadlo con lo que dice sobre Alfredo de Musset (*Obra citada*, tomo V, capítulo VI, § 2): «La acumulación de las sensaciones y de la fatiga ponen en excesiva tensión su máquina nerviosa, y su barniz de jovialidad mundana se desconcha veinte veces al día, dejando ver un fondo de sufrimiento y de ardor... Pidió demasiado á las cosas; quiso saborear de un sorbo toda la vida con ansiosa avidez; no la cosechó ni la gustó; la arrancó como un racimo, apretándola, estrujándola y retorciéndola, y se quedó con las manos embadurnadas, tan sediento como antes. Entonces estallaron aquellos sollozos que han resonado en todos los corazones. ¿Cómo? ¡Tan joven, y tan cansado ya! ¡Dones tan preciosos: un talento tan fino, un tacto tan delicado, una fantasía tan móvil y tan rica, una gloria tan precoz, una expansión tan súbita de belleza y de genio, y en el mismo momento las angustias, el disgusto, las lágrimas y los gritos!... *Había veneno en el fondo de la copa*».

(2) «*Abnormes Uebergewicht der Sensibilität wird* UNGLEICHHEIT DER STIMMUNG, *periodische übermäszige Heiterkeit und vorwaltende Melancholie herbeiführen. Weil nun auch das Genie* DURCH EIN UEBERMAASZ DER NERVENKRAFT, ALSO DER SENSIBILITÄT, *bedingt ist.*» (*Aphorismen zur Lebensweisheit*, capítulo II, página 344; volumen I. (*Parerga und Paralipomena*, Séptima edición, Leipzig, 1891.)

(3) Ved qué conformidad de pensamiento con lo que dice Juan Pablo Richter

tan palabras para traducir ese tropel de cosas infinitas que sienten bullendo dentro de sí. Sus versos suelen ser entrecortados, balbuceantes, incongruentes, inconexos y á veces hasta insignificativos. En este punto de mi artículo, después de haberos penetrado bien de todo lo anterior, y particularmente de los últimos párrafos, es cuando debéis abrir las obras de Juan R. Jiménez y leer. Leéis, por ejemplo:

En el balcón, un momento
nos quedamos los dos solos;
desde la dulce mañana
de aquel día éramos novios.
El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.
Le dije que iba á besarla;
la pobre bajó los ojos
y me ofreció sus mejillas
como quien pierde un tesoro.
Las hojas muertas caían
en el jardín silencioso,
y en el aire fresco erraba
un perfume de heliotropos.
No se atrevía á mirarme;
le dije que éramos novios,
y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos (1).

Yo he escogido este pasaje al azar; pero ya veis que es bien expresivo. La rima es pobre; los versos son desaliñados; un espíritu vulgar podría creer que tales como ésos los hace un coplero de plazuela. Por lo menos es innegable

---

(*Teorías estéticas*, Teoría II, § 5) hablando de esos genios que él llama tan expresivamente *femeninos*. Éstos no son otros sino los grandes poetas elegíacos, como notaréis al leer que «hay ciertos hombres dotados de sentimientos más elevados pero de facultades más débiles que el talento vigoroso; su alma se abre santamente para abrazar, ya en la vida externa, ya en lo interior del pensamiento y de la poesía, el espíritu del universo; adhiérense á él rechazando todo lo vulgar, como la mujer delicada se une con el varón fuerte, y cuando, á pesar de esto, quieren expresar su amor, se atormentan con una palabra torpe y confusa y concluyen por decir otra cosa distinta de lo que se proponían... Cuando se trata de sentir es cuando reinan sobre todas las facultades con una vasta imaginación, pero en el momento de crear domínales una facultad secundaria y se ven uncidos al carro de la vulgaridad. Por una ó por otra de estas razones, son desgraciados sus días de creación.» Donde dice *vulgaridad*, yo pondría *sencillez* ó *ingenuidad*; y donde dice *facultad secundaria*, yo leería *exceso de potencia sensitiva*. Y perdón por la larga y amarga cita.

(1) *Rimas*, 125 y 126.

que los medios de expresión no descuellan aquí por su magnificencia y altisonancia; pero ¿habéis sentido con muchas poesías la impresión que ésta os deja? ¿Habéis comprobado dentro de vosotros mismos en muchas ocasiones lo que comprobáis ahora? Seguramente que no; pocas veces habréis experimentado este extraño sobrecogimiento que ahora os invade; nunca ante las lapidarias y correctísimas composiciones de los coloristas, que parecen pedir un estrado y un dosel de rojo charro para recitarlas en altisonante y campanudo tono, habréis sentido la emoción que sentís al leer estos versos de rima floja, de palabras vulgares, de sensaciones algo confusas; estos versos que piden ser leídos en voz baja, cuchicheándolos como una confidencia de amor; estos versos que parecen hechos para mujeres sensitivas, que sepan darles entonación adecuada. Yo de mí sé decir que la primera estrofa la estuve repitiendo y paladeando golosamente, con una vaga sensación de bienestar, casi llorando sin saber por qué, penetrado de una tristeza inmotivada, ¡quince días seguidos! Que me desprecien los intelectuales: para apreciar á un poeta elegíaco de la potencia de Juan R. Jiménez, yo no me cuento entre ellos. Yo soy un desgraciado sentimental; soy uno de ésos que aún lloran con ciertas estancias... Seríame muy cómodo pero muy insincero decir lo contrario; quiero ser franco á costa de ser molesto y hasta nauseabundo para ciertas gentes. Voy á repetir la estrofa:

En el balcón, un momento
nos quedamos los dos solos;
desde la dulce mañana
de aquel día éramos novios.

¿Qué es esto? Aparentemente, cuatro versos no muy sonoros, donde no se hace ninguna frase ni se da con ninguna rima nueva y exótica; unos versos bastante sencillos, casi insignificantes. En realidad, esto es un poema; es el poema de los quince años, de toda una época de la vida, acaso la más hermosa. Un poema forjado con palabras vulgares y humildes, como las que usarían esos mismos novios para decir su amor; un poema que evoca todo un mundo de sentimiento, y hasta todo un aspecto del mundo exterior (1), comparable con esto por su poder evocativo, por su penetrante belleza. Porque hay bellezas artísticas que ofuscan, que deslumbran... y que acaso no dejan rastro, como ciertas mujeres demasiado hermosas; hay otras bellezas humildes, que

(1) *En el balcón un momento — nos quedamos los dos solos:* sólo esto dice la poesía de un amor, en la clase media, de esas muchachas que, cuando las habláis, bajan la vista; que, cuando las miráis, os sonríen; que llevan un sombrero un poco pasado de moda y que van alguna vez á los teatros; que viven en provincia y saben de memoria *¡Quién supiera escribir!* Estas niñas que habéis visto, como dice el espiritual *Azorín* — ese profesor de emociones y gran maestro del sentimiento, — en las ferias de los pueblos, ó en los bailes, ó paseando por el andén de la estación.

no ciegan, pero que *penetran*, que se infiltran suavemente en el alma y nos dejan una estela de melancolía: á esta última clase pertenecen ciertas mujeres que pasan desapercibidas por las ruidosas calles, á los ojos de los vulgares; como ciertas poesías que no se recitan en los círculos y ateneos, cuya cantidad de potencia emotiva sólo perciben los que han hecho una rica vida interior.

De esta última especie de belleza son las mejores rimas del autor de *Arias tristes*. Tiene la facultad de decir con diez palabras inconexas y dos asonantes opacos, obscurecidos, pobres—esos consonantes en *o* que tanto se adaptan al tono melancólico de sus elegías y que parecen dar una sensación de opacidad, de obscuridad, de *miseria lírica* (indultadme por este atrevido giro sintáctico)—lo que otro necesitaría explanar en un grandilocuente poema en tercetos. Por ejemplo:

La dulce tarde moría
á nuestro alegre regreso:
¡qué hermoso día de campo
quedaba entre los recuerdos!
Los dos íbamos delante,
y una vuelta del sendero
nos dejó unidos y solos
bajo el rosa de los cielos.
Pensando en dichas pasadas
nos miramos en silencio;
nuestras pupilas brillaron,
y al fin nos dimos un beso.

¿Comprendéis ahora que esta *manera de hacer*, peculiar al poeta que estudiamos, no es producto de una pobreza métrica, ni de una falta de conocimiento del idioma, ni de una impotencia verbal, cuidadosamente encubierta con los afeites del desaliño rebuscado (he aquí tres palabras que se entrechocan funestamente en ademán de paradoja; explicaos su amalgama, que yo me la explico bien); sino que obedece á un procedimiento refinado, á un trabajo de selección bien laborioso, á un esfuerzo por amputar todo miembro inútil, por eliminar toda palabra inexpresiva? El verso queda reducido á su más escueto armazón; la rima no exige el concurso de la línea ni del color; le basta con la música verbal que produce su conjunto; está preterido todo artificio literario, y queda la maravillosa virtualidad de expresión que sólo les está reservado á los poetas que, como Juan R. Jiménez, llegan á ese punto culminante donde confluyen el refinamiento artístico y la sencillez ulgar. De ahí ha salido esa poesía que Coppée define así hablando de Verine: «Una poesía de inspiración á la vez ingenua y sutil, toda formada de matices, evocadora de las más delicadas vibraciones de los nervios, de los más fugitivos ecos del corazón; una poesía natural, no obstante, brotando irectamente del manantial, á veces casi popular; una poesía en que los rit-

mos, libres y truncados, guardan armonía deliciosa; en que las estrofas retornan y cantan como una ronda infantil; en que los versos, que siguen siendo versos—y de los más exquisitos,—son ya música».

Nadie ha presentado un ejemplar más fiel de esta poesía en la lírica española que el autor de *Jardines lejanos*. No se crea por eso que él es Verlaine, fatalmente: su poesía es poesía moderna y nada más; reconoce como antepasados á Becquer, á Heine y al pobre Lelián. Pero hay, como en todos los grandes artistas, en su obra una fusión de todas estas almas con su *reino interior*—como diría el lírico de *Azul*;—esta fusión da una cadencia nueva al lirismo contemporáneo. Puestos á buscar precursores, podríamos reconocer á D. Luis de Góngora (el Góngora de los romances y de las letrillas) como maestro de su técnica en unión del poeta de *Fêtes galantes*. Cuando un crítico insiste demasiado en husmear antecedentes, es que la fuerza crítica le flaquea; ve que no podrá sostener gallardamente el peso que ha echado sobre sí, el estudio de la personalidad aislada, y pide auxilio á los que él llama los antecesores del criticado. ¡Ruin método que yo detesto y no puedo seguir! Por mi parte, sólo veo medio de estudiar á un escritor: examinarle tal como se nos presenta, aisladamente, sin acordarse de que existieron Juan, Pedro, Francisco, Diego, etc. Aparte de que el lírico de *Arias tristes* no reconoce bastardas paternidades. Influencias: ése es el recurso de que echan mano los que no tienen el suficiente valor para despojarse de sus preferencias particulares y estudiar desinteresadamente á un poeta. Porque, mirando así las cosas, todos tienen derecho á ser tachados de *influídos*, desde el momento en que no nace nadie á la literatura íntegramente original y único. «Ninguna manifestación de arte, ha dicho un excelente crítico francés (1), está realmente aislada. Aunque otra cosa parezca, siempre está basada en épocas anteriores. Los verdaderos maestros *no dan lecciones, porque el arte no puede enseñarse*, pero presentan ejemplos. Admirarlos no equivale á imitarlos, equivale á reconocer en ellos los principios de originalidad y la comprensión de su manantial; así que este manantial puede decirse que vive en uno mismo; este manantial que brota de *una visión sincera y simpática de la vida.*» La *manera de ver* ha de ser distinta en cada artista; quien no cumpla esta condición, no merece llamarse así; pero quien tenga una manera de ver peculiar y típica, aun cuando su técnica estuviese servilmente copiada de algún gran maestro, es acreedor al dictado de original—por lo menos en segundo grado.—El autor de *Almas de violeta* lo es en primer grado; porque si su manera de ver es original, casi

(1) Camilo Mauclair, *French Impressionists*, I, 4 y 5. Cito la obra en inglés, aunque esto pueda causar cierto asombro, porque en inglés la he leído y la honradez erudita me preocupa mucho. Sería bueno que nuestros jóvenes intelectuales conociesen algo más al exquisito poeta de *Sonatines d'automne*, al crítico culto y acertado de *Jules Laforgue*, *L'Art en silence*, y al novelista vigoroso de *Les Mères sociales* y de *L'Orient vierge*.

rara á fuerza de serlo tanto, para su técnica ha sabido encontrar resortes nuevos y principios absolutamente propios. No hablo de las primeras colecciones de *Ninfeas* y *Almas de violeta*, donde efectivamente se resiente de cierta confusión de procedimientos; hablo de los dos libros donde se ha llegado á poseer plenamente (*Arias tristes* y *Jardines lejanos*), sin olvidar gran parte de las *Rimas*, donde apunta su originalísima selección de métodos y la germinación de su estilo peculiarísimo, indistinto. Así se observa en los dos poemas ya citados, como en este otro que podéis leer:

En el fondo de la estancia
un instante nos hallamos;
la sombra nos envolvía
y nadie quiso mirarnos.
Yo sentí que me embriagaba
el perfume de los nardos
que le prendí aquella tarde
sobre su vestido blanco.
Como entonces nos queríamos,
nuestros sueños se cruzaron:
yo me encontré sus mejillas
y ella se encontró mis labios (1).

¿Hay ejemplo en la poesía castellana de notas tan originales como la de esta última estrofa? La manera delicada de expresar la idea del beso en los dos últimos versos citados es uno de esos aciertos poéticos á que sólo se llega cuando se está en posesión de una personalidad indestructible. Sí; es preciso que os lo repita para que os penetréis bien. Poeta elegíaco como Juan R. Jiménez apenas se registra en la historia de la literatura española, si no retrocedemos á D. Jorge Manrique. Tiene el sentido de la elegía como nadie: la exigüidad de los medios de expresión sólo es comparable al ritmo interno que circula por todas sus estancias y les da una tan preciada individualización. En ciertas estrofas de *Rimas* llega, como he dicho, á esa *compenetración consigo mismo* que más tarde había de dictarle sus dos libros posteriores.

¡Qué triste es amarlo todo
sin saber lo que se ama! (2).

Este arrebato lírico tiene un acento de originalidad que difícilmente se buscará en las obras de los demás contemporáneos. Todos sus poemas posteriores están informados por aquella exquisita estancia de Ferrán que pone como epígrafe de *Rimas:*

Yo no sé lo que yo tengo,
ni sé lo que me hace falta,
que siempre espero una cosa
que no sé cómo se llama.

---

(1) *Rimas*, 17 y 18.
(2) *Primavera y sentimiento*, 45.

¿No veis en esta hermosa estrofa una remota semejanza con las canciones de Juan R. Jiménez, que tienen á la vez la artística indecisión de las coplas populares y el refinamiento sugestivo del poeta culto? Porque es gran verdad lo que ha dicho Rubén Darío de este *convalecente di squissiti mali:* «Es de los que cantan la verdad de su existencia y claman el secreto de su ilusión, adornando su poesía con flores de su jardín interior, lejos de la especulación *literaria* y del mundo del arrivismo intelectual. Su cultura le universaliza, su vocabulario es el de la aristocracia artística de todas partes, pero la expresión y el fondo son suyos, como el perfume de su tierra y el ritmo de su sangre... Y hay allí en esos versos admirables y exquisitos las mismas visiones y las mismas ansias que en las coplas populares que cantan las mozas enamoradas y los sonoros, duros y aullantes *cantaores*. Allí está la irremediable obsesión de la muerte, de la podredumbre sepulcral, de los corazones partidos, de la tristeza matadora. Sólo que el artista tiene una cultura europea, y si no fuese su *acento* mental, no se le conocería el origen ni la patria, y sus arias podrían ser *lieder* germánicos ó sonatinas parisienses que acompañaría la música de Debussy» (1).

Yo no podría explicar mejor la extraña dualidad de este poeta. Á la vez un encanto nacido de su simplicidad y un encanto nacido de su lirismo literario emana de esos versos fragantes y olorosos como la hierba silvestre. Yo me precio de haber leído todas las obras poéticas de mis contemporáneos; pues bien, no vacilo en declarar que, rotundamente, ignoro otros versos tan encantadores como éstos que ya he citado:

La dulce tarde moría
á nuestro alegre regreso:
¡qué hermoso día de campo
quedaba entre los recuerdos!

Nunca os lo repetiré bastante: para compenetraros con el hondo sentido de estos versos, con su oculto ritmo, necesitáis llegar á una tensión de ánimo, á una tan sublime hiperestesia como la que alcanzó el poeta en el momento de escribirlos. Un día de campo; la placidez de un idilio infantil; el encanto de una tarde de verano en provincias; la calma, entremezclada de hastío, sucediendo al ruidoso bullicio de un día de fiesta: todo eso es lo que se encierra en tan suavísima estrofa; todo eso y mucho más es lo que dicen esos cuatro sencillos versos. Su tono es el que luego se repite, incansablemente, en los otros dos volúmenes de versos. Por eso he dicho que algunos pasaje, de *Rimas* son la anticipación de los subsiguientes libros.

Y no es que Juan R. Jiménez haya sido siempre así, tal como le amamos ahora todos los que somos adoradores de la lírica española contemporánea: así, humildemente elegíaco con este tono tristón y truncado que parece un

(1) *Tierras solares*, 75.

gradual ó una secuencia en canto llano, como las que cantan á las horas de coro los sochantres en esas enormes catedrales góticas de provincia. Ha tenido su época de arrebatado concento lírico, de canto fogoso y caldeado á lo Espronceda, como se ve en sus primeros volúmenes *(Nínfeas* y *Almas de violeta)*, y de cuyo tono aún conserva vagas reminiscencias en *Rimas*, donde ciertas composiciones *(Á una niña mientras duerme, Los niños abandonados, Á lo lejos, Las niñas, Muerta, Visión, Inefable)* que, elegíacas ya por el fondo, son aun en su forma supralíricas, exageradamente líricas, si queréis, casi prosopopéyicas, como la buena tradición castellana las ordenaba hacer. Y que hubiera podido ser Juan R. Jiménez un poeta lírico de vigor, vibrante, candente, un poeta para la plaza pública, se adivina sólo con leer algunas de sus mejores composiciones líricas. Ésta, por ejemplo, que empieza:

Si fuésemos malditos y colgados
en el fondo de un bosque, soñadores,
y como los antiguos condenados
muriésemos sin lágrimas ni flores;
si á nuestra melancólica agonía
llegaran los rumores de las fiestas,
de las galantes fiestas, la alegría
de la aldea escondida entre florestas...

Esto es rotundo, esto es sonoro, esto es perfecto; esto cumple todos los requisitos de la lírica tal como la amaban los viejos maestros castellanos. Esto es armoniosamente lírico. Leed aún:

Y el sol de la alborada, un dulce día,
ya en tierra nuestros huesos, los montones
de viejos esqueletos doraría
con rayos más radiantes que ilusiones...
Y al cruzar por el bosque, los viajeros,
una noche de miedos y terrores,
hundirían con furia sus aceros
en los ágiles potros voladores,
que, rompiendo en fantásticas carreras,
haciendo brotar fuego á los peñascos,
aplastarían nuestras calaveras
con el golpe de hierro de sus cascos (1).

¿Notáis ahora la diferencia entre esta poesía y la poesía nueva, musical, que definitivamente ha adoptado Juan R. Jiménez? Esa poesía demasiado lírica requiere la acumulación de epítetos sonoros *(en los ágiles potros voladores)*, la repetición de palabras que expresan una idea idéntica *(una noche de*

(1) *Rimas*, 148 y 149.

miedos y terrores), el uso de consonantes exóticos *(haciendo brotar fuego á los peñascos),* el redondeo de los períodos *(con el golpe de hierro de sus cascos).* Todo esto está ausente de la poesía nueva: ésta requiere ante todo una obra de expurgo, de eliminación de elementos inútiles; se acerca más al lenguaje vulgar, se aparta de toda rimbombancia ultralírica; en una palabra: es la poesía menos literaria posible, pero la más poética. Comparad aquellos versos con estos otros:

Bajo la sombra y el sueño
de la dormida arboleda,
todo está lleno de luces,
de suspiros y de esencias;
los frescos labios sonríen,
los ojos mágicos juegan
en el alegre bullicio
del amor y de la fiesta...
La noche es dulce y tranquila,
noche azul de primavera,
llena de vagas caricias
y de olor de flores nuevas.
Miro y hablo, mientras lloran
los violines sus tristezas,
y por no llorar, sonrío
con amable indiferencia.
Todo está lleno de risas,
y entre el amor de la fiesta
nadie sabe que *mi alma*
se está muriendo de pena (1).

Considerada esta poesía como ejemplar acabado del estilo y tono elegíacos de Juan R. Jiménez y del carácter que han de animar en lo sucesivo sus obras poéticas, notad que á cada frase subrayada corresponde un rasgo distintivo de estas obras.

En conjunto caracterizan, pues, al poeta de *Arias tristes:* 1) selección de modernos giros sintácticos; uso de una construcción gramatical, más *abstracta,* si así puedo decirlo, que la empleada en la lírica anterior; 2) hallazgo de frases tan extrañamente sugestivas y de un sabor tan nuevo como ésa de que *los ojos mágicos juegan,* en la cual la idea contenida sería imposible expresarla de más poética y nueva manera; 3) visión del mundo exterior, del campo, y sobre todo, sensación *floral;* y 4) delicadeza de las emociones expresadas, es decir, carácter propiamente constitutivo de su poesía elegíaca.

***

(1) *Rimas,* 123 y 124.

¿Por qué no decirlo? El paisaje de Juan R. Jiménez no es precisamente lo que me agrada. Yo, cuando estudio á un poeta, sólo le estudio á través de las fases de su talento que más coinciden con mi visión del mundo exterior como del mundo interior. El paisaje de Juan R. Jiménez no es el paisaje que yo veo; así, pues, mi mejor crítica en este punto será el silencio. Mas no estoy tan ciego que no reconozca la belleza de estas estrofas paisajistas:

Entre el velo de la lluvia,
que pone gris el paisaje,
pasan las vacas, volviendo
de la dulzura del valle.
Las tristes esquilas suenan
alejadas, y la tarde
va cayendo tristemente,
sin estrellas ni cantares.
La campiña se ha quedado
fría y sola con sus árboles;
por las perdidas veredas
hoy no volverá ya nadie.
Voy á cerrar mi ventana,
porque si pierdo en el valle
mi corazón, quizás quiera
morirse con el paisaje (1).

Esto me agrada, esto es bello, porque esto es paisaje interior; más bien reflejo de paisaje en el alma que descripción pictórica y fría; quien tiene este sentido del paisaje, puede afinar sus potencias perceptivas y hacer su concepción más verídica, más fiel, menos artificial; el único defecto que yo encuentro en el paisaje de Juan R. Jiménez. Me gusta en el autor de *Jardines lejanos* la manera de describir el paisaje porque no es difuso; con una palabra da un trozo de campo, un lienzo de valle, una prismática refracción de la luz. Con cuatro versos *dice* todo un cuadro; lo que otros necesitan detallar minuciosamente. Así, por ejemplo:

Mañana alegre de otoño;
cielo azul, y sobre el cielo
azul las hojas de oro
de los jardines enfermos (2).

El aspecto del poeta que yo más amo es el que le hace ver otras recónditas bellezas del mundo exterior, como las expresadas en estas estrofas:

---

(1) *Arias otoñales*, 17 y 18.

(2) *Ibidem*, 19.

Á la puerta del jardín
se ha parado un pobre ciego,
llorando, con su organillo,
un aire dormido y viejo.

¿Qué vemos aquí sino el encanto elegíaco más sutil de la poesía moderna y la transmutación de todos los valores en materia de epítetos? Porque bien veis que la adjetivación es aquí completamente innovadora, desusada en España, tal como no la estilaba la lírica anterior á ésta. Un aire dormido y viejo... ¿Se hubiera dicho así en 1830? Aquí está, pues, una de las originalidades del poeta que desentierra bellezas tan secretas como las que encierra esa música de los ciegos ambulantes (1).

El mismo tema sentimental se repite sin cansancio en sus obras. Así en *Arias tristes* hay tres partes que pueden considerarse como las tres fases de su espíritu: *Arias otoñales* (paisajes de campo, visiones de valle). Así éstos:

Paisaje dulce: está el campo
todo cubierto de niebla;
ya se han ido lentamente
los rebaños á la aldea.
Es un paisaje sin voces,
triste paisaje que sueña,
con sus álamos de humo
y sus brumosas riberas.
Voy por el camino antiguo,
lleno de ramaje y yerba,
sin pisadas, con aromas
de cosas vagas y viejas (2).

Éste es el paisaje semejante al cantado en estos también dulces versos:

Río de cristal, dormido
y encantado; dulce valle,
dulces riberas de álamos
blancos, y de verdes sauces...
Río encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos dormidos
besan los claros cristales (3).

Estos cuartetos en asonante tienen la difícil sencillez de algunos romances de Góngora.

---

(1) Léase, en *Rimas, Tarde de aldea,* que da una sensación parecida.

(2) *Arias otoñales*, 23, IV.

(3) *Ibidem*, 29, VI.

Otra de las mejores inspiraciones de Juan R. Jiménez es el nocturno, la luna, de la cual canta:

Si hubiera siempre una luna,
una luna blanca y buena,
triste lágrima del cielo
temblando sobre la tierra,
los corazones que saben
por qué las flores se secan,
mirando siempre á la luna
se morirían de pena (1).

En otra parte dice:

Yo no sé lo que tiene la luna
que acaricia, que duerme y que calma
y que mira en silencio á los tristes
con inmensas piedades de santa (2).

Hay en esta parte del libro una cadencia de ensueño que á veces produce versos tan musicales y melancólicos como éstos, sin ejemplar en la elegía castellana.

¡Ay! Cuando venga el otoño
tal vez vayamos los dos
á encontrarnos en un bosque
sin luna y sin ruiseñor (3).

Además de la percepción de los más ocultos matices del mundo exterior, tiene este poeta una comprensión de las más ocultas modalidades del mundo psíquico. Ya he dicho ó creído decir que lo más agradable en él me parece el cúmulo de sensaciones nuevas y complejas que descubre. Por ejemplo, nunca en poesía elegíaca se han transcrito impresiones como éstas:

Yo no sé por qué mi cuerpo
no acaba ya de morirse;
¿para qué quiero la vida,
si para nada me sirve? (4).

Ó esta otra:

No puedo vivir; ¡qué triste
es cruzar solo la vida,
con el pobre corazón
lleno de flores marchitas!

---

(1) *Nocturnos*, 104, II.
(2) *Ibidem*, 115, VI.
(3) *Ibidem*, 121, VIII.
(4) *Ibidem*, XIII, 135.

Esta noche tengo el alma
tan serena y tan sumisa,
que parece que en el pecho
se me ha quedado dormida (1).

Éstos que ahora voy á citar son peculiarmente sugestivos, de un lirismo terrible, muy romántico, muy fatídico, con tono verleniano:

Y como nunca he querido,
á mí no me quiere nadie,
y como nadie me quiere,
quizás un día me mate.
Es triste tener un pecho
vivo en un mundo en que nadie
sabe aquello que ha querido
en el amor de la tarde (2).

Y este poeta tan abstracto, tan fantasista, viviendo en regiones supraterrenas, tiene también su sentido penetrante de las bellezas de la vida real y vulgar. Así dice:

Bajo el sol de la mañana
la campiña es dulce y bella,
con su río cristalino
entre la fresca arboleda.
Y á la sombra de los chopos
verdes de la carretera,
la gente va con sus yuntas
de vacas hacia la feria (3).

En el ambiente de modernidad que circunda toda la obra de este poeta hay el sentido de las más sutiles modificaciones mentales, de lo que casi me atrevería á llamar *caso clínico-lírico.* Aparte de que el personaje que anima su obra es un neurasténico con todos los rasgos psíquicos que caracterizan á un desequilibrado, hay notas de exaltación, como estas estrofas donde se estudia un momento de alucinación mental:

Alguna noche que he ido
solo al jardín, por los árboles
he visto un hombre enlutado
que no deja de mirarme.
Me sonríe, y lentamente,
no sé cómo, va acercándose,
y sus ojos quietos tienen
un brillo extraño que atrae.

---

(1) *Nocturnos*, v, 110.
(2) *Arias otoñales*, xxv, 86 y 87.
(3) *Recuerdos sentimentales*, xiv, 211.

He huído, y desde mi cuarto,
á través de los cristales,
lo he visto subido á un árbol
y sin dejar de mirarme (1).



Su último libro tiene los mismos rasgos que caracterizan á la obra anterior. En la primera parte hay reminiscencias de fiestas galantes. Así canta:

Á lo azul, en los jardines
llenos de faroles rojos,
los valses de los violines
nublan de llanto los ojos (2).

La segunda parte son los *Jardines místicos,* cantados con voz tan melódica como vais á oir ahora:

En el azul de la noche
triste, que viene cayendo,
se hunde románticamente
la tristeza del convento...
Y no se abre una ventana,
y no viene ningún beso,
y no hay una mano blanca
que nos llame desde lejos (3).

En resumen, este poeta está caracterizado así: por su comprensión del paisaje, paisaje un poco monótono pero bien poetizado; por sus canciones á la luna, que son de lo más original escrito hasta ahora en poesía española; por su visión de campo de tarde, de valle con lluvia y de mañana de sol en pradera florida, tres cuadros poéticos muy escasas veces bosquejados por los poetas modernos; por su penetración de las más recónditas cavidades del mundo psíquico, y sobre todo por su tono genuínamente elegíaco. Quiero repetirlo para terminar: yo nunca podré decir con palabras el encanto que tienen estas canciones del poeta de *Jardínes lejanos,* porque la poesía elegíaca es más apta para la admiración que para la crítica detallada, y de ahí que con tanta frecuencia haya acudido al procedimiento transcriptivo, que es en ocasiones un homenaje más sentido, si no tan clamoroso como el derroche de elogios. Y quiero repetir también que nadie podrá arrebatarle este honroso título: haber llegado en edad joven á ser el primer poeta elegíaco de España; el digno sucesor de aquel genial Gustavo Adolfo Becquer.

(1) *Nocturnos*, XVII, 145.
(2) *Jardines galantes*, XXVII, 94.
(3) IV, 122.

Su poesía, como dijo un crítico francés de la de aquel inspirado Alberto Samain (con quien tiene grandes afinidades el autor de *Arias tristes*, por haber sufrido primero las influencias de algunos poetas novísimos y haber seguido su técnica en sus tempranas producciones y después haberse reconcentrado en sí mismo y haber llegado á su plena posesión, escribiendo en un estilo lúcidamente inconexo, cortado, penetrante, dando una de las notas más originales de la lírica española), es una poesía de solitario, «algo como la intensa soñación de un pensamiento que no se despliega al exterior y que, cuanto más se concentra en sí mismo, se hace más ardiente y doloroso. Ningún poeta tuvo más miedo á las multitudes ni á la vida misma; si consiente en escuchar—pero de muy lejos—el vano tumulto, es sólo para temerlo más y estar más solo en la intimidad de su meditación. Toda exuberancia le ofendería... Se siente aislado definitivamente y no quiere más que respirar aparte, como un tesoro clandestino, el lirio de la soledad».

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.



EL ÚLTIMO AMERICANO

(FRAGMENTO DEL DIARIO DE KAHN-LI, PRÍNCIPE DE DIMPH-YOO-CHUR Y ALMIRANTE DEL EJÉRCITO PERSA).

EDITADA POR J. A. MITCHELL

TRADUCCIÓN DE

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO [1]

I

A bordo del *Zlötuhb*, en el año 2951.

10 de Mayo.

¡Tierra! ¡Avistamos tierra!

Grip-til-lah fué el primero que la vió, y cuando voceó la noticia mi corazón palpitó de alegría. La famélica tripulación se había olvidado de sus estómagos vacíos y bailaba sobre cubierta. No habrá quien los aguante, lo adivino. Un mes de hambre sobre un mar revuelto es preparación para cualquier locura. Sólo Nöfühl no demuestra entusiasmo. El corazón del viejo parece muerto.

---

(1) Confieso que el autor me era desconocido por completo cuando leí este libro original, escrito en el tono de las novelas de Wells y de algunas páginas de la última obra de Anatolio France: *Sur la pierre blanche.* Aquí no ha hecho algo parecido, que yo recuerde, nadie más que Nilo Fabra en sus dos series de cuentos: *Presente y futuro.* Á pesar de la ortografía persianizada de los nombres americanos, ortografía que hemos conservado porque agrega más á la ironía de la obra, nuestros lectores fácilmente entreverán la alusión á las importantes ciudades mencionadas por el viajero persa. La dedicatoria de este libro es de una edificante ironía. Dice así: «Al Americano que está más que satisfecho de sí mismo y de su país, se le dedica afectuosamente este volumen». Por último, al primer capítulo anteceden unas palabras liminares, *a few words* de Hedful, donominado *El Eje de la Sabiduría*, «Conservador del Museo Imperial en Shiraz, Autor de la *Conquista celestial de Kaly-phorn-ya* y de la *Mehrika Septentrional bajo los gobernantes Hy-Berny-anos.* «Los asombrosos descubrimientos de Khan-Li de Dimph-yoo-chur han derramado torrentes de luz sobre la vida doméstica del pueblo mehrikano. Mal comprendió el servicio que estaba prestando á la Historia cuando desembarcó en el continente sepultado, ni qué entusiasmo excitarían sus descubrimientos entre los arqueólogos persas... Para provecho de los que han de hacer conocimiento con este pueblo extraordinario, aconsejo prime-

La vista abarca una llanura, una cinta borrosa que se extiende á lo largo del horizonte. Corre una dulce brisa del Nordeste, pero esto nos sirve de cruel estorbo, porque el *Zlötuhb* es un buque pesado, que con su obtusa proa y su voluminoso costado sirve poco para hacer grandes marchas.

Cuando nos vamos acercando parece que la tierra está cubierta de árboles, y las blancas rompientes de las olas á lo largo de la costa amarilla producen un soberbio efecto de luz.

II.

11 de Mayo.

Hemos avistado un hermoso puerto esta tarde, y ahora estamos echando el ancla.

Grip-til-lah cree que hemos llegado á una de las islas occidentales conocidas con el nombre de Ben-a-Bout. Nöfühl, sin embargo, está seguro de que vamos hacia el Norte.

III

¡Qué cambio se ha realizado en Nöfühl! Ahora es el hombre más alegre de á bordo. Nosotros compartimos su alegría, porque nuestros descubrimientos son verdaderamente maravillosos. Esta mañana, mientras yo estaba en mi

---

ro una visita al Museo de Teheran para excitar su interés en el asunto, y en segundo lugar que se lean libros como los de Nöfühl: *Lo que encontramos en el Occidente* y la *Historia de los americanos* de Nöz yt-ahl. El último nombrado es una historia completa y documentada de este pueblo desde el nacimiento de la República bajo George Wash-yn-tun hasta el año 1990, cuando cesó de existir como nación. Debo decir, sin embargo, que Nöz-yt-ahl deja al lector muy confuso respecto al período intermedio entre la matanza de los protestantes en 1907 y la ruina de la dinastía de Murfey en 1930. Sostiene, con muchos otros historiadores, la opinión de que los americanos eran una raza de escaso ó ningún patriotismo y puramente imitativa; sencillamente una copia ampliada de otras nacionalidades existentes en aquella época. Declara que eran hombres superficiales, nerviosos, extravagantes y les concede pocas virtudes en recompensa. Esto es justo, naturalmente; pero, con todo, siempre será un estudio interesante por razón de su rápido desarrollo, su vasta población, su maravillosa ingenuidad mecánica y su repentina y casi inesperada desaparición. La riqueza, lujo y decadencia gradual de la población indígena; los terribles cambios climatéricos que barrían el país como la guadaña de un segador; la rápida conversión de un vasto continente, poblado por millones de hombres amantes de los placeres, en una silenciosa soledad, donde el sol y la luna contemplan centenares de ciudades en que crece la hierba: todo esto lo cuenta Nöz-yt-ahl con energía y exactitud.» Seguramente será muy del agrado de los lectores de NUESTRO TIEMPO esta novela, donde muy desenfadadamente se critica la civilización actual norteamericana, que tanto pasma y engolosina á muchos de nuestros más cultos intelectuales, sajómanos á ultranza. Y para que se vea que el autor habla sin apasionamiento, haré notar que el epígrafe de este libro es: «Aquí está la verdad. Es una píldora amarga, pero una buena medicina.» *(Here's Truth. 'Tis a bitter Pill but good Physic.).—N. del T.*

litera, entró en el camarote y, olvidando nuestra diferencia de categoría, me cogió del brazo y trató de arrastrarme consigo. Tan excitado y en tensión estaba que apenas percibí el significado de las palabras. Corriendo tras él, me asombré de ver cómo unos miembros tan gastados podían transportar á un hombre con tanta rapidez. Brincó por las estrechas escaleras como un becerro; y, aunque yo soy joven, me costó trabajo seguirle.

Pero ¡qué perspectiva abarqué cuando subí á cubierta! Nada de aquello lo vimos ayer, porque el vaho de la tarde nos lo ocultaba cuando echamos ancla.

En medio de la bahía erguíase una gigantesca estatua, muchas veces más alta que los mástiles de nuestro buque. Al otro lado de la estatua corría el río sobre cuyas aguas flotábamos, con la superficie toda centelleante por el fulgor del sol naciente. Al Este, adonde Nöfühl estaba apuntando con sus dedos, temblando de excitación, yacían las ruinas de una ciudad inmensa, que se alargaba tierra adentro, más allá de lo que nuestra vista podría alcanzar. Y en la margen derecha del río alzábanse dos colosales edificios, como dos hermanos gemelos que guardasen las calles desiertas. Ni un sonido llegaba á nosotros; ni un objeto flotante turbaba la superficie del agua. Verdaderamente, parecía el Sueño de la Muerte.

Sentí una gran sorpresa.

Mientras así estábamos mirando, un pájaro extraño, como una garza, se alzó con un grito salvaje de la base de la gran estatua y voló hacia la ciudad.

—¿Qué significa todo esto?—grité.—¿Dónde estamos?

—¡Dónde!—dijo—Nöfühl. Si yo no veo más que esto, oh Príncipe, ¿cómo podré decir lo demás? Ningún viajero ha mencionado estas ruinas. La historia persa no contiene recuerdo alguno de tal pueblo. Allah ha decretado que descubramos un mundo olvidado.

IV

Al cabo de una hora desembarcamos y nos encontramos en una calle antigua, con las losas cubiertas de hierba, musgo y flores silvestres; todo mezclado en salvaje negligencia. Árboles corpulentos de gran antigüedad incrustaban sus ramajes por ventanas y tejados y producían un efecto lúgubre. Daban una sombra apacible, con lo cual pudimos soportar más resignadamente el calor. Los curiosos edificios de ambos lados de la calle están asombrosamente conservados, y todavía en muchas de sus ventanas había ozos de vidrio.

Vagábamos por entre la espesa maleza, Nöfühl y yo, muy entusiasmados n nuestros descubrimientos, y encantados por el extraño paisaje. El sol rilla con claridad deslumbradora; los pájaros cantan; las ruinas están aleradas por las flores silvestres. Pronto nos encontramos en lo que algún día é plaza pública, que ahora estaba melancólica como un cementerio.

Sentámonos en una columna derruída y contemplamos los magníficos edificios que nos rodeaban. Entonces yo pregunté á Nöfühl si todavía ignoraba dónde nos encontrábamos, y él dijo:

—Aún no lo sé. La arquitectura es parecida á la de la Europa antigua, pero eso no dice nada.

Entonces le repliqué:

—Esto debe enseñarnos ¡oh Nofuhl! la insensatez de la sabiduría excesiva. ¿Quién creería entre los discípulos del Colegio Imperial de Ispahan que su venerable profesor de historia y de idiomas visitaría la mayor ciudad del mundo y sabría tan poco de ella?

—Tus palabras son prudentes, oh Príncipe—respondió;—pocos niños sabrán menos.

V

Cuando abandonábamos este cementerio, mis ojos se fijaron en una lápida que parecía ostentar una inscripción. Estaba caída á nuestros pies, medio oculta por la hierba. En su superficie había caracteres exóticos en relieve, tan claros y legibles como cuando fueron esculpidos diez siglos ha. Se la señalé á Nöfühl y la escrutamos con avidez.

Rezaba así:

ASTOR HOUSE

(Casa de Astor)

—La inscripción está en inglés antiguo—dijo.—*House* (casa) significa *a dwelling* (mansión), pero la palabra Astor no la conozco. Probablemente sería el nombre de una divinidad, y éste su templo.

Esto nos animó, y buscamos con la mirada otros signos.

VI

Nuestros pasos nos llevaron pronto á otra calle, y mientras caminábamos yo expresé mi sorpresa por la asombrosa conservación de las obras de cantería, que parecían labradas ayer.

—En una atmósfera así, la decadencia es lenta—dijo Nöfühl.—Lo menos han pasado mil años desde que estas casas estaban habitadas. Ahí tenéis el roble, por ejemplo: el mismo árbol ha estado creciendo por lo menos cien años, y sabemos, por lo que existe debajo de él, que han pasado siglos antes de que hubiera sido posible su nacimiento.

Detúvose; sus ojos se fijaron en una inscripción grabada en una puerta, oculta en parte por una de las ramas del roble.

Volviéndose de súbito hacia mí con una mirada de triunfo, exclamó:

—Esto es nuestro.

—¿Qué es nuestro?—pregunté yo.

—Las noticias que buscábamos;—y señaló la inscripción que decía:

NEW YORK STOCK EXC...

(Almacén de New-York...)

Estaba trémulo de júbilo.

—¿Tú has oído hablar de Nhü-York, oh Príncipe?

Yo respondí que había leído algo de eso en la escuela.

—¡Pues ahora estás en la ciudad! Estamos en el Continente Occidental. ¡Ya no me extraña que nos haya parecido largo el viaje!

—¿Y qué era Nhü-York?—pregunté.—Leí algo de ella en el colegio, pero recuerdo poco. ¿No era la capital de los antiguos mehrikanos?

—La capital no—respondió,—pero sí su mayor ciudad. Su población era de cuatro millones.

—¡Cuatro millones!—exclamé.—¡En verdad, oh Fuente de Sabiduría, que es mucho para una ciudad!

—Así es la historia, Príncipe. Por otra parte, como sabes, nos llevará muchos días el recorrer la ciudad.

—Sí; la verdad es que esto es interminable.

El continuó así:

—¡Parece mentira que una sola palabra pueda decir tanto! Estas férreas construcciones, la enorme estatua del puerto, los templos con sus torres puntiagudas: todo está tal como se cuenta en la historia.

Á lo cual yo repetí que sabía poco de los americanos, salvo lo que había aprendido en el colegio—unas pocas nociones mal cogidas,—porque era un pueblo que me interesaba poco.

—Sentémonos á la sombra—dijo Nöfühl,—y te hablaré de ellos.

Nos sentamos.

—Por espacio de once siglos las ciudades de este hemisferio han estado sepultadas en la soledad. Su misma existencia se ha olvidado. Los hombres que las habitaban han desaparecido mucho há, y su civilización no es más que una tradición sombría. Los historiadores se pasman de que una nación de más de sesenta millones desapareciese de la tierra como neblina y dejase tan poco tras de sí. Pero para los que conocen su vida ó carácter es imposible la sorpresa. No tenían nada que dejar. Los mehrikanos no poseían ni literatura, ni arte, ni música propia. Todo era prestado. Los mismos trajes que gastaban estaban copiados con grotesca precisión de los modelos de otras naciones. Era una raza viva, inquieta, de agudo ingenio, muy voraz, dada en cuerpo y alma á la acumulación de riquezas. Su pasión principal era comprar y vender. Hasta las mujeres, lo mismo de las clases altas que de las bajas, gastaban mucho tiempo en compras, agrupándose y empujándose en

vastos mercados, porque su atavío era complicadísimo y les robaba la mayor parte del tiempo.

—¡Qué degradante!—exclamé.

—Así debió haber sido—dijo Nöfühl.—Mas no dejaban de tener sus virtudes. Su vida doméstica era feliz. Un hombre no tenía más que una esposa y la trataba como igual suya.

—¡Eso es curiosísimo! Mas, por lo que recuerdo, debía ser un pueblo de honor muy elástico.

—Así se le consideraba—dijo Nöfühl;—su honor comercial era una chanza. Eran más rapaces que los turcos. La prosperidad era su dios y la astucia y la inventiva sus profetas. Su incansable actividad no puede comprenderla ningún persa. Todo este vasto país estaba animado por ruidosas industrias, y los nerviosos mehrikanos se transportaban con inconcebible rapidez de una ciudad á otra por un sistema de locomoción que sólo podemos conjeturar. Existían caminos con barras de hierro encima sobre las cuales rodaban casas pequeñas de ruedas con tal velocidad que se hacía en una hora la jornada de un día. Enormes buques sin velas, arrastrados por una fuerza misteriosa, llevaban centenares de personas al mismo tiempo á los puntos más remotos de la tierra.

—¿Y se han perdido esas cosas?—pregunté.

—Sabemos mucho acerca de las fuerzas—dijo Nöfühl,—pero se ha olvidado la manera de aplicarlas. Los mismos elementos parecen haber sido esclavos suyos. Las ciudades estaban iluminadas de noche por las lunas artificiales, cuyo esplendor eclipsaba á la luna del cielo. Se usaban extraños artefactos para conversar juntos cuando estaban separados por una distancia de muchos días. Algunos de estos utensilios existen hoy en los museos persas. Las supersticiones de nuestros antepasados consintieron que se perdiesen los secretos durante estos siglos sombríos de los cuales hemos despertado al fin.

En este momento oímos á distancia la voz de Bhoz-jä-käz; había encontrado un manantial y nos llamaba.

Nunca habíamos sentido tanto calor, y cada hora iba aumentando. Á la orilla del río había algo más de calma; pero, aun así, la respiración se detenía anhelante en nuestros pechos. Nuestros semblantes relucían como escamas de pescados, pero las calles estaban como hornos y volvimos al *Zlötükh*.

VI

Cuando me senté sobre cubierta esta tarde para recordar los acontecimientos de la mañana en este diario, Bhoz-jä-khäz y Ad-el-pate se aproximaron, pidiendo permiso para coger el bote y visitar la gran estatua. Con lo cual Nöfühl nos hizo saber que esta estatua había sido en tiempos antiguos una antorcha iluminando todo el puerto, é instó á Ad-el-pate para que investigase y descubriese cómo se producía la luz.

Volvieron á la tarde con esta información: que la estatua no es de bronce macizo, sino hueca; que subieron por una escalera de hierro hasta la cabeza de la imagen y nos vieron con sus propios ojos; que Ad-el-pate, en la obscuridad, sentóse á descansar en un nido de moscas amarillas con rayas negras; que estas moscas incrustaron aguijones en la persona de Ad-el-pate, haciéndole lanzar estrepitosos clamores y bajar las escaleras con inesperada agilidad; que Bhoz-jä-khäz y los demás treparon por el brazo levantado de la estatua y llegaron al fin á la misma antorcha de bronce; que la ciudad se extendía á sus pies como un mapa, cubriendo la campiña en muchas leguas de extensión á ambas márgenes del río. En cuanto á iluminar el puerto, Bhoz-ja-khäz dice que Nöfühl se ha equivocado; no hay vestigios de nada que pudiera dar luz, ni cacharro para el aceite ni rastros de fuego.

Nöfühl dice que Jä-khäz es un idiota, y que él mismo irá á verla.

VII

Esta mañana hubo un descubrimiento sorprendente.

Al desembarcar exploramos una parte de la ciudad donde las construcciones son de un carácter diferente de las que vimos ayer. Nöfühl las considera como las moradas de los ricos. En la forma son agregados de ladrillos; todas muy parecidas, poco interesantes y monótonas.

Encontramos una donde todavía están en pie las puertas y postigos de las ventanas, pero desprendidas de los fantásticos goznes que las sostenían. Cuando pisamos el pavimento de mármol se presentó á nuestra vista un espectáculo inesperado. Mobiliario, estatuas, cuadros obscuros en marcos rotos, imágenes de bronce y de plata, espejos, cortinas: todo estaba allí, pero todo en estado de decadencia. Abrimos las ventanas, y la luz penetró en los salones cerrados durante tantos siglos. ¡En el primero se extendía una alfombra de Persia! Raída, desgarrada por muchos sitios, parecía pedirnos con ojos moribundos que la sacásemos de allí. Mi corazón se enterneció ante la vista de aquella antigua alfombra y sorprendí una mirada de burla en los ojos de Lev-el-Hedyd.

Cuando ascendíamos por la escalera, manifesté la sorpresa de que los trajes y las obras de madera se conservasen intactos durante tantos siglos, y dije:

—Estos mehrikanos no eran tan despreciables como creemos.

—Acaso—dijo Lev-el-Hedyd;—pero la alfombra persa es el objeto más nuevo que hemos visto, y tal vez fuese antiguo cuando lo compraron.

De esta habitación pasamos á otra sombría, espaciosa y algún día suntuosamente amueblada. Cuando Lev-el-Hedyd abrió las puertas y descorrió las raídas cortinas, nos asombramos ante el espectáculo que se nos presentaba. Sobre un amplio lecho situado en el centro de la habitación yacía una forma humana, con el largo pelo amarillo colgándole. Era más bien una mo-

mia que un esqueleto. Alrededor, sobre el lecho, había fragmentos de la sábana blanca que un día le cubrió. En los dedos de la mano izquierda centelleaban dos anillos que nos llamaron la atención. Uno era un diamante de gran valor, y otro estaba compuesto de zafiros y diamantes curiosamente elaborados. Estuvimos un momento en silencio, contemplando melancólicamente aquella figura.

—¡Pobre mujer—dije;—dejarla así morir sola!

—Es más probable—dijo Nöfühl—que ya hubiese muerto, y sus amigos, marchándose quizás á toda prisa, fueron incapaces de quemar el cuerpo.

—¿Quemar el cuerpo?—preguntó.—En mi historia se escribe que los enterraban debajo de tierra como las patatas y los dejaban pudrirse.

Y Nöfühl respondió:

—En algún tiempo ocurrió así; pero, cuando se fueron civilizando más, se abandonó la costumbre.

—¿Es posible—respondí—que esta mujer haya estado yacente aquí durante cerca de mil años y así se conservase bien?

—Yo también estoy sorprendido—dijo Nöfühl.—Sólo puedo explicarlo por la extremada sequedad del aire que absorbe las emanaciones del cuerpo y retarda la descomposición.

Entonces, acariciando tiernamente con su mano el pelo amarillo, exclamó.

—Probablemente era muy joven, apenas de veinte años.

—¿Eran hermosas sus mujeres?—pregunté.

—Eran bellas—respondió;—tenían formas graciosas y lindos semblantes; daban regocijo á la vista; también eran alegres y animadas.

Á lo cual gritó Lev-el-Hedyd:

—Esas son las mejores palabras que has pronunciado, oh Nöfühl. ¡Cáusame disgusto la extensión de este pueblo! ¡Siempre ocupan un puesto en mi corazón las mujeres ruborosas!

—Entonces no lamentes que ésta haya durado tan poco—respondió Nöfühl,—porque las damiselas americanas no eran ruborosas como tú te lo figuras. El rubor era un arte que practicaban poco. La esquivez que tú amas en una doncella persa era para ellas una cosa desconocida. Nuestras hijas no tienen semejanza alguna con estos productos occidentales. Trotaban por las calles públicas con los ojos muy abiertos y los semblantes sin rubor alguno, teniendo conversación libre con hombres como con mujeres, audaces de lenguaje y sueltas de modales, yendo y viniendo como mejor les parecía. Sabían mucho del mundo, administraban sus propios asuntos y concertaban sus casamientos, cambiando muchas veces de idea y casando con otro que con el prometido.

—¡Voto á cribas! Y los hombres ¿amaban esas cosas?—exclamó Lev-el-Hedyd con mucho dolor.

—Así parece.

—Además debo agregar que la novia americana tenía muchas veces la frescura de un higo seco.

—Así era—dijo Nöfühl;—pero los que sólo conocen el higo seco no suspiran por la fruta fresca. La culpa no era de las muchachas. Se educaban como muchachos, con los mismos estudios y el mismo desarrollo mental: con eso la parte más femenina de su naturaleza se desvanecía gradualmente cuando su espíritu progresaba. El vigor de la inteligencia era el objeto de la educación de una mujer.

Entonces Lev-el-Hedyd exclamó con gran disgusto:

—¡Gracias sean dadas á Allah por su auxilio para exterminar ese pueblo! —y se apartó de la cama y comenzó á mirar por la habitación. Al momento volvió junto á nosotros, diciendo:

—¡Aquí hay más joyas! ¡Y dinero!

Nöfühl tomó las monedas.

—¡Dinero!—gritó.—¡El dinero nos dirá más que muchas páginas de historia!

Había monedas de plata de distintos precios y dos piezas pequeñas de cobre. Nöfühl las examinó atentamente.

—La última fecha es 1937—dijo;—hace poco más de mil años; pero la moneda puede haberse puesto en circulación algunos años antes de que muriese esta mujer; también pudo haberse acuñado el año mismo de su muerte. Ostenta el busto de Dennis, el último de los dictadores hy-burnyanos. Se supone que la raza se extinguió antes del año 1990 de su era.

Entonces dije:

—Nunca nos has hablado ¡oh Nöfühl! de la causa de su desaparición.

—Hubo muchas causas—respondió.—Los mismos mehrikanos eran de origen inglés, pero aquí vinieron en gran número pueblos de todas las naciones de Europa. Aunque los primeros eran vigorosos y robustos, el efecto del clima sobre las generaciones posteriores fué fatal. Nacieron hombres de mejillas hundidas, de cuerpo endeble, de pelo ralo, de dentadura frágil, de malas digestiones. Las enfermedades nerviosas, desconocidas para nosotros, causaron un terrible estrago. Los niños eran criados con dificultad. Entre 1925 y 1940, el último censo del cual nos quedan recuerdos, la población decreció desde noventa millones hasta menos de doce. Los cambios climatéricos, tales como nunca los ha experimentado ninguna otra nación, comenzaron en aquel período, y en menos de diez años acabaron una obra que habían facilitado los temperamentos nerviosos y las vidas rápidas. La temperatura variaba en un mismo día desde un calor canicular hasta un frío invernal. No había constitución que pudiera resistir eso, y este vasto continente se convirtió en una soledad...

Mucho más nos dijo por este estilo, pero tengo mucho sueño para escribir más. Exploramos el resto de la mansión, encontrando muchas cosas de interés. Llevo varios objetos á bordo del *Zlötühb*.

VIII

Más calor que ayer.

Por la tarde recorrimos el río y saltamos á tierra para dar un corto paseo. Es peligroso desafiar al sol.

Cuanto más voy aprendiendo de estos americanos, menos me interesan. Nöfühl es de la misma opinión, á juzgar por el diálogo que tuvimos ayer mientras paseábamos juntos.

—¡Qué iguales son las casas! ¡Qué monótonas!—dije yo.

—Así eran los ocupantes. Pensaban igual, trabajaban igual, comían, vestían y conversaban igual. Leían los mismos libros; se hacían vestidos idénticos, sin tener en cuenta la figura ó la talla del individuo y copiando servilmente las modas de Europa.

—Pero el atavío del europeo debió haber sido muy incómodo con el calor del estío mehrikano.

—Así era probablemente. Tiesas armazones de varias formas adornaban la cabeza de los hombres. Curiosas chaquetas con tirantes mangas ceñían el cuerpo. Los pies ardían y reventaban en estrechos aparatos de cordobán, y tiras de tela atiesadas por medios artificiales apretaban el cuello.

—¡Ah, qué idiotas!

—Así les consideramos hoy.

—Y ¿á qué cualidad de su espíritu—dije yo— atribuirémos esa afición al sufrimiento innecesario?

—Era su deseo de ser como los demás. Sentimiento natural en una persona vulgar.

(Concluirá.)



REVISTA DE REVISTAS

EL SOCIALISMO DE ANATOLIO FRANCE

La Revue (1).

A propósito de la publicación del último libro: *Sur la Pierre blanche,* de Anatolio France, Jorge Pellisier diserta sobre el aspecto socialista contenido en dos ó tres fragmentos de la obra: especialmente en el titulado *Par la porte de corne ou par la porte d'ivoire,* donde se relata un sueño profético de Hipólito Dufresne, en el que se traza un cuadro de la ciudad futura.

«Recuerdo haber explicado en esta misma Revista por qué especie de evolución France, que había encontrado hasta entonces un placer maligno en embrollar las nociones del bien y del mal, entró un día en plena batalla y puso de manifiesto la fe, el ardor, el generoso entusiasmo que encubría su ironía sutil. El supuesto escéptico renunciaba, pues, á su divina ataraxia. Y, defensor de la verdad y de la justicia en el asunto Dreyfus, su culto por la justicia y por la verdad le convirtieron al punto en un apóstol del nuevo Evangelio.»

Ya en la *Biblioteca Socialista,* con el título de *Opiniones sociales*, se habían recogido algunos extractos de las obras anteriores de France; dentro de poco se publicará otro volumen en la misma biblioteca; volumen que contendrá muchas páginas de su último libro y el relato íntegro de Hipólito Dufresne. En los extractos anteriores son notables las disertaciones de Jerónimo Coignard sobre la justicia y la utilidad y las ideas del mismo sobre la estupidez é ignorancia que acompañan á los ejércitos. En realidad nada de eso es propiamente socialista. Pero ¿no es favorecer el socialismo y preparar su advenimiento el criticar las leyes, las instituciones y las costumbres actuales y poner en claro su iniquidad ó su vanidad?

Así en su última obra propiamente socialista no hay nada (á no ser que se califiquen así las páginas contra la guerra, sobre la cuestión de las razas, sobre la po-..ca colonial y sobre el peligro amarillo) hasta que se llegue al *sueño colectivista* que ..rmina el libro. No es la primera vez que France hace profesión de colectivismo. ..cordad, por ejemplo, el *Conte pour commencer gaiment l'année,* en el cual Juan ..arteau escandaliza al director del *Nouveau siècle illustré* declarándole que la piedad

(1) 15 de Marzo.

de los ricos hacia el pobre es injuriosa para la fraternidad humana; que se trata, no de piedad, sino de justicia, y que la justicia les obliga á restituir. ¿Citaré además las páginas en que Bergeret traza ante su hija un bosquejo de la república futura, de una república que dará todo á todos? «Papá, dice Paulina con tranquilidad, eso es el colectivismo.» Y Bergeret, que no se asusta de la palabra ni de la cosa, le muestra sin conmoverse las mil formas que ya soñaba la propiedad colectiva; no sólo el aire y la luz son bienes comunes de los hombres (ó como decía Lubbock: *el paisaje es de todos*), sino que en nuestra sociedad misma los caminos, los bosques y las bibliotecas no pertenecen á nadie; pertenecen á todo el mundo.

El título del sueño de Dufresne *Par la porte de corne ou par la porte d'ivoire* está basado en unos versos de Homero, donde el rápsoda ciego nos hace saber que si los sueños pasan por la puerta de cuerno deben cumplirse, y si pasan por la de marfil son puros simulacros. No obstante, hay probabilidades de que el sueño de Hipólito Dufresne no sea completamente ilusorio. Como ha dicho Nicolás Langelier, el conocimiento del pasado y del presente nos permite por lo menos vislumbrar lo porvenir. Dufresne se duerme una noche escuchando frases de una sonata de Mozart que le hacen pensar «*en templos de mármol entre follajes azules*» (pág. 249). En su sueño lo primero que ve es una calleja desierta donde flotan oriflamas rojos con esta enseña: *Federación europea*. «Había también horarios de globos y un mapa de las corrientes atmosféricas trazado el 28 de Junio del año 220 de la federación de los pueblos.» Al encontrarse así de súbito plantado en el año 2270 de la era cristiana, se pregunta cómo eso ha podido ocurrir. «Que yo sepa, yo no estuve conservado durante tantos años en el estado de momia como el coronel Fouigas. No he guiado la máquina por la cual explora el tiempo H. J. Wells. Y si he saltado tres siglos y medio durmiendo, á ejemplo de William Morris, no puedo saberlo, puesto que soñando se ignora que se sueña.»

Á continuación los hombres con quienes tropieza le explican las modificaciones creadas en la nueva sociedad colectivista. «La tierra está bien cultivada desde que los químicos son los cultivadores. Nos hemos ingeniado y trabajado mucho desde hace trescientos años. Para realizar el colectivismo se ha hecho rendir á la tierra cuatro y cinco veces más de lo que rendía en las épocas de anarquía capitalista» páginas 263 y 264). «La sociedad colectivista, dice Morin, no sólo difiere de la sociedad capitalista en que en la primera todo el mundo trabaja. Durante la era anterior, las personas que no trabajaban eran numerosas; sin embargo, formaban la minoría. Nuestra sociedad difiere especialmente de la anterior en que en ésta el trabajo no estaba coordinado y se hacían muchas cosas inútiles. Los obreros producían sin orden, sin método, sin concierto» (pág. 289). Otras curiosas noticias sobre la evolución de la propiedad se leen en la última y notable obra de France. «¿Se dirá que Anatolio France modela el mundo con arreglo á sus quimeras? Eso ocurrió en to tiempo con los profetas... Tomemos, pues, como un sueño lo que como un sueño nos da. Mas no olvidemos que los ensueños de los filósofos han tenido siempre misterioso poder de modelar el porvenir á su capricho. Así se ha realizado el por greso de nuestra raza, de siglo en siglo.»

EL MOVIMIENTO FEMINISTA MODERNO

Soziale Kultur (1).

Die moderne Frauenbewegung: así titula el Dr. P. Oberdörffer un interesánte estudio á propósito del congreso celebrado en Berlín del 13 al 18 de Junio del año pasado por las señoras pertenecientes á la *Confederación Femenina Internacional*. Á ésta pertenecen diez y nueve asociaciones nacionales con siete millones de damas. Estamos, pues, frente á un poderoso movimiento femenil desconocido en la historia, fenómeno social de gran importancia que merece un estudio detenido. ¿De dónde viene este movimiento? ¿Cuáles son sus causas y su objeto? Es completamente moderno. En los primeros siglos del Cristianismo, la tranquila casa era el único dominio de la mujer que aspiraba á mejorar su condición: estaba contenta con la posición que su propia naturaleza le daba. En la época del renacimiento y del humanismo las mujeres se reunían, verdad es, en ciertas corporaciones, pero con miras de industria ó de estudio y sin ninguna idea de emancipación. Ésta surge con el debilitamiento del espíritu cristiano; y los reformistas han contribuído mucho á ello. Las doctrinas de Lutero, considerando el matrimonio como un vínculo civil y no reconociendo su santidad é indisolubilidad, modificaron la posición de la mujer. Además del protestantismo trabajó por la emancipación de la mujer el liberalismo inglés, con las obras de Hobbes, Locke, Smith y particularmente con la célebre de María Wostonecraft sobre la *Defensa de los derechos de la mujer*. En Francia, á los escritos de Montesquieu, de Rousseau y de Voltaire siguió una *Declaración de los derechos de la mujer* de Olimpia de Gourges. En Alemania influyeron mucho los filósofos franceses, pero completaron la obra Kant, Fichte y Hegel, y á sus doctrinas se debe la publicación de un libro *Sobre la reforma civil de la mujer* y de un folleto *Sobre la educación de la mujer*.

Pero el verdadero movimiento feminista comenzó en Francia en la época de la Revolución. Olimpia de Gourges presentó en 1789 á la Asamblea Nacional una proposición sobre la igualdad de los derechos políticos de los dos sexos y entregó á la reina María Antonieta la *declaration des droits des femmes*. En esta época las mujeres tomaban parte en los empleos públicos, en las discusiones, fundan sociedades y periódicos, y en 1793 Condorcet vuelve á presentar á la Convención la propuesta para la igualdad de los derechos; pero en el mismo año la Convención, á consecuencia de las excesivas pretensiones de las mujeres, suprime todos sus derechos. En 1830 el movimiento feminista se reaviva con Saint-Simon y George Sand. En 1858 Proudhon quiere sostener la inferioridad de las mujeres. Las discusiones que siguieron animaron cada vez más la cuestión feminista y del campo revolucionario la llevan al campo ocial y económico. María Desraimes fué la principal promotora de este movimiento ocial; en 1876 fundó la *Société pour l'amelioration du sort de la femme*; en 1878 se celebró en París el primer congreso internacional. En 1879 se forma también en

(1) Febrero de 1905.

Francia un movimiento que trata de resolver la cuestión feminista según los principios cristianos; está capitaneado por la señora Moreau y la señora Maugeret é inspira el periódico parisién *La femme contemporaine*.

En Inglaterra, por las condiciones especiales del país, el movimiento feminista se desarrolla más tarde: en 1860 por las obras de Jameson, Smith, Parkes y Boucherett, en 1870 pulularon las uniones, asambleas, gacetas, etc. En la América del Norte la mujer siempre ha disfrutado de muchos privilegios y de una posición más libre y más independiente. Por consecuencia, la tendencia feminista se refiere más á la igualdad política que á otras cuestiones, y en este terreno se han logrado aquí mayores éxitos que en otros países. Estas tendencias han recibido su impulso en 1832 con el movimiento abolicionista; en 1850 se celebró el primer congreso con este fin, y en 1869 se fundaron dos gremios: *Woman suffrages* y *Associations* con sus respectivos periódicos. En 1888 se celebró en Washington un congreso internacional que dió por resultado la formación de un *National Council of Women* y de un *International council of women*; estas corporaciones celebran congresos cada cinco años, y el último fué el de Berlín á que aludimos. El artículo continuará, y de él tendremos al corriente á los lectores de NUESTRO TIEMPO.

EL PROXIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE PSICOLOGÍA EN ROMA

Nuova Antología (1).

Sobre los trabajos de este Congreso que se reunirá en Roma en este mes de Abril habla el célebre psicofisiólogo Sergi. En primer lugar se pregunta por qué Roma ha de considerarse como la capital de la Italia científica, y además quiere saber si Italia tiene derecho á figurar en un congreso de Psicología. «¿Hay enseñanzas de Psicología en las universidades para difundir principios y resultados de esa ciencia? ¿Hay laboratorio para llevar á cabo investigaciones y experimentos que hagan progresar á la Psicología en la nueva forma?» Para responder á estas cuestiones, Sergi echa una ojeada á lo que ocurre fuera de Italia, especialmente en Alemania, la nación «que nosotros los italianos siempre hemos mirado con envidia y respeto y hemos seguido en lo bueno y en lo malo».

Los laboratorios de Psicología en Alemania traen origen del de Wundt en Leipzig, profesor de Filosofía en aquella Universidad. Wundt intentó fundar un laboratorio de Psicofísica, no de Psicología experimental: un campo de estudio y de investigación muy restringido y del cual podía decirse que era una invitación al público de los inteligentes á continuar los estudios de Fechner, el fundador de la Psicofísica, ampliando un poco el contenido. El laboratorio de Leipzig no estaba ni está destinado, como pudiera creerse, á la enseñanza de la Psicología, sino solamente á la

(1) 16 de Marzo.

investigaciones; y pronto fué poblado por estudiosos de todos los puntos de Alemania y Europa, y no faltaron italianos y americanos. Al hablar de la Psicología en Alemania debe mencionarse el nombre glorioso de Helmholtz, físico, matemático, fisiólogo de primer orden, el cual en la Universidad de Heidelberg creó la óptica y la acústica fisiológica. El gran archivo que recoge los estudios del laboratorio de Lipsia, creado en 1881, era la publicación periódica que llevaba el título de *Philosophische Studien*, ahora suprimida después de veinticuatro años. Pero un periódico no menos importante recoge los estudios y las investigaciones fisiopsicológicas de Alemania y es la *Zeitschrift für Psychologie,* editado por Ebbinghaus y otro. Si pasamos á Francia, encontramos en primer lugar un laboratorio de psicología experimental en la Sorbona, pero sin enseñanza: quien lo dirige es un fisiólogo, Binet, y no un filósofo. En el Colegio de Francia enseñaba psicología Ribot, ahora substituído por Janet. En París, además de la Sorbona, donde sale *L'Année psychologique*, se hace Psicología en la Salpetrière y en Villejuif. Los Estados Unidos de América son la residencia de los laboratorios grandiosos y de las múltiples enseñanzas de la Psicología. En 1900 Titchener, profesor de Psicología en la Universidad de Cornell, en Ithaca, describe el laboratorio allí fundado, y el profesor Cattell, de la Universidad de Colombia, no vacila en declarar que ningún laboratorio de Psicología americano y europeo, si se exceptúa acaso al de Leipzig, iguala al de la Universidad de Cornell. Hay departamentos del laboratorio destinados á las investigaciones ópticas, otros á las acústicas, etc. La lista de instrumentos es sorprendente. Pero la Universidad Colombiana posee ahora un laboratorio de Psicología que sirve para las investigaciones de las ciencias naturales y que ha costado dos millones de liras con instrumentos del valor de 40.000 liras, con una librería de 15.000 volúmenes y revistas científicas. Aquí se enseñan por varios profesoses en horas y días determinados las siguientes asignaturas: Introducción á la Psicología, Historia de la Psicología. Psicología fisiológica, Psicología experimental, Psicología genética, Psicología comparada, Estética psicológica, Psicología patológica y Filosofía del espíritu. Análogas enseñanzas se dan en la Universidad de Chicago, en la de California, en la de John Hopkins, en la de Clark y otras. Dos publicaciones periódicas se dedican á los estudios psicológicos: el *American Journal Psychology,* fundado por el profesor Stanley Hall en la Universidad de Clark, y la *Psychological Review,* que dirige el profesor Baldwin de Princetown. En Italia apenas si debe señalarse el laboratorio de San Mauricio, creado en el *Frenocomio* de Reggio Emilia, y los estudios de Mosso en la Universidad de Torino, Kiesov en la Facultad de Medicina en la misma Universidad, De Sanctis en Roma y Colucci en Nápoles.

¿QUIÉN HA COMENZADO LA GUERRA?

La Revue (1).

Al comenzar la guerra entre Rusia y el Japón, dice el barón Suyematsu, uno de los políticos japoneses más autorizados, se dijo que Rusia había sido atacada inesperadamente. Acusábase de perfidia al Japón. Después comenzaron á verse las cosas de modo muy distinto, con alguna más calma. No hubo ataque por sorpresa desde el punto de vista del derecho de gentes, y sí por lo que á la táctica respecta. Y aun tampoco puede decirse absolutamente, pues que el Japón antes de comenzar la guerra advirtió á su adversario con arreglo á todas las exigencias del derecho de gentes. Rusia no puede hablar, pues, de sorpresas. La gran mayoría de las guerras que hasta el presente han tenido lugar se inauguraron sin ninguna declaración formal. Muchos escritores mantienen en teoría que basta con que las relaciones diplomáticas hayan llegado á ser difíciles para constituirse en estado de guerra. No nos colocamos en ese terreno para sostener nuestra tesis; ella se apoya en las fases sucesivas de las negociaciones que precedieron á las hostilidades. Fué en Noviembre de 1903 cuando las negociaciones llegaron á su más interesante período. Prueba esto evidentemente el telegrama enviado el 21 de ese mes á Kurino, ministro del Japón en San Petersburgo, por el barón Komura, ministro de Negocios Extranjeros en Tokio. El telegrama contiene el pasaje siguiente: «El barón Rosen añade que no ha recibido todavía ninguna instrucción para lo que se refiere á las contraproposiciones. Por lo tanto, veréis al conde Lamsdorff inmediatamente y, después de haberle expuesto las declaraciones del barón de Rosen, le diréis que el Gobierno japonés desea proceder á las negociaciones con la mayor rapidez posible, é insistiréis para que él influya aseguraudo el pronto envío de las instrucciones al barón de Rosen de manera que podamos terminar sin dilación alguna las negociaciones». Todo esto, como se comprenderá, fué comunicado también al ministro de Relaciones Exteriores ruso, y después de otras tentativas infructuosas de parte del Japón para obtener una respuesta inmediata, el barón Komura telegrafió el 1.º de Diciembre de 1903 á Kurino. Insistía en este telegrama en términos aún más categóricos sobre la importancia de una pronta resolución, y terminaba así: «En estas circunstancias el Gobierno japonés tiene que considerar con graves reflexiones la situación, en la que hay que atribuir no pequeña responsabilidad al retraso de las negociaciones. Avistaos lo antes posible con el conde de Lamsdorff y exponedle las consideraciones precedentes en tal forma y de tal manera que vuestras palabras hagan la impresión debida. Añadiréis que el Gobierno japonés cree rendir un buen servicio al interés general exponiendo al Gobierno ruso con franqueza el actual estado de cosas.» Cuando Kurino dirigió al conde de Lamsdorff estas explícitas palabras, el ministro de Rusia dijo que él explicaría á fondo la urgencia de la cuestión en la audiencia que debía tener con el Emperador al martes siguiente. Mas, en realidad, lo que hizo fué

(1) 1.º de Abril

prolongar de nuevo el asunto. Por fin, el 23 de Diciembre, después de haber perdido tres semanas, Kurino terminaba el telegrama dando cuenta de la entrevista habida con el conde de Lamsdorff de este modo: «Para terminar, declaro que en las circunstancias actuales podrían surgir serias dificultades y hasta complicaciones, si no llegásemos á un acuerdo, y agrego que esperaba que él usase de toda su influencia para conseguir el fin deseado». El 6 de Enero se remitió por mano del barón Rosen en Tokio al barón Komura una respuesta del Gobierno ruso. En substancia esta respuesta era una repetición de la anterior y era evidente que la actitud de Rusia no había sufrido ningún cambio visible. Desde este momento parecía perderse toda esperanza. Pero el Gabinete de Tokio, deseoso de intentar aun lo imposible, y hasta de hacer alguna concesión, invitó de nuevo al Gabinete de San Petersburgo el 13 de Enero á hacer un nuevo examen de la cuestión. Esta invitación se hizo en términos que, aunque fuesen conciliadores, constituían en realidad un *ultimatum*. En el despacho que transmitía esta decisión al Gabinete de San Petersburgo se lee la frase siguiente: «Habiendo sido expuestos frecuente y plenamente en ocasiones anteriores los motivos de estas reclamaciones, el Gobierno imperial no cree necesario repetir sus explicaciones. Basta aquí manifestar su seria esperanza de un nuevo examen de parte del Gobierno imperial ruso».

Todavía Rusia perdió tiempo en presencia de una exposición tan seria del peligro de tergiversar. Por último, el 23 y después el 26 de Enero de 1904, el barón Komura telegrafió á Kurino, incitándole á enviar una respuesta pronta. En uno de estos despachos se ordenaba á Kurino que viese de lograr una entrevista con el conde Lamsdorff y declararle, como instrucción directamente recibida del Gobierno japonés, que «en sentir del Gobierno imperial, como una nueva prolongación del actual estado de cosas sería de tal naturaleza que agravaría la situación, espera seriamente que será honrado con una pronta respuesta y desea saber en qué momento puede esperar recibirla». El 28 de Enero, Kurino da cuenta al barón Komura de su entrevista con el conde Lamsdorff; Komura telegrafía de nuevo el 30 de Enero á Kurino intimándole á verse lo más pronto posible con Lamsdorff y declararle que el Gobierno japonés deseaba recibir la respuesta antes del 2 de Febrero. En la noche del 31 de Enero, Kurino vió al conde Lamsdorff, quien le dijo que «apreciaba plenamente la gravedad de la situación actual y que deseaba enviar una respuesta lo más pronto posible; pero que la cuestión era muy seria y no podía tratarse ligeramente. Además, había que poner en armonía las opiniones de los ministros y la del almirante Alexeieff; de ahí la demora natural». Cansado al fin el Gobierno japonés envió al barón Komura una comunicación que éste remitió á Kurino para que la pusiese en manos de Lamsdorff, al mismo tiempo que se mandaba al barón Rosen, embajador de Rusia en Tokio, una intimación formal declarando suspendidas todas las relaciones diplomáticas entre Rusia y el Japón. «Un examen imparcial, escribe como conclusión de su trabajo el barón Sumeyatsu, de los telegramas anteriores no podría menos de inducir en el ánimo del que estudia la historia la persuasión de que el Japón dió advertencias repetidas á Rusia en el curso de las negociaciones.»

LA TRAGEDIA CATOLICA DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Mercure de France (1).

Al frente de su tragedia *La Hija de Jorio*, que llama «tragedia pastoral», Gabriel D'Annunzio ha escrito estas palabras: «A la Tierra de los Abruzzos — á mi madre, á mis hermanos — á mi hermano desterrado — á mi padre enterrado — á todos mis muertos — á todas mis gentes de entre la montaña y el mar — consagro este cántico de la sangre antigua». Esta tragedia parece, pues, escrita, dice Ricciotto Canudo, con el deseo de realizar en un símbolo rimado, en una acción impregnada de poesía, la vida del pueblo de los Abruzzos, presentada en algunos paradigmas trágicos que la hacen reconocer en el tiempo y en el espacio. El poeta nos advierte que el tiempo es indefinido porque precisa la acción en esta forma: «Pasa en la tierra de los Abruzzos, mucho ha». Pero todos los coros de la tragedia, compuestos de campesinos de los Abruzzos, se mueven en un gran ritmo cristiano, ondulan sobre las olas encrespadas de su alma católica y supersticiosa, parecen expansionar sus temores y sus venganzas en el murmullo sombrío de la oración latina que cubre todo el drama. La tragedia de D'Annunzio es, pues, verdaderamente una tragedia católica; los demás personajes, los verdaderos personajes del drama, los protagonistas de la acción trágica, no pertenecen á ninguna religión ni á ningún tiempo: no son más que los centros inconscientes de la acción popular, los pretextos escogidos por el poeta para enlazar vidas en el amor y desunirlas en la muerte.

El catolicismo de la *Figlia di Jorio* está formado de un extraño tejido de alma y presenta algunos caracteres dramáticos fácilmente visibles en todos los movimientos de las multitudes, en todas las expansiones del alma colectiva, que arrastran una acción de vida hacia el coronamiento mortal de una venganza y precisan en algunos hechos de violencia y de muerte la ley natural del crimen y del castigo. En los coros de Esquilo está ley se manifestaba por un rugido sombrío y fatal que hacía presentir la catástrofe tiránica y que se agrandaba al avanzar hácia el desenlace desesperado; su terrible *crescendo*, musicalmente anotado en los versos nerviosos y sacudidos de Esquilo, puede conmover eternamente el corazón de los hombres. En D'Annunzio, la ley se precisa, tiránica, pero los coros que ondulan sobre su ritmo, como sobre la cresta de las llamas de un fuego implacable, parecen de cuando en cuando volver sobre sí mismos, doblegarse bajo el peso de una fatalidad que ignoran, alejarse de la acción cuya parte integrante y determinante parecen ser. Un desacuerdo los aparta á veces del centro trágico, los lanza lejos del grupo de los antagonistas que son la justificación del drama. Y mientras los coros obedecen á su fatalidad, los protagonistas forman como un mundo reducido y aparte, un drama al lado de la tragedia. Así tenemos en la *Figlia di Jorio* dos acciones bien separadas y caracterizadas: el drama pastoral de las *Dramatis personae* y la tragedia católica de los coros.

(1) 15 de Febrero.

Después de resumir la fabulación del drama, el articulista expone así la tragedia. El drama, según él, «es falso; está mal concebido y mal realizado». Esto puede consistir en que D'Annunzio ha abordado el teatro en la madurez de su talento. «Hay poetas, como Wagner é Ibsen, que *nacen* dramaturgos. Otros no llegan sino después de un largo aprendizaje literario á realizar la síntesis de la vida presente y de la sutilización artística que es el teatro. D'Annunzio es de esos últimos. En cuanto dramaturgo, ha partido del sueño estético y cruel de los *Sueños*, ha intentado la tragedia nacional con *Francesca de Rimini*, para llegar á esta tragedia regional. Ha partido, por consiguiente, de lo indefinido para llegar á la más violenta aspiración de una obra de arte encerrada en los límites de una región». Y agrega más adelante: «De toda la obra de D'Annunzio se desprende una terrible filosofía, ó, mejor dicho, una terrible visión filosófica que sorprende nuestros sentidos: la visión de la mujer. D'Annunzio, como Rodin, hace basar todo su sistema estético en lo eterno femenino. Sólo que en Rodin lo eterno femenino conduce á la pareja triunfante. En D'Annunzio no encontramos la última exaltación del coro místico que resume la inmensa tragedia de Fausto en el grito bienaventnrado: *¡el eterno femenino nos exalta!* En D'Annunzio es angustia, es tormento y fatalidad implacable de la muerte. Por la constancia de esta visión, gran tema conductor de toda su obra, D'Annunzio traspasa los límites de su época, se hace á la vez anacronista y paracronista, y, como poeta, ocupará un puesto no en un país, sino en la humanidad. Por eso nos parece grande en medio de todas las desigualdades y los defectos de su drama pastoril».

«Un elemento nuevo que se agrega á la representación escénica es el que haec de *La hija de Jorio*, esta obra imperfecta, una de las más audaces tentativas del genio contemporáneo. D'Annunzio casi ha realizado la tragedia católica.» A continuación da el autor una breve definición de lo que entiende por tragedia. «Muchos autores y críticos, dice, entre ellos el mismo D'Annunzio, emplean mal esa palabra. En arte, el único criterio apreciable es la emoción. La emoción es producida por la sorpresa, y la Belleza no es más que sorpresa, milagro, como el genio. Pueden clasificarse las emociones en tres categorías: Las emociones patéticas; es decir, las que nos invaden ante fenómenos producidos por el Azar, con exclusión de la voluntad de los agonistas (ó agentes, para que no se enfaden los puritanos del lenguaje), como el suceso (el «*fait divers*») de la calle; las emociones dramáticas, producidas por el entrecruzamiento, el acoplamiento, el choque de las voluntades en antagonismo; las emociones trágicas, producidas por el equilibrio entre las aspiraciones de los individuos y el medio ambiente, la lucha entre la voluntad de los hombres y la voluntad colectiva, el imperativo categórico de la totalidad, el *Fatum*, el destino de una raza ó de un mundo. Entre el suceso de la calle, el drama doméstico y la tragedia hay la misma diferencia que entre el periódico, el libro y la historia. Para que una obra sea digna de llamarse «tragedia» es preciso que responda á esas condiciones de generalización, tales como se les encuentra en Esquilo. En Hamlet, en Fausto, en Brand de Ibsen, el coro visible ó invisible llevaba la acción hacia la catástrofe *según la estrofa;* es el verdadero *deus ex machina* que no se ostenta en los

momentos difíciles, sino que prolonga la acción aquende y allende ella misma, que resume y domina todas las voluntades, todas las iniciativas de los que obran.»

«Por primera vez ha escrito D'Annunzio una verdadera tragedia; es el poeta que ha escrito una *tragedia católica* en el sentido metafísico de la frase.» Después de demostrar que el drama tiene muchos defectos, el autor afirma que la tragedia es perfecta. «El fatalismo de Esquilo se convierte en el misticismo católico de estos coros, fuerza determinante de la tragedia. Cuando el plan del drama se debilita, las invocaciones y los gritos místicos sostienen la laxitud del drama, las debilidades de su lógica... Alrededor de la fabulación, que nos interesa poco, hay, pues, una atmósfera de misticismo y de belleza mística, todo un nuevo poder de evocación: una verdadera atmósfera musical, realizada con los supremos esfuerzos de la palabra para convertir en música.» El autor, reconociendo hoy que una tragedia católica ha de ser forzosamente arcaica, y que el dramaturgo se ve más impotente para llevarla á la perfección porque no cree en su misticismo como Esquilo creía en su fatalismo, afirma que «D'Annunzio, después de *Parsifal*, ha podido dar al Catolicismo una tragedia en que verdaderamente ha reproducido todo el rigor y la musicalidad del coro metafísico de Esquilo».

PROBLEMAS JAPONESES

North American Review (1).

Los extranjeros (dice el articulista Conde Okuma, antiguo ministro de Hacienda en 1873, ministro de Negocios Extranjeros en 1887, ministro de Agricultura y Comercio en 1896 y sucesor del marqués de Ito como primer ministro del Imperio japonés en 1898) incurren con frecuencia en el error de creer que la civilización del Japón comenzó con la introducción en el país de las ideas é instituciones orientales. En otros términos, imagínanse que el Japón sólo tiene unos cuarenta años y que el progreso llevado á cabo en este intervalo de tiempo ha sido demasiado rápido para ser permanente. Sin embargo, están equivocados, porque la verdadera civilización comenzó quince años antes, con la introducción en el Japón de los elementos de las civilizaciones de la India y de China. Todo lo que el Japón absorbió de estas civilizaciones hízose esencialmente japonés. El budhismo vino de la India al Japón y fué influído allí por el shintoísmo, la religión japonesa, y así se convirtió en una religión completamente distinta en los detalles de la religión india. La literatura china, al introducirse en el Japón, se saturó de la personalidad del pueblo japonés que la ha hecho típicamente japonesa. Lo mismo ocurría con las bellas artes, que se introdujeron en el Japón desde China y Corea. Así se desarrolló el espíritu del Japón. La falt de sistema en su civilización es lo que constituía el retraso real del Japó resistió vigorosamente la idea de la intrusión extranjera, de la misma manera qı

(1) 15 de Febrero.

otras naciones aisladas han obrado cuando se han puesto en contacto con el mundo exterior. Su primer esfuerzo fué naturalmente impedir la entrada de extranjeros en el país. Los japoneses trataron de pelear con los extranjeros, al ver que el almirante Perry se esforzaba en dejarles paso libre. Este período era muy semejante al que representa actualmente la acción de los boxers en China. Varios extranjeros fueron asesinados y hubo muchos disturbios en el país. Finalmente, el pueblo japonés descubrió que era imposible expulsar al extranjero por la fuerza. Por eso dirigieron sus esfuerzos á impedir el aniquilamiento de su país y de su civilización. Entonces trataron de asimilarse lo que era superior de lo extranjero á lo suyo. Lo primero de cuya superioridad se percató, fué el sistema militar. Pronto las espadas y machetes cedieron el puesto á los fusiones y cañones. En la navegación también se hicieron grandes progresos. En el campo de la Medicina, los japoneses se asimilaron muchas de las ideas occidentales. Todos estos cambios, por considerables que fuesen, fueron debidos al patriotismo del pueblo y á su deseo de hacer todo lo que pudiese por la nación. Convirtióse en la ambición del Japón el competir con la mejor de las demás naciones. Esta determinación de aventajar á los demás países se puso de manifiesto en uno de los rescriptos del Emperador. El mismo rescripto dió la libertad religiosa y permitió el culto del Cristianismo; se introdujeron sistemas educativos extranjeros, y la educación progresó. Se implantó la coeducación y la enseñanza obligatoria desde la edad de seis años; antiguamente había habido escasa educación, y ésta sólo se daba á los varones de las clases privilegiadas. Introdujéronse el correo, telégrafo, teléfono, ferrocarril, buques de vapor y alumbrado eléctrico.

Para hacer frente á estas nuevas condiciones de vida se juzgó necesario promulgar nuevas leyes, y se examinaron y codificaron las leyes comerciales y civiles. Se establecieron muchos Bancos, con subvenciones del Gobierno unos, y otros sostenidos por empresas privadas. La falta de japoneses instruídos que dirigiesen estas nuevas instituciones exigía el empleo de extranjeros por algún tiempo. En cuanto fué posible se enviaron muchos jóvenes á los países extranjeros para aprender varios oficios y poder substituir á los auxiliares extranjeros. Así, por este método, el país puede ahora proporcionar todos los hombres necesarios para la dirección de sus negocios. Pero este mismo rápido desarrollo exigía muchos gastos en la construcción de ferrocarriles, telégrafos, etc., y se consumió de este modo mucho dinero. Aunque bajo el régimen feudal el Japón no era un país pobre, sufría una considerable desventaja con respecto á su desarrollo posterior. En América y Rusia, por ejemplo, se ha gastado mucho capital extranjero en hacer progresar al país; por el contrario, en el Japón, excepto la insignificante suma de 14.000.000 de libras esterlinas, recaudada en Londres, no se empleó más que el capital japonés. Esto ha hecho necesariamente más gravoso para el pueblo japonés el desarrollo del país y las subsiguientes empresas necesarias. Se necesita mucho capital extranjero en el Japón, especialmente para el progreso de los ferrocarriles. Lo primero que se necesita para esto es promulgar leyes permitiendo á los extranjeros poseer terrenos en el Japón.

THE READER.

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

Matrimonios morganáticos. — Novela por el *Dr. Max Nordau.* — Sempere y Compañía. — Valencia, 1905.

El inmortal autor — dice un tanto hiperbólicamente el Sr. Cansino y Arens en la prefación del libro — de *Las Mentiras convencionales* nos ofrece hoy en *Morganáticos* una obra digna de las que precedieron en la fama y aprecio del público, y que, como ellas, producirá profunda impresión en las conciencias. Sin declararlo explícitamente, ha hecho su autor un libro de combate y de propaganda, escrito con esa impasibilidad filosófica, con esa divina serenidad y esa afable sátira de los escritores verdaderamente grandes, que, con ser tan suave en apariencia, lleva en su fondo truenos y rayos y hace más efecto que las más tonantes declamaciones.

Ha servido á Max Nordau de base para su novela las desventuras y tempestades espirituales de una pobre princesa morganática que, después de la muerte de su marido, no se resigna á no serlo. Max Nordau pone de manifiesto la barbarie de esos matrimonios morganáticos, resto de una legislación despiadada, hecha contra la naturaleza y contra los más inmutables sentimientos humanos. Es sencillamente incomprensible que la esposa del príncipe, que el hijo del príncipe, no sean príncipe ni princesa. Que dentro del mismo palacio la etiqueta separe al padre de su hijo. Que esta desigualdad de condición subsista hasta más allá de la muerte. Que, en suma, seres unidos por el más estrecho lazo que puede unir á los hombres, estén profundamente separados por bárbaras costumbres palatinas.

Las descripciones que Max Nordau hace de príncipes y reyes, de estas heladas figuras, símbolos vivientes anonadados bajo sus coronas, han de poner espanto en los que, como simples mortales, tenemos sangre y corazón. Nada más triste que esas figuras de príncipes degenerados, maniacos, casi idiotas, ni siquiera sobriamente grandes á lo Nerón, que pasean su tedio y su insignificancia por el libro. Resultado de ese aislamiento en que los grandes se encierran y que concluirá por enervarlos y extinguirlos si de cuando en cuando las gracias de una artista ó de una bella jardinera no los hiciesen descender al pueblo, á esa admirable masa que guarda un eterno y prodigioso tesoro de renacimientos y energías.

Desfilan en la obra, hasta dar náuseas, príncipes imbéciles, altezas que si no lo fueran morirían de hambre en su inutilidad, príncipes de la Iglesia corrompidos y

avarientos, casamenteros para mayor gloria de Dios, estúpidos judíos sin ideales ni conciencia que por encubrir la vileza de su origen —¿pero hay tal vileza, ¡oh reyes de Judá?! —entregan á la Iglesia su fortuna, periodistas venales y cuanto la vida tiene de triste y doloroso. Y si no hubiese junto á tan sombríos cuadros figuras de príncipes magnánimos y criaturas bondadosas, habría que renegar de la vida, por sus miserias y hediondeces.

Los cuadros psicológicos maravillan por su sorprendente tinte de verdad. Son tales como hechos por un filósofo que es también médico. Deleitan y encantan, y aunque tristes, irradian la serena alegría de lo bello. Max Nordau atiende, ante todo, á la descripción de almas, de estados de conciencia de los que pudiéramos llamar paisajes interiores, prefiriéndolos á los de la naturaleza. Es buzo de almas, explorador de abismos y honduras de los espíritus, audaz viajero por las conciencias. Quizá sea un alma más hermosa que todas las flores. Max Nordau gusta de investigar sus más íntimos repliegues, sus valles, sus montañas, que todo esto hay en ellas, y además obscuros rincones que dan asco. Muchas veces sentimos que Max Nordau nos haga ver el móvil verdadero de algunas acciones que creíamos buenamente más bellas y nobles. Es una especie de decepción interior ante estas fealdades morales. Pero como la deformidad es también belleza al fin y al cabo, el verdadero artista se regocija de estas decepciones.

Max Nordau no es estilista hasta el punto de sacrificar una idea para que la estructura de la frase resulte más armoniosa y bella. Su estilo seduce por su naturalidad y su riqueza de observación. Sus descripciones son sencillas y sin alarde. Acaso es éste otro medio para conmover las almas. En sus paisajes de la naturaleza, detalles prosaicos y vulgares, si se quiere, son los que dan más intensa emoción.

La fuerza de Max Nordau es la ironía con que ahora suavemente, como quien tiene la cabeza blanca, ataca todos los fanatismos. Su ironía es á la vez terrible y mansa. Afable como benévolo abuelo que sabe de tristezas y tiene una desengañada y piadosa sonrisa para las locuras de los niños, y así ataca y combate. Es fuerte por la sonrisa, porque sabe reir de todo. Leyéndolo se recuerda ese hermoso tipo de anciano, blancos los cabellos y risueños los labios, que los retratos nos dan.

Max Nordau, con esta obra, ha escrito una novela á la manera antigua, amena y profunda á la vez. Toda acción, y bajo la acción, tácitas, grandes y trascendentales ideas. Quien ha escrito tan donosas palabras sobre las escuelas en literatura, no podía hacer una novela por este ó por el otro patrón. Ha escrito una novela, nada más. Como esta palabra debe entenderse. Expone hechos, habla como debe hablar un autor en el libro, por boca de sus personajes, sin deducir consecuencias ni máximas de vida. No es esta obra como tantas otras que parecen la larga y pesada demostración de un teorema sentado de antemano. Son sus personajes enteramente reales, no hay nada falso ni supuesto y el desenlace es tan lógico, tan de la vida que no deja sospechar tesis alguna.

MUNICIPALIZACIÓN DE SERVICIOS PÚBLICOS, por *José Gascón Marín*. — Madrid, 1904.

Al elegir — dice en el prólogo el autor de este bien escrito libro, y conste que al tal prólogo nos atenemos para bibliografiar, — al elegir, entre los problemas que ofrece la Administración pública, uno que á todos pudiese interesar para examinarlo en varias conferencias semanales, creí que, dado el desarrollo moderno de los estudios referentes al Gobierno municipal, lo reciente de la publicación en Italia de la primera ley regulando en general la *municipalización de servicios públicos*, y la actualidad que para nosotros tenía el estudio de cuanto afecta á la Administración local, por estar pendiente de discusión en las Cortes un proyecto para su reforma, estaba suficientemente justificada la elección de materia, decidiéndome por el examen de la moderna corriente municipalizadora de servicios. El interés subsiste; el problema requiere cada día más detenido estudio; no ha sido entre nosotros abordado de lleno por nuestros hombres de gobierno, ni ha merecido de nuestros escritores la atención que los extranjeros en libros y revistas le han dedicado y dedican, y creyendo que no es tarea estéril ofrecer materia de discusión á cuantos en cátedras, tribunas y corporaciones locales se ocupan de asuntos referentes á la Administración municipal, me decidí á ordenar las notas que poseía, ampliar las consultas de obras, completar las conferencias con el examen de algunos puntos que no habían podido ser objeto de las mismas, y dar á la publicidad el resultado de esta labor, cuyo objetivo no es otro que presentar al lector la nueva fase de la Administración local en el extranjero, examinar la tendencia municipalizadora, resumiendo hechos y apreciaciones, consignando en las páginas que siguen datos recogidos de las informaciones practicadas y teorías y opiniones sustentadas en obras, revistas y discursos. Nadie, por eminente, sabio ó rico que sea, está exento de contribuir al buen gobierno de su ciudad, decía no ha mucho Lord Rosebery. Si á todos nos alcanzan los efectos del camino adoptado por los que más directamente gobiernan los intereses municipales, y es cierto que todos debemos contribuir á ese buen gobierno, bien necesario es conocer los términos en que hoy está planteado, en especial en las grandes ciudades, el problema municipal, para examinar si las soluciones propuestas y aplicadas merecen críticas severas ó justos elogios.

HOJARASCA, por *José María Lomba*.— Puerto Rico (San Juan de), 1905.

Yo no conozco, escribe en la prefación de este libro el Sr. Pérez Losada, un título más francamente modesto, y he leído pocas obras, sin embargo, que reunan tal variedad en las partes, tal armonía en el conjunto, tan rara multiplicidad de forma y tan absoluta unidad de fondo. Diríase que el autor tuvo en su mente, desde que escribiera el primer artículo que forma parte del texto, hasta el último cantar que remata con un soberbio golpe de ironía, el firme y decidido propósito de escribir página á página un libro entero. Y no ha sido así. Obedecía el autor á impulsiones

indesviables y perfectamente definidas; colaboraba á fragmentos la obra completa, esculpía imágenes de su sentir hermoso; pero lo hacía todo esto sin pensar en la que estoy prologando, cumpliendo misteriosas é irrechazables órdenes augustas, de igual manera que obedecen las especies al mandato de la procreación, sin que piensen los factores de ella en la trascendencia y en lo supremo de sus funciones. La historia de Hojarasca es hermosa. Para comprenderla es necesario vivir en desposorios con la caridad, en comunión con el dolor, en abrazo inefable con el sufrir ajeno. ¡Hojarasca!... Y es la primera piedra, este libro, de un templo de la ciencia, de un santuario del dolor, de una esperanza, de un bien, de un cielo, de un refugio de la tristeza, de una obra de misericordia, de justicia, de amor.

Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas, por el *Dr. José Ingegnieros*.— Buenos Aires, 1904.

El Dr. Ingegnieros es seguramente uno de los sociólogos y psiquiatros más autorizados de América. Lombroso, Max Nordau y Maudsley lo reconocieron así con motivo de la «Simulación de la locura», libro del pensador argentino que suscitó en Europa no pocas favorables críticas, Nosotros, que sabemos poca cosa de los inquietantes problemas que en este nuevo y luminoso libro trata, copiamos el prolegómeno en donde el autor se explica y bien donosamente á la verdad. «El estudio de los accidentes histéricos ofrece aspectos novedosos é interesantes, en su triple fase: clínica, experimental y terapéutica. Precede al estudio analítico una síntesis de la naturaleza y patogenia de la histeria, punto obscuro y muy discutido; una paciente información bibliográfica y el cuidadoso análisis de las observaciones personales permiten inducir alguna conclusión clara sobre su fisiopatología, tema asaz enmarañado por las heterogéneas doctrinas expuestas desde Charcot hasta Sollier, por Bernheim, Gilles, Babinsky, Janet, Grasset, etc. Un objetivo terapéutico complementa el propósito clínico y experimental de este libro: justipreciar el valor curativo de la sugestión en los accidentes histéricos. Con tal fin, en otro capítulo sintetízanse los actuales conocimientos sobre el hipnotismo y la sugestión, comparando las doctrinas de las diversas escuelas y definiendo su valor experimental y terapéutico.»

«Clínica y técnicamente, este volumen no se limita á la descripción de observaciones personales encuadradas dentro de tipos ya definidos.— Al estudiar la risa histérica se clasifican, por vez primera, las diversas formas clínicas de este accidente respiratorio.— Analizando los accidentes sensitivos y convulsivos de la neurosis, se pone de relieve el valor del hipnotismo para la experimentación clínica, la rápida tabilidad de las anestesias histéricas, las ventajas de la psicoterapia sobre el tratanto medicamentoso.— El estudio de las obsesiones é ideas fijas va precedido por síntesis de nuestros conocimientos actuales sobre la materia; luego analiza las as fijas en la histeria, la neurastenia y la psicastemia dilucidando especialmente liagnóstico diferencial. La observación relativa al tratamiento hipnótico de la omanía por abulia de los bebedores puede sugerir indicaciones de terapéutica

social en la lucha contra el alcoholismo.—El capítulo sobre los pretendidos síntomas de la hemiplegia histérica subvierte las ideas aceptadas hasta hoy por todos los tratadistas clásicos, ideas que parecían definitivamente consagradas por la celebrada conferencia de Babinsky sobre el diagnóstico diferencial de las hemiplegias.—La observación clínica de fiebre histérica, y los efectos de la sugestión experimental sobre la temperatura, confirman de manera decisiva la existencia de este discutido síndroma histérico; además, los actuales conocimientos fisiopatológicos autorizan á formular un nuevo concepto de su patogenia.—La experimentación mediante el hipnotismo permite proyectar alguna luz sobre el mecanismo del hipo histérico, induciéndose una nueva interpretación fisiopatológica de este accidente respiratorio. En el capítulo dedicado á estudiar los accidentes tróficos de la histeria desfilan algunas observaciones poco frecuentes, análogas á los «estigmas observados en muchos» «santos» y «poseídos» Otros capítulos, sobre la astasia-abasia, el mutismo histérico, la disnea, etc., confirman la eficacia de la terapéutica sugestiva; algunos son casos de curación inmediata. La enferma llega tullida al hospital, y sale caminando; anda y se retira esparciendo alegre cháchara, ahogada por la disnea, y vase respirando con ritmo normal. Poco sorprenden estos resultados de la psicoterapia. Solamente de ella, en sus diversas formas, valiéronse en todo tiempo los taumaturgos de las más lejanas y diferentes religiones, perpetuando la creencia en los «milagros», cuyo fino análisis psicológico realizó científicamente Charcot en su folleto *La foi qui guérit*, y más tarde Anatole France con criterio de esteta y de filósofo en un capítulo hermoso de su *Jardín d'Epicure*. ¿Por qué no deberían los hombres de ciencia repetir en sus clínicas los «milagros» practicados por taumaturgos incultos? Jesús en Galilea, y Pancho Sierra en Buenos Aires, ¿tuvieron conocimientos que á Charcot le fuera vedado descubrir en la Salpêtrière y á nosotros confirmar en San Roque? Este volumen no es un tratado sistemático y completo, «materiam superabat opus», Ovidio, *Metamorf.*, II, 5). Es un libro de observaciones personales, interpretadas mediante los criterios científicos más recientes; en ese concepto puede complementar algunos puntos obscuros ó descuidados por los tratadistas clásicos.»

Adolfo Posada.—TEORÍAS POLÍTICAS.—Jorro, editor.—Madrid, 1905.

Si yo algún día tuviese que disertar sobre cuestiones de política como las que en este último libro trata el sabio ovetense Sr. Posada, hablaría á los jóvenes del modo que sigue:

«Podría demostraros que la idea de acción no es tan vaga como se complacen en decirlo los que no acabarán nunca nada por no querer comenzar nada; que obrar no es precipitarse al exterior; que es primeramente, en lugar de obedecer á la inclinación como la piedra á la gravedad, detenerse, reflexionar, y en este recogimiento, en esta resistencia tomar posesión de sí mismo. Ahora bien, ¿es cierto que, por no saber lo que creemos, no sabemos lo que queremos? ¿Es cierto que nuestros espí-

tus desamparados están destinados á flotar sobre un mar surcado por soplos de tempestad que nos ciega y nos horroriza? ¿que no nos queda otro recurso que arriar velas á toda prisa y retroceder, si aún es tiempo, á esas ciudades muertas donde sabemos que por lo menos se ha vivido mucho tiempo? No niego las dificultades y las amenazas del momento actual; no niego que estamos despojados de toda creencia, que no tenemos ninguna idea común, que el individuo en lo más profundo de sí mismo no encuentra esa razón universal que, asociándolo á sus semejantes, inicia la sociedad humana: á pesar del aparente desarrollo de las inteligencias, tengo la firme convicción de que no es el ideal quien nos falta, sino nosotros quienes faltamos al ideal.

»No vengo á enseñaros lo que ignoráis; no vengo, como presuntuoso filósofo, á agregar un sistema á tantos ôtros, á condensar la vida en una fórmula que dispensase de vivir; no sé de un silogismo victorioso que transforme las almas. Mi ambición sería no decir nada nuevo inesperado; no daros sino lo que poseéis; quisiera ser la voz de vuestro pensamiento, penetrar en vuestra conciencia profundizando en la mía. Los filósofos no hacen más que reflexionar sobre su propia vida y sobre el conjunto de ideas, de sentimientos y de tradiciones que les entrega la sociedad de su tiempo. Hay en cada época dentro de los espíritus un conjunto de reglas mejor ó peor coordinadas, un ideal más ó menos definido que preside á los juicios que cada uno emite sobre sus propios actos y sobre los actos de otro. Vive en la humanidad un genio artístico como vive un genio moral: los fundadores de religiones, los santos, los filósofos, los hombres más humildes colaboran á esta invención espontánea en el bien, que bosqueja los planes de una vida mejor, que corrige, transforma y embellece la imagen del hombre, tal como debía ser. El genio moral de la humanidad no ha muerto; no se ha hecho estéril, infecundo; obra hoy como ayer; está presente en nosotros; en esas mismas épocas en que sentimos tentaciones de desesperarnos, crea el ideal de una vida humana superior. ¿Quién sabe si el malestar de que nos quejamos proviene en parte de un desacuerdo visible entre nuestras instituciones, nuestras leyes, nuestras costumbres y ese ideal nuevo que merece la pena de ser amado y realizado, que exige para ello sacrificios, esfuerzos? Dícese que nuestra incredulidad nos condena á la impotencia: yo afirmo audazmente que por la iniciativa generosa de todos los que llamo los grandes genios morales de la humanidad; por el esfuerzo de los pensadores; por el trabajo obscuro de los humildes; por la experiencia de todos, pueden arraigar en nuestro espíritu ideas nuevas, que al negar los prejuicios antiguos den una forma más elevada á las verdades morales que los han hecho sagrados.

»El primer testimonio de esta fe nueva lo encuentro yo precisamente en que no creemos, en que no nos parece posible creer. La incredulidad es muchas veces la extinción de un error antiguo. Por la resistencia á los dogmas admitidos, la conciencia se descubre á sí misma: esta resistencia representa un impulso íntimo. Hay en toda negación algo positivo: para saber lo que se cree, es bueno interrogarse primero sobre lo que no se puede creer.

»No admitimos que la ley tenga una sanción superior en un decreto arbitrario

promulgado por un ser á quien nos vemos obligados á obedecer. Una mano ruda que abate á quien le resiste no nos parece un símbolo suficiente del deber. El temor del castigo, por terrible que sea, la esperanza de una recompensa, por magnífica que se imagine, son motivos que sólo pueden alterar el carácter moral de una acción: el interés no cambia de naturaleza, porque se agranda y se empequeñece á la vez. Mientras la ley siga siendo exterior, tiene carácter de violencia material: y al decir que la sufrimos, queremos decir que nos sometemos á la fuerza mayor. Sólo puede llamarse bien moral al que es aceptado por el individuo, reconocido por su inteligencia é identificado con su voluntad verdadera. En nosotros mismos llevamos la ley á la cual hemos de obedecer; la obligación se confunde con lo que los filósofos han llamado la autonomía de la voluntad; la ley, como demostró Kant, es la razón misma hecha personal sin perder su valor universal y su autoridad imperiosa.

»Si la vida moral es ante todo la vida interior, el incesante esfuerzo por descubrir el bien y por hacerlo, la iniciativa y la responsabilidad de nuestros actos, no podemos reconocer á nadie el derecho de perturbar la conciencia de otro. La moralidad no puede venirnos del exterior; no es una recompensa, el precio de la docilidad, de la obediencia: es algo íntimo, un carácter de la voluntad que no puede conferirse por actos á los cuales ella ha permanecido ajena. Al hombre que vale y que puede, al hombre que piensa y que sabe, le concedemos, por excepción, lo que se ha llamado muy gráficamente el derecho de primogenitura: el deber de excitar la conciencia de otro, de enaltecerla al contacto de la verdad, de ilustrarla y de robustecerla con sus palabras, con sus actos, con la evocación y el ejemplo de una vida elevada.

»Si la vida moral es una vida, consiste ante todo en el progreso interior; si es primero lo que creemos, lo que pensamos, lo que queremos, no hay actos que sean eficaces por sí mismos, no hay práctica exterior que reemplace á lo que es insubstituíble: al esfuerzo íntimo. Si la fe que no obra no es una fe sincera, los actos no tienen sentido ni valor sino por la fe que los inspira. El acto no es nada sin la intención que lo vivifica.

»Hay así para el hombre al comienzo de la vida pública, á vuestra edad, grandes determinaciones generales que deciden de todo. Preguntaos calladamente quién de vosotros está indeciso; el que lo esté, que se resuelva de una vez. De esta suerte, comenzando en la juventud, cuando llegue la edad madura tendréis cumplido vuestro deber, podréis retiraros á vuestro gabinete á estudiar, á elaborar vuestra obra y continuar hasta la hora del gran reposo, dejando tras de vosotros esa huella luminosa que señala el paso de un hombre de bien por la tierra». Y después de haber hablado así, escucharía la divina música de las germinaciones.

SIMÓN DE MANTUA.

MEMORIA redactada por *D. Leandro Cubillo y Páramo,* teniente coronel de Artillería.—Madrid, 1904.

Aunque el objeto de esta Memoria—dice el distinguido escritor militar—debe ser la exposición ó grado de adelanto que la industria del hierro y del acero, aplicada á la fabricación de elementos para cañones, alcanza en los Estados Unidos, nos ha parecido conveniente, antes de tratar este punto concreto, dar una ligera noticia de la historia del hierro y estado actual de la siderurgia en la gran República americana. Nos ha parecido asimismo oportuno describir las fábricas de artillería de aquel país, y terminar, por último, nuestro trabajo con algunas observaciones sobre mejoras aplicables á Trubia.

EN MARCHA (novela), por *Luis Salado.*—Un tomo en 4.º de 273 páginas.—Madrid, 1905.

Es necesario continuar la obra de Macías Picavea. La novela castellana está pidiendo un cultivador. Yo creo que esta novela es posible, dígase lo que se quiera en contrario, y sentimos apartarnos de la opinión de un insigne novelador, como es posible la novela valenciana, la andaluza y la montañesa y hermosos modelos lo han demostrado repetidamente. Macías Picavea no hizo más que abrir el camino. Su alma más bien que de literato era de pensador. Por eso su *Tierra de Campos* ha pasado, pero su *Problema nacional* quedará eternamente, como el evangelio de la redención de un pueblo que tiende á extinguirse. La novela castellana es posible, porque Castilla tiene, como toda otra región de España, su *medio* especial, sus *costumbres* peculiares, su fisonomía propia, en la que aún no se ha ahondado lo suficiente, constituyendo estos estudios, aunque sean de índole literaria, la primera base de nuestra *psicología nacional.* Los castellanos que borrajeamos cuartillas debemos emprender este trabajo; y si no nos creemos capaces, alentar por lo menos al que se decida á sondear el alma castellana, la raza, el lenguaje, el temperamento.

Yo no sé si Luis Salado llegará. No es ocasión de proclamarle, frente á su novela primera, digno émulo de Picavea. Tampoco él, castellano hasta la médula de los huesos y por tanto noble y franco, lo consentiría. Mas lo que sí puede afirmarse es que *En marcha* es una novela muy apreciable, que capacita á su autor para seguir adelante, buceando en el espíritu de sus paisanos, escarbando en las entrañas de su carácter, seco y duro como la tierra, pero, como ella, fecundo.

El crítico no debe decir más. Poner de relieve algún que otro defecto del plan; (·ervar cómo el asunto principal es semejante á muchas novelas contemporáneas, (.as que se plantea el problema social y tienen un redentor que se sacrifica esté- nente por la Humanidad, etc., etc., sería no hacer nada positivo.

Lo interesante es que la novela se lee con gusto; que desfila por delante del lec- una multitud de variados sugestivos cuadros; que la trama es atractiva, con un

remate conmovedor; que el lenguaje de la gente del pueblo es tan delicioso como exacto, etc., etc.

En marcha, Sr. Salado, y dentro de esta orientación vengan otros estudios de la tierra, que se lo hemos de agradecer los paisanos.

X.

El recurso contencioso ante las Audiencias territoriales contra acuerdos de las Diputaciones provinciales sobre validez de elecciones: La Habilitación de la mayor edad según el Código civil vigente, por *D. Ambrosio Tapia y Gil.*—1905.

La frecuencia con que Nuestro Tiempo ha debido ocuparse en publicaciones de orden jurídico del Sr. Tapia, dice á nuestros lectores cómo es este ilustre magistrado uno de aquellos que por su cultura y laboriosidad altísimas más honran á la magistratura española. No se reduce el Sr. Tapia al cumplimiento mecánico y rutinario de su deber, sino que procura dejar en libros y folletos el fruto de su ciencia avalorada por su experiencia al través de la larga práctica de la magistratura.

De las monografías que acaba de publicar, la primera es ya antigua, y el estar en su cuarta edición proclama cuál habrá sido su aceptación entre el público, tratándose como se trata de materia sólo interesante para un público restringido.

Puede decirse que el Sr. Tapia ha informado de manera definitiva esa cuestión de los recursos electorales de las Diputaciones provinciales, indicando con suma claridad todos los trámites del procedimiento y señalando puntos clarísimos para ejercitarlo.

No menos luminosamente explana el Sr. Tapia el objeto delicadísimo de su segunda monografía. No se concreta ésta á señalar los preceptos del Código sobre la anticipación de la mayor edad y la tramitación del expediente judicial para establecerlo, sino que hace observar las deficiencias de la Ley en la materia emparejándoles una reforma necesaria.

Víctor Hugo en Guernesey: *Recuerdos personales, por Paul Stapfer*, decano honorario de la Facultad de Letras de Burdeos.—Obra ilustrada con numerosas reproducciones de fotografías inéditas y de facsímiles de autógrafos.—Un volumen en 12.º, francos 3,50.—*Société Française d'Imprimerie et de Librairie.*—París.

Escritos con una libertad de crítica que el autor no cree incompatible con la ferviente admiración, estos *Recuerdos personales* sobre *Víctor Hugo en Guernesey* son una contribución indispensable al conocimiento del poeta insigne y del hombre ilustre. Todo el mundo los leerá con tanto agrado como provecho. Si «es bueno saber mil detalles sobre Víctor Hugo», y si el recibirlos de M. Paul Stapfer los hace excelentes—como decía el *Mercure de France* cuando los publicó la *Revue de Paris*,—¿cómo no recomendar calurosamente este libro que por su asunto y su ingenuidad se recomienda?

Hemos recibido:

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS, convocada con motivo de las Fiestas del Santísimo Corpus Christi de Granada en el año de 1905, con el patrocinio del Excelentísimo Ayuntamiento de aquella capital.—Programa.

PROGRAMA DE LOS JUEGOS FLORALES y del Certamen científico, literario y artístico que ha de celebrar la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Granada, con motivo de las fiestas del Corpus.

EL INFANTE INSTRUÍDO.—Folleto que contiene los conocimientos reglamentarios que debe estudiar el soldado en la instrucción teórica, por *José Ruiz Serrano*, primer teniente de Infantería del Regimiento de Soria, núm. 9. Es muy interesante por el asunto y muy claro en el procedimiento expositivo.

MANICOMIO-MODELO ESPAÑOL en la posesión de Vista Alegre.—Folleto en que el conocido arquitecto *D. José Grases Riera* propone que en el gran espacio disponible en aquella posesión del Estado se construya un manicomio-modelo por subscripción de todas las Diputaciones provinciales, y como base para la reforma total del sistema de manicomios en España.

VIDA, volumen de versos, por *R. Martí Orberá.*—Toledo, 1905.

APUNTES ESCÉNICOS CERVANTINOS: Estudio histórico, bibliográfico y biográfico de las comedias y entremeses escritos por *Miguel de Cervantes Saavedra*, con varias de sus opiniones sobre las comedias y los cómicos y noticias de los comediantes que debió conocer ó mencionó en sus libros inmortales, por *Narciso Díaz de Escovar.*—Librería de la viuda de Rico.—2 pesetas.

EPÍSTOLA Á MATEO VÁZQUEZ, dirigida en 1577 desde Argel por *Miguel de Cervantes Saavedra*, con introducción y notas de *E. C.*

CATÁLOGO de una colección de libros cervantinos: de venta en la librería de la viuda de Rico, de Madrid.







SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA



Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 7 Enero, 4 ebrero, 4 Marzo, 1 y 29 Abril, 27 Mayo, 24 Junio, 22 Julio, 19 Agosto, 16 Septiembre, Octubre, 11 Noviembre y 9 Diciembre; directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colom-), Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la Costa oriental de Africa, la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

Línea de New-York, Cuba y Méjico.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada es, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos intos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto- ata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga, y de Cadiz el 15 de cada es, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, ierto-Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto-Cabello y La ayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por Ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puer- admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el lito- de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto-Plata con trasbordo en Puerto co, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También rga para Maracaibo, Carupano, Coro y Cumaná con trasbordo en Puerto Cabello y para inidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada s, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, de álaga el 20 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente por Casablanca, Mazagán, Las lmas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando por Cádiz, Alicante, lencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.

Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesi- mente cada dos meses para Fernando Poo, con escala en Casa Blanca, Mazagán y otros ertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

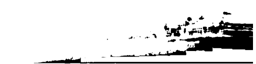
Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Re- jas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para los los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: *Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace re- jas del 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas de 14 de ril de 1904, publicada en la *Gacetaa* de 22 del mismo mes.

Servicios Comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía, encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados y de la coloca- ón de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.



Imprenta de Tomás Rey.—

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | **Mayo de 1905.** | **NÚM. 53.**

SUMARIO.

ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA, por Álvaro de Albornoz 591

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-POLÍTICAS SOBRE LA DECADENCIA DE ESPAÑA, por E. García Roger 600

VIDA Y ESCRITOS DEL DR. JOSÉ RIZAL, por W. E. Retana 611

LAS AGUAS SUBTERRÁNEAS DE LA CAPA SUPERFICIAL, por Salvador Calderón 634

COSAS DE MÚSICA: LAS TENDENCIAS DEL DÍA, por J. Fresser 641

APUNTES INTERNACIONALES: DEVOLUCIÓN DE BANDERAS, por S. Pérez Triana 647

EL GENERAL WEYLER, por Arcadio Roda 651

LA VIDA LITERARIA: D. JUAN VALERA, por Andrés González-Blanco 668

EL ÚLTIMO AMERICANO, novela de A. Mitchell, traducida expresamente para NUESTRO TIEMPO 696

REVISTA DE REVISTAS, por The Reader 709

REVISTA BIBLIOGRÁFICA: Libros de Álvarez, Cardenas, Noriega, Silvela (E.), Abreu, Vincenti, Rusiñol, y Pin y Soler 721

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

España y Portugal: Semestre..... 12 *pesetas.*
América: Idem..... 15 »
Demás países: Idem..... 12 *francos.*

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114
MADRID

(De ocho á diez de la mañana y de dos á cuatro de la tarde.)

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | *MADRID.—MAYO, 1905.* | *NÚM. 53.*

ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA

(CARLYLE, RUSKIN, NIETZSCHE)

I

La democracia—hecho indiscutible—tiene, aparte de los reaccionarios, de los misoneístas, dos clases de enemigos: una, la de los entusiastas de la cacareada ciencia positiva, que la declaran incompatible con las eternas y universales leyes de la herencia, de la concurrencia y de la diferenciación; otra, la de los *dilettanti*, la de los que, habiendo entendido mal á Carlyle, creen que el culto al héroe supone el desprecio de la masa; la de los que, habiendo entendido mal á Ruskin, se imaginan que en nombre de la sacrosanta belleza hay que condenar las aspiraciones de las muchedumbres, cuyo reinado sería el imperio de la vulgaridad y de la ramplonería; la de los que, habiendo entendido mal á Nietzsche, se figuran que hay que sacrificarlo todo al superhombre. Otro día veremos, refiriéndonos al excelente libro de Bouglé *La democratie devant la science*, cuán fútiles son los argumentos que en nombre de la famosa ciencia positiva se hacen contra la democracia. Vamos á ver hoy lo que hay en el fondo de la charla de los *dilettanti*, de los amables y elegantes escritores que tienen el santo horror de las masas.

¡Carlyle, Ruskin, Nietzsche! Tres enemigos, al parecer, de la democracia, del industrialismo, de las aspiraciones igualitarias de las sociedades moder-r i! Al parecer, digo, porque, á mi pobre entender, en realidad son todo lo c ntrario. Tres grandes figuras de la democracia cosmopolita, que han pre-t idido encauzar, mas en modo alguno destruir.

Empecemos por el gran humorista inglés, digno émulo de Juan Pablo. I ra Carlyle, el héroe, ya se revela como Dios: Odino; como profeta: Maho-

ma; como poeta: Dante, Shakespeare; como sacerdote: Lutero, Knox; como hombre de letras: Jhonson, Burns, Rousseau; como rey: Cromwel, Napoleón; es el hombre profundamente sincero, cuyo corazón, todo sinceridad, es una parte del corazón de la naturaleza, una revelación viva del misterio inefable y sagrado; verdadera en cuanto es, frente á todas las falsedades del mundo, la única realidad posible. No es—fijaos bien—el sabio; el *objetivo,* que diría *Nietzsche, nada para una mujer, sea dicho entre paréntesis.* Es el hombre valeroso, el hombre fuerte, algo semejante á lo que llama Costa escultor, cincelador de pueblos; regidor nato de muchedumbres, caudillo por derecho propio, jefe dondequiera que él esté; la única soberanía verdaderamente legítima, la gran soberanía del poder, fuerte contra todas las soberanías impotentes, falsas, por respetables que en apariencia sean, por grandes que sean los prestigios de que haya podido rodearlas la Historia. Y en este sentido algo superior, algo divino, digno de un culto parecido á aquella religión de la humanidad de que hablara el célebre positivista Comte, culto noble y grande, sin el cual la sociedad es un caos horrible, producto de todas las corrupciones y de todas las bajezas.

Pero este *culto del héroe,* que yo, entusiasta, ferviente demócrata, soy el primero en proclamar, como una protesta contra las imperantes mesocracias, no implica el desprecio de las muchedumbres. Podrá creerlo muy bien el lector distraído, después de haber visto «corriendo» que, para Carlyle, la historia de lo que el hombre ha realizado en este mundo es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que trabajaron entre nosotros. Mas no así el lector atento, habituado á leer entre líneas, porque, como el propio Carlyle dice, «el artífice, el forjador, con los metales, instrumentos é ingeniosos métodos que posee, ¡cuán poco de todo cuanto hace es propiamente su obra! ¡Todos los ingenios inventivos de las edades pasadas trabajan allí con él, como en verdad con nosotros todos y en todas las cosas! Y si seguís leyendo como Dios manda veréis que, en definitiva, para Carlyle la democracia es un hecho, una realidad indiscutible, lo que explica el éxito colosal del gran Napoleón, que cae cuando deja de ser órgano de la democracia—su fuerza íntima, su razón de ser—y se preocupa de coronas, consagraciones, dinastías, etc., porque, como el gran humorista escribe, «en las librerías públicas vienen siendo pasto de la polilla numerosos *in folio,* escritos algunos siglos ha sobre el derecho divino de los reyes».

Sin duda que el *tiempo pasado* es hermoso, visto á través del buen Jocelin de Brakelond. Sí, ¿por qué no ha de ser hermoso? Se han acumulado muchas mentiras y muchas patrañas acerca del buen tiempo pasado. Aquel singular abad Samson es verdaderamente heroico; heroico también su tiempo. Muchas cosas de éste—que no han muerto, ni, por fortuna, morirán—podrían dar una especie de alma al mammonismo imperante. Pero hay otras muchas cosas con respecto á las cuales «no hay más sino dejarlas dormir tranquilamente entre el polvo de las librerías públicas». La revolución francesa fué,

para Carlyle, un gran acto de verdad y de sinceridad. «Cueste lo que cueste—dice el gran escritor,—cueste lo que cueste, todo género de sacrificios, reinados del terror, horrores de revoluciones francesas, todo cuanto de terrible pueda imaginarse, tenemos que volver forzosa y necesariamente por los fueros de la razón y de la verdad.» Y la democracia de los tiempos presentes es una gran verdad, un gran hecho real é indiscutible. Los modernos capitanes de industria podrán carecer de alma, pero tienen un cuerpo. Los terratenientes ociosos y los *dilettanti* ni cuerpo tienen siquiera; son una mera sombra.

¡No! El culto del héroe no implica el desprecio de la masa. Si prescindimos de las castas, de las organizaciones cerradas é inaccesibles; una vez afirmado el gran principio de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, los términos aristocracia y democracia no son en manera alguna antagónicos. Todas las democracias tienen sus aristocracias. Héroes deberán ser los que conduzcan á los partidos populares á la victoria. Y un héroe deberá ser quien ostente la representación suprema del Estado popular.

II

Tended la vista en derredor vuestro. Una tristeza inmensa os rodea; un abrumador, aplastante ambiente gris os envuelve. ¡Qué tristeza sentirse encadenado á la vida como á su roca del Cáucaso Prometeo, llevar el peso de la vida sobre los hombros y sobre la conciencia! ¡Qué triste la ciudad, sin aire, sin luz, con sus días monótonos de trabajo brutal, en que sin piedad se destruye la labor de las noches fecundas! ¡Qué tristeza vivír en el campo, tan hermoso según dicen los que van á él desde la ciudad á orear su espíritu, y permanecer insensible, indiferente, extraño á tanta belleza, sudando eternamente para otros, cavando el surco ingrato, removiendo la tierra endurecida y exhausta, prestando más calor de vida á la *nación* que ha de ser llevada, cuando crezca, á la feria vecina, que al propio retoño atrofiado por la miseria, tratando con más amor á la vaca lechera que á la esposa, herida como la madre tierra en su fecundidad por la codicia implacable del hombre! ¡Qué tristeza ver á la mujer, bella hace miles de años, cuando jugaba al disco bajo el cielo luminoso de Grecia, esclava de la máquina en la fábrica y de la aguja en el hogar; verla, no ya siguiendo el carro de la fortuna para discernir la corona al vencedor, como en la poesía inmortal de Schiller, sino alineada en el repugnante, odioso mercado de que habla Schopenhauer, el misógino sombrío que, á pesar de todo, recrudece con su pesimismo el ansia de vivir! ¡Qué tristeza ver cómo huye ante la maternidad la alegre primavera de la vida! ¡Qué tristeza la de esta lucha bárbara en que el hombre, triunfador hace miles de años en los juegos olímpicos, cae rendido, agotado, después de transmitir á sus descendientes una existencia caduca! ¡Qué tristeza ver al pobre delincuente, como en los tiempos en que De Maistre hacía la apología

del verdugo, abandonado á la estúpida vindicta pública! ¡Qué tristeza vivir para los demás y no para uno mismo; echarse á la calle y, en vez de moverse por estímulos de la propia actividad, sentir las velas del propio espíritu hinchadas por los vientos que soplan de los cuatro puntos cardinales; tener el hogar en la plaza pública, bajo las miradas de todos, sin techo moral que nos proteja, sin lumbre amorosa que nos conforte! ¡Qué tristeza ser la manifestación suprema de la vida, su último eslabón, y sentirse aplastados por ella como por una inmensa mole, en vez de sentirnos en su cumbre, siendo su más elevada y artística florescencia!

Sí, tiene razón Ruskin, el sacerdote augusto de la augusta belleza. Tiene razón el gran inglés. Con tanta locomotora, con tanta dinamo, con tanta chimenea, con tantos miles y millones de dollars, la vida es fea, es triste. «El país entero—el mundo, se podría decir—es un jardincillo no más que suficiente para que vuestros hijos corran por el césped, si los dejáis correr por él. Y este jardincillo lo convertiréis en un alto horno, y lo llenaréis de montones de ceniza, si es posible, y vuestros hijos sufrirán por ello, pues no irán al destierro todas las hadas. Hay hadas de los altos hornos, como las hay de los bosques, y sus primeros dones parecen «agudas saetas de valiente», y los últimos semejan brasas de enebro.» Sí, tiene razón Ruskin. Y hace bien en protestar contra el industrialismo bárbaro que todo lo reduce á substancia económica, sin perjuicio de ir á escuchar una ópera entre dos especulaciones, entre dos asaltos á la libra esterlina. La vida es vulgar, monótona. La belleza sucumbe á la codicia implacable del conquistador de dollars. Y el arte huye, el arte verdadero, el gran arte que en otro tiempo escribió poemas admirables y levantó catedrales magníficas.

Pero ¿tiene la democracia la culpa de ello? Para muchos pretendidos discípulos de Ruskin no cabe duda que sí. Según ellos, la democracia por excelencia, la democracia socialista, implica una sociedad achafada, uniforme. Geográficamente, el Estado popular sería una llanura parda, rodeada de pardas montañas simétricas, simétricamente surcada por ríos de aguas ennegrecidas por el carbón, con un horizonte siempre gris. Sobre la parda llanura elevaríanse casas como cuarteles en que la población viviría en una promiscuidad absoluta; inmensas escuelas, donde se educaría á los hijos comunes; talleres colosales, en que ejércitos de trabajadores, al servicio de máquinas gigantescas, harían todos los días la misma labor; vastas salas de espectáculos, en que el pueblo, después de haber contribuído en la proporción señalada á la producción, regulada uniformemente por la administración central, se recrearía con diversiones, con pasatiempos ñoños, de una vulgaridad desesperante. Todo el mundo debería consagrarse al trabajo manual. Y los poetas huirían con su lira á otra parte; los artistas emigrarían en bandadas; en la llanura parda y monótona sólo se oiría el canto de la industria niveladora é igualitaria, antiestética...

Así piensa el esteta, el esteta famoso que, viendo á un mendigo pedir

limosna en un puente de Londres, se preocupa antes de vestirlo «elegantemente», según los últimos modelos, que de alimentarlo, cuando lo que el pobre diablo tiene es un hambre horrible. Pero el pensamiento de Ruskin es muy otro. Según él, el gran obstáculo á la belleza plástica es la miseria; el sentimiento estético, á falta de sentimiento humano, nos lleva á combatirla. Mientras haya seres humanos que tengan hambre ó frío, no sólo no hay arte posible, sino que ciertos refinamientos son un verdadero crimen. Y he aquí, pues, á la democracia de acuerdo con Ruskin. Porque la aspiración primera de la democracia, de la democracia social, es reducir la miseria cuanto sea posible. Y en tal sentido la democracia lucha por la alegría, por la belleza. Dice bien Jaurés, el insigne orador. Cuando el Estado popular sea un hecho, ¡entonces sí que habrá arte! Libre de la carga de la vida, el hombre podrá elevar sus ojos á la belleza y amarla. El esclavo tiene bastante que hacer con arrastrar sus cadenas.

III

No es cosa fácil entender de buenas á primeras al extraño autor de *Así habló Zarathustra,* sobre todo cuando se carece en absoluto de cultura filosófica y de hábitos de disciplina mental. Por eso Nietzsche fué una verdadera calamidad para la mayor parte de nuestros «intelectuales». Nietzschanos andan por ahí que dan lástima. Insignificantes medianías, cuando no positivas nulidades, creyeron hallar en la doctrina del gran pensador alemán la justificación de sus necedades y extravagancias. Y por ahí van echándolas de superhombres, presumiendo de aristócratas, ¡ellos, que son unos pobres proletarios del espíritu!

No podía suceder de otro modo. La lectura de los libros de Nietzsche tenía necesariamente que producir efectos desastrosos en cerebros vanos. Las paradojas, las hipérboles, á que tan dado fué el insigne filósofo, debían seducir á nuestros niños góticos. Y con cuátro frases, despojadas de su sentido oculto y recóndito; con cuatro exageraciones, con cuatro «boutades»—que en la obra entera de Nietzsche sólo forman parte del bagaje literario—se pretendió condenar todas las grandes ideas por que la humanidad viene luchando sin descanso, sin tregua: desde la idea moral, hasta la idea igualitaria, democrática... ¡Como si los libros de Nietzsche pudieran servir para facilitar las grandes digestiones y para tranquilizar á los grandes delincuentes!

Se ha creído ver en Nietzsche al enemigo declarado, acérrimo, de la moral; al apóstol de todas las anarquías, al apologista del egoísmo desenfrenado, de la «solitaria bestia rubia», del «animal carnicero de la selva». El mismo Max Nordau—que no es un cualquiera, aunque diste mucho de ser un genio—considera á Nietzsche como un loco furioso que gesticula salvajemente, abandonado á sus instintos criminales. Sin embargo, leed despacio *La genealogía de la moral.* «Cuando acontece de veras—dice nuestro pensa-

dor en el párrafo once de la segunda disertación—que el hombre justo continúa siendo justo para con aquel que le ha ofendido (justo y no sólo frío, mesurado, desdeñoso, indiferente; ser justo implica siempre algo positivo); cuando, á pesar de las ofensas personales, de los insultos y de las calumnias, conserva inalterable la objetividad alta y clara, profunda y tierna de su mirada, entonces será preciso reconocer en él algo así como la perfección encarnada, como el mayor autodominio de la tierra.» Es, á despecho de las frases, de los «ripios», la idea capital del libro, lo que queda después que se borran las ideas secundarias, las paradojas brillantes. Ser en absoluto dueño de sí mismo; tal es para Nietzsche el ideal.

Se ha creído vér en Nietzsche un enemigo jurado, acérrimo, del movimiento social de nuestros días. Sus ideas individualistas han sido lanzadas á los cuatro vientos como una protesta contra lo que se ha dado en llamar *gregarismo,* contra el espíritu social, que es la tiranía, el gran enemigo del yo. Sin embargo, para uno de sus críticos, M. Gystrow, Nietzsche fué un socialista sincero, un verdadero demócrata. Y lo cierto es, sea lo que quiera de la afirmación de M. Gystrow, que la citada *Genealogía de la moral* contiene, entre otros pasajes interesantes, desde nuestro punto de vista, el siguiente: «El prodigioso trabajo de lo que yo he llamado «moralización de las costumbres», el verdadero trabajo del hombre sobre sí mismo durante el más largo período de la especie humana, todo su trabajo prehistórico toma de aquí (Nietzsche se refiere á la idea de responsabilidad, cuyo origen trata de determinar) su significación y su justificación, cualquiera que sea el grado de tiranía, de crueldad y de estupidez que le es propio; solamente por la moralización de las costumbres y por *la camisa de fuerza social* llegó el hombre á ser realmente apreciable. Pongámonos en el término del enorme *procesus,* en el árbol que madura sus frutos, cuando la sociedad y la moralidad presentan á la luz del día *el fin para el cual eran medios,* y hallaremos que el fruto más maduro del árbol es el individuo soberano... el individuo prójimo de sí mismo, el que posee en sí mismo la conciencia noble y vibrante de lo que ha conseguido, la conciencia de la libertad y del poderío, el sentimiento de haber llegado á la perfección humana». La sociedad, como medio; el individuo libre, soberano, como fin. ¿Cómo, pues, ha de haber antagonismo entre el fin y el medio?

Cosa análoga veríamos si examináramos el pretendido agnosticismo de Nietzsche, para muchos evidente; su impiedad, tan traída y llevada. Es preciso tener en cuenta que Nietzsche fué ante todo un gran demoledor. Y, por tanto, que la parte más importante de su sistema—llamémosle así—es la negativa. Ocurre con nuestro filósofo lo que con su predecesor y, en cierto modo, precursor, Stirmer.

***

Nietzsche proclama la moral de la fuerza, la ley del más fuerte. Pero nótese bien—el fuerte de que aquí se trata es el fuerte de cuerpo y de espíritu, firme en su conciencia sana como en una roca, dueño y señor de su voluntad libre, que es el título de su soberanía. No es una sombra de poder caduco, un mero prestigio, resto de grandezas pasadas; es una potencia efectiva y actual. No es la fuerza de los pergaminos, de las condecoraciones; es la fuerza avasalladora de la personalidad. No es el favorecido, es el conquistador de la fortuna. No es el heredero, es el creador, «el noble creador de valores». Es el mocetón de Boston. de que habla Emerson. Es la salud, la vida imponiendo á la muerte su ley. Cabalmente lo que pretende la democracia. Igualdad inicial... y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Que cada cual experimente las consecuencias de sus propios actos, como quiere Spencer; mas no las consecuencias de los actos de otros. Que el hijo sea lo que pueda ser, sin que importe nada lo que haya sido su padre. Que la victoria sea debida al propio esfuerzo, no á las circunstancias. La verdadera justicia es ésta. Y en tal sentido, tiene razón Roberty al hablar de la tendencia democrática «*Foncièrement meconnue*», de Nietzsche. *Foncièrement meconnue;* es verdaderamente asombroso que se haya visto en Nietzsche un arístócrata.

Porque el rebaño que Nietzsche odia no es la democracia; es precisamente el mayor obstáculo á la democracia. Lo que de rebaño hay en las democracias actuales, es lo que en ellas queda de esclavitud, de feudalismo, de antiguo régimen. El esclavo, que Nietzsche detesta, no es el ciudadano; es precisamente el mayor obstáculo al ciudadano. Lo que de esclavitud hay en la actual ciudadanía, es una supervivencia, el sedimento que en lo más profundo del sistema nervioso de la raza han ido depositando los siglos de opresión. Y aún habría mucho que hablar del odio al rebaño y al esclavo en Nietzsche, que es, en el fondo, una manifestación sublime del gran sentimiento humanitario, alma de la corriente social moderna. Porque lo que Nietzsche quiere es suscitar rebeldías íntimas, cruzando con su látigo los rostros. Y de aquí su impiedad, que es una piedad cien veces más elevada y pura que la piedad al uso. De aquí aquel «haceos duros, crueles», que á primera vista parece una blasfemia horrible, y que es realmente un mandato de amor. Infligir un dolor noble, digna, valerosamente, es más difícil y más moral que arrojar un mendrugo. Y es, además, más útil. El mendrugo alimenta, pero envilece. El dolor, noblemente infligido, redime al que es aún capaz de redención. Castelar lo decía, dirigiéndose á las clases conservadoras, que pedían un salvador: «Ya no hay salvadores; en este gran individualismo moderno, cada cual se salva á sí mismo». Es también aquello que se cuenta de Bismark. Pedíale auxilio un amigo para salir de un pantano en que se había hundido, y el canciller permaneció impasible. Como el amigo insistiese, Bismark, apuntándole, le dijo: «Ó sales, ó te pego un tiro». Y salió. Salió en un esfuerzo supremo de la voluntad, que es lo único que puede salvar de veras.

Con el super-hombre de Nietzsche—símbolo admirable de la humanidad futura, libre, grande, digna de Dios—ocurre lo que con el héroe de Carlyle. El héroe necesita un pueblo heroico. No sólo no puede obrar sin él, sino que ni aun puede revelarse como tal héroe. Las épocas corrompidas, los tiempos de bajeza y de esclavitud, no tienen héroes. Y de un rebaño ínfimo y despreciable, de una humanidad envilecida y abyecta, no puede surgir el super-hombre. Aun cuando la humanidad no tuviera más misión que producir el super-hombre, aun cuando la humanidad fuera sólo el medio para este fin: «el individuo soberano... el individuo prójimo de sí mismo, el que posee en sí mismo la conciencia noble y vibrante de lo que ha conseguido, la conciencia de la libertad y del poderío, el sentimiento de haber llegado á la perfección humana», sólo por esto sería necesario perseguir la elevación del mayor número. Justamente lo que pretende la democracia, que, dicho sea una vez más, no se opone á las naturales jerarquías.

IV

Ruskin, Marx... El lector se asombrará quizás de ver juntos estos dos nombres. Representa el uno lo que se ha dado en llamar «materialismo histórico», una «cosa» ordinaria, grosera, de obreros vulgares é incultos, cuya cuestión es una «cuestión de estómago», frase afortunada que ha dado la vuelta al mundo con Schaëffle; representa el otro la «sacrosanta» religión de la belleza, comunión que une á los espíritus *d'élite*, «cosa» de artistas, de gente distinguida, refinada, á la cual importan muy poco los cuidados materiales de la vida. El nombre de Marx sirvió de bandera de combate á los proletarios de todos los países que, constituídos en partido de clase, luchan por transformar la base económica de la sociedad; el de Ruskin va unido al noble esfuerzo de cuantos se afanan por elevar el nivel de la cultura estética, la más alta de todas las manifestaciones del espíritu. El nombre de Marx, nombre de batalla, sugiere ideas de guerra social, de guerra de las calles, sangrienta y feroz; evoca los horrores de la *Commune;* diríase que aquel viejo judío es el que ha desencadenado todos los odios de clase que roen las entrañas del capitalismo imperante. Al pensar en Marx, el gran agitador, el gran economista, viene á la mente el recuerdo de 1848, el recuerdo de la Internacional, de aquella Asociación compuesta de «asesinos que llevaban el puñal en una mano y la tea en la otra», según frase de un orador español en las Cortes de 1871; el recuerdo de cien huelgas formidables, que paralizan un momento la vida económica de los más grandes países. Por el contrario, el nombre de Ruskin evoca la serena contemplación de la naturaleza apacible y sosegada, bella en su calma «griega». Y mientras Marx, reduciéndolo todo á economía, inspira la más profunda repulsión al esteta, que jamás ha hojeado

las páginas «indigestas» de *El Capital,* Ruskin es un autor de «buen tono» y sus libros figuran en toda biblioteca *á la moda.*

Sin embargo, de Ruskin á Marx no hay, ni con mucho, las leguas que han contado algunos. Porque Marx no dijo nunca que la cuestión de los obreros fuese una «cuestión de estómago» ni cabe tomar al rábano por las hojas. El modo de producción de la vida material es, sin duda, para Marx lo que, en general, determina el proceso social, político é intelectual de la vida entera. Mas no hay que entender, como suelen entender no pocos, que, según esto, *lo* económico sea el factor principal de la historia. No es posible hablar de «factores» con relación al llamado «materialismo histórico». *Lo* económico no es *un factor* de la historia (ni el principal ni el único); es sencillamente la base sobre que se desarrolla la vida. Ni hay que representarse tampoco el proceso determinado por el desenvolvimiento de las fuerzas productivas como algo tan manifiesto á primera vista que, v. gr., nos permita referir inmediatamente *La divina comedia* á la posición económica de Dante. «La estructura económica subyacente que determina todo lo demás—dice Labriola—no es un simple mecanismo del cual emergen, como efectos automáticos y maquinales inmediatos, las instituciónes, las leyes, las costumbres, los pensamientos, las ideologías. El proceso de derivación y de mediación de esta infraestructura á todo el resto es muy complicado, á menudo sutil y tortuoso y no siempre descifrable.» Así entendidas las cosas, la distancia que separa á Marx de Ruskin se acorta sensiblemente. Y tanto se acorta, que hay un punto en que ambos llegan á encontrarse como los dos mineros de la conocida metáfora de Schopenhauer. El gran obstáculo á la belleza plástica—exclama Ruskin—es la miseria; mientras haya seres que tengan hambre y frío no hay arte posible. Es, en el fondo, lo que piensa Marx. Porque Marx no dice que el estómago valga más que el cerebro, que la economía represente más que la belleza; lo que dice es que sin economía y sin estómago no hay cerebro ni belleza posibles. Es una verdad de á folio.

No, no se asombre el lector. Entre Marx y Ruskin no existe un abismo tan hondo como alguien pretende. Como no existe entre Carlyle y Nietzsche y la democracia. Entre hombres que, aunque diferentes, representan aspiraciones de una misma época, no cabe antagonismo fundamental, esencial. En vez de ver en Carlyle y Nietzsche dos enemigos, la democracia debe ver en ellos dos de sus mejores guías. ¡Oh, si nuestros demócratas leyeran mucho á Carlyle y á Nietzsche, sobre todo á Carlyle!

ÁLVARO DE ALBORNOZ.

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-POLÍTICAS
SOBRE LA DECADENCIA DE ESPAÑA

Hace bastantes años leí en no sé qué Revista un bien intencionado escrito de cierto catedrático, cuyo nombre no recuerdo, encaminado á probar que aun no se ponía el sol en los dominios españoles; explicaba la asignatura de Geografía y demostraba matemáticamente la tesis, valiéndose de meridianos y paralelos.

Bien se comprenderá que ocurría eso antes de nuestros últimos desastres coloniales; y aun entonces la empresa acometida por el benemérito profesor me parecía algo así como un sarcasmo involuntario; los esparcidos jirones de nuestro Imperio riquísimo eran á mis ojos como las islas solitarias en los vastos océanos, denunciando la antigua existencia de continentes, que tal vez sepultaron en el seno de los mares las revoluciones geológicas. Aquella no interrumpida existencia del sol en los dominios de España, podría servir á algunos de lenitivo en la decadencia. ¿Qué consuelo buscar ahora, perdidos ya los últimos vestigios de nuestro Imperio y reducida la nación misma á tan menguados límites como jamás tuvo, si exceptuamos los aciagos tiempos de la invasión musulmana?

Hemos perdido toda nuestra significación en el orden internacional, cuando hace poco más de un siglo nada ocurría en Europa sin que se nos tuviera en cuenta, y hasta la grandeza moral que en nuestra penuria nos reconocían los extranjeros, de la cual estábamos orgullosos, como aquellos nobles empobrecidos, pero dignos todavía á sus propios ojos y ante la consideración de los demás, porque guardaban religiosamente el recuerdo de sus gloriosas tradiciones.

Porque hay un hecho indudable: con las pérdidas territoriales no hemos experimentado la mayor pérdida; más lastimosa todavía es la degradación moral, la desaparición rápida de aquellas virtudes, tan extremadas que llegaban á constituir como un defecto: el valor en los combates, la altivez en las relaciones internacionales, el puntillo de honor casi quisquilloso, el apego inquebrantable, tenaz y, por consiguiente, invencible á la independencia.

Antes, no sufríamos que potencia alguna osara pretender en las recepciones y ceremonias diplomáticas la prioridad sobre nuestro embajador; después nos complacíamos en ver nuestra amistad solicitada por las naciones rivales; tuvimos luego que lamentar el que no fuese nuestra alianza suficiente á inclinar en favor de Francia la balanza de la supremacía; estuvimos orgullosos

más tarde aléccionando á Europa en la manera de vencer á los grandes conquistadores y repeler una agresión injusta; todavía más tarde, en fratricidas luchas, sostenidas por exaltadas pasiones y grandes intereses, mostramos al mundo cómo saben los españoles hacer derroches de valor, de sufrimiento y de constancia; pero llegan los últimos desastres, y cae la venda que cubría los ojos de los extranjeros y nuestros propios ojos, destruyendo la leyenda que todavía nos hacía respetables, aunque débiles, y presenciando las desdichas nacionales con una indiferencia que podría llamarse estoica, si no fuera reveladora de profunda decadencia moral.

Nuestra pobreza fisiológica aparece hoy tan clara y evidente como la pobreza psicológica nacional: hasta es para muchos un problema si verdaderamente tenemos nacionalidad; y en diferentes puntos del territorio se levantan voces, antes no oídas, negando la existencia misma de España como entidad moral, dando á ese nombre, que brilla con letras de oro en las páginas de la Historia, una significación cuando más geográfica, sin trascendencia alguna; envolviendo la idea de algo así como un ser tan quebrado como su suelo, tan abigarrado como su conjunto, tan helado como la meseta central en los días tristes del invierno.

¿Cuál es la causa determinante de la postración en que yacemos?



Nacen los juicios equivocados que de nuestra actual situación formamos, de los juicios, también equivocados, que tenemos de nuestra Historia: los directores del movimiento intelectual y político encontraron determinadas fórmulas, que, según ellos, dan solución á todos los problemas, y pocos se ocupan en estudiar ni investigar más. Al fanatismo y al despotismo, *pero de los reyes,* se deben todas nuestras desdichas: el atraso intelectual, las pérdidas territoriales, la aversión al trabajo, el estancamiento de la riqueza pública, la decadencia en todos los órdenes. Es difícil encontrar excepciones; casi todos gritan al unísono.

Sin embargo, debemos mencionar una voz discorde, notable ya por esto, y por la importancia que le da su gran altura en la Historia contemporánea; altura, por su influencia política, indisputable; que en sus merecimientos sería ya más discutible: Cánovas del Castillo. No era probable que su espíritu, á todas luces soberbio, se dejase llevar por la corriente que á tanto vulgo arrastró; y ante el hecho real de nuestra decadencia formuló su explicación; en su concepto se debió aquélla á la pobreza del suelo español, y un poco antes ó un poco después habría de venir por modo irremediable. Queda así absuelto el funestísimo conde-duque de Olivares, y con él todos los estadistas, más ó menos monstruos, pasados, presentes y futuros. ¿Qué podrían ellos contra el hecho fatal é indestructible opuesto por la naturaleza á todas nuestras tendencias y aspiraciones hacia un porvenir mejor?

Tiene esta opinión carácter de novedad, pero no satisface más que la de Buckle, también nueva y muy singular por cierto, cuando explica el mismo fenómeno por la frecuencia, dice, con que se suceden los terremotos en la Península.

Otros le explican por defectos de nuestro carácter, que nos llevó á resistir las corrientes revolucionarias de los siglos XVI y XVII; éstos hasta se complacen en esa decadencia, afirmando, como un profesor de la Institución libre de enseñanza, que cada derrota de España era una victoria de la civilización. Los de más allá son todavía más radicales en sus juicios, y no sólo afirman lo merecido de nuestras desgracias y la utilidad de borrar la Historia española en los últimos siglos, sino que van hasta darla por borrada, como el enciclopedista que preguntaba, sin acertar á responderse, cuáles eran los merecimientos de España en la civilización del mundo. Fórmase de este modo la opinión, y resulta que en los tres siglos de la Edad moderna, España no tuvo Historia, ó tuvo, á lo más, una Historia negativa, rémora del progreso. Así vendríamos á equiparar por completo la Península occidental de Europa con la Península oriental, donde, fuera del movimiento civilizador, vivió un pueblo sin cultura, huésped importuno en el suelo europeo, como lo sería el pueblo español; así, cuando las aspiraciones de la política tienden á expulsar de Oriente á los intrusos, relegándolos al Asia, debieran reivindicar también para Europa el suelo peninsular, relegando su actual población al África, de donde procede.

Tal es la avalancha de sentencias contra la nación que ya en los albores de su existencia llamó la atención de todos por su riqueza nativa; que nutrió de clásicos á la literatura romana; que atesoró los restos del antiguo saber en la época visigoda; que mantuvo durante siglos una lucha sin igual por su tenacidad, no ya contra los árabes invasores, sino contra el África, semillero inagotable de tribus guerreras, á quienes contuvo sirviendo de valladar á Europa; que salvó en Viena y en Lepanto á esa misma Europa, entregada á todas las miserias de una política puramente utilitaria, y, por lo tanto, innoble y sin grandeza; que descubrió la América, se desangró para echar allí las simientes de diez y seis naciones, y cambió los rumbos de la Historia completando la humanidad; que puso un dique á la revolución protestante, salvando la existencia de la Iglesia; que creó una literatura inmortal é iluminó el mundo con los resplandores de Salamanca y Alcalá; en tanto que sus diplomáticos, sus estadistas y sus generales hacían frente á una coalición sin ejemplo en la Historia, dentro de la cual se confundían para menoscabar nuestro poderío gentes que venían de todos los puntos cardinales, apareciendo en monstruoso maridaje los reyes cristianísimos y los turcos de Constantinopla, los portaestandartes del protestantismo y los piratas africanos.

***

Esta es una explicación de nuestra ruina; el acuerdo de tantos en daño nuestro.

Y dirán los partidarios de aquella Filosofía de la Historia al uso: ¿qué mejor prueba se quiere de la bondad de nuestro aserto? El fanatismo de los Austrias provocó en contra de España todas aquellas iras.

Olvidan los que tal dicen la realidad de las cosas: las guerras de España en aquel período tuvieron, contra todos esos adversarios, el carácter de defensivas; y los que fueron nuestros enemigos habríanlo sido igualmente aun cuando nuestras ideas religiosas hubieran salido fuera de la ortodoxia. Es una cosa clara como la luz del día. ¿Habría necesidad de demostrarla?

Pues qué, en el orden internacional, ¿acaso nos atacaron por ser católicos? ¿Eran las ideas religiosas lo que ponía las armas en la mano á los reyes de Francia? ¿Fueron esas ideas las que promovieron la rebelión de Flandes? ¿Nos combatió por eso Inglaterra? ¿No fueron muchas veces los Papas enemigos nuestros? ¿Era la idea religiosa, ó el deseo de lucro lo que henchía las velas de los berberiscos en dirección á las costas españolas? Hasta en los turcos podía considerarse el afán de conquista como principal móvil de sus empresas. ¿Qué idea religiosa puso en acción nuestras armas durante el siglo XVIII?

No, no es el fanatismo la explicación de nuestra Historia, ni el espíritu religioso del pueblo español la causa de su decadencia. Ni ¿cómo podría serlo? Tengo en este punto convicciones muy arraigadas, y si bien sé que al hombre, aun sinceramente religioso, le ocurren durante la vida repetidas desdichas, en tanto que parece sonreir la fortuna al descreído, sé también que no siendo definitiva la vida actual, hay que esperar su complemento en la otra. Todo tendrá su sanción.

Pero es diferente la vida de las naciones: éstas, como tales, no tienen vida de ultratumba, y aquí es donde ha de realizarse la sanción de sus actos; podrá tardar algo más ó algo menos, que la vida de las naciones no ha de graduarse por la de los individuos; pero infaliblemente llega. Si, pues, hubiese sido España una nación genuínamente catolica; si lo hubiesen sido los gobiernos que asumieron la dirección de la vida nacional, ¿cómo explicar sus desgracias?

Cuando un Estado sufre repetidos infortunios, al preguntarse la razón de su mala suerte, debe buscarla en sus propios actos, excluyendo los legítimos del orden religioso, porque éste jamás enerva, antes vivifica; y sería declarar injusta á la Providencia suponerla castigando por el cumplimiento de su propia ley. La misma doctrina puede aplicarse á las dinastías como tales. Claro está que semejantes razonamientos carecen de valor para los no católicos, pero éstos necesitarían probar que por católica fracasó nuestra política, y no podrán hacerlo, porque está en su contra la realidad de los hechos.

España y sus monarcas defendieron en la primera época de la Edad moderna los intereses católicos, de que Francia y sus reyes prescindieron casi

en absoluto; pero ni aquéllos batallaron solamente por esos intereses, ni á Francia y sus dinastías faltó la sanción providencial de su política.

¿Cuáles fueron para ellas, en efecto, los resultados definitivos? Respecto de los Valois, el poder que deseaban disfrutar en absoluto, sacrificando á este fin egoísta la tranquilidad del país y comprometiendo los intereses más altos, pasó, dice Cabrera de Córdoba, á manos de otros príncipes, cabezas de rebelión, á los cuales no querían admitir en su amistad, pero sin querer tampoco extinguir su poder, recelosos de la influencia que pudieran acaso, con su ruina, adquirir los jefes del partido católico, que tanto se afanó por deprimir el poder de España y enaltecer el de Francia. La casa de Borbón dejó hace un siglo, representada por Luis XVI, cabeza y corona en el cadalso, que levantaron las nuevas ideas por ellos protegidas ó, por lo menos, alentadas; los Borbones sólo reinan ya en el Estado español, que tanto perjudicaron sus antepasados.

Los territorios por que tanto luchó Francia, no están ya en su poder; los Estados italianos, que tanto codició, le son hostiles; los Estados alemanes, cuyas discordias alentó con fines egoístas, la combatieron rudamente hace no muchos años, y viven, respecto de ella, en latente enemistad; todo está al lado de aquella Prusia, nacida y desarrollada al calor de la revolución que Francia protegía contra la católica Austria.

Los historiadores franceses aplauden la política de sus gobiernos en aquel tiempo, y juzgan los resultados como favorables á su patria; pero es necesario, para formar juicios definitivos, no considerar solamente los efectos inmediatos de los hechos, sino todos aquellos que tengan en ellos su origen, á la manera que en lógica se relacionan con los principios las últimas consecuencias, por una serie, más ó menos prolongada, de deducciones. Se luchó porfiada y sañudamente para destruir el poderío de la casa de Austria; la corona imperial ciñe hoy las sienes de los Hohenzollern. ¿Por qué aplaudir á los que echaron los fundamentos del nuevo edificio y execrar á los que le terminaron? Verdad es que no era éste el fin que aquéllos perseguían; pero las consecuencias fueron más lógicas que los hombres, y bien lo demuestran los resultados de aquella política.

La nuestra fué noble en el siglo XVI; desatentada en el siglo XVII; mezquina en el XVIII; mala en el XIX. ¿Quién podría afirmar con razón que los intereses católicos la animaron durante ese tiempo?

Si, pues, los resultados fueron en definitiva adversos, en otros órdenes de ideas y de hechos deberá buscarse la causa, y no es querer llegar á la posesión de la verdad obstinarse en seguir para encontrarla una senda á todas luces extraviada, ni amar á la patria buscar para sus dolencias remedios inspirados en un diagnóstico deliberadamente falso.

***

Tiempo llevamos ya de tolerancia, ó, por mejor decir, de libertad religiosa, y examinando nuestro estado actual, ¿dónde encontramos los felices resultados de la nueva orientación? ¿Qué éxitos alcanzaron las luces del siglo; cuáles debemos á todos los vientos de doctrina dejado libremente circular? ¿Qué nombres ilustran el de España en el libro luminoso donde se escriben los adelantos del entendimiento humano?

Si de este orden de hechos pasamos á los demás, nos encontramos con que, si en efecto hay una especie de despertar económico, no debemos seguramente asombrarnos, pues ni resulta excesivo para el tiempo transcurrido, ni está en proporción con los pasos gigantescos de la riqueza extranjera, ni corresponde á las sumas asombrosas que representan la desamortización, la circulación fiduciaria y la deuda pública, cuyos intereses consumen tanta parte del presupuesto.

Está muy lejos, pues, de resultar claro que fuese el catolicismo la razón de nuestros males, y el ateísmo, ó el deísmo en que se traduce nuestra libertad religiosa, la anhelada panacea. Y á la verdad, que necio sería acudir á la experiencia para demostrar la falsedad de tales proposiciones; pues, fuera de que en la verdad católica nada hay que pueda oponerse á los progresos legítimos del espíritu humano, ni nada en la doctrina católica opuesto al buen empleo de nuestra actividad, y por lo mismo á los adelantos de la industria y del comercio, habríamos de encontrarnos siempre con un hecho incontestable: con el de que España, decadente hoy, fué en casi todos los órdenes de la vida la nación preponderante en otro tiempo, y que siendo entonces nuestro catolicismo más vivo que en ninguna otra época, y más acentuada nuestra intolerancia, sólo á quien cieguen inexcusables prejuicios puede ocurrirse achacar nuestra decadencia á lo que en otro tiempo no impidió una prosperidad como pocas veces vista; no pueden ser verdaderas dos proposiciones contradictorias.

Otras son, pues, las verdaderas causas, y en la Historia de aquellos siglos pueden fácilmente encontrarse, procediendo unas de manifiestos defectos de nuestros monarcas y de nuestros políticos; originadas otras de los que en el carácter español hizo nacer una era de prosperidad y grandeza tales, que para encontrarles similares en la Historia hay que remontarse á apartados siglos y estudiar los fastos de pueblos providenciales; pero al lado de éstos, y por sobre todas estas causas, hay una que las ilumina á todas, y bastaría por sí sola para dar una solución cumplida; la incapacidad económica, no de España, sino de los españoles, con lo cual resulta evidente la desproporción entre los fines que habríamos de realizar y los medios que emplear podíamos, sin que deban tampoco olvidarse los vicios del sistema tributario, los errores económicos, la incuria de la Administración. ¿Con qué razón, pues, se atribuyen al sentimiento católico aquellos males? Suponed que España hubiera sido protestante ó atea; subsistiendo aquellas causas—y el cambio religioso no las alteraría,—subsistirían los efectos.

Estudiando á esta luz nuestra Historia, se advierte desde luego que estábamos entonces realizando una misión verdaderamente providencial, y que la cumplíamos, habiéndonos puesto Dios en la necesidad ineludible de realizarla, y dotándonos de los medios adecuados á su cumplimiento. Nuestras victorias insignes combatiendo el poder turco, deteniendo el avance del protestantismo, arrancándole para la Iglesia la zona intermedia de Europa donde estaba indecisa la contienda; compensando á la misma Iglesia la defección de naciones ingratas, que le debían su civilización y hasta su existencia, con nuevas naciones en los más apartados confines de Oriente y Occidente; ilustrando con los esplendores de nuestra doctrina teológica la augusta asamblea de Trento; organizando, ¿por qué no decirlo: hemos de ser hipócritas con la impiedad? esa milicia insigne que se llama Compañía de Jesús, avanzada de la Iglesia y dispuesta siempre á pelear y peleando siempre, sin tregua, por la mayor gloria de Dios, como decía nuestro compatriota el Santo Fundador de la Orden, á despecho de injurias, injusticias y persecuciones, nos colocaron á la cabeza de los pueblos europeos; reservándonos el porvenir glorias inmarcesibles, y si se quiere pingües provechos materiales en el campo que á nuestra actividad abría la espada de nuestros grandes conquistadores y la cruz de nuestros misioneros, no menos grandes por más humildes.

Hasta entonces tuvimos los medios necesarios; pero no supimos detener á tiempo la triunfal marcha, y cambiar de rumbo una vez que habíamos llegado al término señalado por la Providencia; é incurriendo en el pecado de la soberbia, atribuyéndonos á nosotros mismos nuestros éxitos, cegándonos con una gloria que á solo Dios correspondía, no advertimos que abate siempre á los soberbios, cuán deleznables son los fundamentos puramente humanos de nuestras grandezas, y cómo tienen base de barro las arrogantes estatuas, por más que deslumbren con brillantes apariencias.

Carece, pues, de justificación la guerra que se hace hoy al elemento religioso, sin tener para nada en cuenta que á él se debe en primer término la existencia misma de España como nación, que de su savia se nutrió durante prolongadas centurias hasta llegar á la cabeza de Europa por su poder y por su cultura, por su civilización espléndida; y en vez de afirmar que por ser católica se produjo su decadencia, parécenos que podría con más verdad atribuirse á deficiencias de su catolicismo; creemos que decayó por no ser genuinamente católica, y ya tendremos ocasión de demostrarlo.



¿Habrá nada menos ajustado á la doctrina católica que el despotismo? Pues tengo el convencimiento íntimo de que otra causa de nuestra ruina fué el despotismo de los gobiernos; pero se equivocarían lastimosamente los que la atribuyeran tan solo al despotismo de los reyes. Mirando el fondo de la

cuestión se destaca con claridad admirable, como hecho que informa nuestra Historia en los últimos siglos, el despotismo del Estado; esto contribuyó poderosamente á nuestra decadencia durante la casa de Austria; esto cortó nuestras energías ó las distrajo en empresas ajenas al interés nacional durante el siglo XVIII; fué el despotismo de la casa de Borbón; esto acabó de arruinarnos durante el siglo XIX; no fué ya el despotismo de los reyes, que reinan pero no gobiernan, sino el despotismo de una minoría que se impuso aprovechando las faltas de sus adversarios.

Fué al principio la lucha de dos despotismos, el de Fernando VII y el de los doceañistas, substituídos más tarde por los exaltados; en todo ese tiempo las aspiraciones y los intereses nacionales quedan relegados á segundo término, ó para hablar con más exactitud, quedan completamente desatendidos. Sólo se ven los intereses del antiguo régimen, carcomido por sus propios vicios; los intereses del poder monárquico, desvanecido en las alturas adonde se elevara menospreciando todos los derechos, que no fuesen los usurpados por él en tres siglos de engrandecimiento abusivo; y las pasiones de una minoría revolucionaria, ebria de orgullo en su inesperada prepotencia, atiborrada de la fraseología al uso, favorecida por el estado morboso de aquella sociedad, y empeñada en dictar sus ukases autocráticamente liberales á un pueblo que en vano los rechazaba. Acabaron al fin por imponérsele menospreciando sus repetidas protestas, considerándole siempre como menor, y exclamando con sarcástica monotonía: *ave, rex,* cuando le herían en sus más caros sentimientos, ó insinuando con profunda hipocresía al verle rebelarse contra las tendencias anticatólicas de sus tiranos: también nosotros somos católicos; lo que no somos, clericales.

Poco importaban los sentimientos y las aspiraciones del pueblo; podían reirse impunemente de la nación, llamada soberana, si conseguían apoderarse del Estado. No desconocían ellos lo tiránico de su poder; ni puede tener otra significación el *Trágala,* liberalísima canción que simboliza toda una época.

Sabemos perfectamente la necesidad imperiosa que entonces había de reformas, y hemos indicado ya nuestra opinión sobre el antiguo régimen; únicamente tratamos de manifestar que en su desatentado sistema, causa de tantos males durante el siglo XIX, procedieron sin sentido práctico, difícil de hallar entre gentes imbuídas en las ideas de romanticismo político á la sazón tan en boga, y cuya necesidad expresa Macaulay con frase feliz en uno de sus estudios. Hablando de cuál es la mejor constitución, manifiesta la imposibilidad de responder en absoluto; dice con razón que debe atenderse á las circunstancias especiales de cada pueblo, y que procurar la aplicación de una constitución modelo á todos indistintamente resultaría tan práctico como vestir á todos los hombres con trajes hechos á la medida del Apolo de Belvéder.

Pues así procedieron los diputados de Cádiz, no faltando entre ellos, según

dicen, quien propusiera un concurso internacional entre sabios para obtener una constitución perfecta; el procedimiento resultó ineficaz, é inútiles fueron las siguientes tentativas, porque se empleó siempre igual sistema. Por eso no hemos salido aún del período constituyente.

Si en vez de fabricar tantas constituciones y de teorizar tanto; si en vez de lamentar como Cánovas las condiciones naturales del suelo, que no sabemos en definitiva, ni pretendo examinar ahora si son buenas ó malas, atendiéramos á mejorarlas en lo posible, ¿no variaría con ello nuestra situación económica, acrecentándose la población y la riqueza? ¿No son estos elementos indispensables para influir en la política internacional? ¿Qué relación tiene con ello el sentimiento religioso, tan llevado y traído en estas controversias, constituído en la categoría de problema por los que se entretienen en plantear y resolver problemas imaginarios, y no aciertan á solucionar, por ejemplo, el problema real, positivo, canceroso de los cambios?

Pero se necesitan para resolver con acierto los que al orden económico se refieren, estudio perseverante y una preparación adecuada para comprenderlos; nuestros políticos encuentran más cómodo lanzarse á las fáciles logomaquias de la fraseología huera, y mecerse en las ondas abundosas de la elocuencia parlamentaria, aunque no quede otra cosa de ellas que la espuma inútil, ni resulte de lo primero más que los problemas consabidos; el problema político en cuya solución llevan ya un siglo sin encontrarla; el problema administrativo; el problema religioso; y continuarán así hasta que el país, harto ya como se halla de ellos, busque la manera de decirles con más ó menos cortesía: basta de matemáticas.

Es, por lo tanto, un mal endémico en España el menosprecio de los intereses del país; éste, con el cesarismo de los gobiernos, fué nuestro mal en el siglo XVII, lo fué en el siglo XVIII, lo fué en el siglo XIX. Ignoramos qué rumbo tomará la Historia española en el siglo actual; por de pronto vemos, como síntoma revelador de la persistencia del mal, que las clases productoras se rebelan contra el sistema, cuya deletérea acción denuncian tres siglos desdichados, y claman contra su perpetuación, diciendo en sendos telegramas á los que se llaman representantes suyos: «No interpretáis mis deseos ni servís mis intereses; estudiad mis males y ponedles remedio si sabéis; nosotros os agradeceremos, por lo menos, la buena intención; pero romped los moldes de vuestra vieja política».

¿No veis, podría decir el pueblo español, que mediante ellos mi decadencia es cada vez más profunda; que la moneda nacional sufre una depreciación vergonzosa; que están inermes las costas de la Península; que mi poder naval, tan temido en otro tiempo, es meramente ilusorio; que nada n queda ya del antiguo Imperio; y que se convirtió en general menosprecio el prestigio, cuando menos moral, de mi tradicional carácter?

Ved que con vuestro sistema no obtengo mejores resultados que con absolutista, porque son en el fondo el mismo sistema; y que sujeto al des-

tismo del Estado, explotado primero por los reyes, por vosotros ahora, vi perderse mis dominios europeos á principios del siglo XVIII, mis dominios americanos á principios del siglo XIX, los restos de mi imperio colonial en vuestros propios días. Ved qué el despotismo del Estado, representado por Fernando VII, dejó consumirse en la inacción el ejército que había preparado para contener la sublevación de América, y que ese ejército, olvidando sus deberes, en vez de ir á Ultramar para conservar aquel patrimonio espléndido que me legaron mis antepasados, prefirió darme una Constitución, con la cual no sabía yo qué hacer, y me era, por lo tanto, de todo punto inútil.

Ved que el despotismo del Estado, representado por vosotros, no supo prevenir mis desgracias en estos luctuosos días, y que cuando yo os había entregado sin regatear cuantos recursos me pedisteis para tener una marina poderosa, resultó que esa marina era completamente ineficaz; que os entregué sin réplica cuantos hijos me pedisteis para defender los restos de aquellos dominios gloriosos, y que de toda esa juventud, arrancada, sin protesta alguna de mi parte, al trabajo redentor y á los santos afectos de la familia, ó dejaron los unos sus huesos en aquella tierra inhospitalaria, ó volvieron heridos de muerte á exhalar aquí el último suspiro, víctimas de vuestra imprevisión ó de vuestra incuria.

***

Ese es el cáncer de la patria, no, como pretenden algunos, las condiciones del carácter español. Nadie podrá negar á este pueblo admirables energías; toda su Historia las revela. Cae en abatimiento casi increíble el Estado, allá en las postrimerías del siglo XVII; está Castilla como extenuada, pues habían ido cada vez á más los profundos males que señala el Consejo en su célebre consulta de 1619; y ese Estado tan abatido, mejor dicho, ese pueblo tan exhausto, no sólo mantiene contra la Europa coaligada el trono vacilante de Felipe V; no sólo afirma con tesón indomable la dinastía naciente, sino que en muy pocos años de paz reorganiza su ejército, restaura su marina y se lanza á la prematura empresa de rasgar el tratado de Utrecht, apoderándose de Cerdeña, amenazando á Sicilia y poniendo en conmoción á Europa.

Trece años bastan al pacífico Fernando VI para hacer potencia de primer orden á la que poco antes miraba, como cruzada de brazos, las usurpaciones de Luis XIV; Francia é Inglaterra buscan solícitamente su amistad, y sale con honra, si no con provecho, de las poco meditadas empresas á que la llevó el Pacto de Familia. En nueva decadencia durante los días calamitosos de Carlos IV, resurge poderosa, huérfana de todo gobierno, fuerte tal vez por eso mismo, y realiza la epopeya gloriosa de la Independencia. Aún le quedaron alientos para vivir en perpetua discordia, sostener tres guerras civiles cruentísimas y tres luctuosas guerras coloniales. ¿De qué no sería capaz semejante pueblo si estuviera nada más que regularmente regido?

Y, sin embargo, ese pueblo cae por rápida pendiente desde hace trescientos años. Pudo detenerse á principios del siglo XVII, cuando tenía aún la totalidad de su Imperio; pudo haberlo hecho á principios del siglo XVIII, cuando conservaba casi todas sus posesiones ultramarinas, unidas estrechamente á la metrópoli por lazos más eficaces que los de la fuerza; pudo haberlo hecho á principios del siglo XIX; todavía era posible salvar el Imperio colonial, aunando los esfuerzos del ejército y de la política; nunca se detuvo en su degeneración lastimosa. ¿Será tiempo aún?

Claro está que no podría volver en breve término á su antiguo poderío; adviértase, sin embargo, que Castilla parecía amenazada de disolución en los aciagos días de Felipe IV, y pocos años después realizaba las asombrosas campañas de Granada, Italia, Navarra, África y América.

Pero es indispensable, para que se verifique esa especie de resurrección, conservar, cuando menos, latentes las cualidades de las razas; así podría ser difícil, imposible no, lo que fué relativamente fácil en otras épocas. El pueblo francés hizo, poco después de la revolución, el gigantesco esfuerzo que se tradujo en las guerras de la república y en las guerras napoleónicas. Otras revoluciones pasaron después por el suelo de Francia, y éste fué á poco impunemente hollado por la planta de Alemania. ¿Qué sucedería ahora si se reprodujesen escenas semejantes á las de hace treinta y cuatro años?

El pueblo español dió pruebas de soberana energía durante todo el siglo XIX; ¿qué sucedería si, por cualquier combinación política, invadiese de nuevo el suelo sagrado de la patria un ejército extranjero?

No lo sabemos; sabemos, sí, que están quebrantados los antiguos ideales, y que desde hace bastante tiempo se viene destruyendo mucho y se edifica poco; tal vez nada. Hasta sería muy posible que el día de la prueba se encontrase dislocado lo que todavía tiene apariencias de cohesión.

Una nación es un organismo; pero debe ser algo más: un organismo vivificado por un espíritu.

¿Qué espíritu vivifica hoy á la sociedad española?

E. García Roger.

Barcelona, Enero de 1905.

VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

(Continuación.)

Los *Sucesos de las Islas Filipinas*, por el Dr. Antonio de Morga (México, 1609), constituyen la historia príncipe de aquel país; libro de verdadero mérito, no sólo por el hermoso castellano en que está escrito, sino por la rectitud de criterio en que sus páginas se hallan inspiradas. Realza más el mérito de la obra la circunstancia de que el Autor desempeñó en Filipinas (de 1595 á 1605) cargos preeminentes, tales como el de oidor de la Audiencia, gobernador y capitán general interino, jefe de la escuadra que peleó contra un corsario holandés, etc. Tuvo Morga, por lo tanto, una muy grande experiencia personal de muchas de las cosas acaecidas en aquel país; y si á esto se añade que, por los puestos que ocupó, dispuso de numerosos documentos oficiales, dedúcese la importancia extraordinaria de su obra, de la que ningún cronista pudo prescindir. El último capítulo, el octavo, es más bien un suplemento de la relación histórica; en él se contiene la descripción del Archipiélago, con los usos y costumbres de sus habitadores, y constituye un trabajo sobresaliente en su línea. Morga, además, aun siendo, como casi todos los hombres de su época, un buen católico, poseía un tan acentuado *espíritu civil* y un criterio tan personal de añadidura, que no le consentían ser un admirador sin reservas decuanto hacían los frailes, y esto debió de duplicar el entusiasmo de RIZAL, quien, se nos figura, desde el momento en que leyó los *Sucesos* acarició el propósito de reimprimirlos, mayormente si tuvo en cuenta que de tan rara y preciosa obra no existía un solo ejemplar en Filipinas, pero ni siquiera de la reciente traducción inglesa, debida al celo del erudito orientalista Mr. H. E. J. Stanley (1). Al restaurar el libro del ilustre Morga, RIZAL puso al frente de la nueva edición la página que sigue:

---

(1) *The Philippine Islands, Moluccas Siam, Cambodia, Japan, and China, at the close of the sixteenth century.* By Dr. Antonio de Morga. Translated from the Spanish,

Á LOS FILIPINOS.—En el *Noli me tángere* principié el bosquejo del estado actual de nuestra patria: el efecto que mi ensayo produjo, hízome comprender, antes de proseguir desenvolviendo ante vuestros ojos otros cuadros sucesivos, la necesidad de dar primero á conocer el pasado, á fin de poder juzgar mejor el presente y medir el camino recorrido durante tres siglos.

Nacido y criado en el desconocimiento de nuestro Ayer, como casi todos vosotros; sin voz ni autoridad para hablar de lo que no vimos ni estudiamos, consideré necesario invocar el testimonio de un ilustre Español que rigió los destinos de Filipinas en los principios de su nueva era y presenció los últimos momentos de nuestra antigua nacionalidad. Es, pues, la sombra de la civilización de nuestros antepasados la que ahora ante vosotros evocará el autor; os transmito fielmente sus palabras, sin cambiarlas ni mutilarlas... El cargo, la nacionalidad, y las virtudes de *Morga* juntamente con los datos y testimonios de sus contemporáneos, Españoles casi todos, recomiendan la obra á vuestra atenta consideración.

Si el libro logra despertar en vosotros la conciencia de nuestro pasado, borrado de la memoria, y rectificar lo que se ha falseado y calumniado, entonces no habré trabajado en balde, y con esta base, por pequeña que fuese, podremos todos dedicarnos á estudiar el porvenir.—JOSÉ RIZAL.—*Europa*, 1889».

El trabajo de RIZAL fué minucioso: apenas hay página del texto de Morga que no lleve una ó más notas. El gran propagandista filipino propúsose algo así como establecer un paralelo entre los antiguos y los modernos indígenas, para obtener la consecuencia, verdaderamente estupenda, de que sus paisanos de fines del siglo XIX tenían menos cultura, menos virtudes, etc., que los de fines del siglo XVI, debido á la acción aniquiladora de los españoles en general. *Laborantismo científico* que no convence, á pesar de lo primoroso del trabajo, pues que abundan las notas que revelan un ingenio feliz, una sagacidad nada vulgar, una penetración muy intensa, propia al fin de un filósofo. Pásale á RIZAL como historiador lo que como novelista: *prueba demasiado.* El prejuicio sistemático con que todo lo ve y todo lo juzga, desvirtúa su trabajosa labor, enderezada á demostrar lo indemostrable: que los indios de antaño valían más que los de hogaño; que los conquistadores ahogaron en flor una civilización pujante, que de haber seguido adquiriendo desarrollo, hoy los filipinos serían muy otros que lo que son. Para los eruditos un tanto pensadores no puede ser un secreto que el establecimiento de los españoles en las antiguas Islas del Poniente fué, por lo oportuno, providencial; fué la salvación, para la Humanidad civilizada, de todas las razas que actualmente descuellan sobre esas otras, gemelas suyas, á quien el Mahometismo ó el Gentilismo tienen sumidas en la barbarie. ¡No, y cien veces no! Me-

---

by H. E J. Stanley. *London*, 1868. En 4.º—Forma parte de la preciosa colección de THE HAKLUYT SOCIETY.—El mismo Mr. Stanley tradujo y glosó, para la colección mencionada, el libro de Pigafetta, edición de Amoretti, que con el título *Primo viaggio* se había publicado en Milán, 1800. La traducción de Stanley se intitula: *The First Voyage round the world, by Magellan.* London, 1874. En 4.º

dítese un poco; estúdiese la dirección de la corriente propulsora malayo-mahometana: si los españoles no llegan á Filipinas con la oportunidad que llegaron; si hubiera transcurrido un siglo (acaso menos habría bastado) sin que una nación europea *fanática,* tan fanática como la española, hubiese esparcido allí la semilla de otra civilización, los bisayas y los luzones hubiéranse hecho *moros* (1): y ¿qué pasaría hoy?—¡Hable Mindanao; hablen los grupos de islas de Joló y de Táui-Táui!...

RIZAL, tan filósofo, tan dado á penetrar en la entraña de los problemas sociales, tan entusiasta por el estudio de las grandes transformaciones de los núcleos humanos, no tuvo en cuenta, por lo visto, ese factor que suele denominarse «espíritu de la época». ¿Qué quería RIZAL: que todos los aventureros, que todos los soldados, que *los españoles todos* hubieran sido modelos de sensatez, espejos de buena crianza, dechados de abnegación? ¡Pero es que á las *conquistas* se iba á ejercer el bien *individualmente?* Los indios sufrieron vejaciones, es cierto; perdieron el cuño de su nacionalidad, y otras cosas además; pero en cambio ganaron considerablemente con relación al mundo civilizado, y cualesquiera que sean los cargos que se imputen á la acción civilizadora de España en Filipinas, cabe siempre hacer esta reflexión: los RIZAL,

---

(1) Muchas son las autoridades que podíamos citar, en apoyo de este aserto; sólo consignaremos dos, de entre las varias que no mencionan los filipinistas modernos, que fueron desconocidas de RIZAL:

«Ay en esta isla *[Manila]* y en la de Tondo muchos mahometanos, aquienes se les auia pegado la secta por la contratacion, que tenian en Burneo. Los quales auiendose casado en las Islas, y auecindadose en ellas, se la auian pegado, y enseñado, dandoles cartillas, ceremonias y forma de guardarla. Y assi muchos de la Isla *[de Luzón]* començauan á ser Moros retajandose, y poniendose nombres de Moros; y cundia el cancer tan de priessa, que á tardarse mas la llegada de los españoles todos fueran oy Moros, como lo son ya todos los Isleños que no estan en el gouierno de las Philipinas.»—FR. JUAN DE GRIJALVA: *Cronica de la Orden de N. P. S. Augustin;* Mexico, 1624; fol. 138.

Más antigua y menos conocida aún, es esta otra fuente:

...«se han enseñoreado *[los mahometanos]* de la parte septentrional de la Somatra de dozientos, o poco mas años á esta parte, valiendose primeramente del comercio, luego de los casamientos, y vltimamente de las armas. Passando adelante han ocupado la mayor parte de los puertos de aquel inmenso Archipielago, señores de la ciudad de Sunda en la Iaua mayor, posseen la mayor parte de las Islas de Banda y de Maluco, reynan en Borneo y en Gilolo, y auian entrado hasta Luzon Isla nobilissima entre las Filipinas, y edificado ya en ella tres poblaciones... Y si no se les opusieran los Portugueses en la India y en el Maluco, y despues los Castellanos en las Filipinas; y no hubieran con las armas y con el Evangelio atajadoles el passo, y cortado el hilo a su corriente, sin duda poseyeran el dia de oy infinitos Reynos de aquel Leuante»...—FR. JAIME REBULLOSA: *Historia Eclesiastica... sacada de las relaciones de* JUAN BOTERO BENES; Barcelona, 1610. (En el colofón: 1608.) Folio 132.

los Marcelo del Pilar, los Anacleto del Rosario, los Graciano López Jaena, los José María Panganiban, los Luna, y tantos otros filipinos puros, si bien es cierto que no tuvieron nacionalidad propia, ¿habrían llegado á valer lo que valieron, si en vez de haber vivido la civilización *importada* hubieran vivido *la propia* del Archipiélago? Porque nadie sabe de un solo joloano, de un solo maguindánao, de un solo tinguián, de un solo aeta, que haya descollado en nada; y sabemos en cambio de muchos tagalos, ilocanos, bisayas, bicoles, etcétera (los que han absorbido la cultura española) que han cultivado con lucimiento las letras, las ciencias y las artes. ¡Perdieron los filipinos su alfabeto original! ¡Vaya un *daño*!... ¿Por qué no lo restauran? ¿Iríales mejor con *tres* vocales y *trece* consonantes? Y como este *daño*, ¡tantos otros!... Para RIZAL disminuyeron las industrias, las producciones... ¡todo!, hasta el número de habitantes disminuyó. Y lo cierto es que no hablaba á humo de pajas; solía probar, con textos, cuanto decía. Pero harto sabemos los que tenemos alguna afición á las investigaciones históricas, que existen textos para todos los gustos, y que no hay nada peor para obtener la cifra de la Verdad, que buscarla con un criterio preconcebidamente sistemático. Y he aquí una ocasión en que nos sería fácil exponer pruebas y más pruebas para demostrar todo lo contrario de lo que RIZAL pretende: consignaremos tan sólo que la población de Filipinas, cuando se verificó el establecimiento de los españoles en aquellas islas, no pasaba de medio millón de almas; á fines del siglo XVIII, tenía millón y medio cumplido, y al cesar la dominación de España en el Archipiélago, el número de almas era de *siete millones*. En 1810 el movimiento mercantil del comercio exterior ascendía á once millones de pesos; en 1892, llegaba al ras de *cincuenta y dos millones*. Y por lo que toca á los analfabetos, ¡ya querría España tener una proporción tan lisonjera como la que, en 1898, tenía Filipinas! ¡No, y mil veces no; no ha sido *aniquiladora* la acción de España en sus posesiones oceánicas!

Pero prescindamos de los defectos de criterio que salpican las notas de RIZAL. Perseguía éste, como buen propagandista, un objetivo predeterminado, y aunque sea ese objetivo anti-español, merece nuestro respeto, por la forma científica con que acertó el AUTOR á presentarlo. Al propio tiempo, RIZAL perseguía otra finalidad: realzar la importancia de los filipinos en la historia de su país, mucha mayor que la que se desprende de la lectura de las obras españolas. Y en esto nos hallamos enteramente de acuerdo con RIZAL. La historia *propagada* de Filipinas no es otra cosa que la *de los hechos de los españoles en el Extremo Oriente;* y quedan los allí nacidos tan relegados, que apenas significan nada. Lo cual constituye una injusticia. España ha obtenido victorias, de las que se enorgullece, que no habría logrado s[illegible] el esfuerzo de los filipinos, que fueron la carne de cañón: sin la lealtad de a[illegible]llos indígenas, sin el entusiasmo con que respondían á las excitaciones d[illegible] jefes, sin su heroísmo, tantas veces acreditado, esas victorias no habría[illegible]nido efecto. Deben los filipinos gratitud eterna á España; pero Españ[illegible]

vez debe gratitud eterna á aquellos denodados indígenas, que en tantas y tantas ocasiones, con lealtad y abnegación ejemplares, ¡sucumbieron obscuramente por mantener incólume la hegemonía española!

RIZAL habría restablecido más y mejor la verdad histórica, si en lugar de pasarse meses y meses estudiando en el British Museum de Londres y en la Biblioteca Nacional de París las obras vetustas publicadas, se hubiera dedicado á desentrañar los misterios que hay en los documentos inéditos existentes en el Archivo Indiano de Sevilla. La información histórica de RIZAL adolece de deficiente. En el citado Archivo habría hallado muchos papeles de Morga, entre otros, un memorial á S. M. enumerando las demasías de los frailes, del que RIZAL hubiera sacado gran partido; pues que con ese documento á la vista hubiera podido demostrar cuán poco tiempo duró aquel fervoroso y desinteresado celo apostólico que movía á los antiguos misioneros. Ni siquiera se le ocurrió hojear la *Colección* de 42 volúmenes que comenzó á salir á luz en 1864 (1), reanudada más tarde por la Academia de la Historia (2); colecciones en que abundan las noticias preciosas, y que en rigor son las fuentes originales de los hechos realizados por los españoles durante el período llamado «de la Conquista». Aun dentro de lo impreso, RIZAL no tuvo la suerte de hallarlo todo, y cuenta que en el mismo British Museum tenía algún libro que, de haberlo leído, no le habría llevado á sostener ciertos errores (3). El trabajo de RIZAL, en una palabra, como anotador de los *Sucesos* de

(1) *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía.* Madrid, 1864-1884.—42 tomos en 4.º En los tomos 3, 5, 13, 14, 16, 34 y algún otro, se contienen noticias curiosísimas acerca de Filipinas.

(2) *Colección de documentos inéditos... (ut supra).* Segunda serie. Madrid. Van publicados 13 vols.; de los cuales hay dos (1886-1887) que tratan íntegramente de Filipinas, y los documentos que contienen son del mayor interés.

(3) El malogrado investigadar filipino Sr. C. J. Zulueta, estudiando en el Museo Británico de Londres (en 1904) el ejemplar, único conocido, del *Vocabulario Tagalo* del P. San Buenaventura, impreso en Pila el año de 1613, me escribió:—«RIZAL sostuvo que la palabra *ramera* no existía en el idioma del país; no lo hubiera dicho de haber conocido esta rarísima obra. ¡También los grandes hombres se equivocan!» V. mi artículo publicado en *El Renacimiento*, de Manila, núm. del 17 de Diciembre de 1904.—Extremó tanto RIZAL el elogio de la virtud de los antiguos indios, que el patriota Isabelo de los Reyes, gran admirador de RIZAL, hubo de ponerle algún reparo, cosa que á RIZAL le escoció algo, según se desprende de su articulito «Una contestación á D. Isabelo de los Reyes», inserto en *La Solidaridad* del 31 de Octubre de 1890.—Á los modernos filipinos debe de tenerles sin cuidado (pues en último término no les alcanza la menor responsabilidad, como diría Silvela), que los cronistas afirmen que entre las antiguas bisayas «la virginidad era afrentosa»; que había desfloradores de profesión, etc. Para RIZAL los filipinos eran sagrados, así los de ahora como los del siglo XVI, á quienes creía, en todo, perfectos.

Morga, si muy estimable, mayormente como obra de propaganda contra los españoles, y hasta muy bien presentado desde el punto de vista material (1), tiene lamentables deficiencias y adolece del defecto de que se halla informado por una falsa filosofía, disculpable por las miras políticas en que ésta se hallaba inspirada.

Ocioso parece añadir que en las notas no faltan los zarpazos al Catolicismo y á sus portavoces los frailes, dados de tiempo en cuando con la eficacia propia de RIZAL. Así, por ejemplo, á propósito de la bula de Alejandro VI, por la cual este pontífice *concedía* á España todos los territorios que estuviesen á un lado de cierta línea divisoria que dicho pontífice trazó sobre un planisferio, y á Portugal los que estuvieran al otro, dice Rizal: — «Esta Bula tuvo la suerte que las otras; naciones protestantes poseen ahora la India y el Maluco, y el Papado, que incitaba á los Príncipes católicos para que despojasen de sus dominios y de su libertad á reyes y pueblos extraños y desconocidos, por el mero hecho de ser infieles, sin ser obligado ni solicitado por nadie *(de nostra mera liberalitate)*, ahora se encuentra despojado por Príncipes, también católicos, y reducido su dominio á un dominio de nombre, como los reyezuelos de las islas conquistadas. Justicia de la Historia: ¡también hay Dios para los Papas!» — En otra nota: — «¿Cuántos mártires y santos habrá en el Calendario que deben su nombre á un desconocimiento de la Fisiología humana?» — Al misionero dominico Fr. Diego Aduarte, escritor, lo maltrata; cógele en varias contradicciones, y en una de las notas que le dedica, planta esta coletilla: — «Tal vez debido á estas lagunas [que dejaba en sus escritos], el P. Aduarte no haya sido todavía canonizado, y eso que, según su biógrafo el P. Fr. Domingo González, usaba zapatos viejos y remendados, y que «siendo la Iglesia catedral donde se enterraba pequeña, estaba muy clara con haber en lo bajo tantas luces, estando lo alto como una ascua de fuego, lo que vieron solamente los religiosos», cosa muy maravillosa según el biógrafo, además del inmenso prodigio de haberle crecido la barba en el ataúd. Santos tenemos con menos barbas y mejores zapatos!»

---

(1) La edición de RIZAL hízose por la casa de Garnier hermanos, de París; la impresión es esmerada, y el aspecto del libro excelente. Aunque el pie de imprenta dice: *París, 1890*, el libro de Morga-RIZAL comenzó á circular en Diciembre de 1889.

Bueno será que consignemos aquí un recuerdo al aventajado americanista D. Justo Zaragoza. Este señor, que conocía perfectamente el gran mérito de la obra de Morga, se propuso reimprimirla, y la reimprimió en efecto, en 1888. Pero quiso que la nueva edición llevase un prólogo de D. José Cabezas de Herrera, alto funcionario, que había sido en Filipinas, y los achaques de éste, y luego su muerte, y poco después los achaques y la muerte de D. Justo Zaragoza, impidieron que el libro quedase enteramente concluído. El texto de Morga se reimprimió todo; y un librero de Madrid logró hasta dos ejemplares de las capillas estampadas en casa de M. Ginés Hernández, que vendió á mucho precio.

La obra de Morga-RIZAL fué ¡naturalmente! declarada *filibustera*, y prohibióse su introducción en el Archipiélago.

La imprimió en París, durante el otoño de 1889. Á últimos de Noviembre, ya estaba dispuesto, limpio de toda corrección, el prólogo del Prof. Blumentritt. Por cierto que éste tuvo, defiriendo á los ruegos de RIZAL, que suprimir algunos conceptos. Véase la carta que, acerca del asunto, dirigió RIZAL á Blumentritt (1):

París, 45, Rue de Mauberge, 22, 11, 1889.

Querido amigo y hermano: Por el correo de hoy te remito las pruebas y el manuscrito de tu prólogo. Como me has autorizado para borrar las líneas que no fuesen de mi gusto, he hecho uso de tu permiso. Tú verás si te agrada mi libertad; pero, en fin, si tú quieres, puede imprimirse todo lo que has escrito.

El nombre de *Quioquiap* (2) no lo quiero ver en mi libro, pues es demasiado pequeño comparado con el de *Morga*, y fuera de los españoles, nadie existe que le tenga en consideración. Si en una obra seria citamos aquel nombre, le concedemos un honor que no merece; le concederíamos demasiada importancia.

Lo mismo digo acerca de la comparación con los Tsares de Rusia. Será muy lisonjero para los *castilas*, aunque son semidioses, ser comparados con los Tsares rusos, pero es demasiada cara paga á su correspondiente jornal. También me he tomado la libertad de borrar algunas líneas que tratan de la fraternidad. Seguramente tienes el mejor deseo; es el deseo de tu corazón que los españoles nos abracen como á hermanos; pero no debemos rogar, y suplicar, y repetir constantemente esta súplica, porque resulta algo humillante para nosotros. Si los españoles no quieren tenernos por hermanos, tampoco nosotros desearemos tener el cariño de ellos: no pedimos la limosna de su hermandad. Yo estoy convencido de que nos amas muchísimo, y no menos muchísimo el bienestar de España (3); pero nosotros no aspiramos á obtener la *pitié* española, no deseamos obtener la compasión; sí la justicia. Todas nuestras aspiraciones tienden á ilustrar nuestra nación: ilustración, ilustración, é ilustración. Fraternidad como limosna del orgullo de los españoles, no la pedimos. Tú quieres ver abrazarse á todo el mundo, por medio del amor y de la inteligencia; pero dudo que quieran lo mismo los españoles.

Subraya con tinta negra lo que retires; y devuélveme las pruebas.

---

(1) Escrita en alemán. El Prof. Blumentritt tuvo la bondad de facilitarme una copia, por él mismo traducida al castellano.

(2) *Quioquiap*, pseudónimo de D. Pablo Feced, ya citado. Como es dicho, Feced se distinguió por el gran menosprecio, no superado por ningún literato, con que hablaba siempre de los filipinos.

(3) Así era la verdad, y faltaban á ella los que acusaban á Blumentritt de ser enemigo de España. Blumentritt, que llevaba algo de sangre española en las venas, era un fanático de nuestro país á par que un grande amante de Filipinas. Hombre esencialmente idealista, y sabio en el más amplio sentido de la palabra, dotado de una unción verdaderamente romántica, su mayor anhelo consistía en ver estrechamente unidas, por los vínculos del amor fraternal, la Metrópoli y la Colonia.

Lo que se refiere á tu crítica, me parece muy benévola: no tengo la aspiración de obtener la gloria de un literato ó historiador. Si hallas inexactitudes, dilo públicamente.

Tu fiel, — RIZAL.

Blumentritt accedió á los deseos de RIZAL.

Esta carta íntima es una nueva muestra del pesimismo, justamente fundado, del insigne tagalo. Es indudable que el hombre, cuanto más se ilustra, cuanto más ensancha la noción que de su propia valía tiene (sobre todo si esa valía es producto legítimo del estudio), adquiere mayor orgullo, orgullo bien entendido, ó sea ese alto grado, mezcla de dignidad y de amor propio, que alcanzan los que sienten lo que valen. RIZAL, que poseía una cultura que para sí la quisieran muchos españoles que pasan plaza de sabios; que poseía además un sentido moral verdaderamente recto; sin otro *vicio* que el de pasarse la vida entre los libros, consideraba que en su país tenía personalmente mucha menos importancia que cualquier empleadete español y, por de contado, muchísima menos que el último de los frailes. ¡Todo ello porque *era indio!* Para la mayor parte de los castilas que medraban en Filipinas, RIZAL no pasaría nunca de ser un *chongo* (1), más ó menos *pilósopo* (2), «pero siempre *chongo*», y esto, naturalmente, le tenía que indignar. Entendía, pues, que para que en su país se llegase á una admisible equidad social, no sólo se hacía preciso poner en planta reformas políticas radicales, sino que era igualmente preciso que se verificase una á modo de transformación en las costumbres sociales, y en nada de esto podía creer apenas, ante la triste realidad de los hechos que él y los demás indios observaban de diario. Ni podían los filipinos dictar leyes democráticas, ni mucho menos modificar la psicología de los españoles; los cuales, sólo por ser *blancos* (miembros de la *raza dominadora*), considerábanse *superiores*, EN TODO, á los indígenas, *morenos* (miembros de la *raza sometida*). Á estas razones supremas que informaban su pesimismo *filosófico*, había que sumar las que informaban su pesimismo *práctico*, creado, fomentado y excitado por las noticias que le venían de su patria, muy en particular las atañederas á sus deudos, perseguidos, deportados, ó bien, si se morían, sepultados como perros en el campo. Consiguientemente, debió RI-

(1) Con la palabra *chongo* (creemos que de origen americano: en nahuatle, *congo* = mono) se designa en Filipinas á los *monos*; y por extensión, y como epíteto denigrante, se designaba á los filipinos. Claro es que el epíteto lo empleaban tan solo los españoles, y, para los filipinos, era el más mortificante, el que más les ofendía. De los viejos radicados en el país, españoles, que se habían asimilado con exceso los usos y costumbres, solía decirse que estaban *enchongados*, esto es, *indianizados*.

(2) Epíteto despectivo que solían aplicar los españoles, señaladamente los frailes, á los indígenas más ó menos ilustrados.

ZAL, á pesar de lo sesudo que era y de la apacibilidad de su carácter, tener muchos momentos de desesperación, en uno de los cuales escribiría aquella terrible proclama anónima, fechada en París á 10 de Octubre de 1889, en que se anuncia una revolución sangrienta.

Algo habrá que decir del origen de esa proclama, que no nos consta que la escribiese RIZAL, pero que á él se la atribuímos sin otro dato que el examen del estilo. Queda indicado ya que desde antes de la Manifestación de 1.º de Marzo de 1888 circulaban en Filipinas numerosos papeles clandestinos, más ó menos revolucionarios, enderezados principalmente, exclusivamente en rigor, contra los frailes. El foco de mayor importancia de donde provenían, era Hong-Kong, refugio de muchos filipinos perseguidos, entre ellos D. Doroteo Cortés, el padre más calificado de aquella propaganda. En 1889, gobernando el Archipiélago el general Weyler—que si para contener los desmanes de los agitadores se dió buena traza, diósela no menos buena para impulsar el progreso de las Islas (1),—un abogado indígena, llamado D. Felipe Buencamino, que figuró más tarde entre los prohombres de la «República Filipina», ávido de captarse la benevolencia (señal de que la echaba de menos) de los elementos más influyentes del país, redactó, subscribió y esparció una hoja volante cuyo texto comenzaba así:

«Los filipinos que suscriben el presente documento, creen llenar un deber sagrado haciendo pública manifestación de solemne protesta contra los libelos, escritos anónimos y proclamas incendiarias que con tanta insistencia y con carácter separatista vienen introduciéndose clandestinamente del extranjero de algún tiempo á esta parte, por manos ocultas, sembrando la duda y la desconfianza en el ánimo de todos, y causándonos á los del país daños sin cuento y de transcendencia suma»...

La protesta no pudo ser más enérgica. En ese documento se alaba á los frailes, se celebra el régimen colonial de España, se afirma que la implantación del Código político en Filipinas no sería de provecho; que el país no necesitaba para nada tener en las Cortes ningún representante... Se mantiene, en suma, el programa tradicional y se abomina del programa de los filipinos reformistas. Y aunque el texto comienza: *Los filipinos que suscriben...*, es lo cierto que lo subscribió *solamente* Felipe Buencamino; de lo que debe inferirse que no halló entre sus paisanos cultos *ni uno siquiera* que se prestase

---

(1) En mi obra *Mando del General Weyler en Filipinas*, que no tiene otro mérito que el de ir copiosamente documentada, demuestro cumplidamente que todos los ramos de la Administración pública progresaron notablemente en el Archipiélago durante la gestión de dicho general, debido á sus iniciativas personales. Ningún otro gobernante tomó con mayor empeño la propagación del castellano, el fomento de la instrucción primaria, etc.

á firmar tan reaccionario documento (1), fechado en las «Islas Filipinas, 24 de Agosto de 1889». Vinieron copias á Europa, y en Octubre del mismo año, fechada en París (donde precisamente se hallaba entonces RIZAL), salió la respuesta. Era ésta otra hoja, encabezada con el documento de Buencamino, y á continuación... *la historia de Buencamino*, calificado de vividor, traidorzuelo, etc.; y tras breves consideraciones en tono desdeñoso, concluye el papel con los renglones siguientes:

«*Cuando á un pueblo se le amordaza, cuando se pisotea á su dignidad, su honra y todas sus libertades; cuando ya no le queda recurso alguno legal contra la tiranía de sus opresores; cuando no se escuchan sus quejas, sus súplicas y sus gemidos; cuando no se le permite ni siquiera llorar; cuando se le arranca del corazón hasta la última esperanza,... entonces... entonces,... ¡entonces!... no le queda otro remedio sino descolgar con mano delirante, de los altares infernales, el puñal sangriento y suicida de la revolución!!!*

. . . .

¡César, nosotros que vamos á morir, te saludamos!
PARÍS, *10 de Octubre de 1889.*

LOS FILIPINOS» (2).

¿Cómo no perder «hasta la última esperanza», si se daba el caso de que periódicos republicanos como *El Pueblo Soberano*, de Barcelona, negaban á los indios el agua y el fuego? *Taga-Ilog* (Antonio Luna) comenzó sus tareas literarias en *La Solidaridad* con artículos en los cuales narraba sus impresiones (3) madrileñas. Los artículos, por lo mismo que eran de carácter satírico, contenían copia de pinceladas mortificantes, pero no más mortificantes que otras muchas, cien veces peores, debidas á la pluma de peninsulares. Y *El Pueblo Soberano*, creyendo que *Taga-Ilog* era Juan Luna, el pintor, á quien en España se le había alabado bastante más de lo justo, dedicóle un articulazo insolente, cruel, personalísimo, y por contera matizado con frases agresivas para los filipinos. Y RIZAL (el *Don Quijote* oriental), por no perder la costumbre, acudió á la palestra á defender á los suyos, acusando al propio tiempo á *El Pueblo Soberano* de que no sabía mantener su credo político con la justicia debida. RIZAL termina así su alegato (4):

---

(1) Publicado íntegramente en mi citada obra *Mando del General Weyler en Filipinas*. Madrid, 1896, 437 págs. en 8.º

(2) Un ejemplar de esta ya tan rara proclama, hállase en la magnífica biblioteca que posee en Barcelona la Compañía General de Tabacos de Filipinas.

(3) Y con el título *Impresiones* reunió en un tomo los principales artículos: Madrid, Imprenta del Progreso tipográfico, 1891. En 8.º—El libro fué elogiado por algunos críticos españoles, entre ellos D. Antonio Sánchez Pérez, que lo recomendó en la Prensa.

(4) *La Solidaridad*, núm. 20; Madrid, 30 de Noviembre de 1889.—RIZAL estaba en París.

...«sentimos... el que un periódico perteneciente á un partido que tiene elevadas aspiraciones, que sueña en la realización de grandes ideales, que simboliza la igualdad en la forma gubernamental y en la legislación, tratándose de filipinos reniegue por completo de sus creencias para adoptar el lenguaje del despotismo más injusto y cruel, basado en el error, como para desesperar á los fieles habitantes del Archipiélago, como para decirles: «¡Ja! No espereis en la Justicia, no espereis que se reconozcan vuestros derechos, no espereis piedad: *¡nosotros no seremos nunca vuestros hermanos!* Nosotros queremos, sí, la Libertad, la Justicia, la Igualdad, pero las queremos para nosotros solos; nosotros luchamos por los fueros de la humanidad, *pero sólo de la humanidad europea;* nuestra mirada no alcanza más allá; vosotros los que sois de raza amarilla ó morena, ¡arreglaos como podais! Todos los partidos, hasta los más liberales, *son despóticos para las colonias.* Si quereis Justicia, ¡CONQUISTADLA!»

Aquí sólo puede ponerse una palabra por vía de comentario: ¡VERDAD!— Y, por consiguiente, justificado el *filibusterismo* á que los españoles, republicanos inclusive, impulsaban á los filipinos intelectuales.

Por lo demás, y partiendo del supuesto de que esa proclama de la *mano delirante* la escribiese RIZAL, como creemos, ¿quién nos dice que no fué escrita, más bien que para excitar á la revolución, para desvirtuar el efecto de la de Buencamino? Harto sabía RIZAL (y cien veces lo repitió en momentos solemnes) que una revolución no se lleva á cabo sin organización previa, sin dinero y sin armas, y con nada de esto contaban los filipinos entonces. En RIZAL, ya lo hemos visto, *morir por la patria* constituía un anhelo vehemente; pero al propio tiempo hay que reconocer, atentos al estudio de su psicología, de sus hechos y de sus obras, que RIZAL no era un demagogo, sino hombre apacible, bondadoso, muy pensador y eminentemente soñador; sacudido con más ó menos frecuencia por las flagelaciones de la adversidad; pero la nota predominante de su carácter era el amor al estudio, de lo que dió pruebas irrecusables desde la niñez hasta que le fusilaron, y no sabemos de ningún hombre verdaderamente estudioso á la vez que reflexivo, de ninguno, en ninguna parte del mundo, que haya sido revolucionario *de acción*, como no lo fué Pi y Margall, como no lo es Benot, como no lo son Reclus, Tolstoy y tantos otros, algunos de los cuales están clasificados entre los grandes anarquistas contemporáneos... que ningún Gobierno se atreve á fusilar.

Las investigaciones bibliográficas que realizara durante el año de 1889, que casi íntegramente dedicó á los estudios históricos, moviéronle á escribir dos opúsculos notables, que en artículos fué publicando en las columnas de *La Solidaridad*. Titúlase el primero *Filipinas dentro de cien años* (1), y el segundo *Sobre la indolencia de los filipinos* (2). Imposible extractarlos; porque

(1) *La Solidaridad;* núms. 16, 18, 21 y 24; Barcelona-Madrid: 30 Septiembre 1889-31 Enero 1890.

(2) *La Solidaridad;* núms. 35, 36, 37, 38 y 39; Madrid, 15 Julio 1890-15 Septiembre 1890.

RIZAL, siempre conceptuoso, pone en cuanto dice gran cantidad de substancia. Sin embargo, y por lo que toca al primero de los trabajos enunciados, preciso será decir que en éste, como en tantos otros, dió señales de una presciencia asombrosa. Comienza examinando el pasado de su patria; después examina el presente, y pasa por último á discurrir acerca del porvenir. En cuanto al presente, dice, como de costumbre, verdades muy amargas, pero no menos grandes que amargas: «La sensibilidad (escribe), *la cualidad por excelencia del Indio*, fué herida; y si paciencia tuvo para sufrir y morir al pie de una bandera extranjera *[en servicio de España]*, no la tuvo cuando aquel por quien moría le pagaba con insultos y sandeces *[chongo, pilósopo, filibustero, etc.]*. Entonces examinóse poco á poco, y reconoció su desgracia *[renunciar para siempre á su redención]*. Los que no esperaban este resultado, cual los amos despóticos, consideraron como una injuria toda queja, toda protesta; y castigó con la muerte; tratóse de ahogar en sangre todo grito de dolor, y faltas tras faltas se cometieron. El espíritu del pueblo no se dejó por esto intimidar, y si bien se había despertado en pocos corazones, su llama, sin embargo, se propagaba segura y voraz, *gracias á los abusos y los torpes manejos de ciertas clases* para apagar ciertos sentimientos nobles y generosos. Así cuando una llama prende á un vestido, el terror y el azoramiento hacen que se propague más y más, y *cada sacudida, cada golpe, es un soplo de fuelle que la va á avivar*».— Después de muchas reflexiones acerca de lo pacientemente con que el pueblo se ha acostumbrado al yugo, dice:— «Todo augura, pues, *á primera vista*, OTROS TRES SIGLOS, cuando menos, de *pacífica dominación y tranquilo señorío*. Sin embargo, por encima de estas consideraciones materiales, *se ciernen* INVISIBLES *otras de carácter moral*, mucho más trascendentales y poderosas»...

El análisis que hace de la psicología de los pueblos malayos es notabilísimo, y del todo al todo opuesto al conocimiento que los españoles tenían del asunto; los cuales, en este particular, tomaban las lecciones de los frailes, que tuvieron siempre buen cuidado de pintar al indio como un ser indescifrable, apático, sin asomos de dignidad personal, servil, de ningún talento, «con la inteligencia en las manos», etc., etc. Del análisis de esa psicología, como del cambio que en ella venía operando la acción ineluctable del tiempo, obtiene RIZAL la consecuencia de que las cosas en su país tienen necesariamente que cambiar, de una manera ó de otra; y como era lógico en él, aconseja que ese cambio se efectúe de una manera *pacífica*. Al fijarse en que los Gobiernos de la metrópoli iban concediendo alguna reforma benéfica, como la implantación del Código penal, que califica de «gota de bálsamo», exclama:— «¡Pero de qué sirven todos los Códigos del mundo, si por informes reservados, por motivos fútiles, por anónimos traidores, se extraña, se destierra, sin formación de causa, sin proceso alguno, á cualquier honrado vecino?»... Y poco más adelante advierte:— «Si los que dirigen los destinos de Filipinas se obstinan, y en vez de dar reformas quieren hacer retroceder

el estado del país, extremar sus rigores y las represiones *contra las clases que sufren y piensan,* VAN Á CONSEGUIR QUE ÉSTAS SE AVENTUREN, Y PONGAN EN JUEGO LAS MISERIAS DE UNA VIDA INTRANQUILA, llena de privaciones y amarguras, *por la esperanza de conseguir* ALGO INCIERTO». — Y como este aviso, tan noblemente dado, tantos otros, entre ellos el que da después de aconsejar que se conceda á Filipinas la Representación en Cortes; porque de continuar el país como se hallaba, sin voz en el Parlamento, «*podemos asegurar que dentro de algunos años*, el actual estado de cosas se habrá modificado; *pero inevitablemente.* Hoy existe un factor que no había antes: *se ha despertado* [gracias á RIZAL] EL ESPÍRITU DE LA NACIÓN».

Pero sin duda lo más culminante de este notable trabajo, inspirado en los más sanos principios, que ojalá hubieran leído y tenido en cuenta nuestros gobernantes, es el examen que el AUTOR hace de las ambiciones de las Potencias del mundo en materia colonial, para deducir que á ninguna de las de Europa le convenía arrebatar á España las Islas Filipinas. Expone luego los peligros que correría el Archipiélago si se declarase independiente, y acaba por escribir estas proféticas palabras: — «*Acaso la gran República Americana, cuyos intereses se encuentran en el Pacífico y que no tiene participación en los despojos de Africa,* PIENSE UN DÍA EN POSESIONES ULTRAMARINAS». — En efecto, á los pocos años se cumplía la predicción de RIZAL. Su maravilloso opúsculo concluye con este elocuente párrafo.

«Y por eso nosotros repetimos y repetiremos siempre, mientras sea tiempo, que *vale más adelantarse á los deseos de un pueblo*, que ceder: lo primero capta las simpatías y el amor; lo segundo, desprecio é ira. Puesto que es necesario dar á seis millones de filipinos sus derechos, *para que sean* DE HECHO *españoles*, que se los dé el Gobierno libre y espontáneamente, sin reservas injuriosas, sin suspicacias irritantes. No nos cansaremos de repetirlo *mientras nos quede un destello de esperanza;* preferimos esta desagradable tarea á tener un día que decir á la Madre Patria: — «España, hemos empleado nuestra juventud en servir tus intereses en los intereses de nuestro país; nos hemos dirigido á ti; hemos gastado toda la luz de nuestras inteligencias, todo el ardor y el entusiasmo de nuestro corazón para trabajar *por el bien de lo que era tuyo*, para recabar de ti una mirada de amor, una política liberal *que nos asegure la paz de nuestra patria y tu dominio sobre unas adictas, pero desgraciadas islas.* España, te has mantenido sorda, y envuelta en tu orgullo, has proseguido tu funesto camino y *nos has acusado de traidores*, sólo porque amamos á nuestro país, porque te decimos la verdad y odiamos toda clase de injusticias. *¿Qué quieres que digamos á nuestra miserable patria, cuando nos pregunte acerca del éxito de nuestros esfuerzos?* ¿Les habremos de decir que, puesto que por ella hemos perdido todo, *juventud, porvenir, ilusiones, tranquilidad, familia;* puesto que en su servicio hemos agotado todos los servicios de la esperanza, todos los desengaños del anhelo, que reciba también el resto, que no nos sirve, ¡LA SANGRE DE NUESTRAS VENAS y *la vitalidad que queda en nuestros brazos?* España, ¿le habremos de decir un día á Filipinas *que no tienes oídos para sus males* y que, si desea salvarse, QUE SE REDIMA ELLA SOLA?»

MAYO, 1905. 3

¡Y al que esto escribió, le fusilaron!... El diplomático y académico Don Sinibaldo de Más, hombre de nada común talento, proponía al Gobierno en 1842 *(¡en 1842!)* que diese á Filipinas una prudente autonomía, que fuese preparando á aquel país para la Independencia, y que, no muy tarde, se la concediese, á fin de que la conducta de España sirviera de ejemplo á las demás naciones, y, sobre todo, para que de España quedase en el Archipiélago una tradición honrosa (1). Pues bien; á D. Sinibaldo de Más se le ha

---

(1) La cita es larga, pero debemos reproducirla, con tanta más razón cuanto que son rarísimos los españoles que conocen el texto de la tercera parte *(Política Interior)* de la notable obra de D. Sinibaldo de Más intitulada *Informe sobre el estado de las Islas Filipinas en 1842* (Madrid, 1843). Dice así:

«Al cabo de algunos años, cuando esté la población desbastada suficientemente, se formará una Asamblea de diputados del pueblo para que celebre sesiones en Manila durante dos ó tres meses cada año, en las cuales se tratará de los negocios públicos, particularmente de las contribuciones y presupuestos; y después de algún tiempo de tal educación política se podrá sin temor retirar nuestro Gobierno, fijando antes el que haya de quedar establecido, que probablemente sería alguna Constitución análoga á las de Europa, con un príncipe real al frente escogido de entre nuestros infantes.

»Mi tarea está concluída. Cuál de los planes arriba analizados sea más justo ó conveniente seguir, no me toca á mí recomendar, cuanto menos proponer.

»Añadiré, sin embargo, una página para emitir mi opinión *como individuo de la nación española*. Si yo hubiese de elegir, votaría por el último. No sé qué beneficios hayamos reportado de las colonias: la despoblación, la decadencia de las artes y la deuda pública nos vienen en gran parte de ellas. El interés de un Estado consiste, á mi modo de ver, en tener una población densa y bien educada; y no hablo solamente de educación literaria y política, sino de aquella general que hace á cada uno perfecto en su oficio, quiero decir de aquella que constituye á un ebanista, tejedor, ó herrero, el mejor ebanista, tejedor ó herrero posible. El mayor ó menor número de máquinas es en nuestro siglo un termómetro cuasi seguro para conocer el poder de los imperios.

Una colonia no puede ser útil sino con el fin de llenar algunos de estos tres objetos. Hacer de ella un país tributario para aumentar la renta de la metrópoli (como efectúa la Holanda por medio de un sistema compulsivo y exclusivo); erigirla en segunda patria y sitio de emigración para la población sobrante (como son más particularmente la Australia, Van-Diemen y Nueva Zelandia); en fin, procurarse en ella una plaza para expender productos de las fábricas nacionales (que es el principal blanco de los establecimientos ultramarinos modernos). Para el primero ya hemos visto que las Filipinas son un pobre recurso y lo serán en mucho tiempo, y no me admiraré de que antes de perderlas nos cuesten al contrario algunos millones; para el segundo son innecesarias, pues no tenemos población sobrante de que descargarnos; y para el tercero inútiles, pues carecemos de manufacturas que exportar. Barcelona, que es el país más fabril de la Península, no tiene con ellas la menor comunicación directa; todo lo que se lleva allí desde Cádiz consiste en un poco de papel, aceite y licores; si no fuese por el tabaco, y los pasajeros que van y vienen, uno

catalogado entre los «españoles ilustres», y á RIZAL, que no pedía tanto como el ilustre diplomático español, se le clasificó entre los «filibusteros», y fué, *por filibustero*, ¡fusilado! Afortunadamente á España no le alcanza la responsabilidad de los errores cometidos por algunos de sus hijos. No fué España quien fusiló á RIZAL: fué el espíritu reaccionario de ciertos españoles, fielmente interpretado por el marqués de Polavieja.

Por lo que respecta al segundo trabajo, *Sobre la indolencia de los filipinos*, el tema no era nuevo, y así lo reconoce el propio RIZAL; habíalo ya tratado

---

dos buques anuales bastarían para encerrar todas las especulaciones mercantiles entre ambos países. Algunos observarán, sin embargo, que si ahora nuestra industria está atrasada, podrá dentro de algunos años hallarse al nivel de las más perfectas y contar en Filipinas con un rico mercado... La separación no impedirá entonces esta ventaja; el comercio de Inglaterra con la América del Norte es ahora cien veces mayor que cuando obedecía á sus leyes.—Que si no tenemos población sobrante podremos tenerla dentro de un siglo... Entonces las Filipinas no estarán escasas de habitantes y sería preciso emigrar á las Marianas.—Que si dejamos el país pronto se perderá, por lo menos entre los naturales, la religión cristiana... Como no soy misionero, confieso que la objeción no me hace gran fuerza, y creo que Dios basta por sí solo para cuidar de la salvación de sus pueblos.—Que atendida la dificultad de defender aquel país dividido en muchas islas y sus demás circunstancias, no se puede dudar de que pronto caerían con alguna excusa ó sin ella en poder de Inglaterra, Francia ú Holanda, de lo cual hasta ahora se ha librado por el respeto que se tiene á España; y que si no en manos de potencias europeas, caerían en las de naciones asiáticas, especialmente de los chinos, bajo cuyo yugo gemirían ya hace años si no hubieran batallado para impedirlo soldados de Castilla, ó si no en las de los nacientes Estados de Nueva Australia, Van-Diemen y Nueva Zelandia... Por estos principios deberíamos erigirnos en caballeros andantes de todos los pueblos desvalidos; cuando tal caso llegue, los españoles establecidos en el país tendrán siempre el recurso de volver á su patria primitiva.—Que la España ha gastado por las islas más de 300 millones de pesos fuertes, á más de infinitas vidas, y es muy justo que nos reembolsemos... También hemos gastado mucho oro en expediciones á Tierra Santa, y no pensamos en recobrarla.—Que con un rey ó gobierno propio tendrían los filipinos que pagar más pesadas contribuciones que las que ahora de ellos se exigen, como es fácil comprobar con el ejemplo de las naciones libres, sin exceptuar á la misma España... Lo propio ha sucedido á los griegos, que están ahora más pobres y pagan más que antes de la insurrección, y sin embargo no llaman á los Osmanlis. Y si los filipinos nos echan de menos algún día, se acordarán entonces de nuestros tiempos con reconocimiento, y se arrepentirán de la ingratitud que muchos de ellos nos han manifestado.—Que la culpa de algunos no ha de caer sobre la cabeza de todos; que los que desean la ruina de nuestro dominio son los menos, los díscolos y los ambiciosos; y que si se preguntase á los habitantes, uno por uno, si querían que nos marchásemos ó nos quedásemos, los 90 por 100 votarían por lo último... Suponiendo que sea esto cierto, no me convence enteramente, porque sé que las mujeres turcas juzgan que su suerte es muy feliz y compadecen á las europeas,

otro filipino culto, el Dr. Sancianco (1), aunque con menos profundidad, extensión y erudición que RIZAL, que hace un verdadero alarde de sabiduría, y cita textos á porrillo, antiguos y modernos, para sostener, ampliada, la teoría que había ya sostenido en sus anotaciones á los *Sucesos* de Morga; es á saber, que la leyenda de la indolencia de los filipinos carecía en absoluto de fundamento sólido.

Sus amarguras aumentaban. Basta leer algunos de sus artículos, tales como *Ingratitudes, Sin nombre*, etc., insertos en *La Solidaridad*, para comprenderlo así. *Ingratitudes* es una página muy sincera y muy sentida. Por Noviembre de 1889, la lucha entre los dominicos y los secuaces de RIZAL hallábase en todo su apogeo: fué preciso que la autoridad superior de las Islas acudiese personalmente á Calamba, y dirigiese frases de concordia á los colonos. Una de esas frases, contenida en una carta de Manila que publicó *El Día*, de Madrid (número del 29 de Diciembre siguiente, era ésta: «*No se dejen alucinar los pueblos por vanas promesas de hijos ingratos*»: RIZAL consideróse alu-

---

y ésta no es, sin embargo, una razón para creer que su condición es envidiable, y que si conociesen otra vida que la del harem pensasen del mismo modo.

»En conclusión: si conservamos las Islas por amor á los isleños, perdemos el tiempo y el mérito; porque el agradecimiento se encuentra á veces en las personas, mas nunca debe esperarse de los pueblos; y si por amor nuestro caemos en una anomalía, porque ¿cómo combinar el que pretendamos para nosotros la libertad y queramos al mismo tiempo imponer la ley á pueblos remotos? ¿por qué negar á otros el beneficio que para nuestra patria deseamos? Por estos principios de moral y justicia universal, y porque estoy persuadido de que en medio de las circunstancias políticas en que se halla la España, se descuidará el estado de aquella colonia; no se adoptará (ésta es mi convicción) ninguna de las medidas que yo propongo para conservarla; y se emancipará violentamente, con pérdida de muchos bienes y vidas de españoles, europeos y filipinos, pienso que sería infinitamente más fácil, más útil y más glorioso el adquirir nosotros el mérito de la obra, anticipándonos con la generosidad. Así los escritores extranjeros, que tantas calumnias han estampado injustamente contra nuestros gobiernos ultramarinos, escritores de naciones que nunca satisfacen su hambre de colonias, tendrán por lo menos esta vez que decir: «Los españoles cruzaron nuevos y remotos mares, extendieron el dominio de la »Geografía, descubriendo las Islas Filipinas; hallaron en ellas la anarquía y el des»potismo, y establecieron el orden y la justicia; encontraron la esclavitud y la des»truyeron, imponiendo la igualdad política; rigieron á sus habitantes con leyes, y »leyes benévolas; los cristianizaron, los civilizaron, los defendieron de chinos, de »piratas moros y de agresores europeos; les llevaron mucho oro y luego les dieron »la libertad.»

(1) En la interesante obra *El Progreso de Filipinas*. Estudios económicos, administrativos y políticos, por Gregorio Sancianco y Goson. Madrid, Vda. de J. M. Pérez, 1881. En 4.º; XVI-260 páginas. El Autor era doctor en Derecho civil y canónico y licenciado en Derecho administrativo.—Esta obra es una de las más serias y sesudas que han publicado los nacidos en Filipinas.

dido, y trata de su «ingratitud» con relación á Filipinas, á la Madre-patria, á sus propios padres y finalmente con relación á sus antiguos profesores, los frailes dominicos; y dice, entre otras muchas cosas dignas de leerse:

«Sobre la fina arena de las orillas del lago de Bay, hemos pasado largas horas de nuestra niñez pensando y soñando en lo que había más allá, al otro lado de las olas. En nuestro pueblo, veíamos, todos los días casi, al teniente de la guardia civil, al alcalde cuando lo visitaba, apaleando é hiriendo al inerme y pacífico vecino que no se descubría y saludaba desde lejos. En nuestro pueblo veíamos la fuerza desenfrenada, las violencias y otros excesos cometidos por los que estaban encargados de velar por la paz pública, y fuera el bandolerismo, los *tulisanes*, contra los cuales eran impotentes nuestras autoridades. *Dentro teníamos la tiranía, y fuera el cautiverio.* Y me preguntaba entonces si en los países que había allá, al otro lado del lago, se vivía de la misma manera; si allá se atormentaba con duros y crueles azotes al campesino sobre quien recaía una simple sospecha; si allá se respetaba el hogar; si para vivir en paz había que sobornar á todos los tiranos... Todo esto y muchas cosas más aprendí en mi provincia, *y he sido ingrato con ella ¡porque no he hecho nada para mejorar su situación!*»...

Lamenta luego que en su país «no solamente las culpas de los padres recaían sobre sus hijos, sino también las culpas de éstos recaían sobre aquéllos. Nuestros enemigos [los frailes], que sin duda no tienen padres, no atreviéndose á saciar sus iras en nosotros, ¡se vengan en los miembros de nuestra familia!»... Y tratando luego francamente de los dominicos, dueños de Calamba y profesores de la juventud filipina, dice, para terminar, estas hermosas verdades:

«Si en cambio de la enseñanza que nos dan quieren exigir de nosotros que reneguemos de la verdad, de la voz de nuestra conciencia, que acallemos los gritos de ese algo que Dios ha puesto en nosotros y que llamamos sentimiento de la justicia, *para sacrificar á los intereses de su opulenta orden los intereses de nuestra patria*, de nuestros semejantes y de nuestros hermanos; *nosotros maldecimos y renegamos de su enseñanza*, y no espere jamás de nosotros la más pequeña gratitud.

» La instrucción que fines tan bastardos tiene, no es instrucción, *es corrupción, es prostitución de lo más noble que tenemos en nosotros mismos*, y francamente, nadie puede pedirnos que *le agradezcamos el rebajamiento de nuestra dignidad.*

» Les contestaremos, que los maestros que educan á la juventud filipina, deben considerarse como las nodrizas ó los preceptores, que una madre paga para criar á su hijo. Mientras sus intereses no estén en pugna con la verdad y con los intereses de la familia, el hijo debe amarles y ponerse de su lado; entre los intereses *de los frailes* y *los de nuestra patria*, ESTAMOS POR LOS DE ESTA ÚLTIMA: otra cosa sería infame, y el mero hecho de desear nuestra infamia, basta para desmerecer y aniquilar todos cuantos sacrificios hayan hecho por nosotros los que se titulan nuestros preceptores. En lo particular y en asuntos dudosos, no olvidaremos jamás el beneficio recibido.

» *Nuestra* PATRIA *los alimenta y enriquece para que nos instruyan;* ellos y nos-

otros, pues, tenemos antes que mirar *por los intereses de* ELLA. Pretender otra cosa es hacer traición» (1).

El artículo *Sin nombre* (publicado en *La Solidaridad* del 28 de Febrero de 1890), trata del pleito que sostenían los vecinos de Calamba y los frailes dominicos; y el AUTOR se conduele de que se eternizase una solución equitativa. Y algunos más publicó, como *Filipinas en el Congreso,* inspirado en la proposición del Sr. Calvo y Muñoz, en la que demandaba que al Archipiélago se le concediera Representación en Cortes (en *La Solidaridad* del 31 de Mayo de 1890); *Cosas de Filipinas,* contra los abusos de la Guardia civil (en *La Solidaridad* del 30 de Abril siguiente); *Más sobre el asunto de Negros,* en el que insiste contra la Benemérita (*Solidaridad* del 15 de Mayo); *Una esperanza,* deplorando la caída del partido liberal (*Solidaridad* del 15 de Julio del mismo año 90)... RIZAL no acaba de exasperarse; al concluir el artículo, infunde ánimos á sus compatriotas: «Dios ha prometido al hombre su redención después del sacrificio: ¡cumpla el hombre con su deber, y Dios cumplirá con el suyo!»— Entreverado con estos trabajos políticos, en que se destaca la personalidad de un verdadero apóstol, místico á su modo, que invoca con frecuencia la Justicia Divina, en la que tiene fe ciega, ya que es tan escasa la que tiene en la de los hombres, va un estudio precioso, y de tal importancia que fué inmediatamente traducido al alemán y al holandés (2), intitulado: *Sobre la nueva Ortografía de la lengua Tagalog;* todo un folleto inserto en *La Solidaridad* del 15 de Abril del año 90. Luce el AUTOR en este interesante trabajo sus profundos conocimientos de la mecánica gramatical de los idiomas europeos, no ya los que hablaba y escribía (castellano, francés, inglés y alemán), sino los que conocía con menos amplitud, pero con la suficiente para traducirlos (italiano, portugués, holandés, sueco, etc.). Hase de advertir que ya don T. H. Pardo de Tavera (3) y don Pedro Serrano (4), filipinos ambos, habían tratado del asunto y aun recomendado las ventajas científicas de la reforma de la Ortografía tagala; pero, en honor de la verdad, no llegaron á vulgarizarse las doctrinas de los citados señores: propuso RIZAL

---

(1) *La Solidaridad,* núm. 23; Madrid, 15 de Enero de 1890.

(2) Al alemán, por el Prof. F. Blumentritt; al holandés, por el Prof. H. Kern, de la Universidad de Leida, el mayor lingüista orientalista del mundo, á quien más tarde conoció personalmente RIZAL. El sabio Prof. Kern tenía de RIZAL un concepto muy elevado, y fué uno de los muchos, entre las celebridades científicas de Europa, que lamentaron profundamente la muerte del Gran Tagalo.

(3) Criollo filipino; médico, lingüista, etc.—Véanse sus folletos *Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos Filipinos,* Losana, 1884; *El Sanscrito en la Tagalog,* París, 1887; *Consideraciones sobre el origen del nombre de los números en lengua Tagalog,* Manila, 1889.

(4) Tagalo; profesor normal superior.—Véase su *Diccionario Hispano-Tagalog.* Manila, 1889; en 4.º; 626 págs. en junto, á dos cols.

el mismo asunto, en el estudio de que hacemos mérito, y lo consiguió: tanta era la autoridad del GRAN TAGALO entre sus compatriotas. Desde entonces, los filipinos instruídos han proscrito las reglas ortográficas que durante siglos enteros habían sostenido los filólogos frailes, para adoptar las reglas preconizadas por RIZAL, que consisten principalmente en el empleo de la *k* y de la *w*, en la supresión de la *z*, etc.

Pero como mejor se prueba la influencia de RIZAL en el corazón de sus paisanos, es con lo acaecido á raíz de la muerte (en Barcelona, el 19 de Agosto de 1890) de D. José María Panganiban y Enverga, tagalo, compañero y admirador de RIZAL, alumno aventajadísimo que había sido de la facultad de Medicina de Manila, que había venido á España á ampliar sus conocimientos. *La Solidaridad* del 30 de Septiembre del mismo año consagróle un verdadero homenaje publicando pensamientos de muchos de los filipinos que vivían en Europa. La lectura de esos pensamientos, que ofrecen en conjunto toda una escuela política, de cuya existencia no hacían nada por enterarse los hombres que gobernaban en España, dice bien claramente cómo los filipinos se hallaban infiltrados de los sentimientos é ideas de RIZAL. Trasladaremos algunos; merecen ser conocidos:

«¡Lágrimas de amargo llanto arrancó de los corazones tu muerte. — Pero esas lágrimas se tornarán en preciosas perlas, para con ellas comprar el consuelo y la dicha de la patria que te llora. — KALIPULAKO» (1).

«Tú has muerto á temprana edad; pero vivirá para siempre tu recuerdo, y serás modelo de tus paisanos. Tus ideas, tus convicciones quedan esculpidas en nuestros pensamientos, y los defenderemos con toda la energía de nuestra alma, como tú, con empeño y ardor. Nunca olvidaremos aquel tu célebre pensamiento: *Desechemos preocupaciones de antaño; nuestros trabajos, por más insignificantes que fuesen, son un grano de arena que aportamos al levantamiento del grandioso edificio de nuestra queridísima patria.* — SANTIAGO ICASIANO.»

«Luchaste por la regeneración de tu patria, esclava de la teocracia, y luchando te sorprende la muerte. Mientras la batalla sigue entablándose con mayor encarnizamiento, adornen la losa de tu sepulcro las flores regadas con las lágrimas de tus compañeros.— ENRIQUE MAGÁLONA.»

«La amistad llora tu muerte; pero el patriotismo acoge como un precioso legado la memoria de tus virtudes. — MARCELO H. DEL PILAR.»

---

(1) Pseudónimo de D. Mariano Ponce; pseudónimo lleno de intención, porque *Kalipulako* era el nombre del régulo de la isla de Mactan (próxima á la de Cebú), donde halló la muerte, en lucha con los indígenas, el insigne Magallanes, descubridor del Archipiélago Filipino. Evocar el nombre de aquel régulo vale tanto como evocar al debelador de los *invasores* de raza europea.

«Faltóle la vida cuando no era más que una feliz esperanza. En los impenetrables misterios del sepulcro, en las transformaciones sublimes de ultratumba, ¿resucitará la esperanza convertida en realidad gloriosa? ¡Nadie lo sabe!... Yo confío.—MOISÉS SALVADOR» (1).

«Bajaste á la tumba sin ver realizadas las ideas á cuyo fin dedicaste todos tus afanes; pero en el corazón de todos tus hermanos y paisanos, quedan grabados los patrióticos sentimientos que tú les inspiraste, y trabajarán por su triunfo, ya que la muerte se ha interpuesto en tu camino.—JOSÉ ALEJANDRINO.»

Nótese el sentido que se da á las palabras PATRIA y PATRIOTISMO. El Gobierno, sin embargo, no se enteraba de que aquí, en la propia casa solariega, existía un importante núcleo de filipinos, más ó menos intelectuales todos ellos, que venían haciendo una labor que si á ciertas gentes podía parecerle de simples desahogos, «cosa de *niños grandes*», entre los naturales del Archipiélago producía una impresión profundísima, causaba en los espíritus una trascendental revolución. He aquí ahora el pensamiento de RIZAL en aquel homenaje al malogrado Panganiban; una vez más, RIZAL siente ansia de dar su propia sangre por la patria:

«¡Una esperanza desvanecida, un talento malogrado, toda una juventud consagrada al estudio para una útil y fecunda edad madura; todo esto lo lamentan Filipinas y los que le hemos conocido!

Pero lo que debe llorar Panganiban, aun en el seno de su tumba, es el pensar que *ha muerto sin cumplir con la alta misión á que sus facultades excepcionales le destinaban*; el pensar que HA MUERTO SIN HABER PODIDO DAR ANTES SU SANGRE Y SUS pensamientos todos á la noble CAUSA que había principiado á abrazar.

Nosotros los que quedamos, sólo honraremos su memoria procurando llenar el vacío que ha dejado. Su mayor satisfacción no serán lágrimas, sino HECHOS; no para él, sino PARA SU PATRIA.—JOSÉ RIZAL.»

RIZAL llegó á Madrid, procedente de Francia, en la primera quincena de Agosto de 1890. Su presencia en la capital de España notóse en seguida. Púsose sin pérdida de tiempo en relación con cierta parte de la Prensa madrileña, y logró á la vez de la Asociación Hispano-Filipina que dasarrollase una actividad inusitada hasta entonces. La Asociación dirigió una carta-circular á los periódicos, en solicitud de apoyo para el planteamiento de reformas liberales en el Archipiélago, y desde luego los propósitos de aquélla fueron acogidos con benevolencia, y aun con entusiasmo, por *La Justicia*, *El Día*, *El País*, *El Globo*, *La República* y *El Resumen*, mayormente por este último, que dirigía Augusto Suárez de Figueroa. Una comisión compuesta de D. Dominador Gómez Jesús (secretario de la Asociación), el Dr. RIZAL y D. Mar-

(1) Una de las figuras más importantes de la Masonería-revolucionaria. Le fusilaron.

celo Hilario del Pilar (director de *La Solidaridad)*, visitó al ministro de Ultramar (Sr. Fabié) «con objeto de protestar enérgicamente y demandar justicia eficaz contra la reciente arbitrariedad que se ha cometido en el pueblo de Kalamba, en Filipinas» (1)... Los periódicos favorables á los filipinos apretaban, mayormente *El Resumen*, donde se llegó á decir: «Cerrar los oídos, abrir los bolsillos y cruzarse de brazos: ésa es la política española de Ultramar» (2).

Leía yo con gran atención cuanto sobre Filipinas salía á luz, y aprovechando la benévola acogida que en *La Época* me habían dispensado, en *La Época* emprendí una activa campaña enderezada á atenuar los efectos de la que los filipinos (RIZAL principalmente) venían desarrollando. En uno de mis artículos (número del 16 de Noviembre del año mencionado de 1890), tratando de la cuestión de Calamba, dije: —«Llega á Calamba, procedente de Europa, D. José Rizal, y *desde entonces* los colonos se resisten á satisfacer el canon, muy especialmente *los parientes* y amigos de Rizal». Antes de las veinticuatro horas de publicados estos renglones, los padrinos de RIZAL venían á visitarme. Causóme sorpresa la visita; ó por mejor decir, la demanda sobre las palabras que acabo de transcribir; porque, en último término, no tenían una cabal originalidad, puesto que semejante concepto habíalo hecho público, poco antes, un periódico de Madrid, que creo que murió pronto, intitulado *El Popular*. Uno de los representantes de RIZAL tuvo á bien franquearse un poco, y me dijo:

—Al Sr. RIZAL no le preocupa que le ataquen personalmente; es hombre de lucha, y sabe á qué atenerse: por lo que no pasa es porque se mezclen en estas cuestiones á sus parientes...

RIZAL sentía la devoción de la familia, hasta un grado rayano en lo sublime. No es posible hallar otro hombre que haya amado con más intensidad á sus padres, hermanos y demás deudos. Júzguese por lo tanto de lo que sufriría cada vez que le llegaba la noticia de que alguno de sus parientes era deportado; de lo que debió sufrir cuando supo que á su cuñado D. Mariano Herbosa lo habían enterrado como á un perro, *¡sólo por ser cuñado de Rizal!*... El reto de RIZAL á mí se arregló con un acta en la que quedaron «á salvo el honor y buen nombre, tanto del Sr. Rizal y sus familiares, como del Sr. Retana». Cuando el asunto se hubo concluído, uno de mis padrinos, el escritor militar Sr. Scheidnagel, que me profesaba acendrado cariño, me dijo:

—Me preocupaba que hubieseis ido al terreno: porque tengo entendido que Rizal es un tirador muy hábil y sumamente sereno...

---

(1) Noticia, que creo redactada por RIZAL, publicada por gran número de periódicos de Madrid.

(2) *El Resumen*; Madrid, 15 de Noviembre de 1890.—Creo que la frase no es de RIZAL, sino de Gonzalo Reparaz, redactor de dicho diario y á la sazón en buenas relaciones amistosas con los filipinos más conspicuos de los que en Madrid había.

En ninguno de los escritos de RIZAL, absolutamente en ninguno, se registra una sola frase que denote en su autor un bravucón. En esto no le imitaban algunos de sus paisanos, que salpicaban sus artículos con frases agresivas, y daban á entender con cierta mal disimulada jactancia que gustaban de ejercer el matonismo. Y sin embargo, ninguno de ellos superaba en valor á RIZAL, que lo puso á prueba algunas veces. Cuenta el Sr. Gómez de la Serna, en un artículo que dejamos ya citado (1), que hallándose RIZAL, en una reunión en París, «unos franceses dijeron burlescamente al verle:—«¡Un chino!, ¡un chino!» —Rizal devolvió la burla con la frase más sangrienta para aquellos majaderos:— «¡Prusianos!, ¡prusianos!»—Y se produjo un gran escándalo, durante el cual el llamado *chino* permaneció impasible, dispuesto á todo. RIZAL esgrimía con gran destreza el sable y la espada; pero en lo que descolló principalmente fué en el manejo de la pistola: «Con la misma precisión y maestría que opera el ojo de un enfermo (su especialidad) escribe su nombre en la pared con la bala de una pistola» (2). No hemos podido poner en claro cómo ni por qué fué un lance suscitado entre RIZAL y Antonio Luna, que se las daba de matón: ello es que RIZAL le provocó á un duelo, y Antonio Luna (que era también un tirador de nada comunes facultades) cedió.

El 23 de Diciembre de aquel año de 1890, los filipinos reformistas y algunos peninsulares que con ellos simpatizaban, dieron un gran banquete al exministro de Ultramar Sr. Becerra. Tuvo aquel acto alguna resonancia. RIZAL, que se hallaba en Madrid, no asistió. ¿Por qué? Sin duda su pesimismo se había acentuado. Sus secuaces de Calamba, cada vez más perseguidos; y aquí, en España, de ministro de Ultramar Fabié, en íntima comunión de ideas con el P. Nozaleda, un dominico máximo, uno de los amos de Calamba... Es verdad que RIZAL había tratado á algunos españoles que le daban la razón... Pero, según dijo hallándose en capilla:

—«*Los coloquios con los españoles ilustrados me han hecho filibustero, porque me han hecho desear la independencia de mi patria. Cuando estuve en Madrid, los republicanos me decían que las libertades se pedían* CON BALAS, no de *rodillas*» (3).

Sus últimos trabajos, aquel año de 1890, en *La Solidaridad*, fueron un estudio crítico de *Las Luchas de nuestros días*, de Pi y Margall, que recomendó á sus paisanos. «Dejando, dice, para otros examinar *Las Luchas de nuestros días* bajo un punto de vista literario ó político, nosotros las estudiaremos en cuanto se refiere á la vida de los pueblos y de los individuos en general, y

(1) *El Renacimiento*, diario de Manila; 12 de Marzo de 1904.

(2) *La Correspondencia Alicantina;* núm. del 19 de Octubre de 1896. La misma noticia la hallamos en *El Demócrata*, de Lorca, de igual fecha, y en otros papeles peninsulares.

(3) Telegrama de D. MANUEL ALHAMA fechado en Manila, 30 Diciembre 1896, publicado en *El Imparcial* del día siguiente.

de las colonias en particular, llamando la atención sobre las ideas en consonancia ó disonancia con las aspiraciones filipinas.» El examen hízolo con gran minuciosidad. — *Cómo se gobiernan las Filipinas,* artículo político pletórico de sinceridad y energía.—*Á mi... [musa],* delicada y sentida composición poética, envuelta en fino humorismo; dirigiéndose á su musa, le dice, entre otras cosas, al despedirse de ella:

«Mas antes que partas, di,
Di que á tu acento sublime,
Siempre ha respondido en mí
Un canto para el que gime
Y un reto para el que oprime.»

Y, por último, la leyenda *Mariang Makiling,* en la cual evoca el recuerdo de su Calamba inolvidable.

Lleno de tedio, convencido de que *prácticamente* nada conseguía en pro de sus ideales prolongando su permanencia en Madrid, el 27 de Enero de 1891 salió para París. Proponíase tirar por completo de la manta; iba á escribir la segunda parte de su zarandeado *Noli me tángere: El Filibusterismo.*

W. E. RETANA.

(Continuará.)



LAS AGUAS SUBTERRÁNEAS DE LA CAPA SUPERFICIAL

La investigación local de las cuestiones referentes á las aguas subterráneas, á pesar de su inmediata aplicación á la industria, á la demología y en particular á la higiene, se encuentra todavía en la infancia, puede decirse, en nuestro país, por falta de vulgarización de principios científicos. La geología no ha pasado entre nosotros, aun en concepto de los intelectuales, de la categoría de las elucubraciones meramente curiosas de los sabios; se ignora por completo que con ligeros rudimentos de esta ciencia, muchísimas personas de las que viven en contacto con la naturaleza podrían sin esfuerzo explorar en sus paseos, viajes y excursiones el término de la localidad en que residen, recogiendo preciosos materiales de interés, tanto teórico como práctico y de inmediata trascendencia para la prosperidad del país (1).

Los franceses, que conceden de antiguo mucha importancia al estudio de las aguas subterráneas, han enviado y siguen enviando para el reconocimiento y exploración de ellas, comisiones especiales á sus posesiones africanas con un éxito verdaderamente sorprendente. De algunas de sus conclusiones hemos tenido ocasión de hacer propaganda en Andalucía, por la semejanza de estructura geológica del Mediodía de nuestra Península y del Norte de África; y si bien no nos podemos lisonjear de que nuestra obra se haya traducido en grandes resultados prácticos, al menos ha despertado el interés de ciertos labradores inteligentes, y quizás éste se comunicara á otros, á no luchar la empresa con la falta de conocimientos geológicos más elementales que reina en nuestro país.

En realidad, los doctrinales de geología, algún tanto extensos, tratan de varias de estas cuestiones hidrológicas y exponen los principios en que se fun-

(1) Sabiendo por experiencia que algunas de estas personas, animadas de buen deseo, se desalientan por ignorar á quién dirigirse para comunicar observaciones y consultar dudas, creemos útil recordar que el personal del Museo de Ciencias Naturales (Recoletos, 20, bajo, Madrid) está siempre propicio para clasificar gratuitamente los ejemplares que se le remitan, y que existe una Real Sociedad española de Historia Natural (Alfonso XII, 74, Madrid), la cual cultiva como preferente asunto todo lo relacionado con el suelo y producciones naturales de nuestra Península, y que también contestará á cuantos á ella se dirijan en demanda de datos de esta índole.

dan; pero, por desgracia, las presentan dispersas en diferentes capítulos y con ocasión de distintas cuestiones, y sobre todo, bajo una forma demasiado técnica y elevada para que estén al alcance de lectores poco iniciados en las ciencias físicas y naturales. Además, siendo estas obras extranjeras, las localidades y ejemplos que citan son desconocidos de nuestro público, y los nombres mismos con que designan las rocas y las formaciones difieren por completo de los que entre nosotros se usan, sobre todo en el lenguaje vulgar.

Las dificultades enumeradas nos han hecho pensar en la conveniencia notoria que ofrecería la redacción de un manual genuínamente castizo, por su forma y por su fondo, de geología práctica al alcance de las personas desprovistas de conocimientos científicos previos.

Por vía de ejemplo de la índole que semejante obra habría de revestir, al menos según nosotros la entendemos, hemos elegido el asunto de las aguas subterráneas de la zona superficial, sobre el que va á versar el presente artículo.

Lentamente, á través de las grietas é intersticios del suelo, el agua de lluvia va haciendo su camino hacia la profundidad, á condición de que dicho suelo sea permeable. La permeabilidad resulta de la naturaleza misma de la roca que le constituye, como en el caso de ser ésta arenosa ó de hallarse cruzada por grietas y fracturas por donde el líquido pueda insinuarse, cual sucede en muchas calizas, asperones y pizarras.

Acumulándose el agua en la profundidad, origina capas ó mantos de infiltración, y á mayor hondura reservorios subterráneos, los cuales suministran el caudal que mantiene las fuentes naturales, permitiéndolas surgir así en verano como en invierno, en la estación seca como en la lluviosa.

Como el asunto de las aguas subterráneas es sobrado extenso, nos vamos á circunscribir por ahora á tratar de los mantos acuíferos superficiales, es decir, de la zona de la roca permeable situada á escasa profundidad, que está empapada en sus intersticios y que no se halla preservada del acceso del agua exterior por una cubierta impermeable.

El líquido de la capa acuífera no está quieto y en reposo, á causa de que en virtud de la gravedad tiende á caminar siempre hacia las regiones profundas, hasta que encuentra un lecho impermeable; resbala entonces por su superficie, que nunca es perfectamente horizontal, y sigue su pendiente de un modo constante. Pero á esta fuerza de descenso se opone otra: la capilaridad, por virtud de la adherencia de los líquidos á los sólidos que mojan, y esta fuerza es á veces de tal energía, que hace subir al agua á un nivel bastante superior al normal. Cuanto menores son los intersticios, más enérgica es la capilaridad y más lenta la circulación del líquido en ellos, que es lo que los hidráulicos llaman *pérdida de carga*. Se ha calculado que las aguas del pozo artesiano de Aerschott, que proceden de Lovaina, tardan trescientos sesenta

y seis años en recorrer este trayecto, de modo qne el agua que beben ahora los habitantes de aquella población es la que llovió en tiempo de Carlos V.

Hemos dicho que el fondo del manto acuífero está formado por una capa de roca impermeable, por más que en todo rigor no existe ninguna que lo sea en absoluto, pues el agua atraviesa todos los lechos y muros de piedra en mayor ó menor grado. Por eso en las minas y en los túneles, aun los que ofrecen sus muros más enteros y sin grietas, aun los abiertos en el granito más compacto, se ve el agua rezumarse y gotear por las paredes y techos de las galerías. Con todo, como la cantidad de líquido que en estos casos atraviesa la roca es muy pequeña, en la práctica hay que admitir que las arcillas y los mármoles, por ejemplo, cuando no están cuarteados, constituyen capas impermeables.

En muchas localidades de Castilla, cuyo suelo consiste en formaciones diluviales, que son aglomeraciones de granos sueltos, y muy especialmente en Madrid y sus alrededores, existen unas bolsadas de agua subterránea, á veces muy considerables, cuyo origen se ha tenido por problema intrincado. Al desmontar el terreno buscando el firme de cimentación para construir el Banco de España, así como junto al estanque del Parque del Retiro, en Chamberí y en innumerables sitios del término de la población han aparecido estas lagunas subterráneas al hacer trabajos de perforación del suelo. Cada una de esas minas corresponde á un lentejón de arcilla incrustado dentro del material incoherente que compone el terreno, sirviendo la superficie superior y nivelada de esta arcilla de fondo impermeable que detiene la filtración del agua de lluvia, la cual se acumula allí lentamente. Pudiera ser un gran recurso para la industria y la agricultura el aprovechamiento del líquido de estos depósitos sabiéndole buscar y extraer, y seguramente algún día merecerá la debida atención.

Penetrando en el suelo experimenta el agua modificaciones químicas y las hace experimentar también á las rocas en cuyo contacto se pone. La de lluvia lleva en disolución oxígeno, y frecuentemente en estado de ozono, que, como se sabe, es más activo que aquél, y estos cuerpos obran oxidando las materias orgánicas en descomposición que contienen las tierras, al mismo tiempo que mantienen la vida de los microbios que pululan en las capas superficiales. Los productos de dicha oxidación son ácido carbónico, amoníaco y ácido nítrico, más otros que no hay para qué enumerar ahora, todos los cuales se originan en cantidad tanto mayor cuanto lo es la de materia orgánica contenida en cada suelo, y mayor, también, la permeabilidad de éste.

Estos cuerpos, nuevamente producidos, son agentes de otras actividades químicas: el ácido carbónico disuelve el carbonato de cal, y éste se combina con el amoníaco originado por la alteración de las materias orgánicas; el ácido nítrico produce nitratos ú obra como cuerpo oxidante. Resulta de aquí la formación de sales solubles de potasa, de amoníaco, de hierro y algunas otras en menor cantidad, de las cuales se apodera el agua y las transporta.

Al mismo tiempo, lleva en suspensión partículas ligeras y microscópicas, no sólo de naturaleza mineral, sino también orgánica, incluso organismos vivos, especialmente microbios é infusorios. Tal es el origen de los gérmenes que impurifican las aguas superficiales, sobre todo en la proximidad de las poblaciones.

En cambio, la capa permeable del suelo es un filtro que desembaraza el agua de las mismas substancias citadas y capaz de devolverla, al menos en gran parte, su pureza primitiva, á lo que también contribuye la acción comburente del oxígeno que lleva disuelto. Se operan, por tanto, dos acciones opuestas en este gran laboratorio de la capa superficial del suelo: una de alteración del líquido por las impurezas que contiene aquél; otra de filtrado y destrucción de materias orgánicas. Del predominio de uno ú otro de estos procesos depende que la capa acuosa de que tratamos sea higiénica ó, por el contrario, peligrosa y hasta altamente perjudicial á la salud de los pueblos.

Siendo la lluvia el origen principal de los mantos de agua subterránea, es natural que éstos eleven su nivel en los años húmedos y desciendan en los secos, movimientos que se hacen sensibles particularmente en los puntos más elevados del manto con respecto al suelo. Conviene fijarse bien en que no se hallan éstos al mismo nivel en toda su extensión; así es que uno somero en ciertos parajes puede volverse profundo más lejos, siguiendo el buzamiento de las capas que impregna. De aquí depende que, por efecto de sequías prolongadas, las fuentes más próximas al nivel superior de una capa acuífera lleguen á desecarse, sin que por eso el manto haya desaparecido, y que los cambios meteorológicos seculares ocasionen elevaciones y descensos de la línea superior de los mantos.

Estudiando los arqueólogos los restos de las antiguas construcciones romanas y árabes de Andalucía, se han sorprendido ante el gran número de obras de canalización y trabajos hidráulicos realizados por aquellos pueblos en parajes donde no circulan hoy aguas ni hay de ellas la menor señal, no encontrándose humedad siquiera en el fondo de los pozos romanos. Es indudable que desde aquella época ha descendido en el Mediodía de España el nivel de la capa acuífera; pero esto no implica un cambio climático tan profundo como algunos han supuesto, pues una leve variación del nivel de aquélla es suficiente para que surjan ó no sus manantiales y los pozos se llenen ó queden en seco.

En el estudio de los mantos acuíferos superficiales hay que distinguir los que están en las planicies ó bajo las mesetas, de los que se encuentran en los valles.

En las mesetas y llanuras la pendiente general inclina á los mantos en dirección de los valles ó de la costa, y con frecuencia se establecen corrientes numerosas y aun mantos independientes. La llanura en que se asienta la ciudad de Valencia, á algunos metros por debajo de la zona de las aguas más superficiales que forman los pozos comunes, posee uno de estos mantos, que

desde hace unos quince años viene utilizándose, pasando de 1.500 las perforaciones hechas en el subsuelo para el alumbramiento de aguas. Estas son ascendentes, aunque poco, cerca del mar, y lo van siendo menos conforme se va subiendo por la llanura. No son realmente artesianas, como las llaman en el país, sino que su leve fuerza ascensional se debe á la resistencia que el mar opone á su desagüe, como lo ha demostrado el profesor D. Emilio Ribera.

Cuando en las mesetas y llanuras se asientan aglomeraciones de población humana, las aguas del lavado y usos domésticos se infiltran en los pavimentos; las de lluvia hacen otro tanto después de haber lavado las inmundicias, y unas y otras penetran en el manto acuífero más somero. Por eso el líquido de los pozos de las poblaciones es siempre nocivo, á menos que procedan de bastante profundidad y de zonas protegidas de las infiltraciones superficiales. Los análisis bacteriológicos de los pozos de Madrid, y aun del agua de Lozoya, acusan la presencia de ciertos bacilos patógenos *(mycoides, radicicola, cladotrix)* que provienen de la superficie de la tierra y se hallan en las primeras capas. Lo mismo sucede en Valencia en las del Turia, usadas en el servicio público, y las de los pozos intraurbanos y rurales, al paso que las de los pozos semiartesianos, antes indicados, son regularmente potables y, naturalmente, muy limpias de bacterias patógenas y aun de otros microorganismos. Otro tanto deberá ocurrir en muchas otras comarcas de análogas condiciones; pero por desconocimiento de todo dato geológico se está experimentando en ellas pertinaz sequía, mientras van á perderse infinidad de veneros que sacados á la superficie fecundarían los campos y proporcionarían el principal elemento de la vida de las poblaciones y de las industrias.

Una roca permeable, por ejemplo una bancada de arena que aflora en una superficie bastante extensa, se convierte en la profundidad en un verdadero reservorio de agua. Si esta bancada su hunde á partir de su afloramiento bajo una capa impermeable, el manto subterráneo, siguiendo la marcha de la arena que la contiene, acaba por adquirir una presión tanto mayor, cuanto más bajo descienda de las últimas soluciones de continuidad superficiales por donde pudiera surgir al exterior.

Los mantos de agua son continuos y regulares entre las formaciones arenosas, al paso que entre calizas y areniscas, aun cuando su superficie esté resquebrajada á modo de criba, como en la profundidad se vuelven compactas y enteras, el líquido no puede reunirse en masas continuas, y lo que hace es concentrarse en bolsadas en las hendiduras, resultando muy irregular el régimen de los pozos. Esta circunstancia debe tenerse en cuenta por l[illegible] que buscan aguas subterráneas para riegos ó para la industria, pues con sólo examinar la naturaleza de las rocas de las mesetas puede inducirse la di[illegible]bución subterránea de sus veneros y empapamientos, al menos de un m[illegible] general.

Pasemos á examinar el manto acuífero superficial de los valles. El suelo de éstos se halla formado de cantos rodados ó guijos, arena y limo acarreados por los ríos y torrentes, sobre todo durante las crecidas. El conjunto es esencialmente permeable, como desde luego se comprende, de suerte que los pozos abiertos en tales sitios están en relación con el río próximo, á compás de cuyas crecidas y descensos sube ó baja su nivel. Lo general es que, por efecto de la capilaridad y la imbibición, se halle el líquido á un nivel superior al del río en el terreno circundante.

Tratándose de regiones constituídas en su mayoría por terrenos permeables, el agua de lluvia es absorbida inmediatamente que cae, y no llega á los ríos y arroyos más que por el intermedio de los mantos acuíferos, surgiendo de ellos en forma de manantiales; recorre, por consiguiente, un largo trayecto subterráneo y mana sin velocidad y limpia por haber posado las materias sólidas que acarreara. En cambio se producen en estas regiones crecidas muy duraderas, por lo mismo que no se hacen sensibles más que cuando todo el manto de infiltración se ha saturado y está repleto para el lento suministro del líquido.

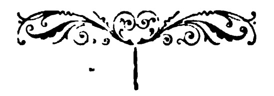
Resulta de lo dicho que los ríos y aun los arroyos de cierta importancia están como envueltos en una gran corriente de agua subterránea, cuya marcha es infinitamente más lenta que la de aquéllos, pero cuyo nivel es más elevado. La existencia de esta envoltura reviste un alto interés desde el punto de vista higiénico del modo que vamos á explicar. Se ha notado que el desarrollo de algunas epidemias, como el cólera, coincide á menudo con una arriada. Es que la inundación subterránea viene á humedecer en este caso los innumerables detritus orgánicos de que la capa superficial del suelo está impregnada; después, cuando el agua desciende, deja atrás de sí la humedad, y los microbios se desarrollan en ella. A una causa en un todo semejante, se atribuyen las recrudescencias del cólera en la India.

Repútase el agua como el agente más eficaz, después del hombre, en la propagación de aquella terrible epidemia y en la de otras; pero, sin duda, es menor la influencia que en ello ejerce el agua superficial y visible, que el gran río subterráneo, en el que pululan los gérmenes patológicos que luego van á contaminar los pozos ordinarios. El cólera sigue de preferencia en su marcha el curso de los ríos; pero no los remontaría si no fuese por el agua circundante de imbibición, favorecida por una evaporación más enérgica aguas arriba. Como la parte elevada de las cuencas se halla constituída, por lo general, por terrenos más antiguos y de rocas poco permeables, allí queda limitada la zona de propagación. En España, como en otras comarcas de Europa, ha habido ocasión, durante las últimas epidemias coléricas, de comprobar estas relaciones de la extensión del azote, con la naturaleza del suelo y la disposición de la red fluvial, y aun en una misma población se han notado diferencias notabilísimas en el número de atacados, que se explican por las condiciones del suelo, variables de un sitio á otro.

Se infiere como principales consecuencias de las consideraciones precedentes, que las capas más superficiales de la corteza terrestre, sobre las que el hombre mora, se hallan en un estado de empapamiento perpetuo, y que la humedad que impregna los poros, así como las grietas y roturas de las rocas, compone un manto líquido sujeto á una serie lenta, pero continua, de cambios de lugar y de composición; este manto constituye un medio biológico, en el que se desarrollan faunas y floras microscópicas que ejercen influencia indudable, y en ocasiones muy adversa, sobre la población humana, y que deben merecer, por tanto, atención esmerada por parte del higienista.

Si hubiéramos de ocuparnos del manto acuífero profundo, surgirían otras consideraciones relativas á los pozos permanentes, al origen de los manantiales constantes, tanto ordinarios como mineralizados, y á la intermitencia de algunos de ellos; á las aguas artesianas, á la formación de las cavernas y á otros problemas íntimamente ligados con dicha cuestión; pero precisamente por la gran amplitud de este último asunto hemos creído preferible dejarle íntegro, habiéndonos limitado á tratar de la zona acuífera más somera, que, aun estudiada en términos elementales, nos ha mostrado útiles consecuencias para la agricultura, la industria y la higiene, que es lo que nos proponíamos ofrecer principalmente á la consideración de los lectores, como prueba de que la geología es una ciencia que, si cautiva el espíritu por la grandeza de sus revelaciones, no importa menos al hombre desde el punto de vista de sus aplicaciones inmediatas.

SALVADOR CALDERÓN.



COSAS DE MÚSICA

LAS TENDENCIAS DEL DÍA

¿Adónde va la música? ¿Por dónde, en su rápida carrera, la llevan los compositores modernos? ¿Por qué caminos, por qué atajos, por qué vericuetos se la conduce en busca del ideal supremo que la inteligencia humana persigue en todas sus altas manifestaciones?

Recuerdo que, hará un par de años, una revista extranjera abrió acerca del asunto, y basada en preguntas que en substancia eran semejantes á las que preceden, una de esas inútiles «informaciones» que constituyen una de las más recientes modas de la Prensa, y que, más que por la eficacia de su resultado, interesan por la habilidad con que los consultados eluden, en su mayoría, el compromiso de estudiar y formular una respuesta categórica.

Contestaron numerosos y renombrados compositores, profesores, jefes de orquesta, concertistas y cantantes. Todas las respuestas se referían á cuestiones de forma; en ninguna, ó casi ninguna, se abordaba el fondo del asunto. Trataron superficialmente del drama wagneriano en el aspecto de su lucha con las fórmulas consagradas de la ópera á la italiana; del empleo de los «leitmotiven» y de los procedimientos y combinaciones temáticas: del desarrollo, en la música sinfónica, del sistema de «programa», reiniciado en cierto modo por Beethoven en su Sinfonía Pastoral, abordado después francamente por Berlioz y por Liszt, y extremado luego por Vicente d'Indy y algunos modernistas de su escuela; de la propagación de este sistema á la música de cámara; de los vuelos de la instrumentación moderna, y de otros tales problemas de indudable interés, pero que, tales como en aquella ocasión fueron tratados, afectan menos á la *esencia* de la música que á lo que pudiera llamarse su *vestidura*.

Por contra, las grandes batallas que, acaso desde que la música existe, se vienen librando y enlazando entre innovadores, conservadores y reaccionarios, tuvieron seguramente y siguen y seguirán teniendo por principal origen, más bien lo que importa al *alma* de nuestra musa que no á las variantes que las modas introducen en su indumento.

Los bandos en que los amantes del arte divino se encuentran divididos, no riñen por cuestiones de nombre ó de tocado. No hay en el público verda-

deros apasionados partidarios ni enemigos de este ó del otro *género* de música en cuanto atañe á lo que me permito llamar el *pretexto* que los autores adoptan para dar suelta á sus inspiraciones. Pocos son, fuera de algunos técnicos ó pensadores, los que discuten preferencias teóricas entre el drama musical y el oratorio, entre la sinfonía y el género de cámara, entre la música religiosa y la profana, entre la vocal y la instrumental, entre la de «programa» y la «música pura», entre la temática y la de melodía libre, entre la sonata y el concierto... etc. Todo esto son, para la masa humana, cuestiones secundarias que no la preocupan. Para ella «tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux»; y el *genre ennuyeux* es, para cada uno, aquello *que no entiende*, por desacuerdo entre los medios usuales, personales y educativos de que dispone para la comprensión de las obras de arte, y los recursos admitidos ó inadmitidos, artificiales ó sinceros, viejos ó nuevos, de que el autor se haya valido para llevar su más ó menos acertado pensamiento al ánimo siempre predispuesto de sus oyentes.

Por lo que de veras riñen los bandos es *por ella*, por *la música*, por *lo que nos dice* y por *cómo* nos lo dice; no por el traje en que se presenta. Cuando ella es buena, ó nos parece tal porque se halla en concordancia con nuestro temperamento, con nuestra inteligencia, con nuestro espíritu y con nuestra cultura, tan intensamente gozamos con una danza como con un poema sinfónico, con una zarzuela como con una cantata, con un piano como con una orquesta, aunque cada género de manifestación afecte á un orden distinto de nuestras sensaciones, y con tal que nuestras facultades sensibles se hallen al alcance de los medios de expresión que el autor ha puesto en juego para impresionarlas. Profana ó sagrada, ópera ó zarzuela, sinfónica ó de cámara, con programa ó sin programa, wagneriana ó rossiniana, la música, ante todo, ha de conmovernos, y para conmovernos ha de hablarnos en un lenguaje á nuestro alcance, sea prosa ó verso, familiar ó académico, reglamentario ó libre. La música entra por los oídos, no por la vista. Sentimos su voz; no vemos sus formas ni su atavío.

Escribe el distinguido musicógrafo Calvocoressi:

«Sucede con la unidad temática de las obras lo mismo que con el «leit»motiv», con la música de programa, con la fuga, etc. Una partitura atestada de «leitmotiven» puede ser inferior á la más mediana de las óperas; »una obra «de programa» puede ser tan musical, tan emocional y tan espontánea como cualquiera «música pura»; una fuga puede contener mayores »bellezas melódicas que las inspiraciones menos severas de un fabricante de »óperas italianas. La forma cíclica de motivos no lleva en sí ninguna garantía de superioridad musical. Al contrario, y como todas las fórmulas y sistemas convenidos, ofrece el peligro de que se confundan los medios con el »fin, y se olvide que, cíclica ó no, el nacimiento de toda obra ha de tener »su origen en la inspiración».

Los procedimientos de construcción de una obra no la embellecen; la

belleza de una obra es la que hace interesantes sus procedimientos, sus detalles, la anatomía de la circulación vital por el organismo.

Por lo que de veras se riñen, pues, las batallas de la polémica, no siendo en el libro ó en el tratado que pocos leen, es por el *espíritu* de la música y del compositor, y por el *lenguaje* con que éste lo exterioriza. ¿Cuántos fueron, por ejemplo, los que discutieron con calor el carácter artístico, estético, de la reforma de Gluck? ¿Cuántos se preocuparon de si la sinfonía, el cuarteto y la sonata de Beethoven se ajustaban ó no al molde de la sinfonía, el cuarteto y la sonata de Haydn, y si en ellos se prescindía ó no de las fórmulas consagradas, y si se modificaban ó no los tiempos y sus nombres, los ritmos y las cadencias, los sistemas de desarrollo melódico y harmónico hasta entonces admitidos? ¿Cuántos son los que discuten, los que conocen siquiera, ó tan sólo procuran conocer, la índole fundamental estética de la revolución wagneriana? ¿Quién se percata de si buscaba Wagner sus asuntos en la historia ó en la novela, en la leyenda ó en el mito, en «lo convencional» ó en «lo puramente humano»? ¿Creéis, seguís creyendo que en la guerra contra Wagner se ha tenido en cuenta lo de los coros, lo del trato «instrumental» de las voces, lo de la interpretación «sinfónica» de los poemas... ni siquiera la supresión de las arias, romanzas, fermatas, fiorituras, bravuras y demás pamemas del italianismo expirante? Wagner era ya muy Wagner en *Lohengrin*, y *Lohengrin* triunfó desde el primer momento en todos los países de Europa, cuando el italianismo estaba arraigado en todos los rincones de la tierra, y no obstante el desprecio completo que en *Lohengrin* se hace ya de cuanto constituía las delicias de los italianistas.

No. Lo que en Beethoven y en Wagner se discutió por las masas no era otra cosa que *su música*, ó, en otras palabras, su lenguaje musical; ó en otras, su alma musical; su manera personal de concebir el arte y de utilizar todos sus recursos y secretos como medio, no de interpretar como en otros tiempos el pensamiento ajeno, sino de comunicar á la humanidad la expresión, la índole y la intensidad de su íntimo y propio pensamiento y de su propia, interna, anímica vitalidad. Las polémicas musicales pertenecen más al orden psicológico que al fisiológico, por más que exista un ancho «campo neutral» en que ambos conceptos se confunden. Para nada se inmiscuye en ellas la plástica. Y este aspecto psicológico es el único que debe abarcar quien busque para el problema del porvenir musical una solución más ó menos concreta.

Y nótese que cuanto voy discurriendo tiene también aplicación, más ó menos directa, á las artes en general. La música marcha por un camino paralelo al de sus hermanas, y sus tendencias del día son concéntricas con las de la poesía, la novela, la pintura, la escultura y hasta de la arquitectura. La marcha de todas ellas es la del espíritu humano, como que del espíritu humano son la manifestación sublime y bella; manifestación antaño *colectiva* y hogaño cada vez más individual y subjetiva. Lo exterior, lo convencional, era lo que antes se expresaba por medio de las Bellas Artes; los *pactos* mal-

ditos de que Wotan renegaba. Lo íntimo, lo instintivo, lo que el hombre siente en el fondo de su ser espiritual, la esencia humana, según cada artista la percibe, es lo que quieren expresar las artes del día. De aquí el concepto wagneriano de la música, que muchos llaman «el lenguaje del alma», coincidiendo con lo que Wagner ha expresado diciéndonos que la música es la manifestación de «lo puramente humano»; de cuanto en el hombre hay de secreto y de inconsciente, y sobrevive y permanece, á través de los siglos y por encima de las razas, de la historia, de las costumbres, de los gustos, de las modas y de las tiránicas convenciones.

Y no en otra cosa estriban la capital importancia de la obra de Beethoven y la razón de que se tenga por hijo musical de ese inmortal genio al genio, también imperecedero, de Ricardo Wagner. Beethoven, tan pronto como se emancipó de sus antecesores, «y de sí mismo» (evolución que casualmente —ó ¿quién sabe si fatalmente?—coincidió con la entrada del sigló XIX), llevó su música por este camino del subjetivismo, de la más absoluta independencia personal, aunque acaso lo hiciera inconscientemente, por puro genial instinto; sabido es que Beethoven no fué nunca un teórico, ni quiso serlo; era un espontáneo, en la significación completa de la palabra, y marchaba derecho, sin vacilar y casi sin raciocinar, por donde le impulsaba su potente vena creadora. Siguieron sus huellas las almas libres, profundas y poéticas de Franz Schubert y Roberto Schumann, y siguiólas también Wagner, avanzando más y más por la misma ruta, pero ya con plena conciencia, con todo conocimiento del derrotero y de las hermosas comarcas adonde conduce. Con Wagner marcharon también otros genios, ignorados casi hasta después de su muerte, y aún hoy discutidos, que se llamaron Héctor Berlioz, César Franck y Johannes Brahms; y en pos de Beethoven, Schubert, Schumann, Wagner, Berlioz, Franck y Brahms marchan los intelectuales de la música de nuestros días, hacia la hegemonía definitiva del espíritu sobre la materia. Utopia acaso; pero ¿dónde, si no allí, reside la suprema belleza?

Ésta es, consciente ó inconsciente, la orientación de las artes, y muy principalmente de la música, en el día de hoy. El artista, llámese músico, poeta, pintor ó escultor, tiende á reconcentrarse en su ser interno, y á hacer de su arte un vehículo, una válvula de desahogo, para lo más íntimo de su vida impalpable; para todo lo que de esperanza, de ilusión, de amor, de dolor, de desengaño, de lucha instintiva contra la muralla de las convenciones humanas se engendra indefinible y misterioso en aquella parte del espíritu en que palpa su contacto con lo supremo, en que siente su afinidad con lo eterno, con lo divino, con esa mayúscula verdad anhelada que todos perseguimos y que á todos se escapa, pero que en lo recóndito de nuestros seres nos es dado presentir en vagos ensueños, como estímulo y consuelo, como acicate al valor para que no sucumba el alma pensadora ante las implacables tiranías de la realidad. Para ello válese cada arte de los medios materiales de que dispone, y los medios de que dispone el arte de la música son, entre todos, los de

mayor alcance inmaterial, los que con mayor fuerza penetran en el mundo de lo indefinido y de lo indefinible, morada de las dichas más puras.

No quiere todo esto rebajar en un ápice el mérito de la música anterior á Beethoven. La música anterior á Beethoven—Palestrina, Bach, Haendel, Gluck, Haydn, Mozart,—música admirable y bellísima en su forma, en su fondo, en su esencia y en su ciencia, manaba del espíritu, de donde mana toda música elevada; pero de aquella otra parte del espíritu que, por decirlo así, se halla más próxima á la carne, y que con ella transige, como transigía el espíritu libre de Wotan con los pactos odiados. Manaba de lo inmaterial; pero llegaba al pentágrama, á través del cerebro, tamizado en grado mayor ó menor por convenciones escolásticas y por exigencias mundanas, aunque progresando de etapa en etapa y de genio en genio hacia su emancipación artística. Desde Beethoven data la música libre; el predominio, como dice Wagner, de lo humano puro y eterno sobre lo humano transitorio y superficial.

Tal es, en la música moderna, la tendencia que ven mis ojos, no sé si á través de algún enturbiado ambiente ó de alguna ilusión engañosa. Y de esta tendencia, cada vez más íntima y subjetiva, nacen las formas vagas, al pronto incomprensibles, de las composiciones contemporáneas, en las que la pura melodía es ya un medio pobre de expresión, y se busca en su auxilio, velándola con frecuencia (nunca, aunque otra cosa se diga, suprimiéndola) los infinitos y cada día más numerosos y varios recursos que la ciencia musical descubre en combinaciones elocuentísimas y encantadoras de harmonía, de contrapunto, de ritmos y de instrumentación. De esta tendencia, cada día más pronunciada, á prescindir, en beneficio de la personalidad, de las ya ineficaces fórmulas gramaticales y retóricas consagradas por el uso, nace la resistencia de las masas á entender, y más aún á buscar, en los nuevos giros de lenguaje que el alma inventa, la intención y el pensamiento del autor. Por lo común es lo conocido, lo convenido, lo repetido, lo que á las masas seduce y arrastra, lo que exime á la inteligencia de todo esfuerzo y se acomoda al trayecto anteriormente recorrido, sin imponer nuevas fatigas al viandante que se siente extenuado. Son siempre pocos los dispuestos al avance y numerosos los que se rezagan y protestan contra la actividad de los andarines de vanguardia. El pensamiento humano, cuanto más individual y menos vulgarizado, tarda más en penetrar en la inteligencia colectiva. De aquí las luchas de Gluck, Beethoven, Schumann, Wagner, Franck, Brahms.

Claro es y natural que esta tendencia no carezca de los inconvenientes propios á cuanto cae bajo el dominio del hombre. Así propenden algunos compositores del día al abuso del subjetivismo, y confunden el subjetivismo con la originalidad, y rebuscan la originalidad en la extravagancia, y se creen inspirados por una musa cuando sólo es la propia fatuidad quien les dicta inventos estrafalarios de melodía truncada y sin sentido, de modulaciones traídas por los cabellos, de ritmos y contrapuntos enrevesados y sin lógica,

de efectos instrumentales sin otra significación, intención y oportunidad que el capricho y la sorpresa. Estos compositores, sin talento verdadero y sin legítima personalidad, son los que llevan á la música, no por un camino, sino, como al principio dije, por atajos y por vericuetos inaccesibles á las más aptas inteligencias y al gusto de los espíritus elevados. Allá se las compongan ellos con las escabrosidades y las soledades de su impaciencia y de su impotencia, donde el mundo acaba por abandonarlos y olvidarlos, porque no conducen, sino que apartan de la meta á que lleva el camino real.

Por éste avanzan los genios verdaderos á la cabeza de la humanidad, que rezagada más ó menos y con protestas más ó menos ruidosas por la velocidad de la marcha, acaba siempre por seguirlos y aclamarlos.

J. FESSER.



APUNTES INTERNACIONALES

DEVOLUCIÓN DE BANDERAS

De las páginas sangrientas de la Historia americana, ninguna más roja que la de la guerra separatista de los Estados Unidos, ocurrida en los primeros cuatro años de la séptima década del siglo pasado. Como la del mundo, en cualquiera época que se la tome, la Historia de todo el continente americano mana sangre. Salvo escasas, y seguramente accidentales excepciones, los pueblos bárbaros ó salvajes que lo habitaban al tiempo del descubrimiento, no tenían más ocupación que el mutuo destrozo; la conquista y la colonización alteraron los elementos en juego con la intervención de los europeos y, más tarde, de los africanos, acentuando la nota sangrienta en la evolución de la vida. Los nuevos pobladores, en la parte Norte, hoy Canadá y Estados Unidos, llegaron hasta el exterminio total de los llamados aborígenes. Los conquistadores y colonizadores del resto del Continente, sin consumar idéntico extremo — tal vez no por mayor piedad ó altruísmo, sino por lo inmenso de la masa exterminanda,—también sacrificaron á los aborígenes con la tranquilidad de segadores en los campos otoñales.

Rojas son, en las arenas del tiempo, las huellas de Cortés y de De Soto, de Quesada y de Alvarado, de Pizarro y de Valdivia y de toda la fiera legión de conquistadores que sometió el Continente á la Corona de Castilla.

Tras el letargo colonial, no del todo exento de sangrientos conflictos, estalló, con las guerras de independencia, la época de revoluciones que ha perdurado hasta nuestros días. En su furor, los hombres no han dejado un rincón siquiera sin empaparlo en sangre. Ríos hay, y selvas y desiertos y empinadas cimas, olvidados de la Geografía, que sólo los han visto en la hora de la matanza.

En América, como en todas partes, van tintos en sangre en la memoria los pueblos los nombres venerados del culto nacional. Los héroes han de ıber sido guerreros, cualesquiera que puedan ser sus otros méritos. Así ʝsde Bolívar y San Martín, Hidalgo y Morazán, hasta Martí y sus compa- .eros.

La universalidad de este criterio, de rodillas ante la violencia vencedora, ᵘe á su vez es una síntesis del estado mental de la humanidad, demuestra

que nuestra ponderada civilización y nuestro cristianismo son tan sólo una aspiración y una mentira. Lo estamos viendo: es mostrando que puede matar hombres en forma y cantidad nunca vistas, como el Japón, hasta ayer inferior, ha logrado el respeto del Occidente cristiano y civilizado. En los campos de Liao-Yang y en las aguas de Puerto Arturo contemplan extáticos esos pueblos cristianos la más alta aplicación de las prácticas y sistemas que, á los veinte siglos de la muerte de Cristo, marcan el supremo límite de su evolución altruísta.

La guerra separatista de 1861 á 1864 en los Estados Unidos, aunque civil, ó sea entre dos facciones de un mismo pueblo, presenta caracteres como de contienda internacional. Fué de una sección del país contra la otra, con límites tan definidos como las fronteras de dos naciones vecinas. La causa inicial había venido desarrollándose como un fermento homicida con el organismo nacional. El Sur preconizaba la conservación y el ensanche de la esclavitud del negro; el Norte pedía su abolición. Prendido el incendio, la causa inicial quedó envuelta en las amplísimas dimensiones que adquirió la contienda complejas é indefinibles. Se luchaba por el suelo propio y, como tantas veces, bajo el nombre de Patria y por ella, mataron y murieron los hombres en defensa de una abominable iniquidad.

Entre los convencionalismos amparadores de los abusos tradicionales, está el de que al soldado — suponiéndolo consciente, como casi nunca lo es — no se le exige, pero ni aún se le tolera, que analice y que escoja. Basta para honrar su lucha por la tiranía, por el despojo ó por la infamia, el hecho de que sepa morir. Es un honor convencional, contrario á la razón, que fomentan los explotadores de sus semejantes, sean ellos — los explotadores — burgueses codiciosos y cobardes, iglesias ávidas é insaciables, castas privilegiadas engreídas y libertinas, plutocracias implacables y sórdidas ó tronos ó gobiernos, generalmente supremos organizadores y beneficiarios de la trágica y eterna farsa, del despojo y la opresión.

Cuando los soldados piensen y analicen con criterio imparcial de justicia — día tan lejano que á él no llegan los más osados vuelos de la esperanza, — la humanidad habrá empezado á poder soñar con la libertad.

Desde la batalla de Bullrun hasta la de Appomatox, en que Lee rindió su espada, transcurrieron cuatro años rojos de cóleras y odios. Triunfó el Norte; el Sur heroico, pálido, como cuerpo exangüe, sufrió la ley del vencedor, y la nación, soldadas sus partes en la fragua de la guerra, empezó su nueva vida.

Cuarenta años han pasado desde entonces. La gran mayoría de los combatientes que sobrevivieron á la lucha, ya se han reunido á los que cayeron en el fragor de los combates. En el espíritu de los pocos que de ese tiempo aún viven, de los que ardieron en sus pasiones, los años, bálsamo de toda herida, han amortiguado los rencores y confundido los recuerdos en bienhechora vaguedad.

Los niños de esos días recuerdan salvas lejanas de cañones y clamoreo de campanas, ecos de descargas, rugir de muchedumbre, clarines, atambores y piafar de caballos; y recuerdan á sus madres taciturnas y tristes en velaínterminable junto á las cunas; y otros las ven pálidas, enlutadas, con nieves prematuras en las sienes, que murmuran el nombre del padre, apenas recordado, en día borroso, cubierto el pecho de galones, arrastrando un sable y repartiendo abrazos y caricias en pechos trémulos y rostros bañados por el llanto.

Para todas las demás generaciones venidas en cada año sucesivo, como las mieses á los campos, la guerra ha venido siendo una tradición cada vez menos íntima. La prosperidad de la nación unificada ha acelerado el olvido. Como en los campos martirizados y desnudos después del combate, volvieron las flores y la hierba en la primavera, así volvió, tras larga ausencia, la concordia á las conciencias.

Sólo una cosa faltaba. El Norte conservaba, como trofeo de victoria, las banderas tomadas al Sur; por reciente disposición unánime del Congreso Nacional, esas banderas serán devueltas al Sur.

Ha sido preciso el soplo de cuarenta años para aventar y disipar en el espacio las últimas chispas de esa hoguera. Y, á pesar de eso, tenidas en cuenta todas las circunstancias, el hecho no tiene precedente en la historia, y señala un progreso positivo, no menos importante por realizarse entre las secciones de una misma nación, ya que son los odios de familia los más implacables de todos los odios.

La retención de las banderas significaba un resto de fuego en el rescoldo.

De cuantos símbolos ha creado el hombre, ninguno más excelso y comprensivo que la bandera; como en él se condensan y sintetizan el pasado, el presente y el futuro del pueblo como nación, como que por él se muere y se mata, y se sufre y se llora, las banderas están consagradas, en el sacrificio de las batallas y después, con sangre de hombre y llanto de mujer, licores preciosos de vida.

En medio de la prosa y faena de la existencia, traen un aliento de poesía al espíritu. Las muchedumbres se descubren á su paso; ellas son las primeras que se columbran en el alto gallardete del barco —pedazo de la patria— que vuelve al puerto patrio, y las últimas en desaparecer cuando el barco se va tras el confín del horizonte. Son algo insospechable; ahuyentan todo escepticismo; ante su culto no hay ateos.

Son esos simbolos del viejo Sur vencido los que el nuevo Norte devuelve. Es un grande acontecimiento simbólico, digno de predilecta atención. Es un hermoso ejemplo.

Los hechos simbólicos no pueden verse con ojos de la carne. Pero son más reales para la vida histórica que los que se desarrollan en campos ó en ciudades.

Ante el espíritu nacional, las banderas libertadas adelantan, sostenidas

por manos invisibles, como bandadas de águilas, hacia las nativas breñas.

Un hálito de la vieja guerra estremece, pero no en rencor, los corazones.

Van las banderas en marcha triunfal; recorren los campamentos, los cementerios, los campos de batalla. Á su paso hay una resurrección. De todos los confines del país vienen á su encuentro, salidos de las sombras, los viejos regimientos y escuadrones; la guerra se reconstituye, los ejércitos se reintegran. Van con ellos sus jefes: Grant, Lee, Stonewall-Jackson, Sheridan y cien más; ya marchan á través de las llanuras de Georgia, ya vadean el Potomac ó cruzan el Missisippi, ya serpean al pie de las serranías, desenvolviéndose como las roscas relucientes de un gran boa; y de Gettysburg, y de Vicksburg, y de Richmond, y de mil campos más, vencedores y vencidos les salen al paso; y en los valles se alzan las ciudades temblorosas de tiendas de lona, blancas como palomas y migratorias como palomas y como tropas en campaña. Y todos, vencedores y vencidos, presentan las armas á los jirones ahumados por la pólvora y acribillados por la brisa de metralla. Y resuena un grito como de victoria, que repercute en las conciencias de los vivos...

La visión se disipa, tornan los muertos á las sombras, las banderas vuelven á sus hogares, y de la guerra lejana, á través de las generaciones, ha brotado, como el manantial por la grieta de la roca, un sentimiento de unión y de concordia.

S. PÉREZ TRIANA.

Madrid, Marzo 1905.



GRANDES FIGURAS

EL GENERAL WEYLER

No interesa, de ordinario, conocer la vida de los hombres notables, hasta aquel período de ella en que comienzan á influir en la de su patria, bien sea por los cargos elevados que alcanzan debidos á mérito positivo ó á combinación de éste con la fortuna, bien por la acción extraoficial que ejercen nacida de la madurez de su talento ó de la temprana energía y brillantez de su genio. Y lo que ven con más gusto los contemporáneos de un estadista, de un general, de un inventor eminente, en las páginas que sobre ellos se escriben, no son los pormenores, y los juicios definitivos, que corresponden al total proceso de la Historia. Cuando en el camino que conduce á las cumbres de la reputación y de la fama han avanzado trecho considerable, distanciándose de los que lo emprendieron en la mañana del mismo día, iluminados y alentados por los resplandores de la misma aurora, entonces es cuando llaman verdaderamente la atención de sus contemporáneos y cuando ofrecen á la pluma del escritor, ó al pincel del retratista, asunto en que ejercitarse.

No es esto negar, ni desconocer, que la vista experimentada del hombre de genio puede, por la doble virtualidad de la experiencia y de la fuerza ingénita de su pensamiento, descubrir en la manifestación de los primeros frutos, los que han de esperarse en la época del desarrollo y la madurez de las facultades individuales. Por eso sin duda, nuestro gran prosista y pensador Saavedra Fajardo puso al frente de sus celebradas *Empresas políticas* aquella cuna donde aparece Hércules destrozando con sus manecillas de niño las serpientes que le acometían, y anunciando así los arduos empeños de que podría triunfar en el porvenir, manejando la pesada clava.

Realmente, en nadie menos que en el general cuyo nombre encabeza este artículo tiene esto último confirmación. La primera vez que allá en plena juventud llamó mi atención el nombre de Weyler, no era éste todavía marqués de Tenerife, era teniente general, capitán general de Canarias, el más joven quizá de todos los que figuraban en el ejército español con esa alta categoría. ¿Quién era aquel soldado que todavía representaba en su breve per-

sona menos años de los que tenía? ¿Alguna hechura del favor, algún éxito del parentesco ó de la intriga? No sabía yo entonces que el joven general que no habría podido servir de gastador en los regimientos que mandara, y menos todavía habría podido utilizarlo César para las fiestas de gladiadores con que divertía á los quirites y patricios, era exclusivamente hijo de sus obras, y protegido cuando más de la fortuna, no de allegados solícitos, ni deudos poderosos.

Lo que después ha sido, es ahora y pueda ser en lo porvenir, nadie lo hubiera sospechado al verlo de muchacho en la Academia militar de Toledo, reducido á uno de tantos, con grado más ó grado menos de aplicación, ni después de salir de alférez, en la de Estado Mayor de Madrid, donde no hizo otra cosa de notable que ponerse á la cabeza de su promoción. Ni siquiera este pequeño éxito de alumno se podía aguardar de sus modestas exterioridades, que sin duda encubrían una inteligencia clara y una voluntad perseverante.

Á casualidad debe también atribuirse el que fuese el único, ó por lo menos el primero, que al verse con sus dos codiciadas estrellas de teniente y la honrosa faja azul que tanto halaga á las almas jóvenes que la ciñen, pidiese y obtuviese su pase á Ultramar, ocupando un puesto á la sazón vacante. No se tenía entonces por muy regalada la vida en las Antillas, sobre todo para los que disponían de escaso dinero, y buena ó mala, poco le duró la que hiciera en Cuba á la sombra de la paz. La guerra de Santo Domingo pedía soldados, pedía militares españoles para devorarlos rápidamente, para cebarse en ellos insaciable, sin provecho ni gloria para la patria. Ante estos recuerdos hay que desechar la tentación de juzgar la política colonial fracasada, en este punto, del general O'Donnell y su Gobierno, tan fecunda y gloriosamente sostenida, por lo demás, en aquella labor dilatada de cinco años en que rigió á España.

Y fué Weyler á Santo Domingo, como fueron otros muchos oficiales españoles que no volvieron, y que indudablemente con mejor suerte ante los rigores mortales del clima y de las balas habrían emulado á éste y procurado á la patria y á las armas españolas días de gloria. Pone espanto lo ocurrido en Santo Domingo desde que estalló la sublevación hasta el abandono de la isla. Jamás España se impuso una mayor prodigalidad de vidas. Los datos de entonces pueden servir para establecer comparaciones consoladoras con lo sucedido en materia de higiene y salubridad del soldado en las últimas guerras coloniales.

«Las bajas producidas en los cuerpos por las enfermedades endémicas y por las epidemias que se desarrollaron, alcanzaron pronto cifras aterradoras y jamás conocidas en ejército alguno. El regimiento de infantería de Nápoles, que salió de Cuba en Septiembre de 1863, completándose en Santo Domingo hasta alcanzar la fuerza de 1.400 hombres, tuvo en siete meses un total de 871 bajas definitivas, de las cuales fueron 601 fallecidos, 186 inútiles y 84

cumplidos, y los restantes 529 hombres aparecían más de la mitad enfermos en los campamentos ó embarcados con destino á los hospitales de Cuba.»

En presencia de este espectáculo, en medio de estos desastres cuyos peligros afrontaba como todos, aunque con más fortuna que tantos otros, hizo Weyler sus prácticas de campaña, su aprendizaje de las guerras coloniales. ¿Qué tiene, pues, de extraño que en esta dura escuela de privaciones y penalidades aprendiese á conocer las necesidades verdaderas del soldado y adquiriese su espíritu esa frialdad, esa impasibilidad mejor dicho, que no le abandona entre los estragos y crueldades de la guerra, y que se le ha imputado como una falta?

Resultaría largo en demasía este bosquejo si hubiese de seguirle paso á paso en su carrera. Desde los comienzos de ella hasta que la paz interior y exterior se restableció, para encontrar á Weyler había que buscarle en campaña. Allí donde sonaba ruido de armas y de guerra, allí indudablemente estaba él. Unos diez años duró la primera guerra de Cuba, y casi por completo los pasó en la isla mandando tropas y ganándose ya, el aborrecimiento temeroso de los enemigos de España, y el cariño y la confianza de los peninsulares. La guerra carlista proporcionó ocasiones á su energía y á su diligencia donde manifestarse, y mandando fuerzas considerables se encontraba cuando Martínez Campos se pronunció por la Restauración, á la cual no contribuyó negándose á sublevar sus soldados; no obstante que el espíritu de la casi totalidad del ejército y del país deseaba la proclamación de Alfonso XII, como único medio de que España recobrase su perdido centro de gravedad. Aunque la negativa de Weyler no pudo dejar un grato recuerdo en el ánimo de Martínez Campos, tan poderoso después, la Restauración utilizó sus servicios hasta la terminación de la guerra en el Centro y Cataluña.

La paz, que debilita á los ejércitos, y aun á los pueblos, según opinión atrevida de un antiguo estadista inglés, confió á los generales de nuestras guerras esos mandos en que felizmente no hay ni laureles ni sangre. Varios desempeñó Weyler hasta que fué nombrado para el gobierno de Filipinas. Ni sumariamente relataré los críticos momentos en que llegó, la rapidez con que fué sofocado un primer movimiento separatista, los aciertos de su administración fundados en las aplicaciones del buen sentido, y aquella expedición á la gran isla de Mindanao, ocupada por la indócil é irreducible gente mora, en que realizó una doble obra de conquista y de exploración, dejando puestos los jalones para expediciones futuras. ¿Qué nos importan ya las Islas Filipinas? Sobre todas esas cosas publicó un interesante libro el escritor ilustre que tantos ha producido sobre asuntos del Archipiélago, el Sr. Retana, cuya pluma infatigable hace olvidar el mérito de aquellos trabajos con los lauros que otros nuevos le proporcionan.

Durante las dictaduras militares que ocuparon casi todo el reinado de Doña Isabel II era muy difícil que los generales españoles se substrajesen á las influencias de la política, y viviesen completamente alejados de ella, sin contribuir á los éxitos de los partidos y al propio encumbramiento personal con sus servicios, no siempre acomodados á los preceptos y á la moral de las Ordenanzas. Cuando los triunfos de la fuerza, recibidos unas veces como triunfos de la libertad, y otras como triunfos salvadores de la paz pública, se sucedían en larga serie, y los aumentos personales con su ejemplo sugestivo quebrantaban los principios de la lealtad, buscando en un patriotismo acomodaticio la justificación y disculpa de ilusiones sinceramente abrigadas, ó de ambiciones egoístas, ¿qué extraño puede parecer que el mal existiera y que el remedio se haya logrado paulatinamente, como la desaparición de las epidemias que nunca cesan de pronto?

No es mi ánimo excusar de toda culpa á los militares que hicieron por largo tiempo este país el país de los pronunciamientos; pero sería injusto juzgar á los hombres, militares y civiles, del reinado de Doña Isabel, en que estaban por realizarse muchas cosas que ya para siempre tenemos, con el criterio que aplicamos ahora para juzgar de los hombres y las cosas presentes. Cada tiempo tiene sus necesidades, y la opinión de cada tiempo tiene asimismo su código y su balanza para distribuir el vituperio ó el galardón. Es indudable que, desde la aparición de Don Alfonso XII en el trono de España, nuestro ejército se desvió de los antiguos derroteros; las aspiraciones se moralizaron, por decirlo así, ciñéndose á buscar entre los linderos de lo justo, subordinadas á la disciplina, la satisfacción apetecida. Ved la diferencia entre una época y otra. Aun hay gentes que pueden certificar de ello. Cuando corría la noticia de que una fuerza militar se pronunciaba, media España se indignaba ante el acto faccioso, mientras la otra media aplaudía y cifraba en el triunfo de los rebeldes sus esperanzas todas. ¿Se concibe que pueda suceder hoy cosa parecida? En el mundo militar, todo el mundo lo sabe. El que, aparte otras circunstancias que lo impiden, sacara una fuerza sublevada de los cuarteles, sería execrado, sin que lazos de amistad ó compañerismo, ni vínculo alguno, pudiese librarlo del aislamiento de toda simpatía, y del más infamante desvío.

La situación, en este concepto tan ventajosa, que ha alcanzado nuestro Ejército, no se debe sólo á que las aspiraciones algo confusamente abrigadas en la España del pasado siglo estén ya realizadas é incorporadas á nuestras leyes en forma concreta y definida. Esa es, sin duda, una de las causas que han producido tal efecto. Pero no puede negarse que otra de las principales está en que la jefatura del Ejército ha recaído de hecho y de derecho en el Monarca, dentro siempre de las líneas constitucionales. ¡El amor á la bandera, el amor á la Patria! Sentimientos sublimes y fundamentales en toda grande colectividad armada. Pero al lado de esto, y concertándose y robusteciéndose con esto, y algunas veces en la Historia por encima de esto mismo, está

la sugestión del Jefe, el amor al Jefe, la confianza ilimitada en él, sobre todo si es un Jefe triunfador y glorioso.

Y este renacimiento de la moral disciplinaria en el Ejército da al de nuestra época una superioridad evidente sobre el Ejército de la pasada y larga época revolucionaria. Pocos van siendo ya los generales españoles que han tomado no menos parte en revueltas que en guerras; aunque más escasean todavía los que, habiendo alcanzado los turbulentos días de la infancia constitucional de España, ó del tránsito de las vagas ideas liberales á las concretas ideas democráticas, no agraviaron en alguna ocasión, y de algún modo, las Ordenanzas. Al número de estos pocos pertenece sin duda el general Weyler. «Yo he tenido la fortuna, dice él, de no haberme sublevado nunca.» — Si este hombre tuviese la más leve afición al énfasis, que no la tiene, podría aplicar gran cantidad de esa droga retórica á esta frase, tan sencilla en sus labios, como arrogante por el contenido. Pero la dice con tan suave y natural entonación, que no entraña realmente censura ni molestia para nadie. Á fortuna lo atribuye y hace bien, porque no parece verosímil que los vientos mudos y los rumores subterráneos que preceden á los movimientos revolucionarios no hayan llegado hasta él, procurando sumarlo en el torbellino. Pero sea esa circunstancia debida sólo á la fortuna, como él supone, ó á deliberados aciertos, es lo indudable que le da mayor autoridad para imponer la disciplina, así en el orden militar como en el orden político.

No es extraño, pues, que cuando el principio de autoridad aparece desacatado ó seriamente comprometido, los que á todo otro beneficio político prefieren el de la paz pública, que en todo tiempo constituyen la inmensa mayoría de las familias españolas, vuelvan la vista al general Weyler; ni es poca fortuna que el concepto que de sus condiciones se tiene, ya sea por la apreciación exacta de ellas ó porque se vean acompañadas de la leyenda, que suele producir en los ánimos el mismo efecto que la realidad, se le considere como una reserva para trances difíciles, en que no es probable, pero sí posible, que se vean los Poderes públicos. Hasta ahora, la libertad constitucional y la Monarquía le han tenido, por igual, á su devoción y servicio. Y es seguro que en este punto (en cuanto puede juzgarse del porvenir de los hombres por su pasado) jamás cambiará de pensamiento.

Puede ser que todos los cargos militares que ha desempeñado el general Weyler, antes de ir á Barcelona á reemplazar al inolvidable Martínez Campos, le hayan sido confiados por iniciativa de los ministros de la Guerra, de acuerdo con el interesado: esto parece que es lo corriente en los altos servicios de la milicia, especialmente en tiempo de paz. Pero es indudable que cuando fué nombrado para el mando militar de Cataluña, el Gobierno no hizo más que aceptar la designación hecha de antemano con rara unanimi-

dad por la opinión pública, acentuada en Barcelona con intensidad proporcionada á las vivas inquietudes que los recientes horrores del anarquismo inspiraban. ¿Qué sucedió después? Lo que más se podía desear, aun por los propios catalanes: que no sucediese nada.

Á partir de aquellos días, el anarquismo desapareció de la superficie social. No digo que muriese, que se extinguiese para siempre y por completo. Los brazos ejecutores de sus injustas y bárbaras sentencias se sintieron heridos de parálisis. Entre tanto, ninguna amenaza, ningún resorte extraordinario de los que actúan sobre la imaginación y la voluntad de los buenos y de los malos, puso en juego Weyler para alentar á unos y amedrentar á otros. Ninguna precaución fué tomada para garantir su persona, ni aquellas otras que le inspiraban tanto amor como la suya propia, de los riesgos que poco antes habían hecho presa en la de su antecesor. Este desdén sereno del peligro reaccionó en el pueblo barcelonés, pueblo viril, cuyos desmayos son siempre pasajeros; este desdén, fundado, sin duda, en la confianza que tenía en la gran masa de la población catalana, y en la certidumbre ó, mejor dicho, en el convencimiento profundo que todo el mundo abrigaba allí, de que este hombre en el trato particular tan llano, tan afable, tan poco amigo de polémicas y de frases retumbantes, no tiene vacilaciones ni blanduras en el cumplimiento del deber.

Por aquel entonces, no recuerdo bien la fecha, sufrió el general Weyler una desgracia de familia. Vino con este motivo á Madrid, donde residía parte de la suya. Cánovas, á la sazón presidente del Consejo de Ministros, no fué á darle personalmente el pésame. No es extraño: los que no tienen hijos, sospecho yo que no conocen el inmenso dolor que será perderlos. Pero coincidió en Barcelona con la ausencia de Weyler algún síntoma grave de alteración del orden público. Se hablaba ya de separatismo. El Presidente comisionó al Sr. Cos-Gayón (de honrada memoria) para decirle que se asociaba á su duelo, y preguntarle si podría volver en seguida á Cataluña, dado que la situación lo reclamase. «Dígale usted al Presidente que me iré esta misma tarde si es preciso; pero, si tengo que sacar las tropas á la calle, cuente con que no han de disparar al aire.» No era esto ciertamente manifestar deseos de sacarlas, sino notificar á su interlocutor el propósito de mantener el orden á todo trance; estando explicada y justificada la dureza de la frase, que me refirió el propio Sr. Cos-Gayón, por lo extraordinario de la situación de Barcelona.

Y en cambio, siendo el general Weyler ministro de la Guerra, daba un día cuenta en las Cortes de las fuerzas que enviaba al general Bargés para reprimir la desordenada y agresiva huelga general que estalló en la provincia de Barcelona, y principalmente en la capital. Todas sus palabras estuvieron animadas de un grande espíritu de prudencia. Una huelga no es, en efecto, una revolución. La síntesis de cuanto dijo fué asegurar que disponía de medios sobrados para imponer el orden, y que era partidario de acumular me-

fuerzas de las necesarias para no tener que utilizarlas; porque en tales casos, el verdadero éxito, la verdadera gloria, consiste en vencer al enemigo causándole el menor daño posible. Confieso que en mi calidad de oyente quedé un poco sorprendido, y algunos fieros burgueses quizá habrían quedado defraudados y preguntando si era aquél el Weyler de la leyenda, el hombre calificado de cruel, el militar codicioso de sangre en los combates.

Admitiendo como cierta y merecida esta reputación, que arranca, sin duda, del período de la primera campaña de Cuba, en que el General en Jefe ordenó á los de las columnas responder con la guerra sin cuartel á la igual que hacían los insurrectos á nuestros soldados, siempre resultará que entre ella y el espíritu profundamente humano y patriótico de las palabras á que he aludido, hay aquella diferencia de criterio que debe existir para pelear contra el enemigo de la nación, y para reprimir al compatriota, que no aspira á dejar de serlo, y está en rebeldía contra el orden público. En la verdadera guerra, en la guerra entre fuerzas regulares y beligerantes, hay que matar al enemigo sin previo aviso, antes de que el enemigo le mate á uno; y dejando sensiblerías á un lado, todo el que ha sabido hacer la guerra la ha hecho así. La estratagema, la emboscada, las astucias para poder batir al desprevenido y al confiado, la privación de las subsistencias y hasta del agua, todo menos exterminar al que se rinde, y no aplica á su vez el exterminio á los rendidos, todo es lícito, y tanto más glorioso cuanto más eficaz resulte.

Mas en los graves pleitos que, en pueblos como el español, no acabados de educar para la vida moderna, promueven los intereses y las pasiones; en los conflictos que nacen de ellos y toman la forma de resistencias agresivas contra la Ley, la represión y la fuerza deben aplicarse con lealtad, con benignidad, con la moderación que sea compatible con la eficacia que se busca, impuesta por un deber imperioso. Es indudable que las rebeldías y alteraciones contra el orden público se alientan de la debilidad que atribuyen al poder, y de la impunidad ó leve quebranto que esperan de la lucha; y por eso aquel gobernante, de quien menos se prometen tales ventajas, será el más á propósito para mantener la paz y restablecer la confianza.

¿Qué otra cosa sino la confirmación de esto hemos visto dos veces en mandos ejercidos por el general Weyler? Si después de la desgracia ocurrida al general Martínez Campos no hubiese ido á Cataluña Weyler, precedido como de una vanguardia por su reputación de inflexible severidad, acaso no habría sido allí tan rápida y segura la vuelta á la normalidad del espíritu público. Otro ejemplo ofrecen las ruidosas algaradas ocurridas en Madrid al verificarse el casamiento de la Princesa de Asturias. Resistió entonces el general Weyler cuanto pudo él encargarse de reprimirlas. Acaso no les atribuía bastante intensidad para creerse obligado á intervenir. Mas las circunstancias se complicaron pudiendo nacer de ellas conflictos graves para el Gobierno, y al fin cedió al impulso de altas consideraciones. Un bando en las esquinas fué mano de santo para apaciguar y dispersar á los revoltosos. Ni siquiera un corto nú-

mero de insensatos ó temerarios se resistió á la obediencia. Pero aquel bando estaba dictado por el general Weyler. Indudablemente, la eficacia que tuvo dependió tanto, y quizá más que de su contenido, del nombre que lo encabezaba.

La opinión que había indicado á Weyler para el mando de Cataluña, lo indicó también para Cuba, en reemplazo del mismo general Martínez Campos. La historia de España en aquel período, no se puede hacer todavía. Las causas de la poca fortuna del otras veces venturoso general Campos, no es ésta ocasión de investigarlas; basta ahora con consignar los principales hechos.

La insurrección, en vez de amenguarse, se había extendido como niebla pestilencial por toda la isla. Los peninsulares, nervio de la riqueza y del poderío español, habían perdido la confianza en el gobernador general, sin dejar de respetar su honrada y noble figura. La violencia que había tomado la guerra reclamaba un caudillo que contestara á ella, identificado con los ardientes deseos de la población española y del ejército. Y por eso, si aquí á Weyler se le designaba para aquel mando, allí se le aguardaba con impaciencia, bien revelada en el entusiasmo con que fué recibido, igual al sentimiento de contrariedad con que veinte meses después se le vió partir.

Al desembarcar Weyler en Cuba, la insurrección se enseñoreaba en la isla de cuanto no estaba ocupado militarmente. En los campos, las columnas no podían dar un paso sin descubiertas, sin flanqueos, sin precauciones que previniesen los ataques por la espalda. Desde las azoteas de la Habana llegaron á verse las luminarias de incendios ocasionados por los insurrectos; así se declaró por entonces en pleno Congreso de los Diputados por quien tenía que saberlo. Numerosos jefes prestigiosos alentaban y dirigían el separatismo, no sólo al frente de las partidas, sino allegando recursos que la poderosa nación yankee les facilitaba con mano pródiga, exenta de todo disimulo y pudor internacional. Aquí en la Península se discutía la guerra con el mismo desenfado que podría aplicarse á la que sostuvieron los ingleses en la Zululandia. Reveláronse entonces, entre nosotros, héroes de pluma y tácticos de afición, en abundancia. Hasta hubo la desgracia, nacida de una malísima tendencia no corregida todavía, de que nuestros hombres políticos no se mostrasen imitadores de la conducta seguida por los políticos ingleses en casos análogos; por esos admirables patriotas que no creen exclusivamente depositado en sus manos el acierto para el bien público; que no creen que, en todo momento, sus manos sean los únicos cuernos de la abundancia por donde la prosperidad llegue á la nación británica. Recuerdo á este propósito las palabras de Lord Rossevery sobre la guerra del Transvaal, promovida por sus adversarios políticos, y de la cual no era partidario. «No hay que discutir esta cuestión, dijo, hasta que, mediante el triunfo, todos los ministros se hayan cubierto de gloria».

Y como la índole y naturaleza de la guerra impedía que se pudiera terminar en grandes combates ó batallas campales, se fueron logrando las ventajas lentamente, pacientemente, sin el consuelo de proclamar todos los éxitos para no escandalizar la pulcra conciencia del vecino pueblo norteamericano, indiferente á todo linaje de horrores en su gran guerra de secesión, y en la de Cuba sensible y dolorido, como doncella sin mancha y sin hiel, ante el castigo de incendiarios y otros parecidos criminales.

No sé cómo los técnicos y los críticos militares que no hayan asistido á la guerra de Cuba la habrán juzgado. Una sola guerra análoga ha habido después. La de los ingleses en el África del Sur, en que una metrópoli poderosísima luchaba contra un beligerante pequeño, y que sólo recibía de las potencias europeas auxilios espirituales, poco eficaces siempre para lograr el triunfo y sólo útiles entonces, á lo sumo, para consolar el alma mística y atribulada del venerable presidente Kruger. Y sin duda no parecería á los generales ingleses tan abominable el sistema aplicado por Weyler, cuando lo aplicaron también como medio de lograr, aunque afanosamente, la victoria definitiva. Tan afanosa fué para Inglaterra aquella lucha, que á partir de las guerras napoleónicas, en casi un siglo transcurrido, no se había visto en más apretado empeño. De esto dará aproximada idea la siguiente declaración presentada al Parlamento inglés por uno de los ministros, el 31 de Enero de 1902, al pedir un nuevo crédito para atender á los gastos de la campaña. «Los créditos de guerra en el ejercicio de 1901 á 1902 se elevarán á 61 millones de libras esterlinas (2.013 millones de pesetas al cambio de ahora). El ejército del África del Sur se componía el año anterior de 250.000 hombres. En dicho año hubo necesidad de comprar mensualmente con destino á aquél 24.000 caballos. En la actualidad el Gobierno tiene que alimentar á 280.000 soldados, 208.000 caballos, 30.000 vacas, 27.000 prisioneros y 150.000 personas que hay en los campos de concentración.» No hay que olvidar que estos campos constituyeron un importante complemento del sistema de guerra empleado primero por los ingleses, introducido creo por el general Kitschener. Ni hay que olvidar tampoco que en el ejercicio anterior, y en el siguiente, el de 1902, los gastos fueron de 63 millones de libras, y de otra cantidad casi igual, respectivamente.

Por lo demás, ¡cuánto más modestas no son las cifras que marcan nuestra situación militar en Cuba! En Marzo de 1897, aun incluyendo unos 5.000 hombres de Guardia civil, todos los demás cuerpos sumaban con ellos una fuerza de 163.000 soldados, teniendo sólo 10.300 caballos y 5.500 acémilas. Hasta la indicada fecha habían causado á la insurrección 21.962 bajas, en las cuales figuraban 14.332 muertos en combate, siendo 218 jefes de todas categorías, que eran el nervio de la guerra, y que al faltar la dejaron en desamparo. El escaso número de prisioneros, reducido á 34 cabecillas y 979 insurrectos, revela el encarnizamiento de la lucha. Las enfermedades habían hecho también en el enemigo irreparables estragos; y como los ejércitos que

no tienen reemplazos al fin se extinguen, la causa separatista se vió perdida, sin otra sombra de vitalidad que la conservada por Calixto García en Santiago de Cuba, provincia vasta y despoblada que se disponía á invadir Weyler con fuerzas considerables procedentes de las provincias pacificadas, cuando el cambio de Gobierno en la Península y el cambio radical de política que se iba á ensayar, le hicieron volver á España.

Más afortunado fué que el noble general Blanco; más, sin duda, que el famoso Espartero y los demás capitulados de Ayacucho; y en nación condenada por su misma grandeza á perder tantas colonias, más que todos los que un día plegaron en ellas la bandera española, para que se formaran otras muchas naciones nuevas, que hoy nos halagan y se complacen llamándose hispano-americanas.

No existe ya odiosidad entre cubanos y españoles. Lo que haya de fraternal entre ellos por ley de la Historia y de la sangre, irá manifestándose cada día con mayor relieve, hasta hacer pronto olvidar la derramada en los campos fértiles de la Isla, donde continuará la fecunda labor emprendida por nosotros y vigorizada ahora á la sombra de la paz.

Indudablemente el general Weyler es un hombre menos político que soldado; mucho menos político que Narváez, que O'Donnell, que Prim, y aun que otros que alcanzaron menos nombradía que éstos, cuyas figuras, realmente grandes, tienen ya, como las montañas contempladas desde lejos, un atractivo singular.

No se puede suponer que el general Weyler disimule ambiciones políticas, acariciadas en el fondo de su espíritu, como creyeron sin duda los que, recién venido de Cuba, lo vigilaban muertos de miedo, temiendo quizá que pudiera hacer con ellos lo que merecían. Aunque tiene un puesto permanente en las Cortes desde que el insigne Cánovas le procuró una senaduría vitalicia, aunque ha sido ministro y figura en la fuerza parlamentaria acaudillada por el ilustre Sr. Montero Ríos, nada hace sospechar, ni en sus palabras ni en sus actos, que tenga mayores aspiraciones, en ese orden, de las ya satisfechas. Si hubiera sentido el fuego, la alta temperatura del espíritu que convierte los deseos en aspiraciones ambiciosas, no le han faltado ocasiones para testimoniarlo. Pero parece, por el contrario, que en vez de estar tocado de la inquietud enfermiza y codiciosa por el poder, tan frecuente y extendida entre nuestros políticos, verdadera calamidad que abrevia y esteriliza la acción de los Gobiernos, tiene de estas cosas un concepto más inspirado en el patriotismo que en la ambición de poder ó de mando; aunque, como afiliado á un partido, traslade á las relaciones de la política el hábito y el precepto de la subordinación militar, quizá en demasía.

Pocos hombres han tenido ocasión tan propicia, como la que él tuvo cuan-

do regresó de Cuba, para hacerse temible ó necesario y procurarse en las vivas simpatías del pueblo y del ejército una influencia decisiva en la marcha y combinaciones futuras de la política. Sin que yo sepa ni quiera averiguar la causa, paréceme que el general Weyler inspiraba mayor entusiasmo á los soldados y á los jefes y subalternos que los mandaban, que á las altas jerarquías del ejército que habían quedado por acá. Era lo que se llama un hombre popular, un hombre prestigioso entre esas clases. Nada debe esto sorprender, pues es sabido que pocas veces se siente entusiasmo por los iguales, y no es poca fortuna el merecerles siquiera justicia.

Recuerdo, á propósito de esto, unas palabras del ilustre é inolvidable duque de Tetuán, que reflejan su juicio en aquellos momentos sobre Weyler: «En un principio, yo no era partidario del sistema de guerra empleado por el general Weyler en Cuba; pero me convencí de que no era posible emplear otro para vencer». «Weyler es hoy el general de más prestigio en el ejército.» «El general Weyler no tiene el alto sentido de la política.» Esta última afirmación no es ciertamente muy apologética; pero como en este mundo el que no se consuela es un tonto, pueden consolarse los entusiastas ciegos del general considerando, que el desfavor que la referida frase encierra, haría más estragos en un político que en un militar.

Lo indudable es que, á pesar del grande y merecido concepto que el general Weyler tenía de aquel estadista, no apreciaban las circunstancias políticas, ni el papel que á cada uno le estaba reservado, de idéntica manera.

Por eso el general pudo ser ministro con el Sr. Sagasta, y llevar á cabo tantos y tantos actos de justicia y tantas disposiciones útiles para el ejército.

Por lo pronto, y no obstante las caricias halagadoras de la opinión, y la adhesión de sus compañeros de guerra en la manigua, cuyas delicias no debían ser iguales á las de Capua, no demostró en el descanso de la guerra más cualidad que una, bien modesta por cierto: la paciencia. La paciencia para sufrir las infundadas desconfianzas del elemento oficial; la paciencia para aguantar sin enojo ni ira, por lo menos aparente, las injusticias innecesarias de aquellos malaventurados que, ciñendo faja sin haber sido verdaderos soldados nunca, llegaron á formarle una sumaria y á aplicarle, á su arribo á España, antes de que pisara esta tierra amada, un indigno sistema de inquisitoria policíaca; la paciencia para presenciar cómo á despecho del ejército, y quizá porque llegaba el instante de que tuviera definitivo cumplimiento una ley de la Historia, la guerra fué una desventura continuada desde que dejaron de intervenir en ella él y Azcárraga; la paciencia, aunque llevada con sumo gusto en este caso, hasta para devolver personalmente las mil y pico de tarjetas que los oficiales y jefes residentes en Madrid le dejaron en su casa para darle la bienvenida, y acaso como protesta muda del injusto trato de que oficialmente era objeto.

Tiene una singular paciencia hasta para soportar afable, casi sonriente, toda clase de pequeñas coutrariedades y molestias, aun las que producen los

insectos sociales. Si vale poner aquí un poco de humorismo, diré que así «al pulga atrevida, como la mosca porfiada», ó el tabano zumbón y monótono, los sufre con la misma impasibilidad de ánimo ó, por lo menos de semblante, que si fuesen inofensivas y pintadas mariposas, ó pájaros de pico armonioso. Al verlo en ocasiones, sobre todo en tiempos ya pasados, diríase que este hombre no tiene noción ninguna de la escala zoológica. Pero no hay que fiarse. Aunque la vida constante en los cuarteles y los campamentos no sea la más adecuada para adquirir familiaridad con Buffon y con Cuvier, allá en el fondo de su espíritu sospecho que es un excelente clasificador de vertebrados y coleópteros. También sospecho que el lector me dispensará de la prueba de este jovial aserto.

El navegador más hábil que han tenido las aguas, con tanta frecuencia agitadas y sin transparencia de la política española, ha sido el Sr. Sagasta, de perdurable memoria. Al reaparecer en el Gobierno después de los desastres coloniales realizando el milagro de que su popularidad no sucumbiera con ellos, le vimos acompañado del general Weyler como ministro de la Guerra. Ésta es una satisfacción que se le da por los mismos que lo relevaron de Cuba, se decía entonces. Yo creo que aunque no fuese tal la intención deliberada del Sr. Sagasta, el nombramiento de Weyler resultó una satisfacción dada al ejército todo que peleó en la Isla; y fácilmente se podía comprender, aun por los menos avisados que el Sr. Sagasta, que el nuevo ministro había de procurar, dentro de sus facultades, rectificar y subsanar, como lo hizo, toda pretensión ú olvido impuestos á los militares procedentes de Ultramar. Y lo que hacía Weyler como ministro, evidente es que lo aprobaba, con participación inevitable del aplauso ó censura que mereciera, todo el Ministerio de que formaba parte. Si fué conveniencia política, á ambos alcanzó. Si fué reconciliación, no pudo ser más honrada y sincera por ambos personajes.

A partir de aquella fecha, el presidente asoció al ministro de la Guerra á todos los actos trascendentales de su política; ejemplo de esto, el programa convenido con los señores Vega de Armijo, Moret y Canalejas, que tuvo la cooperación de Weyler; y éste, por su parte, ayudó al Sr. Sagasta con la mayor decisión, sin vacilaciones ni tibieza, aun en aquellos días en que la vida del anciano y venerable presidente parecía terminar su ocaso. Á un político que le hablaba de aquella eventualidad, que demasiado pronto llegó, le atajó el general con su habitual optimismo, diciéndole: «Se le embalsama y que siga de presidente».

Esto por lo que hace á la política. En su ramo, Weyler procuró introducir mejoras para el ejército, valiéndose de la *Gaceta* ó acudiendo á las Cortes, según los casos. Las disposiciones relativas al clero castrense, á la rotación

de mandos y al matrimonio de los subalternos, recibido primero con sorpresa y aplaudido después casi con unanimidad, son muestras de su labor extraparlamentaria. Para lo que había de ser materia legislativa, siguió una táctica llena de prudencia, en que atendía más al éxito que al brillo de su gestión. No quiso aparecer con la fecundidad del Sr. Camacho, que presentó un día veinticuatro proyectos de ley sobre Hacienda, ni siquiera con la poco menor del ilustre general Linares, que llevó al Congreso diez y siete, en poco menos ó poco más de setenta y dos horas. Weyler dosificaba más moderadamente la tarea reformadora que confiaba á los Cuerpos Colegisladores; y á fin de que la obra que se lograse salvar de las dilaciones parlamentarias tuviese condiciones de duración, y no fuese un fruto jacobino y efímero, procuraba que los diversos partidos estuviesen representados en las Comisiones. En ellas manifestábase transigente, como si quisiera facilitar el éxito y asegurar la permanencia de los proyectos, sacrificando á ambos propósitos todo lo que en aquéllos no fuese fundamental.

El relativo á la *zona militar de costas y fronteras*, el que tenía por objeto la *reorganización del Cuerpo de Administración militar* con la saludable separación *del personal administrativo* y *el de intervención;* el que establecía *la penalidad para los militares que se casaran sin Real licencia*, que era complemento y confirmación del decreto sobre matrimonios; el que marcó las *condiciones* y *pruebas de aptitud que debían exigirse á los segundos tenientes procedentes de la clase de sargentos* que pelearon en Ultramar; el encaminado á *reducir la enorme excedencia de jefes y oficiales* que se produjo por la guerra y por la desaparición de los ejércitos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que en poco tiempo dió por resultado el retiro de 4.765 jefes y oficiales; el que reformó el *art. 8.º de la Ley constitutiva;* el que se proponía *reorganizar la Escuela Superior de Guerra*, á fin de crear un personal de Estado Mayor de condiciones relevantes, y quizá con la tendencia, muy arraigada en Weyler, de que en el ejército pueda haber generales jóvenes, ó no abrumados por la vejez; el de *reemplazos* é *instrucción militar obligatoria*, en que campeaba el democrático anhelo de imponer á todos los ciudadanos esta necesaria obligación, armonizándola con las exigencias de clase y demás circunstancias de nuestro actual estado social.

Un hombre tan ejecutivo y de diligencia tan probada como Weyler, debe dolerse, más que quien no tenga estas cualidades, de la marcha perezosa que aun los asuntos de gran interés para el país suelen llevar en el Parlamento, esterilizando las iniciativas más acertadas. De esos proyectos, unos salieron, y otros fueron sorprendidos por la crisis del Ministerio Sagasta.

Al discutirse la ley fijando las fuerzas del Ejército para 1901, así como en otros debates sobre sucesos inopinados, el general Weyler tuvo ocasión de hacer algunas manifestaciones que revelan y afirman su personalidad militar. Con la sobriedad de frase propia de los hombres de acción, sin recrearse en lo sonoro de las palabras ni emitirlas con grave solemnidad, acompañadas de acompasados movimientos, no menos solemnes y graves, ni simular

emociones ni entusiasmos que, no estando muy justificados, resultan más teatrales que parlamentarios, con llaneza, con lisura y, sobre todo, con sinceridad, exponía sus ideas sobre cosas fundamentales para la guerra y para el orden público. Dos veces tuvo que contestar palabras del Sr. Romero Robledo: el gran campeón de la tribuna excitaba á la represión de manifestaciones separatistas en Barcelona. El ministro contestó sencillamente: «Haré todo lo posible para que no se repitan actos desagradables y para que en todas partes no se grite más que ¡Viva España!»

En un pueblo de Galicia hubo un motín, en que los soldados agredidos hicieron uso de las armas. El Sr. Romero Robledo: «La patria no da el fusil á los hijos que arranca de su hogar para que vayan á matar mujeres y niños». El general Weyler: «No se ha matado ninguna mujer ni ningún niño». El Sr. Romero Robledo: «Pero hay un muerto, pero hay mujeres heridas». El general Weyler: «¡Estaría bonito que la tropa se dejara apedrear!» Y al contestarle después, repetía: «Lo que S. S. me pide ya lo tengo hecho. ¿Qué más puedo hacer que nombrar un juez especial? Permitir que la tropa sea apedreada, no lo toleraré jamás; antes abandonaría este sitio». *(Aplausos, muy bien.)*

En otro debate decía: «Entre soldados y material de guerra, preferiría ahora el material. Nueve millones de pesetas he pedido para artillería, que es lo que permiten los actuales recursos del Presupuesto. El personal, mejor ó peor, se puede tener en poco tiempo; pero el material de artillería no se improvisa». Esto explica el interés que dedicaba á la fábrica de fusiles de Oviedo y á la de cañones de Trubia. Y ponía término á aquel debate diciendo estas prudentes y consoladoras palabras: «No estamos tan mal como algunos se figuran. No tengo los pesimismos que tienen otros. Á mí, afortunadamente, la fe y la esperanza nunca me abandonan, y creo que ambas son de absoluta necesidad para cualquiera empresa que pueda sobrevenir».

«Teniendo ya preparada la opinión, como parece que lo está, para facilitarle al ejército lo que le haga falta, creo que en pocos años, poniendo de nuestra parte todo lo que sea posible, lo tendremos en las condiciones debidas. Lo que también hay que hacer, es dar al país explicaciones, para que sepa en qué invierte el ejército las cantidades que se le facilitan; y eso es lo que he procurado hacer en el Congreso.» *(Muy bien, muy bien.)*

Aunque el general Weyler se preocupe ahora, como ya hemos indicado que se ha preocupado siempre, más de los asuntos militares que de los meramente políticos, no podrá substraerse á las demandas y á la influencia que se derivan de los problemas nacidos del giro que van tomando las ideas y intereses en todo el mundo. Lo que ha sido inevitable en todas partes, ¿cómo no había de serlo entre nosotros? Vamos más despacio que otros pueblos.

verdad, y aun sucede que en la marcha y desarrollo de la actividad social y política, los efectos se distancian á veces mucho de las causas que los producen, ó que poderosamente contribuyen á impulsarlos. Desde el momento en que el sufragio ha dicho á la muchedumbre de los ciudadanos que su voto es necesario para la gobernación del Estado, se ha ido produciendo, con lógica inevitable, un nuevo poder, cuyas aspiraciones no pueden alimentarse de lo incorpóreo, y que buscan para satisfacerse ventajas positivas, ventajas materiales. Les ha bastado á los muchos contarse á la luz del día para comprender y mostrar todo el alcance de su fuerza. De aquí nacen peligros y conflictos, más ó menos graves, distintos de los que surgían cuando se organizaron los actuales Poderes públicos, en que todo estaba reducido, para los gobiernos, á defenderse de las conspiraciones. Su acción tiene que ser ahora más previsora, más elástica, más humana.

La vida internacional ha cambiado también mucho. La de cada estado es cada día menos indiferente á los demás. Aquel abandono del principio de intervención, que parecía proclamado en Europa, cuando Bélgica luchaba por constituirse en la forma que actualmente conserva, es hoy negado con ejemplos repetidos en ambos continentes. La difusión de los intereses industriales y comerciales de unas naciones en otras, y singularmente de las ricas y poderosas en las más atrasadas y más débiles, obliga á éstas, en cuyo caso está España, á ganar la confianza y el respeto internacionales, fundamentando bien la seguridad de la paz pública y la consistencia de las relaciones exteriores.

Y si dejamos este orden de ideas para contemplar otros aspectos de la actividad y la vida nacionales, adonde quiera que volvamos la vista encontramos elementos nuevos, desviaciones más ó menos pronunciadas de cosas, de formas y de impulsiones antiguas. En las bellas artes, en las letras, en la esfera especulativa, se acusa un poderoso movimiento evolucionista, un modernismo, si se quiere llamar así, cuya fuerza hay que reconocer, aunque no se deba considerar como triunfo total y definitivo de un nuevo progreso, sobre lo que está reputado por clásico y permanente, por inseparable de la humanidad y la civilización. Y en medio de este hervor, de este estado de ebullición que ha debilitado y disuelto tantas cosas, y que por todas partes se nota con actividad que no parece satisfecha todavía, una institución ha vivido en nuestra patria, coexistiendo con este nuevo ambiente, sin merma ni quebranto alguno, y habiendo salido de pruebas terribles y crisis agudas, menos discutida y más prestigiosa cada día: la Monarquía constitucional.

Es indudable, además, que los partidos políticos, organismos hasta ahora necesarios al funcionamiento de esa institución, han gobernado el país sin tanta fortuna y acierto como la opinión demandaba y sin poder descargar su responsabilidad en la existencia de camarillas palaciegas, lepra de que ha estado limpia la Corona desde la Restauración acá. Y á la hora presente, el estado y la organización que tienen las fuerzas políticas militantes que go-

biernan y han de gobernar al país, tampoco es para que éste, lastimado y receloso, aguarde un porvenir de mayores y más seguras bienandanzas, huérfanas ya como están de las jefaturas del Sr. Cánovas y del Sr. Sagasta, que, aun no reconociéndoles otro mérito, servían para dar unidad y cohesión á sus huestes, evitando el peligro de que la lucha política degenerase en lucha de facciones. Por lo que hace al actual partido liberal, no ha pasado todavía por la prueba difícil del Poder, lo cual puede ser fuente de esperanzas; y la de que sea fecundo su Gobierno, puede fundarse en las aptitudes de sus hombres y en el concurso que presten á la experiencia suma, al gran discernimiento y á la serena energía de carácter del Sr. Montero Ríos, para realizar una política sinceramente española y contemporánea, dentro de su programa democrático.

Y si todo esto se considera, y se añade á ello que el Ejército vive en un apartamiento saludable de la política de partido, lo que necesariamente lo liga más al Jefe del Estado, viendo en él garantías de justicia, de mejoramiento y de fortaleza para la institución armada; si la nación ve en el Trono que durante setenta años fué ocupado, con el solo paréntesis del breve paso de Alfonso XII, por dos reinas, una de ellas destronada y la otra más feliz en concepto de Regente, á un Monarca joven, vivaz, con la cualidad sugestiva para nuestro pueblo de estar más necesitado de freno que de espuela, en cuanto atañe á peligros ó quebrantos para su persona, de carácter animoso y definido y educado en el conocimiento de la vida europea, ¿qué tiene de particular que la opinión fluctuante, no afiliada á los partidos, crea que este Rey, este representante perpetuo del pueblo merece tanta confianza, por lo menos, como nosotros los representantes amovibles? ¿Qué tiene de extraño que se haya pronunciado la palabra *poder personal?*

No hago más que consignar los hechos, investigando el motivo de esa frase tan alarmante y de tan poco peligro. Ninguna otra causa puede atribuírsele. Es más, el suponer que representa una aspiración nacida en el juvenil ánimo del Rey, sería una injusticia, y no una ofensa, porque las ofensas como las injurias no tienen jamás alcance para llegar tan alto y pierden su fuerza en el camino; de igual modo que el combatirla si pudiera sospecharse que la insinúa alguna inspiración extraña, sería meritorio y patriótico en sumo grado.

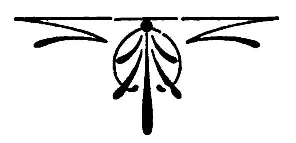
No hay, pues, que temer que la pureza del régimen constitucional sea alterada. Los grandes testimonios de adhesión tributados al Monarca al visitar los pueblos, no pueden tomarse por invitaciones á realizar novedades de esa monta. Pero si no se concibe que en el ánimo de príncipes ni de ciudadanos se les atribuya ese alcance, tampoco se concibe en el estado actual de la política interior y exterior que el Soberano haya de ser un eterno pupilo, un mero y dócil maniquí, sin otra misión que la de conocer y cuando más reflejar, como cristal azogado, ideas ajenas, presenciando impasible las venturas ó los males de la patria.

Esta opinión está abonada, no ya por el ejemplo de los grandes Monarcas constitucionales de Europa, sino por el de los Presidentes de las grandes Repúblicas. ¿Hay en todo esto contradicción, hay un conflicto entre el derecho y la imperiosa realidad? Sin duda que no. Lo que acaso haya, en relación con lo demás que queda expuesto, es el beneficioso resultado de aquella costumbre iniciada, no sin grave objeto, por Cánovas (de gloriosa memoria) y seguida por él, por Sagasta y por los demás jefes de Gobierno, de que el Soberano presidiera cada semana un Consejo de Ministros, equivalente á una cátedra de alta política, preparatoria sin duda para las altas funciones de la realeza; lo que hay es que el Rey inspira á la Nación una confianza de que todos los monárquicos deben congratularse, paralela por lo menos á la que inspiran los partidos; lo que hay es que el Ejército, cuya jefatura de hecho compartían antiguamente ó detentaban generales afortunados en guerras ó en revueltas, no está ya al servicio de las facciones, sino al servicio de la Patria mediante su adhesión al Rey, como representante perpetuo que es de la Patria misma; lo que hay es la necesidad inevitable, por la marcha de los tiempos y las cosas, de que la relación entre la Corona y los consejeros responsables tenga más elasticidad, más holgura, mayor compenetración.

Todo esto salta á la vista; todo esto lo ve todo el mundo, y con mayor motivo lo verán los expertos hombres políticos; siendo creíble que también lo ve y lo considera el general Weyler, singularmente ahora que vive libre de afanes y obligaciones oficiales, dedicando sus ratos de ocio al recreo fortaleciente de la equitación, arte noble de que es entusiasta, y en la cual ejerce sin duda el *campeonato*, entre sus compañeros de clase y jerarquía.

ARCADIO RODA.

Mayo de 1905.



LA VIDA LITERARIA

D. JUAN VALERA

I.—Consideraciones generales.

Hay dos clases de espíritus en literatura, como en todo arte: los románticos y los que no lo son. Yo comprendo en esta amplia clasificación, no una escuela determinada, floreciendo en tal ó cual época, bajo tales y cuales circunstancias, sino una idiosincrasia peculiar, una organización mental que no admite confusiones. Con razón los románticos del año 1830 reivindicaban para sí á los grandes artistas de otras épocas: Dante, Shakespeare, Calderón. Y aún era limitada su leva: en el deseo de incorporar á sus filas las personalidades más salientes, los más trompeteados nombres, olvidaban una turba innúmera de grandes artistas que fueron románticos. Porque, lo repito, yo no llamo romántico al que escribió versos desde 1820 á 1860; llamo romántico al atormentado, al inquieto, al espíritu que no busca en la Naturaleza la realización de sus bellas concepciones, sino en el alma. Por eso creo que la mejor definición del romanticismo, la que no lo circunscribe á una escuela, la que no lo restringe á una época, es aquella de Hegel: «*El espíritu que encuentra en sí mismo lo que antes buscaba en el mundo sensible*» (1). Los contemporáneos de Hugo no hicieron más que proclamar esta verdad, que diez y ocho siglos tácitamente habían reconocido. El romanticismo no fué ni más ni menos que una nueva facultad superpuesta á todas las que ya componían el espíritu humano: la facultad de observarse á sí mismo. Facultad que las preside á todas y que, si un tiempo estuvo enmohecida, fué por incuria de casi todos, no por miopía de algunos. Shakespeare, Calderón, todos los grandes ejercieron ya esta facultad. Pero érales más cómodo á los espíritus medianos, y aun á los de un nivel superior, proseguir con poesías conceptistas ó dialécticas ó mitológicas, lo más socorrido—al terminar las cuales no se pudiese saber á punto fijo si aquello era obra de un habitante de regiones siderales ó de un mortal

(1) Conviéneme hacer notar que yo no amo la *Estética* de Hegel, donde acaso lo único bueno es esta definición; jamás se ha dado una con tanto acierto.

de este bajo mundo, con todas sus miserias y sus grandezas. La cuestión era decir en estrofas retóricas cosas que no removían el fondo del espíritu humano: todo con una serenidad asquerosamente helénica. Algunos llaman á eso el arte eterno; ¡cuitados! El arte eterno será siempre el arte que se dirige á las almas y que de las almas habla — de las almas con todas sus ruindades y todas sus exaltaciones. Sí; en último término, este tan deprimido corazón humano, donde muchos adivinan cavernosas regiones, es acaso el único estudio digno del artista. *The proper study of mankind is man* (1), como decía el viejo y clasicote Pope, que, por su parte, no se aplicó mucho á estudiar el alma con preferencia á los poemas didácticos. La Naturaleza ¡bella cosa!, pero sólo á título de curiosidad. Los grandes artistas han sido los que estudiaron al hombre, á este pobre y ultrajado hombre. El alma es la inagotable cantera. Todos los artistas prominentes han sido grandes psicólogos. Me voy distrayendo.

***

Quería decir que para mí no hay en literatura más que dos géneros: el clásico, que llaman «el arte eterno» con un énfasis repugnante todos los jóvenes imberbes en cuanto sienten flujos de verborrea pagana; y el romántico, el arte de la humanidad de todos los siglos, de la humanidad que sufre y siente. Por una regla que sólo se infringe en algunos grandes espíritus (Eurípides, por ejemplo, que fué un gran romántico, el primero quizás), todos los románticos han sido cristianos — es decir, espiritualistas, adoradores de la espiritualidad más que del color y de la línea; — los clásicos, por el contrario, han solido fijarse más en un torso bien contorneado ó en dos estrofas bien rimadas que en un estado de alma.

Suele ocurrir también que estos espíritus serenos, clásicos, como se les llama por universal convención, son *hombres de libros;* quiero decir hombres que sirven más para la crítica, para el estudio, si acaso para la observación; en resumen, para todo lo que sea *objetividad;* á diferencia de los espíritus agitados, románticos, que son *hombres de hombres*, hombres para estudiar las pasiones, los estados psíquicos, para la introspección; en suma, para todo lo que sea *subjetividad.* Rara vez confluyen estas dos características espirituales, porque, efectivamente, parecen repugnarse: cuando esto ocurre surgen las ma-

---

(2) *Essay on Man.* Goethe decía también que «el hombre es propiamente el único objeto que interesa al hombre». Véase á Carlyle, *Sartor Resartus*, lib. I, cap. XI. Yo diría con gusto que aquí el hombre debe estudiarse en la parte espiritual y no en la bestia que dentro de él habita y en que se han fijado con preferencia los naturalistas *enragés*, como si el mundo sólo girase alrededor de la matriz. Así corregiría la frase del autor inglés: *The proper study of men is human soul.* El que no esté conforme con esto último, que se atenga á lo otro, *é tutti giocondi*, para no decir *contentti*, — como los que han oído la frase en un acto de opereta.

ravillosas constituciones mentales que tan de tarde en tarde nos es dado admirar; esos hombres, mezcla de cerebralismo (intelectualismo) y cordialismo (sentimentalismo), que lo mismo conciben un sistema de derecho político ó resumen las modernas teorías criminológicas, que describen las más finas torturas de un alma ó traducen al lenguaje literario las más sutiles sensaciones artísticas (1). Algo de esta peculiar conformación espiritual le había tocado en suerte á D. Juan Valera, aunque en el fondo permaneciera siempre clásico, *objetivista*, y nunca hubiera podido llegar á la altura de los grandes románticos: Byron, Flaubert, Shakespeare, Balzac, etc.

II.—El clasicismo de Valera.

En la dedicatoria al duque de Rivas, de sus *Estudios críticos sobre la literatura, política y costumbres de nuestros días,* Valera, llorando, con esa elegancia de sentimiento que le caracterizó siempre, y que es como el romanticismo de salón, aquel tiempo pasado, en que ser revolucionario era de buen tono, y no ser liberal era ser mal católico, porque lo eran «las princesas, las damas aristocráticas, sobre todo las más jóvenes, las más bonitas y las más elegantes», hace esta confesión preciosa, que excusa á su biógrafo y á su crítico de muchas disquisiciones y conjeturas: «Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo, había sido yo *romántico,* sino *clásico,* á mi manera; manera por cierto harto diferente del pseudo-clasicismo francés, introducido en España por Durán y los Moratines (2). Yo era adorador de la

(1) Casos de esta contextura mental recuerdo ahora pocos: pudieran citarse como tales á Constant, Eça de Queiroz, Novalis, *Clarín, Azorín,* etc.

(2) No obstante, se aproxima mucho su rumbo literario al del autor de *La Mojigata;* pues si es cierto que no profesa tan fervorosamente el didactismo de Moratín y la ceguedad provocada por la preceptiva en punto á la crítica de obras románticas (supuesto que Valera ha ensalzado en varios pasajes del libro citado obras furibundamente románticas, como las de Espronceda y Byron é incidentalmente el *Prometeo* de Esquilo y las epopeyas indias, aunque también asome el dómine á lo Moratín en el juicio harto despiadado sobre Víctor Hugo, expuesto aquí y en la 1.ª serie de las *Cartas americanas),* exagera, en cambio, si cabe, aquel aliño literario del autor del *Sí de las niñas,* aquella mesura, aquella corrección; todo el armazón mental que constituía la característica de ambos. Aun cuando habla en cierto modo desde un punto de vista romántico, no deja de dar su consabido toque clásico. Por ejemplo, escribe: «Hasta hace pocos años la crítica *ilustrada* afirmaba que casi toda literatura era bárbara é insufrible, salvo en los cuatro siglos de Pericles, Augusto, León X y Luis XIV, á los cuales corresponden las cuatro *Poéticas* de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau. Ahora hemos venido á dar *en el extremo contrario.* El *Mahabarata,* el *Ramayana,* los *Edas* y el *Nibelungenlied* parecen á muchos *mejor* que la *Eneida,* y el *Minnegesang* mejor que las odas de Píndaro y del Venusino». Aquí se ve al hom

forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento rítmico, pueril y afectado; yo era fervoroso creyente en los misterios del estilo; en aquella sencillez y pureza por donde el estilo realza las ideas y los sentimientos y pone en la escritura, con encanto indestructible, toda la mente y todo el corazón de los autores». Y agrega que estas creencias literarias se fortificaron con el estudio de la literatura italiana y el de la griega, «que antes sólo conocía por traducciones». Sí; fué siempre griego, fué un *gran pagano*, como Goethe; y esto se nota á través de todas las indecisiones y velaturas semicristianas con que quiere engañarse á sí mismo, y acaso engañar al público español. En vano es que, hablando de las lecciones sobre el cristianismo de Castelar y del *Ensayo sobre el liberalismo*, de Donoso, haga profesiones de fe cristiana; todo en vano. Cuando defiende la mitología, en gallarda polémica con un incógnito; cuando recomienda, como Horacio, acudir á las fuentes griegas:

...exemplaria græca
nocturnâ versate manu, versate diurnâ;

cuando sostiene que el cristianismo no es un motor ni propulsor directo del progreso, é invoca como testimonio la civilización griega, que tanto le atraía—por no haberse sabido libertar del prejuicio helénico, que coarta tantas inteligencias y rompe las alas á tantos espíritus que, de otra manera, hubieran volado sobre las alas de piedra de la catedral gótica,—se ve en él al hombre, no sólo de educación griega, sino de conformación griega.



Hay dos especies de clasicismo: uno que pudiéramos llamar *de preceptiva* y otro *de mentalidad*. Clasicismo de preceptiva viene á ser aquel modo de crítica estética en que todo se supedita á la regularidad, al buen gusto, á lo que

---

bre que quiere hacer concesiones al espíritu de su tiempo y no puede, porque se pondría en flagrante contradicción, no tanto con sus doctrinas como con su contextura mental, y así se salva con los eufemismos de *crítica ilustrada* y con las ironías del *extremo contrario* y demás, hasta que perdida la paciencia, en el párrafo siguiente, sale á relucir el clasicote inexorable, el feroz preceptista que se revuelve contra esa que á él le parece corrupción del gusto y dice: «Ha habido y hay renacimiento universal y cosmopolita. Pero ¿no recela usted que tanta novedad nos deslumbre y atolondre? ¿No podemos decir, citando lo del antiguo romance,

con la grande polvareda
perdimos á Don Beltrane?

Y este Don Beltrán, en el caso presente, ¿no será quizás el sentido común ó, mejor dicho, el recto y reposado juicio?» (*Cartas americanas*, 1.ª serie, *Sobre Víctor Hugo*, 27 de Febrero de 1888.)

quisiera yo denominar *simetría intelectual*. Nada de lo extravagante, de lo caprichoso, de lo romántico: se aspira al arte de la serenidad y del reposo. Por extraños rodeos este arte viene á parar siempre en una afectación retórica, empalagosa é insoportable. Se sacrifica todo á la mesura y al concepto. Este arte es un mal, y hasta principios del siglo XIX ha sido un mal endémico; afortunadamente, los admirables facultativos del romanticismo contribuyeron á extirparlo: todavía después reapareció (en el parnasianismo de Heredia y de Dierx) y volverá sin duda á reaparecer esporádicamente. Debemos poner todos nuestros entusiasmos y nuestros esfuerzos en secar su raíz.

El otro clasicismo, el *de mentalidad*, si no tan extendido y tan perjudicial, no es menos erróneo. Consiste en sobreponer á todo otro intento artístico el delirio pagano, la obsesión del helenismo, la enfermedad griega; en creer que de los antiguos y exclusivamente de ellos nos viene la luz; en no ver civilización superior á la del siglo de Pericles; en loar, vocear, pregonar, ensalzar y fastidiar con la eterna serenidad y juventud helénicas (1) y con que de los

---

(1) Me reservo para un trabajo completo, documentado y serio exponer mis dudas sobre esta cuestión que, planteada así, podría denominarse: *La superstición griega* ó la enfermedad del helenismo, padecida por casi todos los poetas y hasta por muchos filósofos de nuestra época. Me irrita de tal manera esta asquerosa idolatría á lo que ellos llaman *la alegría helénica*, que necesito desahogarme en un prolijo volumen. Por de pronto indicaré un notabilísimo trabajo muy reciente que hace transmutar muchas de las opiniones comúnmente recibidas acerca de la civilización helénica. Se trata de un excelente artículo titulado: *Leben und Tod in der Auffassung der Alten* (Vida y muerte según el concepto de los antiguos); publicado en la revista de Berlín: *Preussische Jahrbücher* (volumen CXX, fascículo 1.º), y cuyo autor es el Dr. Salinger. El erudito pensador que firma ese estudio (que recomiendo á los jóvenes neo-paganos que nos aturden los oídos con aquello de la tristeza cristiana y la alegría griega y nos cantan las estrofas, tan bien rimadas como disparatadas de fondo, que componen *La risa de Grecia* de nuestro gran poeta Salvador Rueda) demuestra en él — y yo resumo sus exposiciones — que esa concepción tan cara á Goethe de la antigüedad, y particularmente del helenismo, como de una alegre juventud del género humano, está muy lejos de corresponder á la realidad. Federico Nietzsche, en un tiempo adorador fanático de la serenidad antigua, mudó después radicalmente de opinión á este propósito, y una autoridad de primer orden en ese género de estudios, Jacobo Burckhardt, en su obra póstuma *Griechische Kulturgeschichte*, expone, como profundo conocedor, el íntimo malestar del helenismo y la plaga siempre sangrante en el corazón de la vida antigua. El concepto de un hado cruel é ineluctable, de una maldición primordial (πρώταρχος ἄτη; véase á Esquilo, *Agamenon*, 1115) que pesa sobre la vida humana, siempre retorna, como un doloroso *leitmotiv*, [illegible] literatura greco-romana, desde los más remotos comienzos hasta los últimos [illegible] mentos de la edad imperial, desde Homero hasta los últimos poetas del perío[illegible] jandrino, desde Herodoto y Teognides á Séneca y Plinio. Y el colmo de la sabi[illegible] paréceles á los antiguos una gélida resignación desesperada, que mal se en[illegible] bajo el *carpe diem* de Horacio ó el *indulge genio* de Persio. Al alma griega le [illegible]

griegos debemos aprender todo lo bueno de que queramos vanagloriarnos. Este delirio pagano que renace en todos los jóvenes casi invariablemente, esta babosa y molesta adoración de las obras maestras clásicas sólo porque son clásicas (cuando, si la *Eneida* y las *Odas* de Horacio son admirables, es porque lo mismo hubieran podido escribirse en nuestros días), lo expresó muy acertadamente Andrés Chenier, que era un fanático de todo lo antiguo, cuando dice en su *Commentaire sur Malherbe:* « Aun cuando bosquejamos cuadros y caracteres modernos; de Homero, de Virgilio, de Plutarco, de Tácito, de Sófocles, de Esquilo, es de quienes debemos aprender á escribirlos ». Si de la obsesión de lo antiguo se dejó arrastrar Valera casi siempre, y así resulta clásico de conformación mental, también es á ratos el otro clasicismo, el de preceptiva—cosa ya más grave,—el que se impone en la obra de Valera; de manera que se trata de ser clásico, no ya á la manera de Goethe—que al fin es un artista antes que nada,—sino á la de Boileau ó de Hermosilla, que son preceptores y nada más (no confundirlos con el inconmensurable Horacio, que es un maestro del lenguaje y del ritmo además de ser un pensador y un poeta). ¡Ah! Si sólo se tratase de hacer versos antiguos sobre pensamientos nuevos, como recomendaba el mismo Chenier:

Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques...

Pero lo más abominable es que se quiere imponer, en estos tiempos de neopaganismo, no la estética, sino la ideología antigua, y darnos como *summum* de toda sabiduría la inmunda obscenidad de una hetaira ateniense, y como *summum* de toda belleza la repulsiva desnudez de una ninfa. Se llega á decir,

---

fe en un principio soberanamente bueno que tenga la virtud de vencer el destino y se consume en la vana tentativa de hacer surgir el consuelo de la contemplación pasiva del destino mismo. La expresión más aguda del pesimismo antiguo está acaso contenida en estas palabras del *Mito dionisiaco* (tan cacareado por Nietzsche y sus odiosos discípulos y fundamental en la religión y en la cultura helénica): « ¡Oh criaturas de un día, hijas de un demonio maligno! ¿Por qué me obligáis á revelar lo que sería mejor para vosotros no saber? Menos miserable es la existencia para quien no conoce la extensión de sus males. Sabedlo: la mejor cosa para el hombre sería no haber nacido ». De aquí á Job y al Eclesiastes me parece que no hay un solo paso: pero con la diferencia de que éstos nos dejan la esperanza de otra vida mejor y los griegos nos ponen frente á frente el Destino fiero é ineludible. Pero veo que me voy extendiendo; y no es aquí donde quiero desarrollar mis opiniones, que sin duda tienen algo de originales; por eso cierro este paréntesis erudito, advirtiendo que esa respuesta del Sileno constituye un tema favorito de la poesía griega (en Teógnides, Sófocles y Eurípides, entre otros); por consiguiente, la *alegría antigua* que pretenden r[e]staurarnos los insufribles neopaganos con su odio franco — que data de Goethe — á la cruz del Galileo y al sombrío Jesús, como dicen ellos, es una leyenda, un espejismo para iludir á las inteligencias inexpertas.

como Shelley, faltando abiertamente á todas las reglas de honradez intelectual y de decoro crítico, que «de ninguna otra época en la historia de nuestra especie, tenemos recuerdos y fragmentos sellados tan visiblemente con la imagen de la divinidad en el hombre». (*Defensa de la Poesía*, 26.)

***

No fué, sin embargo, de esta nota pagana de la que más abusó Valera en sus obras, quizá por determinadas circunstancias de lugar y de tiempo. En él imperó sobre todo el clasicismo de preceptiva, más desagradable aún (porque, al menos, el clasicismo de mentalidad, que se reduce á un paganismo imposible en nuestra época, representa una idea, y como idea es digna de respeto y de estudio, aunque muy impugnable), el clasicismo de doctrina. Así, al numen desbordante de Víctor Hugo, que le hacía incurrir en genialidades, en extravagancias, en paroxismos, si queréis, opone reparos de cátedra, de poema didáctico, y escribe (1): «Yo, aunque gusto de la estética y creo que para cierta crítica afirmativa es indispensable, todavía estimo *los antiguos preceptos de las Poéticas, fundadas sólo acaso en el sentido común, en el buen gusto* y en la observación y el estudio, y creo que tales preceptos, si no valen para descubrir bellezas y sublimidades, son infalibles y seguros en lo tocante á señalar los verdaderos defectos». Este concepto del arte no lo restringió á la crítica, como debiera haberlo hecho (porque en ésta es tolerable, ya que no todos puedan simpatizar con él), sino que lo aplicó muy infortunadamente á la novela. Cuando nos domina el criterio de la serenidad, de la mesura, del buen gusto—cosas todas que, en último caso, los mismos propulsores de esa doctrina veríanse apurados para definir,—¿cómo es posible vencer en la novela, donde todo ha de ser apasionamiento, irregularidad y rebeldía? Es en vano entonces que se trabaje por dar hermosos cuadros de vida; no se conseguirá más que dar excelentes narraciones, nunca novelas. Para ésta—como de la historia decía Luciano de Samosata—es preciso que «un vientecillo poético (leed aquí *romántico)* hinche las velas del navío».

III.—¿Fué novelista Valera?

Estos espíritus equilibrados, más amantes de la belleza plástica que de la belleza ideal, y de la retórica que de la estética, no suelen ser los más indicados para novelistas. Para llamarse así, es preciso ser romántico en la conformación mental, aunque realista en los procedimientos. No hay que cegarse: Flaubert, el creador de la novela realista, es tan romántico como Constant o

(1) *Cartas americanas*, 1.ª serie, Carta 1.ª, *Sobre Víctor Hugo*, páginas 9 y 10.

Lamartine, y como Lope de Vega, Schiller, Cervantes ó Eurípides. D. Juan Valera nunca fué de estos últimos; jamás estudió un alma; era, vuelvo á repetir, un hombre de libros (*a books-man*, diremos en inglés más simplificadamente); un hombre de estudio y no un hombre de observación; un hombre de cultura y no un hombre de visión poética. Tanto como debemos admirarle bajo su primer aspecto, debemos rebajarle en el segundo. Este desasimiento de toda observación, esta incompenetrabilidad con todos los recodos de la vida, fué lo primero que le perjudicó para hacer novela. Así se comprenden las indicaciones, los subterfugios de que siempre se valió el perspicaz *Clarín* (que en esto sabía bien á qué atenerse) para juzgar sus novelas. Es preciso confesarlo, aunque sea duro: al cabo de unos años, nada quedará de la obra novelesca de Valera, ni siquiera la conocidísima *Pepita Jiménez*, cuyo éxito se debió más que á su intrínseco valor, á circunstancias de lugar y tiempo; efervescencia de pasiones liberales, reacción femenina contra el avinagrado romanticismo que habían inoculado las novelas de Pérez Escrich, etc.

En segundo lugar, Valera no sabía lo que era la factura de la novela. Nada en él que revele aquella primorosa maestría con que un Jorge Elliot, un Balzac, un Verga, un Palacio Valdés (cito á éstos nada más como representantes del florecimiento de la novela realista en sus diversos países) desarrollan sus asuntos. Se ve que no es narrador, ni observador, ni experimentador (1). Es nada más que un pensador y un penetrante espíritu crítico. Y estas dos cualidades, por óptimas que sean, no favorecen, sino que perjudican en la novela realista, tal como ésta debe entenderse (2), como un género aparte, tal vez el más despreciable de los géneros literarios si se quiere, donde el novelista es un historiador de los hechos vulgares y de los personajes desconocidos. ¿Ó es que acaso se quiere sostener que aprovechan al buen conjunto de sus novelas, al *golpe de vista*, aquellas interminables digresiones sobre política, moral y hasta filosofía (3); aquel concepteo farragoso; aquel narrar desgarbado que es como la caricatura del estilo de los grandes historiadores, y que en nada recuerda el admirable tono épico que exorna á *Madame Bovary* y que la constituye en verdadero tipo de novela realista—en historia es-

---

(1) Él mismo, como Guyau en Francia, protestó de la aplicación de estos dos procedimientos. Véase á este propósito un artículo de *Clarín* en *La España Moderna*, Enero de 1890.

(2) Para que se vea cuán lamentable concepto tenía de la naturaleza del género novelesco, quiero citar aquel significativo párrafo en que escribe: «Perdono á Goethe, sabio tan profundo como poeta eminente, que, en el *Aprendizaje de Guillermo Meister*, hable tanto de artes, de comercio, etc., etc.; á Jacobi, que exponga la filosofía del sentimiento en su *Woldemar*». (*De la naturaleza y carácter de la novela: Estudios críticos*, tomo I, pág. 253.)

(3) La disertación sobre filantropía y caridad cristiana, v. gr., para no citar más que una, ocupa en *Doña Luz* 10 páginas.

cueta y fiel, sin comentarios, aunque sin frialdad, ó, como diría Tácito, *sine irâ et studio* (sin iracundia y con cuidado); aquellas odiosas é inoportunas intromisiones del autor en la fábula y otros defectos tan de bulto? No sé si me tacharéis de ostentar un criterio demasiado exclusivo; pero yo no llamo novelista sino al que escribe con emoción y con tono épico—como un historiador-poeta, á lo Michelet.

La segunda cualidad mala de Valera para novelista es el manejo desgraciado del diálogo, que es un conglomerado de absurdos. Allí habla siempre el autor, jamás los personajes. Discretean como en el teatro clásico, nunca hablan como en la vida. Además, Valera opone al estudio de los burgueses y de los humildes que preconizó la novela francesa aquella eterna figura de sus novelas (llámese Pepita, Doña Luz, etc.), atildada, pulcra, correcta, uniforme en su pensar y en su sentir. Nada de aquella emoción artística que nos sobrecoge al hacer la historia psíquica de una persona, en *O Primo Bazilio,* en *La Regenta,* en *Ángel Guerra,* en *La Tierra de Campos,* en *La Alegría del capitán Ribot,* etc.; nada de aquella visión de cosas poéticas, nada más que un narrar mesurado y conexo. Con esto tenía la manía de la aristocracia, á pesar de que en su novela *Doña Luz,* donde precisamente se encuentra más obseso que nunca por esta manía, dice: «Quien esto escribe, no tiene manías ó predilecciones aristocráticas. Al contrario, siempre se ha obstinado en creer que no vale menos la gente de los lugares que la más encopetada de la corte. *Mutatis mutandis,* todo le parece lo mismo: la mujer del alcalde es igual á una emperatriz ó á una reina; la del escribano equivale á la duquesa más en moda en Madrid, y el majo Fulanito se le antoja más brioso y gallardo, buen jinete, seductor, afable y ameno que el más perfecto *dandy* de cuantos ha conocido (1).»

En resumen: Valera viene á ser el continuador de la novela de Alarcón, incolora, casi anodina, sin la fuerza impulsiva y desbordante de la romántica ni la justeza de la realista, sin visión de vida y sin arrebato pasional. Todo es en ella frialdad y corrección. *Las ilusiones del doctor Faustino* es una novela como *El Escándalo,* con menos la parte de inverosimilitud que Alarcón pone en la suya y que era un resabio de los novelones de Sué y sin la parte de didactismo ético, malo de digerir, que el autor de *El sombrero de tres picos* intercalaba en todas sus obras.

Valera permaneció en una posición violenta siempre con respecto á la novela. No fué romántico, porque su espíritu equilibrado no se lo permitía; ni fué realista, porque no estaba conforme con las doctrinas de la escuela. Esta situación es insostenible y, si se sostiene, es con riesgo de la personalidad del autor. Valera quiso repetir á últimos del siglo XIX, cuando ya no era posible más que una especie de novela—la novela á lo Balzac y á lo Flaubert,—el carácter de novela como el *Wilhelm Meister.* Y hoy que sabemos á

(1) *Doña Luz,* IV, 37 y 38.

qué atenernos y que estamos convencidos de que esta voluminosa obra del gran Goethe será un bello libro y todo lo que se quiera, pero jamás una novela, en el sentido único que debe tener esta palabra, tampoco podemos admitir la obra de Valera, donde, si brilla su agudo ingenio; su inventiva, su pulcritud, su elegancia estilística, jamás asoma una de esas cualidades que caracterizan al gran novelista: la creación de tipos imperdurables, la fijación de aspectos poéticos de la vida cotidiana, los aciertos de un psicologismo casi mórbido de tan penetrante. Jamás podremos decir: ¡esa mujer es una Pepita Jiménez!, como decimos: ¡es una Emma Bovary!, ni podremos sorprender una emoción por nosotros sentida en las novelas de ese gran señor que nunca fué *negociante en almas*. Nada de poemático en sus obras; todo es episódico, y aun esto jamás se eleva á las alturas de lo épico, ni de lo lírico que engalanan la novela *verista*—si no queremos abusar del epíteto *naturalista*, ni usar de las medias tintas del realismo. No es posible ser novelista cuando no se tiene poder de emoción. Así se ve á Valera que después de su primer triunfo—que obedeció, insisto en ello, más á la índole del libro que á la genialidad novelesca del autor—no llama más la atención pública como novelista. En vano es que escriba *Las ilusiones del Doctor Faustino*, queriendo analizar y hasta disecar á su modo (porque ya sabemos que era enemigo acérrimo de la experimentación) una generación entera. Y ¿qué resultó?: una simple narración de hechos más ó menos extraordinarios (y hasta extraordinarios en demasía) acaecidos á un personaje incoloro, sin relieve y sin vigor (1). ¿Dónde está aquí el esmerado análisis, la fina penetración psicológica con que un Martínez Ruiz ha dado en *La Voluntad* el diagnóstico de toda su generación? ¿Qué novela tan hermosa no hubiera podido hacer Valera si tuviera las cualidades de psicólogo de un Bourget, de un Amiel ó de un Huysmans? Su obra hubiera sido como el diario íntimo común á todos sus contemporáneos; hubiera anotado hasta las últimas palpitaciones del corazón y los más insignificantes

(2) Revilla comprendió muy bien este defecto cuando dijo: «Es algo flotante, incoloro, inconsistente como la sombra, que no resiste al análisis, que se escapa de entre las manos; algo que obra sin saber por qué, piensa sin saber qué piensa y á punto fijo no sabe si siente; algo que podrá existir en la realidad, pero que carece de valor y de belleza en el terreno del arte». Estoy conforme con la opinión del insigne crítico—uno de los que primero entre nosotros atisbaron algo de los principios fundamentales del arte moderno,—menos en lo de que el doctor Faustino sea un personaje real. Valera nunca se paró mucho en la realidad de sus personajes, muy injustificadamente, á mi entender; por algo dijo Cánovas—que, entre paréntesis y digresionalmente hablando, no era un fastidioso historiador con visos de erudito, ni un literato amazacotado é insoportable, como cree esta generación demasiado nihilista en punto á celebridades, sino un prodigioso talento y un hombre de tan vasta cultura que pasma cómo pudo adquirirla en el tráfago del politiqueo menudo—que Valera fué «el menos realista de nuestros noveladores», aunque él lo decía en son de loa, equivocado sin duda. (Prólogo al tomo IV de las *Obras completas* de Valera.)

fenómenos del cerebro. Pues bien: en toda la novela no se encuentra la realización de aquel programa que él supuso haber cumplido cuando dice en la *Postdata* que sirve de epílogo: «Representa como hombre á toda la generación mi contemporánea; es un Doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablos y sin poderes sobrenaturales que le den auxilio. Es un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, escepticismo, descreimiento, concupiscencias, etc., que afligen ó afligieron á la juventud de mi tiempo... En su alma asisten la vana filosofía, la ambición política y la manía aristocrática».

Notad la analogía de estas declaraciones con las que Martínez Ruiz hace en *La Voluntad*, y reparad después en la diferencia que les separa á través del desenvolvimiento del asunto. En Azorín todo es análisis, datos casi clínicos, casi fisiológicos—en fuerza de ser palpitantes,—que concurren al delineamiento del personaje y á la disección de su abulia y de su impotencia moral; Valera quiere personificar en su héroe el mismo estado de alma, y no consigue más que darnos una fría agrupación de hechos contradictorios. Apenas si Valera hace psicología, como no sea cuando habla de la duda, que fué la continua pesadilla de todos sus personajes; no comprendo bien por qué. Yo estoy en que los increyentes del siglo, hechos escépticos por una mala digestión de lecturas ó por simple imposibilidad congénita de comprender todo lo que trascienda al mundo de las pasiones y glorias profanas, más bien que por un lento trabajo de zapa interior, jamás se han puesto á reflexionar por qué dudaban, si se exceptúan almas escogidas como las de Renan ó Jouffroy. ¿A qué, pues, emplear en un hacendado andaluz este derroche de argumentos filosóficos que, sin duda alguna, jamás le atormentaron? Con estas salvedades me parece excelente el análisis que Valera hace de los pensamientos religiosos del doctor. Así dice, con un acierto psicológico muy infrecuente en él: «Volvió á mirar en lo más hondo de su alma y se encontró capaz de toda grandeza. ¿Por qué, pues, no hacía sino lo que pudiera hacer el más vulgar y bajo de los hombres? ¿Qué resorte le faltaba?... Si nada de esto podía hacer, ¿por qué no huía del mundo? ¿Por qué no se ocultaba en un desierto?... Aquel hastío, aquel odio á la sociedad humana, que en otras épocas pobló los yermos y despobló las ciudades, ¿es quizás ahora un absurdo anacronismo? El doctor imaginaba que sí y que no; imaginaba que el hastío y el odio llenaban las almas de muchos hombres, que por momentos llenaban también la suya. Pero ¿dónde estaba la fe, la creencia en un objeto fuera del alma y fuera del mundo, ante quien postrándose y humillándose, y con quien viniendo á unirse luego, se limpiara el alma de todo pecado, desechase toda bajeza y se levantase, al fin, á aquel grado de perfección adonde había aspirado en vano á llegar por sí sola? No; n[...] alma del doctor, ni otras almas atormentadas como la suya, podrán [...] huir á la Tebaida y renovar los tiempos y los prodigios de los Pablos, A[...]nios, Pacomios é Hilariones. ¿Qué iban á adorar allí, como no fuese e[...]pectro de su propio ser, sublimado y endiosado por la orgullosa fantasía?

He citado esta larga página porque es acaso la única que pueda entresacarse en las obras de Valera y en las que haya verdadera psicología; y aún está entremezclada con elementos extraños y alambicada con sutilezas de problema filosófico; más parecida á la mórbida de Bourget (aunque no con los matices de modernismo que éste emplea) que á la sana, fuerte, veraz y única psicología de un Flaubert, de un Eça de Queiroz, no tan fisiológica ni materialista como muchos creen... Porque Valera no era, como éstos, un poco neurótico. Alguien ha dicho esto de él en son de elogio: más bien debiera notársele reprensivamente. En nuestra época, en que se padece tanto de los nervios, hay que ser algo neurótico para ser lírico (1). Si Flaubert no hubiera experimentado la necesidad de «pensar como un semidiós y vivir como un burgués», si se hubiera limitado á vivir y sentir en burgués, ¿cómo hubiera podido hacer la primer novela del siglo XIX? Para estudiar á desequilibrados, hay que ser desequilibrado, y más cuando estas obras, de hondo psicologismo, no pueden ser en puridad sino diarios íntimos remendados con algunos datos recogidos en otros; pero fundamentalmente, siempre *self-story*.

Y en llegando aquí, se me ocurre otra objeción contra la personalidad de Valera como novelista. Si es verdad que muchas novelas (y en especial las muy psicológicas) no deben ser sino transcripciones de sentimientos íntimos—ya que nunca se camina con pie más firme que cuando se anda por terreno propio,—también es innegable que en la exposición, en la parte *épica* de una novela, es menester cumplir el precepto del autor de *Salammbô*: «*L'art ne doit rien avoir de commun avec l'artiste*». Entiéndaseme bien y no se salga con que me contradigo; á este efecto, me explicaré más.



Hay en la novela genuínamente realista, en la que, para que bien nos comprendamos, debo llamar novela moderna, dos partes: una, *lírica* interior, ó, si queréis, substancial (que es ni más ni menos que la psicología de los caracteres delineados); otra *épica*, exterior, ó formal (la fabulación ó exposición). En la primera debe estar siempre presente al artista; es decir, no debe, sino que forzosamente ha de estar; de lo contrario, no sería suya la obra. En este sentido es como la célebre definición del arte dada por Zola, «la Naturaleza vista *á través de un temperamento*», llena y satisface al más exigente idealista. El temperamento del autor ha de *informar ó animar*, como diría un escolástico, la obra toda; por eso Flaubert recomendaba á Maupassant que,

(1) Y el novelista no es en rigor más que un lírico, aunque la contextura de sus obras deba acercarse á lo épico. Por eso unifico al lírico y al novelista, como lo ha hecho Palacio Valdés en un hermoso estudio titulado *Estética del carácter*, que sería aún mejor si no estuviese tan influído por las ideas de Hegel. (Véase *La España Moderna*, Septiembre de 1890.)

para ser un buen novelista, procurase *ver* el mundo *de otra* manera que los demás, y luego transcribiese su visión. Así ha ocurrido y ocurrirá siempre en el arte; de lo contrario, ¿cómo sabríamos que Daudet ve el mundo de este modo y los Goncourt de este otro? La otra parte, la *épica*, no sólo no exige que se adivine al autor tras ella, sino que—para llegar á una perfectibilidad que es sueño más bien que promesa, pero que es indudablemente un divino sueño,—la novela debiera aparecer en su parte épica tan ajena á influencias personales como si fuese anónima, y nadie la hubiera escrito. Por desconocer esta dualidad que debe ser la norma de todo novelista moderno, es por lo que aun hombres generalmente discretos y mesurados como Cánovas, han incurrido en el gravísimo error de creer que al exigir impersonalidad de un autor se le exige la castración de su individualidad. No; no se pide ni se entiende, porque no puede ser así, que el novelista deba renunciar á ser conocido del público y visto á través de sus obras, ni se trata de que, como en la Historia (de la cual toma ejemplo el citado prologuista), se exija en la novela un entono tal que no se conozca si es de un Zola, determinista, ó de un Daudet, lleno de risueño optimismo, ó de un Dickens, tierno y candoroso hasta la sensiblería y la puerilidad. Precisamente si de algo nos quejamos es de que haya autores que (como escribe Unamuno) han escrito cuarenta volúmenes y no se sepa cómo son. Pero una cosa es esto y otra creer que es lícito y tolerable y no repugna en buena novela realista ver al autor entrometerse en la parte épica y contar si pasa temporadas en Villabermeja ó si las pasa en Madrid. Se dirá que éstas son nimiedades: conforme; pero como lo sería que un autor de Historia comenzase así: «Paseando yo por la Fuente Castellana, el día tantos de tal año, estalló la conspiración de los sargentos...» ¿Es esto artístico ni cosa que lo valga? Yo, que aquí recaigo sin duda alguna en la exageración, pero que no exijo á todos que extremen así sus consecuencias, creo que debieran proscribirse de toda novela, para no afearla, frases como la de: «el que esto escribe», ó «como ya se ha dicho en otro lugar de esta verídica historia...»

Y Valera jamás tuvo noción de la impersonalidad, que no es lo mismo, como creen algunos obcecados, que la impasibilidad. Llega á ser verdaderamente irritante la intromisión del autor en la fábula (1), como son odiosas también aquellas largas tiradas de disertación filosófica, política ó estética. En resumen: Valera no tenía facultades de novelista, aunque sí de narrador ameno; pero la amenidad es en la novela lo que la simpatía en las mujeres que no son bonitas, una galante invención con que se encubren los defectos de forma. Su posición fué falsa; no estaba seguro de si hacía novela; sobre todo, no sabía qué clase de novela iba á hacer; de aquí las innumerables tradicciones de factura en que incurre, tan pronto recargando como escas

---

(1) Como simple prueba, desearía que se leyese el primer párrafo de *El dador Mendoza* y de *Las ilusiones del Doctor Faustino*.

do el interés, ya propendiendo á un idealismo marca Feuillet ó Alarcón, ya aproximándose á cierto naturalismo siempre muy comedido. Además se forzaba para dar la nota patética; y un hombre que reúne estas condiciones, nunca podrá ser novelista de cuerpo entero y por la gracia de Dios, como un Palacio Valdés, como un Blasco Ibáñez. La posteridad, aun haciendo justicia á sus dotes de narrador, de psicólogo frío á veces, aunque superficial, no reconocerá en él al novelista que crea una forma nueva, que da un rumbo original á la obra de varias generaciones.

En cuanto al *fondo* de sus novelas (quiero decir, á la tendencia determinista ó espiritualista), pasó por varios vaivenes y no supo determinarse á sí mismo concretamente. Sus primeras obras eran producto de un irrealismo ya retrasado y de un idealismo vaporoso y muy etéreo, no robusto y humano como el de un Palacio Valdés (en *La alegría del capitán Ribot*, por ejemplo). La misma *Pepita Jiménez* sólo es bella por lo que la perjudica, aunque esto se tome á paradoja; es decir, por su aislamiento de toda la literatura mundial. Muy bien lo entendió el meritísimo hispanófilo Fitzmaurice Kelly, cuando escribe en su *Historia de la Literatura española desde los orígenes hasta el año 1900:* «Apareció por fin un libro que nada debía á Francia, que arrancaba de la inspiración original, que tenía por fuentes á Luis de Granada, León y Santa Teresa; que revelaba una vez más lo que Coventry Patmore ha calificado muy bien de *completa síntesis y armonía entre la gravedad del fondo y la risueña amenidad en la manera de tratarlo, que es el coronamiento del arte y que fuera de la literatura española sólo se halla (y en grado muy inferior) en Shakespeare*».

Siguióse una reacción algo violenta de naturalismo—siempre entendido á su manera, algo así como Martínez de la Rosa entendió el romanticismo en sus últimos años,—manifestada en *Doña Luz*, *El comendador Mendoza* y con preferencia *Genio y figura*, de una crudeza casi zolesca, si no estuviese velada por ese que llaman risueño helenismo.

Es curioso notar que en la obra donde más atrevimiento respira el fondo de la novela es donde Valera ha hecho una declaración más explícita de espiritualismo (1), aunque bien pudiera llamarse reacción antimundanista y no espiritualista. De aquí se desprende que Valera no tuvo idea de lo que ha de ser la misión del novelista en nuestros días; indeciso y sin pauta fija, no supo crear con sus obras novelescas una escuela, aunque fuera una opuesta á lo que exige la acumulación de conocimientos y la consecución de este estilo moderno tan inconfundible. Valera no ha creado un carácter, un verdadero carácter de relieve, que pueda recordarse en los futuros siglos. Sus novelas se leen con gusto, pero no dejan rastro alguno, porque su autor no era más que un amable narrador á la manera de los primeros cronistas franceses y sajo-

(1) Léase la dedicatoria de *Doña Luz*.

nes que daban á la Historia una tan amena elegancia. Por último, Valera no fué novelista porque nunca fué maestro de psicología. Si dejó muchos pensamientos originales, no dió ni una emoción nueva.

III.—Valera crítico.

Yo considero á D. Juan Valera como el escritor español que, junto con *Clarín*, Menéndez Pelayo y González Serrano, ha puesto más ideas modernas en circulación durante la última mitad del siglo pasado. Y mi admiración más se duplica, decupla, centuplica y hasta multiplica cuando veo á Valera nutrido de toda la ciencia antigua y moderna, conocedor de las últimas manifestaciones literarias de todos los países europeos, en aquella época de inopia intelectual, de incultura y de atraso que España padeció desde la *Gloriosa* hasta 1890.

No es que yo unimisme al frío importador de cultura extranjera barata, al *commis-voyageur* de la intelectualidad que recorre los países extraños sin darse cuenta exacta de lo que busca y que anda en persecución de estas mercancías científicas como pudiera andar á caza de paños; al *alcanizador*, como diría Unamuno (que, por fortuna para la cultura española, comparte conmigo este horror á la funesta Biblioteca de Filosofía contemporánea que tantos estragos ha hecho en incautas mentes), con el pensador integral que todo lo sabe y todo lo dice; con el sabio cíclico que, como Valera, reparte su cultura en sus libros, sin pretensiones y sin pruritos de erudición. Á pesar de que, aun en los últimos años de su vida, Valera se obstinaba en declarar, como Sócrates y como Campoamor, que «sólo sé que no sé nada» y que nada había absorbido de la cultura moderna (1), es lo cierto que apenas hubo contemporáneo suyo más *enterado* de todo (lo mismo lo antiguo que lo moderno), ni más atento á las últimas palpitaciones de la ciencia moderna. Favorecido por su organización mental privilegiada, que no consentía encastillamientos en una rama determinada del saber, por digna y noble que ésta sea, D. Juan Valera lo mismo anotaba las últimas exageraciones del monismo de Haeckel que daba su opinión sobre la lírica de Rubén Darío. No conozco quién en este respecto le igualase más que esa mujer asombrosa que se llama Doña Emilia Pardo Bazán. Si á eso se llama *dilettantismo*, sea D. Juan Valera *dilettante* en buen hora. Yo sospecho que ese es un denigrante epíteto que emplean los impotentes para vilipendiar á los que una fuerza intelectual que desborda no permite amodorrarse y languidecer en un orden de estudios. Así como una fuerza viva exuberante, la electricidad, por ejemplo, subyuga y vence toda suerte de obstáculos, de manera que todo lo absorbe y fusiona

(1) Véase el *Prólogo-dedicatoria* de los *Estudios críticos* y la *Carta* preliminar de *Canciones, romances y poemas.*

sí, todos los elementos resuelve en uno superior y más vigoroso, siempre que no haya *malos conductores* para su transmisión;—no de otro modo ciertas prodigiosas capacidades mentales tienen tal potencia de dominación que no toleran el encarcelamiento en un circuíto especial, más ó menos extenso, sino que su fuerza comprimida estalla é irrumpe por todos los dominios abiertos al humano entendimiento.

De esta contextura fué D. Juan Valera, el más pasmoso *aspirador* de cultura *(si licet in poeticis rebus scientificis verbis uti)* que el futuro historiador de la literatura española del siglo XIX encontrará á su paso. Él fué quien nos dió á conocer al gran Leopardi, y quien, en sus últimos días, aún nos hablaba con gusto de la poesía nueva, que sus contemporáneos, más desdeñosos ó menos comprensivos, ya ni leían ni mentaban. Y su cultura no fué local ni circunstancial, sino de todos los países y de todos los tiempos, cosmopolita y varia. Era, pues, sin razón, cómo él se dolía con injustificada amargura de que «como literato, era más cosmopolita que castizo». Pues si no hubiera sido el cosmopolitismo de su cultura, ¿á qué se hubiera reducido su obra crítica? Á una invariable letanía en honor del españolismo y á una constante desestima y menosprecio de todo lo que no fuese *nuestro*. ¡Nuestro!, ¡como si la literatura se dividiese en provincias, *departaments* ó *shires*, lo mismo que las naciones; y en naciones y razas, lo mismo que el género humano! Ya Goethe, á quien tanto admiraba el prosista exquisito de *Morsamor*, ha escrito en alguna parte: «No hay arte patriótico ni ciencia patriótica. La ciencia y el arte, como todo lo sublime, pertenecen al mundo entero, y sólo pueden prosperar por una libre acción y reacción entre los contemporáneos, con referencia continua á lo que nos queda del pasado. *Literatura nacional* es una expresión que apenas tiene sentido hoy día; la literatura universal se difunde, y cada uno debe coadyuvar con sus esfuerzos á preparar su advenimiento».



Quedamos, pues, en que D. Juan Valera fué, ante todo, un hombre culto, de cultura intensa, no superficial, y muy variada. Esto, junto con su manejo incomparable de la prosa castellana, le predispuso admirablemente para la crítica. Es singular coincidencia que las dos cualidades que en la novela le dañaron—su vasto saber, su prosa demasiado castiza, poco dúctil para los matices de esta frase nerviosa, que es la moderna—fueron las que caracterizaron y ennoblecieron su genio crítico. Proclamemos muy alta y sonoramente que D. Juan Valera fué uno de los primeros críticos—é indudablemente el primero en cierto orden de crítica seria, un poco doctrinal y hasta pedagógica, si se quiere—que florecieron en la España intelectual de la última mitad del siglo pasado.

Hagamos un poco de historia. Cuando Valera inició sus primeras campañas, efectuábase una renovación en la alta crítica, como en todos los órde-

nes del pensamiento. Á raíz de la revolución de Septiembre, según hizo notar muy bien el discreto P. Blanco García (1), «hasta el estilo y manera de juzgar pierden aquel sello de hierático reposo ó de reminiscencia clásica que caracterizó el período antecedente, para adquirir el brío de la lucha y renovarse con audacias de expresión, reflejo de las audacias del pensamiento». Todavía no saliera á luz el aún no bien admirado *Clarín*, con sus *causeries* inimitables, que á veces se convertían, por virtud de la potencia de asimilación y amplificación de su portentosa mentalidad, en disquisiciones de estética trascendental; sólo diez años después abría Menéndez Pelayo su admirable serie de investigaciones eruditas, que, aunque constituían otro orden de estudios, evolucionaron más tarde hasta llegar á su gran crítica, en ese monumento grandioso que se llama la *Historia de las ideas estéticas en España* y posteriormente en los *Estudios de crítica literaria;* surgió también Revilla, que tenía el defecto, á pesar de sus aciertos prodigiosos, de ser demasiado contradictorio é impresionable, y que absorbió demasiadas ideas; faltaba, pues, el crítico á lo Sainte-Beuve. Palacio Valdés lo hubiera sido si hubiese continuado sus trabajos primeros, tan llenos de humorismo mordaz como nunca otros conocimos en España (2); también lo hubiera podido ser D.ª Emilia Pardo Bazán, si se hubiese dedicado más de lleno á estos trabajos y hubiese continuado la sorprendente labor del *Nuevo Teatro crítico,* quizás demasiado vasta para una sola inteligencia; el mismo D. Federico Balart, si hubiese sido fecundo, porque estaba munificado de las mejores aptitudes, siendo estético más bien que crítico, y, sobre todo, un gran técnico, tan perito en artes plásticas como en literatura (3); el gran Ixart, si no hubiera muerto demasiado joven.

Fuerza es reconocer que en estas condiciones los ojos habían de volverse hacia este hombre tan culto que daba una nota nueva en la crítica española. Se ha dudado de que su crítica sea crítica efectiva, por ser puramente afirmativista. Sí; también es crítica esa que consiste en lo que Faguet llamó *l'art de jouir des livres;* que no busca en las humanas obras motivo de burla, sino de enseñanza, pues como dijo muy bien creo que Plinio (y siento no tener ahora á mano el original latino): «no hay libro por malo que sea que no tenga algo de bueno». Y no hay que confundir esta crítica despierta y vivaz—que si ve en las obras los lados feos, se fija preferentemente en los aspectos de ella, que, más ó menos elevadamente, realizan una parte de belleza, y que tan calurosamente elucidada y elogiada ha sido por el poeta-filósofo Fouillée,—con aque-

---

(1) *Historia de la Literatura española durante el siglo XIX,* t. II, cap. XXXII.

(2) Véanse *Los oradores del Ateneo, Los novelistas españoles* (es notable la blanza de Fernández y González), *Nuevo Viaje al Parnaso,* y los artículos de la *ratura en 1881* en colaboración con Alas.

(3) Léase su magistral estudio: *El impresionismo en el arte.* (Edición de *La ña editorial.)*

lla otra crítica seca y feroz, alarmante de puro erudita, que *Clarín* tan donosamente retrataba diciendo que se parece «á la literatura de cátedra, la cual, fuera de contadísimas excepciones, suele estar encomendada á muy apreciables caballeros, que hablan de poesía como podrían hablar de enjuiciamiento criminal». Nunca pudo ser ésta la crítica animada y polémica de Valera, en que el autor ejercía su ingenio y sin alardes necios desahogaba su erudición; no llegó jamás á convertirla en odiosa ringlera de títulos y fechas, y menos en complaciente y dulzarrona adulación de insulsos escritorzuelos. Con su estilo sobrio y aliñado, repleto á veces de gráficos arcaísmos (ha restaurado en la prosa castellana palabras tan expresivas como *concento* y sus derivados, con aplicación al estro lírico), con su horror á todo lo que fuese hojarasca y énfasis (1), Valera ha creado una forma nueva de crítica donde la preceptiva severidad y el clásico *decorum* de un La Harpe se enlazan con la volubilidad impresionista de Lemaître. Nunca estaremos bastante agradecidos á su derroche de cultura, á esa frescura y jugosidad siempre renacientes, á ese borboteo de ideas originales que le hace dar á luz sin cansancio tomos y más tomos de crítica que, si á veces equivocados en las tendencias, son siempre artísticos en el desarrollo y en la expresión: *Estudios críticos, Nuevos estudios críticos, Cartas americanas, Disertaciones y juicios literarios, Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* y los más recientes trabajos que todos conocemos ó debemos conocer, y que los jóvenes cultos de la nueva generación leerán seguramente con especial agrado. En ninguna parte de su obra múltiple resplandecen como en la crítica las poderosas cualidades de Valera: su agudeza de ingenio, su penetración crítica, su elegancia de lenguaje, su cultura universal, su vuelo estético. Porque es en la crítica donde principalmente pone en juego Valera todas sus ingentes facultades, más receptivas que activas, más aptas para el cultivo que para la transmisión de ideas; y donde mejor manifiesta aquel su clasicismo que consiste, como ha expresado muy bien Menéndez Pelayo á propósito de Martínez de la Rosa, no en conocer y estudiar á los antiguos ni en aspirar á imitarlos, sino en lograr asimilarse «su forma más íntima, substancial y velada á ojos profanos» y que le hace entrar «en aquella cohorte de ingenios, pocos, muy pocos, *quos æquus amavit Júpiter*, es decir, á quienes se descubrió sin velo la hermosura ateniense ó latina, una de las cosas menos conocidas en el mundo, con andar éste lleno de sus falsificaciones y remedos» (2).

***

(1) Este horror le hace poner muchos reparos á las *Lecciones* de Castelar *Sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*. (Véanse los *Estudios críticos*, tomo I.)

(2) *Estudios de crítica literaria*, 1.ª serie. (*Colección de escritores castellanos*, t. XV.)

Ni perjudicaba á Valera aquella su extremada benevolencia para salir airoso de los trances críticos. Era ésta tan equívoca, que frente á ella no podría negársele sino con cínica mala fe la sinceridad, esa que Leopoldo Alas llamó *décima musa de la crítica;* y bien podría tomarse á desdén irónico muy ofensivo ó á fina comprensión de las bellezas más recónditas. Yo opto por esto último. Hay hombres que nacen para ver el lado bueno de las obras de artes, como hay otros que sólo pueden percibir sus deformidades; cada cual está bien en su puesto. Y después de todo, como Ernesto Renan explicó muy bien, «*ce qu'on appelle indulgence n'est le plus souvent que justice.*» En medio de todos sus titubeos, á través de todas sus concesiones á escuelas y géneros con que no estaba muy conforme, jamás abandonó á Valera lo que llamaba Jovellanos «la rectitud del juicio, el fino y delicado discernimiento; en una palabra, el buen gusto que inspira este estudio (el de la literatura)»; ese buen gusto que, según él afirma unos renglones más adelante, es «como el tacto de nuestra razón», porque «á la manera que tocando y palpando los cuerpos nos enteramos de su extensión y figura, de su blandura ó dureza, de su aspereza ó suavidad, así también tentando ó examinando con el criterio del buen gusto nuestros escritos ó los ajenos, descubrimos sus bellezas ó imperfecciones y juzgamos rectamente del mérito y valor de cada uno» (1). Este buen gusto, esta cualidad que viene á ser como el atildamiento de la inteligencia, la limpieza y pulcritud del juicio, va unificado á veces con la más vigorosa percepción de todos los matices bellos ó menos bellos de una obra, como ya notaba el perspicaz Hume cuando escribía: «*With regard to the sciences and liberal arts a fine taste is, in some measure, the same with strong sense or at least depends so much upon it than they are inseparable*» (2). ¿No será también esta benevolencia un producto de esa tolerancia ilustrada que analizó tan sutilmente la insigne Mad. de Staël (3) y que ha pasado á ser como la profesión de fe literaria del siglo XIX? De todos modos, yo persisto en afirmar, y me atrevería á sostener con testimonios irrecusables, que esta benevolencia excesiva de Valera no enturbió en lo más mínimo la serenidad de su juicio, y que su *urtheilskraft* (potencia crítica) permaneció intacta de todo contaminamiento con bajas pasiones, así de lisonja como de acerbidad.

Y Valera, más bien que un crítico aislado, hosco, de esos que se dedican á juzgar por imposibilidad absoluta de producir (realizando así aquella rencorosa frase de que *la crítica es el arte de los impotentes)*, fué, como Saint-Beuve en Francia, como Leopoldo Alas en España, un poeta entre poetas, un

---

(1) *Obras escogidas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos,* publicadas por D. Julio Somoza, I, 126. *(Oración que pronunció en el Instituto Asturiano sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias.)*

(2) *Essays moral, political and literary. (Essay on delicacy of Taste.)*

(3) «*L'habitude des occupations intellectuelles inspire une bienveillance éclairée pour les hommes et pour les choses... Tout comprendre c'est tout pardonner.*»

novelista entre novelistas, un pensador entre pensadores, que ponía en ejercicio aquella capacidad mental que San Jerónimo—á veces un buen estético, cuando aún no se acuerda de echar al fuego los autores profanos—pareció presentir cuando escribía *(Ad Pammachium)*: «*Felices, inquit Fabius, essent artes, si de illis soli artifices judicarent. Poetam non potest nosse nisi qui versum potest struere. Philosophum non intelligit nisi qui scit dogmatum veritatis*».

IV.—Valera poeta.

En la *Carta á D. Marcelino Menéndez Pelayo* que precede á las *Canciones, romances y poemas*, Valera dice: «Mi escritura no tendría perdón de Dios ni yo mismo me perdonaría, aunque soy indulgente para conmigo, si yo no fuese ó al menos si yo no me creyese poeta». Está visto, pues, que, como Emerson, el autor de *Genio y figura* daría toda su fama de novelista y crítico por un puñado de gloria lírica. No es de extrañar; yo, aunque se me diga que trabajo *pro domo meâ*, afirmo y tengo por cosa incontrovertible que ser poeta lírico es la mejor cosa que un literato puede ser. Si el novelista idealiza la realidad, el lírico realiza lo ideal; si el historiador cuenta la verdad humana, el lírico cuenta la divina mentira; si el moralista dice la palabra que endereza, el lírico dice la palabra que exalta; si el filósofo escudriña las causas primeras, el lírico las presiente en una intuición privativa, aun sin comprenderlas. Toda otra realización de belleza es fea, si se permite la exageración, junto al glorioso luminar de la lírica. Así no me asombra que Valera insista y vuelva sobre su aspiración á la fama de poeta (1). Y ¿ha de discutírsela quien con serenidad y justicia lea su escasa obra poética? Por mi parte, gradúo las aptitudes de Valera en este orden: Valera crítico, Valera poeta y Valera novelista, á la inversa de los epígrafes que he puesto en mi estudio—como si quisiese ir en escala ascendente de elogios. Yo recomiendo á los jóvenes poetas de la nueva generación que lean estos poemas del egregio autor de *Pasarse de listo*, tan exquisitos ó más que la prosa. Son verdaderamente clásicos, tanto en la adjetivación como en la metrificación; y no de un clasicismo postizo como el de la mayoría de los versificadores que salen á los campos de Montiel de la poesía con una *copia* (abundancia, ¿eh?, no imitación) de sáficos y de versos sueltos, en que hacen consistir todo su clasicismo. No así los de Valera; yo no conozco nada tan genuínamente clásico en la literatura española moderna como ciertas estancias del autor de *El comendador Mendoza*, si no es algunas de las odas y epístolas de Menéndez Pelayo. Los nuevos poetas, si se excep-

(1) Léase toda la *Carta* citada. Multiplicar las citas sería superfluo y pesado: en casi todos los párrafos de ese excelente estudio crítico y biográfico, que vale por muchas páginas de diario íntimo: Valera no era de esos que, como dice Unamuno, escriben cuarenta volúmenes y no se nos dan á conocer.

túan hombres tan cultos como Darío, Jiménez ó Ayala, aparentan desdeñar estas composiciones por mazorrales, según dicen; en el fondo es que no pueden comprender su esencia, el alma que las informa: lamentadlos, pues. Es más fácil deleitarse con rimadorcillos de tres al cuarto que hacen una docena de versos sonoros contando una aventura amorosa muy bien vista. Sólo el que ha recibido una educación poética clásica y ha bebido en las fuentes griegas y latinas puede comprender esta íntima belleza realzada por la corrección y atildamiento del conjunto, más bien que por ciertos detalles resaltantes. Así, yo, que soy el más decidido romántico, y que si algo le inculpo á Valera es el haber permanecido muy clásico, convengo en que su obra poética realiza el ideal de la poesía moderna, tal como se da en el mito de Euforion intercalado en la segunda parte del *Fausto*. En efecto: sólo uniendo á la aspiración romántica la pulcritud clásica, puede la poesía moderna crear formas nuevas. Leyendo las obras de Heine y de Goethe, de Manzoni y de Leopardi, de Shelley y de Keats, y aquí en España de Valera y de Menéndez y Pelayo—así como algunas composiciones de Rubén Darío que, según he probado en alguna parte, ha permanecido siempre *clásico*, como lo fué de educación, v. gr., en *Friso*, en *El coloquio de los Centauros* (*Prosas profanas*) y en casi todos los poemas de *Azul*,—que son los que á mi juicio más han llevado dentro de sí esa propensión unificadora, esa tendencia á enlazar los más impetuosos raptos románticos con la acendrada corrección clásica; he pensado que el poeta moderno debe estar así constituído: romántico en el espíritu y clásico en la forma. La lectura de estos poetas me ha reconciliado con el clasicismo *formal*, aunque al clasicismo *substancial* lo sigo aborreciendo, sin duda por no haberlo visto realizado más que en su forma deprimente de mitología cargante y de serenidad odiosa. Sí; para ser gran poeta hay que educar el oído con las admirables armonías clásicas, como hay que nutrir el espíritu con las intuiciones románticas. Es necesario forrar el espíritu de audacias románticas; pero los atrevimientos de expresión de los grandes maestros: de un Hugo, de un Byron (1), etc., nunca igualaron á la sublime delicadeza de los giros clásicos.

Así por ejemplo, sería muy difícil alcanzar por medio del estudio de las obras románticas aquel tacto de adjetivación, aquella exquisitez y sencillez incomparables de forma á que llega D. Juan Valera en algunas composiciones como la titulada *En la égloga cuarta de Virgilio*, donde se leen estos versos que sólo compararse pudieran con algunos de Fray Luis de León:

Ya se cumplía el verso misterioso
de la Sibila y del Profeta el canto;
la edad llegaba: un orden majestuoso
del volver de los siglos era fruto.

(1) Aunque éste, en realidad, era, escribiendo, tan griego y antiguo como moderno y occidental era pensando.

El erizado espanto
no ya sembraba luto
al carro encadenado de la guerra;
no turbaban la tierra
ya la bélica pompa
ni el son robusto de la heroica trompa;
ya la mar bajo el peso no gemía
de la guerrera nave;
el mundo en calma suave
en el regazo de la paz dormía.

Aquí lo más notable es la selección de epítetos, aquel acierto que no se aprende en los diccionarios, sino en las obras maestras y en la comprensión de la Belleza y que da por producto estrofas tan soberbias como esa de: *al son robusto de la heroica trompa.*

Otra de las composiciones más dignas de nota del libro, tanto por el fondo como por la forma, es aquella en que Valera se revela francamente cristiano, armonizando su complexión pagana con la dirección cristiana del espíritu. En estas estancias, tituladas *La Divinidad de Cristo*, canta:

Tu ley ¡oh Cristo! tu bondad revela:
ni en el Pórtico extenso, ni en la escuela
de Sócrates profundo
oyeron los humanos
que eran todos hermanos
hasta que tú, Señor, viviste al mundo.

Y en su composición de juventud. medio fantástica, medio legendaria, con algo de poema trascendental á lo *Fausto*, titulada *Las aventuras de Cide Yahye*, se leen versos poblados de imágenes tan *veristas* y tan de corte y sabor greco-latino—que pueden leerse en las Odas del asombroso Horacio—como ésta que merece pasar á una escogida antología:

Jamás tan gallardo esposo
desciñó en la noche obscura
el cinto á la virgen pura
en la cámara nupcial;
jamás tan raro deleite,
jamás ventura tan viva
gozó criatura cautiva
del sentido corporal.

Bastarían estas estrofas para graduar á cualquiera de *mestre en gay saber*. Bien es verdad que á veces pueden comprobar en las poesías de Valera cier-

tos defectos que él después reprendió en otros (1), como son las asonancias que prodiga en estos versos, por lo demás muy hermosos:

> Sí, yo te vi flotar sobre la ola
> de la mar agitada
> aérea y vagarosa,
> y en esa inmensidad perdida y sola,
> derramaba tu frente enamorada
> una luz misteriosa (2).

Pero cuando se leen composiciones tan hermosas, tan lindantes con el género sublime, como *Á Lucía* y *El fuego divino* (3), se olvidan estas minucias de forma, productos sin duda del descuido juvenil.

Se inculpa á su poesía, demasiado mitológica, como la de Carducci, de ser poesía sabia, sólo accesible á los entregados á este género de estudios y sin poder de hacer vibrar las almas. Pero ¿quién nos asegura que esta especie poética, tan rara hoy — como en los últimos tiempos del *homo alalus* la del *homo europæus*,— no llegue á ser algún día el único medio de expresión? Indudablemente están reservadas al mundo del arte—como al mundo terrestre, en sentir de ilustres naturalistas que, sacando consecuencias á las teorías de Darwin, presagian hasta la aparición sobre el globo de razas superiores á las nuestras — muchas renovaciones; contiénense en su inmenso ovario recónditos gérmenes y promesas que algún día serán fecundos brotes é inesperadas realidades. ¿Cómo sospecharían los antiguos esta radical transformación de casi todas las artes llevada á efecto durante la segunda mitad del siglo pasado? Un griego del siglo de Pericles arribado á las costas de su país, después de un sueño de veinte siglos, desconocería seguramente, no ya el idioma, sino la *manera de hablar* (el alma del verbo) de sus compatriotas. Como ha hecho notar muy bien el gran humorista Palacio Valdés en su estudio ya citado sobre *Estética del carácter:* «Lo mismo que el ojo material descubre hoy más colores que en la antigüedad, así el ojo intelectual observa en los caracteres variantes y matices que para los hombres de las edades antiguas, aun para sus poetas, no existían. Compárense los caracteres creados por un Goethe ó un Byron con los que nos ofrecen los poetas de la antigüedad. Si Homero resucitase y leyese los proverbios de Musset, seguramente no los comprendería». Pues ¿qué modificaciones no pueden operarse, á través de los siglos, en el seno de la poesía actual?

***

(1) Por ejemplo, en las *Cartas americanas*, hablando de Andrade.

(2) *La maga de mis sueños.*

(3) Véanse las excelentes notas que ha puesto Menéndez y Pelayo á esta edición de sus poesías. *(Colección de escritores castellanos.)*

La poesía de Valera la ha caracterizado admirablemente el hispanófilo Fitzmaurice Kelly diciendo que da «notas que en el estado actual de la literatura española son de singular valor: reposo, corrección, dignidad y perfección métrica».

Por eso yo creo que, pensando en su poesía, escribió el autor de *Canciones, romances y poemas* estos sentidos párrafos que tienen un aire de confesión íntima y de desilusionamiento romántico que les va muy bien (1): «No he tenido reposo ni constancia ni suficiente fe en mí mismo, no ya para realizar, mas ni para intentar la realización de mi ideal en mis escritos. Todos ellos son ligeros, inconexos, sin plan ni propósito que los ordene á un fin determinado; sin aquella limpieza, sobriedad y sencilla elegancia con que soñé y sueño». Este exagerado alarde de modestia, este deplorar la pérdida de un ideal, este *bovarysmo* de buena fe está explicado algo más adelante, cuando escribe: «Yo, que me juzgué poeta, y de los mejores, he caído en el ser de un prosista casi negativo, que no es más quien critica. Todavía tengo, á pesar de lo dicho, no sé qué vaga esperanza de escribir algo en prosa, más completo, menos imperfecto, más adecuado á mi ideal». Esto, más *adecuado á su ideal,* tal vez lo hubiera hecho en verso si hubiese sido constante y no atendiera á consejos funestos, de los que le proclamaban y querían novelista para servir á sus fines particulares.

V.—Su escepticismo.

Se ha comparado á Valera con Anatolio France, no sólo por el corte clásico de su pluma, sino también, y sobre todo, por el corte escéptico de su espíritu. Como el autor de *L'Orme du Mail,* se dice, el de *Juanita la Larga* era un escéptico refinado que sonreía de todo. Permítaseme comentar que estos señores demuestran tener un concepto radicalmente falso del escepticismo. Éste, al parecer, consiste, según ellos, en dudar de todo, en no *creer ni en su madre,* como ha dicho una persona que me es familiarmente cara. Francamente, yo no veo ahí más que un nihilismo absurdo, propio de quien no tiene cuatro dedos de frente. Deslindemos los campos: hay dos especies de escepticismo; uno, que pudiéramos llamar *ataraxismo,* optimismo cándido ó socarrón, conformidad con todo lo que aquí nos pasa, porque no tiene remedio ó porque éste es el mejor de los mundos posibles. Este ataraxismo ó quietismo filosófico es: ó un optimismo *á rebours*, insulso, ó un pesimismo negativo, que no tiene razón de existir. Emerson ha escrito: «El verdadero terreno del escéptico es la moderación. No la incredulidad, no la negación niversal ni la universal duda, la duda de la misma duda; menos aún la burla y el escarnio de lo existente y de lo bueno» (2). El *que sçais-je?* de Mon-

(1) Carta-dedicatoria de los *Estudios críticos sobre moral, literatura y política de nuestros días.*

(2) *Representative Men*, II.

taigne no es lo mismo que el *laissez faire*, *laissez passer* (1) de los impotentes, más que un grito de agonía, es como una invitación á la batalla. Ya que no sabemos nada, ya que el eterno *ignorabimus* nos hace frente, intentemos, al menos, escudriñar algo, y demos por bueno algo de lo menos malo que topemos, á través de nuestros buceos en lo Absoluto y lo Incognoscible. Así han obrado todos los verdaderos escépticos: un Pascal, apologista del cristianismo; un Descartes, sustentando las bases del edificio religioso, que parecían haberse minado con su crítica filosófica; un Kant, dejando en pie la moral pura, después de haber batido al teísmo en su última brecha; un France, que sacude su divina ataraxia, y, después de haber sido el autor de *Le Puit de Sainte Claire*, es el pamfletista virulento y equivocado de *L'Eglise et la République*. El escepticismo nihilista es una falsedad y una plaga de la filosofía: hay que apasionarse por algo; equivocada ó acertadamente, hay algo siempre que merece defenderse y algo que merece impugnarse. «La vida es realidad y es vehemencia», nos dice Longfellow (2); y éste es nuestro gran maestro de poética filosófica y el que mejor ha sabido dar á la lírica un corte filosófico, sin didactismos enfadosos. D. Juan Valera no fué de esos escépticos quietos, que necesitarían una fuerte corriente eléctrica para entrar en reacción. Fué, si no un batallador, al menos un comedido abogado de ciertas causas—y hasta de ciertas causas perdidas, como la del helenismo y la mitología. Basta leer sus estudios críticos, para no adivinar en ellos esa ataraxia absoluta de la mente que ciertos jóvenes exhiben como su más preciado galardón. Sí; los que conceptuabais como su más inalienable gloria esa impasibilidad helénica, sabed que D. Juan Valera no se sonreía de todo (porque hay ciertas cosas en las que la sonrisa sería una profanación); así le veis en sus primeros tiempos defensor del liberalismo circunstancial y moderado, del racionalismo mitigado y de un catolicismo progresista, muy de moda entonces (3), y veisle en sus últimos años sincero adorador y debelador del cato-

---

(1) Hay en la América del Norte un proverbio equivalente á éste: *let us go ahead*.

(2) Tell me not, in mournful numbers:
«Life is but an empty dream».
That the soul is dead that slumbers
And things are not what they seem.
¡Life is real! ¡Life is earnest!...
... Not enjoyment, or sorrow
Is our destin'd way:
But to act; that each to-morrow
Find us more far than to-day.

The Voices of the Night.—A Psalm of Life.

(3) Léase el estudio de la conocida obra de Donoso Cortés y el artículo titulado *De la doctrina del progreso con relación á la doctrina cristiana*. (*Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, tomo I.)

licismo unitario, casi integrista, que desde la mitad de su vida fué su doctrina favorita, como lo demostró en todos los trabajos posteriores á los de su juventud y hasta su postrera hora, en el discurso póstumo, leído poco ha en la Academia Española, sobre Cervantes y su obra. Y en cuanto á opiniones estéticas y políticas, no hablemos: las tiene, y arraigadísimas. Como él mismo escribe (en la dedicatoria, antes citada, de sus *Estudios críticos*): «Sólo diré que, al través de ciertas dudas y contradicciones, hay en mí pensamiento fijo y seguro sobre materias literarias y políticas principalmente». Bien es verdad que nunca llega en la defensa de sus opiniones á la obcecación de un Michelet, de un Pelletan, de un Castelar, grandes líricos más que pensadores. Así dice, hablando de las doctrinas del segundo, tal como éste las expone en su *Profesión de fe del siglo XIX* y en *El mundo marcha:* «De la naturaleza íntima del hombre tampoco se puede deducir la doctrina del progreso, porque no conocemos cumplidamente esa naturaleza íntima» (1). D. Juan Valera, aunque griego de carácter y de educación, cree en la eficacia del cristianismo, y cree que el progreso se hizo, se hace y se hará *con* el cristianismo, ya que no *por* el cristianismo—que es lo que le separa de sus contrincantes Castelar, Miguel Sánchez, etc. Basten estas ligeras noticias sobre la parte filosófica de sus obras—noticias que un erudito ó simplemente aficionado á la recolección de datos podrá ampliar en un estudio más extenso—para dejar á salvo la personalidad del ilustre Valera de esos ataques que se le dirigen en forma de elogios, llamándole escéptico sutil y otras finezas insultantes (2).



Concedo que hay otra especie de escepticismo: el escepticismo amargo, que se resuelve en rebeldías. Escépticos á esta manera fueron los grandes románticos, y hasta los satanistas frenéticos: Byron, Baudelaire, Espronceda, etcétera. Tenían la intuición de que el mundo está mal organizado, de que todo es perfidia, engaño, traición; de que la tumba es la única libertadora si acaso, y expresaban su escepticismo en una forma violenta y amarga; así decía el autor del *Diablo Mundo*:

ya ni en la paz de los sepulcros creo.

Un presentimiento de este escepticismo descorajado y acerbo túvolo, sin duda, el inglés Hume, reputado también por escéptico, aunque no de tan

(1) *De la doctrina del progreso,* etc. (*Estudios críticos*, I, 65 y 66.)

(2) Él deploraba esta interpretación cuando dice en la *Carta* que precede á las *Canciones, romances y poemas* que algunos comparaban su ingenio con el de Voltaire, «sin viso alguno de fundamento». Creo que en este punto yo le hago plena justicia, llamándole por su verdadero nombre y no con cómodos apelativos tomados al léxico metafísico.

fiero talante, cuando escribió desalentado: «Pienso que un sentido delicado de la moral, especialmente cuando va unido á un temperamento esplenético, puede infiltrar en un hombre el disgusto del mundo y hacerle considerar el curso ordinario de los asuntos humanos con harta indignación» (1).

No fué éste el tono espiritual de las obras de Valera, tan rebosantes todas de cierto optimismo que hasta ahora se ha dado en llamar griego, no comprendo por qué. Opuesto como era á toda queja romántica, jamás una palabra de amargura contra la vida se escapa de sus obras. Así, su ironía, producto de su suave escepticismo, no es una ironía atrabiliaria como la de los grandes humoristas ingleses Sterne, Swift, Thackeray, ni siquiera un sombrío humor alemán, sino una ironía risueña, fragante, velada, algo como un esbozo de ironía; así dice, por ejemplo, hablando de *Azul*, de Rubén Darío: «El afecto del poeta se extiende casi por igual sobre tigres y sobre príncipes á quienes un determinismo fatal mueve á matarse *recíprocamente*, como el ratón y el gato en la fábula de Álvarez» (2).



No; no pudo ser escéptico, ni lo fué de hecho un hombre como D. Juan Valera que vivió trabajando, luchando siempre; que defendió nobles ideas é impugnó extraviadas tendencias; que jamás se dejó dominar por el abatimiento intelectivo, ni aflojó las riendas para predisponerse á la pereza mental; que combatió continuamente, con ó sin recompensa, de una manera desinteresada; que, entre la frívola vida de salón, supo—en esto más que en nada semejante á Voltaire y á todos los enciclopedistas, hombres de corte— armonizar las exigencias del civismo con las satisfacciones intelectuales, ejerciendo así, en medio de las ruidosas fiestas y de la incesante actividad sin causa y sin fin que constituye la vida elegante, aquella noble virtud que Séneca diputó por la primer cualidad de un entendimiento bien equilibrado *(primum argumentum compositæ mentis existimo posse consistere et secum morari)* que, desdeñando el profesionalismo (3), con todas sus intrigas y menuden-

(1) *I am sensible that a delicate sense of morals, especially when attended with a splenetic temper, is apt to give a man a disgust of the world, and to make him consider the common course of human affairs mith too much indignation.*» *Essays moral, political and literary,* por David Hume: Ensayo XI, *Of the Dignity or Meanness of Human Nature.*

(2) *Cartas americanas,* 1.ª serie, pág. 329. Otros ejemplos semejantes pudieran citarse; pero sería extender demasiado este estudio ya bastante vasto.

(3) Una de sus teorías favoritas, y muy exacta, era aquella que expone en la polémica con Campoamor sobre *La Metafísica y la Poesía (La España Moderna,* Noviembre de 1890) cuando escribe: «El mero propósito de ganar la vida con la poesía no es sólo delito de poesía, sino indicio de que no está en su cabal juicio quien lo forma. De aquí que Alfieri, en el precioso libro que compuso, titulado *Del Príncipe*

cias ajenas á la sagrada literatura y al divino arte, vivió, sin embargo, siempre esclavo de las exigencias literarias, como un profesional; que no conoció la envidia iracunda, ni el desdén insidioso; que fué ejemplo vivo de trabajo, de sana y fresca energía, siendo en esto un perfecto observador de las reglas morales que para el trabajo dió la escuela naturalista, cuando, por boca de su maestro Zola (en su estudio sobre Balzac), declara que «el triunfo es de quien se sienta á la mesa á trabajar con más firmeza»; y que, hasta los últimos días de su vida, al cabo de cerca de sesenta años de estudio y trabajo, fué laborioso incansable, realizando así en sus postreros momentos el ideal de vejez que enaltecía Cicerón en su libro *De Senectute*, donde escribió: «*Est etiam quietè et purè et eleganter actæ ætatis placida ac lenis senectus, qualem accepimus Platonis, qui uno et octogesimo anno scribens mortuus est; qualem Isocratis, qui eum librum, qui* PANATHENAICUS *inscribitur, quarto et nonagesimo anno scripsisse dicitur, vixitque quinquenium postea: cujus magister, Leontinus Gorgias, centum et septem complevit annos; neque unquam in suo studio atque opere cessavit; qui, quum ex eo quæreretur, cur tam diù vellet esse in vita:* NIHIL HABEO, *inquit*, QUOD ACCUSEM SENECTUTEM».

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

---

y de las letras, amonesta al poeta y al filósofo para que poeticen y filosofeen á fin de hallar la verdad ó de crear ó dar forma sensible á la belleza, induciéndolos, á fin de vivir más ó menos holgadamente, si no tienen beneficio ó rentas, á tener oficio». Esto me recuerda lo del ingenioso Chamfort, *cet spirituel et damné Chamfort*, que dice en sus *Caracteres y anécdotas*: «El famoso Ben Jonhson afirmaba que todos los que se habían casado con las musas se morían de hambre, y los que las habían tomado por queridas vivían muy bien. Esto se parece á lo que oí decir á Diderot: que un literato de cordura podría ser el amante de una mujer capaz de escribir un libro, pero no debía ser el marido de la que sabe hacer una camisa. Hay algo mejor que todo esto: no ser el amante de la una ni el marido de la otra».



EL ÚLTIMO AMERICANO

(FRAGMENTO DEL DIARIO DE KAHN-LI, PRÍNCIPE DE DIMPH-YOO-CHUR Y ALMIRANTE DEL EJÉRCITO PERSA).

EDITADA POR J. A. MITCHELL

TRADUCCIÓN DE

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

IX

15 de Mayo.

Hoy corre un fresco viento del Este. Levamos ancla y navegamos hacia la parte oriental de la ciudad. Lo hice así porque Nöfühl ve que la parte superior de la ciudad es mucho más rica en reliquias que la inferior, que parece haber estado dedicada á fines comerciales. Navegamos ciñendo al viento bajo uno de los grandes monumentos del río, y cuyo significado no se atina á adivinar. Muchos rieles de hierro cuelgan de las cúspides de los edificios. Como estaban paralelos uno á otro, pensamos al principio que alguna vez habrían estado unidos y se utilizarían como puente; pero pronto vimos que estaban muy separados.

Anclamos á unas tres millas de la antigua amarra. Á una y otra margen del río, hacia el Sur, Norte, Este y Oeste, las ruinas se extendían indefinidamente, al parecer sin fin.

Estoy preocupado por Lev-el-Hedyd. Saltó á tierra y no ha vuelto. Es después de media noche.

X

16 de Mayo.

¡Gracias sean dadas á Alá! ¡Mi querido camarada está vivo! Esta mañana desembarcamos temprano y comenzamos nuestra busca en pos de él. Cuando pasábamos ante la construcción de ladrillos que lleva la inscripción

DELMONICO

oímos su voz, que respondía desde dentro á nuestros llamamientos. Entramos, y después de trepar por la ruinosa escalera, le encontramos sentado en

el suelo. Tenía una pierna hinchada, con una repulsiva dislocación, y sufría también sus magulladuras. Mientras que los demás estaban construyendo una litera en que llevarle, yo conversé con él. Las paredes que nos rodeaban ostentaban huellas de haber encuadrado alguna vez un salón de cierta belleza. Mientras vagaba así, empujé la puerta derribada de un antiguo gabinete, y vi sobre los podridos anaqueles muchos pedazos de vidrio y loza de barro de pulido trabajo. Tomando en mi mano uno, que era una pequeña copa de cristal, me aproximé á mi camarada, llamando su atención sobre su fino canto y su forma curiosa. Cuando sus ojos se fijaron en él, se abrieron mucho de asombro. También observé un temblor de su mano cuando la toqué. Entonces me contó sus maravillosas aventuras de la noche anterior; pero antes de comenzar, dijo:

—Tú sabes ¡oh príncipe! que no creo en visiones, y nunca referiría mi historia si no fuese por tu descubrimiento de esta copa. Bebí de ella la última noche, ofrecida por una mano espiritual.

Hubiera sonreído de buena gana; pero él tenía mucha prisa. Cuando hice un movimiento para sentarme detrás de él, dijo:

—Saborea primero ¡oh amo mío! las uvas que cuelgan de la pared de allá.

Hícelo así, y con gran sorpresa mía las encontré de un exquisito sabor, más delicado aún que el fruto de Persia, más dulce y de una naturaleza distinta de las uvas que yo había comido hasta entonces. Mi asombro pareció agradarle, y dijo con una sonrisa:

—Las uvas son imposibles; pero existen; ¡y aún más absurda es mi historia!

Y entonces narró su aventura.

Fué ésta:

XI

LO QUE VIÓ LEV-EL-HEDYD.

Ayer, después de la caída de la noche, cuando yo iba á toda prisa hacia el *Zlötukb*, caí sobre unos montones de piedra, dislocándome el tobillo y magullándomelo mucho. Incapaz de caminar, me cobijé en este edificio para aguardar toda la noche vuestra venida. El aullar de los lobos y otras bestias, que andaban de rapiña entre las ruinas de la ciudad, me indujeron á trepar á lo alto de la derruída escalera. Mientras así estaba agazapado en un rincón de esta sala, mis narices recibieron el delicioso olor de las uvas que estaban sobre mi cabeza. Pareciéronme asombrosamente buenas y comí con ganas. Poco después caí en un sueño que me duró algunas horas, porque cuando desperté la luna brillaba en los cielos, los aullidos de los lobos se habían callado y la ciudad estaba silenciosa.

Absorto en un ensueño, preocupado en mis pensamientos, pronto me di cuenta, no obstante, de los cambios misteriosos que se habían verificado,

como por arte mágico, á mi alrededor. Un techo decorado ornamentaba el salón. Espejos y paredes tapizadas iban substituyendo lentamente á los escuetos y desmoronados tabiques de ladrillo. Un resplandor tenue iba haciéndose cada vez más intenso, hasta que inundó el gran salón con una luz deslumbrante.

Entonces se presentó á mi vista una mesa de curiosa forma, cubierta de flores y de innumerables tazas y platos de cristal y de porcelana, como para un festín.

De pie en medio del salón, vi hombres solemnes con caras afeitadas, todos de traje negro, con vestidos que tenían aberturas triangulares en el pecho para ostentar la camisa. Estos personajes, como luego adiviné, eran criados.

Mientras yo estaba extasiado de asombro, entraron otras figuras, de dos en dos, y ocupaban sus asientos en la mesa. Estos últimos que llegaron, sesenta ó más, eran mujeres y hombres, que se daban el brazo, y las mujeres llevaban rico atavío de moda desusada y resplandecían de piedras preciosas. Los hombres estaban vestidos como los criados.

Comían, bebían y reían, y formaban un brillante espectáculo. Me puse de puntillas, y, movido por curiosidad, no hice esfuerzo alguno para resistir— porque soy denodado y no conozco el miedo,—y me introduje en el salón.

Me miraron con sorpresa y parecieron regocijarse mucho de mi presencia. Uno de los convidados, uno alto, con bigotes amarillos, se me acercó, ofreciéndome un delicado barco de cristal con un fluido.

Nosotros lo cogimos.

El joven cogió otro de la mesa, y con un ligero gesto, como si fuese un saludo, dijo en palabras que yo comprendí, aunque juro que era un lenguaje desconocido para mí: «Podemos reunirnos el 4 del mes siguiente».

Entonces bebió el vino, y yo también.

Con eso los demás sonrieron de la chanza de su camarada; todos, excepto las mujeres, cuyos tiernos semblantes hablaban más de compasión que de regocijo. El vino se me subió á la cabeza y me pareció que las cosas en mi derredor giraban y brincaban. En mis oídos resonaban murmullos de música fantástica; luego, rítmicamente, las mujeres se juntaron á sus parejas y giraron á mi alrededor con un ligero paso. Y, moviéndose con él, mi cerebro palpitante parecía bailarme en la cabeza. El mismo salón, temblando y vacilando con la melodía, se puso obscuro y tenebroso. La música languidecía suavemente...

De nuevo se hizo el silencio, y la luna contemplaba tranquilamente las murallas cubiertas de hiedra.

Caí como beodo sobre el suelo y no desperté hasta que vuestras voces me llamaron».

XII

Tal fué su narración.

Tenía un cerebro despejado y no era un embustero; pero tantas uvas en un estómago vacío, junto con la fiebre de su miembro dislocado, lo explicaban bien. . . . .

. . . .

COMIDA DE OSO ASADO.

Esta mañana, un poco antes de la tarde, Kuzundam, el segundo oficial, caminó delante de nosotros y entró en un vasto edificio en persecución de un conejo. Descendía al sótano, cuando vió delante de él un oso que trepaba atropelladamente por las escaleras de mármol. Kuzundam no es cobarde; pero se volvió y corrió como nunca antes había corrido. El oso, que parecía aficionado al *sport (whoseemed of a sportive nature)*, también corrió, persiguiendo á nuestro amigo. Afortunadamente para éste, aconteció que estábamos cerca; de lo contrario, en vez de comer nosotros el oso, éste hubiera tragado tranquilamente á Kuzundam en los lúgubres corredores de FIFTHAVENUEHOTEL. (Hotel de la Quinta Avenida.)

XIII

17 de Mayo.

Hoy un calor abrasante que achicharra las espaldas. Nos levantamos por la mañana preparados á pasar la noche en tierra y explorar la parte septentrional de la ciudad. Fué un delicioso paseo por entre el suave césped de las calles sombrías, pero en aquellos lugares que no estaban resguardados del sol éramos como un pez en una sartén. Vimos otros edificios aún más enormes y más imponentes que los que visitamos ayer. Estuvimos tentados á explorarlos, pero Lev-el-Hedyd nos disuadió muy cuerdamente, diciendo que el día se iba poniendo más caluroso de hora en hora y que convendría volver.

En la parte septentrional de la ciudad hay muchos templos con sus altas torres como pirámides delgadas, rematando con un punto. Son muy curiosas y están asombrosamente conservadas. Los interiores de estos templos no son interesantes. Nöfühl dice que los ritos religiosos de los americanos estaban desprovistos de carácter. Había muchas creencias religiosas, todas complicadas y con insignificantes variaciones unas de otras, teniendo cada secta sus templos propios y negándose á creer lo que las otras. Esto es divertido para un persa, pero tal vez fuera una cosa seria entre ellos. Un día á la semana se reunían; los sacerdotes leían prolijas conferencias morales redactadas por ellos mismos, y había música con cantores alquilados. Luego separábanse, no preocupándose del templo ni del cura por espacio de otros siete días. Nö-

fühl dice que no era un pueblo religioso y que los templos estaban casi siempre llenos nada más que de mujeres.

XIV

Por la tarde creímos necesario atravesar un vasto terreno, al parecer parque algún día y ahora selva inculta, pero con huellas todavía de amplias avenidas. Aún existía una alameda con estatuas de bronce, las más de ellas todavía en pie y en buen estado, pero muy ridículas. Lev-el-Hedyd y yo todavía creemos que eran caricaturas, pero Nöfühl sostiene que eran obras serias positivamente y que los mehrikanos gustaban mucho de cuestiones de arte.

Nos perdimos en este parque, sin que nada nos guiase en las calles de la ciudad. Esto nos vino bien, pues de otro modo hubiéramos perdido un sorprendente descubrimiento.

Ocurrió de esta suerte: Estando algo agobiados por el calor, hicimos alto en un collado para reposar. Mientras nos tumbábamos bajo los árboles, yo observé desusadas inscripciones sobre un enorme peñasco en el cual apoyaba su espalda Lev-el-Hedyd. Eran distintas de todas las que habíamos visto y, sin embargo, no dejaban de sernos familiares. Mientras las contemplaba distraídamente, se me ocurrió la idea de que eran egipcias. Nos convencimos de ello examinando la roca, y con gran asombro encontramos un obelisco de granito egipcio, cubierto de jeroglíficos egipcios de una antigüedad que ascendía á miles de años más que los más vetustos monumentos del país.

¡Verdaderamente nos pasmamos!

—¿Cuándo los egipcios invadieron á Mehrika?—dijo Bhoz-jä-Khäz con una grave mirada, como si tratase de recordar una fecha.

—Ningún egipcio oyó jamás hablar de América—dijo Nöfühl.—Este obelisco se terminó veinte siglos antes de que fuese destetado el primer mehrikano. Según todas las probabilidades, construyóse aquí como una curiosidad, lo mismo que nosotros cogimos á Persia el busto de bronce de George-wash-yn-tun.

Gastamos mucho tiempo en el monumento, y creo que Nöfühl se disgustó de no llevarlo consigo.

XV

Así llegamos á una alta torre que se sostenía por sí misma y estaba inclinada por la cúspide; allí gozamos de una vasta perspectiva.

La extensión de la ciudad es asombrosa.

Á unas millas de la ribera está anclado el *Zlötuhb*, que forma una mancha blanca en el río. A nuestro alrededor, en todas direcciones, en lo que la vista alcanza, había ruinas, ruinas y ruinas. Nunca hubo perspectiva más melancólica. El cielo azul, el claro sol, el aire suave y aromado, las gayas flores y los cantantes pájaros pusiéronme más melancólico. Parecíame un sarcasmo.

XVI

Hemos acampado durante la noche y no pude escribir más. Innumerables insectos volátiles se agruparon á nuestro alrededor con impertinente zumbido y nos mordieron hasta hacernos sufrir. Son una plaga tres veces maldita.

Digo á Nöfühl que su hermosa teoría referente á la extinción de los yahnkis es un lindo cuento para los que nunca han estado aquí.

Ningún hombre que no tuviese piel de cordobán sobreviviría á una segunda noche como ésta.

XVII

18 de Mayo.

El pobre Jä-khäz está más que malo.

Tuvo la noche pasada un encuentro con un extraño animal y su derrota fué innoble. El animal—una cosa parecida á un gatito—andaba rondando cerca de allí, cuando Jä-khäz, con raro valor y agilidad, se echó sobre él.

Y lo que ocurrió entonces, ninguno de nosotros puede decirlo con precisión. Sabemos que nos pusimos en guardia por nuestras narices y huímos. ¡Y Jä-khäz! No hay palabras que puedan describir cómo está. Lleva consigo un olor que basta para apestar á una provincia. Tuvimos que dejarle en tierra y enviarle ropa nueva.

Éste es verdaderamente un país de sorpresas.

Nuestras manos y nuestros semblantes todavía se resienten de las picaduras de los insectos, y el perfume del oloroso gatito promete no abandonarnos.

XVIII

Nöfühl es feliz. Hemos descubierto centenares de bloques de metal, de los cuales afirma que el más insignificante es la joya de un museo. Fueron encontrados por Fattan-laïz-eh en el cimiento de una alta construcción, toda cuidadosamente apoyada en pilares de hierro. El torrente de luz que arrojan sobre los modales y costumbres de este pueblo grotesco, las hace de inapreciable valor para los historiadores.

Abrigo la sospecha de que causa cierto placer á Nöfühl sentarse sobre la fría cubierta del *Zlötuhb* y contemplar á Bhoz-jä-khäz caminando á un lado y á otro entre las ruinas de un embarcadero distante.

XIX

19 de Mayo.

El aire es más frío. Grip-til-lah piensa que se presagia una tempestad.

Aún está asustado Nöfühl de la imagen de madera que ayer trajimos á bordo. Está bien conservada, con el bárbaro colorido todavía reciente. La encontraron de pie en una reducida capillita.

Cómo eran adorados estos ídolos y por qué se encuentran en capillitas reducidas y nunca en los grandes templos, es un misterio. Tiene una diadema de plumas sobre la cabeza, y estando esta tarde fumando, sentados sobre la roca, hice notar á Nöfühl que debía ser el retrato de algún noble mehrikano. Á lo cual dijo que allí no había nobles.

—Pero los americanos de buena estirpe—pregunté—¿no tenían títulos?

—Ni títulos ni buena estirpe—respondió.—Y como todos eran del mismo origen y venían á este país sencillamente á medrar más que en casa, no había nada á no ser la diferencia en la riqueza con la cual habían de elevarse á una posición más elevada. Siendo adoradores decididos del dinero, éste era una distinción satisfactoria. Pronto resultó que estas familias que poseían riquezas por una generación ó dos, substituyeron á la aristocracia. Esta clase superior se dedicaba á diversiones y pasatiempos, gastando su riqueza libremente, siendo prodigiosamente amigos de la ostentación. Su desarrollo era insignificante, y ejercían poca influencia, á no ser en las cuestiones sociales. Seguían exactamente las modas de la aristocracia extranjera. Se prestaron grandes atenciones á los nobles emigrantes de otros países. Aun parientes lejanos de gentes tituladas, eran saludados con caluroso entusiasmo.

XX

20 de Mayo.

Un viento helado del Nordeste, con una lluvia violenta. Ayer aspiramos aire caliente. Hoy estamos tiritando de frío en el traje de invierno.

XXI

21 de Mayo.

Lo mismo que ayer. La mayoría de nosotros estamos enfermos. Mis dientes rechinan y mi cuerpo está á la vez frío y caliente. Una tempestad más deshecha nunca se desató sobre un barco. Lev-el-Hedyd la llama la gritería de las voces de los setenta millones de mehrikanos que deben haber perecido en semejante temporal.

XXII

16 de Junio.

Hace muchos días que no he tocado á este diario. Una odiosa enfermedad me ha atacado, destruyendo toda energía y valor. Una especie de fiebre, y, no obstante, mis miembros estaban fríos. No lo describiría aunque quisiese.

Nöfühl vino al camarote esta mañana con alguna de sus placas de metal y discurrió sobre ellas. No respeta las inteligencias de los primitivos mehrikanos. Pensé por un momento que le había cogido en una contradicción, pero tenía razón como de costumbre. Decía así:

—Hubo grandes lectores.

—Nos habéis dicho que no tenían literatura. ¿Eran grandes lectores de algo?

—Verdaderamente lo has dicho. Grandes resmas de papel se publicaban diariamente y se recordaban en detalle todos los grandes crímenes. Cuanto más repulsivo era el hecho, más minuciosa es la descripción. Los horrores eran su placer principal. Se leían con avidez los escándalos. Estas crónicas del crimen se publicaban á centenares de miles. Apenas hubo una familia en la tierra que no tuviese una.

—¿Y ocupó esto el puesto de la literatura?

—Seguramente.

XXIII

20 de Junio.

Otra vez estamos en el mar, á dos días de Nhü-Yok. Nuestra decisión era repentina. Nöfühl, en un mal momento, encontró entre estas malditas placas un mapa del país, y con eso se sintió atacado de un irrazonable deseo de visitar una ciudad llamada «Washington». Vacilé y al fin consentí, neciamente á mi ver, porque la tripulación está anhelante por volver á Persia. Y esta ciudad está construída sobre un río. Dice que era la ciudad más hermosa, la residencia del Gobierno, la capital del país. Grip-til-lah jura que puede dar con ella si el mapa es exacto.

Jä-khäz come todavía separado.

XXIV

2 de Julio.

Estamos atravesando el río que conduce á Washington. Grip-til-lah dice que la avistaremos mañana. El río tiene un color sucio.

XXV

3 de Julio.

Vemos enfrente de nosotros las ruinas de una gran cúpula con una flecha muy alta. Probablemente pertenecen á la ciudad que buscamos.

XXVI

4 de Julio.

¡Una fecha que no olvidaremos!

Poco presentía yo esta mañana, cuando abandoné, hilar y jovial, el *Zlötuhb,* los horrendos acontecimientos que nos esperaban. Desembarqué á la tarde, acompañado por Nöfühl, Lev-el-Hedyd, Bhoz-jä-khäz, Ad-el-pate, Kuzundam el piloto, Tik'l-pälyt el marmitón, Jattan-laïz-eh y dos marineros. Apenas había comenzado nuestra marcha cuando un asombroso descubrimiento causó gran conmoción en nuestro ánimo. Hicimos alto á instancias de Nöfühl para descifrar la inscripción que había sobre una piedra, cuando Lev-

el-Hedyd, que se había adelantado, se detuvo de pronto lanzando una repentina exclamación. ¡Corrimos hacia él y allí, en el liso terreno, estaba la huella de un pie humano!

No puedo describir nuestra sorpresa. Decidimos seguir las huellas de los pies y pronto resultó que nos guiaban hacia la gran cúpula más directamente que hubiéramos ido nosotros mismos. Nuestra excitación no puede expresarse. Los que teníamos armas las aprestamos con ligereza. El sendero estaba poco gastado, pero hollado perceptiblemente. Lo bordeaban pedestales caídos y estatuas desmoronadas, y al terminarlo nos internamos en una amplia avenida entre edificios de gran tamaño y solidez, muy superiores á los que habíamos visto en Nhü-Yok. Parecía una ciudad de monumentos.

Cuando ascendíamos á la colina que conduce al gran templo y lo vimos á través de los árboles que se elevaban sobre nosotros, fuimos muy impresionados por su gran tamaño y belleza. Nuestros ojos se fijaban con admiración en las columnas macizas, con cada tajo de un solo bloque, todavía blanco y fresco como si estuviese recién tallado. Tomamos el sendero bajo uno de los arcos del edificio y salimos al otro lado. Esta parte nos pareció más bella que la que mira á la ciudad. En el centro había una fila de escaleras de magníficas proporciones, ahora cubiertas en muchas partes de hierbas y flores.

Ascendimos por estas escaleras. Cuando yo trepaba silenciosamente, siguiendo los otros, vi dos pies humanos, con las suelas hacia nosotros, reposando en la balaustrada. Con un gesto hice que Nöfühl les prestase atención, y los ojos del anciano chispearon de júbilo. ¿Fué un mehrikano? Confieso que sentí una viva excitación á la perspectiva de tropezarme con uno. ¿Cuántos eran? ¿Y cómo nos tratarían?

Mirando á mi alrededor para ver todo lo que había allí, subí audazmente las restantes escaleras y me paré delante de él.

Estaba reclinado en un curioso asiento de cuatro pies, con sus pies sobre la balaustrada, al nivel de su cabeza. Vestido de pieles y trajes toscos parecía un podenco, y me contemplaba tranquilamente, como si un noble persa fuese un huésped ordinario. Esa acogida no fué satisfactoria, especialmente cuando quedó en la misma posición sin retirar su pie siquiera. Meneó la cabeza á uno y otro lado, pareciendo eso un saludo cumplido.

La conservación de mi propia dignidad ante mis acompañantes impidióme quedar así ante un bárbaro sentado é hice un gesto para saludarle. Respondióme á esto de una manera inverosímil arrojando de su boca un fluido negruzco, derramándolo sobre la balaustrada que tenía enfrente de sí. Entonces, mirándome como si fuese á reirse, y con un rostro grave, emitió algo que no pude entender en un tono poco musical.

A esto Nöfühl, que había comprendido el significado de una ó dos palabras, avanzó apresuradamente hacia él y le saludó en su propio idioma. Pero el bárbaro comprendió con dificultad y tropezaban con muchos obstáculos para conversar, principalmente por causa de la pronunciación de Nöfühl

Después me dijo que el idioma de este hombre se diferenciaba muy poco del de los mehrikanos, como lo escribió hace once años.

Cuando, finalmente, se levantó al hablar con Nöfühl, pude observarlo mejor. Era alto y huesudo, con un cuello estirado, y me pareció á la primera ojeada que era un hombre de cuarenta años. Más tarde decidimos que era aproximadamente de treinta. Su piel amarilla y su falta de pelo le hacían parecer mucho más viejo de lo que era. Me aturdió mucho también la expresión de su semblante. Era de profunda melancolía, aunque sus ojos rebosaban de júbilo, y un ángulo de su boca estaba esbozado como en un sarcasmo. Por mi parte no me agradaron sus modales. Pareció poco impresionado por tantos extranjeros, y procedió como si fuese de poca importancia que le comprendieran ó no. Pero Nöfühl me advirtió después que hizo una multitud de preguntas referentes á nosotros.

Lo que Nöfühl recogió fué esto:

Este americano, su esposa y un viejo, eran todo lo que quedaba de su raza. El verano pasado habían muerto treinta y uno. En los antiguos tiempos había muchos millones de paisanos suyos. Era la nación más grande de la tierra. Él no sabía leer. Tenía dos nombres: uno era «Fon»; el otro lo había olvidado. Vivían en este templo porque era frío. Cuándo se construyó el templo y con qué fin, no podía decirlo. Señaló al Oeste y dijo que el país en esa dirección estaba cubierto de ciudades arruinadas.

Cuando Nöfühl le dijo que éramos amigos y le señaló en mi dirección con un cuchillo de caza de fino tallado, él alargó hacia mí su brazo derecho y lo mantuvo así. Por un momento Nöfühl contempló el brazo asombradamente, como todos hicimos; luego, comprendiendo de súbito, estrechó la mano alargada entre la suya y la movió hacia arriba y hacia abajo. Esto era interesante, porque Nöfühl me dijo que era una forma de saludo entre los antiguos mehrikanos.

Mientras pasaba todo esto habíamos estado atravesando el gran salón circular que hay debajo de la cúpula. Este salón era de enormes proporciones y todavía restaban vestigios de su primer esplendor. Adheridas á las paredes había estatuas entrelazadas de hiedra, mirándonos con ojos melancólicos. Aquí tropezamos también con un anciano muy delgado y menudito, cuya cabeza calva y cuya faz rapada casi nos movían á risa.

Á ruegos de Nöfühl, nuestro huésped nos señaló el camino para entrar en alguno de los reducidos salones, para darnos á conocer su manera de vivir, y sería imposible imaginar una mezcla más patética de gloria y de decadencia, de riqueza y de miseria, de civilización y de barbarie. Mobiliario antiguo, vajilla de plata, imágenes de bronce, hasta cuadros y ornamentos de gran valor estaban esparcidos por los salones, paralelamente con utensilios primitivos. Era evidente que las artes antiguas estaban olvidadas desde mucho antes.

Cuando volvimos al salón circular, nuestro huésped desapareció por unos

momentos en un salón que no nos había enseñado. Volvió trayendo un vaso de piedra con un borde estrecho, y le seguía una doncella que llevaba copas de cobre y estaño. Las depositó sobre un fragmento caído de la cúpula que servía de mesa.

La muchacha era interesante. Una cabeza elegante, rasgos delicados, pelo rubio, ojos azules y una gentil melancolía de ademanes que me impresionó. Si hubiera sido fea, ¡de cuán diferente manera hubiese acabado este día!

Saludámosla todos, y el mehrikano habló unas pocas palabras que interpretamos como una presentación. Llenó las copas con el vaso de piedra, y luego, diciendo algo que Nöfühl no pudo percibir, puso su copa ante su rostro con un gesto peculiar y la llevó á sus labios. Cuando esto hizo, Lev-el-Hedyd cogió mi brazo y exclamó:

—¡El gesto del fantasma!

Y luego, como si se hablase á sí mismo:

—Y esto á 4 de Julio.

Pero bebió, como todos bebimos, porque nuestra sed era grande y el olor del líquido áureo era más atractivo. Estaba más caliente que las hogueras de Selbur. Era también de gran potencia y daba á los sentidos una gran alegría. Fuimos felices por unos momentos.

Y aquí fué donde Jä-khäz hizo una cosa fatal. Estando cerca la doncella, y él muy afectado por su belleza, la saludó llamándola *Hur-almissa* (la más angelical de las mujeres); frase que, como es natural, no comprendió. Esto iba muy bien si no hubiese hecho nada más; pero luego puso su brazo en su cintura é intentó besarla. Muy asustada, trató de soltarse; pero Jä-khäz, cogiendo su linda barba con la otra mano, iba á juntar sus labios con los de ella cuando el viejo alzó su pesado báculo y lo proyectó sobre la cabeza de nuestro camarada con cruel ligereza. Este golpe en un cráneo sólido resonó en la cúpula y repercutió por los desiertos corredores.

Bhöz-jä-bhäz guiñó los ojos y vaciló.

Luego, con furia en el semblante, se precipitó airadamente sobre el anciano.

Pero entonces intervino el joven mehrikano. Aproximándose rápidamente y apretando su mano huesuda, la blandió con velocidad pasmosa y la puso en contacto con el rostro de Jä-khäz, que, con gran asombro nuestro, cayó sobre el pavimento de mármol echando sangre por las narices. Fué un espectáculo melancólico.

Poco acostumbrados á estas peleas, nos alarmamos seriamente, y tal vez le creímos herido. Ad-el-pate, robusto atleta y de vigorosa contextura, se abalanzó furiosamente sobre el mehrikano, por quien yo temblé. Pero el brazo de éste anduvo más ligero que el de aquél y Ad-el-pate cayó también. Lúgubre espectáculo ante el cual todos los persas sintieron latir su corazón aceleradamente.

Entonces Jä-khäz volvió sobre sus pasos, ebrio de rabia. Con la cimita-

rra levantada vino hacia nuestro huésped. El anciano estaba en medio de ellos. Jä-khäz, con atrevida crueldad, hundió su acero en la cabeza cana y le derribó sobre el suelo. Por un momento el joven se sintió tomado de horror; luego, cogiendo del suelo el báculo del patriarca—un pesado garrote con una punta de hierro,—dió un salto hacia atrás y, más ligero de lo que pueden decir las palabras, descargó un terrible golpe sobre la cabeza de Jä-khäz, que le hizo caer al suelo tan largo como era, con el cráneo roto.

Todo esto había ocurrido en un momento, y se siguió una confusión violenta. Mis acompañantes alzaron sus brazos y se precipitaron sobre el mehrikano. La muchacha corrió hacia adelante, ó por terror ó para resguardar á su esposo, no sé por qué, cuando una ligera flecha del arco de un marinero atravesó su corazón.

Esto dió al mehrikano la energía de veinte hombres.

Dejó exánime al pobre Kusundam con un golpe que hubiera matado á un buey. Nunca había yo concebido que existiese furia tal. Lanzó su báculo, como un rayo de los cielos, sobre los cráneos persas, avanzando siempre hacia la puerta para impedir á sus enemigos rodearle. Cuatro de nosotros, en otros tantos minutos, cayeron al suelo, como Jä-khäz; Kuzundam, Ad-el-pate, Fattan-laïz-eh, y Hä-täk, un marinero, cayó sobre el pavimento, muerto ó gravemente herido.

Tan de repente ocurrió esto que apenas pude averiguar lo que había sucedido. Corrí precipitadamente para impedir el combate; pero él, no comprendiendo lo que yo me proponía, golpeó mi cimitarra con tal fuerza que la hizo volar por el aire, y ya alzaba su báculo para acabar conmigo mismo en un minuto cuando el bravo Lev-el-Hedyd se interpuso para salvarme y le empujó rápidamente. Pero ¡ah!, el mehricano paró el golpe con mayor rapidez aún y descargó con tal ligereza su báculo sobre la cabeza de mi camarada que le hizo caer como á los demás.

Cuando cayó Lev-el-Hedyd, vi que el mehrikano tenía muchas heridas, porque mis camaradas habían hecho una carnicería salvaje. Tambaleaba al penetrar por la puerta, se apoyó en la pared un instante y me dirigió una mirada de desconfianza y de desprecio que difícilmente olvidaré. Entonces el báculo cayó de su mano; salió vacilante por el gran pórtico y cayó sobre el pavimento cuan largo era. Nöfühl acudió á socorrerle, pero ya era tarde: estaba muerto.

XXVII

Cuando cayó, ocurrió una cosa asombrosa; una cosa asombrosa, cuando la recuerdo, pero que Nöfühl y yo vimos distintamente.

Frente á las grandes escaleras y á esta puerta está una imagen ecuestre de George-wasyn-tun. Cuando el mehrikano salió tambaleándose por el pórtico, con sus manos extendidas y la muerte en el corazón, esta estatua incli-

nó lentamente su cabeza como en reconocimiento de un gallardo combate.

Acaso fué la melancólica acogida de un tan acerbo desenlace.

XXVIII

7 de Julio.

Estamos de nuevo en el mar.

Ahora vamos camino de Persia, llevando á nuestros heridos y las cenizas de los muertos; las de los naturales del país están reposando bajo el Gran Templo.

Presentaré el cráneo del último mehrikano al museo de Teheran.



REVISTA DE REVISTAS

EL DESCANSO FESTIVO EN ITALIA

La Reforma Sociale (1).

La cuestión del descanso festivo, que desde hace años agitó y agita al mundo industrial, y que en 1890 ha recibido el bautismo de cuestión general en la Conferencia internacional de Berlín — que daba un reconocimiento oficial á la necesidad para el operario de un día de descanso á la semana, — ha tenido desenvolvimiento en Italia el año pasado, interesando á la opinión pública. En 1902 eminentes hombres políticos habían manifestado su opinión á propósito de una indagación hecha por el profesor de Turín, Anselmo Giunta. Todos, salvo insignificantes excepciones, se declararon favorables al descanso. Recordaremos aquí las respuestas de algunos: Giolitti declaró que era necesario el descanso festivo á quien trabaja afanosamente; Boselli repuso que el descanso se imponía económicamente; Colajanni se declaró favorable al descanso por motivos de orden intelectual é higiénico; Ferri afirmó que el descanso será forzoso mientras dure la servidumbre de quien debe trabajar en provecho de quien no trabaja; Brentani llamó agitación *santa* á la que reclamaba este descanso. Y el autor del artículo se pregunta: Este sistema, que todos reconocen tan recomendable, ¿es realmente una viva necesidad de nuestro pueblo, una necesidad general que se impone con su fuerza irresistible y espontánea? Cuando se haya respondido á esta pregunta, podrá tenerse un concepto claro de la cuestión en nuestro país, y ver si los proyectos de ley de Cabrini, Nofri y Chiesa, que tan clamorosamente se leen en el Congreso, no fueron una tentativa precoz (2).

Además de aplicar el descanso á toda la industria, el descanso se proponía rejuvenecer de súbito el ideal del descanso festivo, sancionándolo como regla, ideal que se había de obtener poco á poco con una lenta y gradual preparación. Y por esto los proyectos sufrieron modificaciones radicales durante su gestación, por lo cual se presentaron del proyecto primitivo pocos artículos este año. Durante la discusión, llovieron de todas partes las enmiendas — como suele suceder, añado yo por mi cuenta, en todas las cosas ejecutadas en los países latinos, donde cada cual tiene

---

(1) **15 de Marzo.**

(2) Reflexione bien el lector español sobre el asunto, que se presta á muchos y variados comentarios. — *The Reader*.

unas ganas enormes de *enmendarle la plana* al prójimo, — y se pronunciaron altisonantes discursos teóricos y humanitarios — como es de rigor también entre nosotros, — pero sin aplicación práctica y de la manera más confusa, sin darse cuenta exacta de las condiciones del ambiente. Se dice que el descanso dominical degenera en holganza, si no en algo peor. Aquí está el hueso de la cuestión. Si un pueblo está tan poco preparado á una reforma que no sabe usarla, es inútil hablar de ella. Se dice, y con razón, que el descanso no debe ser ocio; y la substitución del descanso semanal al dominical sería propia para esto. Pero también el descanso dominical, según el autor, aunque sea útil y recreativo, debe tener algunas excepciones; de lo contrario, se incurriría en el extremo opuesto, en la monotonía viciosa del domingo inglés.

Aquí el autor habla á propósito del descanso para los ferroviarios, para los tipógrafos, para los periodistas, etc. ¿Es posible proponer de nuevo al Parlamento la cuestión de la sanción legislativa del reposo hebdomadario? Con estas condiciones, responde Loli-Piccolomini: 1.ª Que la presentación de un nuevo proyecto vaya precedida de una seria investigación gubernativa. Y es digna de aplauso, á este propósito, la iniciativa tomada, á fines de Marzo del año transcurrido, por el ministro Rava: ordenar una investigación sobre las condiciones económicas del ambiente, que debe preceder á la presentación de una ley sobre el descanso festivo. 2.ª Que tal proyecto sea con preferencia de iniciativa gubernamental. 3.ª Que se proceda por grados, tratando de obtener la reforma poco á poco. Y en parte se ajustaba á esta condición el proyecto presentado á la Cámara en el transcurso del año por Cabrini y otros sobre la clausura de los establecimientos comerciales en domingo, proyecto de ley decretado por el *Congreso nacional para el descanso festivo*, celebrado en Milán el 17 de Abril de 1904, por iniciativa de la Federación italiana entre la Sociedad de empleados y los administradores de haciendas privadas.

LOS PRIMEROS DÍAS DE LAS MISIONES CRISTIANAS EN EL JAPON

The Cosmopolitan (1).

El autor de este interesante artículo, *The Early Days of Christian Missions in Japon* es Adachi Kinnosuki, un distinguido japonés no cristiano, que transcribe la impresión producida en la mente de sus compatriotas por los hechos heroicos de los primeros misioneros cristianos del Extremo Oriente. El autor relata así las gloriosas hazañas apostólicas de San Francisco Javier y de sus sucesores: «En los últimos tiempos del shogunado de Assi Kaga, pocos años antes de la mitad del siglo XVI, y pocos antes de que surgiese el alba de aquel período histórico, que es acaso el mayor

(1) Febrero de 1905.

de nuestra historia, veíase caminar por las calles de Tokio á una singular y extraordinaria figura. Esbelto de formas, con el aspecto y el vestido de extranjero, su rostro llevaba las huellas del sol de los trópicos y sus ojos resplandecientes revelaban el ardor de su celo religioso; era un sacerdote jesuíta, y su nombre era Francisco Javier; los lauros de la gloria en las misiones de la India estaban aún frescos. El jesuíta misionero y hombre de Estado había leído las páginas vivas y centelleantes de Marco Polo, el cual, mientras se encontraba en la corte del Kahn de los Tártaros, anhelaba conocer el país de los Dioses, situado allende las costas de China. Y he aquí que este jesuíta misionero se encontraba en la capital del país del oro y de las perlas, descrito en las páginas del viajero veneciano». El escritor japonés añade que, cinco años después que Francisco Javier había aparecido por las calles de Kioto, surgieron en la capital siete iglesias consagradas al culto del Dios cristiano. Después cita á un historiador japonés contemporáneo, el cual parangona el progreso de las misiones de los jesuítas á la rapidez de «un incendio que devasta los campos de arroz madurò con la fuerza de un huracán». Que esta descripción de la rápida difusión del cristianismo no es exagerada, demuéstrase por el número de iglesias cristianas existentes en el Japón en el año 1583, catorce años después que San Francisco Javier puso el pie en este país. En ese año había doscientas iglesias dedicadas al culto del verdadero Dios. En el mismo año el *daimio* de Liusciú mandó una embajada á Roma, y el número de convertidos al cristianismo era de dos millones. A principios del siglo XVII comenzó una terrible persecución contra los misioneros y los convertidos. En los anales de esta persecución se conservan páginas de heroísmo y de fe que recuerdan las de los primeros tiempos del cristianismo. Pero, de distinta manera que los paganos antiguos, los japoneses destruyeron la floreciente cristiandad creada en su país. Cuando en el siglo XIX los misioneros católicos desembarcaron nuevamente en el Japón, encontraron en diversos puntos algunos descendientes de los cristianos del siglo XVII y XVIII, los cuales habían conservado por tradición la fe cristiana de sus padres, y que reconocieron en los nuevos misioneros los ministros de la religión perseguidos dos años antes.

LOS SUCESOS DE RUSIA

Contemporary Review (1).

«Los rusos tardan en uncir sus caballos, pero una vez puestos en marcha, corren como el viento.» Dillon recuerda esta frase, atribuída á Bismarck, para caracterizar los progresos del movimiento revolucionario en Rusia. El autor, que gusta de las comparaciones, emplea otra no menos pintoresca: «Rusia, dice, es el conglomerado en vidrio de Bolonia no recocido. Arrójese violentamente á tierra, golpéesele á martillazos, queda entero; pero por poco que se le raye con una punta de diamante, se

(1) Abril de 1905.

rompe en mil pedazos. Mientras la superficie permanece intacta, no hay nada que temer; pero apenas esta superficie está tallada, todas las moléculas, hasta entonces estricta y sólidamente unidas, se disgregan.» Así ocurre, según Dillon, con el cesarismo. Muy fuerte mientras ha podido mantener la cohesión de todos los elementos del gobierno y del país, se derrumba hoy que está bamboleante el régimen autocrático que le daba el prestigio superficial. Los caballos se precipitan y es difícil prever hasta dónde llegarán, pero seguramente llegarán muy lejos. Dillon estudia ampliamente las causas y las manifestaciones del movimiento. Demuestra una vez más, pero apoyándose en argumentos nuevos, que se ha iniciado el conflicto entre la Rusia burocrática y la Rusia liberal, es decir, entre lo que se llama *la Administración* y *la Sociedad*, formando ésta una asociación compacta, á la cual no falta más que la organización, y que, una vez organizada, se hará irresistible. La burocracia abriga aún el ensueño novelesco de dominar la *Sociedad* y de alentar la reforma por medio de la política. La *Sociedad*, por su parte, agota su energía en su *alma*, como dicen los eslavos. Por otra parte, hay que tener en cuenta que los obreros, entrando ahora definitivamente en la lucha, afirmarán cada vez más sus reivindicaciones. Por último, no hay que olvidar á los campesinos. Inactivos por el momento, representan el sesenta y cinco por ciento de la población y es una cantidad numérica que no puede considerarse como despreciable por las asambleas constitucionales cuando estén ocupadas en su tarea. Dillon no cree en la solución pacífica del problema ruso. Está persuadido de que no se llegará á nada con las concesiones que podría conceder el Czar. La nación rusa, según él, no entrará definitivamente en posesión de las reformas, sino apoderándose del poder. Y el autor agrega que probablemente la paz no se logrará sino con la misma condición, es decir, cuando la voluntad del país haya constreñido al Czar y al partido militarista á poner fin á las sangrientas hostilidades. El pueblo ruso está desalentado de esta guerra; pero aquel á quien el entusiasmo de antaño proclamaba el Príncipe moderno de la Paz, no quiere, en el fondo de su pensamiento, deponer las armas sino cuando haya agregado á todos sus demás títulos el de dueño y señor del Pacífico. Tiene una fe mística en el resultado de esta campaña, á beneficio suyo, y quiere la continuación de las matanzas, porque espera que los nuevos jefes del ejército la hagan entrar otra vez en el sendero de la victoria hasta Tokio. Pero ve y verá cada vez más erguirse ante sí el pueblo ruso, que comprende cada vez mejor que consentir más en seguir al Czar por este camino, obedecerle en esta locura, es ir ineluctablemente al encuentro de una catástrofe peor que el suicidio. Así, pues, las defecciones aumentan y se ha visto ya á los cosacos del Rouban responder al llamamiento de un tercer contingente con la rebeldía franca declarando que, si partían para la Mandchuria, la población masculina de la región quedaría completamente extinguida. Se ha fusilado á esos reb[illegible], como se ha hecho con los polacos de Varsovia sublevados por el mismo motivo [illegible] estas medidas parciales no hacen sino exasperar más la resistencia. Ésta se pr[illegible] y es un alimento de más para el partido revolucionario cuyas filas se engrosan [illegible]ra bien: el Czar, ciego y sordo, parece no tener conciencia de la situación. [illegible]dor de él nadie se la hace conocer en su realidad, y, como nos dice Dillon, [illegible]

bargo, se aproxima el momento en que tendrá que lanzar el grito de desesperación: «La mitad de mi imperio por un hombre de Estado».

EL PROBLEMA AUSTRIACO

Fortnightly Review (1).

El problema austriaco á que se refiere la cuestión de los magyares preocupa á muchos hombres políticos, y Sir Rostland Blenkerhasset hace ver su importancia recordando cuáles han sido, desde la ley fundamental de 1867, es decir, desde hace cerca de cuarenta años, las consecuencias de la agrupación de los países y pueblos diversos bajo la denominación de monarquía austro-húngara; una colectividad sin cimiento durable. El autor hace notar, sin embargo, que si el porvenir del imperio depende del reglamento definitivo de las elecciones de Austria con Hungría, no es la cuestión más difícil de resolver el dualismo austro-húngaro. La cuestión tcheca es un factor más grave en sus destinos, y para darse cuenta de eso hay que dirigir una ojeada retrospectiva. Hoy día está aplacado el antagonismo tcheca. No hay ya en Praga deseo de arrogarse un gobierno independiente, como tampoco de entablar relaciones íntimas con Rusia. Sin embargo, no puede negarse que en el reglamento definitivo, si hubiese reparto de los Estados austro-húngaros entre vecinos, los tchecas, antes que dejarse absorber por Alemania, preferirían la anexión al imperio ruso. Lo que está fuera de duda es que el dualismo actual no podrá subsistir; pero entre tanto que esta hora psicológica suena, es ya tiempo de comprender que su oficio no puede consistir más que en presidir lealmente y con equidad á las evoluciones de las razas distintas reunidas bajo su cetro. La catástrofe que amenaza á Rusia podría brindar á Austria el puesto de campeón de la libertad y del orden en la Europa del Sudeste, llegando á ser en el concierto europeo el portavoz de las nacionalidades eslavas. Ahora bien: para conseguir estos resultados, es preciso ante todo dar satisfacción con urgencia á los tchecas. Éstos no reivindican un *home-rule* (gobierno indígena) como los irlandeses. Los patriotas tchecas proclaman su adhesión al imperio austriaco, pero afirman que su grandeza depende de la libertad que debe á todas las naciones de que es árbitro.

EL ALMA CABALLERESCA DEL JAPON

La Revue (2).

Este alma, dice el coronel Emerson, se expresa en una sola palabra: ¡*Bushido*! La traducción literal es: «Reglas de conducta de los guerreros», es decir, «deberes de la caballería», ó más brevemente «caballería». *Bushi* es un término chino-

(1) Abril de 1905.
(2) 1.° de Mayo.

japonés que significa centinela, escolta, como en inglés *Knight*, y en alemán *Knecht* en su acepción primitiva (hoy estas palabras significan *caballero*). Entre los japoneses es sinónimo de *Samurai*, «el hombre de dos sables» del Japón feudal; pero después se ha aplicado á todos los combatientes japoneses de los ejércitos de mar y tierra. «El alma del Japón»; y tal es el sentido que dan á la palabra *Bushido* distinguidos escritores como el barón Suyematsu y el doctor Inazo Notibé. Sería acaso mejor traducirlo por «el espíritu del Japón». Se dice también *Yamato Damashii* para expresar la idea de «espíritu del Japón». Pero esta expresión es simbólica, hace alusión á la flor del cerezo, que es también el emblema de la marina japonesa. He aquí, á este propósito, una cita del poeta Motoori:

Islas benditas del Japón,
si extranjeros intentan penetrar el espíritu de Samato
decidles esto:
la flor del cerezo se desarrolla, salvaje y perfumada,
bajo los rayos rosados del sol levante.

El *Bushido*, si hemos de creer á los japoneses, es lo que les ha valido sus éxitos pasados y lo que les vale sus victorias actuales sobre Rusia. Esta convicción, que profesa el Estado Mayor general, ha intentado expresarla el mariscal Yamagata remitiendo á los corresponsales de la guerra y agregados al ejército japonés un ejemplar, en una edición de lujo, del famoso libro del Dr. Nitobé sobre el *Bushido*. En este libro, escrito en inglés, el autor escribe: «Se ha dicho que el Japón ha salido victorioso de su última guerra, gracias á sus cañones Krupp y á sus fusiles Murata, y se agregó que este éxito es debido á los estudios militares modernos. Todo eso no es cierto más que á medias. Los cañones y los fusiles más modernos no tiran solos. El sistema de educación militar más perfecto no puede hacer de un cobarde un héroe. No; las batallas en el Yalú, en la Corea y en la Mandchuria fueron ganadas por las almas de nuestros padres que guiaban nuestros brazos y palpitaban en nuestros corazones. No han muerto esas almas, los espíritus de esos guerreros antepasados nuestros. Los que tienen ojos para ver pueden verlo claramente. Nuestros hombres, aun teniendo las ideas más modernas, conservan íntegras en su corazón todas las tradiciones del pasado. Con razón decimos: *Rascad un japonés y encontraréis un* SAMURAI.»

«El *Bushido*, añade el articulista, fué quien conquistó á Puerto Arturo. El más decidido partidario del *Bushido*, si se ha de creer á los japoneses, es el general Nogi. Entre los *bushi* del Japón que han descollado durante la guerra rusa, el general Nogi no ha tenido más que un rival de un valor igual al suyo, el comandante Takeo Hirose, que dió su vida para salvar á uno de sus hombres, en una tentativa desesperada de Togo para cerrar la entrada de Puerto Arturo. Hirose fué quien compuso para su muerte un canto de cisne dirigido al «Sol Levante» y á «las Flores del cerezo», del Japón. Él fué también quien introdujo una novedad en la vida militar escribiendo, desde el campo de batalla, cartas á sus amigos de Rusia, manifestándo-

les cuánto sentía que su amistad quedase interrumpida por la cruel explosión de la guerra. Probablemente Hirose debió renunciar también á una joven á quien amaba porque era rusa y la guerra con su país era inevitable. Este mismo héroe popular, como suprema distinción, era un campeón del *Jiu-jitsu*, el juego nacional del Japón. A su muerte, toda la nación se vistió de luto y su nombre fué grabado en el templo de la fama, como uno de los dioses de la guerra del Japón. La afirmación, hecha al morir, de que resucitaría siete veces para combatir por las generaciones futuras del Japón, ha sido acatada con fe ciega por su nación.

El general Nogi, aunque no está en la primera juventud ni tiene el encanto y el ardor romántico que distinguían á Takeo Hirose como el marino poeta de su raza, no por eso deja de ser considerado, en el sentir de todos los japoneses, como el rival de todos los héroes. También es un poeta y un practicante del *Jiu-jitsu*, así como un guerrero. Además es un campeón entre los partidarios del sable y un aficionado á los caballos, predilección más rara entre los compatriotas, que son generalmente hombres de mar. Á este propósito se dice que sus caballos de batalla están mejor alojados que su familia; dícese también que, cuando vivían sus hijos, era capaz de tenerlos á los dos en jaque en juegos de esgrima con sables de *Samurai*. Sus proezas como luchador, según las reglas del *Jiu-jitsu*, datan de su juventud, cuando, durante la guerra de la Restauración, habiendo recibido un sablazo en la pierna, consiguió vencer, en una lucha cuerpo á cuerpo, á dos de sus adversarios, que arrastró consigo á un río y sólo él se salvó. Como poeta, hubiera sido notable, aunque no fuese más que por la corta y conmovedora poesía que compuso ante Puerto Arturo, después de la muerte de su hijo mayor. Esta poesía ha llegado á ser después un canto fúnebre y guerrero de los más conocidos del Japón; está concebida en estos términos: « Desolado y triste es el aspecto que hiere la vista en el campo de batalla, donde ha tenido lugar recientemente una carnicería en una extensión de muchas leguas. El aire exhala aún el olor de su sangre que humedeció la tierra. Y al detenerme ante la fortaleza de Kinchow, á los rayos del sol poniente, me faltan palabras para expresar mis pensamientos. Ya lo veis; hasta mi bravo corcel de guerra inclina la cabeza ».

Innumerables poemas han cantado la gloria de Nogi y de sus hijos muertos en el campo de batalla. He aquí uno que ha recibido de su país natal de un desconocido que simpatiza con él: « El hijo mayor era el más bravo de los bravos, era Katsunori. El segundo, Yasunori, era á la vez valeroso y decidido. Su padre, el general, se llamaba Akinori. Era firme é indomable. Cuando uno ha sido llevado á tu casa, retarda sus funerales, espera que los otros dos sigan y entiérralos á los tres en una tumba. Morir combatiendo es la suerte común á todos los guerreros. Allá, en Nashan, en el ardor de la lucha, el hijo mayor ha caído haciendo frente al enemigo. Después, en Puerto Arturo, cuando los obuses silbaban, la rama segundona fué rota y arrancada del viejo tronco ». La historia de la caída de Puerto Arturo, agrega el coronel Emerson, no se contará jamás á las generaciones futuras del Japón sin los heroicos hechos de armas de los tres Nogi.

« Ahora bien, ¿cuáles son los principios del *Bushido*? Esta cuestión es tan difícil

de resolver *ex abrupto* como lo sería la explicación en algunas palabras de la esencia de la caballería de los países de Occidente. Todo lo más que se puede hacer es citar los ejemplos de algunos de los héroes japoneses más famosos que pasan por haber personificado el *Bushido*, como Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, personifica la caballería francesa.» Estos ejemplos, celebrando la verdad y el sentimiento del honor, son innumerables y necesitaríase un grueso tomo para reunirlos. Limitémonos á echar una ojeada sobre la educación de un *bushi*.

En la época feudal del Japón, comprendía la esgrima, el tiro de flecha, el *jiu-jitsu*, el *yawara*, la equitación, la táctica militar, la escritura, la poesía, la música, la historia y la moral. El *yawara*, ese noble arte japonés ó defensa de sí mismo, es una combinación de lucha, de boxeo y de patadas. El objeto capital, en el *yawara*, es dejar al adversario fuera de combate dándole, con el puño ó con el pie, un golpe que le aturda, dejándole insensible ó haciéndole tener una caída peligrosa. La escritura, ó mejor dicho, el arte de escribir, ha hecho en el Japón progresos extraordinarios. Además de los antiguos caracteres chinos, que abarcan muchos géneros, hay en el Japón dos clases diferentes de caracteres ideográficos: el *Katakana* y el *Hiragana*, á los cuales deben agregarse las mezclas de los caracteres chinos y japoneses, tales como el *Kana-manari* y el *Kana-tsuki*. Como cada carácter ideográfico tiene una significación y forma muchas veces jeroglíficos, estos caracteres tienen un valor artístico propio, variando en perfección según el talento del autor. Así hay un proverbio popular en el Japón que dice que se puede juzgar de un caballero por uno solo de los caracteres que ha escrito. Se observará que la educación militar de los japoneses, en tiempo del feudalismo, desdeñaba una de las ramas más importantes de la ciencia militar moderna, las matemáticas. Los antiguos *Bushi* tenían á gala no saber contar—sobre todo el dinero,—exactamente como los caballeros de la Edad Media en Europa que desdeñaban el estudio de los libros. Los hijos de los guerreros japoneses eran educados de manera que permaneciesen ignorantes hasta del valor de las diferentes monedas. Los nobles dejaban todas sus cuestiones de dinero á cargo de sus intendentes, que, en la escala social, ocupaban un puesto inferior al del último de los *samurais*. Hablar de dinero era cosa de hombres sin educación. Después, todo ha cambiado y las matemáticas han ocupado un lugar importante en la educación militar japonesa.

La parte más importante de la educación de un *bushi* era la moral ó lo que llamamos la ética. Su dominio es tan vasto que podrían consagrársele volúmenes. El doctor Inaso Notibé ha escrito ya un libro sobre este asunto. Como él ha hecho notar, la base fundamental de la moral del *Bushido* consiste en las enseñanzas de Budha y en el culto de los héroes y de los antepasados, ó del *Shinto*, que es la religión nacional del Japón. Así se ensalzan excesivamente la verdad y la lealtad dogmas esenciales del budhismo, así como las más altas virtudes del *bushi*; á su el valor físico no es más que una cualidad exigida del simple soldado. «El verd valor consiste en hacer lo que se debe», dice un proverbio del *Bushido*. Un prin de Mito decía: «El payaso más vulgar puede precipitarse en lo más terrible batalla y ser muerto. Se necesita un verdadero valor para vivir cuando la

penosa, y para no esperar la muerte sino cuando se debe morir. Así el *Samurai* tenía palabras especiales para *el valor de un caballero* y para *el valor de un malvado*. La muerte de un hombre que sucumbía por una causa indigna se llamaba *la muerte de un perro*». Se enaltecía más que nada la verdad y la franqueza. «La verdad, decía un antiguo *daimio* famoso, es necesaria para conservar el carácter de un *Bushi*, como el esqueleto es necesario á nuestros huesos. Así como no podríamos tenernos de pie sin el auxilio de nuestros huesos, así el simple valor, la erudición ú otras cualidades notables no bastan para hacer de un *samurai* un hombre completo.» Otro, menos célebre, al exponer los principios del *Bushido*, define la verdad: el poder de una voluntad honrada. He aquí cómo expresa su pensamiento: «Ser franco consigo mismo como con los demás, es desarrollar una fuerza que no vacila en hacer la cosa deseada y en el tiempo deseado, en luchar cuando se debe luchar y en morir con bravura cuando ha llegado el tiempo de morir».

Hoy día — concluye el articulista —hay en el Japón una tendencia moderna, entre algunos profesores de origen extranjero, á deplorar la existencia del *Bushido*, con sus principios añejos de venganza por la sangre y del *Hara-kiri*, tan antiguo como lo era el ceremonial del sable y del tiro de flecha. Así el profesor Shiga, de la Universidad de Tokio, en un artículo sobre la toma de Puerto Arturo, dice: «Los preceptos del *Bushido*, la bravura individual; todo eso no es nada sin el auxilio de la ciencia moderna». Eso es evidente; pero el profesor hubiera expresado con más verdad los sentimientos reales de su pueblo si hubiese dicho que la ciencia moderna sola no es nada en la guerra sin la bravura individual estimulada por una educación como la del *Bushido*. El *Bushido* es la fuerza que ha vencido en la guerra con China. Los buques de guerra chinos, que fueron destruídos en la embocadura del Yalú, eran tan modernos y estaban tan bien equipados como los de los japoneses, y sus balas no eran menos destructoras. Además estaban mandados por europeos. El *Bushido* fué el que dispersó la flota de Wityeft, tan fuerte como la escuadra de Togo, é hizo entrar al príncipe Dukhtomsky en Puerto Arturo. Los que conocen bien la marina rusa han declarado que los rusos no tenían esperanzas de derrotar á los japoneses por mar sino oponiendo dos buques á cada unidad del enemigo. Esto es un testimonio rendido al *Bushido* japonés, tan sincero como las palabras de Kouropatkine insistiendo en la necesidad de asegurarle una superioridad númerica, si se quería que pudiese ganar una batalla en la Mandchuria. Lo que yo he visto del espíritu del soldado japonés en el campo de batalla me hace creer que el *Bushido* caerá en desuso lo mismo que el *kara-kiri* y a venganza por la sangre, ya casi completamente suprimida por el codigo criminal moderno; pero el espíritu del *Bushido* seguirá siendo una fuerza viva en el Japón, mientras conserve las virtudes ideales del soldado: el valor, la energía de carácter, la lealtad, la cortesía, la generosidad, la modestia, la rectitud, la franqueza y el honor militar.

EL TEATRO POÉTICO

Mercure de France (1).

«Los gestos de la juventud de hoy, dice Carlos Meré, son al parecer más voluntarios y menos suntuosamente inútiles que aquellos á los cuales nos tuvo acostumbrada la juventud de ayer. ¿Sería un despertar de nuestra raza que, adaptando por fin sus energías á las mil formas de la actividad moderna y libertada de todas sus autoridades, aspirase á otras glorias? De todos modos, los poetas á quienes atañe expresar las altas tendencias de su época y que son el eco sonoro de sus pasiones y de sus pensamientos, los poetas magnifican la vida, después de haber ensalzado su reconciliación con el sueño. La poesía francesa parece animada de esta inspiración serena. Todos los poetas nuevos, desde Madame de Noailles á Fernando Gregh, y de Paúl Souchon á Saint-Georges de Bouhelier, sueñan con una poesía más objetiva y viviente. Nos revelan las bellezas conmovedoras del Universo y desdeñan darnos en su arte y en prosa estrictas y efímeras fórmulas. Después de tantas neurastenias intelectuales y morales, sean bien venidos esos líricos neo-románticos, si queréis, románticos á la manera de Hugo, llenos de salud y que nos restituyen la forma popular del clasicismo latino. Esta preocupación del amor, más bien que de la literatura; esta comprensión de los vínculos invisibles y fuertes que enlazan al hombre con los demás hombres y con las mil cosas familiares ó infinitas del mundo, ese amor de las nobles realidades, no podían dejar de ser los factores de un renacimiento del teatro poético. Porque el teatro, ¿qué otra cosa es que una representación convencional de la vida?; y si fuese de alguna utilidad definir el teatro poético, ¿cómo mejor salir del paso que llamándolo «la Poesía de la Vida en acción?»

Puesto que el público es rebelde á leer los versos, es preciso que los poetas se los hagan oir. No es con un fin interesado, sino con un fin sagrado. Los poetas son apóstoles inconscientes. Si no les es dado cumplir su misión radiante, sufren mucho menos en su amor propio que en su instinto insatisfecho, en su destino frustrado. Un poeta que no se lee, un poeta sin público, es el enamorado de una amante que no existe más que en sueño; es un hombre sin descendencia. Los poetas han asaltado la escena y pedido el auxilio del actor, recitante de versos, poeta en acción.

Por más que se diga, nunca hubo época «más fértil en milagros». Si los gloriosos antepasados del teatro poético, Corneille, Racine, Molière, Víctor Hugo, Vigny, Musset, Banville, Leconte de Lisle, reviviesen, se extrañarían de que en presencia de esa floración de poesía dramática se desesperase del porvenir de este arte. Los celadores de la rima y del verde laurel no desesperan de conquistar la gloria y hasta la fortuna; saben que el teatro en verso es por excelencia el teatro del pueblo. El genio poético y el pueblo tienen la misma ingenuidad, el mismo ideal. ¿Qué forma es, en efecto, más propia para arrebatar á la multitud que el verso, esa forma alada

(1) 1.º de Mayo de 1905.

que anula todos los prosaísmos y fuerza la atención con su ritmo cadencioso? El verso dramático suspira la elegía, sopla el lirismo ó clama la epopeya; es la flecha que se clava en todas las memorias y es la frase musical que canta en todos los labios. El teatro en verso es el teatro de los grandes éxitos. Sin hablar de los dramas de Hugo, ¿es necesario recordar los triunfos del *Chemineau*, de *Cyrano de Bergerac*, de *L'Aiglon*?

Á la comprensión de estas ideas responde el movimiento iniciado en Francia por Bour, director de los Bufos Parisienses, y secundado por Mauricio Magre, el poeta lírico autor de *L'Or;* por Luis Payen, poeta lírico que organiza recitaciones poéticas hebdomadarias, y por Valmy Baisse, el autor de *Imperia.* Este teatro ha dado obras de Richepin, Alberto du Bois, Luis Payen y Allou. El estreno inaugural ha sido una tragedia de Paul Souchon, *Phyllis.*

Paul Souchon no es el poeta de una escuela ó de una secta. Su obra no es el producto de la educación; es la resultante armoniosa de la herencia. Pudiera decirse de él lo que Lamartine decía de Mistral, que ha nacido, como Deucalión, de un guijarro de la Crau... Es un provenzal de pura raza, noble, familiar, que evoca un linaje de antepasados de perfil jupiteriano.

Les yeus fermès il voit dans son sang le soleil.

Así, su idealismo aborrece el misterio y la sombra. Los contornos de sus pensamientos son nítidos y luminosos. Hemos leído de él *Elevations poetiques*, *Elegies parisiennes*, *La Beauté de Paris;* está próximo á publicarse *Le soleil natal.* Un amor sereno de la vida y de las felicidades del momento se observa en estos poemas, junto con una viril y tierna sensibilidad. Sus estancias son de forma clásica, de estilo sobrio, sometidas á la disciplina de un arte muy seguro de sí mismo, y, á pesar de todo, bañadas de luz. Un poeta lírico de esta suerte, es decir, prendado de las realidades, maestro de una ciencia tan ardua como la del verso; un poeta que no sacrifica nada á la manía romántica de la confidencia, y cuya inspiración es más impersonal que subjetiva, puesto que no reduce la percepción de todo el universo á su estado de alma, puede servir de gran auxilio á la poesía dramática. Su imaginación clara, y que no está obstruída por sueños brumosos; su tendencia á simplificarlo todo, su aversión por el misterio y el equívoco, su gusto muy clásico de la razón y de la lógica, son las cualidades primordiales del hombre de teatro.

En el elocuente prefacio que pone al frente de su tragedia, escribe: «Es indudable que actualmente la tragedia clásica y el drama romántico no corresponden á nuestra sensibilidad... El drama en verso moderno estará, pues, alejado de estos dos tipos extinguidos, que, sin embargo, deberá continuar en parte. Paréceme que, en estas condiciones, el drama en verso que deseamos, reproduciendo en sus grandes rasgos y sin preocuparse de Aristóteles la forma y la sólida construcción clásica, y al mismo tiempo la libertad de asunto y el bello arranque romántico, debe tener en cuenta ante todo la *poesía*, que es su madre y que como un resplandor está diseminada sobre los seres, las ideas, las cosas; la poesía del hombre en la naturaleza, la poesía del hombre en la sociedad, la poesía del hombre en su propio pensamiento.

Así, pues, la atmósfera del drama nuevo será la poesía. Nuestra sensibilidad, aguzada por el tiempo admirable en que vivimos, no podría contentarse con la sola expresión musical. Pide más claridad, más precisión, y está dispuesta á encarnar en el drama poético». En efecto; á fin de que la tragedia se perpetúe, es necesario que una fuerza nueva la recree. Esta fuerza la encontraremos en nosotros mismos. La sensibilidad moderna, estremecida y exaltada hasta en sus incoherencias, usa del lirismo como de un medio familiar de expresión. Los grandes poetas románticos han tenido, «como las grandes montañas, muchos ecos». Veamos cómo otro gran poeta trágico de hoy, Joaquín Gasquet, ha expresado esta idea. «Hay que unir, dice, al realismo el lirismo purificador». Toda la obra de estos poetas es una paráfrasis del verso de Andrés Chenier:

Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques.

Por consiguiente, es de esperar que tenga días gloriosos el *Teatro de Arte*, gracias á los poetas que acaban de ofrecerle el apoyo de sus vivificantes energías. El *Teatro de Arte*, que será con sus múltiples aspectos de teatro trágico, heroico, cómico ó fantástico, el teatro poético por excelencia. «Porque ¿no es también teatro poético, concluye Meré, la tragedia de espíritu metafísico cuyo vigoroso renovador es Peladan y cuyo magnífico sentido ha expresado Gabriel Boissy, ó la tragedia de formas modernas, aún incompletamente realizada, pero cuyos principios han expuesto magistralmente Paul Hervieu, en Francia, y Gabriel D'Annunzio, en Italia y, por último, la comedia literaria á la cual consagran su talento Porto-Riche, Bataille y Edmundo Sée?»

LAS ASPIRACIONES DE ALEMANIA EN LA POLÍTICA EXTRANJERA

North American Review (1).

Para comprender la posición de Rusia en relación con la paz y la guerra, dice Arnold White, es también necesario comprender la posición de Alemania, la aliada grande, despótica y militar de la potencia septentrional. El peligro real de Europa consistía en la actitud presente de Alemania para con Rusia. Alemania es la única nación de Europa que tiene algo que ganar con la guerra. Es un hecho muy conocido que el Kaiser se ha inclinado, durante los últimos meses, á una declaración de hostilidad en varias direcciones. La diplomacia alemana, y todavía más la prensa, ha hecho todo lo posible para exacerbar las relaciones de Inglaterra y de Rusia, de Rusia y de Francia, de Inglaterra y de Francia, de Rusia y de los Estados Unidos. Los sentimientos de los campesinos rusos han sido inflamados contra la Gran Bretaña por los *tchinorniks*; los sentimientos de los *tchinorniks* han sido inflamados contra la Gran Bretaña por los grandes duques; y los intereses de los grandes duques han

(1) 15 de Abril.

sido invocados por la diplomacia alemana con habilidad consumada contra los intereses de Bretaña y en los Estados Unsdos. Se debe á la intriga alemana en Madrid el que Francia y España no pudieran llegar á un arreglo serio y definitivo respecto á Marruecos y se vieran obligadas por ahora á aplazar la cuestión. La aspiración inmediata de Alemania es la ocupación de Holanda; porque, por ese medio, surge de una vez un imperio colonial, que sólo será superado en riqueza por el de la Gran Bretaña; y este imperio se agregaría á las posesiones de los Hohenzollerns. La ocupación de Holanda hubiérala llevado á cabo Alemania si no se hubiese acordado una *ententé* con gran prisa entre la Gran Bretaña, Francia é Italia. La amistad reciente entre Francia é Inglaterra no surgió del repentino descubrimiento de que cada una admirase los lindos ojos de la otra, sino de la resolución de conservar en Europa el actual estado de cosas, y, por consiguiente, de declarar la guerra á Alemania antes que consentir que se anexionase los dominios de la reina Guillermina y que las tropas alemanas los penetrasen ó los ocupasen.

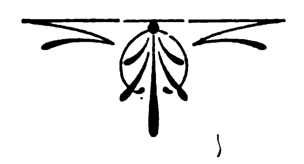
Más adelante, después de estudiar la decadencia del militarismo, la influencia judía en Alemania y la personalidad del emperador Guillermo, así como sus amigables relaciones con Roosevelt, Mr. White agrega: «Con los Estados Unidos neutrales, Rusia amiga, Francia impotente é Inglaterra ciega, la situación es favorable para excitar á una parte de Alemania. Por primera vez desde el nacimiento del Imperio ruso en Versalles, Alemania no tiene nada que temer de Rusia. La Gran Bretaña, con increíble indolencia, ha olvidado las lecciones de la guerra boer. Su hacienda está desorganizada; no tiene ejército digno de mencionarse, y su flota, aunque numerosa, está armada en su mayor parte con cañones que el almirante Togo denuncia en informes secretos al Almirantazgo japonés como *inútiles en la guerra moderna*. Lo más cómodo para Alemania es encontrar medio de azuzar una contra otra á la Gran Bretaña y á Rusia; y en este sentido ha hecho lo que pudo. Por ahora ha fracasado; pero no hay razón para suponer que no puede otra vez tener éxito esta irritación de envidias anglo-rusas».

«La segunda aspiración del emperador alemán se dirige á Holanda. No cabe duda de que en ese caso Francia, para poner á salvo sus intereses, movilizaría sus fuerzas lo más pronto posible. Pero ¿cómo Francia atacaría á Alemania? Sólo hay dos líneas de ataque para los franceses (ambas intercaladas en terreno neutral): una pasa por las montañas de Suiza, la otra por las llanuras de Bélgica. Surge la cuestión de si los belgas dejarían paso libre al ejército francés, que es todavía el mejor de Europa. Si sólo Alemania y Francia estuviesen intrigadas en eso, la respuesta sería dudosa. Estando interesada la Gran Bretaña, la respuesta no debe dejar lugar á duda. Bélgica y los belgas odian á Inglaterra y á los ingleses. La antipatía de los belgas por los ingleses es insensata y obedece principalmente á que la prensa británica ha atacado con justicia la horrible administración del Estado del Congo. El ejército belga no es despreciable en manera alguna, desde el punto de vista militar, y si defendiese el territorio belga contra franceses, las tropas alemanas tendrían tiempo de sobra para entrar en Holanda y ocupar los puntos estratégicos. Si el ejército inglés estuviese dispuesto á la hora de recibir la noticia á embarcar para

Holanda y apoderarse de los puntos estratégicos, dando tiempo así al ejército francés á vencer la resistencia belga, Alemania no se atrevería á aprovechar la ocasión favorable que ahora se presenta. Pero no es fácil. La cuestión. pues, es hoy: ¿atacará el Emperador á Holanda? Parece que encuentra algunas dificultades en tomar esa determinación y que juzga necesario, antes de dar un nuevo impulso, tomar el pulso á sus vecinos rusos é ingleses. Si el Kaiser vacila mucho, puede perder su oportunidad, y aunque desee un estado de cosas más favorable que el existente actualmente para la realización de sus proyectos, es poco probable que esto ocurra.»

Y después de algunas consideraciones generales sobre la guerra moderna y sobre el caballeresco espíritu japonés, representado por el *Bushido* (véase la reseña del artículo del coronel Emerson publicado en la *Revue*, con quien White coincide), el articulista concluye: «Alemania representa hoy la guerra, y Alemania debe ser estrictamente vigilada y reprimida. La expansión de la población alemana, la imposibilidad de extensión hacia el Sur, hacia el Este ó hacia el Oeste, necesita la toma de Holanda ó de las colonias. Antes de que el destino inapelable de Inglaterra sea luchar con Alemania, deben desaparecer en la primera los prejuicios anti-rusos y el público inglés debe examinar su antipatía hacia Rusia y su simpatía por el Japón.»

THE READER.



REVISTA BIBLIOGRÁFICA

Sobre el Estado y la Iglesia, por *F. Alvarez Rodríguez Villamil.*—Madrid, 1905.

Adolecemos los españoles de cierto vicio hijo de nuestra inconstancia, de nuestro mariposeo intelectual. Es tal vicio el de suponer abatidas las cuestiones más arduas é interesantes cuando mucho se ha escrito y perorado sobre ellas. Y como aquí se escribe y se perora de lo divino y de lo humano exorbitantemente, resulta que todo se queda en palabras, y ¡naturalmente! si un día y otro le hablan á uno de regeneración, de *europeización*, de saneamiento de moneda y de rupturas con la Iglesia, concluyen por aburrirle estas frases hechas, y por hacerle sonreir. Sonreir; pero ¿hay motivo para ello? Á pesar de asenderear atrozmente los tópicos de la regeneración, no nos regeneramos. Lo de europeizarnos, ya constituye una muletilla, y, no obstante, continuamos tan autóctonos como de costumbre. Y lo de sanear la moneda, casi nos parece un chiste, cuando la peseta no puede con su anemia. Estas reflexiones me las sugiere un breve libro que tengo ante los ojos, cuyo título reza *Sobre el Estado y la Iglesia.* Y pienso que su autor—el Dr. Álvarez y Rodríguez Villamil—debió dudar un poco antes de manchar las primeras cuartillas de su obra; de seguro se dijo que era un «tema gastado», un asunto «muy trillado», que «no podía decirse de él nada nuevo». Pero el Sr. Rodríguez Villamil, á lo que se ve, es poseedor de una buena fe que le pone por cima de estas cosas, de estos «juicios críticos» del público. Él debió responderse que mientras en España sea la clerecía quien domine, los hombres de su temple, los separatistas convencidos, no deben callarse, sino gritar, gritar muy alto, que este abrazo tan estrecho de la Iglesia y el Estado debe terminar en un abrazo de despedida para siempre. Y el Sr. Rodríguez Villamil, en consecuencia, clamó por esta separación en un discurso fogoso, elocuente y documentado, que pronunció en el Círculo Liberal Democrático en el año de 1903. Este discurso impreso—segunda edición, 1905—es el libro del que voy hablando. ¿Qué pide en él el Dr. Alvarez? Ya lo he dicho: la separación absoluta, terminante, inminente, de la Iglesia y el Estado españoles. Esto es cuanto pide, y como la petición no es de las más pequeñas ni de las más factibles, se justifican sesenta y cuatro páginas de muy exquisita y castellana prosa, exornando esta demanda imperatoria, dorando esta píldora algo difícil de tragar por el anginoso gaznate nacional.

En verdad que el autor sabe dorarla, porque maneja envidiablemente la pluma, y son sus párrafos sonoros, brillantes, correctísimos. Esto es lo primero que he echado de ver con la lectura de este libro: que el Sr. Rodríguez Villamil es bastante más que miembro de la Juventud Democrático-Radical»; es bastante más, también, que «joven sociólogo» y «futuro estadista»; el Sr. Rodríguez Villamil es, sencillamente, un literato, y un buen literato, con su estilo propio muy bien depurado y consciente. Se trata de un estilo no muy en boga ahora; es un estilo vehemente, cálido, tal vez ampuloso, con sus muchas imágenes, con su adjetivación abundosa, que más bien atiende á la acústica literaria que á la completa propiedad de la expresión ideológica, con algo de sentimentalismo y con mucho de tropología simbólica. Todo esto acusa una personalidad firme. El Sr. Álvarez es joven; pero de esta generación iconoclasta tan mal querida, no ha recibido más influencia que la del afán de adquirir cultura. Quiero decir que el Sr. Álvarez Rodríguez—como una gran parte de la juventud intelectual del día—tiene una cultura escogida é intensa, una cultura que asombra á los viejos que llegaron á lo que llegaron, siendo aprovechados bachilleres y gracias. En cuanto á la forma literaria, no es nuestro autor un *modernista* (han dado en llamar modernista á todo aquello que falta al respeto á las consagraciones; se copia un dístico de Berceo ó de Gracián, se traduce algo de Verlaine, y... modernismo, ¡qué sabrosas asociaciones!...), nuestro autor escribe como estos grandes periodistas-literatos que gozamos antes de la rota colonial, cuando se creía en la autonomía antillana, en los guerrilleros y en las ametralladoras del *Pelayo*. De entonces acá ha llovido bastante sobre España—y no han faltado ni faltan aguaceros de males y desengaños—y las cosas se han removido un tanto. Con su estilo brillante no pide hoy el Sr. Álvarez soldados para la manigua ni barcos para Cavite; pide ventura y paz para su patria, indica cuáles son los cánceres de ésta y propone extirparlos. Piensa que uno, el que más corroe, es el maridaje del Estado con la Iglesia, y clama, con voces de energía, por el divorcio total de ambas potestades. Presenta, desde luego, sus razones; son razones históricas, morales y económico-sociales.

El Dr. Álvarez es un cristiano. Se interna en las doctrinas de Jesús, las discute, las contrasta é infiere que es el fin de las mismas un fin plácido, contemplativo, en un todo apartado de lo temporal. Y acepta esta finalidad que le parece hermosa, y se proclama deísta, cantando á su Dios amable ritmos acordados con su corazón. Afirma que la Iglesia ha tergiversado esta finalidad cristiana, y para probarlo el Dr. Álvarez hace un brevísimo historial del Catolicismo, evocando, como notas características y concretivas, las más salientes figuras pontificales. Inocencio III—una especie de Atila con tiara;—Bonifacio VIII—degenerado y romántico;—Alejandro VI—¡Borgia!;—Julio III, León X—el jactancioso increyente,—nos son mostrados por el Dr. Álvarez de admirable manera; es como una resurrección psicológica de estos insignes sucesores de San Pedro.

Un verdadero estudio crítico, que no una somera noticia bibliográfica, es lo que merece el folleto del Sr. Álvarez y Rodríguez-Villamil. Pondría fin á esta nota bibliográfica—que es cuanto he podido hacer—si no debiera al lector una muestra del

estilo del autor. Hela aquí: «En confabulación infernal, la teología y el derecho de la fuerza gravitan como inmensa mole sobre el alma; el pensamiento es un rescoldo mortecino ahogado por la sandalia monástica; el abad, el rey y el caballero se reparten el mundo; la humanidad es un rebaño hasta que surge el Renacimiento, esa alborada del astro que se acerca, la Revolución, el pleno día redentor, en el cual los pueblos ven remontarse el sol espléndido de la libertad en el risueño horizonte».

Alberto A.-Insúa Escobar.

La libertad de enseñanza es el más poderoso y eficaz elemento de cultura nacional.—Discursos de *D. José de Cárdenas y Uriarte* y del *Sr. Vizconde de Campo Grande*, al ingreso del primero en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Ha acreditado el Sr. Cárdenas en este discurso, hecho para la solemnidad de su entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el tino y la justicia con que esa docta Corporación lo llevó á su seno. Tan interesante y sereno es ese su trabajo.

El Sr. Cárdenas se muestra partidario resuelto de la libertad de enseñanza, defendiendo calurosa y razonadamente aquel sentido clásico de la libertad que, por lo que toca á los pueblos latinos, parece haberse refugiado, en Francia como en España y como en Italia, en los hombres y en los partidos conservadores.

Para los liberales novísimos, la libertad de enseñanza ha de ser organizada y regulada—*condicionada*, es la palabra en boga—de tal suerte, que en la práctica sólo rija para la propagación de ciertos ideales radicales de guerra y de odio á toda disciplina religiosa, y principalmente la católica. Ante el supuesto ó ante el hecho de una reacción religiosa ó, mejor dicho, de un movimiento favorable á cierto predominio ó á ciertas intrusiones de la gente de iglesia en la política, se ha mostrado en Francia—y los demás pueblos latinos, en más ó en menos, lo han imitado—aquel sentido nuevo de la libertad de conciencia y de la consiguiente libertad de enseñanza.

En los días heroicos del liberalismo, la libertad de conciencia era la licitud legal de profesar y de propagar todo pensamiento y toda fe, y la libertad de enseñanza era el establecimiento y el imperio de aquélla en la instrucción pública. Hoy, libertad de conciencia es la creación de dificultades y de estorbos á la profesión de la religión católica, para redimir de la que se llama su tiranía á las conciencias.

En España y para los españoles, la libertad de enseñanza es, para unos, eso mismo, la necesidad de amparar la enseñanza dada por el Estado contra la que dan las Congregaciones religiosas. Para los más, ni siquiera es eso la libertad de enseñanza. Ésta se ha reducido—no ha sido realmente otra cosa, á partir del famoso decreto-ley de 1869—á lo que llamamos la *enseñanza libre*, es decir, la facultad reconocida á todos los españoles para obtener un título académico de la manera más cómoda y más barata que les sea posible. Por esa libertad de enseñanza se riñó recientemente la «huelga de estudiantes».

. Por de contado que no es esto ni aquello la libertad de enseñanza de que el señor Cárdenas se declara partidario entusiasta en su discurso, sino del derecho que asiste á todos los españoles, según el art. 12 de la Constitución, «de elegir su profesión y aprenderla como mejor le parezca», y «de fundar y sostener establecimientos de instrucción ó de educación con arreglo á las leyes».

¿Qué reglas son éstas que las leyes pueden imponer al ejercicio de ese derecho? El Sr. Cárdenas cree que las impuestas son excesivas, por lo que enojan y por lo que frustran aquella libertad. Para él, la facultad del Estado á regularla acaba en cuanto ha garantido la moralidad y la higiene, supremos fines sociales á que en esto se reduce su misión tutelar.

El Vizconde de Campo Grande pone en ese concepto de la libertad de enseñanza, tal como el académico recipiendario lo expone, algunas gotas de ironía, y nosotros aquí nos abstenemos de comentar lo uno y lo otro.

SOCIEDAD COOPERATIVA *de Altos Hornos de Vizcaya (Sestao), y sucursales de Galdamés y Sopuerta.* — Memoria leída en la Junta general celebrada el 1.º de Mayo de 1905.

Trátase de una Cooperativa de Consumos creada y sostenida con éxito creciente entre los obreros de aquella poderosa Sociedad industrial, bajo el amparo de la misma. La Sociedad vendió durante el ejercicio á su clientela de cooperadores por valor de 438.241,53 pesetas, lo que da sobre 1903 un aumento de 64.742,85, diferencia que ya significa la mejora y prosperidad de la Sociedad. También la administración aparece perfeccionada, pues los gastos, que representaron en 1903 el 4,0 por 100 de las salidas por ventas, no ha sido en 1904 más que de 3,53 por 100.

El recargo hecho sobre los precios de factura de los artículos expendidos fué, término medio, de 8,02 por 100, y como se ha repartido á los asociados una bonificación de 1,50 por 100, aquel recargo ha quedado reducido al 6,52.

Dato interesante es también el de los socios deudores. Sus saldos ascendían á 9.786,65, de los que sólo podían considerarse fallidos 2.072,78.

Los socios eran en 31 de Diciembre de 1904 528, ó sea 38 más que en igual fecha de 1903, habiendo entrado durante el año 148 y salido 110.

Para la fundación de la Sociedad recibió ésta un préstamo de 40.000 pesetas, de las que ya sólo debe 5.000.

En 1904, para una compra extraordinaria en previsión de un alza de precios, la cooperativa obtuvo de la Sociedad Altos Hornos un préstamo de 10.000 pesetas, merced al cual los socios tienen la seguridad de que en un artículo de gran consumo para ellos no se alterará el precio en todo el año 1905.

La sucursal de Galdamés, que cuenta con 349 socios consumidores, también marcha próperamente. En la mitad del año 1903 vendió por valor de 50.753,90 pesetas, y en 1904 ha vendido 146.257,23, con un gasto de 4,90 por 100. El recargo de precios sobre factura ha sido de 8,10 por 100, reducido á 6,60 por el beneficio de 1,50 repartido.

La sucursal de Sopuerta cuenta con 73 socios consumidores. Ha vendido por pesetas 38.957,35, con un gasto de 5,21 por 100, un recargo de 9,09 sobre factura y una bonificación de 1,50.

La Sociedad proyecta construir una fonda para obreros, con local espacioso y perfectamente higiénico, donde habrá más de 100 habitaciones, dormitorios y vastos comedores.

Este esfuerzo de obreros no es propiamente asunto de una *Revista bibliográfica;* pero seguramente merece la letra de molde mucho más que los versos y las novelas de algunos de los que ocupan estas notas.

CERVANTES, POETA.—Florilegio formado por *Eugenio Silvela.*

¿Era ó no era poeta Cervantes? Tema es éste cien veces tocado por los cervantistas, rindiéndose no pocos á la negativa que creen justificada por el propio dicho del inmortal ingenio cuando en su *Viaje del Parnaso* dice:

Que yo soy un poeta de esta hechura:
cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Éste es el asunto de la brillantísima y amena conferencia dada por D. Eugenio Silvela en el Ateneo de Madrid, y por su autor recogida en este folleto cuya publicación registramos.

El talento clarísimo y el buen gusto exquisito de Eugenio Silvela, á flote siempre, al través de las más prosaicas aventuras de la política, resplandecen en el arte delicado con que ha sabido espigar en la obra de Cervantes las abundantísimas muestras de su altísima inspiración de poeta, uniéndolas con sagacísimas observaciones de crítica y punzantes notas de sátira.

UN TRABAJO DE MÉRITO

Lo es en alto grado el *Plano-Guía de Madrid,* de F. Noriega, que ha sido editado, con el esmero que les caracteriza, por los señores Bailly-Baillière é Hijos. El gran mérito de este plano está en la precisión de sus líneas, puesto que, conteniendo todas las calles y plazas de Madrid, las afueras, el Parque con todos sus paseos, la Moncloa, las líneas de tranvías, etc., todo ello se aprecia con suma claridad, y en todas sus calles se lee el nombre, se ve hasta el más pequeño detalle y la más insignificante desviación de su dirección. En este plano se da la nueva demarcación de distritos, distinguiéndose perfectamente cada uno por un color diferente. En él se da también la nueva denominación de calles, y se sigue con suma facilidad el trazado de los tranvías, distinguiéndose cada empresa por un color. Facilita el ma-

nejo de este plano un nomenclátor de todas las calles y plazas, y una guía de servicios y monumentos públicos, donde se indica la situación que en el plano tienen.

Pídase este plano en todas las librerías, al precio de 1,50 pesetas en papel, 2,50 tela con medias cañas y 4 en forma de cartera.

NIÑO BONITO, novela, por *Héctor Abreu*.—Madrid, 1905.

Es una hermosa novela de costumbres andaluzas, la última que ha publicado Don Manuel Héctor Abreu, notable literato sevillano. El título de ésta, *Niño bonito*, indica que desde luego interviene en la acción el amor al uso con todas sus consecuencias. Porque antonomásicamente se llama *Niño bonito* al caballerete, más ó menos descarado y bien parecido, que donjuanea con su talle aventajado, con sus bigotes enhiestos y con sus ojos disparados y fogosos. El *Niño bonito* anda á la caza de dotes. Tiene un concepto elevadísimo de su persona; es, valga la frase, un ególatra. Yo no sé en cuánto aprecian los Narcisos de sombrero hongo las miradas envolventes que dirigen á las muchachas ingenuas y soñadoras, y menos sé en cuánto valuarán las frases, con algo de afectada displicencia, que rezan al oído de las desdichadas Elviras de hogaño... Que las hay por cierto. En la novela de Abreu una se muere de amor, de amor disfrazado, es claro, con los ropajes desteñidos de la clorosis. Y esta muerte inesperada, Sr. Abreu, le ha dado lástima, no á mí, como usted comprenderá, sino á una señorita á quien presté su bello libro. Esta señorita me ha asegurado que no hubiese perdido nada la novela de usted con que viviese la pobre heroína, y me encarga le diga á usted esto y le pregunte por qué agostó con su pluma aquella flor grácil y olorosa de las riberas del Betis. Yo creo que al Sr. Abreu le complacerá conocer la crítica de una muchacha sencilla y que no presume de crítico.

Yo, por mi parte, le digo al autor de *Niño bonito* que son admirables sus descripciones de la feria sevillana. Y esto no es decir poco, si se tiene en cuenta lo mucho que se ha pintado la feria celebérrima, y no por escritores despreciables precisamente. Por obras anteriores yo sabía del Sr. Abreu que era un maestro en esto de describir aspectos de la vida andaluza. Lo propio digo acerca del elemento humano que palpita en sus libros. Todos los personajes de Abreu son absolutamente coetáneos. El diálogo, que los hace vivir, es, como debe ser, fácil, inconexo, natural; los sentimientos son encontrados, más ó menos vulgares, como corresponde á gentes en un todo exotéricas. Y conste que llegar á la psiquis rudimentaria de tales personas es harto más difícil que el desentrañar la de sujetos caracterizados por un algo anormal y patológico.

La novela de costumbres no es ciertamente la que hoy prepondera, si se entiende por costumbrismo la vida superficial de los pueblos. Hoy, el que más y el que menos de los escritores, comprende la necesidad imprescindible de la tesis; pero no se entienda por tesis el ergotismo novelesco — cosa terrible, — sino la apertura, con toda obra literaria, de un horizonte nuevo, siquier se deba su descubrimiento á óptica completamente subjetiva. No contraría nada de lo que digo el laudable afán

que hoy tienen muchos literatos de mostrarnos vidas anodinas y ordinarias. Con esto demuestran que, arañando en los seres vulgares, se obtienen verdaderos tesoros de emoción estética. Sobre estas cosas me ha hecho pensar la novela de Héctor Abreu. Yo me complazco en recomendarla al estimado lector.

ALBERTO A. INSÚA ESCOBAR.

EL LIBRO DE LAS ESCUELAS, *Don Quijote de la Mancha*, acotado y compulsado por el *Excmo. Sr. D. Eduardo Vincenti*, Consejero de Instrucción pública.

Se extinguió el último eco del cervantino trompeteo. El bombo y los platillos hanse arrinconado. Las banderolas y gallardetes empolvados pueblan ahora sótanos y guardillas. Los periódicos, que tan bellos artículos publicaron, habrán sido sacrificados para humildes menesteres domésticos... De todo esto ¿qué ha quedado? Hagamos balance; es decir, hagámosle entre todos. Yo sólo he de ocuparme de uno de los conceptos de este abundoso inventario, de la abreviación del *Quijote*—*El libro de las escuelas*,—debida á la paciencia, al desinterés y á la discreción del Sr. Vincenti, persona harto conocida y respetada como político y como ciudadano laborante por la cultura y el progreso nacionales.

Diga lo que quiera mi querido amigo Rafael Urbano, el *Quijote* es hasta la fecha un libro propiamente exotérico. Amén de que lo conoce el 5 por 100, á lo sumo, de los españoles, de esta cifra, vergonzosa por lo exigua, la mitad se queda sin comprenderlo. Es que á *Don Quijote* hay que masticarlo bien. Hasta gustar su agridulce, se requiere una verdadera iniciación. ¡Sospecho de muchos cervantófilos que no aprecian del mamotreto inmortal más que la superficie! Pero vuelvo á que en España casi nadie conoce la novela excelsa. He aquí pruebas de ahora mismo, calientes todavía: el gremio de comerciantes de tejidos en Madrid presentó, durante el Centenario, una carroza con un Clavileño rodeado de horteras entusiastas de Cervantes; pues bien, mientras la cosa fué proyecto, hubo acuerdos y discusiones entre los dignos señores de la lanilla y del *cheviot*. En estos debates interesantísimos, uno de los contribuyentes para la carroza, rico mercader, se levantó para decir «que no comprendía cómo le pedían el sacrificio de cincuenta pesetas—¡una pieza de percal!—para un Sr. D. Quijote, un señor extranjero, del que hasta entonces no había oído hablar». Esto es histórico, que conste; pero apunte el lector estotros detalles, bien jugosos por cierto. En el período álgido de las fiestas me entretuve en ir preguntando por ahí, á gentes modestas, de ese término medio que todos conocemos, qué les parecía el *Quijote*. Y casi todas me contestaban, sacando á colación á Panza y á los molinos, como de algo muy remoto, como de una tradición que desfallece. Triste conclusion de todo esto: la actual generación española desconoce, en general, la obra de Cervantes.

Hay un consuelo: hacer que la generación naciente se aficione á la Biblia profana, como tanto se ha dicho estos días. Pero dicha Biblia no es fácil de tragar al primer intento. ¡Que levante el dedo el valiente que se leyó por vez primera, de un

tirón, las páginas del *Ingenioso Hidalgo!* El libro grandioso es muy largo, ampuloso y conceptuoso. Hay que homeopatizárselo á la infancia, adaptárselo á su cerebro, poco trabajado. De este modo, empezando de niños á deletrear el *Quijote*, los españoles de mañana deberán saberse de memoria todas las aventuras de ambos manchegos famosísimos, deberán ser todos cervantófilos.

Cuanto va dicho, tal vez se le ocurriera á D. Eduardo Vincenti cuando puso mano á la temeraria empresa de abreviar el *Quijote*. Y á fe que lo hizo bien. No ha suprimido nada esencial; la gama de la novela no ha perdido con las talas del texto; los períodos y episodios que no aparecen en *El libro de las escuelas*, son los que menos, mejor dicho, los que nada dirían á la infancia.

El Sr. Vincenti ha demostrado ser un verdadero pedagogo y un atinado psicólogo de los niños. Además, y por cima de todo, que es íntimo amigo del libro inmortal.

Propongo que continúe el inventario de este fecundo y honroso centenario. Yo, con estas líneas, no hago más que apuntar una partida.

Alberto A. INSÚA ESCOBAR.

El Pueblo gris, por *Santiago Rusiñol*. — Madrid, 1904.

Ha hecho muy bien Martínez Sierra en verter al castellano este libro admirable de Santiago Rusiñol; lo merecía un libro «tan saturado de amabilidad, tan fragante, tan lleno de luz, escrito en rima tan acorde con nuestro propio anhelo de rimar, que á medida que vamos leyéndole, vamos adoptándole no por amigo, por hijo predilecto y dándole el amor que guardamos para las obras propias».

Leyendo esta obra, saturada de realidad, yo, que he vivido mucho tiempo en un pueblo, en un pueblo como éste, como todos, con mucho sol, con mucho calor y mucho polvo en verano, con mucho frío y tristeza en invierno, con mucha soledad y aburrimiento siempre, he recibido una impresión profunda, una sensación luminosa, una visión de vida, tan clara, tan pura, tan enérgica, tan vibrante que al terminar sus páginas he vuelto á empezar; he vuelto, como se vuelve á los sitios queridos, allí donde se ha dejado uno el alma, donde se siente un goce infinito de cariño, donde se recibe una caricia dulcísima de bienestar.

El libro es de los que quedan, de los que se tienen siempre al lado, de los que se colocan, no sobre la cabeza, sino sobre el corazón.

Yo he entrado contigo en ese pueblo; un pueblo, como tú dices, con unas casas todas iguales, todas con un piso, todas amarillas del hálito del sol y del sudor de la carretera; todas semejantes, con la grava entrando dentro de los portales, los escombros cayendo sobre la grava y el camino en medio de las casas, de una blancura asfixiante, blanca y gris como el vaho de un horno de cal. No se veía á nadie por las puertas; las ventanas estaban cerradas; los chiquillos debían estar en la parte de atrás; los perros se echaban á la sombra de los montones de grava, bostezando y

abriendo y cerrando los ojos, y el único ruido que se oía al entrar era ese ruido que se oye en todos los pueblos tranquilos: el tintinear acompasado de algún yunque; ese tintinear tan aletargado, tan melancólico; ese tintinear que tantas ganas da de no entrar y marcharse en seguida; ese tintinear que parece el toque de oración del trabajo, el *ángelus* de la actividad, el compás del pueblo, el reloj de la faena que va contando los martillazos que faltan para dejar el trabajo, para dejar el producto y para vivir con todo el cansancio del trabajo de cada día.

Y después he recorrido contigo todas las calles y he penetrado en las casas y he olfateado en las posadas, he bebido en las tabernas y he murmurado en el Casino. Contigo he ahuyentado el enjambre de moscas que me fastidiaban horriblemente y me he sentado en los poyos de piedra de las puertas y he contemplado á las viejas centenarias que picoteaban sin cesar, remendando medias, y he curioseado en aquellos bolsillos de los chicos, que parecían bazares inagotables de fruslerías, recogidas de todos los sitios.

En finísima sátira me ha puesto de relieve lo vacuo de las cosas humanas; la delicada ironía me ha hecho burlarme de todas esas cosas sagradas que adora la multitud, de todos esos santos principios que constituyen el credo universal humano; de toda esa muchedumbre de sandeces y de tonterías, en que los mortales nos pasamos, lo mismo en las ciudades que en los pueblos, una hermosa parte de la vida. Muchas, muchas veces esa caricatura de los hombres y esa representación de las cosas, trazadas por ti de mano maestra, me ha hecho prorrumpir en franca y ruidosa carcajada.

Y en el fondo, después he advertido una filosofía serena de las cosas, una sabia filosofía muy real, muy popular, muy de tejas abajo; una filosofía como debe ser la de los hombres, sin altos vuelos especulativos, sino con bajo rastrear á nivel de la tierra, que nos enseñe á ser humildosos, prudentes, razonables, sinceros, buenos, pensando en Dios sí, pero antes en nuestro deber, y convirtiendo con voluntad poderosa toda esa serie de nimiedades y ridiculeces mundanas en algo útil para nuestros semejantes, en algo fecundo para la vida.

Y con estas reflexiones he acabado el libro, yéndome á pasear por el campo, en noche romántica de luna; de esa luna que tú tan magistralmente pintas; de esa luna de los pueblos que les acaricia mientras duermen; de esa luna que pasa, porque pasar es su camino; pasa en lo alto y envía su claridad muerta, pero aparta la cabeza para no verle y dulcemente inclinada mira á lo lejos, mira á tierras que aún la tienen por diosa, en las que aún hay enamorados, en las que aún gusta amarse á sus miradas y contarle los secretos del corazón; en que aún se encuentra consuelo en sus besos; en que aún no es sólo de poetas el decirle las tristezas, ni el pedirle consejo, ni el confiarle las añoranzas; en que es la reina de la noche, la virgen blanca, la hostia melancólica, la amiga de los corazones enfermos...

Luis DEL VALLE.

POR LOS LIBROS

J. Pin y Soler: SONETS D'UNS Y ALTRES.—Ilustraciones de J. Triadó.

«Los que, entusiastas de los cantos homéricos, dice el autor, andaban de ciudad en ciudad recitando trozos de la *Iliada* y la *Odisea*, se llamaban *rápsodas*... Por extensión, *rapsodia* debe sér comentario elogioso de temas poéticos que el *rápsoda* no ha inventado y que, agrandándolos, se toma el trabajo de difundirlos, recitándolos, comentándolos, repitiéndolos...» Parece que no está muy admitida esta definición: según eso, las *Rapsodias* serían esas ediciones antiguas de la *Eneida*, con apostillas y glosas del texto. Por el contrario, hoy día parece ser que entendemos por rapsodia, imitación, no calco fiel, sino absorción del espíritu de un autor. Así el poeta Villaespesa llama *Rapsodias* á un próximo libro donde reune imitaciones de sus compañeros de generación, que no pueden llamarse imitaciones en realidad, por haberle dado nosotros á esa palabra un sentido muy estrecho, casi como traducciones: de aquí que sea más apropiada la denominación de *Rapsodias* aplicada á esas que pudiéramos llamar *cadencias de cadencias*, con frase de otro buen poeta contemporáneo.

Aparte este nimio distingo filológico, yo no podría elogiar bastante el volumen del Sr. Pin y Soler. Se me dirá que no es posible ver mérito alguno en la colección de una especie de antología de sonetos catalanes; pero yo les responderé que ya eso indica un trabajo de selección formidable y que la más ardua cosa del mundo es saber eseoger. Una antología no es un mero trabajo de copia; basta ver el *Florilegio de poetas castellanos del siglo XIX* del difunto D. Juan Valera.

Mas, aparte de esta antología, hay en el libro del Sr. Pin y Soler una cosa interesantísima: la prefación que le precede. Es un trabajo documentado y erudito sin pretensiones, donde se sigue la evolución del soneto en todas las literaturas neolatinas, con más la inglesa. Representa este bosquejo rápido el mismo esfuerzo que una voluminosa historia de literatura comparada; y aún más, si me apuran, porque hay que desenredar lo particular en la malla intrincada de lo general. El Sr. Pin y Soler ha salido triunfante de este empeño: empezando por John Gouwer, el autor de la *Confessio amantis* y de las célebres *Cincuenta Baladas*, llega hasta Verlaine y D'Annunzio.

El soneto no es, como decía Boileau, un género *pour le desespoir des poètes*: el soneto es la composición poética más acabada. Es una espiritualización de la poesía: como la torre gótica de una catedral, parece con su crestería querer desvanecerse en el infinito, sutilizarse, aerizarse, hacerse soluble y fusionable en el aire. Y así como Viollet le Duc preceptuaba: «Olvidad todo lo que sabéis y haréis algo gótico»;—yo recomendaría á los poetas que para escribir sonetos se olvidasen de todo, se hiciesen niños poéticos y podrían así contestar satisfactoriamente á la pregunta francesa *penses-tu-reussir*? Rodin afirma también que lo gótieo es en arquitectura como los primeros principios en filosofía; así los primeros principios de la poética son los

sonetos. Y entiéndase bien que yo no restrinjo la denominación de soneto al de catorce sílabas y en endecasílabo forzosamente, porque recuerdo aquella indicación de Colletet, que tan oportunamente cita el Sr. Pin, á propósito de la *Vita Nuova* del Dante, donde se leen composiciones que llevan el título de *soneto* y son una especie de *Ballada* ó *canción*: «Soneto en tiempo de Dante no quería significar la composición de catorce versos que nosotros entendemos, sino una composición poética y breve cualquiera» (1). El Sr. Pin y Soler hace atinadas observaciones sobre la vida del soneto en los diversos países, y especialmente la francesa. Así dice: «Antiguos y modernos han concentrado en pocos versos esencia de poesía en la forma soneto, que naturalmente pretenden haber inventado, aduciendo como pruebas dos ó tres versos antiguos». Uno de estos versos es del ilustre trovador Thibault VII, conde de Champagne, «que durante sus rachas de buen humor (guerreaba rabiosamente contra la reina Blanca), según parece, engranaba perlas poéticas de buena ley; el verso en cuestión dice:

Maint sonnet et mainte recordie».

Pero contra este testimonio, y contra el que se encuentra también en la *Novela de la Rosa*, de Guillermo Lorris y Frau de Mehung, está la cita de Colletet. Sainte-Beuve atribuyó la importación del soneto al cardenal Joaquín Du Bellay, autor de la *Defense et Illustration de la Poesie Française* y del tomo de poesías titulado *Regrets*, donde hay sonetos encantadores.

Sea de esto lo que quiera, es cierto que el soneto se propagó en Francia, como en todos los países cultos, y que pasando por los embellecimientos de Ronsard y de su escuela y por las corrupciones de los discípulos de Voiture, se conserva en su esencia íntegro y se transmite á los grandes poetas del romanticismo y del parnasianismo. El Sr. Pin y Soler cita sonetos enteros de Hugo (dos, entre los cuales descuella el lindísimo de *Jolies femmes*), de Baudelaire, de Gautier, de Dierx y de Verlaine. Pero en quien se deleita principalmente es en José María de Heredia, al que dedica cuatro páginas de su libro. No es esto precisamente lo que á mí me molesta: aunque me parece que preferible hubiera sido dedicárselas al inconmensurable Hugo, al ambiguo Verlaine, al exquisito Baudelaire: pero lo que no dejo pasar sin comentarios es el párrafo admirativo que el Sr. Pin dedica al autor de *Les Trophées*, donde escribe que «basta apuntar nada más los primeros versos de todos sus *Trofeos* para sentirse invadido por dulce emoción poética». ¡Eso sí que no, Sr. Pin! Usted, que es muy acertado en casi todos sus juicios literarios; como cuando dice con razón de ese pobre Ruyard Kipling, calamidad del imperialismo y sajonismo cantantes, infundio de Chamberlain, que es «un ejemplo de charlatanismo á ultranza»; que en verso resulta «un Tirteo de andar por casa», y en prosa «una especie de Töppfer pretencioso y de Bret Harte no patético»;—usted, que tan selecto gusto demuestra en la formación de su antología, ¿cómo se atreve á hablar de *emoción poética* á propósito de Heredia, cuando *lo único* que *no hay* en él es *eso*? Sí, Sr. Pin; todo lo que

(1) *Art poetique*, 1659.

usted quiera menos emoción: versos correctos, impecables, esculturales, armoniosos, insuperables en la forma... todo: pero—ó usted es una organización mental privilegiada,—ó yo deliro cuando leo sus poemas,—ó nadie siente emoción de ninguna especie al acabar de leer *Les conquerants*, *Sur un marbre brisé*, *La Source*, *Le Daimio*, etc. Heredia ha introducido palabras nuevas y sonoras en la lengua francesa, la mayoría hispanismos (y aunque no sea más que por ese homenaje á nuestro idioma debemos admirarle); ha renovado el sentido del soneto; ha creado casi una especie de poesía descriptiva—ya por Leconte de Lisle preconizada—suntuaria y soberbia; pero de ningún modo ha dado ninguna emoción nueva, ni vieja siquiera. Sr. Pin: aparte de que hay mucho de pueril y de accesible en ese arte de rimar alejandrino, como un relojero arregla rodajes, yo le confieso que admiro á Heredia como el que más, siempre que no se me quiera dar sino como lo que es: como un buen *rimador*, y hasta como un buen poeta, en el sentido etimológico (ποιεω, hacer); pero como poeta en el sentido noble de la palabra, como profesor de emociones ó como vate, *nequaquam*. Las tres disyuntivas de antes.

Fuera de esto, el libro es digno de todo encomio, tanto el prefacio aludido, verdadera disertación erudita y artística sobre el soneto y en que el autor demuestra un conocimiento de casi todas las literaturas europeas que es raro en España, como en lo restante del libro, donde los amantes de la buena poesía se deleitarán y gozarán de fruiciones inefables, leyendo hermosas composiciones de Carner, Costa, Alomar, Mercader, Morera y Galicia, Riera, Martí, Montoliú, Ruyra y Zanné.



SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.

'rece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 7 Enero, 4 orero, 4 Marzo, 1 y 29 Abril, 27 Mayo, 24 Junio, 22 Julio, 19 Agosto, 16 Septiembre, Octubre, 11 Noviembre y 9 Diciembre; directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colom- Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la Costa oriental de Africa, la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

Línea de Neu-York, Cuba y Méjico.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada s, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos atos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto- ita, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada s, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, erto-Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto-Cabello y La ayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por Ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puer admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el lito- de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto-Plata con trasbordo en Puerto io, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También rga para Maracaibo, Carupano, Coro y Cumaná con trasbordo en Puerto Cabello y para inidad con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada es, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, de álaga el 20 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente por Casablanca, Mazagán, Las almas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando por Cádiz, Alicante, alencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.

Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesi- mente cada dos meses para Fernando Poo, con escala en Casa Blanca, Mazagán y otros ertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en a dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Re- ajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para dos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar s mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES: *Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace re- ajas del 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido n la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas de 14 de bril de 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios Comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía, e encarga de trabajar en Ultramar los Muestrarios que le sean entregados y de la coloca- ión de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

Imprenta de Tomás Rey.—Pizarro, 15, [illegible]

Tdtl Pag

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V | Junio de 1905. | NÚM. 54.

SUMARIO

...TITUTO INTERNACIONAL DE AGRICULTURA, por Luis Redonet.... 735

...MO SE DESARROLLÓ EL ESTILO FRANCÉS, LLAMADO GÓTICO Ú OJIVAL, EN LAS REGIONES GALLEGAS, por Anselmo Gascón de Gotor.... 756

...TLANTES EXTREMEÑOS?, por el Dr. M. Roso de Luna.... 780

...DA Y ESCRITOS DEL DR. JOSÉ RIZAL, por W. E. Retana.... 811

... MES PASADO, por Salvador Canals.... 835

...VISTA DE REVISTAS.... 855

...VISTA BIBLIOGRÁFICA: Libros de Azorín, Emile Laurent, Vivo, Dorado, Gómez de Baquero, Ingegnieros, Pío Baroja, Merimée, Chamfort, A. Naquet, Strauss, Burguete. 868

...DICES.... 877

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

...paña y Portugal: semestre .... 12 pesetas.
...mérica: íd........................... 15 »
...emás países: íd........................ 12 francos.

Número suelto, 2,50 pesetas.

Director: SALVADOR CANALS

OFICINAS: FUENCARRAL, 114.—MADRID

(De ocho á diez de la mañana
y de dos á cuatro de la tarde).

ALTOS HORNOS DE VIZCAY

(BILBAO)

Sociedad anónima.—Capital social: 32.750.000 pesetas.

Fábricas de hierro, acero y hojalata en Baracaldo y Sestao

LINGOTE AL COK DE CALIDAD SUPERIOR

PARA BESSEMER Y MARTÍN SIEMENS

HIERROS PUDELADOS Y HOMOGÉNEOS

en todas las formas comerciales.

Aceros Bessemer, Siemens-Martín y Tropenas

en las condiciones usuales para el comercio y construcciones.

CARRILES VIGNOLE

PESADOS Y LIGEROS PARA FERROCARRILES, MINAS Y OTRAS INDUSTRIAS

Carriles Phoenix ó BROCA para tranvías eléctricos.

VIGUERIA PARA TODA CLASE DE CONSTRUCCIONES

CHAPAS GRUESAS Y FINAS

CONSTRUCCIONES DE VIGAS ARMADAS PARA PUENTES Y EDIFICIOS

Fundición de columnas, calderas para desplantación y otros usos

y grandes piezas hasta 20 toneladas.

FABRICACION ESPECIAL DE HOJALATA, CUBOS Y BAÑOS GALVANIZAD[illegible]

LATERÍA PARA FÁBRICAS DE CONSERVAS

ENVASES DE HOJALATA PARA DIVERSAS APLICACIONES

IMPRESIONES SOBRE HOJALATA EN TODOS LO[illegible]

Dirigir toda la correspondencia á Altos Hornos de

BILBAO

NUESTRO TIEMPO

· REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES — POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO V	MADRID.—JUNIO, 1905.	NÚM. 54.

EL INSTITUTO INTERNACIONAL DE AGRICULTURA

›nferencia leída en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, el día 26 de Mayo de 1905.

SEÑORES:

Dicen los psicólogos que la asociación con personas más sabias, mejores łe más experiencia que nosotros, eleva nuestras aspiraciones. Sólo ella .do elevar las mías, ausentando toda deliberación, hasta el extremo de lanrme á esta conferencia. Rodeado en la Asociación de Agricultores, de peraas de mayor sabiduría, bondad y experiencia que yo, me dejé sugestior por las bondadosas consideraciones de los Sres. Vizconde de Eza y don nilio Ribera, que conmigo debatían acerca del Instituto internacional de ;ricultura, y perdiendo la conciencia de mi nulidad, con actividad puraente refleja, que no es siquiera *deseo* y mucho menos acto voluntario, con ıje el compromiso que hoy nos pone en el trance: á mí, de deciros unas antas vulgaridades; á vosotros, de escucharlas con paciencia..., pues con ésta ento, conociendo como conozco vuestra cortesía. Para corresponder á ella, para que el esfuerzo paciente sea más llevadero, desistí de mi primer pro›sito de *hablar*, y traigo, como veis, escrita la conferencia. De este modo os rezco el recreo de ir viendo caer sobre la mesa las cuartillas leídas y acerrse constantemente la última, que pone punto al sacrificio. Siendo como y un charlatán—y de ello tienen pruebas más que sobradas mis compa›ros de sesiones,—no quiero ni pensar en las caras que vería yo esta tarde, ıando libre mi lengua del marco de lo escrito, no adivinárais el momento › su reposo. Con la lectura se camina derechamente al fin. Y para que ans llegue éste, entro desde luego en materia.

S. M. el Rey de Italia, monarca á la moderna, que demuestra en todos

los actos de su vida el afán que siente por el engrandecimiento de su patria tomó hace poco tiempo una iniciativa que—de consumarse—ha de perpetuar su reinado y cubrir de gloria su nombre. Recogiendo la idea de un ciudadano de los Estados Unidos, propuso á su Gobierno la fundación de un Instituto internacional de Agricultura, encaminado al mejoramiento y distribución de las diversas culturas y defensa de los intereses universales de las clases agrícolas. La historia de la iniciativa es interesante, y quiero que la conozcáis, tal como la refiere el gran historiador italiano M. Ferrero.

«Un día, sobre uno de esos lujosos trasatlánticos que cada semana transportan á Europa millares de americanos, se embarcó con su familia un comerciante de Colorado, el socio principal de la casa «Veinstock Lubin Company», Mr. David Lubin. Aunque muy rico, no venía á Europa, como tantos de sus compatriotas, á divertirse, á sembrar dinero, á visitar cuidadosamente con el Baedeker en la mano, las ciudades del viejo continente. Tampoco venía, aunque anciano y enfermo, á buscar el reposo y la salud..., venía á llenar una misión que su profunda fe religiosa le presentaba como inspirada por Dios; venía á buscar una tribuna desde la cual lanzar al mundo una idea capaz de salvar la civilización moderna de los formidables daños que la amenazan. Es esto mucho, aun para un norteamericano. Mas Mr. Lubin es uno de esos raros hombres de fe y de tenacidad que para llenar sus grandes deberes hacia la humanidad, no retroceden ante ningún obstáculo. Durante muchos años había visto desarrollarse, con la crudeza que tienen en América todos los hechos de la vida social, la lucha entre la ciudad y el campo, entre el capital y la tierra; que es el drama eterno de la Historia. Había visto cómo las Compañías de ferrocarriles, los Bancos, los Sindicatos y los *truts* de especuladores, abusan de la inocencia, la pobreza y la desorganización de los agricultores, depreciando con sutiles combinaciones el valor de la mercancía en el momento de la compra, para inflar después el precio en el de la venta... Vió pasar todos los años una inmensa riqueza de las campiñas á las ciudades, y como consecuencia, la invasión de aquéllas por un descontento creciente; las costumbres y la familia en disolución; destruído el equilibrio entre las tendencias conservadoras y el espíritu de progreso; el intelectualismo, sofisticado y pervertido; nerviosidades de las villas dominando la civilización moderna con detrimento del sano espíritu de la tradición y de la justicia.» El capital—pensó Mr. David—está organizado, el trabajo lo está asimismo; que se organice la agricultura á su vez, y el equilibrio se restablecerá, y comenzará una nueva historia del mundo. Para ésto imaginó nuestro héroe una asamblea mundial permanente, una especie de parlamento internacional de agricultura, y con su idea llegó á Roma. El Ministro de Agricultura italiano, á quien Lubin visitó, pronto le dió á entender que no estaba dispuesto á perder el tiempo en inútiles disquisiciones. Por fortuna formaba parte del gobierno italiano el Ministro del Tesoro, M. Luzzatti, y éste dió á Lubin una carta de presentación para el Rey, que entonces

se encontraba en Pisa. «Parece—dice con gracia M. Ferrero—que también los profetas están sujetos á distracciones. Lubin envió á la secretaría del Palacio real un sobre que no contenía la carta de Luzzatti, sino papeles de familia.» Y el error, hasta que fué descubierto, le hizo perder unos cuantos días. Por fin, el 24 de Octubre fué recibido el apóstol por el Rey, y ambos conferenciaron largamente, siendo despedido el primero por el segundo en la puerta misma de la antecámara—como prueba especial de deferencia.—Quedó Victor Manuel impresionado por las ideas de Mr. Lubin; pero como no había éste trazado sino las grandes líneas de su proyecto, limitándose á hacer resaltar las ventajas de una organización internacional de los intereses agrícolas, quiso el Rey que estudiaran el proyecto hombres competentes. No teniendo tiempo de hacerlo M. Luzzatti, se encargó de ello Maffeo Pantaleoni, profesor de Economía Política en la Universidad de Roma, gran matemático y medio poeta. Consecuencia del informe de Pantaleoni, fué la carta que en 24 de Enero dirigió el Monarca italiano al Presidente de su Consejo de Ministros. Quiere el Rey en ella, que el Instituto, órgano de solidaridad, prescinda de todo fin político, y compuesto de los representantes de los Estados adheridos y de las principales asociaciones interesadas (para que la autoridad de los gobiernos y la poderosa actividad de los cultivadores de la tierra obren de común acuerdo), estudie las condiciones de la agricultura en las diferentes naciones del mundo, señalando periódicamente la cantidad y calidad de las cosechas, para que por este medio resulte la producción más fácil, y menos gravoso al par que más rápido el comercio, y más adecuada la tasación de los precios: que facilite datos exactos sobre los salarios agrícolas en todas las regiones, para guía útil y segura de emigrantes: que tome precauciones para la defensa común contra aquellas enfermedades de las plantas y del ganado á las que la defensa parcial no puede combatir con éxito: que ejerza, en fin, acción bienhechora sobre el desarrollo de la cooperación rural y de los seguros y crédito agrario. Hermosa es la obra que se proyecta en esa carta, fundiendo propósitos y aspiraciones eminentemente prácticos con ideales deseos de mejoramiento humano. Ya veremos en seguida cuán posible es que *los sueños* embrollen y dificulten la realidad: no regateemos ahora nuestro aplauso entusiasta al Soberano que supo y quiso patrocinar un tan generoso pensamiento.

El Gobierno italiano ha interpretado y desarrollado bien la idea, en las Instrucciones que á raíz de la iniciativa dirigió á sus agentes diplomáticos y en el Programa que más recientemente ha sometido á los otros gobiernos para la conferencia que debe establecer en Roma las bases y funciones del Instituto. Y parte el gobierno de la armonía de intereses que son comunes á todas las clases productoras, *á pesar de las fronteras políticas de los Estados*, para esperar que el Instituto internacional de Agricultura logre meter en el movimiento iniciado hacia la paz universal, la clase más numerosa y hasta ahora menos unida. Incontestable resultará, en efecto, la fuerza pacificadora

de las clases agrícolas en cuanto ellas hayan ligado mutuamente sus más caros intereses y experimenten los efectos beneficiosos de la confraternidad universal. ¿Pero llegará día tan venturoso? No soy pesimista, ó al menos lo soy sin saberlo ni quererlo ser. Veo aún, por fortuna, bastante lejos la edad provecta, en la que, según asegura un filósofo, al ver que nadie nos imita ni hace caso, rompemos los cristales de color de rosa por inservibles, y los sustituímos con discos ahumados, á través de los cuales todo se ve obscuro y tétrico. Pero he vivido, viajado y leído lo bastante para empezar á conocer la naturaleza humana, y la historia de siempre nos dice cuán difícil es borrar, para cualquier empeño internacional, las fronteras políticas de los diversos Estados. Temo que los egoísmos, prejuicios é intereses encontrados de los mismos agricultores, y mucho más poderosamente el principio de las nacionalidades, opongan serios obstáculos á la marcha y provechoso funcionamiento del Instituto proyectado. Quiera Dios que me equivoque: yo mismo, dentro de mi modesta esfera, he de procurar que resulte errada mi temerosa sospecha. Pero convenid conmigo en lo siguiente:

Aspira el Instituto á proteger las clases agrícolas contra los abusos y excesos de los sindicatos y grandes organizaciones del capital y el trabajo. ¿No han de luchar á la desesperada esos *poderosos egoísmos* para no perder su actual influencia sobre transportes, trabajo y mercados? No va el Instituto contra los sindicatos, es cierto, sino sólo contra sus excesos y abusos; pero ello basta para el choque, porque no es el abuso sino un *mal* uso, y no les parecerá muy malo á aquellos que de él se aprovechan. También los *prejuicios* pondrán su chinita en el camino del Instituto. Llama éste á su seno—con alto espíritu científico y sociológico—á todos los cultivadores de la tierra, sean ó no propietarios, tengan ó no riquezas, posean ilustración ó carezcan de ella. Pues si acuden á la obra los pequeños labradores—que forman en todas partes la inmensa mayoría de los que se consagran al cultivo,—no hay que ser muy lince para prever desconfianzas y rutinas, rutinas sobre todo, que harán muy laboriosa la obra de mejoramiento y transformación que se persigue. Y si no acuden al Instituto, con sus representaciones, esas clases modestas y más que ninguna necesitadas de protección y ayuda, quedará incompleto el organismo y dejará de llenar uno de los principales fines de su creación. Pues no serán de menor monta los tropiezos que pongan los intereses encontrados de diferentes cultivos é industrias rurales. La obra ha de ser común, y poca comunidad de aspiraciones en la ayuda, cabe entre productores de frutos y artículos similares y aplicables á idénticos usos. A carretadas me ocurren los ejemplos: no los cito, para no alargar indefinidamente la conferencia; pero llamo vuestra atención sobre éste, como sobre los anteriores extremos, para que estudiéis el modo de obviar las dificultades que en ellos se encierran. Y vamos al verdadero enemigo del Instituto Internacional.

Las *nacionalidades*. *¡Voila l'ennemi!* No he de investigar ahora si la [illegible]

quía universal sería ó no un progreso—Cánovas creía que no.—Pero opínese como se quiera respecto á la conveniencia económica del sueño que consiste en fundir en un solo haz la humanidad entera, preciso es admitir que las nacionalidades son hoy principios tan categóricos como los de la ciencia económica, y se impone partir del hecho inatacable de su existencia, para cualquier estudio ó proyecto en que ellas jueguen parte. Las naciones viven, y ley de vida es la lucha, la lucha por la existencia que desde que existe vida orgánica en el mundo se elevó á la categoría de principio incontrastable. Si, pues, vivir es luchar, y las naciones han de vivir, no pretendamos ni por un solo momento privarlas de los elementos de lucha, que ello valdría tanto como conducirlas á la muerte. No soy discípulo de Darwin cuando traslado al terreno moral y económico la teoría de la lucha por la existencia, aplicándola á las nacionalidades; pero estoy lejos de creer en la «Ciudad ideal» que funda el economista Fournière, para futuro, y según él, próximo, refugio de la familia humana unida en igualdad, necesidades, deseos, costumbres, creencias, cultura y voluntad, después de haber roto los moldes de las respectivas patrias. La historia, por su parte, bien claramente nos demuestra que «los duros trances de la lucha por la existencia, impuestos á toda la creación, para ningún organismo se manifiestan tan terribles é inexorables como para el Estado», según acertada frase del Sr. Sánchez de Toca. Por ello en el programa del Congreso internacional de expansión económica mundial que ha de celebrarse en Mons, en Setiembre de este año, se aspira sólo á que los diversos Estados no recurran á medidas prohibitivas para salvar los intereses legítimos de la economía nacional. Verdad es que entre los agricultores todos del mundo existen intereses que les son comunes, y que esa comunidad subsiste, á pesar de las fronteras políticas de los Estados; pero esa misma comunidad es quizá, mientras aquellas fronteras no se borren, el más poderoso acicate de la competencia económica, que tan mal se aviene con la mutua ayuda. España atraviesa hace años una profunda crisis vinícola debida á la surproducción: el mismo problema se presenta en Francia: en una como en otra parte, existe «abondance et pauvreté.» Y la aspiración es, naturalmente, la misma: la conquista del mercado universal; ¿cabe mayor identidad de intereses? Pues por ello mismo resultan encontrados los de ambas naciones productoras, y luchan una y otra en los mercados de Inglaterra, Alemania y Suiza, y lucharán mientras el mundo no se beba todo lo que se produce, pagándolo á un precio remunerador. Y no cabrá posibilidad de armonía entre los agricultores vinícolas de uno y otro país, mientras las nacionalidades necesiten para su vida y prosperidad de la supremacía económica en la materia. Parece que pudiera resolver el problema la especificación absoluta del cultivo, la consagración de cada parte del planeta al que más apropiado le fuera *con exclusión de todo otro*; pero es ello inadmisible en un buen régimen político nacional, además de que son similares las condiciones culturales de muchos países, y esas condiciones son precisamente las

determinantes del cultivo apropiado y conveniente. Es, pues, incontestable que las fronteras políticas de los Estados y el fenómeno de la lucha económica en que viven, han de dificultar bastante el amplio funcionamiento del Instituto. Conviene tenerlo presente, para no partir de aspiraciones generosas pero irrealizables, cuando de la constitución del organismo se trate. Por otra parte, existe en la iniciativa de S. M. el Rey de Italia terreno práctico más que suficiente para la obra de mejoramiento agrícola, sin necesidad de empeñarse en cristalizar lo que en realidad no constituye sino el ropaje poético de la idea. Contentémonos con vencer las dificultades que aun en terreno neutral y verdaderamente común han de originar las suspicacias y ambiciosas miras de los Estados políticos.

Y pasemos ya al examen de lo que el Instituto debe ser á juicio mío; y á la manifestación de ligeras, ligerísimas ideas sobre el alcance de alguna de sus funciones, no de todas, porque fuera ello difícil en una conferencia, y completamente imposible á la limitadísima competencia de quien os habla. Es, por otra parte, mi modesto trabajo una simple ponencia encaminada á abrir expediente poniendo sobre el tapete elementos de estudio. Me haréis la justicia de creer que no aspira ella á otra cosa; y en esta confianza, y sólo con este alcance, entro en terreno para mí tan abrupto.

Bien claramente se consigna en la carta de Víctor Manuel y en el desarrollo que á ella dió el gobierno italiano, que el Instituto ha de ser un organismo semi-oficial, ú oficial del todo, pero con puertas abiertas á la iniciativa privada del cultivador, que es en definitiva el elemento constitutivo y verdadero motor de la maquinaria. Y de acuerdo con esta idea—que es, á mi ver, base discreta y esencialísima de la utilidad de la obra—la Asociación de Agricultores de España, invitada á informar sobre el extremo por la Sociedad de Agricultores italianos, contestó, á propuesta mía, que el Instituto debe componerse de un delegado de cada gobierno ó Estado adherido, y de dos ó más de cada nación elegidos libremente por las clases cultivadoras con arreglo á sus respectivas organizaciones. Creo yo, y creyó conmigo la Asociación de Agricultores, que de ese modo el Instituto será eminentemente agrícola, y no uno de tantos organismos oficiales completamente inútiles para la realización de sus fines por la incompetencia notoria de quienes les constituyen. Y tendrá al mismo tiempo el carácter oficial—que conviene que tenga—con la presencia y cooperación del delegado de cada gobierno, que sin que deje de tener voz y voto en los acuerdos del Instituto, puesto que de él forma parte, ha de servir sobre todo de lazo de unión, de verdadero hilo conductor, entre las regiones agrícolas y las ofi- les, presentando á éstas las aspiraciones de aquéllas, comunicando á a- llas los pensamientos, deseos y *posibilidades* de éstas. La Real Sociedad E- nómica Matritense de Amigos del País, me hizo el honor—por medi- mi buen amigo el Marqués de Gorbea,—de hacer suya también mi prop- ta á la Asociación de Agricultores, y en idéntica forma contestó la Mat-

se á la consulta que á su vez le fué hecha por los agricultores italianos. De recursos financieros poco dijimos; pero consignamos entonces que el Instituto ha de tener por base las subvenciones de los respectivos gobiernos, y ahora añado que debe también contarse con el producto de las suscripciones al *Boletín*, que como veremos ha de publicarse. Y con el importe de los legados y donativos, cosa que á los españoles podrá parecernos demasiado hipotética, y de la que yo mismo me burlé en mi obra sobre «crédito agrícola», cuando preguntaba al Sr. Sánchez de Toca, que con donativos contaba para el establecimiento de dicho crédito, si creía que habían de abundar dichos donativos. Pero no olvidemos que se trata aquí de una obra internacional (europeo-americana, sobre todo), y honremos una vez más, con nuestra esperanza, á hombres como Carnegie, que han demostrado con hechos que «el único uso noble de la riqueza sobrante es considerarla como un depósito sagrado que su poseedor debe administrar para el mayor bien de sus semejantes.»

Entre las funciones que ha de realizar el Instituto, según sus iniciadores, resaltan en primer término las de *información* y *estadística*. Funciones de una importancia que nunca se encarecerá bastante, pues con su feliz cumplimiento, además de favorecerse la producción y el comercio y de lograrse más adecuada tasación de precios, se evitará en muchos casos la propagación de plagas y epidemias; se tendrá siempre á los agricultores todos del mundo al tanto de lo que en el año agrícola les conviene hacer; siempre también se tenderá á la especialización del cultivo, que debe ser, en sus justos términos, el *desideratum* de una buena agricultura; se regularizará, finalmente, el problema migratorio que tanto y tan justamente preocupa á los estadistas.

La información—como con razón me decían los señores Eza y Ribera en la Asociación de Agricultores—ha de ser *constante* y *rápida*. Constante, porque los fenómenos agrícolas, favorables ó adversos, no se presentan á fecha fija sino cuando menos lo pensamos; y no ha de esperarse á plazo determinado para comunicárselos al Instituto y que éste á su vez lo anuncie á los demás agricultores; sino que precisa al fin útil de la función, que cuando ellos ocurran se comuniquen (sobre todo si son calamitosos), y para ello se requiere que la oficina informadora, receptora y expendedora—se encuentre siempre abierta. Rápida ha de ser la información, porque tanto mayor provecho se conseguirá con ella, cuanto más prontamente se verifique. Que se pierde en tal ó cual parte cosecha determinada, por cualquiera causa; pues aviso inmediato al Instituto para que éste lo haga saber á los países agrícolas similares, que han de prepararse para surtir al mundo del artículo de que se trate. Que en tal ó cual parte se presenta una epidemia que diezma ó destruye por completo el ganado, pues aviso rapidísimo al Instituto, para que éste prevenga á los demás ganaderos, y éstos aprovechen en lo que puedan la calamidad de sus hermanos y eviten sobre todo que el mal se

propague y se agrave el conflicto. Puede también el Instituto, con la ciencia y la experiencia que en su seno han de encerrarse, enviar instrucciones y proponer remedios—rápidamente también—á quienes le comuniquen sus desgracias; y en más de una ocasión se logrará por este medio que la catástrofe no sea tan grande. La información, en suma, ha de atender á las manifestaciones *agudas* é inesperadas de la agricultura. Véase si es alta la misión informadora del organismo internacional que se proyecta, y si puede ser útil su perfecto funcionamiento en este extremo.

La estadística, que debe formarse *periódicamente*, de entenderse y establecerse bien, puede servir de base para la resolución del problema agrario. Pero ha de entenderse bien, porque abundan por los centros oficiales del mundo entero, estadísticas que para nada sirven porque nada dicen, y hay que tener especial cuidado en implantar función tan excelente, de modo que sus fines sociológicos no se malogren. No hay que olvidar que «la estadística no tiene su fin en sí misma, sino que debe servir para comprender los acontecimientos pasados y establecer reglas de conducta para el porvenir», como dice perfectamente el profesor de estadística, M. Liesse. De modo que si en cierta clase de estadísticas pudieran bastar los simples números en toda su escueta desnudez, al tratarse de fenómenos sociales como los de la agricultura, creo que sin querer encontrar en los números la razón y la ley de todas las cosas, podemos, sí, aspirar al empleo de los métodos matemáticos como instrumento de investigación aplicable al conocimiento del mundo. Bastó á Dios Nuestro Señor conocer el número de 603.550 guerreros que dió por resultado la estadística, primera en el mundo, que El mismo mandó ejecutar á Moisés (origen tan excelso tiene la estadística). Y con bastarle á Dios, bastó también á Moisés y bastaría hoy quizá á cualquier general que al frente de la hueste hubiera de ponerse. Pero sólo á Dios, por ser Dios, serviría de algo la determinación del número de fanegas de garbanzos producidos por una nación, sin que á tal determinación acompañase un poco de «semiología» agrícola.—¿Qué nos dicen el número 10 ó el 10.000?—Absolutamente nada, mientras no se digan las condiciones en que tales números se rinden.—¿Es alto ó es bajo el jornal de dos pesetas que en tal localidad se paga al bracero?—No lo sabemos, ni saberlo podremos mientras desconozcamos el *medio* en que dicho bracero vive. Ha de ser, pues, la estadística algo más que un conjunto de números, siquiera sean éstos en ella tan esenciales como las figuras en las geometría y las letras y los signos en la álgebra. Y después de partir el Instituto de estas consideraciones—que á pesar de ser tan elementales, fueron frecuentemente olvidadas por los gobiernos,—debe procurarse también limitar el afán inmoderado de los términos medios. Creo con monsieur Jaray que «une statistique de prix moyens est toujours une caricature de la realité». Por querer decirlo todo, ocurre á veces que no dicen nada, quienes abusan del sistema. ¿No comprendéis que extendiéndole un poco, podríamos hacer una estadística de términos medios del mundo entero, y

habríamos hecho desaparecer con ello toda utilidad estadística? Sólo dentro de regiones reducidas, ó de las mismas condiciones agrícolas y sociales, admito la conveniencia de cálculos medios. Todo lo demás es introducir en la ciencia estadística elementos de confusión, que dificultan si no imposibilitan el estudio.

Entendida y practicada la estadística del modo que queda expuesto, los datos concernientes á la cantidad y calidad de las cosechas, guiarán insensiblemente al estudio de las condiciones agrícolas de cada comarca y á la consecuente especificación del cultivo; los referentes á los salarios y condiciones del trabajo serán la mejor norma reguladora del fenómeno migratorio. La especificación del cultivo se impone hoy á todas luces, y sólo ella evitará competencias ruinosas, haciendo que el mercado sea lo que debe ser. Para ello el Instituto ha de prestar cuidadosa atención á las experiencias culturales que en los diversos países se hagan, y pregonar por cuantos medios tenga á su alcance, las condiciones de los terrenos para cultivo remunerador que en ellos se desconozca, descuide ó abandone. Acerca de la función reguladora de la emigración (y consecuente inmigración) quiero detenerme algo, para bien fijar el alcance de la misión del Instituto. Complejo es el problema, que en todas partes trastorna la economía nacional y, muy especialmente, la agricultura, porque agricultores son la mayor parte de los que danzan de una á otra parte del mundo. El Marqués de la Fuensanta de Palma, nuestro compañero, y cuantos con él estudiaron el asunto, señalan, como causas principales de emigración, la estirilidad del territorio y la densidad de población, con su consecuente falta de trabajo y escasez de medios de subsistencia; y ellas son—en efecto—las más fecundas causas del mal, tomado éste en toda su extensión y un poco empíricamente. Tratándose de la emigración campestre—que no precisa que sea al extranjero,—las causas se multiplican de modo asombroso: de ciento pasan las que en España señaló, hace bastantes años, una Junta informadora presidida por el Sr. Moret. Estudiando el problema en todos los países, creo las principales, amén de la falta de trabajo y de la escasez de medios de subsistencia, comunes á toda emigración, la influencia de las ciudades y grandes centros urbanos, la revolución de la industria operada en los campos, y el espíritu aventurero ansioso de probar fortuna. Es un hecho en casi todas las naciones europeas, que la población del campo decrece rápidamente absorbida por los tentáculos de las ciudades; en todas, sin casi, lo es que disminuye de un modo alarmante la población *agrícola*. En un violento librito, intitulado «La revolución agraria y D. Germán Gamazo» (en el que se hace justicia á las dotes extraordinarias de este grande hombre que perdimos); achaca el Conde de la Oliva de Gaitán, al engrandecimiento de las capitales, la ruina total de los pueblos; y afirma que, «atraídos por los procedimientos de las artes, por las comodidades que diariamente las ciencias industriales acumulan, por los espectáculos sostenidos por el Estado en parques, monumentos,

jardines y teatros, por las fiestas que discurre la Administración, protectora de la vagancia, aquí (en las grandes capitales) vamos cobijándonos, y en los campos sólo quedan ya los más heroicos, que luchan con desesperación; los más pobres, que aún conservan amor á sus penates; algunos usureros que se aprovechan del desastre general.» Y después se indigna el Sr. Conde, al recorrer los cuatro kilómetros, casi en línea recta, que hay en Madrid desde el antiguo canal hasta los altos del Hipódromo, llenos de monumentos, como la estación del ferrocarril, la Escuela de Caminos y Canales, el Observatorio, la Escuela de Artes y Oficios (hoy Ministerios), el Museo del Prado, el de Reproducciones, la Academia Española, la Bolsa, el Congreso («templo de las leyes y de las trampas para las leyes»), el Banco («mausoleo bajo cuyos sótanos yacen sepultados tesoros perdidos para la Industria, la Agricultura y el Comercio»), la Cibeles, el Palacio de la Guerra («con su hermoso jardín como no hay otro por lo que vale, aun que para nada vale»), los Palacios de los Panamás españoles, «y más monumentos y más exposiciones, y, por fin, el gran *Sport*, el gran juego, la gran timba, hipódromo, ó como queráis llamarle». Nada conseguiríamos ya, en pro de la agricultura, con prender fuego á tanta y tan *inútil* magnificencia. Ni creo que limitando un poco el número de *isidros* que acuden á las originales fiestas que de vez en cuando se realizan en la Corte, habríamos de cortar la corriente emigratoria de los campos á la ciudad. Otras causas más poderosas pueden encontrarse al fenómeno—sin que ello sea desconocer—hablando en serio - que en efecto los placeres del alma y las distracciones de los sentidos sean acicate poderoso de atracción. La empleomanía, de que ya se lamentaba nuestro Felipe II y se habrán seguramente lamentado otros soberanos extranjeros; las mayores atenciones de asistencia y beneficencia que el Estado presta en las ciudades; la superior cuantía del jornal; las manifestaciones más frecuentes de la caridad privada; el establecimiento de numerosas industrias; algo de tendencia hacia lo desconocido, poderosa en quienes tienen poco que perder, creo yo que son otras tantas garras que las urbes alargan para hacer presa en el campesino. El hecho es que los campos se despueblan. Sólo sé que aumente la población rural en Bélgica; pero es debido á causas independientes del cultivo, y en nada beneficia á éste el aumento, pues la población *agrícola*, la que se dedica á la agricultura y, muy especialmente la obrera, decrece como en todas partes. Parece raro el fenómeno y tiene una explicación muy sencilla. En Bélgica, los ferrocarriles no son explotados por compañías en beneficio de sus accionistas, sino por el Estado, que tiene algo más en cuenta el interés general. Y aunque las tarifas ordinarias son ya de las más bajas de Europa, el Estado facilita á los obreros «coupons de semaine» con seis trayectos (ida y vuelta), *que cuestan menos que un solo trayecto* en la tarifa ordinaria. Por 50 kilómetros, por ejemplo, el obrero paga á 2,25 francos su cupón de semana, cuando un viajero cualquiera pagaría 3,05 francos por un único billete de ida y vuelta en tercera clase. Tomo datos tan interesantes

le un excelente trabajo de Emile Vandervelde sobre «Les Villes Tentacuaires», coleccionado con otros dos estudios en un tomo que titula: «La quesion agraire en Belgique». Con tales condiciones de baratura en los viajes y dada la rapidez con que éstos se hacen, los obreros prefieren vivir en el campo é ir cuotidianamente á las ciudades, en vez de establecerse en éstas. Lo confirma el hecho de que en 1900 se expidieran 4.590.980 cupones semanales; lo que supone de 130 á 150.000 obreros viajando diariamente sobre las líneas del Estado, si cada uno toma de 30 á 35 cupones por año, y sin hablar de los obreros que viajan en tranvías vecinales y en algunas líneas explotadas por Compañías. ¿Se comprende ahora por qué es compatible el aumento de población rural con el decrecimiento de la agrícola?

Señalé también como causa de emigración campesina, la revolución de la industria campestre—aunque no es ella muy culpable de la que aqueja á nuestra España, pues aquí no conocemos otras revoluciones que las que de vez en cuando nos anuncia con voz atronadora el Sr. Salmerón.—¡Ojalá se despoblasen nuestros campos, por la transformación de las industrias rurales! Prueba sería de que existían estas; y aunque ahora parece que se crean algunas, claro es que por ser nuevas llamarán en vez de alejar gente. Pero en países ruralmente industriales de antiguo, como la misma Bélgica, que tantas cosas nos enseña hoy, evidente es que con la revolución industrial que introdujeron la maquinaria y los nuevos procedimientos, la población obrera tuvo que disminuir y de hecho disminuyó en busca de ocupación en las ciudades y en países extranjeros.

El espíritu aventurero rinde también un buen contingente á la emigración extranjera. No sé si en tan grande escala ocurrirá en otras partes: de mi tierra sé decir que se emigra más por ambición que por necesidad: la historia del indiano—todos los días confirmada con el ejemplar que en ningún pueblo de la montaña falta,—arranca á los mozuelos de sus hogares, no siempre miserables. Pocos montañeses se embarcan para América sin los calzones, el *carranclán*, la carta de recomendación y el puñadito de duros, de que nos habla el maestro Pereda. La casita, el praduco y el huerto de maíz con que se sueña, mueve más que la falta de trabajo á mis *avariciosos* paisanos. Lo dice con elocuente voz la copla que de niño oí cantar muchas veces por los valles y las hoces de mi adorada tierruca:

«A las Indias van los hombres,
á las Indias por ganar:
las Indias aquí las tienen
si quisieran trabajar.»

Bien explotan este espíritu aventurero las agencias de emigración que funcionan por el mundo. Y á impedirlo tienden muchas de las medidas que en materia emigratoria se tomaron de antiguo.

Tenemos, pues, que la emigración de los cultivadores se produce por muy diversas causas, sin que todas ellas indiquen verdadero estado de penuria. El Instituto internacional conseguirá poco cerca de los aspirantes á indiano, que á las Indias han de ir aunque les ofrezcan oro en cualquiera otra parte. Pero quienes emigran por hambre ó por falta de trabajo, que son el mayor y más triste número de los que abandonan su patria, encontrarán, como quiere el Rey de Italia, una guía tan útil como segura en la estadística de jornales altos y de buenas condiciones de trabajo. Se logrará con ello que el viaje no se emprenda completamente al azar, y que se encamine la emigración á países—no siempre lejanos—en donde hagan falta brazos, mientras se descargan de elementos, que con su concurrencia perturban la economía del obrero ya colocado, países demasiado densos de población ó demasiado pobres de cultivo. No es un mal para éstos que la emigración se verifique—sobre todo si es temporal,—porque el cultivo es quien ha de llamar obreros y no éstos al cultivo, y en donde quiera que éste alcance desarrollo y condiciones de viabilidad, nunca han de faltarle brazos, que sobran aún en el mundo para el trabajo que en él se efectúa.—¿Pero bastará el mero anuncio de los sitios en que faltan y en que sobran brazos, en que se paga bien y en que se paga mal, en donde es económica y en donde es costosa la vida, para que la emigración por sí sola se encauce? Ciertamente, no; porque á la emigración responde la inmigración, y en donde ésta se dificulte, pocos obreros extranjeros entrarán, por muy seductoras que sean las condiciones del trabajo. España fué siempre—como lo demuestra el Marqués de la Fuensanta de Palma—una de las naciones de espíritu más abierto y generoso para con los extranjeros. El Fuero Real, las Partidas y la Novísima Recopilación concedieron á los extranjeros derechos desacostumbrados entonces: hoy, con el Real decreto de extranjería de 1852, el Código de Comercio, el Código Civil y la carencia de leyes prohibitivas, pueden entrar, establecerse y trabajar libremente los extraños en concurrencia con los nacionales. En Francia no existe tampoco ningún obstáculo serio contra la ola de obreros extranjeros que la invaden, y que, á creer á M. Pic,—que ha empezado á publicar en el último número del *Journal du Droit international privé* un precioso artículo sobre «La condition juridique des travailleurs étrangers en France», - determina más de una vez rupturas de equilibrio, crisis de paro para los obreros franceses, riñas frecuentes entre unos y otros. En efecto, en Francia los obreros extranjeros, no sólo gozan de libertad para el trabajo, sino que disfrutan igualmente que los franceses de todas las leyes protectoras del trabajador, como las de 2 de Noviembre de 1892 y 30 de Marzo de 1900 sobre el trabajo de las mujeres y los niños, las de 12 de Junio de 1893 y 11 de Julio de 1903 sobre la higiene y seguridad en los establecimientos industriales y comerciales, la de 9 de Abril de 1898 sobre accidentes del trabajo, etc., etc. Y aunque es verdad que por razones de policía, de protección directa al trabajo nacional y de instituciones de previsión y asistencia,

algunas ventajas se conceden al obrero nacional francés sobre el extranjero, en nada limitan ellas—sobre todo en el obrero ocasional—la libertad de trabajo, que le basta para concurrir. Pero no todas las legislaciones extranjeras son tan generosas—con su expresión ó con su silencio—como la española y la francesa: hay países europeos—pues los americanos, á excepción de los Estados Unidos, abren de par en par sus puertas á los emigrantes—que oponen muchas y serias dificultades á la inmigración. En Francia misma desea M. Pic que el Estado la ponga diques, y dice que «obrará muy cuerdamente haciéndolo», y en el Parlamento obran muchas proposiciones que tienden á establecer tasas más ó menos elevadas sobre los trabajadores extranjeros. Quiere ello decir que el principio de las nacionalidades saca la cabeza en esta cuestión. Y por ello, es preciso que el Instituto internacional estudie cuidadosamente el problema de la inmigración desde el punto de vista agrícola, para proponer á los diversos Gobiernos soluciones de concordia que protejan la agricultura universal. Cuando algo se consiga en este sentido, se tendrá el camino expedito para la obra encauzadora de la emigración.

Para mantener entre todos los Estados y comarcas agrícolas que concurran al Instituto, relaciones de constante comunicación, y para que más apropiada y públicamente pueda aquél llenar los fines estadísticos y todos los demás que sus iniciadores le encargan, nada más indicado que la publicación de un Boletín mensual — con todos los suplementos de urgencia que fueren precisos — en el mayor número posible de idiomas: desde luego en alemán, español, francés, inglés é italiano. No os extrañará que incluya como precisa nuestra lengua, hablándola tantos millones de habitantes en la América española, y siendo esta parte del mundo tan rica en terrenos vírgenes que ofrecerán asiento á la agricultura del porvenir. Claro está que, además del Boletín, deben sostenerse, por medio de los representantes de los Estados, relaciones oficiales con éstos. Y también como lazo de comunicación—eminentemente útil al mismo tiempo para aprendizaje experimental — pudiera el Instituto encargarse de contestar toda clase de consultas, y organizar congresos y viajes en condiciones económicas, á las diferentes regiones agrícolas.

Y llegamos al examen de una de las funciones más interesantes del Instituto. El Crédito agrícola. No os asustéis al verme abordar este tema, quienes conozcáis mis *latos* estudios sobre la materia. Seré breve porque sé lo que os debo y porque noto que la conferencia se alarga insensible y lastimosamente al correr de la pluma pecadora. Vuelve á estar de moda, entre los que se llaman hombres prácticos en nuestro país, negar la necesidad de organizar el crédito agrícola como una especialidad; y llegan algunos á decir, como el distinguido ingeniero agrónomo D. Fernando López Tuero, que «debe desterrarse para siempre la expresión de crédito agrícola, porque no xiste, no puede existir ni sirve más que para alimentar el error y la preocupación social, funesta por mil conceptos, de que la clase agricultora no ofrece

garantía ó no tiene crédito.» Creo haber demostrado en mi obra sobre la materia — y perdonar que por segunda vez la cite en el curso de esta conferencia — que es necesaria la especial organización del crédito para los *cultivadores*, porque tiene fin determinado, y el daño y el riesgo que á todo crédito acompañan son diferentes en él que en todas las demás formas. Claro está que el agrícola es sólo una de tantas — dentro ya de la personal — pero por ello mismo no va contra la unidad del crédito, y atiende sólo á la organización que su peculiar constitución requiere, adoptando un nombre específico que me parece contribuye á la claridad, pero que puede suprimirse desde el momento mismo en que se crea que estorba. El Instituto quiere hacer algo por el crédito agrícola, y no es fácil determinar qué pueda ser ello; pero he de intentarlo; porque como dicen los franceses, «nul ne se rend sans difficulté.» El crédito agrícola es eminentemente personal, necesita de plazo largo, no puede ofrecer sino interés bajo, y ha de ser local. Todas son, pues, dificultades; pero ninguna se opone tanto á la común organización, como la de que sea local. El Instituto que pretendiera trazar una norma general y común para el funcionamiento del crédito agrícola, perseguiría una utopía, y demostraría de paso la más grande ignorancia en el asunto. Las condiciones de cada localidad (diferentes clases y formas de cultivo y diversas costumbres y condiciones morales de los cultivadores) imponen distinto tratamiento económico, distinta organización bancaria; y por ello lo que es factible y aun fácil en un sitio, se presenta en otro como invencible. Esto supuesto, ¿qué es lo que puede hacer el Instituto internacional en orden al crédito agrícola? Por de pronto, lograr con su intervención que los Estados *no estorben* el establecimiento de tan necesario mecanismo. Y con no hacer más, haría lo bastante, si tuviera la suerte de que los resultados respondiesen á los deseos. En el *nó estorbar* encerraba todo un programa agrario-político el señor Conde de San Bernardo. Pero algo más que ello puede pedirse al Estado, y en su papel estará el Instituto pidiéndoselo. Ahora, en Egipto, el Gobierno inglés ha celebrado un convenio con el «Agricultural Bank.» En su virtud se compromete éste á prestar á los pequeños agricultores las cantidades que necesiten. (De L. 300 para abajo, en un principio: ahora de 500) con el interés del 9 por 100 (pequeñísimo para el acostumbrado en aquel país) y por un plazo de quince meses á diez años y medio, según la garantía y la cuantía del préstamo. El Gobierno, por su parte, garantiza con el 3 por 100 de interés el capital de *L. 2.500.000*, que ahora — según veo en la Memoria de la «Assemblée général ordinaire des actionnaires» — va á elevarse en otras *2.500.000*; y responde al Banco del reintegro de los préstamos, para cuya cobranza comisiona á los recaudadores de contribuciones. Bien entiende el gobierno inglés el *nuevo concepto* del Estado, que con tanta elocuencia mantiene en disertaciones académicas el Sr. Canalejas (véase su discurso inaugural del presente curso en la Real Academia de Jurisprudencia ciertamente que nada se opone á una intervención tan directa en favor

clase agricultora, en donde con su elevación se contribuya á la prosperidad del país en los términos en que se ha conseguido la del Egipto, tan magistralmente cantada por D. Segismundo Moret en el Ateneo. Y aprovecho la ocasión para anunciaros que este distinguido hombre público — maestro en ésta como en tantas otras materias — me manifestó en reciente interesante conversación que sostuvimos sobre el «crédito agrícola», que él cada vez se inclina más á la intervención directa y metálica del Estado en la materia. Y que algo se propone hacer en este sentido cuando tenga el poder en sus manos. Un poco de miedo me da la intervención directa del Estado español en el asunto, y adivino, por otra parte, que será más cuantiosa la cantidad de piedras que ha de caer, en algunas localidades, sobre el recaudador de contribuciones, que una á la cobranza de éstas la de los préstamos de los Bancos agrícolas. Pero principio requieren las cosas, y bien merece, además, los honores de un ensayo — siquiera resulte éste un poquillo desigual, — obra de importancia tan grande como el crédito agrícola. De gobiernos que algo intenten estamos muy necesitados los españoles, que es dañosa la misión gubernamental que se reduce á deshacer lo que otros dejaron hecho... Pero, tente pluma, y no prostituyas tu obra con lamentaciones que seguramente resultarían de mal gusto por la fuerza misma de su popularidad... No es posible, ni necesario afortunadamente, que en todas partes el Estado ayude de un modo tan directo como en el Egipto el desarrollo del crédito agrario; pero siempre puede y debe ayudarle, porque á sí mismo se ayuda con ello; y obrará discretamente el Instituto de agricultura facilitando con estudios, peticiones y consejos esa conveniente ayuda oficial. Pidiendo á los Estados que no estorben y que ayuden, cuanto ello les sea posible, el desarrollo del crédito agrícola: y trabajando por su parte en la extensión del espíritu de *asociación* — que es la verdadera base resolutoria del problema,—habrá cumplido el Instituto con la misión bienhechora que en este punto le compete, sin que para nada tenga que meterse en detalles de organización que, dentro de los caracteres generales del crédito agrícola, han de variar en cada localidad.

Del mismo modo puede y debe fomentar el Instituto el espíritu de cooperación, dando á esta función la importancia capital que tiene. Yo no sé si el progreso social con su consecuente evolución se deben, como quiere el señor Sanz y Escartín, á que «los hombres que forman parte de sociedades verdaderamente cultas no pueden mirar con indiferencia las alegrías y los dolores de sus conciudadanos», ó si él y ella reconocen como único motor el *interés* según crudamente sostuvieron Fleury y Macquart en la «Société de Sociologie de París» (Sesión de 14 de Mayo de 1902.) Entre la opinión de uno y otros, media un abismo que es difícil de llenar. Para el primero, la dicha, la tranquilidad, la vida entera del hombre se halla asociada á la ventura, á la paz, á la vida, en una palabra, de los demás hombres; para los segundos, hasta el acto de quien se arroja al mar para salvar un semejante

y los sacrificios de la madre por sus hijos, obedecen á un móvil que, dícese como se quiera, no es sino una de las formas, de las múltiples formas del interés personal. Me parece que se violenta y disloca por éstos el concepto de *interés*, y que fía demasiado aquél en la bondad del género humano: creo que—como de costumbre—en el medio encontraríamos la virtud. Pero sea de ello lo que quiera; sé, y conmigo sabéis todos vosotros, que la cooperación es el más alto grado, la última fase de la evolución social que conduce al progreso. Bastó en un principio á los hombres vivir en sociedad, para el cumplimiento de sus fines; hoy necesitan de algo más que sociedad pues dentro de ésta puédese vivir en aislamiento relativo mucho más triste y dañoso que el soñado por Rousseau. Cabe, como sabéis, «la soledad de dos en compañía;» y rechaza el progreso actual de la sociedad, toda clase de soledad. Decía doña Oliva Sabuco de Nantes (escritora del siglo XVI), que «la soledad sienten los animales, y huyen de ella, quieren y aman compañía, y andan juntos, y á manadas así las aves por el ayre, como essotros animales por la tierra. Dice Plinio, que la oveja, si está solitaria cuando truena, malpare, y si está en compañía con la manada, no aborta.» Pues los hombres, que son algo más que ovejas—aunque no siempre lo parezca,—expuestos están hoy á malparir ó abortar en sus empeños, si no avanzan un paso más en la compañía que basta á las ovejas, constituyendo la cooperación. Cooperación que, además de darles una fuerza incontrarrestable, les asegura la paz, que sin ella peligraría. La cooperación agrícola, muy extendida por el mundo en su aplicación al crédito, realiza milagros portentosos, en contra de principios económicos que hasta hoy se tuvieron por inconcusos. Pero no se halla la cooperación tan extendida para la producción, la venta y el consumo, y es preciso convencer á los agricultores de que no existe elemento de mayor valía para una ventajosa realización de dichas funciones sociales. Las cooperativas de consumo suprimirían el intermediario de mala fe, que con sus funestas y complicadas artes encarece las subsistencias á capricho de su voluntad. Las cooperativas de producción y transformación de productos, tienen por objeto producir ó elaborar un objeto dado en común, reuniendo en un solo fondo las materias primas necesarias y utilizando el mismo material de fabricación. Es esta cooperación algo más que la simple sindicación para la compra en común de utensilios que luego empleen individualmente los compradores. Es la asociación llevada á su último grado de perfeccionamiento; verdadera fusión de varias fuerzas en una sola, cuya energía crece en progresión geométrica de los sumandos. Los resultados de esta cooperación han de sobrepujar las esperanzas más risueñas, y apenas se concibe que pueda decir con razón André Colliez después de haber estudiado el asunto, que no existe ella hasta el presente, en la agricultura propiamente dicha. La cooperativa de venta, debidamente organizada y extendida, originará también una verdadera revolución en la agricultura, ensanchando considerablemente el mercado para sus productos, con ventaja de productor y con

sumidor. Sólo pudiera peligrar el interés del segundo, si las cooperativas degenerasen en *trusts* monopolizadores y soberanos; pero es ello difícil en la agricultura universal, y medios de intervención tienen los Estados para limitar abusos, que, como vimos, también ha de combatir con todas sus fuerzas el Instituto internacional de que tratamos. Haga éste, pues, cuanto esté en su mano, porque la cooperación se extienda y desarrolle, echando en la balanza de sus acuerdos su gran autoridad moral. Y hágalo, pidiendo y obrando. Pidiendo á los gobiernos que la faciliten; trabajando por su parte, como Instituto de agricultores, cerca de éstos, para que ensayen y practiquen el sistema.

Y llegamos á un punto que de propósito he dejado para el fin de mi conferencia, por constituir uno de los fenómenos universales de más fácil aunque injustificada explicación, y que más imperiosa y prontamente demandan estudio. Entre las funciones y medidas que el Instituto ha de proponer á los gobiernos para la protección de los intereses comunes á los agricultores de todos los países, surge, en primer término, la rebaja de los impuestos. No desconozco la dificultad de la obra; impera en la Hacienda pública del mundo entero el principio de no desprenderse nunca de ingresos que más ó menos justa y fácilmente se cobran; pero algo hay que hacer porque cese la abrumadora acción del fisco sobre la agricultura. Es muy cómodo para los hacendistas de menor cuantía, y sin duda por ello es maña vieja en todos, recargar desmesuradamente la industria agrícola. Según Sánchez de Toca, el agricultor español pagaba en 1887, sin contar otras cargas, el 20 ó 25 por 100 de contribución *directa* sobre el cultivo, y quizá no menos del 40, sumados todos los conceptos tributarios. En Francia, hace ver M. Durand la desigualdad irritante de las cuotas contributivas entre la propiedad rural y las urbana y mobiliaria. Pagan éstas 23,46 por 100 y 11,46 por 100 respectivamente, y aquélla 30,70 por 100, según datos tomados por Leroy-Beaulieu en *L'Economiste Français* de 7 de Julio del 80. En Alemania, en donde el capitalista paga el 3 por 100, el 5 el comerciante y el 7 el propietario urbano, paga el propietario rural el 12,57 por 100. Pero en ninguna parte ha llegado á pagar el agricultor impuestos tan exagerados como en Italia, y el hecho de establecerse allí el Instituto, hace esperar que acudirá al remedio con decisión. Jacini en su *Frammenti sull'Inchiesta agricola*, asegura que el impuesto medio italiano es de 30 por 100 del producto *neto*, y en algunos parajes el 35, el 40 y hasta el 60 por 100. Esto es sencillamente espantoso, y no hay prosperidad posible mientras el régimen fiscal no se *transforme* radicalmente. A ello tienden en algunos países verdaderos Ministros de Hacienda, y á ello tendieron en nuestra patria Gamazo y Osma, que fueron algo más que recaudadores de contribuciones; pero ha de ayudar á la obra *transformadora* el Instituto, prestando con su concurso mundial, á los Ministros entendidos, una autoridad de que al presente carecen, y proponiendo arreglos y soluciones para que los rendimientos al Tesoro no se amenguen sino en aquello

que sea estrictamente necesario. En esta materia de impuestos sí que no basta pedir, sino que es de todo punto preciso ayudar, pues nadie mejor que los mismos agricultores conocen la raíz del mal y pueden proponer su posible y razonable remedio. Invocar como argumento para la transformación tributaria el interés de la riqueza pública que representa la agricultura, parece que debiera bastar para que los gobernantes se desvelasen en busca de la clave resolutoria; pero ya estamos viendo cuán poca fuerza *práctica* manda el solo argumento: pensar que el buen corazón de dichos gobernantes les mueva al alivio del contribuyente que perece, es pensar en algo que sale del terreno financiero de la realidad. Cuenta Quevedo, que la necesidad inexcusable de los acontecimientos forzó á D. Juan I á cargar sobre sus fuerzas, su reino y vasallos. Y añade, que «sintiólo tan extremadamente el bueno y clementísimo Rey, que en demostración de paterno dolor se retiró á la soledad de un retrete, esquivando, no sólo música y entretenimientos, sino conversación y luz, y vistiendo ropas de luto y desconsuelo. Lastimado el reinado de tan penitente melancolía, para aliviarle de la pena que padecía por verlos gravados aun sin su culpa, le enviaron á pedir que se alegrase y oyese músicas, viese entretenimientos y vistiese ropas *insumes* (tal es la palabra antigua que le dijeron). El Rey dió respuesta que no aliviaría su duelo hasta que Dios, por su misericordia, le pusiese en estado que pudiese aliviar á sus buenos vasallos de la opresión de tributos en que los tenían oprimidos sus calamidades y enemigos». Seguro estoy de que no necesitarán los agricultores ir á sacar de un retrete á ningún gobernante del día: más bien tendrán que distraerles de músicas y otros esparcimientos no tan espirituales... La investigación de la riqueza oculta, en donde ésta alcance las proporciones que sospechamos en España; la formación de un catastro parcelario, en donde se dé la vergüenza de que nó exista, como en España; la reforma de cartillas evaluatorias, arcaicas y mentirosas, como las españolas; la reducción de gastos inútiles excesivos y ruinosos...; todos los medios, en una palabra, que al Instituto le ocurran y en su alta sabiduría fundamente, deben ser presentados bien aderezaditos y fáciles de masticar á los arbitristas del siglo XX; procurando convencerles, en donde ello sea posible, de que á la larga es productivo cuanto de un modo tan directo como la desgravación, proteja la agricultura.

Y nada quiero ya decir de otras funciones que en pensamiento encomendó el Rey de Italia al Instituto, y que seguramente realizará éste cuando se constituya. Me he propuesto que la brevedad sea cualidad digna de aprecio en esta conferencia: y aun es posible que me aplaudáis cuando concluya, porque concluyo. Paso, pues, por alto todo lo que adivino detrás del postulado del programa, que encarga al Instituto «de ejercer las demás funciones que forman ya el objeto de las grandes asociaciones agrícolas y para cuyo ejercicio podrá moverse independientemente de la acción de los diversos gobiernos.» Como véis, se incluye en el encargo todo el vasto campo

de la asociación agrícola. Y no me bastaran las dedadas de tiempo, de que aún dispongo, para la simple enumeración de las principales funciones que hoy realizan los agricultores asociados, ni vuestra paciencia resistiría ya tan grande forzadura. Os invito sólo á pensar, sobre la altísima conveniencia de que el Instituto tome á su cargo—como el organismo más autorizado para ello—la enseñanza ú organización de la enseñanza técnica y social del agricultor. Conveniente sería también que en terrenos preparados al efecto se hiciesen por el Instituto ensayos de cultivos nuevos y prácticas de toda clase. Y no hay para qué ponderar la utilidad de un centro consultivo, que al beneficio directo del agricultor consultante, uniría, como vimos, la inapreciable ventaja de contribuir á la comunicación y solidaridad en que han de vivir las clases agrícolas de todo el mundo.

....

Terminaba lo referente á los impuestos, en la confección de estas líneas, cuando llegó á mis manos el número de *La Lectura* correspondiente á este mes. Veo en él por un artículo bibliográfico de Adolfo B. Buylla, que M. Pantaleoni, el verdadero padre de la criatura en las condiciones de desarrollo en que la conocimos, ha publicado un folleto «A proposito di un istituto internazionali permanente di agricoltura», extractado del *Giornale degli Economisti*. Desconozco en absoluto el trabajo, y lo lamento de todas veras. Como lamento asimismo desconocer los del profesor Deviti de Marco en el *Avanti*, los de Montemartini en el *Tempo*, y el de la casa editorial Bertero, cuya lectura nos aconseja el Sr. Buylla.—Claro es que me apresuraré á encargarlos; y posible es que su lectura me sonroje y avergüence, en fuerza del contraste. De la literatura copiosa á que ha dado motivo la iniciativa regia de Víctor Manuel, no he leído sino el artículo histórico de Ferrero sobre Mr. Lubin que al principio extracté. No sé si este hecho constituirá una agravante ó una atenuante, de mi atrevimiento de esta tarde.—El sumario del libro de Pantaleoni es, según Buylla, el siguiente: «Desconfianzas misoneístas hacia el propósito de instituir un órgano internacional permanente de la clase agrícola.—Utilidad de los misoneístas: su mentalidad coincide con la de los conservadores.—Es más peligrosa para la Sociedad la de los progresistas. Legitimidad de la prudencia en cuanto á un proyecto que toca á la infraestructura de las clases agrícolas: mostración histórica de su influencia en la estructura jurídica y política de la Sociedad.—Finalidad principal y finalidades secundarias del proyecto real.—Ejemplos de la una y de las otras.—Que la organización de los mercados compendia los principales *desiderata* en una primera etapa.—Los últimos peldaños de la escala de Jocob.» El sumario es hermoso, y seguro que habrá sabido llenarle cumplidamente M. Pantaleoni.—Adivino por él, que no son soñadas las dificultades que á mi juicio ha de encontrar el Instituto, y suscribo desde luego cuanto el ilustre profesor diga acerca de la prudencia y del cuidado sumo con que la obra debe organizarse. Si los misoneístas coinciden en su mentalidad con

los conservadores, me declaro misoneísta; y veo con gusto que en el sumario declara Pantaleoni, y en el texto demostrará seguramente, porque esa demostración es fácil en todas partes, que es más peligrosa para la Sociedad la mentalidad de los progresistas. Con misoneístas como Cánovas, Dato y Maura, hemos progresado bastante más en sociología práctica los españoles, que con progresistas entusiastas del *nuevo derecho*, que enriquecieron, en cambio, *la poesía* patria con sus bellísimos escarceos literarios y oratorios. Y es porque la *conservaduría* de hoy se reduce á un poco de prudencia, y con prudencia se camina mejor y más derechamente que con arrebato de movimientos que por su misma precipitación embaraza, entorpece y hasta imposibilita la marcha. – Garantía de acierto es en la constitución del Instituto, la prudencia que sus mismos iniciadores preconizan como necesaria: seguro estoy de que los Sres. Conde de Retamoso y D. Ignacio Girona, que representarán á España en la conferencia de Roma, no han de dar nota alguna precipitada, aunque es muy grande y muy noble la impaciencia que sienten por el renacimiento de nuestra agricultura. Piensen que nada es tan necesario en ella como el justo equilibrio entre las ideas conservadoras y el espíritu de progreso, y que de ese equilibrio preciso en todas partes, ha de arrancar la verdadera fuerza del Instituto. En cuanto le convirtamos en revolucionario de acción, habremos acabado con su vida, porque los gobiernos se retirarán á sus laboratorios administrativos, y aquél se reducirá á una congregación más de entusiastas alborotadores.

De todo lo dicho esta tarde, y de lo que callo porque es tarde, deduzco claramente que el fin principal del Instituto es la organización económica de las clases agricultoras y el fomento de la consecuente solidaridad entre ellas. Fin más alto, no pudiera soñarse; con su realización—como pensó bien Mr. Lubin—comenzará una nueva historia del mundo. El momento es decisivo, porque ahora parece que despierta la humanidad á la vida solidaria internacional, después de los trastornos, rencillas, peleas y desconfianzas del pasado siglo XIX. Antes se celebraban congresos internacionales encaminados á estudiar y solucionar punto determinado de la economía ó política peculiar de las nacionalidades respectivas; ahora parece que se aspira á mucho más á la vez y por distintos caminos. El gobierno belga ha decidido celebrar en Mons, el 24 de Setiembre próximo, un congreso internacional de expansión económica mundial, que desarrollará un programa interesantísimo de verdadera solidaridad económica compatible con las distintas nacionalidades. Leo en *La Revue Diplomatique*, que bajo el lema «Pro Patria per orbis concordiam», y con el título de «Les Intérets nationaux et la Conciliation Internationale», se acaba de constituir una asociación considerable, bajo la presidencia de Mr. Berthelot, el ilustre químico, y de la cual forman parte los hombres más eminentes de cada país (Silvela por el nuestro), con una idea muy grande y un programa muy vasto; pero admirable y prácticamente concebido, si hemos de creer á Mr. Meulemans. No se propone la Asociación más que la educa-

ción de la opinión; desenvolvimiento del arbitraje; rectificación de las informaciones tendenciosas; revistas internacionales; publicaciones, conferencias, congresos, audiciones y exposiciones; prácticas de lenguas extranjeras; viajes, estudios y visitas internacionales entre parlamentos, comerciantes y estudiantes; asociaciones científicas, artísticas, obreras y profesionales; misiones; expediciones científicas; precios y bolsas de viaje; cambio de jóvenes (varones, supongo); de discípulos, de profesores, de obreros, de artistas, de especialistas; escuelas de exposiciones; colocación de jóvenes recomendados, en el extranjero; creación, sin espíritu de partido, de la casa de extranjeros; extensión de las relaciones entre las individualidades escogidas del mundo entero; hogares de atracción, de cambios, de difusión, cerrados á la violencia, abiertos al pensamiento». Y nada más: *no aspira á más* la Asociación. Tan levantado es el propósito, que pudiera parecer eutrapelia mundial (para usar dos palabrejas de moda), si no formasen parte de la comunidad constituyente hombres tan serios, á pesar de su ironía, como el Sr. D. Francisco Silvela. Innegable es de todos modos que «las grandes ideas son madres de las grandes obras», é insisto por ello en que estos momentos de tendencia manifiesta, más ó menos soñadora, á la solidaridad de la familia humana, están indicadísimos para el planteamiento del Instituto internacional de Agricultura.

Ahí quedan mis ideas sobre el tema, tal como me fueron ocurriendo al correr de la pluma. Los pleitos y otros quehaceres no me dejaron vagar para un detenido estudio, ni aun con él fuera mi mente capaz de mucho mayores profundidades. Si nada hay en mi trabajo de aprovechable, habréis perdido algún tiempo escuchándole, y habré confirmado yo, una vez más, que la ignorancia es atrevida, aun siendo como soy tan poco responsable del compromiso que me puso en este sitio: si manejando las pinzas lográis extraer de mis cuartillas algún pensamiento útil, cumplido estará con exceso el fin de ellas.

Luis REDONET

Del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio.



CÓMO SE DESARROLLÓ EL ESTILO FRANCÉS

LLAMADO GÓTICO Ú OJIVAL

EN LAS REGIONES GALLEGAS

Consideraciones sobre el origen de esta arquitectura, nacionalidad, nombre, monumentos primitivos.—Diversos caracteres y períodos.—Ojival gallego, sus construcciones.

Los cruzados fueron los remolcadores de ideas nuevas y desconocidas que, al importarlas á sus países, produjeron una evolución que metamorfoseó las Artes y aún las costumbres: gustaron de la esplendidez, y tuvieron á gran honor encargar á artistas nacionales el desarrollo de sus proyectos; trajeron modelos del Arte plástico, con los que, á modo de savia, rejuvenecieron á no pocos artistas, si no recetarios, estancados; por entonces, los Estados adquirieron solidaridad, y la paz y el entusiasmo y el oro transformaron la sociedad de la Edad Media. La catedral fué su edificio principal, donde la fe y la riqueza se manifestaron sin tacañería; la catedral, al par que casa de Dios, fué la iniciación de aquellas lonjas de contratación de los principales centros comerciales construídas posteriormente; en ella se reunían burgueses y labriegos para convenir sus asuntos. Bayet afirma que el empuje y la importancia de tal edificio, duró mientras no se construyeron los consistorios; no fué así; duró su importancia, se elevaron con suntuosidad, mientras la fe fué viva y sencilla; las caravanas de artistas y artesanos se formaban para obtener la remisión de sus pecados; cuando el realismo principió á invadir aquella época, se resintió la construcción de catedrales continuaron lo que habían principiado, apenas echaron nuevos cimientos.

El Arte adquirió más expansión en los siglos XII y XIII con la exclaustración de la mayoría de los artistas monacales, que aspiraron á la personalidad, aun cuando perdió el ambiente religioso, prefiriendo el estudio del natural á lo convencional y recetario.

En la segunda mitad del XIII apareció el estilo llamado *gótico* desde el XVI, por los italianos, que tacharon de bárbaros á los edificios de la Edad Media, título injusto é impropio, puesto que, en primer término, esta arquitectura no fué conocida por los godos.

La palabra *ojival* se deriva de *ojiva*, nombre que se dió en el siglo XVIII al arco agudo ó de terciopunto; los arquitectos de aquella época llamaban *ojiva* ó *aujiva*, especialmente á los nervios diagonales formados por el cruce de dos bóvedas por arista, que inventaron los del estilo románico. Los contemporáneos lo llamaron *opus francigenum*, arte francés.

Del románico procede el ojival, como acertadamente lo han demostrado Hope y Batisier; en las transformaciones, desarrollos, evoluciones, correrías, se acaparan materiales para crear un estilo nuevo; el ojival distínguese, porque el arco agudo ó apuntado, excepto en los arcos diagonales de las bóvedas, sustituye al arco formero ó en plena cimbra, por lo que se ha supuesto que el arco roto es su personalidad; mas es notorio que ya existía en los monumentos orientales arábigos, especialmente, por lo que, con ciertas apariencias de verosimilitud, se opinó que allí estaba el origen, en cuyo caso, dice Caveda, á España tocaría la primacía, puesto que aquí se construyeron las famosas aljamas de Zaragoza, año 713 (1), tan elogiada por los escritores de esta nación, destruída por un incendio en el año 1050, y posteriormente la de Córdoba, donde de la intersección de arcos semicirculares resultó el apuntado; aquí los árabes hicieron alarde de facundia y de gusto, empleando los despojos de los monumentos griegos y romanos, recordando á la vez lo que habían visto en sus correrías por los diversos países de Oriente, hasta obtener personalidad propia pasado algún tiempo. Santa María de Naranco, de mediados del IX, en la parte oriental, y en otros restos anterior al siglo XI, también presenta la ojiva.

Mas el arco apuntado, en los árabes, es uno de tantos motivos decorativos, como lo son el arco de herradura ó el formero; no constituyen lo esencial, la base, el plan de un nuevo sistema de construir.

El caso de encontrarse el arco semicircular y el ojival motivó la investigación de los monumentos asiáticos y europeos; se estudiaron los de Egipto, Siria y Palestina, suponiendo anterior al siglo XI el arte ojival. El palacio árabe de Ziza, siglo IX, tiene más arcadas ojivales que de medio punto; anterior á esta construcción es la primitiva de San Marcos de Venecia, año 976, y también presenta arcos ojivales, y lo mismo San Ciriaco de Ancona, casi contemporáneo, y en otros edificios del XI.

Por el nombre de *gótico*, quiso hacerse originario de las orillas del Báltico.

La clasificación de origen oriental la hicieron Lord Aberdeen, Vhittington, Haggitt, Streat, Payne-Kinght, Jovellanos, Cean Bermúdez y otros, presumiendo encontrar los elementos del ojival en los castillos y fortalezas de Oriente, y en las máquinas y artificios militares de los cruzados; por lo que

(1) La Mezquita erigida por Omar sobre las ruinas del templo de Jerusalem es del año 637; la de Amrú, del 642, y la de Damasco, el 705, acaso las más célebres y más antiguas.

dicen, debiera llamarse arte *ultramarino*. Chateaubriand lo concibe en los germanos de las selvas, cuyos árboles entrelazan sus copas, formando ojiva.

En cuanto á la nacionalidad del sistema, hubo grandes luchas; Wiebeking recuerda, entre varias iglesias, las de Naumberg y de Ninden, ojivales que supone del X-XI siglo, por lo que adjudica la prioridad del estilo á su patria, cuya opinión apoya en parte Th. Hope, creyéndola probable, argumentando que los italianos, al recibir esta arquitectura de Alemania la llamaron *tudesca* ó alemana como en memoria de sus inventores.

La calificación de Normanda, por lo que allí se construyó y por los modelos que dió á otros pueblos, es la que tiene más prosélitos, haciendo francés el origen; Caveda sólo admite que Francia fué la inmediata en aceptarlo y mejorarlo.

Hipólito Fortoul, en su tratado del arte de Alemania, fija como lugar de nacimiento las provincias comprendidas entre el Somma y el Rhin, pretendiendo que las construcciones de madera galo-romanas son el modelo primordial de las catedrales ojivales.

Bayet dice que precisa buscar el origen del ojival en el empleo «más sabio y más agrandado de la bóveda por aristas establecidas sobre las nervosidades que forman su esqueleto», aun cuando hace notar que la bóveda por aristas, la ventana de ojivas, el arco apuntado, no son aún los elementos decisivos de la nueva escuela, puesto que ya se encuentran en los monumentos románicos y aun anteriormente; los arbotantes colocados en el exterior de los edificios, apoyándose sobre los contrafuertes, reciben el empuje de la bóveda central, por cuyo refuerzo pudo dársele más elevación y amplitud; también por aquéllos, los muros se levantaron con menos material, y á pesar de tanto aligeramiento soportaron las rasgaduras, á grandes fajas perpendiculares, por donde pasó la luz y se labraron ajimeces.

Los monumentos más antiguos que se conocen de este estilo, son la iglesia de Noyon, la catedral de Sens, parte de la iglesia de San Dionisio, Nuestra Señora de Chalons, Saint-Remy de Reims, etc., que se edificaron á mediados del XII. En la centuria siguiente adquirió gran apogeo; se terminó la catedral de París, comenzada á fines del XII; se levantaron la de Amiens; la de Reims, cuya fachada es posterior, y la de Chartres.

Desde Francia se extendió á todas las comarcas vecinas, que la acogieron con entusiasmo, especialmente las del Norte. En Alemania apareció el ojival el año 1227-1244, que construyeron Nuestra Señora de Tréveris; Santa Isabel de Marburgo es del 1235-1283, siendo la obra más notable la catedral de Colonia, principiada en 1248, que recuerda á la de Amiens, sobre todo en el coro; de aquí se propagó por toda la Alemania, y más al Norte por Escandinavia. En 1174 un francés construyó con el nuevo estilo en la catedral de Canterbury. Del XIII es la de Westminster, de Londres; mas los templos de esta nación, generalmente, tienen tres naves, y en vez de ábsides circulares, ponen coros cuadrados.

En el siglo xiv, en Inglaterra como en Francia, se hizo el estilo *decorativo*, como lo llaman los ingleses; en el xv y el xvi, el *Tudor* pródigo en la ornamentación; los franceses llaman al arco de este estilo, *asa de cesta.*

Italia sólo aceptó del ojival los elementos ornamentales, aplicándolos al románico. San Francisco de Asís, 1228-1253; la catedral de Siena; la de Orbieto, comenzada en 1290, y en 1386 la de Milán, son sus más célebres monumentos.

También en Oriente se aceptó el estilo ojival que los cruzados dieron á conocer.

En España, los monumentos primitivos y de más importancia de este período son las catedrales de Burgos, comenzada en 1221, y la de Toledo, en 1227; algunas veces se entrelaza con el árabe, como en la portada de San Félix de Solovio (Santiago), cuyo arco interior es de herradura, y la archivolta del primero, que es de medio punto á modo de lóbulos, está festoneada por arcadas de herradura. También se inició el ojival con el románico, ó sea la transición de éste á aquél, ó bien el ojival con resabios románicos, igual que en Italia, aun en fechas múy avanzadas; del tipo primero son las catedrales gallegas, y del segundo muchos templos de esta región, de los que trataré en su lugar correspondiente. También en los países que se emplea el ladrillo se encuentran monumentos con detalles románico-ojival-árabe ú ojival-renacimiento árabe, el cual constituye el tipo exclusivamente español llamado *mudéjar*, cuyo mejor modelo es el testero de La Seo de Zaragoza, muy impresionado en el arte persa.

De las construcciones del ojival, como ya he dicho, la que destaca y da personalidad es la catedral. La fachada principal estaba desnuda en la antigua basílica; en el período románico la ornamentación y la estatuaria, las grandes masas, le daban grandiosidad, aunque aminorada por la pesadez y corpulencia de sus elementos arquitectónicos; en el ojival, la inventiva se desbordó, la línea irguióse embellecida, huyendo la masa total de la pesadez, encariñáronse con la filigrana que algunos llaman oriental; mas á pesar de tanto movimiento de contornos, del bosque de agujas y pináculos, contrafuertes, arbotantes, estatuas y cresterías, todo es armónico, nada es superfluo.

La catedral se compone, de *paron* ó atrio, que es un espacio cerrado delante de la fachada unas veces, y otras rodea al edificio, á modo de atrio ó plataforma, cerrado, que recuerda al peristilo griego que ya se empleó en las primeras basílicas cristianas. El límite del atrio era un muro, sin altura preconcebida á modo de cerca, un pórtico ó un cierre de cadenas, etc.; el pavimento estaba enlosado, á trechos había unas pilastras, pilones ó postes cortc , que sostenían jarrones, leones, escudos, etc. Por ellos paseaban las procc iones, y también servían de enterramientos para los sacerdotes. El pórtico se inició en el siglo xii; sirvió de enterramiento, al principio, para person jes ilustres y para baptisterio; dícese que era un refugio para el cristiano; en él se administró justicia, como consta de documentos; también se reunie-

ron los concejos. Los monjes clumianenses cerraron los pórticos, inutilizándolos; unas veces ocupa las portadas, otras las fachadas, como en la iglesia de San Vicente de Avila; la techumbre es plana ó abovedada, y los hay descubiertos; también hay pórticos en alguna de las fachadas laterales, como el tapiado de Santiago de Zaragoza, y el de Nuestra Señora de Salas, de Huesca; estos pórticos tenían varias arcadas.

Son muy escasos los que existen en España; son más atrios ó lonjas; los de la Seo de Zaragoza, constituyen una parte del edificio que bien pudiera habilitarse para iglesia ó capilla grandiosa, aislada; son amplios y elevados, con bóveda de crucería. Otra de las partes de la catedral es la nave, á la que se ingresa por el atrio ó por el pórtico. Constan de tres naves y de cinco; en Francia las de los jacobinos son de dos, y en España también las hay de dos; el monasterio de la Huerta; San Pablo en Zaragoza tuvo dos naves; San Miguel las tiene. En las que hay cúpula, que es semiesférica, descansa sobre la nave del crucero, ocupando el testero; en la catedral de Barcelona está á los pies de la nave central; los muros tienen el triforium ó galerías, los ábsides presentan capillas; en el subterráneo de las catedrales construyeron la cripta; la sacristía ó sacristías, son parte muy principal, y también los claustros, salas capitulares y el coro.

En las iglesias del siglo XIII acapararon todo lo más original y práctico de lo creado en la Edad Media.

Además de la catedral, le da carácter el castillo, que refleja aquel período, conservando las tradiciones de las fortalezas del arte romano. Con las invasiones normandas nació la arquitectura militar de la Edad Media, puesto que al principio eran de grosera construcción; lo constituían el foso, las empalizadas, las habitaciones de servicio, la torre de madera, sobre una altura artificial. A fines del XII y en el XIII la arquitectura feudal llegó á su esplendor; la piedra sustituyó á la madera, se ensanchó el foso, los muros del edificio se interrumpieron por torreones, la cima apareció almenada, las *barbacanas* de piedra ocuparon el lugar de las *bubardas* de madera; el puente levadizo sirvió de paso para ingresar en el portón del castillo protegido por dos enormes torreones.

El interior del edificio lo dividieron con un muro, en dos alas; en la primera estaban los talleres, dependencias y habitaciones de los obreros; en la otra se aposentó el señor feudal y su gente; unida al muro, pero separada por un foso, levantaron la enorme torre del homenaje, subdividida en pisos, último baluarte del señor en caso extremo. Los monasterios, como la abadía de Mont-Saint-Michel y el de Piedra en Aragón, las catedrales gallegas fu ron verdaderas fortalezas. Modelo casi íntegro, notabilísimo, de arquitect militar es la Ciudad de Avila.

También la arquitectura civil tuvo sus construcciones de importan se elevaron *consistorios*, cuya parte esencial era la *atalaya* ó torre señorial municipio, campanarios desde donde se convocaba á los ciudadanos p

celebrar asambleas; esta torre era indicio de pujanza; no tenerla equivalía á publicar la anemia y la pobreza. El consistorio tenía salón de sesiones, archivo, cuerpo de guardia y prisión. También había un gran balcón, terraza ó gradería que avanzaba delante de la fachada principal, desde donde arengaban los magistrados á las multitudes.

Las lonjas de contratación fueron también típicas de este período; se construyeron en los grandes centros comerciales; la de Valencia, la de Zaragoza, ojival aquélla, plateresca ésta, son bellísimas.

A pesar de lo que se supone, en el siglo XIII la escultura adquirió gran perfección, el desnudo acusa estudio, los ropajes se pliegan con sentimiento, dentro de la sencillez y de la elegancia, sin dejar de expresar las fisonomías y de componer las figuras; los elegidos, las vírgenes aparecen con candor y misticismo; los apóstoles, los santos y personajes históricos acusan el carácter y temperamento, lo convencional no se encuentra como en el románico; mas si esta anotación recetaria puede anularse citando el magno pórtico de la gloria, de Santiago, donde la estatuaria, la arquitectura y la ornamentación se anticipan á bastantes siglos, por su delicadeza de factura, estudio del natural, del ropaje, grandiosidad de la idea, con muchísima ventaja, superior, á la gran portada del Monasterio de Poblet, en Cataluña; también puede desmentirse la errónea creencia de que las imágenes del siglo XIII son bárbaras de ejecución, cortas de dimensiones, frías de expresión, endebles de modelado y de dibujo, al menos ante los ejemplares de Nuestra Señora, de la Sainte Chapielle de París.

En el siglo XIII se inició el realismo; estudiaron la naturaleza hasta para ornamentar, tomando los elementos decorativos de los árboles y de las plantas de la región.

La pintura mural en el arte gótico ocupa uu lugar secundario, generalmente, aun cuando gustaba de las tonalidades para *el conjunto*; casi la pintura se acogió á las vidrieras de las grandes ventanas, en las que estudiaron la justeza del efecto, la combinación y tonalidad de los colores, condiciones que se alteraron en el siglo XIV. Hay iglesias como la Sainte Chapielle, que casi desaparecen sus muros con la abundancia de vidrieras. En Galicia hubo, en Aragón hay notables pinturas murales del XIII, en Sigena especialmente y en otros templos, lo que demuestra que allí se le dió importancia; ya en el XIV pensionó Alonso V de Aragón, á Jordaneto.

También la pintura aceptó la ilustración de códices, libros de devoción y corales, para lo que también estudiaron el natural y copiaron el modelo: son franceses los mejores originales que existen.

El ojival se divide generalmente en tres etapas, cada una con su nombre: lanceolado, desde la segunda mitad del siglo XII al XIII inclusive que se usó la ojiva aguda ó puntiaguda; radiante ó florido *fleuri, flamboyant*, siglo XIV, en el que se construyó la ojiva equilateral ó de tres puntos; flameante desde el XV hasta principios del XVI, que la ojiva era obtusa y rebajada.

Bayet hace otra división que consiste: radiante, siglos XIII-XIV; flamígero, XV y XVI, aun cuando observa que no hay precisión matemática.

El ojival del XIII, en conjunto, resulta en su apogeo: es armónico, elegante y sencillo, acusa pericia y dominio de la forma.

Los artistas del XIV y más los del XV, no tienen el gusto tan delicado; tienden á ser originales, y torturan su imaginación para conseguirlo, y llegan al amaneramiento y aun á iniciar el barroquismo.

Ojival español: A fines del XIII habíanse perfeccionado las construcciones, ampliaron las plantas, adquirieron más práctica y habilidad los artistas, construyeron menos toscamente, emplearon la ornamentación con más esplendidez.

Se inició el ojival, en la colegiata de Toro y en las catedrales de Salamanca, Zamora y Lugo, románicas. En las catedrales de Lérida y Tarragona, Avila y Cuenca, empezadas antes de los primeros años del XIII, se ven todos los caracteres del ojival.

Ojival gallego: ¿Hubo por ventura arraigado en esta región tal sistema arquitectónico?

Contestación bastante difícil, puesto que después de estudiados los monumentos gallegos en general, apenas pueden citarse más que los conventos de la Orden de San Francisco, de Santiago y de Lugo, y Santa María la Grande de Pontevedra. Pasan de una transición á otra: del románico ojival al ojival renacimiento, dominando en casi todos los que se construyen, los elementos románicos, al menos la decorativa, y cuando la época es ya avanzada, el siglo XV por ejemplo, uno de los capiteles por lo menos está historiado.

¿Cómo pudo suceder tal obstinación? Los gallegos conservaron trato muy frecuente con los franceses; ya en el siglo XII, y especialmente desde el XIII, incluso los canónigos compostelanos pasaban á París á cursar sus estudios; las peregrinaciones se sucedieron á medida que el fervor hacia el Santo Apóstol aumentaba. Los monumentos románico-gallegos casi siempre, tienen resabio de los franceses, y si no los tienen en casos varios, bien se ve que se trata de edificios rurales de importancia escasa, donde el artista demuestra su inexperiencia, más ó menos ostensible, y esculpe, y edifica grosera y primitivamente.

Acaso el estilo románico agradó tanto á los hijos de Galicia, quizá porque se amalgamaba mejor con su carácter y con sus costumbres, hasta prohijarlo con cariño filial, tanto que llaman muchos eruditos regionales al románico, *arte gallego.*

De tal entusiasmo, con tal pretensión, que no debe ser moderna, debió nacer aquella obstinación en transmitirse de padres á hijos las reglas, el gusto, la predilección por su arquitectura, pareciéndose á los italianos que sólo aceptaron la decorativa del ojival y construyeron con el románico, y á los zaragozanos que hasta en nuestros días conservan la tradición del mudéjar.

Esa explicación quizá sea la más aproximada, puesto que otra sería negar las condiciones especiales intelectuales del pueblo gallego, sería olvidar sus viajes frecuentísimos á Francia, donde sin querer habían de crear gusto relativo por lo menos. Pensar que Galicia caminaba á paso de buey, y que por eso iba siempre retrasada dos ó tres siglos en las artes, sería prejuicio imperdonable tratándose del pueblo que, entre muchas obras notabilísimas, tiene un monumento, al que se le han concedido los honores del vaciado por la Junta del Museo South-kensington de Londres, donde figura al lado de los grandes del mundo. Con agrado digo que no soy de los que insinuan ó afirman que el Maestro Mateo sea extranjero, ó que un francés sea el autor de aquella maravilla, que conocemos por el nombre de *Pórtico de la Gloria*.

Estudiando las costumbres, las tradiciones legendarias que se conservan intactas, casi petrificadas, el tipo de la región, tan grato á su terruño, no es de extrañar tal anormalidad del progreso artístico, anormalidad que contribuye á dificultar la crítica, mucho más porque aumentan la duda las fechas de las fundaciones; edificaron en el siglo XIV, y aún en el XV, como en el XIII y aun el XII. En 1722, según Castro, estaban echados los cimientos de San Francisco de Tuy, y, sin embargo, hay arcos ojivales en las tribunas y bóvedas. Para encontrar una joya del ojival, precisa llegar al siglo XVI, que construyeron Santa María la Grande, de Pontevedra, y ya las portadas son platerescas.

De otro lado, resulta que van á Francia; construyen el románico, que demuestran conocerlo por lo menos, ya que no haberlo estudiado con los maestros del otro lado de los Pirineos, y sin embargo el *estilo francés*, propio, el generalmente llamado *gótico*, les cuesta trabajo aceptarlo, quizá más que en parte alguna, excepto Italia, y parece que se adormecen cuando no tienen otro camino que hacer el ojival, y se expansionan de nuevo cuando llegan á la otra transición, nuevo motivo de dudas, puesto que si conjeturamos que el pueblo gallego prefería el románico por sus moles, por su severidad, no se comprende cómo el ojival lo hicieran tampoco, y en cambio, al llegar al renacimiento se expansionáran, cuya arquitectura es muy bella, muy delicada, pero está reñida con el sentimiento religioso de aquel país.

Dando vueltas á mi imaginación he llegado á pensar, y bien pudiera suceder, que lo que alguien impresionable y poco escrupuloso lo tachara de atraso en el progreso, fuera resultado de una inteligencia bien curtida, y que al reconstruir siguiera el plan de lo que se demolía para conservar el carácter, el tipo de aquella Edad; en La Seo, de Zaragoza, del siglo XIV, de una nave central y dos más pequeñas laterales que tuvo, elevaron éstas á igual altura que la anterior, edificaron otras dos también paralelas en el XV, y en el XVI, bien adelantado, colocaron dos más á los pies del templo para evitar la irregularidad de la planta, y salvo los capiteles de aquellas altas columnas, la bóveda ofrece un conjunto, una armonía, que sólo un observador inteligente puede descubrir.

Prefirieron para la ornamentación las perlas, las rosas de cuatro hojas, las molduras ajedrezadas y aun las de billetes ó cilindros cortados y espaciados; las hojas de berza rizada, las de viña salvaje, las de helecho, plantas propias de la región; ornamentación aquélla oriunda de la romana, muy aceptada en la románica. En las pilastras de los arcos, ó en las columnas de las bóvedas, rehundieron medias cañas, y las ornamentaron con perlas ó bolas, ó con rosas de cuatro hojas, como se ven en la sacristía de Osera y en San Pedro de Rocas de Orense, respectivamente; la ornamentación de perlas se usa mucho también en Avila, donde se encuentran semejanzas artísticas.

El ojival gallego no supo desprenderse de los capiteles historiados, según ya he indicado: los doseletes del claustro de la Catedral de Orense, recuerdan aún los del siglo XIII, reproducen los edificios; los capiteles, realistas, tratan las costumbres del país, la cría del cerdo y aun su procreación, las labores del campo y la caza.

Son también típicos en Galicia los estribos que suben y terminan bajo los aleros del tejado, formando arcos entre sí de manera que simulan una arcada continua en toda la longitud de cada lado de la construcción; estos contrafuertes son románicos de transición; modelo exterior de la capilla del Pilar, Catedral de Lugo.

También son típicas las hojas flabeliformes, motivo ornamental formado de palmetas ó de hojas abiertas en forma de abanico *flabellum*, que emplearon en los arcos sepulcrales.

Arco sepulcral con gablete en el frontón, sólo existe un ejemplar en Galicia, el de Mariño, en Orense.

En los tímpanos de los siglos XII, XIII y XIV, generalmente esculpieron la Anunciación; otras veces la Adoración de Reyes.

Las archivoltas están completamente esculturadas con músicos pulsando instrumentos de cuerda; sólo en tres obras de Orense aparece un gaitero.

Otro tipo es la portada de Veiga, en Orense, cuyas archivoltas, excepto la exterior y los capiteles, están decorados con bolas ó perlas sin ensartar, y lo mismo las arcadas de las bóvedas de Santa María de Cambados; San Pedro de la Mezquita, cuya puerta es ojival, la primera archivolta está ajedrezada, y lo mismo la ventana románica, de encima, que sustituye al óculo ó al rosetón.

Las catedrales tienen y aun guardan el aspecto de fortaleza, como la de Tuy, que conserva las almenas; la de Mondoñedo, sus ventanas en forma de troneras; la de Orense, cuya puerta central la coronan dos enormes barbacanas.

Los conventos de las Ordenes de Santo Domingo y de San Francisco, se construyeron en épocas distintas, algunos muy avanzadas, y, sin embargo, se parecen como si fueran obra de un mismo autor.

Todo tiende al románico, así que el ojival gallego es el románico de transición. Ferreiro dice que la arquitectura ojival en Galicia, exceptuando los

ábsides de Santo Domingo, de Pontevedra, nunca llegó á adquirir formas bien definidas, ni pudo sustraerse al dominio del románico.

Fernández Guerra (q. e. p. d.) y el P. Fita, hablando de Pontevedra, dijeron que las Ordenes Franciscana y Dominica la ennoblecieron durante el siglo XIII, dotándola de suntuosísimos templos en que apuró el arte sus galas más seductoras y escogidas.

Las ménsulas donde descansa el tímpano que presentan la cabeza de un buey y un caballo, son también un tipo que existe en Santa María y Santiago, de la Coruña, en Santa María de Bayona, y en la Catedral de Tuy.

Otro de los tipos sòn los llamados *cruceros*, que se encuentran en los antiguos cementerios y en las calles; parecen á los *mojones* ó cruces de término de Aragón y otras regiones; de ellos hay modelos magníficos, que recuerdan generalmente el románico. Se ponen también con motivo de muerte airada.

Obsérvase que el pórtico de la gloria sirvió de modelo para los de las otras catedrales gallegas, que casi lo copiaron con fidelidad; pero siempre destaca la superioridad del Maestro Mateo, autor del de Santiago, especialmente comparando sus grandes ángeles clarines con los de la de Orense, su casi rival, que son muy inferiores en dibujo, que no razonan los paños, ni tienen expresión las fisonomías, ni movimiento las figuras.

En el primer período del ojival, al levantarse un edificio construían primero el esqueleto, compuesto por los pilares, contrafuertes, arcos formeros, arcos ó *cinchos* que dividían y separaban la bóveda entre sí, y los arbotantes; los claros los llenaban con bóvedas y paredes tan ligeras como las de la catedral leonesa.

La planta, los pórticos, puertas y ventanas de las iglesias, apenas sufrieron variación, excepto que el arco apuntado sustituyó al de medio punto.

Los ábsides, como el de Santo Domingo, de Santiago, conservaron la planta poligonal; los ajimeces son estrechos y altos, divididos por parteluces ó columnitas, aun cuando este detalle no existe en el referido templo. Al pie de las ventanas está la imposta y debajo una arcatura que describe un arco trebolado; en los muros hay ventanas circulares caladas, recordando el *óculo* románico, como la de Puerto Marín, diócesis de Lugo. Las fachadas ostentan estatuas sobre ménsulas, con voladizos y arcos lobulados, y cabe doseletes cuya ornamentación se compone de castillejos y arcadas. Los capiteles adoptan la flora de la región donde se esculpen; casi siempre son cilíndricos los fustes; el pedestal, generalmente, es poligonal; las columnas se agrupan y descansan ó arrancan de zócalos circulares. En los tornalluvias de las portadas y ventanas de los templos gallegos de los dos primeros tercios del siglo XIII, emplearon varias figuras geométricas, especialmente las *cabezas de clavo* en forma de punta de diamante, colocadas por yuxtaposición. Los chapiteles de los campanarios fueron apiramidados, tan acusados que llegaron á la flecha, de base poligonal; los canetes perdieron la riqueza y fantasía decorativa, eran achaflanados por los tres lados; los de la capilla de

la Corticela, de Santiago, además de la forma indicada, presentan unos con tres perlas sobre los chaflanes, otros con hojas vueltas hacia abajo y una perla en la cabecera del canecillo.

En el segundo período modificaron las plantas de los templos, abrieron capillas en las naves laterales; apenas usaron las galerías ó *triforios*, y cuando las construyeron, con ventanas ojivales que le daban luz; antes la recibían de dentro.

Los ventanales son altos, pero más anchos; colocaron tres parteluces, y algunas veces cuatro ó cinco; la ojiva es equilátera, tan alta como ancha; los tornalluvias los levantaron casi siempre en línea recta, formando ángulo curvilíneo ó rectilíneo, es el gablete; las frondas ó trepados antes volvían hacia abajo, entonces hacia arriba; los tímpanos de puertas y ventanas presentaron trifolios, cuatrifolios y quinquifolios calados. Los rosetones de las fachadas son mayores, dibujan con más elegancia y riqueza, como el de la iglesia de San Martín de Noya, modelo bellísimo de ornamentación delicada y fecunda, que parece presentir la riqueza del arte florentino. Aparecen los capiteles con dos bandas de hojas muy interesantes; las impostas son aún más complicadas que en el anterior período, que ya presentaron más molduras que en el románico. Las *gárgolas* aparecen también en los *botareles*, que son de piedra, en forma de bichos ideales; estaban sobre las cornisas de los aleros, para desviar de la fachada el agua recogida de las lluvias.

En el tercer período ya sabemos que la ojiva es más obtusa, se adelgazan las columnas y se agrupan en haces; los fustes son elípticos con perfiles angulosos. Prolongaron sobre su vértice los gabletes ó frontones de las portadas, formando pedículos, agujas ó penachos; de este tipo es la puerta del primer claustro de la izquierda del Hospital de Santiago. Se usó mucho la crestería de cimera, de cairel, de festón y la de filigrana. Abundó la ornamentación vegetal; recortaron las hojas apareciendo como sobrepuestas.

Multiplicaron las nervaduras de las bóvedas, destacándolas y cruzándolas en todas direcciones, formando círculos, estrellas, etc., y en la clave, á modo de broche, dorados florones, escudos y adornos colgantes; tipo, la bóveda del hospital de Santiago. Con la exageración, en muchos casos, desapareció la ojiva, resultando el arco *conopial*, del que también hay un modelo en los claustros del referido hospital; además construyeron el arco rebajado, el adintelado y aun el elíptico.

Sacrificaron los capiteles, porque los fustes circundaban sin interrupción el arco á modo de fajas.

Estudiado el origen del estilo llamado *gótico*, el nacimiento y la aceptación en el extranjero, en España y particularmente en Galicia, así como el carácter del de esta región, quédame sólo hablar de los monumentos gallegos, agrupando las catedrales, los conventos y las parroquias, comparándolas artísticamente para completar este trabajo.

Catedrales gallegas: Santiago.—Del románico son las naves, la cabecera del templo; del románico ojival la sala de concilios, muy notable y digna de restauración; en las claves de la bóveda esculpieron ángeles, aves, rosetones, adolescentes con viandas, frutas, pan, ó haciendo música; acusan la influencia, acaso la mano del que labró el pórtico de la Gloria. Del 1384 á fin del xv, es el cimborrio trazado por Sancho Martis, airoso, aunque inferior á los de Orense y Valencia; es octógono, presenta tímpanos con ventanales rasgados, molduras acusadas y un florón en la clave.

El pórtico de la gloria, bellísimo, de los primeros monumentos iconográficos del mundo cristiano. Cuantos autores se han ocupado de él, especialmente Street, por quien se le concedieron grandes y justos honores, ensalzan la maravillosa labor del Maestro Mateo. Visto en total, es una monumental fachada, que trae á la memoria las más célebres de Francia pertenecientes á la transición del románico; en detalle, encanta la riqueza de la concepción, la delicadeza de líneas, el plegado de los ropajes, la expresión de Apóstoles y Evangelistas, la bondad del Salvador que domina aquella multitud de elegidos, Santiago, los capiteles... asombran. Las dos arcadas de la nave central son bellísimas; delgado y esbelto es el fuste de las columnas románicas que las sustentan; hermoso el rosetón lobulado, los ángeles clarines adosados á los muros que rompen la monotonía de los planos. Street dijo ante él: «No puedo menos de confesar que este esfuerzo del Maestro Mateo es una de las mayores glorias del arte cristiano.»

Apuntan en él las bóvedas; en la ornamentación entran las hojas de vid. Consta de tres arcos, el central muchísimo mayor, dividido por parteluz donde se apoya Santiago; los arcos son abocinados, las archivoltas del centro y de la derecha presentan figuras sentadas con instrumentos músicos; las del de la izquierda ornamentación vegetal. El arco central tiene tímpano esculpido como ya se ha dicho. En el capitel donde descansa el apostol titular, aparece el Padre Eterno teniendo al Niño vestido, con los brazos en cruz, entre sus piernas; lleva túnica hasta las caderas y presenta corona imperial como el de Orense de la capilla de la Asunción perteneciente al siglo XII-XIII (1).

De la transición del ojival son el claustro y la capilla de Mondragón, con balcón flamígero en la tribuna, poco común en Asturias; está cerrada por verja ojival (1522), la más antigua de la catedral; también la capilla de San

(1) Posterior es otra representación parecida que descubrió en la románica tedral de Jaca mi hermano Pedro. El Eterno, con cabello levantado, barba rga, con aspecto de ídolo mal esculpido, está sentado; en el pecho presenta na cabeza con mitra corta, otra con corona y otras sin nada; sobre las rodias el crucifijo con nimbo, que ya sólo rodea el paño por las caderas y vientre; los lados dos orantes, más que una Trinidad es la representación casi única l seno de Abraham. Es un mármol; la figura está como serrada, sin fondo, mo para engastarla en un plano, que haría el efecto de una estatua.

L'Abbé Garciso da otra representación de la Trinidad en *l'Archéologie chré-*

Fernando es curiosa. El claustro, sencillo de líneas en la bóveda, está ornamentado con esplendidez por el alto friso renacimiento de donde arrancan las claves; el patio presenta los contrafuertes decorados con gabletes terminando en pináculos; por cima del cornisamento hay una crestería de cimera.

Catedral de Lugo.—Supónese obra del Maestro Raymundo, que continuó su hijo el Maestro Mateo. Las bóvedas laterales son más bajas en la parte correspondiente al coro, desde la capilla del Ecce-Homo hasta el crucero. que es primitivo; el Maestro Mateo fué el primero que construyó ojival en Galicia y en esta catedral; amplió las proporciones, empleó el arco apuntado, y la ojiva en los arcos y bóvedas. Street hace notar el parecido que existe entre ésta y la anterior catedral, la que influyó indudablemente en los edificios religiosos gallegos, aparte lo reglamentado por esta arquitectura que forzosamente debía parecerse.

La planta es de cruz latina, los brazos cortos, y éstos de una nave; no tiene cimborrio; la parte central del crucero cierra con bóveda de arista. Las naves laterales del coro son más bajas que las restantes; la ornamentación es románica; la bóveda, de cañón. Es, sin disputa, el ejemplar más importante en la ornamentación de Galicia: empleó la faja de billetes á modo de imposta corrida; las ventanas altas de las naves son de mayores dimensiones que las bajas; éstas son de medio punto.

El pórtico Norte es ojival terciario, de tres luces; tiene la bóveda de complicadas nervaduras y crestería, cubre á la puerta románica, abocinada, con columnas acodilladas, esbeltas, basas ornamentadas que recuerdan á S. Fiz de Solovio, en Santiago, San Sebastián del Pico Sacro, y otras.

En el tímpano, lobulado, dentro de nimbo oval, está el Salvador, que descansa los pies en un pendolón á modo de capitel, que parece esperar el parteluz; á los lados dos ángeles. Las maderas de esta puerta son modernas, pero conserva los curiosísimos herrajes decorativos de la antigua. Los ábsides presentan las ventanas ojivales con parteluz en el primer cuerpo. Las bóvedas y los arcos del interior son apuntados; el *triforium* tiene ventanales geminados ojivos, aun cuando encajan dentro de un arco de medio punto. Los capiteles toscos, según Street; según Murgía, de bella factura, recordando los de la catedral compostelana; siempre en ellos se observa la influencia del románico, sean más ó menos modernos y esbeltos.

En los siglos XV-XVI debieron restaurar el deambulatorio, *girola* ó coro-

---

tienne, común en el XII; el Padre viste de Papa, sentado en trono, y tiene delante el Hijo, y la paloma simbólica en el pecho como volando sobre la cabeza de Jesús.

Según dicho autor, en 1864 se ocupó la prensa de una escultura que representaba al Padre Eterno, teniendo en igual forma al Hijo, pero en vez de paloma, descendía sobre su cabeza luenga y gruesa barba, que él supone será la paloma mal esculpida; ¿no pudiera ser un ejemplar que guardara relación con el de Jaca?

na (1) y capillas absidales, el pórtico Norte, la principal, y, sobre todo, el *marthex* ó vestíbulo interior.

Fuera del plano de la iglesia, en la izquierda del cuerpo principal, está la capilla de Nuestra Señora del Pilar, del siglo xv, de la que dice Street: «... se le ha añadido una capilla que resguarda la externa de las ventanas y estribos en la parte más oriental de la construcción, pues se hallan encerrados dentro y protegidos por ella. Los sencillos, mejor dicho, rudos estribos, suben y terminan bajo los aleros del tejado formando arcos entre sí de manera que simulan una arcada continua en toda la longitud de cada lado de la construcción». Tal sistema es típico de Galicia en los monumentos románicos.

El deambulatorio es ojival, con bóvedas de complicadas nervaduras; en él se abren las cinco capillas absidales, que parecen del mismo autor que las de los conventos de Santo Domingo y San Francisco de esta ciudad. Cuatro de estas capillas son de ojival terciario, están iluminadas con gran ventanal con parteluz y cuatrifolio. El ábside, de principios del xiv, es ojival francés.

Catedral de Tuy. – Parece una fortaleza, es mezcla de edificio religioso y militar, presenta aún sus cimeras almenadas, como debió tenerlas la de Santiago. Las bóvedas acusan el primer período del ojival, casi resulta una iglesia de brazos iguales; está algo afeada por los tirantes que le pusieron para evitar una ruina presumible: tapiaron el hermoso *triforium* de las naves centrales del crucero. Por haber enjalbegado el templo no se ven las pinturas de las bóvedas que cita el P. Flórez. Como la catedral queda entre callejones que la estrechan, no es posible contemplarla con la holgura precisa; sólo el frente, parte del muro de la izquierda, el ábside y el pórtico están algo más holgados. El pórtico es de las postrimerías del ojival, sin llegar á la ornamentación estrepitosa de la época; conserva la severidad del estilo.

Es el único, propiamente dicho, de las catedrales gallegas, pues el de Santiago y el de Orense son vestíbulos. Abierto por la derecha y el frente, presenta apuntados los arcos de entrada descansando sobre pequeños grupos de columnas, más del románico que del ojival; está coronado por almenas como el frontis de la iglesia. Flanquean la portada (resguardada por el pórtico), ocho columnas á cada lado, cuatro de fuste delgado, que llegan á la cornisa, y cuatro que sirven de sostén á las ménsulas con ángeles esculpidos, que sostienen imágenes. En el montante preséntase la adoración de los pastores, estando la Virgen en el lecho; en el tímpano, que está encima, la Adoración de los Reyes, en la que parece estar el Padre Eterno, cuya representación aventura Murgía que es la única en Galicia. Las ocho archivoltas de la puer-

(1) Se empleó desde el siglo XIII. Mr. Adeline, dice que «deambulatoire» es la antigua denominación de lo que hoy llamamos pies de la iglesia. Ahora es la cabecera.

ta las decoraron prolijamente con hojas rosas, etc. Las ocho estatuas de las columnas, son esbeltas, proporcionadas, plegan bien sus paños y acusan la influencia del arte francés, algo remota, del siglo XVI.

Con ser hermosa, tener grandiosidad esta portada, es bastante inferior en presentación, concepción y aun de factura que la del pórtico de la Gloria de Santiago.

La puerta lateral es románico-ojival. La archivolta principal presenta la moldura ajedrezada, como se ven en las de Santiago, Lugo, y en la iglesia de el Mosteiro y San Pedro de la Mezquita, de Orense; las ménsulas presentan la cabeza del buey y del caballo; es la única obra contemporánea del edificio. Flanquean la portada dos columnas á cada lado con capiteles de follaje, y el medio punto lo constituyen cuatro archivoltas muy sobriamente ornamentadas; el tímpano estropeado, y sobre la puerta de entrada un ojo de buey decorado, que contribuye á darle cierta grandiosidad.

La planta, de cruz latina, recuerda á la de Santiago, y como el crucero de éste tiene tres naves; es muy estimable esta iglesia, sin llegar á la de Lugo ni á la de Orense, por sus naves laterales, por la galería tapiada, aun cuando conserva sus arcos y columnas, por las bóvedas de nervaduras. Más que el retablo mayor de fin del XVI, importa la capilla de San Telmo ó de Torquemada; la del Sacramento del primer tercio del XV, alta, espaciosa, con bóveda ojival y ventanas renacimiento. En esta capilla existen los sepulcros del Obispo Sr. Sotomayor con estatua tombal, y el de su madre con escudos heráldicos repetidos.

El claustro es románico-ojival (siglo XIV-XV) de lo más notable de Galicia; se conserva intacto. Los machones donde cargan los arcos presentan grupos de columnas pareadas con capiteles esbeltos, variados, decorados con hojas gruesas, palmetas, berza rizada de viña salvaje y de helecho, propias del ojival. Las bóvedas, nervaduras y rosas de las claves parecen más antiguas, y recuerdan las del pórtico de la Gloria. El frontal, de piedra, del altar del Cristo, es de lacería, parecido al central de la llamada catedral vieja compostelana.

Catedral de Mondoñedo.—Sería modelo del románico-ojival muy digno de estudio, si posteriormente no la hubieran desfigurado. Templo y fortaleza, conserva sus ventanas que parecen troneras; los capiteles de las columnas, aisladas ó adosadas que sostienen la techumbre, son variadísimos, de combinaciones extrañas, con influencia oriental, especialmente en la portada y ábside; los hay también historiados ó fantásticos, algunos floridos y otros del estilo neo-griego. Del mismo gusto son las molduras cóncavas y conve graciosamente combinadas, y los baquetones de las archivoltas, los ar las bases áticas, las impostas, sin excluir los ábsides. La ornamentación compone de grecas ajedrezadas, ondas y cintas, rosas cruciformes, cab de clavo muy peculiares, éstas de Galicia, que corresponde á las punta diamante de otras regiones, todo de poco relieve, tosco, de gusto oriental

La capilla de la Magdalena, de planta poligonal, se renovó en el siglo XIV, es la más rica de este templo, obra de Maçía Pérez.

A fines del XV hubo otra renovación; de este tiempo es el rosetón de la fachada con angrelados, sextifolios y arquerías treboladas.

Catedral de Orense.—Es la que tiene más importancia arqueológica después de Santiago. Las principales obras son del XII, las restantes del XV-XVI. También debió tener almenas como las demás catedrales gallegas; aun aparece coronada por dos grandes barbacanas la portada austral. Es rica la cornisa, está decorada con perlas, y en los vanos de los modillones que soportan la arcada semi-circular, que resulta un friso en bajorrelieve, rosas y otros adornos. La torre, del siglo XIII, es de dos cuerpos, tiene cinco huecos; debió terminar en flecha, según Murgía; la estropearon en nuestros días, pero la obra que hicieron no es más que un forrado que debieran deshacer.

La fachada se restauró en el siglo XVI; la archivolta del vano tiene esculpidas arcaturas de tres lóbulos y bustos de ángeles de factura delicada. David, en el tímpano, sentado, toca el arpa; los plegados de sus vestiduras corresponden á la época, son tirados á líneas, menuditos y simétricos. La puerta central no tuvo tímpano, las laterales conservan aún los pequeños óculos que dan luz al Paraíso.

La puerta septentrional es magnífica, de más importancia artística que la del Norte. El tipo es más románico que ojival, de lo mejor del arte gallego, por su belleza, sencillez y factura; las masas están tan bien combinadas, que el claro obscuro resultante del enfoque de la luz cenital es hermoso. Sus archivoltas, de arcos de medio punto, presentan la decorativa ojival; los capiteles tienen hojas variadas, de línea elegante; los fustes, altos y delgados, descansan sobre un basamento de corta altura sin labrar. No hay tímpano.

La fachada septentrional está más ornamentada; pero, como he dicho antes, es inferior. Los arcos son también de medio punto. Las dos archivoltas superiores las decoraron á fin del XV. De los seis fustes, los dos inmediatos al vano presentan incrustadas dos largas figuras sin guardapolvo ni ménsula, de factura tosca. Sobre la puerta, sin tímpano, labraron un medio punto ó luneto; más que de fin del XV, parece, al menos la Madre de las Angustias, del XVI. De la misma época es el rosetón flamígero y la crestería que corona la fachada.

El interior, al principiar el templo, tenía que ser de la transición del románico; mas como las obras debieron hacerse con lentitud, ó con lapsos importantes, domina casi de hecho el ojival. Aún, sin embargo, conserva la disposición primitiva de las naves, la mayor con ventanas de medio punto cegadas, más altas que las laterales; no tiene *triforium*.

La planta es también de cruz latina, de brazos poco desarrollados, bóveda ojival, con aristones y rosas en la clave.

El vestíbulo recuerda al de Santiago, está al interior, más éste no tiene

galería superior, es del siglo XIII; en el XVI lo reformaron; tuvo tres tímpanos; descansan los machones sobre basas arquitectónicas, así como en el de Compostela es sobre monstruos.

El arco central ha perdido el tímpano; el vano de la puerta está dividido por un haz de columnas con capiteles historiados; del fuste central anterior, destaca una imagen de María, ojival, y del XVII los ángeles que la coronan. Al pie de las columnas, sobre alto basamento, colocaron la estatua de Santiago, románica, que resulta un pegadizo. La archivolta tiene veinticuatro músicos; cuando la reforma, labraron dos arcos rebajados, arrancando del capitel que adorna el parteluz, yendo á morir en las antiguas ménsulas del tímpano, ornamentaron el vano, y en el centro colocaron la estatua ecuestre de San Martín; en los fustes laterales, como en Compostela, esculpieron apóstoles y profetas, copia casi servil de aquéllos. La imposta general la decoran hojas de vid, y lo mismo las archivoltas del arco de la izquierda. Hermoso follaje ilustra el arco que corona el ingreso, aun cuando lo estropearon; aquí trajeron el Salvador, que debió estar en el tímpano central.

El claustro es grandioso, casi único, ojival; la puerta lateral rica, de medio punto, con columnas. Las arcadas, doseletes, entrepaños, se labraron con delicadeza. Los doseletes presentan aún el tipo de los del XIII; edificios en lugar secundario, con arcaturas y pináculos ojivales; también reproducen escenas populares y religiosas; los entrepaños, lacerías y rosas; es de mediados del siglo XIV.

Un tipo, sin par, del estilo ojival puro, es el sepulcro de Mariño; su grandioso arco, sostenido por dos columnas á cada lado, presenta el gablete, la cornisa almenada, y está interrumpido por machones divididos en dos bandas, también con gabletes y ventanales, simulados, de medio punto con parteluces.

Donde pudo ponerse el tímpano, colocaron las estatuas de Jesús sentado sobre trono y dos ángeles orantes, cuya indumentaria está mejor tratada que la de la efigie tombal del Prelado, que parece cortada á bisel y es muy convencional; mejor es la cabeza cubierta con mitra corta: el frente del sarcófago está dividido por arquitos que cobijan estatuas; el ataúd descansa sobre los lomos de animales tendidos.

Más grandioso de aspecto, aunque no de arte, es otro sepulcro de la capilla mayor, cuyo frontis y arco aparecen completamente cubiertos de figuras colgadas, simétricas, recetarias. Las archivoltas encuadradas á modo de artesonado, en cada hueco acoge una figurita. Tiene estatua tombal el sarcófago, cuyo frontis, así como el basamento del arco, es de lacería árabe. La caja está sostenida por tres leones.

Son ojivales los arcos sepulcrales de los Santos Facundo y Primitivo. La capilla del Cristo también ojival de transición; el crucifijo del siglo XIV-XV.

Es notable el arco ojival de la nave lateral izquierda, de mediados del XV.

El cimborrio octógono recuerda al de Valencia; se atribuye al Maestro

Rodrigo de Badajoz; es hermoso, aunque más pesado que aquél; las balaustradas y ventanales son amplios.

El retablo mayor, tosco de hechura, recuerda aquellos bellísimos y grandiosos de Zaragoza y Huesca.

La catedral de Orense, en términos generales, es inferior á las otras de Galicia; en detalles, presenta bellos ejemplares.

Conventos de la Orden de Santo Domingo.—Generalmente tienen una nave y tres ábsides, excepción del de Santiago y Ribadavia, que presentan tres naves, y el de Pontevedra, que consta de cinco ábsides. Con frecuencia en uno de los brazos del transepto hay un rosetón más ó menos importante. Las fechas de sus fábricas no pueden precisarse por su parecido aunque pertenecen á varios siglos. La ornamentación de puertas y ventanas es parecida, siempre persistiendo en la tradición románica: lo mismo los capiteles, que si aceptan las hojas, también conservan la figura humana ó la animal; en las puertas la decorativa es de dientes, en zig-zag, perlas y cabezas de clavos que ya se empleaban en el siglo XII.

El de Ribadavia es de los más bellos; en sus capiteles apunta la transición del ojival; en uno de los sepulcros, entre los instrumentos músicos de sus ángeles esculpidos, están la gaita y la dulzaina; la capilla absidal grandiosa se halla aislada: existe una galería ojival, en el patio, sin techumbre, que debió ser el claustro.

Del de Pontevedra queda el crucero y los cinco ábsides poligonales con bóveda de abanico, ventanas estrechas y rasgadas; la ornamentación de algunos capiteles es historiada, de flores cruciformes, prismáticas, en los quitalluvias y arquivoltas. De los ábsides dice Ferreiro que son lo único definido en Galicia del arte ojival. Los señores Guerra y Orbe y el P. Fita, les concedieron honores de *joya* y llamaron *portentosos* á sus muros, en *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia.* En contraposición de estas opiniones, el señor Villamil y Castro, antes en su monografía de *Pontevedra monumental,* y recientemente en *Iglesias gallegas* (1), afirma que los famosos cinco ábsides de la iglesia de Santo Domingo por «su disposición, dimensiones y ornamentación no ofrecen nada de extraordinario ni singular, ni se separan de lo que es común y general en los ábsides.»

El de Lugo copió su puerta lateral al de San Francisco; la bóveda central es de abanico, el ábside del centro tiene siete lados; es muy notable el arco sepulcral de la capilla absidal, decorado con hojas flabeliformes y cabezas de ángeles alados: el sepulcro recuerda á otros de las catedrales de Galicia.

El de Santiago, en importancia artística, sigue á la catedral. El interior del de Tuy recuerda al de San Francisco de Pontevedra. El de la Coruña lo estropearon en el siglo XVII. Son típicos los contrafuertes del XV. El de

(1) Pág. 136.

Orense, su ábside recuerda al de Pontevedra de la misma Orden. El interior de la iglesia es frío; los arcos sepulcrales no tienen importancia.

Conventos de la Orden Franciscana.—La ornamentación y disposición de planta y ábsides, es casi la misma que los de Santo Domingo.

El de Lugo, ojival puro del siglo xv. Street se entusiasmó ante el testero de su iglesia, llegando á presumir que es copia de I. Frairi, de Venecia; los contrafuertes son de resalto, el cornisamento acentuado, decorado con perlas en el crucero y con hojas en el ábside principal. El crucero, presenta la techumbre artesonada, capiteles historiados ó con hojas. El claustro amplio, siente aún la influencia del románico; hay un capitel con monstruos, los demás decoración vegetal, hojas carnosas, fantásticas, que recuerdan las de Orense.

Este templo es uno de los escasos ejemplares del ojival gallego, tosco de ejecución; aún tiene arcos de medio punto.

El de Santiago, en el pórtico está el sepulcro de Cotolay. Es de ojival puro, el más notable de la Orden.

El de Betanzos, en nuestros días, ha desaparecido su claustro, del que queda un dibujo de Villamil. Sólo tiene un ábside; las columnas, de donde arrancan los grandes arcos, son cilíndricas, gruesas y cortas, lo más la estatura de un hombre; consérvase el sepulcro de los Andrade, originalísimo; tiene estatua tombal, el frontis de la caja está esculpido y descansa sobre los lomos de un oso y un jabalí puestos en pie.

El de Noya debe su importancia al bellísimo claustro y á la sacristía, que están en ruinas. La techumbre de la iglesia es de madera, menos la cabecera que tiene bóveda ojival.

El de Orense, del siglo xvi. En uno de los capiteles toca un hombre la gaita, cuya representación hemos visto en Santo Domingo de Ribadavia, y en la delicada sillería de Celanova, todas de Orense.

Posee dos ricos arcos sepulcrales; la capilla mayor, pequeña como casi todas las de esta Orden, conserva el retablo ojival. Lo más notable es el claustro románico-ojival, decorado con hojas de cardo. Al gótico lo adjudica Murgía; mas si es cierto que hay arcos apuntados, no todos, también lo es que las columnas parecidas, bastantes con capiteles historiados, la decoración de picos de sierra en las primeras archivoltas, las figuras y perlas, los modillones de la cornisa, denuncian al románico; en el arranque de las archivoltas, y en el resto de los capiteles, pusieron decoración vegetal. El conjunto es severo y grandioso. También la Sala capitular conserva sus cinco arcos ojivos y dos sepulcrales.

El de la Coruña tiene el ábside de la primera época del ojival. En esta región labraron con más pericia el románico.

El de Tuy pertenece al siglo xviii, y, sin embargo, presenta arcos ojivos sobre la tribuna y en el primer cuerpo.

El de Pontevedra, del siglo xiii. De una nave y tres ábsides poligonales,

el central casi tan ancho como la nave, contemporáneos del de Santo Domingo de esta misma población. Al exterior abre puerta apuntada flanqueada por cuatro columnas con capiteles afrondados. La nave del crucero, con arcos muy apuntados, ornamentados, la decora un rosetón. El crucero está orientado, tiene cruz de piñón románico, y la de la nave principal ojiva; los modillones son diversos de los del ábside y más antiguos; tal diversidad procede de las reformas de las capillas hecha á fin del siglo XV. Los arcos que sostienen el coro son ojivos, y al finalizar el XVI se reformó otra vez la iglesia; la planta es de cruz latina, la techumbre de madera. Tiene la iglesia tres capillas absidales del ojival.

Al pie de las gradas del ábside mayor hay cuatro sepulcros, dos curiosísimos y típicos. El de Payo Gómez Charino, siglo XIV, cuya tombal figura descansa sobre almohadas y paños simétricamente plegados. Es tosca la obra, el frontis presenta un escudo en el centro, y larga inscripción, tipo alemán, que pudiera ser del siglo XVI; la figura de mujer del inmediato no responde cumplidamente para aceptar la suposición de que sea esposa, más bien es de una burguesa soltera; precisa tener presente que el de Charino estuvo antes en otro lado, como escribe Rioboó.

En los dos muros extremos del crucero, y en el del lado del Evangelio, hay seis arcos sepulcrales y otro con arco ojivo adornado con arquivolta de hojas, en el lado de la Epístola, en el que ahora hay un altar.

Iglesias de estilo románico-ojival.—Colegiata de Bayona: En el interior construyeron la ojiva en arcos y bóvedas; las archivoltas del sencillo pórtico están ornamentadas con hojas de gran tamaño, procedentes del románico de transición. En las mochetas del dintel esculpieron el buey y el caballo que se encuentra en otros templos, además de Tuy y la Coruña; flanquean la puerta tres columnas á cada lado, con capiteles de hojas, excepto uno que presenta un ave gigantesco, que también aparece en uno de los modillones de la cornisa. El rosetón es sencillo, está decorado con perlas y ajedrezado; en el piñón el antefijo de rigor, el cordero con cruz ojival.

Tiene tres naves y tres ábsides ojivos, con techumbre de madera; los cateles historiados y de hojas. Son muy importantes los modillones.

En las arcadas, como si fueran signos lapidarios, hay grabados atributos de oficios, religiosos, unas veces solos, otras con estrellas de ocho rayos con besantes.

El crucero de la Trinidad es de los más espléndidos y mejores de Galicia.

Santiago de Betanzos.—Street dice que las iglesias de esta población se parecen á las de la Coruña. Ostenta chapitel de piedra, el campanario igual que Santa María de la Coruña; en el tímpano del pórtico está Santiago á caballo; el ábside presenta estrechas y altas ventanas; son típicos los canecillos del notable cornisamento.

Monasterio de San Esteban de Rivas Sil: el claustro de dos cuerpos, el

superior de fin del ojival; el inferior románico, con arquerías de medio punto, columnas gemelas, capiteles prolongados con volutas, otros con animales y hombres, variados; es más antiguo que San Francisco de Orense, de arcos apuntados, menos suntuoso que los vestigios de Santiago del Sar, de la misma escuela, el más importante de Galicia.

Es muy curioso el alto relieve que hay en la pared del claustro intermedio, patio principal, consistente en un frontón con arcadas, encajando en cada una, una figura. Por bajo, corre faja á modo de galerías de arcadas románicas.

En el siglo XV levantaron los machones, que lo deslucen, para sostener los arcos formeros del techo; está decorado con pináculos y crestería flamígera.

Es románica hasta el arranque de los arcos, y de fin del ojival la techumbre y ábsides laterales; el central románico. El exterior de los tres ábsides es precioso, de lo más bello español, pertenece al románico; recuerda á Santas *Creus* de Cataluña.

La parroquia de Oliveira, aun cuando románica, presenta una puerta el arco apuntado. La última archivolta viste las hojas de la primera etapa del ojival.

Santiago de Ribadavia.—De una nave y un ábside con rosetones, el de la fachada, rico de ornamentación. La capilla mayor con bóveda de nervadura y ventanales estrechos y largos; la nave tiene un techo pobre de madera que descansa sobre arcos ojivales. Los capiteles generalmente historiados. Este templo es modelo importantísimo del románico ojival, fino de hechura, sencillez decorativa. Hay una ventana románica preciosa, y un arco labrado.

San Juan de Ribadavia, no es tan notable. En vez del rosetón de la fachada, presenta una ventana de medio punto, ornamentada, con columnas, como en San Pedro de la Mezquita, de Orense.

El interior está intacto; como la anterior y la de Oliveira, es de una nave y un ábside, aun cuando en ésta la capilla mayor y el cuerpo inmediato tienen bóveda de medio cañón del XII; lo demás, techumbre de madera.

Colegiata de Santa María del Sar.—De pequeñas dimensiones, tres naves, casi iguales de altura, con arcos de medio punto y bóveda de medio cañón; los capiteles casi todos son de hojas. A fines del siglo XV, para evitar la ruina del edificio se colocaron arbotantes; los muros se desvían tanto, que especialmente la nave central es un prodigio de equilibrio el que resuelve, puesto que los pilares en la parte superior se desvían de la perpendicular de una manera que asombra y sobrecoge.

Colegio de San Jerónimo.—Portada románico-ojival, la trajeron del Hospital viejo de Santiago; está decorada con rosas, piñas y hojas de cardo. En una archivolta esculpieron músicos, y en el tímpano la Concepción.

Iglesias de los siglos XIV, XV y principios del XVI.—Convento de Santa Clara, Pontevedra. De principios del siglo XIV. De una nave, tec[illegible]a-

bre de madera, hermoso ábside poligonal que parece del xv, ventanas rasgadas, bóveda de abanico y tímpanos calados con un óculo. La puerta de ingreso, ojival, flanqueada por dos columnas á cada lado y capiteles, figuras humanas y monstruos, es notable. Recuerda á San Francisco, de la misma ciudad. El cornisamento del exterior presenta ejemplares hermosos de modillones.

Santa María de Azogue, del siglo xiv, ojival, con resabios románicos; la portada tiene seis archivoltas de medio punto, sostenidas por columnas ornamentadas con hojas y figuras muy acusadas; las de la segunda archivolta con arquitos gemelos combinados que arrancan de flores trifolias.

El interior es de tres naves y ábsides; el central de siete lados, con bóveda ojival.

Las dos iglesias de Noya, San Martín y Santa María á Nova, son de los escasos ejemplares del ojival gallego.

La primera es pequeña, rica y armoniosa, está aislada. En la puerta principal, muy renovada, apuntan las archivoltas, decoradas con figuras, hojas y perlas. En el basamento, figuras toscas de animales; encima, encajonadas, tres figuras á cada lado, y en la segunda, delante de los fustes cilíndricos, estatuas que en total hacen el apostolado; los capiteles con hojas cuyas volutas afectan la forma de conchas. Entre las cuatro figuras de las enjutas ábrese el rosetón con arquitos radiados, y en la parte inmediata al vano del anillo, figuritas de músicos. En el marco hojas y fajas de perlas.

El aspecto de esta portada, con encajar en el ojival, es muy románico por su distribución de figuras, por su estructura, por el basamento, por la disposición y factura de las estatuas. Es magnífica, sin poseer la grandiosidad artística del ojival; el florón bello y más delicado de hechura. La puerta lateral ojival; el tímpano con relieves, la archivolta decorada con hojas como la anterior. Los cuatro capiteles de las columnas, los de un lado, son de hojas y otros de animales.

El interior tiene una nave amplia y con hermoso ábside y ventanales rasgados. Atrevidos arcos sostienen la nave descansando sobre columnas que presentan animales en los capiteles. Aun cuando Murgía dice que recuerda este interior al de Santiago de la Coruña, es un error.

La capilla de Valderrama pertenece de las postrimerías del ojival.

Santa María á Nova, ó de Nuestra Señora del Don.—Es inferior en arte; está situada en el centro de una quintana ó cementerio; es ojival, pequeña; en el tímpano de la puerta labraron la Adoración de Reyes. El interior, también de una nave con artesonado, el arranque de las bóvedas está muy bajo. En la capilla lateral existe el sepulcro de Carneiro, muy tosco. Es muy curiosa la historiada pila que debió ser bautismal, del siglo xv, de tradición románica.

Monasterio de San Rosendo de Celanova, de la Orden Benedictina: el más vasto y rico de Galicia; la iglesia sólo conserva en el coro alto la sillería

superior de fin del ojival; el inferior románico, con arquerías de medio punto, columnas gemelas, capiteles prolongados con volutas, otros con animales y hombres, variados; es más antiguo que San Francisco de Orense, de arcos apuntados, menos suntuoso que los vestigios de Santiago del Sar, de la misma escuela, el más importante de Galicia.

Es muy curioso el alto relieve que hay en la pared del claustro intermedio, patio principal, consistente en un frontón con arcadas, encajando en cada una, una figura. Por bajo, corre faja á modo de galerías de arcadas románicas.

En el siglo xv levantaron los machones, que lo deslucen, para sostener los arcos formeros del techo; está decorado con pináculos y crestería flamígera.

Es románica hasta el arranque de los arcos, y de fin del ojival la techumbre y ábsides laterales; el central románico. El exterior de los tres ábsides es precioso, de lo más bello español, pertenece al románico; recuerda á Santas *Creus* de Cataluña.

La parroquia de Oliveira, aun cuando románica, presenta una puerta el arco apuntado. La última archivolta viste las hojas de la primera etapa del ojival.

Santiago de Ribadavia.—De una nave y un ábside con rosetones, el de la fachada, rico de ornamentación. La capilla mayor con bóveda de nervadura y ventanales estrechos y largos; la nave tiene un techo pobre de madera que descansa sobre arcos ojivales. Los capiteles generalmente historiados. Este templo es modelo importantísimo del románico ojival, fino de hechura, sencillez decorativa. Hay una ventana románica preciosa, y un arco labrado.

San Juan de Ribadavia, no es tan notable. En vez del rosetón de la fachada, presenta una ventana de medio punto, ornamentada, con columnas, como en San Pedro de la Mezquita, de Orense.

El interior está intacto; como la anterior y la de Oliveira, es de una nave y un ábside, aun cuando en ésta la capilla mayor y el cuerpo inmediato tienen bóveda de medio cañón del xii; lo demás, techumbre de madera.

Colegiata de Santa María del Sar.—De pequeñas dimensiones, tres naves, casi iguales de altura, con arcos de medio punto y bóveda de medio cañón; los capiteles casi todos son de hojas. A fines del siglo xv, para evitar la ruina del edificio se colocaron arbotantes; los muros se desvían tanto, que especialmente la nave central es un prodigio de equilibrio el que resuelve, puesto que los pilares en la parte superior se desvían de la perpendicular de una manera que asombra y sobrecoge.

Colegio de San Jerónimo.—Portada románico-ojival, la trajeron del hospital viejo de Santiago; está decorada con rosas, piñas y hojas de cardo. En una archivolta esculpieron músicos, y en el tímpano la Concepción.

Iglesias de los siglos XIV, XV y principios del XVI.—Convent de Santa Clara, Pontevedra. De principios del siglo xiv. De una nave, tech n-

bre de madera, hermoso ábside poligonal que parece del xv, ventanas rasgadas, bóveda de abanico y tímpanos calados con un óculo. La puerta de ingreso, ojival, flanqueada por dos columnas á cada lado y capiteles, figuras humanas y monstruos, es notable. Recuerda á San Francisco, de la misma ciudad. El cornisamento del exterior presenta ejemplares hermosos de modillones.

Santa María de Azogue, del siglo xiv, ojival, con resabios románicos; la portada tiene seis archivoltas de medio punto, sostenidas por columnas ornamentadas con hojas y figuras muy acusadas; las de la segunda archivolta con arquitos gemelos combinados que arrancan de flores trifolias.

El interior es de tres naves y ábsides; el central de siete lados, con bóveda ojival.

Las dos iglesias de Noya, San Martín y Santa María á Nova, son de los escasos ejemplares del ojival gallego.

La primera es pequeña, rica y armoniosa, está aislada. En la puerta principal, muy renovada, apuntan las archivoltas, decoradas con figuras, hojas y perlas. En el basamento, figuras toscas de animales; encima, encajonadas, tres figuras á cada lado, y en la segunda, delante de los fustes cilíndricos, estatuas que en total hacen el apostolado; los capiteles con hojas cuyas volutas afectan la forma de conchas. Entre las cuatro figuras de las enjutas ábrese el rosetón con arquitos radiados, y en la parte inmediata al vano del anillo, figuritas de músicos. En el marco hojas y fajas de perlas.

El aspecto de esta portada, con encajar en el ojival, es muy románico por su distribución de figuras, por su estructura, por el basamento, por la disposición y factura de las estatuas. Es magnífica, sin poseer la grandiosidad artística del ojival; el florón bello y más delicado de hechura. La puerta lateral ojival; el tímpano con relieves, la archivolta decorada con hojas como la anterior. Los cuatro capiteles de las columnas, los de un lado, son de hojas y otros de animales.

El interior tiene una nave amplia y con hermoso ábside y ventanales rasgados. Atrevidos arcos sostienen la nave descansando sobre columnas que presentan animales en los capiteles. Aun cuando Murgía dice que recuerda este interior al de Santiago de la Coruña, es un error.

La capilla de Valderrama pertenece de las postrimerías del ojival.

Santa María á Nova, ó de Nuestra Señora del Don.—Es inferior en arte; está situada en el centro de una quintana ó cementerio; es ojival, pequeña; en el tímpano de la puerta labraron la Adoración de Reyes. El interior, también de una nave con artésonado, el arranque de las bóvedas está muy bajo. En la capilla lateral existe el sepulcro de Carneiro, muy tosco. Es muy curiosa la historiada pila que debió ser bautismal, del siglo xv, de tradición románica.

Monasterio de San Rosendo de Celanova, de la Orden Benedictina: el más vasto y rico de Galicia; la iglesia sólo conserva en el coro alto la sillería

superior de fin del ojival; el inferior románico, con arquerías de medio punto, columnas gemelas, capiteles prolongados con volutas, otros con animales y hombres, variados; es más antiguo que San Francisco de Orense, de arcos apuntados, menos suntuoso que los vestigios de Santiago del Sar, de la misma escuela, el más importante de Galicia.

Es muy curioso el alto relieve que hay en la pared del claustro intermedio, patio principal, consistente en un frontón con arcadas, encajando en cada una, una figura. Por bajo, corre faja á modo de galerías de arcadas románicas.

En el siglo XV levantaron los machones, que lo deslucen, para sostener los arcos formeros del techo; está decorado con pináculos y crestería flamígera.

Es románica hasta el arranque de los arcos, y de fin del ojival la techumbre y ábsides laterales; el central románico. El exterior de los tres ábsides es precioso, de lo más bello español, pertenece al románico; recuerda á Santas *Creus* de Cataluña.

La parroquia de Oliveira, aun cuando románica, presenta una puerta el arco apuntado. La última archivolta viste las hojas de la primera etapa del ojival.

Santiago de Ribadavia.—De una nave y un ábside con rosetones, el de la fachada, rico de ornamentación. La capilla mayor con bóveda de nervadura y ventanales estrechos y largos; la nave tiene un techo pobre de madera que descansa sobre arcos ojivales. Los capiteles generalmente historiados. Este templo es modelo importantísimo del románico ojival, fino de hechura, sencillez decorativa. Hay una ventana románica preciosa, y un arco labrado.

San Juan de Ribadavia, no es tan notable. En vez del rosetón de la fachada, presenta una ventana de medio punto, ornamentada, con columnas, como en San Pedro de la Mezquita, de Orense.

El interior está intacto; como la anterior y la de Oliveira, es de una nave y un ábside, aun cuando en ésta la capilla mayor y el cuerpo inmediato tienen bóveda de medio cañón del XII; lo demás, techumbre de madera.

Colegiata de Santa María del Sar.—De pequeñas dimensiones, tres naves, casi iguales de altura, con arcos de medio punto y bóveda de medio cañón; los capiteles casi todos son de hojas. A fines del siglo XV, para evitar la ruina del edificio se colocaron arbotantes; los muros se desvían tanto, que especialmente la nave central es un prodigio de equilibrio el que resuelve, puesto que los pilares en la parte superior se desvían de la perpendicular de una manera que asombra y sobrecoge.

Colegio de San Jerónimo.—Portada románico-ojival, la trajeron del hospital viejo de Santiago; está decorada con rosas, piñas y hojas de cardo. En una archivolta esculpieron músicos, y en el tímpano la Concepción.

Iglesias de los siglos XIV, XV y principios del XVI.—Convento de Santa Clara, Pontevedra. De principios del siglo XIV. De una nave, tech[illegible]

bre de madera, hermoso ábside poligonal que parece del xv, ventanas rasgadas, bóveda de abanico y tímpanos calados con un óculo. La puerta de ingreso, ojival, flanqueada por dos columnas á cada lado y capiteles, figuras humanas y monstruos, es notable. Recuerda á San Francisco, de la misma ciudad. El cornisamento del exterior presenta ejemplares hermosos de modillones.

Santa María de Azogue, del siglo xiv, ojival, con resabios románicos; la portada tiene seis archivoltas de medio punto, sostenidas por columnas ornamentadas con hojas y figuras muy acusadas; las de la segunda archivolta con arquitos gemelos combinados que arrancan de flores trifolias.

El interior es de tres naves y ábsides; el central de siete lados, con bóveda ojival.

Las dos iglesias de Noya, San Martín y Santa María á Nova, son de los escasos ejemplares del ojival gallego.

La primera es pequeña, rica y armoniosa, está aislada. En la puerta principal, muy renovada, apuntan las archivoltas, decoradas con figuras, hojas y perlas. En el basamento, figuras toscas de animales; encima, encajonadas, tres figuras á cada lado, y en la segunda, delante de los fustes cilíndricos, estatuas que en total hacen el apostolado; los capiteles con hojas cuyas volutas afectan la forma de conchas. Entre las cuatro figuras de las enjutas ábrese el rosetón con arquitos radiados, y en la parte inmediata al vano del anillo, figuritas de músicos. En el marco hojas y fajas de perlas.

El aspecto de esta portada, con encajar en el ojival, es muy románico por su distribución de figuras, por su estructura, por el basamento, por la disposición y factura de las estatuas. Es magnífica, sin poseer la grandiosidad artística del ojival; el florón bello y más delicado de hechura. La puerta lateral ojival; el tímpano con relieves, la archivolta decorada con hojas como la anterior. Los cuatro capiteles de las columnas, los de un lado, son de hojas y otros de animales.

El interior tiene una nave amplia y con hermoso ábside y ventanales rasgados. Atrevidos arcos sostienen la nave descansando sobre columnas que presentan animales en los capiteles. Aun cuando Murgía dice que recuerda este interior al de Santiago de la Coruña, es un error.

La capilla de Valderrama pertenece de las postrimerías del ojival.

Santa María á Nova, ó de Nuestra Señora del Don.—Es inferior en arte; está situada en el centro de una quintana ó cementerio; es ojival, pequeña; en el tímpano de la puerta labraron la Adoración de Reyes. El interior, también de una nave con artesonado, el arranque de las bóvedas está muy bajo. En la capilla lateral existe el sepulcro de Carneiro, muy tosco. Es muy curiosa la historiada pila que debió ser bautismal, del siglo xv, de tradición románica.

Monasterio de San Rosendo de Celanova, de la Orden Benedictina: el más vasto y rico de Galicia; la iglesia sólo conserva en el coro alto la sillería

superior de fin del ojival; el inferior románico, con arquerías de medio punto, columnas gemelas, capiteles prolongados con volutas, otros con animales y hombres, variados; es más antiguo que San Francisco de Orense, de arcos apuntados, menos suntuoso que los vestigios de Santiago del Sar, de la misma escuela, el más importante de Galicia.

Es muy curioso el alto relieve que hay en la pared del claustro intermedio, patio principal, consistente en un frontón con arcadas, encajando en cada una, una figura. Por bajo, corre faja á modo de galerías de arcadas románicas.

En el siglo xv levantaron los machones, que lo deslucen, para sostener los arcos formeros del techo; está decorado con pináculos y crestería flamígera.

Es románica hasta el arranque de los arcos, y de fin del ojival la techumbre y ábsides laterales; el central románico. El exterior de los tres ábsides es precioso, de lo más bello español, pertenece al románico; recuerda á Santas *Creus* de Cataluña.

La parroquia de Oliveira, aun cuando románica, presenta una puerta el arco apuntado. La última archivolta viste las hojas de la primera etapa del ojival.

Santiago de Ribadavia.—De una nave y un ábside con rosetones, el de la fachada, rico de ornamentación. La capilla mayor con bóveda de nervadura y ventanales estrechos y largos; la nave tiene un techo pobre de madera que descansa sobre arcos ojivales. Los capiteles generalmente historiados. Este templo es modelo importantísimo del románico ojival, fino de hechura, sencillez decorativa. Hay una ventana románica preciosa, y un arco labrado.

San Juan de Ribadavia, no es tan notable. En vez del rosetón de la fachada, presenta una ventana de medio punto, ornamentada, con columnas, como en San Pedro de la Mezquita, de Orense.

El interior está intacto; como la anterior y la de Oliveira, es de una nave y un ábside, aun cuando en ésta la capilla mayor y el cuerpo inmediato tienen bóveda de medio cañón del xii; lo demás, techumbre de madera.

Colegiata de Santa María del Sar.—De pequeñas dimensiones, tres naves, casi iguales de altura, con arcos de medio punto y bóveda de medio cañón; los capiteles casi todos son de hojas. A fines del siglo xv, para evitar la ruina del edificio se colocaron arbotantes; los muros se desvían tanto, que especialmente la nave central es un prodigio de equilibrio el que resuelve, puesto que los pilares en la parte superior se desvían de la perpendicular de una manera que asombra y sobrecoge.

Colegio de San Jerónimo.—Portada románico-ojival, la trajeron del hospital viejo de Santiago; está decorada con rosas, piñas y hojas de cardo. En una archivolta esculpieron músicos, y en el tímpano la Concepción.

Iglesias de los siglos XIV, XV y principios del XVI.—Convento de Santa Clara, Pontevedra. De principios del siglo xiv. De una nave, techum-

›re de madera, hermoso ábside poligonal que parece del xv, ventanas rasgadas, bóveda de abanico y tímpanos calados con un óculo. La puerta de ingreso, ojival, flanqueada por dos columnas á cada lado y capiteles, figuras humanas y monstruos, es notable. Recuerda á San Francisco, de la misma ciudad. El cornisamento del exterior presenta ejemplares hermosos de modillones.

Santa María de Azogue, del siglo xiv, ojival, con resabios románicos; la portada tiene seis archivoltas de medio punto, sostenidas por columnas ornamentadas con hojas y figuras muy acusadas; las de la segunda archivolta con arquitos gemelos combinados que arrancan de flores trifolias.

El interior es de tres naves y ábsides; el central de siete lados, con bóveda ojival.

Las dos iglesias de Noya, San Martín y Santa María á Nova, son de los escasos ejemplares del ojival gallego.

La primera es pequeña, rica y armoniosa, está aislada. En la puerta principal, muy renovada, apuntan las archivoltas, decoradas con figuras, hojas y perlas. En el basamento, figuras toscas de animales; encima, encajonadas, tres figuras á cada lado, y en la segunda, delante de los fustes cilíndricos, estatuas que en total hacen el apostolado; los capiteles con hojas cuyas volutas afectan la forma de conchas. Entre las cuatro figuras de las enjutas ábrese el rosetón con arquitos radiados, y en la parte inmediata al vano del anillo, figuritas de músicos. En el marco hojas y fajas de perlas.

El aspecto de esta portada, con encajar en el ojival, es muy románico por su distribución de figuras, por su estructura, por el basamento, por la disposición y factura de las estatuas. Es magnífica, sin poseer la grandiosidad artística del ojival; el florón bello y más delicado de hechura. La puerta lateral ojival; el tímpano con relieves, la archivolta decorada con hojas como la anterior. Los cuatro capiteles de las columnas, los de un lado, son de hojas y otros de animales.

El interior tiene una nave amplia y con hermoso ábside y ventanales rasgados. Atrevidos arcos sostienen la nave descansando sobre columnas que presentan animales en los capiteles. Aun cuando Murgía dice que recuerda este interior al de Santiago de la Coruña, es un error.

La capilla de Valderrama pertenece de las postrimerías del ojival.

Santa María á Nova, ó de Nuestra Señora del Don.—Es inferior en arte; está situada en el centro de una quintana ó cementerio; es ojival, pequeña; en el tímpano de la puerta labraron la Adoración de Reyes. El interior, también de una nave con artésonado, el arranque de las bóvedas está muy bajo. En la capilla lateral existe el sepulcro de Carneiro, muy tosco. Es muy curiosa la historiada pila que debió ser bautismal, del siglo xv, de tradición románica.

Monasterio de San Rosendo de Celanova, de la Orden Benedictina: el más vasto y rico de Galicia; la iglesia sólo conserva en el coro alto la sillería

de nogal con dibujos arquitectónicos del ojival de fin del siglo XV; aparece un gaitero.

El interior de la capilla de San Miguel conserva sus arcos de herradura en cuyas enjutas hay unas hojas casi serviles del natural, que no siguen estilo determinado, aun cuando pudieran ser del ojival.

El atrio es severo y sencillo. El claustro parecido en la bóveda al de la catedral de Santiago.

Colegio de Fonseca.—Son ojivales las bóvedas, la tribuna pertenece al flamígero, la portada de transición, más plateresca que ojival.

Santa Marina de Hoz, en Cambados, está arruinada. Era de una nave amplia, con arcos de medio punto decorados con perlas; ábside rectangular con tres ventanales, dos ajimezados, coronado por bóveda de nervadura, que describe una estrella de cuatro puntas.

De las cinco capillas, las inmediatas al presbiterio son notables, presentan los arcos esculpidos, con figuras; la de la Epístola, tiene más esplendidez; cerca de ésta hay un arco conopial: la sacristía, ojival, pequeña, se halla en mal estado.

De la fachada sólo quedó el hermoso rosetón calado, y la torre que remata con chapitel piramidal.

Santa María la Grande, de Pontevedra. Perla del arte gallego la llama Ferreiro (1): «sin duda alguna el monumento único completo, y el más bello que existe en Galicia, producto de la arquitectura ojival en su último período»; dice Villamil (2): «Más bien pertenece á la transición del ojival, puesto que en el interior se encuentran detalles platerescos, y la portada y contraportada son ya de este estilo, salvo alguno que otro resabio de escasa importancia».

Consta de tres naves y un ábside semiexagonal con bóvedas ojivales de curvaduras muy complicadas. Como le han agregado otras capillas á las dos que tenía al principio, afecta su planta la forma de cruz. Los pilares presentan las perlas como motivo ornamental; las columnitas se agrupan en haces; la bóveda del santuario es más rica y de sus arcos penden caireles de crestería. Los contrafuertes ó estribos del ábside y de las naves lucen pináculos y agujas.

Aun cuando la obra se principió en 1517 por Juan de los Cuetos, duró cerca de medio siglo; á los últimos años debe pertenecer la portada.

Cada una de las naves acoge tres capillas, constituyendo el crucero; en ellas hay sepulcros de los siglos XVI y XVII, en su mayoría siguiendo la escuela ojival. El coro alto es de fin del siglo XVI.

San Vicente del Pino, Monforte de Lemos. Ojival de transición, se conserva íntegro; según la inscripción, es de 1534. Consta de una nave y tres

(1) En su obra *Galicia en el último tercio del siglo XV*.
(2) En su notable monografía *Pontevedra monumental*.

ábsides, planta de cruz latina; muy esbelto, bóveda de nervaduras complicadas.

Es muy curioso el grupo de Santa Ana, del siglo xv probablemente; quizá desde que se esculpió el pórtico de Santiago, no se hizo en Galicia obra más perfecta, según Murgía.

Hospital de Santiago.—Ya casi pertenece al renacimiento; la portada es de ese estilo, aún cuando está resabiada del ojival; la puerta de la escalera, que guía á las salas altas es ojival, y lo mismo la pila del agua bendita; las tribunas tienen crestería flamígera; la bóveda, de nervaduras complicadas; las ventanas rasgadas; las pilastras, con más riqueza, decoradas con imágenes, doseletes, ménsulas, gabletes y pináculos, que las de la catedral de Jaca, son bellísimas y ricas; atribuye Ferreiro esta parte al autor de San Juan de los Reyes de Toledo, Juan de Guas. La ornamentación del templo, del renacimiento.

A la lista de monumentos apuntada podría añadir otra bastante larga, pero de importancia muy limitada, por lo que sólo enumero algunos: Santa María Conjo y Santa María D'os, que más son del románico; Santa María de Fría, de fin del xv; San Antolín de Ría de Arosa; San Mamed de Piñeiro cuya puerta presenta los arcos apuntados del románico ojival; las iglesias de San Fiz de Solovio, Moraime, Laga, Carril, Castillo, la torre de Caldas, el puente del Miño, de estilo ojival, etc.

La última obra religiosa de este período es el sepulcro del maestrescuela de la capilla absidal de la catedral de Santiago.

Edificios civiles.—En la villa de Pontevedra se conserva, en la calle de Cherino, la fachada de la casa señorial de los Sotomayor, donde aún se encuentra la influencia del ojival.

En la plaza de *á feira vella* hay otra casa con soportales de arcos ojivales.

Las casas de Pontevedra, á fines del xv, constaban de *sotén* y *sobrado*, por lo que vulgarmente se les llamaba casas *soten*, *souten*, (sooton ó sotoou), *et sobrado*, según apunta el ilustrado Sr. Villamil y Castro. El *sobrado* era la vivienda, el piso alto de la casa, que no tenían las casas *bajas*. Algunas veces, estas casas sólo se separaban unas de otras por tabiques de tablas; había otras muy bajas, que pudieran llamarse gemelas, y no escasas en Galicia. Además de sus *portas* de ingreso, en las fachadas principales, tenían *portaas et friestas* ó *fiestras*.

Por Galicia hay aún algunos puentes y casas del período ojival, pero su importancia es tan escasa que no precisa describirlos; otros han desaparecido.

Anselmo GASCON DE GOTOR

C. de las RR. Academias de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid; y de San Luis de Zaragoza.

¿ATLANTES EXTREMEÑOS?

(SIMBOLISMOS ARCAICOS DE EXTREMADURA)

Memoria dedicada á la Royal Society of London.

Las investigaciones sobre epigrafía romana, que tanto vuelo han adquirido y tanto fruto han dado en los siete años que lleva de existencia la notable *Revista de Extremadura* (1), han tenido como secuela importantísima otra serie de descubrimientos paralelos relativos á la prehistoria extremeña, que se muestra tan rica en documentos como cualquiera otra del mundo.

Conviene presentar completo el cuadro de documentos de esta índole hallados hasta aquí.

En el año de 1896, en una de las estribaciones occidentales del núcleo de las *Villuercas* ó *Sierras de Guadalupe*, á un kilómetro hacia el Norte de *Solana de Cabañas*, villa del partido judicial de *Logrosán*, le fué mostrada al que suscribe una enorme losa sepulcral de pizarra arcilloso-micácea, que acababa de hallarse cubriendo uno de los enterramientos no raros en aquella zona. De dicha losa (fig. 1.ª) se dió cuenta por el mismo al inolvidable *doctor Hübner* y á la *Real Academia de la Historia*, quien publicó fotografía de ella y un trabajo descriptivo (2). A todos mereció la losa el juicio de que era *uno de los más valiosos y escasos testimonios protohistóricos de la región*, atribuíble acaso al pueblo celtíbero, pues mostraba, en efecto, como puede verse por el croquis adjunto, el claro tallado de una lanza, una espada, espejo, escudo, carro de combate y mitra, ó cosa así, de un guerrero, también dibujado toscamente en la misma, y por cierto con sólo cuatro dedos en las manos, si no hemos observado mal. Como por entonces no se habían divulgado por España las profundas investigaciones sobre *escritura ógmica*, ó en *copas ó cazoletas*, que tan justo renombre dieron á *Sir Rivett Carnac*, nadie se fijó, que sepamos, en las cazoletas que rodean á la pelta, las cuales se creyó representaban señales de

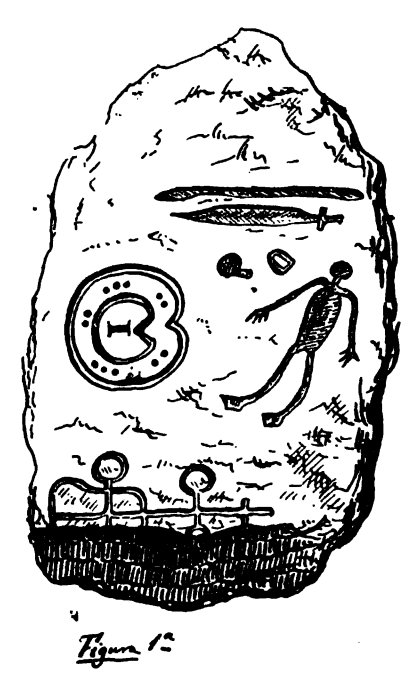
---

(1) Cerca de doscientas inscripciones, nuevas en su gran mayoría, se han estudiado en la región por sus inspiradores y colaboradores, como puede verse en sus siete tomos y en los del *Boletín de la Real Academia de la Historia;* florescencia que reconforta los ánimos de todos los buenos extremeños.

(2) *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Marzo de 1897.

los clavos de la piel que al escudo recubriera. Como se ve, la piedra en cuestión no podía ser ni más hermosa ni más interesante. Obra ya en la sala celtibérica del Museo Nacional.

Con la venida de Sir Rivett á nuestro país en los comienzos del año 1902 y su informe ante la Real Academia de la Historia respecto de la referida escritura ógmica (1), las investigaciones sobre el particular tomaron ciertos vuelos. Así el Sr. Maciñeira comprobó verdaderas cazoletas en ciertas rocas de Galicia (2), y nosotros recordamos también cierta inscripción de *Santa Cruz de la Sierra*, partido judicial de *Trujillo*, publicada un año antes, la cual venía á reunir las inscripciones de los berracos —¿paquidermos?—de Avila que viera Sir Rivett en el Museo Nacional arqueológico (3) y el de la Torre de Hércules del Convento de Dominicas de Segovia, descrito por D. Vicente Paredes en el *Bulletin Hispanique* y fotograbado en la obra de Mr. Pierre París sobre el Arte Primitivo de España.



Facsímile de la losa sepulcral de Solana de Cabañas (Logrosán, Cáceres), existente en el Museo Arqueológico de Madrid.

Análogos documentos son los que representan (fig. 1.ª bis y ter.) al berraco de Botija (Cáceres) en un tajamar del puente sobre el Tamuja y la Venus prehistórica de Santa Ana (Trujillo, Cáceres).

Todos estos trabajos dieron también lugar á que el Reverendo Padre Fita averiguase á su vez que la citada inscripción de la pelta del guerrero de la lápida de Solana, era idéntica á la que adornara el templo de Esculapio en la Argólide. Grandes identidades se di-

---

(1) Informe que puede verse en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Febrero ó Marzo de dicho año.

(2) *Boletín de la Real Academia de la Historia* de Mayo y Junio de 1902.

(3) *Ruinas protohistóricas de Logrosán, Santa Cruz y Solana de Cabañas*: *Revista de Extremadura*, tomo III, pág. 249. Este artículo era revelación de otras tantas *citanias*, las primeras quizá de las descritas con tal nombre en Extremadura, paralelamente á las indicadas por el señor *Marqués de Monsalud*, como análogas á las de *Sabroso*, *Briteiros* y otras de Portugal, y cuyo erudito artículo puede verse en la pág. 6 de dicho tomo y Revista, que no en vano son muy íntimas las relaciones prehistóricas de Extremadura con Portugal.

bujaban, pues, desde el principio, entre la escritura ógmica extremeña y las demás descritas é interpretadas por el ilustre coronel de S. M. británica (1).

Acaso no ha ocurrido así en los descubrimientos sucesivos, y es cosa ésta no desprovista de importancia.

Ulteriores pesquisas practicadas por el que suscribe en *Santa Cruz, Abertura* y *Miajadas*, pueblos todos de la provincia de Cáceres, le han ido mostrando que, en Extremadura al menos, las cosas han pasado de distinta manera, y que todos los ya numerosísimos caracteres orgánicos que se han ido hallando después, difieren, por sus complejidades, de aquella sencilla

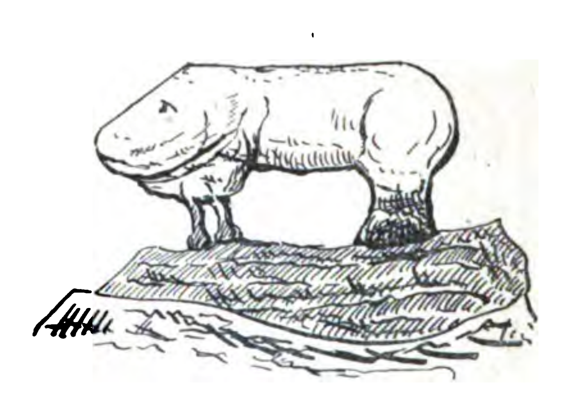


Fig. 1.ª bis.—El berraco de Botija (Montánchez, Cáceres). Existe sobre un tajamar del puente sobre el Tamuja, á 200 metros de la villa.

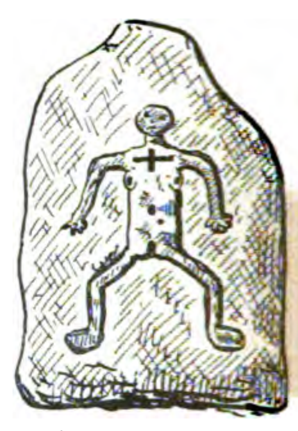


Fig. 1.ª ter.—Venus prehistórica de Santa Ana (Trujillo, Cáceres), en la pared de una cerca próxima á la villa. Está en relieve y mide, poco más ó menos, 50×30 cm.

arcaica de las una, dos, tres, cuatro y cinco cazoletas, como símbolos gráficos de las cinco vocales respectivas de que nos hablara Rivett. Por los croquis adjuntos, copiados con la mayor fidelidad posible, se ve, desde luego, que las cazoletas extremeñas presentan entre sí grandísimas diferencias de formas, tamaños, agrupaciones, estructura, número, orientación, etc., en pugna con la sencillez que un lenguaje con sólo cinco vocales exigiría. Sin ir demasiado lejos, saltan á la vista en unas mismas rocas ó sillares las cazoletas de pequeño tamaño (hasta de tres centímetros), al lado de otras que llegan á medir veinte centímetros de diámetro, cual si las primeras fuesen verdaderas *cazoletas modificadoras ó de inflexión, que en algún modo alteren* sen

(1) Puede verse otro artículo nuestro sobre el particular en el tomo IV de la *Revista de Extremadura*, correspondiente á Junio de 1902.

el sentido fundamental de las mayores ó principales, á la manera como los prefijos y subfijos alteran el radical del verbo, ó como los mordentes ó apoyaturas afectan á las notas musicales en el pentágrama. Bajo la impresión de este orden de ideas, hemos publicado algún pequeño trabajo en el *Boletín de la Real Academia* (1).

No han parado aquí los hallazgos ógmicos, y un rápido reconocimiento que acabamos de practicar por entrambos lados de la vía férrea de Ciudad Real á Badajoz, frente y á unos dos kilómetros de *Magacela* (kilómetros 379 al 382 de dicha vía), nos han deparado una veintena de interesantísimas rocas, de las cuales acompañamos facsímiles, con la certidumbre de que existen muchas más por aquellos lugares, como por otras muchas regiones de Extremadura, que se irán mostrando en investigaciones sucesivas, sobre todo cerca de aquellas citanias comenzadas á estudiar (2).

Estos descubrimientos más recientes han bastado para cambiar nuestras presunciones anteriores, desviándolas cada vez más de la opinión del sabio inglés. Ante su deliciosa variedad, las extensas superficies que ocupan sobre las rocas, sus diferencias intrínsecas, y sus formas, ora redondeadas, ora cometarias ó en vírgulas; ya longitudinales, ya ovaladas y aun de trazos, con extrañas apariencias consteladas, perdemos poco á poco de vista aquel simbolismo fonético, para llevarlas de lleno á otro simbolismo astronómico, mucho más transcendental y fecundo quizá en resultados científicos.

*
* *

En esta obscura materia nos hallamos verdaderamente en los comienzos de la investigación.

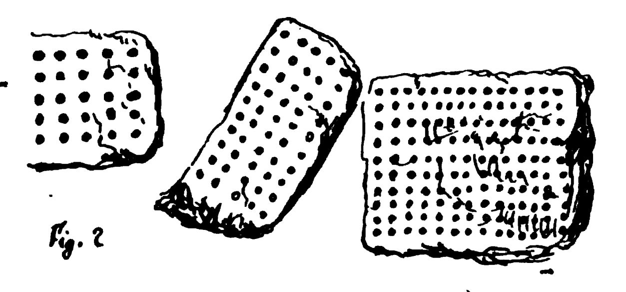
El atento examen de las figuras de la presente Memoria, aun en contra de nuestra voluntad, nos despierta la intuición de que con ellas bordeamos, sin sondarle, un problema histórico de interés extraordinario: ¿qué remoto pueblo las tallara en las rocas graníticas de Extremadura?; ¿en qué fechas?; ¿con qué objeto?; ¿qué quieren decir sus extraños simbolismos?; ¿son ellos fonéticos, jeroglíficos, astronómicos, religiosos ó de magia?

---

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XLIV, pág. 357. Abril de 1904.

(2) A buena cuenta y con las naturales salvedades, diremos los sitios de la región que con más probabilidad pueden suministrar datos son: las sierras de *Santa Cruz* y de *Montánchez*—en esta última se halla la famosa *roca oscilante* de su cumbre, análoga á los *logan* ó *clacha brath* de los celtas, que se ve en una de ellas,—*El Casar, Solana, Logrosán, Abertura* y *Miajadas*, en la provincia de Cáceres; *Magacela, Medellín, Vega de Harnina* (Almendralejo), *Alanje* y otras alturas de la provincia de Badajoz, sin olvidar las cuevas, al parecer trogloditicas, de *Cañamero* y las *Villuercas* (Cáceres), que se cita en nuestro artículo *El Ruecas, sus glaciares y trogloditas.—Revista de Extremadura*, tomo II, pág. 254.

Respecto de los ábacos de la figura segunda, decíamos en el último artículo citado: «Aunque no siempre, es fijo el número de cazoletas ú hoyitos del ábaco extremeño, lo ordinario es que la piedra tenga cinco ó diez de ellos por lado, para ajustar cuentas desde 25 hasta 100 ó 150, mediante piedrezuelas *(calculi)* más ó menos esféricas, que se colocaban en ellos, y á semejanza de los actuales contadores de ropa ó de las *tarjas* andaluzas. El juego del *marro* ó del *naharro* de los niños, el de las *tres en raya*, y acaso el de *damas*, á pesar de su abolengo chino, tal vez deriven de semejantes ábacos; como variantes son de ellos los *quipos* peruanos, con sus registros de *cordones* de colores y *nudos*, de las operaciones más diversas del ejército, la hacienda, la cronología y cuanto á la vida de un pueblo interesa. Difícil es dilucidar si tales contadores pertenecen á la época romana ó á otras más antiguas, aun-



Tres variantes de ábacos de Abertura y Miajadas.

que es incuestionable que los etruscos, maestros del pueblo-rey, ya los conocían, y que Roma los tenía mucho más perfeccionados con líneas, ranuras y fichas, dentro de un sistema de numeración apoyado en unidades de diferentes órdenes, por lo que nos parecen propios de los habitantes iberos (1), quienes, como más incultos, no conocían aún el sistema decimal, sino el prehistórico de *cinco* dedos ó digital de una mano, y de *veinte* ú hominal, que rige todavía en algunos pueblos, que se hallan en la infancia de la civilización: tasmanios y zeelandeses, americanos, etc.» Notamos también

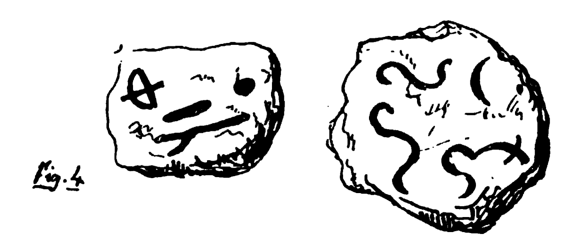
(1) Conviene prevenirse contra un fenómeno psicológico que suele presentársenos, gracias á nuestra ignorancia actual respecto á las edades arcaicas. Lo remoto de sus perspectivas nos presenta confundidas edades acaso tan perdurables, que nuestra época histórica apenas sea un pobre y corto período en proporción de ellas. ¡Cuántas y cuán esenciales diferencias de tiempo, raza, ciencia, costumbres, etc., no habrá, por ejemplo, entre el pueblo celta que la historia ha conocido en sus postrimerías, con aquel otro que alzara las pirámides egipcias y las pirámides aztecas! ¡Cuántas también entre la construcción de la gran pirámide de Gizeh y las sucesivas, más pequeñas; ó entre el guerrero de Solana, con sus cazoletas *fonéticas*, y el pueblo astrónomo *cien veces precaldeo*, que grabase los simbolismos constelares de que ahora nos ocupamos, con sus cazoletas genuinamente astronómicas! Mucho de lo que hoy creemos ibero ó celta es más remoto de historia, pues no en vano aún no ha ligado la

allí una suerte de extraña afinidad de las piedras con cazoletas por los templos, que parecen constituir para ellas un como centro de atracción, á la manera de la ley de herencia de unos templos con otros, que levantara tem-



Dos pseudocipos del atrio de la Iglesia de Abertura.

plos cristianos sobre otros del paganismo y transformara sinagogas y mezquitas en iglesias. ¿Habrá en esto algo de ese carácter religioso, sobrenatural y mágico de todas las escrituras arcaicas? Creemos firmemente que sí,



Piedras del mismo sitio.

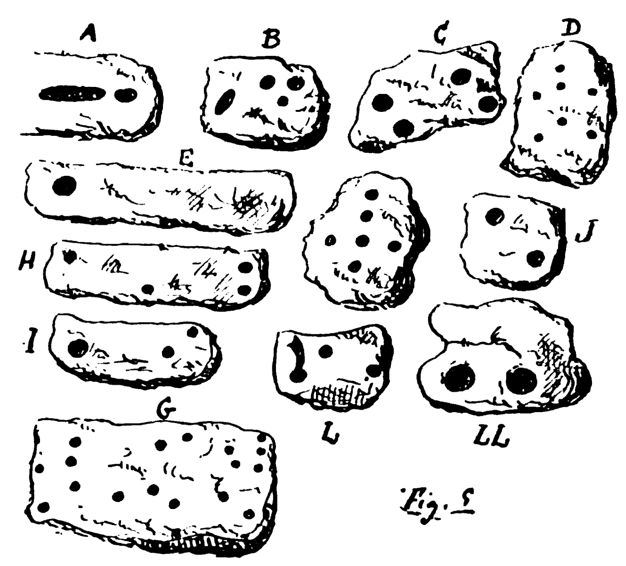
aunque sea hoy cosa difícilmente demostrable. De todos modos, el fenómeno es singular y merece consignarse y estudiarse.

La variedad de cazoletas, decíamos también allí; su aparente desorden

---

ciencia, sin enormes soluciones de continuidad, al hombre histórico de documentos escritos, con el prehistórico de pruebas, puramente paleontológicas, y cuando no lo ha hecho es por culpa de la precipitación y falta de análisis con que tales ó cuales recuerdos se imputan á un pueblo ó á otro, buscando siempre á los más modernos y conocidos, fenómeno que es muy frecuente hasta en el vulgo. En España, entre las clases ignorantes, toda ruina, aun las más ca li icadamente romanas se tienen por «*de moros*», y se buscan con afán á veces lc › *tesoros moriscos*, nunca los *tesoros romanos*, que jamás han gozado de favor p›pular. La humana historia no será algo perfecta y de hermosa contextura h sta que, á través de la actual historia y la paleontología y geología, no enlc ce conscientemente su abolengo con la historia de los cielos; y á esta divina si ntesis deben tender todos los trabajos sucesivos, sin perjuicio del *especialism* › ó división del trabajo, de tan fecundos resultados prácticos en nuestros días.

en diversos tamaños, su número desigual, nos sumerge en gran confusión. Vistas junto á las inscripciones romanas, traen á la mente el recuerdo de aquellos destrozados palimpsestos que, bajo escrituras de época posterior, han devuelto á la vida, por ejemplo, la ley de Tendis y fragmentos del Breviario de Aniano, sacados de un vetusto códice de la Catedral de León. Ellas son, en efecto, respecto de la época romana, una etapa histórica latente y comprimida debajo de otra, en mutua correlación, como acontece en las formaciones geológicas.



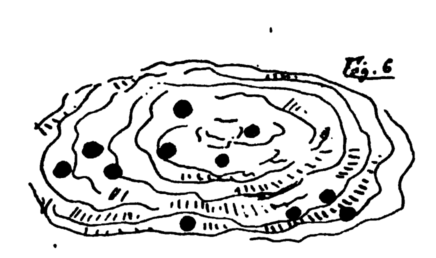
Cazoletas del atrio de la iglesia y pueblo
de Santa Cruz (Cáceres).

En el atrio de la iglesia de Abertura se nos muestran dos piedras lo bastante bien labradas para recibir en su superficie una de tantas inscripciones de la romana epigrafía. Tienen en lugar de letras algunas pocas cazoletas, sin sentido conocido (figura 3.ª). A su lado vénse otras dos piedras con ciertos trazos curvilíneos (figura 4.ª), no sabemos si antiguos ó recientes, pero que no dejan de guardar alguna remota analogía con otras de las piedras de Miajadas, representada en la figura 16. A tales figuras ó simbolismos, podemos referir también los trazos rectilíneos y cruciformes de las figuras 14, 15 y 17 *B*.

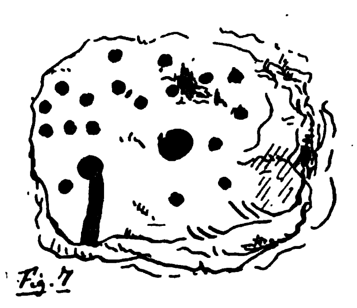
Muchísimo nos extraña no haber hallado ni una sola vez la figura d la *svastika*, ó cruz característica de estas épocas, vista en otros sitios de Ext -madura por el Marqués de Monsalud (1), y encadenada con toda la ép a

(1) *Revista de Extremadura*, tomo III, páginas 6 y siguientes.

prehistórica, como es por demás sabido, lo cual nos confirma en la idea de que los simbolismos que nos ocupan tienen mucho más de astronómicos

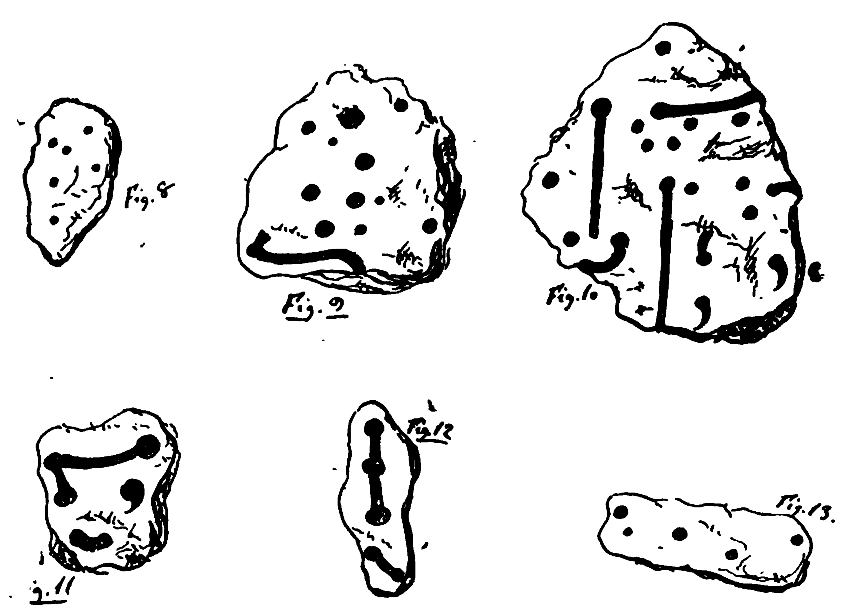


Roca en una calle de Abertura (Cáceres).



Roca en la cumbre del Calvario Miajadas (Cáceres).

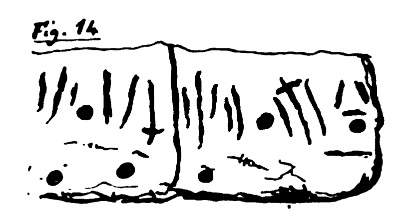
que de religiosos, según el alcance que actualmente damos á estos adjetivos, no según el que le dieran aquellos remotos pueblos. Sin embargo, vemos una doble cruz en la letra *B* de la figura 17.



Piedras existentes en la calle de Martín Cerezo y adyacentes (Miajadas).

En las demás figuras vemos una completa variedad de cazoletas, desde 20 ó más centímetros hasta dos ó tres centímetros de diámetro, las más de

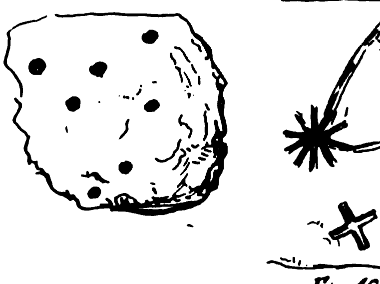
forma hemisférica, no pocas elipsoidales ó hemielipsoidales; otras con colas ó vírgulas y complicados trazos de unión; algunas, en fin, pequeñas y de forma rectangular, formando el conjunto todo un cuadro en que la espontaneidad de un cierto arte en su disposición ó agrupamiento presta mayor



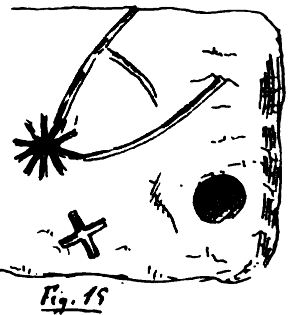
Piedra del atrio de la iglesia de Santa Cruz.

incentivo al sello misterioso y arcaico que en ellas domina. Su número, que en junto alcanza un buen centenar de sillares y rocas, es más que suficiente también para despertar muy honda curiosidad científica.

A pesar de cuanto llevamos dicho, acaso los curiosos tallados de las figuras 24, 25, 26 y 28, se aparten del simbolismo astronómico de las demás ya



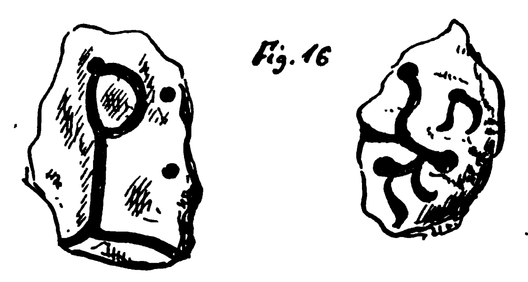
Otra de la calle de la Iglesia en Miajidas.



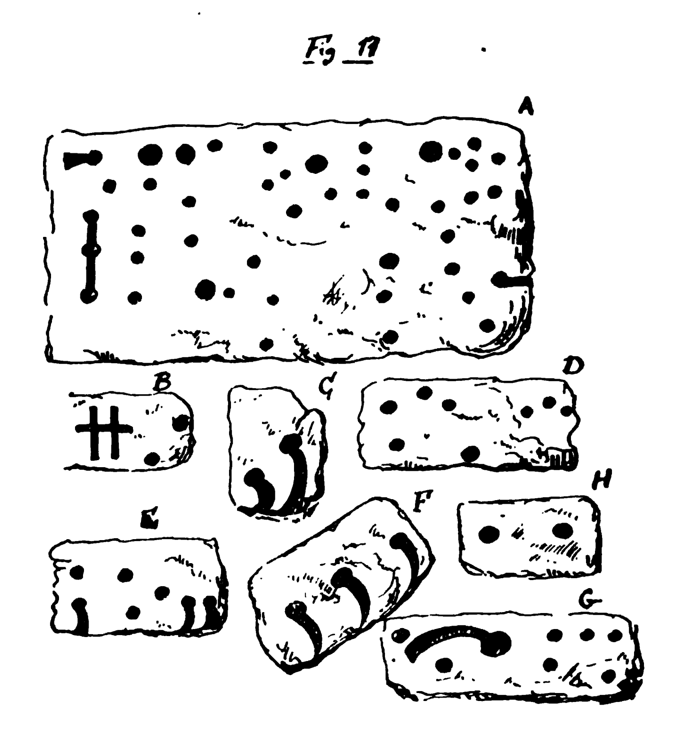
Piedra existente en Miajadas, frente á la casa de D. José Chamorro.

descritas. Verdad es que pudieran representar con sus grandes proporciones, desde 18 hasta 36 ó 40 centímetros, masas nebulares como génesis de mundos, pero quizá resulte más lógico considerarlas como huellas ó medidas comparadas de pies de dos distintas razas, cuyo recuerdo, ya borrado de la memoria de los hombres, se quisiera con ello perpetuar.

El primer recuerdo que respecto de estas singulares cazoletas se nos vino á la mente, fué el de las estatuas graduadas de Bamián, símbolo probable de

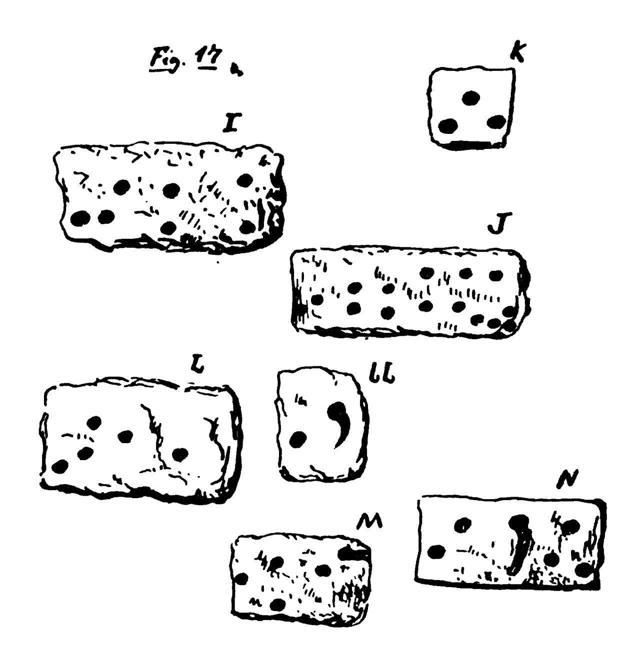


Dos piedras de una pontezuela en la calle de Belén (Miajadas).



Algunas piedras del atrio de la iglesia de Belén (Miajadas).

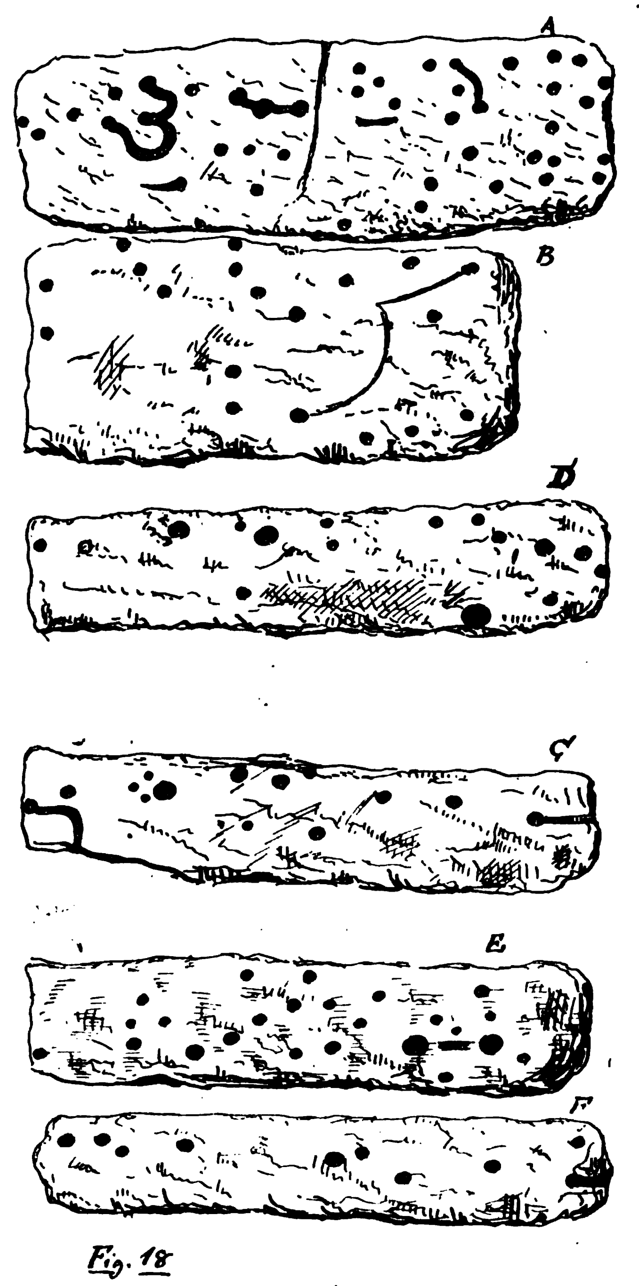
las diversas estaturas alcanzadas por los predecesores del hombre actual en la Tierra desde edades remotísimas (1). Acaso los dos elipsoides ó hemielipsoides de 18 á 20 y de 36 á 40 centímetros, son las proporciones aproximadas



Más piedras del mismo atrio.

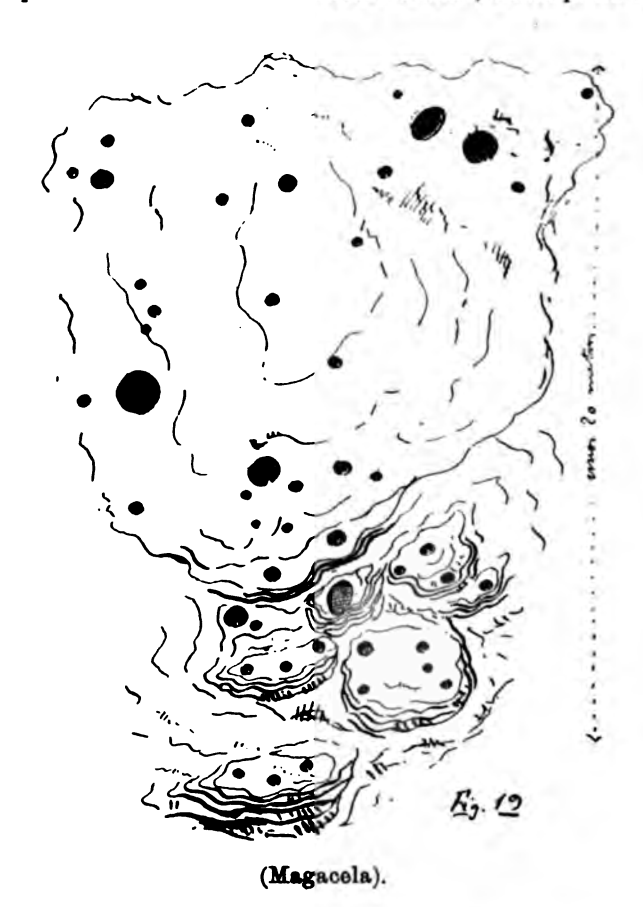
de las respectivas longitudes del pie de nuestra raza histórica y del del pueblo atlante—hoy puesto en duda por muchos doctos y que acaso practicase algunos de estos tallados en las rocas. De todos modos la cazoleta de la figu-

(1) Burnes y otros sabios jesuítas han estudiado concienzudamente las ruinas de *Bamián,* aldea prehistórica situada entre Cabul y Balk, al pie del *Koh-i-baba* de la cordillera Indo Kush ó Paropamiso, á 8.500 pies sobre el nivel del mar. Es Bamián una parte de la ciudad de Djool-pool, destruída por Tchengis-Khan en el siglo XIII, y á sus olvidados habitantes se los considera por a... llos como supervivientes de la gran raza de los Miaotse, que turbaron la tie... con sus ambiciones y perforaron sus montañas con criptas y subterrán... hasta transformarla cual en un panal gigantesco. Sus cinco estatuas mi... respectivamente 173, 120, 60, 27 y 7 ó 9 pies, tamaños que descienden desd... colosal de la primera, superior en 70 pies á la estatua de la Libertad del ... de New-York, y en 40 ó 50 al Coloso de Rodas hasta la estatua del hombre ... tual. Sabido es que los antiguos, mucho más sabios de lo que hoy se cree, ...



Piedras de una pontezuela de la calle
de Medellín (Miajadas).

ra 28, que se ha dibujado con la mayor fidelidad posible, es muy singular. Tiene la oquedad exacta de media cabeza humana, como pude comprobar-



(Magacela).

lo, y los salientes ó crestoncillos del traceado de su interior que remedan los relieves de una calavera no parecen mero juego de la casualidad, ó de un

---

aficionadísimos á estos gráficos y perdurables simbolismos, capaces de sobrevivir á todos los trastornos del planeta, y recuérdense, entre otros, aquel del Júpiter de Fidias con la Luna á caballo, testimonio acaso de un fenómeno cósmico que nuestra joven astronomía no registra respecto al misterioso pasado de nuestro presunto satélite, y aquel Sagitario que corona los estandartes asirios, cual si, colocado en lo más alto del símbolo de su pueblo y de sus glorias, quisiese expresar así su remota antigüedad de 12 mil ó 12 mil más 26 mil años, en cuyo tiempo, gracias á la precisión de los equinoccios, Sagitario ocupará el punto más alto de la eclíptica. Pueden leerse sobre esto, sin pasión ú sectarismo, las páginas 307 y siguientes de la *Doctrina Secreta,* de H. P. Blavatsky, edición española.

desgaste variable, dada la buena homogeneidad de toda la roca, sin venas de cuarzo ó de otra substancia que por su mayor resistencia al desgaste pudiera determinarlos bajo la sola acción de los agentes naturales, máxime siendo vertical.

Hay que estar muy sobre aviso, sin embargo, contra posibles denudaciones de las rocas revistiendo formas peregrinas que parecen obra humana, siéndolo de la Naturaleza.

Al comparar las diversas cazoletas en orden á sus tamaños respectivos, nos asaltó la idea de clasificarlas provisionalmente en *cazoletas-soles*, cual las que se ven en las figuras 7, 19, 20, 29, 33 y 34, dando, por decirlo así, notas tónicas ó fundamentales á los tallados; *cazoletas-planetas* ó *satélites*, rodeando



K.° 381, dra. (Magacela, Badajoz).

á las anteriores y de las que hay buenos ejemplos en casi todas las de esta Memoria; *cazoletas-cometarias*, de las que son prueba las de las figuras 10, 17 y otras varias, y, finalmente, la otra clase, mucho más rara, de cazoletas rectangulares podría completar el símil con *cazoletas-nebulosas*. Así lo creímos en un principio.



Fig. 21 Fig. 22 Fig. 23

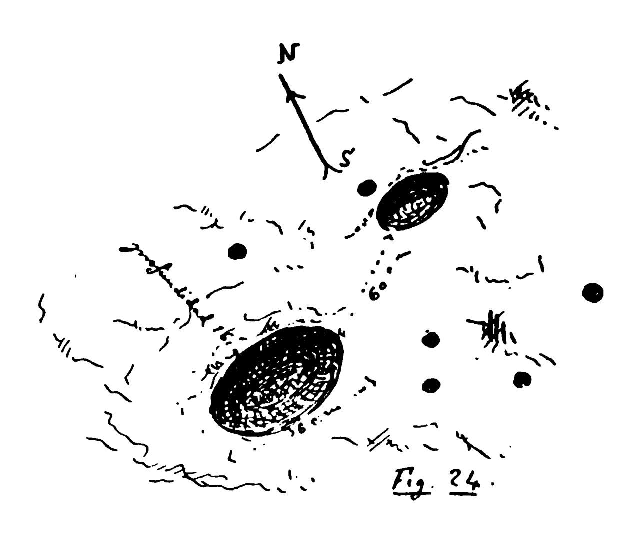


Fig. 24



Fig. 25

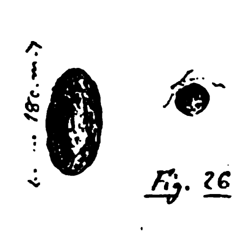
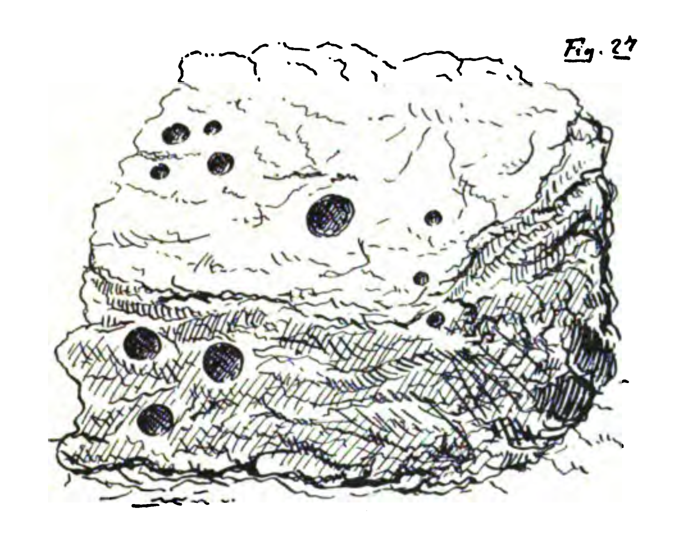
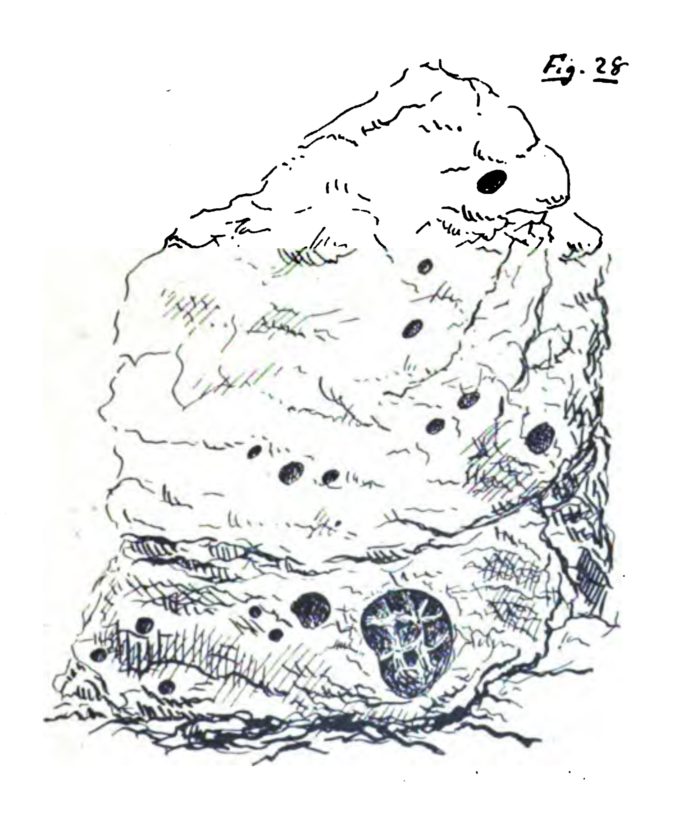


Fig. 26


Fig. 27

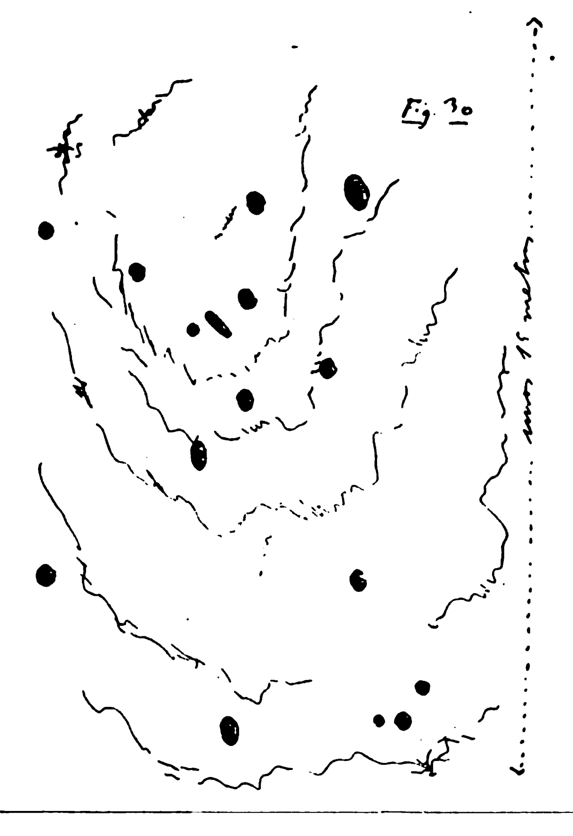

Fig. 28

Las ideas astronómicas de cometa, nebulosa, sol, planeta y satélite, se prestan, en efecto, á no pocos simbolismos, adecuados á las ideas de paternidad, filiación y sus similares, en los que fueron harto hábiles los antiguos, como es sabido.

Nadie ignora que según la teoría cosmológica de Laplace, modificada en armonía hoy con nuevos descubrimientos, los sistemas estelares y los plane-



tarios deben su origen á la condensación sucesiva y lenta de nebulosas, sin que hayan podido concretarse aún las posibles relaciones genéricas que ellas guardan con los cometas. La nebulosa primordial, madre del sistema planetario, se ha ido definiendo y condensando en un núcleo central, verdadero prólogo de nuestro sol actual, cien veces más pequeño. La fuerza centrífuga, preponderante de tiempo en tiempo sobre la centrípeta, ha ido desprendiendo por la zona ecuatorial grandes cantidades de materia, cual verdaderas emisiones germinativas del astro ó núcleo central, y cuya materia fué tomando en el espacio forma anular como el clásico anillo del planeta Saturno. En cada anillo la evolución condensó, evones más tarde, una masa



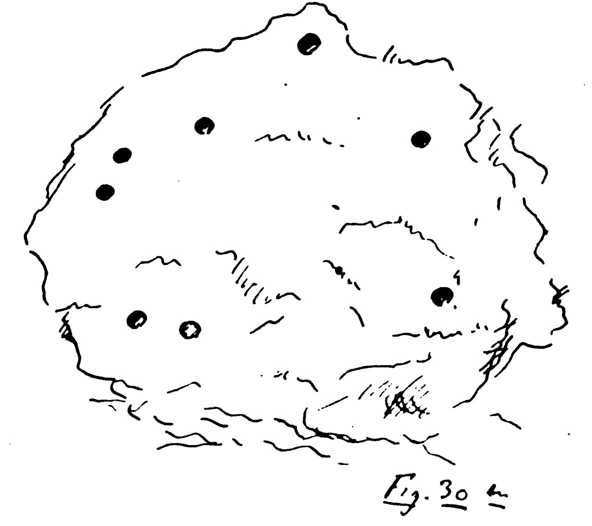


Fig. 30 a

planetaria, la que á su vez, por un fenómeno análogo, ha emitido después anillos para satélites, que es el caso de cuantos astros circundan á los colosos planetarios Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno (1).

Resulta pues—y esta es la causa de la digresión anterior—que en la historia de nuestro sistema hay ciertas leyes generativas ó genealógicas no del todo inadecuadas para simbolismo. Si alguien, por ejemplo, careciendo de todo otro medio representativo quisiese expresar una idea de descendencia, á la manera como en escritura hieroglífica un fénix representara la inmortalidad, una serpiente mordiéndose la cola, sucesión de edades, ciclos y también sabiduría, etc., etc., podría—si es acaso cierto que los cometas al detenerse en una región del infinito constituyen núcleos de una nebulosa—simboli-



zar física y metafísicamente la Causa Primera tallando un cometa; la génesis primitiva con una nebulosa, y las ideas de padre, hijo y nieto, con tallar, en escalas diferentes un sol, un planeta y un satélite. Con tales ideas de descendencia podrían, en simbolismos más complejos, expresarse otras más abstractas, como las de infancia, juventud y virilidad, las de cielo y tierra, y muchas otras que no resultarán tan raras y violentas con darse un repaso á las interpretaciones de Champollión sobre los jeroglíficos egipcios, ó de Rivett Carnac sobre las otras escrituras arcaicas, y de Hübner sobre las inscripciones celtíberas.

La posibilidad, más ó menos remota, de que las cosas hubieran pasado así dentro del clarísimo carácter astronómico mostrado por todas las cazoletas extremeñas, nos sedujo no poco en un principio, pero pronto creímos más probable el que ellas representasen, no estos transcendentales y complicados

(1) No consideramos propio de este lugar el desenvolver esta teoría por otra parte, puede verse esbozada apenas en nuestro artículo «Un poc heliogenia», publicado por la Revista *Sophía*, de Madrid, en Julio últim el establecer la esencial diferencia que respecto de los satélites existe e citados colosos y los planetas más pequeños: Marte, la Tierra, Venus y Me rio, que, ó carecen de ellos, ó los que en torno de ellos giran no han prove de su emisión ecuatorial.

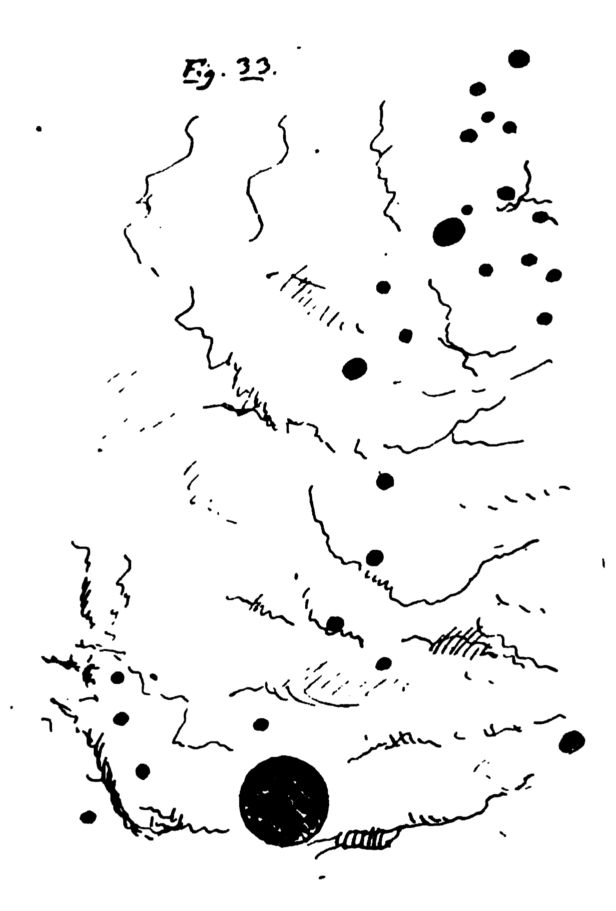
simbolismos de muy delicada contextura y muy difícil interpretación, sino simples transcripciones en roca de las constelaciones del firmamento, con las magnitudes de las estrellas graduadas mejor ó peor por el tamaño de las cazoletas respectivas, algo así como una prehistórica *carta del cielo*, legada en caracteres imborrables á la generación actual por otras precaldeas antiquísimas, del mismo modo que hoy intentamos nosotros legar á las generaciones venideras la historia de nuestro ciclo actual con la carta fotográfica del cielo, trabajada por gran parte de los observatorios del Planeta.



El problema planteado en estos términos era sencillo en apariencia, pero erizado de muy serias dificultades en el fondo. Tratábase en puridad de intentar un cotejo, una comprobación ó confrontación entre las figuras trazadas por las cazoletas y la que *hoy* muestran las constelaciones del cielo. Los factores capaces de impedir la confrontación, ó hacerla por lo menos obscurísima, resultaban numerosos.

Por el lado de las cazoletas nos encontrábamos con que muchas de ellas aparecen en recortados sillares, que no es de presumir dejaran de sacrificar á su estereotomía la integridad de la constelación acaso dibujada en la roca de origen, ó quizás no completamente incluída en su faz si, como es probable, se hiciese, después de cortado el sillar, el tallado de sus cazoletas. Había que contar también con la ausencia de toda línea orientadora; con los posibles errores del tallista y con los no menores nuestros al hacer, á guisa de dibujantes, más ó menos afortunados, y sin métrica alguna, las transcripciones, cosa ésta que será indispensable si se han de continuar las investigaciones con mayor escrupulosidad. Dadas las condiciones del país—y aunque la belleza, variedad y pátina del tiempo rechacen en general la in-

tervención indiscreta de los chicos agregando otros hoyuelos á los anteriores para sus juegos infantiles, como alguien equivocadamente teme,—cabía también el que nuevos hoyos ó cazoletas se hubiesen venido á mezclar, bajo



cualquier causa, con los antiguos á través de las vicisitudes de los tiempos. Esto sin contar con posibles desgastes naturales que *en alguna ocasión* remedasen cazoletas.

Por el lado astronómico las dificultades de identificación entre cazoletas y estrellas no dejaban de ser de cierta cuantía.

Sabido es que el firmamento, tenido antaño por la fiel y petrificada imagen de la inmutabilidad, está lleno del movimiento y del incesante pro eísmo de todo cuanto vive. Si pues los simbolismos observados eran lo que se creían y por ventura resultaban imputables á los antiquísimos atlantes, ó á otros pueblos más ó menos fabulosos que alguien hace remontar á cerca de un millón de años, las estrellos del cielo en semejante lapso de tiempo y

aun en otros bastante menores, han debido cambiar, cuál más, cuál menos, sus coordenadas en la bóveda celeste, sus posiciones relativas ó figura constelar y su magnitud, y algunas hasta mostrarse por primera vez ó bien desaparecer, según los relativamente numerosos casos que nuestra corta historia de la astronomía registra. Desde el momento en que las paralajes de los astros varían entre algunas décimas de segundos para los cercanos y cantidades prácticamente nulas para nuestros medios de observación, lo que da para los demás astros distancias semi-infinitas; desde el momento en que algunas familias sidéreas, como las Hyadas, caminan juntas por el espacio en una dirección particular, mientras que en cientos de siglos deben resultar

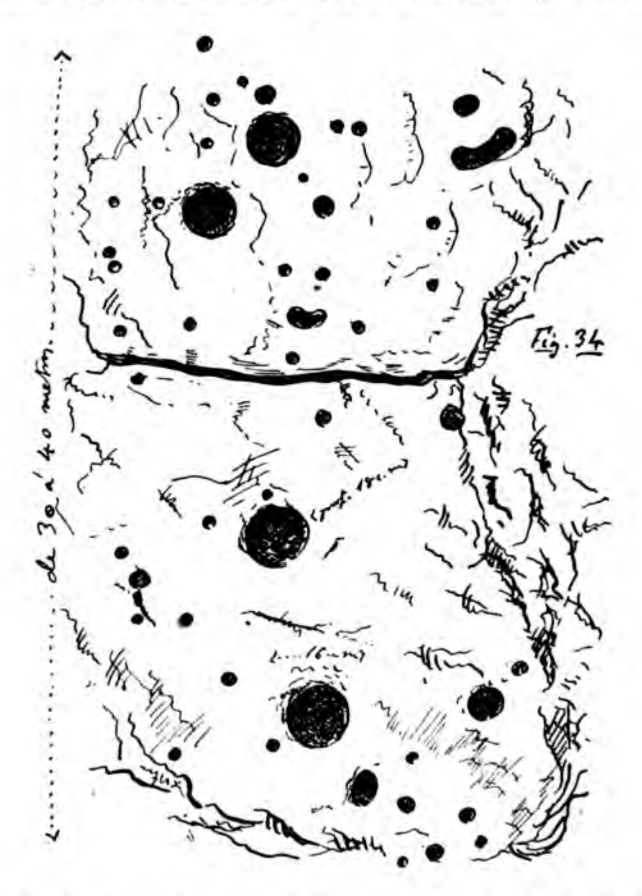


Fig. 34

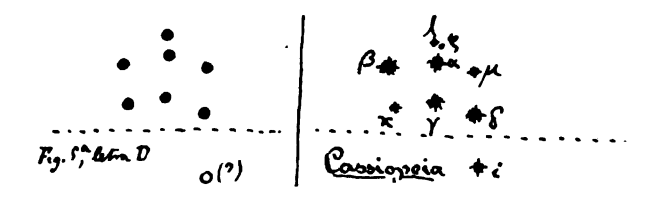
casi inmóviles las lejanísimas nebulosas que constituyen el fondo de las perspectivas en nuestra nebulosa galáctica, las diferencias entre la misma fotografía actual de un asterismo y las más fieles transcripciones que legarnos pudiera un remoto pasado tienen que ser notorias, aunque fuese sólo por los

cambios mismos que la ignota traslación de nuestro sistema solar (que aún no se puede apreciar si es rectilínea ó curvilínea de gran radio), introducen en todas las coordenadas celestes, fenómeno que sirviera á Herchell, como es

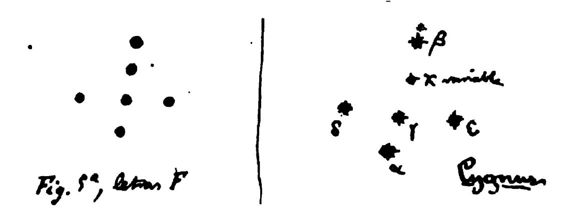


sabido, para comprobar la traslación aquélla. Estos cambios, dada la diferencia de paralajes siderales, basta por sí sólo para alterar á la larga la fisonomía de las constelaciones.

Juntas las dificultades de arriba con las dificultades de abajo y con las



naturales que la comparación de dibujos y constelaciones supone, eran suficientes para hacernos desanimar en la empresa comparativa. En cumplimiento de nuestra pobre misión investigadora la hemos intentado, sin embargo, y acaso con algún fruto, si se tienen en cuenta aquellas dificultades.



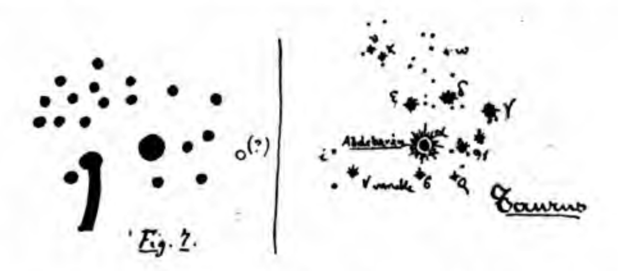
El estar hechos todos los dibujos de cazoletas con anterioridad á e--s hipótesis, nos han evitado prejuicios. Hartos resultarán, no obstante, sin p- der remediarlo, de la comparación misma.

Por decontado, tal comprobación es ilusoria y prácticamente inútil n las figuras de pocas cazoletas, donde todo criterio de identidad se esfum y destruye. Las de numerosos caracteres se prestan mejor á sufrir el para

Veamos algunas de éstas.

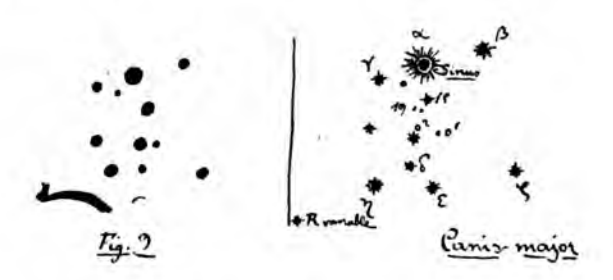
En las piedras de la figura 5.ª creo identificar, con cuantas salvedades imponen las consideraciones antedichas, las figuras de las constelaciones siguientes:

En la letra *G* de dicha figura creemos hallar reproducido con bastante



fidelidad el grupo de la *Ursa major*, *Bootes* y *Canes Venatici*, según el presente croquis comparativo.

Surge, sin embargo, una duda respecto á la cazoleta que va señalada con interrogante. Si es ella, en efecto, la variable *R ursæ majoris*, falta en la piedra la clásica estrella ε de la constelación; y si por acaso fuese esta última estrella, y no la *R*, su posición en el cielo ha cambiado desde entonces, según indica la flecha, hasta colocarse en el lugar actual. Otra tercera hipóte-



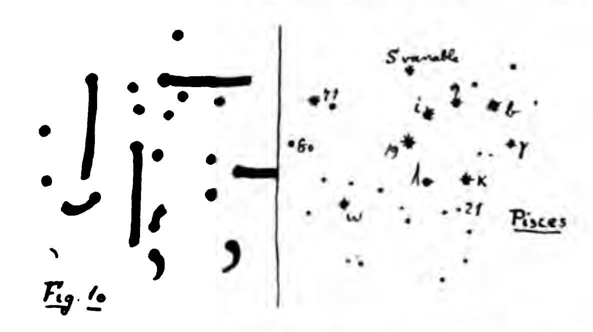
sis cabe también: la de que la estrella ε entonces no fuera visible. Es de todos modos muy satisfactoria la comparación de entrambos croquis.

Si nuestras investigaciones adquirieran más vigor y certidumbre, sería cosa de intentar el medir escrupulosamente la paralaje y el movimiento p ›pio que tener pueda ε de la Osa Mayor, y, caso de presentar este movin nto, calcular sus efemérides, lo que, supuesta la posición de la estrella e: .a piedra, daría con notable aproximación la verdadera y hoy debatible f‹ h‹ del dibujo.

ı las letras *D* y *F* de la misma figura creemos comprobar á *Cassiopeia* y ›*gnus* en esta forma:

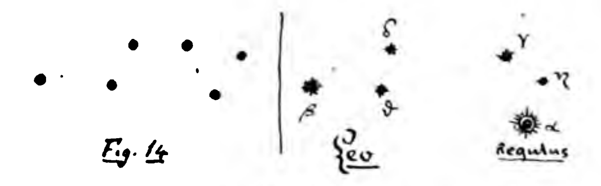
La letra *C* puede representar, por su parte, el gran trapecio de la Osa Mayor, formado por las estrellas α, β, γ y δ, y la letra *J* al Can Menor; pero tratándose de menor número de cazoletas, nos remitimos á lo arriba dicho.

En la figura 7.ª, las cazoletas que se ven á la derecha y encima de la mayor ó central, parecen dibujar con ésta la cabeza de *Taurus*, y al otro lado el



copioso enjambre de las Hyadas—enjambre muy sujeto á variaciones, pues es uno de los más *movidos* del firmamento.

Por cierto que si admitiésemos como verdadera la hipotética comparación que antecede, tendríamos un dato precioso para continuar las investigaciones; el de que las cazoletas vírgulas ó con cola, que antes calificáramos de *cazoletas cometarias,* podrían acaso representar *estrellas variables*. La exacta coincidencia entre la orlada cazoleta del croquis que nos ocupa y la varia-



ble *V, Tauri*, señalada en el Atlas de Klein (1), que nos sirve para este estudio, á ello nos autoriza, al menos en la presente ocasión. Ya tendremos lugar de comprobarlo alguna otra vez.

La figura 9.ª reproduce bastante aproximadamente la figura del *Can Mayor*, si bien el tamaño de la cazoleta *Sirio* no resulta lo debidamente aumentada, acaso para evitar confusión con las inmediatas, y porque el detalle de las magnitudes no suele observarse con todo rigor en estos tallados.

La figura que antecede es de difícil comprobación. Guarda cierto parec do con el grupo equinoccial de *Piscis,* pero no concuerdan la mayor parte ‹ las cazoletas con vírgulas.

(1) H. J. Klein, Star Atlas, Londón, 1893.

En la figura 11 volvemos á ver claramente dibujada y con trazos la cabeza de *Taurus* (grupo de α, 31, γ, δ, ε).

En la figura 14, que acaso deba presentarse invertida, se advierte el gran trapecio del *León*. Si así fuera, la δ y la η se mostrarían un tanto desplazadas de su sitio actual, merced á alguna ó varias de las causas enumeradas al principio.



Fig. 17, letra A

La figura que antecede es transcripción bastante fiel y hermosa de las regiones de *Gemini* y *Auriga*. Califico de exacta la del grupo de los Gemelos, y en verdad que la coincidencia de las vírgulas con las estrellas variables *S* y *T Geminorum*, nebulosas números 1.349 y 1.332, de Kleim, en la misma constelación y variable *R Aurigae* es verdaderamente notable. Los grupos de las φ y el de δ *Aurigae* no dejan de ser también satisfactorios. La piedra referida merece en todo caso un estudio detenido.

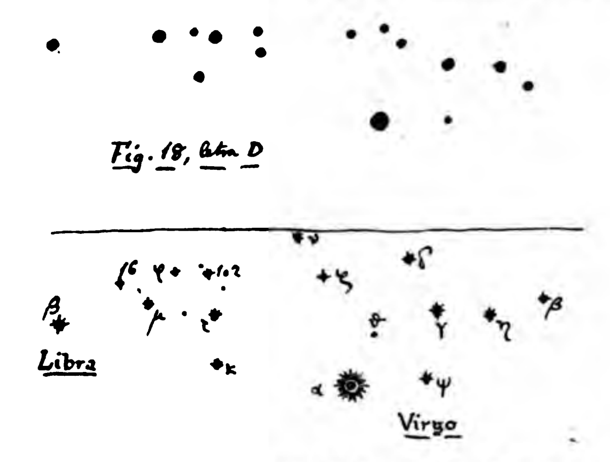
La letra *D* de la figura 17 recuerda al grupo de las β, η, θ¹ ζ y τ de la Ballena, en esta forma:



Fig. 17, letra D

La letra *L* de la misma figura podría acaso indentificarse con la cons-lación de la Paloma, salvando la duda ó vaguedad á que se presta por su caso número de cazoletas, lo cual ocurre asimismo con las demás de la ura.

Respecto á la figura 18 creemos hallar bastante semejanza entre los dibujos de la letra *D* y la constelación Virgo, ya que no exactas coincidencias como en algunas cazoletas anteriores. En la letra *A*, recorrida de izquierda á derecha, nos parece ver la traza de las *Nubes de Magallanes* con las cazoletas de trazos curvados que su tallado presenta, luego la región del Octante y las del Centauro y El Lobo, sin que lo afirmemos por nuestro desconocimiento de la parte de cielo austral que, como ésta, es invisible para nuestras latitu-



des. Por igual razón nada decimos de las letras *C* y *E*, en la primera de las cuales nos parece hallar muy claro el dibujo de la *Cruz del Sur*, con estrellas, ya del Centauro, ya de Argos, cosas éstas que de comprobarse dirían mucho en favor de los conocimientos astronómicos y de la antigüedad del pueblo que las labrara.

En la figura 19 hay dos rocas independientes aunque adosadas. La de la parte inferior me parece una mera triangulación entre las estrellas de primera magnitud *Wega*, de la Lira; *Arcturo*, del Boyero; *Espiga*, de Virgo, y *Autarés*, del Escorpión con alguna que otra estrella solitaria del Ofinco, el Serpentario y Hércules. Tal vez han querido expresar con ella la región del cielo, á la que es sabido se dirige el Sol con su sistema planetario. Que la estrella superior es Wega lo creemos por su grupo de cazoletas inmediatas que remeda á la constelación de la Lira, como representa el croquis siguiente:

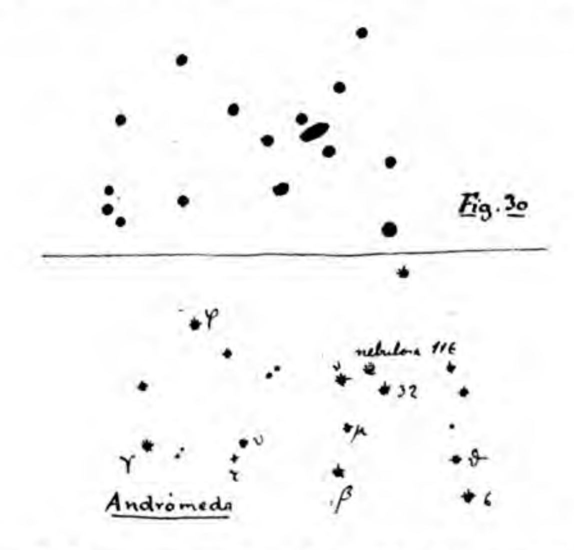


Volviendo del revés la figura, hállase cierta similitud entre las cazoletas de la segunda roca de la misma, y la región entre *Acuario* y el *Pez Austral* del croquis siguiente, aunque tal similitud está bastante esfumada.



Las siguientes figuras de la zona de Magacela resultan (por la pobreza y dispersión de sus cazoletas, como por alternar acaso su simbolismo astronómico con algún otro distinto en muchas de ellas, según llevamos dicho) de muy difícil comparación con las constelaciones. Anotemos, sin embargo, las que parecen más expresivas.

Acaso en la figura 30 aparece grabada la región donde se muestra la curiosa nebulosa de Andrómeda, la cual, si el hecho es cierto, resultaría conocida desde la más remota antigüedad. Compárense entrambos dibujos:



ría muy de desear que resultara cierto el hecho, pues el desplazamien-
t poco perceptible, de la nebulosa 116 respecto del grupo que tiene por
b o, demostraría, por su mayor alejamiento, que puede hacerla aparecer
i il, el movimiento sufrido desde entonces por dicho grupo n v y 32, y

la superposición actual de la estrella representada por la cazoleta que lleva interrogante con repetida nebulosa. Serían precisos más detalles y una más pura coincidencia de cazoletas y estrellas para poder afirmar aquella identidad: ¡son tan vagas las innumerables figuras que pueden formarse con las estrellas!

La figura 32, colocada en posición oblícua, nos recuerda al Pez Austral en esta forma:



Finalmente, en las cazoletas de la figura 34 creemos ver delineada la región que se extiende desde *alfa y beta Geminorum* hasta la parte superior del *Canes Major*. El dibujo ha resultado muy defectuoso en cuanto á la longitud de la roca, que es más amplia de lo que en él aparece. Por eso nos abstenemos hoy de consignar el croquis comparativo hasta disponer de otro mejor hecho.

Como se ve, aunque las anteriores correlaciones sólo alcanzan á una tercera parte de las rocas y sillares observados, son muy suficientes para servir de estímulo á más concienzudas observaciones ulteriores que puedan aclararnos por completo el hermoso problema de las cazoletas extremeñas.

***

Resumamos.

El estudio que antecede parece indicarnos:

1.º La existencia en Extremadura de testimonios fehacientes y numerosos de uno ó varios pueblos astrónomos que, á la manera de caldeos y egipcios, alcanzaron en la observación del cielo, según todos los indicios, á darse cuenta, no sólo de los grupos constelares, sino de algunas estrellas variables y hasta quizás de nebulosas poco ó nada visibles á nuestra simple vista, lo que, de ser cierto, supondría en ellos ó él conocimiento de aparatos de observación amplificadores cual nuestros actuales anteojos, ó poderes extraños para nosotros desconocidos, ó al menos una vista más perfecta y penetrante que la que posee nuestra raza. Dicho pueblo pudo habitar con preferencia alguna de las regiones extremeñas que arriba indicamos por nota como más ó menos adecuadas para la investigación.

2.º Que la antigüedad de semejante pueblo es lo bastante grande pa

remontarse mucho más allá de nuestros actuales límites históricos, por revelar, al parecer, en sus dibujos, un estado de cultura infinitamente superior á la mayor parte de los pueblos celtas é iberos, pueblos, por otro lado, de inestudiada indeterminación. Acaso tal antigüedad pueda comprobarse con bastante aproximación, si se lograra al fin algún cotejo indubitable entre cazoletas y estrellas, cuyo movimiento propio y secular en el cielo nos sea conocido.

3.º Repetidos testimonios prehistóricos, en lugar de aludir á toda una raza cultísima, pudiera muy bien datar asimismo de seres especiales y superiores, de verdaderos *superhombres* por su inteligencia superior al nivel de sus conciudadanos, cual un Colón entre salvajes de América. Punto este último muy difícil de dilucidar.

4.º Que aquel simbolismo astronómico es muy superior al fonético de las cinco vocales de que nos habla Rivett Carnac, y que acaso derive de él por abolengo desconocido. Esta superioridad astronómica, dadas las retrogradaciones de la cultura, parecen hacerle, en efecto, muy anterior al lenguaje ógmico. No debe tampoco olvidarse que repetido simbolismo aparece mezclado en algunas figuras con otro métrico referente á los tamaños comparados de los pies de dos razas distintas, la más pequeña semejante á la actual.

5.º Que el tránsito del simbolismo astronómico al fonético y al métrico, aun sin contar con posibles intermediarios, supone por lo menos tantos siglos como el tránsito de las escrituras jeroglíficas y cuneiformes á las fonéticas indoeuropeas.

6.º Que tanto por nuestras propias experiencias, como por cuanto en diferentes épocas y con distintos motivos han expuesto Vormio, Olao Magno, W. Salisbury, M. Falconnet, l'Abbé Bertrand, Th. A. Wise, Bunsen Hodson, Ackerman, Willian Tooke, Cambry, J. Watson, Creuzer, Simpson, Charton, Hallivœll y Rivett Carnac, y otros muchos citados—aparte de sus propias deas tendenciosas—por escritores tan opuestos como De Mirville y H. P. Blavatsky, de los que tomamos esta nota enumerativa, existe un campo vastísimo de observación, que se enlaza al par con las sabias lucubraciones histórico matemáticas y astronómicas de Bailly y con las razas prehistóricas de que nos habia la paleontología, en demanda de un pueblo grande, sabio y perdido en remotísima noche de la historia, cual dicen fuera el discutido pueblo atlante, al que muchos atribuyen estas obras. Dicho campo está dibujado por los testimonios siguientes, que sacamos de aquellos dos autores:

) Estatuas de *Bamian y Teapi* ó Isla de Pascua, ya citadas.

) Cazoletas estudiadas en todo el mundo por el eminente Rivett Carna , cual las de los alrededores del templo de Nagpur (ciudad de las Serpi ntes) y los rasgos largos y cortos de la escritura de Ogham ú Ogmam, qu enlazan con las inscripciones misteriosas que se dice ostentaran las colu nas sagradas de Gadir, el templo de Vishvakarman en los muros de

Elora, las piedras rúnicas de la isla de Rugen y otras septentrionales y muestran rocas de Fuencaliente y Solana.

c) Los infinitos *dólmenes*, *menhires* ó *monolitos*, *betilos trilíticos* y *piedras oscilantes* de España, Francia (Bretaña), Cornualia y otros puntos de las Islas Británicas, Rusia Meridional, Siberia, Montañas Rocosas, Tirinto, Micenas, etc., al decir de Creuzer, *sensibles y oscilantes hasta bajo la sola acción del pensamiento*. Entre éstas últimas sabido es sobresalen los ejemplares irlandeses vistos por Charton, «alguno de ellos, á juzgar por su composición geológica, parece traído de suelo africano», como reza la tradición; la de Montánchez (Cáceres); los plamisferios formados por monolitos en Carnac y West-Hoadley, análogos al debatido de Dendera; las alineaciones maravillosas de Stonehenge; las piedras oscilantes de Salisbury Pain, del pantano de Huelgoat y de la pendiente del Golcar, llamadas *chior-gaur* ó *baile de gigantes*; la Otizoë persa, la roca de Harpasa y el Campo de la Muerte ó Chatamperamba de Malabar y las numerosas *Draconcias* ó *rocas del destino*, consagradas, se cree, á La Luna y á la Serpiente y destruídas en buen número por los prelados en la Edad Media, cual San Bonifacio cortara la *encina del Donar*.

d) Los múltiples testimonios, no despreciables aunque míticos ó legendarios, contenidos acerca de estas cosas en la *Acaica* de Pausanias, en el poema sobre *ophites* y *siderites lloronas*, atribuído á Orfeo, en los dichos atribuídos á Sanchoniaton y Filón de Biblos, Eusebio, Arnobio y Plinio, ora sobre Pelasgos y Cíclopes, ora sobre míticas *piedras corredoras* dejadas por los *Argonautas* en Cízico, ora sobre las no menos animadas piedras de la *Isla de la Mona* (Irlanda), ó la *parlante* de Westmister, con las que entramos dulcemente en el inestudiado mundo de la fábula.

e) Como epílogo las escrituras iberas, estudiadas por Hübner y que bien pueden guardar estrechos nexos con los documentos anteriores y hacer tránsito hacia las escrituras históricas.

***

Ponemos fin á esta modestísima Memoria, consignando el temor de que nuestro celo excesivo por investigar, aunado con nuestra ignorancia, nos haya llevado acaso demasiado lejos de lo que lógicamente pueda inferirse de las cazoletas extremeñas, y si fuera como tememos, pedimos perdón por ello en méritos á nuestra conciencia honrada, que nos obliga á no callar y á exponer, aunque sea á guisa de hipótesis, las conclusiones que anteceden, ya que de hipótesis está plagado cuanto á prehistoria se refiere.

La inmensa superioridad de la Corporación respetable á la que elevan este informe, es para nosotros la mejor garantía de rectificación de nuest errores y prejuicios.

DR. M. ROSO DE LUNA
(Correspondiente de la R. Academia de la Historia

VIDA Y ESCRITOS

DEL

DR. JOSÉ RIZAL

(MATERIALES PARA UN LIBRO)

VI

De 1891 á 1892: Rizal en Bélgica.—Su novela «El Filibusterismo».—Lo de Calamba.—Viajes por Holanda.—Traslādase á Hong-Kong.—De Hong-Kong á British Borneo.—Sus planes colonizadores en Borneo.—Regresa á Hong-Kong. Vuelve á Manila.

No debió de parar mucho en París. El año de 1891 lo pasó casi todo en Bélgica. Vivió en Bruselas; pero debió de gustarle más la antigua ciudad de Gante, porque en ella estuvo la mayor parte del tiempo, y hasta llegó á establecer en dicho punto una colonia de compatriotas, que subsistía en 1894.

Ignoramos cuándo y dónde comenzó su obra *El Filibusterismo*, «continuación del *Noli me tángere*»; probablemente la comenzaría en París, el año anterior de 1890. En este de 1891, deja de colaborar en *La Solidaridad*, acaso porque, sobre no creer en la eficacia del periódico, necesitaba todo su tiempo para atender á su segunda novela, que imprimió en la citada ciudad de Gante (1). La nueva publicación envolvióla en tal misterio, que ni un solo ejemplar puso á la venta en ninguna librería, ni de España ni de Europa; por lo que no les fué posible á los españoles, salvo contadísimos (entre los cuales me incluyo), adquirir *El Filibusterismo* de RIZAL. Este su modo de proceder confirma y refuerza lo que ya en otro lugar hemos asentado: que RIZAL escribía para sus paisanos solamente. Sin duda habría él deseado que

(1) He aquí el pie: «GENT, | Boekdrukkerij F. Meyer-Van Loo, Vlaanderenst at, 66 | 1891.»—Y véase el lema, que va en la portada y encierra no poca filoso a: «Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á liga de los fraileros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus in piraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fi extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último fil ino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-P a.—F. BLUMENTRITT.»

aquí le hubieran leído los hombres de gobierno, los que podían influir en los destinos de Filipinas; pero harto sabía por experiencia propia que nuestros gobernantes, aun aquellos que tenían el antecedente de haber sido cultivadores de las letras, no se molestaban leyendo las producciones de los indios.—«Para que me lean dos docenas de frailes y otras dos docenas de españoles de menor cuantía, que no interpretarán rectamente mi intención, prefiero que no me lean».—Así, es de suponer, debió de reflexionar el GRAN TAGALO. Ello fué que á ningún precio lograba nadie la obra. La edición mandóla íntegra á Hong-Kong, para que desde allí la introdujesen subrepticiamente en Filipinas; pero fueron copados casi todos los cajones que contenían los libros, y éstos inutilizados, y así resultó que apenas nacida la obra, ya se reputaba *rara*. Tan raros son, en efecto, los ejemplares de *Gent*, que no há mucho hemos visto anunciado uno en ¡400 pesetas! (1). Se ha vuelto á imprimir en 1900, en Manila; pero como en 1900 á los españoles no debían de interesarles las cuestiones filipinas, resulta que *El Filibusterismo* de RIZAL no es conocido en España; razón de más para que le concedamos toda la mucha atención que á nuestro juicio merece.

¡Nunca segundas partes fueron buenas!, háse dicho. Y aunque esto no se cumplió con respecto á la gran obra de Cervantes, cumplióse con respecto á la gran obra de RIZAL: entre el *Noli me tángere* y *El Filibusterismo* media enorme distancia. Hablamos de *novelas*. En *Noli me tángere* todo es frescura, ingenuidad, ímpetu; es una novela que impresiona de tal modo, que se hace inolvidable; es una obra *sentida*. Mientras que *El Filibusterismo* es una obra *pensada*. Y en literatura hay que reconocer que se prefiere lo sentido á lo pensado. Es *Noli me tángere* una pintura de todo el país, rica en color y en fantasía, matizada con los ensueños de un poeta delicado. *El Filibusterismo* viene á ser una serie de tratados filosófico-políticos con trabazón novelesca: cada discurso (de los que hay copia en la obra) resulta una disertación nacionalista. *Noli me tángere* es el desahogo de un poeta iluminado, patriota pasional, revolucionario artístico. *El Filibusterismo* es una serie de meditaciones. Le falta el matiz del *humor*, de la ironía agridulce que produce tanto efecto en aquél; échanse de menos los lambreazos al fanatismo religioso, amenizados con agudezas volterianas; no se percibe ese ambiente tropical, impregnado de melancolía, que se respira en el *Noli*. Su primera novela, la escribió RIZAL teniendo constantemente ante su fantasía soñadora la visión íntegra de su país; mientras que la segunda la escribió *pensando* en la irredención de su raza, sobreponiéndose el filósofo al artista. *Noli me tángere* es novela; *El Filibusterismo*, un tratado de nacionalismo anarquista con algu más gramática, pero con menos retórica. Quiso RIZAL en esta segunda pa

(1) *Catálogo de la Biblioteca Filipina reunida y puesta en venta por P. V. del.* Madrid, 1904.—Véase el número 1.222.—RIZAL: *El Filibusterismo; Ge* 1891: 400 pesetas. Encuadernado lujosamente.

no incurrir en ciertas parcialidades, y quitó encanto á la obra. En las de combate, en las de propaganda revolucionaria, la pasión personal, los desplantes inmoderados, los tajos á diestro y siniestro y aun la irreverencia á todo, son notas que deben predominar. En *El Filibusterismo* no vemos á Elías, aquel tipo de miserable sugestivo, sediento de sangre, irresistiblemente atrayente. En cambio tenemos á Simoun, el protagonista, símbolo del pesimismo, gran figura, es indudable; mejor dicho, gran revolucionario y dinamitero sin entrañas; pero falso, completamente falso, como *tipo filipino*. IBARRA, el impulsado por la fatalidad, es perfectamente verosímil: SIMOUN, por las ideas, puede serlo; pero no lo es como *hombre*...

Sigamos el curso de la novela; demos de ella un amplio extracto: lo merece: en esas páginas abunda la substancia. Los partidarios del arte por la idea, comprobarán una vez más cómo era RIZAL un verdadero pensador. Comencemos por la dedicatoria, que dice así:

«A la memoria | de los Presbíteros, don Mariano Gómez (85 años), | don José Burgos (30 años) | y don Jacinto Zamora (35 años). | Ejecutados en el patíbulo de Bagumbayan, | el 28 de Febrero de 1872.

La Religión, al negarse á degradaros, ha puesto en duda el crimen que se os ha imputado; el Gobierno, al rodear vuestra causa de misterio y sombras, hace creer en algún error, cometido en momentos fatales, y Filipinas entera, al venerar vuestra memoria y llamaros mártires, no reconoce de ninguna manera vuestra culpabilidad.

En tanto, pues, no se demuestre claramente vuestra participación en la algarada caviteña, hayáis sido ó no patriotas, hayáis ó no abrigado sentimientos por la justicia, sentimientos por la libertad, tengo derecho á dedicaros mi trabajo como á víctimas del mal que trato de combatir. Y mientras esperamos que España os rehabilite un día y no se haga solidaria de vuestra muerte, sirvan estas páginas como tardía corona de hojas secas sobre vuestras ignoradas tumbas; y todo aquel que sin pruebas evidentes ataque vuestra memoria, que en vuestra sangre se manche las manos!—J. RIZAL.»

Para los filipinos patriotas, la memoria de estos tres sacerdotes era y será sagrada; tan sagrada, que cuando estalló el *Katipunan* descubrióse que había no pocos indígenas fanáticos que usaban, á manera de amuletos, fragmentos de las ropas que dichos sacerdotes llevaran al patíbulo. ¡Y decíase de los indios que no tenían memoria, que no rendían culto al recuerdo de los compatriotas que se habían distinguido, que eran unos imbéciles ó poco menos, en suma! Hé aquí un nuevo dato que demuestra cuán falsa era la idea que los españoles tenían de los indios, á quienes juzgaron siempre por meros detalles superficiales. Gómez, Burgos y Zamora vivían en la memoria del pueblo filipino, y evocar su nombre valía tanto como evocar una gran iniquidad; como evocar el de RIZAL es y será eternamente evocar una feroz injusticia.

Por eso la dedicatoria que queda reproducida tiene una significación transcendental, y el hecho de ponerla al frente de un libro de combate revela en el AUTOR un nuevo rasgo de gallarda entereza. No debieron de ser tan filibusteros aquellos tres sacerdotes, cuando el arzobispo, que era de Manila á la sazón, D. Gregorio Melitón Martínez, que no procedía de ningún instituto religioso, es decir, que no era fraile, se negó resueltamente á degradarlos, á pesar del empeño que en ello pusieron ciertos elementos influyentes, comenzando por el general Izquierdo. *Lo de Cavite* había que aprovecharlo para segar la vida de tres sacerdotes del país que por sus ideas liberales se habían significado, y, en efecto, se les ahorcó; mientras que otros filipinos ilustres, entre los cuales figuraban el notable jurisconsulto D. Joaquín Pardo de Tavera (criollo) y el animoso presbítero D. Agustín de Mendoza (indígena), fueron desterrados á las islas Marianas, donde purgaron el *delito* de pensar, no contra España, sino un tanto á la moderna... Aquellos rigores dejaron semilla... Parecía que la semilla no germinaba; pero RIZAL abonó el terreno, y germinó. Tarde ó temprano, las leyes ineluctables de la Historia se cumplen. Resumamos la novela.

Comienza con la descripción de un viaje, de Manila á La Laguna, por el pintoresco río Pásig, en un barco panzudo. Á bordo va el joyero Simoun, «que pasa por ser el consultor y el inspirador de todos los actos de S. E. el Capitán general»; van también algunos frailes y una filipina que alardea de españolizada y es de un carácter inaguantable. Simoun hablaba con «acento raro, mezcla de inglés y americano del Sur»; «era seco, alto, nervudo, muy moreno; vestía á la inglesa y usaba un casco de tinsín. Llamaban en él la atención los cabellos largos, enteramente blancos, que contrastaban con la barba negra, rala, denotando un origen mestizo. Para evitar la luz del sol usaba constantemente enormes anteojos azules de rejilla, que ocultaban por completo sus ojos y parte de sus mejillas, dándole un aspecto de ciego ó enfermo de la vista». Para unos era «mulato americano»; para otros, «indio inglés»... Y van, finalmente, entre los pasajeros el poeta Isagani y el estudiante de medicina Basilio (aquel chicuelo que, á orillas del lago, habló con Ibarra en los últimos momentos del *Noli me tángere)*. Precisamente aquel día, el del viaje, hacía trece años justos de la trágica *muerte* de Ibarra.—El viaje termina felizmente.

Sale á relucir Cabésang Tales, un indio desgraciado, víctima de la Guardia civil, pero sobre todo de las pretensiones, siempre crecientes, de los dominicos. *(Nos hallamos en* San Diego, *ó sea en Calamba, como habrá supuesto el lector.)* Basilio alquiló una carromata (cochecillo); pero por unas cosas ú otr el auriga fué varias veces detenido. Basilio tuvo que bajarse, aburrido. H llábase en su pueblo, «donde no tenía un solo pariente». Por la noche, q era la de Noche Buena, se propuso ir, y fué, á visitar el sitio donde su m dre, loca, huyendo de su hijo, murió. Al aproximarse al sitio, avívanse sus cuerdos: «Allí murió; vino un desconocido que le mandó formase una pir

Y aquella noche también, Simoun se plantó en el mismo sitio, precisamente donde trece años antes había ocurrido la tragedia. Llegó; quitóse las gafas; comenzó á remover la tierra... Cavando estaba á la luz de una lámpara, cuando llegó Basilio. ¡Gran sorpresa! Simoun, ó sea Ibarra *(el Ibarra del «Noli me tángere»)*, estuvo á punto de matar á Basilio, que le había reconocido. Entáblase un diálogo dramático:

Simoun.—«Sí; soy aquel que ha venido hace trece años enfermo y miserable para rendir el último tributo á un alma grande, noble, que ha querido morir por mí. *(Alude á Elías.—Y vaya notando el lector la afición de* Rizal *á rendir tributo á los muertos.)* Víctima de un sistema viciado he vagado por el mundo, trabajando noche y día para amasar una fortuna y llevar á cabo mi plan. Ahora he vuelto [*al país*] para destruir ese sistema, precipitar su corrupción, empujarle al abismo á que corre insensato, aun cuando tuviese que emplear oleadas de lágrimas y sangre... Se ha condenado, lo está y no quiero morir sin verle antes hecho trizas en el fondo del precipicio»...

...«Llamado por los vicios de los que los gobiernan, he vuelto á estas islas, y bajo la capa del comerciante, he recorrido los pueblos. Con mi oro me he abierto camino, y donde quiera he visto á la codicia bajo las formas más execrables, ya hipócrita, ya impúdica, ya cruel, cebarse en un organismo muerto como un buitre en un cadáver, y me he preguntado ¿por qué no fermentaba en sus entrañas la ponzoña, la ptomaina, el veneno de las tumbas, para matar á la asquerosa ave? El cadáver *(ó sea la Colonia)* se dejaba destrozar; el buitre (*ó sea el régimen español)* se hartaba de carne; y como no me era posible darle la vida para que se volviese contra su verdugo, y como la corrupción venía lentamente, he atizado la codicia, la he favorecido; las injusticias y los abusos se multiplicaron; he fomentado el crimen, los actos de crueldad, para que el pueblo se acostumbrase á la idea de la muerte; he mantenido la zozobra, para que huyendo de ella se buscase una solución cualquiera; he puesto trabas al comercio, para que empobrecido el país y reducido á la miseria, ya nadie pudiese temer; he instigado ambiciones, para empobrecer el tesoro; y no bastándome esto para despertar un levantamiento popular, he herido al pueblo en su forma más sensible, he hecho que el buitre mismo insultase al mismo cadáver que le daba la vida y lo corrompiese. Mas, cuando iba á conseguir que de la suprema podredumbre, de la suprema basura, mezcla de tantos productos asquerosos fermente el veneno, cuando la codicia exacerbada, en su atontamiento se daba prisa por apoderarse de cuanto le venía á la mano, como ur vieja sorprendida por el incendio, he aquí que vosotros surgís *con gritos de es ñolismo, con cantos de confianza en el Gobierno, en lo que no ha de venir;* he aquí que una carne palpitante de calor y vida, pura, joven, lozana, vibrante en sangre, en entusiasmo, brota de repente para ofrecerse de nuevo como fr co alimento... ¡Ah!, ¡la juventud siempre inexperta y soñadora, siempre cc iendo tras las mariposas y las flores! Os ligáis para con vuestros esfuerzos

unir vuestra patria á la España con guirnaldas de rosas, cuando en realidad ¡forjáis cadena más dura que el diamante! Pedís igualdad de derechos, españolización de vuestras costumbres y *no véis que lo que pedís es la muerte, la destrucción de vuestra nacionalidad, la aniquilación de vuestra patria, la consagración de la tiranía!* ¿Qué seréis en lo futuro? Pueblo sin carácter, nación sin libertad; *todo en vosotros será prestado*, hasta los mismos defectos. ¡Pedís españolización y no palidecéis de vergüenza cuando os la niegan! Y aunque os la concedieran, ¿qué queréis?, ¿qué vais á ganar? Cuando más feliz, *país de pronunciamientos, país de guerras civiles, república de rapaces y descontentos, como algunas repúblicas de la América del Sur.* ¿A qué venís ahora con vuestra enseñanza del castellano, pretensión que sería ridícula si no fuese de consecuencias deplorables? ¡Queréis añadir un idioma más á los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entendernos cada vez menos!...

—Al contrario, repuso Basilio: si el conocimiento del castellano nos puede unir al Gobierno, en cambio puede unir á todas las islas entre sí.

—¡Error craso!, interrumpió Simoun: os dejáis engañar por grandes palabras y nunca vais al fondo de las cosas á examinar los efectos de sus últimas manifestaciones. El español nunca será lenguaje general en el país; el pueblo nunca lo hablará, *porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma:* cada pueblo tiene el suyo, *como tiene su manera de sentir.* ¿Qué vais á conseguir con el castellano los pocos que lo habéis de hablar? *Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos á otros cerebros, y en vez de haceros libres, ¡haceros verdaderamente esclavos!* Nueve por diez de los que presumís de ilustrados, *sois renegados de vuestra patria.* El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo, que ni lo escribe ni lo entiende, y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra! *Por fortuna tenéis un Gobierno imbécil.* Mientras la Rusia para esclavizar á la Polonia le impone el ruso; mientras la Alemania prohibe el francés en las provincias conquistadas, vuestro Gobierno pugna por conservaros el vuestro, y vosotros, en cambio, pueblo maravilloso bajo un gobierno increíble, *¡vosotros os esforzáis en despojaros de vuestra nacionalidad!* Uno y otro os olvidáis de que *mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar.* EL IDIOMA ES EL PENSAMIENTO DE LOS PUEBLOS. *Felizmente vuestra independencia está asegurada:* ¡LAS PASIONES HUMANAS VELAN POR ELLA!...»

[Prosigue Simoun]: «Yo soy el juez que quiere castigar á un sistema valiéndome de sus propios crímenes, hacerle la guerra halagándole... Neces[...] que usted me ayude... Lo que debéis hacer es aprovecharos de sus preocu[...]ciones *(las de los gobernantes españoles)* para aplicarlas á vuestra utilidad. ¿[...] quieren asimilaros al pueblo español? ¡Pues enhorabuena! Distinguíos ent[...]ces delineando vuestro propio carácter, tratad de fundar los cimientos de patria filipina... ¿No quieren daros esperanzas? ¡Enhorabuena! No esperéis

él; esperad en vosotros, y trabajad. ¿Os niegan la representación en sus Cortes? ¡Tanto mejor! Aun cuando consigáis enviar diputados elegidos á vuestro gusto, ¿qué vais á hacer en ellas sino ahogaros entre tantas voces y sancionar con vuestra presencia los abusos y faltas que después se cometan? *Mientra menos derechos reconozcan en vosotros,* MÁS TENDRÉIS DESPUÉS PARA SACUDIR EL YUGO *y devolverles mal por mal.* Si no quieren enseñaros su idioma, cultivad el vuestro, extendedlo, conservad al pueblo su propio pensamiento, *y en vez de tener aspiraciones de provincia, tenedlas de* NACIÓN; en vez de pensamientos *subordinados,* pensamientos *independientes,* á fin de que ni por los derechos, ni por las costumbres, ni por el lenguaje, *el español se considere aquí como en su casa,* ni sea considerado por el pueblo como *nacional,* sino siempre como *invasor,* como *extranjero,* y tarde ó temprano tendréis vuestra libertad.»

Simoun, después de *perdonarle la vida* á Basilio, le invita á que sea antiespañol; emplea cuantos argumentos puede para persuadirle; pero no lo consigue. Simoun quema el último cartucho apelando á la nota del sentimiento familiar:—«Y por la memoria de su madre y de su hermano, ¿qué hace usted?»—Pero Basilio, aun teniendo momentos de vacilación, acaba por no soltar prenda. Y se separaron, después de ofrecerse personalmente el uno al otro.

Alojábase Simoun en casa de Cabésang Tales, esto es, en casa de un cabeza de barangay llamado Tales; y bueno será decir, á los que no lo sepan, que dicho título de cabeza de barangay equivale á jefe de una agrupación de familias. La institución de los barangayes es prehispana. Tales estaba á punto de ser embargado. Como Simoun era, á más de vendedor de joyas, comprador, ocurriósele al cabeza ofrecerle en venta un relicario de su hija Julí, la cual se hallaba á la sazón *empeñada* personalmente, ni más ni menos que si fuera un objeto. Julí era novia de Basilio. Simoun ofreció 500 pesos por el relicario. Éste había sido de María Clara (¡la novia de Ibarra que se metió monja!), quien, «en un momento de compasión, se lo había dado á un lazarino»; pasó luego á manos de Basilio, y Basilio se lo regaló á Julí. El cabeza no aceptó los 500 pesos; limitóse á robarle á Simoun el revólver, dejándole dentro de la funda el relicario y un papel en el cual explicaba por qué desaparecía llevándose el revólver. Tales, con el revólver, huyó al bosque: tenía sed de venganza. Y, en efecto, cometió tres asesinatos: mató al fraile hacendero, al nuevo inquilino de los terrenos que habían sido de Tales, y á la mujer del inquilino. La Guardia civil, no pudiendo dar con Tales, á quien atr[illegible]ía los asesinatos, llevóse al padre de Tales, al anciano Selo... (*Cumplíase la* [illegible]*ua teoría de que las culpas de los hijos las pagasen los padres*).

[illegible]s hallamos en el pueblo de Los Baños (inmediato á Calamba). Allí est[illegible]usando, alojado en el convento, una temporada el Capitán general, que juega al tresillo con los frailes, y, de vez en cuando, consagra un rato al despac[illegible] los asuntos oficinescos. El secretario es un antiguo empleado, al

que inspiran, por lo común, excelentes sentimientos. El General no solía resolver ciertos negocios sin oir previamente el parecer de los frailes. Llega una instancia en que algunos estudiantes solicitaban la creación de una Academia de castellano, y con este motivo entáblase animada discusión: todos los frailes se opusieron resueltamente á que se accediera á lo solicitado, excepto uno, el P. Fernández, que sostuvo que la enseñanza del castellano *se podía conceder* «sin peligro ninguno»; «y para que no aparezca como una derrota de la Universidad, debíamos los dominicos hacer un esfuerzo y ser los primeros en celebrarla»... No se resolvió nada. Al ir á la mesa, para comer, el secretario dijo á S. E.:—«Mi general, la hija de ese Cabésang Tales ha vuelto solicitando la libertad de su abuelo, enfermo, preso en lugar del padre».—Y S. E. mandó que se escribiese un volante ordenando al teniente de la Guardia civil que pusiera en libertad al viejo Selo.

Volvemos á Manila. Conocemos á Plácido Penitente, un pobre estudiante apocado, con quien cometen horrores sus catedráticos frailes. De pasada, recorremos la Universidad, con sus grandes gabinetes *decorativos*, que sirven para embaucar á los extranjeros y á las autoridades, pero no para enseñar... Y entremos ahora en una casa de escolares. Á ella va con más ó menos frecuencia Sandoval, español, de sentimientos liberales y lleno de fe en el porvenir del país, por obra y gracia de los gobernantes. Á lo mejor decía cosas que entusiasmaban á sus colegas filipinos. Tratóse del expediente relativo á la creación de la Academia consabida. Convinieron en poner en juego influencias para que fuese favorablemente informado por la Junta de Instrucción primaria, de la que era vocal un señor D. Custodio, con quien tenía gran influjo el Sr. Pasta, abogado notable del país...

El Sr. Pasta *(retrato de un eminente jurisconsulto filipino que procuraba vivir bien con todo el mundo, pero singularmente con los frailes)*, recibe frío y afectuoso á la vez al joven indígena Isagani, poeta, uno de los estudiantes más entusiastas de la propagación del castellano, que había sido comisionado por sus compañeros para impetrar del Sr. Pasta que inclinase el ánimo del ponente, D. Custodio. El Sr. Pasta, de muy buenos modos, acaba por decirle á Isagani que se deje de Academias.—«Yo he sido (dice Pasta) criado de todos los frailes; les he preparado el chocolate, y mientras con la derecha lo removía... con la izquierda sostenía la Gramática, aprendía y, gracias á Dios, que no he necesitado de más maestros, ni de más academias, ni de permisos del Gobierno... Créame usted: el que quiera aprender, aprende y llega á saber».

Y ahora conozcamos al chino Quiroga *(personaje en que se funden dos chinos célebres en Manila)*; vividor, taimado, cuco hasta lo inconcebible. Le ‹ bían bastante; le engañaban frecuentemente; y él, sin embargo, hacía negocio... Era muy rico. Simoun fué á verle.—«Necesito que usted (le di me haga entrar unas cajas de fusiles que han llegado esta noche... qui que los guarde en sus almacenes; en mi casa no caben todos».—Quiroga asustó. Pero Simoun, á fuerza de ofrecimientos, se salió con la suya...

Plácido Penitente, el malaventurado estudiante, decide no volver por la Universidad. Vaga por las calles de Manila... Hallábase en uno de los muelles al tiempo que salía un buque para Hong-Kong. La idea de irse á Hong-Kong le agradaba... Vióle Simoun, y le invita á que le siga. Simoun le mete en su coche, y el coche partió con ambos. Llegan á la calzada del Iris, donde hacen alto y descienden del vehículo. Simoun, seguido de Penitente, penetra en un laberinto de casas de nipa, deteniéndose al fin ante una que parecía ser de pirotécnico. Era de noche. Simoun sostuvo con el del *bahay*, que se había asomado á la ventana, este diálogo:

«—¿Está la pólvora?, preguntó Simoun.

—En sacos; espero los cartuchos.

—¿Y las bombas?

—Dispuestas.

—Muy bien, maestro. Esta misma noche parta usted y habla con el teniente y el cabo... é inmediatamente prosigue usted su camino; en Lamayan encontrará un hombre en una banka *(canoa)*; dirá usted: «Cabesa», y él contestará: «Tales». Es menester que esté aquí mañana; no hay tiempo que perder.—Y le dió unas monedas de oro».

Penitente se quedó asombrado. Simoun le dijo:

«—¿Le extraña á usted que ese indio tan mal vestido hable bien el español? Era maestro de escuela, que se empeñó en enseñar el español á los niños, y no paró hasta que perdió su destino y fué deportado por perturbador del orden público y por haber sido amigo del desgraciado Ibarra. Le he sacado de la deportación, donde se dedicaba á podar cocoteros, y le he hecho pirotécnico.»—Sepáranse.

Simoun, solo, en su casa de la calle de la Escolta, á media noche, mirando hacia Manila:

...«Dentro de algunos días, murmuró, cuando por sus cuatro costados arda esa ciudad maldita, albergue de la nulidad presumida y de la impía explotación del ignorante y del desgraciado; cuando el tumulto estalle en los arrabales y lance por las calles aterradas mis turbas vengadoras, engendradas por la rapacidad y los errores, entonces abriré los muros de tu prisión *(piensa en María Clara, recluída en un Convento)*, te arrancaré de las garras del fanatismo, y, blanca paloma, serás el Fénix que renacerá de las candentes cenizas...! Una revolución urdida por los hombres en la oscuridad, me ha arrancado de tu lado; otra revolución me traerá á tus brazos, me resucitará, y esa luna, antes que llegue al apogeo de su esplendor, iluminará las Filipinas limpias de s repugnante basura!

»Simoun se calló de repente como entrecortado. Una voz preguntaba en el i erior de su conciencia si él, Simoun, no era parte también de la basura de l maldita ciudad, acaso el fermento más deletéreo. Y, como los muertos que h n de resucitar al son de la trompeta fatídica, mil fantasmas sangrientos,

sombras desesperadas de hombres asesinos, mujeres deshonradas, padres arrancados á sus familias, vicios estimulados y fomentados, virtudes escarnecidas, se levantaban ahora al eco de la misteriosa pregunta. Por primera vez en su carrera criminal desde que en la Habana, por medio del vicio y del soborno, quiso fabricarse un instrumento para fabricar sus planes, *un hombre sin fe, sin patriotismo y sin conciencia,* por primera vez en aquella vida se revelaba algo dentro de sí y protestaba contra sus acciones. Simoun cerró los ojos y se estuvo algún tiempo inmóvil; después se pasó la mano por la frente, se negó á mirar en su conciencia, y tuvo miedo»... *(Prosigue:)*—«No, no puedo retroceder; la obra está adelantada y su éxito me va á justificar... Si me hubiese portado como vosotros, habría sucumbido... ¡Nada de idealismos, nada de falaces teorías! *¡Fuego y acero al cáncer, castigo al vicio, y rómpase después, si es malo, el instrumento!»*...

El ponente, D. Custodio, no hacía nada en el asunto de la ansiada Academia. Consultó con el Sr. Pasta, y éste dióle ideas contradictorias; consultó también con Pepay la bailarina, una de sus favoritas, y Pepay se limitó á sacarle 25 pesos... *(Don Custodio es un gran retrato: por ahí anda, vivo y sano aquella célebre nulidad, que por serlo todo, hasta ladrón fué de cientos de miles de duros. Gozó en Manila, acaso porque era nulo y ladrón, de grandes preeminencias.)* Mas al fin se solucionó el asunto; súpose una noche en el teatro. Á la función asistía, de ocultis, el P. Irene. Entre los concurrentes figuraban: don Custodio, Paulita (una joven filipina novia de Isagani), Isagani, etc. D. Custodio había informado favorablemente: así se lo comunicó en una carta á Pepay; Pepay se la dió á Makaraig (otro estudiante), y Makaraig la llevó al palco donde estaban sus colegas Sandoval, Pecson, Isagani y otro. El informe, como es dicho, era favorable; «sólo que, considerando nuestras ocupaciones *(habla Makaraig)*, y á fin de que no se malogre la idea, entiende que debe encargarse de la dirección y ejecución del pensamiento una de las Corporaciones religiosas, ¡en el caso de que los dominicos no quieran incorporar la Academia á la Universidad!»—Á los *chicos* se les encomendaba la cobranza de las cuotas... ¡Una burla!—Entre tanto, volvamos á Simoun, que se halla visitando á Basilio, el cual vivía con Capitán Tiago *(el ex gobernadorcillo de San Diego que juega tanto papel en «Noli me tángere»).* Tiago estaba muy enfermo: el vicio del opio le tenía aniquilado. Basilio estudiaba la *Medicina legal* del Dr. Mata, obra «prohibida» (!) en Filipinas. Simoun y Basilio hablaron algo de política: Simoun trata de persuadirle.

«Dentro de una hora (dice) la revolución va á estallar á una señal mi mañana no habrá estudios, no habrá Universidad, no habrá más que com y matanzas. Yo lo tengo todo dispuesto y mi éxito está asegurado. Cr nosotros triunfemos, todos aquellos que pudiendo servirnos no lo han l serán tratados como enemigos. Basilio, vengo á proponerle su muerte

porvenir.» *(Basilio se resiste, y continúa Simoun:)* «Tengo en mis manos la voluntad del Gobierno; he empeñado y gastado sus pocas fuerzas y recursos en tontas expediciones, deslumbrándole con la ganancia que podía sisar; sus cabezas están ahora en el teatro tranquilas y distraídas pensando en una noche de placeres, pero ninguna volverá á reposar sobre la almohada... Tengo regimientos y hombres á mi disposición; á unos les he hecho creer que la revolución la ordena el general; á otros que la hacen los frailes; á algunos les he comprado con promesas, con empleos, con dinero; muchos, muchísimos, obran por venganza, porque están oprimidos y porque se ven en el caso de morir ó matar... Cabésang Tales está abajo y me ha acompañado hasta aquí. Vuelvo á repetirle: ¿viene usted con nosotros, ó prefiere exponerse á los resentimientos de los míos? En los momentos graves, *declararse neutro es exponerse á las iras de ambos partidos enemigos.*»

Basilio invita débilmente á Simoun á que le diga en qué puede servirle. Y Simoun le encarga que, durante el movimiento, fuerce con un grupo de insurrectos las puertas del convento donde se halla María Clara... «La quiero salvar *(dice):* por salvarla he querido vivir, he vuelto... HAGO LA REVOLUCIÓN, PORQUE SÓLO UNA REVOLUCIÓN PODRÁ ABRIRME LAS PUERTAS DE LOS CONVENTOS». *(María Clara se transforma aquí en figura simbólica; de otra suerte, el ya inverosímil Simoun nos resultaría más inverosímil todavía: en el siglo XIX ¡no se hace una revolución por una novia!)*

—«¡Ah!, dijo Basilio juntando las manos; llega usted tarde, ¡demasiado tarde! ¡María Clara ha muerto!»

Simoun, lleno de dolor, fuese á la calle. Basilio, con los ojos humedecidos por las lágrimas, quedóse pensativo.

«Y sin acordarse de estudiar, con la mirada vaga en el espacio, estuvo pensando en la suerte de aquellos dos seres, el uno *(Ibarra)* joven, rico, ilustrado, libre, dueño de sus destinos, con un brillante porvenir en lontananza; y ella, hermosa como un ensueño, pura, llena de fe y de inocencia, mecida entre amores y sonrisas, destinada á una existencia feliz, á ser adorada en familia y respetada en el mundo; y sin embargo, de aquellos dos seres llenos de amor, de ilusiones y esperanzas, por un destino fatal, él *(Simoun)* vagaba por el mundo, arrastrado sin cesar por un torbellino de sangre y lágrimas, sembrando el mal en vez de hacer el bien, abatiendo la virtud y fomentando el vicio, mientras ella se movía en las sombras misteriosas del claustro, donde buscara pa , acaso encontrara sufrimientos, donde entraba pura y sin mancha y expi ha como una ajada flor!...

)uerme en paz, hija infeliz de mi desventurada patria! ¡Sepulta en la tu ..a los encantos de tu juventud, marchita en su vigor! *Cuando un pueblo nc uede brindar á sus vírgenes un hogar tranquilo, al amparo de la libertad sa ..da; cuando el hombre sólo puede legar sonrojos á la viuda, lágrimas á la*

madre y esclavitud á los hijos, hacéis bien vosotras en condenaros á perpetua castidad, ahogando en vuestro seno el germen de la futura generación maldita. ¡Ah! ¡Bien hayas tú, que no te has de estremecer en tu tumba oyendo el grito de los que agonizan en sombras, *de los que se sienten con alas y están encadenados, de los que se ahogan por falta de libertad!* ¡Ve, ve con los sueños del poeta á la región del infinito, sombra de mujer vislumbrada en un rayo de luna, murmurada por las flexibles ramas de los cañaverales! ¡Feliz la que muere llorada, la que deja en el corazón del que la ama una pura visión, un santo recuerdo, no manchado con mezquinas pasiones que fermentan con los años!... ¡Ve; nosotros te recordaremos! En el aire puro de nuestra patria, bajo su cielo azul, sobre las ondas del lago que aprisionan montañas de zafiro y orillas de esmeralda; en sus cristalinos arroyos que sombrean las cañas, bordan las flores y animan las libélulas y mariposas con su vuelo incierto y caprichoso, como si jugasen con el aire; en el silencio de nuestros bosques, en el canto de nuestros arroyos, en la lluvia de brillantes de nuestras cascadas, á la luz resplandeciente de nuestra luna, en los suspiros de la brisa de la noche, en todo, en fin, que evoque la imagen de lo amado, te hemos de ver eternamente como te hemos soñado: bella, hermosa, sonriente como la esperanza, pura como la luz, y sin embargo, triste y melancólica contemplando nuestras miserias!»

Al día siguiente, por la tarde, Isagani se va al paseo del Malecón, para ver á Paulita y pedirle explicaciones sobre sus coqueteos en el teatro. Sorprende una conversación entre *Ben Zaib (pseudónimo de un periodista peninsular, á quien retrata de mano maestra)* y un amigo de Simoun, y entérase de que éste se halla enfermo, y se negaba á recibir aun «á los ayudantes del General».—Isagani échase á discurrir sobre las expediciones militares *(alude á las hechas á Mindanao y á Carolinas)*, y pensando en la muerte de los soldados filipinos, así como en la de los insulares que se resistían á la dominación extranjera, murmura el poeta:—«¡Extraño destino el de algunos pueblos! *Porque un viajero arriba á sus playas, pierden su libertad y pasan á ser súbditos y esclavos, no sólo del viajero, no sólo de los herederos de éste, sino aun de todos sus compatriotas, y no por una generación, sino ¡para siempre!* ¡Extraña concepción de la justicia! *¡Tal situación da amplio derecho* PARA EXTERMINAR Á TODO FORASTERO *como al más feroz monstruo que pueda arrojar el mar!*»—Y el propio Isagani discurre después:—«¡Ah!, quisiera morir, reducirme á la nada, *dejar á mi patria un nombre glorioso, morir por su causa,* defendiéndola de la invasión extranjera, y que el sol después alumbre mi cadáver, como centine[la] inmóvil, en las rocas del mar!... *(Parecen conceptos contra los españoles, y no son; sino precisamente contra Alemania. Á renglón seguido escribe* RIZAL:)

«Y el conflicto con los alemanes se le venía á la memoria, y casi sentía q[ue no] se hubiese allanado: *él hubiera muerto con gusto por el pabellón español-fili[pino]*

no antes de someterse al extranjero.—Porque, después de todo, pensaba, *con España nos unen sólidos lazos*, el pasado, la historia, la religión, el idioma!... ¡El idioma, sí, el idioma! Una sonrisa característica se dibujaba en sus labios: aquella noche tenían ellos el banquete en la *pansiteria* para *celebrar* la muerte de la Academia de Castellano.»

Llega Paulita. Hablan. Isagani, poeta soñador, se entusiasma pintando las bellezas de la Naturaleza, allá en su pueblo, que le parecen tanto más grandiosas cuanto mayor es la soledad en que las contempla... Y dirige á la novia todo un discurso, que es una página de inspirada poesía, una de las muchas que esmaltan los escritos de RIZAL...

Por la noche se celebró el banquete. Asistieron catorce jóvenes: Makaraig, Tecson, Isagani, Sandoval, etc. Basilio, no. Y á la mañana siguiente apareció un pasquín en uno de los muros de la Universidad. Basilio había acudido á sus obligaciones desde muy temprano. Hallábase en San Juan de Dios, cuando los amigos le preguntaron si sabía algo «de una conspiración». «Basilio pegó un salto, acordándose de la que tramaba Simoun, abortada por el misterioso accidente del joyero.» Luego le preguntaron si había concurrido al banquete de la *pansiteria*... Dirigióse de seguida á la Universidad, donde se notaba una agitación inusitada. Allí estaba Isagani arengando á sus condiscípulos, infundiéndoles ánimos, porque lo ocurrido no valía la pena... Luego se dirigió Basilio á casa de Makaraig: necesitaba pedirle dinero para pagar los derechos del título de Licenciado. El pobre estudiante había invertido sus escasas economías en *desempeñar* á Julí, su novia, la hija de Tales y nieta de Selo... Pero al entrar en casa de Makaraig, le prendieron. También á su colega le habían echado el guante. Ambos dieron con sus huesos en *Bilibid*, nombre de la prisión de Manila. Dejémosles allí, y en el ínterin vamos á enterarnos del curioso diálogo que mantenían el P. Fernández, dominico partidario del progreso de los filipinos, y el poeta Isagani. Reputábanse mutuamente «excepciones» entre los suyos.

El fraile. — «Hace más de ocho años que soy catedrático, y he conocido y tratado á más de dos mil y quinientos jóvenes; les he enseñado; les he procurado educar; les he inculcado principios de justicia, de dignidad, y sin embargo, en estos tiempos en que tanto se murmura de nosotros, no he visto á ninguno que haya tenido la audacia de sostener sus acusaciones cuando se ha encontrado delante de un fraile... ni siquiera en voz alta delante de cierta multitu ... Jóvenes hay que detrás nos calumnian y delante nos besan la mano, y co vil sonrisa mendigan nuestras miradas. ¡Puf! ¿Qué quiere usted que hagam nosotros con semejantes criaturas? *(¡No es mala la indirecta de* RIZAL *á sus pa nos!)*... ¿Qué quieren de nosotros los estudiantes filipinos?

sagani.—Que ustedes cumplan con su deber... Los frailes, en general, al se los inspectores de la enseñanza en provincias, y los dominicos en particu-

lar, al monopolizar en sus manos los estudios todos de la juventud filipina, han contraído el compromiso, ante los ocho millones de habitantes, ante España y ante la humanidad, de la que nosotros formamos parte, de mejorar cada vez la semilla joven, moral y físicamente, para guiarla á su felicidad, crear un pueblo honrado, próspero, inteligente, virtuoso, noble y leal. Y ahora pregunto yo á mi vez: ¿Han cumplido los frailes con su compromiso?... ¿Cómo cumplen con su deber los que en los pueblos inspeccionan la enseñanza? *¡Impidiéndola!* Y los que aquí han monopolizado los estudios, los que quieren modelar la mente de la juventud, con exclusión de otros cualesquiera, ¿cómo cumplen con su misión? *Escatimando en lo posible los conocimientos, apagando todo ardor y entusiasmo, rebajando toda dignidad, único resorte del alma, é inculcando en nosotros viejas ideas, rancias nociones, falsos principios incompatibles con la vida del progreso...* Los frailes de todas las órdenes se han convertido en nuestros abastecedores intelectuales, y dicen y proclaman, sin pudor ninguno, que no conviene que nos ilustremos, porque vamos un día á declararnos libres. *La libertad es al hombre lo que la instrucción á la inteligencia, y el no querer los frailes que la tengamos, es el origen de nuestros descontentos.*»

El fraile.—«¡La instrucción no se da más que al que la merece! Dársela á hombres sin carácter y sin moralidad, es prostituirla.

—¿Y por qué hay hombres sin carácter y sin moralidad?

—Defectos que se maman en la leche, que se respiran en el seno de las familias; ¡qué sé yo!

—¡Ah, no, P. Fernández! Usted no ha querido profundizar el tema; usted no ha querido mirar al abismo por temor de encontrarse allí la sombra de sus hermanos. *Lo que somos, ustedes lo han hecho.* AL PUEBLO QUE SE TIRANIZA, SE LE OBLIGA Á SER HIPÓCRITA; *aquel á quien se le niega la verdad, se le da la mentira;* EL QUE SE HACE TIRANO, ENGENDRA ESCLAVOS. No hay moralidad, dice usted, ¡sea!; aunque las estadísticas podrían desmentirle, porque aquí no se cometen crímenes como los de muchos pueblos cegados por sus humos moralizadores. Pero... convengo con usted en que somos defectuosos. ¿Quién tiene la culpa de ello: ó ustedes, *que hace tres siglos y medio tienen en sus manos nuestra educación*, ó nosotros que nos plegamos á todo? *Si después de tres siglos y medio el escultor no ha podido sacar más que una caricatura, ¡bien torpe debe ser!*

—O bien mala la masa de que se sirve.

—Más torpe entonces aún: porque, sabiendo que es mala, *no renuncia á la masa y continúa perdiendo el tiempo...* y no sólo es torpe, defrauda y roba, porque concciendo lo inútil de su obra, *la continúa para percibir el salario...* y no sólo es torpe y ladrón; es infame, *porque se opone á que otro escultor* enseñanza secular] *ensaye su habilidad y vea si puede producir algo que* r *la pena.* ¡Celos funestos de la incapacidad!

Isagani fué preso aquella tarde. El pasquín resultó algo como «el j go de los antiguos carabineros»; que ellos mismos «deslizaban debajo

las casas tabacos y hojas de contrabando», para «simular después una requisa y obligar al infeliz propietario á sobornos ó multas».

Muere entonces Capitán Tiago. En sus últimos momentos no pudo hallarse á su lado el buen Basilio, porque estaba preso. Á Tiago le auxilió espiritualmente el P. Irene, dominico. Tiago dejó su fortuna al Papa y á los frailes; á Basilio, ni un céntimo.

En una platería, donde se hospedaba Plácido Penitente, hacíase la comidilla del día, cuando «asomó la cara Plácido, acompañado del pirotécnico que vimos recibiendo las órdenes de Simoun. Todos rodearon á los recién llegados preguntando por novedades».—La prensa, naturalmente, como hecha por castilas, protestó airada con motivo del pasquín, y no faltó periódico que renegase de que se diese instrucción en Filipinas. ¡La instrucción no engendraba sino graves daños!

Julí supo la prisión de Basilio, y se entristeció: le amaba de veras; además, ¡le debía tanto!... Ella atribuía á los frailes la prisión de su novio. Era una venganza, «por haber [Basilio] sacado de la servidumbre á Julí, hija de tulisán *(bandido)*, enemigo mortal de cierta poderosa Corporación» *(la de frailes dominicos)*. «Ahora le tocaba á ella libertarle». Y pensando en esto, consideró que sólo el P. Camorra, el párroco del pueblo de Tianí, podía conseguir la libertad del joven. Cuando prendieron á Selo, el P. Camorra hizo que le libertasen. Hermana Balí (una beata), aconsejaba á Julí que fuese al convento. Julí recelaba...—«¡Nada tienes que temer! ¡Si voy contigo! ¿No has leído en el librito de *Tandang Basio*, dado por el cura, que las jóvenes deben ir al convento, *aun sin saberlo sus mayores, para contar lo que pasa en la casa?* ¡Abá! ¡Aquel libro está impreso con permiso del Arzobispo, abá!» (1). Pero Julí continuó resistiéndose. Al día siguiente volvió á sus dudas... Para ella, la libertad de Basilio *¡le costaba la honra!* Ya lo había pensado: *entregarse, y matarse después...* Un transeunte que acababa de llegar de Manila le dió á Julí la noticia de que todos los estudiantes habían sido puestos en libertad, menos Basilio, por falta de padrino... Julí decidióse á ir al convento. «Ella se había arreglado; se había puesto sus mejores trajes y hasta parecía que

---

(1) *Si Tandang Basio Macunat* (El Viejo Basio Macunat). *Salitang quinatha ni* (cuento escrito por) Fr. Miguel Lucio Bustamante, religioso franciscano. Manila, Imp. de Amigos del País, 1885.—xx+170 págs. en 8.°—El Autor describe la vida apacible del campo en contraposición de la agitada de las ciudades. Las conclusiones de la obra, escrita en excelente tagalo, son: que el indio no debe tener más mentor que el fraile ni más amigo que su carabao; que la instrucción trae consigo quebraderos de cabeza y graves perjuicios... En suma, el P. Bustamante aconseja á sus lectores que sean unos animales domésticos, sumisos en todo á la voluntad del fraile, único que quiere bien á los indios, y único, por tanto, en desearles la verdadera felicidad.—Del librito del P. Bustamante, huelga decirlo, han sacado gran partido RIZAL y sus secuaces para demostrar cómo el fraile venía siendo un estorbo de todo signo de cultura en Filipinas.

estaba muy animada. Hablaba mucho, aunque algo incoherente». Volvió á dudar... Al fin entró. La había animado nuevamente la beata Balí...

«A la noche se comentaban en voz baja con mucho misterio varios acontecimientos que tuvieron lugar aquella tarde.

»Una joven había saltado por la ventana del convento, cayendo sobre unas piedras y matándose. Casi al mismo tiempo, otra mujer salía por la puerta y recorría las calles gritando y chillando como una loca. Los prudentes vecinos no se atrevían á pronunciar los nombres... (*Juli, Bali.*)

»Después, pero mucho después, al caer la tarde, un anciano vino de un barrio y estuvo llamando á la puerta del convento, cerrada y guardada por sacristanes. El viejo llamaba con los puños, con la cabeza, lanzando gritos ahogados, inarticulados como los de un mudo, hasta que fué echado á palos y á empujones»... (*Era el abuelo de Juli, Selo.*)

Buscó al gobernadorcillo, al juez de paz, al teniente de la Guardia civil... Todos estaban en el convento... «A las ocho de la noche, se decía que más de siete frailes, venidos de los pueblos comarcanos, se encontraban en el convento celebrando una junta. Al día siguiente, Tandang Selo desaparecía para siempre del barrio, llevándose su pica de cazador»... Al P. Camorra lo trasladaron, y no pasó más. Y considerando el Gobierno que alguien debía pagar... lo del banquete de la *pansitería*, resolvió que continuara preso Basilio. Abogó por el estudiante el «alto empleado» (el que despachaba con su Excelencia en el pueblo de Los Baños); que dijo en un largo parlamento, entre otras cosas:

«Yo no quiero que España pierda este hermoso imperio, esos ocho millones de súbditos sumisos y pacientes que viven de desengaños y esperanzas; pero tampoco quiero manchar mis manos en su explotación inhumana; no quiero que se diga jamás que, destruída la trata, *España la ha continuado en grande cubriéndola con su pabellón y perfeccionándola bajo un lujo de aparatosas ilustraciones.* No; España para ser grande no tiene necesidad de ser tirana; España se basta á sí misma; España era más grande cuando sólo tenía su territorio, arrancado de las garras del moro. Yo también soy español; pero antes que español soy hombre, y antes que España y sobre España están los altos principios de moralidad, los eternos principios de la inmutable justicia... Yo no quiero que en las edades venideras sea acusada de madrastra de naciones, vampiro de pueblos, tirana de pequeñas islas; porque sería horrible escarnio á los nobles propósitos de nuestros antiguos reyes. *¿Cómo cumplimos su testamento?* Prometieron á estas islas amparo y rectitud, *y jugamos con las vidas y libertades de sus habitantes;* prometieron civilización, *y se la escatimamos,* TEMIENDO QUE ASPIREN Á MÁS NOBLE EXISTENCIA; les prometieron luz, *y les cegamos los ojos para que no vean nuestra bacanal;* prometieron enseñarles vir-

des, y *fomentamos sus vicios*, y, en vez de la paz, de la riqueza y de la justicia, reina la zozobra, el comercio muere y el escepticismo cunde en las masas. Pongámonos en lugar de los filipinos, y preguntémonos: *¡qué haríamos en su caso!*. . Cuando á un pueblo se le niega la luz, el hogar, la libertad, la justicia, bienes sin los cuales no es posible la vida, y por lo mismo constituyen el patrimonio del hombre, ese pueblo *tiene derecho para tratar al que así le despoja, como al ladrón que nos ataja en el camino...*»

El General le espetó una indirecta, y el alto empleado salió. Ya en la calle, al subir al coche, le dijo al lacayo, indio.—«¡Cuando un día os declaréis independientes, *acordaos de que en España no han faltado corazones que han latido por vosotros y han luchado por vuestros derechos!*»—Dos horas después, el alto empleado presentaba su dimisión y anunciaba su vuelta á España por el próximo correo.»—*(Alusión muy transparente de lo ocurrido á D. José Centeno, cuyo proceder, cuando la Manifestación del 88, no olvidan los filipinos.)*

Pecson, Tadeo y Juanito Peláez fueron suspendidos en los exámenes; Makaraig se vino á Europa, consiguiendo pasaporte «á fuerza de dinero»; Isagani perdió unas asignaturas y ganó la que cursaba con el P. Fernández. En cuanto á Basilio... ¡continuaba en la cárcel! Paulita rompió con Isagani, indio, soñador, etc., para casarse con Juanito Peláez, que, aunque majadero y jorobado, era mestizo español, y su padre tenía gran suerte en los negocios. A últimos de Abril, en Manila, no se hablaba de otra cosa que de la fiesta que iba á dar D. Timoteo Peláez en celebración de la boda de su hijo con Paulita. ¡Los apadrinaba el General!

Simoun pone en orden sus armas y alhajas. Su «fabulosa riqueza» encerróla en la gran maleta de acero que para esto tenía. Llegó Basilio á verle. Si el cambio operado en Simoun, durante los dos últimos meses transcurridos era grande, mayor era aún el experimentado por el infeliz Basilio.—«Señor Simoun (le dice el estudiante), he sido mal hijo y mal hermano; he olvidado el asesinato de uno y las torturas de la otra, ¡y Dios me ha castigado! Ahora no me queda más que una voluntad para devolver mal por mal, crimen por crimen, violencia por violencia... Hace cuatro meses me hablaba usted de sus proyectos; he rehusado tomar parte, y he hecho mal; usted ha tenido razón. Hace tres meses y medio la revolución estaba á punto de estallar; tampoco he querido tomar parte, y el movimiento ha fracasado. En pago de mi conducta he sido preso, y sólo debo mi libertad á las instancias de usted. Usted ha tenido razón, y ahora vengo á decirle: *¡arme mi brazo, y que la revol ión estalle!* Estoy dispuesto á servirle con todos los desgraciados.»

Al contestarle Simoun, dícele que fracasó el movimiento porque desertaı n muchos. Pero iba á realizar su ideal de exterminio por otro procedimient Y mostró á Basilio «una granada, grande como la cabeza de un hombre, ε o rajada, dejando ver los granos del interior, figurados por enormes corı inas. La corteza era de oro oxidado é imitaba perfectamente hasta las ru-

gosidades de la fruta».—Simoun la sacó con mucho cuidado, y retirando el mechero, descubrió el interior del depósito; el casco era de acero, grueso como dos centímetros y podía contener algo más de un litro.»—Luego sacó un gran frasco de *nitroglicerina*. Basilio retrocedió.

—«¡Sí, nitroglicerina!, replicó lentamente Simoun con su sonrisa fría y contemplando con deleite el frasco de cristal; ¡es algo más que nitroglicerina! *¡Son lágrimas concentradas, odios comprimidos, injusticias y agravios!*»

Y aquel artefacto, luciendo como caprichosa lámpara, había de estallar en la casa de la boda, cuando se hallase allí todo lo más condecorado y calificado de Manila. En los bajos de la misma casa había además colocado Simoun algunos sacos de pólvora. ¡No se salvaría una rata! El plan mecánico consistía en que, á poco de comenzar á lucir, la luz de la lámpara se debilitaría: alguien entonces pretendería subir la mecha, y en ese momento sobrevendría la explosión, y con ella la catástrofe.

«Al oirse el estallido (*habla Simoun*), los miserables, los que vagan perseguidos... saldrán armados y se reunirán con Cabésang Tales para caer sobre la ciudad; en cambio, los militares, á quienes he hecho creer que el General simula un alzamiento para tener motivos de permanecer (*de prolongar su permanencia en Filipinas*), saldrán de los cuarteles dispuestos á disparar sobre cualesquiera que designare. El pueblo, entre tanto, alebrestado y creyendo llegada la hora de su degüello, se levantará dispuesto á morir; y como no tiene armas ni está organizado, usted, con algunos otros, se pondrá á su cabeza y los dirigirá á los almacenes del chino Quiroga, donde guardo mis fusiles. Cabésang Tales y yo nos reuniremos en la ciudad y nos apoderaremos de ella, y usted en los arrabales ocupará los puentes, se hará fuerte, estará dispuesto á venir en nuestra ayuda y pasará á cuchillo no sólo á la contrarrevolución, sino á todos los varones que se nieguen á seguir con las armas!

—¿Á todos?, balbuceó Basilio con voz sorda.

—¡Á todos!, repitió con voz siniestra Simoun; ¡á todos!, indios, mestizos, chinos, españoles, á todos los que se encuentren sin valor, sin energía... ¡es menester renovar la raza! *Padres cobardes sólo engendrarán hijos esclavos, y no vale la pena de destruir para volver á edificar con podridos materiales...* Á las diez espéreme frente á la iglesia de San Sebastián para recibir mis últimas instrucciones. ¡Ah! ¡Á las nueve, debe usted encontrarse lejos, muy lejos de la calle de Anloague!»

Basilio examinó un revólver que Simoun le había dado; lo cargó, y d pidióse con un seco «¡hasta luego!»

Aquella noche se celebraban las bodas de Paulita con Juanito Pelá Basilio había salido de la cárcel en la mañana de aquel mismo día preci mente. Todos sus amigos se hallaban de vacaciones; sólo estaba en Mar el soñador Isagani, el desdeñado de Paulita, pero había desaparecido de

hacía algunas horas.—Basilio vagaba por las calles, mal trajeado: parecía lo que había sido, criado de Capitán Tiago. No sabiendo dónde iba á ser la fiesta, ocurriósele ir á casa de su antiguo amo, sita en la calle de Anloague, y se encontró con la novedad de que la había adquirido D. Timoteo Peláez, Á juzgar por los signos exteriores, la fiesta prometía ser un verdadero acontecimiento. Vió muchos coches á la puerta; en uno iba Paulita, en traje de boda, con el novio.—Basilio se puso á observar. Á los novios los apadrinaba el General, y en nombre de éste el inevitable D. Custodio. El General asistiría á la cena, y ofrecería su regalo: ¡la granada-lámpara que había visto Basilio!

Se aproxima la hora de la fiesta. Los convidados comenzaron á llegar á las siete de la noche. El General estaba algo lacio, porque se hallaba en vísperas de regresar á España. Basilio, viendo tanta animación, y, sobre todo, tantas jovencitas inocentes, tuvo un momento en que, sintiéndose compasivo, quiso evitar la catástrofe; *pero desistió al ver llegar á los frailes Irene y Salví.* Después llegó Simoun llevando en sus propias manos la lámpara. Subió, bajó al poco rato, y fuese á toda prisa. Basilio intentó huir, comprendiendo que los minutos estaban contados; pero se topó con su colega Isagani, el novio desdeñado. Quiso llevársele, apartarle de una muerte inmediata inminente... Isagani no cede... Y no pudiendo Basilio persuadirle de que se aparte de allí, le explica la verdad de lo que iba de un momento á otro á acontecer. Isagani tampoco cedió: quiso, á pie firme, seguir observando... Y Basilio huyó. Entonces Isagani subió á la morada de Peláez, dirigióse como un autómata á donde estaba la bomba; cogióla, y la arrojó al estero... Él también se arrojó al agua. La escena fué rapidísima; desarrollóse en los mismos momentos en que comenzaba á correr de mano en mano un pergamino, en el que se leían estas solas palabras:

Mane Thecel Phares.
Juan Crisóstomo Ibarra.

Cuando el pergamino llegó á poder del P. Salví, éste se desvaneció: la letra era, en efecto, ¡la de Ibarra!—La confusión fué indescriptible.

Ben Zayb, el periodista prestigioso, voló á su casa para escribir un artículo sensacional, y lo escribió. Mandólo á la imprenta y se echó á dormir. Pedía la declaración de estado de sitio, etc. Al amanecer le despertaron devolviéndole las cuartillas: no quería el General que se hablase del asunto, para no sembrar la zozobra... Resultaba, después de todo, que *la presencia de un solo individuo había bastado para poner miedo en el ánimo de muchos.*—Á la mañana siguiente corrió la noticia de otro suceso: había sido asaltada una quinta del Pásig, donde ciertos frailes pasaban la época del calor; había habido algunos golpes, y los *tulisanes* se habían llevado cincuenta pesos... El lesionado era el P. Camorra, que gozaba de unas agradables vacaciones en recompensa de sus «travesuras» en Tianí (pueblo donde ocurrió la trágica muerte de Julí). Cogidos algunos de la partida, súpose que «uno de los tuli-

sanes de Cabésang Tales les había dado cita para reunirse con su bando en Santa Mesa, para saquear los conventos y las casas de los ricos... Les guiaría un español alto, moreno... (*las señas de Simoun*). El aviso sería un cañonazo; y habiéndolo esperado en vano, los *tulisanes*, creyéndose burlados, unos se retiraron, otros volvieron á sus montañas prometiendo vengarse del español, que por segunda vez había faltado á su palabra. Ellos entonces, los ladrones cogidos, quisieron hacer algo por su cuenta y atacaron la quinta que hallaron más á mano, prometiendo dar religiosamente las dos terceras partes del botín al español de cabellos blancos, si acaso las reclamaba.»—La gente comenzó á creerlo, mayormente cuando se supo la desaparición del joyero y vióse que en su casa había sacos de pólvora y gran cantidad de cartuchos.—Todo esto trascendió y llenó de estupor á Manila entera. Lo más notable del caso era que Simoun se había asociado á D. Timoteo Peláez...

El P. Florentino, sacerdote indígena, tío del poeta Isagani, recibió una carta del teniente de la Guardia civil, en que le decía que habiendo recibido aviso telegráfico para que «vivo ó muerto», enviase al español que se había refugiado en casa del sacerdote, se lo avisaba á fin de que «el amigo no esté *allí* cuando le vaya á prender á las ocho de la noche». «Ninguna duda abrigaba el P. Florentino de que el español buscado era el joyero Simoun. Había llegado misteriosamente, cargando él mismo con su maleta, sangrando, sombrío y muy abatido». Acogióle el buen clérigo con toda discreción. Mas como no se explicaba lo que acontecía, discurrió que carecía ya de protección, puesto que el General acababa de embarcarse para España. Dióle la noticia de que iban á prenderle, y Simoun sonrió. ¡Ni intentaba escaparse!... Al cabo de un rato de no verle, volvió el cura al aposento en que Simoun se hallaba. El joyero tenía indicios de sufrimiento. ¡Se había envenenado! El P. Florentino se puso á rezar. Simoun, contadas ya las horas que le quedaban de vida, refirió su historia al sacerdote.

«Cómo, trece años antes, de vuelta de Europa, lleno de esperanzas y risueñas ilusiones, venía para casarse con una joven que amaba, dispuesto á hacer el bien y á perdonar á todos los que le han hecho mal, con tal que le dejasen vivir en paz. No fué así. Mano misteriosa le arrojó en el torbellino de un motín urdido por sus enemigos: nombre, fortuna, amor, porvenir, libertad, todo lo perdió, y sólo se escapó de la muerte gracias al heroísmo de un amigo *(Elías)*. Entonces juró vengarse. Con las riquezas de su familia, enterradas en un bosque, escapóse, se fué al extranjero y se dedicó al comercio. Tomó parte en la guerra de Cuba, ayudando ya á un partido, ya á otro, pero ganando siemp[re]. Allí conoció al General, entonces comandante, cuya voluntad se captó, prim[e]ro, por medio de adelantos de dinero, y haciéndose su amigo después, gra[cias] á crímenes cuyos secretos el joyero poseía. Él, á fuerza de dinero, le consig[uió] el destino, y una vez en Filipinas se sirvió de él como de ciego instrument[o] le impulsó á cometer toda clase de injusticias...»

La confesión fué larga. El cura le consolaba... Tenía fe en que Dios no abandonaba ni abandonaría la suerte del país. Entáblase con este motivo discusión, y, entre otras cosas, dice el cura, cuando Simoun le pregunta:—«¿Qué Dios es ese?»

«—Un Dios justo, Sr. Simoun; un Dios que castiga nuestra falta de fe, nuestros vicios, *el poco aprecio que hacemos de la dignidad, de las virtudes cívicas...* Toleramos y nos hacemos cómplices del vicio, *á veces lo aplaudimos;* justo es, justísimo, que suframos sus consecuencias y las sufran también nuestros hijos. Es el Dios de libertad, Sr. Simoun, que nos obliga á amarla haciendo que nos sea pesado el yugo; un Dios de misericordia, de equidad, que al par que nos castiga nos mejora, y sólo concede el bienestar al que se lo ha merecido por sus esfuerzos: *la escuela del sufrimiento templa; la arena del combate vigoriza las almas.* Yo no quiero decir que nuestra libertad se conquiste á filo de espada; *la espada entra por muy poco ya en los destinos modernos; pero sí, la hemos de conquistar mereciéndola, elevando la razón y la dignidad del individuo, amando lo justo, lo bueno, lo grande,* HASTA MORIR POR ÉL; y cuando un pueblo llega á esa altura, *Dios suministra el arma, y caen los ídolos, caen los tiranos* como castillo de naipes, y brilla la libertad con la primera aurora. *Nuestro mal lo debemos á nosotros mismos; no echemos la culpa á nadie.* Si España nos viese menos complacientes con la tiranía y más dispuestos á luchar y á sufrir por nuestros derechos, España sería la primera en darnos la libertad; porque cuando el fruto de la concepción llega á su madurez, *¡desgraciada la madre que lo quiera ahogar!* En tanto, mientras el pueblo filipino no tenga suficiente energía para proclamar, alta la frente y desnudo el pecho, su derecho á la vida social y garantirlo con su sacrificio, con su sangre misma; mientras veamos á nuestros paisanos *en la vida privada sentir vergüenza de sí,* oir rugiendo la voz de la conciencia, que se rebela y protesta, *y en la vida pública callarse,* hacer coro al que abusa para burlarse del abusado; mientras los veamos encerrarse en su egoísmo y alabar con forzada sonrisa los actos más inicuos, mendigando con los ojos una parte del botín, *¿á qué darles libertad?* Con España y sin España *serían siempre los mismos,* y acaso, *¡acaso peores!* ¿Á qué la independencia, SI LOS ESCLAVOS DE HOY SERÁN LOS TIRANOS DE MAÑANA? Y lo serán sin duda, porque ¡AMA LA TIRANÍA QUIEN SE SOMETE Á ELLA! Sr. Simoun, mientras *nuestro pueblo no esté preparado, mientras vaya á la lucha engañado ó empujado, sin clara conciencia de lo que ha de hacer,* FRACASARÁN LAS MÁS SABIAS TENTATIVAS; *y más vale que fracasen;* porque *¿á qué entregar al novio la esposa si no la ama bastante, si no está dispuesto á morir por ella?»* (1).

(1) Este admirable fragmento, sobre el cual nos permitimos recomendar al lector que fije bien su atención, sintetiza como ningún otro todo el pensamiento político de RIZAL, gran nacionalista en efecto, pero no partidario del separatismo por la violencia.

Anochecía. Simoun estrechó efusivamente la mano del sacerdote indio. Perdía fuerzas... Callaba... Y prosiguió el P. Florentino:

«—¿Dónde está la juventud que ha de consagrar sus rosadas horas, sus ilusiones y entusiasmo al bien de su patria? ¿Dónde está la que ha de verter generosa su sangre para lavar tantas vergüenzas, tantos crímenes, tanta abominación? *¡Pura y sin mancha ha de ser la víctima para que el holocausto sea aceptable!*... ¿Dónde estáis, jóvenes que habéis de encarnar en vosotros el vigor de la vida que ha huído de nuestras venas, la pureza de las ideas que se ha manchado en nuestros cerebros y el fuego del estusiasmo que se ha apagado en nuestros corazones?... Os esperamos, ¡oh jóvenes!, venid, que os esperamos.»

Simoun murió sin pronunciar una sola palabra.—«*¡Dios tenga piedad de los que le han torcido el camino!*»—murmuró el cura; llamó á los criados, y todos juntos oraron... Luego, y después de alguna vacilación, sacó el cura de un armario la maleta de acero de Simoun, bajó la escalera, y con la maleta en la mano se fué á una roca próxima á su casa.

«El padre Florentino miró á sus pies. Allá abajo se veían las obscuras olas del Pacífico batir las concavidades de la roca, produciendo sonoros truenos. al mismo tiempo que heridas por un rayo de luna, olas y espumas brillaban como chispas de fuego, como puñado de brillantes que arrojase al aire algún genio del abismo. Miró en derredor suyo. Estaba solo. La solitaria costa se perdía á lo lejos en vaga neblina, que la luna desvanecía hasta confundirla con el horizonte. El bosque murmuraba voces ininteligibles. El anciano entonces, con el esfuerzo de sus hercúleos brazos, lanzó la maleta al espacio, arrojándola al mar. Giró varias veces sobre sí misma, y descendió rápidamente trazando una pequeña curva, reflejando sobre su pulimentada superficie algunos pálidos rayos. El anciano vió saltar gotas, oyó un ruido quebrado, y el abismo se cerró tragándose el tesoro. Esperó algunos instantes para ver si el abismo devolvía algo; pero la ola volvió á cerrarse tan misteriosa como antes, sin aumentar en su pliegue más su rizada superficie, como si en la inmensidad del mar sólo hubiera caído un pequeño pedrusco.

—¡Que la naturaleza te guarde entre los profundos abismos, entre los corales y perlas de sus eternos mares!, dijo entonces el clérigo, extendiendo solemnemente la mano. Cuando *para un fin santo y sublime* los hombres te necesiten, Dios sabrá sacarte del seno de las olas... Mientras tanto, *ahí no hallarás el mal, no torcerás el derecho, no fomentarás avaricias!*...»

Tal es la hermosa página con que fenece el libro, que deja una ir e-
sión de vaga melancolía. Es la obra de un revolucionario místico, insp lo
á veces por un espíritu diabólico, y sin embargo, lleno siempre de un n.
Á cada paso se invoca la Justicia Divina; á cada paso se muestra una n-

fianza ciega en los designios del Omnipotente. La obra, ya lo hemos dicho, tiene de novela lo menos posible; resulta á manera de colección de disertaciones pronunciadas por personajes más ó menos simbólicos, falsos en general, no obstante que *los hechos* que en el libro se refieren son casi todos ciertos, rigurosamente históricos. Simoun (Ibarra redivivo), es una figura fantástica, inverosímil de todo punto. Sirve de pretexto para estimular las ideas revolucionarias; *dice* para lo que puede servir la nitroglicerina; *esboza* todo un plan estratégicò para la posesión de la plaza de Manila... Y Simoun no es separatista, ni la novela tampoco. Simoun es un caso de desesperación; un destructor; un anarquista frenético. No quiere á Filipinas independiente, porque se convertiría en un caos espantable: quiere la regeneración de la raza, la dignificación del pueblo; ansía que los filipinos forjen una patria, para lo cual reputa indispensable el aniquilamiento de toda la podredumbre... La novela no es separatista; y, sobre no serlo, no es sistemáticamente hostil al espíritu español, hostilidad que se acentúa más en el *Noli me tángere*, que en *El Filibusterismo.* Nótese que el protagonista, IBARRA-SIMOUN, desciende de españoles; y nótese que María Clara, por quien enloquece ó punto menos el protagonista, es hija de español (¡engendrada por un fraile!) Un autor ávido de gloria de los suyos, habría hecho que la ideal María Clara hubiera sido india pura, y que el genio de la destrucción de los vicios de su patria, Simoun, hubiera sido indio puro. En *El Filibusterismo*, RIZAL atenúa apasionamientos cometidos en su primera novela: en esta segunda nos pinta un español honrado, inteligente, lleno de civismo, defensor resuelto de los filipinos *(el alto funcionario que despacha con el General)*, así como nos pinta un fraile *(el P. Rodríguez)*, partidario del progreso intelectual y moral y de los hijos del país. Y en cambio nos presenta al Sr. Pasta, insigne abogado indígena, que pasa por todo, contemporizador calculista, con tal de no interrumpir la marcha rutinaria de las cosas.

Pero hay más. El filibusterismo recibe un golpe de maza con *El Filibusterismo*, cuya síntesis es: no merecemos ni debemos triunfar; pero es que si triunfásemos, lo pasaríamos peor: los siervos de hoy se convertirían en tiranos; el país se transformaría en un aquelarre peor que el de la última republiquilla sudamericana, donde sólo prevalecen confusión é iniquidad: estudiemos, dignifiquémonos, *originalicémonos*, *seamos nación*, y entonces, la misma Providencia nos lo dará todo hecho. *El Filibusterismo* es un tratado de nacionalismo, á par que una nueva advertencia á la Metrópoli de que, con su régimen, no podía tener la voluntad de los nacidos en la Colonia. Ibarra, im ulsado por los hechos de los españoles, acaba por aborrecer á España. Y sí Basilio, que rechaza reiteradamente los planes de Simoun, y acaba, fatal -ente, por ser filibustero, á impulso de las iniquidades que el régimen co ial comete en la persona del infeliz estudiante...

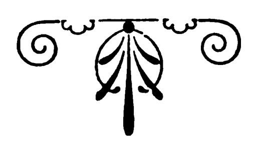
bría sido *El Filibusterismo* un libro filibustero, si la bomba-lámpara hu ra estallado, y en la casa del español Peláez hubiesen perecido desde

el Capitán general hasta el más modesto de los concurrentes; si las hordas se hubiesen apoderado de Manila y, en fin, triunfante la revolución, viésemos la apoteosis de la misma. RIZAL hace que la revolución aborte por dos veces, y que de aquellos abortos no quede otro sedimento que ¡una cuadrilla de bandoleros!.. Y que toda la riqueza de Simoun (el instrumento de la revolución) vaya á sepultarse en el fondo del Pacífico, por mano de un venerable sacerdote indígena que exclama (no se olvide), al arrojar el tesoro, refiriéndose á Simoun:

—«*¡Dios tenga piedad de los que le torcieron el camino!*»—la frase más hermosa, en medio de su sencillez, la más significativa, la más sublime que se contiene en toda la novela. Que equivale á decir:—*¡Dios tenga piedad de esos españoles, que causando la desesperación de tantos hijos del país nacidos para el bien, les impulsan ciegamente á ser filibusteros!...*

W. E. RETANA.

(Continuará.)



EL MES PASADO

12 Julio 905.

DON FRANCISCO SILVELA

El último vínculo.

Honda preocupación de D. Alfonso XII y pensamiento fundamental en la política de Cánovas fué siempre la formación y conservación de dos únicos partidos de gobierno. Abonada por la ciencia y por la experiencia la teoría de ser ello condición esencial para el normal desenvolvimiento del régimen parlamentario, y patrocinada entre nosotros por el Rey y por su primer ministro, principalísima figura de la Restauración, era seguro su triunfo, y, al través de peripecias y dificultades creadas en todo tiempo por las inquietudes de la ambición y los relajamientos de la autoridad, la teoría de los dos partidos únicos ha sido quizás uno de los factores más importantes en la pacificación política del país.

La cosa se explica llanamente, pues si sería temeraria pretensión la de encerrar en dos moldes únicos la variedad infinita de los pensamientos humanos en el abstracto y vago discurrir de las doctrinas, no habría menos temeridad en la creencia de que se pudiera prescindir de toda norma y disciplina al concretarse esos pensamientos en aplicaciones inmediatas de gobierno. En la paleta del pintor aparecen en abigarrado tropel todos los colores; pero, al componer un cuadro, ellos han de subordinarse á un orden cualquiera, bien lo muestre la naturaleza en las propias creaciones que reproduce el artista, bien se los sugiera á éste su imaginación, libérrima sin duda, más así y todo sujeta en el vuelo creador á una órbita inflexible. Pues la política de gobierno viene á ser á la política de doctrinas lo que el cuadro á la paleta del pintor, determinándose su disciplina por la índole misma de las cosas.

[illegible]n toda vida, mientras no asomen en ella los gérmenes de la muerte, ha[illegible] sólo dos movimientos vitales: el de adquisición y el de asimilación, co[illegible]poniendo entre los dos el progreso incesante del ser. Pues esos dos alterna[illegible]os movimientos biológicos se representan en el gobierno de un pueblo so[illegible]etido al régimen parlamentario, en el que no se puede contar solamente co[illegible] los principios puros, sino también con las impuras pasiones, por los dos

únicos partidos que sucesivamente avanzan ó consolidan los progresos realizados por el otro. ¿Qué tercer término cabe en eso? Además del *sí* y del *nó*, hay el *qué sé yo;* pero los españoles sabemos por experiencia cuán caro se paga ese tercer término ingerido entre aquellas dos categóricas expresiones. El *queseyoismo* podría ser definido como una enfermedad nacional.

En aquellas naciones donde el régimen parlamentario es una verdad, por ser el parlamento auténtica representación de todo el país, puesto que todo él actúa en la vida pública, el sistema de los dos únicos partidos es una gran disciplina de toda la política, entre gobernantes y gobernados, si es que en una democracia no tienen todos los ciudadanos algo de lo uno y de lo otro; de gobernantes, puesto que participan en el ejercicio de la soberanía; de gobernados, puesto que todos, del Rey ó del Presidente abajo, están sometidos á unas leyes y á una autoridad.

En naciones como la nuestra, donde el Parlamento sólo representa á la pequeña minoría de españoles con participación en la vida pública, y donde, por atrasos de la cultura y perezas de la conciencia casi nad e conoce problemas ni soluciones políticas, ¿cómo no ha de ser de mucho mayor importancia ese régimen de los dos únicos partidos que permite al Poder Moderador suplir la falta de una opinión que lo ilustre en el ejercicio de la facultad de designar ministros, y que enfrena y mata si es preciso ambiciones, alguna vez bien inspiradas, pero por lo común nacidas sólo de mezquinas pasiones de codicia, de vanidad, ó de odio?

Era, pues, muy natural aquella preocupación de D. Alfonso XII, á la que respondieron su conducta y la de Cánovas, poniendo el Rey y el jefe del partido conservador en la formación del liberal primitivo y en su ensanche ulterior y en la designación y mantenimiento de su jefatura, mucho más que el Sr. Sagasta que había de usufructuarla. Y los dos partidos se hicieron, recortando un día las alas á Martínez Campos y otro día á Posada Herrera, y, con todos sus defectos, esos dos partidos son la obra mejor y más positiva que el breve reinado de D. Alfonso XII dejó á la nación, puesto que ellos fueron á la vez semilla y garantía de la futura paz.

Perdieron esos partidos su razón ideal de ser, cuando quedó vaciada en la Constitución de 1876 la esencia democrática de la de 1869; pero se mantuvieron en pie por la persona de sus jefes. A partir de las Cortes de 1890, primeras del sufragio universal restablecido, dejaron de ser el partido liberal y el partido conservador, para ser en realidad el partido de Sagasta y el partido de Cánovas; pero siguieron siendo dos, y con ello bastaba para que la política siguiera desenvolviéndose con regularidad... mientras viv- n aquellos dos hombres que, por razones distintas, bajo ese aspecto de con- c-tores de grey política, eran excelentes y del todo adecuados á la índol- le sus respectivos partidos.

A la muerte de Cánovas, y después de tanteos y vacilaciones, el pa- lo conservador levantó como jefe á Silvela; pero bien pronto se vió q- ii

tenía éste todas las condiciones necesarias para dirigir una agrupación política española, ni era ya tan vigorosa en las alturas la convicción de que sólo debía tener la monarquía dos grandes y fuertes partidos de gobierno. Así y todo, y aun después de su retirada, era el jefe. Muerto Sagasta y no establecida aún su sustitución de una manera definitiva, puede decirse que con el fallecimiento de Silvela quedan definitivamente rotos los vínculos entre los partidos de D. Alfonso XII, que fueron los de la Regencia, y los partidos aún por constituir de D. Alfonso XIII.

Características de Silvela.

Hay para mí en la vida de Silvela dos períodos bien definidos y caracterizados. Asistimos durante el primero, de 1869 á 1890, á la formación de su personalidad. Contemplamos durante el segundo, de 1890 á 1903, á esa personalidad en acción.

Los comienzos de la vida fueron para él fáciles y apacibles. La posición social de su familia se las dió á él muy cómodas para la lucha por el nombre y por la fama. En la Universidad y en la Academia formó su espíritu, no en los cafés ni en los clubs revolucionarios de la época. A los veintiséis años, en unas elecciones parciales, la ciudad de Avila lo envió á las Cortes Constituyentes. En aquel ambiente caldeado por la pasión, Silvela se reveló como un humorista de distinción suprema que miraba con cierta ironía todo aquello, tan apartado de los radicalismos que soplaban de la izquierda, como del tradicionalismo anacrónico que tronaba desde la extrema derecha de la política. Cuando el Rey Amadeo y principalmente la Reina se esforzaban por crear el partido conservador de la Monarquía democrática, confiándose para ello á Sagasta, á quien ayudó bastante Cánovas en tal empresa, Silvela no quiso secundar el movimiento comprendiendo que no había salvación para aquel trono forastero.

Su presencia en las Cortes de la revolución no pasó inadvertida, y el primer gobierno de D. Alfonso lo hizo subsecretario del Ministerio de la Gobernación. No podía ser larga la convivencia entre Silvela y Romero Robledo, y el subsecretario abandonó al ministro, abriéndose entre ambos un abismo que jamás lograron colmar la cortesía ni la consideración amistosa que en lo personal se guardaron siempre aquellos dos hombres que más se distinguieron y brillaron en el partido de Cánovas.

Al formarse en 1879 el gabinete Martínez Campos, Silvela entró en él como ministro de la Gobernación y alma y verbo del gobierno. Las elecciones hechas entonces llenan una de las páginas más interesantes é instructivas de la vida de Silvela en lo que he considerado su primer período. Martínez Campos, brazo militar de la Restauración, volvía de Cuba cubierto de gloria. A poco que en él latiese el virus caudillista de todos nuestros generales, Martínez Campos podía ser un peligro para la definitiva normaliza-

ción de la política nacional. Se pensó que nada serviría mejor para evitarlo que la formación de un gobierno bajo su dirección. Después de todo, Cánovas se hallaba un poco quebrantado por la labor de aquellos años homéricos. Era, además, conveniente para acabar de constituir el partido liberal lo que se llamaba y se sigue llamando un «gabinete intermedio». Con todo aquello podía dar al traste el ministro de la Gobernación que hiciera las elecciones: él podía sugerir á Martínez Campos la ambición que le faltase por la jefatura definitiva; él podía arreglarse una mayoría á su gusto; él podía imponer condiciones al partido liberal en formación. Aquel ministro de la Gobernación fué Silvela, conocedor de las debilidades de Cánovas por Romero Robledo, y, sin embargo, la autoridad de Cánovas quedó realzada y robustecida por una mayoría esencialmente canovista. De inhábil calificaron á Silvela los *vivos*. Es tan vulgar habilidad la que aquí se ha menester para ganar unas elecciones desde el Ministerio de la Gobernación, que manda la justicia pensar que no le faltó ella al Sr. Silvela, sino que tuvo la rectitud necesaria para cumplir su deber con los ideales conservadores cuyo partido pudo sufrir entonces un golpe de muerte. Y, como suele suceder en casos tales, Martínez Campos salió huyendo de entre los conservadores, y Cánovas siguió entregado á Romero Robledo, confiándole de nuevo el Ministerio de la Gobernación apenas le volvió al poder aquella misma mayoría elegida bajo los auspicios de Silvela.

El de Gracia y Justicia ocupó en el gabinete de 1884 D. Francisco Silvela, y mientras su colega el de Gobernación politiqueaba á más y mejor, Silvela se dedicó á llevar un poco de espíritu contemporáneo á la legislación española y un poco de decencia á la administración de Justicia, siempre sonriente y siempre irónico frente á las sugestiones de la rivalidad. Los actos de Romero Robledo en 1885 demostraron que no necesitaba hacer nada Silvela contra él, y durante la campaña en las Cortes liberales de 1886 á 1890, Silvela se destacó como lugarteniente de Cánovas en la dirección del partido conservador y en la orientación de su política en un sentido liberal acomodado á la revolución pacífica operada en el régimen, al sustituir por el sufragio universal íntegro la legislación vigente en materia electoral.

El liberalismo sincero y sin apasionamientos de Silvela; el elevado concepto que tenía de las obligaciones de un partido conservador en régimen democrático; la limpieza de sus procederes en la política y en la administración; su cultura de hombre de Estado, más extensa que intensa; la flexibilidad de su espíritu, por escéptico abierto á todos los influjos de su tiempo; la noble alteza de sus aspiraciones á una política europea, todo aquello que él expresó al hablar de «sentido jurídico», fueron las bases de las esperanzas puestas en él, porque se veía á las claras que no era un doctrinario ni un cacique, los dos únicos tipos bien caracterizados en la política de España. No era para él la política laboratorio en que ensayar doctrinas, ni ocasión para cultivar la viña propia y la de la clientela. ¡Acaso no tenía doctrinas que ensayar,

viña que cultivar, ni clientela á quien proteger! ¿Doctrinas? Silvela no las profesaba sobre ninguna cosa. ¿Viña? Ni siquiera el propio distrito tuvo seguro: de misericordia hubieron de encasillarlo por la Cañiza cuando la disidencia. ¿Clientela? Basta oir á los interesados.

Silvela y Romero Robledo.

Por segunda vez hallábase Silvela en el Ministerio de la Gobernación, y entonces como antes eran difíciles las circunstancias. La reglamentación de la ley del sufragio fué hecha con toda lealtad; pero quedaba el rudo pleito de las elecciones, y en las de 1890 como en las de 1879, Silvela dió muestras de no ser tan débil ni tan flaco de voluntad como se ha dicho, cuando tenía el punto de una convicción clara y de un propósito definido en que apoyarla.

Había para el ministro de la Gobernación dos escollos principales, sin contar las dificultades inherentes á la renovación del sistema, y eran aquellos escollos: la sugestión de los amigos que convidaban á aprovechar la ocasión de exterminar el romerismo, y el deseo de Cánovas de proteger á los martistas enfrente de los liberales ortodoxos (1). A este deseo y á aquella sugestión resistió Silvela. Romero Robledo quedó en condiciones de volver al partido para echar á Silvela, y apenas se percibía en la Cámara al abortado martismo. ¡Qué tonto!, volvieron á decir los *vivos*, porque Silvela había vuelto á demostrar una gran rectitud en el cumplimiento de su deber. Hizo obra de gobernante consciente; se nego á hacer labor de político á la española, y, en efecto, otra vez salió crucificado el redentor. Romero Robledo logró volver á la gracia de Cánovas, y se le entregó el Ministerio de Ultramar y la alcaldía de Madrid. Silvela abandonó primero el gobierno, y después el partido conservador, definitivamente vencido por el rival de siempre dentro de sus filas.

En realidad, Silvela nunca había dominado en el espíritu de Cánovas. Era éste hombre de grandes y vibrantes pasiones, y no podía simpatizar demasiado con persona tan fría y tan serena como Silvela. Cánovas, además, era un pesimista desconsolado respecto á la situación moral de España, y, á su entender, la política no podía hacerse sino en perpetua transacción con todas aquellas impurezas de la realidad, que nunca aprovechó personalmen-

(1) No se extrañe que Cánovas, tan partidario como he dicho del mantenimiento de los dos únicos partidos, sintiese estos deseos de proteger á una disidencia del liberal. En primer lugar hay que tener en cuenta la íntima amistad de Cánovas con Martos, la cordialidad en que desde los años juveniles vivieron, y hay que considerar, además, que en Cánovas duró muchos años el amargo recuerdo de las desconsideraciones de que ciertos elementos del partido liberal le hicieron víctima en Zaragoza, Sevilla y Madrid durante el de 1888. Hacía Cánovas su viaje de novios, y tenían que serle mucho más dolorosas aquellas silbas que agraviaban á su reciente mujer. Aquella herida tardó en cicatrizarse, é influyó no poco en las simpatías de Cánovas para los disidentes del partido liberal, que eran principalmente enemigos de los elementos cuya mano se vió en aquellos groseros desacatos al insigne estadista.

te, pero que dejó vivir por considerarlas mal indispensable. Lleno su pensamiento de altas ideas y de grandes aspiraciones, por fuerza había de preferir á Romero Robledo, que le descargaba de todos los bajos y enojosos menesteres de una jefatura de partido á la española, sobre Silvela, que no daba á ello una gran importancia, ni se asustaba de que un cacique se enfadara ó de que amenazara con crueles represalias un logrero desairado. Por otra parte, Cánovas y Silvela rivalizaban en la afición á hacer frases en sus tertulias, y no tenían nada que envidiarse en punto á la crueldad que solían poner en ellas. Imagínese el efecto que todo eso, traído y llevado por amigos indiscretos, que en política son los más, había de producir en hombre de amor propio tan susceptible como el de Cánovas, y se comprenderá, sin necesidad de acudir á motivos más íntimos, aquel rompimiento ruidoso.

Silvela, disidente.

No está aún históricamente establecido si Silvela fué deliberadamente á ese rompimiento, ó si cayó en él sin querer, ó antes de lo que quería, por no haber podido sustraerse á la tentación de llamar á Cánovas *insoportable*, sin mengua de la cortesía. Lo cierto es que el rompimiento se produjo, y que no se recuerda lucha más enconada ni violenta que la mantenida entre aquellos dos hombres desde fines de 1892 hasta mediados de 1897. En el Parlamento, en el *meeting*, en el periódico y aun en las tertulias privadas, los ataques eran despiadados. Para Silvela, Cánovas era un viejo chocho. Para Cánovas, Silvela era tonto de solemnidad. ¡Pobre Cánovas! En los últimos meses de su vida, ni siquiera le quedaba el consuelo de las chirigotas de Romero, porque éste también se le había vuelto después de la crisis de Diciembre de 1895, un triunfo de Silvela, y después de las reformas de Cuba.

El defecto capital de Silvela, el escollo en que naufragaron sus excelsas cualidades de estadista, la falta de fe aun en sí mismo, quedó durante aquellos años de la disidencia en plena notoriedad. Una vez provocada la discordia y caído por ella el partido, Silvela se fué á su casa, precisamente cuando debía haber cuidado de atender á las elecciones para que tuviesen sus amigos en las Cortes de 1893 la representación que no habría podido quitarles el Gobierno del Sr. Sagasta. Tenía una bandera grata al país y prestigios innegables y grandes simpatías aun dentro del mismo partido conservador. Silvela se quedó en casa. ¿Para no ahondar las diferencias y aguardar en discreta y respetuosa reserva la hora de la justicia? No, porque á los pocos meses, en una elección parcial, Silvela resucitó y se lanzó á la lucha. Lo no hizo por fe en su destino ni en sus ideas, lo hizo por complacer á los a gos. En los primeros años se limitó á pedir una modificación del par conservador, combatiendo porque sí á Cánovas, ya en contra de Ron Robledo en la campaña por la moralidad, ya al lado de Romero Robledo la campaña contra las reformas para Cuba, ya en favor de Martínez Cam

que representaba en la Gran Antilla la política de la condescendencia y de la transacción, ya en favor de Polavieja, que representaba en Filipinas la política de la crueldad intransigente.

Por el año 97 se decidió Silvela á levantar bandera propia para la formación de propio partido. El 12 de Enero de aquel año declaraba que «no representaba una disidencia, sino que aspiraba al Gobierno de la nación, solicitando el apoyo de la Monarquía para dar al traste con los actuales procedimientos políticos, achacosos, caducos, anémicos y evidentemente perjudiciales al bien público». Es la ocasión en que más viable ha parecido en España un tercer partido. Contaba Silvela con grandes simpatías en palacio, simpatías que más de una vez provocaron el enojo de Cánovas, y el primer movimiento de los llamados neutros, de aquellos elementos sociales que se apartaban con horror de la vida pública, en favor de Silvela se produjo entonces. Los periódicos de mayor circulación, singularmente *El Imparcial*, aunque sólo fuese en odio á Cánovas, le ayudaron cuanto pudieron. Ni siquiera hubiérale faltado lucido estado mayor de personajes, pues á muchos que estaban con Cánovas se les iba el corazón en pos de Silvela.

Tampoco faltaba á aquellos hombres lo último en que aquí se piensa ó lo único en que no se piensa cuando se trata de fundar un partido: el programa. Silvela vió con la claridad propia de su gran talento, tanto en lo circunstancial de aquellos días, como en lo permanente de nuestra política, dos grandes necesidades de España: la liquidación del problema colonial, antes de que se nos echara encima el conflicto armado con una nación poderosa, y la aplicación de una vigorosa selección á todos los órdenes de la administración y de la política. ¡Ah! Silvela vió eso; pero no creyó en sus ojos, y fué como si nada hubiera visto.

«La guerra de Cuba—decía Silvela en su discurso de la Alhambra,—representa una conquista de una nacionalidad por otra, y significa el vencimiento de un pueblo totalmente hostil á España, y en ese caso, un problema en esas condiciones, planteado á esa distancia, es un problema insoluble para ninguna nación por poderosa que ella sea, y es preciso decirlo con claridad y con virilidad: hay que ir á la liquidación de ese asunto». Así estaba ya, en efecto, la cuestión de Cuba. Al año y medio de campaña de Weyler, no teníamos en Cuba más que el terreno que pisábamos y mientras lo pisáramos. Las tardías reformas de Cánovas no podían realizar el milagro de torcer el curso de lo que ya era torrente impetuosísimo. Había que ir, pues, á la liquidación del asunto, y tanto estaba ello en el ánimo de todos, aun en el [illegible]e los que no osaban confesárselo á sí mismos siquiera, que los taquígrafo[illegible] que escucharon aquel discurso hubieron de escribir al término del párrafo [illegible]na acotación verídica: *grandes y prolongadísimos aplausos.*

[illegible]ro aquello era un atisbo de Silvela, no una convicción, y no podía ser, p[illegible]tanto, una bandera política que orientase á la opinión y salvase al país. ¿[illegible]mo habría de ser eso una convicción, si Silvela hallaba modo de empa-

redar el párrafo entre estos otros que voy á reproducir? «Nosotros—hablaba á nombre del nuevo partido,—aspiramos en la cuestión de Cuba á mantener con los elementos que allí tiene el país, nuestro imperio y nuestra soberanía, contestando á la guerra con la guerra». «Si allí tenemos una importante porción del país que está á nuestro lado, si allí se han podido y se pueden organizar fuerzas considerables de voluntarios que luchan con nosotros, que son mártires al lado de nuestros oficiales y soldados, entonces hay qué organizar la guerra en condiciones de que podamos mantenerla sin llegar al aniquilamiento de nuestras fuerzas, sin llegar á la destrucción de nuestra península». Verdad es que hay un hecho que justifica esas extrañas vacilaciones: que también estos párrafos fueron aplaudidos por los que aplaudieron *grande y prolongadamente* aquel certero atisbo de la necesidad de liquidar.

Con la selección ocurrióle á Silvela cosa parecida. Percibió netamente cómo era un síntoma desastroso de la enfermedad nacional el hecho de que su vida pública no eliminaba nada por ninguna parte. Los políticos ineptos se redimían con cambiar de postura ó, simplemente, con el correr de los años, ó, menos aún, con pasar del poder á la oposición. Los generales fracasados hallaban Jordán que los purificase en el barco que los transportaba de una á otra colonia. Los empleados inmorales no recibían otra sanción que un cambio de destino, á veces con ascenso. Un concejal sorprendido en aventuras sospechosas tenía mucho camino hecho para que, por razones de moralidad, se le hiciese diputado provincial ó diputado á Cortes. Es decir, que ni el mundo político ni la sociedad española entera eliminaban nada. De ahí la necesidad de la selección al constituir una nueva fuerza de gobierno.

Pero eso fué, repito, un atisbo venturoso, no un convencimiento, y Silvela tomó entero todo lo que del viejo partido conservador quiso dársele en el banquete del Retiro. Cierto que de propia voluntad se quedaron fuera los peores en cierto sentido; pero ¡cuántos de los que entraron, por su ineptitud manifiesta y probada, estaban pidiendo á voces la escoba seleccionadora que como bandera se había levantado tantas veces entre aplausos! En la mayoría de las provincias, aquellos *neutros* que habían salido de sus casas al llamamiento de Silvela, hubieron de ceder el paso á los viejos caciquismos canovistas, y, en realidad, el partido de Silvela en 1898 fué el de Cánovas en 1890, sin otras bajas que el señor duque de Tetuán con sus amigos, la misma oligarquía madrileña con los mismos caciquismos provincianos.

Silvela, Durán y Bas y Polavieja.

El Sr. Silvela fué llamado al poder en los primeros días de Marzo (1899, entrando en el gabinete D. Manuel Durán y Bas, representante de ur política nueva para Cataluña, y el general Polavieja, con quien el Sr. Silv la había celebrado alianza.

Lo primero, fué otro gran acierto frustrado del Sr. Silvela: lo segundo, un grandísimo error.

Comprendió Silvela que era preciso parar la atención en la situación gravísima de Cataluña. Habíase creído aquí que con atender á los fabricantes ya se había hecho por Cataluña cuanto era menester, y cuando después del desastre, y en ocasión de la misma guerra internacional, se vió cuán flacos eran por aquel lado los vínculos del patriotismo, se cayó en la cuenta de que el catalanismo era una realidad y que había que hacer allí algo más que dar Aranceles al Fomento é influencia al Sr. Planas y Casals. Esto pareció indicar la entrada del Sr. Durán y Bas en Gracia y Justicia y del Sr. Robert en la Alcaldía de Barcelona. Muy pronto se vió, sin embargo, que el Sr. Silvela no estaba muy convencido de ello, ó fiaba poca cosa á su convicción, pues todo se redujo á eso, á un estéril trasiego de personas, contra las cuales, además, en el propio Consejo de Ministros, halló medios de exteriorizarse el centralismo sectario é inconsciente que tanto daño ha causado al país. No fueron aquellos nombramientos el comienzo de una política nueva, y respondiendo á una idea excelente, sólo produjeron el mal de nuevas perturbaciones.

Hubo quien aseguró que la unión con el general Polavieja fué condición impuesta al Sr. Silvela para entregarle el poder. No lo creo. Alrededor del general Polavieja se había formado una favorable atmósfera. Articulistas principales en la prensa de Madrid habían prestado á su fama, mucho más de lo que él pretendiera, el encomio de grandes periódicos. Políticos de todos los partidos coquetearon con él. Aparecía por todo esto y por el favor de que en Palacio disfrutaba y por el prestigio que no le faltaba en el país, como un factor de cuenta, y el Sr. Silvela siguió la corriente y se entendió con él sin reparar en dos cosas: en que era muy peligroso meter en la política activa ó en el Ministerio de la Guerra á los generales coloniales, y en que el general Polavieja y el Sr. Villaverde traían al gobierno aspiraciones y compromisos totalmente incompatibles.

El Estado Mayor general y gran muchedumbre de jefes y oficiales hallábanse repartidos en dos grupos, los que habían estado y los que no habían estado en la guerra de las colonias. No era posible mantener esa división; pero tampoco era lícito entregar á los que habían guerreado la dirección de la guerra, de la que no traían ciertamente mayor experiencia militar, pero sí resquemores y ambiciones que no hacían ninguna falta en la política. Los unos necesitaban volver por el prestigio comprometido, los otros justificar el que cronistas complacientes les forjaron. Entre esos generales coloniales se señalaban principalmente dos como los más peligrosos, por sus respectivas *coteries*, más que por ellos mismos: Polavieja y Weyler. ¡Acaso por lo mismo fueron los dos sucesivamente al Ministerio de la Guerra!

En el segundo punto, Silvela no podía desconocer que Polavieja tenía muy serios compromisos en materia militar. Había él señalado demasiado

el estado de indefensión en que se hallaba la península, para que pudiera prescindir de pedir su remedio ni de procurarlo en cuanto se hallase en el gobierno. ¿Podía tampoco desconocer el Presidente del Consejo que era totalmente imposible acometer esa obra precisamente á la hora en que se trataba de liquidar los desastres, imponiendo al país un recargo de más de doscientos millones al año en el presupuesto normal de la nación? No era el dinero lo que había faltado en la guerra ni antes de ella. Precisamente para esos gastos militares nunca se habían regateado los recursos tanto como para todas las demás obligaciones del Estado. ¿No demostró la guerra la cruel, la dolorosa inutilidad de todo aquello? ¿Era aquel el momento para pedir unos doscientos millones para gastos extraordinarios de defensa? Por esto no podía durar aquella unión, y no duró, y rebuscando en las intimidades de los sucesos, acaso se puede asegurar que en la crisis del general Polavieja comenzó la del Sr. Silvela desenlazada por él mismo con su retirada en 1903...

Silvela y Villaverde.

Pero aquel gobierno del Sr. Silvela hizo algo transcendente: el cambio de presupuestos, con la liquidación de las guerras coloniales é internacional. Habíamos guerreado á crédito, y al terminar la guerra era preciso pagar ó consolidar las deudas, las que por sí mismo había contraído el Estado español y las que había hecho contraer á las colonias. Forcejeó no poco en París el Sr. Montero Ríos por descargarnos del peso de éstas. Nada consiguió, porque nada se podía conseguir, no sólo porque no teníamos fuerza, sino también porque tampoco teníamos razón. Aquellas deudas coloniales no tenían por origen el mejoramiento de las colonias, sino su conservación para España, cuando no los efectos de las malas artes con que España las administró siempre. ¿Es que cuando de España y de su administración se libertaban habían de pagar ellas eso? No era justo, y no prevaleció ni encontramos en el mundo quien creyera que en este punto se nos hubiese atropellado.

Con toda la deuda, pues, había de cargar el Tesoro español, precisamente en el momento en que las clases del Estado perdían los presupuestos coloniales, y la producción española el mercado de las colonias. Sobre el presupuesto peninsular exclusivamente habían de pesar los que sirvieron en la desdichada burocracia colonial, militar ó civil. ¿No había también de pensar un poco ese presupuesto en la necesidad de dar á las fuerzas de España á su capital y á su trabajo, orientaciones con que sustituir las que allende mares se perdían?

Ese era el problema, y no se veía fácil su solución, porque hasta vínculos mismos de nacionalidad aparecían en grave relajamiento. aquella solución la dió el gobierno del Sr. Silvela, merced al esfuer

éste como en seguida diré, pues me urge afirmar antes que yo no elogio aquella solución. No se miró en el problema más que una cosa: el crédito del Estado, prescindiéndose de la que más importaba: la economía del país. Que el Estado pague sus deudas, que no dejen de cobrar un solo día los que le han servido ni los que le sirven. Sólo se pensó en esto, sólo á esto atendió el presupuesto del Sr. Villaverde, y mientras los tenedores de papel español, peninsular ó colonial, veían con asombro que sólo se les obligaba á tributar, cosa que no hacían, y los funcionarios repatriados iban asegurando el cuotidiano panecillo en puestos activos ó en excedencias retribuídas, ninguna de las industrias que se quedaban sin mercado, ni la agricultura que en el interior había de reemplazar á los coloniales, recibían favor alguno, sino el recargo de unos impuestos y la creación de otros nuevos. No bajaba la Bolsa, sino que saludaba con alza todo aquello. ¡No había energía positivamente nacional que no quedase disminuída y castigada!

¿Cómo podía ser buena solución semejante? Nadie presentó otra, porque no se pueden considerar soluciones las bellas cosas que soñaban las Cámaras de Comercio ó los planes eminentemente líricos que forjaban algunos oradores políticos. Después, todo el mundo, aquellas mismas Cámaras, esos mismos oradores, han acatado y aun elogiado aquella obra, porque, en realidad, ella respondía á un error muy difundido, á un sofisma en grandísimo predicamento para cuantos se ocupan en estas cosas de Hacienda. El crédito es riqueza, se dice, y no se distingue entre el crédito que naturalmente se concede á toda economía sana, y aquel otro que se cotiza en Bolsa y que se asegura pagando sin regateos un cupón. Fulano tiene crédito, porque es inmensamente rico: Zutano también lo tiene, porque paga sus deudas. ¿Estará la riqueza verdadera y positiva en el primero ó en el segundo? Pues ese es el caso de las naciones, y el vulgo financiero cotiza mejor á los que tienen deudas que á los que no necesitaron contraerlas. ¡Cómo que éstos no tienen nada que cotizar en Bolsa! Este criterio corriente y moliente imperó en la obra económica de 1899 y 900. No se reformó un solo impuesto en sentido beneficioso para el país; no se mejoró un servicio, pero ¡ah! se pagó á todo el mundo, y subió la Bolsa, y nuestros valores, que parecía que habían de caer por debajo de los turcos, subieron como la espuma. Ningún partido ni entidad alguna del país propuso cosa mejor, y hoy todo el mundo alaba y mantiene aquello.

Pues eso lo hizo Silvela. Recuérdense los hechos. En el país se produjo hondísima excitación. Las «fuerzas vivas», que las Asambleas de Zaragoza habían movilizado, vieron en aquella obra el objetivo para el combate. Se excitaba al país á no pagar, y esta excitación, siempre eficaz sobre los españoles que tan poco tenemos de ciudadanos, en Cataluña se hacía más fuerte en los sentimientos regionalistas que fueron convocados á la lucha. La «oposición de S. M.» simpatizó con la resistencia, y la tomó por bandera de combate contra el gobierno. En el seno de éste y del partido conservador, los

unos porque realmente se asustaron de la pelea, los otros porque aquello era buena ocasión para echar una zancadilla á Villaverde, abundaban los que no podían ser auxiliares entusiastas de la obra. En ciertas regiones se observaba al jefe del gobierno que «salíamos á conflicto por día»... El Sr. Silvela resistió, y la obra se hizo. Después de haberse ensayado dos veces las energías gubernativas del Sr. Villaverde, ¿habrá quien crea que la voluntad de éste suplió entonces á la del Sr. Silvela? Quien sepa que el Sr. Villaverde, que ahora propone como remedio del mal monetario de España la acumulación de oro, las restricciones de la circulación fiduciaria y la elevación del descuento, y recuerda que entonces regaló, ó poco menos, al Banco, el oro que nos entrara por indemnizaciones de guerra y territoriales, y elevó la circulación á 2.000 millones, y redujo el tipo del descuento, ¿podrá creer que fueron las convicciones resueltas y enérgicas del Sr. Villaverde lo que nos sacó de aquel callejón? No. Silvela tuvo en aquellos proyectos un punto de apoyo para su carácter de gobernante, algo que poner en el lugar de las convicciones propias, y lo que se había de hacer se hizo contra todo y contra todos.

Dos equivocaciones trascendentales.

Realizada aquella obra, Silvela no halló en su espíritu qué hacer y se echó al surco. Consintió en que Villaverde pasara á la presidencia del Congreso, á pesar de conocerlo y á pesar de saber cómo suele ser entre nosotros esa posición criadero abundantísimo de ambiciones capaces de la disidencia y de todo, y no sólo consintió sino que se asoció á aquella crisis provocada por el nombramiento del general Weyler, que fué el origen de muchas desdichas ulteriores para el partido conservador y para el país. Algún tiempo después, hablando de Cánovas, llamábalo Silvela «jefe prestigioso por sus cualidades y no menos por su fortuna para guiar la hueste á la victoria, y por las esperanzas de acierto en mantener las posiciones conquistadas ó recobrarlas con prontitud cuando se pierden, condición esta última capitalísima y aun me atrevo á decir que decisiva y superior á todas las demás para las jefaturas de partidos (1).» ¡Qué poco presente tuvo esto el Sr. Silvela en aquellos sucesos!

Apenas aprobado el presupuesto para 1900 y verificado el empréstito famoso, el Sr. Villaverde quiso cambiar la cartera de Hacienda por la presidencia del Congreso de los Diputados. Los achaques y los malos humores de D. Alejandro Pidal facilitaban la vacante, y el Sr. Villaverde fué complacido. La presidencia del Congreso se ha considerado aquí siempre, no como término de carrera política, sino como antesala para la presidencia del Consejo de ministros. Mucho se ganaría para el regular desenvolvimiento de la vida de los partidos, si eso se variase y se estimara la presidencia de l

(1) Véase NUESTRO TIEMPO, primer tomo de 1902, página 723.

Cámara como honor supremo que impone la obligación de un apartamiento honesto de las luchas y de los beneficios esencialmente políticos del ejercicio del poder. Un presidente del Congreso que al serlo no se creyera con derecho á tener ministros y gobernadores suyos, que ni siquiera tuviese tertulia, ¡qué leal sería á los gobiernos y á las Cortes y cómo facilitaría la vida de los unos y fecundizaría la labor de las otras! No fué ciertamente con estas miras el Sr. Villaverde á la presidencia de aquellas Cortes, y no podía ocultarse al Sr. Silvela, que era gran conocedor de hombres, que así había de ser. Por otra parte, ¿no tenía el jefe del partido conservador pruebas palmarias de que no regían ya tan estrictamente como en tiempos de D. Alfonso XII aquellos pensamientos sobre partidos y jefaturas que antes he recordado? Nada de esto se ocultaba al Sr. Silvela; pero ¿qué le iba á hacer? Hubiera sido preciso que creyera él en sí mismo, para que comprendiese que todo aquello podría ser un mal para el partido conservador y para el país entero.

A análogas consideraciones se presta el suceso provocado por el nombramiento del general Weyler. El cargo de Capitán general de Madrid había sido pedido y prometido para el general Polavieja. Hubo de cambiarse de ministro de la Guerra: el general Azcárraga pasaba á la presidencia del Senado, y el general Linares entró á sustituirlo. El general Linares tenía más afición á Weyler que á Polavieja para aquel alto mando militar, y comprendiendo Silvela que la iniciativa en nombramientos que significan una gran responsabilidad ha de ser de los ministros, que son en definitiva los responsables ante la Corona y ante las Cortes, fué nombrado el general Weyler. Ello proporcionaba al Sr. Gasset una postura muy gallarda para abandonar el ministerio de Obras Públicas, donde no podía dar á la política hidráulica los desarrollos que había soñado. Un periodista de cepa como Gasset llegado á ministro, antes que en los propios actos piensa en los artículos que sobre ellos se pueden escribir. ¡Un ministro joven que echa la cartera por la ventana por no parecer asociado al enaltecimiento de un hombre á quien desde el periódico había combatido! ¡Qué tema para un artículo! Y Gasset dimitió, y de él se contagió Dato, y con los dos se fué Silvela. Crónicas de la época disculpan la conducta del Sr. Silvela por el mal efecto producido por todo aquello en ciertas regiones y por la forma en que se le hizo notorio... ¡Ah! ¡No fué aquella la última vez en que el Sr. Silvela olvidó que hay momentos en que parece escrita para los reyes aquella gran máxima pedagógica dedicada á los niños por la sabiduría popular: quien te quiere bien te hará llorar!

Fuera por lo que fuese, aquel acto del Sr. Silvela dió los caracteres de un ac[illegible]ntecimiento ruidoso al ingreso de otros dos generales coloniales en la vida p[illegible]lica activa. ¡El general Linares entraba en Guerra imponiendo nombram[illegible]ntos, y el general Weyler era Capitán general de Madrid provocando c[illegible]is ministeriales y presidenciales, é infiriendo daño gravísimo á la consti[illegible]ción interna de un partido de la monarquía! De allí surgió el gabinete A[illegible]rraga, que desencadenó sobre el partido conservador las iras jocoserias

del anticlericalismo, y que sucumbió á gritos y á pedradas en las calles de Madrid, mientràs por las galerías de Palacio resonaban las espuelas tranquilizadoras del general Weyler.

Y aún quedaba por tocar una nueva consecuencia de aquellos dos profundos errores. A aquel pensamiento de conservar y fortalecer los partidos —y la base de todo partido en España es, por desgracia, únicamente la jefatura—que guió siempre á la hora de las crisis ministeriales á D. Alfonso XII, ha sucedido otro pensamiento: prolongar la vida de las Cortes, y ese pensamiento se ha completado con un tercero: *encuadernar* á los hombres políticos que vientos de disidencia ó dificultades de acomodo dejaron en mitad de la calle. No se fué por esto, al caer el gabinete Azcárraga, á una solución que robusteciera la jefatura un tanto quebrantada del Sr. Silvela, sino que se le dió un nuevo empujón, pues se encargó al Sr. Villaverde de formar ministerio, á ver si lograba prolongar la vida de aquellas Cortes y encuadernar en rica piel de carteras á Romero y á Gamazo, á López Domínguez y al duque de Tetuán. No prosperó aquello; pero el daño quedó hecho, amargado Silvela, y Villaverde con la cabeza llena del halagador saludo de las brujas, que entonces le dijeron: ¡serás presidente!

Silvela y Maura.

Mucho se ha fantaseado sobre la forma en que llegaron á cordial inteligencia los Sres. Silvela y Maura. Quién dice que ello fué obra de Villaverde, quién señala en Dato el gestor principal de aquella unión. Creo que ella se produjo por la naturaleza misma de las cosas. El único auxilio que durante la campaña del presupuesto de 1900 halló en las oposiciones el Sr. Silvela, de los gamacistas lo recibió. Lanzados los liberales por el derrumbadero del anticlericalismo, aunque sólo fuese verbal, el Sr. Maura no podía volver á ellos, porque no podía sacrificar el concepto clásico de la libertad que siempre había defendido el partido liberal español, á ese nuevo concepto radical y jacobino que, para halagar pasiones de muchedumbres gritadoras, se estaba traduciendo del francés. Si Maura, pues, había de continuar actuando en la política de su país, más por convicción de ser ello un deber, que por hallar en ello satisfacción de gustos ni de intereses propios: y si la experiencia le enseñaba que era vano pensar en crear partidos nuevos é introducirlos en nuestra política, ya harto desquiciada, ¿qué más natural que su inteligencia con Silvela, á quien le unían cien consideraciones? Y una vez estimado ello conveniente por los dos, ¿qué cosa más fácil para hombre como Maura, que no se acompañaba de exigencia personal alguna, ni imponía otras condic nes que las estrictamente indispensables para garantizar el cumplimien del común programa?

En lo fundamental, unían á Silvela y Maura el mismo arraigadísin sentido liberal, y aquel sentido jurídico en que Silvela expresó una v

cuánto de adecentamiento de las costumbres y fortalecimiento de la autoridad se necesita en la política española. En problemas concretos de gobierno, Silvela y Maura coincidían en reconocer primordial y urgentísima necesidad á la reforma de la administración de municipios y provincias; en el convencimiento de que había que mantener la nivelación de los presupuestos, aprovechando sus sobrantes en el mejoramiento de los servicios públicos con tendencia á su mayor eficacia, y en la aspiración á una política mundial proporcionada á los medios de España y con los consiguientes esfuerzos económicos de nuestro país para restaurar su poder militar de tierra y crear de nueva planta su poder naval.

Sobre tales bases de coincidencia, no era difícil llegar á un acuerdo perfecto, tan completo y tan serio como el que á lo largo de varias conferencias quedó establecido. En la reforma de la Administración local, por ejemplo, notorio es que Silvela fiaba más que en nada en la tutela del Estado sobre los municipios, para ir educándolos y corrigiéndolos, ofreciéndoles en premio una graduada autonomía. Maura, por el contrario, fiaba mucho á la aportación del pueblo, en representaciones auténticas, á los organismos administrativos locales. En la orientación exterior de España, Silvela fué siempre apasionado galófilo; pero á su clara inteligencia no se ocultó nunca que sería siempre para España el mayor de los peligros la animadversión de Inglaterra. Hacia ésta se iban las mejores inclinaciones de Maura, que hasta por sentimientos ingénitos de isleño debía sentir esas preferencias; pero comprendiendo que sería vecindad muy peligrosa la de una Francia hostil. Tratándose de planear y acometer una obra de gobierno, esas y otras diferencias no eran irreductibles, y el acuerdo se hizo y fué en las Cortes proclamado, quedando desde aquel instante condenado á inmediata caída el partido liberal.

Y, sin embargo, jamás podrán concebirse dos temperamentos más contradictorios que los de Silvela y Maura. Las diferencias enormes y las inmensurables distancias entre Silvela y Romero y entre Silvela y Villaverde, eran, por decirlo así, diferencias y distancias en modos de obrar. La diferencia entre Silvela y Maura lo era en el modo de ser, en el ser mismo de los dos. Silvela, un escéptico desolado: Maura, un ardentísimo creyente. Cuando Maura se forma una convicción, después de poner en adquirirla todo su entendimiento y toda su conciencia, casi parece como que se borra en él hasta la persona, y que sólo se ve á la convicción hecha carne para actuar infatigablemente y pelear hasta el triunfo. Silvela tuvo clarividencias asombrosas, ideas de refulgente lucidez, pensamientos hondos: yo no encuentro l través de toda su obra una convicción resuelta, de aquel temple ni de uella fuerza avasalladora. Por esto, si la inteligencia de Silvela hubiera lo de esas inteligencias vulgares que no *entienden* lo que no *sienten*, y si no biera sido él hombre de escrupulosa lealtad, su convivencia con Maura biera durado muy poco, aun menos de lo que deseaban los que un día ron partidarios entusiastas y después arrepentidos de aquella unión.

En el apoyo de Maura y de los compromisos con éste adquiridos dió Silvela otra muestra de que, cuando tenía en qué ponerla, sabía tener voluntad. La «revolución desde arriba» era una cosa que, primeramente, había de chocar con los intereses políticos tradicionales de los mismos llamados á realizarla. El nombramiento de los gobernadores y las instrucciones dadas á éstos fueron el primer choque. Aquello se salía de lo usual. No se iban á enterar en los pueblos de que estaban en el poder los conservadores. Para eso no valía la pena de subir. Comenzó luego la lucha por el encasillado ó por la *predilección*, con la consiguiente demanda de *arreglos* de ayuntamientos y *trasiegos* de alcaldes que los candidatos en lucha consideraban indispensables, y comenzó Maura á decir que no, y en Hacienda se levantó banderín de enganche para los que de Gobernación huían desahuciados. Todo eso era luego un murmurar constante alrededor de Silvela, tal y tan vivo, que á los tres meses de celebrar la unión acaso no había más que un silvelista, Silvela, que no abominase de ella. Y como la prensa había empezado á padecer la parte que en la «revolución desde arriba» le correspondía, también aquellos ataques virulentos de todos los periódicos se agigantaban cerca de Silvela en daño del aliado. Acaso también volvió á repetirse aquello del «conflicto por día», cada vez que los gremios políticos se revolvían contra los golpes del revolucionario. Cuando Villaverde provocó la crisis del 25 de Marzo de 1903, si Silvela hubiera rehecho el gabinete prescindiendo de Maura, su partido y los demás hubieran respirado gozosos... Aquella crisis se redujo á la sustitución de D. Raimundo Fernández por D. Faustino Rodríguez, y Silvela fué leal al compromiso adquirido; siquiera diese como alivio á los amigos quejumbrosos alguna chirigota inofensiva respecto del superhombre, y gracias á esa lealtad de Silvela pudo realizarse aquella obra, cuyos buenos efectos en la opinión se tocaron después de tal modo, que aquellos mismos conservadores que tanto padecieron en las elecciones por la manera de obrar de Maura, fueron y son sus más ardientes partidarios, sus más provechosos colaboradores, los que hoy lo aclaman generosamente por director y jefe.

La retirada.

En aquella lealtad de Silvela á la obra convenida con Maura, hay que buscar la razón de la crisis total de 18 de Julio de 1903 y la causa principal de la retirada del mismo Silvela. Maura no podía sobrevivir en el gobierno á una clara demostración de que no disponía de las confianzas necesar--
para gobernar en una monarquía constitucional. Cierto que Silvela y to
los ministros habían tomado como propia la labor del de la Gobernac
que tal quebranto le produjo; pero no pueden los gobernantes guiarse sie
pre en actos de gobierno por las mismas reglas morales que en la vida]
vada pueden ser suficientes, y Silvela debió recordar en 1903 aquella m

ma que antes he invocado y que en bien del país y de la misma monarquía aplicó Cánovas más de una vez: el que te quiere bien, te hará llorar. Disculpábase Silvela diciendo que él era hombre demasiado galante y demasiado urbano para enseñar el látigo en las relaciones sociales. No. Silvela sabía de sobra que los buenos gobernantes son los que han hecho, con látigo ó con caricias, los buenos reyes constitucionales que en el mundo han sido; pero le faltaba la fe en su obra de gobierno, y claro es que había de faltarle la voluntad para imponerla, devorando amarguras que, si en las relaciones privadas son insoportables, no se pueden excusar sino aprovechar cuando se sufren en funciones de vida pública. Era totalmente sincero Silvela, y tenía razón, cuando diciendo que no servía para eso se retiró de la política activa, y, por ende, de la jefatura del partido conservador, al que seguía asistiendo, sin embargo, con sus consejos... ó con sus bromas, que también sirven á las veces para sobrellevar las tribulaciones de la vida.

Silvela explicó su retirada hablando de las amarguras producidas en su espíritu por el desamor del país á aquellas empresas de engrandecimiento exterior que él había soñado para su patria. Otra vez hallaba sin pulso á España, sin ánimos de crearse poder militar, y eso era para sus más caras ilusiones una derrota irreparable. Silvela fué siempre, en efecto, partidario de esa política. En mil ochocientos ochenta y tantos, en el prólogo del libro del Conde de las Almenas sobre *Los grandes caracteres contemporáneos*, decía: «Nadie que tenga oídos y oiga, que tenga ojos y vea, desconocerá que España atraviesa bajo las apariencias de un período tranquilo, sosegado y modesto; una crisis gravísima que en un instante pueden convertir los acontecimientos en inmediato y tremendo riesgo de su vida, ó, al menos, de su integridad y sus dominios, tan mermados desde aquellos tiempos de la decadencia austriaca que acostumbran á mirar con lástima la mayor y más florida porción de nuestros oradores de Ateneo. Vivir sobre el Mediterráneo y el Atlántico, ser base precisa de operaciones para grande y codiciada porción de África, poseer la más preciosa estación para una lucha marítima europea, ocupar un tesoro como las Filipinas y un puerto como el que está en vísperas de cortarse en el istmo de Panamá, y contentarse con ser muy modestos, muy inofensivos y muy neutrales, con haber morigerado un tanto nuestras costumbres interiores y no dar ruidos, ni escandalizar ahora con pronunciamientos, es cosa que podrá obtener quizá una especial protección de la Providencia, por lo mismo que revela una confianza ciega en el poder infinito de Dios y en su decidido propósito de ejercitarlo en favor de España; pero, que se nos tache con razón de escépticos, podemos afirmar que aventura s peligrosa que la prolongación de esas inactividades é imprevisiones, es ícil imaginarla en el terreno de los cálculos y prudencias humanas.»

Pero el mismo Silvela sabía cómo no se improvisan esos medios de po- militar que la prudencia y el cálculo aconsejan, pues en el prólogo al li- del Sr. Sánchez de Toca sobre *El Poder Naval*, lo decía en estos términos:

«La fuerza militar no puede ser improvisado alarde de un esfuerzo histórico, sino la resultante vigorosa de un organismo económico, administrativo y político en perfecta salud.» No podía, pues, moverle á retirarse de la política ese desamor del país para aquellas arduas empresas en que el tiempo era inexcusable colaborador, entre otras cosas, porque tiempo y mucho tiempo hace falta para convencer al país de que los nuevos sacrificios para dotarse de poder militar no van á ser un mero esfuerzo á beneficio exclusivo de aquellas clases del Estado á quienes por profesión incumbe la defensa de la patria. Silvela se apartó de la política porque al cabo de muchos años de consagrarle su vida entera, con abandono de sus intereses personales y del bienestar de su familia, con quebrantos de la salud y riesgo de la vida, después de haber realizado una obra como la de 1899 y 900, ¿qué tocaba? En unos, burla desdeñosa; en otros, deslealtad capaz de todas las traiciones; en algunas partes, notoria ingratitud. Y como Silvela sabía que ni por su temperamento, ni por su educación, ni por sus gustos, sería capaz de luchar con todo eso, y creía que no valía la pena de luchar, se recluyó en su casa, entre su familia y sus negocios...

Resumen.

He ahí la vida de Silvela. Unánimemente se ha pretendido caracterizarle por una absoluta carencia de voluntad. Se le han aplicado más de una vez las palabras que escribió él, retratando á Felipe IV, al frente de las *Cartas de Sor María de Agreda:* «La vida es, ante todo y sobre todo, voluntad, y el que no usa la propia, vive necesariamente de la extraña.» Análogo pensamiento expresó él hablando de Cánovas y de Martos, y también se le han aplicado esas sus palabras: «Martos sentía por el jefe conservador inclinación sumisa, muy frecuente entre dos inteligencias poderosas que se comprenden, cuando una de ellas tiene á su favor una voluntad decidida y la otra una pereza incurable en el querer.»

Yo también he incurrido alguna vez en eso que, después de estudiar detenidamente la obra de Silvela, me parece un error. No puede verse un caso de abulia en un hombre cuya vida nos ofrece unos cuantos actos que acreditan actividad y perseverancia en el querer, cuando en esas ocasiones en que actuó la voluntad advertimos razones para que actuase que no se dan en la marcha ordinaria de la vida del sujeto. Dice Sánchez de Toca, hablando precisamente de Silvela, que «el supremo arte del político consiste en realizar un propósito por entre todas las desviaciones que en el orden regular producen las pasiones y la necedad humanas, y por entre el confuso caos de las circunstancias de la vida individual y colectiva». Siempre que Silvela tuvo el *propósito,* logró realizarlo.

El mal está en que de ordinario le faltaba ese *propósito* claro y definido. Explícome yo esa falta de propósito por dos razones: por lo que he llamado

el *escepticismo* de Silvela y por el estado presente de la vida pública en España, acaso más por esto que por aquéllo, pues en naciones donde la opinión existe y actúa vigorosamente, son, sin duda, los mejores los gobernantes que no llevan al examen de los problemas nacionales y de sus soluciones de opinión, prejuicios de escuela, ni de doctrinas, ni de resuelta fe personal. Silvela «se mantuvo—dice el Sr. Sánchez de Toca—libre de todo compromiso de secta; en ese justo fiel que no entraña ninguna indiferencia doctrinal, ninguna abdicación de conciencia ni se compadece tampoco con ninguna hipocresía de principios y convicciones, sino que es el mismo sentido práctico en la filosofía política y en la moral de la vida, por el cual se ven y se juzgan los hombres y las cosas, no sólo como debieran ser, sino también como son». Supongamos que fuera eso lo que he llamado el escepticismo de Silvela: ¿de qué utilidad puede ser tan precioso estado de ánimo en el gobernante allí donde los hombres y las cosas todas de la política se presentan, por lo que del pueblo depende y al país concierne, en este estado de confusión y de indecisión que por fuerza se ha de producir en un régimen de opinión del que falta la grande, la verdadera opinión? En estos casos, dentro de sí ha de buscar el hombre de Estado la orientación que no halla fuera, y es seguro que si esa orientación responde á lo que el país necesita, acabará por formarse la opinión que lo conforte y que lo ayude á prevalecer. Cuando fuera no se encuentra y cuando de dentro no brota esa orientación que crea aquel propósito, facultades tan excelsas como las de Silvela se malogran, con pérdida inmensa para la nación y con desgarradora melancolía para el hombre, melancolía hondísima que yo no sé si habrá sido causa del total desquiciamiento en que pereció el cuerpo de aquel insigne ciudadano.

EL VIAJE DEL REY

La rápida excursión de S. M. por las capitales de Francia y de Inglaterra se ha realizado con éxito venturoso. El mismo atentado de París contra don Alfonso XIII, al salir ileso nuestro monarca, ha venido á hacer mayor aquel éxito, por la aureola de que hechos semejantes rodean al que los padece á título de encarnación de supremos intereses de la sociedad. D. Alfonso XIII ha producido y ha dejado en todas partes agradable impresión, por el ardiiento juvenil, la serenidad generosa, la cortesía exquisita y el alegre genio que ha mostrado. Los gobiernos, las representaciones municipales y pueblo, han rivalizado en París y en Londres en el agasajo de nuestro narca y en demostraciones de cariño y de simpatías por España. Políti-nente, el Rey se ha conducido con admirable inteligencia en ambas caales, sin subrayar en Francia tanto como algunos franceses hubiesen

querido la cordialidad de relaciones, y exhibiendo en Londres amplísimo sentido de libertad y de tolerancia. No habrá dejado de sorprender á algunos, y habrá desagradado seguramente á nuestro Nocedal y sus afines, el lenguaje mantenido en la capital de Inglaterra por D. Alfonso XIII á propósito de judíos y protestantes. No hay, pues, sino motivos de congratulación sincera en los sucesos del primer viaje de D. Alfonso fuera de las fronteras del reino.

No creo que el viaje tenga, por fortuna, trascendencia alguna en la política exterior de España. Digo por fortuna, porque, á mi entender, nuestra política exterior se encuentra hoy en términos inmejorables, acaso como no estuvo hace muchos años. Ni estamos en aquel aislamiento que se preconizó durante mucho tiempo, ni en esas alianzas que algunos ambicionan. Tenemos un tratado esencialmente político con Francia—el de Octubre de 1904 sobre Marruecos,—y mediante él, por hallarse incorporado al acuerdo franco-inglés de Abril del mismo año, estamos unidos con Inglaterra. Esa cuestión de Marruecos, y los sendos puntos de vista en ella de aquellas dos naciones, son lo único que siempre constituiría un motivo y podría ser inmediatamente un pretexto para hacernos danzar en la política de las grandes potencias. Unidas por acuerdos formales en esa materia Inglaterra, Francia y España, nuestra acción exterior está perfectamente definida.

Existía el peligro de que ligerezas de gobernantes nos obligasen á ir demasiado lejos en esa unión, por obligarnos en Marruecos á papel más activo del que consienten nuestras fuerzas actuales, y ese peligro se ha desvanecido con la reciente crisis ministerial francesa. No significa ni podría significar, como aquí han dicho algunos periódicos, la caída del ministro Delcassé la anulación de lo actuado y convenido por Inglaterra con Francia y por Francia con España; pero significa sí la derrota de los que querían ir demasiado de prisa en la modificación del presente estado de Marruecos.

Alemania ha triunfado con eso, y tanto como Alemania, España é Inglaterra y la tranquilidad de Europa y del mundo. Se reunirá ó no la nueva Conferencia á que el Sultán invita á las potencias que firmaron el antiguo tratado de Madrid. Reúnase ó no, es de creer que Francia, Inglaterra y España mantengan su inteligencia en la cosa, y Alemania se contentará con que tengan la garantía de esa conferencia los acuerdos entre aquellas naciones, para que no pueda Francia caer en la tentación de extremar ni de anticipar su alcance.

Cuando esta crónica se escribe no se sabe por modo cierto lo que el viaje del Rey haya podido influir en los proyectos de su futuro enlace, y tema este, por tanto, que ahora ha de quedar aplazado.

Salvador CANALS

REVISTA DE REVISTAS

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Contemporary Review (1).

Las hostilidades continúan, pero faltan las noticias, ó mejor dicho, no hay nuevos hechos de guerra por tierra y mar que modifiquen la situación. Tal es el resumen de los comentarios de Dillon, el cronista cuyos artículos hemos reseñado en otra ocasión. A decir verdad, el interés de su artículo no se disminuye por eso, porque se aprovecha de la calma aparente, esperando la recrudescencia para fijar la atención sobre dos puntos igualmente importantes. Hay, en primer lugar, las posibilidades y probabilidades de la paz. No puede negarse que las condiciones eventuales hayan sido examinadas, al menos, por *outsiders* que están al lado del Czar. La Rusia se decide á rehusar á toda negociación si el Japón se basa en una indemnización de guerra, que ascendería, sin duda, á dos ó tres millones de francos. Los rusos dicen: «Dar esta suma al Mikado es proporcionarle el medio de aumentar considerablemente las unidades de su flota y hacernos imposible adquirir la superioridad durante muchas generaciones. Negársela, si podemos disponer de ella, es por el contrario conservar lo que es necesario para prolongar la guerra: estando como estamos seguros de salir victoriosos en el último momento, si podemos hacerla durar hasta que nuestro enemigo esté agotado.» Así razonan ciertos políticos rusos que discuten los derechos que el Japón tendría, en el estado actual de sus posiciones y de sus éxitos, á reclamar una indemnización de guerra. «Semejante exigencia, afirman, no podría formularse sino de parte de un beligerante que ya se ha internado en el territorio del adversario, como sucedería si, por ejemplo, Oyama ocupase efectivamente una porción de la Siberia. Entonces, el pago de la indemnización correspondería á un cambio. Por de pronto, Rusia no conviene en eso. Puede, pues, pasar á la orden del día.» A lo que el Japón puede responder: «La indemnización de guerra no sería para nosotros sino una compensación de nuestras pérdidas en el pasado y una garantía de seguridad en el porvenir. No hemos tomado las armas sino porque hemos sido obligados á ello. Los documentos lo demuestran. Rusia ha renovado la fábula del lobo y del cordero,

(1 [illegible] de Mayo.

acusándonos de enturbiar el agua. Se ha imaginado que ella seguiría siendo el lobo y nosotros el cordero; que la razón del más fuerte sería siempre la mejor. La moral ha llegado á ser otra. Hemos sido forzados á la lucha. Se pierde: ¡que se pague!» Por estas razones plausibles, los consejeros del Mikado se atienen á sus legítimas conclusiones: «Nada de paz sin indemnización, ó, en otros términos, nada de negociaciones que excluyan de antemano la cuestión de la indemnización.» En realidad no hay cambio de opiniones á este respecto entre los beligerantes; á lo sumo se puede hablar de una comunicación telepática. Sea lo que quiera, si se hiciese la paz no sería más que un armisticio, en sentir de la burocracia rusa, durante el cual se prepararían los beligerantes para el desquite, poniendo en ejecución el vasto proyecto de reforma naval desarrollado por un almirante ruso en París, en sus confidencias á un simpático periodista. Se confía también en Rodjestvensky, cuya escuadra está, según asegura Dillon, en condiciones mejores de lo que se cree: el 5 por 8 de las unidades que la componen son completamente modernas, y el 4 por 5 de éstas están armadas con arreglo á los últimos principios de la ciencia naval, mientras que los pesados cañones japoneses podrían ser mucho menos eficaces en un encuentro con la flota del Báltico de lo que fueron ante Puerto Arturo bombardeado á distancia. Dillon cree que no se pueden reducir las dos flotas enemigas, que pronto van á medir sus armas, á un denominador común. Todo lo que puede hacerse por ahora, según él, es que «los beligerantes se parezcan á dos jugadores, de los cuales el uno no ha cesado de perder y echa el resto en su última jugada de dados.»

LA TÉCNICA Y EL SIMBOLISMO DE RODIN

La Renaissance Latine (1).

Después de pasar por unos años de obscuridad (juventud pobre, trabajos subalternos con Carrier-Belleuse, repulsas en los salones), Rodin fué en 1867 á Bruselas—dice Camilo Manclair—á trabajar con Van Rasbourg en el frontón de la Bolsa y en otras diversas obras. Allí estuvo diez años. De este período de su vida no sabe nada el público. El estudio obstinado y silencioso lo ocupó todo. Durante esos diez años de retirada adquirió Rodin conciencia de sí mismo. Reapareció en 1877 con *La Edad de bronce*, y después sus obras se sucedieron sin interrupción, unificadas por un método y una voluntad exentas de dudas. En realidad, todas sus obras fueron concebidas en el período de Bruselas. Cuando se presentó al público sabía ya lo que iba á hacer, se había planteado todas las cuestiones esenciales y había respondido á ellas. El aislamiento

(1) 15 de Mayo. Este artículo adquiere doble actualidad con la venida á España del insigne autor de *El Pensamiento* y el banquete con que le han obsequiado los artistas españoles.—*N. Reader*.

había sido precioso. Por lo general, un artista obtiene un éxito en su juventud, luego modifica sus concepciones y se le sigue, se cuenta con él, da testimonio de su evolución, de sus dudas, de sus investigaciones ante un público que, atraído por su éxito del principio, exige que no vacile y dé sin cesar mejores pruebas de su talento. Esta formación, á la vista del público, es peligrosa. A Rodin se le conoció ya formado por completo y su personalidad se reveló ya constituída y sin retoques probables. Hubo que tomarlo tal como era.

En este período decenal es cuando la técnica y la ideología de Rodin se han formado, y de esa época hay de datar la construcción subyacente de que sólo han sido resultado sus obras reveladas. Cuando Rodin ha hecho sus obras, ya hacía mucho que se las «sabía de memoria». Algunas estatuas han esperado quince años antes de ser ejecutadas en tres meses con arreglo á un boceto anterior. Se admira su producción rápida, que representa un esfuerzo enorme: y es que no se sabe la fecha verdadera de este esfuerzo. Rodin es uno de los hombres que más desconfían de su instinto; lo contrastan minuciosamente y tienden por un largo trabajo de revisión á conservarle toda su fuerza, sin dejarle, no obstante, nada de fantasía. Como Baudelaire ó Poe, á quienes admiro, Rodin es un estético enemigo de lo que se llama «la inspiración», cuando ésta aspira á disculpar el descuido y ver en la negligencia la prueba de lo natural. Así lo había previsto todo y no había «inventado nada á capricho», á no ser desde 1897. Y aun esta nueva manera, que ha sorprendido y hasta escandalizado (con el *Balzac*), no es más que el desarrollo lógico de ideas anteriores.

Examinemos estas ideas, dice Mauclair. «El rasgo dominante del temperamento artístico de Rodin, es el deseo de expresar el carácter pasional de los seres. Este es el fondo de la naturaleza: un arte, no *estático*, sino *dinámico*, en cuanto lo admite la literatura. Este deseo conduce al estudio del movimiento, como al secreto mismo de ese arte. Por consiguiente, es necesario dar á las siluetas mayor significación: es preciso que al pasar alrededor de las estatuas se descubra en sus aspectos sucesivos con qué justificar y equilibrar los perfiles, quitarles la apariencia inusitada ó absurda que la audacia del movimiento les conferiría. Es necesaria, pues, una armonía, una lógica de las formas, resultante del equilibrio en las diversas siluetas de una figura. Observemos que la estatuaria, por lo general, en nuestra época, se cuida poco de este punto de vista. Desea que el espectador, inmóvil en un punto escogido, contemple una estatua como un bajorrelieve ó como una figura colocada en un jardín: si trata de girar en derredor, apenas ve más que el reverso de la obra. Todo está calculado para el efecto único de la estatua vista desde un punto determinado. Rodin piensa, por el contrario, en virtud de su estudio de los antiguos, que no se debía trazar una figura buscando todos sus perfiles, enlazándolos por planos sucesivos, y trabajar girando constantemente alrededor de ella. Así los antiguos obtenían *el dibujo del movimiento*, que debe poder verse igualmente desde todos los puntos y no desde uno solo».

movimiento modifica la anatomía. Esta ciencia es indispensable. Pero si

se toma en sí misma, se convierte en un manantial de errores: es el no-acto, es la muerte. Nos enseña el detalle de un mecanismo, pero si queremos traducir la acción y la vida, debemos recordar el pensamiento, la energía vital, transformar los aspectos del organismo: La vida superpone al dibujo anatómico, el dibujo del movimiento. Ahora bien: el valor no sólo anatómico, sino vivo de una figura, ¿cómo expresarlo? Indudablemente por el estudio de los perfiles sucesivos á la luz. Además, se exige fondo á una figura. El procedimiento más común es el bajorrelieve, pero en él la figura, aunque se destaca, queda prisionera. Querer una estatua libre, visible desde todos lados, es legítimo; pero eso es privarla del recurso de un fondo. Las estatuas ordinarias parecen recortadas secamente sobre los verdores ó los muros que las rodean. ¿Cómo aislar una figura conservándole el beneficio de un ambiente favorable? ¿No parece contradictorio querer á la vez conservarle el benefiico de un fondo y hacerla visible de todos lados?... Rodin trató de resolver una dificultad, que ponía trabas á toda su concepción del movimiento y de la expresión de las ideas por el lenguaje de las actitudes variadas.

Para él, en efecto, el desnudo tiene una significación especial. Como á Miguel Angel, lo único que le interesa es el cuerpo humano, y éste es una cifra de combinaciones infinitas, un *lugar geométrico* de fuerzas, una síntesis de energías de la cual se pueden sacar fórmulas sin limitación. Rodin tiene á este respecto opiniones casi teológicas y místicas, que se encuentran en los grandes artistas del Renacimiento, principalmente en Vinci, que las expresó á maravilla. Estas opiniones son comunes á los grandes dibujantes, á los ocultistas orientales, á ciertos filósofos, y se reproducen en los simbolismos de todas las religiones: limítome á recordar que la cruz se considera por los místicos, no sólo como el instrumento del suplicio divino, sino también como la imagen del hombre rezando con los brazos extendidos, de suerte que el cristiano rezando en esta postura representa el suplicio de su Dios, y todo junto figura con sus cuatro miembros los cuatro puntos cardinales, etc. Pero esto nos llevaría demasiado lejos, y si aludo á ello es para demostrar la extrema importancia que Rodin, muy enamorado de los simbolismos antiguos porque se conformaban al sentido profundo de la naturaleza, concede al cuerpo humano. Según él, el estudio del desnudo, muy abandonado actualmente, contiene los secretos esenciales del arte y es una idea clásica y muy exacta. Es estar de acuerdo con el Renacimiento y con los antiguos, pensar como él piensa, que la representación del cuerpo humano es el objeto más elevado de las artes plásticas, porque, en efecto, el desnudo contiene virtualmente un simbolismo de geometría, de estética y de religión. Mas para hablar ese lenguaje, hay que saber h[...]er visibles esos símbolos, y para eso renovar las presentaciones del desnud[...]or la combinación original de las actitudes y la relación imprevista de los m[...]bros con el torso. El simbolismo es aquí inseparable de la plástica. ¿Có[...], pues, resuelto á libertar sus figuras del fondo convencional (bajorrelie[...]s, verdor ó muros circunscribientes), ¿podrá crear Rodin un ambiente, un f[...]

aéreo? La pintura tiene dos especies de recursos para hacer recortar una figura en la atmósfera. ¿Podía tomarlos de ella?

El primero de estos recursos estriba en lo que se llaman los *valores*. Pueden definirse como las relaciones de opacidad ó de transparencia de un objeto y de un fondo sobre el cual se ve. Los valores son independientes de los colores: se los puede reducir al negro y al blanco. Si se trata de un objeto más claro ó más sombrío que su fondo, el grado de valor da la silueta é indica la distancia, el plano donde está situado ese objeto entre nuestros ojos y el fondo, y poco importa que sea rojo ó verde. El valor que indica el plano es, pues, un elemento común á la pintura y á la escultura. Rodin era lógico buscando primero el *volumen*, es decir, la ópacidad, el valor y el dibujo de los planos sucesivos de un movimiento. El segundo recurso son las tonalidades intermedias, por las cuales el pintor lleva nuestra vista desde una figura hasta el fondo, por medio de zonas radiantes que rodean esta figura y participan á la vez de su coloración propia y de la del fondo. Estas zonas son la figuración de la atmósfera y ayudan á comprender la distancia entre nosotros y la figura y entre la figura y el fondo. ¿Cómo lograr la adaptación de este recurso á la estatuaria? Rodin estudió los antiguos—porque todo su arte ha venido de ellos—y no á los góticos, como se ha dicho muchas veces. Notó entonces que los antiguos, que hacían casi exclusivamente estatuaria para contemplarla al aire libre, sobre el fondo del cielo, habían conseguido evitar la sequedad y el recorte de las siluetas, reforzando arbitrariamente los modelados de ciertos planos, principalmente exagerando algo las curvas. Rodin comprobó esta ley, la experimentó retocando ciertos bocetos ó fragmentos y realizando en ellos el refuerzo progresivo de ciertos planos. Quedó satisfecho del resultado, pero comprendió en seguida que estaba en el límite peligroso donde su arte se confundía con los otros: en la negación de la materialidad de las artes. Tonos intermedios de la pintura, modelados radiantes de la estatuaria, ¿qué eran sino la equivalencia de las radiaciones de efluvios que la fotografía comprueba alrededor de las manos, es decir, da prueba de que ninguna superficie termina allí donde nuestros ojos suponen? Nada está detenido, nada está acabado en la naturaleza; no hay más que un estado radiante, un paralelismo de ondas sonoras, luminosas, magnéticas, cuyo manantial es único, y se llama fuerza vital, fluídica, rítmica, cromática, según el caso. ¡Idea científica, sí, pero peligrosa para la escultura!: pudiera clamarse con razón aparente. ¡Hacéis ocultismo en estatuaria, vais á deformar lo visible, á falsificar la anatomía, á caer en lo arbitrario y en lo absurdo! Se necesitaba, pues, mucho silencio y mucha prudencia. Por eso Rodin tardó mucho tiempo en presentar sus obras basadas en este principi-

¿ ı innovador? Se creyó así y se dijo; nada más inexacto, sin embargo. En real lad, la teoría de la amplificación razonada de los planos (es su nombre más propio), es absolutamente clásica. Es clásica, pero de ningún modo acadén ... Estos dos términos, que pasan por anónimos, representan en realidad

una contradicción secular. El academicismo ha confundido siempre lo exacto con lo verdadero, la apariencia con la realidad segunda y esencial, que es la única realidad válida en arte. Reaccionando contra todas las fórmulas que se han extraído, con razón ó sin ella, del arte antiguo, Rodin no ha querido más que observar, trabajar; con el amor profundo de las formas, con el respeto de su belleza orgánica, ha reconstituído las observaciones que este amor y este respeto sugerían á los griegos ante la vida. Ha meditado sobre eso durante muchos años, porque es sumamente cauteloso y se esfuerza por olvidar los métodos adquiridos más bien que por combinarlos, y tiende á contemplar la naturaleza con el estado de alma de un humilde. *La lentitud es una belleza*, dice á menudo. Aborrece *la escultura con intenciones literarias* y sólo es sensible á los elogios que atañen á su ejecución, impacientándole los que se hacen de sus ideas. Oigámosle hablar (1): «Yo no soy más que un obrero. Yo no invento nada; yo reproduzco. Lo que hago parece nuevo porque se han perdido de vista el fin y los medios de mi arte. Se toma por una innovación un regreso á las leyes de los antiguos; y estas leyes no son las que les han atribuído muchas generaciones de artistas mediocres para legitimar sus propios errores. Eran observaciones hechas ante la naturaleza por realistas sinceros. No niego que yo pienso, que tengo afición á los símbolos y á la síntesis, pero no los invento con arreglo á la literatura para interpretarlos esculturalmente. La Naturaleza es la que me los presenta; la Naturaleza ofrece símbolos y síntesis en el seno de la realidad más estricta; basta saber leerlos. ¡Cuántas veces un nudo de madera, un bloque de mármol, por su configuración, me han dado una idea, la dirección de un movimiento: parecía que estuviese allí enterrada una figura y que todo mi trabajo consistiese en horadar la ganga que me la ocultaba. No imito á los griegos. La Escuela enseña que hay que copiarlos. Creo que lo esencial es restaurar su método, y este método no es un cuaderno de recetas, sino un estado contemplativo en el que hay que colocarse. He comenzado por estudios muy fieles de la Naturaleza, como *La Edad de Bronce*. Luego he comprendido que había que elevarse á una realidad más alta, que es la interpretación de la Naturaleza por un temperamento. Así he llegado á la exageración lógica de las formas, á la búsqueda del carácter, á la simplificación razonada. He comprendido la necesidad de sacrificar un detalle de una figura á su geometría general, una parte á la síntesis del aspecto. Ved lo que han hecho los góticos en su arquitectura: y mi arte procede de la arquitectura como de la geometría. Un cuerpo es un edificio y un poliedro. ¿Qué es la escultura? El arte del agujero y de la abolladura. Hay que acentuar la salida de los músculos, forzar los escorsos, horadar los agujeros; hay que evitar lo que es liso y sin modelados. Los ignorantes, ante planos cerrados y exactos, dicen: *No está acabado*. La noción de lo acabado es tan peligrosa como la de la ele-

(1) Fragmentos de conversaciones con Mlle. Judith Cladel, consignadas en su libro *Auguste Rodin pris sur la vie*, y con el autor de este estudio, recogidos en parte en un fragmento sobre el *Balzac*, publicado en *La Revue* (1898.)

gancia: todas dos pueden matar un arte. Se obtiene la solidez y la vida por el trabajo ejercido, no en la perfección de los detalles, sino en la exactitud de los planos sucesivos. El público, extraviado por el prejuicio, confunde el arte y la propiedad. Admira un moldaje del natural, una copia exacta, pero sin movimiento ni elocuencia. Lo importante es ejecutar un modelado buscando la línea activa del plano, reproducir los huecos y las salidas, obtener así hermosos efectos de luz y sombras sin opacidad. Propasarse de esto según la tonalidad que ha de reproducirse es amplificar según el tacto y el temperamento que se posee: es una ley, no una receta, y esta ley está en los antiguos, en Miguel Angel. El criterio es trabajar por los perfiles, en profundidad y no de frente. Es, pues, una cuestión de técnica y no de idealismo, y las ideas que se encuentran en lo que yo hago, no tienen nada que ver con eso. El espíritu del espectador las deduce de mis formas.»

En resumen, Rodin se afirma como un realista, un técnico. Este supuesto revolucionario no ama el academicismo; pero es porque ve en él la parodia, la falsa interpretación y la degeneración de los verdaderos clásicos. Admira á los egipcios, los griegos y el Renacimiento. Admira también á los góticos, pero confiesa comprenderlos peor (1). Es, en efecto, un estatuario apasionado, pagano y poco místico, cuya contemplación no es más que un realismo reforzado. Con las obras de Rodin nos encontramos en pleno ideo-realismo, en plena metafísica. Así su manera de hacer comienza con las últimas conclusiones de la ciencia moderna, que ha arruinado la antigua concepción de la materia y abolido los prejuicios de la idea opuesta al hecho. Después de los trabajos de Crookes, Roentgen, Hertz, Helmholtz, la telegrafía, los rayos catódicos, la polarización, la interpenetración, la disimetría molecular, ya no queda nada de *material* en la idea de la materia, y las propiedades sensibles de sus diversas artes se transmiten de una á otra, sean mármol, sonidos, colores ó ritmos en su presentación. Síguese de aquí que nuestro medio capital de conocimiento estético ó científico consiste en la facultad de comparación, de analogía. El mayor poeta, y en general el mayor artista, es el que comprueba más analogías y las descubre donde no se sospechaban, y la analogía espontánea es la señal del genio, porque permite á un hombre encerrar en una forma dada el mayor número de alusiones á todas las formas, y, por consiguiente, hacer de su obra el símbolo representativo de todos los signos naturales. Rodin, aunque protesta de ser otra cosa que un probo obrero cuidadoso de técnica lógica y clásica, nos ha llevado á estas conclusiones. En efecto, la contemplación de la naturaleza concilia el realismo y el idealismo, que no son más que frases. La contemplación revela que todo se reduce á signos, y á signos de signos, y los elementos de lo real toman el valor de nociones abstractas. El culto del plan y del modelado ha engendrado en la estatuaria todo un simbolismo. Es, pues, lícito ha-

(1) No obstante, ha analizado muy bien el alma de las catedrales góticas en un interesante estudio publicado en la *North American Review*. (Febrero de 1905.)—*The Reader*.

blar del simbolismo de Rodin: sólo que no se ha visto en qué consistía. Lo que llamaba su simbolismo era su imaginación en la agrupación y la variedad expresiva de sus personajes, y todo su simbolismo consiste en su manera de interpretar la forma. Por lo demás, es simplemente un hombre apasionado del movimiento, de la pasión, de lo trágico, que toma asuntos en el Dante, en la historia ó en la mitología, y quiere tratarlos por la expresión más directa, más general, más sencilla. Su arte se lee fácilmente; no tiene intenciones sutiles ú obscuras; como Puvis de Chavannes, Rodin descarta toda alegoría complicada. Se ha mantenido fuera de todas las escuelas. Así ha venido á formularse todo un sistema á la vez moral, artístico, filosófico y escultural, á coordinar todos sus pensamientos y á forjar una visión de la vida. Se ha hecho de él un espantajo contra el academicismo, siendo así que no se ocupa nada de éste. Se han encomiado hiperbólicamente sus concepciones: si es cierto que, por una parte, son sensuales y nerviosas, si su tipo de predilección es la mujer combada, flexible y menuda, de rostro violento, tal como la escogieron Baudelaire y Rops, no se encuentra en esta escultura ni el erotismo, ni la demonialidad, ni el menor carácter de decadencia en las intenciones. Ese arte no tiene nada que halague la perversidad de los *dilettanti* del *extremecimiento inquieto* (*frisson trouble*). Es sano por el realismo, la fuerza, el estilo y la verdad. Y la parte principal de la obra interpreta á Dante, á Hugo (1), la mitología, con un romanticismo apasionado, cuyos arranques, sentimientos y gestos son siempre comprensibles. Rodin ha escrito sobre lo Antiguo (en *El Museo*, al principio del año pasado), reflexiones muy significativas que no intentamos reproducir por su magnitud, donde, impugnando el academicismo con cautela, deja en pie lo clásico. «Por eso—concluye Mauclair—cuando oigo hablar del modernismo, del baudelarianismo y de tantas otras cosas á propósito de Rodin, me digo que se comete un error, que él trabaja muy á distancia de las brillantes y fugaces teorías de esta época, cuya trepidación exaspera y enmohece á la vez la inteligencia y que es el único artista de la época actual que nos da la perfecta sensación del clasicismo y de lo Antiguo.»

LA LLAMADA CIENCIA DE LA SOCIOLOGIA

Independent Review (2).

Así se titula un notable artículo del novelista Wells. Empieza por indicar la poco satisfactoria diversidad de opiniones con respecto á la sociología. «Es indudablemente, dice, una de esas vagas palabras, á las cuales todos atribuyen un significado que nadie puede precisar... Creo que volver á la metafísica, á ese terreno donde tan desdeñosamente rehusaron entrar Comte y Herbert

(1) Bueno será notar que Hugo, Dante, Rousseau, Baudelaire, Gluck y Beethoven, son, según confesión del artista, sus mayores motivos de emoción.
(2) 1.º de Mayo.

Spencer, es la manera de desenmarañar el embrollo que actualmente condena á la sociología en conjunto á una futilidad.» Con esta audaz afirmación, Wells pasa á combatir la moderna deificación de la ciencia, la supuesta sabiduría que se rinde á *la ilusion de la exactitud*. De esa ilusión acusa á Comte y á Spencer como sus apóstoles más eminentes. Luego añade: «Sin embargo, es posible sostener—y cada vez va siendo más considerable el número de personas que la sostienen—la opinión inversa: que el cálculo, la clasificación, la medida, toda la estructura de las matemáticas es subjetiva y engañosa y que la unidad de los individuos es la verdad objetiva. Cuando el número de unidades tomadas disminuye, la suma de variabilidad aumenta, porque la individualidad progresa cada vez más. La química y la física dan resultados que están más en armonía con la hipótesis matemática que, por ejemplo, la bacteriología; la bacteriología más que la mineralogía, la mineralogía más que los experimentos horticulturales de Batesor, éstos más que las generalizaciones de la zoología y éstas más que la antropología, sencillamente porque en cada caso respectivo, la ciencia trata de una unidad mayor más compleja y de un número más reducido de unidades; y la individualidad se escapa. Si tomáis hombres á miles de billones, podéis generalizar sobre ellos como sobre los átomos; si tomáis átomos simplemente, veréis que son tan individuos como vuestras tías y sobrinos. Esa es, concisamente, la creencia de una minoría, la creencia sobre la cual está basado este artículo».

Continúa diciendo que el llamado método científico sólo existe en la ciencia, de la cual puede estar ausente la unidad del individuo. Luego, con su audacia característica, Wells afirma: «Los grandes adelantos hechos por Darwin y su escuela en biología, no fueron llevados á cabo (y esto debe recordarse) por el método científico tal como generalmente se concibe. No había diferencia esencial entre el establecimiento de sus generalizaciones y una investigación histórica bien dirigida. Verificó una investigación en la historia pre-documental. Recogió noticias en las líneas señaladas con algunas interrogaciones, y el conjunto de su obra fué la digestión y el análisis crítico de todo eso. Su calidad de documentos y monumentos tuvo fósiles y estructuras anatómicas y huevos en germen que eran demasiado inocentes para engañar, y así estaba muy cerca de la sencillez. Mas, por otra parte, tuvo que mantener correspondencia con ganaderos y viajantes de varias clases, especies perfectamente análogas, desde el punto de vista de la evidencia, á los historiadores y á los escritores de memorias.»

Después nota que para la mayoría de las personas la palabra ciencia implica la calidad de la certidumbre. Agrega: «El saber cómo se verifican los movimientos de los cometas y de los vehículos eléctricos, es indudablemente *ciencia cierta* (1); é indiscutiblemente Comte (que no veía nada en Platón), y

(1) *Cocksure science*: este es el atrevido giro que emplea Wells. *Cocksure* es un adjetivo de la lengua vulgar inglesa que significa cierto, seguro, pero con más fuerza que *sure* ó *certain*; creo que su versión más adecuada es ese otro giro vulgar de nuestra lengua.—*The Reader*.

Spencer (que no podía leer á Kant), creyó que la ciencia cierta debía extenderse á todas las cosas concebibles. El hecho de que Herbet Spencer llamase á cierta doctrina el individualismo, nada revela sobre la cualidad no individualizante de sus hipótesis primarias y de su contextura mental. Creyó que todo era finalmente calculable; creyó que la individualidad (la heterogeneidad) fué y es un producto evolutivo de una homogeneidad primitiva, y la idea de que sería inextricable en la naturaleza de las cosas nunca entró probablemente en su cerebro. Pensó que la unidad idénticamente semejante crea y crea átomos, moléculas, compuestos inorgánicos, protoplasmas, protoplasmas conscientes y así sucesivamente, hasta que al fin el cerebro se repliega en la agregación.»

Wells insiste y se esfuerza en sostener audazmente que los árduos métodos positivos son menos prósperos, según que tratamos de individuos más grandes y menos numerosos. Y, por consiguiente, «comprobaremos que todo lo que se habla de la organización de la sociología, como si ahora el sociólogo anduviese por el mundo con la autoridad de un ingeniero sanitario, es y seguirá siendo un contrasentido. Contemplaremos con una caridad menos crédula la sociología, que imita á la zoología, parodia á la fisiología y emula las más ruines obscuridades del biólogo teórico». Conviene con los positivistas, en que la sociología está en el límite extremo de la escala de las ciencias moleculares. «En estas últimas hay una infinidad de unidades: en la sociología sólo hay una unidad, como comprendió Comte... La sociología no debe ser arte ni ciencia en el sentido estrecho de la palabra, sino conocimiento acumulado por la personalidad, es decir, literatura, en la acepción más noble de la palabra». Con esta base, saca deducciones inauditas el célebre autor de *La Máquina de explorar el tiempo:* afirma que tendremos que sustituir á la clasificación de las ciencias sociales, una investigación en las principales formas literarias, que sirven á los fines sociológicos. Una de estas es la historia, tal como la hicieron Buckle, Atkinson, Lecky y Gibbon. «La historia de la civilización es realmente la ciencia de la aparición y de la reaparición, de las tentativas, vacilaciones y alteraciones, de las manifestaciones y reflexiones en este espíritu ó en aquél de una idea muy completa, imperfecta y engañosa: la idea social. Esa idea pugna por existir y realizarse en un mundo de egoísmo, animalismos y materia bruta. Pienso, pues, que la creación de utopias es el método propio y distintivo de la Sociología».

¿QUIÉN HA COMENZADO LA GUERRA?

La Revue (1).

El barón Sumeyatsu hace algunas aclaraciones al artículo del mismo t[illegible] o que ya hemos resumido para los lectores de NUESTRO TIEMPO en el número [illegible]-terior; aclaraciones sugeridas por un artículo publicado en el *Russ*, periódico

(1) 15 de Mayo.

ruso, que en respuesta al suyo de *La Revue* del 1.° de Abril. «El artículo del *Russ*, dice, me parece superficial y lleva muy lejos sus acusaciones contra el Japón, completamente desprovistas de fundamento. Es lamentable que ciertos publicistas rusos no se muestren bastante escrupulosos en cuestiones que atañen igualmente al derecho y á los hechos. El artículo ruso puede dividirse en dos partes para facilitar su examen. La primera parte se reduce esencialmente á esto: el Libro Blanco publicado por el Gobierno japonés no contiene más que correspondencias telegráficas cambiadas entre el Gobierno del Mikado y su representante en San Petersburgo. El Libro Blanco no es, por consiguiente, análogo á las colecciones de documentos diplomáticos publicados en Inglaterra, en Francia y en Italia, y es, por lo tanto, incompleto. Las citas y los argumentos del barón Suyematsu se fundan en el Libro Blanco; luego inducen á error.» Es una insinuación injustificable que el Gobierno japonés haya disimulado algunos documentos diplomáticos cuando ha publicado el Libro Blanco en cuestión. Por lo demás, el autor no demuestra que haya habido otros documentos que no figuren en el Libro. Es cierto que el Libro Blanco del Japón difiere, por ejemplo, de los Libros Azules de Inglaterrra y de los Libros Rojos de América, porque estos últimos publican periódicamente toda clase de documentos diplomáticos, telegráficos ó de otra especie, mientras que el Japón no publica un libro sino cuando la importancia de las negociaciones acerca de un asunto particular exige que se dé conocimiento al Parlamento. Sin embargo, cuando se toma esta medida, nunca hay disimulación de documentos en cuanto que éstos se refieren al asunto. Los documentos relativos á las negociaciones ruso-japonesas que han precedido á la guerra actual, se encuentran *todos* en el Libro Blanco y *no hay otros*. Si se compone de despachos telegráficos, es porque, á los ojos del Japón, los negocios exigían una pronta expedición y no permitían recurrir al método lento de envío por la posta. Por parte de la Rusia es un hecho conocido que había tomado por costumbre la táctica de disfrazarse y, por consiguiente, no había remitido al Japón ningún despacho por telégrafo ó por escrito que los que figuran en las páginas del Libro Blanco. En todo caso, no hubo ninguno que pudiese tener por resultado cambiar en nada el curso de las negociaciones. Si el autor del artículo persiste en su aserto de que hubo documentos suprimidos adrede, ¿por qué no los publica para hacer la luz? No sirve absolutamente para nada formular acusaciones semejantes arguyendo con simples suposiciones sin aportar ningún testimonio decisivo que las corrobore.

La segunda parte del artículo ruso es más importante. He aquí el fondo: «La respuesta rusa al Japón ha sido definitivamente confirmada el 2 de Febrero de 1904 (20 de Enero según el antiguo estilo) y telegrafiada el 3 de Febrero (2[illegible] de Enero según el antiguo estilo) por la noche; Rusia comprendía su urgencia, y por esta razón, haciendo excepción á la regla de que las comunicaciones de esta naturaleza se transmitan al virrey en el Extremo Oriente y por él al agente ruso en Tokío para evitar la pérdida de tiempo; pero simultánea-

mente la ha telegrafiado al barón Rosen en Tokío. El telegrama dirigido al ministro ruso debe haber llegado á Tokío en la mañana del 3 de Febrero (21 de Enero en el antiguo calendario). La respuesta real era tal que, habiéndola recibido, el Japón no podía romper las relaciones diplomáticas y comenzar las operaciones militares. Así, pues, el Japón ha retenido el telegrama del ministro ruso de los Negocios Extranjeros, lo mismo que el del virrey, hasta el 7 de Febrero (25 de Enero en el antiguo calendario), y entre tanto, el 3 de Febrero y el 4, hubo un Consejo de ministros al cual asistieron los ministros japoneses y los hombres de Estado beneméritos, y donde se decidió, finalmente, declarar la guerra. El hecho de que los telegramas fueron retenidos era una violación flagrante del derecho internacional, y prueba al mismo tiempo indiscutiblemente el deseo que tenía el Gobierno japonés de no recibir respuesta favorable.» Esa es una acusación gratuíta. El autor ruso parece darse cuenta exacta del curso de las negociaciones y comprender que el 2 de Febrero fué una fecha muy importante. Basta poner en frente de este aserto el telegrama siguiente del ministro del Japón en San Petersburgo, documento contenido en el Libro Blanco para comprobar que hay contradicción absoluta entre el aserto del *Russ* y los hechos mismos: «Para responder á la pregunta del conde Lamsdorff, fuí á verle á las ocho de la noche el 4 de Febrero. Me dijo que la respuesta acababa de ser enviada en substancia al almirante Alexeieff para transmitirla al barón Rosen. Añadió que el almirante Alexeieff introduciría acaso algunas modificacones que respondiesen á las circunstancias locales, pero que, según todas las probabilidades, no habría cambios. Declaró entonces que, en su opinión, la Rusia se atiene al principio de independencia y de integrialidad de Corea, considerando como necesario el tránsito libre del estrecho de Corea. Aunque Rusia consiente en hacer todas las concesiones posibles, no desea ver á Corea utilizada para operaciones estratégicas contra Rusia, y cree útil, para consolidar las buenas relaciones con el Japón, establecer de común acuerdo una región intermedia entre los confines de influencia directa y de acción de estos dos países en el Extremo Oriente. Lo que se dice aquí es la expresión personal, y no podría agregar si es la substancia de la respuesta mencionada más arriba, aunque parezca probable.»

Debo preguntar al autor del artículo ruso: si la respuesta se confirmó definitivamente el 2, ¿qué necesidad había de esperar hasta la noche del 3 para telegrafiarla? ¿Por qué no se puso hasta la tarde del 4 en conocimiento del ministro japonés en San Petersburgo, que tenía derecho á informarse de todo lo más pronto posible en aquellas circunstancias, sobre todo si la redacción de la respuesta era tal como afirma el autor? No; jamás se telegrafió en la fecha y de la manera que el autor supone. El conde Lamsdorff dijo á Kurino, á una hora avanzada de la tarde del 4, que la substancia de la respuesta rusa acaba de ser enviada al almirante Alexeieff. Eso significa que la substancia sola de la respuesta había sido expedida esa misma tarde, es decir, el 4, como una especie de consulta pedida al almirante. En cuanto al tono de la respuesta, si se

referimos á la declaración hecha por el conde Lamsdorff á Kurino, como expresión de su opinión personal, no es difícil comprenderlo. «No era otra cosa que una retrogresión; se entraba en el camino ya abierto con el simple proyecto de prolongar las negociaciones. Agregaré que si la respuesta hubiera sido formalmente de tal manera que se hubiera juzgado útil telegrafiarlo directamente al baron Rosen, no se qué necesidad había de ocultar su tono exacto á Kurino. Este, que parece haberse ocupado toda la noche del 4, después de haber llegado á la legación, de redactar y cifrar el despacho, lo despachó á las cinco y cinco de la mañana; el 5 llegó á Tokío muchas horas después de expedirse las notificaciones finales del Japón, poniendo fin á las relaciones amistosas entre Rusia y Japón. Si la respuesta hubiera llegado antes de esa hora, no creo que hubiera salvado la situación, como indica claramente el texto mismo de su contenido. En cuanto á la supuesta respuesta rusa, no llegó jamás al Gobierno del Japón, y aun cuando hubiera llegado, nunca pudo ser como el autor ruso afirma, sin dar prueba alguna».

The READER



REVISTA BIBLIOGRÁFICA

Azorín.—La ruta de Don Quijote.—**Madrid, 1905.**

Cada vez me va admirando más en las obras de Azorín esa perfecta fusión—que nunca llega á confusión — del cerebral y del sentimental. Ha llegado á formarse tal concepto del mundo exterior é interior, que por sí sólo podría constituir un sistema filosófico. Este sistema sería la más imprevista combinación que han soñado los siglos del idealismo y del sensualismo. Sin creer, como Condillac y Socke, que todo es sensación, ó, como el rabioso Maupertuis, que los sentidos son los únicos maestros, y ateniéndose más bien al filosofema aristotélico que dice: *nihil est in intellectu quin prius non fuerit in sensu*; sin pensar tampoco, como Ampère, que el mundo es un objeto de pensamiento (*un sujet à pensèe*), de tal manera amalgama y funde en ambas teorías el autor de *La Voluntad*, y con tal arte presenta su esquema mundial, que para él pudiera decirse que toda sensación se convierte en idea y es motivo de ideal, al punto en que se recibe dentro de su cerebro, y que toda idea á su vez es provocada por una sensación venida del mundo exterior. Bien puede ser que, reducido á sistema filosófico, su visión del mundo se condensase en aquellas hermosas palabras de Hegel: «Todo lo real es racional, y todo lo racional, real.» (*Alles Wirkliche ist Vernünftig, und Alles Vernünftig Wirkliche.*)

Esta misión del intelectual ó cerebral *brain-or-intellect-man)* y del cordial ó sentimental *(heart-or sensibility-man)* se encuentra en pocos hombres, si no es en un Constant ó en un Unamuno. Lo que en Azorín da esta impresión de lo que pudiera llamarse sensualismo (en el sentido filosófico) cerebral, es la ironía, esta ironía cada vez más fina, cada vez más requintada, más pulida, más dúctil, más lentescente. Con este estilo cortado, abrupto, inconfundible que le distingue, Azorín ha llegado á un término de su carrera literaria, en el que no es posible utilizar mejor todas las dotes intelectuales. La erudición, empleada con un acierto y una oportunidad incomparables; la ironía, flexibilidad para acomodarla á todos los matices de pensamiento; el estilo, domin de una manera insuperable, tal como hasta ahora se han dado pocos casos España: todo contribuye á exaltar la prestigiosa personalidad del autor de *pueblos*. Pero lo que á mí más me admira en este gran ironista, es el er de la sensación. Porque Azorín, diferenciándose de todos los demás escri que, ó escriben cosas rancias en rancio lenguaje, ó dicen cosas nuevas en

guaje ultra-moderno y desquiciado, nos da sensaciones nuevas en lenguaje netamente castizo. ¡Su lenguaje! Parece una cosa muy sencilla y fácil apropiárselo villanamente imitando ciertas construcciones y giros que chocaron por lo inusitado; pero el alma que allí alienta, la sangre artística que por bajo de las páginas circula, no es fácil usurparla. Cada libro de Azorín es un regocijo para los espíritus que le *queremos* (porque hay momentos en que á un autor, cuando es grande, no basta con admirarle; debe querérsele): por el estilo y por las sensaciones. Yo no tengo con qué comparar la fruición inefable que siento al leer un libro de Azorín entre la inmensa *turba multa* de folletuchos abortados periódicamente. No es posible dar sensaciones más nobles como estas que da Azorín en lenguaje más sobrio, realzado por esa música tristona, como de canto llano, que indudablemente habéis notado en él.

No quiero yo con esto decir que este último libro sea una obra maestra en todas y cada una de sus páginas: ciertas de ellas sienten al periodista (como dicen los franceses); se observa la precipitación, la premura y la negligencia de la labor cotidiana. Acaso yo—porque le amo mucho—estoy convencido de que la equivocación de Martínez Ruiz es tratar de ser periodista. Pero *ex malo optimum:* de lo malo, lo mejor; preferible es que, una vez que todos debemos sacrificar algo de nuestra personalidad en el altar del profesionalismo, encontremos en las páginas de un periódico la forma de un Azorín, que siempre dice algo y lo dice mejor que el sin fin de escritorzuelos sinonimados. Y hay en esta nueva obra páginas vibrantes, cálidas, de lo mejor de Azorín, como podría demostrarse con reproducir—si no fuera largo—las evocaciones del capítulo I (páginas 14 á 16); el capítulo titulado *La Psicología de Argamasilla; El ambiente de Argamasilla;* magnífica semblanza de D. Rafael (páginas 74 á 77), sólo comparable con la de Starrió en *Antonio Azorín; Los Sanchos de Criptana;* ciertas visiones del Toboso, que llegan á la más penetrante sensibilidad moderna con las más rancias palabras; *La exaltación española,* y, finalmente, el capítulo final, rico de ironía.

LUIS DE VARGAS

REMITIDOS

La casa editorial Henrich y C.ª ha publicado una importante obra del ilustre publicista Emile Laurent, titulada: *La Antropología Criminal,* que segura-
m ite será en extremo apreciada por nuestro público. El libro es una exposi-
ci amena y clara de las corrientes que en la actualidad informan el derecho
p al. La posición que dentro de esta ciencia ocupa el sabio profesor francés,
le coloca en un simpático armonismo que le lleva á admitir, al igual de su
m stro Lacassagne, dos factores productores del delito, uno individual y
o social; de esta suerte ni cae en los extremos de la escuela italiana, ni en

la de los que sólo ven en el hecho criminoso un impulso social que ciegamente conduce á obrar.

La importancia de este libro es muy grande, si se tiene en cuenta que es el primero que viene á democratizar en nuestra patria esta clase de conocimientos, cuya importancia y transcendencia social es tan grande como el desconocimiento que el público tiene de ellos. El análisis del cuerpo del criminal (estudio morfológico), de sus caracteres morales (análisis psicológico) y el de las condiciones en que han vivido (contribución mesològica), es labor fructífera y sumamente estimable, máxime realizada en la forma sugestiva en que lo hace Laurent.

Precede á la obra un substancioso y bien escrito prólogo del traductor don Fernando del Río Urruti.

La Sanidad social y los obreros, del docto Catedrático de la Universidad de Barcelona, D. Ignacio Valentí Vivo, es un estudio histórico-descriptivo de la Higiene social contemporánea, que el autor modestamente califica de ensayo antropológico, y es en realidad una síntesis documentada y científicamente expuesta de los graves problemas sociales que, relacionados con el civilismo sanitario obrero, agitan hoy y conmueven las modernas sociedades. Considera el docto catedrático como base primera de sanidad social la salud de los obreros, y desarrolla dentro de la posible concisión en tan vasto estudio, los puntos de vista que informan sus exégesis, esto es, la producción, la circulación, el reparto y la transformación de riqueza resultante del trabajo; censura el absurdo antieconómico de la sobreproducción, que imposibilita la sanidad y acarrea la escasez del alimento dando origen al mefitismo con que vician la atmósfera las suciedades de la miseria; proclama el socialismo científico que enseñará á los pueblos á no ser blanco de la metralla ni esclavos de la máquina, guiándoles al sindicalismo en las formas de mutualidad, cooperación é intervención; demuestra cuánto contribuyen á menoscabar la sanidad social las huelgas y los paros forzosos del trabajo; inspirándose en amplio criterio democrático, entona himnos al ideal de libertad que elevará física y moralmente las sociedades futuras, metamorfoseando el arte de sanar dolencias en la ciencia de perfeccionar las colectividades sanas, á fin de que adaptándose sin cesar al medio cósmico el invididuo, disfrute plácida y dilatada existencia en el seno de un pacificador mutualismo capaz de arrojar al olvido las depredaciones, las matanzas, las sangrientas epopeyas; maldice del atroz empirismo que prodig entre los asalariados el hambre en vez de facilitarles tónicos y reconstituye tes, é invoca contra esas morbosidades la higiotecnia que, acabando con l causas, hará por ventura algún día imposibles los efectos.

Tal es, expresado con laconismo que no consiente la labor sociológica l vada á cabo por el Sr. Valentí Vivó con *La Sanidad social y los obreros*, pe

que exige el espacio que podemos dedicar á su análisis, el inmenso panorama que abarca la obra, gran síntesis de cuanto en el orden científico concibe la mente y de cuánto generoso abre al amor y á la filantropía los corazones.

La Biblioteca Sociológica Internacional, que editan en esta ciudad los señores Henrich y C.ª, acaba de enriquecerse con la publicación de la nueva obra, titulada: *Nuevos derroteros penales*, del docto catedrático de la Universidad de Salamanca, la cual es un luminoso estudio del problema fundamental de la penología, en que se trata de lo que pueden y deben hacer los hombres para conducirse racional y acertadamente con aquellos de sus semejantes á quienes califican de criminales. Con arreglo al nuevo modo de considerar los hechos delictuosos, el eximio profesor y profundo psicólogo, ve en el hombre tenido por honrado, un hombre menos delincuente que el que incurrió en la sanción penal, ya que en la transgresión de las leyes, quien más, quien menos, delinquimos todos, por cuyo motivo se admite cada día mayor número de circunstancias exculpadoras ó atenuantes de los delitos. Demuestra que el tratamienlo empleado hasta ahora, y en su mayor parte donde quiera, es eminentemente empírico; no se ignora, en efecto, que de las cárceles salen ordinariamente los que en ellas purgaron algún delito peor que entran. Así, la esencia de la corriente penitenciaria moderna, cuyas manifestaciones en países más adelantados que el nuestro cita Dorado como ejemplo en que hay que inspirarse, consiste en el abandono de los medios que afectan á lo material y sensible del hombre y en el cultivo de lo espiritual y profundamente humano, con lo que la función penal se convierte en educativa.

No es posible sintetizar en breves líneas el cúmulo de racional doctrina y nuevos puntos de vista contenidos en esta obra; del asunto en ella tratado dice el autor con rara modestia, que nada sabe en cierto modo, é indica tácitamente con tal aseveración cuál será la general ignorancia en cuanto á delincuencia se refiere. Pero no es menos cierto que él aborda el problema, lo analiza, penetra en sus reconditeces, deduce de su estudio inesperadas consecuencias, y termina declarando que en el seno del sistema sancionador y retributivo del delito que tradicionalmente viene rigiendo, anida el germen que para siempre ha de destruirlo.

Letras é Ideas, cuarto volumen de la Biblioteca de Escritores Contemporáneos que publica en Barcelona la casa editorial de los Sres. Henrich y C.ª, es una preciosa serie de artículos que, entresacándolos de periódicos y revistas donde andaban diseminados, ha coleccionado su autor el eximio literato D. E. Gómez de Baquero. Aunque es verdad que raras veces pueden aspirar

á la perpetuidad del libro las impresiones que en esa clase de trabajos suelen narrarse, los hay, no obstante, y la presente colección es de ellos buen ejemplo, dignos de formar parte de la patria historia literaria, como hijos de una percepción aguda, de un criterio fijo y, sobre todo, por estar saturados de pensamientos propios.

Varios son naturalmente los asuntos en ellos tratados, desde una original filosofía del género chico con que empieza el libro, hasta una profunda paradoja sobre la crítica, desde el estudio sobre varios novelistas y dramaturgos nacionales y extranjeros, hasta el análisis de reformas introducidas en la ortografía.

La casa editorial F. Sempere y C.ª, de Valencia, ha publicado una nueva serie de volúmenes á cual más interesante.

José Ingegnieros, notable frenólogo sud-americano, en *La simulación en la lucha por la vida* ha trazado un cuadro amplio, vastísimo, de miserias sociales.

Seres abyectos, la escoria de la sociedad sometida al análisis más escrupuloso, al más minucioso de los estudios, páginas que denotan un profundo espíritu observador, un mundo originalísimo y sugestivo es el que el joven Ingegnieros pinta en su obra por todos conceptos digna de atención.

El tablado de Arlequín es un *recueil* de estudios y artículos del distinguido escritor Pío Baroja.

En todos ellos campea la sátira finísima, peculiar en el autor de «Silvestre Paradox». Discurre Pío Baroja sobre distintos temas, arrancándole su estudio hondas meditaciones, cautivando al lector, que no puede abandonar el libro hasta leer su última página.

Cosas de España, del escritor francés Próspero Merimée, es realmente un libro notabilísimo.

El insigne literato hizo un viaje por nuestra nación, y cuanto vió y oyó contar le sirvió para aderezar una serie de interesantísimas narraciones, entre las que sobresalen la historia de D. Juan de Mañara, del famoso bandido José María «El Tempranillo», «Una corrida de toros», etc., etc.

Cuadros históricos de la Revolución francesa, de Chamfort, es uno de los libros más verídicos que se han escrito sobre la terrible conmoción que derrocó la tiranía.

Avaloran sus páginas el hecho de que Chamfort escribe lo que ha visto.

Son páginas de un realismo conmovedor que pasan por nuestros ojos, d donos la sensación de la verdad, envolviendo nuestro espíritu en el calo aquellas terribles agitaciones que asombraron al mundo con sus escenas d roísmo y de crueldad, de amor y de odio.

La Anarquía y el Colectivismo es un libro de combate del ilustre soc francés A. Naquet.

Es una obra elevada, hermosa por su estilo y por su fondo.

Naquet rebate las teorías sustentadas por Kropotkine en «La conquista del pan», libro que le sirve de base para cimentar su criterio sobre la necesidad de la evolución colectivista para llegar al más allá de las reivindicaciones económicas.

La obra de Naquet suscitará, sin duda, en España las polémicas que su aparición suscitó en Francia.

La antigua y la nueva fe, del filósofo alemán Strauss, es un libro necesario para cuantos aman el progreso.

Sus páginas ardientes y sencillas, destruyendo errores y prejuicios religiosos, sólo pueden compararse á las de Draper en sus «Conflictos entre la religión y la ciencia».

Es un libro indispensable en la biblioteca de todo hombre progresivo.

Todos estos libros llevan en la cubierta el retrato del autor, y se venden al precio de una peseta el volumen.

Acabamos de recbir los cinco primeros cuadernos de un excelente Diccionario enciclopédico, de cuya preparación teníamos ya noticia, y que desde luego ha confirmado plenamente, al empezar á publicarse, la favorable opinión que del mismo nos hicieron formar así el nombre y méritos literarios de quien de su dirección está encargado, como los de la casa editora. Como habremos de ocuparnos con mayor espacio de publicación tan importante, sólo diremos aquí que el *Diccionario Salvat* responde perfectamente á un plan de divulgación científica y de carácter enciclopédico, concebido y desarrollado en forma tal, que viniendo á ser el más completo y mejor documentado de los hasta hoy publicados en lengua castellana, resultará también el más económico, el más práctico y el mejor ilustrado de todos ellos. Que en el transcurso de la publicación habrá de mantenerse fiel á este plan, lo abona sobradamente para nosotros el nombre de sus editores, los Sres. Salvat y Compañía, que con la revista mensual *Hojas Selectas* han logrado poner las artes de la estampación gráfica en nuestra patria á la altura en que se encuentran en Alemania é Inglaterra.

Por el examen de los cuadernos recibidos puede apreciarse que el *Diccionario Salvat* tendrá sobre los hasta aquí publicados la ventaja de su mayor concisión, la cual lo recomienda más al favor del público, por lo mucho que facilita su consulta. Si tenemos en cuenta, además, que lo avaloran excelentes lámi[illegible]as en negro, en litografía y en tricromía, tablas y mapas en colores de todo[illegible]'os países del globo, y todas las voces que de ello son susceptibles están co[illegible].enientemente ilustradas, comprenderemos cuán útil ha de ser para todos es[illegible] nuevo *Diccionario*, que viene á llenar un vacío tanto más sensible cuanto no [illegible]día subsanarse ni aun acudiendo á los extranjeros.

Con el título de *Dinamismo espiritualista* acaba de publicarse un nuevo libro, que es, á la vez, un libro nuevo. Su autor, el laureado comandante Burguete, ofrece un notable aspecto de la vida, considerándola en sus tres dimensiones, y presenta el proceso histórico de España desde el punto de vista de una ética elevada, en la que ha quintaesenciado la espiritualidad de la raza y su influencia en los destinos nacionales

Este libro de Ricardo Burguete, á quien tan justo renombre han dado sus últimas prodücciones, llamará poderosamente la atención de los pensadores, y el profundo estudio que revela recabará para su autor uno de los mayores triunfos.

Dinamismo espiritualista está excelentemente editado: forma un precioso volumen en 8.°, lujosamente impreso, y se vende en todas las librerías á 3,50 pesetas.

El autor ilustre que tantos lauros ha conquistado con la espada y con la pluma, acaba de publicar unos estudios de ética militar, notable tratado de *Preparación de las tropas para la guerra*, inspirado en la preceptiva del célebre Vegecio, trasplantado á la penosa actualidad de España. La lectura de este nuevo libro de Burguete interesa, no sólo á los militares, sino á todo el que se preocupa de los trascendentales problemas que inquietan el alma española.

Con tiempo y espacio nos ocuparemos detenidamente de esta magnífica obra del vigoroso pensador y estilista.

El libro está preciosamente editado; forma un volumen en 8.°, bien impreso, y se vende á dos pesetas en todas las librerías.

De notable entre las notables puede clasificarse la obra *Iconografía de las ediciones del Quijote*, que acaba de publicar la casa Henrich y C.ª, de Barcelona, adhiriéndose así al homenaje que va á rendir España á la gloriosa memoria de Cervantes.

Constituye dicha obra la reproducción en facsímile, por procedimientos fotográficos, de las portadas de seiscientas once ediciones, desde la primera, publicada en Madrid por Cuesta en 1605, hasta nuestros días. Y acompañan á estos facsímiles, obtenidos directamente de los volúmenes reproducidos, pertenecientes la mayor parte á la Biblioteca cervantina de D. Isidro Bonsoms, la más completa del mundo, y los restantes á las de los Sres. Cortejón y Asens curiosas notas bibliográficas que aparecen redactadas con especial cuidado pulcramente ordenadas.

Divídese la *Iconografía de las ediciones del Quijote* en tres grupos: Conti ne el primero, *Homenaje á Cervantes*, por el editor; *Prólogo*, por J. Givan *Génesis del Quijote*, por J. Martínez Ruiz (*Azorín*); un índice de los luga

en que se publicaron las ediciones, con la relación de éstas por orden alfabético de todos los nombres de editores, impresores, dibujantes, grabadores, traductores, comentadores, arregladores, anotadores, colaboradores y demás citados en la obra, y los facsímiles de las ediciones castellanas y catalanas. El segundo: los facsímiles de las traducciones francesas. Y el tercero: los facsímiles de las traducciones inglesas, alemanas, italianas, rusas, holandesas, portuguesas, suecas, húngaras, polacas, tcheques, danesas, griegas, servia, finlandesa, croata, turca y políglota, y un índice general de la obra.

Esta, por la gran suma de importantísimos datos que comprende, la abundante parte gráfica que la avalora, lo esmeradamente impresa que está—pues es un verdadero primor tipográfico,—resulta no sólo una interesante obra bibliográfica, que puede servir de guía para más profundas investigaciones acerca del *Quijote*, sino un libro único en el mundo.

El *Anuario del Comercio Bailly-Bailliere*.—He aquí un título que es universalmente conocido y que se lee con agrado siempre. En España es considerada su labor como una obra patriótica, puesto que su fin es la prosperidad de nuestro comercio nacional. En el extranjero se le considera como la obra más completa para conocer á fondo España y Portugal, Cuba y Puerto Rico, Filipinas y todos los Estados hispano-americanos, puesto que los describe con minuciosidad.

A nadie se ocultan los grandes méritos de este *Anuario*, que desde hace veintisiete años viene procurando beneficios incalculables al productor y al consumidor, puesto que, consultándolo, sin moverse de su despacho, pueden establecer una correspondencia mutua, conocer el valor comercial de cualquier plaza y crearse corresponsales en cada punto donde quieran abrir salida sus productos.

Con el *Anuario del Comercio Bailly-Bailliere*, el comerciante, el industrial, el fabricante y cualquier persona que quiera desarrollar su negocio, encuentra el medio de hacerle floreciente, puesto que le procura resuelta la propaganda, facilitándole los nombres y apellidos de cuantas personas ejercen una profesión en cualquier pueblo, por pequeño que sea, de la Península, América española, Antillas y Portugal, y en aquellas poblaciones como Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Lisboa, Habana, etc., que por su importancia lo requieren, se dan á conocer los habitantes, clasificados por sus tres órdenes de a-ellidos, profesiones y calles.

Sobradamente conocida esta publicación, limitámosnos á lo expuesto y darl a bienvenida, indicando al propio tiempo á nuestros lectores que se halla d venta, al precio de 25 pesetas, en la casa editorial de los Sres. Bailly-Bail ere é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid, y en las principales librerías d mundo.

ÍNDICE DE AUTORES

ALBORNOZ (Alvaro de).—Autocracia y Democracia, 591.

ALTAMIRA (Rafael).—La crisis de la extensión universitaria, 453.

ANDRÉ (Eloy E.).—Significación de lo insignificante en nuestra psicología nacional, 313.

AZNAR (Severino).—El homenaje á Codera y el «Averroísmo de Santo Tomás», 37.

BUYLLA (Adolfo).—Socialismo y problema social, 162.

CALDERÓN (Salvador).—Las aguas subterráneas de la capa superficial, 634.

CANALS (Salvador).—El problema de la Marina, II, 107.—La política en España, 1, 157, 437 y 835.

CARNER (Joseph).—El idilio de los claveles (novela), 404.

CEJADOR (Julio).—Quijotadas, 494.

DELEDDA (Gracia).—La yegua negra (novela), 257.

FESSER (J).—Cosas de Música: Las tendencias del día, 641.

GARCÍA PÉREZ (Antonio).—Un problema para la enseñauza primaria en España, 21 y 173.

GARCÍA ROGER (E.).—Consideraciones histórico-políticas sobre la decadencia de España, 600.

GASCÓN DE GOTOR (A.).—Cómo se desarrolló el estilo francés, llamado gótico ú ojival, en las regiones gallegas, 756.

GONZÁLEZ-BLANCO (Andrés).—La vida literaria, 59, 240, 383, 537 y 668.

GONZÁLEZ BLANCO (Edmundo).—Crónica científico-filosófica, 48, 217, 463 y 523.

GUERRA (Angel).—Líricos castellanos, 336.

INGEGNIEROS (Dr. José).—Trastornos del lenguaje musical en los histéricos, 470.

MITCHELL (A.).—El último americano (novela), 559 y 696.

PALMERÍN.—El problema nacional austriaco, 323.

PÉREZ TRIANA (E.).—Apuntes sobre la política internacional, 395 y 647.

REDONET (Luis).—El Instituto Internacional de Agricultura, 735.

RETANA (W. E.).—Vida y escritos del Dr. José Rizal, 75, 195, 346, 499, 611 y 811.

RODA (Arcadio).—El general Weyler, 651.

Roso de Luna (M.).—¿Atlantes extremeños? (simbolismos arcaicos de Extremadura), 780.

Twain-Mark.—La novela de una joven esquimal (novela), 127.

Valle Pascual (Luis del).—Los estudios económicos en España, 250.—Las líneas fundamentales del nuevo Arancel, 463.

Varios.—Revista de Revistas, 140, 285, 569, 709 y 855.—Revista Bibliográfica, 152, 298, 419, 580, 721 y 868.

ÍNDICE DE MATERIAS

CIENCIAS

Filología.

De la irreductibilidad de las lenguas, por E. González Blanco, 217.

Filosofía.

El homenaje á Codera y el Averroísmo de Santo Tomás. por Severino Aznar, 37.—Una solución poética del problema metafísico, por E. González Blanco, 48.—Alrededor del Tomismo jurídico, por ídem, 363.—El anarquismo intelectual, por ídem, 521.—El Congreso internacional de Psicología en Roma, 572.

Geología.

Las aguas subterráneas de la capa superficial, por Salvador Calderón, 634.

Historia.

Vida y escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana, 75, 195, 346, 499, 611 y 811.—La evolución del sionismo, 295.—Consideraciones sobre la decadencia de España, por E. García Roger, 600.—Los primeros días de las misiones cristianas en el Japón, 710.

Medicina.

Trastornos del lenguaje musical en los histéricos, por el Dr. Ingegnieros, 470.

Pedagogía.

Un programa para la enseñanza primaria en España, por Antonio García Pérez, 21 y 173.—El problema de la escuela secundaria, 150.—La crisis de la extensión universitaria, por Rafael Altamira, 453.

Sociología.

Las mujeres en la Industria, 145.—Socialismo y problema social, por Adolfc A. Buylla, 162.—La protección internacional del trabajo, 288. — Significati de lo insignificante en nuestra psicología nacional, por Eloy L. André, 313. — l socialismo de Anatolio France, 569.—El movimiento feminista moderno, 5' .—Aristocracia y democracia, por Alvaro de Albornoz, 591.—El descanso fe vo en Italia, 709.

INDICE

ARTES

Críticas de libros, 59, 152, 240, 298, 383, 537, 580, 723 y 868.—La novela de una joven esquimal, cuento, por Mark Twain, 127.—La literatura en el siglo nuevo, artículos de Brander Matthews, 140.—La literatura de tesis, artículo de Jorge Pellizier, 143.—Wells y lo maravilloso, artículo de Marcelo Reja, 148. —La yegua negra, novela, por Grazia Deledda, 257.—Federico Mistral, artículo de Paul Sonchon, 293.—El poeta Galán, por Angel Guerra, 336.—El idilio de los claveles, novela, por José Camer, 404.—Quijotadas, por Julio Cejador, 493. —El último americano, novela, por J. A. Mitchell, 559 y 696.—La tragedia católica de Gabriel D'Annunzio, 576.—Las tendencias del día, en música, por Joaquín Fesser, 641.—D. Juan Valera, por A. González Blanco, 668.—El teatro poético, 718.

POLÍTICA

España.

La crisis de Diciembre de 1904, por Salvador Canals, 5.—El problema de la Marina, por ídem, 107. —Continuación y consecuencias de una crisis trascendental, por ídem, 157.—La educación del Rey, por ídem, 437.—El general Weyler, por Arcadio Roda, 651.—D. Francisco Silvela, por Salvador Canals, 835.—El viaje del Rey al extranjero, por ídem, 853.

Fuera de España.

La opinión de un filipino sobre el problema de Filipinas, 285.—Los prisioneros y heridos rusos en el Japón, 291.—El problema nacional austriaco, por *Palmerín*, 323.—La situación en Rusia, el imperialismo en Inglaterra y en los Estados Unidos, por S. Pérez Triana, 395.—¿Quién comenzó la guerra ruso-japonesa?, 574.—Problemas japoneses, 578.—Cambios de banderas entre el Norte y el Sur, por S. Pérez Triana, 647.—Los sucesos de Rusia, 711.—El problema austriaco, 713.—El alma caballeresca del Japón, 718.—Las aspiraciones de Alemania en política exterior, 720.

HACIENDA

Los estudios económicos en España, por Luis Valle Pascual, 250.—Las líneas fundamentales del nuevo Arancel, por ídem, 463.

ÍNDICE DE LIBROS REGISTRADOS

Abreu (Héctor).—Aves de paso, novela, 431.—Niño bonito, novela, 728.
Alvarez Rodríguez Villamil (F).—Sobre el Estado y la Iglesia, 723.
Ardigó (Roberto).—La ciencia de la educación, 442.
Azorín.—Las confesiones de un pequeño filósofo, 59.
Bailly-Baillière é Hijos.—Memorandum de la cuenta diaria, 439.
Bazalgette (León).—El problema del porvenir latino, 152.
Camba (Francisco de).—Camino adelante, novela, 429.
Campo (Marqués del).—Alma Glauca, 301.
Cárdenas y Uriarte (José) y **Campo Grande** (Vizconde de).—La libertad de enseñanza es el más poderoso y eficaz elemento de cultura nacional, discursos, 725.
Carlyle (Tomás).—Sartor Resartus: vida y opiniones del profesor Teufelsdröckh, 441.
Cervantes (Miguel de).—Epístola á Mateo Vázquez, 589.
Costa (Joaquín).—El juicio pericial y su procedimiento, 424.
Cubillo y Páramo (Leandro).—Memoria, 587.
Darwín (Carlos).—La expresión de las emociones en el hombre y en los animales, 437.
Díaz de Escobar (Narciso).—Apuntes escénicos cervantinos, 589.
Fiske (John).—El destino del hombre, 441.
France (Anatole).—El Olmo del Paseo, novela, 440.
García Nieto (Juan).—Apuntes sobre el problema religioso, 422.
Gascón Marín (José).—Municipalización de servicios públicos, 582.
George (Enrique).—Progreso y miseria (dos tomos), 437.
Gómez Ugalde (V).—Vencido..., novela, 427.
Grases Riera (José).—Manicomio-Modelo Español, 589.
Grave (Juan).—La sociedad moribunda (un tomo), 437.
Haeckel (Ernesto).—Historia de la creación de los seres, según las leyes naturales, 438.
In ... genieros (Dr. José).—Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéu... cas, 583.
Ja ... es (William).—Los ideales de la vida, 155.
L ... iba (José María).—Hojarasca, 582.
L ... ez Roberts (Mauricio).—La novela de Lino Arnaiz, 383.
L ... nas Aguilaniedo (J. M).—Navegar pintoresco, 432.
M ... rtí Orberá (R).—Vida, versos, 589.

ÍNDICE

Martínez Sierra (Gregorio).—Sol de la tarde, 240.
Muther (Richard).—La pintura belge au XIX siécle, 311.
Nordau (Dr. Max) —Matrimonios morganáticos, 580.
Noriega (F.). —Plano-Guía de Madrid, 727.
Pagano (Joseph L.)—Fora de la vida (traducción catalana), 303.
Pillado (Ricardo).—El Proteccionismo y sus excesos en favor de la Industria Azucarera, 154.
Pin y Soler.—Sonets d'uns y altres, 732.
Posada (Adolfo).—Teorías políticas, 584.
R. Jiménez (J.).—Jardines lejanos, 537.
Redondo (Inocencio).—Iglesias primitivas de Asturias, 304.
Rodríguez Navas (Dr. M.).— El algodón: Su cultivo, producción y comercio, 439.
Ruiz Serrano (José).—El Infante instruído, 589.
Rusiñol (Santiago).—El pueblo gris, 730.
Salado (Luis).—En marcha, novela, 587.
Sawa (Miguel).—Ave Fémina, 428.
Severine (Madame).—Páginas rojas (un tomo), 437.
Sierra (Condesa Araceli de la).—El Arte de agradar, 440.
Silvela (Eugenio).—Cervantes, poeta (Florilegio), 727.
Stapfer (Paul).—Víctor Hugo en Guernesey (Recuerdos personales), 588.
Tapia y Gil (Ambrosio).—El recurso contencioso ante las Audiencias territoriales contra acuerdos de las Diputaciones provinciales sobre validez de elecciones: La habilitación de la mayor edad, según el Código civil vigente, 588.
Tinsbau (León).—Culpas ajenas, 442.
Trigo (Felipe).—Alrededor del socialismo: Socialismo individualista (índice para su estudio antropológico), 435.
Trilles (Ramón).—Amores, 307.
Ubiarte (Fr. Eustoquio de).—Estética y crítica musical, 443.
Valera (Juan).—Terapéutica social, 419
Varios.—Trabajos del laboratorio de investigaciones biológicas de la Universidad de Madrid, 426.
Vincenti (Eduardo).—El libro de las escuelas: D. Quijote de la Mancha, 729.
Wagner (C.).—La vida sencilla, 299.
Ziegler (Th.).—La cuestión social es una cuestión moral, 304.

ADVERTENCIA

El núm. 49 (Enero), comprende hasta la página 156.—El 50 (Febrero), de 157 á la 312.—El 51 (Mayo), de la 313 á la 436.—El núm. 52 (Abril), de la · á la 590.—El 53 (Mayo), de la 591 á la 734.—El 54 (Junio), de la 735 en a lante.



